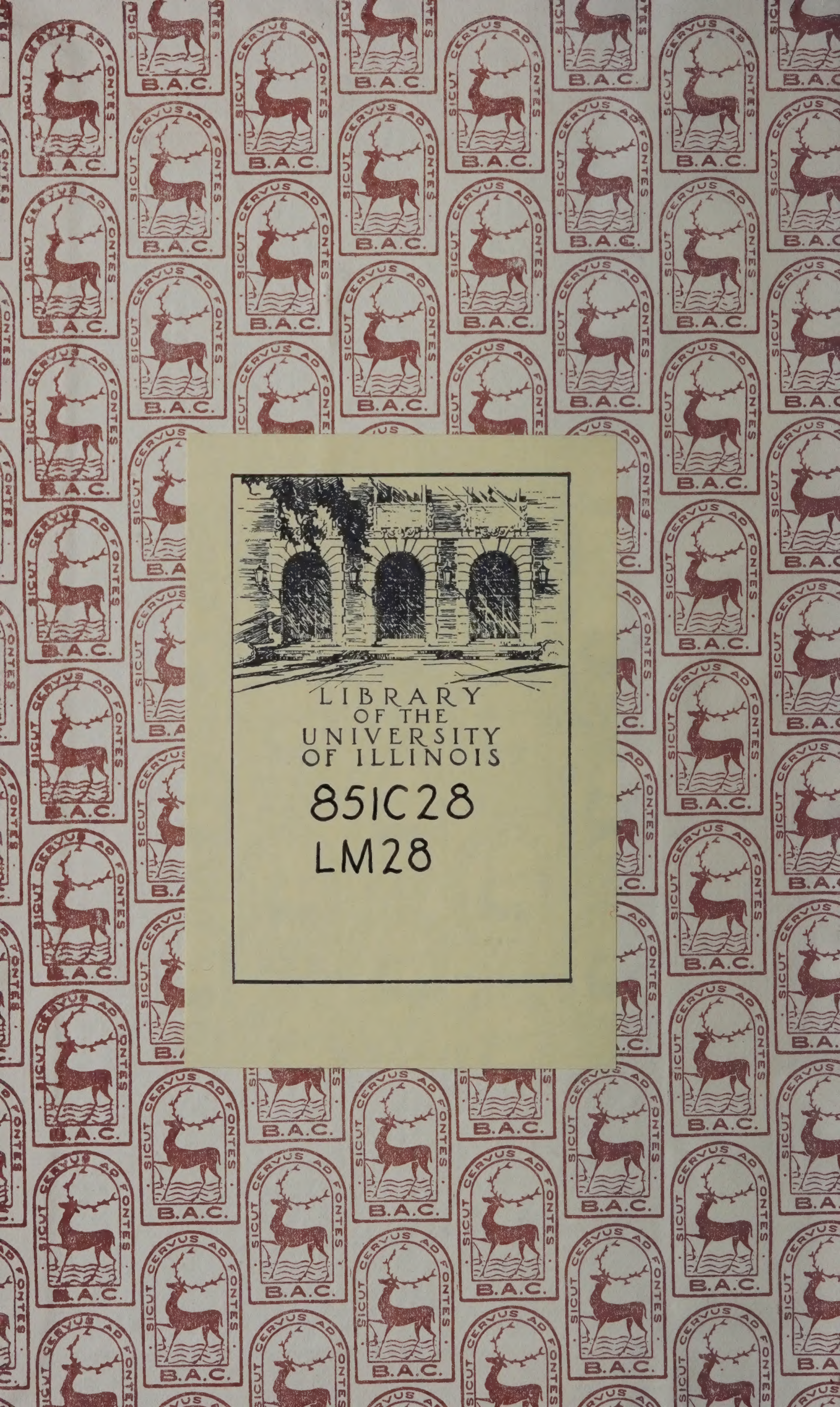
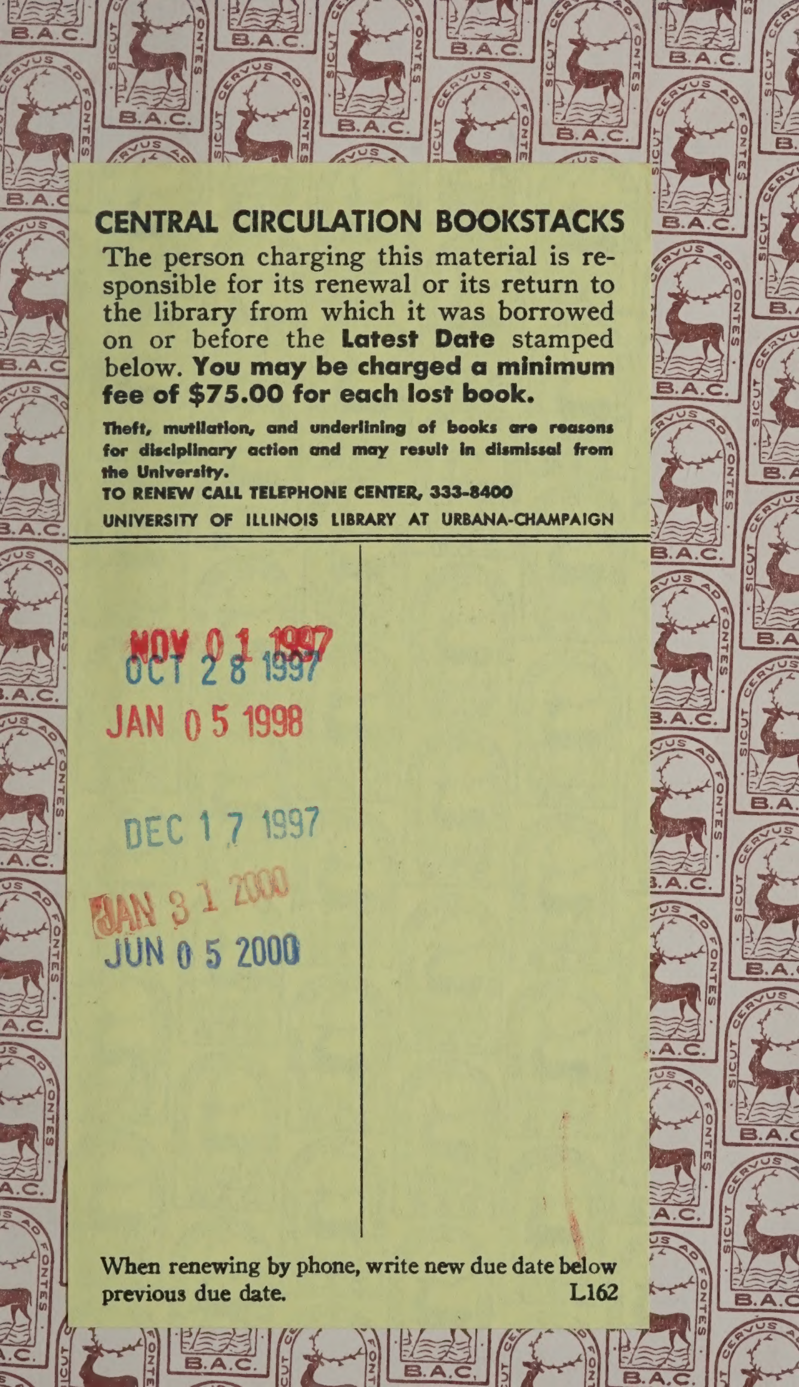
OBRAS DE
SANTA CATALINA DE SIENA

EL DIALOGO


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.
LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
851C28
LM28



Obras de Santa Catalina de Siena

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

Declarada de interés nacional

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 466

MADRID - MCMLV

OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA

EL DIALOGO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANGEL MORTA

PRÓLOGO DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. DR.

FR. FRANCISCO BARBADO VIEJO

OBISPO DE SALAMANCA

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • MCMLV

NIHIL OBSTAT:

Fr. Sabino Lozano, O. P
Censor

IMPRIMATUR:

† Fr. Francisco, O. P.
Obispo de Salamanca
Salamanca, 1 diciembre 1955

I N D I C E   G E N E R A L

Págs.

EL DIALOGO

Págs.

PROLOGO

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr.

FRAY FRANCISCO BARBADO, O. P.,

Obispo de Salamanca

MUCHO se ha escrito los últimos años, en Italia principalmente y en Francia, sobre Santa Catalina de Siena. Pocos escritores, sin embargo, creemos que hayan penetrado tan hondo en el espíritu de la Santa y en el verdadero sentido de sus escritos como D. Angel Morta. Santa Catalina es un alma selectísima de extraordinaria elevación, pletórica de vida divina al estilo de San Pablo. Su maravilloso apostolado, único en mujer a través de toda la historia de la Iglesia, es irradiación de su vida interior, transformada en Cristo.

La mayor parte de los escritos modernos acerca de la Santa sienense o son de crítica histórica y literaria o presentan una sola faceta de su personalidad o de su doctrina.

El autor de la extensa *Introducción* a la nueva edición del *Diálogo* traza con acierto el verdadero retrato de aquella alma de facetas tan variadas y complejas, y con el análisis y anotaciones del *Diálogo* nos da la clave para su inteligencia.

Porque no es fácil comprender a Santa Catalina y sus obras, como no es fácil comprender a San Pablo y sus Epístolas: dos almas tan gemelas en su espíritu y en su apostolado, no obstante los siglos que las separan y las diferencias que su diverso sexo implica. Los modernos trabajos de crítica son periféricos a los escritos de Santa Catalina, como lo son a los de San Pablo. Sin desvalorar su utilidad, hay que reconocer que no penetran en el interior de sus almas ni en el meollo de sus escritos. Pablo y Catalina están llenos del espíritu del Señor y escriben con tal ímpetu, que su alma se les sale a chorros por el dictado de sus escritos. Ambos hacen uso de frases que algunos consideran como estereoti-

padas y formularias, pero que, entendidas desde el interior de su espíritu, se hallan pletóricas de sentido. Es la labor más meritoria de D. Angel Morta: leer los escritos de Santa Catalina desde el interior de su alma y desentrañar el contenido de sus metáforas y comparaciones y de sus fórmulas.

Y a Santa Catalina misma hay que contemplarla también desde adentro. Los episodios de su vida tan singular y hasta las extraordinarias manifestaciones exteriores de su vida mística son en ella algo pasajero y simbólico. El trueque de corazones con Jesús, las frecuentes apariciones y conversaciones con El, hasta alternar en el rezo de los Salmos y, al llegar al *Gloria Patri*, inclinar la Santa su cabeza y proseguir: «*et Tibi* et Spiritui Sancto», nos llenan de admiración y de asombro, y quienes no aciertan a pasar de ahí, adquieren de la Santa un concepto de reverencia y veneración que la coloca en regiones inasequibles e inimitables. Sin embargo, Santa Catalina, como San Pablo, invitaba a sus numerosos y variados seguidores y discípulos a proseguir sus ejemplos: *Imitatores mei stote, sicut et ego Christi*. Y esta imitación, no en lo episódico y simbólico, no en el arrebato de Pablo al tercer cielo, sino en la sustancia de su vida interior de unión con Dios mediante la caridad y en su total entrega al bien de las almas para su salvación y para gloria y honor de Dios en ellas.

Y para penetrar en el interior de esta alma grande y explicar su vida y apostolado, y consiguientemente interpretar sus escritos, es indispensable considerar en ella la acción del Espíritu Santo, que la llena y la dirige desde su infancia.

El escritor moderno que busca interpretación naturalista a la visión celeste, que tuvo Santa Catalina, niña de seis años, se inhabilita para entender su desarrollo espiritual y su preparación para la misión a que el Señor la destina. Rechazando sistemáticamente la acción del Espíritu Santo en el interior de la Santa, no penetra en el castillo interior de la misma, y su vida y su doctrina constituyen para él una serie de incoherencias inexplicables.

Mas, como para los niñitos de Fátima, como para Santa Bernardita de Lourdes, también para la niña Catalina la aparición sobrenatural da a su vida una orientación nueva, una interpretación práctica que no se explica sin la acción permanente del Espíritu Santo en su interior. Todo cambia en

su vida. Seguirán entreteniéndose y jugando con los niños de su edad, tendrán defectos de carácter y habrán de luchar para practicar la virtud; mas siempre dominados por el Espíritu, sin perder nunca de vista el criterio sobrenatural que guía su vida, no aprendido de los hombres, sino infundido de lo alto. Es admirable ver cómo todo en ellos lleva el sello divino, dando nuevo valor a su misma vida ordinaria.

Esta acción del Espíritu resplandece luego en toda la vida y en la doctrina de la Santa de Siena. Si se desconoce, se gira en la periferia de la Santa, pero no se la entiende, ni a ella ni sus escritos. Volvamos a la comparación con San Pablo y sus Epístolas.

Esta acción de los dones del Espíritu Santo en Santa Catalina será unas veces callada e inconsciente, otras imperante y arrolladora, guiándola siempre en la propia santificación y en el apostolado individual santificador de sus discípulos, y en el social, pacificador de pueblos y orientador de pontífices, de príncipes y de cardenales.

Cuando se intenta aquilatar la acción de los dones del Espíritu Santo en Santa Catalina, no se acierta a ver cuál de ellos resplandece más en su alma y en su apostolado. Un técnico de la teología de los dones del Espíritu Santo, el P. Gardeil, O. P., en un estudio sobre los dones del Espíritu Santo en los santos dominicos, caracteriza a Santa Catalina con el don de entendimiento por su penetración de los misterios de la fe. Ello es aceptable en comparación con los demás santos dominicos. No lo es tanto si se comparan unos con otros los dones en la misma Santa sienense.

Según la doctrina de Santo Tomás, los dones del Espíritu Santo, aunque siete en número, según la enseñanza de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, tienen virtualidad para abarcar toda la actividad moral del hombre, disponiéndole para que todos sus actos de virtud puedan ser elevados y movidos por el Espíritu Santo en orden al fin sobrenatural a que está destinado (I-II, q.68, a.4).

Ciertamente que las virtudes, tanto teologales como morales infusas, perfeccionan al hombre en orden a su fin sobrenatural; aquéllas, las teologales, uniéndole inmediatamente a Dios uno y trino, y éstas, las morales, regulando su actividad, libre de impedimentos, en orden a sí mismo y al prójimo. Mas unas y otras, en cuanto virtudes, son dirigidas por la misma razón humana, que las actualiza, concreta y dirige. Y la razón humana es motor imperfecto y de-

ficiente y desproporcionado para dirigir con seguridad hacia fin tan sublime, sobrenatural y divino. Las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, son de suyo más perfectas que los mismos dones del Espíritu Santo, porque tienen por objeto inmediato al mismo Dios, uno y trino, en quien creen, en quien esperan y a quien aman; mientras que los dones perfeccionan al alma en orden a recibir en ella las mociones o efectos de la acción divina para la práctica o ejercicio de las mismas virtudes. Si es la razón humana la que actualiza y dirige el ejercicio de las virtudes de que está adornada, continúa la desproporción; mas, si es el soplo del Espíritu Santo quien la mueve a la práctica de las mismas virtudes, todo se halla en armonía y proporción, sintonizando la acción divina, la virtud teologal e infusa y el acto humano con el objeto sobrenatural y divino.

Y para que el hombre así sobrenaturalizado y divinizado obre bajo la acción del Espíritu Santo con prontitud, facilidad y connaturalidad *(prompte, faciliter et delectabiliter)*, es adornada su alma de modo habitual y permanente con los dones del Espíritu Santo, junto con la gracia santificante y las virtudes de la caridad, de la fe y de la esperanza, y las morales infusas.

No son, por consiguiente, los dones la misma moción del Espíritu Santo, como algunos opinan, sino cualidades o perfecciones permanentes del alma, que la habilitan para recibir dichas mociones y ejecutar los actos de las virtudes.

En la exposición de la doctrina de los dones del Espíritu Santo no suele hacerse resaltar suficientemente la de Santo Tomás, que concibe toda la actividad moral del hombre regulada por las virtudes teologales o morales infusas, y dirigible por los dones del Espíritu Santo. Los dones se mueven siempre dentro del campo de las virtudes, que abarcan, como hemos dicho, toda la actividad moral del hombre. Y así como no hay acto moral humano que no esté encuadrado, si es recto y bueno, en alguna de las virtudes, así tampoco los hay que no puedan ser objeto de la moción del Espíritu Santo mediante sus dones.

Y aun cuando en la moción del Espíritu Santo mediante los dones el alma se halla en cierta manera pasiva: *In donis Spiritus Sancti mens humana non se habet ut movens, sed magis ut mota* (II-II, 52, 2), a diferencia de cuando es ella la que se determina a obrar mediante su razón, bajo la acción divina, ordinaria en todo acto humano; sin embargo, debe

el alma normalmente trabajar y disponerse para recibir la actuación del Espíritu Santo mediante sus dones: ponerse a disposición del Espíritu Santo como un instrumento en manos del artífice.

De donde se deduce la importancia que tiene para el desarrollo de la vida espiritual instruir a las almas piadosas acerca de las doctrina tradicional de los dones del Espíritu Santo y de las condiciones en que normalmente desarrollan su acción y de los obstáculos que a ella se oponen; así como también fomentar la devoción al mismo Espíritu Santo y su frecuente invocación.

Una de las notas más salientes en los modernos estudios de teología espiritual, que ofrecen mayor garantía de seguridad, es precisamente la valoración que en ellos se hace de la actuación de los dones del Espíritu Santo en la santificación y perfección cristiana de las almas. Los modernos estudios del presbítero Saudreau, del P. Arintero, O. P.; de dom C. Marmión, O. S. B.; del P. Garrigou Lagrange, O. P.; del P. Gabriel de Santa María Magdalena, O. C. D., y otros, que reviven la doctrina tradicional de Santo Tomás y Santos Padres sobre los dones del Espíritu Santo, además de dar a la teología espiritual una unidad científica, ofreciéndole la clave para organizar y explicar todos sus componentes, presentan a las almas que aspiran a la perfección cristiana una orientación sólida y segura, dando unidad a su vida de perfección y fomentando en ellos un sano optimismo hacia la plenitud de la vida mística, que no es más que el desarrollo y perfeccionamiento normal de la gracia y la caridad mediante los dones del Espíritu Santo, que de modo habitual y constante dirigen las almas santas.

En las modernas discusiones de teólogos acerca de la naturaleza de la perfección cristiana, de la unidad o diversidad de vías, ascética o mística, para alcanzarla, del concepto mismo de la mística cristiana, hay quienes establecen doble actuación de los dones del Espíritu Santo, una al modo humano, que regularía la vida ascética, pudiendo elevar las almas hasta las alturas de la perfección, y ésta sería la vía ordinaria; y otra la actuación de los dones al modo divino, que conduciría las almas por vías extraordinarias de mística y de contemplación infusa.

Esta dualidad de actuación de los dones del Espíritu Santo y consiguiente doble vía de perfección cristiana, y el

concepto que entraña de la mística, es totalmente ajena a la mente de Santo Tomás, de quien afirma Pío XI que «quien quiera comprender bien los *principios* de la teología ascética y mística conviene que acuda *en primer lugar* al Angélico Doctor» *(Studiorum ducem)*, y creemos que también es extraña a la recta interpretación de los grandes autores de espiritualidad y aun de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz.

Mas pensamos si no procederá esta teoría de un falso planteamiento del problema de la actuación de los dones del Espíritu Santo. No es admisible su doble actuación, una al modo humano y otra al modo divino, puesto que toda su razón de ser es mover al hombre en la práctica de las virtudes al modo divino sobre el modo humano, propio de la razón. Mas Santo Tomás con frecuencia califica de *instinto* del Espíritu Santo la actuación de los dones. El instinto mueve de un modo consciente o inconsciente. Lo mismo los dones del Espíritu Santo, especialmente los de carácter práctico, como el de piedad, el de temor de Dios, el de fortaleza, el de consejo. Toda actuación sobrenatural de la gracia, tanto santificante como actual, y de los dones, de suyo se substrae a la percepción de nuestra conciencia psicológica. La mente humana no capta por sus propias fuerzas lo sobrenatural ni su actuación. Por eso no puede por sí misma saber con certeza si está en gracia, si el amor que siente hacia Dios es amor sobrenatural de caridad. Las mociones ordinarias de la gracia para la práctica de las virtudes bajo la dirección de la razón, y las de los dones del Espíritu Santo, se entrelazan y nos es difícil distinguirlas, porque también la actuación de los dones se acomoda a nuestra psicología y al desarrollo de nuestro obrar. Es la teología, más bien que la experiencia, la que nos señala este doble principio y manera de obrar al modo divino y al modo humano, según que sea el Espíritu Santo o la razón humana el principal motor.

Mas no cabe duda que se da con frecuencia actuación latente, a manera de instinto, de los dones del Espíritu Santo. Y también es cierto que en las almas santas, especialmente en las contemplativas, aparece conscientemente con bastante frecuencia esta actuación. ¿Quiere llamarse período ascético en la vía de perfección aquel en que los dones permanecen más bien ocultos, y estado místico aquel en que de un modo casi habitual actúan el alma de modo

patente, manteniéndola conscientemente en la región de lo sobrenatural y divino? No vemos dificultad en ello. No se establece dualidad de vía de perfección ni de actuación de los dones, pues ser consciente o inconsciente al hombre es algo extrínseco a los mismos, que para nada afecta a su sustancial naturaleza. Como tampoco atañe al mayor o menor grado de perfección cristiana. De ahí que en almas apostólicas y de gobierno, con gran pureza de intención y elevación de ideales, aparezca menos que en las contemplativas la acción de los dones del Espíritu Santo. ¡No tienen tiempo!, dirá melancólicamente Santa Teresa.

Mas no cabe duda que aquella elevación de ideales y aquella permanente pureza de intención tienen como base una verdadera contemplación infusa bajo la acción de los dones de sabiduría, de entendimiento y de ciencia, aun cuando en su vida aparezcan más los de carácter práctico.

Los dones, como las virtudes infusas, vinculados a la caridad, aumentan todos en el alma en proporción a la misma caridad. Sin duda que los llamados intelectuales —sabiduría, entendimiento, ciencia—, que directamente fomentan la perfección de los actos de las virtudes teologales y, por consiguiente, la unión con Dios, son más perfectos y conducen de suyo a mayor perfección cristiana. En las almas de vida contemplativa, su acción se hace más patente, más consciente, que en las de vida activa y aun que en las de vida mixta. ¿Hemos de afirmar por ello que en estas últimas la perfección real y el mérito de sus obras es inferior al de las primeras? Puede obrar en ellas el instinto del Espíritu Santo con tanta o más intensidad que en las contemplativas, aunque de ello tengan menor conciencia.

¿No será ésta la mente de Santa Teresa cuando consuela a aquellas de sus monjitas que no alcanzan las alturas de la contemplación infusa, que ella llama sobrenatural? ¿Es concebible que la Santa enseñe que no son habitualmente guiadas hacia la perfección de la caridad por los dones del Espíritu Santo tanto o más que las llamadas contemplativas?

Según esto, hemos de fomentar en las almas que aspiran a la perfección el aprecio de los dones del Espíritu Santo y su frecuente invocación, suplicando que se nos concedan cada vez con más plenitud, tanto los de sabiduría, entendimiento y ciencia, que de suyo nos unen más a Dios por la práctica de las virtudes teologales, como los de temor, piedad, fortaleza y consejo, que perfeccionan las virtudes car-

dinales y preparan el alma para mejor practicar la caridad y amor de Dios y del prójimo, en lo que consiste la perfección. Y este nuestro anhelo y estas nuestras súplicas habrán de prescindir de que la actuación de los dones que imploramos nos sea consciente o inapercibida, con tal de que sea real y eficiente en la dirección de nuestra vida.

En algunos santos, sin embargo, como en San Pablo y Santa Catalina, resplandecen por igual los dones prácticos y los intelectuales, que, según enseña Santo Tomás, son al mismo tiempo especulativos y prácticos, pues se dan para la dirección de la vida en el ejercicio de las virtudes. Ambos, San Pablo y Santa Catalina, realizan a maravilla la condición que para el apostolado señala Santo Tomás: *Contemplata aliis tradere* (II-II, 188, 6). Moviéndose espiritualmente de modo permanente en la región de lo divino, irradian luz de verdad y calor de caridad a su alrededor, contagiando y convirtiendo las almas, atrayéndolas a la misma órbita espiritual en que ellos se mueven.

En esta atmósfera sobrenatural, de plenitud de los dones del Espíritu Santo, ha de situarse quien quiera entender el *Diálogo* y las *Cartas* de Santa Catalina y comprender toda su vida de santidad y apostolado. No hay dualidad entre su vida y sus escritos. Vive en su plenitud la doctrina que contiene el *Diálogo* y las *Cartas,* y escribe o dicta lo que de continuo vive.

Su doctrina acerca del santo temor de Dios, de la piedad en sus relaciones con Dios y con el prójimo, de la fortaleza y virilidad que aconseja en sus *Cartas,* su tratado acerca de la discreción y la prudencia y el acierto en los consejos a papas y cardenales, a príncipes, a religiosos y sacerdotes y a personas del mundo, no son otra cosa que reflejo de su vida interior y de toda su intensa actividad.

Lo mismo vemos en lo que atañe a los dones llamados intelectuales. El aprecio del valor de las cosas humanas desde el punto de vista sobrenatural y divino; su penetración de las verdades fundamentales del Evangelio, la supervisión del conjunto de las que enseña la Iglesia desde las alturas de la sabiduría, son humanamente inexplicables en quien no tenía estudios, sin la permanente acción del Espíritu Santo mediante sus dones de consejo, de ciencia, de entendimiento y de sabiduría. Espíritu santificador, pues esta sabiduría, esta inteligencia, ciencia y consejo no son pura-

mente especulativas, sino que, procediendo del amor de caridad, aumentan este amor y el aprecio de las cosas divinas y el menosprecio de las creadas cuando éstas no conducen al conocimiento y amor de las increadas.

Si, guiados por este mismo Espíritu, nos acercamos a Santa Catalina de Siena y nos esforzamos por comprender sus escritos desde ella misma, desde su interior, no hay duda que nos contagiará y convertirá en nuevos «caterinati».

INTRODUCCION

I N T R O D U C C I O N

1. Una nueva edición española del libro del «Diálogo»

«Los *Diálogos* de Santa Catalina de Siena puede decirse que son por completo desconocidos en España»[1]. Esto escribía el autor de la *Introducción* a la edición española de esta obra, publicada en Avila en 1925.

Han pasado treinta años y, lamentablemente, sigue siendo tan verdad ahora como entonces.

Buena prueba es el hecho mismo de que no está todavía agotada aquella edición, que, a su vez, reproducía la de los PP. Dominicos de Atocha, de 1797.

Algo habrá contribuído, sin duda, a que sean menos los que desconocen el libro de Santa Catalina esta edición de 1925. Pero también es indudable que no ha tenido la difusión que deseaban y podían esperar los que con tanto cariño y entusiasmo la prepararon y que, a pesar de sus loables esfuerzos, la obra de Santa Catalina sigue siendo desconocida entre nosotros.

Fuera de España—en Italia y en Francia por ejemplo—se suceden las ediciones, superándose unas a otras. Unas 16 traducciones italianas y unas cinco francesas, de las cuales la del P. Hurtaud estaba en 1947 en su 23 edición, dan fe del aprecio en que se tiene a esta obra cumbre de la espiritualidad cristiana.

Una simple ojeada a la abundante bibliografía de que hemos podido servirnos para la preparación de esta edición y a la que ofrecen las mejores obras de consulta sobre la vida y escritos de Santa Catalina, descubre en estos mismos países—Italia principalmente—unas corrientes de interés—en la investigación y en la vulgarización—, que hacen de esta Santa una santa actual y dan a su mensaje el sentido exacto de universalidad y catolicidad que en realidad tiene en la historia del cristianismo.

No es que España tenga que descubrir todavía a Santa Catalina. Si, por razón del cisma y del consiguiente apasio-

[1] GUTIÉRREZ, R., O. P., *El Diálogo de Santa Catalina de Sena* (Avila 1925) intr., p. L.

namiento en torno de las personas más o menos ligadas a los personajes centrales de esta turbulencia histórica como fué la Santa de Siena, sus escritos no se difundieron en España con la misma rapidez y profusión que alcanzaron en otras partes [2], su voz arrebatada de mística y su grito católico debían encontrar muy pronto eco amplio en el ambiente integral y substancialmente religioso de nuestros siglos XV y XVI.

Nos admira casi oír a nuestra gran doctora Teresa de Jesús que, *después de Dios, debía a Santa Catalina muy singularmente la dirección y progreso de su alma en el camino del cielo*. En el proceso de canonización de la Santa de Avila, varios testimonios depusieron, bajo juramento, haberlo oído muchas veces de sus labios [3].

«No quieran, hijas mías, perder lo que han ganado en este tiempo; acuérdense de Santa Catalina de Siena, lo que hizo cuando la que le había levantado que era mala mujer...», decía en 1579 en una carta a la priora de Sevilla [3a]. Lo que indica que tanto para ella como para sus hijas era familiar su *Biografía*. Las Carmelitas Descalzas de Valladolid conservan un ejemplar de las cartas y oraciones traducidas por mandato del cardenal Cisneros en 1512 [3b]; y el nombre de la Santa de Siena figura en la lista de santos de la particular devoción de Santa Teresa que después de su muerte se encontró en su breviario [3c].

«Puedo confesar—manifiesta el P. Granada—que, después del inefable misterio de la encarnación, nada he leído que me haya ofrecido prueba mayor de la bondad y caridad divinas como los hechos de esta virgen y los singulares privilegios que Dios le concedió» [4]. Y su doctrina no es el menor de estos privilegios singulares.

Fué el cardenal Cisneros quien en 1512 hizo traducir y publicar, por primera vez en España, los escritos de la Santa de Siena con el título *Obras, epístolas y oraciones de la bienaventurada virgen de la Orden de Predicadores...* [5]

---

[2] En el proceso para la canonización de Santa Catalina, cerrado en Venecia el 5 de enero de 1413, Fr. Tomás de Sena declara: «Su vida y obras circulan por todos los países menos por España, a causa del cisma» (cf. ALVAREZ, *Santa Catalina de Sena* [Vergara 1926³] p. 462).

[3] GUTIÉRREZ, o. c., p. L.

[3a] Véase MARTÍN, F., O. P., *Santa Teresa de Jesús y la Orden de Predicadores* (Avila 1909) p. 354, nota 1.

[3b] SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*: BAC, I (Madrid 1951) n. 250, p. 315 y nota 12.

[3c] O. c., n. 133, p. 233 y nota 13.

[4] Cf. ALVAREZ, o. c., p. IV.

[5] «... las cuales fueron traducidas del toscano en nuestra lengua castellana por mandado del muy ilustre y reverendísimo señor el cardenal de España (Fr. Francisco Jiménez de Cisneros), arzobispo de la santa Iglesia de Toledo, con privilegio real. Fueron imprimidas en la villa de Alcalá de Henares por el honrado arna quillen de brocar, varón experto en el arte de imprimir... Acabáronse a XXII días del mes de noviembre de mil quinientos y doce».

Otras dos ediciones del *Diálogo*—que nosotros sepamos—desde aquella remota fecha—las mencionadas de 1797 y 1925—y un solo tomo de las cartas, de los cinco o seis que deberían ocupar, publicados en Vergara en 1910 [6], no responden ni a la importancia y valor indiscutibles de los escritos de Santa Catalina en la literatura ascético-mística universal ni a la trascendencia de su misión en la vida espiritual de su tiempo y de los tiempos sucesivos.

Característica particularísima suya es su «maternidad» y la extensión de esta maternidad espiritual más allá de su tiempo y de su mundo patrio. Es el suyo un magisterio materno, una inevitable emanación de su potente personalidad sobrenatural y humana que subyuga y vincula a ella de un modo inescindible.

Un contacto esporádico, una curiosidad bibliográfica, la cálida recomendación de un «caterinato» [7], hacen penetrar un día en el mundo de Santa Catalina—mundo afectivo y doctrinal de simpatía y de ideas, de admiración y discipulado—, y allí permanece uno, vencidas las iniciales dificultades y apagadas las inmediatas e íntimas resistencias de la naturaleza espoleada.

No pocos, por motivos varios, podrían decir como Jörgensen: «Mis relaciones con Catalina empezaron, a decir verdad, en condiciones algo enfadosas; en algún momento, casi le tuve miedo. Pero, a medida que fuí conociéndola más íntimamente, me aconteció lo que a tantos otros durante su vida terrestre: fuí subyugado por ella y hube de rendirme. Como aquel franciscano que en un principio la criticó violentamente, me convertí en un fervoroso «caterinato», y, como la mujer del fresco de Andrea di Vanni, en la *Capella delle Volte*, me arrodillé también y mis labios rozaron humildemente las manos pálidas que, sin ningún estigma exterior, estaban traspasadas por el dolor de las llagas de Cristo» [8].

En España y en los países de habla española volverá a prender el entusiasmo sincero por Santa Catalina y por su doctrina, perenne como el Evangelio mismo. La presente edición que la B. A. C. lanza de su libro *El diálogo*—y a la que auguramos puedan seguir muy pronto otras ediciones

---

[6] *Cartas de la Seráfica Santa Catalina de Sena, de la Orden de Predicadores*, t. 1, tipografía de «El Santísimo Rosario» (Vergara 1910).

[7] En el mundillo más o menos piadoso y aldeano de la Siena del 300, que Catalina Benincasa revolucionaba profundamente, corrió pronto el calificativo zumbón con que señalaban un poco despectivamente a los que, pertenecientes a la más alta clase social e intelectual, venían a caer en el círculo de discípulos sumisos y entusiastas de la hija de un tintorero: «caterinato», «encatalinado» (cf. JÖRGENSEN, *Santa Catalina de Sena* [Buenos Aires 1943] p. 155). Pero pronto y definitivamente fué una honra poderse llamar así.

[8] JÖRGENSEN, o. c., p. 12.

del mismo y de las cartas de la Santa—está llamada a promover una nueva corriente de admiración y filial adhesión en torno a esta figura excepcional, portadora al mundo de todos los tiempos de un mensaje de paz, de amor a la Iglesia, Esposa de Cristo; de vida sobrenatural para el hombre y de gloria para Dios.

Nos percatamos plenamente y medimos lo abrumador de la responsabilidad que gravita sobre esta nueva traducción y presentación al mundo hispánico de hoy de la obra de Santa Catalina de Siena. Todo el pálpito vital encerrado en ella, y que desde hace seis siglos viene alentando ansias renovadas de acercamiento a Dios y de entrega ferviente al servicio de su Iglesia, ha de llegar, sin merma de su vehemencia y eficacia, sin amortiguamientos del potente e inconfundible acento de su voz, a nuestro público a través de estas páginas, que han de transmitirle en castellano las que la Santa vivió y escribió en su toscano popular y flexible, colorista y exuberante.

Y sentimos además, como insoslayable y apremiante, el deber de allanar al lector, antes de que se adentre en su lectura, las dificultades que han de presentársele desde las primeras páginas, y quizá en las primeras páginas precisamente.

Más que una simple introducción a la nueva traducción española del *Diálogo*, soñamos en que las páginas siguientes sean una introducción al conocimiento profundo y apasionado de Santa Catalina toda entera—persona y obra—, un abrir el camino hacia la entraña misma de su verdad y su mensaje, que otros proseguirán con mayor acierto y con trabajos de más amplios vuelos.

2. Dificultades en los primeros contactos con Santa Catalina

Porque, aunque de índole distinta, las dificultades que acompañan todo primer contacto hondo con la Santa de Siena se presentan tanto si éste se verifica a través de sus escritos como a través de sus biografías.

Por uno u otro camino, nos encontramos siempre ante una figura que nos trasciende, que supera lo humano en su actividad, en su «ser» y en su doctrina. Es inevitable ante ella sentirse pequeño, mezquino, muy poca cosa. La reciedumbre de su personalidad; el vuelo de su ambición; su visión de todas las cosas, de todo acontecer y de todos los momentos transida de eternidad; su *querer* indómito, de fuego, en la fragilidad de un ser de joven mujer de

pueblo y el toque constante, misterioso y transformador del elemento «gracia»; la intervención de Dios en su vida humana, constituyen siempre el primer inevitable obstáculo para nuestra infeliz mediocridad. Nos resulta demasiado grande.

Esta primera e intrínseca dificultad es...—felizmente y ¡gracias a Dios!—totalmente insoslayable. Santa Catalina de Siena es así. Empequeñecerla, recortarle lo desmesurado—a nuestro chato talante—, reducirla a dimensiones más aceptables con el pretexto de «humanizarla», poner más o menos arbitrariamente, en la balanza de una crítica que quiere ser serena, el contrapeso de unos defectos o lagunas de su santidad y de su personalidad histórica como para hacerse perdonar que la Santa sea tan desmesurada, no es honesto... ni necesario. Todo consiste en acostumbrar la retina a sus desbordantes dimensiones, aceptar modestamente la propia más que notable limitación y... disponerse a vencer el primer miedo a seguirla.

Porque—y vamos adentrándonos en esta primera inevitable dificultad—ante Santa Catalina apenas cabe la actitud de simple contemplación extática. No se le puede rendir sólo el tributo, superficial y nada comprometedor, de un papanatismo ponderativo y boquiabierto.

Entrar en su órbita es embarcarse en una aventura de responsabilidades. Tiene una atmósfera propia, inconfundible: la de la fe. Penetrar en ella es sentirse apremiado constantemente a ser lógico, a ser consecuente. Sus exigencias radicales—bien al margen del tono firme con que las expresa: *io voglio*—justifican sobradamente este miedo receloso de los primeros contactos [9]. Son exigencias objetivas racionales. Y las razones de sus exigencias son aplastantemente claras; como para no intentar siquiera objetar contra ellas. Preferimos evitarla... por incómoda. Un poco—o un bastante—como lo que sucede con San Ignacio de Loyola, a pesar de las distancias temperamentales e históricas que los separan entre sí. Es el refrendo inequívoco de su misión apostólica en el mundo.

La solución de esta dificultad está sólo en nosotros. Más exactamente, en la acción de la gracia que «previene y acompaña» todo impulso de buena voluntad. La solución está en una honrada postura de buena disposición de cara a las exigencias de Dios—«a quien servir es reinar»—, que de modo claro e inevitable han de llegarnos a través de la doctrina y ejemplaridad de la Santa de Siena. «Grande ánimo

---

[9] Cf. Weber, F. P., S. I., *Santa Caterina da Siena vista dalle sue lettere:* La Civiltà Cattolica (1947) 98, v. 2, p. 236-247.

y liberalidad», «ofrecer todo su querer y libertad», llama a esto el autor del libro de los *Ejercicios* [10].

Objeto más directo, sin embargo, de esta *Introducción* son las otras dificultades aludidas—de carácter más extrínseco—inherentes a la lectura de sus biografías o de sus escritos, especialmente del *Diálogo*. Y a ellas vamos a ceñirnos exclusivamente en las páginas siguientes.

I. LA FIGURA DE SANTA CATALINA A TRAVES DE SUS BIOGRAFIAS Y DE SUS PROPIOS ESCRITOS

Un profundo conocedor y entusiasta estudioso de Santa Catalina, el P. Taurisano, se irrita ante las afirmaciones y, sobre todo, ante las conclusiones de un hipercrítico moderno que, ¡cómo no!, también le ha caído a la gloriosa terciaria dominica: «De las *Cartas*, del *Diálogo* y de las *Oraciones* se desprende una imagen de Catalina *diferente* de la que nos presentan sus hagiógrafos, y esta diferencia habría sido, sin duda, todavía más considerable si estas obras hubieran podido escapar a la acción de los artífices de la canonización de la terciaria de Siena» [11].

No queremos entrar ahora en el problema crítico que plantean conclusiones tan graves como las que, en las líneas transcritas, deja entrever Fawtier. Sobre el valor histórico de las fuentes hagiográficas de la Santa, algo diremos más adelante.

Anotamos sólo y subrayamos un *fenómeno:* el de la *aparente* diversidad de personajes según el medio que se emplee para estudiar a la Santa, y que es de fácil, facilísima comprobación.

Rechazando—y sobrados motivos veremos que hay para ello—toda duda acerca de la historicidad esencial de la *Biografía* de la Santa, del Beato Raimundo de Capua, su director, contra el que principalmente van dirigidas las invectivas de la crítica histórica, puede sostenerse, dentro de la más estricta ortodoxia, que la *imagen* de la Santa, la *idea* que el lector se va formando de ella, es algo *distinta* según la contemple a través de sus propios escritos o a través de la *Biografía* del Beato Raimundo u otras más o menos dependientes de ésta. Es así. Y, además..., tiene que ser forzosamente así.

Son dos *puntos de vista* tan distintos, dos *perspectivas*

---

[10] *Ejercicios espirituales*, anot. 5 [5].

[11] FAWTIER, R., *S. Catherine de Sienne, essai de critique des sources*, II, *Les oeuvres de S. Catherine* (París 1930) p. 361, y TAURISANO, I., O. P., *S. Caterina da Siena* (Roma 1948) p. XXVI.

tan distantes de una misma realidad viviente, compleja y riquísima, que, a pesar de los inevitables puntos de contacto, está plenamente justificada y es totalmente explicable la diversidad de la *imagen*. No es que los biógrafos pretendan presentar un personaje distinto, y mucho menos que, en nuestro caso, el Beato Raimundo de Capua, varón de un valer excepcional y de rectitud intachable, haya querido amañar una Santa Catalina que en realidad no existió.

Quien lleve su audacia hasta afirmaciones de esta índole ha de sentirse muy seguro sobre la base de argumentos contundentes, irrefragables. No puede fiarse de unas primeras impresiones, pura apariencia superficial quizá, y menos encauzar toda su vis crítica para convertirlas luego, con aparato científico, en conclusiones apodícticas.

Quien entre en contacto con Santa Catalina a través de las páginas de su *Epistolario* o del *Diálogo*, irá conociendo *un aspecto suyo íntimo, personalísimo,* en el que sólo incidentalmente se rozan, a veces, los acontecimientos históricos exteriores. Cuando este roce se verifica, permite una perfecta identificación con el personaje biografiado por Raimundo de Capua, Caffarini, Maconi, etc.

Si se inicia este contacto con la lectura de sus biografías, especialmente la del Beato Raimundo de Capua, el *aspecto* que se le va descubriendo es *otro,* es *otra perspectiva:* cronológica, sistemática, exterior... Y tampoco es difícil ir identificando esta Santa con la autora del *Diálogo* y de las *Cartas*. Otros factores—que vamos a analizar más despacio—pueden influir decisivamente en la hagiografía a la creación de esta aparente diversidad de imagen, sin que, ni de lejos, se suscite la idea de un fraude piadoso y consciente. La diferencia esencial en las *posiciones* es ésta: *para aquellos críticos* se trataría de un casi irreductible antagonismo entre la Santa de sus primeros biógrafos y la Santa tal como surge de sus propios escritos. *Para nosotros,* se trata de aspectos perfectamente reconciliables de una misma e idéntica personalidad. No se enfrentan, se completan. La figura auténtica y completa de Santa Catalina, la Santa Catalina que *vive* en su tiempo, que se *santifica,* en la que se manifiestan los prodigios del amor sobrenatural, con su acusada *personalidad* humana, con su destino y misión peculiarísimos, con su influencia en la sociedad y el acontecer histórico, con su *propio perfil de santidad...*, tiene que nacer de la feliz conjunción de todos estos aspectos y perspectivas.

Esto parece ya suficiente para que no se nos pueda interpretar mal en lo que vamos a escribir a continuación, y que toca directamente a la finalidad que inspira esta *Introducción*. Es fácil y frecuente comprobar que, como a Jörgensen

el rasgo, mal comprendido en un principio, del *io voglio* en la personalidad de Santa Catalina, a otros muchos pueda retraer de un más asiduo y profundo trato con la Santa el aspecto—dicen unos—demasiado sobrenatural, su «inimitabilidad»—dicen otros—o lo «fabuloso» de su vida..., su sideral distancia respecto a nuestras vulgarísimas existencias.

Y esta comprobación es la que nos obliga a ahondar más en el problema planteado.

1. La Santa en la «Biografía» del Beato Raimundo de Capua

Todo historiador de un santo en general, y más si se escribe con el fin concreto de preparar la canonización de su biografiado, como en el caso del Beato Raimundo, tiende a dar una visión de conjunto de la santidad. Y es cierto que, en Catalina Benincasa, la vocación a la santidad fué precoz.

Cuando el cristiano de hoy se dispone a leer la vida de un santo, busca menos la demostración de que lo fué—como hecho consumado desde el principio—o que desde el principio fué predestinado fatalmente a una gran santidad, cuanto el espectáculo de un proceso similar—aunque sea a muchas millas de distancia—al que está viviendo o debería vivir en sí mismo. Busca el «hacerse» de aquel santo, la aventura de esta *vivencia* sobrenatural en lo humano..., aunque éste sea en la Edad Media. Busca la perspectiva humana de la santidad, o, mejor quizá, la perspectiva divina de una vida humana como la suya.

Esta perspectiva—porque era otro su objetivo—es la que se pierde en la *Biografía* de Raimundo de Capua. No por mal historiador, sino por historiador precisamente. Narra los hechos, con preferencia los extraordinarios y sobrenaturales. Los otros no interesaban para su intento. El teólogo y el psicólogo, en todo caso, tendrán que darles luego la explicación justa y el sentido dimensional que precisan.

Cuando Raimundo—cinco o seis años después de la muerte de su gran dirigida—escribía las páginas de su *Biografía,* fundía—dice el P. Gillet—, sin percatarse de ello, los planos de la experiencia personal adquirida en el trato prolongado e íntimo con los de las noticias y recuerdos evocados por la madre «Monna» Lapa ; atribuye a la niña de seis años la sensatez y el desarrollo espiritual de la joven de veintisiete ; las cualidades de inteligencia y corazón, comprobadas personalmente en su trato de director a partir de esta edad... «Su testimonio—termina el P. Gillet—es tan vivo y lleno de

verdad, que Raimundo en cierto modo llega a no distinguir entre el principio y el fin en la vida de Catalina»[12].

Y es precisamente este tropezar con un *santo* en la primera página lo que desconcierta y... descorazona.

Por precoz que fuese en su vocación a la santidad, hubo indudablemente, un desarrollo, crisis de crecimiento, proceso de maturación. El espíritu humano tiene siempre—aun en las cumbres de lo sobrenatural—unas fases cambiantes, provocadas por uno u otro factor; en última instancia, por la misma acción de la gracia.

El encontrarse desde el primer momento ante *un ser de excepción* viene a confirmar la convicción falsísima de que los santos son productos «fuera de serie», de naturaleza distinta, y la santidad, un fenómeno también excepcional y raro. En resumen: que los llamados para santos son muy pocos y señalados de antemano.

Añádase todavía a esto una doble consideración importantísima: el Beato Raimundo de Capua es un hagiógrafo medieval y escribe con declarados fines apologéticos.

No lo señalamos en son de reproche. Sino más bien de disculpa y justificación de la orientación y lagunas de su obra.

«Los biógrafos medievales metódicamente arrancaban del ambiente al héroe que querían glorificar. Preocupados por el elemento milagroso, más que la historia, escribían la crónica de los milagros del santo. Entre los biógrafos de Catalina, el Beato Raimundo, convencido de la figura excepcional de Catalina, procura reaccionar contra aquel método, creando una obra maestra hagiográfica; obra maestra que tiene, sin embargo, por desgracia, sus lagunas.

»Hoy, el esfuerzo y el secreto del biógrafo estriba en colocar al héroe en su tiempo, en su ambiente histórico, entre los acontecimientos generales, religiosos, sociales y hasta familiares; es decir, verle en toda ocasión en su verdadera luz de combatiente y de actor. Trabajo duro, pero lleno de resultados imprevistos»[13].

La reacción del Beato Raimundo aparece particularmente en el sincero esfuerzo de refrendar al fin de cada capítulo, con los testigos oculares de los hechos, cada uno de los acontecimientos narrados. Las lagunas, sin embargo, que le reconoce el P. Taurisano le dejan en la clasificación de hagiógrafo de la Edad Media[13 bis]. Con su mentalidad, su fe, su modo de ver y de juzgar...

---

12 GILLET, M., maestro general de la O. P., *La missione di S. Caterina da Siena*, trad. ital. del P. Dati (Florencia 1946) p. 17.

13 TAURISANO, I., O. P., o. c., p. 91.

13 bis Esta es también la conclusión científica de VALLI (*L'infanzia e la puerizia di S. Caterina:* Studi Cateriniani, I [Siena 1931] p. 8). Véase del mismo autor *La mentalità agiografica del B. Raimondo da*

Como todo biógrafo de su época, vive la preocupación de la *ejemplaridad* de su personaje. Afortunadamente para todos, había en su caso motivo más que justificado para ello. Esto le salva de la insinceridad y del amaño. No salva, sin embargo, a su *Biografía* de los escollos comunes a las de su tiempo.

Esta tendencia viene a agravarse por la finalidad concreta que le mueve a escribir: «Por donde se ve—escribe, al cerrar su trabajo, el Beato Raimundo—que el proceso de su canonización podrá ser tan breve y seguro como los que la Iglesia sigue en la canonización de los confesores de la fe... Todo lo que acabo de decir demuestra que Catalina, verdadera virgen y *mártir*, es digna de ser inscrita por la Iglesia militante en el catálogo de los santos...» [14]

«Los hechos y los datos—dice Wilbois, recargando un poco la suerte—interesan menos que sus virtudes y sus milagros. Las virtudes se ofrecen en cierto modo cuantitativamente: se subraya la sublimidad de las mismas, no su carácter; no van acompañadas de ninguno de aquellos defectos que, combatidos, constituyen el mérito, e incorregibles, el atractivo de ciertos santos... En cuanto a los milagros, su masa es tan grande, que implica una adhesión global... En fin, la *Leyenda mayor* es apenas una biografía; es casi exclusivamente un alegato» [15].

Y, con evidente injusticia, la califica el crítico Fawtier como «una pesada y fastidiosa narración de pequeños milagros» [16].

El entusiasmo panegirista y la finalidad apologética—justificados por su amor a la «Mamma», por una parte, y, por otra, por el ambiente de falsas acusaciones levantado en los años que siguieron a su muerte, dieron a su *Biografía* la contextura y el tono que viene a dificultar no poco su lectura y el contacto de simpatía por su biografiada. «Ninguna vida de santo choca más con las ideas admitidas en nuestros días que la de Catalina» [17].

Salvando la clara exageración de lo universal en su afirmación, estas palabras de Leclercq revelan justamente la reacción y postura del hombre de hoy ante el libro de Rai-

---

Capua; La Diana (revista sienesa) (1933), y Grion, A., *Santa Caterina da Siena. Dottrina e fonti* (1953) p. 182 s.

14 B. Raimundo de Capua, *Biografía* (citamos, mientras no se advierta otra cosa, la ed. del P. Alvarez *Santa Catalina de Sena* [Vergara 1926] p. 336-337).

15 Wilbois, J., *Sainte Catherine de Sienne. L'actualité de son message* (París 1948) p. 14 s.

16 Refuta espléndidamente tan desacertada afirmación de Fawtier, Valli, F., *L'adolescenza di S. Caterina da Siena* (esame critico delle fonti): Studi Cateriniani (1933) p. 142.

17 Leclercq, J., *Santa Catalina de Siena,* trad. esp. (Madrid 1955) p. 233.

mundo de Capua y, por tanto, ante la Santa Catalina que de sus páginas se desprende.

Virtudes y milagros quedan distribuídos en un orden unas veces cronológico, y otras, sistemático. Es una perspectiva totalmente distinta a la que llamaríamos psicológica—vital—, sobrenatural, que instintivamente anda buscando nuestro cristiano.

Presentimos con ilusión y pena una Santa Catalina que —sin culpa por parte del celoso y sabio director-biografo— huye como una sombra impalpable de entre las páginas que vamos recorriendo con una cada vez más fatigada curiosidad.

2. La Santa a través de sus escritos

«... cuando un santo dispone de una respetable mole de escritos y, mejor todavía, de un epistolario, es siempre preferible recurrir allí, en donde el perfil de su alma puede verse de modo más inmediato y ofrece la garantía de estar, en cierto modo, trazado por su misma mano. La literatura de Santa Catalina es inmensa; pero es en sus cartas en donde se aprende más fácilmente a conocerla, y a conocerla mejor. Y quizá la imagen que de ellas emerge es algo distinta de las que nos han querido dejar ciertos biógrafos y también más simpática»[18].

Es sólo otro aspecto. Y, digámoslo claramente y sin ambages desde el principio, parcial también e insuficiente para obtener una visión de conjunto del perfil psicológico, humano-sobrenatural, de Santa Catalina.

Sus escritos, y especialmente sus cartas, descubren el filón del conocimiento de rasgos caracteriológicos personalísimos. Su estilo revela un total modo de ser. Se la ve pensando, juzgando, reaccionando, sufriendo, actuando en el marco de las distintas coyunturas históricas.

En un santa a quien gusta tan poco hablar de sí misma, tiene mayor importancia sorprenderla en intimidades de su vida espiritual y de relación con los hombres y acontecimientos de su época.

Para el conocimiento psicológico de su personalidad tiene esto, sin duda alguna, un valor incalculable. Querer, no obstante, estructurar toda la figura humano-sobrenatural de la Santa en la realidad concreta de una vida humana en su tiempo y en su escenario geográfico con los solos elementos

---

[18] «Aquellas casi 400 cartas—añade—que nos quedan de Santa Catalina de Siena son a la vez uno de los documentos más singulares de un alma y de una época» (WEBER, F. P., S. I., *Santa Caterina da Siena vista dalle sue lettere:* La Civiltà Cattolica [1947] 98, v. 2, p. 236-238).

espigados en sus escritos sería de todo punto utópico. Ni remotamente pensó jamás ella en escribir su autobiografía.

La primera impresión que deja la lectura de sus escritos, tanto del *Diálogo* como de las cartas, es la de una solidez básica, de un alma firmemente arquitecturada en sus ideas. Mujer de principios claros, graníticos, seguros en el dogma, y de una total entereza en vivir su vocación, en secundar la llamada sobrenatural.

No tarda en apoderarse del lector primerizo de sus escritos—vencida la desazón producida por lo desacostumbrado de su estilo, de sus digresiones, de sus repeticiones—la sensación de hallarse junto a un alma de fuego. Pero no sentimental.

Poco a poco, la retina va ajustándose a las dimensiones que se perfilan ; el oído, a su música soterraña ; el espíritu, al vuelo del de la Santa...

Es común, frecuentísima al menos, la sensación casi de miedo junto a ella. ¿Exige demasiado? No es ella la que exige ; es la Verdad, su «dulce Primera Verdad», que la obliga a hablar, a escribir, a increpar, a sufrir, a morir «sin poder morir».

Sin notas ni comentarios que nos guíen, vamos sospechando que la clave de muchos misterios en la vida de la Santa ha de hallarse en esta misteriosa compenetración e identificación de voluntades: la suya con la de Dios.

Van saliendo a la luz los grandes resortes de su acción, de su aventura por la Iglesia.

En las cartas aparece también en seguida el enorme sentido vocacional de su maternidad. Es una Santa que ama, ¡y en qué forma! Y nos descubre pliegues de su lucha ascética, de sus criterios de dirección ; la ruta de su alma mística, los objetivos concretos de su actividad.

Más que la vida-biografía es la Santa viviendo la que aflora paulatina y suavemente de entre las páginas por ella dictadas.

Aun siendo su confesor y confidente, el Beato Raimundo no puede ni quiere muchas veces expresar lo que vive la Santa internamente. Cuando lo haga, el acento ha de ser inevitablemente muy distinto. El de la Santa tendrá la calidez, la entrañable, la palpitante sinceridad de lo vivido.

Puede parecer paradójico. Vista tan de cerca, tan de dentro, resulta más asequible, más imitable, más humana... Sin perder nada de su gigantesca dimensión en lo divino y lo humano, no aturde ni aplasta tanto como la visión externa biográfica.

Pero... ¿es otra?

3. Problema crítico en torno a las fuentes biográficas de Santa Catalina

¿Coinciden las «dos» figuras que emergen de la doble serie de fuentes: los escritos propios, por una parte, y el testimonio del biógrafo, por otra, con otros documentos menores de la misma época y del mismo ambiente?

Este fué el verdadero punto de partida, el meollo de este que hemos llamado «problema crítico» promovido en torno a las fuentes biográficas de Santa Catalina.

a) La respuesta de R. Fawtier

Y éste es el problema que en toda su crudeza y con valentía se propuso como objeto de sus investigaciones históricas Roberto Fawtier, de la Escuela Francesa de Roma. Un trabajo sistemático y tenaz, el feliz hallazgo de documentos inéditos y de nuevos códices, pusieron en manos de este apasionado estudioso de la historia de Santa Catalina un arsenal de material científico de primer orden.

Frente a la respuesta unánimemente afirmativa de los siglos precedentes, Fawtier creyó poder dar la suya—fruto de su trabajo de investigación y crítica histórica—, casi totalmente negativa.

Las conclusiones de Fawtier son demoledoras en grado sumo. De la Santa Catalina del Beato Raimundo de Capua y demás documentos de la misma época quedaba tan poca cosa, que en realidad había que reconocer, si eran científicamente firmes aquellas conclusiones, que la verdadera Santa Catalina de Siena era totalmente distinta, mucho más modesta de proporciones en su personalidad y en su acción, en su perspectiva histórica y en su influencia en los acontecimientos de su tiempo. Una buena mujer de pueblo un tanto ingenua y desplazada que pretendía resolver los graves problemas terrenos de la Iglesia y de la política con medios espirituales; que cosechó poca cosa más que fracaso tras fracaso, incomprensión, silencio... Sin pena ni gloria; con más pena que gloria hasta el último momento de su muerte en Roma.

La «otra» era fruto del entusiasmo de sus correligionarios y seguidores, nacido y madurado en un ambiente de encendida rivalidad entre las dos grandes órdenes mendicantes. Los Dominicos se habrían encargado de suprimir documentos, crear, retocar, amañar otros, con tal de tener entre sus miembros a alguien que, ¡con estigmas y todo!, pudiera ri-

valizar en santidad y en portentos con San Francisco de Asís.

En tres obras consecutivas ha expuesto su pensamiento Roberto Fawtier.

En la primera, *St. Catherine de Sienne, essais de critique des sources. I. Sources hagiographiques* (París 1921), que es la fundamental para su tesis, analiza los documentos hagiográficos y mesura su valor histórico. La conclusión general de la obra es la siguiente:

«¿Qué partido puede sacar el historiador de toda esta literatura? Aun sin perder de vista que no se puede exigir la misma precisión a un cronista que a un hagiógrafo cuyo objetivo es más bien edificar a sus lectores que informarlos, hay que reconocer que el examen a que acabamos de someterlos les es singularmente desfavorable. Pasemos por alto el reproche que hemos podido hacer a alguno de ellos de silenciar hechos importantes; no tomemos en consideración más que las noticias que nos dan sobre hechos concretos, naturales, verificables; apenas hay un caso en el que no pueda comprobarse un trabajo de deformación; hay un buen número de errores, y—lo que es más grave—de errores voluntarios.

Nada puede sacarse de las leyendas menores[19], reproducciones serviles de la obra de Raimundo de Capua El proceso de Venecia no es más que una manifestación organizada para obtener la canonización, una parodia de proceso[20]—de *extremadamente tendencioso* lo califica en la página 44—. El *Supplementum,* un *corpus* de documentos escogidos, apropiados y posiblemente fabricados[21]. Lo que se nos ofrece bajo el nombre de William Fleete no es más que una colección de textos sospechosos[22]. La *Leyenda mayor,* finalmente, está tan llena de invenciones, de errores y de deformaciones, que habría que dudar antes de invocar su testimonio aun sobre aquellos puntos—por pocos que sean—

---

[19] Estas «leyendas menores» son principalmente la de Fr. Tomás Caffarini, San Antonino, Fr. Tomás de la Roca, etc. La mejor edición de estos escritos, fundamentales para la vida de Santa Catalina, es la del P. LAURENT, O. P., y VALLI, *Fontes Vitae S. Catharinae Senensis Historici* (Siena-Firenze-Milano). La de Caffarini fué también publicada por FAWTIER en *Mélanges d'archéologie et d'histoire,* XXXII (1913) p. 397-509.

[20] El proceso de Venecia, o proceso «castellano», del nombre de la diócesis—Castello—en que se inició, ha sido publicado en una magnífica edición por el P. LAURENT en *Fontes* (Milán 1942), con una erudita introducción, descripción de códices y ediciones parciales y notas de gran valor bibliográfico.

[21] El *Suplemento* de la *Biografía* puede verse, en su traducción española, en la obra de ALVAREZ, O. P., *Santa Catalina de Sena* (Vergara 1926³) p. 341-446.

[22] Publicado por el mismo Fawtier con el título de *Catheriniana* en *Mélanges d'archéologie et d'histoire,* XXXIV (1916). Contiene, además del documento espiritual, el sermón pronunciado en el aniversario de la muerte de la Santa y una carta al Beato Raimundo de Capua.

en que su autor nos transmite la verdad [23]. Solamente dos textos en lengua vulgar, los *Milagros* [24] y la carta de Barduccio Canigiani [25], parecen poder ser utilizados con menor riesgo. Pero ¿qué nos dicen? Algunas noticias sobre los primeros años de la Santa y una narración detallada de su muerte.

Acerca de lo que hizo de Catalina un personaje importante en la historia, acerca de su papel en los grandes acontecimientos del siglo XIV, en una palabra, acerca de su acción histórica, parece que bien poco se puede sacar de la hagiografía cataliniana. Y en todo caso es tan tendencioso, «qu'on ne saurait en accepter la moindre assertion, à moins qu'elle ne soit confirmée par des textes complétement indépendents de Raymond de Capoue et des disciples de la Sainte» [26].

Los hechos más importantes de la vida de Santa Catalina que, en conformidad con sus investigaciones, cree Fawtier deben rectificarse son: fecha de nacimiento y de su entrada en las *Mantellate*, unos diez años antes de lo que tradicionalmente se venía escribiendo; la carta 273 de Santa Catalina al Beato Raimundo de Capua, en la que le da cuenta de su asistencia al suplicio de Niccolò de Toldo [27], es una falsificación de Caffarini. En general, toda la intervención de Catalina en los acontecimientos políticos de su tiempo, su embajada en nombre de los florentinos a Gregorio XI, su influencia sobre el papa para el retorno de la corte pontificia de Aviñón a Roma, su acción pacificadora en las repúblicas de Siena y Florencia, etc., etc., ha de considerarse, según Fawtier, muy poco fundada históricamente y más bien como invención de sus biógrafos; y hasta su misma muerte pasa inadvertida en Roma y en toda Italia.

En su segundo libro, de 1930, *S. Catherine de Sienne, essais de critique des sources. II. Les oeuvres de S. Catherine* (París), rectifica, es cierto, algunas de sus afirmaciones anteriores sobre la autenticidad de las cartas, de las que en su lugar oportuno tendremos que ocuparnos al hablar de los escritos de la Santa, pero permanece fundamentalmente en la línea trazada por el primer volumen de su obra, de 1921.

---

[23] La traducción española de la *Biografía* del Beato Raimundo de Capua puede verse en ALVAREZ, *Santa Catalina de Siena* (Vergara 1926³) p. 3-337. Una buena traducción moderna italiana es la del P. TINAGLI (Siena 1934), que hemos utilizado para las notas del *Diálogo*.

[24] *I miracoli di Caterina di Jacopo da Siena* es del llamado ANÓNIMO FLORENTINO, y ha sido publicado repetidamente. Entre otras ediciones, están las de VALLI, *Fontes* (1936); del P. TAURISANO, en *Fioretti di Santa Caterina da Siena* (Roma 1950) p. 43-84, y MISCIATELLI, *Marzocco* (1940) VI, p. 154-171.

[25] Véase en ALVAREZ, o. c., p. 506-512, con notables diferencias con relación al texto italiano, reproducido por MISCIATELLI, *Epistolario Marzocco* (1940) VI, p. 148-153, y por TAURISANO, *Fioretti*, p. 181-191.

[26] FAWTIER, R., *Sainte Catherine de Sienne, essais de critique des sources; I, Sources hagiographiques* (París 1921) p. 215.

[27] *Lettere di S. Caterina da Siena*, ed. FERRETI (Siena, v. 4, 1922) p. 197-203.

Fawtier seguía creyendo en esta de 1930 que las llamadas fuentes biográficas no nos dan la verdadera Catalina de Siena, y que ésta—a pesar de las deformaciones dolosamente introducidas por los discípulos—aparece sólo en las cartas y demás escritos personales: «alma escogida, demasiado bella para los tiempos en que vivió, desgraciada en todas sus empresas» [28].

Su tercer libro es un como exvoto de gratitud a la Santa de Siena formulado en 1945 en el campo de concentración alemán de Manthausen. Esta vez, en colaboración de Canet, es una vida con el título de *La double expérience de Catherine Benincasa* (París 1948).

En general, insiste en sus viejas tesis y en sus apreciaciones subjetivas y apasionadas, que tienden a niminizar la figura política y pública de la Santa.

En algo, sin embargo, y no de poca importancia, rectifica sus anteriores puntos de vista; es decir, en cuanto a la historicidad del Beato Raimundo y de algún otro documento hagiográfico, que, según vimos, rechazaba de plano en sus otras obras.

A pesar de calificar la obra del Beato Raimundo de «fracaso literario», «sin éxito alguno», «que no respondió al deseo del autor...», etc., confiesa que *la «Leyenda mayor» debe considerarse como un texto importante para la historia de Santa Catalina* y, en general, que los documentos biográficos *ce ne sont pas de document a écarter* [29].

El aparato crítico de sus hallazgos en archivos y bibliotecas, los textos nuevos publicados, daban a Fawtier y a su obra un prestigio científico, que hacía más graves sus afirmaciones y más demoledoras, si cabe, las conclusiones a que le arrastraba su espíritu hipercrítico y atormentado por la constante sospecha del fraude.

Sería injusto regatearle—además del científico que pueden tener sus trabajos—otro mérito, y éste indiscutible: el de haber provocado una bienhechora reacción, el de abrir horizontes amplios e instigar al trabajo concienzudo y profundo de cuantos trataban de estudiar a Santa Catalina sesteando en la «pacífica posesión de la verdad».

Si han servido para que otros muchos estudiosos de la Santa escribieran mucho y «derecho», ¡benditos «renglones torcidos» los de Fawtier!

---

[28] FAWTIER, R., o. c., II, *Les oeuvres de S. Catherine* (París 1930) p. 336.

[29] FAWTIER, R., *La double expérience de Catherine Benincasa* (París 1948) p. 34-35.

b) «La crítica no cambiará la fisonomía de Catalina»

Pasó la sorpresa desagradable, el estupor diría, producido por el grito lanzado en el mundo científico por el historiador francés.

Sus afirmaciones y sus pruebas fueron revisadas detenidamente.

A los dos años de la publicación del primer libro de Fawtier, el autor de una de estas revisiones minuciosas y conscientes, el P. Mandonnet, expresaba así una convicción que ha ido afianzándose cada día y que puede considerarse definitivamente consolidada.

«*Yo no creo que la crítica, ni la más severa, llegue a modificar la fisonomía de la vida de Catalina de Siena;* puede, sí, producirse el fenómeno inherente al estudio de toda documentación histórica, sobre todo cuando ésta es considerable; podrán ser rectificados puntos especiales, concretados, precisados o esclarecidos mejor. Si este trabajo de erudición no cambia en nada la visión de conjunto, le añade, en cambio, una nueva perfección, a la que el historiador no sabría renunciar, particularmente cuando se trata de una personalidad histórica de primer plano como es Santa Catalina de Siena.» [30]

Con las mismas armas de la ciencia crítica moderna, esgrimidas con garbo, y la escrupulosa minuciosidad del investigador de vocación, otro estudioso en Italia, el profesor Valli, se propuso como tema de una serie de lecciones, en la cátedra «cateriniana» de Siena, la revisión crítica de la *Biografía* del Beato Raimundo de Capua. Debemos al profesor Valli, fruto de estas lecciones, los magníficos estudios publicados después sobre la mentalidad hagiográfica del Beato Raimundo de Capua y sobre la infancia y adolescencia de Santa Catalina [31].

Un análisis metódico, tenaz en su comprobación, detallista de fechas, testimonios y de todos los documentos hagiográficos contemporáneos a la *Leyenda mayor,* como el de Valli ha desembocado en esta terminante conclusión: «Desarrollado lo esquemático, liberada de cuanto pueda ser expresión de ideas preconcebidas la *Leyenda mayor,* encontramos que *bien pocas obras medievales* están *invadidas de la pasión de la verdad* como ésta; en bien pocas obras vive

---

30 Mandonnet, P., *Sainte Catherine de Sienne et la critique historique;* L'anné Domenicaine (enero-febrero 1923) n. 1, p. 24.

31 Valli, F., *La mentalità agiografica del B. Raimondo da Capua:* La Diana (revista de Siena) VIII (1933); *L'infanzia e la puerizia di S. Caterina:* Studi Cateriniani, a. 7 y 8; *L'adolescenza di S. Caterina, esame critico delle fonti,* ibid., a. 9; *La datazione della Leggenda Maior, del B. Raimondo da Capua,* ibid., a. 10, p. 65-82.

el santo en su humanidad y en su luz sobrenatural, y con él las figuras que lo circundan» [32].

No sé si habrá quedado por rebatir una sola de las singulares afirmaciones de Fawtier contra la historicidad del Beato Raimundo y por compulsar uno solo de sus datos con pretensión de rectificar los de la biografía tradicional de Catalina por obra del vehemente y sabio «caterinato» italiano P. Inocencio Taurisano. Su producción anticrítica, mejor, ortodoxamente crítica, es vasta, densa y segura [33]. A ella remitimos al lector que quiera pormenorizar en el conocimiento de este interesantísimo trabajo de sólida reconstrucción después del vendaval «Fawtier», que parecía arrasarlo todo. Unanse al del P. Taurisano, entre otros muchos, los nombres de Jordán E. para la fecha clásica del nacimiento de Catalina [34], Misciatelli [35], Frati [36] y los que en puntos particulares especialmente discutidos de la biografía de la Santa citaremos oportunamente.

No es éste el lugar para la justa reivindicación de la personalidad acusada y relevante por sus cualidades, por su probidad y celo, por su participación activa en los acontecimientos de una de las épocas más agitadas de la Iglesia, del que fué maestro general de la Orden de Predicadores y director y biógrafo de Santa Catalina, el Beato Raimundo de Capua. Sería un mínimo homenaje sobradamente merecido y, a la vez, un estudio del mayor interés histórico. De momento, séanos permitido remitir al lector a los excelentes tra-

---

32 VALLI, *La mentalità agiografica del B. Raimondo da Capua,* o. c., p. 202.

33 El P. Taurisano ha tratado principalmente en sus diversos aspectos el problema crítico suscitado por los dos primeros volúmenes de Fawtier en *Fra Caffarini e un codice del Supplementum:* Studi Cateriniani, I (1924) p. 76-83. Daba mayor desarrollo al mismo tema en *Le fonti agiografiche cateriniane e la critica de R. Fawtier:* Letture Cateriniane (Siena 1928) p. 311-382. Véase también la *Introduzione critica* a su *Santa Caterina da Siena* (Roma 1948) p. XIII-XLVIII. En relación con el último libro de Fawtier (en colaboración con Canet) de 1948 *La double expérience de Caterine Benincasa,* ha escrito, con agudeza y fino sentido del humor, una sabrosa *Risposta* al Prof. Roberto Fawtier en el apéndice a sus *Fioretti di Santa Caterina da Siena* (Roma 1950) p. 399-414. (De la primera edición de esta obra existe una poco conocida traducción española : *Las florecillas de Santa Catalina de Sena,* traducción P. Cerro, Madrid 1928.) Véase también *La vera Caterina da Siena e l'ultima opera di R. Fawtier:* Vita Cristiana (1949) fasc. 3, p. 225-234. Y sobre puntos particulares : *Il supplizio di Niccolò di Toldo e S. Caterina da Siena:* Memorie Domenicane (1937) p. 3-8; *S. Caterina da Siena e Gregorio XI,* ibid. (1920) p. 11-40; *Santa Caterina da Siena ed il ritorno del papato a Roma,* ibid. (1929), p. 89-111.

34 JORDÁN, E., profesor de la Sorbona (bajo cuya dirección hizo su tesis doctoral Fawtier), *La date de naissance de S. Catherine de Sienne:* Analecta Bollandiana, 40 (1922) p. 365-411.

35 MISCIATELLI, *La regola del Terzo Ordine de S. Domenico e il ruolo delle Mantellate nel Trecento:* Studi Cateriniani, III, p. 35-65.

36 FRATI. *La leggenda di S. Caterina da Siena coi disegni atribuiti a Jacobo Bellini:* Bibliofilia (julio-septiembre 1923).

bajos de Mortier [37], Cormier [38], Laurent [39], D'Urso [40]. En casi todas las biografías de Santa Catalina que han de ser citadas en las siguientes páginas puede hallarse un juicio crítico de mayor o menor profundidad y valía sobre el Beato Raimundo como biógrafo, por ejemplo, Leclercq [41], Wilbois [42], Gillet [43], etc.

Aun sin penetrar en la entraña del problema crítico, por no considerarlo de este lugar, el resultado y la autoridad de los estudios aducidos justifican, a nuestro modesto entender, las conclusiones siguientes:

1. *La Santa Catalina que se desprende de los documentos biográficos de sus contemporáneos* (Beato Raimundo, Caffarini, Anónimo Florentino, William Fleete, Proceso castellano, Banuccio Canigiani, Maconi, etc.) es fundamentalmente histórica: *es—aunque parcialmente considerada—la misma Santa Catalina del «Diálogo», las «Cartas», las «Oraciones»... Dichas fuentes biográficas pueden y deben considerarse, además, como indispensables para la construcción de la figura psicológico-histórica de la gran santa de Siena.*

2. *El aspecto externo de la vida y personalidad de la Santa,* con las frecuentes manifestaciones extraordinarias de la acción de la gracia en ella, *debe completarse con el otro aspecto íntimo, humano-sobrenatural, que se desprende de sus propios escritos. Entre ambos no se da antagonismo alguno ni irreductible diversidad. Se completan luminosamente en perfecto ensamblaje de acontecimientos y rasgos psicológicos personales.* Una biografía de la Santa sacada exclusivamente de sus escritos carecería de vertebración cronológica. Apenas podría delinearse un esbozo con alguna continuidad y trabazón. Las cartas que se conservan, con ser muchas, no son abundantes en datos de crónica exterior y no es siempre fácil determinar la fecha en que fueron escritas [44].

Si se prescinde de los rasgos íntimamente personales que

---

[37] MORTIER, A., *Histoire des Maîtres Generaux de l'Ordre de FF. PP.* (París, v. 3, 1907) p. 491-686.

[38] CORMIER, H. M., *Le B. Raymond de Capoue* (Roma 1895; ed. ital., Roma 1900; esp., Sevilla 1900).

[39] LAURENT, M. H., *S. Caterina da Siena e il B. Raimondo da Capua ambasciatore della S. Sede presso Carlo V:* Studi Cateriniani, XII (1936) p. 1-51.

[40] D'URSO, G., *Il B. Raimondo da Capua,* pref. a la trad. ital. de la *Leggenda Maior* del P. Tinagli (Siena 1952²) p. 7-21.

[41] LECLERCQ, J., *Santa Catalina de Siena* (Madrid 1955) p. 231.

[42] WILBOIS, J., *Sainte Catherine de Sienne: la actualité de son message* (París 1948) p. 14.

[43] GILLET, M., *La missione de S. Caterina da Siena* (Firenze 1946) p. 86.

[44] Véase, por ejemplo, DUPRE-THESEIDER, E., *Epistolario Cateriniano* (Roma 1940) v. 1, para las fechas de las primeras 88 cartas que contiene, y *La cronologia delle lettere politiche di Caterina e la critica moderna:* Studi Cateriniani, I (1923) p. 113-136.

los escritos ofrecen a través de su lenguaje, de su estilo y de su contenido, se desvanecerá, quizá en su más agradable e interesante perfil, la figura auténtica que ávidamente se busca.

3. Queda en pie—no se nos oculta—la dificultad del elemento sobrenatural, extraordinario y portentoso, tan remoto del gusto del hombre de hoy, que pervade todas las páginas de esta documentación-fuente de la biografía cataliniana. No puede ignorarse. Se impone ineluctablemente.

Descártese, con recto y sereno criterio histórico, lo que evidentemente responde a una mentalidad específica de la época, por ejemplo, el carácter de mártir que atribuye a la Santa [45], y prescíndase, por imperativa imposición del mismo criterio, de la *interpretación* «milagrera» diríamos, que el biógrafo da a los hechos históricos, comprobados, que él mismo cuenta. No en su función como historiador. Puede interpretar como intervención sobrenatural y extraordinaria de Dios lo que quizá admita una explicación humana o de intervención ordinaria de la Providencia.

Tarea delicada, es cierto; peligrosa. Frente a la visión unilateral de lo sobrehumano—profecías, milagros, éxtasis, visiones—, hasta en las manifestaciones más simples de la vida cotidiana, absorbiendo *todo lo natural* de Catalina y fundiéndolo en un personaje irreal, inaccesible, hay el riesgo de la otra visión—no menos angular y unilateral—de pretender explicarlo todo a base de sus dotes naturales, estimuladas por una firmísima, exuberante, casi morbosa sensibilidad [46].

Nos encontraremos siempre con *un ser* extraordinario—no el único—en la historia del cristianismo. Y también en admitir esta intervención extraordinaria están de acuerdo, con las fuentes biográficas, las manifestaciones de la propia Santa [47].

Pero quizá sea preciso revisar en este punto nuestra con-

---

45 «Los mártires eran atormentados por hombres, los cuales algunas veces se compadecían o cedían por lo menos al cansancio; pero Catalina fué atormentada por los mismos demonios, cuya crueldad era insaciable y que jamás se fatigaban. Algunos mártires padecieron poco tiempo y murieron sin grandes dolores; Catalina sufrió su martirio por espacio de trece semanas, desde el domingo de Sexagésima hasta el último día de abril; su suplicio era inexplicable; sus dolores arreciaban de día en día, y ella los soportaba con paciencia y gozo, daba gracias a Dios y le ofrecía su vida por amansar su cólera y preservar a la Iglesia del escándalo. Por donde se ve que no faltaron a la perfección de su martirio ni la causa ni los tormentos, y, por lo tanto, el proceso de su canonización podrá ser tan breve y seguro como los que la Iglesia sigue en la canonización de los confesores de la fe» (BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía:* en ALVAREZ [Vergara 1926²] p. 336).

46 La justa observación es del P. GILLET, o. c., p. 222 s.

47 Compárese, por ejemplo, la narración que hace la Santa en el *Diálogo,* [c. CXLII], p. 359, y el Beato Raimundo en la *Biografía,* ed. TINAGLI, n. 189, p. 245; véase el comentario a estos pasajes del P. D'URSO, *Pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza (1954) p. 341.

cepción moderna del gobierno de Dios en el mundo y del orden sobrenatural, más que hurgar y forcejear en lo sobrenatural, que choca con esta mentalidad, para eliminarlo o humanizarlo a nuestra medida. «Nos disgusta ver a Dios trastornar el orden de la naturaleza por motivos que parecen, después de todo, frívolos, y quisiéramos descubrir el medio de relegar a la leyenda los recuerdos de esta especie. El gran servicio que hace Raimundo es basar todo lo que dice sobre las pruebas más auténticas. En presencia de los hechos, tenemos que inclinarnos, humillarnos y admitir una cosa inaudita: que Dios para obrar no tiene que pedirnos consejo. Si le pluguiese que, al paso de uno de sus servidores, las piedras del camino se levantaran y danzaran un paso de *ballet*, este milagro podría parecernos absurdo. Apenas lo es más, me parece, que la historia del pie de Santa Inés [48]; además, si estuviera debidamente comprobado, tendríamos que admitirlo, so pena de renegar de todos los principios de lo que llamamos «método científico», y del que estamos orgullosos, como de la gran luz del siglo. La gran fuerza de verdad del libro de Raimundo nos impone así hechos que quisiéramos poder negar» [49].

La vida del cristiano más normal se desarrolla ya—por mucho que nos esforcemos en ignorarlo—en un plano estrictamente sobrenatural, radicalmente maravilloso. Debemos considerar ordinaria la intervención de Dios en nuestra vida de cristianos. Pero su naturaleza sobrepasa esencialmente la nuestra y sus exigencias.

Y cuando Dios, en sus designios inaccesibles, hace portador de su mensaje al mundo a un ser de nuestro linaje, no tiene por qué someter su testimonio a las leyes que El mismo ha impuesto. También Dios puede tener sus motivos.

Alguna vez resultará menos fácil captar estas razones de Dios. Esto no significa que no existan. Dios-Inteligencia no abdicará ni que sea momentáneamente para hacer una caprichosa exhibición de su poder.

Que lo sobrenatural, que históricamente debe aceptarse,

---

[48] Alude al milagro sucedido a Catalina en el sepulcro de Santa Inés de Montepulciano, contado por el Beato Raimundo: «Cuando llegamos, había entrado en la clausura e ido directamente a venerar el cuerpo de Inés con casi todas las religiosas del convento y las Hermanas de Penitencia de Santo Domingo que la habían acompañado. Se arrodilló a sus pies y se postró para abrazarlos devotamente, pero el santo cuerpo que ella quería venerar, para evitarle la molestia de bajarse, levantó por sí mismo un pie en presencia de todos los concurrentes, a la vista de lo cual Catalina, toda turbada, se postró aún más profundamente, y poco a poco fué bajando el pie a su sitio» (ALVAREZ, p. 257). Como *boutade*, pase la comparación de Leclercq. Y nos alegramos de que tampoco Dios en este caso sintiera necesidad de pedirle consejo a Leclercq sobre lo *absurdo o no* de que una santa, aun muerta, diera tan delicado y fino testimonio de la santidad de otra viviente aún que iba a venerar sus reliquias.

[49] LECLERCQ, J., *Santa Catalina de Siena* (Madrid 1955) p. 233 s.

no ahogue en la biografía de un santo lo que de común tuvo con todos nosotros. Que la intervención extraordinaria de Dios no le ahorre el trabajo de *hacerse santo*. Que no sea tan santo, tan santo, que nos haga olvidar desde sus primeros vagidos que era de carne y hueso como todo hijo de Adán...

4. ¿Imitabilidad de la vida de Santa Catalina?

Pero, aun contemplando la figura excepcional de Santa Catalina en este punto justo, difícil de equilibrio, ¿puede considerársele imitable?

Sospecho que las frases de algunos autores a este propósito dicen más de lo que ellos mismos quisieron decir. Se prestan, sin embargo, a tranquilizar nuestras tendencias al aburguesamiento espiritual, confinando a Santa Catalina entre las vidas destinadas a *ser admiradas*, pero no a *ser imitadas*. Y sospecho también que ésta no es exactamente la verdad.

«Se me va a decir—habla Leclercq con la Santa en la carta que cierra su libro—que sois tan extraordinaria, que desanimáis a los que aspiran a la perfección.

¡Pero vos no habéis pedido nunca a nadie que os imite, querida Santa! *Vuestra vida puede, en cualquier caso, servir para fortificar la fe,* pues muestra aquello de que Dios es capaz cuando nos ve en la necesidad; he citado bastante vuestra enseñanza para que todos se den cuenta de que no aconsejabais nunca más que vías ordinarias... Sabíais bien que teníais una vocación excepcional. *Aconsejabais a los demás lo que no hacíais, ordenabais a vuestras hijas que se sometieran a las reglas y no pensabais en ellas para vos...*» [50]

Hay evidentemente en esta Santa una vocación excepcional, a la que corresponden medios y caminos poco comunes. Pero no está precisamente en esto la santidad, y por esto tampoco la imitabilidad. Aun para los santos menos portentosos y hasta para las almas buenas vale el elemental principio ascético: cada alma tiene *su camino*. No ya esta diversa *espiritualidad* de escuela que apunta claramente en cada una, sino esta diversa espiritualidad *personal*, que es el modo *personal* de vivir y buscar la perfección de la caridad en sus caminos y según su vocación.

Ni cuando se trata de quien pudo decir con absoluta y entera verdad: *Yo soy el «Camino»*, se habla nunca de imitación material, de copia literal de actos, actitudes y circunstancias externas.

---

[50] LECLERCQ, J., o. c., p. 364.

Y en lo extraordinario, que sólo Dios determina, en la vida de sus hijos tampoco cabe la imitabilidad.

Tenemos la más firme convicción de que el estudio detenido y atento del espíritu de Santa Catalina dará a comprender mucho mejor que todos los razonamientos abstractos, *intuitivamente casi*, que, lejos de desanimar, estimula a aspirar y luchar por la perfección a que estamos llamados; que, *en cualquier caso*, su vida sirve para algo más que para fortificar nuestra fe; que—en lo que de ella dependía y no era exigencia de su vocación personal, controlada y aprobada por su director o confesor, a quienes se somete plenamente—hacía lo que aconsejaba y pensaba para sí en las reglas a que ordenaba se sometieran sus hijas. Si entre ellas hubiese habido alguna llamada a la misión que Dios le había señalado a ella misma y al que Dios hubiera trazado sus mismos caminos místicos, la Santa le habría aconsejado hacer lo que ella misma hacía.

Y éste es quizá el ángulo más luminoso de esta perspectiva íntima del alma de la Santa que nos descubren sus escritos. Vemos con claridad *su camino*. Y nos parece *accesible*..., porque nos coloca en el umbral mismo, y sin preámbulos retóricos, en el plano de las máximas posibilidades sobrenaturales: la conciencia y convicción del propio no-ser, y, por tanto, del no-poder, frente a la omnipotencia inspirada y manejada por el amor. Cualquiera puede entonces aspirar al reconocimiento agradecido: *Hizo en mí cosas grandes el que es todopoderoso*. Sin miedo a que por *cosas grandes* entienda lo portentoso y extranormal que admira en la Santa. ¿Cosa mayor que ser llamado a la intimidad, al humilde servicio de Dios por amor, a la transformante unión vital con Jesucristo, puente por el que se va al Padre, al seno de la Beatísima Trinidad?

«Puede parecer una paradoja, pero de buen grado diríamos de esta Santa que su medida fué el exceso: el ¡todo por el todo!» [51] ¡Justo, la misma medida del amor, que es no tenerla si éste es auténtico! [52]

51 WEBER, F. P., S. I., *Santa Catalina da Siena vista dalle sue lettere*: La Civiltà Cattolica, 98 (1947) n. 2, p. 239.

52 «No es lo extraordinario de vuestra vida lo que hace de vos una gran santa, ni tampoco vuestras penitencias sobrehumanas; es vuestro amor a aquellos que crean no poder amar como vos porque no se sienten con fuerza para practicar vuestras *insensatas* maceraciones...» (LECLERCQ, o. c., p. 364). Aunque el *folles* del original francés no suena mejor que el *insensatas* de la traducción española, el principio ascético que en estas líneas anuncia el autor y desarrolla en las páginas siguientes de su libro ayuda a dar un sentido más sensato a algunas de sus frases.

5. Esbozo biográfico de Santa Catalina

Este es uno de los objetivos principales que exigían y justifican esta *Introducción:* decir *quién* es el autor del libro cuya nueva versión presentamos al público de habla española.

Parece obligado tener algún conocimiento—lo más objetivo y completo posible dentro de los límites forzosamente angostos de una *Introducción*—de la figura histórica y de la personalidad de Santa Catalina de Siena antes de adentrarnos por las sendas luminosas y exuberantes de su libro del *Diálogo*. Su lectura ha de resultar más fácil y más provechosa. Más asequible su lenguaje. Más al alcance de nuestra poquedad la solidez de su enseñanza. Más claro su mensaje católico.

Podríamos remitir al lector, sin más, a cualquiera de los valiosos estudios publicados ya sobre la vida de la Santa. Y a ellos le remitimos para una visión más completa, pormenorizada y documentada[53]. Ello, sin embargo, no nos releva—lo creemos sinceramente—del deber de ensayar un doble esbozo de la vida y de la personalidad de Santa Catalina. Como ensayo y esbozo, no pueden llevar la pretensión de un estudio acabado y perfecto. Estamos seguros, antes de

---

[53] Hasta hace pocos meses, las únicas biografías de Santa Catalina de algún valor en lengua española eran el volumen del P. Paulino Alvarez, O. P., que contiene la *Biografía* del Beato Raimundo de Capua, el *Suplemento* a la misma, de Caffarini, y algunas declaraciones en el proceso de Venecia y cartas de algún discípulo (Vergara 1926³, 524 páginas), y la traducción de la magnífica obra de Jörgensen *Santa Catalina de Siena* (Buenos Aires 1943, Editorial Difusión). Jörgensen da relieve y perspectiva histórica y geográfica a la Santa. Toma cuerpo el mundo exterior que la rodea; la vemos ir y venir, hablar y sufrir... Le acompaña la atmósfera de lo prodigioso, que nos la aleja un poco, y quizá su espíritu se difumina en el cuadro real histórico, maravillosamente trazado, de su vida y de su ambiente. Es, sin duda, la *Biografía* que ha despertado mayor interés en Italia y Francia, en donde existían ya buenas vidas de la Santa. Sus principales ediciones son: en francés, París, 1919, reeditada posteriormente; en italiano: Torino 1920, Roma 1921, Torino 1947. A éstas y otras anteriores del P. Loarte, P. Cáceres, Gisbert, Gavasto, etc., se ha añadido recientemente la traducción de la obra de J. Leclercq, *Sainte Catherine de Sienne* (París-Bruxelles 1922; 2.ª ed., París 1947; trad. esp., Patmos 1955). «Más que una vida—dice él mismo en el prólogo—, *es un retrato*». Obra de los años jóvenes de Jacques Leclercq, tiene agilidad y frescura de estilo y de ideas. Rápidamente concebida y fácilmente expresada... «Ahora—confiesa en la 2.ª edición—el autor, pasada la cincuentena, no escribiría ya ciertos pasajes que tienen el verdor de la juventud» (pról.). ¡Lástima que estos pasajes desdibujen un tanto algunos rasgos no secundarios de la figura tan cariñosamente trazada! Creemos en su sinceridad; honestamente dice cómo él la ve. Pero no nos cabe la menor duda que, más detenidamente contemplada, sobre todo en sus escritos, la habría captado la fina perspicacia y el ingenio de Leclercq de modo algo distinto del que en su libro nos la presenta. Nos referimos, sobre todo, a la interpretación de su personalidad, de su acción pública, de su «dirección» espiritual...

En la *Nota bibliográfica general* anotamos las principales biografías —clásicas y modernas—no vertidas al castellano.

empezarlo, de que no nos ha de llenar, de que nos ha de resultar sumamente arduo el volcar en el papel los contornos y la intimidad, larga y amablemente contemplados, de la figura de la Santa que hemos ido sintiendo nacer en nuestro espíritu.

Esta molesta y angustiosa insatisfacción, cuando se trata de ideas y figuras cordialmente conocidas y quizá deficientemente expresadas, es el riesgo insoslayable que afrontamos en las páginas que siguen con la ilusión de que han de ser útiles al lector y han de allanarle no pocas dificultades.

a) Cronología de la vida de Santa Catalina de Siena

En esquema cronológico, el panorama de los treinta y tres años de la vida de Santa Catalina es el siguiente:

1347.—Nace Catalina en el barrio de Fontebranda, de Jacopo Benincasa, tintorero de pieles, y de «Monna» Lapa. Es la vigésima cuarta de los veinticinco hijos de Jacopo y Lapa [54].

1353.—A los cinco o seis años [55]. «Visión» de Catalina en Valle Piatta y voto de virginidad. Es la primera experiencia de lo sobrenatural, que marca una profunda huella y le descubre horizontes deslumbradores.

Hasta los quince años, junto a su oración y a sus mortificaciones, se desarrolla la lucha familiar para buscarle, según las costumbres del tiempo, un buen partido. La hermana, Buenaventura, tiene más éxito que la madre en convencerle de la necesidad de arreglarse un poco más, cuidar el vestido, teñirse el pelo... Un aire de mundanidad, debilidad en complacer a las criaturas (su hermana), entibia su fervor. La muerte en un parto de su hermana Buenaventura y la «conversión»; su retorno a la entrega sin reservas ni recortes. Exasperación de la lucha familiar, dureza de trato, aislamiento, persecución ante su gesto—símbolo de su

---

[54] La bula de canonización dice que al morir se hallaba aproximadamente—*circiter*—en el treinta y tres año de edad (Archivo Vaticano, Reg. Vat. 483, p. 85-91. Véase en Laurent-Valli, *Fontes Vitae S. Catherinae Senensis historici,* I, Florencia 1936). Este «aproximadamente» permite una ligera oscilación para fijar la fecha del nacimiento un año antes o después del 1347. Pero no la anticipación de diez años pretendida por Fawtier. Para este autor es *sospechoso* morir a los treinta y tres años, edad de Jesucristo. Los más recientes estudios de la crítica histórica han venido a confirmar la fecha tradicional. Véase la bibliografía citada en las notas 33 y 34, p. 4 y 5, y Taurisano, *Santa Caterina da Siena* (Roma 1948) p. xxxi.

[55] Seis años dice el Beato Raimundo al contar esta «visión» en la *Biografía* (Alvarez, c. 2, p. 10); cinco años dice Caffarini (Alvarez, c. 1, p. 343).

decisión interior—de cortarse su espléndida cabellera. Surge la inefable *celda interior*, que ya no abandonará de por vida.

1363 (aproximadamente) [56]. — Ingreso de Catalina en las Terciarias Dominicas, Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, llamadas *Mantellate* por el manto negro que llevaban sobre el hábito blanco. Vivían, según reglas propias, bajo una superiora y un director, sin abandonar el ambiente familiar, una gran actividad espiritual y benéfica.

Vida retirada, de un darse incondicional, silencioso e inexhausto en el trabajo doméstico, en el servicio a los enfermos y pobres, de angustia materna para con los pecadores. Ascetismo más acentuado, trabajo de vencimiento y luchas interiores prolongadas en torno a una vanidad toda femenina, al soterrado instinto de la maternidad... Y la inútil desesperación de una madre que no comprende. Martirios íntimos y comunicación con Dios. Fenómenos místicos y calumnias infamantes.

Empieza a agitarse la marea del ambiente: celos de mujeres piadosas, escepticismo de frailes y sacerdotes, los doctos que opinan de la ignorancia de la hija del tintorero, los corrillos de barrio, del lavadero de Fontebranda, que llegan a los salones elegantes y a las tertulias acomodadas...

Y, por la calle pendiente que lleva a Fontebranda, una dama noble, un grave eclesiástico, un maestro en Teología, el mozo despreocupado y libre hacia la tintorería de Benincasa... para hablar con Catalina. Tiene permiso para ello de su confesor, Tomás della Fonte. Son los albores de la fecunda maternidad espiritual, que no va a limitarse a los senos misteriosos de la intimidad del Cuerpo místico. Primeros contactos de una nueva gran familia en germen.

1366-67.—Su vida oculta, de maturación espiritual, culmina en su desposorio místico, rondando sus veinte años. «Yo, tu Creador y Salvador, te desposo conmigo en la fe. Conserva intacta esta fe, séme fiel hasta que vengas al cielo a celebrar conmigo las bodas eternas. De aquí en adelante, hija, obra *virilmente* y sin titubeos en todo lo que la Providencia

---

56 Otro punto—quizá el crucial—de la crítica de Fawtier contra el Beato Raimundo para demostrar que Catalina no murió a los treinta y tres años, sino a los cuarenta y tres, por haber nacido diez años antes de lo que dice su biógrafo. Su argumentación se basa en una lista de 99 «mantellate», escrita por dieciséis manos distintas, con la fecha de 1352. «Katerina Jacobi Benincasa» ocupa el lugar 58. Para Fawtier entraron todas por lo menos en el 1352. Para los demás historiadores de la Santa, es claro que a este año pertenece el primer grupo de 27, escritos de una misma mano, y los pequeños grupos siguientes de 4, 6, 10, en años sucesivos. Véanse los trabajos ya citados de Laurent, Taurisano, Mandonnet y de Jordán.

te presente...» [57] Y en su dedo, el delicioso compromiso de la alianza, imperceptible a todos los demás.

1368.—Muere Jacopo Benincasa, padre de la Santa.

1370.—Año de los dones admirables de Dios. La preparan para la gran misión que va abriéndose ante los ojos de su espíritu, angustiosamente hambriento de la gloria de Dios y del bien de la Iglesia.

Cree haber muerto, y el grito de Dios le manifiesta los nuevos senderos de su existencia... Comprende, con luz más cegadora todavía, el valor de las almas a las que tiene que consagrar su ser y su morir de cada día.

Crece incontenib lemente el cerco de sus amistades, de su maternidad. Cada aurora trae el nuevo hijo. Los nombres de Paglieresi, Maconi, Malavolti (el apasionado inconstante), Nigi di Doccio, Simón de Cortona (el sensible), Vanni (el pintor), Guidini (el notario), Fr. Lazzarino di Pisa (el franciscano docto y escéptico), el predicador de fama Gabriel de Valterra, el agustino letrado y sediento de soledades William Fleete y tantos otros van desfilando por el callejón estrecho y la casa artesana de Fontebranda. Alguna que otra «mantellata». Pero en el cenáculo de Catalina predominan hombres de personalidad acusada, de lucha, de inteligencia exigente y espíritu refinado. Cargan—en un ambiente de fácil proclividad al chisme irónico—con el mote despectivo de «caterinatos». La Maestra excepcional, la «Mamma», cuenta veintitrés años escasos.

Es la época del tránsito de la vida de contemplación a la acción. La intensidad de su vida interior va a tener la manifestación de su «darse» ininterrumpido. Va a ser realidad esplendente su lema de «las flores (del amor), para Dios ; los frutos, para el prójimo».

1371-2.—Empieza la acción política de Santa Catalina. Primeras cartas a las grandes figuras del gobierno de la Iglesia y gobernantes de las repúblicas italianas. Primeras actividades públicas para promover la cruzada.

1373.—Con la doble espina de no haber visto el anhelado retorno del papa a Roma y la atonía general frente a su grito de cruzada, muere Santa Brígida de Suecia. La luminosa antorcha de sus inquietudes católicas es recogida por la mano joven, delicada y enérgica de Catalina Benincasa, a quien Dios iba preparando para esta gran misión.

---

[57] *B. Raimundo*, I, c. 12, p. 80.

1374.—Gregorio XI envía a Catalina una bula de indulgencias por medio de su legado, Alfonso de Vadaterra, obispo dimisionario de Jaén, confesor y consejero de Santa Brígida [58]. Es la vinculación oficial y solemne de la ardiente existencia de Catalina al azar tormentoso de la Iglesia en su tiempo y a su obra perenne de vivificación del hombre caído.

Se reúne en Florencia, en mayo de este año, el capítulo general de la Orden de Predicadores, y es llamada, para ser examinada en él, la «mantellata» de Siena, de la que se cuentan tantas y tantas cosas. No es una beata anónima. Junto a un coro incondicional de discípulos sumisos, entusiastas, está el vago rumor de la calle de unos círculos de detractores, de los sembradores de sospechas. La Orden asume la responsabilidad de examinar su espíritu. Se le señala por director a Raimundo de Capua, «que me dió—dice Catalina—la dulce Madre María».

De retorno a Siena, la encuentra sumergida en los horrores de la peste, calificada en la historia de «la gran mortandad» [59]. Impulsando la caridad de los que no estaban afectados por la peste, Catalina multiplica inconcebiblemente su propia caridad.

Peregrina a Montepulciano para venerar la memoria y el cuerpo incorrupto de la santa dominica Inés de Segni.

1375.—Portadora de la cruz y del ramo de olivo, el anhelo de la cruzada le lleva a Pisa. Los estigmas le graban allí, al fuego invisible e indeleble del toque de Dios, las llagas del amor crucificado. Corre a Lucca para impedir su alianza con Florencia en la lucha contra el papa y para la conquista de las tierras del patrimonio de San Pedro. Vuelve a Pisa.

En junio—mieses doradas, ondulantes; fronda de vides y emparrados del campo toscano—vuelve a Siena [60]. Un súbdito pontificio, Niccolò de Toldo, de Perugia, por unas fra-

---

[58] Comunica Santa Catalina la alegre noticia a sus discípulos Bartolomé Dominici y Tomás Caffarini (profesores en Santo Domingo de Pisa): «El papa envió aquí a su legado, el Padre espiritual de aquella condesa (Santa Brígida), que murió en Roma, y él es aquel que renunció al episcopado por amor a la virtud. Vino a mí de parte del Padre Santo con el encargo de que hiciera oración especial por él y por la santa Iglesia, y como señal me trajo la santa indulgencia» (carta 127, *Lettere di Santa Caterina da Siena:* FERRETI, II, p. 326).

[59] «Y, volviendo a su casa con su madre..., había en la misma once niños, sobrinos suyos, hijos de su hermano, de los cuales, habiendo fallecido el padre, murieron ocho después de él. A todos ocho quiso dar sepultura ella con sus propias manos, con ánimo alegre, diciendo: «A éste ya no le pierdo yo jamás» (ANÓNIMO FLORENTINO, en TAURISANO, *Fioretti,* p. 75). Este abrazo póstumo de Catalina a cada uno de los cuerpos inertes de sus sobrinos es de una inmensa ternura materna, transida de una fe radiante, absoluta.

[60] Otros localizan este episodio dos años más tarde, en abril de 1377.

ses indiscretas contra los gobernantes de Siena, es condenado a muerte. Tortura a Catalina la rebeldía del joven Niccolò contra los hombres y contra Dios. Llega hasta él... ¡Que lo cuente ella misma en una carta palpitante de un estremecimiento total, reciente, que raya las cumbres del más alto dramatismo humano y literario!

«He ido a visitar al que sabéis, y experimentó tal consuelo y alegría, que se confesó y se encontró en las mejores disposiciones. Me hizo prometerle que cuando llegase la hora de la justicia estaría a su lado, y he hecho como le prometí. Por la mañana, antes del primer toque de campana, fuí a verle, y recibió gran consuelo. Le llevé a oír misa; recibió la sagrada comunión, de que siempre estuvo alejado. Su voluntad se hallaba sometida a la de Dios; sólo temía ser débil en el momento supremo, y me decía: «Quédate conmigo; no me abandones, y todo irá bien y moriré contento». Y descansaba su cabeza sobre mi pecho. Entonces sentí un gozo y un perfume como de su sangre mezclada con la mía, que deseo verter por mi dulce Esposo Jesús. Ese deseo aumentaba en mi alma, y, observando su angustia, le dije: «Valor, dulce hermano mío, que pronto estaremos en las eternas bodas; irás bañado en la dulce sangre del Hijo de Dios, con el dulce nombre de Jesús, que nunca debe salir de tu memoria, y te esperaré en el lugar de la justicia». Padre mío e hijo mío, todo temor se alejó de su corazón; la tristeza de su semblante se trocó en alegría y decía: «¿De dónde tan singular gracia que la dulzura de mi alma me espere en el lugar santo de la justicia?» Ved la luz que había recibido cuando llamaba santo al lugar de la justicia, y añadía: «Sí, iré fuerte y alegre, y me parece que he de esperar mil años aún cuando pienso que estaréis allí». Y pronunciaba tan dulces palabras, que la bondad de Dios era para hacerme morir de alegría.

Le esperé, pues, en el lugar de la justicia, rezando e invocando sin cesar la asistencia de María y de Catalina, virgen y mártir. Antes de que llegase, me bajé y puse mi cuello en el tajo, pero sin obtener lo que deseaba, y rezaba y clamaba al cielo y decía: «María». Quería obtener la gracia de que ella le procurase la luz y la paz del corazón en sus últimos momentos... Mi alma se sintió de tal modo embriagada por la dulce promesa que se me hizo, que no veía a nadie, aun cuando había en la plaza una gran multitud.

Llegó, por fin, como un cordero apacible, y al verme se sonrió. Quiso que hiciese sobre él la señal de la cruz. Cuando la hubo recibido, le dije en voz baja: «Ve, dulce hermano; dentro de poco estarás en las eternas bodas». Se extendió dulcemente, le descubrí el cuello e, inclinada sobre él, le recordé la sangre del Cordero. Sus labios sólo repetían: «Jesús», «Catalina». Cerré los ojos, diciendo: «Quiero», y recibí en mis manos su cabeza.

En seguida vi al Hombre-Dios, cuya claridad semejaba la del sol... Esa alma entró en la herida abierta de su costado, y la Verdad me hizo comprender que aquella alma se había salvado por pura misericordia, por gracia, sin mérito alguno por su parte.

Y esta alma hizo algo de una dulzura tal, que mil corazones no podían contenerlo... Ya empezaba a gustar la suavidad divina; entonces se volvió como la Esposa cuando ha llegado al dintel de

la morada del Esposo; miró atrás e inclinó la cabeza para saludar y dar las gracias a los que la acompañaron.

Cuando se llevaron el cadáver, mi alma descansó en una paz deliciosa, y disfrutaba tanto con el perfume de esta sangre, que no podía sufrir que lavasen la que había salpicado mis vestidos.

¡Ay, pobre y miserable! Nada más digo. ¿Cómo podré soportar el seguir viviendo aquí abajo sobre la tierra?» [61]

1376.—Era la víspera de la festividad del Corpus. Catalina mueve a la ciudad de Florencia, a través de Soderini, que forma parte del gobierno güelfo de la «religiosa» Florencia, pero ahora en entredicho y en el punto culminante de sus aspiraciones contra el poder pontificio, a pedir la *paz* al papa, y al papa, a hacer las paces con ellos. Va a Aviñón para negociarlas. Florencia le traiciona y le engaña innoblemente. Presiona con las «razones de Dios» sobre el ánimo del papa para su retorno a Roma. La corte pontificia abandona Aviñón el 13 de septiembre. El grupo de Catalina—¡singular cortejo de seglares, religiosos y alguna *mantellata* en torno a una terciaria de veintinueve años por la cornisa de la Costa Azul y «riviera» ligur!—sale el mismo día. En Génova, Gregorio XI busca, en una entrevista con Catalina, el ánimo para proseguir su ruta. El papa entrará en Roma el 17 de enero del año siguiente. Catalina está en Siena al morir el año 1376.

1377.—Misión de paz al castillo de Rocca de Tentennano, sobre la Val d'Orcia [62]. Todo el valle, asolado reiteradamente por guerras inacabadas, es el campo del apostolado de Catalina. Pecadores endurecidos, obstinados en el escándalo público; pueblos abandonados, hervideros de odios y venganzas... «Fray Tomás dice que le duele el estómago de tanto *comer*, con Fr. Raimundo, demonios encarnados...; y, no obstante, no acaba de saciarse». «Hay trabajo para largo rato. Rogad a la bondad divina que les ofrezca grandes, dulces y amargos bocados», cuenta a una compañera de Siena la misma Santa [63]. Al trajín nervioso y al fragor castrense ha sucedido, en el gran castillo medieval, el revuelo de las conciencias buscando el abrazo de la paz de Dios. La mano pródiga de Catalina siembra a vo-

---

[61] *Carta* 273, *a Raimundo de Capua* (FERRETI, IV, p. 197); JÖRGENSEN, *Santa Catalina de Siena*, p. 304 s. Este es otro de los puntos atacados en su historicidad por Fawtier. Y la carta..., un fraude bello, pero fraude. El P. TAURISANO *(Fioretti* [Roma 1950] p. 405-408) ha contestado con suficiente claridad y solidez, dejando las cosas en su punto.

[62] La obra clásica para este interesante período de apostolado directo y masivo es la de E. LAZZARESCHI *Santa Caterina in Val d'Orcia* (Florencia 1915).

[63] *Carta* 118, *a Caterina dello Spedaluccio*, II, 267. Era familiar a Catalina este lenguaje figurado para indicar el hacer bien, convertir, santificar a las almas. «No hay que contentarse con tener *hambre* de almas; hay que comerlas...»

leo la inquietud de su palabra, el consuelo para los que lloran y los prodigios para muchos que sufren. Aprende a escribir [64].

Suplica al papa el perdón para Siena, comprometida en la rebelión de Florencia.

1378.—Se había agravado la situación de Florencia desde el otoño anterior. Exasperados los florentinos, se habían rebelado contra el entredicho papal que pesaba sobre la ciudad y habían celebrado solemnidades religiosas en la plaza de la Señoría... El papa manda a Catalina a Florencia. Durante estas negociaciones por la paz muere Gregorio XI. En una sublevación popular es amenazada de muerte. Sus cartas a Urbano VI son un clamor de angustia, una súplica instante... El 18 de julio llegó a Florencia el ramo de olivo, que fué puesto, ante una muchedumbre anhelante, en una ventana del Palazzo Vecchio.

El 20 de septiembre empieza a verificarse una de las más amargas profecías de Catalina. Aviñón tendrá, por encima de todo, un papa francés: Clemente VII. El carácter duro de Urbano VI no era razón suficiente para hacer mentir a los cardenales aseglarados sobre las condiciones de libertad en que éste fué elegido y decidirles a la elección de un pontífice más condescendiente.

---

[64] «Esta carta y otra que os mandé—dice a Fr. Raimundo, que había ya dejado la Rocca—las he escrito de mi propia mano en la isla de la Rocca (de Tentennano), con muchos suspiros y abundancia de lágrimas..., llena de admiración de mí misma y de la bondad de Dios al considerar su misericordia y providencia para con sus criaturas racionales, que se volcaba sobre mí, ya que, viéndome privada de este consuelo, que no conocí por ignorancia mía, El me lo concedió, dándome la posibilidad de escribir, a fin que, al descender de las alturas, tuviese cómo desfogar el corazón para que no estallase. No ha querido sacarme de esta vida tenebrosa, pero de modo admirable grabó el hábito de la escritura en mi mente, como el maestro hace con el niño al ponerle la muestra delante...» (posdata a la *Carta* 272, *al Beato Raimundo,* IV, 195). Caffarini añade que en esta ocasión empezó a escribir, movida del fuego de dentro, la oración «¡Oh santo Espíritu!, ven a mi corazón», que figura en el apéndice. El P. HURTAUD *(Le Dialogue,* I, p. XLIV) fué el primero en rechazar esta posdata como perteneciente a esta carta 272. Tiene sus razones, que, sin embargo, no parecen convincentes ni en cuanto a la fecha de la carta, que él pone en 1378, ni en cuanto a la no pertenencia de la misma de la posdata en cuestión. La razón suprema la descubre él mismo en estas palabras: «... le fait qu'il enferme, le miracle de l'écriture (s'il a existe), a été sans influence sur la rédaction du Livre» (p. XLV). De admitir el milagro de la escritura y fijar en 1377 la fecha de la carta y la posdata, *peligraría* la tesis, por él tan ardientemente defendida, del dictado y revelación de *todo* el *Diálogo*. De esto hablaremos en su lugar.

Fawtier (II, 323), sin apuntar razones nuevas—por espíritu crítico quizá—, admite la tesis de Hurtaud. Y el P. Grion (p. 166) cree más segura, ateniéndose a los documentos, la posición de éstos que la del Prof. Duprè-Theseider, que mantiene, con la competencia científica que le caracteriza, la tesis tradicional. (Véanse de este autor: *Sono autentiche le lettere di S. Caterina?:* Vita Cristiana, XII [1940] p. 212-48, y *Sulla composizione del Dialogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura italiana, v. 117 [primer semestre 1941] p. 161-202. También JÖRGENSEN, *S. Caterina da Siena,* ed. ital. [Roma 1947] nota 1 al c. 7, p. 543; nota 8 al c. 9, p. 546.)

De retorno a Florencia, Catalina se engolfa en la contemplación de la Misericordia y de la Providencia, y vuelca su alma de fuego y luminosidades en el libro del *Diálogo*. En octubre—como veremos—ha terminado de dictarlo a sus tres secretarios.

El desgarrón producido por el cisma en la Esposa de Jesucristo le empuja ineluctablemente hacia Roma. Cerciorada de la voluntad del papa [65], agonizando noviembre, llega a la Ciudad Eterna.

1379.—Campaña ardiente en favor del verdadero papa, Urbano VI. Habla en consistorio a los cardenales, envía cartas, llama junto a sí a las más relevantes personalidades en santidad que por entonces había en Italia [66]. Su visión es inflexiblemente clara y segura. Los males de la Iglesia no tienen más remedio que una inundación de santidad. Está presente, sin embargo, en las turbulencias, junto a Roma y en Roma mismo, entre los partidarios de uno y otro papa.

1380.—Exhausta de fuerzas, vive todavía. Y mientras viva ha de ser como holocausto de la Iglesia. Durante una temporada, en los primeros meses de este año, acude diariamente a San Pedro del Vaticano. La llama inquieta de su espíritu apenas puede ser ya contenida por la fragilidad de un cuerpo que se desmorona. Allí, arrodillada, extática, se ve aplastada por el peso de *la navicella*, la nave de la Iglesia, que Dios le hace sentir gravitar sobre sus hombros de pobre mujer [67]. Dicta sus últimas cartas-testamento, con-

---

[65] «El Soberano Pontífice Urbano VI—cuenta el Beato Raimundo—, que había conocido a Catalina en Aviñón siendo arzobispo de Acerenza, y que tenía en alto concepto sus luces y sus virtudes, me ordenó que la escribiera rogándola que fuera a verse con él en Roma. Así lo hice; pero ella, siempre prudente, me respondió en estos términos: «Padre mío: muchas personas de Siena y algunas hermanas de mi Orden reprueban que yo viaje tanto; se escandalizan de esto y dicen que una religiosa no debe así andar por los caminos. Por mi parte, nada temo estas críticas, pues, si he viajado, ha sido sólo por orden de Dios y de su vicario y en bien de las almas; mas, a fin de evitar cuanto sea posible una ocasión de escándalo al prójimo, me parece que no debo salir de aquí. Sin embargo, si el vicario de Jesucristo quiere que vaya, hágase su voluntad y no la mía. En este caso dadme sus órdenes por escrito, para que éstos, que son fáciles en escandalizarse, vean que no emprendo el viaje por mí misma». Apenas recibí esta contestación, fuí a ver al Soberano Pontífice y se la comuniqué humildemente. El me encargó que hiciera venir a Catalina en nombre de santa obediencia, y Catalina, como hija sumisa, apresuradamente tomó el camino de Roma, seguida de numerosa comitiva, la cual aun hubiera sido mayor si ella no se opusiera» (*Biografía*, p. 3.ª, c. 1: ALVAREZ, p. 267).

[66] Los singulares puntos de vista de Fawtier sobre el cisma y la última época de Catalina en Roma los refuta convenientemente TAURISANO en *Fioretti*, p. 410 s.

[67] Lo cuenta ella misma al Beato Raimundo con estas palabras: «Cerca de las nueve, cuando salgo de oír misa, veríais andar una muerta camino de San Pedro y entrar de nuevo a trabajar en la nave de la santa Iglesia. Allí me estoy hasta cerca de la hora de vísperas. No quisiera moverme de allí ni de día ni de noche hasta ver a este pueblo su-

forta y estimula a los suyos que le rodean. «Pequé, Señor, compadécete de mí», dice reiteradamente interrumpiendo sus dictados. «¡Sangre, sangre!», exclamaba, repitiendo el anhelo que había consumido toda su existencia. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Cerraba el paréntesis de su vivir terrestre hacia el mediodía del 29 de abril de 1380, domingo antes de la Ascensión.

b) El clima histórico de la vida de Santa Catalina.

Lo que acabamos de trazar no pasa de ser un *biograma* descarnado, reducido casi a abstracción.

Requeriría dos elementos importantísimos que le dieran una perspectiva exterior: la del clima histórico en que se desarrolló la realidad de aquellos treinta y tres años de Catalina y la perspectiva vital interna del desarrollo y del crecimiento de su espíritu.

El primero ha sido objeto principalísimo de la atención de los mejores biógrafos de Santa Catalina, y poco podría mejorarse—apuntando elementos inéditos—la pintura colorista dinámica del clima ambiental en que se verificaron todos aquellos hechos sumariamente apuntados.

El cardenal Capecelatro, con erudición vastísima y con el rigor crítico propio de su tiempo, escribió su *Storia di S. Caterina da Siena e del Papato dei suoi tempi*, que responde en realidad y abundantemente a la promesa del título. Su *Santa Catalina* es bastante más que una vida piadosa y edificante para un público devoto; es una gran figura histórica con un papel importantísimo en los grandes momentos que vivió la Iglesia en aquella época [68].

Jörgensen ha logrado, quizá mejor que nadie, captar este clima, hecho de la geografía y las costumbres, del carácter peculiar de los personajes que rodean a la Santa y de la coyuntura histórica de las grandes y pequeñas sociedades en cuya órbita entró. Siena particularmente apenas ha guardado secretos para él. No en vano vivió allí largamente para que su *Santa Catalina* reviviese el ambiente mismo, respirase su aire natal y la aureolara la luz del mismo cielo toscano. Ha penetrado el «genio» toscano, su talante inconfundible.

---

miso y afianzado en la obediencia de su Padre» (carta 373, t. 5, p. 318).

Son insuperables las páginas dedicadas por Jörgensen a esta última etapa de la vida de Santa Catalina. Véase su *Santa Catalina de Siena*, p. 431 s.

[68] Capecelatro, *Storia di S. Caterina e il papato dei suoi tempi* (Nápoles 1856), cinco ediciones hasta 1886; trad. franc. París 1863.

Gardner [69] y Leclercq, por su parte, aportan en sus respectivas obras pinceladas maestras para colocar la figura de Santa Catalina en el marco de esta Edad Media, tan lejana de nuestra idiosincrasia y mentalidad. Es muy probablemente el elemento de mayor trascendencia para una interpretación—históricamente ortodoxa—de una figura de tan rica vitalidad.

Otros biógrafos modernos, sin pretensiones de absoluta originalidad, recogen sobriamente todos estos elementos indispensables a una biografía: Taurisano, Levasti [70] y, muy recientemente, Giordani [71].

Más que para la explicación de hechos concretos, que, sin duda, se entienden mucho mejor en *su clima,* es el conjunto el que se ilumina a veces en forma decisiva y sorprendente.

El panorama político de toda Italia, mosaico en hervor incesante de pequeñas repúblicas y continuas luchas intestinas; el poder temporal del papa; las «compañías de ventura», o guerreros a sueldo del mejor postor; el estado anímico especial dejado como herencia de las pestes frecuentes; la mezcla, incomprensible casi para nosotros, de fe y de pasión, de religiosidad y de pecado; la relajación de las órdenes religiosas, los movimientos reformistas, con sus oleadas de fanatismos mesiánicos, austeridades por una parte y funestos errores doctrinales por otra; la influencia decisiva de la predicación de los religiosos especialmente en la vida del pueblo; la corrupción del clero alto y bajo, religioso y secular; Roma e Italia en la orfandad del Pontificado; Aviñón—en la suavidad del clima y en la euforia de una Provenza con sensibilidad y afán de bienestar—, corte de los papas; la injerencia preponderante de los poderes terrenos en el gobierno de la Iglesia; esta Iglesia dividida durante períodos luctuosamente dilatados en una doble y triple obediencia; idea martilleante en tantos y santa ambición de cruzada; crisis del siglo XIV, incubando la revolución espiritual de un renacimiento pujante... En este clima vivió y llevó a cabo su vocación divina y trascendente Catalina Benincasa.

Con una particularidad no obstante. Hay en esta Santa algo que la hace universal, católica, y la arranca sin violencia de este marco histórico concreto, para hacerla, sin dejar de ser ella misma, de cualquier tiempo y de cualquier pueblo. Hay santos a quienes difícilmente se les puede abstraer de lo que fué su mundo y su época. Su vida y su vocación están tan vinculadas a aquéllos, que—a pesar de ser la san-

[69] GARDNER, E., *S. Catherine of Siena* (Londres 1907).
[70] LEVASTI, A., *S. Caterina* (Turín 1947).
[71] GIORDANI, I., *Caterina da Siena* (Torino, diciembre 1954).

tidad un hecho universal—aquella santidad suya parece como desplazada en épocas y mundos diversos.

Los elementos más fundamentales y característicos de Santa Catalina permiten verla vivir su misión en coyunturas de la historia muy lejanas de su siglo XIV.

Hoy nos es posible imaginarla «devorando almas en la mesa del santo deseo», como ella nos dirá muchas veces; viviendo su atormentada inquietud por el bien del prójimo, su martirio apasionado por la belleza de la dulce Esposa de Jesucristo y su fe insobornable y firme en el «dulce Cristo en la tierra». Su grito de ayer nos parece de hoy y de todos los tiempos: *Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia.* Y su doctrina y sus enseñanzas nos llegan con la misma fresca perpetuidad de las parábolas evangélicas.

c) El proceso de su transformación interior

Esta otra perspectiva, que calificábamos de *vital, interna,* del desarrollo y del crecimiento de su espíritu, ofrece mayores dificultades y se ha ensayado menos su descripción o reconstrucción.

Sin embargo, ofrece un interés excepcional. Y es la perspectiva que principalmente debería darnos la figura de la Santa que muchos anhelamos.

Esta es, a la vez, la más lamentable laguna de sus fuentes biográficas. Caía al margen de su finalidad, y no se preocuparon demasiado de ello. Debían demostrar que fué muy santa, que lo fué desde un principio, que dió en sus años tiernos «pruebas de su futura santidad»... Les interesaba menos descubrir y ofrecer la visión del proceso que siguió para hacerse santa.

Por esto, la selección de hechos históricos, de manifestaciones personales, obedece más al criterio de suscitar la admiración que de despertar la imitación.

Sin faltar a la verdad histórica, por cargar exclusivamente casi el acento sobre lo *admirable* de su vida, puede difuminarse, hasta casi hacerse imperceptible, la ruta imitable de su *hacerse santa.*

Son puntos de vista distintos. Para la mentalidad y la formación de hoy, resulta mucho más *edificante* y hasta *admirable* el que haya tenido que *hacerse santa* en un proceso de evolución parecido—aunque de lejos—al de todas las almas que quieren santificarse, que el que Dios—en su omnímodo poder y bondad exquisita—haya querido darle hecha la santidad desde un principio.

Aquí, con todo, no se trata de puntos de vista subjetivos. Se trata de una verdad histórica, cuyos términos deli-

mitaríamos así: *a)* ¿Existió realmente en Catalina este proceso de transformación interior? *b)* Si existió, ¿es posible una reconstrucción histórica del mismo?

a) A juzgar por los encomios del Beato Raimundo de Capua y su testimonio acerca de la virtud de Catalina desde el momento que ésta pudo andar por sus propios pies y por las aseveraciones de prestigiosos biógrafos actuales, la *excepcionalidad* de esta vida habría que llevarla hasta considerar suprimidas las etapas normales de crecimiento y transformación del alma en las rutas de la vida espiritual.

No es imposible para Dios; pero ¿sucedió realmente así?

«Catalina ha estado siempre en presencia del Eterno, le ha contemplado, amado, escuchado, adorado; ha vivido en aquel estado que los teólogos llaman *vida mística,* sin tocar las dos vidas precedentes: la purgativa y la iluminativa.

Desde la primera visión en Valle Piatta ha alcanzado las cumbres de la mística sin maestros, sin escuela, sin leer, guiada por el Espíritu Santo y por el amor, que han encontrado en Catalina un instrumento perfecto para cantar toda su belleza, sus secretos, sus ansias, sus tormentos y sus grados. En la *Biografía,* Fr. Raimundo insiste continuamente en la enseñanza divina y en el coloquio de Catalina con el Maestro»[72].

En realidad, esta posición no puede apoyarse más que en el testimonio del Beato Raimundo de Capua. Y, con relación a éste, parece justa la observación hecha por el P. Gillet: «Casi sin percatarse de ello, el Beato Raimundo hace una fusión de planos cronológicos: el de las cualidades de inteligencia y corazón, observadas personalmente en la Santa, y el de las mismas cualidades en la niña y jovencita, ya visibles para los que entonces la conocieron y trataron. Su testimonio es tan vivo y lleno de verdad, que Raimundo, en cierto modo, llega a no hacer distinción entre el principio y el fin en la vida de Catalina»[73].

Esta fusión de planos origina el que llamaríamos «error de perspectiva», al eliminar de la vida de la Santa todo proceso evolutivo de crecimiento en la perfección cristiana. Creemos con el P. Gillet que, «siendo realmente precoz la vocación sobrenatural de la Santa, *se desenvolvió regularmente, con el crecer de los años, del principio al fin*»[74].

En todo caso, los elementos de juicio para afirmar la existencia y trazar la línea de este proceso ha de proporcionarlos el mismo biógrafo de la Santa...; no se pone en tela de juicio la historicidad de la narración del Beato Raimundo. Se trata

---

[72] TAURISANO, I., *S. Caterina da Siena* (Roma 1950) p. 475 s.
[73] GILLET, M., *La missione di S. Caterina da Siena* (Florencia 1946) p. 17.
[74] GILLET, o. c., p. 17.

de interpretar su testimonio sobre la santidad de su dirigida. Gillet y Petitot, entre otros [75], han creído autorizadamente poderlo interpretar en este sentido. Y nosotros estamos firmemente persuadidos de ello..., siempre que a la terminología clásica de vía purgativa, iluminativa y unitiva se le dé la debida elasticidad de adaptación personal. Las palabras *pecado, conversión, vía purgativa,* tienen el valor relativo que les da cada realidad concreta a la que se aplican y en la que se viven. No suponen necesariamente un tránsito de la vida de pecado mortal y de abandono de la ley de Dios a la vida de la gracia y al deseo de la perfección.

Cada alma tiene *su luz*. A veces tan intensa, que resulta cegadora para otros ojos más hechos a los tonos grises de la mediocridad. Y en esta *luz* propia se desarrolla el proceso evolutivo de cada alma hacia los senos insondables de la caridad de Dios.

b) No puede ser fácil la reconstrucción histórica de este caminar del alma de Catalina.

Por las lagunas biográficas de que hemos hablado. Por habernos transmitido pocos datos concretos quienes podían haberlo hecho en forma absolutamente auténtica y precisa. Por estar dispersos estos datos escasos y sin excesiva seguridad en la fijación de su cronología.

Los tenemos, sin embargo, y en suficiente cantidad, para que el ensayo no resulte puro juego de fantasía.

El P. Petitot, de competencia reconocida, cree poseerlos hasta poder fijar las tres etapas clásicas en la forma siguiente:

De seis a dieciséis años, vía purgativa ; de dieciséis a los veintiuno, vía iluminativa, y estado unitivo, místico y activo a la vez de los veintiuno en adelante [76].

Hay hechos y síntomas que dan pie a esta división. No creemos que sea necesario, con todo, llevar su interpretación hasta este extremo. El tránsito de uno a otro estado no suele verificarse nunca con esta precisión cronométrica. Nada está, como la vida, tan lejos de las clasificaciones rígidamente estereotipadas. Y, además...—lo confiesa el mismo P. Petitot—, «quoique les divisions soient toujours quelque peu arbitraires...»

La observación valdría particularmente para el paso de la fase «iluminativa» a la «unitiva» y específicamente mística.

---

[75] PETITOT, H., *La formation spirituelle de S. Catherine:* La vie spirituelle (abril 1923) p. 7-65.
[76] PETITOT, o. c., p. 9.

1) **Primera etapa de la vida espiritual de Santa Catalina**

Es cierto, no obstante, que la época de su adolescencia y primera juventud se caracteriza por un ejercicio intenso de los medios ascéticos: ayuno, abstinencia, silencio... Intento de imitación de los Padres del desierto, cuyas vidas, un tanto fabulosas, escucharía desde muy pequeñita, al amor de la lumbre, en las prolongadas veladas de invierno.

Santa Teresa, a la misma edad, vivió bajo la presión de inquietudes parecidas. La Santa de Avila pensaba en ir a tierra de moros para ser descabezada por Jesucristo. La de Siena, en buscar el rincón a propósito para la soledad eremítica.

Tienen singular trascendencia en este período dos hechos; como punto de arranque, la «visión» de Valle Piatta. (Tiene un frescor de ingenua naturalidad el relato sencillo del Beato Raimundo...)[77] «Jesucristo, revestido de hábitos pontificales y coronada la frente de tiara... El Señor fija la mirada llena de majestad en la niña, que se ha quedado inmóvil en mitad de la cuesta de Valle Piatta; se sonríe dulcemente, levanta la mano y traza sobre ella una bendición...» Todo lo ha «visto» en la vertiente opuesta, sobre la torre de la iglesia de Santo Domingo, que domina la barriada. Es todo lo que puede contener una «visión» de una niña de cinco años (según Caffarini) o seis (según el Beato Raimundo).

La «visión» puede tener, en cuanto a su naturaleza, interpretaciones muy distintas. Excesivamente natural, diríamos, la que aventura Levasti[78].

Su contenido, sin embargo, es claro, y la influencia que tuvo en Catalina la subraya claramente su biógrafo: «Desde este momento, ya no pareció ser niña... Su voluntad se fortalecía... El fuego del amor divino abrasaba su corazón y esclarecía su inteligencia... Me confesó después que el Espíritu Santo le había enseñado entonces, sin ayuda de magisterio humano y sin lectura alguna, la vida de los Padres del desierto...»[79]

Es evidente el influjo decisivo para la niña. Es una primera llamada hacia el mundo sobrenatural de su vocación..., a la que ella responde con un voto de virginidad; ella, sólo

---

[77] Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, I, c. 2, p. 10.

[78] «Pensamos que hay aquí una trasposición de *cosas vistas concretas a cosas pensadas abstractas;* pensamos que el Cristo que se delinea delante de ella en la luminosa inmensidad es figura sacada de algunos Cristos que ha visto pintados; lo mismo el obispo; todo esto puede habérsele aparecido idealizado en la medida en que ella, niña, podía idealizar un obispo visto durante las funciones en la catedral de Siena...» (!) (Levasti, A., *S. Caterina* [Turín 1947] p. 18).

[79] Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, I, c. 2, p. 11.

para Jesucristo. Es una luz desconocida que transforma interiormente tantas y tantas cosas. Lo que había oído y aprendido por otros medios, adquiriría, al toque de la luz de Dios, una luminosidad inédita y sorprendente.

Todo esto acontecía dentro. Por fuera, una niña que juega, corretea y canta; llora y busca el mimo, perdida en el enjambre de hermanos de la casa del tintorero de Fontebranda.

El día de la «visión», su hermano Esteban, ya en el fondo de Valle Piatta, le grita impaciente: «Pero ¿qué haces? ¡Camina!» «Si vieras lo que he visto yo...», se sincera ella. «¡Bah!» Y Esteban se encogería de hombros, como tantas veces durante la infancia de Catalina los encogerían sus hermanos y sus padres ante las incomprendidas pequeñas «rarezas» de la penúltima, a la que gustaba rezar, que le hablaran de Dios, del Niño Jesús, de la Virgen y de los santos; que se perdía, a veces, en la soledad de la terraza o de algún rincón de la casa y sabía privarse de cosas apetecibles.

El otro hecho es el paréntesis de enfriamiento cuando empezó a ser mujer.

La tentación vino de fuera, y rodeada de todas las circunstancias que empujaban a ceder. No era ya «Monna» Lapa, su madre, con sus presiones descaradas y un tanto violentas para que se «arreglara» un poco más y se pusiera a tiro de un buen partido. «Monna» Lapa es elemental, instintiva. Es una buena mujer de pueblo y sabe cumplir con su deber... Y piensa que el de Catalina es idéntico al suyo. Entonces y allí, a los doce años, empezaba ya a ser hora de pensar en ello.

Es la hermana Buenaventura, ya casada, la más «amiga» de Catalina. Esta no apremia. Insinúa. Le enseña cómo cumple ella su deber de agradar. «No hay nada malo... ¡Es además tan natural! Puede ser un acto de virtud; todos los que la quieren estarían más contentos y habría en casa menos disgustos de los que hay por culpa de su rareza...»

Catalina tuvo siempre conciencia de no haber cedido al deseo de agradar *a los hombres*. Pero sí la tuvo de haber cedido frágilmente al de agradar a su hermana preferida, a su madre... Por instinto de belleza, por sí misma...

Fué una temporada—tres años quiere el P. Petitot [80]—en que aumentaba la tibieza de su alma en la misma medida que crecía la preocupación de su arreglo personal. La «toilette» femenina y el arte de embellecerse con los medios de entonces estaba tan adelantada en aquellas partes de Italia como puede estarlo en nuestros días con elementos distintos. Dar al cutis de la cara y del cuello tersura de fruta fresca, a

[80] PETITOT, o. c., p. 16.

la abundante cabellera un dorado claro de mieses a punto de siega, el rizo airoso, el lazo oportuno, el pliegue y la caída del vestido.

Fueron los devaneos de Catalina hasta los dieciséis años, cuando apenas se encontraba apoyada espiritualmente por nadie. Más que el hecho en sí, que ella no desorbitaba, era su *significación,* su trascendencia en su propia vida: le había preocupado demasiado el agradar a Buenaventura, había malgastado el tiempo en complacerse ella misma, había girado en torno de su «yo», se había amortiguado el fervor de su oración y la ilusión de su unión con Dios.

Todo esto empezó a verlo y a comprenderlo a la luz de la vela que iluminaba tenuemente la palidez de muerte del rostro de Buenaventura que se iba... «Murió—dice el Beato Raimundo—, de sobreparto, en la flor de la edad». Lo vió y comprendió con toda claridad a la luz radiante que con esta ocasión volvió a encender Dios en su celda interior.

«¿Acaso una criatura *tan vil y despreciable,* que ha *recibido tantas gracias de su Criador, sin haberlas merecido,* podría pasar así el tiempo adornando su cuerpo *miserable,* y esto por agradar a *cualquiera?* No. *Sin la misericordia de Dios, no hubiese bastado el infierno para expiar mi crimen*» [81].

Catalina *no exagera.* A *su luz* lo ve *así.* Ella ve y sabe las gracias que ha recibido inmerecidamente de Dios. El le hace penetrar un día en el misterio de la gran verdad. «Has de saber, hija mía, lo que eres tú y lo que soy yo... *Tú eres la que no es* y *yo soy el que soy*» [82]. Ella—la que no es—puede medir lo que debe al que es y le ama a ella inefablemente. Ella había preferido el gusto de su hermana.

Es su «conversión». Todas sus confesiones tuvieron el íntimo estremecimiento de la compunción y el llanto. Durante *tanto tiempo* no le había amado lo que debía... ; no había correspondido a la inefable, incomprensible llamada del amor...

De entonces es su devoción especialísima a la santa que había sido pecadora *como ella:* la Magdalena del Evangelio. Y con su conversión se inicia la época de las grandes maceraciones y de la insistente, apremiante plegaria de arrepentimiento y reparación.

Es todo un símbolo la derramada cabellera que cae bajo el tijeretazo implacable. Se desencadena la tragedia familiar, que arrecia y se prolonga... Es el cilicio de Dios; el que El añade a las penitencias que ella busca en todas las cosas y a todas horas. Es servicial, trabaja hasta agotarse en las labo-

---

81 Beato Raimundo de Capua, *Biografía,* I, c. 4, p. 22.
82 Id., *Biografía,* I, c. 10, p. 61.

res de una casa con familia notablemente numerosa... Agota la tenacidad materna con una superior tenacidad puesta al servicio de un amor que Lapa tardaría en comprender: ella, su madre, que la había visto llegar a sus dieciséis años *fuerte, robusta,* como quizá ninguna otra en Siena, y llevar con aire garboso grandes sacos repletos de la calle al desván...

Ahora se desesperaba ante las tablas desnudas de la cama, los vestidos de lana, la sangre de los disciplinazos sin cuenta, las astucias que burlaban—en el dormir, en el comer, en los baños sulfurosos—su apretada vigilancia. «Por amor a la limpieza de su cuerpo desechó Catalina un corpiño de crin y lo cambió por una cadenilla de hierro que se ajustaba prietamente a su cintura» [83].

No es la penitencia por la penitencia. Sólo el amor tiene sentido y da sentido y valor a todo lo demás. En ella, y *a su luz,* el amor tiene estas exigencias...

Fué—en su vida espiritual—la fase de la expiación y la purificación. ¡Bendito tinte de cabello y benditos rizos, bendita fragilidad ante el cariño de una hermana preferida, benditos ratos perdidos, entre los doce y los quince años, ante el espejo, frecuente y mimado, que la ayudaron—con la luz de Dios—a cavar la zanja honda de su humildad y le clavaron entre el alma y el espíritu la espina ineluctable y perenne de una sincerísima compunción!

De esta época primera de su transformación arranca el clamor angustiado a la Bondad infinita, a la Misericordia, por conseguir el perdón... Ante el crucifijo de su rincón familiar en Fontebranda cuaja el grito de fuego y lágrimas, cuyo eco hemos de captar luego tantas veces en el *Diálogo:* «Yo soy el ladrón y tú eres el ajusticiado...»

2) Segunda etapa de la vida espiritual de Santa Catalina

Aunque los hechos exteriores, como punto de referencia de la evolución interior, no tengan un valor absoluto, es indudable, en el caso de Catalina, que su ingreso en la Tercera Orden de Santo Domingo marcó un cambio notable. Y con este cambio circunstancial coincide un período de especiales características, que lo discriminan del precedente y del que le sigue.

«Ya eres religiosa, se decía a sí misma; ya no puedes vivir como hasta aquí has vivido. La vida del mundo ha pasado, la de tu profesión comienza, y debes conformarla *a tu regla...*» [84].

[83] Beato Raimundo de Capua. *Biografía,* I, c. 6, p. 35.
[84] Id., *Biografía,* I. c. 9, p. 53.

Tenía plena conciencia de su entrega y de sus exigencias entrañables. Su castidad, su pobreza y su obediencia, aun sin los votos solemnes de la vida religiosa, tenían ya un sendero inequívoco y un cauce autorizado.

Alguien preguntará por qué no fundó Santa Catalina *su* orden, su familia religiosa; por qué su hambre de entrega no buscó moldes más apretados y recluídos.

Hay una razón suprema en toda la vida de Catalina: la de la misión que Dios le reservaba en el Cuerpo místico de su Iglesia en este momento y hora de la vida de su Esposa en la tierra. Esta es la razón de su anhelada vinculación a la hermandad de penitencia de Santo Domingo. Su vuelo iba a requerir inmensidad de horizontes; no el espacio confinado del claustro. Su vocación exigiría esta libertad de movimientos que le permitiría su carácter de «mantellata».

La fisonomía exterior de esta etapa la determinan: los deberes familiares, las obligaciones de caridad impuestas por la regla de terciaria y un encerramiento casi absoluto en la celda de su silencio exterior y de su trato asiduo con Dios como prolongación del ya iniciado a raíz de su «conversión».

«... la fiancée de Jésus *avait encore beaucoup à apprendre, à progresser* dans les voies illuminative e unitive»[85].

Menudean más los fenómenos sobrenaturales en su conversación con Dios. ¡En el *Diálogo* hemos de encontrar tantas y tantas ideas recibidas y maduradas en estos años callados e intensos! «Tened por seguro que todo lo que sé de los caminos del espíritu, lo he aprendido de mi Señor», confesará más adelante a Fr. Raimundo.

Sus confesores anteriores al Beato Raimundo de Capua le proporcionaron con frecuencia sufrimientos morales indecibles. Los caminos de Catalina no se ajustaban exactamente a los por ellos conocidos... Y se empeñaban en hacerlos ajustar, doblegándole a contrariar los impulsos de Dios. Su director en este noviciado para la gran misión es únicamente el insustituíble Maestro de novicios, el Espíritu Santo, *que nos ha sido dado*.

Sobre el fondo de los sentimientos de *humildad* y *compunción*, que ya no la abandonarán, prosigue Dios la múltiple labor de purificación y solidificación de su virtud.

Por fuera, las habladurías y los celos, la calumnia y la desconfianza. Por dentro, las pruebas que pueden llegar más a la raíz del amor propio y de la confianza en sí misma para garantizar su dominio definitivo y el alborozo de una paz reconquistada por la fuerza... del apoyo de Dios.

Agradezcamos al Beato Raimundo que su entusiasmo panegirista por la *santidad hecha* de Santa Catalina no llegara

---

[85] PETITOT, o. c., p. 27.

a escamotearnos este capítulo de las tentaciones y pruebas, «que duraron varios días» y revistieron carácter de sugestión y fuerza incalculables. Como en pocos pasajes, nos permite ver a la *Santa haciéndose,* y por los caminos por los que habitualmente tienen que hacerse todas las santidades.

Alternando con las comunicaciones preñadas de luces, con el consuelo de detalles exquisitos de Jesucristo para con Catalina, el ataque refinado, insinuante, persistente hasta el agotamiento.

Poco antes de su entrega a Dios como terciaria tuvo que vencer—en combate sutil, diabólico—el engaño del traje de seda ondulante, que brillaba al resplandor declinante de la tarde, presentado por un joven esbelto y bello que se lo ofrecía... [86] La tentación ayudaba a dar todo el relieve y significado que para ella tendría el rudo hábito blanco, el cinturón de cuero y el manto negro que aceptaría poco después en la *Cappella delle Volte* de la iglesia de Santo Domingo.

Otras tentaciones ahora iban a prepararla para un entrega más íntima y definitiva todavía: la de Catalina a Jesucristo y la de Jesucristo a Catalina.

«Comenzaron... las tentaciones de la carne; velando o durmiendo, le ponían delante reales fantasmas, que herían sus ojos y oídos y la atormentaban de mil maneras. Catalina luchaba valerosamente contra sí misma, mortificando su carne con cadena de hierro hasta hacer correr la sangre en abundancia. Aumentó sus vigilias hasta privarse casi por completo del sueño; mas no por eso se dieron los enemigos por vencidos ni dejaron de tentarla. Tomaron la forma de personas que venían a compadecerla y aconsejarla, diciéndole: ¿Por qué, pobre niña, te atormentas inútilmente? ¿De qué te sirven todas estas mortificaciones? ¿Crees tú que podrás continuarlas? ¿No ves que eso es matarte y hacerte culpable de suicidio? Deja, deja esas locuras antes que caigas rendida. Aun puedes gozar del mundo; eres niña, y tu cuerpo recobrará bien pronto su vigor. Vivirás como las otras mujeres; te casarás y tendrás hijos, que serán útiles a la sociedad. Bien está que desees agradar a Dios, ¿pero acaso no hubo santas casadas? Mira a Sara, Rebeca, Lía y Raquel. ¿Por qué escoger ese otro género de vida en que no podrás continuar?»

Era la llamada artera a las fibras siempre vivas del instinto de maternidad para despertar el grito rebelde de la naturaleza frente a vocaciones de mayor dedición y fecundidad.

Luego el zarpazo brutal, la llamada descarada a la pasión y al pecado: «Dejóse entonces el demonio de razonamientos

[86] Describe con mano insuperable esta tentación de Catalina, sobre los datos históricos del Beato Raimundo, JÖRGENSEN en su *Santa Catalina de Siena,* p. 49 s.

y emprendió un nuevo género de ataque La cercó de fantasmas de personas de distintos sexos, las cuales se entregaban a inmundas liviandades; atormentaban con impureza los ojos y oídos de ella y la perseguían y excitaban con gritos a tomar parte en tales abominaciones. Nada le valía cerrar los oídos y ojos para no percibir tales gestos y voces de lubricidad; y para colmo de su aflicción, su Esposo, que antes tan frecuentemente la visitaba y consolaba, parecía haberla abandonado y que no le daba ninguna ayuda visible e invisible». De este modo se veía sumergida en desolada tristeza, pero sin cesar de mortificar su cuerpo y darse a la oración.

Catalina se excitaba a un odio santo de sí misma, y decía ella: «¡Oh!, ¿eres tú digna de consuelo alguno; tú, la más vil de las criaturas? ¿No te acuerdas de tus pecados? ¿Te crees algo, desventurada? Bastante será si evitas la condenación eterna sufriendo por toda la vida estas penas y tinieblas. ¿Por qué desanimarte y entristecerte? Si escapas del infierno, Jesucristo sabrá consolarte por toda una eternidad. Si has resuelto servirle, no es por gozar ahora de sus dulzuras, sino por poseerle en el cielo. Así confundía con su humildad al príncipe del orgullo.

Su habitación la veía tan llena de demonios presentándole imágenes impuras, que tenía que salir de ella a menudo. La mayor parte del tiempo lo pasaba en la iglesia, porque allí la atormentaban menos las obsesiones infernales que la seguían siempre. Hubiera querido, como San Jerónimo, correr por valles y montes para evitar las abominaciones que veía.

Cuando otra vez entraba en su cuarto, se encontraba rodeada de una multitud de demonios, que se agitaban en derredor de ella como moscas y la perseguían repitiendo palabras impuras y obscenidades. Y ella se refugiaba en la oración y clamaba a Dios hasta que la tempestad se apaciguaba algún tanto»[87].

Y el coloquio dulcísimo: «¿En dónde estabas durante estas luchas espantosas?» «Dentro de ti misma! Tú no querías la tentación, y allí estaba fortaleciendo tu voluntad. Sin mí...»

No podían sospechar los que empezaban a acudir a Fontebranda en busca de luz, de paz para su espíritu, el combate encarnizado que Catalina vivía detrás de la serenidad mansa de sus pupilas. Ellos se volvían transformados, ella quedaba en la celda, agitada del revuelo inquieto del maligno.

Es la época del hambre torturante de comulgar. Tampoco en esto le entendían. La época de su inmergirse en la gran

[87] BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía*, I, c. 11, p. 71 s.

realidad de Cristo, en el misterio de sus llagas y de su sangre, «derramada con tanto fuego de amor».

Es el preludio del esplendor nupcial para lo que el Esposo le preparaba...

3) **Tercera etapa de la vida espiritual de Santa Catalina**

«El desposorio místico consuma en Catalina la unión espiritual del alma con el divino Maestro y es, al propio tiempo, el *principio* y el *símbolo* de la fecundidad»[88].

La actividad exterior de Catalina había quedado hasta entonces reducida a los deberes estrictos de caridad y de sus reglas de terciaria. Los primeros «caterinatos» no eran para ella todavía el peso de una familia constituída. Contactos esporádicos, aislados, con autorización de su confesor, que no llegaban a romper la muralla de aislamiento, silencio y soledad en la que se había encerrado.

Ella misma no podía percatarse entonces de la misión providencial de aquellas luchas interiores y exteriores, que la iban forjando y le daban el temple requerido para su próximo apostolado. No podía apreciar todo el alcance de la luz extraordinaria que se iba depositando en su alma. ¿Por qué esta claridad de diafanidades insospechadas sobre el valor de las almas, el estado de la santa Iglesia, las necesidades del pontífice, la urgencia de una invasión de santidad sacerdotal?

La perfección de su vida interior, constelada de fenómenos místicos, iba a culminar en la síntesis armoniosa, razón suprema de su fecundidad y de su vocación misma: la unión acabada de la contemplación y la acción.

Hemos leído: «Catalina tuvo estas dos vocaciones inseparables y *contradictorias*... Es preciso leer las descripciones de su vida extática y la narración de su vida activa alternativamente y meditarlas con toda el alma para llegar a sospechar *qué trastorno* («bouleversement») *produciría en ella el tránsito brusco de la una a al otra*»[89].

Desde los primeros contactos con el espíritu de la Santa de Siena, tuvimos la impresión diametralmente opuesta a la expresada por las líneas que acabamos de reproducir. Un estudio más detenido, más profundo, ha venido todavía a confirmarnos en la convicción de que esto es precisamente su característica peculiarísima. Es el rasgo personal, inconfundible, de Santa Catalina; la nota singular de su misión terrestre, de su única vocación.

---

[88] PETITOT, o. c., p. 33.

[89] WILBOIS, J., *S. Catherine de Sienne. L'actualité de son message* (París 1948) p. 179.

No son dos vocaciones contradictorias; son dos vertientes de una misma e idéntica vocación. Imaginar en su espíritu una violencia, una agitación por el tránsito—por brusco que fuese—entre una y otra, es proyectar nuestra mentalidad mediocre, de espíritus que merodean deficientemente por los primeros elementales aledaños de la vida espiritual y no pueden bullir un tanto así sin comprometer su recogimiento y su vida interior.

Más aún: comprender la armonía real de esta síntesis es haber comprendido a Santa Catalina de Siena [90].

Hay en el Beato Raimundo una página reveladora—clave—de este «misterio de la vida de Catalina». En ella se discriminan patentemente los términos precisos del conflicto y la *génesis mística* de la solución dada en la vida de la Santa. Los autores han captado, en general, la belleza trascendente de esta página del Beato Raimundo. Y hasta los que opinan que ordinariamente éste «endulza y florea las vicisitudes de la Santa» confiesan «que ha dejado intactos, al margen de toda ampliación retórica, los momentos cruciales del paso de la pura contemplación a la acción» [91]

Hasta entonces, sí; jamás salía de la celda de buena gana. Y, cuando no podía evitarlo, «sentía un dolor tan grande en el corazón como si se le fuera a romper. Sólo Dios era capaz de hacerla obedecer» [92].

Sumergida en el puro deleite de la última conversación con Jesucristo, de una extremada familiaridad, surge el diálogo:

«—Vete; ya es hora de comer; los tuyos están ya en la mesa; vete, estáte con ellos, luego volverás junto a mí...

—¿Me echas, Señor? (Deshecha en sollozos.) ¿Por qué mi Esposo queridísimo me arroja de su presencia? Si he ofendido a tu Majestad, ahí está mi cuerpo, castígalo; pasaré por todo, pero no me impongas el martirio de separarme de ti. ¿Qué haré yo en la mesa? Los míos no comprenden cuál es mi comida. He huído del mundo y de los míos para ser tu esposa; y ahora que eres mi todo, ¿me obligas a mezclarme de nuevo en las cosas del mundo, con peligro de recaer en mi ignorancia y llegar a ofenderte? (No comprende que por nada del mundo deba dejar el goce de su intimidad imperturbada; y, voluntariosa, decidida, arrojada, llorando, sigue

---

90 «Con el mismo ímpetu casi violento le sorprende el éxtasis tanto en la oración como en la actividad. Para comprender a la gran Santa de Siena hay que captar el secreto de su oración continua» (PESSION, P. M., O. P., *Orazione e azione nella vita e nella dottrina di S. Caterina da Siena:* Spiritualità Cateriniana [Florencia 1947] p. 13. Véase también D'URSO, *Caratteri generali della dottrina mistica cateriniana:* Vita Cristiana [1940] fasc. 2-3, p. 186).

91 LEVASTI, A., *S. Caterina* (Turín 1947) p. 67 s.

92 Estas páginas admirables pertenecen al v. 2, c. 1, p. 87 s., de la *Biografía* del Beato Raimundo.

a los pies de Jesucristo.) No, Señor; tu bondad jamás consentirá que ni yo ni nadie tenga que estar separada de tu misma Bondad.

—Cálmate, hija queridísima; es preciso cumplir toda justicia y hacer fecunda mi gracia en ti y en otros. No pretendo separarte de mí; quiero, por el contrario, unirte a mí más estrechamente por medio de la caridad del prójimo... Debes cumplir los dos mandamientos del amor, en los que se encierra toda ley... Desde pequeña he infundido en ti el celo por las almas; soñabas con ser hombre; disfrazarte, al menos, de hombre; ir a tierras lejanas y ser fraile predicador para ser más útil para ti y para las almas... Llevas ya el hábito tan anhelado de la Orden nacida para el bien del prójimo. ¿Por qué te maravillas y te lamentas cuando te empujo a realizar los sueños de tu infancia?

—Pero esto, ¿cómo puede realizarse?

—Según dispondrá mi bondad.

—Hágase tu voluntad, no la mía... Yo soy la que no soy y tú eres el que eres. Yo soy ignorancia, tú la sabiduría del Padre... Soy mujer...; ni los hombres me harán caso ni está bien que una mujer ande entre ellos.

—...Yo difundo mi gracia como quiero. Ante mí no hay hombre ni mujer, ni pobre ni rico; todos son iguales, y lo mismo puedo hacer una cosa que otra... ¿Dudas? Crees, acaso, que no puedo encontrar el modo de llevarlo a cabo convenientemente. Sé que hablas así no por falta de confianza, sino por humildad... Quiero instrumentos ineptos para humillar la soberbia de los sabios... Obedece con valentía, que pronto te mandaré entre la gente. No te abandonaré dondequiera que te encuentres, ni dejaré de visitarte y de guiarte en todo lo que emprendas...»

Deja precipitadamente la celda y se sienta con los suyos en la mesa. ¡Qué difícil explicar ciertas cosas a la madre, a los hermanos, a los sobrinos que alborotan! Obedece a la llamada del amor. ¿Oposición entre la acción y la contemplación en Catalina? Todo antagonismo entre ambas carece de sentido en la vida—y luego podremos comprobarlo paladinamente—también en su doctrina espiritual.

Su caridad tendrá rasgos de heroísmo desmesurado. Porque su caridad es ahora, inevitablemente, *caridad*. Es un único Amor que no entiende de distinciones cicateras. Ama nada más. Ama al Amor en el muchacho liviano que reduce al redil de la gracia; en el viejo endurecido; en la cancerosa de lengua maligna; en el religioso altanero y escéptico que le azuza con argucias escolásticas, pero que ni sospecha los males de su propio espíritu. Ama simplemente. Pero ama siempre. Y ésta es su vida.

Los grandes fenómenos místicos, que se encuentran ais-

lados en uno que otro santo, se acumulan, en esta última etapa de la vida interior de Catalina, de forma increíblemente prodigiosa; cambio de corazón con Jesucristo, estigmatización...

Crecen a la vez en su espíritu la convicción de su *no-ser*, de «nada con pecado encima», y, por tanto, de su radical impotencia para *hacer*, y la conciencia, cada vez más abrumadoramente clara, de su vocación personal. Ningún pecado, ningún desorden, ninguna desgracia de la Iglesia, Esposa de Jesucristo, caen al margen de su responsabilidad. Ha ido dejando desgarrada a jirones y muerta su sensibilidad junto a calumniadores y apestados de cuerpo y de alma. Su voluntad se ha ido anegando y perdiendo en el abismo del misterio de la sangre de Jesucristo, es decir, del amor incomprensible de Dios para con el «no ser» de la criatura. Su «yo» —voluntad, sentimiento, intereses—se ha perdido en el ser de Dios.

En la inconmovible serenidad de las cumbres de su unión con Dios va a realizar el prodigio de una actividad intensísima, agotadora.

Cada día comprenderá con mayor claridad que en aquel desposorio místico se encerraba el *principio* y el *símbolo* de su incalculable fecundidad...

No era fácil para la madre, Lapa, por ejemplo, comprender el ir y venir, el darse sin tasa, este «morir» continuado por todos los demás. ¿Por qué no podía estar siempre a su lado? Lapa, acompañada de la «mantellata» Cecca (Francesca Gori), una de las secretarias de Catalina, estaba en Montepulciano. En aquel convento tenía Lapa dos nietas, y Cecca una hija. Allí les llega una carta de Catalina desde la Rocca de Tentennano, y en ella las «razones» de Catalina, que son las de Dios.

«Acompañaos con la dulcísima Madre María. Ella, a fin de que los santos discípulos buscasen *la gloria de Dios y la salvación de las almas,* siguiendo las huellas de su dulce Hijo, consiente en que se vayan de su presencia, con quererlos entrañablemente... Y lo mismo los discípulos, que le querían sin mesura, se alejan gozosos, aceptando el dolor de la separación por *la gloria de Dios;* y se van entre tiranos, afrontando abundantes persecuciones. Y si les preguntasen: «¿Por qué sufrís con tanto gozo y os alejáis de María?», responderían: «Porque nos hemos despojado de nosotros mismos y estamos enamorados de *la gloria de Dios y de la salvación de las almas*». Así quiero que hagáis vosotras, carísima madre e hija. Y si hasta ahora no lo fuisteis, quiero que seáis ahora abrasadas por el fuego de la divina caridad, buscando siempre *la gloria de Dios y la salvación*

de las almas... Sabed, madre queridísima, *que yo*, miserable hija vuestra, *no he sido puesta en la tierra para otra cosa más que para esto; para esto me ha elegido mi Creador*. Sé que estáis contenta de que le obedezca. Os ruego que, si os pareciese que estoy aquí más tiempo del que quisierais, estéis contenta; porque *no puedo hacer otra cosa*...»[93]

No puede ser más diáfana la postura de Catalina; es su misión, y tiene que realizarla, entregándose a ella sin cálculos y sin reservas. Se la ha impuesto Dios, a semejanza de la dura obediencia que impuso a su Hijo unigénito, también para la gloria del Padre y la salvación del hombre; y ¿qué puede hacer ella—constreñida por su luz—más que plegarse a su cumplimiento?

Cuando Dios señala una misión, da siempre las gracias indispensables para realizarla. Sólo El puede disponer, eficaz y adecuadamente, a la criatura que ha de llevarla a cabo. La vocación de Catalina debía de ser altísima, a juzgar por la preparación admirable marcada por el signo de las prodigalidades de Dios, que someramente acabamos de recorrer...

6. Esbozo de la personalidad sobrenatural y humana de Santa Catalina

También aquí nuestra ambición no puede llegar más que a ofrecer un esbozo. Porque el tema justificaría sobradamente todo un libro, y no de escasas dimensiones.

Por otra parte, el mejor complemento de este esbozo de su personalidad sobrenatural y humana, construída con rasgos y elementos biográficos, se encontrará en la exposición de su doctrina espiritual, que haremos en la segunda parte de esta *Introducción*. Tratar de penetrar y comprender su doctrina es adentrarse en el conocimiento del alma de Catalina.

a) Su personalidad sobrenatural

1) Atmósfera de fe

La lectura seguida de sus cartas, a destinatarios tan diversos, sobre problemas tan varios, en coyunturas humanas tan concretas, causa en seguida la impresión de la existencia, en torno del alma de Santa Catalina, de una atmósfera sobrenatural, en la que vive y de la que no emerge nunca.

[93] Carta 117, II, p. 262 s.

Nos parece más lógico y explicable que esto suceda en las páginas del *Diálogo;* en una conversación con Dios Nuestro Señor no pueden verse las cosas, todas las cosas, desde ángulos distintos. Recorriendo el epistolario, llega uno bien pronto a la conclusión de que es el único ambiente de su existencia.

No en balde llega a inquietar, a irritar casi, la insaciada repetición de las frases *en la luz, por medio de la luz, con la luz, los ojos del entendimiento, la pupila de la fe, el amor propio que quita la luz,* etc., que parecen obstaculizar el paso alado de la lectura. No es un estribillo, una muletilla de la que la Santa en su dictado no pueda desprenderse, y a la que, en cada caso, no responda una idea densa, bien determinada... Las dice con toda intención. En su estilo, estas locuciones constelan en torno suyo un sistema parcial de ideas, que Catalina no se entretiene en descrifrar en cada ocasión.

Es la referencia constante a *su* modo de ver las cosas, las personas y los acontecimientos; el modo de verlas a la luz revelada. Se percata de que *habitualmente* los hombres no las ven *así*. Pero ella sabe que son *así*. Por esto no puede verlas de otra manera.

Entrar en contacto con Santa Catalina, dijimos al principio de estas páginas, es entrar en su atmósfera. Fuera de ella no se entienden absolutamente, o se entienden muy mal, su personalidad y su vida. Quererla enjuiciar a otra luz es dar una interpretación subjetiva nada más, y falsa por entero.

Si el trato con ella, con sus escritos, es asiduo, no tarda uno en percatarse de que también se le hace familiar su «clima sobrenatural», que lo respira con mayor naturalidad y aplica casi instintivamente aquellos criterios de fe, únicos en Santa Catalina.

Para la Santa de Siena, el mundo y la vida no admiten otra interpretación que la *providencialista. Sin posible excepción,* en lo agradable o desagradable que le suceda a la criatura racional, no puede ver más que a Dios, que quiere o permite por amor lo que sucede. Jamás enturbian la diafanidad de esta su visión la intervención ineludible de factores humanos. En todo ve a Dios-Amor. Todo lo ve en Dios-Amor.

En los años de su vida oculta se acostumbró en el ambiente familiar a servir a su madre, no siempre complaciente ni comprensiva; a sus hermanos, viendo en ellos a Jesucristo, a la Virgen Santísima y a los santos, amigos de Dios.

A Jesucristo mima, visita, consuela, enseña, ama, en todas las personas que a lo largo de cada jornada hace pasar Dios junto a ella.

Su visión—como toda visión sobrenatural—es simple, sin complicaciones; *sólo ve almas*, y en las almas, la *gloria de Dios*. Todo lo demás no cuenta.

Sus normas de gobierno en los asuntos temporales de la Iglesia quizá hagan sacudir escépticamente la cabeza bien sentada en los principios de Derecho público eclesiástico:

«¡Almas, no ciudades!—le decía a Gregorio XI—. El tesoro de la Iglesia es la sangre de Jesucristo, entregada por las almas. El tesoro de la Sangre no se dió con vistas a bienes terrenos, sino para la salvación del hombre. Por tanto, si es cierto que estáis obligado a reconquistar y conservar el tesoro y señorío de las ciudades que la Iglesia ha perdido, mucho más obligado estáis a recuperar tantas ovejas, que son el tesoro de la Iglesia; y ¡demasiado empobrece ella cuando las pierde! Impiden además (estas guerras) el deseo que yo sé acariciáis de la reforma de vuestra Esposa por medio de buenos pastores y rectores. Bien sabéis lo difícil que esto os resulta con las guerras, pues, pareciéndoos tener necesidad de los príncipes y señores, el compromiso de esta necesidad os parecerá que os constriñe a crear los pastores a su talante y no según vuestro parecer. Pésima razón es ésta; por encima de cualquier necesidad (de esta índole), no hay que poner otros pastores más que los que sean virtuosos y no se busquen a sí mismos, sino que se busquen por Dios, buscando la alabanza y la gloria de su nombre...» [94]

Merecería transcribirse también entera la carta 301, a Misser Ristoro Canigiani [95], verdadero tratado, en su brevedad, de la doctrina de Catalina sobre la luz natural y la luz sobrenatural que debe regir una vida en cualquier estado.

No se encontrará un solo aspecto del vivir humano en su largo epistolario que, enfocado por Santa Catalina, no sufra la transformación de la luz nueva: el bienestar temporal y los reveses de posición y fortuna, el amor y la pérdida de lo más querido, el honor y el mando y la injusticia y la persecución... No podía verlo más que *así*. Ni podía dejar de esforzarse a fin de que todos los demás lo vieran así, como en realidad *era*.

Porque... las cosas son y valen lo que valen y son a la luz de Dios.

2) El mundo interno de sus relaciones con Dios

El núcleo de la personalidad sobrenatural hacia dentro de Santa Catalina estriba en el binomio—esencia de toda santidad—humildad-amor.

Sabemos que en todos los santos ha de ser así. Por esto le calificamos «esencia de toda santidad». Pero en Santa

---

[94] Carta 209, *a Gregorio XI*, III, p. 280-282.
[95] Carta 301, IV, p. 318 s.

Catalina sobresale con tal fuerza, adquiere una expresión tan clara y viva, que no puede menos de reclamar poderosamente la atención de cualquiera que se le acerque y estudie.

En Santa Catalina—en su vida y en su doctrina—, humildad y amor no aparecen nunca como dos realidades distintas, y menos como dos realidades divorciadas y distantes.

Son el aspecto negativo y positivo de una realidad única. Como continente y contenido. Mejor, como vacío o capacidad de contener y elemento que llena.

Santa Catalina *se conocía a sí misma* como *medida* de lo que la quería Dios. Conocía a Dios en sí misma. Es decir, se formaba una idea de Dios amando, viéndose amar por Dios: ella, el «no-ser», con pecado encima.

No admitía el conocimiento de sí misma sin el conocimiento de Dios-Amor. Esto no tiene sentido para ella; lleva a la desesperación.

Por esto, conocerse—humildad—es amar. Amor y humildad son como cara y cruz de la misma moneda.

Al conocimiento trascendente de ser «nada» ante el *que es* añadió el conocimiento *interno* de su limitación y de su imperfección. El arrepentimiento de sus faltas *cuajó* en las disposiciones habituales de *compunción del corazón*, que no le abandonaron nunca, ni en la hora de su tránsito a la eternidad.

La dolorosa confesión, repetida una y otra vez a lo largo de su vida [96], y el recuerdo de sus faltas encuentran un eco emocionante en las horas últimas de su existencia terrena. Sus palabras son como una confesión general y acallan la constante actitud íntima de su espíritu «compungido» en la presencia de Dios...

«Confieso mi culpa, Trinidad eterna, de haberte ofendido miserablemente con tanta negligencia, ingratitud, desobediencia y otros muchos defectos...

No he observado el precepto que me diste de buscar siempre tu gloria y no perdonar fatiga por el bien del prójimo, sino que he huído de los trabajos, y más ahora, que eran más necesarios.

Me ordenaste que no pensara en mí, para pensar sólo en ti y en tu honra, en la alabanza de tu nombre y en la salud de las almas, y yo me he preocupado de mi conveniencia.

Me invitabas a unirme a ti solo, con... fervientes deseos, con lágrimas y humildes oraciones por la salvación del mundo entero y por la reforma de la santa madre Iglesia..., y yo... no he correspondido a tu deseo, sino que me he adormecido en la negligencia...

---

[96] Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, I, c. 4, p. 21.

Tú me habías encomendado el gobierno de las almas, dándome muchos hijos queridos a los que... enderezase por el camino de la vida; pero yo no he sido para ellos sino un espejo de humana flaqueza...

¡Con cuán poca reverencia he recibido los innumerables dones y las gracias de tantos dulces tormentos y trabajos cuantos a ti plugo acumular en este frágil cuerpo; ni los he sufrido con tan encendido deseo y ardiente amor como era el que tú tenías al mandármelos!

...Me escogiste para esposa desde mi tierna infancia, y yo no he sido fiel...»[97]

Como en toda compunción auténticamente sobrenatural, hay tanto o más de recuento del amor recibido como de sensación del amor no dado. Porque sólo a la luz del primero puede verse toda la trascendencia y culpabilidad del segundo. Tiene el sentido del pecado. Hay en ella la reacción—sobrenaturalmente instintiva—ante todo lo que pueda encerrar ofensa al Amor. La santidad es cuchillo de dos filos: *amor* y *odio*. No se puede amar a Dios sin—automáticamente—odiar lo que le es antagónico. De su sentido del pecado, su delicadeza de conciencia, su necesidad de reparar...

Bajo el chorro ardiente de las aguas sulfurosas de Vignona, Catalina recuerda las penas del infierno y del purgatorio: «pedía a mi Criador, *a quien tanto he ofendido,* que se dignara aceptar aquellos tormentos que voluntariamente sufría *por los que yo tenía merecidos...*»[98]

En lo más enconado de la lucha de sus tentaciones: «¿Eres, acaso, digna de algún consuelo?»—se decía a sí misma—. ¿No te acuerdas de tus pecados? ¿Te crees algo...? Bastante será si evitas la condenación eterna sufriendo toda la vida otras penas y tinieblas»[99].

Su ayuno absoluto durante largas temporadas le proporcionó abundantes humillaciones, al ser corrientemente interpretado como un prurito suyo y un ardid para llamar la atención y granjearse fama de santidad y no menos abundantes sufrimientos físicos: «Dios me castiga por mis pecados con esta enfermedad, que me impide tomar ninguna clase de alimento; bien quisiera comer, pero me es imposible. Pedid... a Dios que me perdone los pecados por los cuales sufro»[100]. Se acordaba entonces de la fruta ávidamente codiciada y comida en los años lejanos de la infancia en Fontebranda[101].

Por esto *desconfía de sí misma.* Un «espiritual» de Florencia se creyó en el deber de conciencia de ponerla en

---

97 Carta de Barduccio Canigiani: ALVAREZ, p. 509 s.
98 B. RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía,* I, c. 7, p. 42.
99 ID., *Biografía,* I, c. 11, p. 73.
100 ID., *Biografía,* II, c. 5, p. 133.
101 JÖRGENSEN, p. 145.

guardia contra el posible engaño en sus ayunos. Le contestó: «Os prometo que, mucho más de lo que podáis temer vos, temo yo en esto el engaño del demonio. Pero yo confío en la bondad de Dios y desconfío de mí, porque sé que de mí en nada me puedo fiar... No sólo acerca de esto, sino de todas mis obras, temo siempre por mi fragilidad y por la astucia del demonio, pensando que puedo ser víctima de un engaño... Me apoyo en la cruz de Cristo crucificado, y en ella quiero ser yo crucificada; no dudo de que, si me veo cosida y clavada con El *por amor y con profunda humildad,* los demonios nada podrán contra mí; no por virtud mía, sino por la virtud de Cristo crucificado»[102].

Si a estas disposiciones habituales de compunción se une la oprimente claridad de la conciencia que tenía de su misión, habremos dado con la clave de uno de los misterios de su vida. ¿Cómo podía, sin evidente exageración, considerarse, como hacía habitualmente y aparece en las *Cartas* y las *Oraciones,* culpable de las desgracias de la Iglesia y de los males del mundo?

«He recibido de mi Criador *gracias tan grandes y tantas,* que, en mi lugar, el ser más miserable de la tierra ardería de amor de Dios. Sus palabras y obras habrían derramado por el mundo todo el amor del cielo y el desprecio de la presente vida. Los hombres no habrían pecado más. Pero yo, *que tanto he recibido,* bien puedo decir que soy la más ingrata de las criaturas y causa de ruina en el mundo, pues no he salvado a muchas personas predicándoles de palabra y con el ejemplo. He faltado, pues, a *mi deber;* soy muy culpable»[103]. Al concepto personal de ser «la nada con pecado» hecho palpitante y viva convicción corresponde el dogma *Dios es amor.* Es el dogma de Santa Catalina. No un dogma abstracto, impalpable, vago..., sino hecho carne viva en ella misma y en toda criatura racional y revelado en todos los detalles de las relaciones de Dios con el hombre.

Todos sus fenómenos místicos se resolvían en una creciente claridad interior, en un desbordarse del don de Sabiduría sobre esta primera verdad: Dios es amor.

Este dogma de Santa Catalina tiene su *Credo.* En todas sus páginas vuelve, con la alucinante insistencia de un motivo musical que no se abandona nunca, porque está en la entraña misma medular de su vida espiritual, la enumeración de las razones del amor: Dios ama al crear, antes que pudiéramos amarle nosotros; ama al conservar; ama al *recrear* a la vida de la gracia al hombre perdido; ama al querer o permitir todo lo que quiere y permite para con la criatura,

102 *Carta* 92, *a un «espiritual» de Florencia,* II, p. 118.
103 Declaraciones de Fr. Bartolomé de Siena: en ALVAREZ, p. 474.

que responde en sí a un inefable designio del amor de Dios.

Habría que anticipar todo el acervo doctrinal de Santa Catalina, que gravita sobre esta verdad y que trataremos de exponer más adelante, para desarrollar debidamente este rasgo de su perfil sobrenatural. Notemos sólo que toda su doctrina *antes fué vida*. Las principales experiencias místicas—inundando, en la suprema vibración de lo divino, todo su ser—la inmergen singularmente en el misterio de la Sangre, que no es en substancia más que la revelación del amor en la redención.

«Yo quiero sangre ; en la Sangre sosiego y sosegaré yo mi alma»[103 bis].

Su grito obsesionante de «¡ Sangre, sangre !» ; su lenguaje misterioso, impregnado totalmente del color, del olor y de la calidez de la Sangre, no se entiende siquiera... si no se ha penetrado el contenido doctrinal, de extraordinaria densidad, que en él encerró la experiencia mística, reiterada una y mil veces.

Es el único lenguaje que puede hablar el alma que ha bebido en la llaga del pecho desgarrado de Cristo[104], ha cambiado con el de Cristo el corazón propio, ha sentido cauterizar sus carnes con el fuego de sus llagas[105], ha recibido sobre el alma una lluvia purificadora de sangre y de fuego...[106] «Mi naturaleza es fuego», porque Dios, que es amor, nos ha hecho participantes de su naturaleza[107].

Y es el lenguaje que pueden hablar solamente almas como la de Catalina de Siena.

3) Catalina y la criatura racional

Todo el mundo interno de las relaciones de Santa Catalina con Dios se reduce al binomio estudiado: «humildad-amor».

El mundo, tan complejo para nosotros, de las relaciones con todo lo que *no* es Dios cristaliza en Catalina en la elemental ecuación: amor a Dios = amor al prójimo. Es la otra vertiente de su *dogma*. Sin ella se trunca la verdad revelada y se desmocha esencialmente la personalidad espiritual de la Santa.

Es notable, como podrá verse en su lugar, su doctrina so-

---

103 bis *Carta* 102, *al Beato Raimundo de Capua*, II, p. 182.

104 BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, II, c. 6, p. 143.

105 MARTÍNEZ DE PRADO, J., O. P., notable filósofo y teólogo, catedrático de Alcalá, escribió un estudio sobre este tema : *Opusculum de stygmatibus S. Catherinae Senensis* (Alcalá 1652).

106 BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía*, II, c. 6, p. 143.

107 TAURISANO, O. P., *Preghiere ed elevazioni* (Roma 1932²) p. 175, oración «sobre el sacramento de la Eucaristía».

bre la caridad al prójimo. Ofrece tema para un sabroso tratado completo sobre la materia [108]. Pero también aquí, antes de ser doctrina, fué vida en ella. Toda su vocación, singular y particularísima, obedece a la inteligencia y a la asimilación vital de esta verdad.

Sin mermas ni rebajas, la totalidad de su amor a Dios encontraba su adecuada expresión en el querer a la «criatura racional, imagen de Dios; objeto de un designio de amor infinito por parte de Dios; redimida por la sangre del Hijo de Dios, derramada con tanto fuego de amor; llamada a realizar la *verdad de Dios*, que es su felicidad eterna en El; que puede, por su propia culpa y negligencia de los siervos de Dios, vivir por siempre separada de El...»

Dios le enseñó, para prepararla a su misión, el valor de la criatura. De su mano penetró Catalina en lo íntimo del misterio redentor que se encarnaba en la Iglesia de Jesucristo.

Su *pasión*, en consecuencia, fueron las almas, sin discriminaciones, y la Iglesia, por encima de todas las contingencias exteriores del elemento humano que podían deturpar su cara de verdadera Esposa de Jesucristo.

Las almas, el prójimo, porque era el único camino para amar de balde, sin que antes la hubieran querido, al Dios que de balde la amó antes que ella—por no ser—pudiese quererle de alguna manera.

La Iglesia, porque es la prolongación viviente del misterio redentor de Cristo. La Iglesia es Cristo redimiendo.

Las almas, porque por ellas murió Cristo.

La Iglesia, porque es Cristo muriendo.

«Debemos correr como enamorados y apasionarnos por la santa Iglesia por amor de Cristo crucificado. Ayudad a esta Esposa (de Cristo), bañada en la sangre del Cordero...» [109].

«Tendrán para mí calumnias y persecuciones; yo daré lágrimas y oración continua en la medida de la gracia que Dios me dé. Y tanto si el demonio lo quiere como si no, me empeñaré en emplear mi vida para la honra de Dios y la salvación de las almas, por el mundo entero, y especialmente por mi ciudad» [110].

Ante el peligro del cisma, que iba ensombreciendo el horizonte de la Iglesia, comprendía que para impedirlo y de-

---

108 MENÉNDEZ REIGADA, A., O. P., véase en *La vida sobrenatural* (1935) marzo, p. 341; julio, p. 29 s., «El amor al prójimo según Santa Catalina de Sena».

109 *Carta* 145, *a la reina madre de Hungría*, II, p. 402. Toda la carta es un himno pura ascua de amor a la Iglesia. Véase el hermoso capítulo de LECLERCQ en *Santa Catalina de Siena* (Madrid 1955) p. 113, «La política católica».

110 *Carta* 122, *a Solvit de Misser Pietro, platero de Siena*, II, p. 295

plorarlo era insuficiente el sudor natural: «sudor de sangre querría yo, y de buena gana hubiera querido que en mi cuerpo se desbordasen mis venas»[111], le confesaba en una carta al cardenal Pedro de Luna...

No concibe su felicidad ni en la gloria «si alguno de éstos, creados a tu imagen, como lo soy yo, *perece* y es arrebatado de mis manos. No quiero que se pierda ninguno de mis hermanos unidos a mí por naturaleza y por gracia... Yo quisiera que el infierno se destruyera, y, si quedara a salvo la unión de tu amor, que fuese yo puesta en la boca del infierno para cerrarlo de modo que ya ninguno más entrara...»[112]

El panorama de la caridad de Santa Catalina tiene las ilimitadas dimensiones de la caridad misma de Dios. Caridad es amar con la única medida y condición de la caridad auténtica, que es no conocer ni condición ni medida.

Por esto, caridad no es sólo *no ofender* al prójimo; es *amarlo* positiva, apasionadamente; es no serle indiferente nadie; es querer el bien de todos, a los que Dios quiere; a los que quiere tanto, que muere por ellos; es darse, morir por el bien de aquellos cuyo bien quiere Dios. Su gran tormento es no poder dar a entender cómo los quiere Dios y cómo por amor da y permite El todo lo que les acontece; es vivir, en su oración y en su acción, de cara a los demás; es darles los frutos del amor, cuyas flores de afecto reserva para Dios. *Sobre los demás se dan a luz* las virtudes que interiormente se han concebido...

Y éste es otro aspecto de la universalidad de su caridad. Todas las virtudes de Catalina tienen valor y sentido por el amor que las inspira y engendra.

Todo el organismo vital de las virtudes en Santa Catalina cuaja en esta también elemental afirmación: su vida es caridad, frente a la síntesis de todas las relaciones de Dios para con Catalina: «Dios es amor».

Obediencia, paciencia, pobreza, castidad, discreción..., es decir, con palabras distintas, todo lo que se resume en el binomio apuntado: «amor-humildad».

El Beato Raimundo pondera en su *Biografía* cada una de las principales virtudes vividas por la Santa. Como resalta luminosamente de su doctrina ascética, todas surgían y cobraban vitalidad en el amor nacido del conocimiento de la bondad de Dios en sí misma...

La personalidad sobrenatural, de talla gigantesca, de la Santa, que murió a los treinta y tres años, la levantó, es cierto, la acción de Dios. Ella no puso resistencias ni obstáculos a esta acción. Fué generosa en darse cuando el Espíritu

---

[111] «... e volentieri avrebbe voluto che il corpo suo fosse stato svenato» (carta 293, IV, p. 279).

[112] BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía*, pról. 1.º, p. LXXXIV.

ahondaba en los cimientos de la humillación y torturación del «yo» y cuando su vuelo irresistible la arrastraba a las metas más ambiciosas de la perfección y del apostolado...

La absoluta convicción de su «no-ser» y «no-poder» suponía indefectiblemente en Catalina la misma absoluta convicción del «todo» y del poder omnímodo de Dios-Amor.

Sabemos inexhausto el filón de su personalidad sobrenatural. Quedan vírgenes aspectos de interés indiscutible: dones del Espíritu Santo en Catalina, discreción de espíritus, vida estrictamente mística, etc. Los señalados, sin embargo, son los trazos salientes, personalísimos, que de algún modo la pueden caracterizar y definir.

b) Su personalidad humana

El perfil psicológico humano de Santa Catalina no preocupó demasiado a los biógrafos contemporáneos suyos. Ni entraba en la mentalidad de la época ni en la finalidad inmediata de sus escritos.

Más todavía; la abundancia del elemento sobrenatural, que les urgía poner de relieve, parece ahogar los rasgos de la fisonomía humana, que a nosotros—hijos también de nuestro siglo—nos interesa y apasiona. Pretender reconstruirla con los solos elementos de estas biografías es trabajo ímprobo y poco menos que inabordable. Elementos sueltos, esporádicos, incidentales: alegría y gracia infantiles, madurez de juicio, tenacidad..., etc. Pero el retrato completo se difumina inconexamente.

Es preciso sumergirse en la lectura pacienzuda de su abundante epistolario, captar sus reacciones ante personas y coyunturas históricas concretas de índole distinta, oír su lenguaje insinuante o vehemente, ser testigo de sus ansias y de su llanto. El trazo esencial de su personalidad humana se perfila mucho más. De lo nebuloso aflora cada vez con mayor nitidez la persona humana, la mujer que palpitaba debajo de la Santa.

Los estratos nítidamente yuxtapuestos no se dan en la realidad global de una vida, como en los cortes del suelo terrestre. El todo viviente no ofrece al observador los diversos elementos que lo componen separados y milimétricamente medidos; hasta aquí la naturaleza, aquí empieza la gracia. Toda vivisección psicológica resulta artificial, y los datos que proporciona deben aceptarse y entenderse siempre en función del todo que vive: naturaleza y gracia, hombre e hijo de Dios.

Y en una Santa en la que la gracia actuó con tanta precocidad resulta todavía más difícil la labor de precisar los

elementos típicamente humanos de su personalidad. También aquí el esbozo ofrecerá, sin interpretaciones arbitrarias y subjetivistas, la visión de los aspectos más notables y característicos de la psicología de la Santa.

Todavía una palabra de justificación por el orden en que se presentan estos elementos varios de su personalidad sobrenatural y humana. ¿No está lo humano en la base de toda personalidad sobrenatural? ¿No obra la gracia sobre la naturaleza? ¿No es el santo un hombre que, *como hombre*, vale mucho?

Todo esto es cierto. Es sólo razón de método. Queríamos evitar el riesgo de esta interpretación: toda la descollante personalidad de Santa Catalina y su grandiosa misión se explica por la riqueza excepcional de su personalidad humana. Frente a los biógrafos primitivos, que nos presentan una Santa que *apenas* fué mujer, los biógrafos de hoy se sienten tentados en presentarnos una gran mujer que apenas fué *santa* o lo fué por lo que valía como mujer.

Su valor psicológico explica sólo algunas cosas en esta vida admirable, y las explica en forma fragmentaria. Diría que ayuda a entenderlas, porque en la entraña misma, la más íntima, deberemos buscar indefectiblemente la llamada sobrenatural y la misteriosa acción de lo ultrahumano: la obra de la gracia.

Más breve y más claro: el instrumento humano sobre el que laboró la gracia y con ella colaboró fué, a grandes rasgos, como sigue.

A. *Principales factores psicológicos*

1) Inteligencia intuitiva

La exposición de la doctrina espiritual de Santa Catalina nos colocará frente a una estructura intelectual de *claridad* y *firmeza* poco comunes.

A lo largo de su intensa vida mística, recibe de Dios enseñanzas continuas; se vuelca en ella la luz de Dios. Pero, además, oye leer o contar, junto a la hoguera de la cocina familiar, la *Vita Patrum,* las vidas de santos de la leyenda dorada, de Giacomo di Varazze. El púlpito—con su influencia preponderante en la vida y ambiente de su siglo—, el confesonario, le brindan ideas y conocimientos.

Sea ahora lo que sea de las fuentes humanas de su ciencia de la vida espiritual y también de la «inspiración» sobrenatural en el dictado de su libro el *Diálogo,* una cosa es cierta: la mole de sus escritos—cerca de 400 cartas suyas han llegado hasta nosotros—, de rara densidad doctrinal,

supone indiscutiblemente una capacidad natural de *captación*, de *asimilación* y de *expresión*.

Considerando el conjunto de sus escritos y de su vida, es innegable que Catalina no repite como autómata una lección recibida y aprendida. Habla de lo que vive. Es decir, descubre una estructuración intelectual con las notas señaladas de *claridad, solidez* y *amplitud,* que son el nervio de sus convicciones, la motivación de su modo de vivir y obrar. Sus ideas son claras, a pesar de la exuberancia y desbordamiento de un estilo que acumula imágenes, digresiones e incisos. Su pensamiento puede esquematizarse y reducirse a síntesis con relativa facilidad.

Es *firme* y *tenaz* en sus ideas, lo que supone una asimilación personal perfecta. Las fórmulas más abstractas: «ser, no-ser», «el pecado, que es la *nada,* convierte en *nada,* y menos que nada, al que lo comete», no permanecen nunca en la región puramente teórica, intelectual del alma. Se hacen vida, calan hasta las raíces de las convicciones, encienden la voluntad. Más que la idea fría, tiene el sentimiento vivísimo, fruto de la claridad intelectual; por ejemplo, de que Dios es el *ser,* y ella el *no-ser.*

La vida en ella trasciende fácilmente la pura verdad metafísica, el juego de cuyos términos encandilaría al pensador teórico.

Un hábito de madura reflexión ayudaba a esta perfecta asimilación de las ideas y de la doctrina que llegaban a sus oídos, ávidos de conocer y saber. «Cuando leía u oraba —depone Fr. Bartolomé Dominici—, no se preocupaba tanto de leer o de orar cuanto de rumiar cada una de las palabras. Cuando hallaba una que le complacía particularmente, se detenía en ella hasta que la inteligencia se saciaba gozosamente («se ne pasceva con diletto»). Así llegó a orar mentalmente, hasta el punto de no poder decir vocalmente un padrenuestro sin sentir en el acto arrebatada su mente»[113].

No es una intelectual *especulativa.* Tiene más bien el carácter intuitivo de la inteligencia de la mujer. Sin dejar de sacar conclusiones lógicas, le arrastra mucho más la íntima necesidad de plasmar las ideas que tiene en imágenes transparentes y simples y a sugerir otras acumulando figuras y digresiones.

No es raro tropezar en sus escritos con ideas y frases que son un eco claro de afirmaciones teológicas de Santo Tomás o de algún otro autor más divulgado y conocido en su tiempo. En favor de Catalina habrá siempre una mayor

[113] Deposición de Fr. Bartolomé Dominici en el *Processo Castellano,* publicado por LAURENT, M. H., *Fontes Vitae S. Catherinae Senensis historici,* c. 9, p. 303.

vehemencia y fuerza de expresión. La frase se ha hecho fuego al pasar por la fragua de su alma.

Hambrea conocer para amar. Y ama para ahondar en el conocimiento y corresponder con su *darse* al *darse de Dios*. Su estructura mental está hecha más para la contemplación, como resorte de acción y entrega, que para la especulación y el juego malabar de las ideas[114].

El carácter acusadamente intuitivo de su inteligencia da razón de otras dos peculiaridades psicológicas suyas.

Una es la clara y simple visión de los acontecimientos humanos. Moviéndose habitualmente en el mundo ultraterreno de la contemplación, ve y juzga lo humano con una serena limpidez de juicio, que otros, más enfrascados en los acontecimientos mismos, no tienen y quizá tampoco comprenden.

Precisamente por moverse siempre en la atmósfera de lo sobrenatural tiene puntos de referencia de aplicación universal, llenos de prudencia y de un simplismo incomprensible para el político, el diplomático o el hombre terreno simplemente.

Sólo un entendimiento marcadamente *intuitivo* puede ser tan inexorablemente constante en la aplicación de su criterio y de su visión de lo absoluto en toda clase de circunstancias personales o sociales. Y como lo ve, con la más absoluta y sincera libertad lo dice al papa, a los cardenales, a los gobernantes o capitanes *di ventura,* a su director[115].

En problema de elección de estado, en la pérdida de un hijo, en la rebelión de los florentinos, en la persecución de que es objeto, en los obstáculos para la cruzada, en el estado general de las costumbres, en la jerarquía y clero bajo, en el cisma—amenaza o amarga realidad—, en la estancia de los papas en Aviñón, en el *modo de ser* del «dulce Cristo en la tierra» (aunque se trate del áspero Urbano VI), en todo, su visión tiene siempre la misma segura claridad del que puede contemplarlas desde un punto de vista irrefragable: el punto de vista de Dios.

Otra peculiaridad de la *intuición* psicológica, «informada»—en su sentido metafísico—por la caridad sobrenatural en Santa Catalina, es la *comprensión* y, como consecuencia, su tremenda capacidad de *adaptación*.

Sin esta intuición psicológica, la caridad no puede llegar a grado tan alto de flexibilidad, plegándose, con perfecto conocimiento de todos los recovecos de la personalidad humana, a las necesidades y mentalidad de tan di-

---

114 Véase GILLET, M., O. P., *La Missione di Santa Caterina da Siena,* p. 90 y 100.

115 Véanse LEVASTI, *Santa Caterina,* p. 259; TAURISANO, *Santa Caterina da Siena,* p. 327 y 546.

versos interlocutores como son los destinatarios de sus cartas.

Descubre todos los trucos de la pasión en toda su impresionante gama y toca todos los resortes de la influencia sobre las voluntades ajenas.

Apenas se nos alcanza el sentido de las líneas siguientes escritas sobre este aspecto de la personalidad de Santa Catalina:

«Pero hay ciertas cimas en que las almas ordinarias se mantienen con trabajo. Una vez partida la «Mamá», los hijos se encuentran solos sobre los picos desolados del puro amor y sienten vértigo. Entonces, ¡cuidado con el desaliento! *Lo peor era que la «Mamá» rehusaba comprenderlos*».

«*Esto diferencia claramente a Catalina del prudente director de almas.* La primera cualidad de éste es ponerse en el lugar de su penitente, darse cuenta de lo que es capaz aquél prácticamente en el estado en que está y no pedir más de lo que pide Dios en aquel momento» [116].

Afirmaciones que plantean un problema más amplio y de mayor hondura: el de Santa Catalina como director de conciencias, al que haremos alusión más adelante.

Después de un detenido estudio de las cartas, el jesuíta P. Weber ha llegado a conclusiones diametralmente opuestas a las de Leclercq en orden a la intuición psicológica y a la extraordinaria capacidad de adaptación de Santa Catalina; a nuestro parecer, con mayor lógica y análisis más profundo [117].

A pesar de la insoslayable tortura que experimenta por la insuficiencia y rigidez del lenguaje humano para dar paso a las claridades interiores de orden sobrenatural que ve y vive con tan violenta fuerza, Santa Catalina sabe expresar, y en lenguaje llano, transparente, *su doctrina*, la doctrina que constituye toda su vida. Dictar simultáneamente a dos o tres secretarios sin interferir los temas, pudiendo reanudar el hilo del dictado, después de largas pausas e interrupciones, con la mayor naturalidad [117 bis], supone un entendimiento claro, bien ordenado y con la rara facultad de traducir en palabras su deslumbrante mundo interior.

Ni le faltaba «el don esencial del poeta: crear la imagen perfecta; la imagen que, con la precisión de una fórmula química o matemática, exprese la verdad», y la expresa

116 LECLERCQ, *Santa Catalina de Siena,* p. 205.
117 WEBER, F. P., S. I., *Santa Caterina da Siena vista delle sue lettere:* La Civiltà Cattolica, II (1947) p. 245. Sobre *el sentido de la medida,* véase PERA, C., O. P., *Il senso della misura nello spirito caterininano:* Spiritualità Cateriniana (Florencia 1947) p. 42-57.
117 bis Declaración de Fr. Bartolomé de Sena: en ALVAREZ, p. 469.

viva y bellamente. La mejor prueba de ello puede hallarse en el estudio de su estilo literario. «Como Francisco de Asís, Catalina era un juglar de Dios; era poeta como él, pero su poesía se halla llena de un carácter más rico, más variado, de un espíritu más profundo y menos sencillo»[118].

2) «Io voglio»

Los que convivieron con la Santa no lo hacen resaltar ni —como era ya de esperar en ellos—para criticarlo ni tampoco para llamar la atención sobre este rasgo fisonómico de la psicología de la Santa.

A cuantos no vivimos dentro de la atmósfera personal de Catalina—y más a seis siglos de distancia—, nos impresiona inmediatamente, ineluctablemente. Bien o mal, mejor o peor interpretada luego, pero la impresión ahí está viva e indeleble. El hecho existe. Hay un choque de mentalidades. Más, si es una mentalidad masculina la que inicia este contacto con la personalidad de la Santa de Siena, que se manifiesta sincera y descaradamente desde las primeras líneas de la primera carta—cualquiera—que se escoja: *Yo, Catalina*... Sigue, es cierto, una fórmula, expresión de humildad: «*sierva* y *esclava* de los siervos de Jesucristo». Pero en el alma queda en primer plano el *yo* inicial, y las palabras siguientes suenan ya junto a aquel «yo» a... esto precisamente: a fórmula.

Después de una parte doctrinal—aparentemente genérica e indeterminada, sin finalidad ni sentido inmediato para el destinatario de la carta—no tardan en aparecer las expresiones de un carácter volitivo muy acusado: *os pido, os ruego, dadme el consuelo de*..., y el imperativo incesante y directo: *haced, no hagáis*... Otras veces lo mitiga con un plural de comprensión y de humildad: *hagamos, no dejemos de hacer.*

Francesco Tebaldi, noble florentino, había ingresado en la cartuja de la isla de Gorgona. En ella le había tratado Santa Catalina durante el viaje que hizo a la isla en 1375. Tiempo después recibe una carta de Catalina. Le habla de las clases de lágrimas y de la oración, refiriéndose a lo que más ampliamente ha escrito sobre estos puntos en otra parte, en el *Diálogo*.

En la última parte, ya más personal y de aplicación práctica—cuatro páginas de la edición Ferreti—, pueden contarse catorce *io voglio* a bien poca distancia uno de otro. La carta termina con «os ruego y apremio», «haced que no

118 JÖRGENSEN, p. 348 s.

tenga ocasión de llanto ni tenga que acusaros delante de Dios...»[119]

A los papas les suplica en nombre de Cristo crucificado. Al rey de Francia: «Haced la voluntad de Dios y la mía». Al indómito Bernabò Visconti, a la reina de Nápoles, a los cardenales, a los hombres de letras y de armas: «Yo quiero...»

Y a Dios Nuestro Señor—según testimonio del prior de la cartuja de Pavía, en un caso personal—sabía decirle también: «Yo quiero...»[120]

En el lecho de su agonía habla así al discípulo Fr. Bartolomé Dominici: «Ya que, como sabéis, ha de celebrarse el capítulo general de vuestra Orden en Bolonia para la elección del maestro general, quiero que vayáis y elijáis para este cargo a mi padre Fr. Raimundo, al que quiero permanezcáis siempre unido y estéis sumiso a su voluntad. Y esto, en cuanto puedo, os lo *mando*»[121].

Para la recta interpretación de este rasgo tan acusado debería ya hacernos reflexionar el hecho de que no aparezca subrayado, ni siquiera para justificarlo o explicarlo, en los testimonios de sus contemporáneos.

Un rasgo muy acentuado, prescindiendo de los demás en los que se encuadra armónicamente, determina la caricatura... El *io voglio* de Santa Catalina no puede considerarse arrancado del conjunto psicológico y sobrenatural que constituyen toda su personalidad. Su «maternidad», por una parte, como veremos, y el moverse exclusivamente en el plano sobrenatural; su identificación con la voluntad de Dios; la plena conciencia de su misión en la Iglesia, impiden toda otra interpretación.

Sin embargo, Jörgensen ha escrito:

«... a primera vista, nos sorprende ver que ella, que exige a los demás una sumisión absoluta con respecto al papa, le trate con tanta superioridad. Hasta en un asunto de menos importancia, como la elección de un nuevo jefe de la Orden dominicana, ella sabe lo que debe hacerse y con quién conviene hablar. Con esta condición, le promete apoyarle con su influencia: «Escribiré a los interesados acerca de esto».

En esto difiere totalmente el carácter de Catalina del de un San Francisco de Asís, por ejemplo. Absolutamente segura de sí misma, nunca se le ocurre que pueda equivocarse. Francisco de Asís, que era un hombre, y, por tanto,

---

119 Carta 154, III, p. 5-17.

120 Carta-declaración del Beato Esteban Maconi al Beato Raimundo de Capua: en ALVAREZ, p. 488.

121 LAURENT, *Processo Castellano*, p. 348.

poseía todo el sentido de un hombre, se hallaba sin cesar dominado por el pensamiento de que la razón podía estar de parte de los demás. Así, cuando un malicioso dominico le propuso un caso de conciencia personal, no pegó los ojos en toda la noche, y fué al capítulo general penetrado del sentimiento de su propia incapacidad e indignidad, decidido de antemano a aprobar todas las críticas e irse para nunca más volver. *Catalina de Siena, por el contrario, es una mujer, y, naturalmente, considera que su opinión es la mejor; de aquí el absolutismo de su voluntad, los resultados obtenidos por ella. Francisco funda una orden en cuyo seno surgen discordias, y cuya unión se halla, por tanto, amenazada en todo momento. Catalina, con su mano firme e intrépida, vuelve a Roma el Pontificado desterrado. Porque a sus ojos sólo hay en el mundo una persona competente, y esa persona es ella misma*»[122].

El gran biógrafo danés—alma delicada y espíritu fino—se acercó a Santa Catalina con las pupilas impregnadas de la serenidad luminosa y transparente del valle de Umbría, después de familiar convivencia con los recuerdos, los lugares y las cosas pertenecientes al «Poverello», totalmente ganado por su ternura, su mansedumbre, por el sentido poético de su santidad sencilla, de su trato con las criaturas de Dios... Al inevitable primer choque con la personalidad y la misión de Santa Catalina—tan distintas—de las de San Francisco de Asís, que él confiesa en el prólogo de su *Santa Catalina de Siena,* siguió la simpatía y el sentirse subyugado plenamente.

Pero no se sobrepuso a la idea del Santo de los bosques de Alvernia y de los senderos entre trigales que rodean la Porciúncula. La comparación se le impone inexorable. Y... emplea, para juzgar a Santa Catalina, la imagen, viviente en su alma, del dulce y manso Francisco de Asís. «Catalina era mujer..., y, naturalmente, considera que su opinión es la mejor; de aquí el absolutismo de su voluntad...»

En parte es también ésta la interpretación de Leclercq:

«Vive y obra con todo el impulso de su potencia femenina de amar. De aquí también su autoritarismo y su soberana seguridad.

Las mujeres son tiránicas, y no dudan precisamente porque, como razonan menos, no se detienen a pesar el pro y el contra. Tienen la intuición de las cosas y las quieren con toda su vibrante sensibilidad. Por eso son tanto más vivas y ardientes que los hombres.

El escepticismo es un vicio masculino.

La seguridad imperiosa y la profunda humildad de nues-

---

[122] JÖRGENSEN, p. 253.

tra Santa son, seguramente, los rasgos cuya combinación más desconcierta a primera vista. Bajo el autoritarismo se busca el orgullo, junto a la humildad quisiera uno ver menos aplomo. Pero su unión se explica por ser una mujer; no creo que fuera posible en un hombre. La conciencia de su nada le haría adoptar, no digo ya actitudes indecisas, pero, al menos, una reserva, una prudencia, una desconfianza en sí mismo, que le impediría obrar sin haber pesado bien si su acto llevaba realmente la marca de la inspiración divina»[123].

La explicación exhaustivamente satisfactoria la da ella misma, haya lo que haya de temperamental en la base de su proceder. Ella se percata, por ejemplo, de estar hablando con cierta autoridad al papa, a la reina de Nápoles o a cualquiera de sus discípulos. El concepto pobrísimo que leal y sincerísimamente tenía de sí misma no le permitían apoyar en su valer propio, en su voluntad personal, la eficacia de sus ruegos y sus mandatos. No se olvidaba al estampar sus *io voglio* de que era el «no-ser». Precisamente porque no lo olvidaba nunca, podía esgrimirlo como lo hacía. Otro, o ella misma, menos humilde, jamás se habría atrevido a decir a la menor de sus compañeras *mantellate* «yo quiero».

Pensamos que—hombre o mujer—sólo puede arrogarse estas atribuciones el que esté seguro de habérselas dado Dios. Y entonces no será el temperamento *volitivo,* de mujer o de hombre, el que justifique estas expresiones, sino sólo el hecho y la conciencia de la vocación recibida.

«¡Perdonadme!—dice a Gregorio XI—. No digo esto con intención de daros lecciones, sino que me siento cons-

---

123 LECLERCQ, p. 350 s. Decimos que ésta es, *en parte,* la interpretación de Leclercq, porque en páginas anteriores, en el capítulo «La Santa ante los hombres», da la interpretación justa, la única inequívocamente justa a este «voluntarismo» de Santa Catalina. Este autor, por otra parte, supone y da por sentado que la Santa era *naturalmente así,* sólo que la gracia transformó y limó su espontánea vehemencia: «Su ardiente energía—dice—*hubiese podido llegar a ser violenta y abrupta;* pero se ha fundido en un gran amor, y, como el bronce vaciado en el molde, no presenta ya asperezas» (p. 328). Los biógrafos primitivos no ofrecen elementos de juicio suficientes—a nuestro parecer—para zanjar el importante problema psicológico que aquí se plantea. No apareciendo en la Catalina que nos describen, antes de emprender su misión pública, esta «ardiente energía que hubiese podido llegar a ser violenta y abrupta», ¿no podría también creerse que ha sido la vocación dada por Dios y la absoluta seguridad en ella de haberla recibido las que desarrollan y determinan en el alma de la Santa este «voluntarismo» en el cumplimiento de su vocación? La diferencia sería ésta: sería *autoritaria* no tanto por ser *mujer* cuanto por haber sido escogida esta *mujer* para *esta* misión... Supongamos que Dios la deja de por vida entre el silencio recoleto de las callejas de Fontebranda, las funciones devotas y sermones de S. Domenico y sus enfermas del Ospedale della Scala... Apenas nos es posible imaginarnos en sus labios de «mantellata» un *io voglio*...

treñida por la dulce Primera Verdad, por el deseo que tengo, Padre mío (más tierna todavía la locución original: *Babbo mio)*, de veros totalmente en paz en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo»[124].

«Que el dolor y el amor que tengo por la honra de Dios y la exaltación de la santa Iglesia me disculpen delante de vuestra benignidad—le escribe en otra ocasión—. Preferiría decíroslo de palabra que por escrito: creo que mi alma se desahogaría más a gusto. Pero no puedo más. Tened compasión de los dulces y amorosos deseos que continuamente se ofrecen por Vos y por la santa Iglesia en lágrimas y oraciones incesantes»[125].

Francesco Malavolti había vuelto a las andadas. «No te dejes engañar—le escribe en carta breve, apremiante de cariño, compasión y reprensión—ni por temor al demonio ni vergüenza. Rompe este nudo; ven, ven, hijo carísimo. Yo te puedo llamar con razón *caro;* ¡tantas lágrimas, sudores y amarguras abundantes me cuestas!... Discúlpame delante de Dios, porque yo ya no puedo hacer más. Y, *al decirte que vengas, que seas constante, no pido de ti más que cumplas la voluntad de Dios*»[126].

La reina de Nápoles, sensual y voluble, apoyaba al antipapa contra Urbano VI. Catalina, que le había escrito ya otras veces, lo hace con este motivo con una firmeza admirable:

«Porque os amo, el deseo hambriento de vuestra salud de alma y cuerpo me ha movido a escribiros... *He exonerado ya mi conciencia.* Tengo certeza de que Dios os ha dado conocimiento y sensatez para conocer, si queréis, la verdad...[127]

En el último párrafo de la carta que Catalina le envió a su retiro de Gorgona, Francesco Tebaldi encontró la razón última e íntima de los catorce *io voglio* precedentes: «*Esto es lo que Dios y el estado de perfección que habéis escogido os exigen. Y yo, indigna y miserable madre vuestra,* motivo de mal y de ningún bien, deseo verlo en vuestra alma»[128].

«Yo quiero» porque Dios lo quiere. Porque ésta es la voluntad de Dios sobre tu vida. El secreto del *io voglio,* del voluntarismo de Santa Catalina, está todo aquí. Está *apasionadamente* identificada con la voluntad de Dios. Sólo puede querer lo que El quiere, pero no puede *dejar* de querer lo

124 Carta 209, III, p. 281.
125 Carta 218, *a Gregorio XI*, III, p. 345.
126 Carta 45, *a Francesco Malavolti*, I, p. 266.
127 Carta 312, IV, p. 397.
128 Carta 154, III, p. 16.

que Dios quiere en sí misma o en los demás miembros del Cuerpo místico de la Iglesia.

«¿Se insinuó jamás inadvertidamente algo proveniente de la voluntad humana, no ya que se interfiriese, sino que coincidiese o no se opusiese a lo que era *espiritual* o sobrenatural?[129]

En última instancia hay que reconocer en este rasgo de su personalidad una manifestación más—más allá de toda medida corriente—de su naturaleza, «que es *fuego*, porque Dios la ha hecho participante de su naturaleza»[130]; una expresión cuya violencia guarda proporción sólo con el amor que le arde dentro, no con las normas corrientes de trato humano[131].

3) Sentido de maternidad

En el ambiente familiar, el sentido de la maternidad natural se le ofrecía con la inmediata intuición de los hechos. Para Lapa, su madre, el deber de una joven era casarse y llenar del alboroto de los hijos la casa del marido. Sus hermanas habían seguido el camino de su madre.

Ella no era insensible a esta fibra. Uno a uno personalmente fué enterrando los nueve sobrinos, segados implacablemente por la epidemia. «Estos yo los tengo seguros—decía—; nadie me los podrá arrebatar».

Por tendencia natural, «si la circunspección no me lo vedase—confesaba—, a cada momento estaría abrazando a los niños»[132].

Recordemos que una de las tentaciones más violentas contra su decisión de entrega total en los combates pertinaces que precedieron sus desposorios místicos fué precisamente ésta: «¿De qué te sirve este continuo macerarte?... Esto es suicidarte. Eres niña, y tu cuerpo recobrará bien pronto su vigor. Puedes vivir como las demás; *te casarás y tendrás hijos,* que serán útiles a la sociedad... ¿Acaso no ha habido casadas santas?»[133]

Pero su vocación era de una fecundidad superior. La otra no era mala. Sólo que en ella podía impedir la realización de una vocación de maternidad espiritual, de cuyo alcance a ella misma le resultaba difícil percatarse.

Es éste, quizá, el mayor contrapeso que equilibra aquella potente manifestación de su voluntad que acabamos de es-

---

129 WEBER, F. P., S. I., o. c., p. 240.
130 *Preghiere ed elevazioni,* p. 175.
131 Además del artículo citado del P. Weber, pueden verse GILLET, *La missione di Santa Caterina da Siena,* p. 207 s.; GIORDANI, *Caterina da Siena* (Turín 1954) p. 130, y LECLERCQ, p. 329-333.
132 Suplemento a la *Leyenda Mayor* de Caffarini: en ALVAREZ, p. 356.
133 BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía,* I, c. 11, p. 72.

tudiar. En este sentido de maternidad radica la armonía de su personalidad vigorosa y excepcional. Por esto no irritaba. Por esto subyugaba irresistiblemente. Y tanto mayor era su fuerza subyugadora cuanto más acusadamente varonil era la personalidad del que se le acercaba. Hombres de letras o de mundo, de gobierno o almas de artista... Junto a ella les nacía invariablemente, en lo hondo, un sentimiento de docilidad sobrenatural. Catalina tenía razón, y se la daban. Tenía razón, y sabía ofrecérsela del modo más eficaz: con ternura sobrenatural, envolviendo la firmeza de las exigencias que el querer de Dios y *suyo* les imponían.

Surgió espontáneamente. Empezaron a llamarle «Mamma» (¡con todo lo que el italiano—meridional y sensible—sabe encerrar en el poema de estas dos sílabas!).

Mejor quizá, surgió de la ilusión y aplomo con que ella —¡entre sus veintitrés y treinta y tres años!—vive la misión personal que Dios le señala.

Tiene plena conciencia de esta maternidad. La madre de uno de sus secretarios, Esteban Maconi, estaba impaciente por la larga ausencia de su hijo acompañando a Catalina en su viaje a Aviñón: «... no pierdas la paz porque yo haya detenido demasiado a Esteban; tengo de él buen cuidado, porque por amor y afecto me he hecho una misma cosa con él, y he tomado tus cosas como cosa mía. Espero que no lo hayas llevado demasiado a mal. Por él y por ti haré todo lo posible hasta la muerte. Tú, madre, le diste a luz una vez, y *yo quiero daros a luz a él, y a ti, y a toda la familia por las lágrimas y el sudor, por la incesante oración y el deseo de vuestra salud*»[134].

Difícilmente podía expresarlo con mayor claridad y precisión.

Este mismo Esteban—futuro prior de la cartuja de Pavía—, un año antes de morir la Santa, correspondía a una carta del «condiscípulo» en el cenáculo de Catalina, Neri dei Pagliaresi, y en la que le decía: «... de lo que me escribes sobre nuestra venerable y dulce «Mamma», no me maravilla lo más mínimo; ni siquiera lo pongo en duda, dispuesto a creer cosas mucho mayores que las que tú me cuentas; porque yo creo realmente y confieso que la «Mamma» benignísima es *Madre;* y tengo la firme esperanza de que con luz más radiante cada día creeré y confesaré con mayor eficacia que ella es «Mamma»[135].

Ahora es Fr. Simón de Cortona—extremadamente sensi-

[134] *Carta* 247, *a Monna Giovanna di Corrado Maconi,* IV, p. 37. El mismo concepto expresa en relación con un murmurador hijo suyo en la *Carta* 126, *a Monna Cecca,* II, p. 322.

[135] Véase la carta de Maconi en GROTANELLI, F., *Leggenda Minore di Santa Caterina da Siena e lettere dei suoi discepoli* (Bolonia 1868) p. 275.

ble, mimoso, tímido—. Fray Simón puso a prueba este sentido de maternidad de Santa Catalina. Sus celos y su sensibilidad le procuraron crisis y alejamientos. Catalina le conocía a fondo, y, si tuvo debilidad por alguien, ésta fué para el que más le costaba y le hacía sufrir.

Fr. Simón, ya viejo, recordaba aquella vez que, abrumado por la fiebre, fué conducido por Fr. Tomás della Fonte a la casa de Fontebranda, en la que encontraron a Catalina en la mesa tomando su parca comida con algunas compañeras de su intimidad. «Yo me quedé un poco apartado—cuenta él ingenuamente—, mientras Fr. Tomás se sentaba alegremente a la mesa... Me miró la dulcísima Madre... y con cara alegre y serena pregunta al Padre: «¿Por qué huye mi hijo?» «Tiene fiebre», respondió el Padre. Entonces ella inmediatamente me llama y me acerca a ella de buen grado; me hace sentar junto a sí y, con la misma cuchara, dulcemente alimenta a sí y a mí... Turbada en sí misma, dice: «Jesús dulcísimo, ¿para qué sirve esta enfermedad?» Y, apretándome sobre su pecho y haciéndome la señal de la cruz, dijo: «Desaparezca esta fiebre. Yo sé, dulcísimo Jesús, que éste cumplía tu voluntad». Así conocí que fué ella la que me libró de aquel mal» [136].

Para el mismo Fr. Simón, en las cartas a Fr. Bartolomé Dominici hay siempre los saludos más afectuosos y maternos. Ella sabía que con esto le hacía feliz. En una escribe: «Decid a Fr. Simón, *hijo mío en Jesucristo,* que el hijo jamás teme ir a su madre; por el contrario, corre hacia ella especialmente cuando se ve maltratado; y la madre lo toma en brazos, lo pone a sus pechos y le alimenta. Y, aunque yo sea una madre mala, no dejaré de tenerlo siempre al pecho de la caridad» [137].

A Fr. Raimundo, a Fr. Jerónimo de Siena, les llama con toda verdad en sus cartas «*padre e hijo queridísimo* en Jesucristo».

En Catalina estas frases son algo más que fórmulas para manifestar una ternura maternal muy femenina. Arrancan de su sentido de maternidad universal, de su sobrenatural misión, de su íntima necesidad de ser madre en todas partes y siempre que haya un bien a realizar o un mal que pueda evitarse. Sólo esto puede explicar su irresistible necesidad de obrar, de servir, de exhortar a quienquiera que sea, conocido o desconocido, grande o humilde. Es el eco exterior de su oración universal, en la que quiere *dar a luz* siempre y a toda criatura racional, creada para la gloria de Dios y la propia felicidad. Su mismo libro no es más que un sucumbir

---

136 Véase en TAURISANO, *Fioretti,* p. 366 s.
137 *Carta* 103, *a Fr. Bartolomé Dominici,* II, p. 200.

a esta entrañable necesidad de llegar a todo hombre de cualquier tiempo...[138]

Su intuición materna no la engañó... A seis siglos de distancia, pueden hallarse, en el rincón más insospechado, «caterinatos» tan fervientes de la «Mamma»—que no han tenido entre manos más que el *Diálogo* o las *Cartas*—como los que le acompañaron en sus aventuras apostólicas para el bien de la Iglesia.

Intimamente conexo con su sentido de maternidad surge el problema de Santa Catalina como directora de conciencias.

Quizá no sea del todo exacto decir que *surge*, por la sencilla razón que sólo Leclercq ha dudado de esta faceta de la acción personal de Santa Catalina, y ha creído ajustar más su figura a la verdad histórica, considerándola menos directora de conciencias de lo que la han considerado todos los autores y de lo que—es también nuestra opinión—realmente fué. Leclercq hace surgir el problema. Sus razones afectan a rasgos demasiado importantes de la personalidad de Santa Catalina para que puedan aceptarse a la ligera y sin cierto refrendo crítico. No bastan unas afirmaciones ni unos textos sueltos de sus cartas.

El tema es suficientemente sugestivo y sobreabundante para que en otra parte entremos quizá detenidamente en él para desentrañarlo y estudiarlo a fondo.

No lo tratamos aquí por creerlo periférico al objeto directo de esta *Introducción*, ya larga en exceso, y porque toda la base de la argumentación de Leclercq está en las características de las *Cartas* de la Santa.

Habría que empezar por plantear el problema en términos algo distintos. Exactamente, más que averiguar si Santa Catalina era directora de conciencias, Leclercq estudia si sus cartas son cartas de dirección espiritual. ¿Olvida que no se conservan todas, que casi todos los destinatarios de sus cartas que podrían ser de dirección tenían trato asiduo personal con ella y que muchas son cartas aisladas para asuntos incidentales, externos?

Tememos, sobre todo, que él, tan agudo en sus observaciones, esta vez haya proyectado sobre el destinatario de las cartas de Santa Catalina la impresión *propia* de cansancio y pesadez, de doctrina impersonal y sermón teórico—por tanto, de inadaptación y vaguedad—, producida en él por la lectura seguida de todos o algunos de los cinco volúmenes que ocupan las casi 400 cartas que se conservan.

Una mayor atención y reflexión más detenida le habrían descubierto que la vaguedad teórica y el impersonalismo del

[138] Véase GRION, o. c., p. 304.

«sermón», con que invariablemente empieza sus cartas, son sólo *aparentes*. Puede juzgarlos así el lector de hoy totalmente al margen de las circunstancias personales o realidad histórica concreta que determinaba aquella carta. Cuando éstas nos son conocidas, también para nosotros tienen *su* sentido e intención todas las palabras de Catalina de la primera a la última. Aun sin contar con el extraordinario ascendiente personal y el aprecio de que estaba aureolada, quizá se habría preguntado menos veces Leclercq si sus hijos al recibir las cartas de la «Mamma» no se sentían un tanto decepcionados [139] y «si sus corresponsales leerían siempre sus cartas hasta el final...» [140]

Sobre la *adaptación* y *comprensión*, indispensables para la dirección espiritual, que el mismo autor no encuentra en la medida necesaria en la personalidad de Santa Catalina, creemos haber dicho ya lo suficiente en las páginas anteriores. La recolección de textos que pueden oponerse a los que él aduce en apoyo de su singular opinión es sencillamente abrumadora en calidad y en cantidad. Son los que a los estudiosos de la Santa, de épocas y mentalidades tan distintas, les han dejado siempre la firme persuasión de su extraordinaria capacidad para adaptarse y comprender.

Hay evidentemente en el método de dirección de Santa Catalina un elemento personalísimo. Y éste es totalmente inevitable, como en cualquiera otra dirección que merezca llamarse tal. Este elemento tan personal es en ella el *ascendiente*, la *influencia* propia. Excesiva, según Leclercq, para que haya verdadera dirección. Bien distinta—dice—de «la influencia de Santo Tomás o de San Ignacio, que transforman las almas, haciéndolas *pensar*» [141]. Tampoco Santo Tomás—o mucho nos equivocamos—pretendía dirigir conciencias con su *Suma Teológica* y su *Contra gentiles*, ni Santa Catalina apoyaba—como mujer—su acción exclusivamente sobre su ascendiente personal. No podía dirigir esta joven toscana en los umbrales del renacimiento italiano como el ex guerrero guipuzcoano del siglo de oro español. La tremenda solidez doctrinal en que apoya sus exhortaciones, en coyunturas humanamente las más intrascendentes, ¿no era para hacer *pensar*, para hacer *amar* y *decidir* por encima y al margen de todo ascendiente personal?

Estas son las lagunas más importantes que Leclercq cree encontrar en la personalidad humana de Santa Catalina. Y ésta es—sin duda—la laguna más importante del libro de Leclercq.

139 Leclercq, o. c., p. 196.
140 Leclercq, o. c., p. 293.
141 Leclercq, o. c., p. 352.

4) **Femineidad y «virilidad»**

No es afán de paradojas. Es una realidad más en esta desconcertante mezcla de facultades del alma humana de Santa Catalina.

Viril—es una de sus obsesiones; «tópico», diría alguien—y deliciosamente *femenina*.

Digamos, sin embargo, para entendernos desde el primer momento, que ambas se desarrollan en planos distintos. La «femineidad» se refiere al *tono* de su modo de ser. Al *color* de su personalidad. La «virilidad» está en la base de su formación humano-sobrenatural.

«Sé viril», le había dicho Dios en una de las comunicaciones que precedieron a su vida pública, y enfréntate valientemente con todas las cosas que de aquí en adelante mi Providencia te presentará». En el *Diálogo* y en sus cartas se hallará a cada paso la exhortación a la «virilidad», a obrar «virilmente».

A la abadesa del monasterio de Santa Marta [142], a la esposa de Barnabò Visconti [143], las apremia a ser «viriles». A la reina Juana de Nápoles le echa en cara haber cambiado de parecer respecto a la legitimidad del papa Urbano VI, «colla condizione della femmina che non ha fermezza» [144].

«Obrando así (como yo os digo), demostraréis... haber perdido la condición de mujer y ser hecha «hombre viril»... ; de lo contrario, demostraréis ser mujer sin ninguna estabilidad» [145].

En el servicio de Dios, en el cumplimiento de su voluntad, no admitía debilidades ni ternuras femeninas. Con humilde desprecio de su propio sexo ; en esto reprochaba a las mujeres el *ser mujeres*. Por *femenino* entendía, en su gesto despectivo, el *amor compasivo de sí mismo* [146], la blandura, los automiramientos, la pusilanimidad, el temor servil, el contemporizar, los compromisos... Por temperamento y por formación, Santa Catalina estaba en los antípodas. Podía parecer intransigente, siempre insatisfecha en sus exigencias. Era lo que impedía que su *maternidad* no fuera *sensiblería* y ni siquiera pura *sensibilidad* y *ternura humana*.

«Así como sois hombre—escribe enérgica al Beato Raimundo—en el prometer que queréis hacer y sufrir por la

142 Carta 30, I. p. 173.
143 Carta 29, I, p. 160.
144 Carta 317, IV, p. 442.
145 Carta 312, IV, p. 396.
146 «... nell'amore compassionevale *femminile,* spesse volte colorato col colore della virtù» (*Carta* 205, *a Esteban Maconi,* III, p. 262).

gloria de Dios, *no me seáis luego mujer* cuando llegue la hora de la verdad» [146 bis].

Sólo Santa Catalina podía hablar así al papa Gregorio XI tratando de los «frutos de reforma de la santa Iglesia» que él debía dar:

«Esto es lo que *yo quiero* ver en Vos. Y, si hasta ahora no hubieseis estado bien firme en este punto, en verdad *quiero* y *ruego* que se haga en el tiempo que os quede *virilmente* y como *hombre viril,* siguiendo a Cristo, del que sois vicario» [147].

De aquí su firmeza, su convicción de que, tratándose de la perdición de lo que Cristo adquirió con su sangre en la cruz, «la excesiva piedad es grandísima crueldad» [148]. ¡Un poco de cauterio—gritará con frecuencia—; basta ya de ungüentos! ¡Que con tanto ungüento se están pudriendo los miembros de la Esposa de Jesucristo!

Al *podestà* de Siena le habla de un salteador de un monasterio de benedictinas que con sus violencias y amenazas les hace la vida imposible: «No quisiera, sin embargo, que él perdiese la vida; pero de cualquier otro castigo tendría yo un gran consuelo» [149].

Su «femineidad»—encuadrada en estos términos—no admite interpretación torcida. Deliciosamente femenina—decíamos—en el *tono,* en el *color* de su personalidad. Una femineidad que le permita *ser madre* y no merme la *virilidad* que imponen su misión y su vocación de santidad.

No es inútil subrayarla—antes de cerrar este esbozo psicológico de Santa Catalina—. Se comprende fácilmente el peligro de deformación, de presentar mutilada una figura de mujer con características tan viriles. El esbozo estaría truncado en rasgos importantísimos de preferir los escasos elementos de pequeños detalles que nos legan los biógrafos, tan generosos y pródigos en todo lo portentoso y sobrenatural.

Como al paso nos dicen de su gusto y sentido de la naturaleza:

«Acuérdome que cuando veía en algún prado flores, en las cuales recibía mucho placer, luego nos convidaba con santa alegría, diciendo: «¿No veis cómo todas las cosas alaban y pregonan a Dios? Estas flores coloradas nos muestran las llagas de Jesucristo». Y, cuando veía alguna multitud de

146 bis Carta 344, *al beato Raimundo de Capua cuando estaba en Génova,* V, p. 138.

147 Carta 185, III, p. 164.

148 Carta 109, *al abad Gerardo de Puy, nuncio apostólico,* II. p. 217.

149 Carta 170, *al marqués Pietro del Monte, podestà de Siena,* III, p. 84.

hormigas, decía: «Estas salieron de la mente santa de Dios, así como yo, el cual trabajó tanto en criar estos árboles, y flores, y estas hormigas como en criar los ángeles» [150].

Fray Tomás de Siena recuerda en su declaración su afición a las flores:

«Tenía afición grande a las flores. Muchas veces, cuando el amor divino la hacía languidecer, cercábase de ellas y en medio del jardín comenzaba a cantar a su celestial Esposo. Con flores hacía, de manera admirable por el arte y la variedad, ramilletes y cruces, que luego regalaba para excitar en las almas el amor de Nuestro Señor. Muchas veces recibió Fr. Tomás estos hermosos regalos. Representaban estas flores la vida de ella y su caridad de Dios y del prójimo. La cruz de Jesucristo era el lecho florido de su amor y los manojos de flores eran figura de las muchas almas que convertía y entregaba a Dios» [151].

Parecen sorprendernos las noticias de Caffarini y del grave y austero solitario William Fleete sobre el canto de Santa Catalina:

«Catalina cantaba también cuando andaba rápidamente, como de ordinario, el largo camino que conduce desde Siena a San Rocco; cantaba con una voz tan límpida—refiere Caffarini—, que las hermanas que la acompañaban estaban maravilladas, y experimentaban, en cierto modo, la impresión de que la Santa se había cambiado en otra persona. Pero no cantaba melancólicos *stornelli* sobre los dolores del amor humano; eran himnos, *laude*, salmos, cánticos piadosos».

William Fleete recuerda que Catalina entonaba con frecuencia un cántico que empezaba así: «Soy esposa de Dios, esposa de Dios, porque soy virgen», que lo cantaba en latín, al paso que cantaba en italiano este villancico de Navidad, que ella misma compuso:

Angeluzzo piccolino
che en Belleem è nato,
non ti paia così fantino
ch'è gle re incoronato.

Querido Angelito
nacido en Belén:
aquí, en la tierra, eres un niño;
pero en el cielo, Rey coronado.

Como Francisco de Asís, Catalina era un juglar de Dios» [152].

[150] Véase la corta declaración del prior de la cartuja de Pavía, Esteban Maconi; en ALVAREZ, p. 490, y JÖRGENSEN, p. 284.
[151] En ALVAREZ, p. 152.
[152] JÖRGENSEN, p. 347.

William Fleete en el sermón del aniversario dice más:

«Ahora puede cantar en el cielo, en el gozo de su Esposo, su villancico... No sólo puede cantarlo... Puede también, con las vírgenes en el paraíso, trenzar sus pasos de danza, como solía hacerlo cuando estaba en la tierra...» [153]

Todo esto—y el cariño por los niños, recordado por Caffarini, y el gusto por la limpieza de su cuerpo, recordado por el Beato Raimundo, y su perenne sonrisa, recordada por todos—nos la presenta muy mujer, nos acerca extraordinariamente Santa Catalina a aquella otra santa—¡tan mujer!—que tanto la quiso y admiró: nuestra Santa Teresa de Avila.

En ambos casos, toda la femineidad—sin resquicio ni excepción—está volcada hacia lo divino, vivida a lo sobrenatural. Siguen queriendo a los suyos, pero Dios ha ordenado en ellas la caridad. Las cartas de Santa Catalina a su madre son un índice admirable del difícil equilibrio, para quien no ha llegado a sus cumbres, de la sobrenaturalización del cariño humano. Y siguen queriendo todas las cosas amables; pero en Dios..., porque Dios las quiere y en tanto las quiere El.

En el lenguaje siempre ardiente de Catalina, en pleno vértigo de alturas, asoman metáforas típicamente femeninas: «la llave de la obediencia, sujeta al cordón atado a la cintura», «el espejo de la divinidad, sostenido por la mano del amor», nos dirá en el *Diálogo*. En la habitual tensión de sobrenaturalismo de su estilo aparecen con naturalidad máxima apelativos cariñosos, de delicada ternura, para con los santos, como los tenía para sus compañeras más íntimas. Es una familiaridad todo natural, leve, alada, que encanta. A San Pablo—¡al gran San Pablo!—le llama *Paoluccio;* a San Pedro, *il «vecchiarello» Pietro;* a Santo Domingo, *il dolce spagnuolo nostro;* al papa, *Babbo mio;* al Beato Raimundo, en una carta más bien áspera, *cattivello padre mio*... El matiz cariñoso de estos diminutivos italianos se refleja difícilmente en cualquier traducción.

Mujer hasta el fin. Era notoria la áspera dureza de carácter de Urbano VI. Los cardenales rebeldes, en el provocar el desgarrón del cisma en el seno de la Iglesia, se vieron en parte empujados indiscutiblemente por el trato desconsiderado y violento del pontífice. En las Navidades de 1378, Catalina toma cinco naranjas amargas, probablemente del naranjo plantado por Santo Domingo en el huerto de Santa Sabina, para confitarlas según una receta corriente en Siena. Las envía como aguinaldo al papa, acompañadas de una no

[153] Véase el testimonio de FLEETE en *Fioretti*, p. 220.

menos sabrosa carta, en la que saca todo el jugo a la amargura y la dulzura de nuestras fuentes de santidad de los acontecimientos adversos y del cumplimiento de su deber de reforma de la Iglesia [154].

Al probarlas, ¿captó el papa todo el alcance del azúcar dorado que recubría y mitigaba su natural amargor? En todo caso, sonreiría pensando que todo el peso de lo sobrenatural y divino no había todavía ahogado lo que de mujer había en la Santa, que le había almibarado las cinco naranjas amargas del huerto de Santa Sabina.

7. Conclusión

«La originalidad y el potente hechizo de la Santa de Siena radican precisamente en este equilibrio de todos los dones naturales y sobrenaturales recibidos de Dios» [155].

Equilibrio armónico de naturaleza y gracia en el conjunto de una personalidad única e inconfundible. Y equilibrio entre los elementos—más antagónicos al parecer—constitutivos de su personalidad sobrenatural, de su santidad. Vive siempre en su atmósfera sobrenatural, que la envuelve y la mantiene muy por encima del devenir de todo lo humano, y su visión de la realidad terrena es de una serena e insuperable objetividad.

Su ininterrumpido trato con Dios la enseña a tratar a los hombres.

Recibe de lo alto una doctrina sublime sin perder el recto sentido de las cosas, el sentido común de una aldeana de Siena.

Acepta su camino para ir a Dios, desmesurado, al margen de normas comunes, y se ajusta a la máxima discreción cuando tiene que trazar el camino o ayudar a descubrírselo a otros.

---

[154] Carta 346, V, p. 146.

[155] GILLET, *La Missione di S. Caterina*, p. 224. Otros autores han estudiado la rica personalidad de Santa Catalina en sus distintos aspectos. La bibliografía no es escasa. Véanse particularmente: BERNADOT, V., *Au service de l'Eglise. S. Catherine de Sienne:* Vie Spirituelle, 18 (1928) p. 129-160; DE SANCTIS ROSMINI, *La maternità spirituale di S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, 8 (1932) p. 59-76; LENZETTI, B., *La mamma:* Santa Caterina da Siena (febrero 1933) p. 18-20; COIRO, *Caratteri umani e spirituali della personalità di S. Caterina da Siena:* Vita Cristiana, 10 (1938) p. 387-399. WILBOIS ha ensayado, con rectísima intención apologética en su *S. Catherine de Sienne. L'actualité de son message* (París 1948), una interpretación psicológica, psiquiátrica y psicoanalista de la personalidad de la Santa, que no satisface en su conjunto y que hasta en su planteamiento es quizá un tanto discutible. Ya antes, y con puntos de vista muy diversos, lo hizo ASTURATO, A., *S. Caterina da Sienna. Osservazioni psico-patologiche* (Nápoles 1881), que fué criticado, entre otros, por LEWIS, *Le estasi, le stimate e la scienza* (Roma 1892). Véase también CASTAGNESI, E. *Studio sulla psiche di S. Caterina da Siena* (Torino 1903).

Se sabe sinceramente el «no-ser», causa—por sus pecados—de los males del mundo entero, y llega hasta el papa, los reyes, los cardenales, para decirles sin titubeos cuál es su deber en las situaciones complejas y difíciles de la vida, de la Iglesia y del mundo en que viven. Parece no entender más que de las cosas del otro mundo, y se la llama para oír su parecer en las más intrincadas de éste.

En constante y violenta agitación interior por la lucha desigual entre Dios, que se le comunica pródigamente, y la fragilidad de su existencia de barro, que «muere sin acabar de morir», permanece imperturbable y sonriente, anclada en el querer de Dios[156].

Contemplativa total y activa fuera de todo límite.

Aconseja, orienta, reprende a su director y no toma la menor determinación que le ataña a ella misma sin su autorización.

Es excepcional la firmeza de su carácter y la seguridad en sus decisiones y actividades, y, sin embargo, no se fía de sí misma ni de su influencia personal.

Se mueve, dicta, viaja... y sólo tiene fe en la oración, «en las lágrimas y sudores derramados por la honra de Dios y la salud de las almas».

Frágil y quebradiza..., y lleva sobre sus hombros el peso de la «navicella» de la Iglesia en trance de tormenta...

Santa y mujer.

* * *

Cuando Andrés de Vanni, pintor, hombre de política y discípulo de Santa Catalina, recogía sus pinceles después del último retoque al retrato de la Santa, que se conserva en la *Capella delle Volte*, de la iglesia de Santo Domingo, de Siena, le dió una última mirada, perplejo, insatisfecho: ¿es *así* la «Mamma»?

Y en el ambiente devoto y curioso de *mantellate* y *caterinati* hubo revuelo de comentarios y encontrados pareceres.

Vanni, pensativo, diría para sí: «Así la he visto yo y así han procurado «decirlo» los impotentes pinceles...»

Con la misma perplejidad insatisfecha, cerramos el esbozo de la personalidad sobrenatural y humana de Santa Catalina de Siena y decimos: así vemos a la autora del libro del *Diálogo*.

---

[156] «Mi voluntad te doy—le dijo el Señor—, y he aquí la señal: en adelante, ningún acontecimiento exterior será capaz de turbarte ni cambiarte» (BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía*, I, c. 6, p. 145).

II. EL LIBRO DEL «DIALOGO»

El *Diálogo* no es *un* libro. En la vida de Santa Catalina, el *Diálogo* es *su* vida total e íntegra.

El *Diálogo* es la perspectiva, la dimensión total de Santa Catalina de Siena: de su existencia, de su formación, de su vocación, de la realización de la misión recibida en la Iglesia.

Al *Diálogo* se le pueden añadir anécdotas, precisiones geográficas, detalles históricos del acontecer de su vida hacia fuera. La substancia vital del ser de Catalina la perpetuó en las páginas del *Diálogo*, es su libro del *Diálogo*.

En él hay un hecho central, una idea-eje, que es su misma razón de ser: la que plugo a Dios señalarle en el seno del Cuerpo místico, en el curso de la «redención-haciéndose» en medio de la humanidad. En torno a este hecho e idea central, que no es más que «la gloria de Dios en la salvación de todos los hombres», se concentran todas las experiencias místicas personales que le iban preparando, para el cumplimiento de su misión, todas las ideas recibidas de fuera, iluminadas por la luz de Dios, asimiladas vitalmente en prolongada reflexión, que le sirven para expresar, para el bien de los demás, aquellas experiencias.

Fray Lazzarino da Pisa, el franciscano elocuente, sutil, docto, cuando dejó de ridiculizarla y refutar con distinciones ingeniosas la doctrina de Santa Catalina, para rendirse como un doctrino avergonzado al magisterio de la hija de Benincasa el tintorero, dijo en un arranque de humilde sinceridad, sentándose en la misma estera en que ella se sentaba: *Hasta ahora, del cristianismo yo no conocía más que la corteza; tú posees el meollo.*

Hay peligro de que esto mismo suceda con el *Diálogo*.

Puede parecer un conjunto de enseñanzas útiles, de arranques fogosos. de ideas grandes, bebidas, por otra parte, en la fuente común de la tradición y del dogma católicos. Esto no sería más que la corteza.

En el *Diálogo* hay que encontrar—porque allí está palpitante y viviente—toda Santa Catalina.

Si la Santa hubiese escrito otro libro, habría dicho las mismas cosas y con idénticas o parecidas palabras.

La Santa entrañable, que se ofrece y se da en pequeños fragmentos en las *Cartas,* en el *Diálogo* se da entera. El libro la agota. No quizá en *ideas,* sí en cuanto a ella misma.

En una autobiografía le habría sido dificilísimo volcarse con la totalidad y verismo con que se ha volcado en las páginas de su libro.

Por imperativo de su vocación, por exigencia de su «darse» a los suyos—los de cerca y los de lejos—, por gratitud a Dios, que se lo había comunicado, Catalina no podía sepultar en el silencio de su tumba, por gloriosa que resultase, el secreto de su destino personal en la Iglesia. Su maternidad se le imponía con el imperio ineluctable—muy superior al del instinto—del amor siempre fecundo.

Y... escribió. No lo que sabía, sino *lo que vivía, lo que era*. Si en alguna página explica ideas, da enseñanzas, teoriza, hasta el estilo decae, parece adormecerse el ímpetu de la corriente vital que invade y estremece todas sus páginas.

La llamada a la santidad tiene en cada alma su signo. La llamada a la santidad, que es amor, tiene en Catalina este signo y esta expresión: *la salvación del mundo por la gloria de Dios*. No habría sido santa, la Santa que Dios reclamaba en ella, si no hubiera encarnado, con toda la generosa violencia de su entrega, este ideal que se le trazaba. *Su vida era este anhelo lacerante*.

El esbozo histórico de su vida y de su personalidad sobrenatural y humana nos lo ha hecho vislumbrar desde fuera.

El *Diálogo* nos lo tiene que hacer vivir por dentro. Porque el libro de Santa Catalina es la vivencia misma de esta misión suya: «la salvación del mundo por la gloria de Dios».

El *Diálogo* se reduce al grito inenarrable de la que «no-es» al que «es», «¡sálvalo!», y a la *aceptación* de este grito; la *promesa* de misericordia sobre el hombre y la *enseñanza* de los caminos de salvación por parte de Dios.

Las páginas que siguen aspiran sólo a desbrozar la senda hasta el meollo del libro de Santa Catalina y su mensaje y facilitar en lo posible su comprensión.

1. Génesis del «Diálogo»

En la génesis del libro de Santa Catalina hay un hecho histórico que es como su punto de partida. Lo cuenta a grandes rasgos en el [c. II] del mismo *Diálogo*, y con más pormenores, en la carta 272, escrita un año antes a su director, el Beato Raimundo, y que es como un esquema o esbozo elemental del *Diálogo*.

Fundiendo en un solo relato los elementos de ambos textos, referentes evidentemente a un mismo acontecimiento, puede éste reconstruirse con suficiente precisión.

Catalina—estamos en el mes de octubre de 1377—ha recibido una carta del Beato Raimundo, y por ella noticias amargas «por el daño y persecución de la santa Iglesia». Ella en aquella Rocca—castillo medieval de los Salimbeni, en la

Val d'Orcia—ha experimentado con extraordinaria intensidad, cerca del día de San Francisco o el mismo día (4 de cctubre), la tristeza abrumadora que su mismo Padre espiritual había sentido por las mismas fechas estando en Roma. Al mismo tiempo, la carta del Beato Raimundo y la del papa, recibida aquellos mismos días, la han consolado y han aliviado su preocupación.

Todo esto encendía en ella *el fuego del santo deseo, con dolor por las ofensas y alegría por la esperanza de que Dios remediase tantos males.*

Por este motivo le entró un deseo vehementísimo de que llegase pronto la aurora para oír la misa y hallar alivio para su espíritu. Aquel día era el día de María (sábado, consagrado a la Virgen por piadosa costumbre medieval). Ya de día, va a la iglesia; se coloca en su sitio acostumbrado; consciente de su imperfección, se inculpa a sí misma de todos los males del mundo. Está hundida en la vergüenza de su propia miseria. Y, alzándose sobre sí misma, con deseo torturante, fijos los ojos de su inteligencia en la Verdad Eterna. le salen del alma, hechas ascua pura, cuatro peticiones [157].

Aquí cesa todo contacto con el mundo exterior y entra en el mundo de las grandes intimidades arrebatada por el soplo del espíritu.

Fué, sin discusión posible, una de las experiencias místicas más intensas en la vida de la Santa. Su impresión ha dejado un surco hondo, indeleble, en su espíritu. Procura desahogarse, y lo cuenta, con la mayor fidelidad, al Padre de su alma.

Procura darle a entender lo inenarrable del tormento vivido durante la visión, que tiene que haberse prolongado notablemente. Dios le ha dado a entender tantas cosas sobre la perdición de los hombres, la necesidad de orar y sacrificarse para impedirla; le ha hecho saborear la indescriptible felicidad de una esperanza cierta si ella y «los demás siervos de Dios» son fieles, que ella misma no sabe cómo lo ha podido soportar.

«¡Oh carísimo y dulcísimo Padre!; entonces, al ver y oír todo esto de la dulce Primera Verdad, parecía que el corazón se me partía en dos. Yo muero, y no puedo morir. Tened compasión de esta hija miserable, que vive en tanta angustia por las ofensas que se hacen a Dios y no tiene con quién desahogarse» [158].

---

[157] *Diálogo*, [c. II], p. 2; *Carta 272, al Beato Raimundo de Capua*, IV, p. 176; DUPRE-THESEIDER, *Sulla composizione del «Dialogo» di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura Italiana, vol. 117 (primer semestre 1941) p. 168 s.

[158] Carta 272, IV, p. 195.

La visión está íntimamente conectada no sólo con las preocupaciones apostólicas del momento, sino con la gran preocupación, por no decir la única en la que se cifra toda su vocación divina.

No son un islote esta visión y las enseñanzas en ella encerradas en la vida interior de Catalina de Siena. Es lo que, por inefable designio de amor, está viviendo desde el día de sus desposorios con Jesucristo, el redentor del hombre, lo que la lleva de una parte y de otra, lo que la retiene—a pesar de las quejas y recriminaciones de «Monna» Lapa, su madre—en el castillo de los Salimbeni, en Val d'Orcia, y lo que ha de vivir, hasta alcanzar intensidades de martirio, hasta el calvario de la Cuaresma de 1380... Es lo que justifica y da el sentido exacto de su existencia y de los dones de Dios en ella.

Esto explica que, escrita y enviada la carta a su director, no encuentre reposo su espíritu. Sigue viviendo la experiencia de aquel sábado, día de la Virgen, en que, empujada por el deseo torturante, fué—rayando la aurora—a oír la misa y...

La visión de aquel día constituye, con el cuádruple clamor de su alma y las cuatro respuestas de Dios Padre, un esquema elemental. Lo visto y oído en torno a cada una de las peticiones constituye un núcleo, al que en su espíritu van anexionándose reminiscencias de visiones semejantes, experiencias místicas repetidas antes y después de la de octubre del 77, siempre variantes en torno de la misma idea fundamental, del hecho sobre el que gravita su propia vida: el deseo de la salvación del mundo, *posibilidad, deber, modo de coadyuvar* en la gran obra de la realización de la «Verdad de Dios», es decir, del fin por el que ha creado todas las cosas, ha redimido al hombre prevaricador, se le ha dado en todas las formas imaginables; camino de la perdición y de la salvación, reforma de la santa Iglesia... y el gran dogma de Catalina: el amor hecho providencia, el amor incomprensible. En el alma de Santa Catalina nace incontenible la gran obra.

La evidencia la había convencido del bien que Dios hacía a las almas, a la Iglesia de Jesucristo, por sus pobres cartas. Pobres, porque eran *suyas*. Fecundas, porque no habría acallado su conciencia si no hubiera dictado lo que Dios, a su vez, le dictaba interiormente.

Hasta entonces había ido ofreciendo fragmentos de la doctrina que constituiría el armazón doctrinal y el alimento de su alma; había ido diciendo a unos y a otros algo de lo que Dios le hacía ver de la vida de las almas y de la Iglesia, del amor de Dios y de la ingratitud de los hombres y del tormento propio al ver a Dios amando incomprensiblemente al

hombre, y al hombre, ofendiendo incomprensiblemente a Dios.

Ahora ya no podía más. Comprendía que los ruegos de sus hijos eran también—inequívocamente—signo del querer de Dios.

Fué probablemente después de la paz de Florencia con el papa, en la que ella había sido personaje central y en la que tanto había sufrido, y de retorno a su Siena natal. Preparó a sus tres secretarios: Barduccio Canigiani, Neri de Landoccio y Stefano Maconi, y se dispuso a dar al mundo lo que para la salvación del mundo le confiaba Dios...

2. Precisiones histórico-críticas en torno a la génesis del «Diálogo»

a) Tiempo de redacción del «Diálogo»

Aunque incidentalmente, estas precisiones históricas en torno a la génesis del *Diálogo* aportan su luz a la comprensión de la naturaleza y contenido del mismo. Por tratarse de cuestiones más bien periféricas al objeto directo de esta *Introducción,* las tratamos brevemente, remitiendo a los estudios eruditos y de investigación científica sobre las mismas.

La tesis que llamaríamos tradicional—etapa precrítica de los estudios catalinianos—es la que señala como tiempo de composición del *Diálogo,* mejor, de su dictado en estado de abstracción de sentidos, los cinco días que van del 9 al 13 de octubre de 1378.

Esta es la opinión que el P. Hurtaud, en su magnífica introducción a su traducción francesa del *Diálogo,* trata de probar con acopio de argumentos [159]. Le siguen Jörgensen [160], el P. Raimundo Gutiérrez, en la introducción a la traducción española, revisada por el P. Massip [161], y la más reciente biografía de la Santa, publicada por Igino Giordani [162].

Sea lo que fuere del valor de las pruebas documentales esgrimidas por Hurtaud, y que niegan rotundamente la casi totalidad de los historiadores de la Santa actualmente, señalemos el marcado interés del P. Hurtaud en eliminar todo hecho que pueda comprometer el carácter extraordinario y sobrenatural del dictado y de la revelación del libro de Santa Catalina.

Toda la fuerza de sus razones estriba en la fijación de la fecha de la carta 272, «escrita, dice Hurtaud, al mismo tiem-

159 HURTAUD, *Le Dialogue,* préface, p. XXXV-LI.
160 JÖRGENSEN, *S. Catalina de Siena,* p. 366.
161 *El Diálogo de Santa Catalina de Siena* (Avila 1926) p. XLIX.
162 GIORDANI, I., *Caterina da Siena* (Turín 1954) p. 230.

po o inmediatamente después del libro, o sea en octubre de 1378»[163].

Después de los estudios de Duprè-Theseider y de Fawtier, parece ya totalmente insostenible esta opinión.

Fawtier, por su parte, intenta demostrar que el *Diálogo* fué dictado en gran parte en el Adviento de 1377, en la Rocca de Tentennano, y completado en Siena en octubre de 1378[164]. Casi un año.

Le siguen Duprè-Theseider en el trabajo citado, Motzo[165], Arrigo Levasti[166] y Grion[167].

Tampoco parecen suficientemente claras las alusiones que hace Santa Catalina al libro en dos cartas suyas[168], que constituyen el núcleo central de la argumentación de Duprè-Theseider y Fawtier.

Conviene no echar en olvido que en la carta 118 enumera los que están con ella en la Rocca. Entre ellos no figura ni Maconi, ni Canigiani, ni Paglaresi, a quienes solía dictar como a secretarios suyos[169].

El P. D'Urso, en la crítica del libro del P. Grion, acepta, después de consignar que, a su juicio, ninguna de estas opiniones tiene en su favor argumentos apodícticos, la de éste, que se inclina por una «dilatada elaboración» del libro, sobre todo—añade prudentemente—si no se exagera demasiado el «dilatada»[170].

El P. Taurisano finalmente, apoyándose principalmente en el testimonio del Beato Raimundo de Capua[171], que dice que el libro fué dictado *brevi tempore*, y, viendo sin fuerza categórica los argumentos de las otras opiniones, sostiene que entre agosto y noviembre de 1378 hay que colocar la composición definitiva del *Diálogo*[172].

---

163 HURTAUD, o. c., p. XLIII.

164 FAWTIER, *S. Catherine de Sienne, Essais de critique des sources; II, Les oeuvres de S. Catherine*, p. 347 s.

165 *Per una edizione critica delle opere di S. Caterina:* Annali della facoltà di Filosofia e Lettere della R. Università di Cagliari (1930-31) p. 11-25.

166 *S. Caterina* (Turín 1947) p. 394.

167 GRION, p. 168 s.

168 «... mandé pedir a la condesa *mi libro*, y he estado esperándolo muchos días y no acaba de llegar. Si vas allí, dile que lo mande en seguida» *(Carta* 365, *a Esteban Maconi*, V, p. 273).

«... dad a Francesco el libro y privilegios, porque yo quiero escribir alguna cosa. El privilegio lo quiero para hacer celebrar la misa...» Véase este apéndice personal a la *Carta* 179, *a Francesco di Pipino:* en FAWTIER, *Catheriniana:* Mélanges d'Archéologie et d'Histoire (1914) c. 34, p. 7.

169 *Carta* 118, *a Caterina della Spedaluccio*, II, p. 266.

170 D'URSO, G., *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza, 3-4 (1954) p. 340.

171 «Entonces (después de la paz de Florencia) volvió a su casa y se ocupó *activamente* en la composición de un libro, que dictó bajo la inspiración del Espíritu Santo... Así fué como *en poco tiempo* compuso un libro en forma de diálogo entre un alma y Dios» (BEATO RAIMUNDO, *Biografía;* en ALVAREZ, c. 1, p. 266, y III, c. 3, p. 283).

172 TAURISANO, *Dialogo* (1947) introduzione critica, p. XVII; *S. Caterina da Siena* (Roma 1948) p. 480 s.

b) MODO DEL DICTADO DEL «DIÁLOGO»

Otra precisión histórica—casi de interpretación histórica—es la del modo como fué dictado por Santa Catalina el libro del *Diálogo*.

Su primer biógrafo afirma claramente: «inspirado por el Espíritu Santo»[173]. «Por la acción de Dios, la santa virgen, estando en éxtasis, dictó todo aquel libro para darnos a entender que aquel libro no procedía de ninguna virtud natural, sino de la sola infusión del Espíritu Santo»[174].

Siguiendo literalmente al Beato Raimundo, defiende calurosamente esta posición el P. Hurtaud, según el cual Santa Catalina habría «dictado en éxtasis todo el libro»[175]; el P. Gutiérrez afirma: «... el autor principal de los *Diálogos* de nuestra Santa Catalina de Siena... no es otro que el mismo Dios Padre»[176]. Leclercq procura reconstruir—sobre el mismo supuesto—el modo como se verificaba este dictado extático:

«Es preciso, pues, con probabilidades de acierto, presentarse así el proceso: Catalina está en éxtasis; su espíritu ha sido arrebatado a la presencia de Dios, y Dios le habla, es decir, le hace ver las verdades que ella le pregunta... Al dictarlas a sus secretarios, las traduce al lenguaje humano. El libro que tenemos es, pues, desde luego, un libro de Santa Catalina, en el cual «ella» expone lo que Dios le dice; y es también, al mismo tiempo, un libro de Dios, puesto que lo que dice Santa Catalina no es sino la traducción, tan poco inexacta como es posible, de lo que Dios expresa, sin palabras, a su espíritu»[177].

Otros, como el P. Chardon, autor de una traducción francesa del *Diálogo,* aun calificándolo de «obra de Dios viviente inspirada a Santa Catalina de Siena», añade «qu'elle l'a dicté *en sortant de ses extases*»[178]. Hurtaud refuta abundantemente la afirmación del P. Chardon por tratarse de «une méprise assez grave et qui atténue dans une mesure très appréciable le caractère divin et les garanties de la doctrine exposé dans ce libre»[179].

Ambas tendencias pueden considerarse prácticamente superadas en la actualidad. En las páginas precedentes, ha-

---

173 Véase nota 171.
174 BEATO RAIMUNDO, *Biografía,* III, c. 1, p. 266.
175 HURTAUD, préface, p. XXXI.
176 *El Diálogo de Santa Catalina de Sena* (Avila) intr., p. XLVI-XLIX.
177 LECLERCQ, *S. Catalina de Siena,* p. 166.
178 CHARDON, L., O. P., *La Doctrine de Dieu enseignée à Sainte Catherine de Sienne de l'Ordre de Saint Dominique, en forme de dialogue* (París 1648) Advertissement au lecteur, 1-5.
179 HURTAUD, préface, p. XIX.

blando del hecho histórico, que puede considerarse como punto de partida, núcleo central de todo el libro, nos hemos ajustado a la opinión, que creemos no sólo de compromiso entre la total inspiración y la elaboración absolutamente humana del *Diálogo,* sino la más sensata, presentada por el profesor Duprè-Theseider [180].

No es sólo la excepción milagrosa de poder hablar y dictar, estando en éxtasis, la dificultad que tienen que superar los partidarios de la primera opinión. Creemos casi mayor la serie de dificultades que a tal tesis ofrece un análisis detenido del texto mismo del *Diálogo:* referencias abundantes a otras visiones anteriores, numerosos lugares paralelos de muchísimas cartas, introducidos literalmente en el libro o también con cambio de personas en los verbos, frases incidentales o reflexiones de la Santa mientras le está hablando Dios [181]; los capítulos «resumen de todo lo anteriormente dicho», etc. [182]

La oscilación misma del ritmo interno del *Diálogo* no ensambla demasiado con el dictado extático, y menos si, como quiere el P. Hurtaud, éste es casi seguido en el espacio de cinco días.

Son, quizá, demasiados los «milagros» que hay que invocar para dar honesta explicación a tantas y tantas dificultades como plantea el «dictado extático», la revelación directa de todo el *Diálogo*.

Por otra parte, los testimonios a este respecto de los primeros biógrafos permiten e imponen una cierta elasticidad de interpretación, que, dada la mentalidad medieval y su poca precisión en la determinación de la naturaleza de estos fenómenos místicos [183], sugieren y apoyan la posición ecléctica que adoptamos.

Junto a la categórica afirmación del Beato Raimundo, Fr. Tomás de Siena dice que dictaba «abstracta a sensibus» [184], y Fr. Bartolomé Dominici cuando dictaba, «semper abstracta erat a sensibus» [185]. Malavolti, a su vez, aporta una mitigación general de gran importancia: «quasi sensibus abstracta, miraculo se composuit [librum]» [186].

---

180 *Sulla composizione del Dialogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura Italiana (1941) p. 161-202.

181 Véase [c. XCV], «Sólo a *tus ojos* no pueden permanecer ocultos».

182 Véase GUIGUES, L. P., *Le Livre del Dialogue* (París 1953) préface, p. 14 s.

183 Véanse las magníficas páginas sobre esta materia en el libro del P. GRION: dictado «en éxtasis», las «visiones» de Catalina escritora, las «revelaciones» en los escritos de la Santa, etc., p. 306-315. En ellas quizá se acentúe una cierta tendencia a «minimizar» el elemento sobrenatural *extraordinario* y a supravalorar el elemento humano, lo recibido de todos.

184 LAURENT, *Processo*, p. 98-143.

185 ID., *Processo,* p. 305.

186 ID., *Processo,* p. 401.

La descripción de Fr. Tomás de Siena del modo como dictaba Santa Catalina ofrece, a nuestro entender, posibilidades de una más amplia interpretación del testimonio del Beato Raimundo: «Por lo que respecta a la composición de su libro, había, entre otras cosas, esto de admirable en esta virgen: aunque hubieran transcurrido varios días sin dictar por alguna causa extraordinaria, al reanudar el dictado tan pronto como le era posible, cogía el hilo del punto en que había cesado como si no hubiese habido intervalo e interrupción. Además, como aparece con evidencia en el decurso de su libro, aun después de haber dictado varias hojas, resume las ideas principales, como si las cosas, lo mismo ya dichas que por decir, hubieran estado igualmente presentes en su mente como realmente lo estaban»[187].

Es evidente, no obstante, *que el elemento extático tiene una importancia capital en la formación y dictado del libro.* Y conviene insistir en ello por el peligro de caer en otro extremo tan apartado o más apartado todavía de la verdad, como la tesis tradicional del dictado *en éxtasis* de *todo* el *Diálogo.*

1) Está fuera de discusión que la mayor parte, por no decir *todas* las enseñanzas que forman el *Diálogo,* van vinculadas a intensas experiencias místicas, más o menos próximas a la redacción definitiva del *Diálogo.* Como el «éxtasis» en la Rocca de Tentennano, que cuenta a Fr. Raimundo en la carta 272 y ofrece el esquema del *Diálogo,* a lo largo del mismo aparecen *enseñanzas provenientes de éxtasis o visiones tenidas en otra época, que ella misma refiere como sucedidas a «una sierva de Dios».* (En las notas de la traducción señalamos estas conexiones, descubiertas por la Santa en algunas cartas o en el texto del *Diálogo* mismo.)

2) La fuerza y el fuego de muchos pasajes del *Diálogo,* en contraste evidente con un ritmo más apagado y moroso de otras muchas páginas, parecen indicar un contacto más inmediato con la Divinidad del alma que los dicta. No repugna el dictado en éxtasis. Más, la misma Santa en el *Diálogo* y sus biógrafos, como hemos visto, afirman que esto sucedía algunas veces. No es fácil, sin embargo, determinar, por la aplicación de estos criterios, cuántos y cuáles son los pasajes dictados con toda probabilidad en estado extático.

3) El testimonio de sus biógrafos obliga a creer que su dictado se verificaba ordinariamente en «abstracción de sentidos»; en *cierta* «abstracción de sentidos», añadiríamos,

---

[187] LAURENT, *Processo,* p. 51; en ALVAREZ, p. 456, ofrece una traducción compendiada y resumida de este paso de las declaraciones de Fr. Tomás de Siena.

para interpretarla con una cierta amplitud de sentido, sin coincidir con el éxtasis propiamente dicho [188].

4) No amengua la autoridad ni menoscaba el valor intrínseco de la doctrina de Santa Catalina el hecho de no ser dictado su libro *todo* en éxtasis. Su *originalidad* y su mérito no está precisamente en que se le revelara directamente lo que ella iba dictando a sus secretarios. Creemos científicamente ortodoxa la opinión de los que creen que, además de sus experiencias místicas y comunicaciones extraordinarias de Dios, aportaron elementos al caudal de su doctrina la formación recibida de los PP. Dominicos, directores espirituales suyos; su propia reflexión sobre lo aprendido por uno u otro medio y la iluminación interior que acompañó siempre su hábito de rumiar y asimilar cuanto recibía su espíritu en orden a la vida espiritual [189].

c) ¿Diálogo real o forma literaria?

En muy estrecha relación con el punto anterior se suscita otro problema acerca de la naturaleza del *Diálogo*. ¿Reproduce el libro de Santa Catalina un diálogo real, sostenido entre Dios Padre y la Santa, o es sólo una forma, un género literario para envolver la doctrina, en gran parte recibida de Dios?

De modo correlativo a las conclusiones del punto anterior, ofrecemos, entre las posiciones extremas, la hipótesis de esta explicación, que tiene a su favor, creemos, el peso de pruebas más convincentes.

1) Muchas páginas del *Diálogo* reproducen ciertamente y de modo inmediato enseñanzas percibidas por la Santa en sus extáticas comunicaciones con Dios. El respeto que la Santa misma demuestra por lo que ha dictado en estas circunstancias [190] y el de sus discípulos, la claridad y vehemen-

---

188 El P. Grion aporta en su obra (p. 306 s.) unos textos del libro *Arbor vitae*, de Ubertino de Casale, muy conocido y extendido en tiempos de la Santa para ilustrar la mentalidad de entonces sobre la naturaleza del éxtasis: «Extasis est dicta, *extra se faciens;* unde viri spirituali dicuntur extatici, idest extra se facti. Deum considerantes in omnibus et non semetipsos». Y explica, con texto del mismo *Arbor vitae*, los distintos grados de este «estar fuera de sí».

189 Pueden verse en este sentido, además de los trabajos de Dupre-Theseider y Grion, anteriormente citados, los del P. Lemonnyer, *Notre vie a l'école de S. Catherine de Sienne* (Juvisy 1934) p. 9 s.; Guigues, L. P., *Le livre des dialogues*, préface, p. 13-19, aunque no aceptamos la afirmación de este último sobre la interpolación de algunos capítulos por parte de los discípulos de Santa Catalina para completar y acabar la obra.

190 «También os ruego que el *libro* y todo otro escrito mio que encontréis vos, Fr. Bartolomé y Fr. Tomás y el maestro Juan, lo toméis por cuenta vuestra y hagáis con ello lo que sea más gloria de Dios; en el cual (libro) encuentro yo no poco alivio» *(Carta* 373, *al Beato Raimundo,* V, p. 321). Parece claro que la Santa se lo hacía leer con fre-

cia interior que palpita en ellas, los testimonios de los biógrafos del dictado en éxtasis, lo demuestran suficientemente. En este caso, como aparece en el hecho histórico inicial, con las cuatro peticiones de Santa Catalina y las respuestas respectivas del Padre Eterno, y *en este sentido,* el *Diálogo* es real.

Dictado en los momentos mismos en que el alma de Catalina era arrebatada por el Espíritu da Dios a las cumbres de la unión mística o cuando, pasado el fenómeno sobrenatural, revivía e intentaba reproducir, con la indescriptible tortura de la rigidez y frialdad de las palabras, que resisten a la luz, al gozo, al dolor vividos que se pretende encerrar en ellas, es un verdadero coloquio de su alma con Dios y de Dios con su alma.

Muchas partes del *Diálogo*—decíamos—son de esta naturaleza: auténtico diálogo.

2) En todo su conjunto, sin embargo, parece difícil sostener el carácter de diálogo real del libro de Santa Catalina. En su todo, aparece más bien como una forma literaria, didáctica; una manera de expresar su mundo interior, que arranca de la realidad vivida, en la mayor parte de aquellas enseñanzas, en su íntimo contacto con la Divinidad.

Más todavía; el núcleo principal del libro, su germen, el hecho histórico que es su punto de partida, era, sin duda, un diálogo del alma y de Dios. Al agrupar en torno de aquella experiencia—relatada sucintamente en la carta 272—otras experiencias místicas que la complementaban con el propósito de ofrecer a sus discípulos el conjunto de su doctrina, no creyó Santa Catalina necesario abandonar el género literario que *se ofrecía espontáneamente, que se le imponía casi*. El *Diálogo* reproduce, en su conjunto, la conversación con Dios mantenida por Catalina. La *conversación,* que fué toda su vida. No es necesario que *todas* sus enseñanzas hayan sido recibidas directamente y por los caminos extraordinarios de los grandes fenómenos místicos. Recibidos por otros medios, todas habían sido y eran objeto de su trato asiduo, de su inefable e ininterrumpido diálogo con Dios Nuestro Señor. Convengamos que, en tales circunstancias, le era difícil presentarlas de otra manera. Su libro, además, obedecía al cumplimiento de la misión que Dios le imponía; no consideraba *suyo,* sino de Dios por tanto, todo lo que respondía a este cumplimiento.

La tesis del diálogo real tropieza con demasiadas difi-

---

cuencia, por considerarlo no palabra suya, sino más bien palabra recibida de Dios. Las cartas, cuyas copias o borradores conservaría la Santa, que se insertan en el *Diálogo* son reproducidas literalmente, por considerarlas, en cuanto a las enseñanzas que contienen, más de Dios que suyas.

cultades, inconveniencias, a las que difícilmente puede darse cumplida explicación: intercalación en labios de Dios de cartas que vienen a insertarse en el desarrollo del esquema primero, por ejemplo, las cartas 64-65; cambio de tiempo o de persona: «porque, habiéndole enseñado el sumo y eterno Padre el camino de la perfección, nuevamente le mostraba su ofensa y el daño de las almas, *como más adelante te diré con mayor amplitud*»[191]; citas inexactas[192] y referencias de otras enseñanzas, incisos abundantes, interrupciones prolongadas, promesas por parte de Dios de explicaciones más extensas para más adelante, preguntas, por parte de Catalina, que se le habían olvidado, etc.

Es cierto que Dios puede plegarse condescendientemente al modo imperfecto de ser de sus criaturas. Pero ¿no son demasiadas y excesivamente complicadas las cosas que en este caso habría que explicar aquí?[193]

Aun sin considerar un diálogo real todo el libro de Santa Catalina, nada pierde de su valor intrínseco. En él seguimos encontrando su «pensamiento en su forma definiva, en el punto supremo de su madurez y de su perfección»[194], y lo seguimos considerando como el tesoro de la doctrina que Dios le comunicó para el cumplimiento de su misión incomparable.

3. Contenido del «Diálogo»

Es hora de ofrecer una visión interna más minuciosa del contenido del *Diálogo*. Este análisis ha de buscar el punto de referencia de alguna división, por rudimentaria que sea. Los puntos de referencia que espontáneamente y a primera vista se ofrecen son los de las cuatro peticiones de la Santa

---

191 El problema, interesante y sugestivo, de las relaciones de las *Cartas* con el *Diálogo* ha sido estudiado con competencia y profundidad por DUPRE-THESEIDER, *Sulla composizione del Diálogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura Italiana, vol. 117 (primer semestre 1941) p. 161-202; *Un codice inedito dell'Epistolario di S. Caterina da Siena:* Bulletino dell'Istituto Storico Italiano, n. 47 (1931); *Il problema critico delle lettere di S. Catarina da Siena:* ibid., n. 49 (1933), y la introducción al primer volumen de la edición crítica del epistolario (Roma 1940). *Diálogo,* [c. RIII], p. 30.

192 *Diálogo,* [c. LXVI], p. 123. No es de San Pablo. Es de la «glosa antigua».

193 El P. GRION trata ampliamente este punto, sosteniendo la tesis del *Diálogo*-forma literaria en las p. 320-328 de su *Santa Caterina da Siena, Dottrina e fonti.* Lleva, quizá demasiado el agua a su molino al buscar en el carácter de «género literario» del *Diálogo* una prueba de los «contactos personales y asiduos» de la Santa, a través de WILLIAM FLEETE, con el *Arbor vitae,* de UBERTINO DA CASALE. Véase la réplica a GRION del P. D'URSO, *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza, 3-4 (1954) p. 335-388.

194 LEMONNYER, *Notre vie a l'école de S. Catherine de Sienne* (Juvisy 1934) p. 9.

y las respectivas respuestas por parte de Dios. Este simple hecho, sin embargo, entraña ya el planteamiento del problema más importante y difícil en orden al estudio del libro de Santa Catalina: el de su esquema ideológico, o estructura interna.

De momento, no podemos ni queremos prejuzgarlo, aun adoptando—por puras razones de conveniencia metodológica—esta cuádruple división general. Por esto los llamamos *simples puntos de referencia,* para poder dividir de alguna manera una materia necesariamente dilatada. De hecho, las partes en que el *Diálogo* se divida pueden ser cuatro o muchas más. No entramos ahora en el asunto. La Santa habla de cuatro peticiones. Dios Padre, de algún modo, responde a ellas. Esto nos basta.

Partiendo del principio de que el *Diálogo* es esencialmente el reflejo de una *conversación,* podemos de antemano suponer que su esquematización no se ajustará perfectamente a la división lógicamente exacta de un tratado escolástico. En torno a las cuatro peticiones y respuestas pueden surgir, y surgirán sin duda, otras muchas observaciones y enseñanzas complementarias, periféricas, al intento principal o tan importantes como las mismas cuatro cuestiones iniciales.

Estas serán simples guías para el análisis interno del *Diálogo* mismo. *Para este análisis hacemos ahora caso omiso de toda otra división posterior en tratados, capítulos,* etc. Utilizamos sólo, para la fácil comprobación en cualquiera de las ediciones del *Diálogo,* la numeración clásica de los capítulos como simple numeración.

Tomamos el *Diálogo* como lo dejarono los tres discípulos secretarios de Santa Catalina: Barduccio Canigiani, Stefano Maconi y Neri di Landoccio. Su manuscrito se perdió. O, como aparece en los tres manuscritos que reproducen aquél, sin divisiones ni de tratados ni de capítulos, que introdujeron los discípulos de la Santa posteriormente, y que se conservan en Siena, Roma y Módena[195].

Es posible que del intento de desentrañar el contenido del libro y de ofrecer una visión de este contenido surja la ruta luminosa que brinde el hilo de la conversación y la base de su esquema. En todo caso, el esquema que se proponga como estructura interna del *Diálogo* deberá nacer no de ideas preconcebidas, de planes que Santa Catalina

---

[195] La edición italiana que usamos, y que no es todavía una edición crítica del *Diálogo,* reproduce el códice Casanatense 292 (C), señalando las simples divisiones de párrafos y otras que corresponden probablemente a las pausas o intervalos del dictado, así como las variantes de lectura con relación a otros manuscritos. Es obra del insigne estudioso de la Santa P. TAURISANO, publicada en Roma en 1947.

pudo haber seguido al dictarlo, sino del que *realmente* tiene la obra por ella dictada. Pero a esto volveremos a su debido tiempo.

INTRODUCCIÓN

En el pórtico del *Diálogo* se ofrece un alma angustiada del deseo vehementísimo de la gloria de Dios y la salvación de las almas. De este deseo en esta alma de fuego, que la levanta sobre sí misma y la fija en Dios, atizado por circunstancias especiales—las noticias recibidas en las cartas del Sumo Pontífice y de su director espiritual—, nacen las cuatro peticiones.

La primera, para sí. *Porque el alma no puede ser de ningún provecho al prójimo, en doctrina, ejemplo y oración, si antes no lo ha sido para sí misma, adquiriendo la virtud* [c. I]. Esta es la finalidad de la petición de Santa Catalina y, por tanto, de las enseñanzas de Dios en la primera parte. No termina su finalidad en el bien particular de Catalina. Miran a su formación en orden a la realización de su deseo de ser útil para la gloria de Dios y el bien del prójimo.

La segunda, para la reforma de la Iglesia.

La tercera, para el mundo en general.

La cuarta, por un caso particular.

«Este fuego era grande y continuo...»; avergonzada por el contraste con el fuego de sus deseos, de sus propios pecados, causa de todos los males que en el mundo acontecían, estalla su grito en la presencia del Eterno Padre: «Castiga—para purificarme—aquí, en el tiempo, mis pecados, y castiga en mí los de mi prójimo, ya que yo soy causa de las penas que él debe sufrir por ellos» [c. II].

1.° RESPUESTA A LA PRIMERA PETICIÓN

Dios Padre, que aumenta y acepta la hoguera de estos santos deseos, complace esta primera petición *con tres enseñanzas que han de hacer útiles,* «para la gloria de Dios y la salud del prójimo», *a ella y a los otros siervos de Dios.* Como aparece con frecuencia en el curso del *Diálogo* y ya en estos primeros capítulos, la enseñanza se extiende inmediatamente a los que están particularmente unidos a Catalina, su director, y a los que quieran ser verdaderos siervos suyos y *trabajar eficazmente para la honra de Dios y el bien de los demás.*

Al grito de Santa Catalina: «Castiga aquí, en el tiempo, mis pecados», corresponde el principio fundamental en la

teología espiritual: el amor, no el sufrimiento, es el índice del valor de las obras expiatorias; el amor que nace del conocimiento de la bondad divina y del pecado propio. Amor que es aquí contrición, amargura, humildad y aborrecimiento radical del pecado [c. III y parte del IV].

A la petición «Castiga en mí los pecados de mis hermanos» dice relación la segunda parte de esta *primera enseñanza*. El deseo de expiar por los demás y el *amor*, que es la única fuente del valor del sufrimiento expiatorio, provienen de conocerse, conocer a Dios y amarle «con amor inefable».

En esta expiación en favor del prójimo hay grados en conformidad con las disposiciones de espíritu de aquel por el que se ofrecen. Si estas disposiciones son de *contrición perfecta*, por seguir fielmente la doctrina de los «siervos de Dios», se les perdona la culpa y la pena merecida por sus pecados. Si son de contrición *imperfecta*, se les perdona sólo la culpa. La pena [temporal] no se les perdona, por ser imperfecta la participación de la expiación por ellos ofrecida.

Pueden salir del pecado ciertamente si corresponden a las gracias que reciben. Si se obstinan, perecen, porque no devuelven la dote que se les prestó.

Exhorta Dios a la Santa y a su director a no dejar pasar un momento sin pedir por los demás. Este deseo le agrada, porque nace del amor y con él se identifica [c. IV y V].

La razón de ello está en la *segunda enseñanza* con que Dios corresponde a la súplica de la Santa. Tienen que pedir y sacrificarse por el prójimo, por la unión íntima de todos los hombres entre sí. No se puede ser virtuoso ni malo sólo de cara a sí mismo. Virtud y pecado repercuten de modo múltiple y necesario en el prójimo.

El pecado, porque, además de ofender a Dios, daña al prójimo negativa y positivamente [c. VI].

La virtud, porque todas se reducen a la caridad, y el prójimo es, con Dios, el objeto único de la caridad sobrenatural [c. VII].

Y porque, en el pecado del prójimo, el que ama a Dios ha de encontrar ocasión de prueba de sus propias virtudes [c. VIII].

Las virtudes y sacrificios, para que sean aceptables a Dios y puedan ser expiación de los pecados propios y ajenos, han de tener ciertas condiciones y cualidades. Es la *tercera enseñanza*, destinada a disponer a Santa Catalina y a los siervos de Dios a una eficiente utilidad y provecho del prójimo.

Han de tener su fundamento en la *humildad* y el *amor;* es decir, han de estar regidas por la *discreción*, que da a

cada uno lo suyo: a Dios, a sí mismo y al prójimo [c. IX], puesto que humildad, caridad y discreción son virtudes íntimamente conexas entre sí [c. X].

El fundamento de las virtudes no debe ponerse en la penitencia exterior, que es medio e instrumento. Esta es limitada. Sólo el amor no conoce límites. Hasta a veces habrá que abandonar, por distintas razones, el ejercicio de la penitencia corporal; jamás podremos dejar de mortificar el *amor propio*. Por esto, la santidad no puede juzgarse por las penitencias, sino por el amor.

La *discreción* ha de ordenar también el amor al prójimo, porque ella acompaña siempre todas las virtudes cuando son auténticas; el mundo puede ponerlas a prueba, no arrebatarlas [c. XI].

Después de una breve recapitulación de las tres enseñanzas, Dios Padre exhorta a la *virilidad* frente a las pruebas y persecuciones, que antes pasó por nosotros Jesucristo. Su fruto será el *consuelo entrañable* de la reforma de la santa Iglesia [c. XII].

Estas enseñanzas amortiguaban la amargura de aquella alma, por la esperanza que en ella hacían nacer del bien de la Iglesia; pero, a la vez, se la aumentaban, porque, creciendo el conocimiento de Dios y de sí misma, aumentaba el conocimiento interno de la ofensa que Dios recibía de su criatura. Sin la fuerza de Dios, le parecía imposible que pudiese resistir la tortura de aquel sufrimiento sin que el alma se separase del cuerpo.

2.º Respuesta a la segunda petición

El tránsito de la primera a la segunda petición es la que adquiere una más marcada característica de conversación, de *entretien*.

La seguridad en la misericordia divina y el amargor de la visión de los males del mundo y de la Iglesia dan audacia a su ruego: «No me alejaré de tu presencia hasta ver que has escuchado mi ruego. *Quiero* que tengas misericordia de tu Iglesia» [c. XIII].

Dios, que acepta las lágrimas y deseos de sus siervos, pondera a Santa Catalina la miseria que deturpa la belleza de su Esposa y la culpabilidad de los cristianos, redimidos [c. XIV], contrayendo por su pecado una deuda mucho mayor. «Tomad, pues, de la fuente de mi caridad—es la exhortación de Dios—las lágrimas y el sudor que laven la faz de mi Esposa» [c. XV].

Entonces la Santa extiende *explícitamente* su plegaria

a todo el mundo, *virtualmente* contenida en la anterior [c. XVI].

Respuesta de Dios: «Con sobrado motivo puedo quejarme del hombre, que, creado con tanto fuego de amor, me hiere con tantos pecados, especialmente con el amor propio, fuente de todos los demás y veneno del mundo entero. Mitigad con vuestra oración el rigor de mi justicia, ya que, por la justicia o por la misericordia, nadie puede huir de mi mano» [c. XVII y XVIII].

Los efectos de las palabras de Dios en la Santa son un aumento de felicidad y dolor íntimo. Deseos de dar la vida, de que fuera de sangre su sudor por los pecados ajenos. «Esta alma había comprendido cuál era el remedio para la salvación del mundo». En la *caridad divina* comprende la obligación que de buscar la gloria de Dios en la salvación de las almas tienen todos los servidores de Dios, especialmente el padre de su alma [c. XIX].

Dios le manifiesta el deseo de que su director se disponga a buscar sólo su gloria, a sufrir persecuciones. «En eso conocerá Dios que él y los demás siervos suyos buscan de verdad su honor. Entonces será hijo carísimo, que descansa sobre el pecho de Jesucristo, del que ha hecho puente para que todos los hombres puedan llegar a El» [c. XX].

En estas últimas palabras se encierra el elemento que determina el tránsito al cuerpo principal de doctrina de la respuesta a la segunda petición sobre la salvación del mundo. El hombre no puede salvarse más que por Jesucristo, del que Dios ha hecho puente entre El y el hombre, separado por el pecado.

Jesucristo es el puente que Dios tiende sobre el río impetuoso del pecado, que cortaba el camino hacia Dios e impedía la realización de sus designios sobre el hombre, que la Santa llama «la verdad de Dios» [c. XXI]. Este puente une la alteza de la Divinidad con la bajeza del hombre [c. XXII].

De poco serviría el puente si el hombre, colaborando con Dios con su *libre albedrío, no quisiera pasar por él.*

La necesidad de la colaboración humana da origen en este punto a la doctrina del hombre-cultivador de su propia viña y la de la santa Iglesia, si quieren percibir el fruto de la sangre [196].

Sólo unido a Jesucristo, vid verdadera, puede el hom-

---

[196] Contra lo que opina DUPRE-THESEIDER, lejos de ver en esta digresión un *vero fuor d'opera,* sin conexión alguna con el contexto, nos parece naturalísima, aunque recargada con imágenes que se sobreponen y agobian un tanto el sentido por la sobreabundancia de ideas, y casi exigida por la idea del puente tendido por la bondad de Dios. (Véase DUPRE-THESEIDER, *Sulla composizione del Dialogo,* l. c., p. 177.)

bre dar fruto. El que no dé fruto, será cortado y echado al fuego [c. XXIII].

Dios los poda con sus pruebas. Ellos trabajan en la *viña* de su propia alma. *Viña* es también el «Cuerpo místico» (o jerarquía de la Iglesia), en el que está plantada la verdadera vid: Cristo. Viña es el mundo, y en ella se han multiplicado tanto las espinas, que ahogan la semilla. «Quiero, pues—concluye el Eterno Padre—, que seáis verdaderos trabajadores que con toda solicitud *ayudéis a las almas en su trabajo* en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. *Para* esto os he elegido; *porque yo quiero hacer misericordia al mundo,* para el que tanto me ruegas» [c XXIV].

Catalina prorrumpe en una ardiente alabanza ante la promesa de Dios [c. XXV].

Las características de este puente tendido por Dios para la salvación del hombre son objeto, a continuación, de la enseñanza divina.

—Tiene tres escalones (los pies, el costado y la boca) y está levantado en alto para atraerlo todo a sí [c. XXVI].

—Está construído con las piedras de las virtudes. (Por esto, Jesús dice de sí mismo que es el *camino;* quien pasa por El, llega a Dios, que es la *Verdad;* quien no pasa por El, va por *el camino de la mentira* [c. XXVII]). Es realmente ciego el hombre que deja el primero por el segundo [c. XXVIII].

—Es un puente presente siempre entre los hombres, aun después de subir al Padre, en formas diversas [c. XXIX].

Catalina, ante la revelación del *darse* de Dios que acaba de ver encarnado en Jesucristo, prorrumpe en un himno sublime a la Misericordia [c. XXX].

Los que rehusan pasar por Jesucristo-Puente—prosigue el Eterno Padre en su magisterio a Catalina—*son víctimas de estos males:*

—Se convierten, de árboles de amor, en árboles de muerte [c. XXXI], cuyos frutos son: la *inmundicia* de alma y cuerpo [c. XXXII], *codicia* de bienes terrenos, que procede de la soberbia y la nutre a su vez [c. XXXIII]; *engreimiento,* que los hace injustos [c. XXXIV], y *juicio torcido* de los designios de Dios [c. XXXV].

—El juicio y reprensión de Jesucristo, cuya sangre conculcan, es múltiple [c. XXXVI]:

reprensión del Espíritu Santo a través de la enseñanza y el ejemplo de sus siervos, hombres débiles como ellos;
reprensión de la hora de la muerte, si no se enmiendan;
reprensión de la injusticia que encierra haber juzgado mayor su miseria que la misericordia de Dios [c. XXXVII];

(Cuatro principales tormentos se reservan a los que no quisieron arrepentirse en las reprensiones precedentes: privación de la visión de Dios, remordimientos de conciencia, visión del demonio, fuego.)

reprensión del juicio final, que vendrá a aumentar su tormento
(sin que puedan dejar de odiar por la obstinación de su albedrío en el mal [c. XL], como en los justos queda atada la voluntad libre al amor [c. XLI]) con la visión de Jesucristo, la visión de la felicidad de los justos, la reunión del alma con su propio cuerpo, santificado por la humanidad de Jesucristo, y tormentos especiales correspondientes a sus pecados [c. XLII].

Pero ya en esta vida son víctimas de engaños y de males los que rehusan ir por Jesucristo-Puente para seguir al demonio.

—Son víctimas del demonio. (Puesto éste para tormento de los condenados, sirve de prueba y mérito a los virtuosos en esta vida. Los malos se entregan ciegamente en sus manos; los perfectos le resisten con perfecta esperanza en la Sangre; los imperfectos, con una caridad corriente, se abrazan también a la misericordia divina [c. XLIII].)

—Caen en los mismos sufrimientos que querían evitar; si siguen, el demonio les tienta bajo aspecto de algún bien. Todo lo contrario sucede a los que siguen a Jesucristo, según una visión de la Santa [c. XLIV]. Estos, iluminados por la fe, encuentran su felicidad en querer lo que Dios quiere, convencidos de merecer penas mucho mayores que las que sufren y de la brevedad de esta vida [c. XLV].

—Les ciega el *amor propio,* y de esta ceguera vienen todos sus males [c. XLVI], porque con la luz de la fe podrían usar de todas las cosas (de no estar llamados a una mayor perfección) sin dejar de poseer a Dios [c. XLVII]. Mientras los buenos son señores de todas las cosas, los malos, insaciados, son atormentados, ya en vida, por todas ellas [c. XLVIII].

—Recaen muchos de ellos sacudidos por la tribulación, que—aun movidos sólo por el temor servil—podría ayudarles a salir de su estado. Por tibieza, inconstancia y presunción de la misericordia retroceden y sucumben de nuevo [c. XLIX].

La Santa dice su amargura ante la ceguera y perdición de los hombres, y suplica al Padre una más amplia explicación de los tres escalones, figurados en el cuerpo de su Hijo [c. L].

Los tres escalones del Puente le son manifestados, en pri-

mer lugar, *en una aplicación de carácter general* de la metáfora de los tres escalones a las tres potencias del alma. Para que cualquiera pueda evitar ser arrastrado por la corriente del mal y salir de ella, las tres potencias del alma, íntimamente unidas entre sí para el bien como para el mal, deben ser congregadas por el libre albedrío en nombre de Jesucristo para que El esté presente en el alma [c. LI]. En esta unión de las potencias está el secreto de la perseverancia [c. LII] hasta llegar al agua viva, que se le brinda en Jesucristo, no en el Padre [c. LIII]. La sed de esta agua y la congregación de estas potencias aseguran la caridad en el alma. Es la descripción de un proceso interno en *cualquier alma* para que pueda llegar a la caridad y permanecer firme en ella. Es una aplicación, en sentido *psicológico*, de la metáfora (c. LIV].

Este paso inicial es—dice en un breve resumen -común en todos y en cualquier estado, sin que nadie pueda excusarse, ya que substancialmente consiste en amar [c. LV].

Pero además hay *tres estados o grados del alma* que, *aun no coincidiendo perfectamente,* corresponden *de algún modo* a los tres escalones en Cristo crucificado: siervo mercenario, siervo fiel, amigo e hijo [c. LVI y LVII].

Están en *primer lugar*—dice el Eterno Padre—los que sirven a Dios con *temor servil;* éste no basta para perseverar. El temor servil debe convertirse en temor santo, no del propio castigo, sino de ofender a la Bondad, y en el amor de la ley nueva. Es «congregar» inperfectamente las potencias del alma por fijarse más en la pena que en la virtud y en el amor que se le tiene. Por esto muchos no perseveran [c. LVIII y LIX].

Estos son los que sirven a Dios *con amor imperfecto,* cuyos síntomas son la disminución de este amor a Dios en la prueba y del amor al prójimo cuando no hallan el consuelo de antes. El camino ordinario es empezar por este amor imperfecto, como el de Pedro, en el que Dios corresponde indudablemente, pero *sin comunicar al alma los secretos del corazón, que se reservan al amigo*[197].

Por último están los que aman a Dios *con amor de amigos.* El siervo, si purifica su amor servil, llega al amor de amigo [c. LX], en el que Dios se le manifiesta de distintas maneras: manifestación particular del amor de Dios en la persona de Jesucristo, gracias extraordinarias, comunicaciones en su mente por la presencia del Verbo, del Espíritu Santo o de otras maneras [c. LXI]. Esta es la que prometió Jesús—en nombre del Padre—en las palabras *Yo me ma-*

[197] Estos dos estados del alma corresponden al primer escalón : el de los pies en Cristo crucificado, como después se explica más ampliamente.

nifestaré a mí mismo a ellos [c. LXII]. Es Dios el que purifica el amor, como hizo con los apóstoles, privándole del gusto espiritual, aunque no de la gracia [c. LXIII]. La prueba de que han llegado a esta perfección del amor a Dios está en el que tienen a su prójimo [c. LXIV].

* * *

Las enseñanzas que siguen responden a la necesidad de señalar los medios de *llegar y perseverar en el amor de amigo conseguido:*

La oración continua en primer lugar (a pesar de las tentaciones del demonio [c. LXV]), en la que *conoce* el alma la *caridad de Dios,* revelada especialmente en la Sangre del Sacramento.

Esta oración ha de ser no sólo vocal, sino mental, en la que adquirirá el conocimiento propio junto con el conocimiento de Dios, sin el cual podría ser tentación seria del demonio, como a ella le sucedió. No se deje engañar y pase a la mental cuando Dios se la dé. Cada uno, según su condición, debe trabajar en la oración, en su bien y en el del prójimo [c. LXVI].

A Dios hay que amarle, por fin, no por el consuelo que en ello encuentren [c. LXVII], como algunos se engañan, no interpretando rectamente la intención suya en el reparto de consolaciones [c. LXVIII] o pegándose a la propia consolación, en detrimento de la caridad al prójimo [c. LXIX], cayendo en profunda amargura cuando les falta [c. LXX] y dejándose engañar del demonio, transformado en «forma de luz», pero fácilmente cognoscible por los síntomas que le acompañan [c. LXXI]. Dios exhorta a Catalina y a los demás siervos suyos a librarse de estos engaños.

Las características y frutos de este estado o grado del alma se enumeran a continuación:

—En él, como hacen los amigos, el alma se fija más en el Dador que en el don que recibe [c. LXXII]. (Repite una enseñanza que correspondería a los medios para llegar a la perfección del amor, tratados anteriormente ; en el conocimiento de Dios y de sí mismo adquiere una delicadeza grande de conciencia y persevera en la oración [c. LXXIII].)

—Perdido el temor, como los apóstoles, se entregan al bien del prójimo [c. LXXIV].

—Conocen la caridad divina en el costado de Cristo crucificado, del que ven salir el poder infinito de la sangre que les redime en el bautismo (de sangre y agua ; de la confesión y contrición) [c. LXXV] [198].

* * *

198 Este estado del amor perfecto—no perfectísimo—, que es el del *amigo*, corresponde, como se verá, al segundo escalón, figurado por el

El *estado de hijos* no separado del de *amigo* se simboliza en la boca de Cristo crucificado. Demuestra el alma haber llegado a este estado porque cumple las *funciones de la boca: habla* (mentalmente, con la oración y el deseo; actualmente, predicando y aconsejando), *gusta* («comer las almas», no sólo hambrearlas), *da la paz* por el beso [c. LXXVI].

Las características y frutos de este estado son principalmente:

—Les distinguen, a los que han llegado a él, las virtudes de la paciencia, fortaleza, perseverancia [c. LXXVII].

—Se glorían sólo en Cristo crucificado; no en la consolación, que ya no se les quita. La Trinidad Beatísima les es mesa, manjar y servidor, sintiéndose, como Jesús en la cruz, felices y afligidos [c. LXXVIII].

—Sus pruebas consisten en el sufrimiento de verse de nuevo en la envoltura corporal después de la unión beatificante que les proporcionó [c. LXXIX].

—Ven resplandecer la misericordia y la abundancia de la caridad de Dios en los mismos pecadores [c. LXXX], que les sirven para aumento de su virtud [c. LXXXI], como la ven los bienaventurados en el cielo, aunque con la pena por las ofensas a Dios, que aquéllos no sienten [c. LXXXII]; como San Pablo arrebatado al tercer cielo [c. LXXXIII], desean ser librados de la cárcel del cuerpo [c. LXXXIV]. Esta luz es la que ilumina a los santos y les da una sabiduría que supera toda ciencia humana [c. LXXXV].

Resume todo lo dicho hasta ahora «a fin de que puedas ser útil a ti y a tu prójimo en la doctrina y en conocer mi Verdad...» «Yo cumpliré vuestros deseos de reforma de la Iglesia... Porque quiero que seáis de provecho para vuestro prójimo, y de este modo daréis frutos en vuestra propia viña... No dejéis de ofrecerme el incienso de la oración por la salud de las almas, porque yo quiero usar de misericordia con el mundo, y con estas oraciones, sudores y lágrimas, lavar la cara de mi esposa, la santa Iglesia» [c. LXXXVI].

* * *

La respuesta a la segunda petición podría—debe—considerarse cerrada aquí. La salvación está en Jesucristo-Puente, y en él hay estos grados, que llevan al alma del umbral del temor y del amor interesado hasta el sagrario de las divinas intimidades.

Pero... la Santa ha observado a lo largo de las enseñanzas recibidas que el *tránsito entre estos grados o estados del*

costado de Cristo crucificado. En él, Dios comunica los secretos del Corazón abierto a la intimidad del amigo.

alma no se verificaba nunca sin lágrimas, y pide una nueva instrucción sobre las mismas [c. LXXXVII].

Dios se la da. (No es una doctrina nueva. Se la puede considerar una recapitulación de la anterior, sistematizada diferentemente en torno a las distintas clases de lágrimas.)

Enumera cinco clases [c. LXXXVIII] y las describe:

—lágrimas que dan muerte;
—lágrimas por el pecado cometido, que empiezan a dar vida;
—lágrimas de amor imperfecto;
—lágrimas de amor de compasión por el prójimo;
—lágrimas de dulzura por la unión con Dios. Relación entre estas dos últimas [c. LXXXIX]. El demonio huye de los que llegan a esta perfección [c. XC]. Habla, además, de las lágrimas de fuego, del deseo ardiente [c. XCI].

Su valor procede del deseo infinito que las inspira, y que permanece hasta después de la muerte [c. XCII].

Sus frutos: el fruto de las lágrimas de los mundanos es fruto de muerte para Dios y para el prójimo [c. XCIII] y es combatido por los vientos de la prosperidad, la adversidad, del temor y del remordimiento, que en vida podía salvarles [c. XCIV].

Los frutos de las lágrimas enumeradas en segundo, tercero y cuatro lugar son purificación del pecado, adquisición de la virtud, deseo de la salvación de las almas, fortaleza y gran suavidad [c. XCV].

El fruto de las enumeradas en quinto lugar son tales gracias de unión, que la lengua no puede expresar [c. XCVI].

* * *

Menos relación con la respuesta a la segunda petición que la anterior cuestión sobre las lágrimas tiene, *aparentemente,* la otra súplica, que, antes de pasar a la respuesta a la tercera petición, hace a Dios Padre Santa Catalina en este punto del *Diálogo.* La Santa suplica ilustración más particular acerca del camino que debe enseñar a otros, del juicio que debe formarse de las personas cuyo estado vea en la oración y cómo corregirlas, sobre los caminos de la mortificación y cómo distinguir cuándo es Dios o el demonio el que visita la mente del alma devota [c. XCVII].

Dios Padre condesciende a los ruegos de Catalina con las enseñanzas sobre las tres *iluminaciones interiores:*

—Una—común—sobre la transitoriedad de las cosas y la

fragilidad propia, indispensable a todos para salir del pecado [c. XCVIII].

—Otra—ya perfecta—de los que se entregan a la maceración de sus cuerpos por la penitencia, con peligro de que al propio tiempo no maceren el amor y voluntad propios [c. XCIX].

—Una tercera—perfectísima—, por fin, que identifica la voluntad propia con la de Dios, sigue fidelísimamente a Jesucristo con desinterés, despojo del propio querer, sin juzgar del prójimo sino sólo la voluntad de Dios [c. C], y hace pregustar la felicidad eterna [c. CI].

Le enseña el modo de corregir sin faltar contra el prójimo [c. CII], sin fiarse de lo que sobre el prójimo viese en la oración [c. CIII].

Los caminos de la penitencia no son iguales para todos ni hay que hacer de ella el fundamento de la santidad [c. CIV]. Resumen [c. CV].

(La doctrina expuesta en este último punto, lógicamente debería seguir a la segunda iluminación interior, de la que es una prolongación.)

La alegría de la consolación—cuando viene de Dios—va unida al deseo vehemente de la virtud, a la humildad y al amor ardiente. Cómo proceden en estas ocasiones los que no están apegados y los que están apegados a la consolación [c. CVI].

Le manifiesta Dios cuánto le agradan las súplicas fervientes y confiadas. «Y así te digo que quiero que obres; *no amengüe nunca tu deseo de pedir mi ayuda, ni se apague tu grito de que tenga compasión del mundo..., ni con ansiedad de corazón dejes de mugir sobre el cadáver del hijo del linaje humano...*» [c. CVII].

Como ebria y fuera de sí, la Santa agradece y suplica [c. CVIII]. Dios Padre la exhorta a la oración continua [c. CIX].

3.° Respuesta a la tercera petición

Sin más transición que la promesa de Dios de ayudar por las oraciones de su sierva al «Cuerpo místico de la santa Iglesia» (jerarquía y ministros), y especialmente a los confesores de la Santa, entra en el capítulo de la reforma de la Iglesia.

Le habla—«para que pueda conocer mejor la verdad»—en primer lugar de la *excelencia de los sacerdotes*.

—Son administradores de la Luz, de la Sangre [c. CX] y de los beneficios que consigo trae [c. CXI y CXII].

—Son ungidos de Dios; por eso deben ser ángeles en la tierra [c. CXIII]; desinteresados [c. CXIV], a ejemplo de sus

gloriosos predecesores. Las llaves de la Sangre están en sus manos [c. CXV].

—Deben ser respetados por reverencia a la Sangre que administran. (Gravedad del pecado de los que les persiguen.) Dios considera hechas a sí las ofensas a sus ministros [c. CXVI]. Estos perseguidores son instrumento del demonio. Exhortación a compadecerlos [c. CXVII]. Los defectos de los sacerdotes no justifican la persecución [c. CXVIII].

—Son como el sol; dan luz y calor a las almas. Como los grandes santos, diligentes en corregir. Con misión de ángeles, fiados en la Providencia, sin temor alguno, haciéndose todo para todos [c. CXIX].

Cierra la exposición de lo que son por naturaleza y oficio y lo que deben ser por santidad los sacerdotes, con una cálida exhortación a tratarlos siempre con la máxima reverencia por respeto a la Sangre [c. CXX].

* * *

Por el contraste con lo que deben ser, conocerás mejor la profunda miseria de los *sacerdotes indignos*.

—Su principio y fundamento, el amor propio. De ahí la soberbia, afán de riquezas, devoradores de las almas (c. CXXI].

—Injustos para con Dios y para consigo mismos [capítulo CXXII].

—Sensuales [c. CXXIII], a pesar de exigirles el sacerdocio una pureza mayor que la de los ángeles, si fuera posible. Esfuerzos de Dios para sacarlos de este estado [c. CXXIV].

—No pueden corregir a sus súbditos, porque buscan sólo agradar; si son religiosos, aborrecen la soledad de la celda; inobservantes de su orden, quebrantan los votos que hicieron, huyen del coro. Tratan injustamente a sus súbditos [c. CXXV].

—Dominados por la lujuria [c. CXXVI], la codicia, la vanidad [c. CXXVII] y la soberbia [c. CXXVIII]; ineptos para el sacerdocio, caen en toda clase de defectos [c. CXXIX]. Aseglaramiento y desprecio de la esposa del breviario [c. CXXX].

* * *

Pero también es diferente—violentamente contrastada—la *muerte de los buenos y de los malos sacerdotes*.

Al sacerdote *justo*, en el punto de su muerte, no le pueden acusar ni el mundo, ni el cuerpo, ni la conciencia, ni el demonio. La alegría y la esperanza le anticipan el goce definitivo [c. CXXXI].

Al sacerdote *inicuo* le acusan el demonio, su conciencia

(desesperanza de la misericordia divina); le acusan los bienes injustamente invertidos, el oficio divino omitido [capítulo CXXXII-CXXXIV].

El acostumbrado resumen y una exhortación a «llorar sobre estos muertos», *a perseverar en el deseo y la oración por ellos* en la presencia de Dios..., *atentos sólo a su gloria, a la salud de las almas y a la reforma de la santa Iglesia. Esta* —dice Dios—*será la señal de que tú y los demás me amáis en verdad*».

Del corazón de Santa Catalina, «transido de tanta amargura», brota hacia Dios amor, bondad, su oración, de vehemencia y fuego incomparable, por los sacerdotes y por todas las almas.

4.° Respuesta a la cuarta petición

El objeto de la cuarta petición era «por cierto caso particular que había sucedido».

Dios había dado a entender a la Santa la condenación eterna merecida por el personaje anónimo al que alude en el capítulo CXXXIX. La misma luz divina le reveló, con una desmedida claridad y fuerza, la providencia de Dios al permitir, para librarle de la condenación eterna, la pena de muerte, que parecía a primera vista la negación de aquella providencia.

En torno a este núcleo inicial—su experiencia mística acerca de este caso particular—desarrolla la Santa el tratado sobre la Providencia como respuesta a su cuarta petición. Todo él es de una estructura límpida, simple... Su esquema es una simple enumeración de manifestaciones y capítulos de la providencia de Dios en el gobierno del mundo:

Providencia:

—en la creación, particularmente del alma racional, a imagen de la Trinidad;

—en la redención y su realización admirable;

—en el alimento de la Eucaristía [c. CXXXV];

—en la esperanza de salvación, que a ninguno puede faltar;

—en todo tiempo [c. CXXXVI] y coyuntura—próspera o adversa—, aun contra toda apariencia [c. CXXXVII]. Por esto nadie debe escandalizarse ni juzgar mal de lo que Dios dispone [c. CXXXVIII];

—en un caso particular sucedido a la Santa [capítulo CXXXIX]. Cortedad del hombre para juzgar de los designios de la Providencia y del amor de Dios [c. CXL].

Ceguera en no verle en las adversidades, en no ver la bondad divina al servicio de los buenos y de los pecadores [c. CXLI];

—en lo que se refiere al cuerpo y en lo que se refiere al alma. En la privación accidental del Sacramento y providencia extraordinaria a veces en concederlo. Hechos sucedidos a la Santa [c. CXLII];

—para con los *pecadores:* remordimiento, perdón a través de las oraciones de sus siervos [c. CXLIII];

—para con los *imperfectos,* a fin de que adelanten en la virtud. El alma es una ciudad caída en manos enemigas liberada, probada con la privación de las criaturas, a las que está apegada, y del consuelo espiritual [c. CXLIV];

—para con los *perfectos.* Consolidación y aumento de su perfección. Pruebas para acrecentar la humildad. Providencia en darles y en privarles de las gracias extraordinarias de unión con Dios [c. CXLV];

—en la enseñanza de Cristo para hacer a sus siervos pescadores de hombres [c. CXLVI] con el reclamo de su alma perfectamente acordada como tenía Jesucristo [c. CXLVII];

—a través del prójimo, del que necesita por la desigual distribución de bienes [c. CXLVIII]. Especial providencia por medios ordinarios y extraordinarios para con los desprovistos de bienes terrenos [c. CXLIX]. Por falta de fe en esta providencia, surge en el alma la ambición, que le arrastra a la soberbia y a mil pecados y pesares [c. CL]. Por el contrario, los voluntariamente pobres todo lo poseen y tienen todas las virtudes, a imitación de Jesús, desposado con la pobreza. Apología de la santa pobreza [c. CLI].

Después de compendiar brevemente lo dicho [c. CLII], replica la Santa con su férvida acción de gracias [c. CLIII].

También aquí—concluída la respuesta a la cuarta petición—, ante la benignidad de Dios, una nueva súplica, sin conexión con el tratado de la Providencia, da pie a unas páginas admirables sobre la virtud de la obediencia.

Muy incidentalmente había aludido a ella al hablar, en la respuesta a la tercera petición, de la inobservancia de los religiosos. Aquél habría sido lógicamente su lugar, aunque la extensión con que aquí se trata habría quitado armonía y equilibrio al conjunto de las enseñanzas de Dios sobre la reforma de la Iglesia. La importancia del tema, por otra parte, no le permitía a Santa Catalina resignarse a pasarla en silencio.

Ponía el dedo en la llaga. Sabía que trazaba el camino de la verdadera reforma de la Esposa de Jesucristo.

Dios habla a su sierva del *origen de la obediencia:* Jesucristo Dios-Hombre [c. CLIV]; de la *obediencia común* de los mandamientos [c. CLV], sin la cual van los hombres de pecado en pecado, y con ella, de virtud en virtud [c. CLVI]; de la *obediencia especial,* con la que algunos se vinculan en la vida religiosa o fuera de ella [c. CLVII]. Por ella llegan a la perfección, que no consiste, sin embargo, en el hecho de entrar en la vida religiosa, sino en practicar en ella las virtudes. El obediente todo lo tiene en su orden, pues el Espíritu Santo inspiró a los fundadores la constitución de cada orden según el espíritu propio. Las Ordenes de Santo Domingo y San Francisco [c. CLVIII].

Le presenta a continuación *los religiosos frente a la obediencia:*

—*los obedientes.* La humildad, disposición previa del verdadero obediente. La fe le hace descubrir los males que le vendrían de la desobediencia. Señorea su sensualidad y descubre sus enemigos. Virtudes del obediente [c. CLIX]. Recibe de Dios el ciento por uno [c. CLX].

—*los desobedientes.* Males que les sobrevienen. Arbol con frutos de muerte. Evitan la vida común Males en esta vida y en la otra [c. CLXI];

—*los tibios en la obediencia* y medios para salir de esta tibieza [c. CLXII].

Himno a la obediencia y exhortación del Padre Eterno a practicarla ([c. CLXIII]). Habla, finalmente, de la *práctica de la obediencia fuera de la vida religiosa.* El mérito, sin embargo, lo mide Dios por el amor con que se obedece [c. CLXIV]. Cuánto agrada a Dios esta virtud ejemplar de la *Vita Patrum* [c. CLV].

* * *

Pone en labios de Dios Padre—como colofón del *Diálogo*—un resumen breve de los puntos principales sobre los que ha versado su enseñanza y la exhortación que con apremio e insistencia ha ido apareciendo a lo largo de todas sus páginas: «Ahora te invito—a ti y a los demás siervos míos—al llanto, y por él, por la oración humilde e incesante, quiero usar de misericordia con el mundo. Corre *muerta* por esta senda de la verdad que yo te he dado; ahora es mayor tu *responsabilidad...*» [c. CLXVI].

Catalina sólo sabe replicar con su desbordada acción de gracias su alabanza atónita, audaz y la súplica humilde de la que «no es» y sólo es miseria [c. CLXVII].

4. Título y divisiones del «Diálogo»

a) Título

Para Santa Catalina era simplemente «el libro», «mi libro». Lo mismo puede decirse de sus discípulos. Maconi en el manuscrito de Siena que se le atribuye en el proceso de Venecia y Fr. Bartolomé Dominici en el mismo proceso hablan del «libro», sin más.

Raimundo de Capua es el primero que, atendiendo a su forma literaria, habla en el segundo prólogo de la *Biografía* «del libro de su *doctrina divina* o de su *Diálogo*».

En el fragmento manuscrito de la traducción latina, que se conserva en los archivos de la Orden de Predicadores, que data del 1398 aproximadamente, se lee por primera vez el título de *Libro de la divina Providencia*[199].

De todas estas maneras se ha venido llamando la obra de la Santa: *Diálogo* o *Diálogos, Libro de la divina doctrina, de la Providencia divina* o *Tratado de la Providencia*

El P. Hurtaud propone y emplea este otro, *Libro de la Misericordia,* conservando como antetítulo el común de *Diálogo de Santa Catalina de Siena,* para dar alguna idea del contenido total del libro, cosa que no hacía sino parcialmente el título de *Libro de la divina Providencia.*

Es cierto que en todo él emerge, con singular relieve y fuerza, la idea de la *misericordia;* no menos cierto que la misericordia es—según la doctrina de Santo Tomás—la perfección de todas las perfecciones divinas. Por esto puede justamente titularse así el libro de Santa Catalina de Siena.

No tiene más peligro que el de forzar algo el esquema del libro, si se quiere ajustar con exactitud a la idea central de la *misericordia,* como veremos en seguida.

Conservemos, por tanto, el título corriente de *Diálogo,* aun cuando en él nada se exprese acerca del objeto o tema del mismo.

b) División

Todo da a entender que el *Diálogo* fué dictado sin más divisiones que las naturales interrupciones del dictado. Los tres manuscritos citados, independientes de la redacción oficial, no tienen más que divisiones de párrafos, no coincidentes siempre entre sí ni con la división en capítulos, introducida en la redacción oficial.

[199] Véase Hurtaud, *Le Dialogue*, préface, p. LII.

Se imponían forzosamente, para facilitar la lectura del libro, estas divisiones, y no tardaron en venir. Algunos pocos años después de la muerte de Santa Catalina, y sin que se pueda precisar con seguridad su autor (Dominici, Tantucci, Caffarini?), siguiendo el ritmo de la conversación y las materias tratadas, se introdujo la división en capítulos, en numeración única.

La división en partes principales, o tratados, no aparece hasta las primeras ediciones impresas.

La división en capítulos tiene, ciertamente, una fuerte tradición en su favor. Se hizo, sin duda, considerando atentamente el curso de la «conversación», aunque su titulación no responda siempre con toda exactitud a su contenido y no ayude demasiado alguna vez a una recta y clara interpretación del texto. (Por ejemplo, el título de los [c. LIX y XCV].)

La visión arquitecturada del conjunto se pierde desde luego, mejor dicho, es muy difícil captarla. Y la interferencia de la división en tratados viene a hacerla más difícil y compleja.

Refiriéndose a la división en capítulos, dice el profesor Motzo: «Un editor futuro podrá conservarla en homenaje al uso, pero debe contentarse con señalarla al margen: *corta poco oportunamente el dictado de Catalina* [200]. Podrá tener, por el contrario, más en cuenta las paradas, mayúsculas, párrafos y puntuación de los tres manuscritos más antiguos... ; en los manuscritos no faltan pausas y párrafos y letras mayúsculas, que pueden guiar al futuro editor a dar *una división más racional* de la obra y una puntuación que respete mejor el desenvolvimiento original del pensamiento, bastante complejo a veces» [201].

Duprè-Theseider corrobora la misma idea: «Quien prepare un día la edición crítica del *Diálogo* deberá resolver el problema de la subdivisión interna de la obra, y no será tarea fácil, ya que se puede decir que los mejores manuscritos no conocen ninguna subdivisión; sus separaciones internas no coinciden con los capítulos de la Vulgata y ni son, probablemente, iguales en todos los manuscritos» [202].

En nuestro caso, no se trata de una edición crítica, sino de una simple versión española del *Diálogo*. Obedece, sin embargo, al propósito de facilitar su lectura y su compren-

---

200 En su edición del *Diálogo* hace observar el P. TAURISANO esta misma anomalía en la división, incomprensible a veces, de capítulos de pocas líneas o de páginas abundantes, por ejemplo, los [c. LVI y LVII], p. 127, nota; p. 128, nota, y [c. CXIX], p. 300, nota 56.

201 MOTZO, *Per una edizione critica delle opere di S. Caterina:* Annali della Facoltà di Filosofia e Lettere della R. Università di Cagliari (1930-31) p. 22.

202 DUPRE-THESEIDER, *Sulla composizione del Dialogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura italiana, vol. 117, p. 173.

sión. Por esto, hemos ensayado—sobre la base de un análisis interno detenido y minucioso—una división nueva, prescindiendo en el curso del *Diálogo* de los títulos de los capítulos, que damos en un índice al final del libro, y conservando entre unciales y en cifras romanas la numeración tradicional de los capítulos para facilitar la comprobación de los pasajes y citas en cualquier otra edición del *Diálogo*.

Más perplejo aún dejan, a quien busque en ellas una guía para la construcción del esquema del libro de Santa Catalina, las divisiones más generales en partes, tratados, etcétera.

Cierto que la misma Santa alude en lugares distintos a «tratados» que se contienen en su libro; al de la *resurrección* alude en el [c. LXII]; al de la *oración*, en el [c. LXXII]; al de las *lágrimas*, en la carta 154, al cartujo Francesco Tebaldi[203].

Para algunos autores es clara en estas alusiones la intención de la Santa de dividir su libro en *tratados*, entendidos al modo escolástico[204]. Con otros, nos parece más obvio interpretar aquellas referencias en un sentido mucho más amplio, equivaliendo más a «conforme lo *dicho* o *explicado* sobre la oración, las lágrimas, la resurrección...», que a tratado formal propiamente dicho[204 bis]

Parece difícil admitir que, de haber tenido la Santa esta intención, no la hubiera ejecutado sobre el original y no quedara de ella más eco que las vagas alusiones antes citadas, y que se observara, ya desde las primeras ediciones del *Diálogo*, tal desconcierto[205] y diversidad en lo que a la división en tratados se refiere[206].

Las primeras ediciones impresas lo dividen, en efecto, en una introducción y seis tratados:

I. Tratado de la discreción [c. IX a LXIV].
II. Tratado [c. LXV a LXXXVI].
III. Tratado [c. LXXXVII a CXXXIV].
IV. Tratado de la Providencia en general [c. CXXXV a CXLV].
V. Tratado [c. CXLVI a CLIII].
VI. Tratado de la obediencia [c. CLIV a CLXVII].

---

203 III, p. 10.

204 Entre otros, DUPRE-THESEIDER, o. c.; TAURISANO, *Diálogo*, introduzione critica, p. XXII y p. 137, nota 12; JÖRGENSEN, p. 375; FAWTIER, II, p. 350.

204bis Por ejemplo, GRION, p. 170; MASSIP, *Diálogo* (Avila 1925) p. LIII; HURTAUD, p. LXII.

205 Según JÖRGENSEN (p. 376), la división en cuatro tratados no es la primitiva; *reemplazó a otra, de la que quedan pocas huellas*. En algún sitio habla Catalina, por ejemplo, del *Tratado de la resurrección*, y en una carta alude al *Tratado de las lágrimas*. No es probable que, tratándose de una obra tan importante y tan apreciada, con tantos testimonios de valor y fuentes históricas, haya desaparecido, sin dejar más huella que unas alusiones indeterminadas, una división primitiva de la misma en tratados. Es más verosímil que no existiese.

206 DUPRE-THESEIDER, o. c., p. 172, nota 1.

Las ediciones italianas y la francesa más reciente de Guigues modifican así el esquema:

I. Tratado de la discreción [c. IX a LXIV].
II. Tratado de la oración [c. LXV a CXXXIV].
III. Tratado de la Providencia [c. CXXXV a CLIII].
IV. Tratado de la obediencia [c. CLIV a CLXVII].

La traducción española de Massip (1925), que reproduce la de los PP. Dominicos de Atocha (1797), lo divide en 11 diálogos:

			Capítulos
Diálogo	1.	Perfección de la virtud por *la caridad* y *la discreción*	1- 13
—	2.	Perversidad del hombre	14- 16
—	3.	Dios se queja de la ingratitud del hombre; nadie se le escapa	17- 19
—	4.	Jesucristo-Puente	20- 25
—	5.	Tres escalones en el Puente	26- 50
—	6.	Frutos amargos de las malas obras	51- 86
—	7.	Lágrimas y sus frutos	87- 97
—	8.	Luces que guían al hombre	98-108
—	9.	Dignidad de los ministros de Dios	109-134
—	10.	De la divina Providencia	135-153
—	11.	Obediencia	154-167

El P. Hurtaud finalmente, rechazando la división en tratados, ofrece un esquema nuevo, fundado substancialmente en las cuatro peticiones y sus respuestas:

		Capítulos
Preludio	Cuatro peticiones	1
1.ª respuesta.	*Misericordia para Catalina*	
	El don de la discreción	2- 16
2.ª respuesta.	*Misericordia para el mundo*	
	1) El don del Verbo encarnado	17- 30
	2) Don de la conformidad con Cristo ...	31- 87
	3) Don de lágrimas	88- 97
	Apéndice	
	Aclaraciones sobre el don de la discreción	98-109
3.ª respuesta.	*Misericordia para la Iglesia*	
	Reforma de los pastores	110-134
4.ª respuesta.	La providencia de la misericordia	135-153
	La obediencia	154-165
Conclusión ...	Resumen de todo el libro	166
	Acción de gracias	167

Esta división del P. Hurtaud—dice Duprè-Theseider—, «no por ingeniosa es menos arbitraria» (que la de trata-

dos)[206]. Entendámonos. Tomar pie para esquematizar el *Diálogo* de las cuatro peticiones de la Santa, claramente enunciadas en el umbral mismo del libro, no parece muy arbitrario; parece—y es—naturalísimo y está de acuerdo con la lógica más exigente.

La arbitrariedad de la división de Hurtaud, en todo caso, podría estar en llevarla demasiado lejos. Es evidente que hay cuestiones a lo largo del *Diálogo* que no ensamblan como *subdivisiones adecuadas* al título de las respuestas bajo las que se reúnen; el «tratado» de las lágrimas, por ejemplo, y las aclaraciones sobre la discreción, en la segunda respuesta, y el de la obediencia, en la cuarta.

Arbitrariedad mayor—a nuestro parecer—supone desarrollar todo el tema del *Diálogo* en torno a la misericordia. En última instancia, no cabe duda de que se trata de ella en todo el libro, que se ha llamado «el itinerario del amor», pero bastante, en última instancia, para muchas de sus páginas. Es forzar un poco la orientación y el sentido del *Diálogo* reducir la doctrina de los primeros capítulos al epígrafe de *Don de la discreción,* y la segunda respuesta, al *don triple:* el *don del Verbo encarnado, don de la conformidad con Cristo, don de lágrimas.*

Los principios de los que parte el P. Hurtaud son verdaderos y francamente luminosos; el *Diálogo* es una *conversación,* un *entretien.* Inútil, pues, suponer una construcción de aristas vivas y formas inflexibles como en los tratados escolásticos. (Por este motivo pueden rechazarse, por artificiales, las otras divisiones.) Permite mayor juego y libertad; consiente más cuestiones incidentales y retornos al asunto principal[207]. El descubrir la estructura interna «no tiene más mérito que el de no mirar dentro de la propia cabeza para buscar allí los marcos ya dispuestos para imponerlos a las visiones del éxtasis, al pensamiento de Catalina en contemplación de la Verdad eterna»[208].

Totalmente de acuerdo, Tememos, no obstante, por lo que indicamos hace poco, que con tan sensato punto de partida, el P. Hurtaud se ha quedado a mitad de camino; mejor dicho, también él ha mirado dentro de su propia cabeza, y ha encontrado allí el marco—la idea de la misericordia—, en el que, sin hacer violencia al curso del *Diálogo,* no encajan muchas de sus enseñanzas; no es éste, opinamos modestamente, el hilo inmediato de la conversación.

Es posible que alguien estime que puede hacerse el mismo reproche a la división que a continuación proponemos. Creemos sinceramente, sin embargo, que podrán discutirse

206 DUPRE-THESEIDER, o. c., p. 172, nota 1.
207 HURTAUD, *préface,* p. LXIII.
208 HURTAUD, *préface,* p. LXVIII.

detalles, no las líneas fundamentales de este esquema. Será discutible si tal o cual párrafo estaría más lógicamente conexo con el capítulo anterior o posterior, si un paréntesis o una digresión se apartan más o menos de la idea central y si es éste o este otro el lugar que les corresponde. Pero el nervio ideológico de todo el *Diálogo* parece emerger con suficiente claridad del análisis de su contenido e imponerse —por razones de sobrado peso—, hasta el punto que sea posible esquematizar una conversación.

Porque la división de una «conversación» ha de ser siempre necesariamente imperfecta. No es un tratado científico. Señalar la ruta que sigue para hacer más asequible su contenido doctrinal y facilitar su comprensión no sería ya poco.

Pero en el caso del *Diálogo*, insospechadamente, se puede conseguir mucho más. En él se encuentra—a poca atención que se preste a su estudio—un esquema más lógico y acabado de lo que a primer antojo cabría esperar en un escrito de esta índole.

El cotejo con el esquema de la carta 272, que versa sobre el mismo hecho, viene a confirmar las mismas conclusiones deducidas del análisis interno del libro.

Por entre incisos y paréntesis, digresiones y enseñanzas complementarias, la Santa no pierde el hilo. Era difícil, además, que lo perdiera, siendo como era el libro la expresión de su propia vivencia. La experiencia mística de Tentennano no hizo más que darle una fuerza de organicidad, de unidad; una viveza de síntesis existencial, que difícilmente podía amortiguarse y desdibujarse en su espíritu.

Más allá de todo vaivén rítmico en el estilo y el lenguaje, por encima de los desbordamientos y las morosidades en su curso, el *Diálogo* es un todo viviente, orgánico y estructurado de modo admirable.

Responde a una idea-vida. Y ésta es la que le da su asombrosa unidad. Veámoslo.

* * *

Desde las primeras líneas del *Diálogo*, percibimos angustiosamente arder la gran hoguera del deseo de la *gloria de Dios*. Angustiosamente decimos, porque es una nota constante en todo el *Diálogo*. El fuego no amengua. A trechos hay un soplo divino que aviva la llamarada. Nunca un deseo sosegado, pacífico. Es siempre anhelo torturante, insufrible, ante cuyo empuje se quiebran las fuerzas corporales y se resisten las pobres palabras de barro.

La gloria de Dios por la salvación del mundo. Este obsesionante, vehemente deseo, hace ansiar a «una sierva de Dios» que llegue pronto el día, le hace alzarse arrebatada-

mente sobre sí misma, le hace sufrir la aplastante vergüenza de sus pecados, causa de todos los males del mundo Le hace, sobre todo, *clamar*, suplicar inenarrablemente en la presencia de Dios.

El primer ruego—por sí misma—no se para en ella. Pide—por ella—en función de su misión, «para ser útil con su doctrina, ejemplo y oración en la salvación del prójimo». Ella y los «demás, siervos de Dios».

La respuesta de Dios es ésta en síntesis brevísima: «Seréis útiles en orden a conseguir el remedio que el mundo necesita y vosotros me pedís: 1) *expiando* por vosotros y *por los demás;* 2) ya que esta *expiación* por el prójimo es una *exigencia* del amor que me debéis, y 3) en el *amor,* no en otra cosa, ha de tener su fundamento toda virtud y todo sacrificio».

Las condiciones del mérito; la conexión, lo mismo en la virtud que en el pecado, de todos los hombres entre sí; la *discreción,* que ordena todo acto virtuoso, etc., son otras tantas enseñanzas engarzadas en el hilo inconfundible de la finalidad de la respuesta: disponer a la Santa, que se lo pide para sí y los suyos, a lo que tanto anhela: ayudar con eficiencia a la salvación de las almas para gloria de Dios.

La segunda petición toca directamente la esencia misma de esta *idea-vida.*

Como proemio a la respuesta propiamente dicha hay un período introductorio, en el que el carácter de conversación es marcadísimo; un forcejeo entre la súplica ardiente de la Santa y los motivos de queja de Dios.

La salvación del mundo está en Jesucristo, intermediario entre Dios y los hombres. Este es el núcleo central de la doctrina divina: designios de Dios tendiendo hasta el hombre este puente; necesidad de la cooperación humana; características de este puente; engaños y desgracias aun en esta vida de quienes rehusan pasar por él; escalones que en él hay; grados en los viandantes.

Aquí termina propiamente la respuesta de Dios a la súplica hecha por Catalina en segundo lugar.

Antes de la tercera petición hay, sin embargo, otras dos enseñanzas importantes .

Lógicamente parece que no deberían estar aquí.

Pero en la *conversación* están. ¿Qué les ha hecho surgir precisamente *en este punto de la conversación?*

Para la primera hay un nexo *extrínseco* claro. Ha observado la Santa en la palabra divina que el tránsito de uno a otro de los estados de las almas no se hace sin lágrimas, y pide una ilustración sobre sus clases, valor y frutos. El nexo *intrínseco* es una *re-tractación* de toda la doctrina que acaba de exponerse, sistematizada en torno a otro núcleo o centro

de interés; no son ya los grados de puente, sino las distintas lágrimas que se derraman al pasar por ellos.

Y pide todavía la Santa una mayor instrucción acerca de algunos puntos tocados en la primera respuesta. ¿Por qué aquí y no allí, ampliando el «tratado» de la *discreción,* ya que no son otra cosa las enseñanzas complementarias que aquí pide?

Porque—y ésta es la razón última de esta aparente dislocación—la doctrina sobre la *discreción* tenía por finalidad *inmediata* el provecho del alma misma. La que aquí se da mira principal y directamente a guiar y a aconsejar a las demás almas, cuyo proceso por las distintas etapas ha podido contemplar a lo largo de esta respuesta a la segunda petición. Las normas—además—de discreción de espíritus que aquí se le dan suponían haber tratado ya de las distintas fases de la ascensión del alma a Dios.

Sin formar un cuerpo orgánico con los puntos anteriores, estos dos «tratados» tienen *una cierta conexión interna* con la respuesta a la segunda petición, y no sólo *externa,* por encontrarse entre la segunda y la tercera.

Las respuestas a las dos últimas peticiones apenas ofrecen ninguna dificultad, salvo el «apéndice» del *Tratado de la obediencia.*

La reforma de la santa Iglesia supone un aprecio del *sacerdocio* en conformidad con su *dignidad* y una entrega heroica a la *oración* y a la *acción* por la santificación de los que de ella participan.

El caso particular que preocupó a la Santa fué un portillo oportuno y feliz hacia las luminosidades divinas de su providencia inefable... ¡Este es el Dios al que ruegan la Santa y los demás siervos suyos que tenga misericordia del mundo y de su Iglesia!

El «tratado» de la *obediencia* no tiene ni conexión *interna* ni *externa* con la respuesta anterior. Se le puede considerar, por tanto, como una quinta parte-apéndice del libro del *Diálogo.* Era, sin duda, una ampliación excesivamente dilatada, dada su importancia, para inserirla en la tercera parte, al tratar de los religiosos inobservantes; y, por otra parte, ¿no estaba, acaso, en la obediencia—en el sentido *trascendente* que tiene en la doctrina de Santa Catalina, como equivalencia del binomio «humildad-amor»—el remedio eficaz de los males de la Esposa de Jesucristo y, por tanto, el camino indefectible de la reforma tan anhelada?

El *Diálogo* se cierra con la misma idea-vida con que ha empezado, y que ha guiado todo su accidentado curso, sus ansias y sus consuelos, su gemir y su exultante gratitud, su amargura sin riberas y su iluminada esperanza. Dios acepta el ardor de los deseos de sus siervos, los estimula, los hace

efectivos y les da fecundidad a fin de que puedan arrancar la misericordia prometida y secundarla en la salvación de todas las almas, del mundo, de la Iglesia, movidos por la obsesión de la honra de Dios y el bien del prójimo.

* * *

El esquema, por tanto, según el que dividimos la presente edición del *Diálogo* en sus rasgos fundamentales es el siguiente (en el índice puede verse el desarrollo detallado de cada subdivisión):

INTRODUCCIÓN

Estado de ánimo de la sierva de Dios y las *cuatro peticiones* que hace [c. I-II].

I. *RESPUESTA A LA PRIMERA PETICION: Por sí misma.*

Enseñanzas a la Santa y a los demás siervos de Dios para hacerles útiles en la salvación de las almas [c. III-XII].

II. *RESPUESTA A LA SEGUNDA PETICION: La salvación del mundo.*

1) Estado del mundo y obligación de orar por la salvación del mismo [c. XIII-XX].
2) Jesucristo-Puente y características de este Puente [c. XXI-XXX].
3) Desgracias y engaños de los que rehusan pasar por Jesucristo-Puente [c. XXXI-L].
4) Los tres escalones del Puente [c. LI-LXXXVI].
5) Las lágrimas. Clases, valor y frutos [c. LXXXVII-XCVI].
6) Ilustración complementaria. Discreción y discernimiento de espíritus [c. XCVII-CIX].

III. *RESPUESTA A LA TERCERA PETICION: Reforma de la santa Iglesia.*

1) Excelencia de los sacerdotes [c. CX-CXX].
2) Estado de los malos sacerdotes y religiosos [c. CXXI-CXXX].
3) Fin de los buenos y malos sacerdotes [c. CXXXI-CXXXIV].

IV. *RESPUESTA A LA CUARTA PETICION: Por un caso particular.*

Providencia de Dios para con el hombre [c. CXXXV-CLIII].

V. *APENDICE.* Sobre la virtud de la obediencia [c. CLIV-CLXVIII].

5. Estilo y lenguaje del «Diálogo»

«Grandes escritoras en Italia no hay más que una. Santa Catalina de Siena»[209].

[209] BLASI, I., *Le scrittrici italiane dalle origini all'800* (Firenze) p. 32 s.

A medida que se la va conociendo y se cobra familiaridad con su espíritu y su dicción, nos vamos convenciendo de que no hay entusiasmos hiperbólicos en este juicio sobre Santa Catalina escritora.

La primera impresión, sin embargo, no es ésta. Los tropiezos que hacen premiosa la lectura son constantes. La idea parece, a veces, desaparecer bajo una fronda lingüística de imaginería barroca, o en un nerviosismo azogado de desbordamientos, de ímpetus afectivos incontenibles. Su lenguaje tan pronto sorprende por su densidad cerebral como discurre libre, sin obstáculos, con claridad y fuego maravillosos.

Hay en los principios del trato con Santa Catalina casi siempre una tentación: la de dejarla para otros paladares. Los admiramos; no discutimos de gustos y... lamentamos no poder «entrar» con la facilidad y el entusiasmo con que otros, al parecer, han entrado.

Si lo que vamos a escribir sobre el lenguaje y estilo literario de Santa Catalina y el trabajo puesto en comentar y aclarar algunos puntos de su libro en las notas que le acompañan ayudan a muchos a superar esta tentación, daríamos por sobradamente compensado nuestro intento y nuestro esfuerzo.

Recordemos una idea básica. Catalina no escribe de lo que sabe. Escribe de lo que vive. Mejor todavía: escribe *lo que vive*. Y algo hemos podido ver ya de cómo vivía su mundo interior la Santa de Siena.

No escribe tratados escolásticos. No demuestra, muestra nada más. *Intenta decir*—cuando la vivencia sobrenatural es particularmente honda e intensa—lo que ve y siente y entiende.

Ella no labraba su lenguaje ni su estilo. Dictaba simplemente. Y en pocos escritores se percibirá con mayor claridad y precisión la oscilación del ritmo interno, de lo vivido con mayor o menor fuerza.

Cuando se trata de enseñanzas más teóricas, la construcción es menos llana; hay más cabos sueltos, las repeticiones amenazan con cansar. Su estilo, cuando es didáctico, resulta menos natural y menos límpido. Tampoco artificioso, pero no tiene la gracia suelta, despreocupada, vehemente, arrebatadora, de aquellas otras páginas en las que abre de par en par su alma cara a Dios.

Llega uno a creer que el lenguaje de Santa Catalina es un lenguaje cifrado, esotérico. O...—en juicio más superficial y ligero—que es una sarta de tópicos. Las imágenes se repiten a veces con ligera diferencia de matiz. Hay frases que recordamos haberlas hallado en las páginas anteriores. Otras, cuyo sentido íntimo no acabamos de captar ni desentrañar.

En el *Diálogo* es fácil encontrar, desde su mismo umbral, párrafos «imaginados» (sobresaturados de imágenes) como éste, característico, de la carta 136, de tono y contenido muy parecidos también a muchas páginas del *Diálogo:*

«... os escribo y me encomiendo a vos *en la preciosa sangre de Jesucristo,* con deseo de veros *cosido* y *clavado por santo deseo en el leño* de la venerable y santísima cruz, en la que encontraremos al Cordero inmaculado *asado al fuego* de la divina caridad. Sobre este *árbol* encontramos la *fuente de la virtud;* porque la caridad es aquel *árbol* fecundo que fué *cruz* y *clavo* que tuvo atado al Hijo de Dios; otra cruz ni otra atadura no habrían podido sujetarle. Encontraréis allí al *Cordero desangrado* (svenato) *comedor de la honra del Padre* y de nuestra salud. Es tan grande su afecto, que con sólo el sufrimiento corporal no podía expresarlo» [210].

Lenguaje que tiene, indudablemente, *su clave.* La tiene en los rasgos intelectuales de su personalidad y, sobre todo, en la violencia de sus experiencias místicas, que palpitan a cada paso debajo de sus imágenes y de sus frases aparentemente normales e impersonalizadas.

A pesar del recurso espontáneo y frecuente a la «imagen» y del ropaje metafórico en que envuelve las ideas, Santa Catalina—como ha observado con fina agudeza Guigues—no es una lírica. (Otra cosa es que su prosa no tenga lirismo y hasta un venero soterraño de la más alta poesía.) Al revés de lo que sucede con el lenguaje poético, en el que las imágenes son inmediatas, captadas con audaz naturalidad por la fantasía o la emoción.

En Santa Catalina es más bien la razón la que hace el hallazgo venturoso de unas imágenes «que no son más que la forma para revestir, en sus distintas etapas, un discurso perfectamente lógico... De este modo cada imagen se convierte en signo de una verdad esclarecida por otras imágenes lógicamente ensambladas. Son imágenes que no pueden cambiar, y en esto radica la explicación de las numerosas repeticiones en la obra de Santa Catalina. Las *Cartas* y el *Diálogo* son una especie de geometría mística, cuyos teoremas son inmutables» [211].

Resultan insubstituíbles las imágenes en el estilo de Santa Catalina, no sólo por el ensamblaje que las traba lógicamente entre sí—rara vez aparece una imagen aislada, solitaria—, sino porque con frecuencia es su personal experiencia mística la que ha convertido aquella imagen en centro nuclear de todo un sistema lógico de ideas. Es natural que sea *aquella* imagen la que—precisamente—encierre para la San-

210 *Carta* 136, *a Angela da Ricasoli,* II, p. 365.
211 GUIGUES, *Le Dialogue,* préface, p. 21 s.

ta tesoros de doctrina que se esfuerza en desentrañar en provecho de los demás.

La «Sangre», «Jesucristo-*Puente*», «gustar y gustadores», etcétera, son otras tantas expresiones vinculadas a estados interiores de luz y conmoción excepcionales. ¿Podía Santa Catalina, en estas circunstancias, dejar de repetirse?

A lo largo de la presente edición hemos procurado ofrecer este esclarecimiento de su lenguaje con el simple comentario de lugares paralelos de su carta. En la gran mayoría de casos, esto basta para desvelar el sentido de una frase a primera vista incomprensible o vacía de contenido.

Cuando uno lee, por ejemplo, en el [capítulo LXVI] del *Diálogo* que el alma debe estimularse por sí misma, por medio de la oración, «que es una madre», o por medio de esta «madre de la oración», queda un poco perplejo. En una u otra parte del *Diálogo* mismo o de su epistolario, indefectiblemente, ha de hallar la explicación y aplicaciones múltiples de la misma metáfora: la oración es madre, porque, como la caridad, «concibe en sí las virtudes y las da a luz sobre el prójimo»; porque «nos lleva en sus brazos», etc. Todo un sistema de ideas, que en el espíritu de la Santa se sistematizan en torno a una sola palabra y en ella se contienen. «Lejos de ser prolijo, y a veces lo parece, el estilo de Santa Catalina es de una concisión sorprendente, no puramente estética, al modo de un Tácito, sino conceptual. Esto hace de su estilo un estilo científico; puede preverse. Para ello no existen palabras aisladas; cada una está adherida a otra como las piezas de un mosaico. Sus repeticiones son expresión de la organicidad de su estilo y, por tanto, de su doctrina; no de pobreza literaria» [212].

Las acertadas observaciones precedentes suponen un conocimiento nada común y, por tanto, un estudio nada superficial del lenguaje y estilo literarios de la Santa de Siena. Cualquiera que se familiarice con sus escritos, llega inevitablemente a las mismas conclusiones. ¿Cómo se ha podido escribir, haciendo el análisis de una de sus cartas, que algunas de sus frases son «généralité *banale*» y que algunos de sus adjetivos más usados son «a sens *banal*», como cuando, por ejemplo, aplica su familiarísimo «dulce» a Jesús y a persona de carácter tan áspero y duro como el papa Urbano VI? [213] Para calificar así la persona de Jesucristo—limitándonos al último ejemplo señalado—, tenía ciertamente *sus* razones, tan hondamente sentidas como para aplicárselo reiteradamente; y para llamar *dulce* al amargo Urbano VI tenía también sus motivos—los mismos que hacen dignos de toda veneración a los ministros personalmente indignos—;

[212] GUIGUES, o. c., p. 23 s.
[213] WILBOIS, *S. Catherine de Sienne*, p. 182, 186.

era él—precisamente Urbano VI—el que tenía «las llaves de la Sangre».

Tiene, es cierto, el estilo de Santa Catalina sus frases como *estereotipadas*. Menos, no obstante, de las que quizá pudiera parecer en un principio. Y algunas indudablemente tienen, en su repetición casi mecánica, una razón íntima, que nos puede ser más o menos ignota. Jesús es el cordero *svenato* (desvenado, desangrado); que está *confitto e chiavellato* (cosido y clavado); que supera *strazzi, scherni e villanie* (desgarramiento moral, escarnios e injurias).

Vuelve a cada renglón la frase que es idea-eje de su vida y de su acción: «l'onore di Dio e la salute delle anime». Pero nunca es frase hecha. Reléase despacio y reflexiónese detenidamente... Y comprenderemos que debía decirlo así.

Alguna que otra de sus imágenes pueden parecer un poco forzadas. También aquí la impresión es fugaz. No es por artificio; es el fuego de dentro, que parece hacer violencia al instrumento inadaptado, poco maleable, del lenguaje humano [214]. Son comparaciones de una clara espontaneidad, nacidas del clima familiar y de la mentalidad ambiental de su Siena y de su siglo, y se dan en mayor abundancia, como podía esperarse, en el estilo epistolar que en el diálogo.

La frondosidad de las imágenes en el lenguaje del libro de Catalina a veces puede dar también la impresión de hacerla caer en contradicción con otras afirmaciones suyas. El caso más típico es su *doctrina* sobre las estrechas relaciones de las virtudes entre sí. Sus metáforas no pueden tomarse al pie de la letra. Sería hacerle decir lo que realmente nunca pensó decir. La humildad—dice—es *nodriza* y sostenedora de la caridad. ¿Cómo entonces puede ser la caridad *madre* de todas las virtudes; por tanto, también de la humildad? La paciencia—hija también de la caridad—no podría ser, como ella enseña, su *meollo*.

Santa Catalina no da a estas metáforas valor de rigurosa aseveración científica; no pretende *demostrar* la organicidad de las virtudes en la vida sobrenatural. Dice nada más: están íntimamente trabadas entre sí y *tienen* una influencia mutua. Desde distintos puntos de vista son verdaderas todas sus afirmaciones. Ella misma dice en otra parte: «la humildad nutre a la caridad, y la caridad a la humildad». Y es absolutamente cierto.

La prolongación, finalmente, de sus imágenes, este prender de ellas una teoría de aplicaciones, este tener unas imágenes familiares, hace que con frecuencia las use y haga de ellas alguna aplicación, sin detenerse a explicar el fundamento del que arranca la metáfora. El lector novato que-

[214] WEBER, F., *Santa Caterina da Siena vista delle sue lettere:* La Civiltà Cattolica.

dará suspenso en su perplejidad cuando se tropiece una y otra vez con el deseo de Santa Catalina de que «seamos verdaderos *gustadores* de la gloria de Dios y de las almas», de que «devoremos almas en la *mesa* de la cruz», o «venzamos al mundo con los *pies* del afecto», o «nos *sumerjamos* en la *Sangre*».

No tardará en comprender y en familiarizarse con este «gustar» y «devorar», como se ha familiarizado con la expresión—que con frecuencia no pasará de tópico—de «tener hambre» de la gloria de Dios.

Santa Catalina se veía precisada a romper el tópico, a crear la imagen, porque *tener hambre*, para ella era poco, muy poco, y no expresaba la efectividad real del deseo. *Gustar, comer, devorar,* es otra cosa muy distinta; es *darse realmente* a la gloria de Dios y a las almas, es *alimentarse* con ellas, como Jesús, de la voluntad del Padre. *Es no vivir otra cosa ni para otra cosa.*

No ha tenido que inventar ella la comparación del *afecto* en relación con el alma, y los *pies* en relación con el cuerpo. Era corriente en el lenguaje espiritual de su tiempo. En el afecto y la voluntad se apoyan y descansan las demás operaciones del alma, como lo restante del cuerpo sobre los pies.

En las *Cartas* más todavía que en el *Diálogo* llega a impresionar vivamente la obsesión de la «Sangre». Hay pasajes en su epistolario característicos por el hervor irreprimible, exaltado, incandescente. A través de ellos penetramos quizá más adentro del misterio psicológico y sobrenatural de la «Sangre» en el alma de Santa Catalina y comprendemos también mejor la doctrina del *Diálogo*.

Reducir toda su experiencia mística a la que *vivió* con relación a la sangre de Jesucristo crucificado sería minimizar—achatándola—la realidad existencial de sus fenómenos místicos y de su vida interior. Hay otras muchas experiencias vivenciales de carácter místico que enriquecieron su alma y su estilo.

En el lenguaje de Santa Catalina, la *Sangre* equivale a la frase *en Cristo Jesús* del lenguaje paulino. Ambos las usaban como «síntesis doctrinales» preñadas de luz interna. ¿Cómo hacer participar a los demás de *su luz* sin emplear las *síntesis* que para ellos *la* encerraban toda?

No es éste el lugar de un sistemático estudio sobre el contenido doctrinal—dogmático y ascético-místico—de la «Sangre» en Santa Catalina. Es suficiente dar aquí la *clave* de su interpretación. Para Catalina, la *Sangre* es el compendio del *amor* con que Dios la hacía derramar a Cristo, y éste la derramaba por nosotros. Es la revelación del pensamiento y de los designios de Dios sobre el hombre. Es la síntesis

de la redención, no como hecho histórico consumado definitivamente, sino como hecho viviente, realizándose. Es el amor redimiendo o la redención haciéndose sólo por puro amor.

Como consecuencia natural intuitivamente comprendida, el alma lo tiene todo en la *Sangre*. No tiene que ir a buscar a otra parte los medios de fortalecimiento de su voluntad, ni la fuente de la gracia. Los sacramentos tienen su eficacia de la «Sangre», los sacerdotes y el papa deben su dignidad y son acreedores al respeto y veneración porque son administradores de la «Sangre»; pecar es pisotear la «Sangre», menospreciarla.

En la misma visión, en la Rocca de los Salimbeni, en Tentennano, que dió origen como hecho místico nuclear al *Diálogo*, se destaca con fuerza la *Sangre* como expresión de los designios del amor incomprensible:

«... veía entonces cómo El era bondad suma y eterna, cómo sólo por amor había creado y reconquistado, con la sangre de su Hijo, toda criatura racional, y cómo, movido por este amor, les daba todo lo que les daba. Tribulación y consuelo, todo era por amor y por la salud del hombre, y no por ningún otro fin. *Y decía: La sangre derramada por vosotros os demuestra que esto es verdad. Mas ellos, ciegos...*» [215]

De aquí el «nutrirse», «embriagarse» de la Sangre; «inmergirse», «anegarse», «perder el amor propio» en la Sangre; «comprender el amor», la gravedad del pecado a través de la Sangre; «fortalecerse» con la Sangre.

A través de la obsesionada reiteración de la palabra «sangre» en fórmulas dogmática y ascéticamente densísimas, Santa Catalina intenta levantar la punta del velo que encubre el misterio vivido de sus labios pegados a la llaga sangrante del pecho de Cristo. E intenta contagiar el conocimiento y el fuego que a ella se le contagiaron en este contacto indefinible.

* * *

«La prosa de Santa Catalina en el *Libro de la divina doctrina*, y aún más en las *Cartas*, es una de las más transparentes, límpidas y felices del «trescientos»: sabe exponer y narrar; regañar y acariciar; profunda a veces, como un Suso o un Tauler; dulcísima otras muchas, como un Francisco de Asís o un Francisco de Sales... En Catalina hay riqueza de imágenes y arte de *esculpir los pensamientos;* su elocuencia se levanta a veces tan alto, tan hirviente e im-

[215] *Carta* 272, *al Beato Raimundo de Capua*, IV. 191

petuosa, que se convierte en poesía y parece casi que anda buscando la forma del verso [216].

En una época en que privaba el latín clásico entre quienes estimaban en algo su cultura y erudición, Santa Catalina, como Dante había hecho recientemente, busca en el *volgare* corriente, el italiano de la calle y de los campos toscanos, el cauce en que volcar a la vez torrentes de luz sobrenatural y de la más pura belleza literaria.

Es difícil que el lenguaje humano alcance nunca cumbres más altas que las que alcanzó en el dictado absorto de esta hija del tintorero de Fontebranda.

6. La doctrina espiritual del «Diálogo»

a) El dogma en la doctrina espiritual del «Diálogo»

Debería más bien decirse, generalizando algo más: la doctrina espiritual de Santa Catalina. Porque ni la doctrina espiritual de las *Cartas* y las *Oraciones* es distinta de la del *Diálogo*, ni en el *Diálogo* falta algo esencial a su doctrina que pueda hallarse en aquellos otros escritos suyos. Se complementan unos con otros.

Las *Cartas* dan con frecuencia una perspectiva de realidad concreta a lo que en el libro parecía doctrina abstracta, pura teoría. Añade, a veces, un acento humano al encarnarse las enseñanzas del *Diálogo* en casos determinados, tangibles. Aunque, por tanto, nos fijemos fundamentalmente en el contenido doctrinal del *Diálogo*, aportaremos cuando sea preciso, para mayor claridad, los lugares paralelos o complementarios del epistolario.

No se espere encontrar en el libro de Santa Catalina —como ya se ha podido observar en el resumen ofrecido en

---

216 PAPINI, G., *Storia della letteratura italiana* (Firenze 1937) p. 429 y 431. El contenido poético en el lenguaje de Santa Catalina lo defiende acaloradamente PAPINI, principalmente contra la opinión de GETTO y de CROCE. (Véase TAURISANO, *S. Caterina da Siena,* introduzione critica, p. XLII.) Otros estudios: BATTISTI, C., *La parlata senese in S. Caterina:* Studi Cateriniani, II (1935) p. 67-82; BERTONI, *Il linguaggio mistico di S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, IV (1926) p. 51-69; OSSINI, *S. Caterina e la Poesia* (Bérgamo 1939); MENCINI, T., *La parlata senese in S. Caterina:* Studi Cateriniani, IV (1927) p. 28-31; MISCIATELLI, P., *Come parlava S. Caterina da Siena.* Nuova Antologia (1934) p. 242-254; MARCHESINI, *Le immagini del fuoco e del sangue in S. Caterina da Siena:* Rivista d'Italia (1926); LEVASTI, A., *S. Caterina da Siena scrittrice:* Memorie Domenicane (oct.-nov. 1947); GIGLI, G., *Vocabulario Cateriniano* (Roma 1917); GETTO, G., *Saggio letterario su S. Caterina da Siena* (Firenze 1939); BONELLI, L., *Il linguaggio cateriniano:* Studi Cateriniani, IX (1932) p. 1-16; D'URSO, G., *Il valore autobiografico nel linguaggio cateriniano:* S. Caterina da Siena (abril-septiembre 1951) p. 56-77; FESTA, N., *La lingua e lo stile nell'epistolario di S. Caterina:* Studi cateriniani, supl. al n. 9 (1938); FRANCISCO, R., *Allegoria e simbolismo nel Dialogo:* Memorie Domenicane (oct.-nov. 1947).

esta misma *Introducción*—una serie de aquellas revelaciones privadas, de contenido singular y un poco sorprendente, no raras en la hagiografía cristiana. En la doctrina de la Santa de Siena—y lo hacen observar sus mejores conocedores y comentaristas—todo viene a reducirse a las enseñanzas fundamentales y tradicionales del dogma católico [217].

Todo puede hallarse en el tesoro secular de la Iglesia. El objeto de sus visiones y de sus ilustraciones son siempre *los grandes misterios* revelados e impuestos a nuestra fe como dogmas de salvación. No se trata de algo que *piadosamente puede creerse*. Suele ser—generalmente—el quicio mismo de nuestra creencia en Dios, en Cristo y en la Iglesia.

La luz de Dios, que se le comunica con no rara frecuencia a lo largo de su vida por caminos y modos extraordinarios, versa casi siempre sobre el misterio de las relaciones de Dios con su criatura, sobre Dios volcado en el hombre, sobre el «darse» de Dios al hombre para decir al hombre cómo debe «darse» e ir a Dios.

Toda su doctrina espiritual busca y tiene siempre la más sólida fundamentación en las grandes verdades teológicas.

Santa Catalina no pensó jamás en escribir un tratado científico de vida espiritual, y menos de teología moral o dogmática. Escribió—ya lo vimos—impelida incoerciblemente por su indigencia vital; no podía dejar de comunicarnos —si quería ser fiel a su misión—lo que constituía su propia realidad existencial, la experiencia de su propia vida y de su vocación. Como en muchas de sus cartas, habría podido escribir como colofón a su *Diálogo:* «He exonerado ya mi conciencia; he dicho ya lo que el Espíritu me obliga a decir».

Recientemente, alguien ha ensayado la sistematización de la doctrina de Santa Catalina sobre un esquema principalmente—casi exclusivamente—dogmático. Al leerlo, quien no conociese directamente la obra de Santa Catalina, podría pensar que se encontraba ante un autor escolástico del siglo XIV o un tratado de teología. Véanse los títulos de los capítulos:

1. La Trinidad en el origen de la «sangre preciosísima» (el ser de Dios en el alma de Catalina; la criatura espiritual; la criatura racional...).
2. La sangre del Verbo crucificado por el pecado en el alma de Catalina (la encarnación del Verbo en el consejo de la Trinidad; la persona del Verbo encarnado).
3. La Iglesia de la sangre del crucifijo en el alma de Catalina (la Iglesia en la «Cabeza»; el «Cuerpo místico» de la Iglesia»; el «Cuerpo universal» de la religión cristiana).

[217] Véase HURTAUD, *Le Dialogue,* préface, p. XXXIV; TAURISANO, *S. Caterina da Siena,* p. 489.

4. El crucifijo, puente-escalera hacia la beatitud en la Trinidad (principios ascéticos fundamentales; los tres escalones).

5. Los frutos de la Sangre en la gloria eterna de la Trinidad (los estados de las almas antes del fin del mundo; la condición eterna de las criaturas racionales...).

Esta sistematización *dogmática* del P. Grion[218] ha sido justamente criticada de parcial y fragmentaria, de modo documentado y profundo, por el P. D'Urso[219]. No porque el P. Grion atribuya a Santa Catalina cosas que no dijo, sino por no hacerle decir *todas* las que dijo, al menos las fundamentales. Y añadiríamos: por haber ordenado su doctrina desde un punto de vista que no fué nunca el de la Santa en sus escritos. A pesar de sus sinceros esfuerzos y honestas protestas de objetividad, la exposición del P. Grion causa la impresión inevitable de haber impuesto a la doctrina de la Santa un esquema preconcebido, de haber buscado en sus escritos y haber dispuesto luego elementos doctrinales de la Santa con una ordenación artificiosa y subjetiva.

Cuando se tienen tesis propias que se quieren demostrar, más o menos fundadamente se levanta un edificio doctrinal que, más que al pensamiento de la Santa, obedece a la preocupación del estudioso de su doctrina.

Sería totalmente falso negar el elemento dogmático en la doctrina espiritual de Santa Catalina. Tampoco es éste el punto de discusión entre los autores citados. Acabamos de decir que sus enseñanzas tienen siempre por base las grandes verdades reveladas del tesoro de la fe. La cuestión es otra: ¿responde más al pensamiento de Catalina la sistematización de su doctrina partiendo del punto de vista y plano principalmente—*no exclusivamente*—ascético-místico, en el que están escritas sus obras?

Siempre que se mantenga el *no exclusivamente*, que hemos subrayado, no nos puede caber la menor duda. Jamás escribió para satisfacer una necesidad *intelectual*, puramente intelectual, propia o ajena.

Escribía desde su «vida», para la «vida». Todas las enseñanzas de Dios respondían a la finalidad concreta y práctica de su misión en la Iglesia: la gloria de Dios por la salvación de los hombres.

Cierto—y ésta es una de las características más seductoras en una mujer—que no podía contentarse con exhortaciones, por cálidas y apremiantes que fuesen; con consejos morales o ascéticos de carácter practicista. Su vocación no

---

218 *Santa Caterina da Siena. Dottrina e fonti* (Roma 1953) p. 1.ª, p. 15-151.

219 *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza, 3-4 (1954) p. 336, 338 s.

era ésta, ni era éste el carácter de la formación con que Dios fué preparándola para realizarla. Todas sus exhortaciones llevarían el refrendo de la misma verdad revelada. Todas surgirían del dogma meditado, asimilado, vivido. De nuevo, no apoyaría su magisterio en revelaciones personales, sino en lo que a ella, al destinatario de sus cartas, al lector de su libro, se impone como único camino de vida: la fe en la palabra misma de Dios.

En este sentido tiene poca importancia el hecho de que su libro fuera o no escrito en estas u otras circunstancias excepcionales, fuera o no comunicado por Dios en abstracción extática de sus sentidos y facultades.

No está aquí el valor, la solidez y la firmeza de su doctrina. Esta puede ser una nota circunstancial, que, una vez suficientemente probada en su verdad histórica, puede aumentar extrínsecamente el precio intrínseco de sus enseñanzas.

La observación es válida para el *Diálogo* lo mismo que para sus *Cartas*. Tómese una de ellas, cualquiera, al azar, y analícese la finalidad, el objeto inmediato que la impulsa a escribirla, los argumentos que esgrime, la motivación que ofrece. Para cualquier problema, por intrascendente que parezca—aunque nunca son intrascendentes los problemas planteados en sus cartas—, su ángulo de enfoque es siempre la verdad sobrenatural, la obediencia, la humildad, la paciencia, el perdón de los enemigos, la reforma de la Iglesia, el retorno del papa a Roma, el celo, la cruzada, la sumisión al pontífice, todo es visto a través del prisma de lo revelado, desde el punto de vista de Dios; todo arranca del seno de la divinidad y a él vuelve. Estúdiense, por ejemplo, los [capítulos XIII y CLIV] del *Diálogo*.

Alguien lo ha juzgado como síntoma de una radical inadaptación de Catalina a los casos concretos; como si le resultara imposible abandonar *sus* cumbres para «comprender» otra realidad más normal, más humana, más mediocre [220].

No, es algo muy distinto, en nuestro parecer. Ella estaba y vivía en la Verdad. *Vivía la Verdad*. Todo su afán vocacional consiste en elevar a la atmósfera, al clima de fe en el que vive, a los que quiere y a cuantos quiere hacer el bien.

El *Diálogo* es—en este aspecto—*la carta universal* de Santa Catalina de Siena.

No se espere encontrarla en algún recodo del decurso de su libro, en el plano de los puntos de vista humanos, naturales, de la postura «comprensión», que supone un com-

---

220 LECLERCQ, *Santa Catalina de Siena*, p. 205 s.

promiso o una abdicación de la visión estrictamente sobrenatural de la vida, de las personas o de los acontecimientos. Ella entiende que con este *descender* suyo no haría el bien, porque se desplazaría de la verdad.

Aunque el choque parezca y sea a veces rudo en un principio, ella sabe que sólo ayudando a los demás a *ascender* se les hace el bien. La aspereza y desabrimiento de las primeras impresiones pasan pronto. Cuando el organismo empieza a aclimatarse, nada hay como la pureza luminosa del aire de las cumbres.

Y éste nos parece también el punto de arranque justo para una sistematización de la doctrina espiritual de Santa Catalina.

Intentarla aquí rebasaría en mucho los límites y la ambición de esta *Introducción*. Debemos contentarnos—una vez más—con trazar sus líneas generales, subrayando los capítulos más destacables o personales de su doctrina espiritual.

b) La ascesis en la doctrina espiritual del «Diálogo»

El camino del hombre en su ascensión hacia Dios sigue, en la doctrina espiritual de Santa Catalina, las etapas clásicas de la ascética cristiana.

Su misión no consistía en presentar al mundo caminos nuevos, sendas inéditas, originales, de santidad, sino en iluminar con nueva luz—la que ella recibía generosamente de Dios—el camino trazado por Jesucristo en su Evangelio. Santa Catalina no tiene recetas personales de santidad. No es enviada por Dios para señalar atajos, fórmulas que abrevien y «humanicen» la lucha ascética. Es enviada para vivir ella el camino, que es Cristo, y decir a los hombres, con palabras transidas del calor de lo vivido, la verdad de este camino.

Es cierto que a veces es su palabra tan certera, tan densa, lleva tal carga de convicción y fuego personal, que deja la impresión de una verdad nueva, suya.

Señalamos y glosamos sumariamente estas que llamaríamos en el sentido indicado «verdades de Santa Catalina», no por exclusivas suyas, sino por ocupar en su enseñanza un lugar preponderante.

1) *Conocimiento «de sí» y de Dios «en sí»*

Como para buena parte de autores de la Edad Media, la ascética de Santa Catalina se basa en el conocimiento de sí en el conocimiento de Dios[220 bis].

[220 bis] POURRAT, P., *La Spiritualité Chrétienne* (París, t. 2, 1946) p. 314.

A poco de penetrar en la mentalidad y en la doctrina de la Santa, nos percatamos que el «conocimiento propio» tiene una hondura de significado al que no estamos habituados en el lenguaje corriente actual.

Será por las tendencias y gustos de la literatura—ascética y profana—de hoy. «Conocerse a sí mismo» suele quedar limitado al *conocimiento psicológico* de los estratos de la personalidad o de sus elementos humanos. Suele ser el nuestro un «conocimiento propio» como punto de partida para un trabajo de corrección, de lima, de poda o de cultivo.

Santa Catalina habla de un conocimiento *trascendente*. El otro lo ignora de modo absoluto.

«El alma abre los ojos del conocimiento y ve que *por sí misma no es*, puesto que todo ser procede de Dios...» [221]

Esta verdad elementalísima la cinceló a fuego en su alma la luz de Dios: «¿Sabes, hija, quién eres tú y quién soy yo? Si sabes estas dos cosas, serás feliz. Tú eres *la que no es;* yo, por el contrario, *el que soy*. Si hay en tu alma este conocimiento, el enemigo no te podrá engañar, te librarás de todas sus insidias, jamás consentirás en cosa contraria a mis mandamientos y sin dificultad conseguirás toda gracia, toda verdad y toda luz» [222].

A juzgar por la referencia constante a lo largo de sus escritos a este principio, la ilustración divina fué definitiva en su vida espiritual y en la formación en ella de su doctrina. Uno piensa instintivamente en los efectos de aquella eximia ilustración del Cardoner, que tuvo los mismos caracteres de «decisiva» en la vida de San Ignacio de Loyola:

«... le parecían todas las cosas nuevas..., como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto» [223].

También Catalina ve todas las cosas y se ve a sí misma a la luz de la gran Verdad. El alma, según su doctrina, debe partir de aquí: de saberse el *no-ser*, que es colocarse en el lugar que le corresponde

Humillarse nos suena a descender, en un rasgo de virtud generosa, de un plano en el que nos corresponde estar a otro inferior que *propiamente* no nos correspondería. No; la humildad, fruto del conocimiento de sí, en el sentido de Santa Catalina, es una *humildad substancial*. Nace del conocimiento cierto de la propia naturaleza de *criatura*, o sea

---

[221] Carta 5, I, 30. Las citas podrían multiplicarse indefinidamente, pues esta idea, fundamental en su doctrina, se halla a cada paso y expresada en mil formas distintas: carta 108, II, p. 209; 102, II, p. 177; 1, I, p. 2; 2, I, p. 10; 145, II, p. 399; 101, II, p. 175.

[222] BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía*, I, c. 10, p. 61: en ALVAREZ.

[223] *Autobiografía*, n. 30: BAC, *Obras completas de San Ignacio*, en un solo tomo (1952) p. 49-50.

del que por sí mismo no tiene ser, sino que lo tiene del *Unico* que lo tiene en sí y puede *darlo*.

Por esto destruye el *amor propio, causa de todo mal;* crea el *sentido del pecado,* el odio y el aborrecimiento del mismo. ¿Cómo puede quererse a sí mismo, preferir sus gustos a la voluntad de Dios, el que se conoce—a la luz interna—*como no-ser?* ¿Cómo puede no odiar el pecado quien a la luz de este conocimiento ha visto que el pecado es la *nada,* como obra del que *no es,* y por qué no existe en el ser de Dios, y, por tanto, indigno de ser querido y de ser obrado? [224]

Sólo una luz estrictamente sobrenatural [225] puede iluminar al alma hasta estas profundidades del propio conocimiento. Mas teniendo en cuenta que el verdadero conocimiento de sí no va nunca separado del conocimiento de Dios. Es decir, conocimiento sobrenatural también por el objeto del mismo.

Dogmáticamente son inescindibles para Catalina ambos objetos del conocimiento propio. Conocerse a sí mismo como *no-ser* es conocer a Dios como fuente del *ser* que se tiene. (Porque *no-ser* equivale no a la negación de la propia realidad existente, sino a la afirmación de la razón del *ser* en otro, en el que nos lo da.)

Conocerse a sí mismo es conocer la bondad de Dios, el amor de Dios, que *se da* a la criatura en todo lo que es *ser* y en todo lo que el ser supone. Es un eco de la doctrina tomista del amor creador. El *ser propio,* todo lo que de positivo hay en el hombre en el orden natural y en el sobrenatural, no es más que la medida del amor con que Dios quiere a su criatura.

En el conocimiento de sí radica el *amor,* como radica la humildad que hemos llamado substancial. Trascendiendo el simple plano del mecanismo psicológico de las facultades humanas, en un sentido mucho más pleno, también aquí el *amor* nace del conocimiento; del conocimiento de sí y de Dios en sí. El conocimiento propio es el combustible en la hoguera de la caridad [225 bis]

Cuando el alma «abre los ojos del conocimiento y ve que por sí misma no es, puesto que todo ser procede de Dios, encuentra su inestimable caridad, que por amor y no por deber le ha creado a imagen y semejanza suya para que goce y participe de la suma y eterna belleza de Dios, que no le ha creado para otro fin...» [226]

---

224 *Diálogo,* [c. IV], p. 7, y [c. XXXI], p. 62. Cartas 37, I, p. 210; 145, II, p. 399: «Conoce (el alma) que ella misma no es; y conoce en sí aquella cosa que no es, es decir, el pecado...»

225 *Diálogo,* c. 7, p. 7.

225 bis Carta 219, *a Fr. Raimundo de Capua,* IV, 347.

226 Carta 5, *a Misser Francesco da Montalcino,* I, p. 30.

Ascéticamente no concibe Santa Catalina un conocimiento sin el otro. El conocimiento propio sin el de Dios *hunde en la desesperanza* (confusione di mente). El de Dios sin el conocimiento propio *lleva a la presunción*, nacida y fomentada por la soberbia [227].

Son dos aspectos de una misma actitud o postura del espíritu ante la realidad de Dios—trascendente—y la propia —intrascendente—realidad. El alma situada en este conocimiento *ora continuamente*. Es la plegaria incesante de la *santa y buena voluntad*, del deseo, de la rectitud de intención en todas las cosas [228].

2) *La celda interior*

Es conocida y casi familiar en la literatura ascética esta figura del lenguaje de Santa Catalina. Sólo que a veces se la emplea para encarecer la necesidad del *recogimiento interior;* vivir dentro de sí, no vivir a flor de sentidos. Con lo cual —por quedarse a mitad de camino—puede venir a significar algo diametralmente opuesto a lo que Santa Catalina quiere dar a entender.

Prácticamente, para no pocos hombres, vivir dentro de sí equivale a vivir *de sí, en torno de sí mismo*. Santa Catalina no habla simplemente de la celda interior, sino de la *celda interior del conocimiento de sí*. En el umbral mismo del *Diálogo*, y luego con mucha frecuencia, repite la misma fórmula [229].

La celda interior del conocimiento de sí se impone precisamente para hacer vivir al alma no de cara a sí, sino de cara a la bondad de Dios que en sí misma descubre. No tiene por qué perder el tiempo—dándole una importancia que no tiene—al que *no es*.

Encerrarse en la celda interior del propio conocimiento es no querer ver las cosas, a Dios y a sí mismo, más que a esta luz. No desplazarse jamás de este punto de vista de la Verdad. Moverse indefectiblemente en el plano de la visión verdadera, la de Dios.

Cuando el religicso inobservante abandona negligentemente la celda de su convento, es que antes ha abandonado la celda interior del conocimiento de sí mismo ; *si no se hubiese salido de ella, habría conocido su propia fragilidad,*

---

[227] *Diálogo*, [c. LXXIII], p. 138, y *Carta* 51, *a Fr. Felice da Massa*, I, p. 292 : «... Y, si quisiese conocer a Dios sin conocerse a sí mismo, sacaría fruto corrompido de gran presunción, fomentada por la soberbia : la una fomenta la otra».

[228] *Diálogo*, [c. LXIII], p. 117.

[229] *Diálogo*, [c. I], p. 1; [LXIII], p. 117; [LXXIII], p. 138; [CLXI], p. 380; [CLXVI], p. 394.

que le aconsejaba no andar fuera, sino quedarse en la celda[230].

Quien quiera llegar al amor perfectísimo de hijo y participar de los inefables secretos de la intimidad de Dios, «debe penetrar y recluírse en casa—como los apóstoles en la espera del Consolador—; en la casa del conocimiento de sí mismo»[231].

Es algo más, mucho más que «andar recogido». *Es vivir* de modo habitual *la convicción* creada por aquel conocimiento sobrenatural, interno del «yo», como imprescindiblemente apoyado—en el *ser* y en el *obrar*—por el *ser* y el *poder* de Dios. Y, como consecuencia normal, vivir en tensión de respuesta—en el afecto y en el efecto, en el amor interno y en las obras—a la incomprensible bondad de Dios, volcada sobre la criatura, y conocida en el no-ser de la criatura misma.

Se entiende ahora fácilmente por qué para la Santa se oculta en esta «celda» íntima el surtidor perenne del amor y el secreto de la *perseverancia.*

«... en ninguna parte encontramos tanto este fuego divino como en nosotros mismos. Porque todas las cosas creadas son hechas por Dios para la criatura racional; y a esta criatura la ha creado para sí, para que le amase y le sirviese a El con todo el corazón, con todo el afecto y con todas sus fuerzas. Por esto, el alma que se ve tan amada no puede defenderse y excusarse de no amar: ésta es la condición del amor. Tan enajenado *(pazzo)* e inefable fué su amor para con nosotros...»[232]

Este es el punto de partida de la *Verdad* del hombre. En él debe necesariamente colocarse para *andar en la verdad* y para *hacer la verdad* en su camino hacia Dios.

3) *La «verdad de Dios»*

Por el pecado y la desobediencia de Adán, el hombre no daba a Dios la gloria que le debía y no participaba del bien para el que Dios le había creado, de modo que no se cumplía la *verdad de Dios. Esta verdad es que Dios le había creado a imagen y semejanza suya para que tuviese vida eterna* y participase de El y gustase su suma y eterna dulzura y bondad[233].

«La verdad—la suma y eterna verdad de Dios, que conocemos en la sangre de Cristo crucificado—fué ésta: *que nos*

[230] *Carta* 37, *a Fr. Nicolò di Ghida,* I, p. 213.
[231] *Carta* 94, *a F. Matteo di Francesco Tolomeo,* II, p. 132; véase también *Carta* 99, *a Monna Alessa,* I, p. 282.
[232] *Carta* 369, *a Stefano Maconi,* V, p. 287; *Carta* 340, *a Monna Agnesa da Toscanella,* V, p. 97 s.
[233] *Diálogo,* [c. XXI], p. 44.

creó para gloria y alabanza de su nombre y para que gozásemos de su eterno y sumo bien» [234].

«La verdad de Dios» es el designio de su amor sobre la criatura. Es su idea al darle el ser. Su finalidad al crearle y, por tanto, la finalidad inmediata y mediata del hombre. Al no cumplirse la *verdad de Dios* en orden a la gloria que el hombre le debe, tampoco se cumple la verdad de Dios en orden a la felicidad a que Dios le destinaba.

Esta es la «verdad de Dios», cuya realización hace posible de nuevo Jesucristo con su sacrificio redentor. Por esto dice que conocemos esta verdad en la sangre de Cristo crucificado. En ella resplandece la verdad de nuestro destino terreno y eterno: la «verdad de Dios...»

Santa Catalina no presenta estructurada ex profeso, de un modo completo y orgánico, la doctrina sobre la finalidad del hombre. A lo largo de su obra, aquí y allá, van apareciendo incidentalmente todos los elementos básicos para la visión global de esta verdad, como aparece, por ejemplo, esplendorosa y definitiva en el Principio y Fundamento ignacianos:

El supremo dominio de Dios:

«Sabe, hija mía queridísima, que ninguno puede escapar de mis manos, porque yo soy *el que es* y vosotros no sois por vosotros mismos, sino en cuanto sois hechos por mí, que soy Creador de todas las cosas que *participan el ser*». El hombre «está obligado a amarme, porque... yo le he dado el ser con tanto fuego de amor» [235].

Dominio que nace del amor:

Si el afecto de amor hubiese terminado (en la muerte de Cristo), «no existiríais, pues por amor fuisteis criados. De donde, si yo hubiese retraído de vosotros mi amor, vosotros hubieseis dejado de ser... Mi amor os creó y él os conserva...» [236]

«... mirándome en mí mismo, *me enamoré de mi criatura*, y me plugo criarle a mi imagen y semejanza» [237].

«¿Cuál fué la causa de que pusieses al hombre en tanta dignidad? El amor inestimable con que miraste en ti mismo tu criatura, de la que te enamoraste y la que por sólo amor criaste, dándole ser para que te gustase y gozase el eterno Bien» [238]. Nos amó antes que fuésemos [239].

---

[234] Carta 227, *a Fr. Guglielmo da Lecceto*, III, p. 395; Carta 178, *a Neri di Landoccio*, III, p. 125; *Carta* 193, *a Misser Lorenzo del Pino da Bologna*, III, p. 193; *Carta* 48, *a Matteo di Giovanni Colombini da Siena*, I, p. 274.

[235] *Diálogo*, [c. XVIII], p. 41.

[236] *Diálogo*, [c. LXXXII], p. 157.

[237] *Diálogo*, [c. CXXXV], p. 301.

[238] *Diálogo*, [c. XIII], p. 30.

[239] *Diálogo*, [c. IV], p. 7.

Alabar a Dios y darle gloria es la «obediencia» impuesta por Dios al hombre [240].

Aun rebelándose contra El y negándole su sumisión, no puede escapar de su dominio supremo [241] ni evitar el darle gloria, en contra de su intención [241 bis].

Sólo Dios puede llenar el corazón del hombre, hecho a su medida. El hombre es superior a todas las cosas creadas; por esto sólo puede ser feliz en Dios [242].

Y todas las cosas que no son ni Dios ni el hombre están puestas por Dios para el servicio y utilidad de aquél. No para que éste las sirva y se haga su esclavo [243].

En su epistolario hace amplio y constante uso de este principio. En mil coyunturas humanas distintas le sirve de foco potente para aconsejar y dirigir; no el hombre para las cosas, sino las cosas para el hombre. Para que le ayuden al cumplimiento de la obediencia que Dios le impone, de la «verdad de Dios» [244].

Por fin, y como fruto de estas disposiciones interiores, la indiferencia; para los que en todo *hallan la voluntad de Dios y no piensan sino en conformarse con ella en cualquier parte donde la hallan,* es lo mismo la consolación que la tribulación, la prosperidad que la adversidad [245].

4) *El cuchillo del odio y del amor. La compunción del corazón*

La ascética de Santa Catalina no se pierde en aspiraciones fervientes, estériles e inoperantes. Toda la amplitud de su vuelo y el fuego de sus ambiciones, toda la inquietud de su amor, se basa en la realidad concreta de nuestra naturaleza, caída y redimida.

Este mismo realismo caracteriza su doctrina espiritual, la ascética que transmite al hombre para que pueda realizar la «verdad de Dios».

Vida y doctrina están transidas del sentido del pecado.

El antagonismo, entablado por la primera caída en el corazón humano, entre el amor a Dios y el amor a sí mismo invade, con la tragedia de su lucha, todas las páginas de Santa Catalina.

También aquí el «amor propio», en el lenguaje catalinia-

---

240 *Diálogo,* [c. XV], p. 37.
241 *Diálogo,* [c. XVIII], p. 41, y [LXXXI], p. 156.
241 bis *Diálogo,* [c. LXXX], p. 155.
242 *Diálogo,* [c. XXVIII], p. 56; [XLV], p. 85; [XLVIII], p. 94; [XCIV], p. 181.
243 *Diálogo,* [c. XXVI], p. 51; [XXVII], p. 53; [XLVIII], p. 94.
244 Véanse cartas 29, I, p. 160; 30, I, p. 173; 44, I, p. 260; 67, I, p. 383; 68, I, p. 391; 90, II, p. 111 y 114; 111, II, p. 228; 116, II, p. 260; 131, II, p. 344; 209, IV, p. 102, etc.
245 *Diálogo,* [c. LXXVII], p. 146.

no, tiene la hondura de lo trascendente. No es el «amor propio» que llevamos a ras de piel en nuestras relaciones con el prójimo, y que hace adoptar posturas recelosas, rígidas, cerradas, rencorosas ; o hace anhelar un elogio o entristece por un olvido o una preterición. Este *amor propio* es de pura superficie, aunque las raíces sean ordinariamente hondas. El «amor propio» del que habla Santa Catalina ha de entenderse siempre en esta hondura del *quererse a sí mismo* frente al amor debido a Dios.

Sólo entendido así puede atribuirle todas las perniciosas consecuencias en toda la vida espiritual que le atribuye y considerarle constantemente como raíz y causa de todos los demás males y pecados. Este amor propio es el que ciega e impide el propio conocimiento y nos hace *ladrones* de la gloria de Dios ; «como ladrones, *me roban lo que es mío* y lo dan a la esclava de su propia sensualidad» [246].

El alma iluminada por la luz del conocimiento de sí misma y de la bondad de Dios en sí, siente nacer en sí el *odio incoercible de la ofensa de Dios* con la misma intensidad y fuerza con que en ella brota el amor. Son dos exigencias imperiosas de una misma luz. Dos vertientes de una misma montaña. Como dice la Santa, *son dos filos de un mismo cuchillo.*

Es ésta una de aquellas figuras que reaparecen obstinadamente a lo largo de sus escritos, y en torno de cuyo núcleo se constelan—prolongando la comparación—muchas otras enseñanzas afines.

Tal reiteración indica bien a las claras que no se trata de una doctrina incidentalmente apuntada, sino de algo que afecta a la substancia misma de su sistema doctrinal.

Aborrecer, detestar el pecado, la propia sensualidad, el amor de sí mismo, busca en el lenguaje de Catalina una mayor fuerza de expresión, una radicalidad, la incompatibilidad total en el alma que conoce la bondad de Dios en sí. Santa Catalina no podía entenderlo más que como *odio*, y éste tan encendido y hambriento de lo absoluto como el mismo amor, porque de él nace.

Odio que es afán de venganza implacable. El instrumento de la venganza llega a significar y sintetizar el sentimiento interno que la inspira: la espada, el cuchillo de dos filos ; el del odio y el del amor [247].

---

[246] *Diálogo,* [c. XXXIV], p. 66, y *Carta* 45, *a Francesco Malavolti,* I, p. 300.

[247] «Debemos odiar esta ofensa y odiarnos a nosotros mismos, que las cometimos; puesto que la persona que concibe odio de algo, quiere tomarse venganza de la vida pasada y sufrir toda pena por amor de Cristo y descuento de sus propios pecados... Estas son las venganzas que debemos tomarnos con esta espada de doble filo : el del odio y el del amor» *(Carta* 159, *a Fr. Ranieri,* III, p. 30). Véanse también cartas 30, I, p. 169; 130, II, p. 340; 80, II, p. 45, etc.

La Santa empleará muchas veces esta figura sin entretenerse a desentrañar toda la densidad y profundidad de su contenido. El lector superficial podrá llegar a creer que la emplea un poco sin ton ni son. Que reflexione algo más sobre cualquiera de los textos en que aparezca el «cuchillo del odio y del amor» y comprenderá su equivocación.

Ella misma, según testimonio del Beato Raimundo, enseñaba *sin cesar* esta verdad a sus discípulos.

«El alma unida a Dios, decía, tanto como ama a Dios, otro tanto aborrece la parte propia sensible. El amor de Dios engendra naturalmente el odio del pecado, y cuando el alma ve que el germen del pecado está en la parte sensitiva y allí echa raíces, no puede menos de aborrecerla y esforzarse no en destruirla, sino en aniquilar el vicio que en ella está; lo cual no puede lograr sin grandes trabajos y mortificaciones. Queda, sin embargo, la raíz de las faltas, aunque sean pequeñas, pues, según San Juan, *si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos y no hay verdad en nosotros* (1 Io. 1.8). Este santo odio comienza en el alma por un cierto desprecio de sí misma, y este desprecio la defiende de las seducciones del demonio y de los hombres. Nada hay, en efecto, que la vuelva tan serena y tan fuerte como este sentimiento de que habla el Apóstol cuando dice: *En mi flaqueza está mi fuerza*» [248].

Es el planteamiento descarnado del combate ascético. Santa Catalina no lo ablanda ni lo dulcifica. Dice sólo—y ya es bastante—que este odio nace del amor y es un aspecto del mismo. No cabe la componenda entre los términos antagónicos del dualismo de los dos amores. Toda la ascética de Santa Catalina puede considerarse como el proceso espiritual para la ordenación del amor, para el vencimiento del propio querer; *el alma debe correr muerta* por el camino de la verdad..., dice al cerrar su *Diálogo*.

El *sentimiento de deuda* para con Dios, el *considerar merecido* todo castigo y todo sufrimiento en descuento de la deuda contraída, ver en ellos una *prueba* de la bondad providente, *el deseo de reparar* que inspira toda la penitencia corporal, son otras tantas equivalencias y matices de la compunción del corazón, que encuentran en los escritos de la Santa expresiones afortunadas, gráficas y potentes [249].

---

[248] BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía*, I, c. 10, p. 68.

[249] Enumera los capítulos de nuestra deuda en la carta 21, I, p. 101; véanse cartas 59, I, p. 334; 140, II, p. 380; 89, II, p. 109; 159, III, p. 30; 32, I, p. 181; 103, II, p. 187; 104, II, p. 194; 60, I, p. 336; 38, I, p. 223; 47, I, p. 270, y particularmente la que escribe a un cartujo que estaba en la cárcel: «al ver que no somos por nosotros mismos y considerar *cómo hemos sido siempre* culpables de todo pecado e iniquidad. Porque cuando el alma considera que ha ofendido *a su Creador*, sumo y eterno

Su doctrina sobre las lágrimas en sus primeros grados es un tratado completo sobre la *compunción del corazón*. En un agudo análisis de los sentimientos que inspiran las distintas lágrimas, ofrece una gama de las actitudes del hombre pecador frente al pecado y al Dios ofendido; desde el que llora sólo por las consecuencias de sus culpas hasta el que llora sólo por el daño del prójimo, olvidado de sí, y por la ofensa de Dios, a quien ama [250].

¡Qué riqueza espiritual y psicológica en su explicación de las «lágrimas de fuego», las que no se pueden llorar, las que sólo saltan hacia dentro! [251]

Del conocimiento de sí y de la bondad de Dios en sí nace—decíamos—el conocimiento del pecado. En la medida da la claridad y hondura del uno será la hondura y la claridad del otro.

La ausencia de sentido del pecado en el hombre responde a la ausencia del sentido de Dios. Le falta punto de referencia. Considerando sólo de tejas abajo el hecho *material* del pecado, le resulta fácilmente explicable y justificable. Falta precisamente el elemento *formal*—en lenguaje escolástico—, que tiene que dar la perspectiva justa, el alcance exacto, el sentido de aquel acto humano.

Este es el punto de vista—como hemos apuntado varias veces—del que nunca se desplaza Santa Catalina, porque vive en él. Es su atmósfera, es su clima.

No debe admirar, pues, que la idea del pecado en sus escritos esté transida siempre del pasmo de la visión de la Majestad, del Amor, de la Bondad, que se ofende pecando.

Es la rebelión ingrata del que no-es contra *el que es*. «No consiste más que en amar lo que El aborrece y en aborrecer lo que El ama» [252].

Es *injusticia*, porque «no me paga el pecador la *deuda* del honor dando honra y gloria a mi nombre, como debe. Al contrario, como ladrón, roba lo que es mío y lo da a la esclava de su propia sensualidad» [253].

Es preferir lo que no es para ofender al que es. Es hacerse, por tanto—concluye a cada paso Santa Catalina—, *esclavo* de lo que, por no estar en Dios, que es el ser, no tiene ser en sí y no debe ser amado, es *nada*» [254].

---

bien, crece en odio de si misma hasta el punto de querer tomar venganza y hacer justicia y *está contenta de sufrir todas las penas y fatigas para satisfacer la ofensa que ha hecho a su Creador*. Y por esto se *considera que Dios le hace una grandísima gracia al castigarle en esta vida y no reservarse para castigarlo en la otra, donde las penas son infinitas*» (carta 4, I, p. 22 s.). ¿Puede haber fundamento más sólido para la aceptación y sobrenaturalización del sufrimiento?

250 *Diálogo*, [c. LXXXIX], p. 167.

251 *Diálogo*, [c. XCI], p. 175.

252 *Diálogo*, [c. XCVIII], p. 193.

253 *Diálogo*, [c. XXXIV], p. 66.

254 «Te conviertes en aquello a lo que sirves. El pecado es nada, y

Su idea de *pecado* responde siempre a este planteamiento: ¿Qué piensa Dios del pecado? La forma de diálogo de su libro tiene en este punto una importancia excepcional. Si hubiera que determinar únicamente por criterios de crítica interna y de exegesis textual qué pasajes del *Diálogo* son fruto de un dictado directo, expresión inmediata de una experiencia mística, no hay duda que entre ellos habría que señalar el [capítulo XVII]. Tiene todo él el temblor de algo sentido en las intimidades del ser y que ha estremecido sus más hondas raíces:

«Dios entonces, como ebrio de amor por nuestra salud, encontraba modo de encender en aquella alma amor y dolor mayores todavía. Le daba a entender con cuánto amor había El creado al hombre, y le decía: ¿No ves cómo todos me maltratan, habiéndoles creado yo con tanto fuego de amor, y dotádoles de gracia, y dádoles muchos, casi infinitos dones por pura bondad y no por obligación?

Mira, hija, con cuántos y diversos pecados me lastiman, y especialmente con el miserable y abominable amor propio, del que provienen todos los males».

Es decir, la importancia y gravedad del pecado se mide por la inmensidad del amor ofendido. Ya sabe Santa Catalina que los actos—todos los actos—de la criatura tienen la limitación de su naturaleza; no pueden ser infinitos. Pero en el pecado considera su gravedad *terminativa:* ¡ofende *a Dios!* [255]

La relación del pecado con el sufrimiento y la muerte de Jesucristo es evidente para ella. Esta evidencia es precisamente la que le inspira los arranques quizá de más ímpetu en sus coloquios con Jesucristo. Dejan, siempre que se meditan, la impresión de una válvula que permite el desahogo de una indecible tortura interior, que queda, sin embargo, dentro con toda su aplastante angustia.

Sólo su luz puede contagiar su estremecimiento: «Tú, abismo de caridad, *parece que enloquezcas* con tus criaturas, como si no pudieses vivir sin ellas, siendo tú nuestro Dios, que no tienes necesidad de nosotros, y nada se añade a tu grandeza por el bien nuestro, porque eres inmutable, ni

---

tú te has reducido a la nada, porque te has quitado la vida de la gracia, dándote la muerte de la culpa» ([c. XXXV], p. 66). Lo que se sale del plano de las realidades sobrenaturales, para Santa Catalina cae en el no-ser ([c. XXXI], p. 62). «La criatura se convierte en lo que ama. Si yo amo el pecado, el pecado es nada: he aquí que me convierto en nada» *(Carta* 29, *a la esposa de Bernabó Visconti,* I, p. 160). Descubre el origen de esta idea, tan tenazmente arraigada en ella, en la experiencia mística, contada en la *Carta* 30, *a la abadesa de Santa Marta,* I, p. 169.

[255] *Diálogo,* [c. III], p. 6; cartas 214, III, p. 311; 71, 1, p. 410; 80, II, p. 43; 287, IV, p. 251; 184, III, p. 155; 13, I, p. 60.

te proviene ningún mal de nuestro daño, porque eres suma y eterna Bondad... *Yo soy el ladrón y tú eres el ajusticiado en lugar mío»* [256].

Este es el punto de vista de Dios sobre el pecado, la revelación de su pensamiento sobre su gravedad; ¡hace justicia y venganza de él sobre el cuerpo de su Hijo! [257]

El pecado renueva cada vez su muerte, «porque no ha muerto *por su* culpa, *sino por las nuestras*» [258].

Por esto la «absolución sacramental hace correr la sangre de Cristo por la cara del alma» [259], y no hay pecado mayor que el de creer mayor el pecado propio que el amor de un Dios que muere para perdonarlo... [260]

5) *Jesucristo, camino hacia el Padre.*

Catalina llama a los que por falta de luz sobrenatural, cegados por su amor propio, no pasan de la corteza en el conocimiento de las verdades reveladas, «ignorantes, soberbios hombres de ciencia...» Y, «además—dice—, se irritan cuando ven a alguien sin letras penetrar mejor que ellos en el *meollo* de las Escrituras...» [261]

Parece un rasgo autobiográfico. Junto a ella, en Fontebranda, en el hospedaje pontificio de Aviñón, en Pisa y en Roma, pasaron grandes hombres de letras, de muchas letras, El aire de su porte y el tono de sus preguntas revelaban lo que pensaban de la *mantellata,* que, en su sencillez, tanto alboroto promovía... Ella se sonreía. Y hablaba, si estaban dispuestos o para disponerlos, de las cosas de Dios.

Catalina confiesa en cada una de sus páginas que sólo la luz sobrenatural, que Dios da gratuitamente, puede abrir el sentido de la verdad revelada.

Ella—por bondad de Dios—tuvo esta luz y penetró en el misterio de Jesucristo.

Una primera observación. La visión que de Jesucristo tiene Catalina de modo uniforme y constante a lo largo de sus escritos llega a la esencia misma del misterio de Cristo. Diríase que el Cristo histórico, o, mejor, la historia terrena, la anécdota de la vida de Cristo, apenas tiene interés para ella.

En las visiones de Santa Catalina no se busquen las evo-

---

256 *Diálogo,* [c. xxv], p. 50; [c. xii], p. 28.
257 *Carta* 60, *a un seglar anónimo,* I, p. 336.
258 *Carta* 2, *a Andrés de Vitroni:* «Este es el modo de participar en la sangre de Cristo crucificado, alzarse con odio y con amor y ponerse como objeto (de consideración e imitación) los oprobios, las penas y vituperios, los azotes y la muerte de Cristo crucificado, pensando *que somos nosotros los que le hemos muerto* y le matamos todos los días pecando mortalmente. Puesto que *no murió por sus culpas, sino por las nuestras»* (I, p. 17 s.).
259 *Diálogo,* [c. lxxv], p. 140.
260 *Diálogo,* [c. xxxvii], p. 70.
261 *Diálogo,* [c. lxxxv], p. 161.

caciones vividas, presenciadas, de escenas de la vida o pasión de Jesucristo al modo de tantas santas «videntes» de todos los tiempos. Ella capta su «misterio». Apenas ve más que su misterio «redentor en acción», y, por tanto, con una actualidad y una presencia perennes que impresionan hondamente.

Tampoco es una contemplación abstracta, teórica, de Jesucristo y su misterio. La pura lucubración no interesa a Santa Catalina. Toda la solidez dogmática de su doctrina no logra distraerla nunca del aspecto real, apasionante, para perderse en puro juego mental. En Santa Catalina, jamás es el entendimiento solo el que habla o discurre; es toda ella, con toda su sensibilidad y, sobre todo, con su inmenso corazón.

Esto explica, por una parte, que Jesucristo ocupe en la doctrina espiritual de la Santa un lugar muy notable y, por otra, que sean inseparables, en su conjunto doctrinal, los dos aspectos, dogmático y ascético, de Jesucristo.

Una sistematización completa de la doctrina cristológica del *Diálogo*, de las *Cartas* y las *Oraciones* sería forzosamente de indiscutible interés y de amplias proporciones; pero no es éste su lugar. Ciñámonos a los puntos más destacables en el aspecto ascético.

El texto que reporta mejor la visión de Cristo en Santa Catalina es el del principio del [capítulo C] del *Diálogo*, que amplía un pasaje de las cartas 64 y 65, a Fr. William Fleete y Daniela de Orvieto, y al que se pueden referir innumerables textos paralelos de otras muchas cartas[262].

Este mismo reproducirse íntegra, con salvo algunos oportunísimos retoques de ampliación y esclarecimiento, esta parte de las cartas citadas, da a entender que la doctrina en ella expuesta tenía un valor y una significación especialísimos para la misma Santa.

Contiene, en síntesis muy densa, los principales elementos del aspecto ascético de la doctrina cristológica. Transcribimos casi literalmente y glosamos brevemente el texto del citado [capítulo C]:

El alma—explica Catalina—*que, una vez conocida, se ha vestido de la voluntad de Dios, no tiene más preocupación que conservar y aumentar la perfección en su estado para gloria de Dios y alabanza de su nombre*. Ha salido del pecado, ha purificado su conciencia, vence habitualmente sus pasiones. Vive un sincero y desinteresado deseo de adelantar; busca sólo la gloria de Dios.

---

262 Las relaciones entre las cartas 64 y 65 y el *Diálogo* han sido estudiadas de modo competente y casi exhaustivo por el Prof. DUPRE-THESEIDER, *Sulla composizione del Dialogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura italiana, vol. 117 (1941) p. 188-197.

Fija entonces su mirada interior—entendimiento y fe—en Cristo crucificado. Le ama y sigue su doctrina, regla y camino para perfectos e imperfectos. Ve al Cordero de Dios, Verdad de Dios, enamorado, que la brinda doctrina de perfección, y en viéndola, el alma se enamora de ella.

Y la perfección que Cristo le enseña es ésta: en la contemplación de este dulce y amoroso Verbo, Hijo unigénito de Dios, conoce que no vivió de otra cosa que de su inmenso deseo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, ni busca otra cosa en toda su vida. La expresión de la Santa, tan familiar y frecuente, que debe también responder a alguna experiencia mística personal, es: «se *alimentó* siempre *en la mesa del santo deseo, buscando* la gloria de Dios...» Es la materialización, la encarnación de lo más espiritual en el hombre, para excluir rotundamente los deseos inoperantes, compatibles con otras mil apetencias personales. Cristo no vivía *de* ni *para* otra cosa. Esto significa[263].

Ve el alma cómo este deseo le obliga a correr solícitamente a la afrentosa muerte de cruz y cumplir la obediencia impuesta por el Padre, sin que pudieran retraerle de este cumplimiento ni fatigas, ni oprobios, ni la ignorancia e ingratitud de los hombres, no reconociendo el inmenso beneficio que se les hace, ni la persecución de los judíos, ni los escarnios, ultrajes o murmuración y griterío del pueblo. Cualquier lector más o menos habitual de Santa Catalina tendrá ya estampadas en el espíritu, por haberlas hallado al paso muchas veces, las palabras transcritas. Lo expresa así porque así lo ve ella y así—indudablemente—se lo ha hecho vivir, en toda su violencia, la luz de Dios. Jesucristo *corre* a la *afrentosa muerte de cruz* impelido por la prisa solícita del cumplimiento de la *obediencia* impuesta por el Padre, por el hambre de su gloria, vinculada a aquella obediencia. Es el camino de la caída del hombre, invertido y desandado —en designio inenarrable de amor—por Jesucristo[264]. Obsérvese cómo en la enumeración de causas que podían haber frenado a Cristo en el cumplimiento de la voluntad del Padre, que le imponía la muerte, mezcla Catalina las causas de anécdota histórica de *entonces* y las causas dogmáticas de *siempre;* ni los padecimientos físicos y morales, *ni la ignorancia e ingratitud del hombre redimido,* ni los judíos que le

---

[263] *Cartas* 293, *al cardenal Pedro de Luna,* IV, p. 277, y *Carta* 26, *a su sobrina Eugenia,* I, p. 129.

[264] «Y, puesto que el primer hombre cayó del estado de gracia por el amor propio de sí mismo, fué necesario que Dios usara de un medio opuesto a aquél; por esto con generosa e inefable caridad envió a este Cordero inmaculado, que no se buscó a sí (como había hecho el primer hombre), sino sólo la gloria de Dios y la salud de las almas» *(Carta* 204, *a Fr. Bartolomé Dominici,* III, p. 258).

persiguen... Santa Catalina habla de una realidad palpitante, de ahora.

Por todo pasó—continúa el texto del *Diálogo*—*como verdadero capitán y auténtico caballero, puesto por el Padre en el campo de batalla para combatir a fin de arrancar al hombre de las manos del demonio y librarle de la más perversa esclavitud en la que podía caer, y de enseñarle su camino, doctrina y regla, y pudiese llegar a las puertas de Dios, vida eterna, con la llave de su preciosísima sangre, derramada con tanto fuego de amor, y con el odio y aborrecimiento de sus pecados.*

No es rara en la literatura ascética medieval la figura guerrera del capitán y del caballero [265]. En algunas cartas vuelve a esta comparación, la amplía, concreta los enemigos y el fruto del combate de Jesucristo, la acerca más a la realidad viviente de cada hombre en su lucha por la santificación.

«Nuestro Rey—dice al prior de Toscana, de la Orden Militar de los Caballeros de San Juan—hace como un verdadero caballero, que persevera en la batalla hasta que han sido derrotados los enemigos... Con su carne flagelada derrotó al enemigo, que es nuestra carne; con la verdadera humildad (humillándose Dios al hombre), con la pena y los oprobios, venció la soberbia, los placeres y ambiciones del mundo... Así que su mano desarmada—fija y clavada en la cruz—ha vencido al príncipe del mundo, tomando por caballo el leño de la cruz santísima. Vino armado este nuestro caballero con la coraza de la carne de María, en la que recibió los golpes para reparar nuestras iniquidades. El yelmo, en su cabeza: la corona de espinas, hincada hasta dentro... La espada junto a sí, la llaga del costado, que nos muestra el secreto del corazón... Los guantes en su mano y las espuelas en sus pies son las llagas sangrientas... ¿Quién le ha armado caballero? El amor. ¿Quién le mantuvo firme, cosido y clavado en la cruz? Ni los clavos ni la cruz misma; ni la piedra, que le sostenía y mantenía derecho...» [266]

En el combate de Jesucristo en favor del hombre se dis-

[265] «La imagen de Cristo Rey rodeado de los santos como de sus valientes seguidores y la concepción de que la santidad se reduce a un servicio de ese Rey magnánimo y eterno domina los prólogos que el cisterciense aragonés Gauberto M. Vagad puso al segundo libro que leyó Ignacio en Loyola: el *Flos Sanctorum*, de Jacobo de Varazze» (*Obras completas de San Ignacio de Loyola:* BAC, en un solo tomo [1952] intr. del P. IPARRAGUIRRE, p. 134).

[266] Es característica esta carta al prior de la Orden Militar de los Caballeros de San Juan por presentar en ella Santa Catalina su concepción sobrenatural de la cruzada y por el modo de argumentar. Para las dos batallas en las que Dios le ha puesto a él y a sus súbditos—la ascética y la de la conquista de los Santos Lugares—tiene en Cristo el modelo perfecto. Debe derrotar a los enemigos en los dos. «De poco servirían los éxitos militares si perdiera en el primer combate, que es el más importante...» (IV, p. 79 s.).

tinguen claramente dos importantísimos aspectos: el expiatorio y el de señalar el camino de retorno al Padre.

Uno y otro encuentran en el lenguaje de Santa Catalina fórmulas de singular viveza y expresividad. Cristo ha hecho *de su cuerpo un yunque, en el que ha sido batido nuestro pecado* [267]. Es el médico que toma la amarga medicina que el hombre, enfermo, por su gran debilidad, no podía tomar, o también la *nodriza:* «con la grandeza y poder de su deidad unida con nuestra naturaleza sobrelleva la medicina amarga de la penosa muerte de cruz para sanar y dar vida a los hombres, niños débiles por sus pecados» [268]. Es *injerto* de vida en el *árbol de muerte* de nuestra humanidad [269].

En todo este lenguaje metafórico predomina el aspecto redentor y de expiación vicaria. Cristo ha muerto para darnos la vida: «en la cruz—para usar de nuevo las palabras de Catalina—ha entablado un duelo para darnos la vida con su propia muerte» [270].

Pero la derrota de nuestros enemigos, obtenida por Jesucristo en sí mismo, incluye para el redimido una obligación de continuidad. No de simple magisterio externo, sino de obra empezada, de ruta emprendida, de derrotero abierto *por nosotros* en su doble interpretación; en lugar nuestro, porque nosotros éramos impotentes, y por amor inmerecido. Vence en sí mismo nuestros enemigos para que ninguno pueda excusarse de vencerlos con su ayuda. Los vence en sí mismo por amor al hombre para que el hombre no pueda rehuir el compromiso de combatir contra ellos por amor a El. Su humillación es la derrota, que el hombre debe prolongar, de su *amor propio*. Su dolor y su muerte es el principio del combate victorioso de la propia *sensualidad*. Su obediencia heroica es el dominio reconquistado sobre el afán de *independencia* respecto de Dios, que la criatura debe encarnar en su propia vida. Los vence no para relevar al hombre de su participación en el combate, sino para comprometerle—con el compromiso insuperable del amor, de la gratitud, de la nobleza, de la caballerosidad—en la lucha insoslayable contra las concupiscencias que le alejaron de Dios y le acarrearon la muerte.

Es para Catalina este aspecto de la doctrina cristológica al que en sus cartas hace constante referencia [271]; el inago-

---

267 *Diálogo,* [c. XXVI], p. 51, y [c. CLV], p. 361, y cartas 29, I, p. 160 s., y 77, II, p. 27.

268 *Diálogo,* [c. XIV], p. 33, y carta 68, I, p. 390.

269 Cartas 27, I, p. 140; 172, III, p. 97; 101, II, p. 167.

270 *Diálogo,* [c. XXX], p. 60, y cartas 97, II, p. 154; 195, III, p. 209; 256, IV, p. 80; 71, I, p. 404; 177, III, p. 123.

271 Entre otros textos véanse cartas 114, II, p. 250; 148, II, p. 412; 64, I, p. 360; 248, IV, p. 39; 256, IV, p. 78; 107, II, p. 203; 71, I, p. 404; 31, I, p. 178; 175, III, p. 114; 142, II, p. 386; 97, II, p. 153; 95, II, p. 139; 159, III, p. 27; 257, IV, p. 83.

table venero de la confianza, del estímulo, la garantía y la seguridad en el triunfo. No hay obstáculo ni enemigo que pueda dificultar el retorno del hombre a Dios que antes no lo haya vencido—en lucha sangrienta—, por amor a él, Cristo Jesús, el hermano mayor.

La santidad y las virtudes de Jesucristo no pueden ya relegarse a la categoría de simples virtudes y santidad *puramente* personales en Jesucristo. El misterio de la encarnación-redención, al constituirle en Cabeza del hombre nuevo, hace que su santidad y sus virtudes queden constituídas *en leyes de santidad* para todo el Cuerpo místico. No hay más camino para ir al Padre que Jesús. Ni puede inventarse un modo de santidad, de glorificar al Padre, distinto del que la Cabeza ha trazado para todos los miembros del mismo Cuerpo. Debajo de la cabeza coronada de espinas—concluye intuitivamente Santa Catalina—no puede haber miembros regalados [272]. «Su vida—dice al nuncio apostólico abad Gerardo de Puy—no fué más que escarnios e injurias, vituperios y ultrajes, y al fin la afrentosa muerte de cruz. Por este camino le siguieron los santos, como miembros unidos con esta dulce Cabeza, Jesús» [273]. *¡Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo!*, exhorta, con palabras de San Pablo, en una carta bellísima al curtidor Juan Perotti y a su esposa, que por devoción habían vestido una imagen del Niño Jesús [274].

A esta luz hay que interpretar las alegorías usadas por Santa Catalina para expresar la función de Cristo en la obra de la santificación personal de los cristianos: Jesucristo-*Escalera*, Jesucristo-*Puente* [275], Jesucristo-*Camino*. Todas ellas incluyen la doble idea del mérito radical que permite la salvación del hombre y de medio insubstituíble para alcanzar la perfección.

Concluye el texto que glosamos del [capítulo C]:

Como si dijera este dulce y amoroso Verbo-Hijo de Dios: «He aquí que os he trazado el camino y os he abierto la puerta con mi sangre; no seáis, pues, negligentes en seguirlo, permaneciendo sentados en vuestro amor propio, ignorando el camino y presumiendo elegir el servirme a vuestro gusto y no según el mío, que os he trazado el camino recto por medio de mi eterna verdad, Verbo encarnado, y os lo he batido con mi sangre. Alzaos, pues, y seguidlo, porque nadie puede venir a mí, vuestro Padre, sino por El. Esta es la exhortación

---

272 Carta 217, III, p. 335; 38, I, p. 224.
273 Carta 109, II, 212.
274 Carta 160, III, p. 32.
275 Sobre la génesis gradual en Santa Catalina de las metáforas de Jesucristo árbol, escalera, puente, ha escrito con atinado criterio histórico el P. D'Urso, *Il pensiero di C. Caterina e le sue fonti:* Sapienza (1954) p. 366 s.

con que el Padre Eterno cierra en el *Diálogo* este interesante pasaje.

En la carta antes citada al prior de Toscana, de una orden militar, y en ctras muchas en las que emplea la misma figura de Cristo Rey o Caballero, da mayor fuerza de expresión a esta obligación moral de seguirle y entregarse sin reservas de persona o hacienda [276]: «¿Quién será el de tan vil corazón que, viendo a este capitán y caballero que ha quedado a la vez muerto y vencedor, no arroja la debilidad de su corazón y no se haga viril contra todo adversario?» [277]

La *Sangre* ha sido dejada en depósito en el Cuerpo místico (jerarquía) de la santa Iglesia para animar a aquellos que quieran ser *verdaderos caballeros* a combatir *contra la propia sensualidad* y *la carne frágil,* contra el *mundo* y el *demonio,* con la espada del aborrecimiento de esos sus enemigos, con quienes han de pelear, y también con el amor de la virtud» [278].

6) *Itinerario del amor*

Dijimos antes que toda la doctrina ascética de Santa Catalina gravita sobre el ordenamiento total del amor que el hombre debe a Dios, y por el pecado desvía hacia sí mismo [278 bis].

Arrancando del principio básico del *no-ser* de la criatura y del amor con que Dios le comunica su propio ser, pasando por Jesucristo—camino, puente—, la misión del alma humana en esta vida se cifra en enderezar hacia Dios y depositar en él toda la capacidad de querer, traducida en la realidad concreta de su existencia al servicio de la gloria de Dics.

Las etapas que Santa Catalina señala, quizá con menos precisión que otros autores, en la sintomatología y descripción en este avanzar espiritual de la criatura, son otras tantas etapas en el ordenamiento y perfección de su amor. A estos grados del amor corresponde, es cierto, la mayor o menor perfección en las obras y en los actos de virtud, pero el signo esencial es el desinterés y la generosidad del amor mismo.

En la adhesión personal e identificación con Jesucristo (pasar por el puente) hay un primer grado: el *amor mercenario.* Más que amor, podría llamársele servicio mercenario.

---

[276] Carta 28, *a Bernabó Visconti,* I, p. 153.
[277] Carta 256, IV, p. 79.
[278] *Diálogo,* [c. LXXVII], p. 146.
[278 bis] Puede dar idea del lugar que ocupa en los escritos de la Santa esta doctrina la simple enumeración parcial de los pasajes más importantes en que la trata: cartas 37, I, p. 213; 55, I, p. 310; 117, II, p. 266; 16, I, p. 83 s.; 55, I, p. 309; 64, I, p. 363; 166, II p. 260; 264, IV, p. 132; 254, IV, p. 67; 247, IV, p. 33 s.; 241, IV, p. 1; 163, III, p. 47; 49, I, p. 282; 177, III, p. 120; 14, I, p. 73 s.

Les arranca del pecado—a los que están en este grado—el temor servil, el provecho propio, el gusto [279].

Dios en su providencia intentará de mil distintas maneras probarlos, excitarlos. Su llamada será insistente para que purifiquen su afecto e intención. Con delicadeza de conciencia y oración incesante llegarán al amor de amistad [280].

Si supera las dificultades que han de surgirle de todas partes para impedir su constancia en la oración y del «conocimiento de sí», si no se desplaza de la convicción de la humildad «substancial», llegará a la perfección del amor —el de hijo—, uno de cuyos síntomas principales es precisamente el «dar a luz las virtudes» internamente concebidas en beneficio de su prójimo [281].

La virtud ordenadora de la caridad es, en el lenguaje del *Diálogo*, la *discreción*, «que no es otra cosa sino un verdadero conocimiento que el alma tiene de sí y de mí» y «le hace dar a cada uno lo que le es debido: a Dios, a sí mismo y al prójimo» [282].

Su primera exigencia es que ni «por librar del infierno a todo el mundo o por ejercitar alguna virtud cometa el alma un solo pecado» [283].

Y en los últimos grados hace que «no sólo sufran con paciencia los trabajos que les sobrevengan, sino que se glorían en pasar muchas tribulaciones por el nombre de Dios..., viéndose vestidos de las penas y oprobios de Cristo crucificado. De modo que, si les fuera posible obtener la virtud sin trabajo, no querrían, porque prefieren deleitarse en la cruz con Cristo crucificado y adquirir con pena las virtudes antes que conseguir por otro medio la vida eterna» [284].

No es ya solamente no quererse hasta el límite ínfimo de no preferir el gusto propio al querer de Dios. Es querer a Dios hasta preterir el gusto propio aun en aquellas cosas en las que lícitamente pudiera encontrarlo la criatura. El amor llega a la ambición del parecido máximo y del compartir absoluto de los sufrimientos y humillaciones del Amado.

La visión radiante de Santa Catalina de este ordenamiento perfecto de la caridad aparece en una de sus confidencias con el Beato Raimundo de Capua, que él mismo nos ha transmitido.

---

279 *Diálogo*, [c. LX], p. 12. Véase la descripción de todo el proceso ascético a través de Jesucristo-Puente en GRION, c. 4, p. 98-134.
280 *Diálogo*, o. c.
281 *Diálogo*, [c. LXXIII], p. 138 s.
282 *Diálogo*, [c. IX], p. 21.
283 *Diálogo*, [c. XI], p. 24.
284 *Diálogo*, [c. LXXVI], p. 144; [LXXVIII], p. 149; [LXXXIV], p. 139.

Hablando un día con su confesor del estado en que se encuentra el alma que ama a Dios, le decía «que esta alma no se ve ni se ama a sí misma ni a ningún otro; se olvida de sí y de toda otra criatura». Fray Raimundo le suplicó entonces que fuera más explícita, y añadió: «El alma que ve su nada y sabe que todo su bien está en el Criador, se abandona tan perfectamente y se sumerge de tal modo en Dios, que toda su actividad a El se dirige y en El se ejercita. Ya no quiere salir más del centro donde ha hallado la perfección de la felicidad; y esta unión de amor, que cada día aumenta en ella, la transforma en Dios, por decirlo así, de tal modo, que no puede tener otros pensamientos, ni otros deseos, ni otro amor que El; pierde todos los recuerdos; nada ve sino en Dios y no se acuerda de sí y de las criaturas sino en El. Está como sumergida en un océano, cuyas profundas aguas la cercan. Nada percibe sino lo que hay en esas aguas. Puede ver los objetos exteriores que allí se reflejan; pero los ve en el agua solamente y tales como están en el agua. Ese es legítimo amor de nosotros mismos y de las criaturas, el amor que no puede perdernos, porque el alma sigue entonces la voluntad divina; nada desea y nada hace fuera de Dios» [285].

«No ames a la criatura *fuera de mí*—le había dicho Dios en cierta ocasión—como el que bebe el agua sacando el vaso fuera de la fuente y se le queda vacío sin percatarse. Bebe sin sacar la criatura de la fuente, que soy yo, fuente de agua viva» [285 bis].

A esta perfección de su amor, cuando el alma se ha despojado enteramente de la voluntad propia y ha muerto a ella, corresponde—cuando Dios la da—la gracia de la unión mística, perfectamente caracterizada y distinta de la simple unión por la gracia.

«Estos están ya libres de la sensación de mi separación de ellos, como te dije sucedía a los otros, de los que me alejaba y a los que retornaba no en cuanto a la gracia, sino sólo en cuanto al sentimiento. No obro así con estos muy perfectos, que han llegado a gran perfección, totalmente muertos a toda voluntad propia, sino que en ellos descanso por la gracia y por el sentimiento dentro de su alma. Es decir, que siempre que quieren unirse mentalmente conmigo por afecto de amor pueden hacerlo, porque su deseo ha llegado a tanta unión conmigo por sentimiento de amor, que por nada se puede separar...» [286] «Estas almas jamás pierden el sentimiento de mi presencia» [287].

---

285 BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía*, o. c., p. 67.
285 bis *Carta* 52, *a Fr. Jerónimo de Siena*, I, p. 302.
286 *Diálogo*, [c. LXXXVIII], p. 166.
287 *Diálogo*, [c. LXXIX], p. 152.

«Esta noción de la unión mística transformante es una de las mejores que se hayan dado», dice el P. Pourrat[288].

7) *El «dogma» de Santa Catalina y la «Sangre»*

Es evidente, a través del testimonio del Beato Raimundo de Capua, que en la vida espiritual de Santa Catalina tuvieron una importancia excepcional las experiencias místicas, cuyo objeto fué la sangre preciosa de Cristo crucificado.

Muchas de sus cartas vienen a confirmarlo plenamente. Algunas en especial parecen dictadas en pleno vértigo enajenante, que no le permitiera ver otra cosa, ni pensar en otra cosa, ni hablar de otra cosa más que de la Sangre.

Una de estas experiencias tiene relación muy estrecha con la doctrina espiritual del *Diálogo*. La «Sangre» interviene como medio de manifestación y revelación de la providencia inefable de Dios.

La Santa presenta al Eterno Padre su petición ardiente en favor de un personaje innominado en gravísimo peligro. Apela a su providencia infinita. «Jamás faltará—le dice Dios—mi providencia a quienes quieran recibirla, a los que pongan en mí toda su confianza». Y le invita a mirar *(specolarsi)* en el abismo de su caridad. «En él veía que Dios era suma y eterna bondad, cómo sólo por amor había creado al hombre y había *readquirido con la sangre de su Hijo toda criatura racional: y con este amor les daba todo lo que de El provenía*. Tribulación y consolación, todo le era dado por amor y para proveer a la salud del hombre, y no para ningún otro fin. Y decía (Dios): *La sangre esparcida por vosotros os manifiesta que esto es la verdad...*»[289]

El surco dejado en su alma por esta ilustración divina en la Rocca debió de ser profundísimo a juzgar por la insistencia con que recurre a ella, la diversidad de casos a que aplica la doctrina recibida y la riqueza de matices con que aparece en sus escritos.

Por esta razón lo calificamos de *el dogma de Santa Catalina*. Su fe en él tenía la firmeza de las convicciones inconmovibles, la claridad de las cosas vistas, evidentes:

---

288 POURRAT, P., *La spiritualité chrétienne*, II (París 1946) p. 317. Entre los autores principales que han estudiado la doctrina ascético-mística de Santa Catalina se deben citar los trabajos del P. D'URSO, *Caratteri generali della dottrina mistica cateriniana:* Vita Cristiana (1940) fasc. 2-3, p. 184-199; del P. ARINTERO, *La perfección y sus grados según Santa Catalina de Siena:* Vida Sobrenatural (1927) p. 220 s.; otros importantes trabajos sobre el mismo tema se citan más adelante.

289 *Diálogo*, [c. CXXXVIII], p. 308, y *Carta* 272, *al Beato Raimundo de Capua*, IV, p. 190 s.

«Dios nos ama *inefablemente*». Ella lo había visto en la *Sangre*. Nadie podía dejar de reconocerlo, *de verlo*—como ella—en la *Sangre*. Si no fuera verdad que Dios nos ama hasta el punto de no poder querer para su criatura, en todo lo que para ella dispone, más que el bien, no habría derramado con tanto fuego de amor la sangre de su Hijo.

Esta es toda su argumentación.

Para justificar el gobierno de Dios en el mundo, para demostrar su providencia sobre su Iglesia—a pesar de las apariencias que parecen desmentirlo palmariamente—o sobre su criatura racional en algún caso humanamente desgraciado, para estimular en el trabajo de la propia santificación, porque ésta es la voluntad de Dios..., Santa Catalina apela constante e incansablemente a su «dogma». Dios nos ama inefablemente, y no puede desmentir lo que revela el clamor de la sangre de Cristo por algo adverso que pueda acaecer a la criatura. Es El quien dispone todas las cosas; todas las da o permite sólo por amor a la criatura, a la que, por amor y antes de que pudiera ser amado, le dió el ser y lo ha recreado por medio de la sangre de Jesucristo.

La clarividencia inamovible de su fe avasalla, subyuga, convence; Dios es amor. Al entrar en contacto con esta faceta del alma de fuego de Catalina, se siente su potente empuje hacia el plano elevado de la estricta visión sobrenatural del mundo, de las cosas y de los acontecimientos. Pierden importancia todos los elementos terrenos que desempeñan el papel accidentalísimo, anecdótico, de causas segundas en todo lo que, en definitiva, está ordenado y decidido por el amor inefable de Dios: ¡lo demuestra la sangre de Jesucristo!

Tiene esta enseñanza—y por esto la consideramos aquí—en la vida cristiana una importancia trascendental. Es una lección definitiva del *espíritu de fe,* que transforma todas las cosas, y el panorama de una vida entera. La misma Santa en el *Diálogo* y en las *Cartas* se encarga de hacer estas aplicaciones prácticas. No escandalizarse de los designios de Dios; no murmurar de ellos interpretándolos torcidamente; recibir *con amor* lo que *por amor* Dios envía; alegrarse de que Dios nos ame sea cual fuere la manifestación externa que nos revele este amor con que dispone todo lo que toca a sus criaturas; fe en que, por querer sólo nuestro bien, todo contribuye a nuestra santificación; no nos querría si algo dispusiese que la pudiera impedir..., etc.

Uno de los indiscutibles valores de su epistolario radica en brindar una aplicación pluriforme del mismo invariable «dogma», que es el meollo de la respuesta a la cuarta pe-

tición del *Diálogo*. De entre los innumerables textos que se pueden citar, espigamos sólo estos dos:

A su hermano Benicaso:

«Dios no quiere otra cosa más que nuestra santificación, porque nos ama inefablemente. ¡Está, pues, está contento en todo tiempo y en todo lugar, puesto que todas las cosas te son concedidas por el amor eterno! Por amor, gózate en las tribulaciones y considérate indigno de que Dios te conduzca por el camino de su Hijo y en toda cosa da gracias y alabanza a su nombre» [290].

Al mercader Marcos Bindi:

«... nos conviene ver y conocer en verdad con la luz de la fe que Dios es suma y eterna bondad y que no puede querer más que nuestro bien, ya que su voluntad es que seamos santificados en El; y lo que El nos da o permite, nos lo da para este fin... (De esto) ... no podemos dudar si consideramos la sangre del humilde e inmaculado Cordero, puesto que Cristo llagado, afligido y torturado por la sed, en la cruz nos demuestra que el sumo y eterno Padre nos ama de un modo inestimable, ya que por el amor que El nos tuvo nos dió el Verbo de su unigénito Hijo, y el Hijo nos dió la vida, corriendo como enamorado a la afrentosa muerte de la cruz... Dios ama siempre *como Creador* a su criatura, y por esto permite fatigas abundantes en nuestra vida, en nuestro cuerpo y en los bienes de maneras distintas, según se ve que nosotros lo necesitamos; como verdadero médico da la medicina que nuestra enfermedad reclama» [291].

Dios Padre nos revela su amor por medio de Jesucristo; Jesucristo nos lo revela por medio de su sangre [292]. En la Sangre palpita con toda su fuerza infinita y su trascendencia divina el «darse» de Dios a la criatura, el abismo de la caridad.

La «Sangre», en el lenguaje de Santa Catalina, es la síntesis de los designios providentes de Dios sobre la criatura racional y abarca todo lo que estos designios encierran en sí. Es lo que hemos llamado «contenido dogmático de la Sangre»; la elevación del hombre al estado sobrenatural, el deseo divino de su santificación, la gravedad del pecado y sus consecuencias, la misericordia y la justicia de Dios, el destino supremo del hombre, lo inagotable del deseo de sufrir que ardía en el pecho de Cristo, la dignidad del sacerdocio, sus exigencias de santidad para el que de él está revestido; el valor de los sacramentos... [293] Todo se le revela

[290] Carta 10, I, p. 50.
[291] Carta 13, I, p. 66 s.; entre otras muchas, véanse cartas 9, I, p. 47; 16, I, p. 82; 53, I, p. 304; 31, I, p. 178; 32, I, p. 182; 39, I, p. 236; 28, I, p. 145; 47, I, p. 269; 35, I, p. 194, entresacadas sólo del *primer* volumen del epistolario de Santa Catalina.
[292] Carta 44, I, p. 262.
[293] Cartas 35, I, p. 193; 124, II, p. 308; 36, I, p. 202; 81, I, p. 49;

a Catalina con una fuerza de evidencia irresistible en la «Sangre». ¡Qué mundos de claridad interior, de divina luminosidad, se barruntan a través de sus frases casi esotéricas, de una firmeza sin titubeos y de una casi obsesionante insistencia!

Correlativa a la riqueza del «contenido dogmático» es la del «contenido ascético» de la «Sangre». Quien vió en ella el mundo de la bondad de Dios, el abismo de su caridad para con el hombre, no es raro que viera también en ella la síntesis de los medios de santificación.

En la absolución siente el alma el calor de la Sangre; en ella halla el conocimiento de sí mismo (¡el «no-ser» redimido con la sangre de Dios!); consuelo y refrigerio; el hambre de las almas; *la destrucción del amor propio;* la pérdida del temor servil; el deseo de sufrir por El; la firmeza de la voluntad; la libertad del alma; el vencimiento de la voluntad propia; el alimento espiritual; el odio del pecado; la superación de la tibieza...[294]

Se comprende mejor a la que de sí misma dijo «mi naturaleza es fuego» cuando se le ha oído decir que *el fuego que nos purifica está amasado con sangre.* El fuego del amor fué la mano que hirió al Cordero de Dios y le hizo derramar la Sangre: se unieron tan estrechamente ambos, que ya no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego»[295]. Por esto, la *sangre con el fuego* lava y consume la herrumbre de la culpa que hay en nuestra conciencia...[296]

Y tampoco nos admira ya—sabiendo al alma de Catalina inmersa en esta luz y abrasada en este fuego—que escriba invariablemente a los destinatarios de todas sus cartas: «en la preciosa sangre de Jesucristo», y les empuje, con el apremio cálido de su recomendación, a alimentarse de la Sangre; lavarse, bañarse, anegarse en la Sangre; embriagarse hasta la enajenación del amor con la Sangre... Apenas sabía y podía decirles de otra forma Santa Catalina que se enamorasen de Jesucristo, se entregaran sin reservas al amor de Jesucristo, que diesen su vida por El y que su amor lo fuera todo en su existencia.

Le escribe a Esteban Maconi, discípulo y secretario suyo: «Sacúdete, hijo, sacúdete la tibieza del corazón y *arrójalo* en la Sangre para que arda en el horno de la ca-

---

82, I, p. 53; 78, II, p. 30; 87, II, p. 96; 44, I, p. 262; 299, IV, p. 310; 96, II, p. 148; 51, I, p. 291; 40, I, p. 248; 55, I, p. 308 y 316; 102, II, p. 177; 25, I, p. 126 s.; 315, IV, p. 426; 80, II, p. 42; 262, IV, p. 119; 240, IV, p. 107; 25, I, p. 126; 76, II, p. 19; 195, III, p. 205.

[294] Cartas 112, II, p. 230; 148, II, p. 413; 29, I, p. 164; 102, II, p. 180; 286, IV, p. 247; 210, III, p. 285; 189 III, p. 231; 39, I, p. 246; 36, I, p. 204; 36, I, p. 203; 141, II, p. 383; 55, I, p. 314 56, I, p. 323; 73, I, p. 418.

[295] Carta 189, III, p. 178.

[296] Carta 80, II, p. 41

ridad divina y aborrezca sus acciones, propias de un niño»[297].

Y a Fr. Raimundo en la carta 102, que es un himno triunfal a la Sangre:

«*Anegaos,* pues, en la sangre de Cristo crucificado, y *bañaos* en la Sangre, y *embriagaos* con la Sangre, y *saciaos* de la Sangre, y *vestíos* con la Sangre. Y, si hubieseis sido infiel, *rebautizaos* en la Sangre; si el demonio hubiese ofuscado los ojos de la inteligencia, *laváoslos* con la Sangre; si hubiereis caído en la ingratitud por los dones recibidos, *agradeced* en la Sangre; si fuisteis pastor vil y sin el cayado de la justicia, temperada con prudencia y misericordia, *sacadlo* de la Sangre... *Diluíd* en la Sangre la tibieza y *caigan las tinieblas* en la luz de la Sangre para que seáis esposo de la Verdad y verdadero pastor y gobernante de las ovejas que se os han confiado...» Al recomendarle que se despoje de toda criatura y que no ame a ninguna sino por amor a Dios, pone a su himno a la Sangre el florón de un arranque que nos revela su intimidad: «Así (como os aconsejo) lo haré yo en la medida en que me lo conceda la gracia divina. Y de nuevo quiero vestirme con la Sangre y despojarme de toda otra vestidura que me hubiera propuesto como fin hasta ahora. Yo *quiero Sangre;* y en la Sangre satisfago y satisfaré a mi alma. Estaba engañada cuando buscaba la satisfacción en las criaturas... Quiero acompañarme con la Sangre; y así encontraré la Sangre y las criaturas y beberé su afecto y su amor en la Sangre»[298].

¡Este es el camino de Catalina para llegar al ordenamiento perfecto del amor en el alborotado y egoísta corazón del hombre!

8) *Amar a Dios en el prójimo*

No puede llamarse «nueva» la doctrina de Santa Catalina sobre la caridad al prójimo. En su conjunto puede considerarse una glosa—feliz ciertamente y amplia—de la «carta magna» de la caridad, la Epístola primera de San Juan.

También aquí lo personal radica no sólo en el uso frecuentísimo de esta doctrina, en la diversidad y lo afortunado de las aplicaciones, sino en la luz propia que infunde a la exposición de esta verdad fundamental del cristianismo.

Y también aquí, en la génesis de la clarividencia de su convicción, dando hondura a las raíces mismas de su for-

[297] Carta 320, IV, p. 458.
[298] Carta 102, II, p. 181 s.

mación espiritual en esta materia, encontramos el toque reiterado y eficaz de la luz de Dios.

Su confidente es en esta ocasión el secretario de Gregorio XI y de Urbano VI, Nicolás de Osimo. En su cargo y en las circunstancias revueltas de la Iglesia en que tenía que desempeñarlo era oportunísima la voz de Catalina: «No os entristezca lo más mínimo el trabajo y la fatiga en servicio de la Iglesia, porque son tan meritorios y tan agradables a Dios, que *nuestra inteligencia no puede ni verlo ni imaginarlo siquiera*». (Es ya sistemática en extremo esta ponderación de la Santa.)

«Recuerdo, dulcísimo Padre, de una sierva de Dios a la que fué manifestado cuánto agradaba a Dios este servicio (de la Iglesia), y esto os cuento para que os animéis a pasar cualquier fatiga por ella. Tenía una vez, entre muchas, esta sierva de Dios, según tengo entendido, grandísimo deseo de dar la sangre y la vida y de destruir y consumar todas sus entrañas en la Esposa de Cristo, es decir, la santa Iglesia; levantada la mirada de su inteligencia para conocer que ella por sí misma *no era,* y al conocimiento de la bondad de Dios en sí, es decir, para ver cómo Dios por amor le había dado el ser y todas las gracias y dones recibidos además del ser; sumergida en la visión y el goce de tanto amor y de tal abismo de caridad, *no veía cómo podía corresponder a Dios más que con amor*. Pero como a El ningún provecho o utilidad podía tributarle, andaba inquiriendo qué medio pudiese encontrar para amarlo por El y que a través suyo le manifestase el amor que le tenía. Ella vió entonces que Dios amaba ilimitadamente a su criatura racional y que el mismo amor de Dios que ella encontraba en sí misma (por el conocimiento propio) lo encontraba en todos; porque a todos nos ama Dios. Y éste es el medio que ella halló para que su amor tuviese una utilidad y le manifestase a Dios si le quería o no le quería. Con todo esto, *se alzaba ella tan ardientemente en la caridad del prójimo y era tanto el amor que en sí concebía de su salud, que gustosa habría dado la vida por ellos*. De manera que el provecho que no podía rendir a Dios deseaba prestarlo a su prójimo. Había *visto* y *gustado* cómo por medio del prójimo podía pagar amor con amor, al modo como el Padre nos lo había manifestado por el medio del Verbo, su Hijo unigénito...»[299]

La *gratitud* y *desinterés* de Dios en su amor a la criatura racional cobra acentos penetrantes y gráficos en labios de Santa Catalina: «Yo os amé sin ser amado». «¿Acaso alguien me pudo pedir que le criase? Mirándome en mí

[299] Carta 282, IV, p. 228 s.

mismo, *me enamoré* de mi criatura..., y me plugo crearla»[300].

La ecuación Dios = prójimo es en la Santa algo más que una consideración piadosa. Dios considera hecho a sí lo que se hace al prójimo; Cristo proclamó esta identificación sobre Saulo, derribado en el polvo del camino de Damasco: *¿Por qué me persigues?* Debemos querer al prójimo—concluye Catalina—con el mismo amor con que le queremos a Dios[301].

Porque el amor al prójimo nace del mismo amor de Dios. Como de una misma fuente nacen ambos, y no puede estar presente uno sin que lo esté también el otro, ni puede faltar uno sin que el otro falte. Son ideas que pueden encontrarse a cada paso en los escritos de la Santa[302].

Por el amor de Dios concebimos las virtudes y en la caridad al prójimo las damos a luz... «Serás esposa infiel —dice a una *mantellata* de Siena—si niegas al Esposo el amor que le debes en el prójimo...»[303]

Dios no cree en la sinceridad y en la fecundidad del amor que el alma dice haber «concebido» por El si no ve nacidos los hijos de las obras al servicio del prójimo y por amor al mismo. ¿No pasa lo mismo con el esposo, que no se considera padre si no ve nacido al hijo que la esposa dice haber concebido?[304]

En la angustia que atormenta a Catalina por la pérdida de las almas, pregunta un día a Dios Nuestro Señor: «Señor, ¿qué quieres que haga?» La respuesta encuentra eco en multitud de pasajes del libro y de su epistolario: *Dame a mí la gloria, y la fatiga a tu prójimo*[305].

Fatiga *mental*—explica ella misma a continuación—del deseo incesante de humilde y continua oración; fatiga *corporal*, sirviéndole en sus necesidades. Exigencias de la caridad son también la corrección fraterna, a la que dedica páginas admirables en el *Diálogo*, y ejemplo de vida santa y honesta[306].

Pero la exigencia suprema—y Catalina la sintió implacable en su propia vida—es el celo torturante por la salvación de las almas.

---

300 *Diálogo*, [c. LXIV], p. 121, y [c. CXXXV], p. 301; carta 133, II, p. 352.

301 *Diálogo*, [c. LXIV], p. 121.

302 *Diálogo*, [c. LXXXIX], p. 167; cartas 40, I, p. 248; 47, I, p. 271; 254, IV, p. 67; 78, II, p. 31; 199, III, p. 228; 57, I, p. 325; 50, I, 286; 103, II, p. 185; 19, I, p. 96. No podemos dejar de querer lo que vemos ama tan desmesuradamente Cristo crucificado (carta 184, III, p. 154; 113, II, p. 244, etc.).

303 Carta 50, I, 289.

304 *Diálogo*, [c. XI], p. 24, y carta 50, I, 287.

305 Carta 104, *al Beato Raimundo de Capua*, II, p. 191; 105, II, p. 199 s.

306 *Diálogo*, [c. CII], p. 204; carta 265, IV, p. 148; 51, I, p. 295; 213, III, p. 308; 65, I, 375; 57, I, p. 325.

Prosiguiendo la confidencia iniciada, en la carta antes mencionada a Nicolás de Osimo le manifiesta cómo Dios le hizo comprender la necesidad de entregarse totalmente, por la oración, el deseo, la penitencia y por todos los medios a su alcance, al bien de las almas, que coincidía con el bien de su Esposa la santa Iglesia, y el premio de todo servicio prestado a ella.

«Viendo entonces tanta grandeza y tanta generosidad en la bondad de Dios y lo que había que hacer para agradarle más, crecía tanto el fuego del deseo, que, si le hubiera sido posible dar mil veces al día la vida por la santa Iglesia y continuase este tormento hasta el último día del juicio, le parecía que todo ello era menos que una gota de agua. Y así es en verdad»[307].

Este es el hambre y la sed de que están impregnadas todas las páginas de Santa Catalina, y que deben mensurarse según la misma medida de su amor a Dios, de su pasión por Cristo. Su espíritu esencialmente intuitivo no requería, para estos tránsitos y equivalencias, demasiados discursos y razonamientos[308].

Una conclusión clara e inmediata tuvo amplia aplicación en su magisterio, como la tuvo indiscutiblemente en su propia vida. En el ambiente piadoso, apasionado y revuelto de la Edad Media, en Italia, cualquier voz sobresaliente, cualquier movimiento espiritual, era objeto de juicio y de crítica. Ella misma era blanco constante de comentarios y enjuiciamientos más o menos objetivos, más o menos inspirados por la envidia o por la caridad. Las cartas 64, a William Fleete, y 65, a Daniela de Orvieto, entre otras, son ejemplos clarísimos de la oportunidad de su enseñanza sobre la caridad en el juicio del prójimo.

Las ilustraciones que Dios enviaba a su alma cuajaban casi siempre en síntesis brevísimas, en frases que concentraban la quintaesencia de la verdad captada en toda su luz. «A Dios la flor, para nosotros el fruto», encerraba cuanto puede decirse de la utilidad propia del servicio de Dios por amor. «Para Dios el honor, para el prójimo la fatiga» es el compendio del mandamiento del amor en su doble faceta: amar a Dios en el prójimo. «Todo bien y todo mal se hace por medio del prójimo» es la expresión de la solidaridad universal; nada queda confinado en los límites estrictos de la individualidad; todo repercute en los demás.

La aplicación del precepto de la caridad al juicio del

[307] Carta 282, IV, p. 230 s.

[308] Cartas 33, I, p. 186; 134, II, p. 360; 100, II, p. 165; 204, III, p. 259; 124, II, p. 311; 31, I, p. 108; 209, III, p. 280; 8, I, p. 42, y *Diálogo*, [c. VI], p. 13.

prójimo tiene en Santa Catalina su expresión sintetizada: *A Dios el juicio, a nosotros la compasión.* Sólo Dios puede y debe juzgar, porque es quien tiene en su mano todos los elementos de juicio. A nosotros pertenece sólo la compasión por el daño—espiritual o material—de la criatura misma. «No juzguemos la voluntad de los hombres, juzguemos sólo la voluntad de Dios, que en todo no puede querer más que nuestro bien».

La doctrina repetida incansablemente a lo largo de su vida [309] iba a encontrar un eco emocionado en las últimas recomendaciones de su testamento espiritual.

Reunidos en torno suyo los discípulos al iniciarse el ocaso prematuro de su existencia terrena, «dijo que para adquirir la pureza de espíritu es absolutamente indispensable abstenerse de todo juicio acerca del prójimo, así como de comentarios inútiles sobre sus actos. Nunca se debe considerar en las criaturas otra cosa que la voluntad de Dios. No debemos por *ningún* pretexto juzgar las acciones de las criaturas y sus motivos—declara con energía—. Aunque viéramos actos que sabemos son pecado en realidad, debemos abstenernos de juzgarlos; antes bien debemos experimentar una sincera y santa compasión, que ofreceremos a Dios mediante una oración piadosa y humilde» [310].

Muy probablemente, al recibir los discípulos en sus manos el *testamento* de la «Mamma», recordarían las palabras que ella había escrito a los «señores» de Florencia: Cristo nos deja como *testamento* y señal (de ser discípulos suyos) el *mandato* de la caridad mutua. «*No podemos,* nosotros hijos, *renunciar al testamento del padre sin renunciar también a la herencia*» [311].

El testamento de Cristo era también el testamento de Catalina [312].

c) Característica de la espiritualidad de Santa Catalina

Quedan ciertamente otros aspectos—y no sin interés—de la doctrina espiritual de Santa Catalina. Algunos han sido ya

[309] *Diálogo,* [c. c], p. 197, y cartas 217, III, p. 333; 39, I, p. 245; 171, III, p. 92; 28, I, p. 150; 92, II, p. 120; 294, IV, 282; 135, II, p. 363; 62, I, p. 350; 64, I, p. 363; 84, II, p. 76; 80, II, p. 46; 307, IV, p. 352-359, que puede considerarse un compendio de toda su doctrina sobre este punto.

[310] JÖRGENSEN, p. 448; BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Biografía,* III, c. 4, p. 292.

[311] Carta 207, III, p. 269.

[312] Sobre el tema de la caridad al prójimo: DEMAN, T., *La parte del prossimo nella vita spirituale secondo il Dialogo:* Spiritualità Cateriniana (Florencia 1947) p. 58-66; MENÉNDEZ REIGADA, A., *El amor al prójimo según Santa Catalina de Siena:* Vida Sobrenatural (1935) 173, p. 341, y 175, p. 29; LECLERCQ, *El apostolado:* Santa Catalina de Siena, p. 3.ª, c. 2, p. 139 s.

estudiados con mayor o menor extensión y profundidad, como puede apreciarse en el capítulo de la bibliografía dedicado a la doctrina de la Santa.

Hemos apuntado los que creemos de mayor importancia y pueden considerarse más característicos en su conjunto doctrinal.

Puede plantearse ahora—y algunos autores se han planteado ya—la siguiente cuestión: ¿Cuál es la característica personal de la doctrina espiritual de Santa Catalina, o, como otros dicen, de su «mística», en el sentido de santidad propia?

Los pareceres—como puede suponerse—no coinciden. Leclercq define a Santa Catalina como «mística social», o la llama también «la mística del apostolado» [313]. Es evidentemente sólo un aspecto parcial de su vida y su doctrina. Refleja más el carácter de su misión personal que el de su doctrina de vida espiritual.

Levasti, seguido por Getto, opina que la Santa no aporta ninguna contribución individual u original a la mística de la Iglesia [314]. Se juega aquí sobre un equívoco. No se trata de la originalidad absoluta, de ser autor de un sistema ideológico nuevo. Nadie propugna para Santa Catalina la gloria de esta originalidad. La presencia de una nota característica personal en su vida y en su doctrina nos parece totalmente indiscutible.

El P. Grion cree poder expresar esta característica peculiar de la «santidad» y de la doctrina espiritual de Santa Catalina diciendo que es «la mística de la sangre de Jesucristo en la Trinidad»; o también: «la mística de la Trinidad en la sangre de Jesucristo» [315]. A esta idea obedece el desarrollo sistemático que de la doctrina de Santa Catalina hace en toda la primera parte de su obra.

También en este caso—como ha demostrado el P. D'Urso [316]—se trata de una definición parcial. Se ha constituído la experiencia mística de la «Sangre» en eje único, en núcleo exclusivo de todo el sistema doctrinal de Catalina. No puede, por tanto, reflejar exactamente su característica personal. Refleja *una* de sus características, importante sin duda; la pone debidamente de relieve y muestra sus íntimas conexiones con los demás elementos de la doctrina espiritual, pero no es suficiente para ofrecer—de modo adecuado—el concepto que con ella se intenta expresar.

Es muy probable—nos atrevemos a sugerir—que la equi-

313 LECLERCQ, *Santa Catalina de Siena*, p. 158 y 138, 152.

314 LEVASTI, *Mistici del Duecento y del Trecento* (Rizzoli 1927) p. 71; GETTO, *Saggio letterario en S. Caterina* (Florencia 1939) p. 45.

315 GRION, p. 203.

316 D'URSO, *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza (1954) p. 343 s.

vocación esté en querer encerrar en un concepto único, simple, una realidad compleja de una riqueza extraordinaria de contenido y de matices.

Es cierto que la personalidad de la «Santa» en Catalina Benincasa es una de las más extraordinarias y destacadas de la hagiografía. Es cierto también que tiene un perfil propio, inconfundible. Que su vida y su misión son tan personales, que puede hablarse, sin duda alguna, de caso único en la historia de la Iglesia.

Pero, tratándose de reflejar la nota característica de su «espiritualidad», de su «santidad», ha de tropezarse necesariamente con la dificultad de una «Santa» excesivamente «ortodoxa», «evangélica», «católica», para prestarse al calificativo fácil, adecuadamente determinante, de aquella característica. No vivió un aspecto, una parte tan sólo del dogma, para poderla llamar la «Santa de...» una u otra verdad, uno u otro misterio. Es la «Santa de la Iglesia», pero no eso solo. Es la Santa del «Cuerpo místico», la «mística del apostolado», la «mística de la Sangre», la «Santa de la misericordia», del «amor»... Cuando—con toda justicia—pueden aplicársele todos estos apelativos, es que no fué la «Santa» de uno de ellos nada más.

Su perspectiva de la verdad dogmática es amplísima, universal. Si unas partes o unos aspectos de esta verdad alimentan más particularmente su vida interior, no significa ni que restrinja su visión a ellas ni pierdan interés las restantes.

Después de una ya no corta familiaridad con Santa Catalina, y dado el conocimiento que de su doctrina pueda dar la lectura y el estudio de sus escritos, creeríamos que, más que de «característica» de su espiritualidad, habría que hablar de «características», o, como hace el P. D'Urso en un estudio anteriormente citado [317], de «caracteres generales» de su doctrina espiritual.

Es obvio que en determinar estas características pueden tener no poco influjo criterios o tendencias de tipo puramente subjetivo. De modo más o menos inconsciente pueden actuar en este «cargar el acento» en un elemento más que en otro de cuantos constituyen su tesoro doctrinal ideas preconcebidas, posiciones tomadas de antemano, impresiones primeras insuficientemente criticadas y comprobadas.

Respetamos otras opiniones, ofrecidas indiscutiblemente con el mismo afán de objetividad con que emitimos la nuestra a modo de modesto ensayo, que no de estudio exhaustivo y definitivo.

Siempre que no se interpreten en un sentido de cerrado

---

[317] D'URSO, *Caratteri generali della dottrina mistica cateriniana:* Vita Cristiana, XII (1940) p. 184-199.

exclusivismo, sino de preponderancia—de notable preponderancia si se quiere—, señalaríamos como «características de la espiritualidad de Santa Catalina»:

1) *El conocimiento de sí*—como «no ser»—*y de Dios*—«el que es»—*y de su bondad en sí.*

2) Vencimiento del «amor propio de sí mismo» por el amor desinteresado a Dios, hasta no querer nada, ni a sí mismo, más que en Dios y por Dios.

3) La «Sangre» como expresión de la redención operante de Jesucristo y revelación del amor eficiente y providente de Dios sobre el hombre.

4) El amor de Dios en el *prójimo*, fuente del celo y de la pasión por la Iglesia.

d) Sobre las fuentes de la doctrina espiritual de Santa Catalina

Intentar señalar las fuentes de la doctrina de Santa Catalina—adviértase bien desde un principio—no equivale a combatir ni su originalidad ni a socavar el mérito de su magisterio.

Acabamos de ver que en conjunto, más que de «originalidad», en el caso de Santa Catalina como escritora ascético-mística, el problema es de «personalidad», siempre que no quiera llevarse la afirmación hasta el extremo de negar a Catalina todo punto verdaderamente original y propio; cosa que, por otra parte, sería extraordinaria y casi sin explicación tratándose de un alma «reflexiva y razonadora como ella». A la doctrina del *Puente*, en toda su complejidad orgánica, no parece puedan señalársele precedentes en ningún otro autor [318]. Lo nuevo está, más que en lo que enseña, en el *acento personal* que su doctrina tiene en su vida y en sus escritos. Acento tan marcado, tan vehemente, tan lleno de luz y de fuego interior a veces, que causa la grata impresión de verdades inéditas; son sólo verdades «evangélicas» acuñadas por una personalidad extraordinariamente vigorosa que, a la luz de Dios, ha vivido *ella,* con excepcional intensidad, y así las brinda, en la medida que el lenguaje humano puede plegarse a las desmesuradas exigencias de las verdades sobrenaturales.

De un modo similar, no puede darse un mayor alcance al hecho de poder señalar en Santa Catalina la influencia de unos u otros autores más corrientemente conocidos y popularizados en el ambiente piadoso de la Edad Media. Es un error de perspectiva histórica—*de metacronismo,* dice Du-

[318] Véase GRION, p. 301 s., y D'URSO, *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti*, p. 387.

prè-Theseider [319]—aplicar nuestros criterios literarios al tiempo de la redacción del *Diálogo* y de las *Cartas* de Santa Catalina.

La formación doctrinal de Santa Catalina obedeció a la asimilación de elementos distintos, *directamente* algunos pocos, ya que, aun cuando supiese leer, no era fácil para ella el acceso a las obras de los Santos Padres y autores clásicos de teología ascética, e *indirectamente* los más, en el contacto asiduo con hombres de letras, dominicos, agustinos y franciscanos. Los sermones de la época, como los de Fr. Giordano, y las obras corrientes de carácter devoto, teológico o ascético eran un auténtico centón de textos referidos de otros, sin cita alguna a veces, o con cita muy vaga otras.

El *Ejercitatorio* del abad de Montserrat, Cisneros, que conoció San Ignacio, es un ejemplo evidente de los referidos criterios. «En él—según testimonio del P. Albareda en su libro *S. Ignasi a Montserrat,* como el *Specchio di croce,* de Cavalca—*no hay tres líneas seguidas originales del abad de Montserrat.* El libro no es otra cosa más que un zurcido de retales de diversas obras clásicas en el medio ambiente de la *devotio* moderna: San Buenaventura, San Efrén, Mombaer, Pedro Lombardo, Gersón, Tomás de Kempis, Gerardo de Zutphen, Hugo de Balma, Ricardo de San Víctor, Kemf, Nider, Ubertino de Casale, Ludulfo Cartujano. De un golpe, San Ignacio, con la sola lectura de esta obra, podría ponerse en contacto con la flor de la literatura medieval» [320].

A través de la predicación y exhortaciones piadosas, del trato habitual y prolongado con sus confesores, con el agustino William Fleete y tantos otros, sucedió algo parecido con Santa Catalina de Siena [321]. El eco de frases, comparaciones, enseñanzas de otros autores que en sus escritos puedan percibirse, en nada disminuye el valor personal del conjunto de su doctrina y de todo su sistema ascético.

Dejamos a otros este trabajo de arqueología literaria, interesante sin género de duda, pero totalmente al margen de nuestro propósito en esta *Introducción* a su *Diálogo*.

Duprè-Theseider ofrece, en el primer volumen de su edición crítica del epistolario, abundante material para iniciar

---

319 DUPRE-THESEIDER, *Sulla composizione del Dialogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico de la Letteratura italiana, p. 200.

320 *Obras completas de San Ignacio:* BAC, en un solo tomo (1952) intr. del P. IPARRAGUIRRE, p. 131.

321 Con ello no establecemos ningún paralelo entre la «originalidad» del *Diálogo* y la de los *Ejercicios espirituales*. Son dos casos totalmente distintos. Por su finalidad, por su estructuración de «método ascético», hay que reconocer en los *Ejercicios* una mayor originalidad, que, a su vez, tampoco tiene explicación plenamente satisfactoria a base de elementos exclusivamente humanos. Sin duda alguna, Dios tuvo también la palabra en la génesis de los *Ejercicios*.

y orientar este trabajo de identificación de las fuentes de Santa Catalina al reseñar todas las referencias explícitas o implícitas de otros autores[322].

Han llevado a cabo estudios más vastos y detenidos sobre el tema los ya citados PP. Grion y D'Urso. A ellos remitimos al lector deseoso de profundizar en punto tan interesante del estudio sobre la doctrina de Catalina.

El P. D'Urso particularmente, en la crítica serena del libro del P. Grion, ha llevado a cabo una meritoria labor científica de investigación, aquilatando mucho más las posibles dependencias de Catalina respecto a otros autores y rectificando posiciones que, después del estudio de Grion, podían haber parecido definitivas.

Las conclusiones de mayor interés del trabajo del padre D'Urso son las siguientes:

a) No hay discrepancia entre la «expresión doctrinal» de Catalina sacada de la *Biografía* del Beato Raimundo y la «experiencia mística» que se desprende de los escritos de ella misma, como si el biógrafo hubiese hecho gravitar toda la vida espiritual de la Santa sobre base distinta de la que aparece en las que llamaríamos «fuentes autobiográficas». La inexacta apreciación del P. Grion obedece principalmente a la sistematización de la doctrina cataliniana, hecha en la primera parte de su libro con un criterio parcial y obedeciendo a una idea preconcebida (p. 341-344).

b) Más que a través de Ubertino de Casale, el inquieto y turbulento «espiritual» que llegó a estar excomulgado por el papa Juan XXII, y a través de Casiano, como pretende Grion, muchos elementos parecen haber llegado a Catalina por el «vulgarizador» Fr. Domenico Cavalca, de Pisa, cuya obra *Specchio di croce* era popular y conocida en su tiempo y en su ambiente. A través de Cavalca parece haber conocido muchas de las frases de San Agustín y San Bernardo, cuyo eco se percibe con frecuencia en sus páginas. «Teniendo en cuenta el modo transparente con que Catalina asimila forma y contenido, no he encontrado un solo paso en el que sea evidente la presencia en la memoria de la escritora de una página ubertiniana» (p. 355).

c) No fué el P. William Fleete, como apunta Grion, el agustino eremita solitario de Lecceto, el «verdadero educador y maestro de Catalina, la cabeza moral de la familia cataliniana y hasta el director de su acción política». Por el contrario, el Beato Raimundo de Capua y los Dominicos, cuya influencia sobre la Santa reduce Grion hasta una expresión mínima, ateniéndose a los hechos históricos, fueron los que la instruyeron y formaron: predicación *diaria* en Santo

[322] DUPRE-THESEIDER, o. c., p. 201, nota.

Domingo, instrucción mensual cada primer viernes con las *mantellate*, confesión y frecuentes coloquios con ellos (p. 371-380).

d) Frente a la afirmación de Grion sobre el influjo preponderantemente agustiniano—a través de William Fleete— y la de Fawtier-Canet: «Il n'y a pas chez sainte Catherine un mot, je dis un seul mot, qui décèle une influence spécifiquement thomiste»[323], por una parte, y frente a aseveraciones demasiado fáciles y ligeras del *tomismo* de Santa Catalina, por otra, D'Urso precisa, sin pretender agotar el tema, algunas divergencias y las frecuentes coincidencias doctrinales entre Santa Catalina y Santo Tomás. Algunos puntos de contacto sobre la supremacía del entendimiento «permiten encontrar en Catalina los elementos del intelectualismo tomista, más como postura que como tesis» (p. 382). La claridad, firmeza y ortodoxia del pensamiento de Santa Catalina en los capítulos fundamentales de la doctrina soteriológica —que el autor analiza—hacen pensar en la influencia de una escuela teológica de primer orden. «En definitiva, la maravillosa facilidad y seguridad con que la Santa se mueve en el intrincado edificio de la teología católica demuestra que estaba asistida por un Guía superior, pero que lo había estado por maestros prudentes y seguros, a la luz refleja del Doctor Común» (p. 380-387).

Todos estos autores, sin embargo, que han dedicado su trabajo a la investigación de las posibles «fuentes» que pudiera haber tenido la doctrina espiritual de Santa Catalina, están substancialmente de acuerdo en el sentido y alcance señalados más arriba—no otros—, a la determinación de estas «influencias» en el pensamiento cataliniano; serán siempre elementos varios «aspirados» en el ambiente religioso de su tiempo, parte del tesoro común de la doctrina de la Iglesia, llegados a ella y por ella captados por los medios característicos de la mentalidad literaria medieval.

Lo realmente importante, sin embargo, será siempre no sólo la asimilación vital realizada por Catalina de estos *elementos,* sino la elaboración de una doctrina personal, médula de su vida; la perfecta identificación con ella de su voluntad y de su conducta; la realización de una misión particularísima y única, para la cual aquella formación y aquella doctrina eran totalmente indispensables y fueron perfectamente adecuadas.

Su misión en la Iglesia rebasa los límites de unos escritos por valiosos que sean. Santa Catalina es—siempre—algo más que escritora, mucho más. Y como su *Biografía,* también

[323] Fawtier-Canet, *La double expérience de Catherine Benincasa* (París 1948) p. 248.

sus escritos hay que juzgarlos y medirlos en función de esta misión suya, que no ha terminado todavía; la de prender en otras almas, en el seno del Cuerpo místico, el fuego de su vocación a «darse» sin reservas ni distingos, al hambre del «honor de Dios y de la salud de las almas» que les permita decir como ella: «Si muero, sabed que es de pasión por la Iglesia».

7. La presente edición del «Diálogo»

La edición del *Diálogo* que ahora presenta la B. A. C. al público de habla española se ajusta a las características siguientes:

1) La traducción se ha hecho directamente del texto italiano, según la edición casi crítica del P. Inocencio Taurisano, O. P. (Roma, Editrice Ferrari, 1947), teniendo en cuenta las variantes de lectura y puntuación que en ella se señalan y las traducciones francesas y españolas anteriores.

2) Se ha buscado la mayor fidelidad al texto siempre que lo han permitido la claridad y la construcción gramatical. El toscano del siglo XIV, en que está escrito el *Diálogo*, tiene un sabor arcaico de una rara expresividad a veces, y siempre, de una no fácil versión a nuestro castellano actual. Entre la elegancia y soltura del castellano moderno y la fuerza de expresión del lenguaje original, nos hemos inclinado por sistema, cuando había que optar por una u otra, por la segunda.

La traducción estrictamente literal, por otra parte, deja casi siempre obscuro el sentido y hasta, a veces, con matiz muy distinto del original. Se ha intentado, por tanto, ante todo, reflejar fielmente la idea de Santa Catalina. Y en los pasajes más obscuros y discutidos procuramos ofrecer la lección más segura según el contexto inmediato, el conjunto de su doctrina y su mentalidad.

3) No se ha creído deber absoluto del traductor el *limar* el texto y *podarlo* de las repeticiones innumerables, de los períodos interrumpidos, de las digresiones constantes. Santa Catalina dictaba así. El *cierto* arreglo que implica toda traducción llega—en un escrito de esta naturaleza—a hacer asequible el sentido dentro de la mayor corrección posible de lenguaje y estilo, sin alterar el *carácter* del texto original.

4) Se conserva entre paréntesis cuadrado [ ] la antigua numeración de capítulos del *Diálogo*. Los títulos correspondientes a estos capítulos se conservan no en el texto, sino en un índice especial al final de la obra.

La nueva división general de todo *Diálogo* y la nueva titulación de capítulos y párrafos obedece a los criterios expuestos anteriormente en esta misma *Introducción*.

5) Se han estimado como el mejor comentario del *Diálogo,* cuando éste ha parecido necesario—o útil por lo menos—, los textos paralelos de las *Cartas* o de las *Oraciones* de la misma Santa Catalina. La simple yuxtaposición esclarece con frecuencia un sentido obscuro o incompleto del *Diálogo.* Otras veces ofrece el ejemplo de una oportunísima aplicación concreta de la doctrina general.

Se ha utilizado para las citas de las cartas la traducción directa del texto ofrecido por Ferreti, cinco volúmenes (Siena 1918, 1922, 1922, 1922 y 1930), *Lettere di S. Caterina da Siena,* compulsado en algunos casos con la edición de Misciatelli, seis volúmenes (Florencia; 1, 2 y 3 vols. 1939; 4, 5 y 6 vols. 1940).

6) Como el mejor complemento del *Diálogo,* en espera de una edición española de las *Cartas,* se publica en apéndice la traducción de las *Oraciones* de Santa Catalina, hecha también sobre el texto italiano de la edición del P. Taurisano: *Preghiere ed elevazioni* (2.ª ed., Roma, Editrice Ferrari, 1932).

* * *

Al final de la penúltima carta, que Esteban Maconi recibió de Santa Catalina, en la que ésta le encomendaba unas importantes gestiones acerca de los gobernantes de Siena, el discípulo fiel leyó estas palabras, que, sin duda, ya jamás se cancelaron de su espíritu:

«Si vosotros sois lo que debéis ser, prenderéis fuego no sólo ahí, sino a toda Italia» [324].

Nos agrada pensar que si la humilde *mantellata* de Fontebranda tuviera que poner unas palabras suyas de refrendo y recomendación a esta edición del *Diálogo,* estamparía en su primera página la misma sincera y vehemente exhortación que enviaba al discípulo de Siena para sus nuevos o antiguos «caterinatos» de habla española: «Si sois lo que tenéis que ser, prenderéis fuego no sólo a toda la España de aquí, sino a todas las tierras que entienden y hablan vuestra lengua».

[324] Carta 368, V, p. 285.

B I B L I O G R A F I A

I. VIDA DE SANTA CATALINA

1) Fuentes principales

ANÓNIMO FLORENTINO, *I miracoli di Caterina di Jacopo da Siena.* Editado, entre otros, por el P. TAURISANO, O. P., *Fioretti di S. Caterina da Siena* (Roma 1950).

CAFFARINI O FR. TOMÁS DE SIENA, *Leggenda minore,* en latín, publicada por FAWTIER: Mélanges d'archéologie et d'histoire, XXXII (1913) p. 397-509 (en italiano, Grottanelli F., Bologna 1868).

— *Supplementum* a la *Leggenda Maggiore,* trad. esp., ALVAREZ, *Santa Catalina de Sena* (Vergara 1926).

CAPUA, B. RAIMUNDO DE, O. P., *La leggenda maior* o *Biografía,* en latín (1.ª ed., Colonia 1553). Trad. ital. última, P. TINAGLI, O. P.. *S. Caterina da Siena* (Siena 1952); trad. esp., ALVAREZ, O. P.. *Santa Catalina de Sena* (Vergara 1926³).

CRISTOFANO DI GANO, *Le memorie,* publicado por el P. TAURISANO, O. P., en la obra citada *Fioretti di S. Caterina da Siena.*

LAURENTI-VALLI, *Fontes Vitae S. Catherinae Senensis historici* (Siena, Florencia, Milán). Han aparecido sólo algunos volúmenes hasta ahora. Es la publicación moderna más importante para el estudio directo de las fuentes históricas de la vida de Santa Catalina:

Vol. 1: *Documenti,* ed. LAURENT-VALLI (1936) p. 69.

Vol. 4: *I miracoli di Caterina da Iacopo da Siena di Anonimo Fiorentino,* ed. LAURENT-VALLI (1936) p. 32.

Vol. 9: *Il processo Castellano* (1942) p. CIV-585.

Vol. 10: *S. Catharinae Senensis Legenda minor,* ed. SERGIUS-MOCCHI (1942) p. XII-204.

Vol. 15: *Legenda abbreviata di S. Caterina da Siena di F. Antonio della Roca,* ed. BATTAGLIA-LAURENT (1939) p. XVI-56.

Vol. 20: *I necrologi di S. Domenico in Coreggio* (1937) p. XX-382.

Vol. 21: *Tractatus de Ordine FF. de Penitentia S. Dominici di F. Tommaso di Siena* (1938) p. XX-208.

PROCESSO CASTELLANO: *Fontes Vitae S. Catherinae Senensis historici,* n. 9; editado por LAURENT, O. P. (Milán 1942).

2. Crítica de las fuentes

CENCETTI, G., *La Leggenda Maggiore di S. Caterina da Siena e il suo volgarizzamento* (Piacenza 1939).

FAWTIER, R., *S. Catherine de Sienne. Essais de critique des sources.* I. *Sources hagiographiques* (París 1921); II. *Sources biographiques* (París 1930); III. *La double expérience de Catherine Benincasa* (París 1948).

FRANCESCHINI, E., *Leggenda Minore di S. Caterina da Siena* (Milán 1942).

JORDÁN, E., *La date de naissance de S. Catherine de Sienne:* Analecta Bollandiana, XL (1922) p. 365-411.

MANDONNET, O. P., *Sainte Catherine de Sienne et la critique historique:* L'année domenicaine, enero-febrero 1923.

TAURISANO, I., O. P., *La critica sulle fonti cateriniane:* Studi Cateriniani, I (1923) p. 21-27.

— *Le fonti agiografiche cateriniane e la critica di R. Fawtier:* Letture cateriniane (Siena 1928).

— *La vera Caterina da Siena e l'ultima opera di R. Fawtier:* Vita cristiana (1949) fasc. 3, p. 225-234.

VALLI, F., *La mentalità agiografica del B. Raimondo da Capua:* La Diana, VIII (1933).

— *La datazione della Leggenda Maior del B. Raimundo da Capua:* Studi Cateriniani, X (1934) p. 65-82.

— *L'infanzia e la puerizia di S. Caterina da Siena. Esame critico delle fonti* (Siena 1931).

— *L'adolescenza di S. Caterina da Siena. Esame critico delle fonti* (Siena 1934).

3. Biografías de Santa Catalina

BITELLI, *La Santa degli italiani* (Turín 1938).

CAPECELATRO, A., *Storia di S. Caterina da Siena e del papato dei suoi tempi* (Nápoles 1856; Siena [5.ª ed.] 1878); trad. francesa de Mme. Elise Yal (París 1863).

CHIMINELLI, *S. Caterina da Siena* (Roma 1941).

DRANE, A. T., *The History of S. Catherine of Siena* (Londres 1887).

GARDNER, E., *S. Catherine of Siena* (Londres 1908).

GILLET, M., O. P., *La missione di S. Caterina da Siena,* ed. ital. (Florencia 1946).

GIORDANI, I., *Caterina da Siena* (Turín 1954).

JÖRGENSEN, J., *S. Caterina da Siena;* en francés (París 1919); en italiano (Turín 1920; Roma 1921); en español (Buenos Aires 1943).

LECLERCQ, J., *La mystique de l'apostolat: S. Catherine de Sienne, catholique, romaine* (París-Bruselas 1922; Tournai-París 1947); trad. española, Patmos (Madrid 1955).

LEVASTI, A., *S. Caterina da Siena* (Turín 1947).

LOARTE, L., O. P., *Historia de la admirable vida y heroicas virtudes de la seráfica virgen Santa Catalina de Sena* (Madrid 1678).

MIGNATY, M. A., *Catherine de Sienne. Sa vie, son rôle dans l'Italie du XIV siècle* (París 1886); trad. italiana (Florencia 1894).

MONLEÓN, *Un alma de Acción Católica: Santa Catalina de Sena* (Montevideo 1939[2]).

SANCTIS ROSMINI, *Vita di S. Caterina* (Turín 1930).

TAURISANO, I., O. P., *S. Caterina da Siena* (Roma 1948).

4. Aspectos de la personalidad de Santa Catalina

ASTURATO, A., *S. Caterina da Siena. Osservazioni psicopatologiche* (Nápoles 1881).

BONINSEGNI, F., *Il trionfo delle stigmate di S. Caterina da Siena* (Siena 1610).

CALISSE, C., *Il sentimento della natura in S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, VIII (Siena 1932).

CASTAGNESI, E., *Studio sulla psiche di S. Caterina da Siena* (Turín 1903).

COIRO, *Caratteri umani e spirituali della personalità di Caterina da Siena:* Vita cristiana, X (1938) p. 387-399.

COLOSIO, O. P., *Una ricostruzione modernista della sperienza spirituale di S. Caterina da Siena:* Vita cristiana (1949) fasc. 3, p. 235-254.

GARRIGOU-LAGRANGE, R., *La stimmatizzazione di S. Caterina da Siena:* Vita cristiana, IX (1937).

GILLET, M., *La missione di S. Caterina da Siena,* ed. italiana (Florencia 1946).

LEWIS, *Le stasi, le stimate e la scienza* (Roma 1892).

LOMBARDELLI, G., *Sommario delle dispute a difesa delle sacre stimate di S. Caterina da Siena* (Siena 1601).

MARTÍNEZ DE PRADO, J., O. P., *Opusculum de stygmatibus S. Catherinae Senensis* (Alcalá 1652).

SANCTIS ROSMINI, *La maternità spirituale di S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, VIII (1932) p. 59-76.

WEBER, F., S. I., *Santa Caterina da Siena vista dalle sue lettere:* La Civiltà Cattolica, 98 (1947) p. 236-247.

WILBOIS, J., *S. Catherine de Sienne. L'actualité de son message* (Tournai-París 1948).

5. Apostolado y acción política de Santa Catalina

BONCOMPAGNI, *Il Papato a l'Italia in S. Caterina da Siena* (Roma 1925).

DONDAINE, *S. Catherine de Sienne et Niccolò Toldo:* Archivum FF. PP., XIX (1949).

DUPRÉ-THESEIDER, *Il supplizio di Niccolò di Toldo in un nuovo documento senese:* Bulletino Senese di Storia Patria (1935) p. 162 s.

— *I Papi di Avignone e la questione romana* (Florencia 1939).

JORDÁN, E., *S. Catherine de Sienne un homme d'Etat?:* Revue des études italiennes (1938) p. 93-114.

LAZZARESCHI, *S. Caterina in Val d'Orcia* (Florencia 1915).

MISCIATELLI, P., *La romanità di S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, III (1926) p. 15-21.

PUCCETTI, A., *Il regime cristiano in S. Caterina* (Florencia 1944).

TAURISANO, I., O. P., *Il supplizio di Niccolò di Toldo e S. Caterina da Siena:* Memorie Domenicane (1937) p. 3-8.

— *S. Caterina da Siena ed il ritorno del papato a Roma:* Memorie Domenicane (1929) p. 88, 111.

6. B. Raimundo de Capua, biógrafo de Santa Catalina

CORMIER, H. M., *Raymundi Capuani opuscula et litterae* (Roma 1895).

— *Le B. Raymond de Capoue* (Roma 1895); ed. italiana (Roma 1900); trad. española P. CASTAÑO, R., O. P. (Sevilla 1900).

MORTIER, *Histoire des maîtres généraux*, III, p. 491-686.

II. OBRAS DE SANTA CATALINA

1. «Diálogo»

a) *En italiano:*

FIORILLI, M., *Libro della Divina Dottrina* (Laterza 1928).

— *Dialogi et orationes Divae Catharinae Senensis* (Colonia 1601).

GIGLI, G., vol. 4 de las *Opera di S. Caterina* (Siena 1707).

PUCCETTI, A., O. P., *Dialogo di S. Caterina da Siena,* edizione curata dal P. ... (Siena 1936).

ROVASENDA, E., O. P., *Dialogo della Divina Provvidenza,* a cura del P. ... (Torino 1946).

TAURISANO, I., O. P., *Dialogo della Divina Provvidenza,* a cura del P. ... (Roma 1947).

b) *En español:*

DOMINICOS DEL CONVENTO DE ATOCHA, *Diálogos de Santa Catalina de Sena* (Madrid 1797).

LOARTE, L., O. P., *Diálogos que tratan de la divina Providencia* (Madrid 1668).

MASSIP, J., *El Diálogo de Santa Catalina de Sena,* confrontado con la edición de M. Fiorilli (Avila 1925).

PEÑA, O. P., *Obras, epístolas y oraciones de la bienaventurada virgen de la O. P.*, por mandato del cardenal Cisneros (Alcalá 1512).

c) *En francés:*

CHARDON, L., O. P., *La doctrine de Dieu enseignée a S. Catherine de Sienne, de l'Ordre de S. Dominique* (París 1648), reeditada en 1885, 1861, 1875, 1884, 1892.

GUIGUES, L. P., *Le livre des Dialogues* (París 1953).

HURTAUD, O. P., *Le Dialogue de S. Catherine de Sienne* (París 1913); en 1947 se publicaba la 23 edición.

2. Cartas de Santa Catalina

a) *En italiano:*

DUPRE-THESEIDER, E., *Epistole di S. Caterina da Siena*, ed. crítica, primer vol. (Roma 1940).

FERRETTI, L., *Lettere di S. Caterina da Siena, vergine domenicana.* Reproduce y anota la edición de Tommaseo, 5 vols. (Siena 1918-1940).

GIGLI, G.-BURLAMACHI, S. I., vol. 3 de las *Opera di S. Caterina* (Siena 1713).

MISCIATELLI, P., *S. Caterina da Siena. Epistolario.* Reproducción de la edición de Tommaseo, 6 vols. (Florencia 1939-1940).

TOMMASEO, N., *Le lettere di S. Caterina da Siena*, 4 vols. (Florencia 1860).

VENTURINI, L., vol. 2 de las *Opera di S. Caterina* (Lucca 1721).

b) *En español:*

ANÓNIMO, *Cartas de Santa Catalina de Sena*, trad. española de un volumen (Vergara 1910).

ETCHEVERRY, E., *Cartas espirituales de Santa Catalina de Siena.* Selección de 42 cartas (Buenos Aires 1947).

c) *En francés:*

CARTIER, O. P., *Lettres de S. Catherine de Sienne*, 4 vols. (París 1860).

GUIGUES, L. P., *Le sang, la croix, la Vérité* (13 cartas de Santa Catalina) (París 1940).

MICHEL, H., O. P., *Les plus belles lettres de S. Catherine de Sienne* (París 1927).

3. Oraciones de Santa Catalina

TAURISANO, I., O. P., *Preghiere ed elevazioni di S. Caterina da Siena* (Roma, 2.ª ed., 1932); trad. francesa del P. BERNADOT, M. V. (S. Maximin 1923).

4. Estudios críticos sobre el texto del «Diálogo» y las «Cartas»

ANZIANI, *Pour le texte du Dialogue de Catherine de Sienne:* Bulletin italien, X (1910) p. 189-201.

BERTONI, *Il manoscrito estense del Dialogo della Divina Provvidenza:* Studi Medievali, I (1928) p. 512-520.

DUPRE THESEIDER, E., *Sulla composizione del Dialogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura italiana, CXVII (1941) p. 161-202.

— *Un codice inedito del «Epistolario di S. Caterina da Siena»:* Bulletino dell'Istituto storico italiano, 47 (1931).

— *Il problema critico della Lettere di S. Caterina da Siena:* ibid., 49 (1933).

— *Sull'edizione critica dell'Epistolario cateriniano:* Studi cateriniani, VII (1931) p. 26-34.

DUPRE-THESEIDER, *Sono autentiche le lettere di S. Caterina?:* Vita cristiana, XII (1940) p. 212-248.

FATINI, *La critica moderna e le lettere di S. Caterina da Siena:* Annali della Istruzione Media, VII (1931) p. 448-469.

FAWTIER, R., *S. Catherine de Sienne. Essais des sources.* II. *Les oeuvres de S. Catherine de Sienne* (París 1930).

MOTZO, B. R., *Per una edizione critica delle òpera di S. Caterina da Siena:* Annali della Faccoltà di Filosofia e Lettere della Università di Cagliari (1930-1931).

5. Estudios sobre el pensamiento teológico, ascético y místico de Santa Catalina y sus fuentes

ARINTERO, O. P., *Las escalas del amor y la verdadera perfección:* Vida Sobrenatural, c. 10, «La perfección y sus grados según Santa Catalina de Sena» (abril 1927) n. 76, p. 220.

BARBIERI, *La Redenzione cantata dell'Alighieri e meditata da S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, XII (1937) p. 81-137.

BERNINI, L., *Gesù nella dottrina di Caterina da Siena* (Scafati 1922).

BORGHIN, R., *La scala dell'amore in Caterina* (Aquila 1933).

— *S. Caterina da Siena di fronte al maligno* (Aquila 1935).

CALISSE, *Le allegoriche vigne in Caterina da Siena:* Nuova Antologia (1927).

CATHALA, E., *La doctrine d'après le Dialogue:* La Vie Spirituelle (abril 1923) p. 67-92.

COLUNGA, A., O. P., *El misterio de la cruz y el verdadero apostolado según Santa Catalina de Sena:* Vida sobrenatural, febrero 1922 n. 14, p. 97, y septiembre 1922, n. 41, p. 153.

CORDOVANI, M., *Il tomismo di S. Caterina da Siena:* Vita cristiana (1933) p. 129-142; Memorie Domenicane (julio-agosto 1931).

DEMAN, TH., O. P., *Commentaire théologique de la lettre 213, sur la discretion:* Studi Cateriniani, extracto, año 11, n. 1-2, p. 4.

— *Pour une théologie de l'amour d'après l'Epistolario:* Studi Cateriniani, IX (1935) p. 90-99.

— *La Teologia nella vita di S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, XI (1935) p. 45-66.

DENDI, V., *Dottrine francescane e domenicane nel Dialogo di S. Caterina:* Bulletino Storico S. Patria, año 9 (1912) fasc. 3, p. 186-187; Bulletino Senese, XIX (1912) p. 174-199.

D'URSO, G., *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza, VII (1954) p. 335-388.

— *Caratteri generali della dottrina mistica cateriniana:* Vita cristiana, XII (1940) p. 184-199.

FEI, R., *La filosofia di S. Caterina da Siena:* Memorie Domenicane (1926) p. 82-83.

FERLOSIO, *L'ascetismo di S. Caterina da Siena* (Rieti 1937).

GAPP, J., *La Théologie de S. Catherine de Sienne ou la doctrine catholique avant Luther:* Revue Catholique d'Alsace (1883-84).

GARDEIL, O. P., *Les dons du Saint Esprit dans les Saints dominicaines* (París 1903) p. 139-158.

GARRIGOU-LAGRANGE, R., *La prima conversione secondo S. Caterina da Siena:* Vita Cristiana (1933) p. 257-271.
— *La unione mistica in S. Caterina da Siena* (Firenze 1938).

GILLET, M., *S. Caterina da Siena e S. Giovanna d'Arco:* Studi Cateriniani, VII (1939).

GRION, A., *S. Caterina da Siena. Dottrina e fonti* (Morcelliana 1953).

HUGON, E., *Un traité de la vie chrétienne d'après S. Catherine de Sienne:* Vie Spirituelle, XXIII (1930) p. 52-65.

JIMÉNEZ DUQUE, B., *Santa Catalina de Sena y Santa Catalina de Génova:* Vida sobrenatural, n. 293 (septiembre 1947) p. 352.

MARONI, G., *Il misticismo di Caterina da Siena:* Conscientia (1924).

MENÉNDEZ REIGADA, A., O. P., *El amor al prójimo según Santa Catalina de Sena:* Vida sobrenatural, n. 173 (marzo 1935) p. 341, y n. 175 (julio 1935) p. 29.

MISCIATELLI, P., *C. Benincasa: l'attività mistica:* Mistici senensi (Siena 1913) p. 162-181.

MONTESI FESTA, H., *S. Caterina da Siena e S. Brigida di Svezia:* Studi Cateriniani, III (1926).

LAMANNA, *Il sentimento religioso in S. Caterina da Siena:* Esercitazioni sulla letteratura religiosa in Italia (Firenze 1905).

LEMONNYER, A., O. P., *Notre vie spirituelle à l'école de Sainte Catherine de Sienne* (Juvisy 1934).

LEVASTI, A., *Spiritualità cateriniana:* Vita cristiana, XII (1940) p. 154-183.

PARIS, G., *S. Caterina e San Tommaso d'Aquino:* Studi Cateriniani (1925-1926).

PETITOT, H., O. P., *La formation spirituelle et la préparation à son rôle apostolique dans l'Eglise:* La vie spirituelle (abril 1923).

PISTELLI, E., *Le due Caterine domenicane:* Letture cateriniane (Siena 1928).

PORRO, F., *Il cielo di S. Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, V, (1928).

PUCCETTI, A., O. P., *La figura del Redentore in S. Caterina:* Memorie Domenicane (octubre-noviembre 1947).
— *La dottrina della fede in S. Caterina:* Vita Cristiana, XII (1940) p. 130-153.

ROJO DEL POZO, O. S. B., *Santa Catalina de Sena y el sentido litúrgico:* Vida sobrenatural, n. 158 (febrero 1934) p. 101.

SALADINI, M., *L'arbore d'amore di S. Caterina da Siena* (Ascoli Piceno 1937).

SPONGANO TODURO FARANDA, *Il misticismo attivo in S. Caterina da Siena:* Educazione Nazionale (abril 1933).

VALLI, F., *Il sangue di Cristo nell'opera di Caterina da Siena:* Studi Cateriniani, IX (1932) p. 17-38.

WALZ, *Il segreto del cuore di Gesù contemplato nella vita e nella dottrina di S. Caterina da Siena:* Vita cristiana (1937) p. 292-303.
— *Il segreto del cuore di Cristo nella spiritualità cateriniana:* Studi Domenicani (Roma 1939).

6. Estudios sobre el lenguaje y el estilo literario de Santa Catalina

BATTISTI, C., *La parlata senese e S. Caterina:* Studi Cateriniani II (1935) p. 67-82.

BERTONI, G., *Il linguaggio mistico di S. Caterina da Siena:* Archivum Romanicum, II (1927) p. 137-149.

BONELLI, L., *Il linguaggio cateriniano:* Studi cateriniani, a. 9, 1 (1932) p. 1-16.

BRANCA, V., *Note sulla letteratura religiosa del trecento:* La nuova Italia (julio-agosto 1939) p. 206-212.

DEVOTO, G., *Studio su S. Caterina da Siena:* Letteratura, estratto n. 18 (abril-junio 1941).

D'URSO, G., O. P., *Il valore autobiografico nel linguaggio cateriniano:* S. Caterina da Siena (abril-septiembre 1951) p. 56-77.

FESTA, N., *La lingua e lo stile nell'epistolario di S. Caterina:* Studi Cateriniani, suplemento al n. 9, a. 16 (22 diciembre 1938).

— *Lo stile nelle epistole cateriniane:* Studi Cateriniani (1939) p. 6-37.

FRESCISCO, R., O. P., *Allegorie e simbolismo nel Dialogo:* Memorie Domenicane (octubre-noviembre 1947).

GETTO, G., *Saggio Letterario su S. Caterina da Siena* (Sansoni, Firenze 1939).

GIGLI, G., *Vocabolario Cateriniano* (Roma 1717).

LEVASTI, A., *S. Caterina da Siena, scrittrice:* Memorie Domenicane (octubre-noviembre 1947).

MARCHESINI, *Le immagini del fuoco e del sangue in S. Caterina da Siena:* Rivista d'Italia (1926).

MISCIATELLI, P., *Come parlava S. Caterina da Siena:* Nuova Antologia (1934) p. 242-254.

NENCINI, T., *La parlata senese in S. Caterina:* Studi Cateriniani, IV (1927) p. 28-31.

NENCIONI, E., *La letteratura mistica:* La vita del trecento (Napoli 1892).

ORSINI, *S. Caterina e la Poesia* (Bérgamo 1939).

PAPINI, G., *Storia della Letteratura Italiana* (Firenze 1937) I. p. 407-432.

RICCI, M., *S. Caterina da Siena scrittore:* Riposi di Compiobbi (Firenze 1894).

E L   D I A L O G O

INTRODUCCION

SUMARIO

Angustiada la Santa por un deseo ardentísimo de la honra de Dios y salvación de las almas, se elevaba en oración (en la que Dios se une con el alma) y hacía cuatro peticiones:

por sí misma;
por la reforma de la Iglesia;
por la salvación del mundo;
por un caso particular.

Venían a aumentar su ardiente y continuo deseo: lo que Dios le daba a entender sobre las necesidades del mundo y ofensas que se hacían a Dios, la carta recibida de su director, el Beato Raimundo de Capua, y la circunstancia de prepararse para recibir la sagrada comunión un día de la Virgen.

En el nombre de Cristo crucificado y de María dulce [1]

§ 1. Por el deseo ardiente de la gloria de Dios y salvación de las almas (deseo que empuja al ejercicio de la virtud y de la oración, en que el alma se une con Dios), la Santa hace cuatro peticiones

[Cap. I.] Elevándose un alma angustiada por un ardentísimo deseo hacia el honor de Dios y la salvación de las almas... [2] Este deseo hace al alma ejercitarse por algún tiempo en la virtud y le habitúa a vivir en la celda del conocimiento de sí misma para conocer mejor en sí la bondad de

[1] «Al nome di Cristo Crocefisso e di Maria dolce». Esta es la invocación, toda ternura, con que indefectiblemente empieza Santa Catalina sus cartas y este libro del *Diálogo*, fiel a la enseñanza de San Pablo: *... y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús* (Col. 3,17).

[2] Si la traducción literal de esta primera página no es difícil, el sentido exacto y la intención de la Santa en la construcción gramatical no es ya tan fácil deducirlos con absoluta seguridad. Esto explica las notables diferencias en la interpretación que de ella han dado sus

Dios[3]. Porque al conocimiento sigue el amor, y, amando, procura seguir la verdad y revestirse de ella. Por ningún otro camino gustará tanto el alma de esta verdad y será por ella iluminada como por medio de la oración humilde y continua, fundada en el conocimiento de sí misma y de Dios, ya que la oración así practicada une al alma con El, haciéndole seguir las huellas de Cristo crucificado y convirtiéndole en otro El por el deseo, el afecto y la unión de amor[4]. Esto es lo que parece quiso dar a entender Cristo cuando dijo: *Si alguien me ama y guarda mi palabra, yo me manifestaré a El, y será una cosa conmigo, y yo con él*[5]. En muchos otros lugares encontramos palabras semejantes, por las que podemos ver que es verdad que, por afecto de amor, el alma se convierte en otro El. Y, para verlo con mayor claridad, me acuerdo haber oído a una sierva de Dios[6] arrebatada en altísima oración que no escondía Dios a los ojos de su entendimiento el amor que tenía a sus siervos, más bien se lo manifestaba; y, entre otras cosas, decía: «Abre los ojos de tu entendimiento y fija tu mirada en mí, y verás la dignidad y belleza de mi criatura racional. Y entre tanta belleza como he dado al alma, creándole a la imagen y semejanza mía, mira a los que van vestidos con el vestido nupcial de la caridad[7], adornados de

---

traductores. El estudio atento del original italiano nos ha llevado a las conclusiones siguientes, que reflejamos en la traducción:

Empieza a narrar Santa Catalina un hecho histórico, del que arranca toda la estructura del libro: «Arrebatada *un alma* por el ardiente deseo...» Y se le ofrece inmediatamente la consideración de lo que sucede *al alma* cuando se ve presa de la violencia de estos deseos de la gloria de Dios y el bien de las almas. E inicia una de aquellas digresiones tan frecuentes en el estilo de San Pablo en sus cartas, y no raras en Santa Catalina. Es una transición de lo histórico a lo doctrinal: «este deseo recluye al alma en la celda interior del conocimiento de sí misma, la mantiene en oración que la une con Dios...» Una vez terminada la enseñanza doctrinal, vuelve a la anécdota que había empezado a contar: «*un alma*—ella misma—arrebatada de estos deseos hacía a Dios cuatro peticiones».

Toda otra traducción o hace violencia al texto, o no da explicación cumplida de la construcción y del sentido, o resulta más o menos arbitraria.

³ «Viendo el hombre que de por sí es nada, queda todo humillado al reconocer el don de su bienhechor; crece tanto en el amor cuando comprende que obra en él la gran bondad de Dios, que preferiría la muerte antes que quebrantar un mandamiento de su dulcísimo Creador» *(Carta* 60, *a un seglar anónimo,* V, 336).

⁴ «La criatura se convierte en lo que ama» *(Carta* 29, *a la esposa de Bernabó Visconti,* I, 160). «Cuando el alma fija su mirada en el Creador y considera tanta bondad infinita como en El encuentra, no puede menos de amar... E inmediatamente ama lo que El ama, y odia lo que El odia, ya que por amor ha sido hecho otro El» *(Carta* 72, *a Fr. Jerónimo de Siena, eremita de San Agustín,* I, 298).

⁵ Io. 14,23.

⁶ Es fácil entrever en este y en otros repetidos pasajes del *Diálogo* y de las *Cartas* que la Santa habla de sí misma.

⁷ En Dios podrá comprender la belleza y la dignidad de la criatura racional, cuya alma refleja en sus tres potencias a la Trinidad Beatísima, como se explica reiteradamente en el *Diálogo,* y la belleza del alma adornada con el vestido *nupcial* de la caridad, porque es *esposa:* «... el alma enamorada de Dios, sierva y esclava rescatada con la san-

muchas virtudes verdaderas y unidos conmigo por amor. Y si me preguntaras: ¿Quiénes son éstos?, te respondería (decía el dulce y amoroso Verbo): Son otro yo, ya que han perdido y anegado su propia voluntad y se han vestido y unido y conformado con la mía). Es cierto, pues, que el alma se une a Dios por afecto de amor. Queriendo, pues, esta alma más virilmente conocer y seguir la verdad [8], levantando su deseo ante todo por sí misma (considerando que el alma no puede traer al prójimo verdadero provecho de doctrina, de ejemplo y de oración si antes no aprovechó para sí adquiriendo la virtud), dirigía al Sumo y Eterno Padre cuatro peticiones.

La primera era por sí misma.

La segunda, por la reforma de la santa Iglesia.

La tercera, general, por todo el mundo, y particularmente para obtener la paz de los cristianos, que con tanta irreverencia y hasta persecución se rebelan contra la santa Iglesia [9].

En la cuarta pedía a la divina Providencia que proveyese a las necesidades generales del mundo, y en particular en cierto caso que había sucedido [10].

---

gre del Hijo de Dios, es elevada a tan alta dignidad, que no puede ya llamarse esclava, sino emperatriz, esposa del Emperador eterno» (*Carta* 29, *a la esposa de Bernabó Visconti*, I, 162). El vestido nupcial de la caridad es el tema de una breve, femenina y substanciosa carta, la 74, a una monja del monasterio de Santa Inés de Montepulciano: «sabes... que la esposa, en presencia de su esposo, se viste y se adorna; singularmente suele ponerse adornos y vestidos de color rojo para complacer a su esposo. Esto mismo quiero que hagas tú: que tengas en ti el vestido de la caridad... Más todavía: quiero y te mando que me adornes tu alma con las galas de la santa y verdadera obediencia...» (I, 306).

[8] Este «deseo de conocer y seguir la verdad *más virilmente*» retrata la entraña del ser de Santa Catalina frente a las exigencias de la santidad. En su epistolario, en el *Diálogo* y en su carácter mismo, esta «virilidad» es idea clave, como ha podido verse en la *Introducción*.

[9] La situación política de Italia, especialmente en los Estados pontificios, en Toscana, Lombardía, Florencia, agravada por la ausencia de la corte pontificia y su traslado a Aviñón, equivalía con frecuencia, en los tiempos de la Santa, a un estado de rebelión y hostilidad contra el Romano Pontífice, con daños incalculables para las almas.

[10] En la respuesta a la cuarta petición se ofrecerán los datos históricos y las conjeturas de los autores para identificar este «caso particular», del que se habla también en la carta 272, a su confesor, el Beato Raimundo de Capua (IV, 193), con alguno de los conocidos por otras fuentes biográficas.

El orden de las peticiones no corresponde al de las respuestas, que constituyen el esquema elemental del *Diálogo*. Se altera con el cambio de la tercera en lugar de la segunda. Sólo en el resumen final de todo el *Diálogo* se vuelve al orden con que aquí hace Santa Catalina sus peticiones a Dios.

Tampoco coinciden exactamente en la formalidad de su enumerado y del orden de disposición con las cuatro peticiones que figuran en la citada carta 272. La doctrina y las ideas fundamentales son, sin embargo, las mismas.

§ 2. Circunstancias que venían a aumentar este deseo vehemente

[Cap. II.] Este deseo era grande y era continuo; pero creció mucho más habiéndole mostrado la Primera Verdad las necesidades del mundo y en cuántas tempestades y ofensas de Dios andaba envuelta. Y recordaba también una carta que había recibido del Padre de su alma [11], en la que le manifestaba una pena y un dolor intolerables por la ofensa de Dios, el daño de las almas y la persecución de la santa Iglesia. Todo esto encendía en ella el fuego del santo deseo. Al dolor de las ofensas se juntaba en ella la alegría por la esperanza de que Dios proveería a tantos males.

Y, puesto que en la comunión parece que el alma se une más dulcemente con Dios y conoce mejor su verdad (porque el alma está entonces en Dios, y Dios en el alma, como el pez está en el mar, y el mar en el pez) [12], se le avivó el deseo de que llegase la mañana para asistir a la misa.

Este día era el día de María [13].

Llegada la mañana y la hora de la misa, se sentía con ansioso deseo y con gran conocimiento de sí misma, avergonzándose de su imperfección, pareciéndole ser ella causa de los males que sucedían en el mundo entero, concibiendo un odio y un desprecio de sí con santa justicia [14].

---

[11] En la carta a su confesor, además de la carta recibida de él, menciona otra recibida del pontífice, el papa Gregorio XI, al que cariñosamente llama *dolce babbo*, dulce Padre, y por cuya «enfermedad» pidió «a una sierva de Dios ofreciese lágrimas y sudores en la divina presencia». Ferretti interpreta esta «enfermedad» como una alusión a la debilidad de carácter propia de este papa, y que la Santa se esforzó en sostener y vigorizar (IV, 178, n. 1).

[12] Esta como otras muchas expresiones de Santa Catalina reconocen su origen en la intensa vida mística, cuyas experiencias, aunque imperfectamente, cuajaban en frases y locuciones empleadas constantemente en su lenguaje. El sentido de estas frases y locuciones al margen de aquellas experiencias puede resultar poco claro. Son siglas de luminosidades interiores, difíciles de comunicar a los demás. «El día 18 de agosto del mismo año (1370) volvió Dios a manifestar su poder a Catalina en la comunión de la mañana. Cuando el sacerdote con la hostia en la mano le invitaba a decir: «Señor, yo no soy digna de que entréis en mí», una voz respondió: «Yo soy digno de entrar en ti». Recibida la comunión, le pareció que su alma penetraba en el Señor y el Señor en ella, *como el pez penetra en el agua y el agua le circunda totalmente;* se sintió de tal modo absorbida en Dios, que apenas pudo volver a su celda. Llegada a ella, se dejó caer sobre el pequeño lecho de tabla que se había hecho y en él permaneció largo tiempo como muerta» (BEATO RAIMONDO DA CAPUA, *Caterina da Siena*, trad. ital. de TINAGLI [Siena 1952²] l. 2, c. 6, n. 192, p. 247: en ALVAREZ, *Biografía* [Vergara 1926] p. 145).

[13] Sábado, día consagrado a la Virgen. Otros autores aventuran otras hipótesis. Por ejemplo: que se trataba de algún domingo de octubre, más especialmente dedicado a María, o la fiesta de la Presentación, en noviembre (TOMMASEO, carta 272, IV, 159, nota 6).

[14] «... una vez le pregunté cómo podía *en verdad* juzgarse y confesarse causa de todos los males que sucedían. Ella, confirmando su idea, dijo que en realidad era así, y añadió: «¿No es verdad, acaso, que, si yo estuviera verdaderamente abrasada en el fuego del amor divino, El, que es todo misericordia, tendría misericordia de todos y haría que en todos ardiera el mismo fuego que arde en mí? ¿Quién impide tanto bien? Nada más que mis pecados. En El no cabe im-

§ 3. «Castiga, Señor, aquí mis pecados y castiga en mí los de mis hermanos»

En este conocimiento y odio y justicia purificaba las manchas que le parecía tener (y de hecho tenía) en su alma, diciendo: «¡ Oh Padre Eterno !, a ti acudo reclamando que quieras castigar mis ofensas en este tiempo limitado, y, puesto que soy causa de las penas que debe sufrir mi prójimo, te pido benignamente que las quieras castigar en mí».

perfección; luego el mal está en mí y de mí proviene. Además, cuando considero tantas y tantas gracias como me ha concedido su misericordia a fin de que llegara a aquella perfección, y, sin embargo, por mis pecados no he llegado todavía..., entonces me irrito contra mí misma y lloro mis pecados...» (BEATO RAIMONDO DA CAPUA, *Caterina da Siena,* prólogo 1.º, n. 13, p. 36: en ALVAREZ, p. LXXXII).

PARTE I

Respuesta a la primera petición. Enseñanzas a la Santa y a los siervos de Dios para hacerlos útiles en la salvación del mundo y reforma de la Iglesia

SUMARIO

A la súplica ferviente y arrebatada de la Santa: «Castiga, ¡oh Dios!, aquí, en esta vida, mis pecados; castiga en mí los de mis hermanos», corresponde Dios con tres enseñanzas principales, que constituyen la primera de las cuatro respuestas divinas a las cuatro peticiones de Santa Catalina. Estas enseñanzas tienen por finalidad hacer al alma que suplica y a los demás siervos de Dios que han de participar de su espíritu y de su doctrina verdaderamente útiles para la obra que constituye el objeto de sus ansias torturantes y de su incesante oración y sacrificio: la salvación del mundo y la reforma de la santa Iglesia.

Substancialmente, la doctrina que en ellas se encierra es:

1. Lo que satisface ante Dios por los pecados propios o ajenos no es propiamente la obra exterior, el sacrificio como tal de la criatura, sino el amor, el deseo—infinito por ilimitado y por participado del amor de Dios—que los acompaña.

La posibilidad de expiar por los demás no releva al pecador de la necesidad de su personal colaboración. Según sean las disposiciones interiores del favorecido, serán también el provecho espiritual de las oraciones, obras de penitencia y deseos fervientes ofrecidos por su intención.

2. Lo mismo el pecado que toda obra buena no pueden quedar reducidos a los límites de lo estrictamente personal. Tienen una inevitable y múltiple repercusión y relación con los demás.

Quien ofende a Dios, además de causarse un daño a sí mismo, la causa negativa y positivamente al prójimo de muchas maneras.

Por lo mismo, toda virtud tiene necesariamente su expresión en esta caridad a los hermanos. Aun diversas entre sí, vienen a reducirse todas las virtudes a la caridad, con la que amamos a Dios e inescindiblemente a nuestro prójimo. A ello fuerza, además, la providencial distribución desigual de los dones espirituales y materiales y, por tanto, la necesidad de nuestra mutua dependencia.

El que ama a Dios ha de encontrar en el prójimo, aun pecador, la prueba de la presencia en su espíritu de las virtudes auténticas.

3. Señala las características que deben tener las virtudes y el sacrificio de los siervos de Dios para que puedan serle aceptables en orden a la expiación de los pecados propios y ajenos; por tanto, a la salvación del mundo y reforma de la Iglesia, objeto central de las peticiones de la Santa.

Estas condiciones son:

—que se funden en la humildad y el amor sobrenaturales, como exige la verdadera discreción;

—que no se ponga la esencia de la perfección en las obras de penitencia corporal, sino en el amor y en el vencimiento propio por amor;

—que el ejercicio de la caridad al prójimo vaya ordenado por la discreción.

Cierran esta primera parte un breve resumen de toda esta doctrina, una exhortación a soportar virilmente toda clase de pruebas y persecuciones que les pudieran venir, ya que son las mismas que por nosotros sufrió Cristo, y la exposición que la Santa hace de los efectos que en ella producía la radiante manifestación de la bondad de Dios y de la ingratitud del hombre.

CAPITULO I

La expiación de los pecados propios y ajenos

§ 1. No la pena, sino el amor que le acompaña, es lo que satisface por los pecados propios o ajenos

[Cap. III.] Entonces la Verdad Eterna, arrebatando y atrayendo hacia sí más fuertemente todavía el deseo de esta alma y haciendo como hacía en el Antiguo Testamento, que a la hora de los sacrificios que se le ofrecían bajaba fuego del cielo y atraía hacia sí el sacrificio que le era acepto, así obraba la dulce Verdad con esta alma, enviándole el fuego de la clemencia del Espíritu Santo y arrebatando el sacrificio del deseo que ella le ofrecía, diciendo:

«¿No sabes, hija mía, que todas las penas que sufre o puede sufrir el alma en esta vida no son suficientes para expiar la más mínima culpa, ya que la ofensa hecha a mí, que soy Bien infinito, requiere satisfacción infinita? Quiero que sepas que no todas las penas que se dan en esta vida son por castigo, sino para corrección y enmienda del hijo cuando éste peca. Mas esto es cierto que se satisface con el deseo del alma, es decir, con la verdadera contrición y horror del pecado. La verdadera contrición satisface por la culpa y la pena, no por lo limitado y finito de la pena que se sufre, sino por el deseo infinito [1], puesto que Dios, que es infinito, quiere infinitos el amor y el dolor [2].

Quiere el dolor infinito por dos motivos: uno, por la propia ofensa cometida contra su Creador; otro, por la ofensa que ve cometer a su prójimo.

Los que tienen un deseo infinito, es decir, que están unidos a mí por afecto de amor, se duelen cuando me ofenden o ven que otros me ofenden. Por esto, toda pena sufrida por éstos, tanto si es espiritual como corporal o de cualquier parte que les venga, les vale mérito infinito y satisface por la culpa, que merecía pena infinita. Cierto que se trata de ope-

---

[1] La satisfacción infinita por lo infinito del amor y del dolor se verifica plenamente en Jesucristo por la unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina. Habla de «deseo infinito», refiriéndose al alma humana, por el mérito sobrenatural de sus deseos y afectos cuando está unida con Jesucristo por la gracia y por lo ilimitado de sus aspiraciones, frente a la infinita dignidad y santidad de Dios, ofendida por el pecado de los hombres. «La discreción—dice en la *Carta* 213, *a sor Daniela de Orvieto*—veda tomar como finalidad principal, en el servicio de Dios, la mortificación corporal, que no es más que instrumento para que el alma pueda servir a Dios, no con algo que se le pueda arrebatar y que sea finito, sino con algo infinito, como es el *santo deseo*, infinito por la unión verificada con el infinito deseo de Dios» (III, 302).

Invita en otra carta a Fr. Guillermo Fleete a unirse con Jesucristo con el vínculo de la misma caridad que tuvo atado y clavado a Jesucristo en la cruz. Y, queriendo probablemente contrapesar el afán de mortificación corporal que ya anteriormente en él había corregido (carta 64, I, 355), le dice: «Golpeemos, golpeemos con afecto, ya que lo infinito, bien reclama deseo infinito. Esta es la condición del alma, porque su ser es infinito *(inmortal, y porque el objeto del entendimiento y la voluntad es la misma verdad y bondad infinitas)*, desea de un modo infinito, y además no se sacia jamás si no es uniéndose con lo infinito» (carta 77, II, p. 26).

Santa Catalina exige en el alma «deseo infinito», «infinito amor e infinito dolor» en el sentido de tendencia ilimitada, que no se agota en ninguna acción ni se sacia con ninguna cosa particular y limitada. Califica de infinita a la culpa, porque va contra la bondad infinita de Dios. *Infinito* equivale, por último, a no cerrado en ningún confín, sin confín, ilimitado, no determinado a esta cosa o persona; a veces, como en este punto del *Diálogo*, califica un sentimiento basado en motivos sobrenaturales, divinos, o especificado por un fin de esta índole..., pero no deseo de duración interminable (D'URSO, JACINTO, O. P., *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza [1954] p. 339). En este artículo se puntualiza la interpretación dada a la expresión «deseo infinito» por el P. GRION, *Santa Caterina da Siena. Dottrina e fonti* (Roma 1953) p. 84 s.

[2] Transición de la alocución en primera persona en labios del Padre, a la alocución en tercera persona.

raciones finitas hechas en tiempo finito, pero su valor proviene de haber sido practicada la virtud y sufrida la pena con deseo y contrición y desagrado infinitos por la culpa cometida.

Esto demuestra Pablo al decir: *Si tuviere una lengua angélica, conociese las cosas futuras y diese todo lo mío a los pobres, y mi cuerpo a las llamas, si no tuviese caridad, de nada me valdría*[3]. Demuestra el glorioso Apóstol que las operaciones finitas son insuficientes para la expiación y para la recompensa si no están impregnadas del afecto de la caridad.

[Cap. IV.] Te he mostrado, hija queridísima, cómo en este tiempo finito no se puede expiar la culpa por ninguna pena como tal pena. Digo que la culpa no puede ser expiada más que por la pena soportada con deseo, amor y contrición del corazón; no por la pena misma, sino por la fuerza del deseo del alma. Todo deseo, al igual que toda virtud, vale y tiene vida en sí por Cristo crucificado, mi unigénito Hijo, en cuanto el alma de El saca el amor y por virtud sigue sus huellas; sólo por esto vale, no por otra cosa.

§ 2. El amor nace del conocimiento de sí mismo y de la bondad de Dios en sí

De este modo, las penas satisfacen por la culpa por el amor dulce y unitivo que se adquiere en el amable conocimiento de mi bondad y en la amargura y contrición del corazón. La amargura y contrición del corazón se adquieren, a su vez, en el conocimiento de sí mismo y de las propias culpas. Este conocimiento engendra el odio y disgusto del pecado y de la propia sensualidad y empuja al alma a considerarse merecedora de cualquier pena e indigna de toda recompensa. Así puedes ver, decía la dulce Verdad, cómo los que han conseguido contrición del corazón, amor de la paciencia verdadera y verdadera humildad se consideran merecedores de las penas e indignos de todo premio, lo sufren todo pacientemente y con humildad, satisfaciendo del modo indicado.

Tú me pides penas para satisfacer por las ofensas que me hacen mis criaturas y pides llegar a conocerme y amarme a mí, que soy suma verdad. Este es el camino para llegar al perfecto conocimiento y a gustar de mí, vida eterna; que jamás te salgas del conocimiento de ti; y, una vez hundida en el valle de la humildad, me conozcas a mí en ti[4].

[3] Resume el pasaje de 1 Cor. 13,1-3.

[4] Esta doctrina es básica en la construcción de la doctrina espiritual de Santa Catalina, como se ha visto en la *Introducción*, p. 53. Las citas paralelas de su epistolario podrían multiplicarse indefinidamente: «... no parece que pueda existir la virtud de la plenitud de la gracia sin vivir en la celda de nuestro corazón y de nuestra alma, en donde adquiriremos

De este conocimiento sacarás todo lo que te es necesario.

Ninguna virtud puede tener vida en sí sino por la caridad y la humildad, nodriza y sostenedora de la caridad. En el conocimiento de ti te humillarás al descubrir que por ti no eres y que tu ser proviene de mí, que os he querido antes que fueseis. Y que, por el amor inefable que os tuve al querer crearos de nuevo [5] a la gracia, os lavé y os engendré en la sangre de mi unigénito Hijo, derramada con tanto fuego de amor.

Esta sangre hace conocer la verdad al que se le quitó la nube del amor propio por el conocimiento de sí mismo, ya que de otra manera no llegaría a conocerla [6].

§ 3. Del amor procede el valor expiatorio del sufrimiento

Entonces el alma se enciende en este conocimiento de mí con amor tan inefable, que la tiene en continua pena; no con aflicción que la atormente y la seque (antes al contrario, la nutre), sino porque ha conocido mi verdad y su propia culpa y la ingratitud y ceguera del prójimo. Siente una pena intolerable, y sufre porque me quiere. Si no me quisiese, nada sentiría.

Al punto que tú y los otros siervos míos habréis conocido mi verdad de esta manera, deberéis sufrir, hasta la hora de la muerte, muchas tribulaciones, injurias y ultrajes, de palabras y de hechos, por la gloria y alabanza de mi nombre. Así, pues, sufrirás y tendrás que soportar penas.

Por tanto, tú y los otros siervos míos sufrid con verdadera paciencia, con dolor de la culpa y con amor de la virtud por la gloria y honor de mi nombre. Haciéndolo así, satisfarás por tus culpas y las de los otros siervos míos, y las penas que sufriréis serán suficientes, por el valor de la caridad, para satisfacer y ser premiadas en vosotros y en los demás. En vosotros, porque por ellas recibiréis fruto de vida; borradas las manchas de vuestra ignorancia, yo no me acordaré ya jamás de que me hayáis ofendido. En los demás, vuestra ca-

---

el tesoro que nos es vida, o sea el abismo santo del conocimiento de Dios y de sí mismo. De este conocimiento, queridas hermanas, procede aquel odio santo que nos une a aquella suma, eterna y primera Verdad al conocer que nosotros somos suma mentira» *(Carta* 30, *a la abadesa y a sor Nicolasa,* del monasterio de Santa Marta, en Siena, I, 168).

[5] Junto a la Bondad que por puro amor *crea* al hombre, aparece constantemente la Bondad que *re-crea,* vuelve a crear, a la vida de la gracia al hombre caído por la sangre del Hijo de Dios, *esparcida con tanto fuego de amor.* No son frases hechas; es la Verdad inefable, que, por inefable, se resiste a la limitación y a la frialdad de las palabras del pobre lenguaje humano.

[6] La gran Verdad, que supera toda ciencia, del Dios amor para con el hombre se nos revela en la Sangre. «En Cristo crucificado, y principalmente en su sangre, conoce—el alma—el abismo de la inestimable caridad de Dios» *(Carta* 51, *a Fr. Félix de Massa, agustino,* I, 291). «... la ardentísima caridad, que encontraréis plenamente en la sangre del Cordero» *(Carta* 40, *a ciertos hijos de Siena,* I, 246). Véase *Introducción,* p. 148 s.

ridad y vuestro amor habrán también satisfecho, y yo les daré mis dones en conformidad con las disposiciones con que los reciban.

§ 4. Grados en esta expiación según las disposiciones del favorecido

a) Con contrición perfecta

Perdonaré de un modo *particular* la culpa y la pena a los que se dispongan humildemente y con reverencia a recibir la doctrina de mis siervos, porque por ella llegarán a este conocimiento verdadero y contrición de sus propios pecados. De suerte que por medio de la oración y deseo de mis siervos recibirán fruto de gracia en mayor o menor grado según procuren aprovecharse de la gracia recibida.

b) Los que viven en «caridad común»

De modo *general*, otros por vuestros deseos recibirán perdón y remisión. (A no ser que sea tanta su obstinación, que quieran ser reprobados por mí a causa de su desesperación, despreciando la Sangre, con la que fueron comprados con tanta dulzura.) ¿Qué fruto recibirán? Este: que yo los espero, constreñido por la oración de mis siervos, y les doy luz y hago despertar en ellos el perro de la conciencia [6 bis], hago que perciban el perfume de la virtud y se deleiten en la conversación de mis siervos.

Permito a veces que el mundo se les muestre en lo que es, haciéndoles sufrir de muchas y variadas maneras con objeto de que conozcan la poca firmeza del mundo y levanten el deseo en busca de su propia patria: la vida eterna. Por estos y otros muchos modos, yo los conduzco. Ni el ojo puede ver, ni la lengua explicar, ni el corazón puede pensar cuántos son los caminos y modos que yo tengo, y sólo por amor, para reducirlos a la gracia, a fin de que mi verdad se realice en ellos [7]. Me obliga a obrar así con ellos la inestima-

---

[6 bis] Compara la conciencia a un perro, porque ella es la que se encarga de avisar la presencia del pecado o de las faltas en el alma. Explana esta metáfora en el [c. CXXIX], p. 275.

[7] *La verdad de Dios*, que debe realizarse en el hombre mediante su colaboración, no es otra que el fin supremo que Dios tuvo al crearle. «En la sangre de Cristo crucificado conocemos la luz de la suma, eterna *verdad* de Dios, que nos creó a su imagen y semejanza por amor y gracia, no por deuda u obligación. La *verdad* fué ésta: que nos creó para su gloria y alabanza y para que gozásemos y gustásemos de su eterno y sumo Bien» *(Carta* 227, *a Fr. Guillermo Fleete,* III, 395). «*Su verdad* es ésta: que El nos creó para darnos vida eterna; pero, por la rebelión del hombre contra Dios, esta verdad no se realizaba; por esto descendió a la mayor bajeza a la que podía descender vistiendo la divinidad con nuestra humanidad, hacerse Dios hombre. Esto hizo para realizar en nosotros su verdad, y en la sangre del amoroso Verbo nos lo ha manifestado claramente» *(Carta* 178, *a Neri de Landoccio,* III, 125). También de este profundo concepto de «la verdad de Dios» se ha hablado en la *Introducción* (p. 132 s.).

ble caridad con que los creé y también la oración y deseos y dolores de mis siervos, puesto que no desprecio sus lágrimas, sus sudores y su humilde oración, sino que los acepto, porque yo soy quien los hace amar y sufrir por el daño de las almas.

A éstos, sin embargo, no se les perdona la pena, sino la culpa solamente, ya que no están dispuestos por su parte a corresponder con amor perfecto a mi amor y al de mis siervos.

Su dolor por la culpa cometida no va acompañado de amargura y contrición perfecta, sino de amor y contrición imperfectos. Por esto no obtienen ni reciben la satisfacción de la pena como los otros, sino sólo de la culpa. Aquélla requiere recta disposición de una parte y de la otra, o sea de quien da y de quien recibe. Y, porque son imperfectos, sólo imperfectamente perciben el fruto de los deseos de quienes con sufrimiento propio los ofrecen por ellos en mi presencia. Pero es cierto, como te he dicho, que obtienen remisión y perdón de sus pecados. Por los medios antes indicados de la luz de la conciencia y los demás queda satisfecha la culpa, ya que cuando empiezan a conocerse vomitan la podredumbre de sus pecados, y reciben así el don de la gracia.

Estos son los que permanecen en la caridad común. Si reciben como corrección las contrariedades y no resisten a la clemencia del Espíritu Santo, salen de la culpa y reciben por ello la vida de la gracia.

c) Si se obstinan (aunque mientras vivan pueden retractarse), se pierden irremisiblemente; no devuelven la dote que se les dió

Pero si, como ignorantes, son ingratos para conmigo y para con los sufrimientos de mis siervos, se les convierte en ruina y en materia de juicio todo lo que se les había dado por misericordia; no por defecto de la misericordia misma ni de quien imploraba la misericordia para el ingrato, sino exclusivamente por su miseria y su dureza. Estos ponen, con la mano del libre albedrío, sobre su corazón, un diamante, que, si no se rompe con la Sangre, con nada se puede romper.

(Mas te digo que si, no obstante su dureza, mientras tienen tiempo para usar del libre albedrío imploran la sangre de mi Hijo y con esta misma mano—del libre albedrío—vierten la Sangre sobre la dureza de su corazón [7 bis], lo quebrantarán y recibirán el fruto de la sangre que fué pagada por ellos.) Pero, si se obstinan, pasado el tiempo, no queda

---

[7 bis] Lenguaje teológicamente preciso, aunque envuelto en metáforas. La libre voluntad del hombre es la que por los méritos de la pasión de Jesucristo y por la consideración del amor con que Cristo le redime sufriendo puede hacer posible el quebrantamiento de la obstinación en el pecado...

ya remedio alguno, porque no han devuelto la dote que yo les di al darles la *memoria*, para que recordaran mis beneficios; el *entendimiento*, para que viesen y conociesen la verdad, y la *voluntad*, para que me amasen a mí, verdad eterna, conocida por el entendimiento. Este es el patrimonio que yo os di, y que debe retornar a mí, que soy vuestro Padre.

Habiéndolo vendido y malbaratado al demonio, éste debe exigir en la muerte lo que en esta vida adquirió, llenando aquella memoria de placeres y de recuerdos de deshonestidad, de soberbia, avaricia y amor de sí mismo, odio y desprecio del prójimo y persecución de mis siervos. En medio de estas miserias, el desorden de la voluntad ofusca su entendimiento, y reciben, llenos de hediondez, pena eterna, pena infinita, porque no satisficieron la culpa con la contrición y odio del pecado.

§ 5. Resumen y exhortación

Ves cómo de este modo la pena satisface por la culpa, a causa de la contrición perfecta del corazón, no de las penas finitas; y no tanto la culpa sola, sino la pena que sigue a la culpa, en los que llegaron a esta perfección. En los demás, los sufrimientos satisfacen sólo por la culpa; lavados del pecado mortal, reciben la gracia; pero, siendo insuficientes su contrición y su amor para satisfacer por el castigo, tienen que expiarlo en el purgatorio.

Ves, pues, que el sufrimiento sólo expía por el deseo del alma unido a mí, que soy bien infinito, y esto en mayor o menor grado según la medida del amor de quien me ofrece sus oraciones y sus deseos y del amor de aquel por quien se pide. Con esta misma medida del amor con que se me da y del amor con que se recibe mide mi bondad la distribución de sus dones.

Atiza, por tanto, el fuego de tu deseo y no dejes pasar un solo momento sin que, con voz humilde y oración continua, clames por ellos en mi presencia. Así os digo a ti y al Padre que para tu alma te di en la tierra que sufráis varonilmente y que muráis a toda propia sensualidad.

§ 6. Dios se complace en estos deseos de padecer por El, porque son expresión del amor

[Cap. V.] Muy agradable me es el deseo de sufrir cualquier pena y fatiga hasta la muerte por la salvación de las almas.

Cuanto más uno sufre, más demuestra que me ama, y, amándome, conoce más de mi verdad; y cuanto más me conoce, siente más pena e intolerable dolor por las ofensas que se me hacen [8].

---

[8] «Hija, quiero que él—tu Padre espiritual—busque esto—el hambre de la salvación de las almas—con toda solicitud. Ni él ni nadie po-

Tú me pedías poder sufrir y ser castigada por los pecados ajenos, sin advertir que lo que me pedías era amor, luz y conocimiento de la verdad. Porque ya te dije que cuanto mayor era el amor, más crece el dolor y el sufrimiento. A quien se le aumenta el amor, se le aumenta el dolor. Por esto os digo: *Pedid y se os dará*[9]; yo jamás rechazo a quien me pide en verdad.

Considera que, cuando en un alma hay el amor de la divina caridad, va tan unido con la perfecta paciencia, que no se pueden separar el uno de la otra, y, al disponerse el alma a amarme, se dispone a pasar por mí penas en cualquier forma y de cualquier manera que yo quiera enviárselas. Sólo en el sufrimiento se demuestra la paciencia, que, como te he dicho, está unida con la caridad.

Sufrid, pues, virilmente, que de otra suerte no demostraríais ser ni en realidad seríais esposos fieles e hijos de mi verdad. Demostraríais no ser gustadores[10] de mi honor y de la salvación de las almas.

CAPITULO II

Pecado y virtud repercuten en el prójimo

§ 1. Quien ofende a Dios, se daña a sí mismo y daña al prójimo

[Cap. VI.] A este fin quiero hacerte saber que toda virtud, así como todo defecto, se ejercen por medio del prójimo[11].

Quien vive en odio y enemistad conmigo, daña al prójimo y se daña a sí mismo, que es su prójimo principal. Le causa daño en general y en particular.

---

dría conseguirla, sin embargo, sin pasar por muchas tribulaciones en la medida en que yo os las concediese. Dile que, en la medida que desea mi honra en la santa Iglesia, conciba amor y deseo de sufrir con verdadera paciencia. Y en esto conoceré que él y los demás siervos míos buscan en verdad mi gloria» *(Carta* 272, *a Fr. Raimundo de Capua,* IV, 181).

[9] Mc. 9,24.

[10] «Gustadores de la honra de Dios y de la salvación de las almas»: concepto y locución característicos en el estilo de Santa Catalina. No sólo tienen hambre de la gloria de Dios y del bien de las almas, sino que la *saborean,* se *alimentan* de este deseo—*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió* (Io. 4,34)—, la *gustan.* Los bienaventurados en el cielo son los *verdaderos gustadores;* los que gustan ya de modo definitivo e indefectible la verdad y a ella están unidos. «Os escribo con el deseo de veros *gustadores* y *comedores* de las almas, para gloria de Dios, sobre la mesa de la santísima cruz, en compañía del humilde e inmaculado Cordero». Este es el tema que desarrolla en toda la *Carta* 296 (IV, 292), *a Juan Salle Celle, monje de Valle Ombrosa.*

[11] El enunciado de este principio general, categórico, desconcierta en un primer momento. ¿Pierde de vista Santa Catalina las distincio-

En general, porque estáis obligados a amar al prójimo como a vosotros mismos; amándole, debéis ayudarle espiritualmente con la oración, aconsejarle de palabra y socorrerle espiritual y temporalmente, según su necesidad. Esta al menos ha de ser vuestra voluntad, si no tenéis posibilidad de hacerlo de otra manera.

Quien no me ama a mí, no ama al prójimo; al no amarle, no le socorre. Más aún: se daña a sí mismo, privándose de la gracia, y causa daño al prójimo, al no darle su oración y los dulces deseos que está obligado a ofrecer por él en mi presencia. Toda ayuda que le ofrezca no puede provenir más que del afecto que le tiene por amor a mí.

Asimismo, no hay pecado que no alcance al prójimo. Al no amarme a mí, tampoco se le quiere a él. Y todos los males provienen de que el alma está privada del amor a mí y del amor a su prójimo. Al no hacer el bien, se sigue que hace el mal; y, obrando el mal, ¿a quién daña? A sí mismo en primer lugar, y después al prójimo. Jamás a mí, puesto que a mí ningún daño puede hacerme, sino en cuanto yo considero como hecho a mí lo que hace al prójimo. Peca, ante todo, contra sí mismo, y esta culpa le priva de la gracia; peor ya no puede obrar. Daña al prójimo, al no pagar la deuda de dilección, de caridad y amor con que debería socorrerle con oraciones y santos deseos ofrecidos por él en mi presencia.

Esta es la ayuda *general* que se debe prestar a toda criatura racional. Utilidades *particulares* son las que se brindan a los que están más a nuestro alcance, y a los que debéis ayudar con la palabra y la doctrina, el ejemplo de buenas obras y con todo lo que se juzgue oportuno, aconsejándoles sinceramente, como si se tratase de vosotros mismos, y sin ningún interés de amor propio. Quien así no obra, carece ya de la caridad para con el prójimo. Y éste es el daño particular que se le causa.

Mas no sólo le perjudica no haciéndole el bien que podría hacerle, sino que, además, le causa un mal y un daño continuos. He aquí cómo: el pecado puede ser de pensamiento o de obra. Cuando es de pensamiento, queda cometido—el pecado y el daño—en el momento en que se concibe el placer del pecado y odio de la virtud y se abandona al placer

nes elementales de la teología en relación con los pecados, según se cometen contra Dios, contra el prójimo o contra sí mismo, y con las virtudes según su objeto? A medida que va desarrollando su pensamiento, aparece con claridad no sólo su sana ortodoxia, sino su denso contenido doctrinal. Todo acto de virtud, así como todo pecado, por oculto y personal que parezca, tiene su repercusión en el prójimo. Es una idea maestra en la mentalidad de la Santa, a la que más adelante vuelve con comparaciones y aplicaciones distintas (cf. T. DEMAN, O. P., *La parte del prossimo nella vita spirituale, secondo il «Dialogo»:* Spiritualità Cateriniana [Florencia 1947] p. 58 s.)

del amor propio sensitivo. que le priva del afecto de la caridad que me debe a mí y a su prójimo, según antes te dije. Después de concebir el mal, va dándole a luz en perjuicio del prójimo, según el capricho de su perversa voluntad sensitiva, y de muy distintas maneras.

A veces, lo que da a luz es hasta crueldad, bien sea en general o en particular. En general, cuando se ve a sí mismo y a los demás en peligro de condenación, en la hora de la muerte, por la privación de la gracia, y es tan cruel, que no quiere remediarlo ni en sí mismo ni en los demás por medio del amor de la virtud y el odio del vicio. Mas, como cruel, ensancha todavía los límites de su crueldad, pues no solamente no da ejemplo de virtud, sino que, como malvado que es, hace el oficio del demonio, apartando, según sus fuerzas, a la criatura de la virtud y conduciéndola al vicio. Esta es crueldad para con el alma, ya que se ha convertido en instrumento para quitarle la vida y darle la muerte.

Es igualmente cruel para con el cuerpo por codicia cuando, lejos de socorrer a su prójimo con lo suyo, quita lo ajeno, robando a los pobres. Otras veces con abuso de poder o con engaños y fraudes, mercadeando con las cosas del prójimo y aun con sus personas. ¡Oh miserable crueldad!, que se verá privada de mi misericordia si no vuelve a la piedad y benevolencia hacia el prójimo.

Otras veces profiere palabras injuriosas, después de las que, con frecuencia, viene el homicidio. Otras da a luz la deshonestidad en la persona del prójimo, por la que se convierte en animal bruto y hediondo, y contamina entonces no sólo a uno o dos, sino que queda contaminado quienquiera que con amor se le acerque o deba tratarle.

¿Contra quién va dirigido lo que pare la soberbia? Contra el prójimo, por el aprecio de la propia reputación; al creerse superior a él, todo lo del prójimo le disgusta, y por esto le desprecia. Si está constituído en autoridad, engendra crueldad e injusticia y se hace revendedor de la carne de los hombres.

¡Oh hija carísima!, duélete de mis ofensas y llora sobre estos muertos para que con tu oración se destruya su muerte.

He aquí cómo los pecados de todos y en todas partes repercuten en el prójimo y se cometen por su medio. De otra suerte, no hubiera pecado alguno, ni oculto ni descubierto [12]. Oculto es cuando no se le da al prójimo lo que se le debe; manifiesto, cuando engendra vicio del modo que te he dicho.

---

12 En un sentido absoluto, esta frase no podría admitirse. Además de los pecados directamente cometidos contra el prójimo, hay, por desgracia, otros muchos. Debe entenderse, pues, en el sentido de todo el capítulo, según se ha indicado en la nota precedente

Bien es verdad, pues, que toda ofensa hecha a mí es siempre a través del prójimo.

§ 2. Toda virtud tiene necesariamente su expresión en la caridad al prójimo

[Cap. VII.] Te he dicho cómo todos los pecados se cometen por medio del prójimo, y te he dado de ello razón: porque están privados del afecto de la caridad. Ella es la que da vida a toda virtud[13]. Y así, el amor propio, que quita la caridad y el amor del prójimo, es principio y fundamento de todo mal. Todos los escándalos, odios, crueldades y daños proceden de esta raíz del amor propio. El ha envenenado todo el mundo y ha contaminado el cuerpo místico de la santa Iglesia y el cuerpo universal de la religión cristiana[14]. Por eso te dije que en el prójimo, es decir, en su caridad, se fundan todas las virtudes, y así es en verdad.

Te dije también que la caridad daba vida a todas las virtudes, y es verdad, porque ninguna virtud puede subsistir sin la caridad. La virtud se adquiere por puro amor a mí. En cuanto el alma se conoce a sí misma, según dijimos, encuentra la humildad y el odio de su propia pasión sensitiva, reconociendo la *ley perversa* que está ligada a sus miembros, y *que siempre impugna contra el espíritu*[15]. Por esto se alza con odio y disgusto de la sensualidad, sujetándola con toda solicitud a la razón, y encuentra en sí misma toda la grandeza de mi bondad a través del conocimiento de todos los beneficios que de mí recibe y que en sí misma puede ver. Humildemente me atribuye a mí el conocimiento que de sí ha encontrado, reconociendo que por pura bondad le he sacado yo de las tinieblas y traído a la luz del verdadero conocimiento.

a) Todas las virtudes se reducen a la caridad, y no se puede amar a Dios sin, a la vez, amar al prójimo

Después de haber conocido mi bondad, la ama sin intermediario y con intermediario; sin el intermediario de sí misma o de su propio interés y con el intermediario de la virtud (que concibió por amor de mí), al ver que de otro modo, si no concibiese odio del pecado y amor de la virtud, no podría serme grato ni acepto. Luego de haber con-

[13] «La caridad es una madre que concibe en el alma los hijos de las virtudes y los da a luz, para gloria de Dios, en su prójimo» *(Carta 33, al abad mayor de la Orden de Monte Olivete,* I, 184).

[14] Obsérvese la terminología usada constantemente en las cartas y el *Diálogo* y su sentido distinto del usual. *Cuerpo místico* equivale siempre en Santa Catalina a la jerarquía, obispos y sacerdotes, administradores del tesoro de la Sangre a los fieles, que, a su vez, constituyen el «cuerpo universal de la religión cristiana» o «congregación cristiana».

[15] Gal. 5,17

cebido la virtud por afecto de amor, la da a luz en provecho del prójimo; de otra suerte, no sería verdad que la hubiera concebido en sí mismo [16]. Pero, como en verdad me ama, así también en verdad procura hacer bien a su prójimo. Y no puede ser de otra suerte, puesto que el amor a mí y el amor al prójimo son una misma cosa. Cuanto más me ama el alma, más ama al prójimo, ya que de mí nace el amor hacia El.

Este es el medio que yo os he ofrecido para que practicarais la virtud y tuvierais una prueba de su presencia en vosotros; pues, al no poderme ser a mí de utilidad alguna, debéis haceros útiles al prójimo. Esta es la señal de que por la gracia me tenéis en vuestra alma: que dais para el prójimo fruto de muchas y santas oraciones con dulce y amoroso deseo, buscando mi honor, mi honra y la salud de las almas.

El alma enamorada de mi verdad jamás deja de ser útil a todo el mundo en común y en particular, más o menos según las disposiciones del que recibe y del deseo ardiente del que da, como arriba dije al declarar que sólo la pena sin el deseo interior es insuficiente para expiar la culpa.

Cuando este amor de unión conmigo la ha obligado a amar a su prójimo y ha extendido su deseo por la salvación de todo el mundo,o procura (puesto que ya a sí misma se ha aprovechado, concibiendo la virtud, de donde le vino la vida de la gracia), procura, digo, poner sus ojos en la necesidad del prójimo en particular. Le socorre entonces según las diferentes gracias que yo le he concedido a fin de que ella las administrara; con su palabra enseñará a unos, aconsejará sincera y desinteresadamente a otros, dará ejemplo de santa vida... (aunque esto deban hacerlo todos sin excepción: edificar al prójimo por una buena, santa y honesta vida).

Estas y otras muchas virtudes que no podrías enumerar son las que se engendran en el amor del prójimo. Yo las distribuyo muy diversamente a las almas, y no las pongo todas en uno, sino que a uno doy una, y a otros particularmente otra (aunque es cierto que no se puede tener una sin que se tengan todas, por estar todas las virtudes ligadas entre sí),

---

[16] «Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su sangre preciosa con deseo de verte verdadera sierva y esposa de Cristo crucificado. Siervas debemos ser, pues hemos sido rescatadas con su sangre. No veo, sin embargo, qué utilidad pueda provenirle de nuestro servicio; luego debemos ser de utilidad a nuestro prójimo, ya que él es el medio por el que damos prueba de la virtud y la adquirimos. Toda virtud tiene vida por el amor; y el amor se adquiere en el amor, es decir, fijando los ojos de nuestra inteligencia y considerando cuán amados somos de Dios. Viéndonos tan amados, es imposible que no amemos... En Dios, como ves, concebimos las virtudes y en el prójimo se dan a luz *(Carta 50, a una «mantellata» de Santo Domingo, Catalina de Scetto,* I, 286).

pero hay siempre una que yo doy como virtud capital; a unos, la caridad; a otros, la justicia; a éstos, la humildad; a aquéllos, una fe viva; a otros, la prudencia, la templanza, la paciencia, y a otros, la fortaleza.

Estas y muchas otras doy al alma en diferente grado a distintas criaturas. Supongamos que una criatura posee una de estas virtudes como virtud principal y que su alma se ve más particularmente atraída hacia una de ellas; por esta inclinación atrae a sí a todas las demás, que (como hemos dicho) están ligadas entre sí por el afecto de la caridad [17].

b) La distribución desigual de los dones de Dios obliga al ejercicio mutuo de la caridad

Todos estos dones, todas estas virtudes gratuitamente dadas, todos estos bienes espirituales o corporales (o sea, necesarios a la vida del hombre), los he distribuído con tal diversidad y no los he puesto todos en uno mismo a fin de que os veáis obligados a ejercitar la caridad los unos con los otros. Bien podía dotar a los hombres de todo lo que les era necesario tanto para el alma como para el cuerpo, pero quise que uno tuviese necesidad del otro y fuesen ministros míos en la administración de las gracias y de los dones que de mí han recibido [18]. Quiera o no quiera el hombre, se ve precisado a ejercer la caridad con su prójimo. Aunque, si no la ejercita por amor a mí, no tiene aquel acto ningún valor sobrenatural.

Puedes ver, por tanto, que los constituyo ministros míos y los pongo en situaciones distintas y en grados diversos a fin de que ejerciten la virtud de la caridad. Esto os demuestra que *en mi casa hay muchas moradas* [19] y que yo nada quiero más que amor. En el amor a mí se contiene el amor al prójimo. Y quien ama al prójimo, observa toda la ley. Quien se siente ligado por este amor, si, según su estado, puede hacer algo de utilidad, lo hace.

---

[17] «Todas las virtudes nacen, tienen vida y valor por la caridad. Todas ellas están ligadas y unidas entre sí por el «afecto de la caridad». A través de las distintas metáforas sobre las relaciones mutuas que establece la Santa entre las varias virtudes, este principio fundamental de la espiritualidad cristiana permanece siempre inconmovible y claro. Esta es la doctrina de Santo Tomás, expuesta ampliamente en la *Suma Teológica,* 2-2, q. 23, a. 7 y 8; q. 184, a. 1.

[18] La desigual distribución de los dones—materiales y espirituales—por parte de Dios da ocasión para el ejercicio de esta caridad que el hombre debe a Dios en la persona de su prójimo. Más, lo hace necesario e inevitable. Dios nos quiso de balde, antes de que pudiéramos amarle nosotros a El. Con este mismo desinterés debemos dar al prójimo por Dios el amor y la utilidad o provecho del amor que a Dios no podemos prestar.

[19] Io. 14,2.

§ 3. El que ama a Dios, debe encontrar en los mismos pecados del prójimo la prueba de la autenticidad de sus virtudes

[Cap. VIII.] Te he dicho cómo el hombre es útil al prójimo y cómo en esta utilidad manifiesta el amor que me tiene.

Te diré ahora que por medio del prójimo, y con ocasión de las injurias que de él recibe, puede comprobar si tiene o no tiene en sí mismo la virtud de la paciencia. En el soberbio adquiere conciencia de su humildad. En el infiel, de su fe. En el que no espera, de su verdadera esperanza. De su justicia en el injusto. De su piedad en el cruel. De su mansedumbre y de su bondad en el iracundo.

Todas las virtudes se prueban y se ejercitan por el prójimo, como por su medio los malos manifiestan toda su malicia. Si te fijas, verás cómo la humildad se prueba en la soberbia, es decir, que el humilde apaga la soberbia al no poder el soberbio causar ningún daño al humilde ; ni la infidelidad del malvado que no me ama ni espera en mí puede causarlo al que me es fiel, ni disminuir la fe ni la esperanza del que en sí la concibió por amor a mí, sino que, al contrario, las fortalecen y las prueban en su amor para con el prójimo. Aunque le vea muy infiel y sin esperanza en mí y en mi siervo (que el que no me ama no puede tener fe ni esperanza en mí, pues la pone en la propia sensualidad, lo único que ama), mi siervo fiel no deja por eso de amarle fielmente y de buscar siempre en mí su salvación. Así, en su infidelidad y desesperanza prueba la fe del creyente. En ésta como en otras ocasiones en las que hay necesidad de dar pruebas de su fe, éste las da en sí mismo y en su prójimo.

Del mismo modo, no disminuye la justicia por la injusticia ajena ; por el contrario, el justo demuestra serlo por medio de la virtud de la paciencia ; como la benignidad y la mansedumbre se ponen de manifiesto en el tiempo de la ira a través de la dulce paciencia ; y en la envidia, disgusto y odio se ponen de manifiesto la dilección de la caridad a través del hambre y deseo de la salvación de las almas.

No solamente se ponen de relieve las virtudes en aquellos que vuelven bien por mal, sino que muchas veces mis siervos ponen carbones encendidos de fuego de caridad, cuya llama disuelve el odio, el rencor del corazón y de la mente del iracundo, y convierten muchas veces el odio en benevolencia, y esto por la virtud de la caridad y perfecta paciencia del que soporta la ira del inicuo, sufriendo y tolerando sus defectos. Si consideras la virtud de la fortaleza y de la perseverancia, las verás probadas en el sufrimiento de las injurias y detracciones de los hombres, que con frecuencia intentan apartarle del camino y doctrina de la verdad, unas veces

con injurias, y otras, con lisonjas. En todo se muestra fuerte y perseverante quien concibió dentro de sí la virtud de la fortaleza y la manifiesta en el prójimo como te he dicho. Pero si en el momento en que queda expuesta a muchas contrariedades no diere buena prueba de sí, es que no es virtud fundada en verdad[20].

CAPITULO III

Condiciones de las virtudes y sacrificios para que puedan ser aceptables a Dios

§ 1. Las virtudes han de tener su fundamento en la humildad y el amor

[Cap. IX.][21] Estas son las obras santas y dulces que yo exijo de mis siervos: las virtudes interiores del alma puestas a prueba, según te he dicho. No solamente aquellas virtudes que tienen por instrumento el cuerpo, es decir, que se practican con actos exteriores o con múltiples y variadas penitencias, que no son más que el instrumento de la virtud, pero no la virtud misma. Que, si no hubiese más que esto, sin la virtud interna, bien poco agradables me serían. Más aún: si el alma no practicase con discreción la penitencia, es decir, que su afecto estuviera puesto principalmente en la penitencia empezada, sería un obstáculo para su perfección.

[20] Tanto si el justo es víctima como si sólo es testigo de los pecados ajenos, éstos deben servir para aumentar, estimular y poner de relieve su virtud. «Estas ideas de la Santa no son simplemente ingeniosas; derivan de una decisión violenta de resistir al pecado; invitan a limitar, en lo posible, las ruinas espirituales, de las que poco antes ha trazado el cuadro. Se dan en el mundo espiritual tales y tan consoladoras compensaciones, que la Santa nos invita a multiplicarlas en los que esté en nuestra mano» (DEMÁN, *Spiritualità Cateriniana,* 64).

[21] La mayor parte de editores del *Diálogo* ponen aquí el principio del que titulan *Tratado de la discreción.* Ya expusimos en la *Introducción* los criterios que nos inducen a considerar estas páginas en el conjunto del *Diálogo* no como un *tratado* propiamente dicho, en su sentido escolástico, sino como parte de las enseñanzas personales dirigidas a hacer útiles a la Santa y a los demás servidores de Dios para la salvación del mundo y reforma de la santa Iglesia. Contienen las enseñanzas profundas y utilísimas que sin usar—muchas veces—la palabra *discreción,* en repetidas circunstancias históricas, tuvo que impartir la Santa a diversos discípulos suyos, más o menos desviados sea por influencia en las corrientes ascéticas de la época, sea por predisposición temperamental en el uso de la penitencia corporal, a fin de que evitaran el peligro de considerarla fin, cuando en realidad no es más que medio. Versan principalmente sobre este tema la *Carta* 64, «de bondad austera, exquisitamente sublime» (TOMMASEO), *a Fr. Guillermo Fleete,* en el que el amor a la soledad y a la más austera penitencia se mezclaban con algunos defectos, que la Santa corrige siempre con amor enérgico (I, 355), y la *Carta* 65 y la 213. *a sor Daniela de Orvieto,* gravemente afligida por no poder practicar las grandes penitencias a que se entregaba ordinariamente (I, 366, y III, 294).

Su voluntad debe tender al amor, al odio santo de sí mismo con verdadera humildad y perfecta paciencia, y a las otras virtudes interiores del alma, con hambre y deseo de mi honra y de la salvación de las almas[22]. Estas virtudes demuestran que la voluntad está muerta y continuamente sigue matándose, en cuanto a la sensualidad, por amor de la virtud.

Con esta discreción debe practicarse la penitencia, es decir, se debe poner el principal afecto en la virtud más que en la penitencia misma. La penitencia no debe ser más que un instrumento para acrecentar la virtud según la necesidad que tuviere y en la medida en que pueda practicarla según su posibilidad.

§ 2. Han de estar regidas por la discreción, que da lo suyo a Dios, a sí mismo y al prójimo

De otra suerte, poniendo por fundamento la penitencia, impediría su perfección, por no practicarla con la discreción, que da la luz del conocimiento de sí mismo y de mi bondad. No obraría conforme a mi verdad, sino indiscretamente, no amando lo que yo más amo y no odiando aquello que yo más odio. *Porque la discreción no es otra cosa más que un verdadero conocimiento que el alma debe tener de* SÍ Y DE MÍ[23]; en este conocimiento tiene sus raíces. Es como un retoño injertado y unido a la caridad.

Es cierto que la discreción tiene, a su vez, muchos retoños, como un árbol tiene muchas ramas; pero lo que da vida al árbol y a las ramas es la raíz, y ésta debe estar plantada en la tierra de la humildad, que es nodriza y sostenedora de la caridad y en la que está injertado este retoño y árbol de la discreción. No sería virtud la discreción y no produciría el fruto debido si no estuviese plantada en la virtud de la

---

22 La doctrina de Santa Catalina sobre la caridad en su doble aspecto de afectiva y efectiva puede reducirse a este esquema, coincidente, por otra parte, con el que tradicionalmente se enseña:

Caridad ...	Afectiva.	Deseo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, odio de la sensualidad, amor de la humildad verdadera y demás «virtudes intrínsecas».
	Efectiva.	Lucha por la muerte de la voluntad propia. Penitencia exterior para ayuda de la lucha interior.

23 Véase, a través de esta definición de «discreción», el sentido *trascendente* que la Santa le da, tan distante de lo superficial del concepto corriente de discreción, que no pasa de ser un cierto *tacto*, una prudente reserva en las relaciones sociales. En Santa Catalina, la discreción supone la caridad y en ella se funda. La caridad, a su vez, supone el verdadero conocimiento de sí mismo y de la bondad de Dios, que es la humildad. De este conocimiento se alimenta la caridad. Por medio de la caridad, la discreción tiene su raíz en este conocimiento de sí mismo y de la bondad divina (cf. HURTAUD, *Le Dialogue de Sainte Catherine de Sienne* [París 1947[23]] I, p. 34 nota). En Casiano es «la virtud que se mantiene lejos de dos excesos» *(Coll.*, II, c. 2).

humildad, ya que la humildad procede del conocimiento que el alma tiene de sí misma. Y ya te dije que la raíz de la discreción era un verdadero conocimiento de sí y de mi bondad, que mueve al alma a dar a cada uno lo que le es debido.

Ante todo, me atribuye a mí lo que se me debe, rindiendo gloria y alabanza a mi nombre y agradeciéndome las gracias y dones que reconoce haber recibido de mí. Y a sí misma se atribuye también lo que ve haber merecido, reconociendo no ser por sí misma y haber recibido gratuitamente de mí el ser que tiene [24] y toda otra gracia además del ser; todo me lo atribuye a mí y no a sí [25]. Le parece haber sido ingrata a tantos beneficios, y negligente en no haber hecho rendir el tiempo y las gracias recibidas, y por esto se cree digna de castigo. Entonces no tiene para sí más que odio y desprecio a causa de sus culpas.

Estos son los efectos de la virtud de la discreción, fundada, con verdadera humildad, en el conocimiento de sí. Sin esta humildad, el alma sería indiscreta (la indiscreción tiene su origen en la soberbia, como la discreción lo tiene en la humildad). Y por esto, sin discreción, me robaría, como un ladrón, la honra que me es debida y se la atribuiría a sí misma para vanagloria propia, y lo suyo me lo atribuiría a mí, lamentándose y murmurando de mis designios misteriosos sobre ella o sobre las otras criaturas mías; de todo se escandalizaría en mí y en su prójimo [26].

---

21 En el original: «Il quale cognosce avere avuto per *grazia* da me». La palabra *gracia* en el lenguaje de Santa Catalina, además del sentido *de don sobrenatural* que nos hace hijos de Dios, equivale a «no debido», «gratuito», a «fruto de amor», en cuanto todo lo que hay en la criatura responde a un puro don del Creador; tanto el ser como todo lo que, además del ser, posee.

25 «Contaba la santa virgen a sus confesores, entre los cuales, sin mérito alguno, estoy yo—dice el Beato Raimundo de Capua—, que, cuando empezó a aparecérsele Jesucristo en visiones, una vez en una de ellas éste le dijo: «¿Sabes, hija, quién soy yo y quién eres tú? Serás feliz si sabes estas dos cosas: *tú eres la que no es;* yo, el que soy. Si conservas este conocimiento en tu alma, el demonio no podrá engañarte y escaparás a todos sus engaños; no consentirás jamás en cosas contrarias a mis mandamientos y sin dificultad conseguirás toda gracia, toda verdad y toda luz» *(Caterina da Siena,* l. 1, c. 10, n. 92, p. 129: en ALVAREZ, p. 61). La enseñanza fué eficaz. Abrió surco profundo en el alma de Santa Catalina, cuyo edificio espiritual y doctrinal se basa en esta verdad. Apenas hay carta y página del *Diálogo* en que no aparezca o expresada en los mismos términos claros en que ella la recibió o se perciba por lo menos el eco de esta arraigada convicción, que ilumina toda la vida interior, mueve al ejercicio de todas las virtudes e inspira, con la más profunda y auténtica humildad, la máxima confianza.

26 «Murmurar de los misterios de Dios», «escandalizarse por las obras de Dios y del prójimo». Sin la luz de la visión sobrenatural del mundo y de las cosas, todo resulta misterioso y aun absurdo. Al margen de la fe, que todo lo clarifica, el hombre, por no comprenderlos, murmura de los designios de Dios en el gobierno del mundo y en la permisión de los acontecimientos; se escandaliza, interpretando torcidamente, como efecto de la indiferencia o del odio de Dios, lo que no es más que expresión de su bondad ilimitada e inefable. Toda la cuarta parte del *Diálogo* está dedicada a este tema, grato a la Santa y entrañablemente vivido por ella.

Bien al contrario proceden los que tienen la virtud de la discreción. Estos, después de pagar la deuda mencionada a mí y a sí mismos, pagan al prójimo la deuda principal del afecto de la caridad y de la humilde y continua oración que mutuamente se deben [27]; deuda de doctrina, de santa y honesta vida por el buen ejemplo, aconsejando y ayudando al prójimo según la necesidad para la salud de su alma.

En cualquier estado en que el hombre esté, señor, prelado o súbdito, si posee esta virtud, todo lo que hace para sí y para el prójimo lo hace con discreción y con afecto de caridad; porque estas virtudes están ligadas e íntimamente unidas entre sí y plantadas en la tierra de la verdadera humildad, que procede del conocimiento de sí mismo.

§ 3. Humildad, caridad, discreción, son virtudes íntimamente unidas entre sí

[Cap. X.] ¿Sabes cuál es la relación que hay entre estas tres virtudes? Es como si hubiese un círculo redondo sobre la tierra y de en medio de este círculo saliese un árbol con un retoño al lado unido a él. El árbol se nutre en la tierra que contiene la anchura del círculo. Si fuera arrancado de allí, el árbol moriría y no daría fruto mientras no fuera plantado de nuevo en la tierra.

Piensa, pues, que, de modo parecido, el alma es un árbol hecho por amor, y que de nada puede vivir como no sea de amor [28]. Si el alma no tiene amor divino de verdadera y per-

[27] «La *humilde* y *continua* oración». El lector asiduo de Santa Catalina llegará, a fuerza de encontrarlos siempre unidos, a familiarizarse con los dos calificativos que, según la Santa, han de condicionar siempre la oración. Para él pueden venir a ser una frase hecha, uno de tantos tópicos en el lenguaje de Santa Catalina, de los que a ella misma le era casi imposible desprenderse... Para ella tienen siempre un significado preciso, un contenido doctrinal, al que apela cada vez que debe hablar de la oración a fin de evitar las interpretaciones torcidas o superficiales. Cuando se penetra algo más en su mente, se llega a la convicción de que no sólo no puede ser de otro modo, sino que debía resultarle muy difícil expresarlo en forma distinta. «¿Qué medio hay (para que puedas unirte a Jesucristo más perfectamente)? La oración humilde, fiel y continua. Humilde, como hecha en el conocimiento de sí; continua, por el incesante deseo santo, y fiel, por el conocimiento que has conseguido de Dios, viendo que El es fiel y poderoso para darte lo que le pides; suma Sabiduría, que sabe, y suma Clemencia, que quiere darte más de lo que tú sepas pedir» *(Carta* 81, *a Francisca y a Francisco de Tolomei, nobles de Siena,* I, 50).

[28] ¡Qué fecunda en la vida y la doctrina de Catalina la idea grabada a fuego en sus entrañas de que «el alma es un árbol hecho por amor»! De aquí deduce ahora, y con frecuencia en sus cartas, que el alma no puede vivir más que de amor. Más adelante, y con deslumbradora luminosidad, que Dios no puede querer más que el bien del alma y que del amor ha de proceder todo cuanto Dios haga o permita en relación con la criatura, hechura de su amor.

«El alma no puede vivir sin amor: o amará a Dios o al mundo. El alma se une siempre a la cosa que ama y en ella se convierte...» *(Carta* 44, *a Antonio de Ciolo,* I, 259).

fecta caridad, no produce fruto de vida, sino de muerte Es indispensable que la raíz de este árbol, es decir, el afecto del alma, esté dentro del círculo del verdadero conocimiento de sí y de él nazca, ya que este conocimiento de sí mismo está unido a mí, que no tengo principio ni fin, como el círculo en su redondez. Por vueltas que des dentro del círculo, jamás encuentras ni fin ni principio, y, sin embargo, estás dentro de él.

Este conocimiento de sí y de mí en sí mismo está plantado en la tierra de la verdadera humildad, que tiene la misma anchura del círculo, o sea del conocimiento que ha tenido de sí, y que en mí termina. De la contrario, no sería círculo sin fin y sin principio, sino que tendría principio, al haber empezado a conocerse a sí mismo, y acabaría en la confusión, si este conocimiento no terminara en mí.

El árbol de la caridad se nutre en la humildad, haciendo surgir de sí el retoño de la verdadera discreción. El meollo del árbol, es decir, del afecto de la caridad que hay en el alma, es la paciencia, signo evidente de mi presencia en el alma y de que el alma está unida a mí[29].

Este árbol tan dulcemente plantado germina flores perfumadas de virtud de muchos y variados sabores. Produce frutos de gracia en el alma y de utilidad para el prójimo según las disposiciones con que éste quiera recibirlos de manos de mis siervos. Hace subir hasta mí olor de gloria y alabanza de mi nombre, porque en mí tiene su principio, y de aquí llega a su término, que soy yo mismo, vida perdurable, que no puede serle quitado si él no quiere.

Todos los frutos que provienen de este árbol están sazonados con la discreción, porque están unidos todos ellos entre sí.

---

[29] No deben interpretarse literalmente las diversas metáforas que la Santa emplea para explicar la interdependencia de las virtudes y para reducirlas a una unidad. Tomadas sus expresiones al pie de la letra, nos hallaríamos ante evidentes contradicciones: si la caridad es engendradora de todas las virtudes, de la paciencia, por tanto, y de la humildad, la paciencia no puede ser *meollo*, ni la humildad *nodriza* y sustentadora de la caridad. Cada uno de estos símbolos expresa un aspecto real de las relaciones y de la mutua dependencia de las virtudes entre sí. Ni tampoco la Santa pretende construir una teoría estrictamente científica de la organicidad de las virtudes en la estructura de la vida sobrenatural. A las comparaciones que aparecen a lo largo del *Diálogo* añade algunas más en su epistolario: «Yo no quiero que andes desarmado, sino que tengas las armas de Pablo («Pauluccio» le llama con diminutivo confianzudo de ternura y cariño), que fué hombre como tú; es decir, la coraza de la verdadera y profunda humildad, el manto de su ardentísima caridad. Como la coraza está unida al manto y el manto a la coraza, *así la humildad es nodriza y sostenedora de la caridad, y la caridad alimenta a la humildad*» (*Carta* 159, *a Fr. Ranieri, O. P.*, III, 29). Desde sus distintos puntos de vista, son verdaderas todas las afirmaciones de la Santa (cf. LEVASTI, A., *S. Caterina da Siena* [Torino 1947] p. 400).

§ 4. La penitencia exterior no es el fundamento, sino un instrumento de la santidad

[Cap. XI.] Estos son los frutos y las obras que yo reclamo del alma: la prueba de la virtud en el tiempo oportuno. Por esto te dije, si te acuerdas, hace ya bastante tiempo, cuando deseabas hacer grandes penitencias por mí y decías: ¿Qué podría hacer yo para sufrir por ti? En tu mente, yo te contesté, diciendo: «Yo soy aquel que me complazco en las pocas palabras y en las muchas obras». Para darte a entender que no aquel que sólo de palabra me llama diciendo: «Señor, Señor, yo quisiera hacer algo por ti», ni aquel que desea y quiere mortificar el cuerpo con muchas penitencias, sin matar la propia voluntad [30], me son agradables. Lo que yo quiero son obras abundantes de un sufrir viril, efecto de la paciencia y de las otras virtudes interiores del alma, todas ellas operantes y productivas de frutos de gracia.

Toda acción fundada sobre otro principio distinto de éste, yo la considero como «clamar sólo con palabras», porque no pasa de ser una cosa finita.

Siendo yo infinito, requiero acciones infinitas, es decir, infinito afecto de amor [31].

Quiero que las obras de penitencia y otros ejercicios corporales sean tenidos como instrumentos y no como principal objeto de vuestro deseo. Porque, si en esto se pusiese el afecto principal, no me daríais más que una cosa finita y semejante a las palabras, que, salidas una vez de la boca, dejan de existir como no las acompañe el afecto del alma Este afecto es el que engendra y da a luz en verdad a la virtud. Solamente cuando la acción finita (que yo he llamado palabra) va unida con afecto de caridad me es grata y agradable, Entonces va acompañada de la discreción, que se sirve de las acciones corporales como de instrumento y no las toma como fin principal.

En modo alguno conviene que el principio y fundamento de la santidad se ponga en la penitencia o en cualquier otro acto corporal exterior, puesto que no pasan de ser operaciones finitas por estar hechas en tiempo finito y porque algunas veces puede convenir que la criatura las deje o se las hagan dejar. Aparece claramente que son finitas (no esenciales) en el hecho de que a veces deben dejarse, después de haberlas empezado, por diversas razones, o por obediencia

---

30 En lo que tiene de *propia*, no en lo que tiene de *facultad*. Más adelante da la exacta equivalencia de esta muerte de la propia voluntad: «muerta, anegada y sometida a la voluntad de Dios».

31 «Deseo infinito» en el doble sentido explicado más arriba: en el sentido de *ilimitado*, en la aspiración del afecto, y en el *propio*, por lo infinito del amor mismo de Dios en sí, aunque la participación del mismo, por parte del hombre, sea finita.

impuesta por el superior, de modo que, si se empeñara en continuarlas, no sólo no merecería, sino que me ofendería. Debe considerarlas, por tanto, como medio y no como principio fundamental. Tomadas como fundamento, el alma se encontraría vacía cuando se viese obligada a dejarlas por algún tiempo.

a) De poco sirve mortificar el cuerpo si no se mortifica el amor propio

Esto enseña el glorioso apóstol Pablo cuando en su carta dice: *Mortificad el cuerpo y matad la voluntad propia*[32], o sea, sabed tener a raya el cuerpo, domando la carne cuando quisiera luchar contra el espíritu[33]. La voluntad debe estar en todo muerta y abnegada y sometida a la mía. Y esta voluntad se mata con la deuda que la virtud de la discreción paga al alma: odio y aborrecimiento del pecado y de la propia sensualidad adquiridos en el conocimiento de sí.

Este es el cuchillo que mata y corta todo amor propio fundado en la propia voluntad[34]. Quienes lo poseen son los que no me dan solamente palabras, sino abundancia de obras, y en esto tengo mis complacencias. Por esto te dije que lo que yo quería eran pocas palabras y muchas obras. Al decir *muchas* no fijo número, porque el afecto del alma fundado en la caridad, que vivifica todas las virtudes, debe

---

[32] Cita libre de Col. 3,1-6, que resume el pensamiento del Apóstol. Cf. también Rom. 6,9.

[33] Gal. 5,17.

[34] Santa Catalina no sólo es tenaz en sus comparaciones, que reaparecen muy frecuentemente, dando a sus ideas una precisión y profundidad extraordinarias, sino que las *prolonga* con nuevas aplicaciones, que las aclaran y les dan nuevo vigor. El odio y aborrecimiento del pecado y de la propia sensualidad adquirido en el conocimiento de sí mismo es un *cuchillo* con el que hay que *cortar* y *matar* todo amor propio fundado en la propia *voluntad,* al margen de la de Dios o en contraposición con ella. A dos discípulos que están demorando su decisión de entregarse a Dios les dice que no se entretengan en soltar ternuras y apegos: «no te pongas a soltar; ¡corta! Toma en la mano del libre albedrío un *cuchillo* de doble filo, el del odio y el del amor; amor de la virtud y odio y aborrecimiento del pecado, del mundo y de la propia sensualidad. Así demostrarás que eres hombre viril y no tibio y negligente» (*Carta* 130, *a Hipólito de los Ubertini*, de Florencia, II, 340). «Corta resueltamente», dice a Romano Linaiolo, de Florencia, en la carta 72 (I, 417).

«¡Oh dulcísimo y dilectísimo Amor! Yo no veo otro remedio sino aquel cuchillo que tú, Amor dulcísimo, tuviste en tu corazón y en tu alma; es decir, el odio que tuviste al pecado, y el amor a la gloria del Padre y a nuestra salvación. ¡Oh Amor dulcísimo!, éste fué el cuchillo que traspasó el corazón y el alma de la Madre» (*Carta* 30, *a la abadesa y a sor Nicolasa*, del monasterio de Santa Marta de Siena, I, 169).

«Debemos odiar esta ofensa y odiarnos a nosotros mismos que la cometimos; la persona que concibe este odio, quiere tomarse venganza de la vida pasada y sufrir toda pena por amor de Cristo y descuento de sus propios pecados, vengando la soberbia con la humildad; la codicia y la avaricia, con la generosidad y la caridad; la libertad de sus quereres propios, con la obediencia. Estas son las santas venganzas que debemos tomarnos con esta espada de doble filo: el del odio y el del amor» (*Carta* 159, *a Fr. Ranieri, O. P.*, III, 30).

llegar al infinito. No desprecio, sin embargo, la palabra; mas dije que quería pocas para dar a entender que todo acto exterior es finito, y por esto dije *pocas*. Ellas, sin embargo, me agradan cuando son instrumento de virtud, sin que en ellas se ponga la esencia de la virtud misma.

b) La perfección no se juzga por las penitencias, sino por el amor

Guárdese bien, pues, cualquiera de juzgar más perfecto al que hace penitencias, con las que procura matar el cuerpo, que a aquel que hace menos; porque no está en esto la virtud (como te he dicho) ni el mérito. No obraría mal quien por justas razones no pudiera hacer obras de penitencia exterior y practicara sólo la virtud de la caridad sazonada con la luz de la verdadera discreción (ya que, de otra suerte, tampoco tendrían valor). Este amor, la discreción me lo ofrece sin fin y sin medida, porque soy la suma y eterna verdad. No pone ley ni término al amor con el que me ama a mí, pero sí lo pone, según el orden de la caridad, en el amor que tiene al prójimo.

§ 5. La discreción debe ordenar la caridad al prójimo

La luz de la discreción, que, como te he dicho, procede de la caridad, ordena el amor al prójimo, al no consentir en hacerse daño a sí mismo con alguna culpa para ser de algún provecho al prójimo. Porque, si cometiera un pecado, aunque se tratara de librar del infierno al mundo entero o de hacer algún acto extraordinario de virtud, no sería caridad ordenada con discreción, sino indiscreta, pues no es lícito practicar un acto de virtud o de utilidad para el prójimo haciéndose culpable de pecado.

El orden que la santa discreción impone consiste en que el alma oriente todas sus potencias a servirme virilmente con toda solicitud y a amar al prójimo con afecto de amor. exponiendo mil veces, si fuese posible, la vida del cuerpo por la salvación de las almas; sufriendo penas y tormentos para que tenga la vida de la gracia y arriesgando sus bienes temporales para socorrer las necesidades materiales de su prójimo.

He aquí lo que hace la luz de la discreción nacida de la caridad. Tú ves que toda alma que quiere poseer la gracia guiada por esta discreción procura, como debe, tener para mí amor infinito y sin medida, y para el prójimo, al que ama con el amor infinito que por mí tiene, un amor y caridad ordenados, no haciéndose daño a sí misma pecando para socorrer a otro. Sobre esto os previno San Pablo cuando dijo

que la caridad debe empezar por uno mismo. De otra suerte, no sería utilidad perfecta la que se pretende hacer al prójimo. Cuando en el alma no hay la perfección, todo lo que hace para sí o para los demás es imperfecto. No sería conveniente que para salvar a las criaturas, finitas y creadas por mí, se me ofendiese a mí, que soy el bien infinito. Sería más grave y mayor aquella culpa que no el fruto que con ella se pretende hacer.

En modo alguno, por tanto, debe cometer pecado. La verdadera caridad lo entiende bien, porque ella trae consigo la luz de la santa discreción. Ella es la luz que disuelve toda tiniebla, destruye la ignorancia, sazona toda virtud e impregna todo lo que puede ser instrumento para actos de virtud. Posee una prudencia que no puede ser engañada, una fortaleza que nadie puede vencer; posee una perseverancia que llega hasta el fin, del cielo a la tierra; es decir, del conocimiento de mí al conocimiento de sí mismo, de mi caridad a la caridad del prójimo. Con verdadera humildad, su prudencia soslaya y esquiva todos los lazos del demonio y de las criaturas [35]. Con la mano desarmada, es decir, sólo con el mucho sufrir, derrota al demonio y a la carne con esta dulce y gloriosa luz, ya que con ella conoce su fragilidad, y, conociéndola, le paga la deuda del odio. Pisotea el mundo, y, puesto bajo los pies del afecto [36], despreciándolo y teniéndolo por nada, le domina y hace de él escarnio.

Por esto, los hombres del mundo no pueden arrebatar la virtud del alma. Sus persecuciones no hacen más que acrecentarlas y probarlas. La virtud primero es concebida por afecto de amor (como queda dicho) y luego es probada en el prójimo y dada a luz en relación con él. No podría decirse, en verdad, que había sido concebida la virtud si no apareciese y saliese a la luz, en el tiempo de la prueba, en presencia de los hombres. Porque ya te dije y te manifesté que no hay virtud perfecta y fecunda si no es mediante el pró-

[35] «... me parece que el demonio te ha engañado de tal manera, que no deja que se te encuentre. Yo, madre miserable, te voy buscando y enviando quien te busque, porque quisiera ponérteme sobre las espaldas de la amargura y de la compasión que tengo por tu alma... Consuela mi alma... No te dejes engañar ni por el miedo ni por la vergüenza que el demonio te presenta. Rompe estos lazos; ven, ven, hijo carísimo. Bien te puedo llamar *caro*, pues tantas lágrimas, sudores y amargura me cuestas» *(Carta* 45, *a Francisco Malavolti*, I, 266).

[36] Los *pies del afecto* son, en el lenguaje figurado de la Santa, los que pisotean el mundo, lo desprecian y lo dominan. Los que dan así los primeros pasos hacia la santidad.

El origen de esta locución figurada, tan familiar a Santa Catalina y frecuente en sus escritos, quizá pueda señalarse en el pasaje del pequeño tratado *Espejo de cruz* (c. 45), del dominico D. CAVALCA (1270-1342), hablando de la pureza del corazón: Cristo nos enseñó esta limpieza «cuando lavó los pies a sus apóstoles. Por los pies (según dice San Agustín) se entienden los afectos y la voluntad. Porque así como los pies llevan el cuerpo, así la voluntad lleva el alma...» (D'URSO, G., *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza [1954] p. 362).

jimo. Sería como la mujer que ha concebido un hijo en su seno; si no lo da a luz, de modo que pueda ponerlo ante los ojos de los demás, su esposo no se considera padre. Así yo, que soy esposo del alma, si ésta no da a luz el hijo de la virtud en la caridad del prójimo, manifestándolo, según la necesidad, en general o en particular, te digo que en realidad no ha concebido las virtudes en sí misma [37]. Y lo mismo digo de las faltas; todas se cometen por medio del prójimo.

§ 6. Conclusión

a) Resumen

[Cap. XII.] Acabas de ver cómo yo, que soy la verdad, te he manifestado cómo se llega a una gran perfección y puede conservarse.

Te he enseñado igualmente cómo se expía la culpa y cómo puede purgarse su pena en sí mismo o en el prójimo, diciéndote que la pena que sufre una criatura mientras esté en este cuerpo mortal no es suficiente para satisfacer a la vez la falta y el castigo mientras no vaya unida con el afecto de la caridad y a la verdadera contrición y odio del pecado. El sufrimiento puede expiar solamente cuando está unido con la caridad, no por el mérito del sufrimiento corporal, sino por el mérito de la caridad y el dolor de la falta cometida.

Esta caridad se adquiere con la luz del entendimiento, con un corazón recto y generoso que no tenga otro objeto más que a mí, que soy la Caridad misma. Te he manifestado todas estas cosas porque tú me pedías sufrir, para que tú y los otros siervos míos sepáis cómo debe ser el sacrificio de vosotros mismos por mí; sacrificio interior y exterior a la vez, como el vaso está unido al agua que se presenta al señor. El agua sin el vaso no podría ser presentada; el vaso sin el agua tampoco le sería agradable. De la misma manera, os digo que debéis ofrecerme el vaso de los muchos padecimientos exteriores de cualquiera manera que yo os los envíe, sin que seáis vosotros los que escojáis el tiempo, o el lugar, o los trabajos a gusto vuestro, sino al mío.

---

[37] Difícilmente podría traducirse en expresión más feliz, viva, asequible, la enseñanza del mandamiento nuevo y la idea de San Juan, heraldo de este mandamiento: *Si alguno dijere amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente* (1 Io. 4,20). El pensamiento de la Santa: la caridad es la *madre* de todas las virtudes, que ha ido apareciendo en las páginas anteriores, tiene aquí, de golpe, la formulación iluminada, de inspiración precisa, eficaz. En las cartas aparecen nuevos elementos y aplicaciones de la misma comparación. «En la caridad de Dios concebimos las virtudes, y en la caridad del prójimo, las damos a luz. Si lo haces así..., serás esposa fiel y no infiel. Esta falta a la fidelidad de su esposo cuando da a otro el amor que le debe. Tú eres esposa... y serás esposa fiel si el provecho y utilidad que no puedes dar a Dios en el amor que le tenemos, los tributas al prójimo con amor verdadero y cordial» (*Carta* 50, *a Catalina de Scetto*, I, 289). «¡Oh caridad llena de alegría!, tú eres aquella madre que alimenta en sus pechos los hijos de las virtudes» (*Carta* 108, *a Juana de Capo y Francisca*, en Siena, II, 206).

Este vaso debe estar lleno, es decir, debéis ofrecérmelo con afecto de amor y sincera paciencia, sufriendo y soportando los defectos del prójimo, odiando y detestando el pecado. Entonces estos sufrimientos, representados por el vaso, están llenos del agua de mi gracia, que da la vida al alma. Y yo recibo este presente de mis dulces esposas o de cualquier alma que me sirva al aceptar sus torturantes deseos, sus lágrimas y suspiros, sus humildes y continuas oraciones, que por el amor que les tengo son un medio de aplacar mi ira contra mis enemigos, los malvados de este mundo, que tanto me ofenden.

b) Exhortación. Animo viril ante las pruebas

Sufrid, pues, varonilmente hasta la muerte, y esto será para mí señal de que me amáis en verdad. No volváis la mirada atrás por temor de las criaturas o de las tribulaciones; antes bien, gozaos en la tribulación misma.

El mundo [38] se alegra haciéndome muchas injurias, y vosotros os contristáis en el mundo por causa de las injurias que se hacen contra mí. Al ofenderme a mí, os ofenden a vosotros, y ofendiéndoos a vosotros, me ofenden a mí, porque yo soy una misma cosa con vosotros.

Sabes muy bien que, habiéndoos dado mi imagen y semejanza y habiendo perdido vosotros la gracia por el pecado, para devolveros la vida de la gracia uní en vosotros mi naturaleza, cubriéndola con el velo de vuestra humanidad. Siendo vosotros imagen mía, tomé vuestra imagen al tomar forma humana. De modo que soy una cosa con vosotros mientras el alma no se separe de mí por la culpa del pecado mortal [39]. Quien me ama está en mí, y yo en él. Por esto, el mundo le persigue, porque el mundo no se conforma conmigo; y por esto persiguió a mi unigénito Hijo hasta la afrentosa muerte en la cruz. Y así hace también con vosotros; os persigue y os perseguirá hasta la muerte porque no me ama. *Si el mundo me hubiera amado a mí, también os amaría a vosotros. Pero alegraos, porque vuestra alegría será completa en el cielo* [40].

Más te diré: que cuanto más abunde la tribulación en el Cuerpo místico de la santa Iglesia, tanto más abundará ella misma en dulzura y consolación. Y su consuelo será éste: la reforma de santos y buenos pastores, flores de glo-

[38] El «mundo», como puede verse en este pasaje y en toda la obra de Santa Catalina, tiene un sentido bien determinado; significa la «no conformidad» del pecador con Dios por haber deformado su imagen con el pecado (cf. GRION, p. 28).

[39] «La criatura racional fué hecha esposa al tomar Dios la naturaleza humana» (*Carta* 143, *a la reina de Nápoles*, II, 389).

[40] Eco oportuno de los capítulos 15 y 16 del Evangelio de San Juan.

ria, que rinden gloria y alabanza a mi nombre, rindiéndome perfume de virtud, fundada en la verdad. Esta es la reforma de estas flores perfumadas que son mis ministros y pastores. No es el fruto de esta Esposa lo que necesita reforma; este fruto no disminuye ni se malogra jamás a causa de los defectos de los ministros[40 bis]. Alegraos, pues, en vuestra amargura tú, el Padre de tu alma y todos mis servidores. Pues yo, verdad eterna, os he prometido daros alivio, y después de la amargura os daré consolación (por el camino de las pruebas) en la reforma de la santa Iglesia.

c) Efectos de estas enseñanzas en aquella alma

[Cap. XIII.] Angustiada entonces aquella alma e inflamada de grandísimo deseo, concebido un amor inefable ante la infinita bondad de Dios por haber conocido y visto la grandeza de su caridad, que con tanta dulzura se había dignado corresponder a su petición y satisfacerla, dándole esperanza en el dolor entrañable que experimentaba por la ofensa de Dios y daño de la santa Iglesia y por su propia miseria (que habría visto en el conocimiento de sí misma), sentía esta alma crecer y disminuir a un mismo tiempo su propia amargura. Si el Sumo y Eterno Padre le había manifestado el camino de la perfección, también le daba a entender de nuevo su ofensa y el daño de las almas, como diré extensamente más adelante.

En el conocimiento que el alma adquiere de sí misma conoce mejor a Dios, conociendo la bondad de Dios en sí misma. En el dulce espejo de Dios conoce su propia dignidad y su propia indignidad; la dignidad de la creación, viéndose hecha a imagen de Dios gratuitamente y no por obligación. Y en el espejo de la bondad de Dios conoce el alma la indignidad a la que ha venido a parar por su propia culpa.

Al mirarse en el espejo es cuando se ve mejor la mancha de la cara. Así, el alma que con verdadero conocimiento de sí se levanta, en alas del deseo, a mirarse con los ojos del entendimiento en el dulce espejo de Dios, conoce mejor la mancha de su cara por la pureza que ve en El.

Y así, al crecer la luz y el conocimiento en esta alma, crecía una dulce amargura, y esta misma amargura disminuía al propio tiempo. Disminuía, por la esperanza que le había dado la Primera Verdad; como el fuego crece cuando se le echa leña, así crecía el fuego de aquel alma, hasta

---

40 bis Es decir, la eficacia de los sacramentos *ex opere operato*, independientemente de la dignidad o indignidad del que los administra.

el punto que no era posible a cuerpo humano el poder impedir que el alma se separase del cuerpo. De no haberse visto cercada[41] por la firmeza de aquel que es la fuerza suprema, no le habría sido posible resistirlo.

[41] «A no ser que, como acostumbra, quiera El *cercar* mi cuerpo» (*Carta-testamento*, 373, *al Beato Raimundo de Capua*, V, 319). Guigues (*Le livre des Dialogues*, p. 69, nota) interpreta esta imagen como si aludiera al barril, cuyas maderas se mantienen firmes cuando se les pone el círculo de hierro. Podría quizá mejor entenderse como continuación de la metáfora expuesta poco antes en la misma carta: «El maestro alfarero deshace y *rehace* las vasijas a su antojo... Yo tomo la vasija de tu cuerpo y la *rehago* para mantenerla en la santa Iglesia...» (*Carta* 373, ibid., p. 315).

PARTE II

Respuesta a la segunda petición. La salvación del mundo

SUMARIO

El Diálogo llega a la respuesta de Dios a la segunda súplica de Santa Catalina: la salvación del mundo.

En torno a este tema central se desarrolla toda esta parte frondosa y doctrinalmente interesantísima del libro. La conversación tiene, sin dejar de ser diálogo, un hilo conductor bien claro y definido, inconfundible, cuyos puntos de referencia culminantes son:

I. Estado del mundo y obligación de orar por la salvación del mismo.
II. Jesucristo, puente para esta salvación y sus características.
III. Desgracias y engaños de los que rehusan pasar por Jesucristo-Puente.
IV. Los tres escalones del Puente.
V. Las lágrimas con que por él se pasa.
VI. Ilustración complementaria sobre algunos puntos del proceso de las almas en el paso del puente de la salvación.

I. ESTADO DEL MUNDO Y OBLIGACIÓN DE ORAR POR LA SALVACIÓN DEL MISMO.

La Santa gime en la presencia de Dios su oración arrebatada de deseos de fuego: «Por tu gloria, ten misericordia de tu Iglesia».

Dios, al propio tiempo que acepta las lágrimas y anhelos de sus fieles servidores, pondera el estado de miseria en que el hombre ha venido a caer aun después de una redención generosa como la de Jesucristo. Estimula así aquel deseo y oración.

La Santa extiende explícitamente su plegaria a todo el mundo.

«Con sobrado motivo—se lamenta Dios Padre—puedo quejarme del hombre, creado con tanto fuego de amor». Pecados incontables; el amor propio, fuente de todos ellos, veneno del mundo...

La Santa experimenta el gozo indecible por la esperanza de lo que tanto anhela y el íntimo dolor por el amor no correspondido. Comprende el deber ineludible, que Dios ratifica, de que todos—en especial su director, unido siempre a sus plegarias—se entreguen a la misión de dar gloria a Dios en la salvación de las almas.

II. JESUCRISTO-PUENTE Y SUS CARACTERÍSTICAS.

A) Jesucristo-Puente.

Por el pecado de Adán no podía realizarse la «verdad de Dios», sus designios de amor sobre el hombre. El pecado hace irrumpir en los destinos del hombre un río impetuoso, que corta su camino hacia Dios. Su bondad tiende un puente que une la tierra con el cielo: Jesucristo.

El hombre debe colaborar, para que se verifique sobre él la «verdad de Dios», pasando por el puente. Posibilidad y naturaleza de esta colaboración del libre albedrío del hombre, cultivador de su viña...

B) Características de este puente.

Los elementos principales de esta descripción de Jesucristo-Puente son:

1) Los escalones, fabricados en el cuerpo del Crucificado para que el hombre pueda llegar al mayor grado de unión y transformación en Dios: los pies, el costado, la boca.
2) Elevado en alto para atraerlo todo hacia El y por El al Padre.
3) Construído con las piedras de las virtudes. El es el camino de la verdad, como el demonio es el camino de la mentira.
4) Siempre presente entre nosotros, aun después del período de su vida terrena.

La Santa acoge la doctrina divina con un himno —todo fuego—a la misericordia.

III. Desgracias y engaños de los que rehusan pasar por Jesucristo-Puente.

A) Desgracia de los que rehusan pasar por Jesucristo-Puente.

La proyección de la luz de Dios sobre el verdadero estado de los que se niegan a seguir a Jesucristo descubre toda la magnitud de su desgracia:

1) La muerte a la vida de la gracia, que los convierte, de árboles de amor, en árboles de muerte. Los frutos de este árbol son todos los pecados, cuyas cabezas principales—inmundicia, codicia, soberbia, ambición, perverso juicio—se describen.

2) El juicio o reprensión de Jesucristo, cuya sangre conculcan. Para enmarcar debidamente el juicio individual se expone la triple reprensión de Dios al hombre pecador:

a) *La incesante reprensión de la conciencia a través de los portadores del mensaje de salvación.*

b) *La reprensión en la hora de la muerte, si no ha precedido la enmienda del pecador. Objeto principal de esta reprensión será el «falso juicio», por el que se han estimado mayores los propios pecados que la misericordia de Dios, que ansía perdonar. No creer en el amor que perdona es la mayor ofensa a Dios que puede añadir el pecador a sus maldades. Las consecuencias perdurables de esta desesperanza son: privación de la visión de Dios, remordimiento de conciencia, visión del demonio, el fuego... A ellas se añaden los tormentos accidentales provenientes de la*

c) tercera reprensión: *juicio final. Como en los justos queda atado al bien el libre albedrío, en los pecadores queda atado y obstinado en el mal. La visión de Jesucristo, de la felicidad de los justos, la unión con el cuerpo, son otros tormentos accidentales para el condenado a raíz del último juicio.*

B) Engaños y males en esta vida.

Aun antes de que lleguen al castigo definitivo, los que rehusan hallar su salvación en Jesucristo son víctimas de engaños y males, que hacen imposible en esta vida la felicidad que tan ávidamente persiguen.

1) El demonio, cuyas hostigaciones son crisol para la virtud que le resiste, se constituye en señor de los que neciamente se le entregan.

2) Se aumentan considerablemente a sí mismos los inevitables sufrimientos de la vida humana, que a toda costa querían evitar. Son víctimas del mayor engaño del demonio, que les presenta con apariencia de bien lo que en sí es gran mal y camino de todos los males. La felicidad de los servidores de Dios reside en la satisfacción de sus deseos identificados con el querer de Dios.

3) La ceguera del desmesurado amor a sí mismos les impide el amor ordenado de todas las cosas de las que podrían gozar sin perder a Dios. El siervo de Dios es señor y domina todas las cosas. El pecador es esclavo de todas ellas.

4) La inconstancia, la tibieza, el temor servil, la presunción de la misericordia divina..., los hacen sucumbir de nuevo cuando el aguijón del dolor los sacude e inicia en ellos un movimiento de la voluntad hacia la gracia.

Amargura de la Santa por estos engaños y por la pérdida de las almas.

IV. Los tres escalones del puente.

A) *Una aplicación general de la figura de los tres escalones en el puente que conduce a la salvación; las tres potencias del alma, íntimamente unidas entre sí para el bien lo mismo que para el mal, son congregadas por el libre albedrío, en nombre de Jesucristo, para que El esté presente en el alma. Memoria, entendimiento y voluntad—no la una sin la otra—, cada una según su función específica, dispuestas a aborrecer el pecado y salir de él y a seguir, con el auxilio de la gracia, los caminos de Cristo. Es Jesucristo el camino, no el Padre. Es Jesucristo el que brinda a los sedientos un agua viva...*
Todo hombre que quiera salvarse ha de vivir

inexcusablemente este proceso interno—en el que los escalones tienen un sentido psicológico-espiritual—de las tres potencias enderezadas y congregadas para el logro y afianzamiento de la caridad.

B) Tres estados o grados del alma y tres escalones en Cristo crucificado.

El alma en su ascensión hacia Dios pasa por tres etapas, que son otros tantos grados de su perfección en el amor. La descripción del avanzar progresivo del alma se hace siguiendo estos tres grados o estados en que se puede encontrar y por los que debe ir pasando: siervo mercenario, siervo fiel, amigo e hijo, y estos tres estados no corresponden exactamente a los tres escalones, figurados en los pies, costado y boca de Jesucristo crucificado. Sin embargo, quien del temor servil del mercenario llegue al amor perfecto de hijo, habrá pasado, en coyunturas diversas, del primer escalón, de los pies, que pisotean los afectos terrenos, a la paz honda y transformadora de la boca...

Primer estado: *los que sirven a Dios con temor servil. Este no basta para perseverar y seguir adelante, si no se convierte en el temor santo de la ofensa a Dios más que del propio castigo y en el amor de la ley nueva.*

Segundo estado: *los que sirven a Dios con amor imperfecto. Como imperfecto, se delata en su disminución—tanto en su vertiente de amor a Dios como al prójimo—en el tiempo de la prueba y de la sequedad.*

Dios corresponde ciertamente a este amor imperfecto todavía, sin conceder la comunicación de sus secretos, que corresponde al amigo.

Tercer estado: Primer aspecto, amor de amigo.

A) En qué consiste.—*Por la purificación de su temor y de su amor llega el alma al amor de amigo. Dios se le manifiesta, a su vez, como tal en múltiples expresiones—ordinarias y extraordinarias—de amistad. Sigue, no obstante, aunque por caminos distintos, la purificación del alma; por ejemplo, la privación de los gustos espirituales, no de la gracia.*

B) Cómo conseguir este amor y perseverar en él.—*Con ocasión de tratar de los medios para perseverar en el amor perfecto, hace aplicaciones gene-*

rales de los mismos al trabajo ascético para llegar a él. Estas páginas, dedicadas principalmente a la oración, útil para los perfectos como para los imperfectos, constituyen un paréntesis, una digresión en la descripción del tercer estado del alma y un tratado casi completo interesante y utilísimo sobre la oración. Desde las primeras ediciones del Diálogo, *estos capítulos se han presentado como un tratado aparte en el conjunto del libro.*

Estos medios son:

1) La oración continua—*a pesar de las tentaciones y obstáculos diabólicos—le abrirá al alma las puertas del conocimiento sobrenatural de la caridad de Dios, revelada con especial claridad en la sangre del sacramento eucarístico.*

2) Oración no sólo vocal, sino mental, *fuente del conocimiento de sí junto con el conocimiento de Dios, sin el cual, como a ella le sucedió, aquél ofrece el peligro del abatimiento y la turbación. Dios, aunque en grados y formas distintas, da a todos esta gracia de la oración, y todos, según su condición, deben trabajar en ella para su bien y para el prójimo.*

3) No en busca de la consolación, sino de la gloria de Dios. *Este es el engaño de los que no saben interpretar la intención de Dios en el reparto de sus gracias de consolación y gustos espirituales, pegándose a ellos en detrimento de la caridad, hundiéndose en amargura cuando les faltan, dejándose engañar por el demonio, transformado en «ángel de luz», aunque fácilmente cognoscible por los síntomas que le acompañan.*

C) Características y frutos de este estado:

—Desinterés en el amor, que se fija más en el afecto del dador que en el don que se recibe.
—Firmeza contra los asaltos del demonio.
—Aumento de la delicadeza de conciencia.
—Entrega al amor del prójimo, perdido ya todo temor servil.

Conocimiento de la caridad de Dios en el costado de Cristo crucificado, *del que ven salir el poder infinito de la Sangre, que los redime en el bautismo.*

Segundo aspecto del tercer estado: Amor de hijos.

Este segundo aspecto del amor perfecto de los que han llegado al tercer estado no está separado del amor de hijos, que es un primer aspecto. Una ulterior perfección en el amor de amistad conduce al amor perfectísimo filial. Este grado está simbolizado en la boca de Jesucristo crucificado —último escalón en su cuerpo—por coincidir las manifestaciones de este amor con las funciones de la boca: hablar, gustar, dar la paz...

Caracterizan principalmente este estado los siguientes frutos:

1) *Presencia de las virtudes: paciencia, fortaleza, perseverancia.*
2) *Participación en el sufrimiento de Jesucristo, en el que solamente se glorían.*
3) *Dolor que supone la prueba de verse de nuevo en la envoltura corporal después de las gracias de unión que recibieron.*
4) *Luz que les hace descubrir la misericordia y bondad de Dios en los mismos pecadores y sacar provecho de las tentaciones del demonio. Felices a semejanza de los bienaventurados en el cielo, pero con la pena torturante por las ofensas que se hacen contra Dios, y que aquéllos no experimentan, desean desprenderse del cuerpo. Esta luz es la que ilumina a los santos y les da una sabiduría que supera toda ciencia humana.*

V. Las lágrimas.

Todo el proceso interno del alma en su ascensión desde la salida del pecado hasta las cumbres del amor perfecto va acompañado de lágrimas, expresión de los sentimientos propios de cada uno de estos estados. A petición de la Santa, se le da sobre este punto estas enseñanzas, que son una repetición del proceso anteriormente explicado, con una sistematización ligeramente distinta en torno a esta manifestación—externa o interna—de los sentimientos característicos en cada una de aquellas etapas que son las lágrimas.

Comprende: clases, valor y fruto de las lágrimas.

1) Clases de lágrimas:

a) *lágrimas que dan muerte;*
b) *lágrimas de sentimiento por el pecado cometido que empiezan a dar vida;*
c) *lágrimas de amor imperfecto;*
d) *lágrimas de amor de compasión por el prójimo;*
e) *lágrimas de dulzura por la unión con Dios. Relaciones entre estas dos últimas.*

Habla también de las lágrimas de fuego,

2) El valor *de las lágrimas se mide sólo por el deseo o afecto de la caridad que las inspira. Como la caridad, permanecen hasta después de la muerte.*

3) Frutos. *También, como es lógico, son distintos los frutos de cada una de las clases de lágrimas: frutos de muerte los de las primeras; purificación del pecado, adquisición de la virtud, deseo de la salvación de las almas, fortaleza, gracias inenarrables de unión, las demás, según la perfección de la caridad sobrenatural que las provoca.*

VI. Ilustración complementaria.

Viene a ser como un apéndice de esta segunda parte del Diálogo. *En su afán de ser útil para la salvación del mundo, ante el panorama del camino que para ir a Dios y evitar su pérdida han de seguir todas las almas, suplica la Santa enseñanzas más concretas sobre algunos puntos ya tocados en el curso de las páginas anteriores.*

Se refieren principalmente: a) *a la penitencia exterior en la vida espiritual;* b) *al modo de corregir al prójimo sin faltar a la caridad que se le debe, y* c) *a las reglas para discernir si la alegría de la consolación interior que el alma tiene con frecuencia en los últimos grados son de Dios o del demonio.*

1) *La doctrina sobre el papel de la mortificación corporal en la adquisición de la perfección se desarrolla ordenada y orgánicamente sobre la idea de tres iluminaciones interiores:*

a) *una inicial, indispensable, sobre la transitoriedad de las cosas y el conocimiento propio, que guía los primeros pasos del alma para salir del pecado;*
b) *una iluminación interior ya perfecta, que lleva a mortificar el cuerpo por la peni-*

tencia. Se corre el peligro, no obstante, de darle un valor e importancia de algo esencial que en sí no tiene. No el cuerpo, la voluntad propia, es lo que hay que macerar. Se completa esta doctrina volviendo sobre el tema más adelante; la penitencia no es el fundamento de la perfección.

c) *la iluminación interior —perfectísima—, que identifica la voluntad propia con el querer de Dios, sigue fidelísima y desinteresadamente a Jesucristo... Hace pregustar la felicidad eterna.*

2) *Ni en el juicio ni en la corrección de los defectos del prójimo se debe faltar a la caridad que se le debe. Para ello no se admita sin recelo ni cautela lo que pareciese verse en la oración sobre el estado del prójimo.*

3) *La alegría de la consolación, cuando viene de Dios, va unida indefectiblemente al deseo sincero de la virtud, a la humildad, al amor verdadero. Según el apego del alma a los gustos espirituales, es su conducta en relación con las gracias que producen en ella esta alegría.*

A modo de conclusión de toda esta segunda parte, pondera el Padre Eterno cuánto le agradan las súplicas fervientes de sus criaturas, y corresponde a la acción de gracias y a las nuevas peticiones de la Santa con una exhortación a la oración continua.

CAPITULO I

Estado del mundo y obligación de orar por la salvación del mismo

§ 1. Oración de la Santa: «Por tu gloria, ten misericordia de tu Iglesia»

Purificada el alma en el fuego de la divina Caridad, que encontró en el conocimiento de sí misma y de Dios, y aumentándosele el hambre con la esperanza de la salvación de todo el mundo y de la reforma de la santa Iglesia, se levantó delante del Eterno Padre, mostrándole la lepra de la santa Iglesia y miseria del mundo casi con las mismas palabras de Moisés, diciendo: «Vuelve, Señor, los ojos de tu misericordia sobre el pueblo y sobre el Cuerpo místico de la santa Iglesia». Más glorificado serás perdonando a tantas

criaturas y dándoles luz de conocimiento (todas te alabarían viéndose liberadas, por tu infinita bondad, de las tinieblas del pecado mortal y de la condenación eterna) que si me perdonas a mí sola, criatura miserable, que tanto te he ofendido y que soy causa y motivo de tantos males. Por esto te pido, divina, eterna Caridad, que tomes venganza en mí y tengas misericordia de tu pueblo. No me apartaré de tu presencia hasta que vea que haces con él misericordia.

¿Qué me importaría a mí tener vida eterna, si tu pueblo tiene la muerte, si las tinieblas cubren a tu Esposa, siendo ella la luz, principalmente a causa de mis pecados y los de las demás criaturas? *Quiero,* pues, y por especial gracia te lo pido, que tu caridad increada... [haga misericordia a tus criaturas] [1]. [Aquella increada caridad] que te movió a crear el hombre a imagen y semejanza tuya, diciendo: *Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza* [2]. Y lo hiciste queriendo, Trinidad Eterna, que el hombre participase en todo de ti, alta y eterna Trinidad. Por esto le diste la memoria, para que recordase tus beneficios, por lo que participa de tu *potencia,* Padre Eterno. Le diste el entendimiento, para que conociese viendo tu bondad y participase de la *sabiduría* de tu unigénito Hijo.. Le diste la voluntad, a fin de que pudiese amar lo que el entendimiento ve y conoce en tu verdad, participando de la *clemencia* del Espíritu Santo [3].

---

[1] A medio pronunciar su audaz oración: «*Quiero* que tú, caridad increada..., hagas misericordia con tus criaturas», parece sentir la incontenible necesidad de razonar su audacia. Y es la idea «caridad increada» la que desencadena el torrente de su afecto, de su desbordada admiración, y le obliga a un largo paréntesis denso, jugoso, ardiente, al término del cual termina también la súplica iniciada: «Por esto, amor inefable, te apremio y te ruego quieras tener misericordia con tus criaturas».

[2] Gen. 1,26.

[3] Doctrina constante en Santa Catalina. Se encuentra a cada paso, y casi siempre se conserva la misma correlación: Padre-potencia-memoria; Hijo-sabiduría-entendimiento; Espíritu Santo-clemencia-voluntad. Esta íntima semejanza del alma con sus tres potencias en un solo ser, con la trinidad de personas en una sola divinidad y la participación de cada potencia a lo que por apropiación se atribuye a cada una de las tres personas divinas, es para la Santa una prueba más del amor incomprensible de Dios a su criatura racional, «del amor inestimable con que se miró en ella y de ella se enamoró».

«Yo os prometo que, si lo hacéis así, os encontraréis, con Pablo, subidas al tercer cielo en medio de la Trinidad; es decir, que vuestra memoria se llenará de los beneficios de Dios y participaréis de la potencia del Padre Eterno...; el entendimiento gozará con la visión de su objeto, que es la sabiduría del Hijo...; la voluntad se verá atada con las ataduras del Espíritu Santo, abismo de caridad, en la que concebiréis un dulce y amoroso deseo, que os enajenará de la gloria de Dios y de la salud de las almas» (*Carta* 286, *a Aleja y otras hijas suyas de Siena el día de la Conversión de San Pablo,* IV, 246).

«¡Oh Trinidad eterna!, una Deidad, una en esencia y trina en personas... Tú has hecho al hombre a tu imagen y semejanza a fin que por las tres potencias que tiene en un alma se pareciese a tu trinidad y a tu unidad y esta misma semejanza pudiese aumentar y crecer; es decir, que por la memoria se asemejara y se uniese al Padre, al que se atribuye el poder; por el entendimiento se asemejase y se uniese al Hijo, al que se atribuye la sabiduría, y por la voluntad se asemejase y

¿Cuál fué la causa de poner al hombre en tanta dignidad? El amor inestimable con el cual miraste en ti mismo a tu criatura y te enamoraste de ella: la creaste por amor y le diste el ser para que gustase tu sumo y eterno bien.

Por el pecado cometido perdió la dignidad en la que tú le pusiste. Por la rebelión entablada contra ti cayó en guerra con tu clemencia y nos convertimos en enemigos tuyos. Tú, movido por aquel mismo fuego con que nos creaste, quisiste encontrar un medio para reconciliar la generación humana, caída en esta gran guerra, a fin de que después de esta guerra viniese una gran paz. Y nos diste el Verbo de tu unigénito Hijo, que se hizo intermediario entre nosotros y tú.

El fué nuestra justicia y castigó sobre sí nuestras injusticias. Rindióse a la obediencia que tú, ¡oh Padre Eterno!, le impusiste al vestirle de nuestra humanidad, tomando nuestra imagen y nuestra naturaleza [4]. ¡Oh abismo de caridad! ¿Qué corazón habrá que no estalle viendo la Alteza hundida en tal bajeza como es nuestra humanidad? Nosotros somos imagen tuya, y tú imagen nuestra por la unión verificada en el hombre, velando la deidad eterna con la nube miserable y la masa corrompida de Adán. ¿Cuál fué la causa de todo ello? El amor. Tú, ¡oh Dios!, te hiciste hombre, y el hombre fué hecho Dios... Por esto, Amor inefable, te apremio y te pido que tengas misericordia de tus criaturas [5].

§ 2. Respuesta de Dios

a) Las lágrimas y deseos de mis siervos me hacen fuerza, pero considera la miseria, que enturbia la belleza de la criatura

[Cap. XIV.] Volviendo Dios entonces hacia ella los ojos de su misericordia, dejándose violentar por sus lágrimas y atarse por la cuerda de su santo deseo, se lamentaba:

«Hija dulcísima, tus lágrimas me fuerzan, porque van unidas con mi caridad y son derramadas por amor a mí. Vuestros dolorosos deseos me atan. Pero mira y fíjate cómo mi Esposa tiene sucia la cara. Cómo está leprosa por la inmundicia y el amor propio y entumecida por la soberbia y la avaricia de aquellos que a su pecho se nutren, es decir, de los que componen el cuerpo universal de la religión

---

se uniese al Espíritu Santo, al que se atribuye la clémencia, que es amor del Padre y del Hijo» (elev. 3, en la Conversión de San Pablo; *Preghiere ed elevazioni,* ed. TAURISANO [Roma 1932[2]] p. 83, apéndice, p. 20).

[4] La redención del hombre, en el lenguaje de Santa Catalina, es con mucha frecuencia *la obediencia que el Padre impuso a Jesucristo,* y que Jesucristo cumplió hasta dar la última gota de su sangre, derramada «con tanto fuego de amor».

[5] Afortunado paréntesis, que nos ha conservado una de aquellas maravillosas elevaciones que afloraban en los labios de Santa Catalina en los transportes de su oración. Dice el P. Taurisano: «Con mucha probabilidad, esta página fué dictada después de la comunión» (*Diálogo* [Roma 1947] p. 37, nota 23).

cristiana y hasta el Cuerpo místico de la santa Iglesia [6]. Hablo de mis ministros, que son los que se alimentan y nutren a sus pechos. Y no sólo se alimentan ellos, sino que tienen el deber de alimentar y mantener en estos mismos pechos al cuerpo universal de la religión cristiana y a todo aquel que quiera levantarse de las tinieblas de la infidelidad y unirse como miembro a mi Iglesia.

b) Redimido el hombre por los méritos de la Divinidad unida a la humanidad, cae de nuevo en el pecado

Mira con cuánta ignorancia, y con cuántas tinieblas, y con cuánta ingratitud, y con qué inmundas manos es administrado este glorioso alimento y sangre de esta Esposa. Con cuánta presunción e irreverencia lo reciben. Sin embargo, esta preciosa sangre de mi unigénito Hijo es la que da vida y la que quita la muerte y las tinieblas, la que da la luz y la verdad y confunde la mentira. Todo nos lo dió esta sangre y consiguió cuanto era necesario para que pudiera conseguir la salvación y la perfección quienquiera que se disponga a recibirla. Como da vida y enriquece al alma de toda gracia en mayor o menor grado según la disposición y afecto de quien la recibe, así causa la muerte al que vive en la iniquidad, de suerte que, por propia culpa, es para el que la recibe indignamente, en las tinieblas del pecado mortal, fuente de muerte y no de vida. No por culpa de la Sangre o del que la administra; aunque éste se encontrara hundido en este mismo mal, o mayor todavía, puesto que su maldad no inutiliza ni enturbia la Sangre, no disminuye su gracia ni desvirtúa su fuerza. Por esto no daña a quien la administra, sino que se daña a sí mismo con el pecado, al que seguirá la pena si no se corrige con verdadera contrición y aborrecimiento de su culpa.

Digo, pues, que esta sangre perjudica al que la recibe indignamente, no por culpa de la Sangre o del ministro, como he dicho, sino por su mala disposición y su propio pecado, que con tanta miseria e inmundicia ha ensuciado su mente y su cuerpo, y por haber tenido tanta crueldad contra sí mismo y contra su prójimo.

El pecador ha sido cruel consigo mismo, privándose de la gracia, pisoteando con los pies de su afecto el fruto de la Sangre que recibió en el santo bautismo, por cuya virtud

---

[6] «¡Ay de mí! ¡Basta de callar! Gritad con cien millares de lenguas. Veo que, por callar, el mundo está podrido, la Esposa de Cristo ha perdido su color (Thren. 4,1), porque hay quien chupa su sangre, que es la sangre de Cristo, que, dada gratuitamente, es robada por la soberbia, negando el honor debido a Dios y dándoselo a sí mismos...» *(Carta 16, a un alto prelado, I, 85).*

Nótese la distinción entre «cuerpo universal de la religión cristiana» y «Cuerpo místico», administradores de la gracia.

se le quitó la mancha del pecado original contraída al ser concebido por sus padres[7]. A este fin, os di yo el Verbo de mi unigénito Hijo, puesto que la masa de la generación humana estaba corrompida por el pecado de Adán, el primer hombre, y todos vosotros, vasos hechos de la misma masa, estabais corrompidos, y erais incapaces de recibir vida eterna.

Por esto yo junté mi alteza con la bajeza de vuestra humanidad, para poner remedio a la corrupción y muerte de la generación humana y para restituirla a la gracia, perdida por el pecado. Yo no podía sufrir la pena, y, sin embargo, mi divina justicia la exigía por la culpa[7a]. El hombre no podía satisfacer por sí mismo, y de poder satisfacer en algo, lo habría hecho sólo por sí y no por otras criaturas racionales, aunque, en verdad, él no podía expiar ni por sí mismo ni por los demás, porque el pecado había sido cometido contra mí, que soy la bondad infinita[7b]. Yo quería, sin embargo, restaurar al hombre, debilitado e incapaz de expiar por las razones dichas; por esto envié al Verbo de mi Hijo revestido de esta misma naturaleza que la vuestra, masa corrompida de Adán, a fin de que sufriera el castigo en aquella misma naturaleza que me había ofendido; y sufriendo en su cuerpo, hasta llegar a la afrentosa muerte de la cruz, aplacase mi ira. Satisfice así a mi justicia y sacié mi divina misericordia, que quiso expiar la culpa del hombre y disponerse para el bien supremo para el que yo le había creado. Así, la naturaleza humana, unida con la naturaleza divina, pudo satisfacer por toda la humanidad, no sólo por lo que sufrió en la naturaleza finita, que tomó de la masa de Adán, sino por la eficacia de la eterna Deidad, naturaleza divina infinita. Por la unión de la una y la otra recibí y acepté el sacrificio de la sangre de mi unigénito Hijo, impregnada y amasada con la naturaleza divina por medio del fuego de mi divina caridad, que fué aquella atadura que le tuvo cosido y clavado en la cruz[8].

---

[7] «Recuerdo que la primera Verdad dijo una vez a una sierva suya que la preguntaba: ¿Por qué, estando ya muerto, quisiste que fuese abierto tu costado y saliese tanta abundancia de sangre?... Otra razón fué el bautismo, que iba a dar al género humano por los méritos de mi sangre» (*Carta* 189, *a las monjas de Monte Olivete*, cerca de Siena, III, 176).

[7a] «El hombre como tal *no podía* satisfacer por todo el género humano, y Dios *no debía* satisfacer; por esto convenía que Jesucristo fuese Dios y hombre» (SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, XIII, 13).

[7b] Esta imposibilidad de satisfacción por parte del hombre pecador la explica así Santo Tomás en la 3.ª parte de la *Suma*, q. 1, a. 2 ad 2: «En primer lugar porque todo la naturaleza humana estaba corrompida por el pecado; ni el bien de persona alguna o de muchas podía compensar el mal de toda la naturaleza, y en segundo lugar porque el pecado cometido contra Dios encierra alguna infinidad por lo infinito de la Majestad divina, ya que tanto mayor es la ofensa cuanto mayor es la dignidad de aquel a quien se ofende».

[8] «... Te escribo con el deseo de verte atada con los lazos de la di-

Sólo de este modo, por virtud de la naturaleza divina, fué capaz la naturaleza humana de satisfacer por el pecado. Así fué quitada la mancha del pecado de Adán, quedando sólo la señal, o sea la inclinación al pecado y la disposición a todas las enfermedades corporales, como permanece la cicatriz aun cuando la herida se haya ya curado.

Después del pecado de Adán, fuente de toda herida mortal, el gran Médico [9], mi Hijo, vino y curó al enfermo, bebiendo El mismo la amarga medicina que el hombre no podía beber por su misma debilidad. Hizo como la nodriza que toma la medicina en lugar del niño, porque ella está fuerte y robusta, y el niño no lo está como para poder soportar aquella amargura. Así hizo El, soportando, con la grandeza y fortaleza de la Divinidad unida con vuestra naturaleza, la amarga medicina de la penosa muerte de cruz para curaros y daros vida a vosotros, niños débiles a causa del pecado [10].

Quedó sólo la señal del pecado original, contraído de vuestros padres en vuestra concepción. Aunque imperfectamente, también esta señal se quita del alma en el santo bautismo, que tiene eficacia y da la vida de la gracia por esta gloriosa y preciosa sangre. Tan pronto como el alma recibe el santo bautismo, se le quita el pecado original y se le infunde la gracia. Y en cuanto a la inclinación al pecado, cicatriz que resta del pecado original, la debilidad solamente y el alma la puede refrenar si quiere.

Entonces, el vaso del alma está dispuesto para recibir en sí la gracia y para aumentarla. Mucho o poco, según querrá disponerse por el afecto y el deseo de amarme y servirme.

Puede disponerse tanto para el mal como para el bien a pesar de haber recibido la gracia en el santo bautismo. Porque, venido el tiempo de la discreción, por el libre albedrío puede hacer el bien o el mal según plazca a su propia voluntad. Y es tanta la libertad que el hombre tiene y le ha fortalecido tanto la fuerza de esta sangre gloriosa, que ni el demonio ni ninguna criatura le puede obligar a la menor culpa si él no lo quiere. Ha sido liberado de la esclavitud

---

vina caridad. Lazos que tuvieron cosido y clavado al Dios-hombre en el leño de la cruz; porque los clavos no eran capaces de sostenerle en ella si el amor no le hubiese mantenido fijo» (*Carta* 53, *a doña Inés, viuda de Orso Malavolti*, I, 303). Es un concepto frecuentemente repetido en los escritos de la Santa.

[9] «¡Oh amor inestimable! Para rescatar al siervo has dado a tu propio Hijo; para darnos la vida te diste a ti la muerte. Claramente se ve que es la suma y eterna Bondad y que nos ama inefablemente; si no nos amase, no nos habría dado semejante rescatador. La Sangre nos revela este amor» (*Carta* 78, *a Nicolás Povero, ermitaño en Florencia*, II, 30).

[10] Delicada comparación, saturada de ternura materna, para hacer asimilable la grandeza inasequible de la redención de Jesucristo.

y ha sido hecho libre para que fuese señor de su propia sensualidad y alcanzara el fin para el que fué creado.

¡Oh hombre miserable, que se deleita en el lodo como animal y no reconoce tantos beneficios como ha recibido de mí! Ya no podía recibir más esta miserable criatura, llena de tanta ignorancia.

c) Su deuda es mucho mayor que antes de la redención

[Cap. XV.] Quiero que sepas, hija mía, que, habiendo sido creado de nuevo el linaje humano en la sangre de mi unigénito Hijo y habiéndosele restituído la gracia, no quiere reconocer este beneficio. Por el contrario, van de mal en peor, de pecado en pecado, me persiguen siempre con muchas injurias y tienen tan en poco los favores que les he hecho, que no sólo no los consideran como tales, sino que hasta a veces se creen injustamente tratados, como si yo quisiese de ellos otra cosa más que su propia santificación. Para éstos será más duro el juicio y más severo el castigo. Serán ahora más castigados, porque han recibido la redención de la sangre de mi Hijo, que antes de ser redimidos, es decir, antes de que se les quitara la podredumbre del pecado de Adán. Es justo que a quien más recibe, más se le exija y más obligado quede a Aquel de quien lo recibió.

Muy obligado estaba conmigo el hombre, por el ser que le había dado, al crearle a imagen y semejanza mía. Obligado estaba a darme gloria; mas él me la arrebató para dársela a sí mismo. De este modo quebrantó la obediencia que le había impuesto y se hizo enemigo mío. Yo con mi humildad he destruído su soberbia, humillándome y tomando vuestra humanidad, arrancándoos de la esclavitud del demonio y haciéndoos libres.

Y no me he contentado con daros la libertad, sino que, si bien lo consideras, verás que el hombre ha sido hecho Dios y Dios ha sido hecho hombre por la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana.

Esta es la deuda que el hombre ha contraído; ha recibido el tesoro de la Sangre, por la cual son creados de nuevo a la vida de la gracia. Por esto están más obligados a darme gloria después de la redención que antes de ella[11]. Están obligados a darme gloria y alabanza, siguiendo las

[11] La deuda de amor contraída por el hombre al ser creado a imagen y semejanza de Dios se ve imponderablemente aumentada después de recibir el tesoro de la Sangre, por la que son *re-creados* a la vida de la gracia. Si toda criatura racional está obligada a dar gloria a Dios cuando ésta es objeto de una redención de sangre divina, ¿qué obligación, qué deuda ha de sentir gravitar sobre su conciencia? La redención del hombre y la justificación son una nueva creación; más todavía: una obra mayor que la misma creación (véase Santo Tomás, *Suma Teológica,* 1-2, q. 113, a. 9).

huellas de la Palabra encarnada, de mi unigénito Hijo; sólo así pueden pagar la deuda de amor a mí y de dilección del prójimo con virtudes verdaderas y operantes, según antes te expliqué. Al no hacerlo, puesto que tanto amor me deben, caen en una ofensa mayor, y por esto yo, en mi divina justicia, les reservo mayor pena en su eterna condenación.

d) Y será mayor su castigo

Por esta misma razón será mucho más castigado un mal cristiano que un pagano; por designio de la justicia divina, le consumirá más aquel fuego que no consume; es decir, que este fuego tortura, y en esta tortura se sienten consumir por el gusano de su conciencia. Sin embargo, no consume, porque los condenados no pueden perder el ser por ningún tormento que padezcan. Reclaman la muerte, y no la pueden conseguir, porque no pueden perder el ser. Perdieron el ser de la gracia por su propia culpa, pero el ser de su existencia no lo perderán jamás. Así, pues, la culpa es mucho más castigada después de la redención de la Sangre que antes, porque han recibido mucho más. Y, no obstante, no parece que los hombres adviertan y sientan sus propios males. Se han convertido en mis enemigos después de haberles reconciliado yo por medio de la sangre de mi Hijo.

Un remedio hay con el cual aplacaré mi ira; son mis siervos, si éstos fueren solícitos en obligarme con las lágrimas y atarme con las ligaduras del deseo. ¿Ves cómo tú me has atado con esta ligadura que te di, porque quería usar de misericordia con el mundo? Por esto doy a mis siervos hambre y deseo de mi honra y de la salvación de las almas, para que, constreñido por sus lágrimas, mitigue el furor de mi divina justicia.

e) «Toma de la fuente de mi caridad las lágrimas y el sudor que laven la faz de mi Esposa»

Toma, pues, tus lágrimas, tu sudor, y sácalos, tú y los otros siervos míos, de la fuente de mi divina Caridad, y lavad con estas lágrimas la cara de mi Esposa. Yo te prometo que por este medio le será restituída su belleza; no con espada, ni con guerras, ni con crueldad reconquistará su hermosura, sino con la paz, la humilde y continua oración, sudores y lágrimas, derramadas con angustioso deseo de mis siervos [12].

[12] Este fué el lema de la Santa en los tiempos turbulentos para la Iglesia en los que le tocó vivir. «La Esposa de Jesucristo no reconquistará su belleza por la espada, por la guerra o la crueldad, sino por la reforma de los pastores». A Gregorio XI y Urbano VI, en sus relaciones

De este modo satisfaré tu deseo de sufrir mucho, extendiendo la luz de vuestra paciencia en las tinieblas de los hombres perversos del mundo. No temáis por que el mundo os persiga. Yo estoy con vosotros y en nada os faltará mi providencia»[13].

§ 3. La Santa extiende explícitamente su plegaria al mundo entero

[Cap. XVI.] Entonces aquella alma, elevándose con mayor conocimiento y con grandísima alegría y consuelo en la presencia de la Majestad divina, tanto por la esperanza que había concebido de la divina misericordia como por el amor inefable que gustaba, viendo que por el amor y deseo que tenía Dios de usar de misericordia con el hombre a pesar de ser su enemigo, había dado modo y camino a sus siervos para poder hacer fuerza a su bondad y aplacar su ira, se alegraba, perdiendo todo miedo de las persecuciones del mundo estando Dios de su parte. Y crecía sin cesar el fuego del santo deseo y no se aquietaba, sino que con santa seguridad pedía por el mundo entero.

Y aunque en la segunda petición, por la reforma de la santa Iglesia, que hacía se contenía el bien y la utilidad de cristianos e infieles, sin embargo, como hambrienta, extendía al mundo entero su oración[14], como El mismo le hacía suplicar, gritando: «Misericordia, Dios Eterno, para con tus ovejas, puesto que eres Pastor bueno. No tardes en tener misericordia del mundo, pues parece que así ya no puede seguir

---

con los florentinos rebeldes y con las otras ciudades de Toscana, veleidosas en sus pactos de amistad y de guerra, la Santa no cesa de repetir, «forzada por la dulce primera Verdad» (carta 255, IV, 71), su grito de «¡Paz, paz, paz!» Su voz en las cartas a los pontífices se hace apremiante, angustiosa. Toda energía y toda violencia debe encauzarse principalmente hacia la reforma de los cardenales, prelados y sacerdotes. «Quiere la Verdad Eterna que en vuestro jardín hagáis otro con los siervos de Dios...; que no tengan otro quehacer que clamar en la presencia de Dios por el buen estado de la santa Iglesia y por vuestra santidad. *Estos serán los soldados que han de daros victoria perfecta*» (*Carta* 351, *a Urbano VI*, V, 184). Véanse también especialmente las *Cartas* 270, *a Gregorio XI* (IV, 168), y 285, *al mismo* (IV, 241). Este párrafo del *Diálogo* se encuentra literalmente en la *Carta* 272, *al Beato Raimundo de Capua* (IV, 178).

[13] No puede ser más consoladora la doctrina católica sobre la posibilidad de intercesión en la misteriosa unidad vital del «Cristo entero», Cabeza y miembros; de expiación y de colaboración en la salvación del mundo y de las almas. Santa Catalina no vive en el cerco limitado en el que consumen su vida egoísta tantas almas piadosas. Su misión la coloca en medio de la vida de la Iglesia, y los horizontes de sus ambiciosas súplicas, de sus aspiraciones apostólicas, como los de la Iglesia misma, se dilatan sin confín.

[14] «Y aunque en esto (la petición por la reforma de la santa Iglesia) estaba contenida la salvación de todo el mundo, la oración, sin embargo, (de esta sierva de Dios) se extendía más en particular, pidiendo por el mundo entero» (*Carta* 272, *al Beato Raimundo de Capua*, IV, 179). «En el bien de la Iglesia está comprendido el de todo el mundo—dice en otra parte—, porque, si los cristianos y los pastores son lo que tienen que ser, se seguirá la salvación de todas las almas» (IV, 230).

más, privado como está ya del todo de la unión de caridad contigo, Verdad Eterna, y con ellos mismos entre sí al no quererse mutuamente con amor fundado en ti».

§ 4. Respuesta de Dios

a) Dios tiene sobrados motivos de queja respecto del hombre, creado con tanto fuego de amor

[Cap. XVII.] Dios entonces, como ebrio de amor por nuestra salud, encontraba modo de encender en aquella alma amor y dolor mayores todavía. Le daba a entender con cuánto amor había El creado al hombre y le decía «¿No ves cómo todos me maltratan, habiéndolos creado yo con tanto fuego de amor, y dotádolos de gracia, y dádoles muchos, casi infinitos dones, por pura bondad y no por obligación?

Mira, hija, con cuántos y diversos pecados me hieren, y especialmente con el miserable y abominable amor propio, del que provienen todos los males [14 bis]. Con este amor propio han envenenado todo el mundo, porque así como el amor a mí contiene en sí toda virtud dada a luz en el prójimo (como antes te di a entender), así el amor propio sensitivo, porque procede de la soberbia, como el mío procede de la caridad, contiene en sí todo mal. Cometen este mal por medio de la criatura, separados y alejados de la caridad del prójimo. Ni me aman a mí ni aman al prójimo, ya que ambos amores están unidos íntimamente entre sí. Por esto te dije que todo bien y todo mal se ejecutaba por medio del prójimo.

Mucho me puedo quejar del hombre, que de mí no recibe más que bien, y él me devuelve odio, obrando todo el mal que puede [15].

[14 bis] Este axioma es convicción arraigada en Santa Catalina. En su largo epistolario reaparece constantemente la afirmación. Unas veces la razona, otras—como aquí—la enuncia simplemente. En el amor propio busca siempre la raíz y el origen de todos los males. «Así que el hombre empieza a amarse con este amor (desordenado), presume de sí mismo, y todos sus frutos engendran la muerte, quitan la vida de la gracia en el alma que la posee... ¡Oh cuán peligroso es! ¿Sabéis cuánto? Impide en el hombre el conocimiento de sí mismo, con el que conquistaría la virtud de la humildad, y en esta humildad el afecto del alma sobrenada en la caridad. Le priva del conocimiento de Dios, del que sacaría este dulce fuego de la caridad divina... Sin este conocimiento se convierte en algo semejante al animal» (*Carta* 11, *al sacerdote Andrés de Vitroni*, I, 5).

«De la soberbia nace la muchedumbre de todos los vicios...; ésta es la reina y la madre de los vicios» (San Gregorio, *Morales*, l. 31, c. 17). En modo especial, de la soberbia nace la deshonestidad, permitiendo Dios que el soberbio encuentre la humillación en sus mismos pecados carnales (Santo Tomás, *Suma Teológica*, 2-2, q. 142, a. 6 ad 3).

[15] En estos tres breves párrafos concentra la Santa toda la luz de la fe sobre la calidad del pecado. Nos coloca en el punto de vista de Dios para el recto conocimiento del mismo.

b) «Mitigad con vuestra oración el rigor de mi justicia»

Te dije que con las lágrimas de mis siervos aplacaría mi ira, y te lo vuelvo a decir: «Preparaos y poneos en mi presencia vosotros mis siervos y ofrecedme oración continua, deseos ardientes y dolor por la ofensa cometida por los pecadores contra mí y por su condenación. Así mitigaréis mi ira y el rigor del juicio divino».

c) Por justicia o por amor, el hombre no puede evadirse de la mano de Dios

[Cap. XVIII.] Sabe que ninguno puede salir de mis manos, porque yo soy el que soy [16], y vosotros, por vosotros mismos, no sois, sino en cuanto habéis sido creados por mí. Soy creador de todas las cosas, que participan del ser, menos del pecado, que no es, porque yo no lo hice. Porque él no existe en mí, no es digno de ser amado.

La criatura me ofende precisamente porque ama lo que no debe al amar el pecado, y me odia a mí, a quien está obligado a querer por ser yo sumamente bueno y haberle dado el ser con tanto fuego de amor [17]. Pero no pueden huir de mí; en mí están o por el vigor de la justicia, para expiar sus culpas, o por misericordia. Abre, pues, los ojos de tu entendimiento, fíjalos en mi mano, y verás que es verdad cuanto te digo».

Levantando entonces ella los ojos de su espíritu para obedecer al Eterno Padre, veía encerrado en su puño el mundo entero, y Dios le decía: «Mira, hija mía, cómo ninguno me puede ser quitado, porque todos están aquí o por justicia o por misericordia, como te he dicho, puesto que míos son y han sido creados por mí y los quiero inefablemente. Por eso, a pesar de sus iniquidades, yo tendré con ellos misericordia por medio de mis siervos y cumpliré la petición que con tanto amor y dolor me has presentado» [18].

---

16 Ex. 3,14.

17 Cuando estos altísimos conceptos pasaban por la fragua de su caridad al prójimo (y en este caso su prójimo *era* un noble ambicioso de Milán, Bernabó Visconti, que le había enviado ciertos embajadores para ser bienquisto en la corte pontificia de Aviñón), cuajaban en arranques llameantes como el siguiente: «¡Oh queridísimo padre! (expresión de respeto). ¿Qué corazón puede haber tan dura y obstinado que, considerando el afecto y amor que le tiene la divina Bondad, no se ablande y disuelva? ¡Ama! ¡Ama! Piensa que fuiste amado antes que tú pudieras amar; ya que, mirando Dios en sí mismo, se enamoró de la belleza de su criatura inpulsado por el fuego de su inestimable caridad, con la sola finalidad de que ella obtuviese la vida eterna y gozase de aquel bien infinito que Dios gozaba en sí mismo. ¡Oh amor inestimable! Bien has manifestado este amor, porque por el pecado mortal, por la desobediencia cometida contra ti, se vió privado de la gracia...» *(Carta* 28, *a Bernabó Visconti,* I, 145).

18 En la *Carta* 272, *a su director* (IV, 179), cuenta esta ilustración divina sobre el poder y derecho omnímodos de Dios sobre su criatura. *Porque El azota y se compadece, lleva al sepulcro y saca de él; nadie hay que escape de su mano* (Tob. 13,2).

§ 5. Efectos de la comunicación divina en la Santa

a) Felicidad y sufrimiento íntimo

[Cap. XIX.] Esta alma entonces, como ebria y casi fuera de sí en el fuego cada vez mayor de sus santos deseos, se sentía a un mismo tiempo llena de felicidad y afligida. Se sentía como bienaventurada por la unión que tenía con Dios, saboreando su generosidad y su bondad, totalmente anegada en su misericordia. Y sufría viendo que se ofendía a tan grande bondad. Y daba gracias a la Majestad divina, como si ella comprendiese que Dios le había manifestado la maldad de sus criaturas para obligarla a alzarse con mayor solicitud y mayor deseo.

Sintiendo renovársele el sentimiento del alma en la Deidad Eterna, creció tanto aquel fuego santo y amoroso, que por la fuerza que el alma hacía al cuerpo sudaba abundantemente. (Al ser más perfecta la unión de aquella alma con Dios que la que había entre el alma y el cuerpo, le hacía sudar por la fuerza y el ardor del amor.) [19] Mas ella despreciaba este sudor de agua por el deseo inmenso que tenía de ver salir de su cuerpo sudor de sangre, diciéndose a sí misma: «Pobre alma mía, has perdido todo el tiempo de tu vida, y por esto han venido tantos males y daños al mundo y a la santa Iglesia en común y en particular; por esto, yo quiero que lo remedies ahora con sumor de sangre».

b) En la bondad de Dios comprende la obligación que de buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas tienen todos los servidores de Dios, especialmente el Padre de su alma

Realmente, esta alma conservaba fielmente en su memoria la doctrina que le dió la Verdad de conocerse siempre a sí misma y la bondad de Dios en sí y que el remedio necesario para el mundo entero, para aplacar la ira y el juicio divino, eran las humildes, continuas y santas oraciones.

Aguijoneada entonces por un santo deseo, se elevaba mucho más, abriendo los ojos de su entendimiento, y se contemplaba en la caridad divina. En ella veía y saboreaba cuán obligados estamos a amar y buscar la gloria y alabanza del nombre de Dios en la salud de las almas. A esta misión

---

[19] Este paréntesis, que falta en la narración de este episodio en la carta al Beato Raimundo de Capua, citada en la nota anterior, es, en la mente de la Santa, la explicación de su abundante sudor; era más fuerte y perfecta en aquellos instantes la unión del alma con Dios que no la del alma con el cuerpo, del que, sin embargo, no se podía desprender. Esta violencia y el fuego del amor provocaban este fenómeno fisiológico, que Fr. Guillermo Fleete, agustino inglés de gran fama, austeridad y santidad, confirmó en el sermón predicado en Siena en el aniversario de la muerte de la Santa. Este sermón ha sido publicado por Fawtier (*Cateriniana:* Mélanges d'archéologie et d'histoire, Ecole française de Roma [1914] fasc. 1-2, p. 56).

comprendía ser llamados los siervos de Dios, y singularmente llamaba y elegía la Eterna Verdad al Padre de su alma [20], que ella ponía siempre delante de la Bondad divina, pidiendo le infundiese luz de gracia para que de veras siguiera esta Verdad [21].

c) Deseos de Dios sobre el director de la Santa. Si ama, dispóngase a sufrir. Será la prueba de su amor verdadero

[Cap. XX.] Respondiendo Dios a la tercera [22] petición, concerniente a su deseo de la salvación del Padre de su alma, le decía: «Hija, quiero que busques con toda diligencia agradarme a mí, que soy la Verdad, en el hambre por la salvación de las almas. Mas esto, ni él, ni tú, ni nadie podrá realizarlo sin muchas persecuciones, como te dije, en la medida en que yo os las concediere. Si deseáis ver restablecido mi honor en la santa Iglesia, debéis concebir gran amor y deseo de padecer con paciencia verdadera. Y en esto comprobaré que él y tú y los demás siervos míos buscáis de verdad mi honor [23]. Entonces él será hijo queridísimo y reposará, él y los otros, sobre el pecho de mi Hijo unigénito, al que he constituído puente [24] para que todos podáis llegar a vues-

---

[20] El Beato Raimundo de Capua.

[21] «Quiero hacer con vosotros el oficio del criado con su señor: traer y llevar. Así, yo quiero traeros a la presencia del dulcísimo Salvador. Y por su inefable caridad obtendremos la gracia de poder cumplir con la otra función del criado, llevar, volviéndonos en posesión de la gracia del conocimiento de Dios y de nosotros» (*Carta* 30, *a la abadesa y a sor Nicolasa, del monasterio de Santa Marta*, I, 167).

[22] «A esto os llamaba y constreñía (*allegava*, ligaba, en el *Diálogo; eleggeva*, elegía, en el texto de esta carta) la Verdad Eterna, respondiendo a la *tercera petición*, que era sobre vuestra salvación, diciendo: «Hija, esto quiero que busque...», etc. No se refiere en el *Diálogo*, como aparece claramente por el lugar paralelo transcrito de la carta 272 (IV, 180), a la tercera petición, cuya respuesta constituye la 3.ª parte del libro, sino a la tercera petición hecha, según el orden que describe esta carta, a su director. Al incorporar esta carta al *Diálogo*, o, mejor, al desarrollar más ampliamente el esquema contenido en ella, no se preocupó mayormente de unificar las enumeraciones, como se verá en repetidas ocasiones más adelante. Esta súplica por la santidad de su confesor no constituye, en la estructura del *Diálogo*, una parte independiente en la enumeración de las peticiones de la Santa.

Peticiones en el «Diálogo»	*Peticiones en la carta 272*
Por sí misma.	Por la reforma de la Iglesia.
Por el mundo.	Por todo el mundo.
Por la reforma de la Iglesia.	Por la santidad de su director.
Por un caso particular.	Por un caso particular.

[23] La correlación entre el deseo de la gloria de Dios y la disposición del ánimo frente a las pruebas y el sufrimiento es tan evidente para Santa Catalina como la que hay entre el amor y el dolor. Pedir uno es pedir el otro, dirá más adelante. Crecer en el amor equivale a crecer en el dolor por aquel a quien se ama.

[24] Este es el punto material de ilación con toda la doctrina sobre Jesucristo-Puente, que sigue inmediatamente.

Los autores, ante la importancia que la alegoría de Jesucristo-Puente tiene en la doctrina de Santa Catalina, se han esforzado en encon-

tro fin y recibir el fruto de vuestros trabajos sufridos por amor mío. Sufrid, pues, varonilmente.

CAPITULO II

Jesucristo-Puente y sus características

ARTICULO 1

JESUCRISTO-PUENTE

§ 1. Por el pecado de Adán no podía realizarse la «verdad de Dios». Como río impetuoso, corta el camino hacia El

[Cap. XXI.] Puesto que dije que había hecho un puente del Verbo de mi Hijo unigénito (como así es en verdad), quiero que sepáis, hijos míos, que el camino quedó cortado por el pecado y la desobediencia de Adán, hasta tal punto que nadie podía llegar a la vida perdurable. Ninguno me daba gloria como debía al no participar de aquel bien para el cual yo los había criado, y al no poseer aquel bien no se cumplía mi Verdad. Esta verdad es que yo lo había creado a imagen y semejanza mía para que consiguiese vida eterna y participase y gustase de mí y gustase mi suma y eterna dulzura y bondad.

A causa de su pecado, no llegaba a este término y no se cumplía mi Verdad[25], puesto que el pecado había cerrado

---

trarle los precedentes o, al menos, la referencia que haya podido servir de punto de partida para la formación de todo el complejo doctrinal a lo largo de sus prolongadas reflexiones y de sus abundantes experiencias místicas. JÖRGENSEN (*Santa Catalina de Siena* [Buenos Aires] p. 368) cree haberlo encontrado en la leyenda popular, y todavía viviente hoy en Siena, de la visión que tuvo uno de los Patronos de la ciudad, San Galgano (muerto en 1181). Apareciósele el arcángel San Miguel y le dijo: «Sígueme». Con esto, Galgano se levantó lleno de inmensa alegría y vivo temor y siguió los pasos del ángel hasta llegar a la orilla de un río, sobre el que se hallaba tendido un puente. Y este puente era tan largo, que no podía pasarse sin gran esfuerzo. Bajo el puente había un molino, cuya rueda, moviéndose sin cesar, le representó, a lo que le pareció en la visión, las cosas terrenas, sujetas a un cambio perpetuo y continuamente arrastradas por el torrente; esas cosas fugitivas, frívolas y perecederas. Después, habiendo pasado el puente, llegó a una hermosa pradera cubierta de flores.

Cree el P. JACINTO D'URSO (*Il pensiero di S. Caterina e la sue fonti*: Sapienza [1954] p. 365) que arranca más bien de una página de los *Diálogos*, de San Gregorio Magno, en la que se refiere el sueño de un caballero que vió un puente bajo el que pasaba un río negro, denso. Por el puente debían pasar todos los hombres... (l. 4, c. 36, p. 77, 384-388). La innegable originalidad de Santa Catalina en este punto reside en la complejidad y armonía del desarrollo completo de esta idea inicial, que en su germen pudo ser captada—aunque no necesariamente—por alguno de los medios indicados u otros parecidos.

[25] No se cumplía la *verdad de Dios* porque el hombre no se ajustaba al *deseo*, al designio del amor infinito sobre él.

A esta «verdad de Dios» corresponde en el hombre el «*hacer la ver-*

el cielo y la puerta de mi misericordia. Esta culpa hizo germinar espinas y tribulaciones y muchas contrariedades. La criatura entró en rebelión consigo misma. Al rebelarse contra mí, fué rebelde contra sí misma[26].

La carne se rebeló inmediatamente contra el espíritu, perdiendo el estado de la inocencia, y vino a parar en animal inmundo. Se le rebelaron todas las cosas creadas, las cuales le habrían permanecido obedientes si se hubiese conservado en el estado en que le puse. Al no conservarse en él, transgredió mi obediencia y mereció muerte eterna en el alma y en el cuerpo.

Y empezó a correr, en cuanto hubo pecado, un río tempestuoso que le combate de continuo con sus olas, acarreándole fatigas y pesares, que provienen de parte de él mismo, de parte del demonio y del mundo. Todos os anegabais en este río, porque ninguno, a pesar de todas sus obras justas, podía llegar a la vida eterna.

§ 2. Dios tiende con su Hijo un puente, que une entre sí tierra y cielo, humanidad y divinidad

Mas, queriendo yo remediar tantos males vuestros, os he dado el puente de mi Hijo para que no os aneguéis al pasar el río, que es el mar tempestuoso de esta vida tenebrosa.

Considera cuánto me debe la criatura y cuán ignorante es al querer, a pesar de todo, anegarse y no aprovechar el remedio que le he proporcionado.

[Cap. XXII.] Abre los ojos de tu entendimiento, y verás los ciegos y los ignorantes, los imperfectos y los perfectos que en verdad me siguen, para que te duelas de la condenación de los ignorantes y te alegres de la perfección de mis hijos muy queridos. Verás también cómo proceden los que caminan con luz y los que andan en tinieblas.

Pero antes quiero que mires este puente que es mi unigénito Hijo. Mira su grandeza, que va del cielo a la tierra. Mira cómo la tierra de vuestra humanidad está unida con la grandeza de la divinidad. Por esto digo que llega del cielo a la tierra, por esta unión que he realizado en el hombre.

---

dad en la caridad», de San Pablo (Eph. 4,15), y la «verdad de la vida» —*veritas veritae*—, por la que el hombre alcanza la conformidad con su regla y medida, o sea la «ley divina», de Santo Tomás (2-2, p. 109, a. 11 ad 3; ibid., a. 3 ad 3).

[26] «La hisoria moderna... es un desarrollo de ideas y de hechos en que vemos al humanismo destruirse por su propia dialéctica, pues la actitud del hombre sin Dios y contra Dios, la negación de la imagen y semejanza de Dios en el hombre, conducen a la negación y destrucción del hombre» (BERDIAEFF, *Una nueva Edad Media*, trad. esp., p. 29).

Era esto necesario para rehacer el camino interrumpido, como te dije, a fin de que llegaseis a la vida y atravesaseis la amargura del mundo. Partiendo de la tierra solamente, no se podía hacer este puente de la magnitud suficiente para pasar el río y daros la vida eterna. Porque la tierra de la naturaleza del hombre no es suficiente para satisfacer la culpa y quitar la corrupción del pecado de Adán, que había corrompido y apestado toda la humana generación. Convenía, pues, unirla con la alteza de mi naturaleza, Eterna Deidad, para que pudiese satisfacer por todo el género humano, y así la naturaleza humana sufriese la pena, y la naturaleza divina, unida con la humana, aceptase el sacrificio de mi Hijo, ofrecido a mí por vosotros para quitaros la muerte y daros la vida.

De esta suerte, la Alteza se humilló hasta la tierra de vuestra humanidad, y, unida la una a la otra, se hizo el puente y se recompuso el camino. ¿Para qué se hizo este camino? Para que en verdad llegaseis a gozar con la naturaleza angélica.

§ 3. No basta que haya sido tendido el puente; hay que pasar por él

No bastaría, sin embargo, para conseguir la vida el que mi Hijo se haya hecho puente, si vosotros no pasaseis por él» [27].

[Cap. XXIII.] Manifestaba aquí la Verdad Eterna que nos había creado sin nosotros, pero que no nos salvará sin nosotros. Quiere que con nuestra voluntad y nuestro libre albedrío empleemos el tiempo en el ejercicio de las virtudes verdaderas. Por esto añadió:

«Es necesario que todos paséis por este puente buscando la gloria y la alabanza de mi Nombre en la salvación de las almas, soportando múltiples adversidades y siguiendo las huellas de este dulce y amoroso Verbo. Sólo de esta manera podréis llegar a mí.

---

[27] La idea: «no basta que haya sido tendido el puente, hay que pasar por él», da pie a las enseñanzas—doctrinalmente precisas y de tanta utilidad en la práctica—de la colaboración humana, por el ejercicio de su libre albedrío, con los designios de Dios sobre la salvación de todos los hombres. Arrancando de la frase agustiniana «el que te creó sin ti no te salvará sin ti», expone estas enseñanzas bajo la figura de los obreros en la viña de la propia alma.

No parece, por tanto, del todo exacta y feliz la observación de DUPRE-THESEIDER, tan agudo y fino, por otra parte, en el analisis del *Diálogo*, de que la doctrina de la «viña» es un verdadero *fuor d'opera* en el libro y de que no liga en absoluto con el contexto (DUPRE-THESEIDER, E., *Sulla composizione del «Dialogo» di Santa Caterina:* Giornale Storico della Letteratura Italiana [1941] p. 177).

Colaboración del hombre:

a) Labrador de la propia alma en la santa Iglesia

Vosotros sois trabajadores míos, a los que he puesto a trabajar en la viña de la santa Iglesia [28]. Vosotros trabajáis en el cuerpo universal de la religión cristiana, puestos por pura bondad mía, habiéndoos dado la luz del santo bautismo, que conseguís en el Cuerpo místico de la santa Iglesia por las manos de los ministros que yo puse a trabajar con vosotros.

Vosotros estáis en el cuerpo universal, y ellos en el Cuerpo místico, destinados a apacentar vuestras almas, administrándoos la Sangre por medio de los sacramentos, que de ella recibís. Ellos os arrancan las espinas de los pecados mortales y plantan en vosotros la gracia. Son mis trabajadores en la viña de vuestras almas, unidos a la viña de la santa Iglesia.

Toda criatura dotada de razón posee en sí misma una viña, su propia alma, cuyo trabajador es la voluntad con el libre albedrío durante el tiempo de toda su vida. Pero, en cuanto termina el tiempo, ya ningún trabajo le es posible, ni bueno ni malo. Sólo mientras vive puede trabajar su viña, en la que yo le puse. Y es tan grande la fortaleza que ha recibido este trabajador del alma, que ni el demonio ni otra criatura pueden arrebatársela si él no quiere. El santo bautismo le fortaleció así. En él se le dió un cuchillo de amor a la virtud y odio del pecado. Este amor y este odio los encuentra en la sangre, puesto que por amor a vosotros y odio al pecado murió mi unigénito Hijo, dándoos la sangre; por esta sangre recibís la vida en el santo bautismo [29].

Poseéis, pues, el cuchillo, que debéis usar con el libre albedrío mientras disponéis de tiempo para arrancar las

---

[28] Esta breve frase de la *Carta* 272 (IV, 182), *al Beato Raimundo de Capua,* tiene aquí un amplio desarrollo. En él la exuberancia de comparaciones se entrelazan y vienen a enriquecer la idea inicial con nuevos elementos doctrinales y ulteriores aplicaciones. Es fácil distinguir desde el principio el triple sentido que la Santa da a la metáfora de la *viña. Viña* es el «cuerpo universal de la religión cristiana», en el que la gracia del bautismo nos ha permitido entrar para trabajar en él y dar fruto de santidad. *Viña* es el «Cuerpo místico» de la Iglesia, en el que han sido colocados los administradores del fruto de la Vid verdadera plantada en él en favor de todos los fieles. *Viña* es el alma de toda criatura racional, en la que la voluntad con el libre albedrío debe trabajar incesantemente.

[29] «Os escribo con el deseo de veros verdaderos labradores en la viña de vuestras almas para que en el tiempo de la cosecha deis mucho fruto. Sabed que la Verdad Eterna... hizo de nosotros una viña, en la que quiso y quiere habitar por la gracia, siempre que el labrador de esta viña quiera cultivarla recta y lealmente. Si no estuviese bien cultivada, tendría abundantes espinas y abrojos. Veamos, carísimos hermanos, qué obrero ha puesto en ella este divino Maestro. Ha puesto el libre albedrío, al que se ha confiado todo el gobierno de la viña. Hay la puerta firmísima de la voluntad..., el perro de la conciencia...» (*Carta* 321, *al prior y hermanos de la Compañía de la Disciplina de la Virgen María,* en el hospital de Siena, V, 1).

espinas de los pecados mortales y plantar las virtudes. De lo contrario, no recibiríais el fruto de la Sangre a través de estos trabajadores que yo he puesto en la santa Iglesia para arrancar el pecado mortal de la viña del alma y daros la gracia, administrándoos la sangre en los sacramentos establecidos en la Iglesia.

Es necesario, ante todo, que os lavéis por medio de la contrición del corazón, disgusto del pecado y amor de la virtud. Sólo entonces recibiréis el fruto de esta sangre.

b) Sólo unidos con Jesucristo, Vid verdadera, se puede dar fruto

No podríais recibir este fruto si no os disponéis, de parte vuestra, a ser sarmientos unidos a la vid de mi Hijo unigénito, que dijo: *Yo soy la Vid verdadera, mi Padre es el Labrador y vosotros sois los sarmientos*[30]. Así es en verdad; yo soy el Labrador, porque de mí ha procedido y procede todo lo que tiene ser. Mi poder es incomprensible, y con esta potencia y virtud gobierno el mundo entero. Nada se hace ni se gobierna sin mí.

Yo soy el Labrador que planté la vid verdadera de mi unigénito Hijo en la tierra de vuestra humanidad para que vosotros, sarmientos unidos con la Vid, dieseis fruto. Quien no diere fruto de santas y buenas obras, será cortado de esta Vid y se secará. Cuando, en efecto, se separa de esta Vid, pierde la vida de la gracia y es echado al fuego eterno, lo mismo que el sarmiento que no da fruto se corta inmediatamente de la vid y se echa al fuego, porque no sirve para otra cosa.

c) El que no dé fruto, será cortado y echado al fuego

Así, estos tales, cortados por sus propios pecados, si mueren en pecado mortal, como no sirven para otra cosa, los arroja la justicia divina al fuego que dura eternamente. Estos no han trabajado su propia viña; al contrario, han destruído la propia y la ajeno. No sólo no han plantado en ella ninguna buena planta de virtud, sino que de ella han arrancado la semilla de la gracia que habían recibido en la luz del santo bautismo, participando en la sangre de mi Hijo, que fué el vino que os produjo esta vid verdadera. Mas ellos han arrancado esta semilla, la dieron a comer a los animales, es decir, a muchos y diversos pecados, y la hollaron con los pies del afecto desordenado, con el cual me ofenden a mí y se acarrean daño a sí mismos y al prójimo.

Mis siervos, por el contrario, no obran así, y como ellos debéis obrar vosotros; permaneced unidos e injertados en

[30] Io. 15,1-6.

esta vid y daréis mucho fruto, porque participaréis de la savia de la vid. Permaneciendo en el Verbo de mi Hijo, permanecéis en mí, porque yo soy una cosa con El, y El conmigo [31]. Permaneciendo en El, seguiréis su doctrina; siguiéndola, participaréis de la substancia de este Verbo, participaréis de la divinidad eterna unida con la humanidad, sacando de ahí un amor divino en que el alma se embriague. Por esto te dije que participaréis de la substancia de la vid [32].

d) Cómo prueba Dios a sus servidores

[Cap. XXIV.] ¿Sabes cómo procedo con mis siervos en cuanto se disponen a seguir la doctrina del dulce y amoroso Verbo? Los podo, a fin de que den mucho fruto, y este fruto sea dulce, y no vengan a parar en vid silvestre. De la misma manera que el labrador poda los sarmientos de la vid para que hagan más y mejor vino y corta y echa al fuego el que no da fruto, así obro yo, verdadero Labrador. Yo podo a mis siervos unidos a mí con muchas tribulaciones para que den más y mejor fruto y sea probada en ellos la virtud. Mas aquellos que no dan fruto son cortados y echados al fuego, como te he dicho. Verdaderos labradores son los que trabajan bien su alma, arrancando de ella todo amor propio y volviendo hacia mí la tierra de su propio afecto [33]. Hacen germinar y crecer la semilla de la gracia que recibieron en el santo bautismo.

e) Cómo trabajan los siervos fieles la viña de su propia alma

Trabajando su propia viña, trabajan también la del prójimo; no pueden trabajar la una sin la otra. Ya sabes cómo te dije que todo mal, lo mismo que todo bien, se hacía por medio del prójimo. Vosotros sois mis labradores nacidos en mí, sumo y eterno Labrador, que os he unido e injertado en la vid por la unión que he verificado con vosotros.

---

31 Io. 7,21.

32 «... el alma no puede participar ni tener el fruto de la gracia si su corazón y su afecto no están injertados en el torturado amor del Hijo de Dios. Sin este injerto, no nos bastaría que la naturaleza divina estuviera injertada y unida con la naturaleza humana, y la naturaleza humana con la divina... Este Verbo ha hecho un injerto en la cruz, nos ha bañado con su sangre preciosa, y ha hecho germinar las flores y los frutos de las verdaderas y reales virtudes... Este amor ardiente, resplandeciente y atractivo ha hecho madurar los frutos de las virtudes y les ha quitado toda acidez después de verificarse el injerto del Verbo divino en la naturaleza humana y el del Verbo en el leño de la cruz» (*Carta* 27, *al abad Martín*, de Passignano, I, 140).

33 En esta labor del cultivo del alma hay un objetivo esencial: la ordenación del amor, que se expresa aquí con una imagen gráfica, precisa y densa. Mientras persistan los amores desordenados, el alma está fuera del camino de la gloria de Dios. «Levántese la razón con el libre albedrío y empiece a resolver (dar vuelta) a la tierra de este amor desordenado y perverso...» (*Carta* 213, *al conde de Fondi*, IV, 399). Y póngalo—dice el *Diálogo*—de cara a Dios.

Acuérdate que toda criatura racional posee su propia viña, unida sin interposición alguna con la del prójimo, hasta el punto que nadie puede hacerse bien a sí mismo sin hacerle a su prójimo, ni dañarse a sí sin dañarle a él.

De todos vosotros se ha constituído una viña universal, o sea toda la congregación cristiana, unidos como estáis en la viña del Cuerpo místico de la santa Iglesia, de la que recibís la vida. En esta viña está plantada esta cepa del unigénito Hijo mío, en el que debéis permanecer injertados. Si no estáis injertados en ella, sois rebeldes a la santa Iglesia y sois como miembros separados del cuerpo, que al instante se pudren.

Es cierto que mientras disponéis de tiempo podéis libraros de la hediondez del pecado [34] con el verdadero aborrecimiento del mismo y recurrir a mis ministros, que son los labradores, en cuyas manos están las llaves del Vino, o sea de la sangre salida de esta Vid, Vino tan perfecto, que por ningún defecto del ministro puede verse privado de su eficacia.

f) «Os he enviado a trabajar en el campo del mundo»

Es la atadura de la caridad con humildad verdadera, adquirida en el conocimiento de sí y de mí, la que une los sarmientos a la Vid. Mira, pues, cómo a todos os he puesto como labradores, y de nuevo os invito ahora a serlo diligentemente, puesto que el mundo sucumbe y de tal manera se han multiplicado las espinas, que ahogan la semilla, sin que quieran dar ningún fruto de gracia.

Quiero, pues, que seáis verdaderos trabajadores que con mucha solicitud ayudéis a cultivar las almas en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Para esto os elijo, porque quiero tener misericordia con el mundo, a favor del cual me ruegas con tanta insistencia».

§ 4. Alabanza ardiente de Catalina ante la misericordia de Dios para con el mundo

[Cap. XXV.] El alma entonces, con amor angustiado, decía: «¡Oh inestimable, dulcísima Caridad! ¿Quién no arde con tanto amor? ¿Qué corazón puede resistir sin desfallecer? Tú, abismo de caridad, parece que enloquez-

[34] El biógrafo de la Santa cuenta cómo en varias ocasiones manifestó, una de ellas en presencia del papa Gregorio XI, el hedor insoportable que percibía de las almas en pecado. Hablando Santa Catalina y el Beato Raimundo con una mujer aparentemente honesta, la Santa permaneció siempre con la cara vuelta hacia la parte contraria; después le dió la explicación: «Si hubieseis percibido el mal olor que yo sentía mientras le hablaba, os habría obligado a vomitar» (Beato Raimundo de Capua, *Caterina da Siena*, parte 2.ª, c. 4, n. 152, p. 202; en Alvarez, p. 115).

cas[35] por tus criaturas, como si tú sin ellas no pudieras vivir, siendo así que tú eres nuestro Dios, que nada necesita de nosotros. Nuestro bien nada añade a tu grandeza, porque eres inmutable. Ningún daño puede acarrearte nuestro mal, porque tú eres suma y eterna bondad. ¿Quién te mueve a tener tanta misericordia? Sólo el amor, y no porque nos debas algo o tengas necesidad de nosotros, pues nosotros somos reos y malvados deudores.

Si bien lo considero, ¡oh suma y eterna Verdad!, yo soy el ladrón, y tú eres el que está ajusticiado por mí[36], porque veo al Verbo, tu Hijo, cosido y clavado en la cruz, del que hiciste puente para mí, según has manifestado a tu miserable sierva. Por esto mi corazón estalla y al mismo tiempo no puede estallar por el hambre y deseo que ha concebido en ti[37].

Acuérdome que querías mostrarme quiénes son los que van por el puente y quiénes no. Si agrada a tu bondad mostrármelo, con suma complacencia lo veré y lo oiré de tus labios.

ARTICULO 2

Características de este puente

§ 1. Tiene tres escalones: los pies, el costado, la boca; etapas del camino del alma hacia Dios

[Cap. XXVI.] Dios eterno entonces, para enamorar más y aguijonear[38] a aquella alma hacia la salud de las almas, le respondió: «Antes de que te manifieste lo que quiero decirte y tú me pides, quiero explicarte cómo está hecho este puente.

---

35 *Impazzi* en italiano. Es inútil pretender, sin quitarles el vigor y el fuego, endulzar y suavizar las expresiones de estupor y entusiasmo de la Santa ante las maravillas del Amor infinito: «El, como loco, ebrio, enamorado de nosotros» *(Carta* 52, *a Fr. Jerónimo de Siena, ermitaño de San Agustín,* I, 300).

36 Traducción impresionante del *me amó y se entregó «por mí»*, de San Pablo (Gal. 2,20), punto de partida de toda santidad humana. Quien haya practicado alguna vez con seriedad y eficacia los ejercicios de San Ignacio de Loyola, no podrá desprenderse, al leer estas líneas de la Santa de Siena, del recuerdo de aquel coloquio de la meditación de los tres pecados, en el que sintió todo el peso—implacable y delicioso—del Amor crucificado.

La frase «Yo soy el ladrón, y tú el ajusticiado por mí» se encuentra literalmente en el P. Cavalca *(Espejo de cruz,* c. 15), que, a su vez, la atribuye a San Bernardo. La luz y el fuego con que estas palabras llamean en el texto del *Diálogo* no ha podido prenderlos más que Dios en el corazón de Santa Catalina.

37 «... viendo y oyendo todo esto de la dulce primera Verdad, parecía como si el corazón se partiese por la mitad. *Yo muero y no puedo morir» (Carta* 272, *al Beato Raimundo de Capua,* IV, 195).

38 En toda traducción pierde, inevitablemente, expresividad el juego de palabras del original «per fare più *inamorare* e *inanimare* quell'anima verso la salute dell'anime».

Te he dicho que llega del cielo a la tierra por la unión que he realizado yo en el hombre, que formé del barro de la tierra. Este Puente, Hijo mío unigénito, tiene tres escalones, dos de los cuales fueron tallados estando El en el madero de la santísima cruz. Por el tercero probó también grandísima amargura cuando se le dió a beber hiel y vinagre. En estos tres escalones reconocerás tres estados del alma.

El primer escalón son los pies, que significan el afecto. Pues como los pies llevan al cuerpo, así también el afecto lleva al alma.

Los pies clavados te sirven de escalón para que puedas llegar al costado, en el que se te manifiesta el secreto del corazón. Porque, en cuanto se alza sobre los pies de sus afectos, comienza el alma a gustar del afecto del corazón, fijando los ojos del entendimiento en el corazón abierto de mi Hijo; allí encuentra el amor perfecto e inefable [39].

Perfecto digo, porque os ama no por utilidad propia, ya que de vosotros ningún provecho puede venirle, por ser El una misma cosa conmigo. El alma entonces se llena de amor al verse amada hasta este punto [40].

Pasado el segundo escalón, llega al tercero, esto es, a la boca, en la que encuentra la paz después de la guerra grande que había sufrido por causa de sus pecados.

Por el paso del primer escalón, al levantar los pies del afecto de la tierra, se desnuda de los vicios. En el segundo se reviste de amor por el ejercicio de la virtud. En el tercero gusta la paz.

El Puente, pues, tiene tres escalones, para que, subiendo el primero y el segundo, podáis llegar al tercero. Y está levantado en alto, de suerte que la corriente del agua no puede inquietarle, ya que en El nunca hubo veneno de pecado.

---

[39] La experiencia mística que dió origen en la mente de la Santa a la imagen de la escalera labrada en el cuerpo de Cristo crucificado aparece en la *Carta* 74, *a Fr. Nicolás de Monte Alcino,* dominico (I, 425): «Esta fué la regla que El mismo dió una vez a una sierva suya, diciendo: «Levántate, hija, levántate sobre ti misma y sube hasta mí. Y, a fin de que puedas subir, yo te he hecho la escalera estando clavado en la cruz. Sube primero a los pies, es decir, por tu afecto y deseo, porque así como los pies llevan todo el cuerpo, así el afecto lleva el alma. Luego llegarás al costado abierto, en cuya apertura te manifiesto mi secreto; que lo que hago, lo hago por amor de corazón. Allí es embriagada tu alma». Véase nota 36 de la parte 1.ª

[40] «El amor no se adquiere más que con el amor. Quien quiera ser amado, primero tiene que amar, tener voluntad de amar... Esta es la condición del amor: cuando la criatura se ve amada, en seguida ama» *(Carta* 29, *a la esposa de Bernabó Visconti,* I, 157).

§ 2. «Levantado en alto para atraerlo todo hacia sí» (doble interpretación de este texto)

Estando este Puente levantado en alto, no está, sin embargo, separado de la tierra. ¿Sabes cuándo fué levantado? Cuando fué alzado sobre el leño de la cruz santísima, sin separarse, no obstante, la naturaleza divina de la bajeza de la tierra de vuestra humanidad. Por esto te dije que, siendo levantado en alto, no se separaba de la tierra, al estar unido y amasado con ella. Nadie podría pasar por el Puente hasta que fuera levantado en alto. Por eso dijo: *Cuando sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí*[41].

Viendo mi Bondad que no podíais ser atraídos de otra manera, le envié para que fuese levantado sobre el leño de la cruz, haciendo de El un yunque en el que se forjase el hijo de la humana generación para quitarle la muerte y restituirle la vida de la gracia[42]. De esta manera, atrajo toda cosa a sí, para demostrar el amor que os tenía, ya que el corazón del hombre es siempre arrastrado por el amor. ¿Podía demostraros amor mayor que dando la vida por vosotros? No puede menos, pues, el hombre de dejarse arrastrar por el amor, a menos que, ignorante, oponga resistencia a esta atracción. Por esto dije que, al ser levantado en alto, todas las cosas las atraería a mí, y así es en verdad[43].

Puede entenderse esto de dos maneras. La una, cuando, atraído el corazón del hombre por afecto de amor, es arrastrado con todas las potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. Unidas estas tres potencias y congregadas en mi Nombre todas las demás operaciones del hombre, exteriores o interiores, son atraídas, y me son agradables, y quedan unidas a mí por afecto de amor, porque son levantadas en alto y siguen al amor crucificado. Verdad dijo, pues, mi Verdad al decir: *Si yo fuere levantado en alto, todo*

---

41 Io. 12,32.

42 Todavía hoy por algunas calles de Siena, recoletas, estrechas, con silencio medieval, resuena el batir metálico del martillo sobre el hierro hecho ascua. En las pupilas infantiles de Catalina ha quedado prendida la imagen. Los golpes sobre el cuerpo de Cristo en la cruz son esta forja del amor que la enajena: «¡Oh amor inestimable! Para forjar nuestras almas hiciste yunque de tu mismo cuerpo: el cuerpo expía por el pecado, el alma de Cristo tiene aborrecimiento del pecado; y la naturaleza divina con su potencia...» El texto de la carta queda cortado, pero se entiende fácilmente «da valor infinito a su expiación» *(Carta 77, a Fr. Guillermo Fleete,* II, 27). Quiso «hacer justicia y venganza sobre su cuerpo. Hizo de sí mismo un yunque, forjando sobre él nuestras iniquidades» *(Carta 29, a la esposa de Bernabó Visconti,* I, 160).

43 «Si nosotros queremos y nuestra negligencia no pone obstáculos, bien pueden verificarse en nosotros aquellas palabras dichas en la cruz por la dulce boca de la Verdad: *Cuando sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí.* Verdaderamente es así, pues el alma que ha subido (con El a este árbol), ve rebosar la bondad y poder del Padre, que ha dado virtud a la sangre del Hijo de Dios para lavar nuestras iniquidades» *(Carta 34, al prior de los Hermanos de Monte Olivete,* I, 190).

lo atraeré hacia mí[44]; es decir, atraído el corazón y las potencias del alma, serán arrastradas todas sus operaciones.

La otra manera de entender estas palabras arranca del principio: todas las cosas han sido creadas para servicio del hombre. Las cosas creadas han sido hechas para que sirvan y socorran las necesidades de la criatura racional, y ésta, a su vez, no ha sido hecha para servirlas a ellas, sino para mí, a fin de que me sirva con todo el corazón y con todo su afecto. De este modo también, al ser atraído el hombre, es atraído todo lo demás, porque todas las cosas han sido hechas para él.

Fué, pues, necesario que el Puente fuese levantado en alto y tuviese escalones, para que, con mayor facilidad, se pueda subir por él.

§ 3. Construído con las virtudes

[Cap. XXVII.] Está construído este Puente con piedras, haciendo muro para que la lluvia no impida el paso por él. ¿Sabes cuáles son estas piedras? Son las piedras de las virtudes verdaderas y operantes. No se había edificado con estas piedras antes de la pasión de este Hijo mío, y por esta causa nadie podía llegar a su término por mucho que andase por el camino de la virtud. El cielo no había sido abierto todavía con la llave de la Sangre. La lluvia de la justicia no los dejaba pasar.

Después que las piedras fueron labradas y puestas sobre el cuerpo del Verbo, de mi dulce Hijo, que, como te he dicho, es puente, El mismo las ajusta, las une con cal para edificarlas con su propia sangre. Quiero decir que la Sangre está mezclada con la cal de la divinidad y con la fortaleza y el fuego de la caridad[45].

Con mi poder, las piedras de las virtudes son edificadas sobre El mismo, ya que ninguna virtud existe que no sea probada en El y que de El reciba la vida. Nadie puede tener virtud alguna que dé vida de gracia sino por El, es decir, siguiendo sus huellas y su doctrina. El ha edificado las virtudes y las ha puesto como piedras vivas, edificadas con su sangre, para que todo fiel pueda caminar expeditamente y

---

[44] Io. 12,32.

[45] Los más altos conceptos teológicos buscan en el lenguaje popular de Santa Catalina la expresión figurada concreta para hacer más viva e impresionante la idea. Es una encarnación del dogma en el barro de la palabra humana. «¡Oh dulce amor inestimable! Unes y conformas la criatura con el Creador. Haces como se hace con la piedra..., has puesto la cal viva amasada con el agua. Tú, Verbo encarnado, has fabricado esta piedra de la criatura y la has juntado con su Creador; *entre ambos has puesto la sangre mezclada con la cal viva de la esencia divina por la unión que has verificado con la naturaleza humana»* (*Carta 26, a ciertos novicios de la Orden de Santa María*, I, 203).

sin ningún temor servil de la lluvia de la justicia divina, porque está protegido por mi misericordia.

Esta misericordia descendió del cielo en la encarnación de este Hijo mío. ¿Con qué fué abierto el cielo? Con la llave de su sangre.

Así puedes ver que este Puente está fabricado y cubierto con la misericordia. Sobre él hay también la tienda del jardín de la santa Iglesia, que posee y administra el pan de la vida y da a beber la Sangre, para que mis criaturas, que son las caminantes y los peregrinos cansados del camino, no sucumban. A este fin ordenó mi Caridad que en ella fuese administrada la Sangre, el cuerpo de mi unigénito Hijo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Pasado el Puente, se llega a la puerta, parte del Puente mismo, por la que todos tenéis que entrar. Por esto El dijo: *Yo soy Camino, Verdad y Vida. Quien camina por mí, no anda en tinieblas, sino por la luz*[46]. Y en otra parte dice mi Verdad: *Nadie puede venir a mí si no es por El*[47]. Y así es ciertamente.

§ 4. Quienes van por él, andan en la verdad

Si te acuerdas, así te lo dije y te lo manifesté cuando te hice ver el camino. Si dice que es el Camino, dice verdad; conforme te he dado a entender cómo es Camino, a modo de puente. Si dice que es Verdad, así es, porque está unido conmigo, que soy la suma Verdad. Quien le sigue, anda en la verdad. Y también es Vida. Quien sigue esta Verdad, recibe la vida de la gracia y no puede perecer de hambre, porque la Verdad se ha hecho alimento para vosotros. Ni puede caer en tinieblas, porque es la Luz y en El no hay mentira. Precisamente con la verdad confundió y destruyó la mentira con que el demonio sedujo a Eva. Esta mentira fué la que interrumpió el camino del cielo, que la Verdad ha reparado y compuesto con su sangre.

Quienes siguen este camino son hijos de la Verdad porque siguen la verdad y pasan por la puerta de la verdad, y en mí se encuentran unidos con la puerta y camino de mi Hijo, Verdad Eterna, Mar pacífico.

§ 5. Los que rehusan pasar por él andan por el camino de la mentira

Mas quienes no andan por este camino van por debajo, por el río, camino hecho no con piedra, sino con agua. Y como el agua no tiene consistencia, nadie puede andar por ella que no se ahogue. Como el agua son los deleites y los honores del mundo.

---

[46] Io. 4,6.
[47] Io. 14,6.

Y, porque el afecto no está puesto sobre la piedra, sino que con amor desordenado descansa en la criatura y en las cosas creadas, amándolas y reteniéndolas fuera de mí[48], y ellas no son más que agua que corre incesantemente, como ellas corre también el hombre, aunque a él le parezca que son las cosas creadas que ama las que fluyen, sin percatarse que es precisamente él quien corre incesantemente hacia el término de la muerte.

Quisiera detenerse, es decir, parar su vida y las cosas que ama, para que no corriesen, faltándole tan pronto. Todo en balde. O es la muerte la que le obliga a dejarlas, o es disposición mía. que quiere privar antes de tiempo de las cosas creadas a la criatura. Estos siguen la mentira y andan por el camino de la mentira. Son hijos del demonio, padre de la mentira, y, porque pasan por la puerta de la mentira, reciben eterna condenación.

Te he manifestado la verdad y la mentira; mi camino, que es la verdad, y el camino del demonio, que es la mentira.

§ 6. Ceguera del hombre, que deja el camino de la verdad para seguir el de la mentira

[Cap. XXVIII.] He aquí los dos caminos que se pueden seguir y por los que no se camina sin dificultad. Mira cuán grande es la ignorancia y ceguera del hombre, que se empeña en pasar por el agua, teniendo aparejado un camino en el que puede encontrar tanto placer, que toda

---

[48] La norma esencial del orden impone—como dice Santa Catalina—que todas las cosas se amen y posean en Dios, no fuera de Dios. «No quiero que consideres el hijo que te ha quedado como cosa propia (seríamos *ladrones* si lo hiciésemos así), sino como cosa prestada a tu necesidad Y como cosa prestada, debemos devolverla según el beneplácito del dulce Maestro de la Verdad, dador y hacedor de todo lo que existe» *(Carta* 68, *a la viuda de Bocchino de Belforti,* I, 391).

En la siguiente confidencia de Catalina al Beato Raimundo de Capua encontramos una luminosa y completa evolución de esta misma idea, síntesis de toda santidad: «Me hablaba ella a menudo de un alma que ama a su Criador, y me decía que esta alma acaba por no verse y por olvidarse de sí misma y de todas las criaturas. Y, como yo la pidiese explicaciones, me respondía: «El alma que ve su nada y sabe que todo su bien está en el Criador, se abandona tan perfectamente y se sumerge de tal modo en Dios, que toda su actividad a El se dirige y en El se ejercita. Ya no quiere salir más del centro donde ha hallado la perfección de la felicidad; y esta unión de amor, que cada día aumenta en ella, la transforma en Dios. por decirlo así, de tal modo, que no puede tener otros pensamientos ni otros deseos ni otro amor que El; pierde todos los recuerdos; nada ve sino en Dios y no se acuerda de sí y de las criaturas sino en El. Está como sumergida en un océano cuyas profundas aguas la cercan. Nada percibe sino lo que hay en esas aguas. Puede ver los objetos exteriores que allí se reflejan; pero los ve en el agua solamente y tales como están en el agua. Ese es legítimo amor de nosotros mismos y de las criaturas, el amor que no puede perdernos, porque el alma sigue entonces la voluntad divina: nada desea y nada hace fuera de Dios» (BEATO RAIMONDO DA CAPUA, *Caterina da Siena*, l. 1, c. 10, n. 100, p. 138: en ALVAREZ, p. 67).

amargura se vuelve dulce, y todo peso, por grande que sea, viene a ser ligero.

Los que por él pasan sumergidos aún en las tinieblas del cuerpo, encuentran la luz, y, mortales todavía, hallan vida inmortal, gustando por el afecto del amor, con la luz de la fe, la verdad eterna, que promete dar refrigerio a quien se afana por mí, que soy agradecido, justiprecio y doy a cada uno según sus méritos. No hay bien sin premio, ni pecado sin castigo.

El gozo de quienes van por este camino no hay lengua que pueda contarlo, ni oído que pueda oírlo, ni ojo que lo pueda ver, porque ya en esta vida empiezan a gustar y participar de aquel bien que tienen aparejado para la vida eterna. Loco es ciertamente quien desecha tanto bien y prefiere gustar en esta vida las arras del infierno pasando por el camino de abajo, por el que anda con suma fatiga, sin ningún refrigerio y sin ningún bien, puesto que por su pecado están privados de mí, que soy bien sumo y eterno.

(Razón tienes, pues, de lamentarte, y quiero que tú, como los otros siervos míos, estéis en continua amargura por las ofensas hechas a mí y compadezcáis su desprecio y su ignorancia, por la que tanto me ofenden.)[49]

Ya has visto y oído cómo está el Puente. Te lo dije para ilustrar mis palabras sobre mi unigénito Hijo, Puente. Viste cómo es verdad que estaba fabricado uniendo en sí la alteza y la bajeza.

§ 7. Puente siempre presente entre los hombres. Después de la ascensión, por su doctrina y la asistencia del Espíritu Santo

[Cap. XXIX.] Cuando mi unigénito Hijo volvió a mí a los cuarenta días después de la resurrección, este Puente se elevó de la tierra, es decir, del trato de los hombres, y se alzó al cielo en virtud de mi naturaleza divina, y está sentado a mi diestra, su Padre Eterno. Esto dijo el ángel del día de la ascensión a los discípulos, que estaban como muertos, porque sus corazones se sentían atraídos a lo alto para subir al cielo con la sabiduría de mi Hijo: *No estéis más aquí,* les dijo, *porque El está sentado a la diestra del Padre*[50].

Elevado en alto y vuelto a mí, su Padre, envió al Maestro, el Espíritu Santo, que vino con mi *poder,* con la *sabiduría* de mi Hijo y con su propia *clemencia* del Espíritu Santo. El es una misma cosa conmigo, Padre, y con mi Hijo. Vino a consolidar el camino de la doctrina que mi Verdad había de-

[49] Paréntesis dictado por la compasión y caridad ardiente por las almas.
[50] Act. 1,11. La segunda parte no pertenece al texto citado de los Hechos.

jado en el mundo. Por lo cual mi Verdad, aunque ausentándose en cuanto a la presencia corporal, no se ausentó en cuanto a la doctrina y las virtudes, verdaderas piedras fundadas sobre esta doctrina, que es el camino que os ha construído este dulce y amoroso Puente.

El ante todo obró, y con sus obras hizo el camino, ofreciéndoos su doctrina más con ejemplos que con palabras: *empezó a obrar y a enseñar*[51].

Esta doctrina vino a confirmar la clemencia del Espíritu Santo, fortaleciendo la mente de los discípulos para la confesión de la verdad y para que anunciaran este camino, es decir, la doctrina de Cristo crucificado; reprendiendo, por medio de ella, al mundo de las injusticias y de los falsos juicios, de los que te hablaré más ampliamente. Esto te he dicho para disipar toda tiniebla que pudiese obscurecer la mente de quien escucha. Podrían decir por ejemplo: «Veo que es verdad que el cuerpo de Cristo ha sido hecho puente por la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, pero este puente se nos fué cuando subió al cielo. Era para nosotros un camino que nos enseñaba la verdad con sus ejemplos y virtudes; pero ahora, ¿qué nos queda? ¿En dónde puedo encontrar el camino?»

Te lo diré, o, más bien, lo diré a quien cayese en esta ignorancia.

El camino es su doctrina, confirmada por los apóstoles, testimoniada en la sangre de los mártires, iluminada con la luz de los doctores, proclamada por los confesores, escrita por los evangelistas, todos los cuales son testimonio de la verdad en el Cuerpo místico de la santa Iglesia.

Son como antorcha puesta sobre el candelabro para enseñar el camino de la verdad, que conduce, como te he dicho, con luz perfecta, a la vida. ¿Cómo te la manifiestan? Por su propia experiencia, porque la han probado en sí mismos. Dan fe de que todo hombre es iluminado en el conocimiento de la verdad, si él quiere; quiero decir, si no lucha por quitarse la luz de la razón con su amor propio desordenado. Es cierto, pues, que su doctrina es verdadera y que ha quedado entre nosotros como una nave para sacar a las almas del mar tempestuoso y conducirlas al puerto de salvación.

Ante todo, os hice puente con la persona de mi Hijo, de modo visible en el tiempo de su trato con los hombres. Subido al cielo este Puente visible, queda el puente y el camino de la doctrina unida con mi *potencia*, con la *sabiduría* del Hijo y con la *clemencia* del Espíritu Santo. Esta potencia da virtud de fortaleza a quien sigue este camino; la sabiduría

[51] Act. 1,1.

le da luz para que en este camino conozca la verdad, y el Espíritu Santo le da amor, consumiendo y quitando todo amor sensitivo del alma, dejándole solamente el amor de la virtud[52].

Así, pues, en todas estas formas, bien por su presencia corporal o bien por su doctrina, El es Camino, Verdad y Vida. Y este Camino es el Puente que os conduce a las alturas del cielo. Es lo que quiso significar cuando dijo: *Yo vine del Padre y al Padre vuelvo, pero volveré a vosotros*[53]. Es decir: «Mi Padre me ha enviado a vosotros y ha hecho de mí vuestro puente para que salgáis del río y podáis llegar a la vida». Luego dice: *Y volveré a vosotros. Yo no os dejaré huérfanos, sino que os enviaré el Paráclito*[54]. Como si dijese mi Verdad: «Yo me iré al Padre y volveré», porque, viniendo el Espíritu Santo, que es llamado Paráclito, os manifestará más claramente y os confirmará que soy camino de verdad, como lo es la doctrina que os he dado.

Dijo que volvería, y volvió; porque el Espíritu Santo no vino solo, sino con la potencia mía de Padre, con la sabiduría del Hijo y con la clemencia del Espíritu Santo. Ve, pues, cómo vuelve, no visiblemente, sino con su fuerza, como te he dicho, fortaleciendo el camino de la doctrina; camino indefectible y que nadie puede obstruir a quien quiera seguirlo, porque es firme, y estable, y procede de mí, que soy inmutable. Seguid, pues, virilmente este camino sin ninguna nube de amor propio que os ofusque, sino iluminados con la luz de la fe, la cual se os dió por vestidura principal en el santo bautismo.

He aquí que te he manifestado plenamente y te he hecho ver con claridad este puente y esta doctrina, que constituyen una misma cosa. He mostrado al ignorante quién le abre este camino, cómo El es la Verdad y quiénes son los que se la enseñan. Dije que eran los apóstoles, y evangelistas, y mártires, y confesores, y santos doctores, puestos como faros luminosos en la santa Iglesia. Te he manifestado y te he dicho cómo, viniendo a mí, El volvió a vosotros, no por su presencia, sino por su virtud, cuando descendió el Espíritu Santo sobre los discípulos. Con su presencia corporal no volverá hasta el último día del juicio, cuando se presentará con mi majestad y divina potencia para juzgar el mundo y recompensar a los buenos de sus trabajos en cuanto al alma y al cuerpo juntamente y a castigar con pena eterna a los que han vivido inicuamente en este mundo.

Quiero decirte ahora lo que yo, Verdad, te prometí. Quiero darte a entender quiénes son los que caminan imper-

52 Cf. 2 Io. 3,6.
53 Io. 16,28.
54 Io. 14,16-28.

fectamente y quiénes perfectamente, y otros todavía con gran perfección; y los malos, que con sus iniquidades se anegan en el río y llegan a los más terribles tormentos[55].

A vosotros, queridísimos hijos míos, os digo que paséis por encima del Puente, no por debajo, porque éste no es el camino de la verdad, sino de la mentira; por el que andan los pecadores, de los cuales voy a hablar. En favor de éstos os apremio que me roguéis y os pido lágrimas y sudores a fin de que de mí consigan *misericordia*»[56].

§ 8. Himno a la misericordia

[Cap. XXX.] Entonces aquella alma, como ebria, no podía contenerse. Sintiéndose casi cara a cara con Dios, decía: «¡Oh Eterna Misericordia!, que cubres los pecados de tus criaturas; no me maravillo que digas de quienes salen del pecado mortal para retornar a ti: *Yo no me acordaré jamás de que me hayas ofendido*[57]. ¡Oh Misericordia inefable! No me maravillo que digas esto de quienes salen del pecado cuando dices refiriéndote a los que te persiguen: «Quiero que me roguéis por ellos para que yo tenga con ellos misericordia».

¡Oh Misericordia, que nace de tu Deidad, Padre Eterno, y que gobierna con tu potencia el mundo entero! En tu misericordia fuimos creados; en tu misericordia fuimos creados de nuevo en la sangre de tu Hijo. Tu misericordia nos conserva. Tu misericordia puso a tu Hijo en los brazos de la cruz, luchando la muerte con la vida, y la vida con la muerte[58]. La vida entonces derrotó a la muerte de nuestra culpa y la muerte de la culpa arrancó la vida corporal al Cordero inmaculado. ¿Quién quedó vencido? La muerte. ¿Cuál fué la causa de ello? Tu misericordia.

---

55 Paréntesis de transición, que interrumpe con un himno a la misericordia.

56 Esta palabra «misericordia» es la que rompe el dique que contenía en el pecho de la Santa el fuego del afecto, es la que desencadena la maravilla insuperable de este himno a la misericordia, que arrebata al alma a las límpidas y altas esferas de la fe.

57 Glosa cálida a Ez. 18,22: *Todos los pecados que cometió no le serán recordados y en la justicia que obró vivirá.*

58 Idea familiar y grata a la Santa. Aparece en formas distintas repetidamente en sus cartas. «Tú ves que El ha luchado sobre la cruz y se ha dejado vencer habiendo vencido. Porque la muerte venció a la muerte; hicieron un torneo entre sí; la muerte fué totalmente derrotada y la vida resucitó en el hombre» *(Carta* 177, *a Pedro, cardenal portuense,* III, 123).

«... Por medio de su muerte nos devolvió la vida y venció y destruyó la muerte...; haciendo un torneo sobre el leño de la cruz, este dulce y enamorado Verbo luchó a brazo partido con la muerte, y con la muerte venció a la muerte, y la muerte mató a la vida. La muerte de nuestra culpa mató al Hijo de Dios sobre el leño de la santísima cruz; y así con su muerte nos quitó la muerte a nosotros y nos devolvió vida perfecta» *(Carta* 71, *a Bartolomea de Andrés Mei de Siena,* I, 404). Véase Col. 2,14; 2 Tim. 1,10. Recuérdese la estrofa de la secuencia pascual: «Mors et vita duello conflixere mirando: dux vitae mortuus regnat vivus».

Tu misericordia da vida. Ella da esta luz, por la que se conoce tu clemencia en toda criatura, en los justos y en los pecadores. Reluce tu misericordia en lo más alto del cielo, es decir, en tus santos. Si vuelvo mi mirada a la tierra, la veo rebosar de tu misericordia. En las mismas tinieblas del infierno la veo relucir al no dar a los condenados toda la pena que merecen.

Con tu misericordia mitigas la justicia; por misericordia nos has lavado en la Sangre; por pura misericordia quisiste convivir con tus criaturas.

¡Oh loco de amor! ¿No te bastó encarnarte? ¡Quisiste morir! Ni te bastó la muerte, sino que quisiste bajar a los infiernos para liberar a los santos padres, y cumplir así tu verdad y tu misericordia en ellos. Tu bondad promete recompensar a quienes te sirven en verdad; por esto descendiste al limbo, para salvar de las penas a los que te habían servido y darles el fruto de sus trabajos.

Tu misericordia te constriñe a hacer por el hombre más todavía. Te quedas en comida para que nosotros, débiles, tuviéramos sustento, y los ignorantes, olvidadizos, no perdieran el recuerdo de tus beneficios. Por esto se lo das al hombre todos los días, haciéndote presente en el sacramento del altar dentro del Cuerpo místico de la santa Iglesia. Y esto, ¿quién lo ha hecho? Tu misericordia.

¡Oh Misericordia! El corazón se pierde pensando en ti; a cualquier parte que me vuelva a pensar, no hallo sino misericordia. ¡Oh Eterno Padre! Excusa mi ignorancia por haberme atrevido a hablar en tu presencia; que el amor de tu misericordia me excuse por ello delante de tu benignidad [59].

[59] Obsérvese la solidez dogmática que da pie y sirve de punto de arranque a los arrebatos del amor iluminado. Estas explosiones apasionadas tienen siempre en Santa Catalina una motivación real de consistencia inconmovible en la Verdad revelada, en las verdades elementales y básicas de nuestro cristianismo. La que tan insistentemente recomendó a todos la virilidad y supo cortar, en sí y en los demás, toda ternura sentimentaloide, da constante prueba de la perfecta armonía de todas sus facultades, inferiores y superiores. Toda su enorme capacidad de sentir está vinculada a la verdad vista con claridad y querida con fuerza.

CAPITULO III

Desgracia y engaños de los que rehusan pasar por Jesucristo-Puente

ARTICULO 1

DESGRACIA DE LOS QUE REHUSAN PASAR POR JESUCRISTO-PUENTE

[Cap. XXXI.] Después que aquella alma hubo dilatado con sus palabras su corazón en la misericordia de Dios, esperaba humildemente fuera cumplida la promesa que se le había hecho [60].

Haciéndose oír de nuevo, decía Dios: «Hija queridísima, has hablado en mi presencia de mi misericordia porque yo te la di a saborear y a comprender en las palabras que te dije: «Estos son aquellos por los cuales quiero que me roguéis». Pero quiero que sepas que es, sin comparación, mayor de lo que tú puedes ver mi misericordia para con vosotros. Porque tu vista es imperfecta y finita, y mi misericordia, por el contrario, es perfecta e infinita. Entre ambas no hay más comparación posible que la de lo finito a lo infinito.

He querido que gustases esta misericordia, así como la dignidad del hombre, que más arriba te di a entender, para que puedas conocer mejor la crueldad y la indignidad de estos inicuos que pasan por el camino de debajo. Abre los ojos de tu entendimiento y mira a estos que voluntariamente se anegan. Mira en qué indignidad cayeron por sus propias culpas.

§ 1. Muertos a la vida de la gracia

En primer lugar han caído enfermos al concebir en su espíritu el pecado mortal; luego lo dan a luz y pierden la vida de la gracia. Como cadáveres, que nada sienten ni por sí mismos se pueden mover si otros no los levantan, así éstos, anegados en el río del amor desordenado del mundo, están a la gracia. Como muertos, su memoria no guarda el recuerdo de mi misericordia. Los ojos del entendimiento no ven ni conocen mi Verdad, porque está muerto el sentido; quiero decir que su entendimiento no se propone otro objeto más que su propia persona y el amor muerto de la propia sensualidad. También la voluntad está muerta a mi Voluntad, porque no quiere más que cosas muertas. Es-

[60] Parece percibirse la sensación de alivio después de haber dado paso en la palabra encendida a la angustia torturante del fuego interior.

tando muertas estas tres potencias, todas sus acciones, exteriores e interiores, están muertas a la gracia. Por esto no pueden defenderse de sus enemigos ni valerse por sí mismos sino en cuanto yo los ayudo [61].

Es cierto, no obstante, que en este muerto queda siempre el libre albedrío y que si, mientras está en el cuerpo mortal, implora mi favor, lo consigue siempre. Por sí solo jamás podría conseguirlo. Se ha hecho insoportable a sí mismo, y, queriendo ser señor del mundo, se ve señoreado por lo que en sí no es, es decir, por el pecado [62]. El pecado es nada, y éstos se han hecho siervos y esclavos del pecado.

§ 2. Se convierten de árboles de amor en árboles de muerte

Yo hice de ellos árboles de amor con vida de gracia, que recibieron en el bautismo; y ellos se han hecho a sí mismos árboles de muerte, porque muertos son, como te he dicho. ¿Sabes dónde tiene la raíz este árbol? En el engreimiento de la soberbia, que alimenta el amor propio sensitivo de sí mismo. Su meollo es la impaciencia, y retoño suyo la indiscreción. He aquí los cuatro principales vicios que matan el alma de quien, según te dije, es árbol de muerte, porque ha perdido la vida de la gracia. Dentro del árbol se nutre el gusano de la conciencia, que bien poco se deja sentir mientras el hombre vive en pecado mortal y vive cegado por su amor propio. Los frutos de este árbol son mortales, porque reciben la savia de la raíz de la soberbia. El alma miserable está llena de ingratitud, de la que procede todo mal. Si ella agradeciera los beneficios recibidos, me conocería a mí; al conocerme a mí, se conocería a sí misma y permanecería en mi amor [63]. Mas ella, ciega, anda a tientas por el río, sin ver que el agua no le espera [64].

---

61 Es la primera tesis del tratado teológico sobre la gracia, proposición de fe divina y definida por la Iglesia: «Es necesaria la gracia interna para cualquier acto en orden a la vida eterna».

62 La misma Santa descubre el origen en ella de la idea del *no-ser* del pecado, que reaparece repetidamente en sus escritos: «La Suma Virtud dijo a una sierva suya inútil: «Yo quiero que ames todas las cosas, porque todas son buenas y perfectas y dignas de ser amadas; y todas son hechas por mí, que soy Suma Bondad, menos el pecado. Este no existe en mí, puesto que, si existiese en mí, hija mía queridísima, sería digno de ser amado» *(Carta* 30, *a la abadesa y sor Nicolasa, del monasterio de Santa Marta,* I, 169). «La criatura se convierte en lo que ama. Si amo el pecado, ya que el pecado no es, yo me vuelvo nada. No puede caerse en mayor vileza» *(Carta* 29, *a la esposa de Bernabó Visconti,* I, 160).

63 Conocerse a sí y conocer a Dios son, en la mente cataliniana, dos aspectos inescindibles de una misma realidad. Conociendo lo que se contiene en algo, se conoce el vacío del que lo contiene. Conocerse sabiéndose el no-ser, es conocer la medida en que Dios nos quiere. *Lo que somos* es la medida del amor de Dios en nosotros. Humildad y amor son, por tanto, también dos aspectos de la misma realidad; fruto—dice la Santa— del conocimiento trascendente de sí mismo.

64 «... el agua del río no espera». La idea de este implacable fluir

§ 3. Los frutos de estos árboles de muerte son:

a) Inmundicia

[Cap. XXXII.] Los frutos de este árbol, que dan la muerte, son diversos, como los pecados mismos. Hombres hay que han venido a parar en comida de animales [65]; son los que viven inmundamente; que, como el cerdo, que se revuelve en el lodo, se revuelven ellos, cuerpo y alma, en el fango de la carnalidad. Alma embrutecida, ¿dónde has dejado tu dignidad? Habías sido hecha hermana de los ángeles, y no pasas ahora de ser un animal. Son tales las infamias en que se revuelven, que ya no solamente yo, que soy la pureza suprema, no los puedo soportar, sino que los mismos demonios, de los que se han hecho amigos y siervos, no pueden soportar el verlos cometer tanta inmundicia [66].

Ningún pecado tan abominable y que de tal manera quite al hombre la luz del entendimiento como éste. Los mismos filósofos lo entendieron así, no por la luz de la gracia, que no tenían, sino con la que les da la misma naturaleza, dándoles a comprender que este pecado ofuscaba el entendimiento. Por esto se conservaban en continencia para estudiar mejor.

Y aun las riquezas apartaban de sí, a fin de que el afán de las mismas no ocupase su corazón. No hace lo mismo el ignorante y falso cristiano, que pierde la gracia por su propia culpa.

---

del tiempo se hace apremio en muchísimas cartas a toda clase de personas: *No esperéis al tiempo, que el tiempo no os espera a vosotros,* dice a los gobernantes de Florencia (carta 207, III, 275) exhortándoles a hacer las paces con el papa; a dos enemigos (carta 3, I, 19), para que se perdonen mutuamente sin más dilación; a los pecadores, para que se conviertan a Dios...

65 Una sobrina de la Santa, Eugenia, monja en el monasterio de Santa Inés de Montepulciano, por su inclinación a la excesiva amabilidad tenía el peligro de apegos humanos. La carta 26, dirigida a ella, es un modelo de autoridad, energía y maternidad en la dirección espiritual. «Piensa que tu Esposo, el dulce Jesucristo, no quiere que haya nada entre tú y El y es muy celoso. En cuanto viese que amas alguna cosa fuera de El, se alejaría de ti y te harías digna de comer el manjar de las bestias. (Ha hablado de comer el alimento de los ángeles.) ¿Y no serías tú misma bestia y comida de bestias si dejases el Creador por la criatura?» (I, 132).

66 «Te digo que no sólo Dios, que es suma Pureza, hará justicia severísima de tu pecado si no te enmiendas, sino que ni el mismo demonio la tolera; todos los demás pecados los mira (el demonio) con complacencia, menos este pecado tuyo contra naturaleza. ¿Eres, pues, bestia o animal bruto? Veo en ti forma de hombre, pero de él has hecho establo». Estas invectivas han tenido como amplio preludio las reflexiones más consoladoras y sublimes del Amor: «Todos somos deudores de Dios... Jamás le pedimos que nos crease... Da su vida por ti...» *(Carta* 21, *a un innominado,* I, 104 s.).

b) Codicia de bienes terrenos, que nace de la soberbia y, a la vez, la nutre

[Cap. XXXIII.] Otros hay cuyo fruto es de tierra. Estos son los avaros codiciosos, que, como el topo, se alimentan de tierra hasta la muerte, y, llegada ésta, se encuentran sin remedio. Estos desprecian con su avaricia mi largueza, vendiendo el tiempo a su prójimo [67]. Estos son los usureros crueles y ladrones del prójimo, que no guardan en su memoria recuerdo de mi misericordia [68]; que, si lo guardaran, no serían crueles ni para consigo ni para con el prójimo. Al contrario, usarían de piedad y de misericordia consigo mismos, obrando la virtud, y para con el prójimo, sirviéndole caritativamente.

¡Cuántos males provienen de este maldito pecado! ¡Cuántos homicidios, hurtos y rapiñas, ganancias ilícitas, crueldad de corazón e injusticia del prójimo! Mata al alma y la convierte en esclava de la riqueza, sin preocuparse de observar los mandamientos de Dios. Este a nadie ama si no es por propio interés.

Este vicio procede de la soberbia y, a la vez, la nutre. El uno procede de la otra, porque lleva siempre consigo el interés de la propia reputación. llegando fácilmente al otro vicio. Va así de mal en peor, por causa de su miserable orgullo y de esta avidez de bien parecer. Es un fuego que da constantemente de sí humo de vanagloria y de vanidad de corazón, gloriándose de lo que no es suyo. Es una raíz con numerosas ramas, de las cuales la principal es la propia reputación, que le invita siempre a querer ser más que su prójimo, y hace que el corazón sea fingido y no sincero, no liberal, sino con doblez, diciendo una cosa con las palabras de su boca y teniendo otra en el corazón. Oculta la verdad y dice la mentira por utilidad propia. Hace germinar la envidia, gusano que roe siempre, y no les permite gozar ni de su bien propio ni del bien ajeno.

¿Cómo van a dar estos inicuos, hundidos en tal infamia, a los pobres de lo que es suyo, cuando roban lo ajeno? ¿Cómo sacarán su inmunda alma de la inmundicia, cuando la meten en ella? Llegan a veces a tal degradación, que no atienden ni a sus hijos ni a sus parientes, y los arrastran con ellos en su desgracia. Sin embargo, mi misericordia los sostiene, y no mando a la tierra que los trague para que reconozcan sus culpas.

¿Cómo van a dar la vida por la salud de las almas, cuan-

---

67 ¡Buena descripción de la usura: *vender el tiempo*, exigir injustamente por el tiempo de un crédito!

68 Si en vez de «memoria» hubiese que leer «misericordia», como aparece en algún códice, se emplearía aquí una fina ironía para los que acaba de llamar «crueles y ladrones del prójimo».

do no dan sus riquezas? ¿Cómo van a dar amor, cuando los roe la envidia?

¡Oh miserables vicios, que hunden en la tierra el cielo del alma! La llamo *cielo* porque yo la hice cielo y habito en ella por la gracia, ocultándome allí y haciendo mansión en ella por afecto de amor; pero ella me ha abandonado como adúltera, amándose a sí misma, a las criaturas y a las cosas creadas más que a mí [69]. Más todavía: se ha hecho dios a sí mismo y a mí me persigue con muchos y diversos pecados [70]. Todo porque no pondera el beneficio de la Sangre, esparcida con tanto fuego de amor.

c) Engreimiento que les hace injustos

[Cap. XXXIV.] Otros hay que llevan la frente muy alta por el poder que ostentan, y en el ejercicio de su poder despliegan la bandera de la injusticia, obrando contra Dios, contra el prójimo y contra sí mismos.

Contra sí mismos, porque no se pagan la deuda de la virtud, y contra mí, al no pagarme la deuda del honor rindiendo gloria y alabanza a mi Nombre, como están obligados a hacer. Antes, como ladrones, me roban lo que es mío y lo dan a la esclava de su propia sensualidad [71]. Cometen injusticia contra mí, como ciegos ignorantes, al no conocerme a mí en sí mismos por el amor que a sí mismos se tienen.

Así hicieron los judíos y ministros de la ley; la envidia y amor propio los obcecaron, y por esto no conocieron la verdad de mi unigénito Hijo y no cumplieron el deber de conocer la Verdad Eterna, que entre ellos vivía, como dijo mi Verdad con aquellas palabras: *El reino de Dios entre vosotros está* [72].

Mas éstos no le conocían, porque, como decía, habían perdido la luz de la razón, y así no pagaban la deuda de darme honor y gloria a mí y a El, que era una misma cosa conmigo. Como ciegos, cometieron injusticia, persiguiéndole con muchos oprobios, hasta la muerte de la cruz.

Estos poderosos son injustos consigo mismos, conmigo y con su prójimo, traficando con la carne de sus súbditos y de cualquiera otra persona que a mano les viene.

---

69 «Criaturas» equivale a hombres, mientras que «cosas creadas» significan los seres inferiores al hombre en el lenguaje del *Diálogo*.

70 «Piensa que este dulce Esposo, Cristo, es tan celoso de sus esposas como yo no podría darte a entender. Si se percatase de que amas a otro más que a El, se alejaría de ti. Y, si no te corrigieses, no se te abriría la puerta (como a las vírgenes necias) de donde el Cordero inmaculado, Cristo, celebra sus bodas con todas sus esposas fieles; si no, como adúlteras, seremos arrojadas fuera...» *(Carta 23. a Juana, sobrina suya,* I, 118).

71 Santa Catalina subraya con energía, reiteradamente, el aspecto que en el pecado hay *de injusticia, de negación del pago de una deuda, de hurto* de la gloria de Dios.

72 Lc. 17,21.

d) Juzgan torcidamente las obras de Dios

[Cap. XXXV.] Por estos y por otros defectos se viene a caer en el falso juicio, como luego te explicaré. Llegan a escandalizarse por mis obras, que son todas justas y en verdad hechas todas ellas por amor y por misericordia.

Con este juicio falso, con este veneno de la envidia y de la soberbia, eran calumniadas e injustamente juzgadas las obras de mi Hijo, mintiendo con estas palabras: *Obra por virtud de Belcebú*[73]. Así, estos tales inicuos, hundidos en su amor propio, en la inmundicia, en la soberbia, en la avaricia. en la envidia; fundados en la indiscreción perversa, en la impaciencia y otros muchos defectos en los que caen, se escandalizan siempre en mis cosas y en las de mis siervos, atribuyendo a hipocresía los actos de virtud que en ellos descubren.

Las cosas buenas les parecen malas, y las malas, o sea, el vivir desordenado, se les antoja bueno, porque tienen corrompido el corazón y viciado el gusto. ¡Oh ceguera humana, que no consideras tu propia debilidad! De grande, te has hecho pequeño; de señor, te has convertido en esclavo del peor señor que pueda existir al hacerte siervo y esclavo del pecado. Te conviertes en la misma cosa a quien sirves. El pecado es nada; en nada te conviertes. Te quitas la vida y te das la muerte.

§ 4. Jesucristo, cuya sangre conculcan, «reprenderá al mundo de la injusticia y del falso juicio» con tres reprensiones

Esta vida y señorío se os dieron por el Verbo de mi Hijo unigénito, glorioso puente. Porque, siendo esclavos del demonio, os arrancó de su esclavitud. Le hice a El siervo para quitaros a vosotros la servidumbre y le impuse la obediencia para hacer desaparecer la desobediencia de Adán, humillándose El hasta la afrentosa muerte de cruz para confundir la soberbia. Destruyó con su muerte todos los vicios para que nadie pudiese decir: «Quedó este pecado sin castigo; no le ha alcanzado el castigo ni ha sido destruído por el sufrimiento». ¿No te dije anteriormente que había hecho yunque de su propio cuerpo?[74]

---

[73] Mt. 12,24.

[74] Jesucristo vence en sí los enemigos que los cristianos, miembros suyos, tienen dentro de sí mismos para el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios, para conseguir la santidad. No hay pasión, dificultad, que puedan decir que El antes no venció dolorosamente en su propia persona. «Con El derrotaréis todo enemigo, porque El lo ha derrotado por nosotros» *(Carta* 256, *al provincial de la Toscana,* IV, 79). «Dulcemente se humilló El para devolvernos la gracia y quitarnos la soberbia» *(Carta* 31, *a la esposa de Vico de Mogliano, senador,* I, 178). «Para extirpar nuestra soberbia rehuye el honor y la gloria humana y abraza las afrentas, injurias, escarnios, vituperios, hambre, sed y persecuciones» *(Carta* 175, *a un monasterio de monjas,* III, 114). Esta

He puesto a su disposición todos los remedios para que puedan librarse de la muerte eterna; mas ellos desprecian la Sangre y la pisotean con los pies del afecto desordenado. Esta es la injusticia y el falso juicio de los cuales es acusado el mundo, y de los que será reprendido el último día del juicio. Esto quiso decir mi Verdad cuando decía: *Yo mandaré el Paráclito, que reprenderá el mundo de injusticia y de falso juicio*[75]. Y así se verificó cuando mandé el Espíritu Santo sobre los apóstoles.

a) Primera reprensión: la del Espíritu Santo por medio de los siervos de Dios

[Cap. XXXVI.] Hay tres reprensiones. Una se verificó cuando el Espíritu Santo vino sobre los discípulos, según dije; los cuales, fortalecidos con mi poder, iluminados por la sabiduría de mi querido Hijo, lo recibieron todo en la plenitud del Espíritu Santo. El Espíritu Santo entonces, que es una misma cosa conmigo y con mi Hijo, reprendió al mundo, por boca de los discípulos, con la doctrina de mi Verdad. Ellos y todos sus sucesores, siguiendo la verdad que de ellos recibieron, reprenden el mundo.

Esta es aquella continua reprensión que al mundo hago por medio de la Sagrada Escritura y de mis siervos, poniéndose en sus lenguas el Espíritu Santo, anunciando mi Verdad, como el demonio se pone en la lengua de los suyos, es decir, de los que con iniquidad pasan por el río.

Esta es aquella dulce reprensión incesantemente hecha, según dije, por el grandísimo afecto de amor que tengo por la salud de las almas. Nadie podrá decir: «Yo no tuve quien me reprendiese», puesto que les ha mostrado la verdad, manifestándoles el vicio y la virtud y haciéndoles ver el fruto de la virtud y el daño del vicio para inspirarles amor y temor santos, con odio del vicio y amor de la virtud. No les ha sido enseñada esta doctrina y esta verdad por medio de un ángel para que no puedan decir: «El ángel es un espíritu bienaventurado que no puede pecar ni siente el aguijón de la carne, como nosotros, ni el peso de nuestro cuerpo». Jamás podrán alegar excusa semejante, porque quien les ha dado esta doctrina es mi Verdad, el Verbo encarnado en vuestra carne mortal.

Y ¿quiénes son los que han seguido a este Verbo? Criaturas mortales y pasibles como vosotros, con la lucha de la

---

doctrina adquiere una fuerza extraordinaria si a Jesucristo se le considera no un personaje puramente histórico, pasado, perdido en la lejanía de veinte siglos pretéritos, sino—como hace constantemente Catalina—una persona viviente, actual, con la impresionante realidad del dogma del Cristo místico, El y nosotros; mejor, El en nosotros y nosotros en El

[75] Io. 16,8.

carne contra el espíritu, como tuvo el glorioso apóstol Pablo y muchos otros santos que han sentido la pasión de una o de otra manera.

Yo permito estas pasiones para aumento de la gracia y crecimiento de la virtud en sus almas. También ellos nacieron en pecado, como vosotros, y se alimentaron del mismo manjar y yo soy Dios ahora como entonces [76].

Mi poder no se ha debilitado ni puede debilitarse, de modo que puedo y quiero y sé ayudar a quien quiere ser ayudado por mí. Y quiere ser ayudado por mí cuando, saliendo del río, va por el puente, siguiendo la doctrina de mi Verdad.

No tienen ninguna excusa, porque son reprendidos y se les muestra incesantemente la verdad. De suerte que, si no se corrigen mientras tienen tiempo, serán condenados en la segunda reprensión, que se verificará en el término de la muerte, donde mi justicia clamará: *Surgite mortui, venite ad iudicium*. Como si dijera: «Tú, que eres muerto a la gracia y muerto arribas a la muerte corporal, levántate y ven delante del Juez supremo con tu injusticia, tu falso juicio y la luz apagada de tu fe. Recibiste esta luz en el santo bautismo, y tú la apagaste con el viento de la soberbia y de la vanidad del corazón, que convertiste en velas desplegadas a los vientos contrarios a tu salud; favorecías el viento de la propia reputación con la vela del amor propio. Por esto corrías por el río de los placeres y honores del mundo, abandonada tu propia voluntad a las seducciones de la carne frágil y los engaños y tentaciones del demonio. Este, con la vela de tu propia voluntad, te ha conducido por el camino de abajo, que es un río arrebatado. Consigo te ha conducido a la condenación eterna.

b) Segunda reprensión: la de la hora de la muerte, si antes no se enmiendan

[Cap. XXXVII.] Esta segunda reprensión, hija queridísima, es decisiva, por llegar en el último momento, cuando ya no hay remedio. En este momento, el gusano de la conciencia, cegado, como te dije, por el amor propio que se tiene a sí mismo, al punto de la muerte, cuando el alma se ve en la imposibilidad de huir de mis manos, empieza a despertarse y a roer, reprendiéndose a sí mismo viendo que por culpa propia ha llegado a tanto mal.

Si esta alma tuviese luz con que conocerse y dolerse de

[76] «Mira a los santos que han seguido a Jesucristo sometidos a la fragilidad de la misma ley, concebidos y nacidos como nosotros, alimentados de la misma manera y con nuestro mismo alimento, y, sin embargo, con la ayuda divina le siguieron realmente. Esta ayuda es para nosotros como para ellos. Si queremos, pues, podemos» (*Carta* 354, *a la sierva de Dios Pentella, de Nápoles*, V, 205).

su culpa, no por la pena del infierno que le espera, sino por haberme ofendido a mí, que soy suma y eterna bondad, hallaría todavía misericordia. Pero, si pasa este punto de la muerte sin luz y sólo con el gusano de la conciencia y sin la esperanza de la Sangre, o sólo con compasión de sí misma, doliéndose de su mal más que de mi ofensa, llega, sin remedio, a la condenación eterna.

1) Reprensión de la injusticia que encierra el juzgar mayor su pecado que la misericordia de Dios

Mi justicia entonces la reprende cruelmente por su injusticia y por su falso juicio [77]. No sólo por la injusticia y el falso juicio que, en general, hubo en todas sus obras mientras estuvo en el mundo, sino principalmente por la injusticia y por el juicio falso particular que ha cometido en el último instante, juzgando mayor su miseria que mi misericordia.

Este es el pecado que no se perdona ni aquí ni allá, puesto que no ha querido mi misericordia y la ha despreciado Este es, ante mis ojos, mucho más grave que todos los otros pecados que ha cometido. Por esto la desesperación de Judas me desagradó más y fué más enojosa a mi Hijo que la misma traición que le hizo. Así, los hombres son argüídos por este falso juicio de haber creído mayor su pecado que mi misericordia, siendo por lo mismo castigados con los demonios y eternamente torturados en su compañía.

Son también reprendidos por la injusticia cometida cuando se dolían más de su propio daño que de mi ofensa. Cometen con esto injusticia, porque no me dan a mí lo que es mío, ni a sí mismos lo que es suyo. A mí me deben amor y amargura con contrición del corazón, ofreciéndomela en mi presencia por la ofensa que me hicieron. Ellos, por el contrario, tienen para sí amor compasivo de sí mismos y dolor por la pena que por sus culpas esperan.

En esto cometen injusticia, y son castigados por lo uno y por lo otro juntamente, por haber despreciado mi misericordia. Con justicia vienen a parar ellos y la esclava cruel de su sensualidad en manos del cruel tirano que es el demonio, del que se hicieron esclavos, rindiéndole la propia sensua-

---

[77] La idea de la Santa es: el pecador que en la hora de la muerte desespera del perdón comete un doble falso juicio y es juzgado por ellos. El falso juicio, la equivocación cometida en todos sus actos pecaminosos durante su vida. «Estas son las obras que en la muerte se presentan para juicio y justicia ante el alma desgraciada. Creía el alma miserable haber obrado contra Dios, y ha procedido contra sí misma; convertida en juez, se ha condenado a sí misma y se ha hecho digna de muerte eterna» *(Carta 24, a Béringhieri degli Arzocchi,* I, 122).

Y el «falso juicio» con que cree—desesperando del Amor—mayor su pecado que la bondad y la misericordia. Este fué—dice—el mayor pecado de Judas.

lidad, para ser castigados y atormentados juntos, como juntos me ofendieron. Serán torturados por mis ministros, los demonios, puestos por mi justicia para castigar a quienes obraron mal.

2) Cuatro principales tormentos de los que no quisieron arrepentirse en las reprensiones precedentes: privación de la visión de Dios, remordimiento de conciencia, visión del demonio y el fuego

[Cap. XXXVIII.] Tu lengua, hija mía, no puede referir la pena de estas pobres almas. Hay tres vicios que son los principales: el amor propio de sí, del que nace el segundo, que es la propia reputación, que, a su vez, engendra el tercero, la soberbia, con falsa injusticia y crueldad, y todos los otros inicuos e inmundos pecados que de éstos siguen.

En el infierno hay también cuatro tormentos, que son los principales, y de los que se siguen todos los demás tormentos [78].

El primero es que se ven privados de mi visión. Es esto para ellos pena tan grande, que, si les fuera posible, elegirían antes el fuego y los más terribles tormentos, con tal que pudieran verme, que estar privados de mi visión, careciendo de todas estas penas. Este tormento despierta en ellos el segundo: el gusano de la conciencia, que roe siempre, viéndose privados de mí y de la visión de los ángeles por su culpa, y verse hechos dignos de la compañía de los demonios y de la visión de los mismos. Esta visión del demonio, que es la tercera pena, redobla todos sus tormentos. Así como en mi visión los santos exultan siempre y sienten renovárseles la alegría de la recompensa que reciben por los trabajos sufridos por mí con tanta abundancia de amor y desprecio de sí mismos, estos desgraciados, por el contrario, sienten renovados sus tormentos en la visión de los demonios, porque al verlos se conocen mejor a sí mismos, es decir, conocen que por su culpa se han hecho dignos de ello. De esta manera, el gusano de la conciencia roe más y los quema como un fuego que nunca cesa de arder. Les es todavía de mayor pena, porque le ven en su propia figura; tan horrible, que no hay corazón humano que lo pueda imaginar [79].

Recordarás que, habiéndotelo mostrado en su propia for-

[78] No se intenta aquí hacer una contraposición numérica, como si el número de tormentos correspondiera al número de vicios. Es más bien una contraposición lógica; como de los vicios principales derivan todos los demás, así de los tormentos principales se siguen los otros.

[79] «... el gusano de la conciencia le reprende constantemente, reconociendo que por culpa suya se ve privado de la visión de Dios y se ha hecho digno de la visión del demonio» (*Carta* 276, *a una mujer pública*, IV, 210).

ma por un brevísimo espacio de tiempo (sabes perfectamente que fué un instante), al volver en ti preferías mil veces, antes que verlo otra vez, caminar por un camino de fuego aunque fuese hasta el último día del juicio. A pesar de lo que viste, no puedes saber cuán horrible es, pues, por designio de mi divina justicia, él se muestra más horriblemente al alma separada de mí y más o menos horrible según la gravedad de los pecados cometidos.

El cuarto tormento es el fuego. Este fuego arde y no consume, porque el alma no puede ser consumida en su ser. Esta no es una cosa material, que puede consumir el fuego, sino que es incorpórea. Yo, por mi divina justicia, permito que el fuego los queme aflictivamente, que los atormente y no los consuma, que los atormente y los queme con penas grandísimas, en diversos modos según la diversidad de los pecados, quiénes más, quiénes menos, en conformidad con la gravedad de la culpa.

De estos cuatro tormentos proceden todos los demás: frío, calor y rechinar de dientes. He aquí cómo, después de haber sido reprendidos en vano (primero, durante su vida, por su injusticia y el falso juicio; por segunda vez, en el momento de la muerte), los que no han querido esperar ni arrepentirse de la ofensa hecha a mí y sólo de su castigo, reciben muerte eterna.

c) Tercera reprensión: la del juicio final, que vendrá a aumentar el tormento de los condenados

[Cap. XXXIX.] Queda por tratar la tercera reprensión, que se hará en el último día del juicio. Te he hablado ya de las otras dos. Para que veas cuánto se engaña el hombre, te hablaré ahora de la tercera, es decir, del juicio general. En ella sentirá el alma aumentarse y renovarse su pena por la unión que se verificará del alma con el cuerpo; reprensión intolerable, que ha de causarle indecible confusión y vergüenza.

Sabe que en el último día del juicio, cuando el Verbo, Hijo mío, vendrá a reprender el mundo con mi majestad y y potencia divina, no vendrá como pobrecito, como en el momento de nacer del seno de la Virgen en un establo entre animales y muriendo luego entre dos ladrones.

Entonces yo escondí en El mi poder, permitiendo que pasara penas y tormentos como hombre. No que mi naturaleza divina estuviera separada de la naturaleza humana, sino que le dejé sufrir como hombre para que satisficiera por vuestras culpas [80].

---

[80] En las contemplaciones de la tercera semana de los *Ejercicios* de San Ignacio hay un quinto punto—formal—, que se aplica a todos los

No vendrá así en este último momento; vendrá con poder, para argüir personalmente al mundo. No habrá criatura que no tiemble en su presencia y El dará a cada uno lo que le debe.

No hay lengua que pueda decir el tormento y el terror que su aspecto proporcionará a los miserables condenados. A los justos dará gran temor de reverencia y, a la vez, alegría inmensa. No porque se mude su semblante, ya que es inmutable, por ser una misma cosa conmigo por su naturaleza divina y en su naturaleza humana por la gloria de la resurrección de que está revestido. Pero a los ojos de los condenados aparecerá terrible, ya que ellos le verán con la mirada de espanto y turbación que tienen en sí mismos.

De la misma manera que en un sol radiante el ojo enfermo no ve más que tinieblas y el ojo sano ve luz. Y esto no por defecto de la luz, ni que cambie o sea distinta para el ciego que para el que ve. Es el ojo el que está enfermo. Así, los condenados le verán a El en tinieblas, en confusión y en odio, no por defecto de mi divina majestad, con la que vendrá a juzgar el mundo, sino por su propia enfermedad.

Condición de las almas condenadas:

1) No pueden dejar de odiar por la obstinación de su albedrío

[Cap. XL.] Es tan grande el odio que tienen, que no pueden ni querer ni desear bien alguno, mas siempre están blasfemando de mí. ¿Sabes por qué no pueden desear el bien? Porque, acabada la vida del hombre, queda atado el libre albedrío. Por esto no pueden merecer, al no tener ya tiempo a su disposición.

Si ellos mueren en odio, culpables de pecado mortal, queda siempre atada el alma, por justicia divina, con la atadura del odio. Queda obstinada en aquel mal que tiene, royéndose en sí misma y aumentándosele siempre las penas, especialmente por las de algunos en particular, de cuya condenación fué él mismo la causa.

Esto os enseñó aquel rico condenado cuando pedía la gracia de que Lázaro fuera a sus hermanos, que habían quedado en el mundo, para notificarles sus penas [81]. No lo hacía por caridad, ya que estaba privado de la caridad; ni por compasión de los hermanos, porque no podía desear ningún bien ni en honor mío; ni para la salud de ellos, puesto que, como te he dicho, no pueden hacer algún bien al prójimo,

---

pasos y acontecimientos de la pasión de Jesucristo, y que abre paso al ejercitante hacia la entraña del conocimiento interno de Jesús que viene persiguiendo: «el 5.º, considerar cómo la Divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, y *cómo dexa padescer la sacratissima humanidad tan crudelissimamente*» [196].

[81] Lc. 16,19.

y me blasfeman, porque su vida terminó en el odio de mí y de la virtud. Entonces, ¿por qué lo hacía? Lo hacía en su calidad de hermano mayor, por haber fomentado sus propias miserias, y haber sido por esto causa de su condenación. Preveía un aumento de su mismo castigo a medida que ellos llegaran al terrible tormento en que él estaba, donde se roerían en odio perpetuo, porque en odio acabaron sus vidas.

(También la voluntad de los bienaventurados ha quedado atada a la caridad)

[Cap. XLI.] De la misma manera [81 bis], el alma justa que acaba su vida en afecto de caridad y ligada al amor no puede crecer en virtud terminado ya el tiempo, pero puede amar siempre con esta dilección con la que ha llegado a mí, y que es la misma medida que me sirve para medirla a ella. Me desea siempre y siempre me ama. Por esto su deseo no resulta frustrado, porque, teniendo hambre, queda saciada, y sin embargo, saciada, sigue teniendo hambre, aunque tiene muy lejos el hastío de la saciedad, lo mismo que la pena del hambre [82].

En esta visión gozan de mi visión eterna, participando de este bien que hay en mí cada uno en su medida, es decir, en la medida del amor con que han llegado hasta mí, que es la única con que son medidos. Porque han permanecido en mi caridad y en la del prójimo y, unidos entre sí por la caridad común y particular, que procede de una misma caridad, además del bien universal que todos poseemos, gozan y se alegran, participando unos del bien de los otros por el afecto de la caridad. Gozan y se alegran los ángeles, en medio de los cuales están los santos, según las diversas virtudes que tuvieron en el mundo, permaneciendo unidos todos con el vínculo de la caridad [83]. Tienen una participación singular en la felicidad de aquellos a quienes amaron en el mundo con singular amor; amor que les hacía crecer en la gracia, aumentando en la virtud. El uno era ocasión para

---

81 bis La fijación de la voluntad de los bienaventurados en el cielo le sirve de término de comparación para ilustrar la obstinación de la voluntad de los condenados en el mal. Y da pie a un sabroso y provechosísimo paréntesis sobre la felicidad del cielo, sugerido por contraste con la desgracia de los que se condenan.

82 El concepto de la saciedad sin hastío y del deseo hambriento sin pena en los bienaventurados se estereotipó en la Santa en este texto, que repite muy frecuentemente, y que en la carta 110 (II, 222) atribuye a San Agustín (*Meditaciones*, c. 22. Esta obra, difundidísima, no figura entre las del santo Doctor.) Encierra en su concisión un mundo de ideas muy caro a la Santa: la permanencia de los deseos de la gloria de Dios y el bien de las almas, sin la torturante angustia que tienen en la vida terrena, en el alma bienaventurada.

83 «El amor nos hará participar el uno del otro, así como de la misma naturaleza angélica y de todos aquellos que por el amor llegaron a la vida eterna» (*Carta* 345, *a Juana, condesa de Mileto*, V, 142).

el otro de manifestar la gloria y alabanza de mi Nombre en sí mismo y en el prójimo. De modo que luego, en la vida perdurable, no perdieron este amor, sino que, por el contrario, lo conservan y lo participan mutuamente con mayor intimidad y abundancia, añadiéndoseles esta felicidad al bien general gustado por todos los elegidos [84].

No quisiera, sin embargo, que creyeras que este bien particular que te he dicho lo tengan sólo para sí. De este bien participan todos los bienaventurados y queridos hijos míos, como también toda la naturaleza angélica.

Por esto, cuando un alma llega a la vida eterna, todos participan del bien de esta alma, y esta alma del bien de todos. Y esto no porque pueda aumentar su capacidad ni la de los demás, ni que tenga necesidad de llenarse, sino que está ya llena, y tampoco puede crecer, pero el regocijo, el júbilo, la satisfacción, la alegría que experimentan, se renueva en ellos por el conocimiento que tienen de la felicidad de aquella alma. Ven que por mi misericordia ha subido ella de la tierra con la plenitud de la gracia, y así se alegran en mí por el bien que aquella alma recibe de mi bondad. Esta misma alma se goza en mí y en las almas y en los espíritus bienaventurados, viendo y gustando en ellos la dulzura de mi caridad. Sus deseos claman incesantemente en mi presencia por la salvación del mundo entero. Porque su vida terminó en la caridad del prójimo. No se ven privados de ella, ya que con ella pasaron por la puerta de mi unigénito Hijo del modo que después te diré. Mira, pues, cómo permanecen unidos con aquel vínculo de amor en que terminó su vida, y que dura por toda la eternidad.

Tienen tan conformada su voluntad con la mía, que no pueden querer otra cosa. Su albedrío está ligado por los lazos de la caridad; de tal manera que si, al término del tiempo, la criatura racional muere en estado de gracia, no puede ya pecar. Su voluntad está tan unida a la mía, que, si un padre o una madre vieran a su propio hijo en el infierno o el hijo a la madre, no pueden tener por ello ningún pesar. Antes están contentos de verlos castigados como enemigos míos, puesto que en nada es discordante su voluntad de la mía y ven cumplidos todos sus deseos [85].

---

[84] Consoladora esta especial participación en la felicidad eterna de aquellos con los que en vida nos unió un afecto especial, siempre que este amor haya redundado en gloria de Dios y en bien del prójimo. Es el premio de la suprema ordenación y divinización del amor en la criatura humana.

[85] «El alma separada del cuerpo (en el bienaventurado) gusta de Dios en su esencia; El la sacia de tal modo, que nada, fuera de El, puede apetecer ni desear más que aquello que pueda más perfectamente conservarle y aumentarle este manjar (el deseo unido al de Dios) y odia todo lo que le es contrario» (*Carta* 353, *a tres señoras napolitanas*, V, 194).

El deseo de los bienaventurados está en ver el esplendor de mi honor en vosotros, caminantes, peregrinos, que continuamente andáis hacia el término de la muerte. En este deseo de mi honor desean vuestra salud, y por esto ruegan incesantemente por vosotros; y este deseo es cumplido por lo que a mí concierne, siempre que vosotros, ignorantes, no hagáis resistencia a mi misericordia.

Deseando poseer de nuevo su propio cuerpo, no los atormenta ese deseo al verse actualmente privados de él; por el contrario, se alegran en la certeza que tienen de que será satisfecho su deseo. No los atormenta, porque, aun privados de él, no pueden ser privados de la bienaventuranza, y por esto no les causa aflicción.

No creas que la beatitud del cuerpo dé mayor felicidad al alma. De ser así, resultaría que hasta que no tuvieran el cuerpo estarían en una bienaventuranza imperfecta, lo que no puede ser, ya que en ellos no falta perfección alguna. No es el cuerpo el que dará mayor bienaventuranza al alma, sino el alma al cuerpo. Ella le dará de su abundancia cuando en el último día del juicio se revista de nuevo con la carne que aquí dejó.

Así como el alma es inmortal firme y afianzada en mí, así también el cuerpo se hace inmortal en aquella unión. Perdida su pesadez, se hace sutil y ligero. Por esto, el cuerpo glorificado puede atravesar un muro y ni el fuego ni el agua le pueden molestar. No, ciertamente, por su propia virtud, sino por virtud del alma; virtud que me pertenece, pero que yo le he dado gratuitamente, y por el amor inefable con que yo le creé a mi imagen y semejanza.

Ni los ojos de tu entendimiento pueden ver, ni los oídos oír, ni la lengua referir, ni pensar el corazón cuánto es el bien de los elegidos.

¡Qué gozo para ellos al verme a mí, que soy todo bien! ¡Qué dicha experimentarán al recuperar su cuerpo glorificado! Aunque no poseen todavía este bien hasta el día del juicio universal, no por esto experimentan pena. Nada falta a su bienaventuranza. Su alma, en efecto, se encuentra llena de esta bienaventuranza, y de esta plenitud participará también el cuerpo, como te he dicho.

¿Qué decir del bien que tendrá el cuerpo glorificado en la humanidad glorificada de mi Hijo unigénito, en la que se funda la certidumbre de vuestra resurrección? Rebosan de alegría a la vista de las llagas de esta humanidad, que han permanecido frescas; a la vista de las cicatrices conservadas en su cuerpo, y que claman continuamente misericordia a mí, sumo y eterno Padre, en favor nuestro. Todos gozarán de verse semejantes a El. Sus ojos se conformarán con los

ojos de El; sus manos, con las manos de El; todo su cuerpo, con el cuerpo de mi dulce Verbo, Hijo mío. Estando en mí, estaréis en El, porque El es una misma cosa conmigo [86]. Los ojos de vuestro cuerpo, como te he dicho, se deleitarán en la humanidad glorificada del Verbo, Hijo mío unigénito; y esto, ¿por qué? Porque su vida terminó en la dilección de mi caridad, y ésta permanece en ellos eternamente.

No que puedan practicar alguna obra buena; pero se gozan de las que hicieron. No pueden hacer ningún acto meritorio, porque sólo en esta vida se merece o se peca según place a vuestra voluntad y libre albedrío. Estos no esperan el juicio divino con temor, sino con alegría. Y el semblante de mi Hijo no les parecerá terrible ni lleno de odio, porque éstos terminaron en caridad y en amor a mí y en la benevolencia del prójimo. Ves, pues, cómo no habrá en El cambio en su semblante cuando venga a juzgar con mi majestad, sino en aquellos que serán juzgados por El. A los condenados aparecerá lleno de odio y de justicia. A los elegidos, lleno de amor y misericordia [87].

2) La pena de los condenados aumentará con la visión de Jesucristo, de la felicidad de los bienaventurados y con la unión del propio cuerpo

[Cap. XLII.] Te he hablado de *la gloria de los justos para que conozcas mejor la miseria de los condenados*. La visión de esta gloria es otro de los tormentos que viene a aumentar su pena, como para los justos la condenación de los malos aumenta el gozo en mi bondad.

La luz se conoce mejor por las tinieblas y las tinieblas hacen resaltar más la luz. Por esto, la visión de los bienaventurados les causará tormento y con pena esperan el último día del juicio, previendo el acrecimiento de su tormento.

Así será en efecto, porque en el momento en que aquella voz terrible les diga: *Surgite mortui, venit ad iudicium*, el alma volverá al cuerpo, y en los justos será glorificado, y atormentado eternamente en los condenados. La visión de mi Verdad y de todos los bienaventurados los llenará de vergüenza y de afrenta. El gusano de su conciencia roerá en-

---

[86] «La Santa parece describir aquí una estigmatización universal y suprema. Todos gozarán de lo que sólo algunos santos gozaron en la tierra» (GUIGUES, *Le livre des Dialogues*, p. 140, nota). Creemos explicación e interpretación suficiente y justa del texto limitar su sentido a la participación en el cuerpo de los bienaventurados de la felicidad y glorificación de la humanidad santa de Jesucristo. Las palabras que siguen apenas dejan lugar a duda: «los ojos de nuestro cuerpo se deleitarán en la humanidad glorificada del Verbo, mi unigénito Hijo».

[87] Justamente hace observar el P. TAURISANO *(Diálogo,* p. 91, nota 27) la propiedad de lenguaje con que la Santa Sede habla de estas difíciles y delicadas materias teológicas.

tonces el meollo del árbol, que es el alma, y la corteza, o sea el cuerpo.

Se les reprochará entonces la Sangre que por ellos se pagó y las obras de la misericordia, espirituales y temporales, que con ellos hice por medio de mi Hijo, y que ellos debían haber hecho con su prójimo, según las enseñanzas del Evangelio. Serán reprendidos por la crueldad que han tenido para con el prójimo, en comparación de la misericordia que de mí recibieron. Serán reprendidos por la soberbia y por el amor propio, por la inmundicia y avaricia que tuvieron, y en todas estas cosas se renovará duramente su propio castigo.

En el momento de morir, el castigo lo recibe solamente el alma, pero en el juicio universal lo recibirán, a la vez, alma y cuerpo. Ya que el cuerpo ha sido compañero e instrumento del alma para hacer el bien y el mal a los dictados de su voluntad propia.

El instrumento de toda obra buena o mala es el cuerpo. Por esto, hija mía, justamente se da a mis elegidos gloria y alegría infinitas en su cuerpo glorificado, recompensándole los trabajos que por mí, juntamente con el alma, sobrellevó. Del mismo modo, a los malvados se les dará pena eterna en su cuerpo, porque les sirvió de instrumento para el mal.

Se les renovará el tormento y se les aumentará al tener de nuevo su cuerpo en la presencia de mi Hijo. La miserable sensualidad, con toda su inmundicia, será condenada al ver su misma naturaleza, es decir, la humanidad de Cristo, unida con la pureza de mi Divinidad, y viendo elevada esta masa de Adrán que es vuestra naturaleza sobre todos los coros de los ángeles, y ellos, en cambio, por su propia culpa, hundidos en lo más profundo del infierno.

Verán resplandecer mi generosidad y mi misericordia en los bienaventurados, que reciben el fruto de la sangre del Cordero; tendrán éstos ante sus ojos las penas que soportaron en vida como adorno de sus cuerpos, como los adornos sobre una tela. No por virtud del cuerpo, sino un efecto del alma, que, comunicando al cuerpo su plenitud, le transfunde ahora el fruto de los trabajos padecidos, ya que fué compañero con ella para obrar la virtud. De la misma manera que el espejo refleja la cara del hombre, así en el cuerpo se reflejará el fruto de los trabajos, según te he explicado.

Viendo estos condenados sumergidos en las tinieblas tanta dignidad de la que ellos han sido privados, aumentará su pena y confusión, porque en sus cuerpos aparece la señal de las iniquidades cometidas con indecible pena y tormento.

Cuando oigan aquella terrible palabra: *Id, malditos, al*

fuego eterno[88], cuerpo y alma irán a vivir con los demonios, sin remedio alguno de esperanza y envueltos con todas las hediondeces de la tierra, cada uno según las acciones depravadas cometidas. El avaro, con la inmundicia de su ambición, envuelto con las riquezas del mundo, que tan desordenadamente amó, arderá con ellas en el fuego. El cruel, con su crueldad; el inmundo, con la inmundicia y su abyecta concupiscencia. El injusto, con sus injusticias; el envidioso, con su envidia; el rencoroso, con su odio y rencor para con el prójimo. El amor desordenado de sí mismo, junto con el orgullo del que procedieron todos sus males, arderá también, y les proporcionarán tormento intolerable. Todos serán castigados de diversas maneras, alma y cuerpo juntamente.

He aquí el fin miserable a que llegan estos que andan por el camino de abajo, por el río, no retrocediendo para reconocer sus culpas y para pedirme misericordia. Llegan a la puerta de la mentira, porque siguieron la doctrina del demonio, que es padre de la mentira, y este mismo demonio es su puerta, y por ella llegan a la condenación eterna, como antes te dije.

Así como los elegidos e hijos míos, andando por el Puente, siguen y no abandonan el camino de la verdad, y esta verdad les es puerta, pues dijo mi Verdad: *Nadie puede ir al Padre si no es por mí*[89]. El es la puerta y el camino por el que pasan, y entran, y llegan a mí, Mar pacífico; los otros, por el contrario, permanecen en la mentira, que es agua muerta. A esto los lleva el demonio. Ciegos y locos, no lo advierten, porque han perdido la luz de la fe, como si el demonio les dijera: *El que tenga sed de agua muerta, venga a mí, que yo se la daré*[90].

---

[88] Mt. 25,41.
[89] Io. 14,6.
[90] Cierra la contraposición que ha venido haciendo entre los que siguen a Jesucristo, camino de verdad, y los que siguen al demonio, camino de mentira, con esta plástica y gráfica inversión del texto evangélico, que pone en labios de este último: «Si alguno tiene sed del agua muerte, venga a mí, que yo se la daré». A la vez le sirve de transición para empezar a tratar de la utilidad de las tentaciones y pruebas con que el demonio atormenta a los seguidores de Cristo. No es más que una síntesis sumarísima de la interesante *Carta* 318, *a Sano de Maco* (IV, 445), que merecería ser reproducida por entero, en la que desarrolla con mucha amplitud todo el tema de las dos invitaciones a las dos aguas a los seguidores respectivos de Jesucristo y Satanás.

ARTICULO 2

ENGAÑOS Y MALES DE ESTA VIDA DE LOS QUE NO VAN POR JESUCRISTO-PUENTE

§ 1. Son víctimas del demonio, porque se entregan en sus manos

[Cap. XLIII.] Mi justicia ha hecho del demonio verdugo para atormentar a las almas que miserablemente me han ofendido. Y en esta vida le he puesto para tentar, permitiendo que moleste a mis criaturas; no para que mis criaturas sean vencidas, sino para que venzan y reciban de mí la gloria de la victoria al ser probados en su virtud. Nadie debe temer por cualquier combate o tentación del demonio que le sobrevenga, porque yo les he hecho fuertes y les he dado firmeza de voluntad, robustecida en la sangre de mi Hijo. Ni el demonio ni criatura alguna os puede cambiar esta voluntad, porque es vuestra y yo os la di juntamente con el libre albedrío.

En vuestro poder está, pues, con el libre albedrío, guardarla o abandonarla según os plazca. Es un arma que vosotros podéis poner en las manos del demonio, y es exactamente como un cuchillo, con el cual os hiere y os mata. Mas, si el hombre no pone este cuchillo de su voluntad en las manos del demonio, consintiendo en las tentaciones y sugestiones suyas, nada hay capaz de herirle con culpa de pecado. Antes al contrario, por ello se verá fortalecido, si abre los ojos de su entendimiento para comprender mi caridad, que es la que permite que sean tentados sólo para conducirlos a la virtud y ser probados en ella

Nadie llega a la virtud más que por el conocimiento de sí mismos y por el conocimiento de mí. Y este conocimiento nunca se adquiere más perfectamente que en el tiempo de la tentación. Porque en la prueba, el alma conoce que ella no es y que no es capaz de liberarse de este sufrimiento y de estas molestias de las que quisiera huir, y a mí me conoce en su propia voluntad, porque, fortalecida por mi Bondad, no consiente en estos malos pensamientos [91]. El

---

[91] El mejor comentario de esta idea tan certera y útil para la vida espiritual es el conocido pasaje de la vida de la Santa: después de un combate furioso del demonio..., «vino de lo alto una gran luz que iluminó su pequeña habitación, y en la luz, el mismo Jesucristo crucificado, todo sangrante, como durante la crucifixión. De lo alto de la cruz le llamó diciéndole: «Hija mía, Catalina, ¿ves cuánto he padecido por ti? No te duela, por tanto, padecer por mí». Después, cambiando de aspecto y acercándose más a la Santa, para consolarla, le hablaba con dulzura de la victoria conseguida.

Pero ella dijo: «Señor mío, ¿en dónde estabas cuando mi corazón se veía atribulado con tantas tentaciones?» Y el Señor: «Estaba en tu

alma ve entonces que sólo mi Caridad le da este vigor, porque el demonio no tiene fuerza y por sí nada puede más que en la medida que yo le permito. Y lo permito por amor, no por odio, para que venzáis y no seáis vencidos, y para que lleguéis a perfecto conocimiento de mí y de vosotros, y para que la virtud sea probada, ya que sólo por su contrario puede probarse.

Mira, pues, cómo los demonios son mis ministros para atormentar a los condenados del infierno y, en esta vida, para ejercitar y probar la virtud del alma. La intención del demonio no es ciertamente esta de probaros en la virtud, ya que él no tiene caridad, sino la de quitaros toda virtud; mas esto no puede hacerlo si vosotros no se lo permitís.

Considera, por tanto, cuán grande es la imbecilidad del hombre, que se hace débil donde debía ser fuerte, poniéndose él mismo en las manos del demonio. Por esto, quiero que sepas qué les sucede en el punto de la muerte habiendo caído en vida bajo el poder del demonio (no a la fuerza, que no es posible, sino que voluntariamente se han puesto en sus manos). Llegando al último momento bajo este terrible poder, no esperen ya el juicio, porque ellos mismos, en su conciencia, son sus propios jueces; y, desesperados, llegan a la eterna condenación. Su odio les hace alcanzar el infierno en el momento de la muerte. Antes de que lleguen a él, ellos mismos lo arrebatan para sí, como premio que les es debido, y en él se precipitan con el demonio, que es su señor.

Así como los justos, que han vivido en caridad y en ella mueren, al llegar a la muerte, si han vivido perfectamente en la virtud, iluminados con la luz de la fe, con perfecta esperanza en la sangre del Cordero, ven el bien que yo les he aparejado, y lo toman con los brazos del amor, abrazándome estrecha y amorosamente a mí, sumo y eterno bien, en aquel momento de la muerte. Así gustan de la vida eterna aun antes que hayan dejado el cuerpo mortal.

En cuanto a aquellos que han vivido y mueren en una caridad ordinaria y común sin haber llegado a esta grande perfección, también ellos abrazan mi misericordia con aquella misma luz de la fe y de la esperanza de los perfectos,

corazón mismo». «¿Cómo puedo creer que estuvieses en mi corazón, si estaba lleno de pensamientos feos e inmundos?» «¿Estos pensamientos y tentaciones producían en tu corazón alegría o tristeza? ¿Placer o disgusto?» «Grande dolor y disgusto». «¿Quién te lo hacía experimentar sino yo, escondido en el centro de tu corazón? Si yo no hubiese estado allí presente, aquellos pensamientos habrían penetrado en tu corazón y te habrías deleitado en ellos; mas mi presencia era causa del disgusto y te entristecías y sufrías al tratar inútilmente de arrojarlos de ti. Pero yo, que, escondido en tu corazón, lo defendía de tus enemigos y permitía que fueses combatida por fuera, no dejaba de hacer lo que era realmente necesario para tu salud» (BEATO RAIMONDO DA CAPUA, *Caterina da Siena,* l. 1, c. 11, n. 109-110, p. 150: en ALVAREZ, p. 75).

aunque ellos las tengan imperfectamente. Y, a pesar de ser imperfectos, abrazan mi misericordia, porque la creyeron mayor que sus propias culpas.

Los inicuos pecadores hacen lo contrario, previendo, en su desesperación, el lugar que les corresponde y abrazándolo con el odio, como te dije. Ni los unos ni los otros esperan ser juzgados, sino que, saliendo de esta vida, cada uno va al lugar que le es propio. Lo gustan y empiezan a poseerlo, aun antes de dejar el cuerpo, en el momento de morir; los condenados, por su odio y desesperación; los perfectos por el amor y la luz de la fe, con la esperanza de la Sangre. Los imperfectos, gracias a su fe y a mi misericordia, llegan al purgatorio [92].

§ 2. Caen en los sufrimientos que querían evitar

a) El demonio les tienta bajo aspecto de bien

[Cap. XLIV.] Ya te he dicho cómo el demonio invita a los hombres hacia el agua muerta, la única que posee, cegándolos con las delicias y los honores del mundo. Los coge con este anzuelo del placer bajo color de bien, ya que de otra suerte no podría cogerlos si no encontraran algún bien o deleite personal. El alma, en efecto, por su naturaleza, apetece siempre el bien [92a].

Pero es cierto que el alma, cegada, a veces, por el amor propio, no conoce ni discierne cuál sea el verdadero bien de provecho para el alma y para el cuerpo. Por esto el demonio en su maldad, viéndole cegado por el amor propio sensitivo, le propone distintos pecados, que tiene buen cuidado de pintar con color de algún provecho o algún bien. A cada uno según su estado y sus inclinaciones. Lo que brinda al seglar, no lo brinda al religioso; una cosa ofrece a los prelados, otra a los poderosos...

Te digo esto porque ahora hablo de los que se anegan en el río, de los que de nada se preocupan más que de sí mismos, de quererse a sí, con ofensa de sí mismos a la vez que mía. Ya te he manifestado cuál es su fin.

Quiero decirte ahora cómo se engañan, ya que, queriendo evitar las penas, caen en ellas. Les parece a ellos que seguirme a mí, es decir, pasar por el camino del puente del Verbo, mi Hijo, es camino demasiado duro. Por esto retroceden, temiendo esta decisión. Obran así porque son ciegos. Y no ven ni conocen la verdad, que recuerdas te di a

[92] Este tríptico de la muerte del justo, del pecador y del tibio se ve frecuentemente reproducido en los manuales de predicación y de meditaciones, aunque quizá sin la sobriedad de expresión y solidez de ideas con que aquí se presenta.

[92a] Véase en Santo Tomás (1-2, q. 1, a. 67; q. 8, a. 1): «Todo lo que el hombre apetece, lo apetece bajo la razón de bien».

entender en el principio de tu vida, cuando tú me pedías que tuviese misericordia con el mundo, sacándole de las tinieblas del pecado mortal.

Sabes que entonces me manifesté a ti en figura de un árbol [92 b] del que no se veía ni el principio ni el fin. Su raíz estaba hundida en la tierra, y ésta era la naturaleza divina, unida con la tierra de vuestra humanidad. Junto al árbol, si te acuerdas, había algunas espinas, de las que huían todos los que amaban su propia sensualidad, y corrían a un monte de trigo malo, que representaba todos los placeres del mundo. Aquel trigo parecía bueno y no lo era. Por esto como veías, eran muchas las almas que en él morían de hambre. Otras, por el contrario, conociendo el engaño del mundo, volvían al árbol y pasaban por las espinas, es decir, la decisión de su propia voluntad; decisión que antes de ser tomada es la espina que creemos encontrar en el camino de la

---

[92] El día de su admisión en la Tercera Orden—las «mantellate»—, en el año 1363, tuvo una visión significativa; vió un inmenso árbol cargado de frutos magníficos, al pie del cual se hallaba un zarzal espinoso tan alto y tan poblado, que parecía difícil acercarse al árbol y tomar los frutos. Poco más lejos se levantaba una pequeña colina cubierta de trigos, que ya blanqueaban para la siega y de aspecto muy hermoso pero cuyas espigas, vacías, caían deshechas en polvo apenas se las tocaba. Después vió a una porción de gentes que pasaban por aquel sitio detenerse delante del árbol, mirar los frutos con deseo e intentar alcanzarlos, pero las espinas los pinchaban, y ellos renunciaban prontamente a franquear el seto; entonces, volviendo sus miradas hacia la colina cubierta de mieses, se lanzaban en esta dirección y se alimentaban con el mal trigo, que había de enfermarlos y los privaba de sus fuerzas. Llegaban otros, que tenían más valor que los primeros; éstos atravesaban el seto, pero al acercarse al árbol advertían que los frutos estaban demasiado altos y que el tronco era liso y de un acceso difícil, y ellos también continuaban su camino para irse a alimentar del trigo engañoso, que los dejaba más hambrientos todavía. Por último llegaron algunos que, decidiéndose a atravesar la mata de espinas y a subir al árbol, tomaron los frutos y los comieron, lo cual les fortificó de tal modo, que sentían asco hacia todo otro alimento.

«Catalina—escribe Caffarini—se llenó de admiración al pensar que tantos hombres fuesen lo bastante necios y ciegos para amar y seguir al mundo engañoso más bien que entregarse a Jesucristo, que nos invita y nos llama y que aun en el destierro consuela y regocija a sus servidores. Porque este árbol—lo había comprendido—representaba el Verbo eterno encarnado, cuyos frutos deliciosos son todas las virtudes, mientras la colina, que no produce buen trigo, sino cizaña, representa los campos dorados del mundo, que se cultivan, en vano, con esfuerzo. Los que se alejan del árbol apenas sienten las espinas son todos aquellos que pretenden ser incapaces de llevar una vida piadosa, y renuncian a ella desde luego. Los que los suceden y se asustan por la altura del árbol son los que emprenden con energía y buena voluntad la obra de su santificación, pero se desalientan y carecen de perseverancia. Los últimos son los verdaderos creyentes, firmes en la verdad».

Esta visión contiene ya la idea fundamental, que Catalina había de desenvolver de manera más amplia y profunda en los años siguientes. Como lo presiente, el hombre se halla colocado entre dos potencias rivales que solicitan su amor. Una de estas potencias es la Verdad, la Vida, la Paz, la Alegría y la Beatitud. Otra es el mundo, el espejismo satánico, siempre engañador, del demonio» (JÖRGENSEN, *Santa Catalina de Siena* [Buenos Aires 1943] p. 53-54). La narración de Jörgensen está basada en el relato que de esta visión hace TOMÁS NACCI-CAFFARINI en su *Suplemento* a la *Leyenda mayor del Beato Raimundo de Capua*, c. 1 (ed. esp. del P. PAULINO ALVAREZ, O. P. [Vergara 1926 [3]] p. 346).

verdad. Siempre están en lucha la conciencia, por una parte, y la sensualidad, por otra. Pero desde el momento que, con odio y desprecio de sí mismo, decide virilmente y dice: «Yo quiero seguir a Cristo crucificado», quebranta inmediatamente la espina y experimenta una dulzura inestimable, en mayor o menor escala según la disposición y solicitud de cada uno.

Recuerdas que entonces te dije: «Yo soy vuestro Dios inmutable, que jamás puede cambiar». Yo no me niego a criatura alguna que quiera venir a mí. Les he manifestado la verdad, haciéndome visible a ellas, siendo invisible por naturaleza. Les he enseñado qué es amar las cosas fuera de mí. Mas ellos, cegados por la nube del amor desordenado, no me conocen a mí ni se conocen a ellos mismos. ¿Ves cómo son engañados al preferir morir de hambre antes que pasar por algunas espinas?

Pero ellos no pueden evitar el sufrir penas, porque nadie pasa por esta vida sin cruz, a no ser aquellos que pasan por el camino de encima. No que ellos estén sin trabajos, pero toda pena para ellos se convierte en consuelo [93]. Por efecto del pecado, como te dije antes, el mundo ha producido espinas y abrojos y corrió este río, mar tempestuoso, pero yo os di el puente para que no os anegaseis.

Te he manifestado cómo éstos se engañan por un temor desordenado y cómo yo soy su Dios inmutable, que no soy aceptador de personas, sino del santo deseo. Todo esto te lo he dado a entender por la alegoría del árbol [94].

b) Al contrario, los iluminados por la luz de la fe encuentran su felicidad en medio de los trabajos, queriendo lo que Dios quiere

[Cap. XLV.] Quiero ahora mostrarte a quiénes dañan y a quiénes no las espinas y abrojos que la tierra produjo por el pecado. Y, puesto que hasta aquí te he mostrado mi Bondad al mismo tiempo que su condenación y te he dicho cómo son engañados por su propia sensualidad, quiero mostrarte ahora quiénes son los únicos a quienes dañan las espinas.

Ningún mortal pasa por esta vida sin fatiga o en su cuerpo o en su espíritu. Las corporales las sufren mis siervos con el espíritu libre. Esto significa que no sufren por el trabajo

[93] Recuerda la frase de San Agustín: «En donde hay amor no hay dolor; y, si hay dolor, hasta el mismo dolor se quiere».

[94] Las enseñanzas que acaba de exponer las recibió la Santa—como vimos en la nota 92 b—en forma de visión ya en el principio de su vida espiritual. Muy probablemente contó esta experiencia mística a su confesor Fr. Tomás de la Fuente, quien lo consignó en aquellos cuadernos que después usaron el Beato Raimundo de Capua y Caffarini, otro discípulo y biógrafo de la Santa. Existen dos copias de este documento, publicado por FAWTIER (*Cateriniana*, p. 94, 5). El *Diálogo* la reproduce en cuanto a la substancia (cf. TAURISANO, *Diálogo*, p. 99, nota 9).

que pasan, porque su voluntad está conforme con la mía. Y es precisamente la voluntad lo que hace sufrir al hombre. Mas los malos, de los que te he hablado, pasan las penas corporales y espirituales pregustando, ya en esta vida, las arras del infierno, así como mis siervos pregustan las arras de la vida eterna.

¿Sabes en qué consiste esencialmente la felicidad de los bienaventurados? En tener su voluntad llena de lo que desean. Me desean a mí, y, deseándome, me poseen sin oposición alguna ni esfuerzo, porque han sido despojados del peso de su cuerpo y de esta ley, que movía guerra contra el espíritu. El cuerpo era un intermediario que no les permitía conocer perfectamente la verdad, ni podían verme cara a cara, porque su cuerpo no se lo permitía.

Pero, en cuanto el alma ha dejado el peso del cuerpo, su voluntad se siente plenamente satisfecha. porque, deseando verme a mí, me ve. En esta visión está vuestra bienaventuranza. Viendo, conoce; conociendo, ama, y, amando, gusta de mí, sumo y eterno bien; y, gustando, sacia y llena su voluntad, es decir, el deseo que tiene de verme y conocerme. Deseando, tiene, y teniendo, desea. Mas, como te dije, muy lejos está de él tanto la pena del deseo como el hastío de la saciedad.

Tú ves, pues, que mis siervos encuentran su bienaventuranza principalmente en verme y conocerme. Este conocimiento y esta visión les sacia la voluntad que tienen de poseer, con lo que esta misma voluntad desea. Por esto la tienen plenamente satisfecha.

Por este motivo te dije que, esencialmente, la vida eterna consistía en poseer lo que desea la voluntad. Y que ella se sacia en verme y conocerme a mí. Gustan ya en esta vida las arras de la vida eterna gustando esto mismo que yo te he dicho que los sacia. ¿Cómo tienen esta prenda de la felicidad futura en la vida presente? Te lo voy a decir. La tienen en mi Bondad, que ven en sí mismos; en el conocimiento de mi Verdad, conocimiento que reside en la inteligencia y en este ojo del alma iluminado por mi Luz. Este ojo tiene por pupila la santísima fe, y la luz de la fe hace discernir, conocer y seguir el camino y la doctrina de mi Verdad, Verbo encarnado. Sin la pupila de la fe nadie puede ver, del mismo modo que un hombre cuyos ojos tuvieran la pupila, en la que está la visión, cubierta con cataratas. De la misma manera, los ojos del entendimiento, cuya pupila es la fe. Cubierta esta pupila con la catarata de la infidelidad producida por el amor de sí mismo, no puede ver. Esta alma tiene ojos externamente; pero no tiene luz, porque ella misma se la ha quitado.

Ya ves, por tanto, que, viendo, conocen, y, conociendo, aman, y, amando, anegan y pierden su propia voluntad. Una vez perdida ésta, se revisten de la mía, que no es otra sino vuestra santificación. Vuelven entonces hacia atrás su mirada y empiezan a subir del camino de abajo hacia el puente y a pasar por encima de las espinas. Pero llevan calzados los pies de su afecto con mi Voluntad [95] y no los lastiman. Así te dije que sufrían en su cuerpo, pero no en su espíritu, porque tienen muerta la voluntad sensitiva, que es la que causa el sufrimiento y aflige el espíritu de la criatura.

c) Estos siervos de Dios están convencidos de merecer penas mucho mayores

Quitada esta voluntad, se quita también la pena, y todo lo sufren con reverencia, considerando una gracia el ser atribulados por mí, ni deseando otra cosa más que lo que yo quiero [95].

Si permito que el demonio los aflija con múltiples tentaciones para probarlos en la virtud, como antes te dije, ellos las resisten con la voluntad fortalecida en mí, humillándose y considerándose indignos de la paz y tranquilidad del espíritu y sí merecedores de esta pena. De este modo pasan la prueba con alegría y conocimiento de sí mismos, sin ninguna aflicción.

Si las tribulaciones les vienen de parte de los hombres o por enfermedad, pobreza, reveses de fortuna o muerte de los hijos o de cualquier otra persona particularmente querida (todo lo cual son espinas que ha producido la tierra por el pecado), todo lo soportan con la luz de la razón y de la santa fe, con la mirada puesta en mí, que soy suma bondad y no puedo querer más que el bien ; y bien es lo que les doy por amor y no por odio.

En cuanto han conocido este amor en mí y se miran a sí mismos, vienen en conocimiento de sus propios defectos. Ven a la luz de la fe que el bien debe ser recompensado y castigada la culpa. Comprenden que cualquier culpa, por pequeña que fuese, merecería pena infinita, porque ha sido cometida contra mí, que soy infinito bien. Consideran, por tanto, como una gracia el que las castigue en esta vida y en este tiempo finito. De esta forma y a un mismo tiempo bo-

---

95 En la mente de la Santa continúa la imagen empleada mucho antes al comparar el afecto a los pies (nota 39). No hace más que añadir un elemento nuevo : «están protegidos por la voluntad de Dios», sin detenerse a explicar el porqué de la metáfora.

96 Desaparece el sufrimiento, no por un estoico anulamiento de la sensibilidad o de la personalidad misma ; ha muerto la voluntad propia al anegarse en Dios e identificarse perfectamente con su querer. Se gloría en la cruz de Jesucristo como San Pablo. Como los apóstoles, *iban gozosos..., porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús* (Act. 5,41). Esto sólo el amor lo entiende y lo verifica.

rran su pecado con la contrición del corazón, adquieren méritos con la perfecta paciencia y sus trabajos se ven premiados con un bien infinito.

Conocen, en fin, que todo sufrimiento en esta vida es insignificante, dada la brevedad del tiempo. El tiempo es una punta de alfiler, no más. Pasado el tiempo, ha desaparecido el sufrimiento. Conque ya ves si es bien pequeño. Estos sufren con paciencia. Pasan por las espinas del momento presente sin que les toquen el corazón, porque lo arrancaron de sí, en cuanto al amor sensitivo, y lo han puesto y unido a mí por afecto de amor. Y así es bien cierto que éstos gustan ya la vida eterna, recibiendo las arras de la misma en esta vida mortal. Estando en el agua, no se mojan; pisando las espinas, no se punzan. Me han conocido a mí, sumo bien, y han buscado el bien donde se encuentra: en el Verbo, mi unigénito Hijo.

§ 3. Estos engaños de los malos proceden de la ceguera de su amor propio

[Cap. XLVI.] Esto que te he dicho es para que conozcas mejor de qué manera gustan las arras del infierno aquellos de cuyo engaño te hablé. Voy a decirte ahora de dónde procede este engaño y cómo reciben las arras del infierno [97].

Esto les acaece porque han cegado los ojos de su inteligencia con la infidelidad, nacida de su amor propio. Así como toda verdad se adquiere con la luz de la fe, así la mentira y el engaño provienen de la infidelidad. Hablo de la infidelidad de los que han recibido el santo bautismo, en el que les fué puesta la pupila de la fe en los ojos de su inteligencia. En cuanto llegan al uso de razón, si se ejercitan en la virtud, éstos conservan la luz de la fe y dan a luz virtudes vivas, con fruto abundante para su prójimo. Como la mujer que da a luz un hijo vivo y vivo, lo entrega a su esposo. Así éstos me ofrecen las virtudes vivas a mí, que soy el Esposo del alma.

Todo lo contrario hacen estos miserables que, llegando a la edad de la discreción, cuando deberían ejercitar la luz de la fe y dar a luz las virtudes con vida de la gracia, ellos las engendan muertas. Muertas son en efecto. porque lo son todas sus obras, como hechas en pecado mortal, privados

[97] El infierno de los malos empieza ya en esta vida. Lo expresa la Santa, diciendo que «gustan las arras del infierno». No el infierno mismo, sino lo que, como las arras, es prenda y participación anticipada del mismo. Lo llama también *llevar la cruz del demonio,* porque, «si conquista placeres, los conquista con pena; si los tiene, es con fatiga, por el miedo de perderlos; y, si los pierde, se ve atormentado con grandísima impaciencia; y sufre si, deseándolos, no puede conseguirlos» (*Carta* 96, *a Pedro Canigiani,* II, 146).

como están de la luz de la fe. Tienen, es verdad, en su alma la forma del santo bautismo, pero no la luz, porque de ella están privados por la nube de la culpa, cometida por amor propio, que es la que cubre la pupila con la que podían ver. De éstos, cuya fe es sin obras, se dice que su fe es muerta [98]. Como el muerto no puede ver, así los ojos del entendimiento, cubierta la pupila, como te he dicho, no ven ni conocen que ellos por sí mismos no son, ni los pecados que han cometido; ni conocen mi Bondad, de la que han recibido el ser y toda gracia que, además del ser, tienen.

No conociéndome a mí ni a sí mismo, no odia en sí la propia sensualidad, más bien la ama, procurando satisfacer su apetito. De esta forma, pare hijos muertos, que son sus muchos pecados mortales; ni me ama a mí. Al no amarme, no ama lo que yo amo, es decir, su prójimo. Ni se deleita obrando lo que a mí me agrada.

Lo que yo amo son las virtudes verdaderas y operantes, que me place ver en vosotros, no por utilidad mía, ya que ningún provecho me puede venir de vosotros, pues *yo soy el que soy* [99] y nada ha sido hecho sin mí, fuera del pecado, que es nada, pues priva al alma de mí, que soy todo bien, al privarle de la gracia. Me agrada para provecho vuestro, a fin de que yo pueda recompensároslas en mí, que soy vida perdurable.

Ve, pues, cómo la fe de éstos es muerta, porque es sin obras, y las obras que hacen no sirven para la vida eterna, porque no tienen vida de gracia. No obstante, no se debe dejar de obrar el bien, sea o no en estado de gracia, porque toda obra buena es siempre premiada, como es castigada toda culpa. El bien que se hace estando en gracia, sin pecado mortal, vale para la vida eterna; mas el que se hace con culpa de pecado mortal no sirve para la vida eterna, aunque sea recompensado de distintas maneras, como antes te dije.

A veces les presto el tiempo [100] o inspiro a mis siervos que ofrezcan por ellos continuas oraciones, por las cuales salen de la culpa y de sus propias miserias. Otras veces, si no aprovechan el tiempo que les doy ni el fruto de aquellas oraciones para disponerse a recibir la gracia, los premio con bienes temporales, haciendo con ellos como con los animales, que se ceban para ser llevados al matadero [101].

---

98 Iac. 2,26.

99 Ex. 3,14.

100 El tiempo es un préstamo de Dios. No algo de propiedad personal, que pueda malgastarse a capricho. A la luz de la fe, el tiempo no es oro, es eternidad.

101 La imagen es terrible y hay que entenderla en su justo sentido. No es la *intención del castigo mismo* lo que la Santa quiere hacer resaltar en esta comparación, sino el engaño de los malos en su prosperidad material, que, por lo tanto, no puede ni debe ser envidiada por

Esto sucede con quienes fueron recalcitrantes a toda bondad mía, aunque hicieron alguna obra buena, no en estado de gracia, como te dije, sino en pecado. No quisieron aprovechar el tiempo que les concedí, ni las oraciones que por ellos se hicieron, ni las otras gracias con que los llamé.

Aun condenados por mí a causa de sus pecados, mi bondad, no obstante, quiere recompensar aquellas obras, es decir, aquel poco servicio que rindieron, con la recompensa de bienes temporales. En ellos se ceban, y, si no corrigen, llegan al suplicio eterno.

Mira qué engañados están. ¿Quién los engañó? Ellos mismos, porque se han quitado la luz de la fe viva, y andan como ciegos, a tientas y agarrándose a cuanto tocan. Como no ven más que por sus ojos ciegos, puesto su afecto en las cosas transitorias, por esto son engañados y obran como insensatos, viendo solamente el oro y no el veneno.

De ahí comprenderás que todas las cosas del mundo y todos sus deleites y placeres los han conseguido, adquirido y poseído fuera de mí y con desordenado amor propio. Estos bienes tienen exactamente la figura de los escorpiones, de los que te hablé al principio de tu vida espiritual cuando te manifesté la figura del árbol[102]. Te dije entonces cómo llevaban delante el oro, y el veneno, detrás. En ellos no hay veneno sin oro, ni oro sin veneno, pero su primer aspecto era de oro, y nadie se defendía del veneno sino aquellos que estaban iluminados por la luz de la fe.

a) Rechazan la luz de la fe, que les permitiría usar de todas las cosas del mundo como a los buenos, en grados distintos según su llamada a la perfección

[Cap. XLVII.] Ya te he hablado de aquellos que por amor a mí cortan con el cuchillo de dos filos (el odio del vicio y el amor de la virtud) el veneno de su propia sensualidad y con la luz de la razón guardan, poseen y adquieren el oro de las cosas mundanas en caso de no querer prescindir

nadie. El pensamiento completo de la Santa acerca de este punto puede verse en este pasaje de una de sus cartas: «En cualquier estado en que uno se encuentre, por nada se debe dejar de hacer el bien, porque todo bien, lo mismo que todo pecado, tiene su recompensa. Si no es premiado en cuanto a la vida eterna, Dios se lo premia o bien *prestándole* el tiempo, con objeto de que pueda corregir su modo de vivir, o le proporcionará algún siervo suyo que le saque de las manos del demonio, o le dará abundancia de bienes materiales; y, aun en el caso de morir en pecado, tendrá menos castigo en el infierno. Pues mayor lo tendría si en el tiempo hubiera obrado mal en vez del bien que hizo» (*Carta* 19, *a Nicolaccio de Caterino Petroni*, I, 96).

[102] Completa la visión del árbol a la que anteriormente ha hecho alusión (notas 92 a y 94), tenida al principio de su vida espiritual, con una nueva enseñanza similar a la de las espinas que de primer momento espantaban, y que habría que pasar con decisión. Bajo la figura del escorpión, mezcla de oro por el color y de veneno, presenta las cosas y deleites del mundo. Poseídos sin Dios, al margen de su gloria, son

de ellas [102 bis]. Pero los que quieren llegar a una gran perfección, las desprecian de hecho y en espíritu. Estos observan de esta manera, de hecho y de espíritu, el consejo que les fué dado y dejado por mi Verdad. Los que poseen muchas cosas exteriores son los que observan los mandamientos y el espíritu de los consejos, pero no de hecho.

No obstante, puesto que los consejos están unidos con los mandamientos, nadie puede observar éstos si no observa aquéllos, si no de hecho, al menos en espíritu. Quiero decir que, poseyendo las riquezas del mundo, las posea con humildad y no con soberbia, teniéndolas como una cosa prestada y no como cosa suya propia, ya que os fueron dadas para vuestro uso por mi divina Bondad. Estos bienes, en efecto, en tanto los poseéis, en cuanto yo os los doy, y en tanto los tenéis, en cuanto yo os los presto. Y yo os los presto y os los doy en la medida que considero útil para vuestra salud. Según esta norma las debéis usar.

Usándolas el hombre así, observa el mandamiento de amarme sobre toda otra cosa, y al prójimo como a sí mismo. Vive con el corazón desnudo y el deseo despegado de ellas. Es decir, no las ama ni las posee más que según mi voluntad. Y, suponiendo que materialmente las posee, practica el consejo con el deseo, según dije, cortando el veneno del amor desordenado que pudiera traer.

Estos tales viven en la caridad común. Pero los que observan los mandamientos y los consejos en espíritu y de hecho, viven en la caridad perfecta. Con toda simplicidad observan el consejo que dió mi Verdad, Verbo encarnado, a aquel joven que le preguntó: *¿Qué puedo hacer yo, Maestro, para tener la vida eterna? Le contesta: Observa los mandamientos de la ley. Mas él dice: Ya los observo. Le replica: Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo a los pobres* [103]. El joven entonces se entristeció, porque retenía todavía, con amor excesivo, los bienes que poseía; a causa de esto se entristeció.

Los perfectos, por el contrario, observan este consejo, abandonando el mundo con todos sus placeres, macerando su cuerpo con la penitencia y las vigilias y con la continua y humilde oración.

Los que viven en la caridad común, aun no llegando a la renuncia real, no pierden por esto la vida eterna, porque no están obligados a ello; deben poseer, no obstante, si lo de-

---

veneno para el alma. Hay que *cortar* este amor desordenado—como enseña a continuación—separando el veneno y quedándose con el tesoro de poseerlas y gozarlas ordenadamente, según Dios. Aquí está toda la ciencia oculta de la felicidad y de la santidad.

[102 bis] Por no sentirse llamados a esta práctica real de los consejos evangélicos.

[103] Mt. 19,17-21.

sean, las cosas del mundo según el modo indicado. No me ofenden por poseerlas, ya que toda cosa es buena y perfecta y creada por mí, que soy suma bondad, para servicio de mis criaturas racionales, no para que éstas se conviertan en siervas y esclavas de las delicias del mundo. Y, si quieren poseerlas no aspirando a este grado de perfección, poséenlas no como propietarios, sino como siervos y administradores. Ofrézcanme a mí su deseo, y todo lo demás ámenlo y poséanlo no como cosa propia, sino como cosa prestada.

Yo no soy aceptador de personas ni de estados, sino de santos deseos. En cualquier estado que la criatura elija, tenga buena y santa voluntad, y me será agradable. Mas ¿quién sabrá poseer en esta forma? Los que han cortado el veneno con el odio de la propia sensualidad y con el amor de la virtud. Habiendo cortado el veneno de la voluntad desordenada y habiéndolo ordenado con el amor y mi santo temor, puede elegir y estar en cualquier estado que quiera, y en todos adquirirá mérito de vida eterna.

Aunque, ciertamente, es mayor perfección y más agradable a mí el elevarse en espíritu y de hecho por encima de las cosas del mundo. Quien no se sienta capaz de llegar por su propia fragilidad a esta perfección, puede permanecer en este estado común según su propio estado. Así lo ordenó mi Bondad para que nadie pueda tener pretexto de pecado en cualquier estado que esté [104].

Realmente, en ningún caso podrán tener excusa, porque yo he condescendido a sus inclinaciones y debilidades, hasta el punto que, deseando permanecer en el mundo, pueden retener sus riquezas, conservar su señorío, estar casados, tener hijos y afanarse por su bien; pueden permanecer en su

---

104 Afirmando categóricamente la mayor perfección del que se decide a cumplir no sólo los preceptos, sino también los consejos, en espíritu y de hecho, deja bien sentado la Santa que en cualquier estado *elegido con voluntad recta, con intención de la gloria de Dios, sin presiones ni atracciones de la propia sensualidad,* se puede agradar a Dios. A esta doctrina fué siempre fiel en las múltiples ocasiones prácticas en las que tuvo que aplicarla en el consejo y asesoramiento de las almas. Mano firme con los que creía llamados a una entrega total (carta 130, II, 340, y carta 72, I, 417), invitación constante a mayor generosidad y rectitud inflexible de intención en todo el proceso de la elección: «Pero ya que es así (que no estás dispuesto a dar a Dios lo que parece que El te pide), ruego a la suma y eterna Verdad que mantenga su mano sobre tu cabeza para que te guíe hacia aquel estado en el que más le debes agradar. Te ruego que, en cualquier estado y en todas tus obras, tengas tu mirada fija en Dios, buscando siempre su gloria y la salvación de su criatura; y que jamás pierdas de vista el precio de la sangre del Cordero, que ha pagado por nosotros con tanto fuego de amor» *(Carta* 63, *a Cristóbal de Gano Guidini,* I, 256). ¡Excelentes disposiciones para la elección de estado! Por el contrario, quien está constituído en dignidad y puesto de gobierno, «si no los posee con la mirada puesta en Dios, se sigue necesariamente que los posee con desordenado amor de sí mismo; este amor propio desordenado intoxica el alma, la priva de la luz y ya no atiende ni conoce más que las cosas transitorias y sensitivas...» *(Carta* 259, *a Tomás de Albiano,* IV, 104).

estado, cualquiera que éste fuera, siempre que en verdad corten el veneno de la propia sensualidad, que es la que da la muerte eterna.

Esta sensualidad es verdaderamente un veneno, pues así como el veneno daña al cuerpo, hasta causar la muerte, si el que lo ha tomado no se ingenia para vomitarlo o para tomar alguna medicina, así hace este escorpión de los placeres del mundo. No es que las cosas en sí sean malas. Ya te he dicho que son buenas, como hechas por mí, que soy la suma bondad. El hombre puede servirse de ellas si quiere, siempre que lo haga con santo amor y sincero temor. Ella envenena el alma y le causa la muerte si ésta no lo vomita por la santa confesión, arrancando de él el corazón y el afecto. Esta es la medicina que cura este veneno, aunque pueda parecer amarga a la propia sensualidad. Mira, pues, de qué manera se engaña. Pudiendo poseer sus bienes poseyéndome a mí, librarse de la tristeza y tener alegría y consuelo, prefiere, sin embargo, el mal bajo color de bien y se entrega a buscar el oro con amor desordenado. Mas, por estar los tales cegados por su gran infidelidad, no descubren el veneno. Se saben envenenados y no toman el remedio. Estos llevan la cruz del demonio, gustando en esta vida las arras del infierno.

b) Mientras los buenos son señores de todas las cosas, los malos, insaciados, se ven atormentados, ya en vida, por todas ellas

[Cap. XLVIII.] Antes te dije que sólo la voluntad es causa del sufrimiento del hombre y que mis siervos no sienten pena alguna que los aflija por haberse desnudado de la suya propia y haberse revestido de la mía. Estos se sienten plenamente saciados sintiéndome en sus almas por la gracia. Los que no me poseen, no pueden sentirse saciados aunque poseyesen el mundo entero. Las cosas creadas, en efecto, son menores que el hombre; las cosas han sido hechas para él, y no él para las cosas. Por esto no le pueden saciar. Solamente yo puedo hacerlo. Sin embargo, estos miserables, caídos en tanta ceguera, se afanan constantemente y nunca se sacian. Desean lo que no pueden poseer, porque no me lo piden a mí, que soy el único que puedo saciarlos[105].

¿Quieres que te diga cómo sufren? Tú sabes que el amor es siempre causa de sufrimiento cuando uno pierde aquello

105 «Esta es la condición del alma: porque su ser es infinito, desea de un modo infinito, y no se sacia jamás si no es uniéndose con lo infinito. Levántese, pues, el corazón con toda su fuerza a amar al que ama sin ser amado» (*Carta* 77, *a Fr. Guillermo Fleete*, II, 26). «Todas las cosas del mundo no pueden saciar al hombre, porque son menos que él»; «ya que todo lo que Dios creó, lo creó para el servicio del hombre» (*Carta* 44, *a Antonio de Ciolo*, I, 260).

con lo cual se había identificado. Estos, por su amor y de distintas maneras, se han identificado con la tierra. Y en tierra se han convertido. Otros se unifican con su propia riqueza; otros, con su posición; quién con sus hijos, quién llega a perderme a mí para servir a las criaturas, quién convierte su propio cuerpo en inmundo animal. He aquí cómo y de qué diversas maneras apetecen la tierra y de ella se alimentan. Desearían que las cosas fueran estables y permanentes, y no lo son, sino que se les escapan como el viento, sea porque desaparecen con la muerte o se ven privados de lo que aman por disposición mía. Esta privación les ocasiona un sufrimiento indecible, y su dolor al perderlas es tan grande como el amor desordenado con que las poseyeron. Si las hubieran considerado como cosa prestada y no como algo propio, las dejarían sin pena alguna. Pero sufren, porque no tienen lo que desean, puesto que, como te dije, el mundo no los puede saciar, y sufren de no verse saciados.

¡Qué grandes son los sufrimientos provocados por los sobresaltos de la conciencia! ¡Cómo sufre el que desea venganza! Le roe continuamente el alma este deseo y se mata a sí mismo antes que mate a su enemigo. El primer muerto es él al matarse con el cuchillo del odio.

¡Cuánto sufre el avaro, que por codicia llega a privarse de lo necesario! ¡Qué tormento el del envidioso, que se carcome en su corazón y no le deja gozarse en el bien de su prójimo! De todo lo que éstos hagan con amor sensitivo, no obtienen más que sufrimiento, por el temor constante y desordenado. Han tomado la cruz del demonio, gustando de antemano las arras del infierno. Esta vida para ellos está llena de enfermedades de todas clases, y, si no se corrigen, llegarán a la muerte eterna.

Estos son los que se ven afligidos por las espinas de abundantes tribulaciones, torturándose a sí mismos por su propia voluntad desordenada[106]. Tienen cruz para su corazón y para su cuerpo. Quiero decir que sufren interior y exteriormente sin mérito alguno, porque no sufren estos trabajos con paciencia, sino con impaciencia.

Porque han poseído y adquirido el oro y los placeres del mundo con amor desordenado, son privados de la vida de la gracia y del afecto de la caridad y se han convertido en árboles de muerte. Por esto son muertas todas sus obras. An-

[106] Tanto en el *Diálogo* como en las cartas aparece con frecuencia la idea de que los malos, afanosos de placer, se hacen insoportables a sí mismos. «Digo que el siervo del mundo, amador de sí mismo, tiene que sufrir fatigas grandísimas e intolerables; porque, como dice San Agustín *(Confesiones*, l. 1, c. 12), «el Señor permite que el hombre que ama desordenadamente sea insoportable a sí mismo» *(Carta* 96, *a Pedro Canigiani*, II, 146).

dan trabajosamente por el río, anegándose, y llegan al agua muerta. Pasando llenos de odio por la puerta del demonio, reciben la eterna condenación.

Has visto cómo se engañan y en medio de cuántos sufrimientos van al infierno, haciéndose mártires del demonio [107]. Y ¿qué es lo que los ciega? La nube del amor propio puesta en la pupila de la luz de la fe. Ya has visto cómo las tribulaciones del mundo, vengan de donde vengan, afligen a mis siervos en su cuerpo, es decir, son perseguidos por el mundo, pero no en su espíritu, porque viven conformes con mi parecer. Por esto están contentos de sufrir por mí.

Los esclavos del mundo, por el contrario, se ven torturados por dentro y por fuera. Sobre todo interiormente, por el temor que tienen de perder lo que posean. Y por el amor y el deseo de lo que no pueden tener. Tu lengua sería incapaz de describir todos los demás sufrimientos que les siguen a estos dos, que son los principales. Considera, pues, cómo, aun en esta vida, están en mejor situación los justos que los pecadores. Has podido ver perfectamente su ruta y su término.

§ 4. Sus recaídas. Sacudidos por la tribulación, podrían salir de este estado. Mas por tibieza, inconstancia y presunción de la misericordia divina sucumben de nuevo

[Cap. XLIX.] Te quiero manifestar ahora cómo hay algunos a quienes yo estimulo por medio de tribulaciones del mundo para que conozca el alma que su fin no es esta vida y que estas cosas son imperfectas y transitorias y que no deben desear más que a mí, puesto que yo soy su fin, y como a tal deben tenerme [108]. Estos empiezan a quitarse esta nube por los mismos sufrimientos que experimentan, y con los que saben deben expiar sus propios pecados. Con este temor servil empiezan a salir del río, vomitando el veneno que les había echado el escorpión en figura de oro. Ellos, incautos, lo tomaron, recibiendo el veneno que traía. Al percatarse de ello, empiezan a liberarse y a dirigirse hacia la orilla para alcanzar el puente.

No es, empero, suficiente caminar sólo con temor servil;

---

[107] Al «llevar a cuestas la cruz del demonio», al «pregustar las arras del infierno» de los malos, añade ahora otra viva y gráfica contraposición con los buenos: «se hacen mártires del demonio».

[108] El *Diálogo* empieza aquí un amplio desarrollo de las ideas sintéticamente contenidas en estas líneas breves de la *Carta* 272, *a su director* (IV, 182): «Hay algunos que por el temor de la pena se acercan a la orilla y salen del pecado mortal; sienten las espinas de muchas tribulaciones, y por esto salen del río. Si no caen en la negligencia y no se duermen en el amor propio de sí mismos, se asen al puente y empiezan a subir en el amor de la virtud. Pero, si permanecen en el amor propio y en la negligencia, todo les daña. Y no son perseverantes; un viento contrario cualquiera que se levante les hace volver al veneno que vomitaron».

barrer de la casa el pecado mortal sin llenarla de virtudes fundadas en amor y no sólo en temor, no es suficiente para dar vida eterna[109]. Si éste no pone ambos pies en el primer escalón del puente, es decir, el afecto y el deseo, que son los pies que llevan el alma en el afecto de mi Verdad (de la que yo he hecho puente), todo es inútil.

He aquí el primer escalón, al que te dije convenía subir al explicarse que había hecho una escalera de su propio cuerpo. Bien es verdad que éste es un modo corriente de elevarse, puesto que es lo que comúnmente hacen los siervos del mundo, empezando por el temor de la pena. Las tribulaciones los vuelven a veces tan insoportables a sí mismos, que el mundo empieza a disgustarlos. Si ejercitan este temor a la luz de la fe, llegan entonces al amor de la virtud.

Otros, sin embargo, andan con tanta tibieza, que con frecuencia recaen en el río. Llegados a la orilla, al levantarse vientos contrarios, se ven azotados por las olas del mar tempestuoso de esta tenebrosa vida. Si se levanta viento de prosperidad, no habiendo subido por propia negligencia el primer escalón con su afecto y con el amor de la virtud, su afecto desordenado los hace retroceder hacia los placeres, y si es viento de adversidad, es la impaciencia lo que los hace volver atrás, puesto que no han odiado su culpa por lo que tiene de ofensa a mí, sino por temor de la propia pena que ven seguirlos inevitablemente; este temor de la pena era el que los había alejado de su vómito.

Toda obra de virtud requiere perseverancia. Quien no persevera, jamás alcanza el objeto de su deseo ni consigue el fin de lo que había empezado. Y jamás llegará a él si no persevera. Por esto es necesaria la perseverancia para quien quiera realizar su deseo.

Te he dicho que éstos se vuelven atrás según los impulsos que experimentan o bien en sí mismos, por la lucha de la propia sensualidad contra el espíritu, o bien por la atracción de las criaturas, que aman desordenadamente fuera de mí, o bien por la impaciencia de las injurias recibidas, o bien por el demonio, que los combate de distintas maneras.

Alguna vez los tienta con el desprecio, a fin de inducirlos a confusión, diciéndoles: «De nada te sirve esta obra buena que has empezado, por causa de tus pecados y de tus defectos»; y hace esto para hacerlos retroceder y obligarlos a dejar el ejercicio de virtud recién empezado. Otras veces, con presunción, es decir, con la vana esperanza de mi misericordia, diciéndoles: «¿A qué fatigarte tanto? Goza de esta vida, y en la hora de la muerte reconocerás tus peca-

[109] Orientación eminentemente positiva en la purificación del alma.

dos y te salvarás». De este modo, el demonio les hace perder el sano temor que les había hecho empezar.

Por todas estas y otras muchas causas vuelven atrás y no son constantes ni perseverantes. Todo esto acaece porque la raíz del amor propio no ha sido arrancada en ellos. Esto les impide perseverar. Con esta gran presunción confían en mi misericordia no como es debido, sino como ignorantes y soberbios que cuentan con la misma misericordia, que no cesan de ofender. Yo jamás les he dado ni les doy mi misericordia para que ellos me ofendan, sino para que con ella se defiendan de la malicia del demonio y de la desordenada confusión de su propio espíritu. Ellos, sin embargo, hacen todo lo contrario al ofenderme con el brazo de la misericordia. No han proseguido aquella primera transformación empezada cuando se levantaron de la miseria del pecado mortal. Como ellos no cambian, no llegan al amor de la virtud; no han perseverado. Es inevitable que el alma cambie. Por esto, si no va adelante, vuelve atrás. Al no adelantar éstos en la virtud, pasando por la imperfección del temor al amor, necesariamente retroceden».

§ 5. Conclusión. Amargura de la Santa ante la perdición y engaño de los que se condenan

[Cap. L.] Angustiada entonces aquella alma por el deseo, considerando su propia imperfección y la ajena, se sentía atormentada al oír y ver tanta ceguera en las criaturas. Había visto la grandeza de la bondad de Dios, que nada había puesto en este mundo que pudiese ser impedimento para la salud del hombre en cualquier estado que estuviese, sino todo para ayudarle en el ejercicio y prueba de la virtud, y, no obstante esto, por el amor propio y su desordenado afecto, se precipitaban en el río. Como no se corregían, los veía caer en la eterna condenación, y muchos de los que habían subido volvían atrás por las razones que había oído de la dulce bondad de Dios, que se había dignado manifestárselo; por eso se hallaba sumida en amargura. Y, fijando los ojos de su entendimiento en el Eterno Padre, decía: «¡Oh Amor inestimable! ¡Cuán grande es el engaño de tus criaturas! Quisiera que, si es de tu agrado, me explicaras más ampliamente los tres escalones representados por el cuerpo de tu unigénito Hijo y qué deben hacer los hombres para salir totalmente del piélago y andar por el camino de tu verdad y quiénes son los que suben estos escalones».

CAPITULO IV

Los tres escalones del puente

ARTICULO 1

APLICACIÓN GENERAL: LAS TRES POTENCIAS DEL ALMA

§ 1. Para evitar ser arrastrados por la corriente del mal, las tres potencias del alma, íntimamente unidas entre sí para el bien como para el mal, deben ser congregadas por el libre albedrío en nombre de Jesucristo para que El esté presente en el alma

[Cap. LI.] Fijando entonces los ojos de su misericordia sobre el deseo y el hambre de aquella alma, decía la divina Bondad: «Queridísima hija mía: yo no desprecio los santos deseos. Antes los acepto, y quiero, por lo mismo, declararte y mostrarte lo que me pides.

Me ruegas que te explique la alegoría de los tres escalones y que te diga cómo pueden salir del río para llegar al puente. Te he hablado más arriba del engaño y ceguera del hombre y cómo gustan, ya en esta vida, las arras del infierno, como mártires del demonio, y cómo llegan después a la condenación eterna (fruto todo, como te decía, de sus malas obras); y con todas estas cosas, algo te he dicho ya de los remedios para evitar estos males; ahora, sin embargo, satisfaré tu deseo declarándotelo más ampliamente [110].

Tú sabes que todo mal está fundado en el amor propio de sí, que este amor propio es una nube que oculta la luz de la razón y que esta razón tiene en sí la luz de la fe. No se pierde la una sin la otra.

---

[110] Téngase en cuenta, para evitar confusiones en la lectura de este párrafo, que antes de entrar la Santa en la explicación detallada de la figura de los tres escalones en el cuerpo de Cristo crucificado, que simbolizan otras tantas etapas de la vida espiritual, hace, como introducción, una aplicación de carácter general de la imagen de los peldaños—en sentido amplio—a las potencias del alma. Todas ellas—por la íntima unión que entre ellas hay—tienen que participar en la decisión de servir a Dios y trabajar en este servicio. Hay que subir estos tres peldaños, sin posibilidad de subir uno y dejar otro; poner al servicio de la Verdad una facultad y dejar a su antojo a las otras. Esto es, reunirlas todas y en nombre de Jesucristo. Por lo cual, El, fiel a su promesa, estará presente en esta alma. Este proceso íntimo, puramente psicológico, que se desarrolla en el alma para que el libre albedrío no se deje guiar por la sensualidad, sino por la razón iluminada por la fe, es sólo un paso previo para el otro proceso, objetivo, de los estados del alma o grados de perfección, que más adelante explicará y aplicará a la figura de los peldaños de Jesucristo-Puente. Así el alma llega al estado de gracia y permanece en él. (Toda esta doctrina está explicada amplia y claramente en la *Carta* 259, *a Pedro de Albiano*, «condottiero» a sueldo del pontífice contra los florentinos [IV, 100].)

Yo creé al alma a mi imagen y semejanza, dándole la memoria, el entendimiento y la voluntad. La inteligencia es la parte más noble del alma[110 a]. Esta inteligencia es movida por el afecto, y el afecto se nutre de la inteligencia. La mano del amor, es decir, el afecto, llena la memoria del recuerdo de mí y de todos los beneficios recibidos, y este recuerdo es el que hace solícita y diligente, agradecida y no olvidadiza, a la inteligencia. De esta manera, una potencia sirve a la otra, y así se nutre el alma en la vida de la gracia.

El alma no puede vivir sin amor. Siempre desea amar alguna cosa, puesto que está hecha de amor y por amor fué creada. Por esto te dije que la voluntad movía a la inteligencia, como si aquélla dijera: «Yo quiero amar, puesto que el alimento del que me nutro es el amor». La inteligencia entonces, despertada por el afecto, se levanta como si dijera: «Si tú quieres amar, yo voy a ofrecerte el bien que pueda ser objeto de tu amor». Y se levanta inmediatamente y se aplica en la consideración de la dignidad del alma y de la indignidad en la que ha venido a parar por sus pecados. En la dignidad de su ser gusta mi inestimable bondad y la caridad increada con que yo le saqué de la nada. A la vista de su miseria, encuentra y gusta mi misericordia. ¿No es, acaso, mi misericordia la que le ha dado el tiempo de que dispone y le ha arrancado de las tinieblas?

La voluntad entonces se nutre del amor, abriendo la boca del santo deseo, de la que se sirve para comer el odio y aborrecimiento de su propia sensualidad, sazonada de humildad verdadera y perfecta paciencia, nacidas de aquel odio santo. Engendradas así las virtudes, luego se dan a luz, más o menos perfectamente según que el alma se ejercite en la perfección, como diré más adelante.

Si, por el contrario, la voluntad sensual se vuelve a amar las cosas sensibles, los ojos de la inteligencia se fijan en ellas y se proponen por único objeto las cosas transitorias, en las que el amor propio no encuentra más que disgusto de la virtud y amor del vicio. De ellos le vienen la soberbia y la impaciencia; la memoria no se llena entonces más que de lo que le ofrece la voluntad sensual[111].

Este amor ha cegado[112] los ojos de tal manera, que no

110a «El entendimiento—dice Santo Tomás—es simplemente más noble que la voluntad» (2-3, q. 82, a. 3). Y en la cuestión siguiente (q. 83, a. 3 ad 1): «Entre las demás potencias del alma, la más alta es el entendimiento».

111 Sensibiliza, casi dramatiza la Santa la descripción del proceso psicológico del amor sensitivo y la función de las facultades en todo este proceso. Así, con los mismos elementos, pero con palabras y construcción distintas, lo expone en la *Carta* 113, *a la condesa Salimbeni* (II, 236). Llama la atención la claridad y la propiedad con que desentraña este mundo, ordinariamente tan confuso y turbio, de los afectos, de la sensibilidad, de la voluntad...

112 La palabra original «abbacinato» sugiere el modo, en vigor en

discierne ni ve más que estas falsas claridades. Esta claridad es la única que la inteligencia ve y que el afecto ama, por lo que en ellas aprecian de bien y de placer. Si no tuvieran esta apariencia, el hombre no pecaría, puesto que por su naturaleza no puede desear sino el bien. Pero el vicio toma los colores de un bien personal, y por esto el alma cae, ya que el ojo cegado no puede ver, no conoce la verdad, y por esto se engaña buscando el bien y los placeres donde no están.

Ya te he dicho que sin mí los placeres del mundo son espinas llenas de veneno, y que el entendimiento se engaña en su modo de ver, y la voluntad en el querer, amando lo que no debe, y la memoria en el recordar. El entendimiento hace como el ladrón, que se apodera de lo que no es suyo, y así la memoria guarda el recuerdo continuo de aquellas cosas al margen de mí, y, de esta suerte, el alma se priva de la gracia.

Es tan grande la unión que hay entre estas tres potencias del alma, que no me puede ofender una de ellas sin que me ofendan todas, porque cada una sirve a la otra en el bien o en el mal, según place al libre albedrío. Este libre albedrío está atado a la voluntad y lo mueve como le place, según la luz de la razón o en contra de ella. Vosotros tenéis unida a mí la razón (si vuestro libre albedrío no os separa de mí con amor desordenado), pero tenéis también esta ley perversa, que se rebela siempre contra el espíritu. Tenéis, pues, dos partes en vosotros: la sensualidad y la razón. La sensualidad es sierva, pues su misión es la de servir al alma; es instrumento del cuerpo para probar y ejercitar las virtudes. El alma es libre (liberada del pecado por la sangre de mi Hijo), y nadie la puede dominar si ella no consiente en ello. Está atada al libre albedrío, y el libre albedrío no es más que una cosa con la voluntad puesta de acuerdo con ella. Se encuentra, pues, entre la sensualidad y la razón; puede volverse hacia la una o hacia la otra según le plazca.

Es cierto que cuando el alma se aplica a reunir, con las manos del libre albedrío, sus propias potencias en mi nombre (como te he dicho), entonces se congregan todas las operaciones de la criatura lo mismo espirituales que temporales. Se suelta entonces el libre albedrío de la propia sensualidad y se une con la razón. Yo me pongo entonces en medio de ellos. Esto es lo que dijo mi Verdad, Verbo encarnado, con las palabras: *Cuando estuvieren dos o tres o más congregados en mi nombre, yo estaré en medio de ellos* [113] Así es en verdad. Te he dicho ya que nadie puede venir a mí sino por

---

otros tiempos, de cegar a un reo acercándole un calderillo o bacín de hierro puesto al rojo vivo. Por esto habla la Santa de «claridades».

[113] Mt. 18,20.

El; por esto le hice puente con tres escalones, que representan los tres estados del alma, como más adelante te explicaré [114].

§ 2. En esta unión de las potencias está el secreto de la perseverancia hasta llegar al agua viva, que se le brinda en Jesucristo, no en el Padre

[Cap. LII.] Te he explicado de un modo general la imagen de los tres escalones por las tres potencias del alma. No se puede subir la una sin subir la otra, si se quiere pasar por la doctrina y el puente de mi Verdad. Ni puede perseverar el alma si no tiene unidas entre sí estas tres potencias.

Te he hablado de la perseverancia cuando me has preguntado qué debe hacer este caminante para salir del río y qué significaban los tres escalones. Te dije entonces que sin la perseverancia nadie puede llegar a su término. Dos términos hay, y cada uno de ellos exige la perseverancia: el vicio y la virtud. Si tú quieres llegar a la vida, debes perseverar en la virtud, como llega a la muerte eterna el que persevera en el vicio. Así, pues, con la perseverancia se llega a mí, que soy vida, o al demonio, que os lleva a gustar el agua muerta.

[Cap. LIII.] A todos vosotros, en general y en particular, se dirigía mi Verdad cuando en el templo, movido por un anhelante deseo, clamaba: *El que tenga sed, que venga a mí y beba, porque soy fuente de agua viva* [115]. No dijo: «Vaya al Padre y beba», sino: *venga a mí*. ¿Por qué? Porque en mí, su Padre, no puede caber pena, pero sí en mi Hijo [116]. Y vosotros, mientras sois peregrinos y caminantes en esta vida mortal, no podéis estar sin sufrimiento, porque por el pecado la tierra ha germinado espinas.

Y ¿por qué dijo: *venga a mí y beba?* Porque, siguiendo su doctrina, bien por el camino de los mandamientos, obser-

---

[114] Aplica en sentido figurado las palabras evangélicas a esta coadunación de las potencias superiores del alma hacia el objeto que Dios propuso a cada una de ellas. Sólo así el libre albedrío puede desentenderse de la sensualidad y dominarla.

Quizá facilite la inteligencia y aclare el sentido de cuanto lleva dicho este pasaje de la *Carta* 259, *a Tomás de Albiano* (IV, 100): «Después que el hombre ha ordenado las potencias espirituales del alma y las ha elevado en alto por afecto de amor y las ha congregado en el nombre de Dios, es decir, decidida la memoria a retener los dones y las gracias de Dios—el entendimiento, a aplicar la voluntad en la sabiduría del Hijo de Dios, y la voluntad, a amar en la clemencia dulce del Espíritu Santo—, Dios entonces reposa por la gracia en su alma. Esto debemos entender que quiso decir nuestro Salvador con las palabras *donde estén congregados dos o tres en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos* (Mt. 18,20). Podemos entender, pues, que se refería a la congregación antedicha de las tres potencias del alma, así como de la congregación de los siervos de Dios».

[115] Io. 7,37.

[116] «... quien quiera ir al Padre Eterno—vida durable—para participar de su visión tiene que pasar por el camino de la doctrina del Verbo, camino, verdad y vida» *(Carta* 318, *a Sano de Maco,* IV, 446).

vando el espíritu de los consejos, bien de los mandamientos y con la práctica de los consejos a la vez, o sea por la caridad perfecta o la caridad común [117], como te dije, por cualquier camino de estos dos que empleéis para llegar a El siguiendo su doctrina, encontraréis de qué beber. Encontraréis y gustaréis el fruto de la Sangre por la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana. Hallándoos en El, os halláis en mí, que soy Mar pacífico, ya que soy una misma cosa con El y El es una misma cosa conmigo. Se os convida, pues, a la fuente del agua viva de la gracia.

Conviene que caminéis con perseverancia por El, al que he hecho puente para vosotros, de tal manera que ninguna espina, ni viento contrario, ni prosperidad, ni adversidad, ni cualquier otro trabajo que sufráis sea capaz de haceros retroceder. Debéis perseverar hasta que me encontréis a mí, que os doy agua viva, y os la doy por el intermediario de este dulce y amoroso Verbo, unigénito Hijo mío.

Mas ¿por qué dice *Yo soy fuente de agua viva?* Porque, por la unión de la naturaleza divina con la humana, El fué hecho fuente que me contenía a mí, que doy agua viva [118]. ¿Por qué dijo *venga a mí y beba?* Porque no podéis pasar sin sufrir, y en mí no cabe pena, mas sí en El. Por esto os hice de El un puente; nadie puede venir a mí sino por El. Por esta razón, El mismo dijo: *Nadie puede ir al Padre si no es por mí* [119]. Así dice verdad mi Verdad.

Acabas de ver qué camino debéis seguir y en qué forma, es decir, con perseverancia [120]. Sin ella no llegaríais a beber, pues a ella se otorga el premio de la gloria y la corona de victoria en mí, que soy vida duradera.

---

117 La «caridad común» en la terminología de Santa Catalina implica el cumplimiento de los mandamientos y del espíritu de los consejos evangélicos, mientras que la caridad «perfecta» equivale al cumplimiento real y efectivo de consejos y preceptos.

118 «En verdad (Jesucristo) es una fuente, porque como la fuente contiene en sí el agua y la vierte por el muro que tiene todo en torno, así este dulce y amoroso Verbo vestido de nuestra humanidad; su humanidad fué el muro que en sí contenía la deidad eterna unida con esta humanidad, vertiendo el fuego de la divina caridad por el muro abierto de Cristo crucificado; sus llagas dulcísimas vertieron sangre mezclada con fuego, porque con fuego de amor fué derramada» (*Carta* 318, *a Sano de Maco*, IV, 446). Toda la infancia y adolescencia de la Santa tuvo por escenario la parte típica de Siena, enclavada en el valle de Fontebranda, debajo de la iglesia de Santo Domingo. Fontebranda deja escapar por los agujeros de su muro el incesante rumor de los caños abundantes... Como antes el yunque, ahora la fuente es Jesucristo. El grito inalterable con que cierra todas sus cartas: «Gesù dolce, Gesù amore», expresión del fuego obsesionante de su vida interior, es la explicación única de este ver a su Jesucristo, su amor, en todas las cosas.

119 Io. 16,4.

120 «Pero me dirás: ¿Dónde puedo conseguir esta perseverancia? Te respondo: Una persona en tanto sirve a otra en cuanto le ama, y no más; cuando falta el amor, cesa el servicio; y el amor dura mientras uno se ve amado. Así, pues, el amor procede del verse amado; el amor es lo que te hace perseverar» (*Carta* 47, *a Pedro de Juan Venture*, I, 268).

§ 3. La sed de esta agua y tener congregadas las potencias aseguran la caridad en el alma

[Cap. LIV.] Volvamos ahora a los tres escalones por los que os conviene pasar si queréis salir del río y no anegaros y llegar al agua viva, a la que estáis invitados, y a tenerme a mí en medio de vosotros. Porque yo estoy en medio de vosotros cuando por gracia moro en vuestras almas.

Es, pues, necesario, para andar este camino, tener sed, porque solamente son convidados los que la tienen cuando se dijo: *El que tenga sed, venga a mí y beba* [121]. El que no tiene sed no persevera en su camino. Porque o se detiene por la fatiga o por culpa del placer. No se preocupa de llevar el vaso con que puede sacar el agua ni de ir en compañía, siendo así que solo no puede ir. Por esto se vuelve a mirar atrás cuando siente las espinas de la persecución, porque ve en ellas un enemigo. Teme porque está solo, que, si fuera acompañado, no temería. Si hubiera subido los tres escalones, estaría seguro, porque no estaría solo. Es necesario, pues, tener sed y, como dije, estar congregados juntos dos, o tres, o más [122].

¿Por qué dijo *dos o tres?* Porque no están dos sin tres, ni tres sin dos. Queda excluído, si es uno solo, el que yo esté en medio de él, porque no tiene compañía consigo para que yo pueda estar en medio. El mismo sería nada, porque el que está en el amor propio de sí mismo, está solo, ya que está separado de mi gracia y de la caridad de su prójimo. Estando privado de mí por su pecado, se convierte en nada, porque yo solo soy el que soy. El que está solo, es decir, está solo en el amor propio de sí mismo, no cuenta ante mi Verdad ni me es agradable.

He aquí por qué dijo: *Si estuvieren dos o tres o más congregados en mi nombre, yo estaré en medio de ellos* [123]. Te dije que no había dos sin tres, ni tres sin dos, y así es [124]. Tú sabes que los mandamientos de la ley se reducen a dos, y que sin estos dos no puede observarse ningún otro: el de amarme a mí sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. He aquí el principio, el medio y el fin de los mandamientos de la ley.

---

121 Io. 7,37.

122 ¡Cómo conocía Santa Catalina las veredas difíciles que sigue el espíritu del pecador bajo el aguijón de la inquietud—«la sed»—para salir del pecado y desembocar a la luz de la amistad divina! Es todo un tratado de psicología sobrenatural este cansarse de la sed insatisfecha, este percibir la invitación a una «agua viva» que apaga toda sed, pero que agudiza el deseo: este peligro del cansancio ante las dificultades primerizas...

123 Mt. 18.20.

124 Este «estar *dos* juntos», que simbólicamente aplica aquí a los dos mandamientos, el del amor a Dios y al prójimo, en la *Carta* 259, *a Tomás de Albiano* (IV, 101), lo aplica al temor y al amor, sin los cuales —juntos en el alma—tampoco está Dios en medio de ella.

Estos dos no pueden estar congregados en nombre mío sin tres, es decir, sin la reunión de las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. La memoria debe retener mis beneficios y mi bondad; la inteligencia debe considerar el amor inefable que os he manifestado por medio de mi unigénito Hijo, al que he puesto como objeto por excelencia de vuestro entendimiento. En él debe contemplar el fuego de mi caridad. La voluntad entonces se une a las otras dos, amándome y deseándome a mí, que soy su fin.

§ 4. Proceso interno del alma para llegar a la caridad y permanecer firme en ella

Cuando estas tres virtudes y potencias del alma están reunidas, yo estoy en medio de ellas por la gracia; y, al encontrarse el hombre lleno de mi caridad y de la del prójimo, encuentra inmediatamente la compañía de muchas virtudes auténticas.

El apetito del alma se dispone entonces a tener sed: sed de la virtud de mi honor y de la salud de las almas Toda otra sed es apagada y muerta en ellas. El alma puede adelantar con seguridad y sin ningún temor servil una vez subido el primer escalón del afecto. Porque. despojado el hombre de su amor propio, se eleva sobre sí mismo y sobre las cosas transitorias, amándolas y reteniéndolas, si así lo desea, sólo por mí y no sin mí. Es decir, con santo y verdadero temor y amor de la virtud.

Ha subido el segundo escalón: el de la luz de la inteligencia, que contempla mi amor cordial en Cristo crucificado, que me ha servido para manifestároslo. Ella encuentra entonces la paz y la quietud, porque la memoria está llena y no vacía de mi caridad. Tú sabes que, cuando una cosa está vacía, resuena al tocarla; no así si está llena. De la misma manera, cuando la memoria está llena de la luz del entendimiento, y el afecto lleno de amor, por agitado que se vea con tribulaciones o placeres del mundo, no suena a hueco con desordenada alegría ni por la impaciencia; está llena de mí, que soy todo bien.

El que ha subido el tercer escalón, se halla congregado. La razón en posesión de estos tres grados, de las tres potencias del alma, los ha reunido en nombre mío. Congregados los dos, el amor de mí y del prójimo, y congregada la memoria, que recuerda; la inteligencia, que me ve, y la voluntad, que me ama, el alma se encuentra acompañada por mí, que soy su fortaleza y su seguridad. Encuentra la compañía de las virtudes, y así adelanta y así camina y está segura, porque yo estoy en medio de ellas.

En este estado camina el alma con angustioso deseo, sedienta de seguir el camino de la verdad, que lleva a la fuente del agua viva. Por esta sed que ella tiene de mi honra y de la salud del prójimo, desea este camino, puesto que sin él no podría llegar. Camina entonces llevando el vaso del corazón vacío de todo afecto y de todo amor desordenado del mundo. Al tenerlo vacío, se llena en seguida, porque ninguna cosa puede estar vacía. Si no está llena de algo material, lo está de aire.

Asimismo, el corazón es un vaso que no puede estar vacío. En el momento que se sacan de él las cosas transitorias, que lo llenaban de amor desordenado, se llena de aire, es decir, de celestial y dulce amor divino, con el que llega al agua de la gracia. Llegada allí, pasa por la puerta de Cristo crucificado y gusta el agua viva, hallándose en mí, que soy océano de paz.

§ 5. Resumen de este paso inicial, común en todos y en cualquier estado, sin que nadie pueda excusarse de darlo

[Cap. LV.] Acabo de explicarte lo que toda criatura racional debe hacer para evitar las tempestades del mundo, para no anegarse y para no caer en la condenación eterna. Te he manifestado también los tres escalones, que, entendidos de modo general, son las tres potencias del alma, y cómo nadie puede subir uno sin subirlos todos. Te dije a propósito de aquellas palabras de mi Verdad: *Cuando dos o tres estén congregados en mi nombre...*, que la congregación de que aquí se trata es la reunión de estos tres escalones, es decir, de las potencias del alma. Reunidas estas tres potencias, tienen consigo los dos principales mandamientos de la ley, o sea mi caridad y la del prójimo, que consiste en amarme a mí sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo.

Subiendo estos tres escalones congregados en mi nombre, viene luego la sed del agua viva. Se decide entonces el alma a andar, pasa por el puente, siguiendo la doctrina de mi Verdad, que es el puente. Corréis, siguiendo la voz que os llama, como en el templo gritando os invitaba: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, que soy fuente de agua viva.*

Te he explicado lo que El quería decir y cómo deben entenderse sus palabras para que tú conocieras mejor la abundancia de mi caridad y la confusión de aquellos que parecen correr ilusionados por el camino del demonio, que los lleva al agua muerta.

Has visto ya y oído lo que me preguntabas, a saber: qué hay que hacer para no anegarse. Te he dicho que deben subir por el puente. Subir a él es reunir y congregar las po-

tencias del alma en el amor del prójimo llevando la copa de vuestro corazón para que yo dé a beber a los que me lo piden, y perseverar en este camino de Cristo crucificado hasta la muerte.

Esto es lo que debéis hacer, sea cualquiera el estado en que os encontréis, porque en ninguno puede haber excusa, como si no pudiera o debiera hacerlo [125]

Por el contrario, puede y debe hacerlo, y a ello está obligada toda criatura racional. Nadie puede excusarse diciendo: «La situación en que me encuentro me lo impide», «Tengo hijos y otros estorbos del mundo, y por esto me retraigo de seguir este camino». Tampoco pueden rehusar por las dificultades que encuentren. Ya te manifesté que toda forma de vida me es agradable y acepta mientras se viva en ella con buena y santa voluntad, porque toda cosa es buena y perfecta hecha por mí, que soy la suma bondad. No he creado yo las cosas ni os las he dado para que en ellas hallaseis la muerte, sino para que os den la vida.

Cosa fácil en verdad, porque nada hay tan llevadero ni tan delicioso como el amor. Y lo que yo os pido no es más que amor y dilección de mí y del prójimo. Esto se puede practicar en cualquier tiempo, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia en que el hombre se encuentre, amando y poseyendo todas las cosas para alabanza y gloria de mi nombre.

Asimismo, te dije que los malos, por su propio engaño, no andan en la luz y se revisten del amor propio de sí mismos, amando y poseyendo las criaturas y las cosas creadas fuera de mí. Estos pasan toda la vida atormentados, insoportables a sí mismos. Si ellos no se levantan, según te he indicado, terminan en la condenación eterna. Esto debe hacer, en general, todo hombre.

ARTICULO 2

TRES ESTADOS O GRADOS DEL ALMA Y TRES ESCALONES EN CRISTO CRUCIFICADO

§ 1. Tres estados o grados del alma: siervo mercenario, siervo fiel, amigo e hijo

[Cap. LVI.] Aunque te hablé arriba de cómo deben encaminarse y cómo andan los que viven en la caridad común, o sea los que observan los mandamientos y los consejos en espíritu, quiero hablarte ahora de los que han comenzado a subir la escalera y empiezan a querer andar por el camino de la perfección, es decir, de la observancia de los

[125] **Véase nota 104.**

mandamientos y de la práctica de los consejos en tres *estados* que ahora te mostraré, explicándote *en particular los tres grados y estados del alma* en relación con los tres escalones, que son las potencias del alma[126].

El primero es imperfecto, el segundo es más perfecto y el tercero es perfectísimo. El primero es para mí como un siervo mercenario; el segundo, un siervo fiel, y el tercero es hijo que me ama desinteresadamente[127]

---

126 Dado el paso previo de salir del río del pecado hacia el puente, por el que el alma llega al estado de gracia y permanece firme en ella, entra la Santa a explicar los *grados de perfección* o *estados del alma*, que irá aplicando a los tres *escalones* simbólicos del cuerpo de Cristo crucificado, sin que *grados o estados*, por una parte, y *escalones*, por la otra, coincidan perfectamente. Una atenta lectura del texto, no perdiendo de vista esta distinción y prescindiendo de los títulos de los capítulos que posteriormente se intercalaron en el *Diálogo*, descubre fácilmente esta doble enumeración y clasificación, inadecuadamente distintas entre sí:

Grados o estados del alma	*Escalones en Cristo crucificado*
1) Siervo mercenario (temor servil).	Primer escalón: pies.
2) Siervo fiel (temor santo).	Segundo escalón: costado.
3) Amigo e hijo.	Tercer escalón: boca.

El intento principal de la Santa en las páginas que siguen es describir el progreso del alma a través de los tres estados o *grados de perfección*. La aplicación simbólica a los pies, costado y boca de Cristo crucificado responde a la experiencia mística explicada en la *Carta* 272, *a su director* (IV, 176 s.), y tiene una importancia secundaria en la sistematización que la Santa hace de las etapas de la vida espiritual. La correlación entre ambas clasificaciones que acabamos de ofrecer en esquema nos parece la más ajustada a la idea de la Santa y al sentido del texto. Otros autores ofrecen otras, que, teniendo algún punto de apoyo en el texto, nos parecen menos sólidamente fundamentadas en él. En los pasajes respectivos subrayamos las razones en que apoyamos nuestro parecer. En todo caso, como podrá también observarse más adelante, las enumeraciones y su orden se considera algo accidental; lo que interesa es siempre la idea, la doctrina que a través de ellas se expone.

La doctrina de Santa Catalina—en sus rasgos generales—«coincide con la antigua fórmula cristiana; la de tres pasos o vías en la vida de piedad: vía purgativa, desasimiento de las cosas terrestres; vía iluminativa, iluminación del alma; vía unitiva, unión con Dios por amor eterno. Ya encontramos esos tres grados del desprendimiento del yo del mundo en los neoplatónicos, y más tarde en Dionisio Areopagita, el cual les da a esas ideas la forma bajo la que se incorporan a la mística cristiana. Las hallamos en San Basilio y más tarde en Bernardo de Claraval. Este último describe los tres pasos como tres besos: el beso en los pies, el beso en la boca, el beso en la llaga del corazón de Jesús: *osculum pedum, oris, et cordis*. San Buenaventura expone la misma doctrina, figurando tres pares de alas en los serafines, y la encontramos en forma de leyenda en el capítulo 48 de las *Florecillas*, donde Fr. Juan de Alvernia recibe el permiso de besar, primero, los pies de Jesús; luego, sus manos, y, por último, su pecho. «Y de la boca de Fr. Juan, que había bebido de la fuente de la sabiduría divina en el santo pecho del Salvador, salían maravillosas y celestiales palabras, que convertían a todos los corazones en quienes caían y producían grandes frutos en las almas» (JÖRGENSEN, *Santa Catalina de Siena* [Buenos Aires 1943] p. 368 s.).

127 «Es cierto que Dios ama a uno como a hijo; a otro, como a amigo; a otro, como a siervo, y a otro, como a alguien que se ha alejado y desea que vuelva: éstos son los inicuos pecadores, privados de la gracia. Amor de hijos tiene a aquellos que le sirven en verdad sin ningún temor servil. Estos no hacen como los otros: amigo o siervo, cuyo servicio es con frecuencia interesado» *(Carta* 94, *a Fr. Mateo de To-*

He aquí los tres estados que pueden hallarse y que se hallan en diversas criaturas, y que pueden existir en una misma persona. Se hallan en la misma persona cuando ésta, llena de celo perfecto, corre por el camino aprovechando el tiempo de que dispone, de manera que del estado de siervo llegue al estado libre, y del estado libre, al de hijo.

Levántate sobre ti misma y abre los ojos de tu inteligencia y contempla estos peregrinos y caminantes que pasan. Unos caminan *imperfectamente*, otros *perfectamente*, por el camino de los mandamientos, y otros *muy perfectamente*, siguiendo el camino de los consejos, practicándolos realmente. Verás de dónde procede la imperfección de unos y la perfección de otros y cuán grande es el engaño en que puede caer un alma cuando no ha sido arrancada de cuajo la raíz del amor propio. En cualquier estado en que el hombre se encuentre es indispensable que mate este amor propio».

[Cap. LVII.] Angustiada por su inflamado deseo, esta alma fijaba su mirada en el dulce y divino espejo. Veía en él cómo las criaturas seguían diversos caminos y modos para llegar a su fin.

Veía a muchos que empezaban a subir aguijoneados por el temor servil, es decir, por temor del castigo. Muchos eran los que, secundando esta primera llamada, llegaban al segundo grado. Mas eran pocos los que se veían llegar a una gran perfección.

§ 2. Primer estado o grado: Los que sirven a Dios con temor servil

a) No basta para perseverar, y debe transformarse en temor santo y en el amor de la ley nueva

[Cap. LVIII.] La voluntad de Dios, queriendo entonces satisfacer el deseo de aquella alma, decía: «¿Ves a éstos? Se han alejado, por temor servil, del vómito del pecado mortal; mas, si no se levantan con amor de la virtud, el temor servil no les basta para darles la vida perdurable. El amor, junto con el santo temor, sí es suficiente, porque la ley está fundada sobre el amor y el santo temor.

La ley del temor es la ley antigua que yo di a Moisés. Estaba fundada únicamente en el temor, porque, una vez cometida la culpa, se debía sufrir el castigo [128].

La ley del amor es la ley nueva, dada por el Verbo de

---

lomei, II, 125). Dios—como dirá más adelante en el *Diálogo*—ama así porque así es amado por la criatura. Corresponde al grado y perfección del amor de su criatura. Una misma alma va pasando por estos grados hasta la perfección consumada, posible a la limitación de lo creado.

[128] «Así como la ley de Moisés—le dice al judío Consiglio—estaba basada en la justicia y el castigo, la ley nueva dada por Cristo crucificado, vida evangélica, se basa en el amor y la misericordia» (carta 15, I, 78).

mi Hijo unigénito, fundada en la caridad. La ley nueva no anula a la antigua; al contrario, viene a darle cumplimiento. Así dijo mi Verdad: *No he venido a destruir la ley, sino a cumplirla*[129]. El ha unido la ley del temor con la del amor. Por el amor, el hombre ha sido liberado de esta imperfección que es el temor del castigo, y le queda de él la perfección que trae consigo, que consiste en temer solamente ofenderme, no por el castigo que pueda seguírsele, sino por no ofenderme a mí, que soy la suma bondad. De esta forma, la ley imperfecta fué llevada a su perfección por la ley del amor.

Después que vino el carro de fuego de mi unigénito Hijo. que trajo el fuego de mi caridad en vuestra humanidad con la abundancia de su misericordia, fué abolido el castigo inmediato de las culpas que se cometen. No son ya castigadas en esta vida, inmediatamente después de cometidas, como antiguamente sucedía en la ley de Moisés. Ahora no es así. No hay lugar, pues. para el temor servil, y no porque no sea castigada la culpa, sino porque se guarda el castigo para la otra vida, cuando el alma esté separada del cuerpo, a menos que se haya satisfecho en ésta con perfecta contrición.

Mientras vive, su tiempo es tiempo de misericordia; muerto, será el tiempo de la justicia.

Debe, pues, abandonarse el temor servil y llegar al amor y al santo temor de mí. Es éste el único remedio para no recaer en el río cuando le lleguen las olas de la tribulación y las espinas de los placeres, que no son sino espinas que punzan al alma que los ama y posee desordenadamente.

b) En este temor servil es imperfecta la congregación de las tres potencias. Conviene, no obstante, ejercitarse en él y superarlo

[Cap. LIX.] Ya te he dicho que nadie puede pasar por el puente ni salir del río si no sube los tres escalones, y así es en verdad. Unos lo suben imperfectamente, otros perfectamente, y otros con gran perfección.

Aquellos a quienes mueve el temor servil lo han subido y se han congregado imperfectamente. Su alma, habiendo visto el castigo que sigue a la culpa, sube y congrega juntas la memoria, para que guarde el recuerdo de su falta; la inteligencia, para que vea la pena que por su pecado debía sufrir, y la voluntad, para detestar el pecado cometido.

Aunque éste sea el primer escalón y la primera reunión elemental de las tres potencias, conviene ejercitarse en él a la luz del entendimiento, considerando con la pupila de la santísima fe no sólo el castigo, sino también el fruto de la

[129] Mt. 5,17.

virtud y el amor que yo le tengo. Así subiréis por amor con los pies del afecto, despojados de todo temor servil; haciéndolo así, seréis siervos fieles, que me sirven por amor. Y si con odio procuran arrancar la raíz del amor propio de sí mismos, si son prudentes, constantes y perseverantes, lo consiguen.

Muchos son, sin embargo, los que empiezan a subir, pero tan lentamente, y a pagar la deuda que tienen conmigo tan poco a poco y con tanta negligencia e ignorancia, que desmayan en seguida. Cualquier vientecillo los arrastra y les hace dejar el camino empezado; habían subido imperfectamente el primer escalón de Cristo crucificado. Por esto no llegan al segundo, que es el corazón.

§ 3. Segundo estado o grado: los que sirven a Dios con amor imperfecto

a) Se entibia su amor a Dios en las pruebas

[Cap. LX.] Hay algunos que han llegado a ser siervos fieles, que me sirven fielmente sin temor servil (sin temor del castigo) y sí por amor. Este amor, que los mueve a servirme por propio interés, por la satisfacción o gusto que encuentran en mí, es un amor imperfecto. ¿Sabes cuándo aparece claramente lo imperfecto de su amor? Cuando se ven privados del consuelo que en mí hallaban. Con este mismo amor imperfecto aman a su prójimo. Este amor no es suficiente ni es amor que dura, sino que remite y muchas veces desaparece. Aflojan en mi servicio cuando alguna vez, por ejercitarlos en la virtud y para sacarlos de la imperfección, retiro mis consuelos y permito en ellos combates y trabajos. Obro así para que vengan a un conocimiento perfecto de sí mismos, conozcan que por sí mismos no son y que de sí ninguna gracia tienen. En el tiempo del combate corren hacia mí, buscándome y reconociéndome como a bienhechor suyo, buscándome sólo a mí con verdadera humildad, pues, aunque les doy y les quito los consuelos, no los privo de la gracia.

Estos tales se entibian, retrocediendo con cierta impaciencia espiritual. Abandonan con frecuencia y de muchas maneras sus prácticas. Muchas veces, con pretexto de virtud, diciéndose a sí mismos: «Esto que haces no te sirve para nada». Y todo por verse privados de la consolación que en su espíritu habían saboreado.

Obran así como imperfectos, que no han quitado todavía las cataratas del amor propio espiritual de la pupila del ojo de la santísima fe. Si en verdad la hubieran quitado, verían que todo procede de mí, y que ni una hoja de un árbol cae sin mi providencia, y que lo que yo les doy o permito es

siempre por su santificación, con objeto de que alcancen el bien y el fin para el cual fueron creados.

Esto deben ver y reconocer: que yo no quiero otra cosa más que su bien en la sangre de mi Hijo unigénito, con la que los he lavado de sus iniquidades. En esta sangre pueden conocer mi verdad, es decir, para darles vida eterna. Yo los creé a imagen y semejanza mía, los creé de nuevo a la vida de la gracia con la sangre de mi propio Hijo, haciéndolos a ellos hijos adoptivos. Mas, por ser imperfectos, unos me sirven con interés y otros se entibian en su amor al prójimo. Los primeros desfallecen por temor de los trabajos que les esperan. Los segundos se entibian, dejando de hacer el bien que al prójimo hacían, y retroceden en su caridad cuando se ven privados del provecho propio o del gusto que en ello encontraban. Esto les sucede porque su amor no era enteramente limpio.

b) No es desinteresado su amor al prójimo

Con la misma imperfección del propio interés con que me aman a mí aman a su prójimo. Si no reconocen su imperfección con un deseo sincero de llegar a la perfección, es imposible que no vuelvan atrás.

Es, pues, necesario que los que desean conseguir la vida eterna me amen desinteresadamente. No basta huir del pecado por temor del castigo ni abrazar la virtud por propio interés; esto no es suficiente para dar vida eterna. Es necesario huir del pecado, porque me desagrada, y amar la virtud por amor a mí.

c) El camino ordinario es empezar por este amor imperfecto, como el de San Pedro

Es cierto que la respuesta a mi primera llamada general a todo el mundo es ésta, ya que el alma es imperfecta antes que perfecta; pero de la imperfección debe pasar a la perfección, o en esta vida, viviendo virtuosamente, con corazón puro y generoso, amándome desinteresadamente, o en la muerte, reconociendo su imperfección, con el firme propósito, si tuviese todavía tiempo, de servirme sin pensar en sí misma. Con este amor imperfecto amaba San Pedro al dulce y buen Jesús, Hijo mío unigénito, cuando gustaba la suavidad y dulzura de su trato; pero, en cuanto vino el tiempo de la tribulación, desfalleció y cayó tan bajo, que, aun sin sufrir, cayó en el primer temor de la pena, lo negó y dijo que jamás le había conocido.

Son muchos los peligros en que cae el alma que ha subido este escalón sólo con temor servil y con amor mercenario [130].

[130] «Todo esto les sucede porque ama más el don que al Donador

Es necesario llegar a ser hijos y servirme sin ningún interés propio. Yo recompenso todo esfuerzo, yo premio a cada uno según su estado y según sus obras. Si éstos no abandonan el ejercicio de la santa oración y de las otras buenas obras, sino que con perseverancia van creciendo en la virtud, llegarán al amor de hijos.

d) En este grado, Dios corresponde, aunque sin comunicar los secretos, que reserva al amigo

Yo, a mi vez, los querré a éstos como a hijos, porque yo amo con el amor con que se ama. Si se me quiere con amor de siervo, yo, como señor, le doy lo que le debo, pero no me manifiesto a él, porque los secretos se manifiestan al amigo que se ha hecho una misma cosa con su amigo.

Es cierto que el siervo puede crecer en la virtud y en el amor que tiene a su amo hasta llegar a ser un amigo queridísimo; así sucede con éstos. Mientras viven con amor mercenario, yo no me manifiesto a ellos; pero si con aborrecimiento de su propia imperfección y amor de la virtud arrancan con odio la raíz de su amor propio espiritual y se sientan en el tribunal de su propia conciencia para juzgarse a sí mismos, procurando así que todo impulso de temor servil y de amor mercenario en su corazón sea corregido a la luz de la santísima fe, se hacen tan agradables a mí, que por este camino llegarán al amor del amigo.

§ 4. Tercer estado o grado

A) En qué consiste

1) A los que aman a Dios con amor de amigos, Dios se les manifiesta de tres maneras

Me manifestaré a mí mismo a ellos, como dijo mi Verdad: *Si alguien me ama, será una cosa conmigo, y yo con él, y me manifestaré a él mismo, y haremos en él nuestra mansión* [131]. Esta es la condición del amigo carísimo: dos cuerpos y un alma sola con afecto de amor. El amor, en verdad, transforma en la cosa amada. Si ambos no forman más que una sola alma, no puede haber secreto entre ellos. Por esto dijo mi Verdad: *Vendremos a él y en él haremos nuestra morada*. Esta es la verdad [132].

---

de las gracias y porque le sirven más por interés propio que de cara a la suma y eterna bondad de Dios» (*Carta* 62, *a Sano de Maco*, I, 345).

[131] Io. 14, 21-23.

[132] «Cuando se deja de poner el amor y el afecto en sí mismo y se pone todo en Cristo crucificado, llega a la más alta dignidad a la que se puede llegar, ya que viene a ser una misma cosa con su Creador. ¿Qué cosa mejor puede haber que estar unido a El, que es todo Bien? Y esta dignidad y unión no puede considerarla como suya propia, sino dada por el amor. Una esclava, por el hecho de ser tomada por esposa por el emperador, se convierte inmediatamente en emperatriz, y no por sus méritos, porque ella era una esclava, sino por la dignidad del emperador. Así..., el alma enamorada de Dios, sierva y esclava, rescatada por la sangre del Hijo de Dios, llega a tal dignidad, que ya no puede

[Cap. LXI.] ¿Sabes cómo me manifiesto al alma que me ama en verdad, siguiendo la doctrina de este dulce y amoroso Verbo? Me manifiesto a ella de muchas maneras, según el deseo que las mueve.

Tres son las manifestaciones principales. La primera es que le manifiesto mi afecto y mi caridad por medio del Verbo, mi Hijo unigénito. Este afecto y caridad que resplandecen en la sangre derramada con tanto fuego de amor se manifiesta de dos maneras: una, general, comúnmente, para todo el mundo, es decir, para los que viven en la caridad común. Se manifiesta en ellos viendo y reconociendo mi caridad en muchos y diversos beneficios que de mí reciben. La otra, en particular, para aquellos que han llegado a ser amigos míos. Además de la manifestación común, la gustan, reconocen, experimentan y sienten esta caridad en su misma alma.

La segunda manifestación de mi caridad es igualmente interior, manifestándome a ellos por afecto de amor. No porque haya en mí acepción de personas; yo acepto sus santos deseos, manifestándome al alma con la misma perfección con que ella me busca. A veces (en este mismo segundo grado de mis manifestaciones) me manifiesto dándoles espíritu de profecía, mostrándoles las cosas venideras. Esto en muchos y diversos modos, según la necesidad que veo en ella y en las otras criaturas.

Otras, y éste es el tercer modo, me revelo en su espíritu de múltiples maneras por el sentimiento de la presencia de mi Verdad, Hijo mío unigénito, según el deseo y apetencia de esta alma. A veces me busca en la oración, queriendo conocer mi Poder. Yo satisfago su deseo haciéndoselo gustar y sentir. Otras, me busca en la sabiduría de mi Hijo, y le complazco poniéndoselo como objeto ante los ojos de su entendimiento. Otras me busca en la clemencia del Espíritu Santo, y entonces mi Bondad le hace gustar el fuego de la caridad divina, concibiendo virtudes verdaderas y operantes fundadas en la caridad pura de su prójimo[133].

2) Jesús — en nombre del Padre—prometió esta manifestación suya a los que le quieren con esta perfección

[Cap. LXII.] Ves, pues, que mi Verdad dijo verdad en aquellas palabras: *El que me amare será una cosa conmigo*[134], porque, siguiendo su doctrina por afecto de amor, estáis unidos con El. Y estando unidos con El, lo estáis

---

llamarse sierva, sino emperatriz, esposa del emperador eterno» (*Carta* 29, *a la esposa de Bernabó Visconti*, I, 162).

[133] Como en todos sus pasajes trinitarios, la Santa atribuye aquí el poder al Padre; la sabiduría, al Hijo; la clemencia y el amor, al Espíritu Santo.

[134] Io. 14,21.

conmigo, porque somos una misma cosa. Por esto, si mi Verdad dice: *Yo me manifestaré a vosotros*[135], dice verdad; ya que, manifestándose a sí, me manifestaba a mí, y, manifestándome a mí, se manifiesta a sí mismo.

Mas ¿por qué no dijo: «Yo os manifestaré a mi Padre»? Por tres razones.

En primer lugar, porque quiso dar a entender que yo no estoy separado de El, ni El de mí. Por esto a San Felipe cuando le dijo: *Muéstranos al Padre, y nos basta,* le respondió: *Quien me ve a mí, ve al Padre, y quien ve al Padre, me ve a mí*[136]. Esto dijo porque es una misma cosa conmigo, y lo que El tiene, lo tiene de mí, y no yo de El. Y así dijo a los judíos: *Mi doctrina no es mía, sino del Padre, que me envió*[137], porque mi Hijo procede de mí, y no yo de El. Sin embargo, soy una misma cosa con El, y El conmigo Por esto no dijo: «Yo manifestaré al Padre», sino: *Yo me manifestaré,* queriendo decir: «Porque soy una misma cosa con mi Padre».

La segunda razón es porque, manifestándose El a vosotros, no os ofrecía más que lo que de mí, su Padre había recibido. Como queriendo decir: «El Padre se me ha manifestado a mí porque soy una sola cosa con El». Ahora yo —yo y El—, por medio de mí, me manifiesto a vosotros.

Y ésta es la tercera razón: siendo yo invisible, no puedo ser visto por vosotros, que sois visibles, hasta que estéis separados de vuestros cuerpos. Entonces me veréis a mí, vuestro Dios, cara a cara, y al Verbo, mi Hijo, intelectualmente, hasta el día de la resurrección general, cuando vuestra humanidad se conformará y se gozará en la humanidad del Verbo, como más arriba te expliqué hablándote de la resurrección[138].

Vosotros no podéis verme tal como soy. Y por esto cubrí la naturaleza divina con el velo de vuestra humanidad para que me pudieseis ver. Yo, invisible, me he hecho visible dándoos el Verbo de mi Hijo cubierto con el velo de vuestra humanidad. El me manifiesta a vosotros, y por esto no dijo: «Yo manifestaré al Padre», sino: *Yo me manifestaré a vosotros;* como diciendo: «Según lo que mi Padre me ha dicho, a vosotros me manifestaré».

---

135 Ibid.
136 Io. 14,8-9.
137 Io. 7,16.
138 Remite aquí la Santa a lo dicho en los [capítulos XLI y XLII] (p. 75 y 78). Creen algunos autores que con esta referencia al *Tratado de la resurrección* deja entrever su idea de dividir el libro en tratados, como después hicieron sus discípulos. Modestamente opinamos que el texto no ofrece base suficiente para esta afirmación y que sus palabras deben entenderse así: como antes te dije al tratar..., en lo tratado sobre la resurrección.

Mira, pues, cómo en esta manifestación, manifestándose a sí mismo, me manifestaba a mí. Ahora sabes por qué no dijo: «Yo os manifestaré al Padre», porque a vosotros, mientras estáis en este cuerpo mortal, no os es posible verme, como he dicho, y porque El es una cosa conmigo.

3) Dios purifica el amor de los que están en este grado privándoles del gusto espiritual, no de su gracia

[Cap. LXIII.] Acabas de ver la excelencia del que ha llegado al amor de amigo. Este ha subido ya con los pies del afecto y ha llegado al secreto del corazón, es decir, al segundo de los tres escalones figurados en el cuerpo de mi Hijo. Te he dicho que estos tres escalones representaban las tres potencias del alma. Yo me serviré ahora de ellos para representar *tres estados del alma*.

Pero, antes de hablarte del tercero, quiero manifestarte cómo se llega a ser amigo, y de amigo se hace hijo y llega al amor filial. ¿Qué hace siendo amigo y en qué se conoce que ha llegado a serlo?

Primeramente, te diré cómo ha llegado a ser amigo. Al principio, el alma era imperfecta, por no tener mas que temor servil; mas, a fuerza de ejercitarse y de perseverar, ha llegado a este amor, que todavía no pasa del gusto y utilidad que encuentra en mí. Este es el camino seguido por el que desea llegar al amor perfecto, es decir, al amor de amigo y de hijo.

Digo que el amor filial es perfecto porque la criatura en este amor de hijo recibe la herencia de mí, Padre Eterno, ya que en el amor de hijo está incluído el amor de amigo. Por esto pude decirte que el amigo se convertía en hijo.

Pero ¿cómo llega a ello? Toda perfección y toda virtud procede de la caridad. La caridad se nutre de la humildad. Y la humildad nace del conocimiento y del odio santo de sí, de la propia sensualidad. El que a esto llegue, conviene que persevere y permanezca en la celda del conocimiento de sí mismo. Allí obtendrá el conocimiento de mi misericordia por la sangre de mi unigénito Hijo, granjeándose con su afecto mi divina caridad y ejercitándose en extirpar toda perversa voluntad espiritual o sensible, escondiéndose en la casa de su intimidad para llorar, como lo hicieron Pedro y los otros discípulos después del pecado de negar a mi Hijo. Su llanto era todavía imperfecto, e imperfecto fué hasta cuarenta días después de la ascensión, cuando mi Verdad volvió a mí según su humanidad. Entonces se escondieron Pedro y los otros en la casa, esperando el advenimiento del Espíritu Santo, conforme les había prometido mi Verdad[139]. Estaban

[139] Los apóstoles «estuvieron encerrados diez días y luego vino el

encerrados por el miedo que siempre tiene el alma hasta que llega al verdadero amor. Pero, perseverando en las vigilias, en la oración humilde y continua hasta recibir la abundancia del Espíritu Santo, perdido entonces el temor, seguían a Cristo crucificado y le predicaban al mundo.

Así, el alma que ha querido o quiere llegar a esta perfección, después de reconocer y levantarse de la culpa del pecado mortal, empieza a llorar por temor del castigo. Se eleva luego a la consideración de mi misericordia, en la que encuentra deleite y provecho propio. Es imperfecta todavía, pero para llevarla a la perfección, después de cuarenta días (esto es, después de estos dos estados), me retiro de ella insensiblemente, no en cuanto a mi gracia, sino en cuanto al sentimiento de mi presencia.

Esto os manifestó mi Verdad cuando dijo a los discípulos: *Iré y volveré a vosotros* [140]. Todo lo que decía era dicho en particular a los discípulos, mas también de modo general a todos los presentes y venideros. Dijo: *Iré y volveré a vosotros*, y así fué; viniendo el Espíritu Santo sobre los discípulos, volvió El, porque, como antes te dije, el Espíritu Santo no vino solo, sino que vino con mi Poder, con la sabiduría del Hijo (que es una cosa conmigo) y con su propia clemencia de Espíritu Santo, que procede de mí, Padre, y del Hijo.

Así que, para hacer levantar el alma de la imperfección, la privo del sentimiento de mi presencia, quitándole el consuelo que antes tenía. Cuando vivía en estado de pecado mortal, ella se alejó de mí y le retiré mi gracia a causa de su pecado, pues ella misma había cerrado la puerta de su deseo. El sol de la gracia huyó de ella, no por culpa del sol, sino por culpa de la criatura, que cerró la puerta del deseo. Pero, en cuanto se conoce a sí misma y reconoce las tinieblas en que ha caído, abre la ventana y por la confesión vomita su corrupción. Entonces yo vuelvo a ella por la gracia, y es cuando retiro de ella el sentimiento de mi presencia, pero no mi gracia. Y lo hago para hacerla humilde, para que se ejercite en buscarme a mí de verdad, para probarla en la luz de la fe, y de este modo adquiera prudencia. Entonces, si ella me ama sin interés propio, con fe viva y con odio de sí misma, en el tiempo del trabajo goza, considerándose indigna de la paz y sosiego de espíritu.

Espíritu Santo. Así, el alma que quiera llegar a esta perfección, conviene permanezca diez días, es decir, en los diez mandamientos de la ley. Y con los mandamientos de la ley observará los consejos (o el espíritu o realmente), porque están unidos entre sí. Y no se observa lo uno sin lo otro» (*Carta* 94, *a Fr. Mateo de Tolomei*, II, 133). En esta carta explica—quizá más concisa y ordenadamente que en el *Diálogo*—los grados del amor mercenario, de amigo y de hijo.

[140] Io. 14,18.

Esta es la segunda cosa de las tres que te decía: cómo llega a la perfección y qué hace una vez llegada a ella [141].

Procede así: aun cuando sienta que yo me he retirado de ella, no retrocede. Al contrario, persevera con humildad en la práctica de las virtudes y permanece encerrada en la casa del conocimiento de sí misma. Y allí, llena de fe viva, espera la venida del Espíritu Santo, de mí mismo, que soy fuego de caridad. ¿Cómo espera? No ociosa, sino en vigilia y continua y santa oración. No solamente con vigilia corporal, sino principalmente con vigilia de espíritu, que quiere decir que no cierra los ojos de la inteligencia en el trabajo de extirpar con la luz de la fe y con odio los pensamientos vanos del corazón, y en la consideración del afecto de mi caridad, reconociendo que yo no quiero más que su santificación. De esto os da certeza la sangre de mi Hijo.

Atenta la mirada de la inteligencia en el conocimiento de mí y de sí misma, el alma eleva continuamente una oración llena de santa y buena voluntad. Esta es oración continua, que no le impide entregarse también a la oración exterior, que es la que se hace en los tiempos prescritos por la santa Iglesia. Así obra el alma que ha salido de la imperfección y ha llegado a la perfección, y, para hacerla llegar a mí, yo me alejé de ella, no en cuanto a la gracia, sino en cuanto al sentimiento.

Me alejé también con objeto de que viese y conociese su inmenso vacío, puesto que, privada del consuelo, experimenta aguda aflicción, se siente débil, sin firmeza y sin posibilidad de perseverar, y en estas mismas miserias descubre la raíz de su amor propio espiritual. Todo esto le sirve para conocerse y levantarse sobre sí misma, sentándose en el tribunal de su propia conciencia para no dejar pasar sentimiento alguno que no vaya corregido con rigor. Así extirpa la raíz del amor propio con el cuchillo del odio y del amor de la virtud.

4) La prueba de que han llegado a esta perfección del amor está en el que tienen al prójimo

[Cap. LXIV.] Quiero que sepas que toda perfección y toda imperfección se adquieren en mí y se manifiestan y se prueban por la actitud que conmigo se tiene. Igualmente, se adquieren y se prueban por la actitud que se tiene con el prójimo.

Esto lo saben bien las almas sencillas, que con frecuencia aman las criaturas con amor espiritual. Si el amor que de mí han recibido es puro y desinteresado, también lo es el

141 Purificación del amor por las pruebas providenciales de sequedad y desolación.

amor que tienen al prójimo. Es como el vaso que se llena en la fuente, que, si lo saca y lo bebe, queda vacío; pero, si lo bebe manteniéndolo dentro del agua (en mí), no queda vacío, sino que estará siempre lleno [142]. Así, el amor del prójimo, tanto espiritual como temporal, debe ser bebido en mí sin ningún interés personal.

Yo pido de vosotros que me améis con el mismo amor con que yo os amo. Esto os es imposible, porque yo os amé sin ser amado de vosotros. Todo el amor que tengáis para mí será siempre una obligación y una deuda, jamás un favor; es vuestro deber. Mas yo os amo gratuitamente, no por obligación. Luego no me podéis pagar esta deuda de amor que os reclamo. Por esto, yo os he ofrecido un medio: el de vuestro prójimo, para que deis a él lo que no me podéis dar a mí; es decir, quererle sin interés alguno, gratuitamente, y sin esperanza de ningún provecho. Yo considero hecho a mí mismo lo que hacéis con el prójimo [143].

Esto manifestó mi Verdad, diciendo a San Pablo cuando me perseguía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* [144] Considerando que Pablo me perseguía a mí persiguiendo a mis fieles.

Este amor, pues, debe ser puro. Con el mismo amor que me amáis debéis amar a vuestro prójimo. ¿Sabes en qué se conoce cuándo no es perfecto este amor espiritual? En que se aflige cuando cree que la criatura a la que ama no corresponde a su amor con la misma fuerza que él cree poner en el suyo o cuando se ve privado de su trato, del consuelo que le proporcionaba o ve que ama a otros más que a él. En esto y en otras muchas cosas podrá percatarse que este amor es imperfecto para conmigo y para con el prójimo, como

---

142 El origen de esta expresiva y profunda comparación lo descubre a Fr. Jerónimo de Siena en la carta 72: «... una vez, la primera Verdad dijo a una sierva suya: «Hija mía queridísima: Yo no quiero que hagas como el que saca de la fuente el vaso lleno de agua y se lo bebe, quedándosele vacío casi sin advertirlo. Sino que quiero que, llenando el vaso de tu alma, unificándote con aquel a quien amas por amor a mí, no lo saques de mí, fuente de agua viva; así no te encontrarás vacío ni tú ni aquel a quien amas, sino que estaréis siempre llenos de mi gracia y del fuego de la ardentísima Caridad. Entonces no experimentaréis ni molestia ni disgusto...» (I, 302). «Supónte un vaso que al mismo tiempo que lo llenas en la fuente, sin sacarlo de ella, bebes en él. Esto será tu amor si lo sacas de Dios, que es fuente de agua viva. Si no lo bebes constantemente en El, permanecerá vacío...» (*Carta* 49, *a Aleja,* I, 281). Comparación que, según Burlamacchi, recuerda con elogio San Francisco de Sales (FERRETTI, ibid., nota 3).

143 «Quiero que sepas que la ley de Dios no se puede observar mientras el hombre esté hundido en el amor propio de sí mismo, porque el que se ama desordenadamente, no puede amar ni servir a su prójimo desinteresadamente, como debe» (*Carta* 366, *al pintor Andrés de Vanni,* V, 274). ¡Qué luminosa y de práctica eficiencia esta doctrina sobre la caridad al prójimo! El único medio que nos queda de amar a Dios desinteresadamente es el de amarle en nuestro prójimo antes que él nos quiera, prescindiendo de que nos quiera y sin esperar recompensa por nuestro amor a él.

144 Act. 9,4.

bebido en un vaso fuera de la fuente, aun cuando sea un amor que haya sido sacado de mí.

Pero, al ser imperfecto su amor para conmigo, imperfecto se manifiesta para con aquel a quien ama con amor espiritual. La causa de todo está en que la raíz del amor propio espiritual no había sido arrancada. Por esto mismo, muchas veces yo permito que ponga en otro este amor, para que se conozca y conozca la imperfección con que lo posee.

Le retiro el sentimiento de mi presencia para que se encierre en la casa del conocimiento de sí mismo, donde adquiría toda perfección. Mas luego retorno a él con más luz y conocimiento de mi Verdad; tanto que tiene por gracia singular poder destruir su propia voluntad por amor a mí y no cesa jamás de podar la viña de su alma y de arrancar las espinas de los pensamientos y de disponer las piedras de las virtudes fundadas en la sangre de Cristo. Estas piedras las ha encontrado pasando por el puente de Cristo crucificado. Hijo mío unigénito. pues, como te dije si te acuerdas, sobre el puente, esto es, en la doctrina de mi Verdad, estaban las piedras de las virtudes fundadas en la eficacia de mi sangre, porque las virtudes no os dan la vida más que en virtud de esta sangre.

B) Cómo llegar a este amor y perseverar en él

1) Con oración continua, a pesar de las tentaciones de abandonarla

[Cap. LXV.][145] Después que el alma ha entrado dentro de la casa del conocimiento de sí misma por la doctrina de Cristo crucificado con verdadero amor de la virtud y odio del vicio y con perfecta perseverancia, se queda encerrada en vigilia y en continua oración, enteramente separada del trato del mundo.

¿Por qué se recluye? Por temor, ya que conoce su imperfección, y por el deseo que tiene de llegar al amor puro y liberal. Ve muy bien y reconoce que de otra suerte no podría llegar. Por esto espera con fe viva mi venida por el aumento de la gracia en sí misma.

¿En qué se conoce una fe viva? En la perseverancia en la virtud[146], no volviéndose atrás por nada del mundo ni de-

---

[145] En el texto manuscrito del códice Casanatense, de Roma, que reproduce en su edición el P. Taurisano, no hay aquí señal alguna que indique el comienzo de un nuevo capítulo, ¡cuánto menos de un tratado! Los autores, sin embargo, tradicionalmente, separan el texto con el título *Tratado de la oración*. Como ha podido observarse en la *Introducción*, la doctrina tratada aquí por la Santa está en perfecta coordinación con lo anterior: era casi obligado explicar cómo puede el alma llegar y perseverar a esta perfección del amor de que acaba de hablarnos.

[146] «Si perseveramos y tenemos firme la voluntad en no consentir ni inclinarnos al amor de cosa alguna fuera de Dios, humillándonos y considerándonos indignos de la paz y del sosiego, y esperamos con

jando la santa oración por ningún motivo como no fuese por obediencia o por caridad; por otras razones no debe dejar la oración nunca. Muchas veces en el tiempo destinado a la oración llega el demonio con sus asaltos y tentaciones más que cuando se halla fuera de la oración. Lo hace para descorazonarla y para infundirle hastío de la oración, diciéndole muchas veces: «Esta oración no te sirve para nada, porque no deberías pensar ni atender a otra cosa que a lo que estás diciendo». Esto le pone delante el demonio para causarle hastío y confusión de espíritu y que abandone la oración. Y la oración, sin embargo, es un arma con que el alma se defiende de todo adversario cuando la sostiene con la mano del amor y con el brazo del libre albedrío, manejada a la luz de la santísima fe [147].

2) En la oración conocerá la caridad de Dios, especialmente manifestada en la sangre del Sacramento

[Cap. LXVI.] Sabe, queridísima hija, que en la oración humilde, continua y fiel adquiere el alma toda virtud si sabe ser perseverante. Por esto debe perseverar en ella y no dejarla nunca ni por ilusiones del demonio, ni por propia fragilidad (pensamientos e impulsos de la carne), ni por lo que otros digan, pues con frecuencia se pone el demonio en su lengua, haciéndoles decir cosas que impiden su oración [148]. Todos estos obstáculos los debe sobrepasar con la virtud de la perseverancia.

---

fe, paciencia y confianza poder sufrir cualquier cosa por Cristo crucificado, diremos con San Pablo: *Todo lo puedo no por mí, sino por Cristo crucificado que está en mí, que es quien me da la fuerza* (Phil. 4,13) (*Carta* 69, *a Sano de Maco*, I, 394).

[147] Toda la carta 4, dirigida a un cartujo que estaba en la cárcel, es particularmente edificante a este respecto y el mejor comentario y glosa de la idea tan condensadamente expresada en el texto. Entre otras cosas, dice: «Pensad que la bondad de Dios permite que el demonio atormente nuestra alma para hacernos humillar y reconocer su bondad y correr a refugiarse dentro de sus dulcísimas llagas, como el niño se refugia en la madre» (I, 25).

[148] Es realmente dramática la narración que el Beato Raimundo de Capua hace, en el capítulo 11 de la vida de la Santa, de las pruebas a que Dios permitía le sometiera el demonio: «¿A qué mortificarte tanto? ¿A qué viene sufrir así? ¿Crees poder seguir así toda la vida? Vive como las demás... Nadie te impide agradar a Dios, como tantas otras hicieron en el estado del matrimonio... ¿Por qué has emprendido un camino en el que es imposible perseverar?»

Lo que en este punto del *Diálogo* recomienda era su invariable norma de conducta: «Ante todo esto, Catalina no se preocupaba más que de orar». El tentador la asaltaba, pero ella permanecía tranquila y se encomendaba a su Esposo. En las tentaciones de desconfianza en la perseverancia y de desaliento decía: «Yo confío en el Señor Jesucristo y no en mí». A los que estábamos con ella nos aconsejaba siempre no meternos a discutir con el enemigo durante las tentaciones. Nos decía que él no desea otra cosa más que se acepte el diálogo con él, porque confía mucho en la sutileza de sus maliciosos sofismas. Así como una mujer honesta no debe dirigir la palabra a un hombre disoluto y, en lo posible, debe rehuirle, así el alma unida a Cristo con amor casto no

¡Qué dulce es para el alma y qué agradable para mí la santa oración hecha en la casa del conocimiento de sí mismo y en el conocimiento de mí, cuando los ojos del entendimiento están abiertos e iluminados por la luz de la fe, y el afecto inundado en la abundancia de mi Caridad!

Esta Caridad se os ha hecho visible por mi unigénito Hijo, visible también, que os lo ha manifestado por su sangre [149]. Esta sangre embriaga al alma [150], la viste del fuego de la caridad divina. Recibe el alma el manjar del Sacramento, que yo he puesto en la posada [151] del Cuerpo místico de la santa Iglesia; es decir, el cuerpo y la sangre de mi Hijo, Dios y Hombre verdadero, para ser administrado por las manos de mi vicario, que tiene la llave de esta sangre [152].

Esta es la posada que te dije estaba sobre el puente para proporcionar alimento y confortar a los caminantes y peregrinos que pasaban siguiendo la doctrina de mi verdad, para que a causa de su debilidad no desfallecieran.

Este manjar da mayor o menos fuerza según el deseo del que lo toma, tanto si lo recibe sacramental como espiritualmente. Sacramentalmente, cuando de hecho comulga. Espiritualmente, cuando comulga por deseo y por la consideración de la sangre de Cristo crucificado; comunión mística por el afecto de la caridad que gusta y halla en la Sangre al considerar que ha sido derramada por amor [153]. A causa de este deseo, se embriaga, siente abrasarse y se sacia, encontrándose llena sólo de mi caridad y del amor al prójimo.

---

debe entablar conversación con el tentador, sino recurrir con la oración a su Esposo y permanecer en El confiadamente. Con la virtud de la fe es como se vencen todas las tentaciones» (l. 1, c. 11, n. 105-106, p. 145 s.: en ALVAREZ, p. 74).

También en las reglas para conocer las varias mociones del alma, de San Ignacio, el demonio «se hace como vano enamorado..., como hombre vano que, hablando a mala parte, requiere a una hija de buen padre o a mujer de buen marido» [326].

149 La «Sangre» es el compendio del amor con que Cristo la derrama por nosotros. Es la deslumbradora y aplastante revelación de este amor. Toda la riqueza de contenido doctrinal que esta palabra tiene en Santa Catalina procede de la rica experiencia mística que en ella dió origen a estas ideas. Parece a veces lenguaje cifrado. Y al lector superficial puede llegar a sonarle a muletilla, a un tópico personal, del que le resulta casi imposible prescindir. «La Sangre nos manifiesta que todo lo que Dios nos concede, se nos concede con fuego de amor para que se realice en nosotros la primera dulce verdad por la que fuimos creados. Prueba de ella es la Sangre, porque, si Dios hubiera querido cosa distinta de nosotros, no nos habría dado el Hijo, ni el Hijo nos habría dado la vida» (*Carta* 25, *a Fr. Tomás de la Fuente,* I, 127). Véase *Introducción,* p. 57.

150 Como el ebrio, «mi alma, embriagada con la sangre de Cristo, pierde el sentimiento de sí, y queda privada del amor sensitivo, del temor servil...» (*Carta* 25, *a Fr. Tomás de la Fuente,* I, 128).

151 Imagen sugerida por los peregrinos, viajeros por el puente.

152 A Urbano VI: «Esta es la verdad: que nos creó a fin de que participásemos de él y gozásemos de su sumo y eterno bien. ¿Quién nos ha declarado y manifestado esta verdad? La sangre del humilde e inmaculado Cordero, de la que habéis sido hecho vicario y bodeguero, en cuyas manos están las llaves de la Sangre, en la que fuimos rescatados» (carta 305, IV, 339).

¿Dónde ha adquirido el alma este amor? En la asa del conocimiento de sí misma por medio de la oración. Allí ha perdido su imperfección, como los discípulos y San Pedro perdieron la suya permaneciendo encerrados, en vela y orando. ¿Con qué la adquirieron? Con la perseverancia acompañada de la santísima fe.

3) Condiciones de la oración

a) No puede ser sólo oración vocal; debe ser también mental, si quiere conseguir el conocimiento propio y el conocimiento de Dios

Mas no pienses que se recibe todo este ardor y alimento de esta oración por la sola virtud de la oración vocal, tan común a tantas almas, que la hacen consistir más en palabras que en amor. Parece que no se fijan más que en decir muchos salmos y muchos padrenuestros. Y, cumplido el número que se habían propuesto, no piensan ya en otra cosa. Como si todo hubiera terminado en la oración con orar vocalmente. Pero no debe ser así, pues si en esto se quedan, sacarán muy poco fruto, y será para mí cosa bien poco agradable.

Mas si me preguntas: ¿Se ha de abandonar esta oración, no siendo, como parece, llamados todos a la oración mental? No, sino que se debe proceder con modo y mesura [154]. Yo sé muy bien que, si el alma es imperfecta antes de ser perfecta, también es al principio imperfecta su oración Debe, pues, para no caer en la ociosidad cuando todavía es imperfecta, ejercitarse en la oración vocal. Pero no debe practicarla sin la mental. Es decir, al mismo tiempo que ora con sus labios, procure elevar y dirigir su espíritu hacia mi amor, considerando el conjunto de sus defectos y la sangre de mi Hijo unigénito, en la que verá toda la grandeza de mi Caridad y el perdón de sus pecados. El conocimiento que conseguirá así de sí misma y la consideración de sus pecados le harán conocer mi bondad, que obra en ella, y continuar en el ejercicio de su oración con verdadera humildad.

---

[153] La comunión espiritual tiene en Santa Catalina, como puede verse, una característica típicamente suya; además del deseo de la comunión, comulgar místicamente con el afecto de la caridad hallada y gustada en la Sangre, esparcida con tanto fuego de amor.

[154] El «modo» o método que aquí recomienda la Santa para la oración no es un método inspirado en un temperamento psíquico especial de un grupo especial de almas, No; sus avisos proceden de la consideración del alma humana en sí. Es el humanismo de la oración, si es lícito hablar así. Todas las almas proceden de lo imperfecto a lo perfecto; es la ley del proceso humano en la oración. (Véase Floris, *Metodo teresiano o metodo cateriniano di orazione:* Spiritualità Cateriniana [Florencia 1947] p. 124 s.)

b) Peligro del conocimiento propio sin el conocimiento de la bondad de Dios

No es que yo quiera que los pecados sean considerados detalladamente, sino de un modo general, para que la mente no se contamine con el recuerdo de pecados concretos y torpes. No debe considerar únicamente sus pecados, sino considerar y acordarse de la Sangre y de la grandeza de mi misericordia para que no caiga en la confusión. En efecto, si el conocimiento de sí mismo y la consideración del pecado no van sazonados con el recuerdo de la Sangre y la esperanza de mi misericordia, caería en la confusión y en el desasosiego, y con ellos acudiría el demonio para llevarla, bajo color de contrición y dolor de la culpa y disgusto del pecado, a la condenación eterna; no encontrando ya apoyo en el brazo de mi misericordia, caería en la desesperación.

c) Tentaciones en esta oración. Cómo las venció en cierta ocasión un alma

Este es uno de los engaños más sutiles del demonio contra mis siervos. Por interés propio, para escapar de los engaños del demonio y para ser agradables a mí, es necesario que se dilate siempre su corazón y su afecto, con verdadera humildad, en mi desmesurada misericordia. Tú sabes, en efecto, que la soberbia del demonio no puede resistir la humildad del corazón, ni su confusión puede sufrir la grandeza de mi bondad y misericordia, en las que el alma, en verdad, espera.

Acuérdate que, cuando el demonio quería aterrarte y confundirte, queriéndote convencer que toda tu vida había sido un engaño, que tú no habías seguido nunca mi voluntad, tú entonces hiciste lo que debías hacer y que mi bondad te dió para que hicieses, pues mi bondad jamás se niega a quien quiere recibirla; te elevaste con humildad hacia mi misericordia, diciendo: «Yo confieso a mi Creador que mi vida estuvo siempre en tinieblas; pero yo me esconderé en las llagas de Cristo crucificado y me bañaré en su sangre. Así consumaré mis iniquidades y me gozaré con santo deseo en mi Creador».

Tú sabes que el demonio entonces huyó. Mas volvió luego con nueva batalla, queriendo hacerte engreir por orgullo, diciéndote: «Tú eres perfecta y agradable a Dios; no tienes por qué afligirte ni llorar por tus pecados». Te di entonces gran luz y viste qué camino debías tomar: humillarte. Respondiste al demonio: «¡Infeliz de mí!; San Juan Bautista jamás pecó y fué santificado en el vientre de su madre, e hizo, sin embargo, tanta penitencia. ¡Y yo, que he come-

tido tantos pecados, jamás empecé a reconocerlos con llanto y verdadera contrición, considerando quién es Dios, a quien ofendo, y quién soy yo, que le ofendo!»

Entonces el demonio, no pudiendo sufrir la humildad de tu espíritu ni tu esperanza en mi bondad, te dijo: «Maldita seas, ya que nada puedo contra ti. Si te abato con la confusión, tú te elevas a lo alto de la misericordia; si te exalto, te abajas por la humildad hasta el infierno y en el infierno mismo me persigues. No volveré a ti, ya que me castigas con el bastón de la caridad» [155].

Debe, pues, el alma sazonar el conocimiento de sí misma con el conocimiento de mi bondad, y el conocimiento propio con el conocimiento de mí. De esta manera, la oración le será útil y me será agradable. Y de la oración vocal imperfecta llegará, si persevera en este ejercicio, a la oración mental perfecta.

d) De la oración vocal se debe pasar a la mental cuando Dios se lo dé a entender

Pero, si no mira a otra cosa que a llenar un número de fórmulas que se ha propuesto, no llegará nunca. Como si por la oración puramente vocal deja la mental. Es, a veces, el alma tan ignorante, que, habiéndose propuesto rezar un número determinado de oraciones vocales, renuncia a mi visita aun sintiéndome presente en su espíritu, casi con escrúpulo de dejar lo que ha empezado. Y no atiende a que yo visito su espíritu, bien de una manera, bien de otra; alguna vez, con luz de conocimiento de sí misma, con gran compunción de sus pecados; otras, manifestándole la grandeza de mi caridad; otras, poniendo en su espíritu la presencia de mi Verdad de diversos modos, según me place y según la misma alma ha deseado.

No debe proceder así, porque es engaño del demonio; desde el momento en que el espíritu siente que vengo a visitarle (y de distintas maneras, como he dicho), debe abandonar la oración vocal. Luego, pasada esta oración mental, si tiene tiempo, puede reanudar lo que se había propuesto rezar; pero, si no tuviese tiempo, no tiene su espíritu por qué preocuparse, ni afligirse, ni turbarse. Así debe obrar, a no ser que se tratase del Oficio divino, que los clérigos y religiosos están obligados a rezar, y pecan si lo dejan. Estos están obligados a rezar el Oficio hasta la muerte. Si, al tiem-

155 Interesantísimos rasgos autobiográficos, que equivalen a un tratado de discreción de espíritus. Descorre levemente el velo de su intensísima vida interior, en la que tantas veces tuvo que luchar con las tentaciones y engaños del demonio, de los que quiere guardar y contra los que quiere prevenir y fortalecer a sus discípulos. El Beato Raimundo de Capua dedica el capítulo 9, con el título «Enemigo de los demonios», del libro 2 de su *Vida* a este aspecto de su ascesis.

po que deben rezar el Oficio, sintiesen su espíritu elevarse y arrebatarse por el fervor, deben prevenirse y rezarlo antes o después, de modo que no se falte a la obligación del rezo.

Sea la que fuere la oración que el alma ha empezado a tener, por la oración vocal debe llegar a la mental, y, sintiendo dispuesto su espíritu, debe dejarla por la razón dicha. Hecha así esta oración, lleva a la perfección. Por esto, jamás se debe dejar la oración vocal de cualquier modo que la hiciere, sino practicarla como te he indicado. Perseverante en este ejercicio, gustará la oración en verdad y el manjar de la sangre de mi unigénito Hijo. Por esto te dije que algunos participaban virtualmente del cuerpo y la sangre de Cristo, aunque no sacramentalmente; es decir, comulgan con el afecto de la caridad, gustándola por medio de la santa oración (con mayor o menor abundancia según el amor del que obra).

Quien va con poca prudencia y sin mesura, poco encuentra. Quien va con mucha prudencia, mucho encuentra. Porque cuanto más se afana el alma en liberar su afecto y unirlo conmigo con la luz del entendimiento, más conoce.

Quien más conoce, más ama, y quien más ama, más gusta.

Ves, pues, que a la oración perfecta no se llega con muchas palabras, sino con el afecto del deseo de elevarse hacia mí con conocimiento de sí mismo. Esta alma tendrá a la vez oración vocal y mental, porque van juntas, de la misma manera que la vida activa y la vida contemplativa.

Pero estas palabras, oración mental y vocal, pueden interpretarse de distintas maneras. Yo te he dicho que el santo deseo es una oración continuada, pues consiste en tener una buena y santa voluntad. Esta voluntad y deseo se elevan a mí en el lugar y tiempo ordenados y se unen a aquella oración continua que es el santo deseo. Permaneciendo el alma en el santo deseo y buena voluntad, hará esta oración vocal unas veces en el tiempo prescrito, y otras sin interrupción fuera del tiempo prescrito, según se lo pide la caridad para el bien del prójimo, en conformidad con las necesidades que ve y el estado en que yo le he puesto [156].

---

156 «Hay tres clases de oración. Una es *continua*, que es el constante santo deseo, el cual ora en la presencia de Dios en todo lo que hace, porque a su gloria endereza todas tus obras espirituales y corporales; por esto se llama *continua*... La otra es *vocal*, cuando vocalmente se reza el Oficio u otras oraciones. Esta está ordenada para llegar a la tercera, o sea la *mental;* a ella llega el alma cuando con prudencia y humildad ejercita la oración vocal, es decir, que, hablando con la lengua, el corazón no esté lejos de Dios. Debe procurar fijar y establecer su corazón en el afecto de la divina caridad» *(Carta 26, a Eugenia, sobrina suya,* I, 135).

e) Cada uno en su estado y según su condición debe trabajar en la oración para su propio bien y para el bien del prójimo

Cada uno según su estado debe emplearse en la salud de las almas según el principio de esta santa voluntad. Todo lo que se hace de palabra o por obra por la salud de las almas en el momento prescrito por la oración, es virtualmente una oración, suponiendo que en el lugar y tiempo prescritos la haga para sí. Fuera de esta oración para sí mismo, a la que está obligado, todo lo que hiciere para el bien del prójimo o cualquier otro ejercicio de caridad que practicara con buena voluntad puede llamarse oración[157]. Como dijo mi glorioso heraldo San Pablo: *No cesa de orar el que no cesa de bien obrar*[158]. Por esta razón te dije que la oración se hacía de muchas maneras, uniendo la exterior con la mental, porque la oración exterior entendida así está unida con el afecto de la caridad. Y el afecto de la caridad equivale a una oración continua. Te he explicado cómo se llega a la oración mental por el ejercicio y por la perseverancia, abandonando la vocal por la mental cuando yo visito al alma. Te he dicho igualmente cuál es la oración común, la oración vocal fuera de los tiempos prescritos y la oración de la buena y santa voluntad, y cómo toda acción hecha con buena voluntad para sí mismo o para el prójimo fuera del tiempo prescrito es también oración.

Debe, pues, el alma espolearse a sí misma virilmente hacia esta oración, que es como una madre[158 bis]. Esto hace el

---

[157] Vida contemplativa y vida activa, oración y acción, encuentran en la doctrina y en la vida de Santa Catalina la armonización perfecta. (Véase *Introducción,* 47.) Aquí traza las normas fundamentales de esta coordinación, que no rebaja la importancia ni de una ni de otra y garantiza la orientación y fecundidad de ambas. «De esta (oración) y de toda otra cosa no te aparte más que la necesidad, la obediencia o la caridad... Y cuanto te haga hacer el espíritu, hazlo» *(Carta* 49, *a Aleja,* I, 285). El deber del propio estado, cumplido fielmente como acto de servicio de Dios Nuestro Señor, es la razón suprema que hará dejar, a veces, la oración por la acción: «Cada uno según su estado», dice la Santa. Sobre la necesidad del prójimo, en contraste con la oración privada, habla abundante y claramente en esta y las siguientes páginas del *Diálogo.*

[158] *Orad sin cesar* (1 Thes. 5,17). Este es el texto exacto de San Pablo. Las palabras que la Santa cita son textualmente de la glosa antigua sobre aquel texto paulino: *No cesa de orar el que no deja de obrar.* (Véase SANTO TOMÁS, IV *Sentent.,* d. 15, q. 4, a. 2, q.ª 3.) Para Santo Tomás lo mismo que para Santa Catalina, la oración debe fluir siempre del deseo ferviente de la caridad. «Este deseo, dice el Doctor Angélico, debe persistir o de modo actual o al menos como virtud latente», pues, estando obligados a hacerlo todo para gloria de Dios, «el impulso de tal deseo persiste en todo lo que hacemos por amor de la caridad. Y en este sentido no podemos cansarnos nunca de orar» *(Suma Teológica,* 2-2, q. 83, a. 14).

[158 bis] «En verdad, la oración es una madre que en la caridad de Dios *concibe* las virtudes y en la caridad del prójimo las *da a luz.* Es madre porque alimenta al alma, nos tiene en sus brazos», etc. *(Carta 26, a su sobrina Eugenia,* I, 137). Sin esta sencilla aclaración, sacada de su epistolario, que descubre todo un sistema lógico de imágenes en

alma que se ha encerrado en la casa del conocimiento de sí misma y ha llegado al amor de amigo y de hijo. Si no sigue las normas trazadas, se quedará siempre en la tibieza y en la imperfección; y sólo amará en la medida en que encuentre provecho y gusto en mí o en su prójimo [159].

f) La ausencia del gusto no debe retraerle de hacer el bien

[Cap. LXVII.] De este temor imperfecto quiero hablarte ahora. No quiero ocultarte el engaño que en este amor pueden encontrar, si no me quieren más que por su propio gusto. Quiero que sepas que, cuando mi siervo me ama imperfectamente, busca más su propia satisfacción que a mí mismo, y puede percatarse de ello en que, al faltarle el consuelo espiritual o temporal, se entristece y su turba [160].

Esto sucede, sobre todo, a las personas del mundo que practican algún acto de virtud en el tiempo de la prosperidad; pero, en cuanto viene la tribulación, que yo permito para su bien, abandonan aquel poco bien que hacían. Si se les preguntase por qué te turbas, responderían: «Porque

torno a la imagen central: la oración es una madre, la escueta afirmación del *Diálogo:* «... oración, que es como una madre», nos deja un poco desconcertados y perplejos. El estilo de Santa Catalina puede parecer a veces difuso y prolijo. En realidad es de una concisión y condensación de sentido e ideas que asombra.

159 Esl P. Aurelio A. Floris, O. P., resume así la correspondencia del método de oración de Santa Teresa con la doctrina de Santa Catalina sobre la oración: «Ambos se mueven hacia la búsqueda de un método para venir en ayuda de la imperfección del alma humana por medio de la unión de la oración vocal con la mental. La correspondencia es perfecta hasta en los momentos evolutivos del método.

1) Oración vocal pura, que consiste, para Catalina, más en palabras que en afecto y, para Teresa, en la exclusiva preocupación de pronunciar palabras.

2) Oración unida con la vocal. Unión a la que se llega, según Catalina, por la elevación de la mente al afecto de Dios y, según Teresa, pensando en Aquel a quien hablamos, es decir, Dios.

3) Oración mental pura, que se inicia con la visita de Dios al alma, y llamada por Santa Catalina oración perfecta o mental; por Santa Teresa, oración de recogimiento.

En las dos Santas es diverso el carácter ascético, porque mientras Catalina está dominada por un sentido concreto de la vida y de un objetivo apostólico que la conduce a la realidad histórica de la humanidad, Teresa tiende siempre al mundo interior del espíritu. Catalina habla a Dios para llegar al silencio. Pero llega al silencio para hablar con los hombres. Teresa habla para llegar al silencio, pero permanece en él para gustar de Dios *(Spiritualità Cateriniana* [Florencia 1947] p. 1218).

160 «El niño que se alimenta de leche no puede entrar en batalla ni disfruta más que jugando con sus semejantes; así, el hombre que permanece en el amor propio de sí mismo no goza más que con la leche de las propias consolaciones espirituales y temporales, disfrutando, como niño, con los que se le parecen...» *(Carta* 333, *a Fr. Raimundo de Capua,* V, 52). Las circunstancias concretas en que está escrita esta carta dan a las palabras citadas, que parecen sólo un principio general, abstracto y de un valor muy común, un sentido de enérgica reconvención al que además era su «queridísimo hijo». En esta ocasión, la «Mamma» cree delante de Dios que no ha obrado como hombre «viril» y adulto. Véase todo el episodio, por ejemplo, en Jörgensen (Buenos Aires 1943) p. 415 ss.

padezco tribulación, y me parece que es inútil aquel poco bien que hacía, ya que no lo hago con aquel espíritu y con aquel ánimo con que antes lo hacía. Todo a causa de la tribulación que me ha venido, ya que me parece que antes obraba mejor y con mayor paz de lo que hago ahora».

A éstos los engaña su afán de gusto, y no es verdad que la causa sea la tribulación ni que amen menos y hagan menos obras que antes. Lo que hacen en el tiempo de la tribulación vale lo mismo que lo que hacían antes en tiempo de consuelo; y podría darse que esto valiera más si a ello añadieran la paciencia. Esto les sucede porque se deleitaban en la prosperidad y había poco de virtud en el quererme, y tranquilizaban su espíritu con lo poco que hacían. Al verse privados de aquello en que descansaban, les parece que pierden la paz a causa del bien que practican; y esto es falso.

Les sucede como al que está en un jardín. Porque le resulta agradable estar en él, descansa trabajando. Le parece que descansa en su trabajo, cuando en lo que descansa es en el gusto que encuentra en el jardín. Y se percata de que es así, de que se deleita más en el jardín que en el trabajo, porque, privado del jardín, se ve privado de aquel gusto: pero, si el gusto lo hubiera puesto principalmente en su trabajo, no lo habría perdido, sino que lo conservaría siempre, porque no se puede privar al hombre del bien obrar si él no quiere, aunque se le quite el gusto de la prosperidad, como a aquél el placer del jardín.

Se equivocan, pues, al obrar por gusto propio. Por esto suelen decir: «Yo sé que iba mejor antes; que tenía mayor consuelo antes de la tribulación que ahora. Lo que hacía me proporcionaba placer, pero ahora no encuentro ningún gusto en ello». Su modo de ver y de hablar es falso; pues, si se hubieran gozado en el bien por amor del bien y de la virtud, no lo habrían perdido ni les habría faltado, sino que se les habría aumentado. Pero, como su bien obrar estaba fundado sobre su propio placer sensible, por esto les falta ahora y se ven privados de él.

Este es el engaño en que muchos caen en su bien obrar. Los engaña su propio placer sensible.

4) Consuelos y gustos en la oración

a) Engaño de buscar consuelos en la oración, no interpretando la intención de Dios, que los da o los niega

[Cap. LXVIII.] Aquellos siervos míos que están todavía en el amor imperfecto, buscándome y amándome por el consuelo y gusto que encuentran en mí, se engañan de modo parecido. Porque yo recompenso todo bien que se hace, poco o mucho según la medida del amor del que recibe el

premio; por esto doy consuelos espirituales, en una o en otra manera, en el tiempo de la oración. Esto lo hago no para que el alma se engañe al recibir el consuelo, fijándose más en la consolación presente que le viene de mí que en mí mismo, sino para que se fije más en el afecto de mi caridad con que se lo doy y de la indignidad de ella que la recibe que en el gusto del consuelo propio. Mas si, como ignorante, atiende más a su contento que al afecto de la caridad que yo le tengo, se perjudica y se engaña a sí misma, como te diré.

Lo uno, porque, engañada por el propio consuelo, va en su busca y se complace en él; por haber experimentado alguna vez el consuelo de mi visita, porfía en buscarlo por el mismo camino por el que antes lo halló.

Mas yo no lo doy siempre de la misma manera, como si siempre tuviera que hacerlo así, sino que lo hago según place a mi bondad y según sus necesidades. Ella en su ignorancia seguirá buscando aquella misma consolación, como queriendo poner ley al Espíritu Santo. No debe obrar así, sino pasar varonilmente por el puente de la doctrina de Cristo crucificado y recibir en él lo que quisiera darle según el modo, tiempo y lugar que a mi bondad pluguiere. Y, si nada le doy, este mismo no darle es por amor y no por odio, para que me busque en verdad y no me ame solamente por el gusto; para que ella reciba humildemente mi amor más bien que el gusto que en él encuentra. Pero, si no lo hace así y se va detrás del gusto, siguiendo su parecer y no el mío, se verá en pena y confusión intolerables cuando se encuentre privada del gusto que puso por objeto a los ojos de su entendimiento.

Estos son los que quieren escoger los consuelos a su capricho; es decir, cuando su espíritu halla algún gusto en mí de un modo determinado, quieren continuar siempre con él, y son tan ignorantes, que, a veces, visitándolos yo de manera distinta de aquélla, ofrecen resistencia y no lo reciben, y prefieren lo que ellos se han imaginado. Esta falta procede de su propia pasión y gusto espiritual que en mí encontraron. Se engañan, porque es imposible que aquel gusto permanezca siempre igual.

Así como el alma no puede estar siempre en un mismo estado, pues o adelanta en las virtudes o retrocede, así el espíritu no puede permanecer siempre en el gusto que en mí haya encontrado una vez, como si mi bondad no pudiera darle otros. Yo visito a las almas de muy distintas maneras; a veces es el gusto de una íntima alegría espiritual; otras, contrición y aborrecimiento del pecado, hasta parecerles que por este motivo tienen turbado el espíritu; otras

estoy en el alma sin que ella me perciba; otras presento a mi Verdad, Verbo encarnado, de distintas maneras ante los ojos de su inteligencia, y, sin embargo, le parecerá al alma que no lo siente con aquel calor y gusto que debería sentirse ante visión semejante; otras veces, sin ver, experimentará grandísimo deleite.

Todo esto hago por amor y para conservarla y hacerla crecer en la virtud de la humildad y de la perseverancia; para enseñarle a no ponerme reglas ni considere como un fin el consuelo, sino sólo la virtud que se funda en mí; para que humildemente reciba con afecto de amor el amor con que la favorezco. Y con fe viva de que yo doy siempre según las necesidades de su salud y para hacerla llegar a gran perfección.

Debe, pues, conservarse humilde, poniendo el principio y el fin en el afecto de mi caridad, y en ella recibirá consuelo o desconsuelo según mi voluntad y no según la suya. Este es el camino para no engañarse y recibirlo todo por amor a mí, que soy su fin, fundado en la dulce voluntad mía.

b) Apego a la consolación, en detrimento de la caridad del prójimo

[Cap. LXIX.] Te hablé de cómo se engañan los que quieren recibir mi visita y gustar de mí en su espíritu según su propio capricho.

Quiero hablarte ahora del engaño de aquellos que ponen toda su satisfacción en buscar consuelos espirituales, mientras muchas veces verán a su prójimo en necesidad espiritual o temporal, y no le socorrerán con pretexto de virtud, diciendo: «Yo pierdo en ello la paz y la tranquilidad de mi espíritu y no rezo mis horas a su debido tiempo». Al verse privados de la consolación, les parece que me ofenden. ¡Cómo los engaña su avidez de gustos espirituales! Me ofenden más no socorriendo en sus necesidades al prójimo que dejando aparte todos sus consuelos. Porque yo ordeno todo ejercicio, sea vocal o mental, con el fin de que el alma llegue con él a la caridad perfecta de mí y de mi prójimo y para mantenerse en esta caridad. Por eso me ofende más dejando la caridad del prójimo por este ejercicio y por la tranquilidad de su espíritu que dejando el ejercicio por el prójimo.

En la caridad del prójimo me encuentran a mí; mas en el propio gusto, donde me buscan, me perderán. Porque, no socorriendo al prójimo, disminuyen la caridad para con el prójimo. Disminuída la caridad para con el prójimo, disminuye mi amor hacia ellos. Disminuído mi afecto, disminuyen los consuelos. Así que, queriendo ganar, pierden; y, perdiendo, saldrían ganando; es decir, renunciando a su

propio consuelo por el bien del prójimo, el alma me recibe y me gana, como gana y recibe a su prójimo socorriéndole y sirviéndole con caridad[161]. He aquí cómo podrían gustar en todo tiempo la dulzura de mi caridad; al no hacerlo así, viven con pena, pues alguna vez se verán obligados a socorrer a sus prójimos por necesidad o por amor en sus enfermedades espirituales o corporales. Mas, si entonces lo hacen con despecho, con enfado interior y desasosiego de espíritu, se hacen insoportables a sí mismos y a los demás. Si alguien les preguntase: «¿Por qué sientes esta tristeza?», contestarían: «Me parece haber perdido la paz y tranquilidad del espíritu, y ¡he tenido que dejar tantas cosas de las que solía hacer!» Creen ofender a Dios, mas no es verdad. Como tienen la mirada fija en su propio gusto, no saben discernir ni conocer dónde en verdad está la ofensa. De otra suerte, verían que la ofensa no está en no tener consuelo espiritual ni en dejar el ejercicio de la oración en el tiempo de la necesidad de su prójimo, sino que consiste en no tener esta caridad del prójimo, al que deben amar y servir por amor a mí.

Ves, pues, cómo se engañan sólo por el amor propio espiritual que a sí mismos se tienen.

c) Amargura de espíritu cuando faltan estas consolaciones a los que están apegados a ellas

[Cap. LXX.] Algunas veces, por causa de este amor propio espiritual, recibe el alma mayor daño. Porque, si su afecto está sólo pendiente de buscar consolaciones y visiones que a veces concedo a mis siervos, cuando se ve privado de ellas, cae en la amargura y la tristeza. Porque le parece estar privado de la gracia cuando alguna vez de ellos me aparto. Pues, como te dije, visito al alma y me alejo de ella no en cuanto a la gracia, sino sólo en cuanto al sentimiento de mi presencia para llevar el alma a mayor perfección. Se encuentra llena de amargura, y le

---

[161] Análisis sutil y certero de un posible engaño en las almas dadas a la piedad: no darse a la caridad del prójimo por miedo a perder el recogimiento y los gustos espirituales. En este «orar en la caridad del prójimo» de Santa Catalina está la mejor garantía del aumento de la caridad, del perfeccionamiento de la oración y, por tanto, de los mismos consuelos. Siguiendo el instinto y las exigencias de la caridad en el cumplimiento de las obras de misericordia para con el prójimo, «el alma me recibe y me gana a mí y al prójimo». También para Santo Tomás el paso de la contemplación a la vida de acción impuesto por las exigencias de la caridad no es pérdida, sino ganancia: «no se verifica a modo de substracción, sino de adición» (2-2, q. 182, a. 1 ad 3).

Y al propio tiempo sería difícil encontrar salvaguarda más eficaz que la segura y clara doctrina de Santa Catalina contra los peligros —más frecuentes todavía— del puro activismo apostólico contra la herejía de la acción.

parece estar en el infierno, porque le ha sido quitado el gusto y es combatida con muchas tentaciones.

No debe ser tan ignorante ni dejarse engañar por su amor propio espiritual hasta el punto de no conocer la verdad y no percatarse de que estoy en ella yo, bien supremo, sosteniendo su buena voluntad en el tiempo de los combates a fin de que por su capricho no se vaya detrás de aquellos consuelos. Debe, por tanto, humillarse, considerándose indigna de la paz y del sosiego de espíritu. Por esta razón me aparto de ella; para que se humille y para hacerle conocer mi caridad en sí misma, encontrándola en la firmeza de voluntad en que yo la mantengo en el tiempo de la prueba, y también para que no reciba solamente la leche de las dulzuras con que yo rocío la cara de su alma, sino para que se aplique al pecho de mi Verdad y reciba a la vez la leche y la carne, es decir, que atraiga a sí la leche de mi caridad por medio de la carne de Cristo crucificado y de su doctrina, de la que os he hecho puente para que podáis llegar hasta mí. He aquí por qué me aparto de ellos[162].

Si proceden con prudencia y no con ignorancia, pendientes sólo de la leche y de la consolación, vuelvo a ellos con mayor gusto y fortaleza, luz y ardor de caridad. Mas si, por la pérdida de este sentimiento de espiritual dulzura, se dejan arrastrar al hastío, tristeza y confusión de espíritu, poco adelantan y permanecen en su tibieza.

d) Este afán de gustos espirituales da pie a otros engaños del demonio, que se transforma en ángel de luz. Cómo discernir si proceden de Dios o del demonio

[Cap. LXXI.] Además de esto, hay otro engaño del demonio, que se presenta en forma de luz. Este tienta a las almas en aquello que las ve dispuestas a desear y recibir. Viendo, pues, el espíritu engolosinado y fijo su deseo solamente en las consolaciones y visiones espirituales (a las que el alma no debería pegarse, sino solamente en las vir-

---

162 «Debemos hacer como el niño, que cuando quiere mamar toma en su boca el seno de la madre; por medio de la carne atrae hacia sí el alimento. Así debemos hacer nosotros, si queremos alimentar nuestra alma. Debemos pegarnos al pecho de Cristo crucificado, en el que está la madre de la caridad; y por medio de su carne, es decir, de la humanidad de Cristo, conseguiremos el alimento que nutre nuestras almas y los hijos de las virtudes. En la humanidad podía caber pena, no en la divinidad» (*Carta* 86, *a la abadesa del monasterio de Santa María de los Descalzos de Florencia,* II, 86). La misma comparación en la *Carta* 109, *al abad Gerardo de Puy, nuncio apostólico* (II, 211).

«¿Sabéis, Padre mío, qué hizo el Señor aquel día con mi alma? Hizo como una madre con el hijo pequeñito de su predilección. Le muestra el seno, pero le mantiene alejado para que llore; apenas empieza a llorar, ella ríe, feliz, y, besándole, le estrecha contra su seno y se lo da alegre y abundantemente. Así hizo conmigo aquel día el Señor. Me mostraba de lejos su sacratísimo costado, y yo lloraba por el

tudes, y considerarse, por humildad, indigna de aquéllas, y ver en las consolaciones solamente mi amor), el demonio se presenta entonces en aquel espíritu en forma de luz y de diversas maneras; cuándo, bajo apariencia de ángel; cuándo, en apariencia de mi Verdad o de alguno de mis santos. Y lo hace para cogerle con el anzuelo del gusto espiritual que el alma tiene pegado por completo a las visiones y gustos espirituales. Si esta alma no se levanta con verdadera humildad, despreciando todo gusto, queda prendida con este anzuelo en las manos del demonio. Mas si, llena de humildad y de desprecio por el gusto, se abraza con amor a mí, que soy el que los da y los niega, queda vencido el demonio. Su soberbia no puede sufrir la humildad del alma.

Si me preguntas en qué puede conocerse que esta visita es más bien del demonio que de mí, te diré: He aquí la señal: si el demonio es el que visita al espíritu bajo forma de luz, el alma concibe inmediatamente una gran alegría en su visita. Pero cuanto más dura, más disminuye aquella alegría. Y pronto no queda más que tedio, tinieblas y desasosiego de espíritu y confusión interior. Por el contrario, si en verdad soy yo, Verdad Eterna, la que la visita, experimenta el alma en el primer momento un santo temor. Con este temor recibe alegría y seguridad y una dulce prudencia; duda, sin dudar realmente. Llena del conocimiento de sí misma, se considera indigna y dice: Yo no soy digna de ser visitada por ti; y no mereciéndolo, ¿cómo puede ser esto? Se refugia entonces en la grandeza de mi caridad, conociendo y comprendiendo que soy yo quien puede dárselo y que no me fijo en su indignidad, sino en mi dignidad, que la hace digna de recibirme no sólo por la gracia, sino por el sentimiento de mi presencia, porque no desprecio el deseo con que ella me llama. Por esto me recibe humildemente, diciendo: *He aquí tu esclava, hágase en mí tu voluntad*[163].

Deja entonces el camino de la oración y mi visita con alegría y gozo de espíritu, con humildad, teniéndose por indigno, y con caridad, al descubrirla y reconocerla en mí.

Esta es la señal de que el alma es visitada por mí o por el demonio: si soy yo quien la visito, siente el alma temor

---

deseo inmenso de acercar mis labios a la sagrada herida...» (BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, p. 2.ª, c. 6, n. 191, p. 246).

Sobre punto tan interesante como este del culto al Sagrado Corazón en Santa Catalina publicó el dominico P. Walz los estudios siguientes: *Il segreto del Cuore di Cristo nella spiritualità cateriniana:* Studi Domenicani (Roma 1939) p. 86-129, e *Il segreto del Cuore di Gesù contemplato nella vita e nella dottrina di Santa Caterina da Siena:* Vita Cristiana (1937) p. 292-303. En el primero son de particular interés los puntos «Exégesis histórica y teológica» de los textos y hechos de Santa Catalina a este respecto» (p. 99) y «Valor de la veneración cataliniana del Sagrado Corazón» (p. 118). Véase también D'URSO, *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza (1954) p. 359.

[163] Lc. 1,38.

en el primer momento, y en el medio y en el fin, alegría y hambre de la virtud. Si es el demonio, causa alegría en el primer momento, mas luego queda en confusión y obscuridad de espíritu.

Os he dado esta señal para que el alma, si quiere conservarse en humildad y proceder con prudencia, no puede ser engañada. Pero caerá en este engaño si prefiere navegar sólo con el amor imperfecto de sus propios consuelos más que del amor a mí, como ya te he dicho [164].

e) Exhortación: «Guardaos de estos engaños»

[Cap. LXXII.] No he querido ocultarte el engaño en que caen por su amor sensitivo los que andan en la caridad común en las pocas obras buenas que hacen, es decir, en la poca virtud que practican en el tiempo de la consolación.

Tampoco te he ocultado el engaño del amor propio espiritual pegado a las consolaciones que mis siervos experimentan y cómo éste los engaña, no dejándolos conocer la verdad de mi amor ni discernir dónde está su propia culpa. Y el engaño en que los hace caer el demonio, si no proceden como te he dicho. Te lo he manifestado para que tú y mis otros siervos sigáis las virtudes por amor de mí y no por ninguna otra cosa. Todos estos engaños pueden suceder, y suceden a veces, a aquellos que están en el amor imperfecto, es decir, que me aman por mis dones y no por mí, que soy el dador.

Pero el alma que en verdad ha entrado en la casa de su propio conocimiento, ejercitando la oración perfecta y saliendo de la imperfección del amor y de la oración imperfecta, según te dije al tratar de la oración [165], me recibe por afecto de amor, procurando atraer a sí la leche de mi dulzura en el pecho de la doctrina de Cristo crucificado.

C) Características y frutos de este tercer estado (de amor de amigo)

1) Cómo entre amigos se aprecia más el afecto que el don material

Llegados al tercer estado del amor de amigo y de hijo, ya no es amor mercenario el que tienen, sino de amigos queridísimos. Así como un amigo, cuando recibe un obsequio de otro, no se fija solamente en el regalo, sino en el corazón y el afecto del que se lo hace, y aprecia el regalo

---

164 El autor del *Libro de los Ejercicios espirituales* trata más amplia y concretamente la doctrina para una «mayor discreción de espíritus» [329-336].

165 Como advertimos en la nota 145, creemos que también aquí debe entenderse la palabra *tratado* en un sentido más bien amplio, no en el sentido escolástico y metodológico de *tratado*.

sólo por el amor del afecto de su amigo, así el alma, llegada al tercer estado del amor perfecto, cuando recibe mis dones y mis gracias, no se fija solamente en el don, sino fija la mirada de su entendimiento en el afecto de la caridad de mí, que soy el dador.

Y para que el alma no pueda tener excusa de obrar así, es decir, de considerar mi afecto, tuve la providencia de unir el don con el dador al unir la naturaleza divina con la naturaleza humana cuando os di el Verbo de mi Hijo unigénito, que es una cosa conmigo, y yo con El. Por esta unión no podéis fijaros en el don sin fijaros en mí, que soy el dador. Ved, pues, con cuánto afecto de amor debéis querer y desear el don y Aquel que os lo da. Haciéndolo así, permaneceréis en amor puro y sencillo y no mercenario, como hacen aquellos que siempre están encerrados en la casa de su propio conocimiento.

2) Se fortalece el alma contra el demonio

[Cap. LXXIII.] Te he manifestado hasta ahora de diversos modos cómo el alma sale de la imperfección y llega al amor perfecto y lo que hace en cuanto ha llegado al amor de amigo y de hijo.

Te dije y te digo ahora que llega a este estado con perseverancia, encerrándose en la casa de su propio conocimiento. Este conocimiento de sí misma debe ir siempre acompañado por el conocimiento de mí para que no caiga en confusión [166], porque con el conocimiento propio adquirirá el odio de su propia pasión sensitiva y del gusto de sus consolaciones. De este odio, fundado en la humildad, sacará la paciencia, con la que se hará fuerte contra los combates del demonio, contra las persecuciones de los hombres y hasta en sus relaciones conmigo cuando por su bien le quite los gustos espirituales. Esta virtud le hará soportables todas las privaciones.

3) Se adquiere delicadeza de conciencia

Y si la propia sensualidad, en medio de las dificultades, quisiera rebelarse contra la razón, este juez, que es la conciencia, deberá levantarse sobre sí mismo y juzgarse con odio y no dejar pasar sin corrección ningún movimiento desordenado, aunque el alma que perma-

[166] «Yo quiero que veas tu no-ser, tu negligencia y tu ignorancia; pero no quiero que los veas con tinieblas de confusión, sino con la luz de la infinita bondad de Dios, que debes encontrar en ti misma. El demonio no quiere más que esto, que tú llegaras sólo al conocimiento de tus miserias, sin más condimento. Pero el conocimiento propio ha de ir siempre sazonado con la esperanza en la misericordia de Dios» (*Carta* 73, *a sor Constanza*, del monasterio de San Abundio, cerca de Siena, I, 421).

nece en este odio santo se corrige constantemente y se reprende en todo momento, no tanto por los impulsos contra la razón cuanto por los movimientos, que a veces provienen de mí. Esto quiso expresar mi dulce siervo Gregorio cuando dijo que «la santa y pura conciencia encuentra pecado donde no lo hay»; es decir, que ve culpa, dada la pureza de la conciencia, aun donde no la había [167].

Así debe hacer y hace el alma que quiere salir de la imperfección, esperando mi providencia en la casa del conocimiento de sí misma con la luz de la fe, como hicieron los discípulos, que se estuvieron en casa y no se movieron, sino que, con perseverancia en las vigilias y humilde y continua oración, perseveraban hasta la venida del Espíritu Santo.

Esto es lo que el alma hace, como te dije, cuando sale de la imperfección y se recluye en sí para llegar a la perfección. Está en vela, fijos los ojos del entendimiento en la doctrina de mi Verdad, humillada porque se ha conocido a sí misma, en oración continua de santo y verdadero deseo, y ha conocido en sí el afecto de mi caridad.

4) Perdido el temor, como los apóstoles, se entregan al bien del prójimo

[Cap. LXXIV.] Resta por decirte en qué se conoce que el alma ha llegado al amor perfecto. Es la misma señal que se dió a los santos discípulos luego que hubieron recibido el Espíritu Santo. Salieron del cenáculo, y, perdido el miedo, anunciaban mi palabra y predicaban la doctrina del Verbo, mi Hijo unigénito. Lejos de temer los tormentos, se gloriaban de ellos. No les preocupaba presentarse delante de los tiranos de este mundo y anunciarles la verdad para gloria y alabanza de mi nombre [168].

Así, el alma que ha esperado en el conocimiento de sí misma, como te he dicho. Yo vuelvo a ella con el fuego de mi caridad. En esta caridad, mientras permaneció perseverante en su conocimiento, concibió las virtudes por afecto de amor, participando de mi potencia, con la cual ha dominado y vencido su propia sensualidad.

Con la misma caridad participó de la sabiduría de mi Hijo, en la que vió y conoció, con los ojos de la inteligencia, mi verdad y los engaños del amor sensitivo espiritual, esto es, del amor imperfecto de la propia consolación, como dije. Y conoció la malicia y la falsedad con que el demonio engaña al alma, atada todavía con aquel amor imperfecto.

---

167 Entiéndase no del escrúpulo, sino de la delicadeza de conciencia y de la humildad.

168 Véase Hechos de los Apóstoles, todo el capítulo 4 y 5, especialmente los versos 41-42.

Por esto se levantó con odio de esta imperfección y amor de la perfección.

Participó de esta caridad, que es el mismo Espíritu Santo, en su voluntad, fortaleciéndola, y disponiéndose a sufrir trabajos y a salir fuera por mi Nombre y dar a luz las virtudes en el trato con su prójimo. No que salga fuera de la casa de su propio conocimiento, sino salen del alma las virtudes concebidas por afecto de amor y las da a luz, en el tiempo de la necesidad de su prójimo, de muchas y diversas maneras. Ha desaparecido el temor que le impedía hacerse útil por el miedo de perder su propia consolación. Una vez llegada al amor perfecto y libre, salen fuera, sin preocuparse ya de sí mismos.

Esto es lo que los hace llegar al cuarto estado, es decir, que en el mismo tercer estado, de los perfectos (en el cual gusta y da a luz la caridad para con el prójimo), llega a un grado último de perfecta unión conmigo. Estos dos estados están unidos entre sí de modo que uno no puede estar sin el otro, como el amor de mí no está sin la caridad del prójimo, y la del prójimo sin la mía, ya que no pueden estar separadas la una de la otra. Asimismo, estos dos estados no están el uno sin el otro, como te iré manifestando al explicarte este tercer grado.

5) Conocen la caridad divina en el costado de Cristo crucificado, del que ven salir sangre y agua, símbolo del bautismo que redime

[Cap. LXXV.] Te he dicho que éstos salen fuera; y ¿cuál es la señal de que han salido de la imperfección y llegaron a la perfección? Abre los ojos del entendimiento y míralos correr por el puente de la doctrina de Cristo crucificado, que es vuestra regla, vuestro camino y vuestra doctrina. Ellos no ponen ante sus ojos otro modelo que Cristo crucificado.

No se proponen como ejemplo a mí, que soy el Padre, como hace el que está en el amor imperfecto y que rehusa el sufrir. Puesto que en mí no cabe pena, quiere seguir sólo el gusto que en mí encuentra. Por esto digo que me sigue a mí; mejor, no a mí, sino al gusto que en mí encuentra.

No obran así éstos, los perfectos. Embriagados y encendidos en amor, han congregado y subido los tres escalones generales que te representé en las tres potencias del alma y los tres grados de perfección que te represento ahora en el cuerpo de Cristo crucificado, mi único Hijo. Con los pies de la voluntad han llegado a la herida del costado, en el que encontraron el secreto del corazón y conocieron el bautismo del agua, que tiene virtud por la Sangre, y en el que el alma, dispuesta como vaso a recibir la gracia unida y mez-

clada con la Sangre, encontró la gracia del santo bautismo.

¿En dónde conoció el alma esta dignidad de verse unida y amasada con la sangre del Cordero al recibir el santo bautismo en virtud de la Sangre? En el costado conoció el fuego de la divina caridad, que es lo que te manifestó, si te acuerdas, mi Verdad cuando le preguntaste: «¡Oh dulce e inmaculado Cordero! Tú estabas ya muerto cuando te abrieron el costado, ¿por qué quisiste que se te hiriera y se abriera el corazón?» El respondió, si te acuerdas[169]: «Muchas razones había para ello, pero te diré la principal. Mi deseo para con el linaje humano era infinito, y el acto de pasar penas y tormentos era finito. Por esto quise que vieseis el secreto del corazón, enseñándooslo abierto para que comprendierais que amaba mucho más y que no podía demostrarlo más por lo finito de la pena[170]. Derramando sangre y agua, os mostré el santo bautismo del agua que recibís en virtud de la Sangre.

a) Dos bautismos: de sangre y de fuego

También os manifesté que hay dos bautismos de sangre. Uno, el de aquellos que son bautizados en su propia sangre, vertida por mí. No pudiendo recibir otro bautismo, son bautizados en su propia sangre, que tiene valor por virtud de la mía. Otros se bautizan con fuego, deseando el bautismo con afecto de amor, sin que lo puedan recibir. Mas este bautismo de fuego no es sin la Sangre, porque la sangre está mezclada y unida con el fuego de la divina caridad, porque por amor fué derramada[171].

---

169 Refiere también esta enseñanza recibida de Dios en la *Carta* 189 *a unos frailes de Monte Olivete,* cerca de Siena (III, 176).

170 «Después se me acercó, estrechó mi alma entre sus brazos y acercó mi boca a la llaga del costado. Entonces mi alma, arrebatada por un deseo grande, entró toda en aquella herida, y en ella encontró tanta dulzura y tanto conocimiento de la divinidad, que, si llegaseis a comprenderlo, os maravillaríais de que mi corazón no se haya despedazado y de que haya podido continuar viviendo en semejante acceso de ardor y de amor» (BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Catarina da Siena,* II, c. 6, n. 191, p. 247: en ALVAREZ, p. 145).

171 «¿Por qué el fuego se encuentra en la Sangre? Porque la Sangre fué esparcida con ardentísimo fuego de amor... En la Sangre se encuentra el fuego de la caridad divina y la fuerza de la suma y eterna deidad» *(Carta* 73, *a sor Constanza,* I, 418). Es frecuente esta idea en el epistolario de la Santa. «Nuestro Médico, Cristo, nos ha dado la medicina contra todas nuestras enfermedades, es decir, el bautismo de sangre y de fuego, en el cual el alma purifica y lava todo pecado, consume y hace arder toda tentación e ilusión del demonio: *porque el fuego está mezclado con la sangre.* Es bien cierto que la sangre arde de amor y que el Espíritu Santo es este fuego, porque el amor fué la mano que hirió al Hijo de Dios y le hizo derramar sangre. Y ambos se juntaron entre sí, y fué tan perfecta esta unión, que nosotros no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego *(Carta* 189, *a los frailes de Monte Olivete,* III, 178).

b) El incesante «bautismo» de la confesión y la contrición perfecta

También recibe el alma de otra manera este bautismo, hablando de un modo figurado, por especial providencia de mi divina caridad. Yo conocía la debilidad y fragilidad del hombre, que le lleva a ofenderme. No que se vea forzado por ella ni por ninguna otra cosa a cometer la culpa, si él no quiere, sino que, como frágil, cae en culpa de pecado mortal, por la que pierde la gracia que recibió en el santo bautismo en virtud de la Sangre. Por esto fué necesario que la divina Caridad proveyese a dejarles un bautismo continuo de la Sangre. Este bautismo se recibe con la contrición del corazón y con la santa confesión, hecha, cuando tienen posibilidad de ello, a los pies de mis ministros, que tienen la llave de la Sangre. Esta Sangre es la que la absolución del sacerdote hace deslizar por el semblante del alma [172].

Si la confesión es imposible, basta la contrición del corazón. Entonces es la mano de mi clemencia la que os da el fruto de esta preciosa sangre. Mas, pudiendo confesaros, quiero que lo hagáis. Quien pudiendo no la recibe, se ha privado del precio de la Sangre. Es cierto que en el último momento, si el alma la desea y no la puede haber, también la recibirá; pero no haya nadie tan loco que con esta esperanza aguarde a la hora de la muerte para arreglar su vida, porque no está seguro de que, por su obstinación, yo, en mi divina justicia, no le diga: «Tú no te acordaste de mí en vida, mientras tuviste tiempo, tampoco yo me acuerdo de ti en la hora de la muerte». Que nadie, pues, se fíe, y si alguien, por su culpa, lo hizo hasta ahora, no dilate hasta última hora el recibir este bautismo de la esperanza en la Sangre. Puedes ver, pues, cómo este bautismo es continuo, en el que el alma debe ser bautizada hasta el final de su vida.

En este bautismo conoce que mi operación (es decir, el tormento de la cruz) fué finita, pero el fruto del tormento que por mí habéis recibido es infinito en virtud de la naturaleza divina, que es infinita, unida con la naturaleza humana, finita, que fué la que sufrió en mí, Verbo, vestido de vuestra humanidad. Mas porque una naturaleza está unida y amasada con la otra, la Deidad eterna trajo de sí e hizo suya la pena que yo sufrí con tanto fuego de amor. Por esto puede llamarse infinita esta operación, no porque lo sea el

172 ¡Cómo se transforman, bajo el foco potente del espíritu de fe, las cotidianas realidades de la práctica de la religión, que la rutina y la superficialidad convierten en formulismos vacíos, ingratos y a veces odiosos! En la confesión—beso de perdón en los brazos del Padre—, el espíritu de fe de Santa Catalina ve que la absolución hace deslizar la Sangre por la cara del alma... No cabe ni mayor energía en la expresión ni mayor exactitud dogmática.

sufrimiento actual del cuerpo y el sufrimiento que me proporcionaba el deseo de cumplir vuestra redención (ya que ambas terminaron en la cruz cuando el alma se separó del cuerpo), pero el fruto, que proviene del sufrimiento y del deseo de vuestra salvación, sí es infinito. Por esto lo recibís infinitamente. Si no hubiese sido infinito, no habría sido restaurado todo el género humano: pasados, presentes y venideros. Ni el hombre cuando peca podría levantarse después de su pecado, si no fuera infinito este bautismo de la Sangre que se os ha dado, es decir, si no fuera infinito su fruto.

Esto os manifesté en la apertura de mi costado, donde halláis los secretos del corazón, demostrándoos que os amo mucho más de lo que puedo manifestar con un tormento finito [173]. ¿En qué te he revelado que es infinito? En el bautismo de la Sangre, unido con el fuego de mi caridad, derramada por amor, con el bautismo general, dado a los cristianos y a quienes quieran recibirlo, del agua, unido con la Sangre y con el fuego, en que el alma se amasa con mi Sangre. Para dároslo a entender, quise que del costado saliese sangre y agua. Con esto he querido responder a lo que tú me preguntabas.

ARTICULO 3

Estado de hijos no separado del de amigos

§ 1. Pruebas de que han llegado a este estado. Cumplen las funciones de la boca

[Cap. LXXVI.] Todo esto que te he dicho es mi Verdad quien te lo enseñó; te lo quise repetir en persona y nombre suyos para que conozcas la excelencia en que está el alma que subió a este segundo escalón. En él conoce y adquiere tanto fuego de amor, que corre inmediatamente al tercero, es decir, a la boca, en donde manifiesta haber llegado al estado perfecto.

¿Por dónde pasó? Por el corazón, por el recuerdo de la Sangre, donde se bautizó de nuevo, dejando el amor imperfecto gracias al conocimiento que ha sacado del amor del corazón, viendo, gustando y probando el fuego de mi caridad. Estos llegaron ya a la boca, y lo demuestran ejerciendo el oficio de la boca. La boca habla con la lengua

173 «¿Quieres sentirte segura? Escóndete dentro de este costado abierto. Piensa que, alejada de este corazón, te encontrarás perdida; mas, si entras una vez, hallarás en él tanto deleite y dulzura, que no querrás salirte ya jamás» (carta 163, III, 42).

que contiene. El gusto gusta, mas la boca retiene y prepara los alimentos para el estómago, triturándolos los dientes, ya que de otro modo no podría ingerirlos [174].

Así hace el alma. Primeramente habla; me habla a mí con la lengua que tiene en la boca de su santo deseo esto es, la lengua de la santa y continua oración. Esta lengua habla exterior y mentalmente. Mentalmente, ofreciéndome dulces y amorosos deseos de la salud de las almas. Exteriormente, cuando anuncia la doctrina de mi Verdad, amonestando, aconsejando y confesándola audazmente y delante de quienquiera, sin temor alguno de las penas que el mundo pudiera infligirle.

Digo que come tomando el alimento de las almas por honra mía sobre la mesa de la santísima cruz, ya que de otro modo ni en otra mesa no podría tomarlo en verdad.

Digo que lo tritura con los dientes, porque de lo contrario no podría ingerirlo. El odio y el amor son las dos series de dientes en la boca del santo deseo, que retiene el alimento, desmenuzándolo con odio de sí y con amor de la virtud en sí mismo y en el prójimo. Desmenuza toda injuria: escarnios, afrentas, dolores, improperios y persecuciones, pasando hambre y sed, frío y calor, deseos congojosos, lágrimas y sudor por la salud de las almas. Todo lo desmenuza en honor mío soportando a su prójimo

Y, luego que lo ha triturado, el gusto lo saborea. Saborea el fruto del dolor y el gusto del alimento de las almas en el fuego de mi caridad y del prójimo. Así llega este alimento al estómago del corazón, que por el deseo y el hambre de las almas estaba dispuesto a recibirlo con amor cordial, gusto y dilección de caridad para con el prójimo. Lo gusta y lo saborea de tal manera, que pierde todo cuidado de la vida corporal para poder comer este alimento de la doctrina de Cristo crucificado sobre la mesa de la cruz.

Entonces engorda el alma con las virtudes verdaderas y reales, y tanto se hincha por la abundancia de la comida, que el vestido de la propia sensualidad (el cuerpo que cubre el alma) revienta en cuanto al apetito sensitivo El que revienta, muere, y así muere la voluntad sensitiva. Sucede esto porque la voluntad ordenada del alma permanece viva en mí, vestida de mi eterna voluntad, y porque la voluntad sensitiva está muerta.

Esto acaece en el alma que en verdad ha llegado al tercer escalón de la boca. La señal de que ha llegado allí es ésta: que su propia voluntad murió cuando gustó el afecto de mi caridad.

---

174 La prolongación de la metáfora le lleva a la aplicación de las principales funciones de la boca, a las manifestaciones que en las almas tiene este estado de amor muy perfecto.

Por esto encontró paz y la tranquilidad de su alma en la boca, porque por la boca se da la paz[175]. Así en este tercer estado del alma encuentra la paz, de manera que nadie le puede turbar, porque está perdida y anegada su voluntad, y, cuando la voluntad está muerta, se gusta la paz y la quietud.

Estos dan a luz la virtud sin sufrimiento en provecho de sus prójimos. No que para ellos los sufrimientos dejen de serlo. Mas no suponen tormento para la voluntad muerta, puesto que voluntariamente lo sufren por mi Nombre. Estos corren diligentemente por la doctrina de Cristo crucificado, y no aflojan su paso por injurias que reciban, ni por persecución alguna, ni por deleites que el mundo les ofreciese. Pasan por todas estas cosas con verdadera fortaleza y perseverancia, vestido su afecto con el de mi caridad y gustando el alimento de la salud de las almas con verdadera y perfecta paciencia. Y esta paciencia es una señal que demuestra que el alma ama perfectamente y sin ningún interés. Porque, si me amase a mí o al prójimo por provecho propio, estaría impaciente y aflojaría su paso. Mas, porque me aman a mí por mí mismo, en cuanto soy suma bondad, digno de ser amado, y se aman a sí mismos y al prójimo por mí para rendir gloria y alabanza a mi nombre, por esto son pacientes y fuertes y perseverantes en el sufrir.

§ 2. Características y frutos de este estado de hijos

1) Las tres virtudes de paciencia, fortaleza, perseverancia

[Cap. LXXVII.] Estas son las tres virtudes gloriosas, fundadas sobre la verdadera caridad, en lo alto del árbol de esta caridad misma: la paciencia, la fortaleza y la perseverancia, coronada con la luz de la santísima fe. Con esta fe corren, lejos de las tinieblas, por el camino de la verdad. Su santo deseo levanta el alma tan en alto, que nadie pueda llegar a ella, ni el demonio con sus tentaciones (él teme al alma que arde en el horno de la caridad), ni las detracciones e injurias de los hombres. Al contrario. Con todo lo que el mundo pueda hacer para perseguirlas, es el mundo el que las teme. Estas pruebas permite mi bondad para fortalecerlos y engrandecerlos delante de mí y del mundo, ya que ellos se hicieron pequeños por sincera humildad.

¡Fíjate en mis santos! Por mí se hicieron pequeños, y

---

175 Puede aludir concretamente lo mismo al uso litúrgico del portapaz, que se da a besar a los fieles en substitución del uso primitivo del abrazo, que sólo permanece en uso entre los clérigos y oficiantes, que a la costumbre corriente de saludar, de darse mutuamente el beso de paz.

yo los he hecho grandes ante mí, que soy vida perdurable, y ante el Cuerpo místico de la santa Iglesia, donde siempre se hace mención de ellos, porque sus nombres están escritos en mí, que soy el libro de la vida. Y así, el mundo los honra, porque ellos despreciaron el mundo. Estos no esconden la virtud por temor, sino por humildad. Y, si el prójimo necesita de su ayuda, no esconden la virtud por temor al trabajo o por no perder su consuelo, sino que le sirven varonilmente, perdiéndose a sí mismos y no preocupándose de sus cosas.

Sea cual fuere el modo con que emplean su vida y su tiempo en mi honor, gozan y hallan paz y tranquilidad de espíritu. ¿Por qué? Porque no eligen servirme a su modo, sino según el mío. Por eso no les pesa más el tiempo de la tribulación que el del consuelo, o el de la prosperidad más que el de la adversidad. Para ellos es lo mismo lo uno que lo otro, porque en todo hallan mi voluntad y no piensan sino en conformarse con ella en cualquier parte donde la hallan.

Ven que nada se hace sin mí, sino que todo está hecho con misterio y providencia divina, fuera del pecado, que no es. Por esto aborrecen el pecado y todo lo demás lo tienen en reverencia; están tan firmes y constantes en su deseo de caminar por el camino de la verdad y no aflojan por nada su paso, sino que sirven fielmente a su prójimo, sin fijarse en su ignorancia o ingratitud; ni porque alguna vez el vicioso los injurie o reprenda en su bien obrar dejarán ellos de clamar en mi presencia, haciendo santa oración por él, doliéndose más de la ofensa que me hacen a mí y del daño de su alma que de su propia injuria.

Estos dicen con el glorioso apóstol Pablo, heraldo mío: *El mundo nos maldice, y nosotros bendecimos; nos persigue, y damos gracias; nos arroja como inmundicia y basura del mundo, y lo sufrimos con paciencia* [176].

Estas son, hija queridísima, las dulces señales, y sobre todas ellas la virtud de la paciencia, que demuestra, en verdad, que el alma ha salido del amor imperfecto y llegado al perfecto, siguiendo el dulce e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito, que, estando en la cruz sostenido por los clavos del amor, no retrocede porque los judíos le digan: *Desciende de la cruz y creeremos en ti* [177]. Ni por vuestra ingratitud vuelve atrás y deja de perseverar en el cumplimiento de la obediencia que yo le había impuesto con tanta paciencia, que no se oyó queja alguna ni grito de recriminación.

---

[176] 1 Cor. 4,12-13.
[177] Mt. 27,40.

Así estos queridísimos hijos y fieles siervos míos siguen la doctrina y el ejemplo de mi Verdad, y por mucho que el mundo los quiera hacer retroceder con halagos y amenazas, no vuelven atrás su mirada, sino que se fijan sólo en mi Verdad[178]. Estos se guardan bien de abandonar el campo de batalla para volver a casa y recoger el vestido que dejaron[179], de agradar más a las criaturas y temerlas más que a mí, que soy su Creador. Antes permanecen en el combate con gusto, saciados y ebrios de la sangre de Cristo crucificado. Esta sangre que yo os brindo en el hostal del Cuerpo místico de la santa Iglesia por mi Caridad para reconfortar a los que quieran ser verdaderos caballeros y combatir contra la propia sensualidad y carne frágil, contra el mundo y contra el demonio, con la espada del odio de estos enemigos, con quienes tienen que combatir, y con el amor de la virtud. Este amor es un arma que los defiende de los golpes, que no les llegan si no abandonan el arma y la espada de su mano y la ponen en manos de sus enemigos, es decir, dándoles las armas con la mano del libre albedrío y rindiéndose voluntariamente a ellos. No obran así los que están embriagados con la Sangre, sino que perseveran virilmente hasta la muerte, en la que quedan vencidos todos sus enemigos.

¡Oh gloriosa virtud, cuán agradable me eres y cómo resplandeces en el mundo a los ojos entenebrecidos de los ignorantes, que no pueden impedir que sus propios ojos vean la luz de mis siervos! En su odio brilla el celo con que mis siervos buscan la salvación de ellos. En su envidia resplandece la grandeza de la caridad. En la crueldad, la piedad, ya que el mundo es cruel para con ellos, y ellos compasivos para con el mundo. En las injurias resplandece la paciencia, reina que señorea y domina todas las virtudes, porque es el meollo de la caridad. La paciencia es la prueba y la señal de la presencia de las virtudes en el alma. Demuestra si están fundadas en mí, Verdad Eterna, o no. Vence y jamás es vencida, va acompañada de la fortaleza y perseverancia, como he dicho; vuelve a casa con la victoria. Abandonado el campo de batalla, vuelven a mí, Padre Eterno, que soy quien recompenso todo trabajo, y de mí reciben la corona de la gloria.

---

178 «Volver la cabeza para mirar al arado», como dice el original, no se entiende más que como alusión no al que lleva el arado, sino al que va delante de los bueyes con el fin de trazar un surco recto (GUIGUES, *Le Dialogue*, p. 246, nota 3).

179 El P. TAURISANO *(Diálogo*, p. 178, nota 19) cree que debe de tratarse de un aforismo popular senés para indicar la propia comodidad. ¿No podría ser una alusión al consejo evangélico para el día supremo de la prueba: *y el que esté en el campo, no vuelva atrás en busca del manto?* (Mt. 24,18).

2) Se glorían tan sólo en Cristo crucificado, no en la consolación que ya no se les quita

[Cap. LXXVIII.] Te he dicho cómo demuestran haber llegado a la perfección del amor de amigo y de hijo. No quiero ocultarte ahora con cuánto placer gustan de mí estando todavía en cuerpo mortal, porque, llegados al tercer estado, adquieren en él el cuarto. No porque esté separado del tercero, sino unido con él, de modo que uno no puede estar sin el otro, como mi caridad y la del prójimo, como te dije [180]. Es un fruto que nace de este tercer estado; fruto de una perfecta unión que tiene el alma conmigo, y en la que recibe fortaleza sobre fortaleza, que no sólo lleva con paciencia, sino que desea ardientemente poder sufrir penas para gloria y alabanza de mi Nombre.

Estos se glorían en los oprobios de mi unigénito Hijo, como decía el glorioso Pablo, heraldo mío: *Yo me glorío en las tribulaciones y en los oprobios de Cristo crucificado* [181]. Y en otro lugar: *Yo no debo gloriarme en otra cosa más que en Cristo crucificado* [182]. Y en otro todavía dice: *Traigo en mi cuerpo las llagas de Cristo crucificado* [183]. Así, éstos, como enamorados de mi amor y hambrientos del alimento de las almas, corren a la mesa de la santísima cruz, deseando ser útiles al prójimo con trabajos y sufrimientos y conservar y adquirir las virtudes, trayendo en sus cuerpos los estigmas de Cristo crucificado; es decir, que el amor torturado que dentro llevan resplandece en su cuerpo [184], y lo manifiestan despreciándose a sí mismos, gozándose en los oprobios, sufriendo molestias y trabajos de cualquier parte y en cualquier manera en que yo se los conceda.

A estos hijos queridísimos, la pena les resulta consuelo, y todo deleite, consuelo y placer que el mundo alguna vez les pudiera ofrecer les resulta tormento [185]. Y no solamente

---

180 El estado del alma que ama a Dios con amor de hijo no está separado—dice la Santa—de aquel en que se le ama con amor de amigo. Aquél supone éste. Sin embargo, para el amigo se tienen los secretos del corazón, que están en el *costado* (segundo escalón), y para el hijo, la paz. Y las gracias de unión, simbolizadas en la boca. Esta es la razón de la correspondencia establecida en la nota 126 entre los estados del alma o grados de perfección y los escalones en el cuerpo de Cristo crucificado.

181 2 Cor. 12,10.

182 Gal. 6,14.

183 Gal. 6,17.

184 Aplica metafóricamente a los que han llegado a este grado de perfección en el amor lo que en ella se verificó realmente el día 1.º de abril, domingo de Ramos de 1375, estando en Pisa, a la presencia de muchas personas y del Beato Raimundo de Capua, que lo cuenta detallada y vivamente en el capítulo 6 del libro 2 (n. 194, p. 249: en ALVAREZ, p. 147).

185 «Procura no rehusar fatiga alguna, sino recíbelas con alegría, saliéndoles al encuentro con deseo perfecto, diciendo...: «¡Qué beneficio me hace mi Creador al permitirme sufrir y padecer para gloria y alabanza de su nombre! Haciéndolo así, la amargura os será dulzura

los que el mundo les brinda por disposición mía, es decir, cuando los siervos del mundo alguna vez se ven obligados por mi bondad a tratarlos con reverencia y a ayudarlos en sus necesidades corporales, sino también el consuelo que reciben de mí, Padre Eterno, en su espíritu lo desprecian con humildad y odio de sí mismos. No que desprecien el consuelo, el don y mi gracia, sino el gusto que encuentra el apetito del alma en este consuelo. Esto es por la virtud de la verdadera humildad, adquirida por el odio santo a sí mismos. Y esta humildad es nodriza y sostenedora de la caridad, adquirida con verdadero conocimiento de sí mismo y de mí.

Mira, pues, cómo brillan la virtud y los estigmas de Cristo crucificado en su cuerpo y en su espíritu. A éstos les concedo no separarme de ellos por el sentimiento de mi presencia, a la par que te dije de los otros que iba y me apartaba de ellos no en cuanto a la gracia, sino en cuanto al sentimiento de mi presencia. No obro así con estos muy perfectos, que han llegado a la gran perfección, muertos del todo a toda voluntad propia, sino que continuamente estoy presente en su alma por la gracia y por el sentimiento de esta presencia mía; es decir, que siempre que quieren unir su espíritu a mí por afecto de amor pueden hacerlo, porque su deseo ha llegado a tan grande unión por afecto de amor, que por nada pueden separarse de él, sino que todo lugar y todo tiempo es lugar y tiempo de oración. Porque su conversación se ha levantado de la tierra y subido al cielo, han quitado de sí todo afecto terreno y amor propio sensitivo de sí mismos, se han levantado sobre sí a la altura del cielo con la escalera de las virtudes y han subido los tres escalones que te representé en el cuerpo de mi Hijo unigénito.

3) La Trinidad Beatísima «les es mesa, servidor y manjar»

En el primer escalón despojaron sus pies del amor del vicio. En el segundo gustan el secreto y el afecto del corazón, por lo que conciben amor de la virtud. En el tercero, el de la paz y la quietud de espíritu, han probado la virtud en sí mismos, levantándose del amor imperfecto, llegando a la perfección. Han encontrado entonces el descanso en la doc-

---

y refrigerio» (*Carta* 63, *a Mateo Cenni,* rector de la Casa de la Misericordia en Siena, I, 354).

La visión del crucifijo en Santa Catalina responde siempre al conocimiento interno del mismo. Los detalles exteriores, historicos y circunstancias de la crucifixión desaparecen ante el panorama del alma de Cristo, feliz en la visión de la esencia divina y torturado por la cruz del deseo y del cuerpo. Véase la ponderación de esta cruz del deseo en comparación con la cruz corporal en la *Carta* 16, *a un alto prelado* (I, 80), y en la *Carta* 9, *al cardenal Pedro de Ostia* (I, 54).

trina de mi Verdad. Han encontrado la mesa, el alimento y el servidor. Este alimento lo gustan por medio de la doctrina de Cristo crucificado, mi unigénito Hijo. Yo les soy lecho y mesa. Este dulce y amoroso Verbo les es manjar, porque gustan el manjar de las almas de este glorioso Verbo y porque como manjar os lo di a vosotros: su carne y su sangre, Dios y Hombre verdadero, que recibía en el sacramento del altar. Mi bondad ha dispuesto dároslo mientras sois peregrinos y caminantes para que por vuestra debilidad no desfallezcáis y para que no perdáis la memoria del beneficio de la sangre derramada por vosotros con tanto fuego de amor.

A fin de que en vuestro caminar podáis confortaros siempre y deleitaros en ella, el Espíritu Santo, es decir, mi Caridad, os sirve. El os da mis dones y mis gracias. Este dulce servidor trae y lleva. Me trae y ofrece sus penosos, dulces y amorosos deseos y lleva a su alma el fruto de la caridad divina y de sus fatigas, haciéndoles gustar y nutriéndolos de la dulzura de mi Caridad. Ve, pues, cómo yo les soy mesa; mi Hijo, manjar, y servidor el Espíritu Santo, que procede de mí, Padre, y del Hijo.

Ve también cómo me tienen en su mente constantemente por el sentimiento de mi presencia espiritual. Y cuanto más han despreciado el deleite y deseado la pena tanto más se han apartado de la pena y conseguido el deleite. ¿Por qué? Porque están encendidos y abrasados en mi caridad, en la que se consume su voluntad propia. Y el demonio teme al báculo de su caridad y les arroja de lejos sus saetas, sin atreverse a acercarse a ellos. El mundo no los hiere más que en la corteza de sus cuerpos. El cree que los ofende, y es él el ofendido, porque la saeta que no puede penetrar se vuelve contra el que la arroja. Así, el mundo, con las saetas de sus injurias y persecuciones y murmuraciones, arrojándoselas a estos siervos míos muy perfectos, no encuentra lugar alguno por donde penetrar, porque el huerto de su alma está cerrado. Por esto vuelve la saeta, emponzoñada con el veneno de la culpa, contra el que la ha arrojado.

Son invulnerables por todos los lados, porque, aun herido el cuerpo, no puede ser herida su alma. Esta se halla bienaventurada y afligida: afligida, por la ofensa de su prójimo; bienaventurada, por la unión y afecto de la caridad que en sí ha recibido.

4) Como Jesucristo en la cruz, éstos en la tribulación se sienten bienaventurados y afligidos

Estos siguen al Cordero inmaculado, mi unigénito Hijo, que, estando en la cruz, era bienaventurado y doliente: doliente, cuando llevaba la cruz corporal, sufriendo tormentos, y la cruz del deseo para expiar la culpa del linaje humano [186]; bienaventurado, porque la naturaleza divina, unida con la naturaleza humana, no podía sufrir pena alguna y hacía feliz incesantemente a su alma, revelándosele sin ningún velo. Era bienaventurado y afligido, porque sufría la carne; mas la Deidad no podía sufrir, como tampoco su alma, en su parte superior, la más espiritual.

De la misma manera, estos queridos hijos míos, llegados al tercer estado y cuarto, son afligidos, llevando la cruz material y espiritual por los sufrimientos de sus cuerpos según mi permisión y la cruz del deseo, es decir, el dolor torturante de mi ofensa y del daño del prójimo. Pero son también bienaventurados, porque el gozo de la caridad, que los hace felices, no les puede ser quitado, y de él reciben alegría y bienaventuranza. Por esto no puede llamarse este dolor «dolor aflictivo», que seca el alma, sino dolor confortante, que nutre el alma en el afecto de la caridad, ya que las penas aumentan, fortalecen, hacen crecer y prueban la virtud.

Esta pena, pues, nutre y no aflige, porque ningún dolor y ningún sufrimiento puede apartar al alma del fuego, como el tizón hecho ascua en el horno, que nadie puede agarrar para apagarlo, porque se ha convertido en fuego. Así, estas almas arrojadas en el horno de mi caridad, sin que nada de ella reste fuera de mí, es decir, ningún deseo suyo, sino todos ellos abrasados en mí, nadie hay capaz de tomarlas y arrancarlas de mí y de mi gracia, porque están hechas una cosa conmigo, y yo con ellas. Y jamás de ellas me aparto por este sentimiento de mi presencia. Mas su espíritu me siente siempre consigo, mientras que en los otros, menos perfectos, te dije que iba y venía, alejándome de ellos en cuanto al sentimiento, aunque no en cuanto a la gracia, y que esto hacía para llevarlos a la perfección.

Una vez llegados a ella, deja el juego del amor de ir y venir. Lo llamo juego de amor porque por amor me aparto

---

186 Recuerdo que una vez el dulce y buen Jesús manifestó a una sierva suya lo siguiente: «... Esta cruz (del deseo) era para mí mucho mayor que ningún otro dolor que tuviese que sufrir corporalmente. Por esto mi espíritu exultó con alegría grandísima cuando vi acercarse mi fin; y especialmente en la cena del Jueves Santo tenía grandísima alegría y consuelo, porque veía acercarse el tiempo de aligerarme de esta cruz del deseo; es decir, que a medida que me veía más cerca de los azotes y de los tormentos corporales, tanto más disminuía aquel sufrimiento. Con la pena corporal se arrojaba la pena del deseo, porque veía realizarse lo que tanto deseaba» (*Carta* 16, *a un alto prelado*, I, 80).

y por amor retorno; no yo propiamente, que soy vuestro Dios inmóvil, que no cambio, sino el sentimiento de mi caridad en el alma; éste es el que va y vuelve.

5) Sus pruebas consisten en el sufrimiento de verse de nuevo en la envoltura corporal después de la unión beatificante que transitoriamente Dios les concede

[Cap. LXXIX.] Te decía que estos perfectos jamás pierden el sentimiento de mi presencia. Pero me aparto de ellos de otra manera, porque el alma, atada todavía al cuerpo, no es capaz de recibir continuamente la unión que verifico en el alma; y, porque no es capaz, me substraigo de ella. no en cuanto al sentimiento ni en cuanto a la gracia, pero sí en cuanto a la unión.

El alma, arrastrada por su anhelante deseo, corre por medio de la virtud, por el puente de la doctrina de Cristo crucificado, llega a la puerta alzando a mí su espíritu, bañada y embriagada por la Sangre, abrasada en el fuego del amor que gusta en mí la Eterna Deidad, que es para ella un mar pacífico, en la que el alma llega a tanta unión, que ya su mente no tiene movimiento alguno sino en orden a mí.

Siendo mortal todavía, gusta el bien de los que son inmortales. Atada aún al peso del cuerpo, adquiere la ligereza del espíritu. Y por esto muchas veces el cuerpo se levanta de la tierra, por la perfecta unión que el alma ha verificado en mí, como si el cuerpo pesado se volviese ligero. No es que se le quite la pesadez corporal, sino porque la unión que el alma tiene conmigo es más perfecta que la unión entre el alma y el cuerpo, y por esto la fuerza del espíritu unido a mí levanta de la tierra la pesadez del cuerpo.

El cuerpo queda como inmóvil, todo desgarrado por el afecto del alma, hasta el punto que, como recuerdas haber oído de algunas personas, no sería posible vivir si mi bondad no le cercase con fuerza.

Ten entendido que mayor milagro es ver que el alma no se separa del cuerpo en esta unión que ver muchos cuerpos resucitados. Mas yo, por un cierto tiempo, quito esta unión haciendo volver al alma al vaso de su cuerpo, es decir, que esta sensación de su cuerpo, que había sido totalmente enajenado por el afecto del alma, se le devuelve, porque, en efecto, no es que el alma se separe del cuerpo (cosa que sólo en la muerte se verifica), sino que son las potencias y el afecto del alma lo que se pierde por la fuerza del amor unido a mí. Por esto, la memoria no se encuentra llena más que de mí. El entendimiento se eleva

hasta la contemplación de mi Verdad. Y la voluntad que sigue al entendimiento ama y se une a lo que vieron los ojos de la inteligencia[187].

Congregadas y unidas entre sí estas potencias, inmersas y anegadas en mí, el cuerpo pierde toda sensación El ojo, viendo, no ve; el oído, oyendo, no oye; la lengua, hablando, no habla (a no ser que, como alguna vez, por la abundancia del corazón, permita que la lengua hable para desahogo del corazón y para gloria y alabanza de mi nombre)[188]. De modo que, hablando, no habla; la mano, tocando, no toca, y los pies, andando, no se mueven. Todos los miembros se encuentran atados y vinculados con el lazo y el sentimiento del amor. Por estos lazos están tan sometidos a la razón y unidos con el afecto del alma, que, contra su naturaleza, a una voz claman a mí, Padre Eterno, que los separe del alma, y el alma del cuerpo, y gritan en mi presencia con el glorioso Pablo: *Infeliz de mí, ¿quién me desatará de mi cuerpo? Porque siento en mí una ley perversa que mueve guerra contra el espíritu*[189].

No se refería Pablo tanto al combate del apetito sensitivo contra el espíritu, sobre el que mi palabra le había asegurado diciendo: *Pablo, te basta mi gracia*[190]. Entonces, ¿por qué lo decía? Porque, sintiéndose Pablo atado al vaso del cuerpo, que por algún tiempo le impedía la visión, es decir, hasta la hora de la muerte, sus ojos estaban impe-

---

[187] Ante las insistentes preguntas de su director sobre si en realidad su alma se había separado del cuerpo en uno de aquellos éxtasis en los que el fuego y la fuerza del amor vencían las fuerzas corporales, decía: «El fuego del amor divino y el deseo de unirme a Aquel a quien yo amo eran tan vehementes, que, aunque mi corazón hubiera sido de piedra o de bronce, se habría desgarrado y abierto igualmente. Estoy convencida de que ninguna cosa creada habría podido hacer resistir mi corazón contra tal violencia de amor...; aquel amor se hizo fuerte como la muerte; así el corazón se partió en dos partes... y mi alma se liberó de esta carne. Pero, por desgracia, por un tiempo demasiado breve».

Sobre la dificultad de expresar estas experiencias: «Vi los misterios de Dios, que ningún viviente puede narrar, porque la memoria no le secundaría ni encontraría palabras adecuadas para explicar cosas tan sublimes. Cualquier palabra que dijese sería como el barro en comparación con el barro» (BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, II, c. 6, n. 213. p. 270).

[188] La notable precisión con que la Santa habla de estas gracias extraordinarias, de la naturaleza, desarrollo y efectos del éxtasis, no debe maravillar a quien conozca lo que sobre el capítulo de las gracias místicas de su dirigida escribe el Beato Raimundo de Capua. Si todo el *Diálogo* puede calificarse de libro vivido, esta parte es singularmente autobiográfica. A cada una de las manifestaciones que la Santa explica de los efectos sobrenaturales y extraordinarios del amor divino en el alma podría yuxtaponerse la acotación del hecho histórico personal La misma excepción del uso del habla en los efectos del éxtasis era frecuente en ella, y fruto de estas providenciales y excepcionales expansiones son muchos de los pasajes insuperables de sus escritos. (Véase ROYO, O. P., *Teología de la perfección cristiana*: BAC, n. 467.)

[189] Rom. 7,23-24.

[190] 2 Cor. 12,9.

didos de verme a mí, Trinidad Eterna, en la visión de los bienaventurados inmortales, que siempre dan gloria y alabanza a mi Nombre. Mas se hallaba entre los mortales, que constantemente me ofenden, privado de mi visión, de contemplarme en mi esencia.

No que él y los otros siervos míos no me vean ni me gusten (aunque no en mi esencia, pero sí en el afecto de la caridad, de distintos modos, según agrada a mi Bondad manifestarme a vosotros). Mas toda visión que el alma recibe mientras está en el cuerpo mortal es tiniebla en comparación de la visión que el alma tiene separada del cuerpo. Por esto le parecía a Pablo que las impresiones sensibles impedían la visión del espíritu y que el sentimiento humano de la pesadez del cuerpo impedía a los ojos de la inteligencia el verme cara a cara. Le parecía que la voluntad estaba atada e impedida de amarme todo lo que deseaba, porque todo amor en esta vida es imperfecto hasta que llega a su perfección.

No que el amor de Pablo y de los demás verdaderos siervos míos fuese imperfecto en cuanto a la gracia y a la perfección de caridad. Era imperfecto en el sentido de que no tenía la saciedad en su amor. Esto le torturaba, pues de tener lleno y satisfecho el deseo de lo que amaba, no habría tenido pena alguna. El amor, mientras está en el cuerpo mortal, nunca tiene perfectamente lo que ama, y de ahí su sufrimiento; pero, separada el alma del cuerpo, tiene satisfecho su deseo y ama sin pena.

El alma está saciada, y, no obstante, está muy lejos del hastío de la saciedad. Saciada, hambrea, y, sin embargo, ¡qué lejos está la pena del hambre!, ya que, separada el alma del cuerpo, está colmado su vaso en mí, tan firme y estable, que nada puede desear que no lo tenga. Deseando verme, me ve cara a cara; deseando ver la gloria y la alabanza de mi Nombre y en mis santos, las ve tanto en la naturaleza angélica como en la naturaleza humana.

6) Ven resplandecer la misericordia y la abundancia de la caridad de Dios en los pecadores

[Cap. LXXX.] Y es tan perfecta entonces su visión, que ven la gloria y alabanza de mi Nombre no sólo en los que están ya en la vida eterna, sino también en las criaturas mortales.

Que quiera el mundo o no quiera, me da gloria.

Es verdad que no es la gloria que debería darme, amándome sobre todas las cosas; pero por lo que a mí toca, yo saco de ellos gloria y alabanza de mi Nombre, en cuanto que en ellos resplandece mi misericordia y la abundancia de mi Caridad, que les concedo en el tiempo de que dis-

ponen. En lugar de mandar a la tierra que los trague por sus delitos, los espero y ordeno que la tierra les dé sus frutos; al sol, que los caliente y les dé su luz y su calor; al cielo, que se mueva; y en todas las cosas creadas, hechas para ellos, uso yo de mi misericordia y caridad, no quitándoselas por sus culpas, sino que al pecador doy como al justo, y muchas veces más al pecador que al justo, porque a éste, dispuesto a sufrir, le privo de los bienes de la tierra para darle con más abundancia los bienes del cielo. De esta manera, brillan en ellos mi misericordia y mi caridad.

Algunas veces, las mismas persecuciones que los siervos del mundo mueven contra mis siervos, probando en ellos la virtud de la paciencia y de la caridad, al ofrecer este siervo mío, que sufre, su continua y humilde oración, tienen, como consecuencia, la gloria y alabanza de mi Nombre. Y así, lo quiera o no lo quiera el malvado, se me rinde gloria, aunque no tuviese él esta intención, sino la de ultrajarme.

7) El demonio les ayuda a crecer en virtud y en mérito

[Cap. LXXXI.] De la misma suerte que los malos permanecen en esta vida para aumentar la virtud de mis siervos, en el infierno los demonios no son solamente verdugos e instrumentos míos, es decir, ejecutores de la justicia en los condenados y sirviendo para aumentar el mérito de mis criaturas, caminantes y peregrinos de esta vida, creadas para llegar a mí, que soy su término. Se lo aumentan ejercitándolas en la virtud con muchos combates y tentaciones de distintos modos: instigando a uno a hacer injuria al otro, a robarse mutuamente, no sólo por el daño que pueda venirles de un robo o de una injuria, sino para privarlos de la caridad. Mas, pretendiendo empobrecer a mis siervos, éstos se fortalecen, probando en ellos la virtud de la paciencia, de la fortaleza y de la perseverancia.

He aquí de qué modo hasta ellos dan gloria y alabanza a mi Nombre y cómo se cumple mi Verdad en ellos, puesto que los creé para gloria y alabanza de mí, Padre Eterno, y para que participaran de mi belleza. Al rebelarse contra mí, por su soberbia, cayeron y fueron privados de mi visión; no me dan gloria con amor de caridad. Pero yo, Verdad Eterna, los he puesto como instrumento para ejercitar a mis siervos en la virtud y como ejecutores de la justicia en aquellos que por sus culpas van a la condenación eterna, y también de los que van al purgatorio. Así, mi Verdad se cumple en ellos; no me dan gloria como ciudadanos de la vida eterna, al verse privados de ella por sus pecados,

sino como ejecutores de mi justicia, manifestándola por su medio sobre las almas de los condenados y de los que están en el purgatorio[191].

8) Descubren en todo la gloria de Dios, como los bienaventurados en el cielo, aunque con la pena por las ofensas que se le hacen, que aquéllos no sienten

[Cap. LXXXII.] ¿Quién es el que ve y comprende que en toda cosa creada, en los demonios y las criaturas racionales, se manifiesta la gloria y la alabanza de mi Nombre? El alma que, despojada del cuerpo, ha llegado hasta mí, su fin, lo ve claramente, y en esta visión conoce la verdad. Viéndome a mí, Padre Eterno, ama. Amándome, queda saciada. Saciada, conoce la verdad. Conociendo la verdad, queda firme su voluntad en la mía, de manera que en nada sufre, porque tiene lo que deseaba tener antes de verme y de ver la gloria y la alabanza de mi Nombre.

La ve plenamente y en verdad en mis santos y en los espíritus bienaventurados, y en todas las demás criaturas y en los demonios, como he dicho. Y, aunque vea la ofensa que se me hace, por la que antes experimentaba dolor, ahora no puede sufrir por ello, sino tener sólo compasión por amor de los pecadores, rogándome a mí con afecto de caridad para que use de misericordia con el mundo.

Terminó en ellos la pena, mas no la caridad Como sucedió al Verbo, Hijo mío en la cruz, en cuya muerte dolorosa terminó la pena del torturante deseo, que había tenido desde el principio que yo le envié al mundo hasta el último momento de la muerte por vuestra salud. Lo que no terminó fué el deseo de vuestra salud, aunque sí la pena. Porque si el afecto de mi caridad que por su medio os demostré hubiera terminado y cesado para vosotros, entonces, no existiríais, porque fuisteis creados por amor; y si el amor hubiese sido retraído a mí, de modo que no amase vuestro ser, no existiríais[192]. Pero mi amor os creó y mi amor os conserva. Porque soy una misma cosa con mi Verdad, el Verbo encarnado, y El conmigo, terminó el dolor del deseo, pero no el amor del deseo.

Así que los santos y todas las almas que tienen vida

---

191 Aunque no corriente entre los teólogos, es opinión de algunos —entre ellos el mismo Santo Tomás la considera «posible»—la presencia del demonio en el purgatorio como instumento de Dios para la purificación de las almas. (Véase apéndice al *Suplem.*, q. 1, a. 5.)

192 Es impresionante en los escritos de Santa Catalina este *leit motiv*, que halla siempre expresiones nuevas, densas, vigorosas. «Jamás le pedimos que nos crease» (carta 21, I, 101). Por la misma razón puede poner aquí en labios de Dios estas palabras: «si retrajese mi amor de modo que yo no amase vuestro ser, vosotros no seríais, dejaríais de existir», que parecen un eco de la afirmación tomista: «Su voluntad es conservadora de las cosas (*Contra Gent.*, III, 65, y I, 9-21, a. 4).

eterna desean, sin pena, la salud de las almas. Porque la pena terminó con la muerte, mas no el afecto de la caridad.

Al contrario, ebrios de la sangre del Cordero inmaculado, vestidos de la caridad del prójimo, pasaron por la puerta angosta bañados en la sangre de Cristo crucificado y se encontraron en mí, océano de paz, libres de la imperfección, es decir, del hambre, y llegados a la perfección, a la saciedad de todo bien.

9) Estado semejante al de San Pablo, arrebatado al tercer cielo

[Cap. LXXXIII.] San Pablo había visto y gustado este bien cuando lo elevé al tercer cielo, es decir, a la altura de la Trinidad[193]. Allí gustó y conoció mi Verdad, y recibió cumplidamente al Espíritu Santo, y aprendió la doctrina de mi Verdad, Verbo encarnado. El alma de Pablo se revestía de mí, Padre Eterno, por sentimiento y por unión, como los bienaventurados en la vida perdurable, excepto que su alma no se separaba del cuerpo. Porque plugo a mi Bondad, Trinidad Eterna, hacerle vaso de elección en el abismo de mí, le despojé de mí, ya que en mí no cabe sufrimiento, y yo quería que lo pasase por mi Nombre. Puse como objeto, delante de los ojos de su inteligencia, a Cristo crucificado, revistiéndole de su doctrina, atado y encadenado con la clemencia del Espíritu Santo, fuego de caridad. El, como vaso dispuesto y reformado por mi Bondad, no opuso resistencia cuando se sintió tocado, sino que dijo: *Señor, ¿qué quieres que haga? Dime lo que quieres que haga y lo haré*[194]. Yo se lo enseñé cuando le puse a Cristo crucificado ante sus ojos, vistiéndole de la doctrina de mi Verdad, y le iluminé perfectamente con la luz de la verdadera contrición, fundada en mi caridad, con la que destruí su pecado.

Se revistió de la doctrina de Cristo crucificado. La estrechó consigo tan fuertemente, como El te manifestó, que jamás nadie se la pudo arrebatar; ni las tentaciones del demonio ni el aguijón de la carne, que muchas veces le combatía (aguijón que le dejó mi Bondad para acrecentar su gracia y su mérito y para humillación suya, ya que había gustado las cumbres de la Trinidad). Ni por las tribulaciones ni por cosa alguna que le sucediera se despojaba del vestido de Cristo crucificado, es decir, no abandonaba la perseverancia de su doctrina, sino que, al contrario, la

[193] 2 Cor. 12.
[194] Act. 9,6. Más que las palabras textuales, se cita el sentido. El texto dice: *Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer.*

encarnaba en sí mismo más fuertemente. Tan estrechamente se envolvió con El, que dió su vida, y con este vestido retornó a mí, Dios Eterno [195]. Pablo, pues, había probado qué cosa es gustar de mí sin el peso del cuerpo, al concedérselo yo, por sentimiento de unión, sin separarle todavía de su cuerpo.

Vuelto Pablo en sí, vestido de Cristo crucificado, parecíale imperfecto su amor en comparación de la perfección de amor que había gustado y visto en mí y del que en mí gustan los santos separados ya del cuerpo. Parecíale como si se rebelase la pesadez del cuerpo; es como si le impidiese la gran perfección de la saciedad del deseo que el alma experimenta después de la muerte. Veía toda la imperfección y toda la debilidad de la memoria, ya que le impedía retenerme a mí y ser capaz de recibirme y gustarme en verdad con la perfección con que los santos me reciben, y le parecía que todo, mientras permaneciera en la pesadez de su cuerpo, no era más que una ley perversa en constante rebelión contra el espíritu; no en combate de pecado, pues, como te dije, le aseguré de lo contrario, diciéndole: *Pablo, te basta mi gracia* [196], pero sí rebelión que ponía obstáculos a la perfección del espíritu, es decir, que le impedía verme en mi esencia; visión impedida por la ley y pesadez del cuerpo. Por eso gritaba: *Desventurado de mí; ¿quién me librará del cuerpo, en cuyos miembros siento una ley perversa que se rebela contra el espíritu?* [197]

Así es en verdad; la memoria se ve combatida por la imperfección corporal; la inteligencia, impedida de verme a mí cual soy en mi esencia por el peso del cuerpo, y la voluntad está igualmente atada, de modo que no puede, sin pena, llegar, mientras arrastre el cuerpo, a gustar de mí, Dios Eterno, como te he dicho.

Pablo, por tanto, decía verdad: que tenía ligada a su cuerpo una ley que se rebelaba contra su espíritu Así son mis servidores que te mostré llegados al tercero y cuarto estado de la perfecta unión conmigo; con San Pablo claman, deseando verse libres y desatados del cuerpo.

---

195 «Tanto le gustó (la cruz de Cristo en la que se gloriaba), que, como dijo una vez el mismo apóstol San Pablo a una sierva de Cristo (la misma Santa): «Dulce hija mía, tan íntimamente ligado quedó en mí este placer con los lazos del afecto y del amor, que jamás se separó de mi ni se aflojó sino cuando me fué quitada la vida» *(Carta 226, a Fr. Raimundo de Capua*, III, 387).

196 2 Cor. 12.9.

197 Rom. 7.23-25.

10) Su deseo de ser librados de la pesadez del cuerpo mortal

[Cap. LXXXIV.] Estos no tienen miedo a la muerte, porque la desean y con odio perfecto han declarado la guerra a su carne[198]. Han perdido esta ternura que naturalmente une al alma con el cuerpo. Dado el golpe al amor natural, con odio de la vida de su cuerpo y amor de mí, desean más bien la muerte. Por esto dicen: *¿Quién me librará de mi cuerpo? Deseo verme libre de él para estar con Cristo*[199]. Dicen con el mismo Pablo: *Tengo la muerte en deseo y sólo con paciencia sufro la vida*[200]. Porque el alma elevada en esta unión perfecta desea verme, y verme glorificado y alabado.

Por eso, al volver a la nube de su cuerpo, al tener de nuevo conciencia de él (sentimiento que había sido atraído a mí por afecto de amor, lo mismo que todos los sentimientos del cuerpo lo habían sido por la fuerza de la voluntad de esta alma unida a mí más perfectamente que con su cuerpo), rota esta unión (ya te dije que el cuerpo no puede sufrirla mucho tiempo), yo me separo del alma, sin retirarle, no obstante, mi gracia y el sentimiento de mi presencia, como te dije en el segundo y tercer estado. Mas vuelvo siempre al alma con más abundantes gracias y más perfecta unión me manifiesto a ellos, cada vez con más profundo y mayor conocimiento de mi verdad; y cuando me retiro, como tú sabes, para permitir al cuerpo que tome de nuevo conciencia de sí mismo, después de la unión que yo había verificado en esta alma y que el alma había verificado en mí, reencontrado su cuerpo, no puede soportar el seguir viviendo privada de su unión conmigo, privada de la compañía de los que en la inmortalidad me dan gloria, y encontrándose de nuevo con el trato de los mortales, viendo que tan miserablemente me ofenden.

Este es el deseo torturante que experimentan viéndome ofendido por mis criaturas. Por esto y por el deseo de verme les resulta insoportable la vida. Sin embargo, puesto que su voluntad ya no es suya, sino que se ha hecho una cosa conmigo por afecto de amor, no pueden querer ni desear sino lo que yo quiero, deseando venir a mí; están contentos de permanecer en el mundo si yo quiero que permanezcan con su pena para mayor gloria y alabanza de mi

---

[198] «Este es el camino que quiero que sigáis: ... que arrojéis el odio con el odio y el amor con el amor. Es decir, que odiéis y aborrezcáis el pecado mortal y la ofensa hecha a nuestro Creador, y odiéis la parte sensitiva..., y tengáis odio del odio que tenéis a vuestro prójimo...» (*Carta 3, al preboste de Casole y a Santiago de Manzi*, enemistados entre sí, I, 14).

[199] Phil. 1,23.

[200] Phil. 1,21.

Nombre y salud de las almas[201]. En nada están en desacuerdo con mi voluntad; antes bien, vestidos de Cristo crucificado, corren con angustioso deseo por el puente del que es su doctrina, gloriándose de sus oprobios y de sus trabajos. Gozan tanto más cuanto más sufren. Más todavía, el soportar muchas tribulaciones, en su deseo de la muerte, les es muchísimas veces de consuelo. El hambre y voluntad de sufrir mitigan la pena que tienen por su ilusión de verse libres del cuerpo. Estos no sólo sufren con paciencia, como en el tercer escalón, sino que se glorían en las muchas tribulaciones sufridas por mi Nombre. Sufrir les es un placer y no sufrir les es pena, temiendo que acaso yo quiera premiar en esta vida sus buenas obras y que no sea agradable a mí el sacrificio de sus deseos. En su sufrir y en pasar por muchas tribulaciones, que yo permito, se alegran, porque se ven revestidos de las penas y oprobios de Cristo crucificado; de modo que, si les fuera posible obtener la virtud sin trabajo, no lo querrían, porque prefieren deleitarse en la cruz con Cristo y conquistar con fatiga las virtudes que tener por otros medios la vida eterna.

¿Por qué? Porque están inmersos y anegados en la Sangre, en la que encuentran mi ardiente caridad. Esta caridad es un fuego que les arrebata el corazón y la mente, que procede de mí, cuando acepto el sacrificio de sus deseos. De aquí que elevan los ojos de su entendimiento contemplándose en mi deidad, en que el afecto se nutre y se une conmigo, siguiendo al entendimiento. Este es un «ver» por gracia infusa que comunico al alma que verdaderamente me ama y me sirve.

11) Los ilumina la luz que dió a los santos y les da a ellos una sabiduría que supera toda ciencia humana

[Cap. LXXXV.] Con esta luz que esclarecía los ojos de su inteligencia me vieron Tomás[202] y en ella conquistó la múltiple claridad de su ciencia; Agustín, Jerónimo y todos los otros doctores, santos míos, iluminados por mi Verdad, entendían y conocían esta verdad mía en medio de las tinieblas. Vieron claro en las Sagradas Escrituras, que parecían obscuras a los que no podían comprenderlas, no que esta obscuridad fuera imputable a la Escritura misma, sino a quienes debían entenderla. Por esto yo envié estas lumbreras, para que iluminaran las inteligencias ciegas y rudas. Ellos levantaban los ojos de su entendimiento para

201 La multiplicidad de incisos acumulados nerviosamente en los dos últimos períodos los hacen un tanto obscuros y vacilante el sentido en algunas de sus expresiones. Esto explica—nota el P. Taurisano—las variantes que se observan en este punto de los manuscritos, donde los copistas se esfuerzan en hacer más clara la idea.

202 Santo Tomás de Aquino

conocer la verdad entre las tinieblas, como te he dicho. Y yo, fuego que consumía su sacrificio, los arrebataba, dándoles luz no natural, sino sobrenatural, que, iluminando las tinieblas, les permitiese conocer la verdad.

Así, la verdad, que antes parecía obscura, resplandece ahora con luz perfectísima a los espíritus rudos y a los más sutiles de cualquier condición. Cada uno conoce, según su capacidad y en la medida en que quiere disponerse a conocerme a mí, por qué yo no desprecio sus disposiciones. Ves, por tanto, que los ojos del entendimiento han recibido gracia de una luz infusa por encima de la luz natural, por la que los doctores y los otros santos conocieron la luz en las tinieblas, y de éstas salió la luz, porque la inteligencia fué hecha antes que la Escritura, y así la ciencia procede del entendimiento, porque viendo, discierne.

De esta manera distinguieron y entendieron los Santos Padres y profetas que vaticinaban la venida y la muerte de mi Hijo. De esta manera fueron ilustrados los apóstoles después de la venida del Espíritu Santo, que les dió esta luz por encima de la luz natural. Esta tuvieron los evangelistas, doctores, confesores, vírgenes y mártires. Todos ellos han sido iluminados de esta luz perfecta. Mas cada uno la ha recibido de modo distinto según las necesidades de su salvación y de las almas y para enseñanza de las santas Escrituras. Así lo hicieron los santos doctores con la ciencia, declarando la doctrina de mi Verdad, la predicación de los apóstoles, la exposición de los santos Evangelios. Los mártires, dando testimonio con su sangre de la luz de la santísima fe, fruto y tesoro de la sangre del Cordero. Las vírgenes, con el afecto de su caridad, pureza y obediencia. En los obedientes se manifiesta la obediencia del Verbo; ellos muestran la perfección de la obediencia que resplandece en mi Verdad, pues por la obediencia que yo le impuse corrió a la muerte afrentosa de la cruz.

Toda esta luz aparece en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. En el Antiguo nos la muestran las profecías de los santos profetas, que la percibieron y conocieron con los ojos de su inteligencia y la luz sobrenatural, infundida por mí, como te he dicho. ¿Cómo se manifiesta esta luz a los fieles cristianos en el Nuevo Testamento de la vida evangélica? Con esta luz misma. Y, puesto que la ley nueva procedía de una sola y misma luz, no destruyó la ley vieja, sino que se unió a ella. Quitó, sí, su imperfección, porque estaba fundada sólo en el temor. Al venir el Verbo de mi Hijo unigénito, la completó con la ley del amor, suprimiendo el temor de la pena y el castigo y no dejando más que el santo temor. Por esto dijo mi Verdad a los discípu-

los para demostrarles que no era quebrantador de la ley: *Yo no he venido a destruir la ley, sino a cumplirla*[203] Como si mi Verdad les dijera: La ley es imperfecta ahora, pero yo la perfeccionaré con mi sangre; así la llenaré de lo que ahora le falta, quitando el temor del castigo y fundándola en amor y en santo temor.

¿Quién declaró que ésta fuese la verdad? La luz que sobre la luz natural se dió y se da a quien la quiere recibir. Toda luz que procede de la santa Escritura ha salido y sale de esta luz. Mas los ignorantes sabios soberbios[204] se ciegan en esta luz, porque la soberbia y la nube del amor propio la encubre y obscurece[205]. De la Escritura entienden más la letra que el espíritu. Y de ella gustan sólo la letra, revolviendo muchos libros, sin buscar el meollo de la Escritura, porque se han privado de la luz que ha formado las Escrituras y las ha declarado. Se admiran y murmuran cuando ven que muchos rudos e ignorantes en la Sagrada Escritura son, sin embargo, tan iluminados para conocer la verdad como si la hubieran estudiado durante mucho tiempo. No debe maravillarlos. Estos poseen la fuente principal de la luz de la que procede toda ciencia; pero como aquellos soberbios han perdido la luz, no ven ni conocen mi Bondad. ni la luz de la gracia infusa de mis siervos[206].

Por esto te digo que es mucho mejor pedir consejo para la salud del alma a una persona humilde, pero con conciencia santa y recta, que a un soberbio erudito lleno de mucha ciencia.

Porque éste no puede dar lo que no tiene, y, por su tenebrosa vida, con frecuencia ofrecerá la luz de las Sagradas Escrituras en forma de tinieblas. En mis siervos se encontrará todo lo contrario, ya que dan a los demás, con hambre y deseo de su salud, la luz que en sí tienen.

Te he dicho esto, dulcísima hija, para hacerte conocer la perfección de este amor unitivo, en el que los ojos de la inteligencia son arrebatados por el fuego de mi caridad, de la que reciben la luz sobrenatural. Con esta luz me aman,

---

203 Mt. 5,17.

204 Enérgica y exacta calificación: «ignorantes sabios soberbios».

205 «... porque el amor propio es la nube perversa que nos priva totalmente de cualquier luz en las cosas temporales y las espirituales. En las temporales, porque nos impide conocer nuestra fragilidad y la poca firmeza y estabilidad del mundo; ni cuán vana y caduca es esta vida, ni los engaños del demonio en estas cosas transitorias, y a veces bajo apariencia de virtud. En las espirituales esta ceguera no nos permite conocer ni discernir la bondad de Dios, hasta el punto que a veces lo que Dios nos da para nuestro bien, nosotros lo recibimos para todo lo contrario» (*Carta* 56, *a Fr. Simón de Cortona*, I, p. 320).

206 Espléndida glosa al texto evangélico: *Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te plugo* (Mt. 11,25.26).

porque el amor sigue a la inteligencia, y cuanto más conoce, más ama, y cuanto más ama, más conoce. Amor y conocimiento se nutren entre sí.

Con esta luz llegan a mi eterna visión, en donde me ven y gustan de mí en verdad, separada ya el alma del cuerpo, como te dije, cuando te hablé de la bienaventuranza, que el alma recibe en mí. Este es aquel estado tan excelente en el que, siendo el hombre mortal todavía, goza entre los que son inmortales, por lo que muchas veces llega a ser tan grande esta unión, que apenas puede saber si está en el cuerpo o fuera de él. Gusta de antemano las arras de la vida eterna, tanto por la unión que ha hecho conmigo como porque está muerta en él la voluntad. Por esta muerte se unió conmigo, ya que de otra manera no habría podido verificarla de modo tan perfecto. Gustan la vida eterna, privados del infierno de su propia voluntad, que es como arras del infierno para el hombre que vive conforme con la voluntad sensible.

§ 3. Resumen y exhortación

[Cap. LXXXVI.] Has visto ahora con los ojos de tu inteligencia y has oído de mí, Verdad Eterna, la regla que debes seguir para ser de provecho para ti misma y para el prójimo en el conocimiento de mi doctrina y de mi Verdad, porque, como te dije al principio, al conocimiento de la verdad se llega por el conocimiento de mí. No conocimiento de ti solamente, sino sazonado y unido con el conocimiento de mí en ti. En este conocimiento has encontrado humildad, odio y disgusto de ti y el fuego de mi caridad. Por él llegaste al amor y dilección del prójimo. siéndole de provecho por la doctrina y la vida santa y honesta.

También te he manifestado cómo está construído el puente y los tres escalones generales, figurados en las tres potencias del alma, y cómo nadie puede tener la vida de la gracia si no sube los tres; es decir, que las tres potencias estén congregadas en mi Nombre. Te he manifestado también en particulas los tres estados del alma, figurados en el cuerpo de mi unigénito Hijo, del que te dije que había hecho escalera, mostrándolo en los pies traspasados, y en la herida del costado, y en la boca, donde el alma gusta la paz y la beatitud.

Te he mostrado la imperfección del temor servil y la imperfección del amor cuando se me ama por la dulzura que en él se encuentra. Te he mostrado la perfección del tercer grado de los que han llegado a la paz de la boca con angustioso deseo por el puente de Cristo crucificado, subiendo los tres escalones generales, es decir, después de

haber congregado las tres potencias del alma, congregando así todas las operaciones en mi Nombre. Te he mostrado más particularmente los tres escalones que, una vez subidos, conducen del estado imperfecto al perfecto; así has podido ver a los perfectos correr en verdad; te he hecho gustar la perfección del alma adornada con las virtudes y has visto los engaños a que el alma está expuesta antes que llegue a su perfección si no ejercita su tiempo en conocerse a sí y en conocerme a mí.

Te he declarado también la miseria de aquellos que van anegándose en el río, no pasando por el puente de la doctrina de mi Verdad, que os di precisamente para que no perecieseis; mas ellos, como locos, se quieren anegar en la miseria y hediondez de este mundo.

Te he declarado todo esto para hacer crecer en ti el fuego del santo deseo, la compasión y dolor por la condenación de las almas, con el objeto de que el dolor y el amor te obliguen a unirte a mí con lágrimas y sudor; lágrimas de humilde y continua oración, ofrecida a mí con fuego de ardentísimo deseo. No solamente te lo he dicho para ti, sino para que lo sepan muchos otros y mis siervos, que, oyéndolo, se verán forzados por mi caridad, juntamente contigo, a rogarme y a hacerme fuerza para que use de misericordia con el mundo y con el Cuerpo místico de la santa Iglesia, por el que tanto me has rogado.

Porque ya te dije que yo cumpliría vuestros deseos, dándoos consuelo en vuestros trabajos, es decir, satisfaciendo vuestros dolorosos anhelos por la reforma de la santa Iglesia con buenos y santos pastores [207]. No ciertamente con guerras, como te di a entender; ni con espada y crueldad, sino con paz y quietud, lágrimas y sudor de mis siervos, a los que he puesto como trabajadores de vuestras almas y de las del prójimo en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. En vosotros mismos cultivad la virtud; para con el prójimo y en la santa Iglesia; ofreced vuestro ejemplo, santa doctrina y ofreciéndome continua oración por vosotros y por toda criatura. Así daréis a luz las virtudes en el prójimo, ya que como te he dicho, toda virtud y todo defecto se ejercitan y aumentan por medio del prójimo.

Quiero que seáis útiles a vuestro prójimo, dando así fruto de vuestra viña. No dejéis de ofrecerme el incienso de olorosas oraciones por la salud de las almas, pues quiero tener misericordia con el mundo. Con estas oraciones y estos su-

---

207 «Reforma de la Iglesia» para la Santa no significa tanto un «retorno» a otros tiempos o una «inversión» del orden presente cuanto al «ser» lo que se debe ser según las exigencias del orden divino en cada criatura... Si cada uno vive virtuosamente en su puesto, en el propio estado, la «reforma» es un hecho consumado...» (GRION, p. 96).

dores y lágrimas quiero lavar la cara de mi Esposa, la santa Iglesia, que te mostré bajo la figura de una doncella con la cara manchada y como cubierta de lepra. Esto era por los pecados de los ministros y de todos los cristianos que se nutren en el seno de esta Esposa. De estos pecados te hablaré en otra ocasión.

CAPITULO V

Clases, valor y fruto de las lágrimas

§ 1. Petición a Dios de su enseñanza acerca de las lágrimas, con las cuales ha visto a las almas pasar de un estado a otro

[Cap. LXXXVII.] Entonces, angustiada de un grandísimo deseo, elevándose sobre sí misma, estaba embriagada por la unión que tenía con Dios, como también por lo que había oído y gustado de la primera dulce Verdad. Angustiada de dolor por la ignorancia de las criaturas, que no conocen a su bienhechor, y el afecto de la caridad de Dios, experimentaba, sin embargo, gran alegría con la esperanza de la promesa que la Verdad de Dios le había hecho al darle a entender a ella y a los otros siervos de Dios el medio que debían emplear para obligarle a hacer misericordia al mundo. Levantando los ojos de su inteligencia a la dulce Verdad, con la que estaba unida, deseaba saber algo más sobre los dichos estados del alma que Dios le había revelado. Veía que las almas pasan del uno al otro estado con lágrimas, y quería esta alma saber de la dulce Verdad la diferencia de estas lágrimas, qué eran y de dónde procedían y de cuántas maneras fuesen. Y, porque la verdad no se puede conocer más que en esta divina Verdad, por esto acudía y suplicaba a la Verdad. Nada se conoce en la Verdad si no lo ven los ojos de la inteligencia. Por esto es necesario que quien quiera conocer se levante con la luz de la fe de la verdad, abriendo los ojos de la inteligencia con la pupila de la fe y fijándolos en el objeto de la verdad».

Sabiendo esto (no había olvidado, en efecto, que la Verdad, es decir, Dios, le había enseñado que por otro camino no podía saber lo que deseaba sobre los estados y frutos de las lágrimas), se elevó sobre mí misma con grandísimo deseo fuera de todo límite. Y con la luz de la fe viva abría los ojos de su entendimiento, fijándolos en la Verdad Eterna, en la cual vió y conoció la verdad de lo que ella preguntaba; se la manifestaba Dios mismo, esto es, su benignidad y con-

descendía con el fervoroso deseo de aquella alma, satisfaciendo su petición [208].

§ 2. Cinco clases de lágrimas

[Cap. LXXXVIII.] Entonces, la primera dulce Verdad le decía: «¡Oh muy querida y estimadísima hija! Tú me pides que te haga conocer las diversas clases de lágrimas y sus frutos, y yo no desprecio tu deseo. Abre bien los ojos de tu inteligencia, y te mostraré ante todo, según los diversos estados de las almas de los que te he hablado, las lágrimas imperfectas, nacidas del temor.

Las primeras son las lágrimas de los inicuos de este mundo. Son lágrimas de condenación.

Las segundas son las del temor, de los que se levantan del pecado por temor al castigo. El temor les hace llorar.

Las terceras son las de aquellos que, lejos del pecado, empiezan a gustar de mí y lloran por la duzura que encuentran. Empiezan a servirme. Pero su amor es imperfecto; de aquí la imperfección de su llanto.

La cuarta especie es la de aquellos que han llegado a perfección en la caridad del prójimo y me aman a mí sin interés alguno. Estos lloran y su llanto es perfecto.

La quinta especie está unida con la anterior. Son lágrimas de dulzura, derramadas con gran suavidad, como te diré más adelante [209].

Te hablaré también de las lágrimas de fuego sin que los ojos lloren, y que consuelan a los que con mucha frecuencia desean las lágrimas y no las pueden obtener. Y quiero que sepas que todas estas clases distintas pueden estar en una misma alma cuando empieza a salir del temor y del amor imperfecto para llegar a la caridad perfecta y al estado de unión. Empiezo, pues, a tratar de las dichas lágrimas.

[Cap. LXXXIX.] Quiero que sepas que toda lágrima procede del corazón. Ninguna parte del cuerpo se siente tan ligada con los afectos del corazón como los ojos. Si el corazón sufre, los ojos manifiestan este dolor. Si se trata de un

---

[208] Esta petición de la Santa da pie, más que a una nueva enseñanza, a una sistematización distinta de la doctrina anterior sobre el proceso de santificación y perfeccionamiento de las almas en el amor. Hasta aquí el punto de referencia eran los «estados del alma» y «los escalones» en el cuerpo de Cristo crucificado; ahora son las «lágrimas», como manifestación de los sentimientos interiores en las distintas etapas por las que el alma pasa en su itinerario hacia Dios Nuestro Señor. Para los precedentes históricos de la doctrina de las «lágrimas» véase D'URSO, *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza (1943) p. 352.

[209] Enumera cinco clases de lágrimas, las primeras de las cuales dan muerte; las cuatro restantes son las que dan vida. En las páginas siguientes, prescindiendo de las primeras, empieza la enumeración por las segundas, que son las primeras que dan vida. La confusión es sólo aparente.

dolor sensual, derrama lágrimas que engendran muerte, porque proceden de un corazón con amor desordenado fuera de mí. Y, porque es desordenado, es con ofensa mía y produce dolor y lágrimas de muerte. Es cierto que la gravedad de la culpa y del llanto es mayor o menor según la medida del amor desordenado.

Estos son aquellos primeros de que te hablé que lloran lágrimas de muerte.

a) Lágrimas que dan muerte

Fíjate ahora en las lágrimas que empiezan a dar vida, es decir, las de aquellos que conocen sus culpas y por temor del castigo empiezan a llorar. Son lágrimas del corazón y sensibles todavía, pues, no habiendo llegado aún el alma al odio perfectísimo de la culpa cometida por la ofensa que en ella hay contra mí, se levantan con dolor de corazón por la pena que a ellos se les sigue por el pecado cometido. Sus ojos lloran, porque quieren satisfacer el dolor del corazón.

b) Lágrimas por los pecados, las cuales empiezan a dar vida

Ejercitándose en la virtud, empieza el alma a perder el temor, pues comprende que el temor solo no es suficiente para darle la vida, según te dije a propósito del segundo estado del alma. Por esto se levanta con amor para conocerse a sí misma y a mi bondad en sí. Empieza a esperar en mi misericordia, en la que el corazón experimenta alegría mezclada con el dolor de la culpa y la esperanza de la misericordia. Los ojos entonces comienzan a llorar. Estas lágrimas brotan de la fuente del corazón. Mas, no habiendo llegado todavía a una gran perfección, con frecuencia sus lágrimas no están exentas de alguna sensualidad.

Si me preguntas de qué manera, te respondo: A causa de la raíz del amor que se tiene a sí mismo. No ciertamente a causa de su amor sensitivo, pues esta alma está ya alejada de él, sino a causa de su amor propio espiritual, porque apetece todavía las consolaciones espirituales, de cuya imperfección ya te hablé, o las mentales, o las que le proporciona alguna criatura a la que ama con amor espiritual.

c) Lágrimas de amor imperfecto

Cuando se ve privada de lo que ama, es decir, de los consuelos interiores, que vienen de mí, o exteriores, que le vienen de esta criatura, o le sobrevienen tentaciones o persecuciones de los hombres, el corazón sufre, e inmediatamente los ojos por este dolor y pena del corazón

empiezan a llorar lágrimas tiernas y llenas de compasión para consigo misma; compasión de amor propio espiritual, porque todavía la voluntad no está totalmente conculcada ni anegada. Por esto, derrama lágrimas sensuales, es decir, de pasión espiritual.

d) Lágrimas de amor a Dios y de compasión por el prójimo

Pero, creciendo y ejercitándose en la luz del conocimiento de sí misma, concibe desagrado de sí misma, del que saca un conocimiento de mi bondad con gran fuego de amor y empieza a unirse y a conformar su voluntad con la mía. Empieza entonces a sentir gozo y compasión: gozo en sí misma por el amor que me tiene, y compasión para con el prójimo, como te dije en el tercer estado. Luego, los ojos, queriendo satisfacer al corazón, gimen por la caridad con que me aman, con la que aman al prójimo con amor de corazón, doliéndose sólo de mis ofensas y del daño del prójimo y no por su propio castigo. El alma ya no piensa en sí misma, sino sólo en dar gloria y alabanza a mi Nombre. Con un angustioso deseo, se deleita en tomar su alimento sobre la mesa de la santísima cruz, es decir, conformándose con el humilde, paciente e inmaculado Cordero, Hijo mío unigénito, del que hice puente.

Luego que el alma ha pasado así tan dulcemente por el puente siguiendo la doctrina de mi dulce Verdad, ha pasado por este Verbo, sufriendo con verdadera y dulce paciencia todo trabajo y toda pena conforme lo permito por su salud. Los sufre virilmente; no los elige a su gusto, sino según el mío. Y no solamente sufre con paciencia, como te dije sino con alegría. Y considera una gloria ser perseguida por mi Nombre aunque tenga que padecer. Experimenta el alma tanto deleite y tranquilidad de espíritu, que no hay lengua que sea capaz de decirlo.

e) Lágrimas de dulzura, por la unión del alma con Dios

Habiendo pasado por medio de este Verbo, esto es, por la doctrina de mi unigénito Hijo, fijos los ojos de su inteligencia en mí, dulce Verdad primera, viéndola, la conocen, y, conociéndola, la aman. Arrebatado el amor, siguiendo a la inteligencia, gusta mi Eterna Deidad, en la cual conoce y ve esta naturaleza divina unida con vuestra humanidad. Entonces descansa en mí, océano de paz. El corazón está unido a mí por afecto de amor, como te dije en el cuarto estado unitivo. En este sentimiento de mí, Deidad Eterna, los ojos derraman lágrimas de dulzura, que son en verdad leche que nu-

tre el alma en la verdadera paciencia. Estas lágrimas son un ungüento oloroso que despide olor de gran suavidad.

¡Oh queridísima hija mía! ¡Cuán gloriosa es el alma que tan en verdad ha sabido traspasar del mar tempestuoso a mí, mar pacífico, y llenar el vaso de su corazón en este mar que soy yo, suma y eterna Deidad. Por eso, los ojos, que son como un canal, procuran satisfacer el corazón derramando lágrimas.

Este es aquel último estado en que el alma se encuentra bienaventurada y dolorosa; bienaventurada, por la unión que ha realizado en mí, gustando la presencia del amor divino; dolorosa, por la ofensa que ve hacer a mi bondad y grandeza, vistas y gustadas en el conocimiento de sí, por el cual llegó al último grado.

f) Relación entre estas dos últimas clases de lágrimas

Mas este estado unitivo, que hace derramar lágrimas de tanta dulzura, no encuentra impedimento en el conocimiento de sí misma ni en la caridad del prójimo, en la que halló lágrimas de amor de mi divina misericordia y dolor por la ofensa del prójimo. Llora con los que lloran y goza con los que gozan (es decir, con aquellos que viven en la caridad, por los cuales se goza el alma viendo que dan gloria y alabanza a Dios). De modo que las lágrimas segundas (es decir, las terceras) no impiden las últimas, o sea las cuartas, las del estado de unión; antes las favorecen[210].

Porque si el último llanto, en que halla el alma tanta unión, no procediese del segundo, que es el tercer estado de la caridad del prójimo, no sería perfecto. Así que es necesario que el uno se sazone con el otro, porque de lo contrario podría caer en presunción. Un viento sutil de amor a la propia reputación soplaría entonces y caería de lo más alto a lo más bajo de su primer vómito. Por esto conviene sufrir y ejercitarse constantemente en la caridad para con el prójimo con verdadero conocimiento de sí mismo. De esta manera alimentará en sí el fuego de mi caridad, porque la caridad del prójimo procede de la mía, es decir, de este conocimiento que el alma adquiere conociéndose a sí misma y a mi bondad en sí viéndose amada por mí inefablemente. Y por esto, con el mismo amor con que se ve amada, ama ella a toda criatura racional, y ésta es la razón por que el alma que me conoce se dispone inmediatamente a amar a su prójimo. Porque ha visto ser inefablemente amada,

[210] El sentido, dejando de lado las enumeraciones que lo obscurecen en el original, es el siguiente: «De modo que el llanto derramado por la ofensa que el prójimo hace a Dios no impide las lágrimas de unión con El; al contrario, las unas sazonan y favorecen a las otras».

ama, a su vez, inefablemente; ama lo que ve que yo más amo.

Al conocer que a mí no se me puede hacer bien alguno ni tributarme aquel amor puro con que se siente amada por mí, me lo tributa por aquel medio que os he ofrecido, es decir, vuestro prójimo, que es como un intermediario al cual podéis prestar algún servicio según las diversas gracias recibidas por mí, y que os he dado para que las administrarais. Debéis amar con aquel amor puro con que yo os amo; esto no es posible hacerlo conmigo, porque yo os amé sin ser amado y sin ningún interés. Y, puesto que yo os he amado sin serlo por vosotros, antes que vosotros fueseis (el amor fué el que me movió a crearos a mi imagen y semejanza), no me lo podéis devolver, pero podéis darlo a la criatura racional amándola sin ser amados por ella. Y amarle sin ningún interés de propio provecho espiritual o temporal, sino sólo por la gloria y alabanza de mi Nombre; sólo porque yo la amo. Así cumpliréis el mandamiento de la ley de amarme a mí sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos.

Bien es verdad, pues, que no se puede llegar a tal altura sin pasar este segundo estado, que viene a ser el tercero y el segundo de unión. Ni después que ha llegado puede conservarse en él si se aparta de aquel afecto por el cual llegó a las segundas lágrimas [211]; así como no se puede cumplir la ley del amor a mí, Dios Eterno, sin la del amor a vuestro prójimo, porque son los dos pies del afecto por los cuales se observan los mandamientos y los consejos que os dió mi Verdad, Cristo crucificado.

Estos dos estados, de los que he hecho uno, fortalecen el alma en las virtudes y en el estado unitivo. No que pase a otro estado una vez que ha llegado a éste, sino que este mismo aumenta la riqueza de la gracia con nuevos y diversos dones y admirables elevaciones de espíritu con tan gran conocimiento de la verdad, que, siendo mortal, parece casi inmortal, porque está muerto el sentimiento de la propia sensualidad y está también muerta la voluntad por la unión verificada en mí.

¡Qué dulce es esta unión para el alma que la busca! En cuanto la gusta, ve mis secretos y con frecuencia recibe espíritu de profecía para conocer las cosas futuras. Esto hace

[211] Se refiere a la segunda clase de lágrimas del *cuarto* y *quinto* estado de lágrimas, las que el corazón derrama en la perfecta sumisión a Dios. Estas lágrimas perfectas, en efecto, se subdividen en *lágrimas de dulzura*, que nacen del gozo que el corazón experimenta en esta unión, y las *lágrimas de dolor*, nacidas del sentimiento que l propio tiempo experimenta por los pecados de los demás. A esta segunda clase de lágrimas llama aquí la Santa las segundas lágrimas (HURTAUD, ed. 23, *Le Dialogue*, I. p. 311, nota 1).

mi bondad, aunque el alma humilde debe siempre menospreciarla; no el afecto de la caridad que con ello le brindo, sino el apetito de las consolaciones propias, considerándose indigna de la paz y tranquilidad del espíritu para nutrir mejor la virtud dentro de su propia alma. Y no permanece ya de fijo en este segundo estado [212], sino que vuelve al valle del conocimiento de sí misma.

Estas luces se las doy gratuitamente para que se perfeccione siempre más. Porque nunca el alma es tan perfecta en esta vida que no pueda crecer a mayor perfección en el amor. Sólo mi queridísimo Hijo, vuestra Cabeza, no podía crecer en perfección [213]. Su alma era bienaventurada por la unión con mi naturaleza divina. Pero vosotros, sus miembros, peregrinos en este mundo, siempre podéis crecer e ir a mayor perfección. No a otro estado, como he dicho, pues habéis llegado al último; pero podéis crecer en este último, mediante mi gracia, hasta la perfección que deseáis

g) Resumen de la doctrina precedente sobre las lágrimas

[Cap. XC.] Acabas de ver los estados de lágrimas y sus diferencias como plugo a mi Verdad explicártelas accediendo a tu deseo.

Las primeras son las lágrimas de aquellos que se encuentran en estado de muerte, de pecado mortal. Has visto que su llanto proviene, generalmente, del corazón. Mas como el principio del afecto del que proceden las lágrimas es corrompido, por esto su llanto es corrompido y miserable, así como todas sus acciones.

Las segundas son las lágrimas de aquellos que empiezan a conocer sus males por el castigo que los acompaña después de la culpa. Por aquí empiezan generalmente, por gracia de mi bondad, todos los frágiles, que, como ignorantes, se anegan abajo en el río por no seguir la doctrina de mi Verdad. Pero son muchísimos los que se conocen a sí mismos sin temor servil, es decir, sin temor del propio castigo,

212 «Este segundo estado» es, en el pensamiento de Santa Catalina, la segunda condición del cuarto estado: la unión extática, de mayor o menor duración, pero regularmente transitoria, en oposición a la primera condición, la unión por el sentimiento de la presencia de Dios experimentado de modo ininterrumpido. (Véase Hurtaud, ibid., p. 312, nota.)

212 El hecho de reservar Santa Catalina el término de «Cuerpo místico» a la Jerarquía—sacerdotes y obispos—de la Iglesia y usar el de «cuerpo universal de la religión católica» en nada desvirtúa el contenido doctrinal del concepto corriente de Cuerpo místico. La idea apuntada aquí muy de paso: «Jesucristo, vuestra Cabeza», da pie en otras partes de sus escritos para aplicaciones ascéticas, sólo posibles dentro del concepto ortodoxo, tradicional, de Cuerpo místico: «No es conveniente que debajo de la cabeza coronada de espinas estén los miembros rodeados de delicadezas (*Carta* 217, *a unas monjas de Perugia,* III, 335). «Por este camino (de la humillación y el dolor) le han seguido los santos, como miembros ligados y unidos con esta dulce Cabeza, Jesús» (*Carta* 109, *al abad, nuncio apostólico,* II, 212).

y que se ponen en camino llenos de grande odio contra sí mismos, por el que se juzgan dignos del castigo. Otros con una simplicidad buena, se entregan a servirme a mí, su Creador, doliéndose de la ofensa que me han hecho.

Es cierto que está más dispuesto a llegar al estado perfecto el que camina con grandísimo odio de sí mismo que los otros, aunque, ejercitándose ambos, uno y otro pueden llegar, aunque aquél llegue primero. Los unos deben procurar no permanecer en el temor servil, y los otros en su tibieza, es decir, en aquella simplicidad, pues corren el peligro, si no se ejercitan en la virtud, de estancarse en su tibieza. Esta es una vocación común.

Las terceras y cuartas lágrimas son las de aquellos que, dejado el temor, llegan al amor y a la esperanza, gustando mi divina misericordia y recibiendo de mí muchos dones y consuelos, por los que los ojos, que procuran satisfacer el sentimiento del corazón, lloran. Pero como éstas son lágrimas imperfectas, mezcladas con el llanto sensitivo espiritual, deben llegar, con la práctica de la virtud, al cuarto estado, en el que su alma, con un deseo cada vez mayor, se une y se identifica de tal manera con mi voluntad, que ya no puede querer ni desear sino lo que yo quiero y deseo. Revestido del amor al prójimo, llora lágrimas de amor en sí misma y dolor por mi ofensa y daño de su prójimo. Esta perfección está unida con las quintas y últimas lágrimas.

h) Cómo huye el demonio de los que llegan a la perfección de la última clase de lágrimas

En ella se une de verdad a mí y crece en gran manera el fuego de su santo deseo. Este inflamado deseo ahuyenta al demonio, y no pueden perjudicar al alma ni las injurias que le hagan (su amor para con el prójimo la ha hecho paciente) ni las consolaciones espirituales o temporales, puesto que las desprecia con todo su odio y una sincera humildad.

Es cierto, no obstante, que el demonio, por su parte, no duerme nunca. Con ello os da una lección a vosotros, negligentes, que en los tiempos prósperos permanecéis dormidos. Pero su vigilia no puede dañar a éstos, porque no puede sufrir el calor de su caridad ni el olor de la unión que el alma ha verificado en mí, mar pacífico, donde el alma no puede ser engañada mientras permanezca unida a mí. Huye, como la mosca, de la olla que hierve por miedo del fuego[214]. Si

[214] «A pignata che bolle non si avvicinan le mosche»: «A olla que hierve no se acercan las moscas». El refrán popular se aplica al hombre airado. La Santa le da un sentido espiritual muy verdadero y nuevo El demonio no puede con las almas fervorosas. En varias cartas usa la misma comparación (carta 172, III, 98; 128, II, 331; 287, IV, 253). DUPRE-THESEIDER, por su parte, opina que el origen de la frase no es el

la olla fuera tibia, no tendría tanto miedo, sino que entraría en ella, aunque algunas veces pereciera dentro hallando más calor del que se imaginaba. Así sucede con el alma antes de que llegue al estado perfecto; el demonio, creyéndola tibia, entra en ella con diversas tentaciones. Mas, como esta alma ha adquirido gran conocimiento, calor y desagrado del pecado, resiste y ata la voluntad, para que no consienta, con las ataduras del odio del pecado y amor de la virtud.

Alégrese toda alma que se sienta muy combatida, porque éste es el camino para llegar a este dulce y glorioso estado.

Ya te dije que por el propio conocimiento y el de mi bondad llegáis a la perfección. En ningún tiempo el alma conoce mejor si yo estoy presente en ella como en el tiempo del combate. ¿De qué manera? Lo conoce en que, viéndose en las tribulaciones, no puede librarse de sufrirlas, ni tampoco evitar que las sienta. Puede, sí, no consentir, pero no otra cosa. Entonces puede conocer que por sí misma no es; que, si por sí misma fuera algo, se libraría de aquellos combates que no quiere. Por este medio se humilla con verdadero conocimiento de sí y con la luz de la santísima fe corre hacia mí, Dios Eterno, por cuya bondad se percata que puede conservar la buena y santa voluntad sin consentir en el tiempo de las tentaciones y no dejarse arrastrar a las miserias a las que se siente tentada.

Tenéis, por tanto, motivo, y lo tiene el alma para confortarse con la doctrina del dulce y amoroso Verbo, Hijo mío unigénito, para el tiempo de los trabajos y penas, adversidades y tentaciones, de parte de los hombres o del demonio, pues os sirven para aumentar la virtud y haceros llegar a gran perfección.

[Cap. XCI.] Ya te hablé de las lágrimas perfectas e imperfectas y cómo todas salen del corazón. De este vaso salen todas las lágrimas, de cualquier clase que sean. Por eso, todas ellas pueden llamarse lágrimas del corazón. Su única diferencia estriba en el amor de este corazón, que puede ser ordenado o desordenado, perfecto o imperfecto, como antes te dije.

i) Lágrimas de fuego Me resta decirte ahora, accediendo a tu deseo, de los que quisieran la perfección de las lágrimas y les parece que no la pueden alcanzar.

¿Hay algunas otras lágrimas más que las de los ojos? Sí.

Hay un llanto de fuego, es decir, de verdadero y santo deseo, que se consume por afecto de amor. Querría deshacer

aforismo popular, sino que tiene una clara inspiración agustiniana (*Sulla composizione del Dialogo di S. Caterina da Siena:* Giornale Storico della Letteratura italiana [1941] p. 201 nota).

su vida en llanto por odio de sí mismo y por la salud de las almas, y le parece que no puede. Digo que éstos tienen lágrimas de fuego y que es el Espíritu Santo el que llora en ellos por sí mismos y por su prójimo. Quiero decir que mi divina caridad enciende con su llama el alma para que ofrezca sus ansiosos deseos en mi presencia aun sin lágrimas en los ojos. Son lágrimas de fuego, y en este sentido digo que es el Espíritu Santo quien llora. Estos, no pudiendo ofrecer lágrimas materiales, ofrecen los deseos que su voluntad tiene de lágrimas por amor a mí. Aunque, si abren los ojos de su inteligencia, verán que por medio de cualquier siervo mío que expande olor de deseos santos y de humildes y continuas oraciones delante de mí llora el Espíritu Santo Esto parece quería decir el glorioso apóstol Pablo cuando dijo que el Espíritu Santo lloraba delante de mí, Padre, con gemido inenarrable para vosotros [215].

Ves, por tanto, cómo el beneficio de las lágrimas de fuego no es menor y a veces hasta es mayor que el de las lágrimas de agua, según la medida del amor. Esta alma no debe caer en confusión de espíritu ni ha de parecerle que está privada de mí si desea lágrimas y no las puede tener conforme a sus deseos. Las debe desear con voluntad plenamente conformada con la mía y plegada humildemente al sí o al no, según plazca a mi divina bondad [216]. Permito yo algunas veces que no tenga lágrimas corporales para que esté continuamente humillada en mi presencia y gustando de mí con una oración continua y un gran deseo. Si consiguiese inmediatamente lo que pide, no le sería de tanto provecho como ella piensa por la excesiva satisfacción de tener lo que había deseado. Aflojaría en el afecto y en el deseo con que me las está pidiendo. Para que vaya aumentando y no para que disminuya, me abstengo de darle lágrimas corporales, pero le doy las espirituales, sólo dentro del corazón, llenas de fuego de mi divina caridad. De modo que en cualquier condición y en cualquier tiempo me serán agradables mientras los ojos de su inteligencia no se cierren jamás a la luz de la fe y al objeto de mi verdad eterna con gran afecto de amor. Yo soy médico, y vosotros enfermos, y doy a todos lo que es necesario para vuestra salud y para aumentar la perfección de vuestra alma.

Esta es la verdad y la explicación de los cinco estados de las lágrimas que yo, Verdad Eterna, te he declarado, dulcísima hija mía. Sumérgete, pues, en la sangre de Cristo

---

215 Rom. 8,26.

216 Por grande que sea el alivio para el alma tocada del dolor íntimo de no ver correspondido al Amor, no debe desear las lágrimas más que en la medida en que Dios quiera concedérselas. Carecer de ellas cuando se desean con tanta vehemencia puede ser de mayor utilidad para la gloria de Dios y el bien del alma que el disponer de ellas.

crucificado, humilde, atormentado e inmaculado Cordero, Hijo mío unigénito, creciendo continuamente en la virtud para que en ti se alimente el fuego de mi divina caridad.

§ 3. Valor de las lágrimas

a) Tienen el que les da el deseo infinito que las inspira

[Cap. XCII.] Estos cinco estados son como cinco canales principales, cuatro de los cuales dan una abundante e infinita variedad de lágrimas, todas las cuales engendran vida si se ejercitan virtuosamente.

¿Cómo se entiende esta abundancia infinita? No digo que en esta vida sean infinitos los estados de lágrimas; las llamo infinitas por el deseo infinito del alma.

Ya te he dicho cómo las lágrimas proceden del corazón; cómo el corazón las lleva a los ojos después de recogerlas en su abrasado deseo.

La leña verde, puesta al fuego, gime por el calor y echa fuera el agua. Está verde; si estuviera seca, no gemiría. Así, el corazón, reverdecido por la gracia, no tiene ya la sequedad del amor propio, que es el que seca el alma. Así, el fuego y lágrimas están unidos y forman un mismo deseo ardiente. Y como el deseo jamás fenece ni se sacia en esta vida, al contrario, cuanto más ama, menos le parece amar, la caridad no deja jamás de desear, y por este deseo lloran los ojos.

Pero, separada del cuerpo y llegada ya a mí, que soy su fin, el alma no abandona el deseo. No deja de desearme a mí y desear la caridad del prójimo. La caridad, en efecto, ha entrado en el cielo como señora, trayendo consigo el fruto de todas las demás virtudes. Verdad es que se acaba la pena del deseo, como te dije. Porque, si me desea, ella me posee en verdad, sin temor alguno de perder lo que tanto tiempo ha deseado. De este modo se fomenta el hambre; es decir, que, teniendo hambre, son saciados, y, saciados, tienen hambre, estando muy lejos de ellos, por una parte, el hastío de la saciedad y la pena del hambre, porque allí no les falta perfección alguna[216 a].

Así que vuestro deseo es infinito; si no lo fuera, si yo fuese servido solamente con cosa finita, no tendría valor para la eternidad y toda virtud sería inútil. Porque yo, que soy Dios infinito, quiero ser servido por vosotros con cosa infinita, e infinito no tenéis más que el afecto y el deseo de vuestro espíritu. Por esto decía que hay infinita variedad de lágrimas, y así es en verdad por el modo dicho: por el infinito deseo que está unido a las lágrimas[217].

---

216 a Véase nota 82 (2.ª parte), p. 0.
217 Véase nota 1 (1.ª parte), p. 5.

b) Este afecto permanece hasta después de la muerte, cuando ya no son posibles las lágrimas corporales

Las lágrimas, separada el alma del cuerpo, quedan fuera; pero el afecto de la caridad trae consigo el fruto de las lágrimas y las consume, como se consume el agua en el horno. No que el agua esté fuera del horno, sino que el calor del fuego la ha consumido y absorbido en sí. Así, el alma que ha llegado a gustar el fuego de mi divina caridad ha pasado de esta vida a la otra con el afecto de la caridad a mí y a su prójimo y con el amor unitivo, por el cual derramaba las lágrimas. Estos jamás cesan de ofrecerme continuamente sus santos deseos y sus lágrimas sin pena alguna; no lágrimas de los ojos (que se consumieron en el horno), pero sí lágrimas de fuego del Espíritu Santo [218].

Has visto, pues, cómo estas lágrimas son infinitas, por más que, aun en esta vida, no hay lengua capaz que pueda decir la variedad de llantos que hay en este estado. Pero te he dicho la diferencia de estos cuatro principales estados de lágrimas.

§ 4. Fruto de las lágrimas

a) El llanto de los mundanos es un árbol con frutos de muerte para Dios y para el prójimo

[Cap. XCIII.] Queda por decir el fruto de las lágrimas que hace derramar y el deseo y afecto que producen en el alma.

Empezaré por hablarte de aquellas [219] de las que al principio hice mención, es decir, de las lágrimas de aquellos que viven miserablemente en el mundo, elevando las criaturas y las cosas creadas y su propia sensualidad al rango de Dios, de lo que proviene todo mal para el alma y para el cuerpo.

Te dije que todas las lágrimas procedían del corazón, y así es en verdad, porque tanto sufre el corazón cuanto ama. Los hombres del mundo lloran cuando sienten dolor en el corazón, es decir, cuando se ven privados de los que ama-

[218] Buena discípula también en las lágrimas de la oración del patriarca Santo Domingo, llamado «el Santo de las lágrimas». Entre los muchos testimonios que corroboran este apelativo dado al santo fundador de la Orden de Predicadores, quizá ninguno tan elocuente como el de Fr. Constantino de Orvieto en carta al maestro general de la Orden, llamada *Leyenda de Santo Domingo:* «Lloraba en gran abundancia. Habíale Dios concedido esta especial gracia en favor de los pobres pecadores y de los afligidos, y, mostrando en sí un nuevo Jeremías, se derretía enteramente de compasión por las almas que se perdían. Por esto acuciábala siempre ese deseo particular, pidiendo principalmente y sin interrupción a la clemencia divina que se dignase concederle la gracia de consumirse algún día totalmente por la salvación de los prójimos. Y no se frustraron sus deseos» *(Santo Domingo de Guzmán visto por sus contemporáneos:* BAC, p. 398; véanse en el mismo p. 169, 285, 307, 431 y 573).

[219] «Quintas», dice el original, considerando invertida la enumeración.

ban. Sus llantos son muy diversos; tan diversos como diferente y diverso es su amor. Y como la raíz de su amor propio sensitivo está podrida, corrompido está todo lo que de ella nace; es como un árbol que no da frutos más que de muerte, flores podridas, hojas manchadas, ramas plegadas hasta el suelo, combatidos de mil vientos distintos: éste es el arbol del alma[220]. Porque todos sois árboles de amor, pues sin amor no podéis vivir, ya que por amor yo os hice.

El alma que vive virtuosamente hunde la raíz de su árbol en el valle de la verdadera humildad. Mas estos que viven miserablemente la ponen en el monte de la soberbia. Así, este árbol, mal arraigado, no produce fruto de vida, sino de muerte. Los frutos son sus obras, todas ellas envenenadas por muy diversos pecados. Y, si dan algún fruto de buenas obras, por estar podrida la raíz, todo sale corrompido. En efecto, para un alma en estado de pecado mortal, sean las que sean las buenas obras que haga, no le valen para la vida eterna, porque no están hechas en estado de gracia. No debe dejar, no obstante, de hacer obras buenas, porque todo bien es recompensado, y castigada toda culpa El bien hecho sin estar en gracia es insuficiente para merecer la vida eterna, como he dicho. Sin embargo, mi divina bondad y mi justicia las recompensan, aunque con recompensa imperfecta. Algunas veces es recompensada el alma con cosas temporales. Otras, como he dicho en otra parte, les doy el tiempo y la oportunidad para que puedan corregirse. Hasta a veces les doy la vida de la gracia por la intercesión de mis siervos, que yo amo y que me son aceptos, como hice con el glorioso apóstol Pablo, que, por la oración de San Esteban, salió de la infidelidad y de las persecuciones que movía contra los cristianos. Por esto, el hombre, en cualquier condición que esté, jamás debe dejar de obrar el bien.

Te decía que las flores son podridas; y así es en verdad. Estas flores son los pestilentes pensamientos del corazón (que tanto me desagradan), así como el odio y desprecio para con el prójimo. Como un ladrón, me ha robado el honor a mí, que soy su Creador, y se lo ha dado a sí mismo. Esta flor exhala hedor de falsos y miserables juicios en dos formas: la una, hacia mí, juzgando inicuamente mis ocultos designios y mis misterios. Tomando como hecho por odio lo que sólo por amor le he hecho, y como mentira lo que le he hecho en verdad, y como muerte lo que he hecho para darle vida. Todo lo condenan y lo juzgan según su enfermo parecer, porque han cegado, con el amor propio sensitivo.

---

220 «El alma es un árbol, nos ha dicho en el [capítulo 10], página 23; es un árbol hecho por amor, y no puede vivir más que de amor. Es cierto que, si no tiene amor divino de verdadera y perfecta caridad, no produce fruto de vida, sino de muerte».

los ojos del entendimiento y han cubierto la pupila de la santísima fe, que no les permite ver ni conocer la verdad. La otra forma de falso juicio es para con su prójimo. de lo que muchas veces proceden tantos males. El hombre miserable, que no se conoce a sí mismo, quiere penetrar y conocer el corazón y el afecto de la criatura racional, y por un acto cualquiera que ve o una palabra que oye querrá juzgar los sentimientos del corazón. Mis siervos, por el contrario, juzgan siempre bien, porque están fundados en mí, que soy Sumo Bien. Estos otros juzgan siempre mal, porque en el mal están fundados. De estos juicios nacen con frecuencia el odio, homicidios, enemistades con el prójimo y abandono de la virtud por parte de mis siervos [221].

Así, poco a poco, siguen las hojas, o sea las palabras que salen de la boca en vituperio mío y de la sangre de mi unigénito Hijo y en daño de su prójimo. No atienden a otra cosa más que a hablar mal, a condenar mis obras, blasfemar o denigrar a toda criatura racional como se les antoja y según les inspira su torcido juicio. No se percatan los desgraciados que la lengua ha sido hecha solamente para honrarlos y para confesar sus propios pecados, ejercitarla por amor de la virtud y en provecho del prójimo.

Estas son las obras manchadas por este miserable pecado, porque el corazón del que procede no era limpio sino muy manchado por la doblez y propia podredumbre.

¡Cuántos males temporales, además del daño espiritual y de la privación de la gracia! ¡Cuántos cambios de posición social, ruinas de ciudades, homicidios y otros muchos males se ven y se oyen a causa de la palabra que penetra en el corazón del que la oye, y penetra hasta donde no alcanzaría la espada!

Digo que este árbol tiene siete ramas, que se inclinan hasta la tierra, de las que salen flores y hojas, según te he dicho. Son los siete pecados capitales, cargados de otros muchos y diversos pecados, unidos con la raíz y el tronco del amor propio y del orgullo. Este ha producido, ante todo, las ramas y las flores de los pensamientos. Siguen luego las hojas de las palabras y el fruto de las malas obras. Las ramas de los pecados mortales están inclinadas hasta el suelo, porque las ramas de los pecados mortales jamás se dirigen más que hacia la tierra de las cosas frágiles de este mundo, no ordenadas a mí. No se fijan más que en cómo podrán nutrirse de tierra, de un modo insaciable, porque nunca se pueden

[221] Esta doctrina del juicio falso acerca de los designios de Dios y acerca del prójimo ocupa lugar preeminente en la mentalidad y escritos de la Santa. Véanse, entre otras, las siguientes cartas, en que expresamente trata este tema: 75 (I, 366), 39 (I, 242), 307, a una mujer que murmuraba (IV, 352, 359).

saciar. Son insaciables y se vuelven insoportables a sí mismos. Es justo que estén siempre inquietos, puesto que desean y quieren lo que siempre los ha de dejar insatisfechos.

Esta es la razón por la que no se pueden saciar: apetecen siempre lo finito, siendo ellos infinitos en cuanto al ser, porque éste jamás fenece, aunque fenezca la gracia por el pecado mortal.

Y, porque el hombre ha sido puesto por encima de todas las cosas creadas y no las cosas creadas encima de él, no puede saciarse ni estar tranquilo sino con cosas mayores que él. Superior a él no hay nadie sino yo, Dios Eterno, y por esto yo solo los puedo saciar. Al estar privados de mí por el pecado cometido, están en continuo tormento y pena. Después de la pena viene el llanto, y, viniendo los vientos, sacuden el árbol del amor de la propia sensualidad, principio de su vida.

b) El árbol de muerte de los mundanos es combatido por los vientos de la prosperidad, la adversidad, el temor y el remordimiento, por el que podría iniciarse su salvación

[Cap. XCIV.] Los cuatro vientos que combaten a estos mundanos son prosperidad, adversidad o remordimiento.

El viento de la prosperidad fomenta el orgullo con mucha presunción de sí mismo y rebajamiento del prójimo. Si se trata de un poderoso de la tierra, ejerce su poder con injusticia, con vanidad de corazón e inmundicia de cuerpo y de espíritu por interés de su propia reputación y con muchos otros vicios que a éstos acompañan, y que tu lengua no podría referir.

El viento de la prosperidad, ¿es corrompido en sí mismo? No. Ni éste ni ninguno. Lo corrompido es la raíz principal del árbol, que, a su vez, lo corrompe todo. Yo, que todo lo gobierno, doy todas las cosas que tienen en sí mismos [222], soy sumamente bueno. Por esto es bueno todo lo que trae este viento de la prosperidad; pero para estos mundanos trae llanto, porque su corazón no está saciado y sigue deseando lo que no puede tener, y, no pudiéndolo tener, sufre, y en su sufrimiento llora. Ya te dije que los ojos quieren satisfacer al corazón.

Después de éste viene el viento del temor servil, que les hace tener miedo hasta de su propia sombra, temiendo perder lo que aman. O temen perder la propia vida, o la de los hijos, o de otras personas. O temen perder su posición o bien otras cosas a causa de su amor propio o de su ambi-

---

[222] En contraposición con el pecado, que no tiene *ser* en Dios y con cuya *nada* se identifica el pecador, como dice más adelante.

ción de honor y de riqueza. Este miedo les impide disfrutar en paz, porque no lo poseen ordenadamente, según mi voluntad. Por esto los asalta un temor servil, convertidos en siervos miserables del pecado; y, puesto que a uno se le puede considerar por el señor a quien sirve, éste se convierte en nada, porque el pecado es nada.

Mientras los sacude el viento del temor, les llega el de la tribulación y de la adversidad, que tanto temían, y les quita lo que poseían o en todo o en parte. En todo cuando mueren, pues forzosamente la muerte todo se lo quita. Otras veces, en parte, cuando se les priva de alguna que otra cosa: salud, hijos, riquezas, posición, honores, según que yo, dulce médico, veo ser necesario para vuestra salvación.

Mas, porque vuestra fragilidad está toda corrompida y sin verdadero conocimiento, corrompe hasta el fruto de la virtud de la paciencia. De ahí las impaciencias, escándalos y murmuraciones, odio y aversión contra mí y contra mis criaturas. Lo que yo les di para vida, lo reciben como fruto de muerte, con dolor equivalente al amor con que lo querían.

Así llega el alma a estas lágrimas aflictivas de la impaciencia, que secan el alma y la matan, quitándole la vida de la gracia. Secan y consumen el cuerpo y le ciegan espiritual y corporalmente; le privan de todo gozo y le arrebatan la esperanza, ya que se ve privado de todo aquello en que había puesto su afecto, su esperanza y su fe. Por esto llora.

No son, ciertamente, las lágrimas las que traen tantos inconvenientes, sino el afecto desordenado y el dolor del corazón, del que las lágrimas proceden, porque las lágrimas de los ojos por sí mismas no dan ni la muerte ni el dolor, sino la raíz de la que nacen, es decir, el desordenado amor propio del corazón. Si el corazón fuese ordenado y tuviese la vida de la gracia, las lágrimas serían también ordenadas y me forzarían a mí, Dios Eterno, a tener misericordia con ellos.

¿Por qué, pues, decía que estas lágrimas dan muerte? Porque son la señal que da a entender que en el corazón está la vida o la muerte.

Dije también que soplaba un viento de remordimiento. También es mi divina bondad la que lo envía, pues, habiendo intentado en la prosperidad de atraerlos a mí por el amor o por el temor, importunándolos a que enderecen su corazón a amarme virtuosamente después de que han probado las tribulaciones para hacerles venir en conocimiento de la fragilidad e inconsistencia del mundo, les procuro, porque los amo inefablemente, viendo que todo

ello de nada ha servido, remordimientos de conciencia para que abran su boca y vomiten la podredumbre de sus pecados por la santa confesión. Mas ellos obstinados y justamente reprobados por mí por sus iniquidades, puesto que no han querido recibir mi gracia en modo alguno, evitan esta inquietud y pretenden ahogarla con sus miserables placeres, con desagrado mío y del prójimo.

Todo les sucede porque está corrompida la raíz con todo el árbol, y cualquier cosa se les convierte en muerte, y están en continuas penas, llanto y amargura. Si no se corrigen, mientras tienen tiempo para usar de su libre albedrío, de este llanto del tiempo, llegarán al llanto de la eternidad. De modo que lo que era en ellos finito, se convierte en infinito, pues aquellas lágrimas fueron derramadas con infinito odio de la virtud, es decir, con el deseo del alma fundado en este odio que es infinito.

Verdad es que, si hubiesen querido, habrían podido salir de él mediante mi gracia en el tiempo en que eran libres, a pesar de decir yo que es un llanto infinito en cuanto al afecto y ser natural del alma, no en cuanto al odio o amor que en el alma hubiese. En efecto, mientras estáis en esta vida, podéis odiar y amar según os plazca. Mas, si el hombre muere en amor de la virtud, recibe bien infinito, y, si muere en odio, en este odio infinito permanece, recibiendo la condenación eterna, tal como te dije cuando te expliqué cómo se anegaban en el río. No pueden desear bien alguno, por hallarse privados de mi misericordia y de la caridad fraterna que los santos gustan en su trato mutuo y de la caridad que tenéis vosotros, peregrinos, caminantes en esta vida, en la que os he puesto para que lleguéis a mí, que soy vuestro término y vida eterna.

Ni oraciones, ni limosnas, ni ninguna otra obra les es de provecho. Son miembros cortados del cuerpo de mi divina caridad, porque no quisieron, mientras vivían, estar unidos a la obediencia de mis santos mandamientos en el Cuerpo místico de la santa Iglesia y en su dulce obediencia, en la que recibís la sangre del Cordero inmaculado, mi unigénito Hijo. Por eso reciben el fruto de la condenación eterna con llanto y crujir de dientes.

c) El fruto de las lágrimas enumeradas en segundo, tercero y cuarto lugar traen consigo la purificación del pecado y deseo de la salvación de las almas, fortaleza y suavidad

[Cap. XCV.] Resta ahora decirte los frutos que reciben los que comienzan a huir de la culpa, por temor del castigo, y a conquistar la gracia.

Algunos salen de la muerte del pecado mortal por el temor del castigo. Es lo que comúnmente sucede, como te he dicho. ¿Qué frutos perciben éstos? Empiezan a vaciar la casa de su alma de toda inmundicia en cuanto el libre albedrío envía el mensajero del temor del castigo. Purificada el alma de toda culpa, recibe la paz de la conciencia y empieza a disponer su voluntad, a abrir los ojos de su inteligencia, para ver lo que él mismo es, pues antes de esta limpieza no veía más que el desorden de muchos y variados pecados. Empieza también a recibir consuelos, porque el gusano de la conciencia está quieto, esperando tomar el manjar de la virtud.

Como el hombre que ha limpiado el estómago de malos humores siente despertársele el apetito de la comida, así éstos aguardan que la mano del libre albedrío, movida por el deseo de la virtud, que es su alimento, apareje la mesa, porque, una vez aparejada, espera poder comer Y así es en verdad, porque el alma, temerosa todavía, pero ya purificada de sus pecados, recibe el segundo fruto, es decir, el segundo estado de las lágrimas[223], en las que el alma, por su deseo de amar, empieza a llenar de virtudes su casa. Aunque imperfecta todavía, si va dejando el temor, recibe consolación y deleite, porque el amor de su alma lo recibe de mi Verdad, que soy el amor mismo. Y por este gozo y consolación que encuentra en mí empieza a amar

---

[223] «En realidad, éstas son las terceras lágrimas, si se hace referencia al [capítulo LXXXVIII], página 166, en el que la Santa ha distinguido cinco clases de lágrimas. Las distinciones del presente capítulo y del siguiente no corresponden a las que se dieron en este [capítulo LXXXVIII], página 166, por haber omitido la Santa al principio de este capítulo las lágrimas que hace derramar el temor servil, el miedo del castigo merecido por el pecado, y que ocupaban el segundo lugar en la enumeración precedente. Esta omisión ha cambiado, por tanto, el orden de numeración: las terceras lágrimas son las segundas, las cuartas son las terceras. En el [capítulo] siguiente las quintas son llamadas las cuartas. Toda la diferencia, sin embargo, estriba en el orden numérico; nada cambia en la definición de las cosas.

Esta modificación reúne y confunde, a partir de este momento, la numeración de las lágrimas con la de los estados del alma en su camino hacia Dios, que no corresponden ya en adelante, por haber introducido la Santa, en la clasificación de las lágrimas, las de los mundanos o del alma en estado de pecado mortal y de alejamiento de Dios» (HURTAUD, *Le Dialogue*, ed. 23, I, p. 338 nota).

En la traducción misma hemos procurado alguna vez introducir ligeras modificaciones—traduciendo los conceptos más que la enumeración—, que eviten en lo posible estas confusiones, o aclararlas en las notas.

muy dulcemente, experimentando la dulzura de los consuelos que le provienen de mí o de las criaturas.

Ejercitando este amor que entró en la casa de su alma, después que la hubo purificado el temor, empieza a recibir los frutos de mi divina bondad. Entra ella también en esta casa interior en la medida en que entra el amor; empieza a gustar y recibir muchos y diferentes frutos de consolación. En fin, si persevera y pasa el alma del temor al amor de la virtud, recibe el fruto de preparar la mesa y sentarse en ella.

Llegado a estas terceras lágrimas [224], prepara en su corazón la mesa de la santísima cruz, pues, habiéndola preparado, encuentra en ella el alimento del dulce y amoroso Verbo, testimonio de mi honor y de vuestra salvación, pues para hacerse alimento vuestro fué abierto su cuerpo. Empieza entonces a alimentarse de mi honra y de la salvación de las almas, llena de odio para consigo misma y disgusto del pecado.

¿Qué provecho proviene al alma en este tercer estado de lágrimas? Recibe fortaleza, fundada en odio santo de su propia sensualidad. El fruto agradable de una sincera humildad, una paciencia que jamás se escandaliza y asegura al alma contra toda pena, porque la espada del odio mató la voluntad propia de donde procedían las penas. Sólo la voluntad sensual se escandaliza de las injurias y de las persecuciones y de las privaciones de los consuelos espirituales o gustos temporales, como te dije más arriba, y es lo que le hace caer en la impaciencia. Pero, ya que esta voluntad está muerta, con un dulce deseo mezclado en lágrimas empieza a gustar el fruto de las lágrimas de la dulce paciencia.

¡Oh fruto suavísimo, cuán dulce eres para quien te saborea y cuán agrdable a mí! Cuando vienen las injurias, permaneces en paz; estando en el mar tempestuoso que agitan los vientos peligrosos y cuyas grandes olas zarandean la barca frágil del alma, tú estás pacífica y tranquila, sin miedo a mal alguno, porque sabes protegida la barca por la dulce voluntad de Dios. Está revestida de una verdadera y ardentísima caridad para que el agua no pueda penetrar en ella.

¡Oh hija queridísima! Esta paciencia es como una reina que habita en el alcázar de la virtud de la fortaleza. Vence, sin ser jamás vencida. No está sola, sino acompañada por la perseverancia. Es el meollo de la caridad y la que da a entender si este vestido de la caridad es o no ves-

224 Son las cuartas lágrimas o las terceras, de las que dan vida, como dice la Santa.

tido nupcial. Si está desgarrado por alguna imperfección, se manifiesta inmediatamente por la falta de paciencia.

Todas las virtudes pueden disfrazarse alguna vez y aparecer como perfectas no siéndolo (aunque a mis ojos no hay disfraz posible)[225]. Si en el alma hay esta dulce paciencia, meollo de la caridad, demuestra claramente que todas las demás virtudes son vivas y perfectas. Mas, si ella está ausente, señal es que todas las virtudes son imperfectas y que no han llegado todavía a la mesa de esta santísima cruz, donde esta virtud de la paciencia fué engendrada en el conocimiento de sí y en el conocimiento de mi bondad y nacida de un odio santo y ungida de verdadera humildad. A esta paciencia jamás se le niega el manjar de mi honor y de la salvación de las almas; por el contrario, es ella la que los come incesantemente.

Contempla, hija queridísima, esta virtud en los dulces y gloriosos mártires, que con su mucho sufrir comían el manjar de las almas. La muerte les daba vida, resucitaban los muertos y arrojaban las tinieblas de los pecados mortales. El mundo con todas sus grandezas, los poderosos con todo su poder, nada podían contra ellos, porque estaban sostenidos por esta reina de la dulce paciencia. Está puesta como una antorcha sobre el candelabro. Este es el fruto que produjo este llanto, derramado por amor al prójimo cuando el alma comía con el inmaculado Cordero martirizado con un sufrimiento intolerable por las ofensas que se me hacen a mí, su Creador. No era pena aflictiva, puesto que el amor con la verdadera paciencia ha eliminado todo temor y todo amor propio que de pena; sino pena consoladora, sólo por mi ofensa y por el daño del prójimo, fundada en la caridad; sufrimiento que vigoriza el alma. Se goza por ello dentro de sí, ya que es una señal que demuestra que yo estoy en esta alma por la gracia.

d) Gracias de unión inenarrables, fruto de las últimas lágrimas expuestas

[Cap. XCVI.] Te he hablado del fruto de las terceras lágrimas. Sigue el cuarto y último estado de las lágrimas unitivas[226], no separado del tercero, sino unidos entre sí, como el amor del prójimo está unido con el mío, pues que uno fomenta el otro. Pero ha crecido tanto el alma llegada al cuarto estado, que no solamente soporta pacientemente,

---

[225] Este inciso, que no es sino una reflexión de la Santa que se dirige a Dios, dentro de un período que quiere referir las palabras divinas, es para Guigues una razón en contra del dictado directo del *Diálogo* en éxtasis *(Le Dialogue*, p. 15). Véase la *Introducción*.

[226] Equivalen a las lágrimas quintas, según la observación hecha en la nota 223.

como te he dicho, sino que desea con alegría el sufrimiento, despreciando todo alivio, de cualquier parte que le provenga, con tal de conformarse con mi verdad, Cristo crucificado.

Esta alma recibe el fruto de un gran sosiego de espíritu, un sentimiento de unión con mi dulce naturaleza divina, en la que gusta la leche como el niño que tranquilo descansa sobre el pecho de su madre, tomando la leche que le da mediante la carne. Así, el alma, llegada a este último estado, descansa en el pecho de la divina caridad, teniendo en la boca del santo deseo la carne de Cristo crucificado, es decir, siguiendo su doctrina y sus huellas, puesto que vió bien claro en el tercer estado que no le convenía caminar por mí, porque en mí, Padre Eterno, no cabe pena alguna, sino por mi amado Hijo, dulce y amoroso Verbo.

Ahora bien: vosotros no podéis seguir el camino de vuestra vida sin sufrimiento; sólo por el mucho sufrir llegaréis a las virtudes verdaderas. Por esto el alma se pone al pecho de Cristo crucificado, que es la Verdad, y atrae a sí la leche de la virtud, en la que tiene vida de gracia, gustando mi naturaleza divina, que hace dulce la virtud. Esta es la verdad: que las virtudes en sí mismas no eran dulces, mas ahora lo son, porque fueron practicadas en estado de unión conmigo, amor divino; es decir, que el alma al practicarlas no tenía ningún interés de provecho propio ni quería más que mi honor y la salud de las almas.

Considera ahora, mi dulce hija, cuán dulce y glorioso es este estado, en que el alma ha llegado a unirse tan íntimamente con el seno de la caridad, que ya no se halla la boca sin el seno, ni el seno sin la leche. Así, esta alma no se halla sin Cristo crucificado ni sin mí, Padre Eterno, a quien halla gustando la suma y eterna Deidad.

¡Quién pudiese ver cómo se llenan las potencias de aquella alma! La memoria se llena de un continuo recuerdo de mí por los beneficios que sólo por amor ha recibido; no tanto por los beneficios en sí mismos, cuanto por el afecto de la caridad con que se los di.

Considera particularmente el beneficio de la creación, por el que se ve hecha a mi imagen y semejanza. La consideración de este beneficio le hizo comprender, cuando estaba en el primer estado, el castigo reservado a su ingratitud, y esto le movió a levantarse de la miseria de sus culpas.

En virtud de esta preciosa sangre de Cristo la creé de nuevo a la vida de la gracia, lavándole el semblante de su alma de la lepra del pecado. En este segundo estado halla la dulzura del amor y el disgusto de la culpa, con la que

comprende haberme disgustado tanto, que llegué a castigarla sobre el cuerpo de mi unigénito Hijo.

Recuerda luego el advenimiento del Espíritu Santo, que esclareció y esclarece las almas en la verdad. ¿Cuándo recibe el alma esta luz? Después que por el primero y segundo estado reconoce en sí mis beneficios. Entonces recibe luz perfecta, conociendo mi verdad, que consiste en esto: en que por amor la creé para darle la vida eterna.

Esta es la verdad que yo os he revelado en la sangre de Cristo crucificado. Luego que la ha conocido, la ama; amándola, la manifiesta, amando únicamente lo que yo amo y odiando lo que yo odio.

Así llega al tercer estado, el de la caridad del prójimo. La memoria se sacia tan plenamente en este seno, lejos ya de toda imperfección, porque ha recordado y mantiene vivo este recuerdo de mis beneficios. El entendimiento ha recibido la luz; mirando en la memoria, conoció la verdad, y, perdiendo la ceguera del amor propio, permanece bajo la luz radiante de Cristo crucificado, que reconoce Dios y hombre.

Además de este conocimiento adquirido en la unión verificada conmigo, se eleva hacia una luz que está por encima de la naturaleza, que no viene de la naturaleza, como te dije, ni la ha conseguido por su propio trabajo sino que gratuitamente se la dió mi dulce Verdad, que no desprecia los ansiosos deseos ni los trabajos que le ha ofrecido en mi presencia. Entonces el afecto, que sigue a la inteligencia, se une a mí en un perfectísimo y ardentísimo amor. Si alguien me preguntase: ¿Quién es esta alma?, respondería: Es otro yo transformado en mí por amor.

¿Qué lengua podría referir la excelencia de este último estado unitivo y los múltiples y variados frutos que el alma recibe por la plenitud de sus tres potencias? Esta es aquella dulce reunión de la que hice mención al hablar de los tres escalones explicándote las palabras de mi Verdad. No hay lengua capaz de referirlo, pero bien os lo dan a entender los santos doctores, que, iluminados por esta luz gloriosa, interpretan las Sagradas Escrituras.

Esta luz alumbró al glorioso Tomás de Aquino, ya que su ciencia la adquirió más en la oración, en el éxtasis y en la luz, que esclarecía directamente su entendimiento, que por estudio humano. Por este motivo, él fué una lumbrera que puse en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para disipar las tinieblas del error.

Piensa en el glorioso Juan Evangelista y en cuánta luz adquirió sobre el precioso pecho de Cristo, mi Verdad, con cuya luz evangelizó el mundo por tanto tiempo. Verás que

todos, de uno o de otro modo, os manifiestan esta luz; pero el sentimiento interno, la dulzura inefable y la perfecta unión, no podéis referirlos con vuestra lengua, porque es finita. Esto parece quería decir San Pablo con las palabras: *Ni el ojo puede ver, ni el oído oír, ni el corazón pensar cuánta es la dulzura y bien que reciben y está preparado para las almas que me sirven en verdad*[227].

¡Oh cuán dulce es esta mansión! Dulce sobre toda dulzura con la perfecta unión que el alma tiene conmigo. Entre ella y mí ya no está interpuesta su voluntad, pues somos una misma cosa. Ella exhala por todo el mundo perfume y fruto de continuas y humildes oraciones; la fragancia del santo deseo clama por la salvación de las almas, voz sin voz humana, en presencia de mi divina Majestad[228].

Estos son los frutos de unión que el alma come en esta vida en este último estado, conquistado con tantos trabajos, lágrimas y sudor. De este modo, por la perseverancia, pasa de la vida de la gracia y de esta unión imperfecta a la gracia perfecta. Unión todavía imperfecta, digo, porque mientras está atada a su cuerpo no puede saciarse de lo que desea, vinculada como está a esta ley perversa, que, si está adormecida por la virtud, no está muerta, sin embargo, y puede despertar si desaparece la influencia de la virtud que la mantiene dormida.

Mas, por imperfecta que sea esta unión, le conduce a la perfección durable, que ya nadie le podrá quitar, como te dije hablando de los bienaventurados. En ella, con estos que están plenamente saciados, me gusta a mí, Verdad Eterna, sumo y eterno bien, que jamás tengo fin. Estos han recibido vida eterna, al contrario de aquéllos, que recibieron la muerte eterna como fruto de sus lágrimas. Estos, del llanto pasan a la alegría, recibiendo vida sempiterna. Con el fruto de sus lágrimas y con encendida caridad gritan y ofrecen por vosotros lágrimas de fuego en mi presencia.

He terminado de contarte los grados de las lágrimas y su perfección y el fruto que el alma percibe de estas lágrimas; los perfectos, vida eterna, y los malos, condenación eterna».

---

[227] 1 Cor. 2,9.

[228] Profundamente misterioso y bello este lenguaje místico de la Santa para dar a entender realidades que se resisten a ser encerradas en el barro de las palabras humanas: «dolor del deseo», «clamar... con voz sin voz humana en la presencia de Dios...»

CAPITULO VI

Ilustración complementaria

§ 1. Súplica de la Santa acerca de la doctrina que debe dar al prójimo, del juicio que debe formarse por lo que ve en la oración acerca de los demás, caminos de mortificación y discreción de consolaciones

[Cap. XCVII.] Aquella alma entonces, angustiada de un inmenso deseo por las dulces palabras que la Verdad le había dicho sobre los estados del alma, decía como enamorada: «Gracias, gracias te doy, sumo y Eterno Padre, que cumples nuestros deseos, que no quieres más que nuestra salud, que nos has dado tu amor por medio del Hijo, mientras nosotros te hacíamos guerra. Por este abismo de tu encendida caridad te pido gracia y misericordia. Yo quisiera, llena de tu luz y no de tinieblas, poder llegar a ti, poder correr por la doctrina de tu verdad que me has manifestado y poder discernir otros dos engaños en los que pudiera caer. Quisiera, Padre Eterno, que me los *declarases antes de terminar de hablar de estos estados*[229].

La primera es ésta: si alguna vez alguien viniese a mí o a algún otro siervo tuyo a pedir consejo para servirte, ¿qué doctrina debo darle? Sé muy bien, dulce Dios Eterno. que tú me dijiste: «Yo soy aquel que me deleito en las pocas palabras y con las muchas obras». Sin embargo, me sería de gran gusto si pluguiere a tu bondad decirme algo más sobre esto. Asimismo, si durante mi oración por tus criaturas, y especialmente en favor de tus siervos, me pareciera ver el espíritu de alguno de ellos lleno de buenas disposiciones (como si le viera gozar de ti) y el espíritu de algún otro lleno de tinieblas, ¿debería yo, Padre Eterno, o podría juzgar que uno está en la luz y el otro no?

O si viese que anda uno con grandes penitencias y otro no, ¿debo juzgar que tiene mayor perfección el que hace mayor penitencia que el que no la hace?

Te suplico, para que no me vea engañada por mi corto saber, que más en particular me expliques lo que ya en general me dijiste.

El segundo punto sobre el que te pido quieras iluminarme

229 Todavía una nueva petición de la Santa da pie a otro capítulo de enseñanzas, que vienen a ampliar y completar las anteriormente dadas. Sin excesiva rigidez en el orden de exposición, vienen a reducirse al lugar que en la vida espiritual debe ocupar la mortificación exterior, al modo de corregir al prójimo sin faltar en el juicio sobre él y a los criterios de discernimiento de los efectos de la consolación interior.

es sobre la señal por la que el alma reconoce que ella es o no visitada por ti, Dios Eterno, si bien recuerdo me dijiste, Verdad Eterna, que el espíritu queda después de tu visita con alegría y animado para la virtud. Quisiera saber si esta alegría puede ser engañosa como consecuencia de nuestra propia sensualidad espiritual, pues, de ser así, yo me atendría a la señal de la virtud. Estas son las cosas que te pido para que en verdad te pueda servir a ti y a mi prójimo sin caer en ningún juicio falso para con tus criaturas y para con tus siervos, pues me parece que el falso juicio aparta el alma de ti, y no quisiera caer en esta desgracia

§ 2. Enseñanzas de Dios sobre los puntos objeto de la súplica de la Santa

[Cap. XCVIII.] Entonces, Dios Eterno, deleitándose en la sed y hambre de aquella alma, de la sinceridad de su corazón y de los deseos con que se lo pedía poderle servir, volvió hacia ella los ojos de su piedad y misericordia diciendo: «¡Oh queridísima, oh muy amada hija y esposa mía! Levántate sobre ti misma y abre los ojos de tu inteligencia para ver mi infinita bondad y el inefable amor que te tengo a ti y a los otros siervos míos. Abre los oídos de tu deseo, pues, si no ves, no podrás oír; es decir, que el alma que no ve con los ojos de su inteligencia mi Verdad, no puede oírla ni conocerla. Por esto quiero, a fin que la conozcas mejor, que te eleves por encima del sentimiento sensitivo, y yo, que me deleito con tu petición y deseo, te daré satisfacción cumplida. No que podáis vosotros aumentar mi gozo, puesto que yo soy el que soy y lo hago aumentar en vosotros, y no vosotros en mí, mas me deleito en el mismo gozo que doy a mi criatura».

Entonces aquella alma obedeció, elevándose sobre sí misma para conocer la verdad de lo que pedía.

A) Tres iluminaciones interiores

1.ª Del conocimiento propio y de la fragilidad de las cosas para salir del pecado

Y Dios Eterno entonces le dijo: «Para que puedas entender mejor lo que te diré, volveré al principio de lo que me preguntas, hablándote de las tres luces que salen de mí, verdadera Luz.

La primera es una luz general que poseen todos los que viven en la caridad común. Aunque de ella te he hablado antes, te repetiré lo que te he dicho para que tu débil entendimiento comprenda mejor lo que tú quieres saber. Las otras dos luces son las de aquellos que se levantan del mundo y desean la perfección. Sobre esto te explicaré lo que me

has preguntado, diciéndote en particular lo que sólo te dije de un modo general.

Tú sabes, puesto que te lo he dicho, que, sin la luz de la razón, nadie puede seguir el camino de la verdad. Esta luz de la razón procede de mí, Luz verdadera, y de mí la recibís con los ojos de la inteligencia y con la luz de la fe, que os he dado en el santo bautismo, si de ella no os priváis por vuestros pecados.

En el bautismo, por medio de la sangre de mi unigénito Hijo y por su virtud, recibisteis la forma de la fe. Esta fe, practicada en los actos de virtud con la luz de la razón, os da la vida y os conduce por los caminos de la verdad. Con ella llegáis a mí, Luz verdadera. Sin ella llegaríais a las tinieblas.

Dos luces salidas de esta luz os son necesarias, y a ellas añado una tercera [230].

La primera debe haceros ver la fragilidad de las cosas del mundo, que pasan todas como el viento. Mas no podéis conocer bien esta fragilidad si no conocéis antes vuestra fragilidad propia; cuán inclinada está. por la ley perversa ligada a vuestros miembros, a rebelarse contra mí, vuestro Creador [231]. No que por esta ley alguien pueda ser obligado a cometer un pecado, por mínimo que sea, si no quiere. Pero es cierto que se rebela contra el espíritu.

Y no puse esta ley para que mi criatura racional fuese vencida, sino para que aumentase y probase la virtud en el alma, puesto que la virtud no se puede probar más que por su contrario. La sensualidad es contraria al espíritu, y en ella prueba el alma el amor que me tiene a mí, su Creador. ¿Cuándo la prueba? Cuando con odio y desagrado se levanta contra ella.

También le he puesto esta ley para mantener el alma en la verdadera humildad. Considera que, al crear el alma a mi imagen y semejanza y al elevarla a tanta dignidad y belleza, la asocié a la cosa más vil que puede haber, dándole esta perversa ley, esto es, atándola con el cuerpo, que formé de lo más vil de la tierra, a fin de que, al contemplar el alma su belleza, no levantase con soberbia su frente contra mí. Por esto este frágil cuerpo es motivo para que el alma, iluminada con esta luz, se humille, pues, lejos de tener mo-

---

236 Desde este punto hasta el [capítulo cv], página 384, empieza la concordancia del texto del *Diálogo* con el de las cartas 64 y 65, la primera dirigida a Fr. Guillermo Fleete (I, 355-365), y la segunda a Daniela de Orvieto (I, 366-376). Sobre la incorporación de estas cartas, así como de la 272, a su director (III, 176), véase *Introduccion general*. Puede observarse en el *Diálogo*, sin embargo, un mayor desarrollo de algunas ideas, como ampliación de lo que más esquemáticamente se contiene en aquellas cartas.

231 Recuerda las palabras de San Pablo en Rom. 7,23.

tivo para enorgullecerse, lo tiene para humillarse sincera y perfectamente.

Así, pues, esta ley no fuerza a cometer ninguna culpa de pecado, por grande que sea su rebelión. Es, sí, ocasión de conoceros a vosotros mismos y de conocer la inestabilidad de las cosas mundanas.

Esto deben ver los ojos de la inteligencia con la luz de la santísima fe, pupila de aquellos ojos. Esta es aquella luz general necesaria a toda criatura racional que quiera, en cualquier estado en que se encuentre, participar de la vida de la gracia, si quiere participar del fruto de la sangre del Cordero inmaculado. Esta es la luz común que todos, en general, deben tener, y el que no la tuviese, estaría en estado de condenación.

¿Por qué no están en estado de gracia los que están privados de esta luz? Porque quien no la tiene, no conoce el mal que encierra el pecado ni la causa del mismo; por esto no lo puede evitar ni aborrecerlo, de la misma manera que quien no conoce el bien y la causa del bien, es decir la virtud, no me puede amar ni desearme a mí, que soy este bien, ni la virtud que os he dado como instrumento y medio para proporcionaros mi gracia, y a mí, verdadero bien.

Mira, pues, cuán necesaria os es esta luz. Vuestros pecados no consisten en otra cosa más que en amar lo que yo odio y odiar lo que yo amo. Yo amo la virtud y odio el vicio; quien ama el vicio y odia la virtud, me ofende a mí y se ve privado de mi gracia. Camina como ciego, no conociendo la causa del pecado, esto es, el amor propio sensitivo; no se odia a sí mismo ni conoce el pecado ni el mal que de él se sigue. No conoce la virtud ni me conoce a mí, que soy causa de darle la virtud que a él le da la vida, ni la dignidad, en la cual, por medio de la virtud, se conserva teniendo la gracia.

Mira cómo el no conocer es causa de su mal. Os es, pues, necesario poseer esta luz.

2.ª La iluminación interior que lleva por los caminos de la penitencia exterior. Peligro de que al propio tiempo no mortifiquen la voluntad como maceran el cuerpo

[Cap. XCIX.] Después que el alma ha adquirido la luz general de la que te he hablado, no debe contentarse con haberla adquirido, porque, mientras sois peregrinos en esta vida, podéis siempre crecer y debéis hacerlo. Quien no crece, por lo mismo, vuelve atrás. Debe avanzar el alma o bien en la luz común, adquirirla por mi gracia, o debe procurar cuidadosamente llegar a esta segunda luz, y pasar de

la imperfecta a la perfecta, pues sólo con la luz se llega a la perfección.

Esta segunda luz perfecta pertenece a los perfectos, que han dejado ya el camino común del mundo. Y en esta perfección hay dos categorías.

Los unos aplican todo su esfuerzo a castigar su cuerpo, sometiéndolo a ásperas y grandísimas penitencias para que la sensualidad no se rebele contra la razón. Ponen todo su deseo más en mortificar su cuerpo que en matar la propia voluntad, como en otra parte te dije. Estos se mantienen en la mesa de la penitencia, y son buenos y perfectos si esta penitencia está fundada en mí, a la luz de la discreción, es decir, del conocimiento de sí mismos y de mí con mucha humildad, más dispuestos a juzgar según mi voluntad que según la de los hombres.

Si no fueran así, verdaderamente humildes y revestidos de mi bondad, obrarían muchas veces contra la perfección, constituyéndose en jueces de los que no van por su mismo camino[232]. ¿Sabes por qué les sucedería esto a estos tales? Por haber puesto más cuidado y deseo en mortificar el cuerpo que en matar la propia voluntad. Estos siempre quieren elegir a su gusto tiempos, lugares y consuelos espirituales, y aun las tribulaciones del mundo y las batallas del demonio, como te explicaré en el segundo estado imperfecto.

Suelen éstos decir, engañándolos a sí mismos su propia voluntad, la que yo llamé voluntad espiritual: «Yo quisiera esta consolación y no estos combates y tentaciones del demonio. Y no lo digo ciertamente por mí, sino para agradar más a Dios y tenerle más por la gracia en mi alma, ya que me parece tenerle más y que le sirvo mejor de esta manera que de la otra».

De esta manera, muchas veces caen en tristeza y hastío, se hacen insoportables a sí mismos. Van contra su misma perfección sin percatarse de ello, ni de que se oculta allí dentro la peste de la soberbia. Sin embargo, en ella han caído, ya que de otra suerte serían verdaderamente humildes y no presuntuosos, verían con mi luz que yo, primera y dulce Verdad, soy quien da disposición, tiempo, lugar, consolaciones o tribulaciones según las necesidades de vues-

---

232 El defecto al que muy posiblemente se veían inclinados, por su misma austeridad de vida, los destinatarios de las mencionadas cartas 64 y 65, y que la Santa tan sabia y discretamente trata de corregir en ellos, es también propio de otras almas parecidas a aquéllas y de todos los tiempos. Por eso son también útiles aquellas enseñanzas dadas en forma general en el *Diálogo,* prescindiendo del hecho histórico concreto, que les dieron origen. Las observaciones de Santa Catalina sobre la mentalidad y reacción de estos «espirituales» supone un conocimiento psicológico hondo, minucioso y exacto; intransigencia en la orientación de los demás por sus mismos caminos; amargura interior, desazón cuando no pueden seguir *su* camino; terquedad de juicio, etc.

tra salud y para la perfección del alma que yo he elegido.

Verían también que todo lo doy por amor, y que, por tanto, con amor y reverencia lo deben recibir. Como hacen los segundos, es decir, los que están llegando al tercer estado, de los cuales te hablaré explicándote los dos estados que hay en esta luz perfectísima.

3.ª La iluminación interior, cuyos efectos son:

a) Identifica la voluntad propia con la de Dios en el seguimiento perfecto de Jesucristo

[Cap. C.] Estos terceros, que son los que siguen a los segundos, son perfectos en cualquier estado que estén, y todo lo que yo permito respecto a ellos lo reciben con la debida reverencia, según dije en el tercer estado unitivo del alma. Estos se consideran dignos de las penas y contradicciones del mundo y de la privación de sus consuelos, vengan de donde vengan.

Como se juzgan dignos de los sufrimientos, se juzgan indignos de la recompensa que por el sufrimiento les puede venir. Estos en su luz han conocido y gustado mi eterna voluntad, que no quiere otra cosa más que vuestro bien. Y todo lo que os doy o permito es para que seáis santificados en mí.

Después que el alma ha conocido mi voluntad y se ha revestido de ella, ya no piensa en otra cosa más que en buscar el modo de conservar y crecer en este estado perfecto para gloria y alabanza de mi Nombre. Abre los ojos de su inteligencia con la luz de la fe en el objeto de su visión: Cristo crucificado, mi unigénito Hijo[233]. Ama y sigue su doctrina, que es regla y camino para perfectos e imperfectos[234]. Y ve que este Cordero enamorado que es mi Verdad le da doctrina de perfección, y, viéndola, se enamora de ella. Esta perfección es la misma que conoció contemplando este dulce y amoroso Verbo, Hijo mío unigénito, que se alimentó en la mesa del santo deseo[235] en busca del honor de

---

233 El alma, para gloria de Dios, busca el conocimiento interno de Jesucristo.

234 Para amarle más y seguir su doctrina.

235 *Mi comida es hacer la voluntad del Padre, que me envió* (Io. 4,34 «Parece que este dulce Verbo hiciese como el águila, que fija sus ojos en el sol y siempre desde lo alto ve el alimento que quiere arrebatar; y, viéndolo en la tierra, viene y lo arrebata, y luego, otra vez en la altura, se lo come. Así, el dulce Jesús, Aguila nuestra, mira el sol de la voluntad eterna del Padre, y en ella ve la ofensa y la rebelión cometidas contra El por la criatura. En la tierra de la criatura, vista en la altura del Padre, ha visto la comida que debe tomar. Su comida es ésta; cumplir con su obediencia en el hombre, desobediente y rebelde contra Dios en esta tierra, la verdad del Padre, devolverle la gracia y sacarle de la esclavitud del demonio... Vista la comida que el Padre le ha destinado..., se la lleva a lo alto de la santísima cruz y allí la come con enajenado e inefable deseo...» (*Carta* 259, *a Tomás de Albiano*, IV, 94).

mí, Padre Eterno, y vuestra salud [236]. Y con este deseo corrió con gran solicitud a la afrentosa muerte de cruz y cumplió la obediencia que le fué impuesta por mí, Padre, sin rehusar ni trabajos ni oprobios, sin desdeñarlos por vuestra ingratitud e ignorancia al no reconocer tantos beneficios como se os hacían; ni por la persecución de los judíos, ni por los escarnios, baldones, murmuraciones y griterío del pueblo [237]. Por el contrario, todo lo pasó, como verdadero capitán y verdadero caballero, al que yo había puesto en el campo de batalla para que os librara de las manos del demonio y para que fueseis libres y arrancados de la servidumbre más perversa que pudierais padecer. Y para que os enseñase el camino, la doctrina y la regla de vida y pudieseis llegar a la puerta, esto es, a mí, Vida Eterna, con la llave de su preciosa sangre, derramada con tanto fuego de amor y con odio y aborrecimiento de vuestros pecados.

Como si este dulce y amoroso Verbo, mi Hijo, os dijera: «He aquí que yo os he batido el camino y os he abierto la puerta con mi sangre [238]. No seáis, pues, negligentes en seguirlo sentándoos en vuestro amor propio y en la ignorancia, que no os permite conocer el camino, y en la presunción de querer elegir el servirme a mí a vuestro gusto y no a mi gusto, porque yo os he trazado el camino recto con mi Verdad de Verbo encarnado y os lo he batido con mi sangre».

Levantaos, pues, inmediatamente y seguidle, porque nadie puede venir a mi, Padre, si no es por El. *El es el camino y la puerta por la que debéis entrar en mí, mar pacífico* [239].

Cuando un alma ha llegado a gustar esta luz, después que lo ha visto y conocido tan sabrosamente, corre como enamorada y con ansias de amor a la mesa del santo deseo. Y no se fija en sí misma, buscando el propio consuelo espiritual o temporal, sino, como quien ha anegado la propia voluntad en esta luz y conocimiento, no rehusa trabajo alguno que por cualquier parte le pueda venir; al contrario, pasando por oprobios y tentaciones del diablo y murmuraciones de los hombres, come en la mesa de la santísima cruz el alimento de mi honra, Dios Eterno, y de la salud de las almas [240].

---

236 Móvil de toda la redención y vida de Jesús: la gloria del Padre.

237 No rehusa trabajos ni vituperios... aunque no se reconozca su amor en pasarlos por nosotros.

238 Traza el *camino* y promulga las leyes de santidad de todo el Cuerpo místico. Vence los enemigos que hay en nosotros para el perfecto cumplimiento de la voluntad de Dios.

239 La invitación es apremiante, porque ha «batido el camino», en términos estrictamente castrenses, con su propia sangre.

240 Seguir a Jesucristo conduce a una identificación de juicio y de voluntades frente al dolor y a la humillación. Como Jesucristo, «come sobre la mesa de la santísima cruz la comida de la gloria de Dios y la salvación de las almas». No se contenta con desearlas. También su *comida*—como la de Cristo—es hacer la voluntad del Padre, que le envió.

b) Desinterés, despojo del propio querer

Y no busca remuneración alguna ni de mí ni de las otras criaturas, porque se ha despojado del amor mercenario; ha dejado de amarme por propio interés y se ha revestido de luz perfecta, y me ama pura y desinteresadamente, y no ama otra cosa sino la gloria y alabanza de mi nombre, y no me sirve a mí por gusto propio, ni al prójimo por propia utilidad, sino sólo por amor.

Estos se han perdido a sí mismos y se han despojado del hombre viejo, es decir, de la propia sensualidad, y se han revestido del hombre nuevo, Cristo, dulce Jesús, mi Verdad, siguiéndole virilmente. Estos son los que se sientan a la mesa del santo deseo y han puesto más cuidado en matar la propia voluntad que en matar y mortificar el cuerpo[241].

Ciertamente, han mortificado su propio cuerpo, pero no como cosa principal, sino que lo han usado como instrumento que los ayuda a matar su propia voluntad, según te dije declarándote más arriba aquellas palabras: «Yo quiero pocas palabras y muchas obras». Y así debéis obrar, porque la mira principal debe ser siempre la de matar la voluntad para que no busque ni quiera otra cosa que seguir mi dulce Verdad, Cristo crucificado, buscando el honor y la gloria de mi nombre y la salud de las almas.

Los que viven en esta dulce luz así lo hacen, y por esto permanecen siempre en paz y sosiego de espíritu. Nadie les sirve de escándalo, porque han quitado lo único que podía escandalizarlos, es decir, la propia voluntad. Todas las persecuciones que el mundo o el demonio mueven contra ellos se deslizan debajo de sus pies. Metidos en el agua de muchas tribulaciones y tentaciones, no los daña, porque están asidos a la rama del deseo ardiente.

Todo les es motivo de gozo. No se erigen en jueces ni de mis servidores ni de criatura alguna racional. Al contrario, se gozan de cuanto ven y dicen: *Gracias a ti, Padre Eterno, porque en tu casa hay muchas mansiones*[242]. Esta diversidad les proporciona más gozo que si vieran a todos los hombres ir por un mismo camino, ya que así ven manifestarse más la grandeza de mi bondad. De todo se gozan y—como de la rosa—de todo extraen su suave perfume.

Y se edifican no solamente con el bien, sino que ni aun de lo que claramente es pecado quieren juzgar. Con santa y verdadera compasión me piden por ellos y con perfecta

---

241 Ahora aparece clarísimo el contraste entre los que se aferran a poner en la mortificación su principal objetivo y los que, más perfectamente iluminados, siguen el itinerario que con mano maestra acaba de trazar la Santa.

242 Io. 14,2.

humildad dicen: «Hoy tú y mañana yo, si la gracia divina no me guarda».

¡Oh hija queridísima! Enamórate de este dulce y excelente estado y fíjate en estos que corren con esta gloriosa luz y en su excelencia por haber santificado su espíritu y haberse sentado en la mesa del santo deseo. Por medio de la luz han llegado a alimentarse del manjar de las almas a fin de honrarme a mí, Padre Eterno, y se han revestido del dulce vestido del Cordero, mi Hijo unigénito, es decir, de su doctrina, con inflamada caridad.

c) No juzgan la voluntad de los hombres en todo acontecimiento, sino tienen en cuenta sólo la voluntad de Dios

Estos no pierden el tiempo haciendo juicios falsos ni sobre mis siervos ni sobre los siervos del mundo y no se escandalizan por ninguna murmuración, tanto si va dirigida contra ellos como si va contra otros. Si la calumnia va dirigida a ellos, se sienten felices de poder sufrir por mi Nombre, y si va dirigida contra los demás, la sufren con compasión del prójimo, no murmurando contra el que la ha levantado o para el que es objeto de la misma, porque su amor está ordenado en mí, Dios Eterno, y en el prójimo [243]. Y porque está ordenado su amor, hija queridísima, jamás se escandalizan de aquellos que aman ni de ninguna criatura racional, pues su parecer está muerto y no juzgan la voluntad de los hombres, sino la voluntad de mi clemencia.

Estos observan la doctrina que te fué dada, como sabes, al principio de tu vida por mi Verdad cuando tú le pedías con grande deseo poder llegar a la pureza perfecta. Mientras ibas pensando de qué manera podrías llegar a ella, recuerdas que se te respondió, estando arrobada, sobre este santo deseo tuyo. No solamente en tu espíritu, sino también en tus oídos, resonó una voz tan fuerte, que volviste en ti. Te decía mi Verdad: ¿Quieres llegar a la pureza perfecta y verte libre de los escándalos, de modo que tu espíritu jamás se escandalice por cosa alguna? Procura unirte a mí siempre por afecto de amor, porque yo soy la suma y eterna pureza y soy aquel fuego que purifica el alma; por esto. cuanto más el alma se acerca a mí, tanto más pura se vuelve, y cuanto más de mí se aleja, se vuelve más inmunda. Por esto caen los hombres en tantas maldades, por estar separados de mí; pero el alma que a mí se une sin interposiciones de nadie participa de mi pureza.

Otra cosa te conviene hacer para llegar a esta unión y

---

243 Sigue el contraste con los descritos anteriormente; éstos evitan el injusto juicio acerca del prójimo; juzgan la voluntad de Dios en los acontecimientos, no la del instrumento humano que providencialmente interviene en ellos.

pureza: no juzgar jamás en cualquier cosa que vieras hacer u oyeres decir, ya sea contra ti o contra otros. No es la voluntad del hombre, sino mi voluntad, la que obra en ellos y en ti. Y esto es lo que debes ver y juzgar.

Y, si vieras algún pecado o culpa manifiesta, saca de aquellas espinas la rosa. Quiero decir que me lo ofrezcas con santa compasión. Y en las injurias que te hicieren, juzga que mi voluntad lo permite para poner a prueba la virtud en ti y en los otros siervos míos; juzga que lo hace como instrumentos puestos por mí, viendo que muchas veces obrarán con buena intención, ya que nadie puede juzgar el oculto corazón del hombre.

Lo que no veas que sea expresa e indudablemente pecado mortal, no lo juzgues en tu mente sino como la manifestación de mi voluntad en ellos, y, cuando tengas seguridad de que lo es, guárdate de juzgarlo; compadécelo solamente. De esta manera llegarás a la perfecta pureza, porque, obrando así, tu espíritu no se escandalizará ni en mí ni en tu prójimo. El desprecio y el desdén recaen sobre vuestro prójimo cuando juzgáis que en ellos obra su voluntad depravada para con vosotros y no mi voluntad obrando en ellos. Este desdén y escándalo aparta el alma de mí e impide la perfección y a veces quita la gracia, más o menos según la gravedad del desprecio y del odio concebido contra el prójimo a consecuencia de estos juicios.

Al contrario sucede con el alma que juzga mi voluntad como te he dicho. Mi voluntad no quiere más que vuestro bien, y cuanto doy o permito, lo permito y lo doy para que consigáis vuestro fin, para el cual yo os crié. El alma que está siempre en el amor del prójimo permanece siempre en el mío, y, estando en el mío, está unida a mí. Te es necesario, por tanto, si quieres llegar a la pureza que me pides, hacer estas tres cosas principales, a saber: unirte a mí por afecto de amor, teniendo siempre presentes en tu memoria los beneficios recibidos de mí; contemplar con los ojos de tu inteligencia el afecto de mi caridad, con la que os amo inestimablemente, y juzgar, en la voluntad de los hombres, mi voluntad y no la mala voluntad de ellos. Porque su juez soy yo; yo y no vosotros. De esto te vendrá toda perfección.

Esta fué la doctrina que te dió mi Verdad, si te acuerdas. Te digo ahora, queridísima hija, que estos que, según te dije, parecían haber aprendido esta doctrina, gustan de antemano en esta vida las arras de la vida eterna.

Si tienes presente esta doctrina, no caerás en los engaños del demonio, porque los conocerás, ni en aquel otro engaño sobre el que me has preguntado.

Sin embargo, para satisfacer tu deseo, te hablaré más

ampliamente de él y te explicaré por qué no podéis juzgar para condenar, sino para compadecer.

d) Los guiados por esta tercera iluminación interior pregustan ya la felicidad eterna

[Cap. CI.] ¿Por qué te dije que pregustaban en vida las arras de vida eterna? Digo que reciben las arras, mas no la herencia, porque esperan recibirla en mí, vida perdurable, donde hay vida sin muerte, y saciedad sin fastidio, y hambre sin pena, porque la pena del hambre está muy lejos, porque éstos tienen lo que desean, como lejos está el fastidio de la hartura, porque yo les soy manjar de vida sin posible deficiencia.

Es cierto que en esta vida reciben y gustan las arras de la eterna de esta manera: el alma empieza a sentirse hambrienta del honor de mí, Dios Eterno, y de la comida de la salud de las almas. Por esa hambre se alimenta el alma y se nutre da la caridad del prójimo. Esta hambre y deseo les sirven de manjar, de modo que, alimentándose, jamás se hartan, porque son insaciables, y así tienen hambre continua. Las arras son un principio de seguridad que se da al hombre por las que espera recibir luego la herencia. No que las arras sean perfectas en sí, sino por la fianza y certeza que dan de que un día se llegará a cobrar la herencia entera.

Lo mismo sucede con el alma enamorada y revestida de la doctrina de mi Verdad que ha recibido ya en esta vida las arras de mi caridad y del amor de su prójimo; no es todavía perfecta, pero espera la perfección de la vida inmortal.

Digo que estas arras no son perfectas. El alma que las gusta no posee todavía esta perfección que le impida sentir pena en sí misma y por los demás. En sí, cuando me ofende, por esta ley perversa ligada a sus miembros que combate contra el espíritu. Por los demás, cuando me ofende su prójimo. Es perfecto en cuanto a la gracia, pero no tiene la perfección de mis santos, que han llegado ya a mí, vida perdurable, cuyos deseos son sin pena, y los vuestros con ella.

Estos mis siervos, que, como te dije en otro lugar, se alimentan en la mesa de estos santos deseos, son bienaventurados y sufren a la vez, como era feliz y sufría mi unigénito Hijo en el leño de la santísima cruz. Su carne sufría y era atormentada, y era feliz, por otra parte, por su unión con la naturaleza divina. Así éstos son bienaventurados por la unión de su deseo conmigo, como he dicho, vestidos de mi dulce voluntad, y sufren por la compasión del prójimo y porque mortifican continuamente su propia sensualidad privándose de todo regalo y consuelo sensible.

B) Modo de corregir sin faltar contra el prójimo

a) Consejos generales

[Cap. CII.] Atienda ahora, hija muy querida. Para que mejor entiendas lo que me pediste, te he hablado de la luz general, es decir, de la caridad que todos debéis tener en cualquier estado que os encontréis.

Te hablé también de los que están en la luz perfecta, y en la que he distinguido dos variedades: la de aquellos que se levantan del mundo y procuran mortificar su cuerpo y la de aquellos que en todo matan la propia voluntad. Estos son los perfectos, que se nutren en la mesa del santo deseo.

Te hablaré ahora en particular a ti, y, dirigiéndome a ti, hablaré también a los demás, y cumpliré tu deseo.

Quiero que principalmente hagas tres cosas para que la ignorancia no impida tu perfección, a la que yo te llamo, y para que el demonio, con la capa de la virtud de la caridad del prójimo, no fomente en tu alma la raíz de la presunción. De ésta vendrías a caer en los falsos juicios, que yo te he prohibido, pareciéndote juzgar rectamente, y juzgarías mal siguiendo tu modo de ver. Muchas veces el demonio, bajo apariencia de verdad, te conduciría a la mentira. Te tentaría para que te constituyeses en juez de la mente e intenciones de las demás criaturas racionales, que sólo a mí toca juzgar. La primera cosa que quiero tengas presente es que nunca juzgues sin mesura. La regla que debes seguir es ésta: que si yo no te manifestase expresamente en tu mente, no una ni dos, sino más veces, el defecto de tu prójimo, te guardes de reprender personalmente a aquel en quien crees ver el defecto. Debes, en general, reprender los vicios de quienes te viniesen a visitar y sembrar la virtud caritativamente y con benignidad, uniendo a ésta la severidad cuando comprendieses ser necesario.

Y, aunque te pareciese que yo te manifiesto muchas veces los defectos ajenos, si no ves ser expresa revelación mía, como te he dicho, tampoco digas nada en particular, sino aténte a la parte más segura para escapar del engaño y malicia del demonio. Porque lo que él pretende con este anzuelo del buen deseo es inducirte a que juzgues muchas veces de lo que en realidad no hay en el prójimo. Y con esto le serías motivo de escándalo muchas veces.

Por tanto, tu boca guarde el silencio o santa exhortación a la virtud despreciando el vicio. Y si creyeres ver algún pecado en otro, repréndete a ti misma juntamente con él, procediendo siempre con verdadera humildad, y, si en realidad tal vicio estuviera en aquella persona, se corregirá mejor viéndose tan dulcemente aludida y se verá obligada a corregirse por esta agradable reprensión; te dirá ella a ti

lo que tú querías decirle a ella y podrás estar segura; habrás cortado el camino al demonio, que no te podrá engañar ni podrá impedir la perfección de tu alma [244].

Quiero además que sepas que no debes fiarte de todo lo que ves. Vuelve las espaldas y no quieras ver. Debes permanecer sólo en el estudio y en el conocimiento de ti misma y en conocer la grandeza de mi bondad; así obran los que han llegado al último estado, que constantemente retornan al valle de su propio conocimiento, sin que les impida éste la altísima unión que en mí han realizado. Esta es una de las tres cosas que te dije quería yo que hicieras para que me sirvas en verdad.

b) En particular, no debe fiarse de lo que sobre la conducta del prójimo le pareciese ver en la oración

[Cap. CIII.] Si llegara el caso que antes me has preguntado, que alguna vez, al rogar particularmente por alguna criatura, vieses durante tu oración en aquel por el cual pides alguna luz de gracia, y en algún otro no, siendo ambos, sin embargo, siervos míos, mas que te pareciera verle a este último envuelto en tinieblas, no debes, con todo, juzgar a este último culpable de algún pecado grave, porque muchas veces tu juicio sería falso.

Quiero que sepas que, al rogarme tú alguna vez por una misma persona, te sucederá verla con una luz y con el deseo santo delante de mí, tanto que te parecerá que tu alma se dilata a la vista de su bien, según pide el afecto de la caridad que cada uno se alegre del bien del otro. Pero otras veces te parecerá verle como si su espíritu estuviera muy lejos de mí y lleno de tinieblas y tentaciones, hasta el punto de causarte pena el rogar por ella en mi presencia. Puede ser debido, a veces, a que ha cometido alguna culpa aquel por quien ruegas. La mayor parte de las veces, no obstante, no será por culpa suya, sino porque yo, Dios Eterno, me habré separado de aquella alma, como muchas veces lo hago, para que llegue a la perfección, según te expliqué en los estados del alma. Me habré retirado de ella por el sen-

---

244 En la misma *Carta* 65, *a Daniela de Orvieto*, en la que esta enseñanza sobre el modo de corregir tiene una aplicación personal inmediata, la Santa pone en práctica los consejos que da: «Siento, miserable de mí, no haber seguido esta doctrina verdadera; más aún, he obrado al revés, y creo haber caído muchas veces en disgusto y juicio del prójimo» (I, 375). ¡Con qué delicadeza y eficacia, siguiendo el mismo sistema, le advierte en otra carta de su falta de «discreción», tal como nos la ha explicado la Santa: «Te invito a ti y a mí a hacer lo que confieso no haber hecho en el tiempo pasado con la perfección que debía. No te ha sucedido a ti como a mí; es decir, de haber tenido y de tener muchos defectos y de haber vivido más bien con amplitud y no con estrechez; pero tú, que has querido sujetar los bríos de tu cuerpo joven para que no se rebelase contra el alma, has tomado el camino opuesto, de tal manera que parece sales fuera del orden de la discreción» (carta 213, III, 308).

timiento de mi presencia, pero no en cuanto a la gracia; no le he quitado más que el sentimiento de dulzura y de consuelo. Por esto tiene la mente estéril, enjuta y apenada. Esta tristeza y pena es la que yo hago sentir al alma que ruega por aquél. Y lo hago por gracia mía, por este amor que yo tengo a esta alma objeto de tus plegarias, con objeto de que el que ruega por él le ayude a disipar la nube que cubre su espíritu.

Ves, pues, queridísima y dulcísima hija, cuán ignorante sería y digno de reprensión este juicio que tú u otros formularais, por una simple apariencia, sobre esta alma, creyendo que en ella hay pecado por habértela manifestado yo envuelta en tinieblas. Has podido ver, por el contrario, que ella no está privada de la gracia, sino del sentimiento de aquella dulzura que yo le he dado a gustar.

Quiero, pues, que os entreguéis tú y los otros siervos míos a conoceros perfectamente a vosotros mismos para que podáis conocer más perfectamente mi bondad en vosotros. Dejad a mí este y cualquier otro juicio, porque me pertenece a mí y no a vosotros. Dejad el juicio que es mío y tomad la compasión con hambre de mi honor y salud de las almas. Anunciad la virtud con angustioso deseo y reprended el vicio en vosotros y en los demás de la manera que antes te he explicado.

Así vendrás a mí en verdad y demostrarás haber tenido presente y haber observado la doctrina, que te fué dada por medio de mi Verdad: de juzgar mi voluntad y no la de los hombres. Y así debes obrar si quieres poseer la virtud de un modo puro y permanecer en la última perfectísima y gloriosa luz, alimentándote en la mesa del santo deseo del manjar de las almas para gloria y alabanza de mi Nombre.

C) Los caminos de la penitencia no son iguales para todos ni ponen en ella el fundamento de la santidad

[Cap. CIV.] Acabo de exponerte, queridísima hija, dos reglas, a las que ahora añadiré la tercera, y a la que quiero prestes atención.

Repréndete a ti misma, si alguna vez el demonio o tu ignorancia te empujan a querer dirigir a todos mis siervos por el mismo camino por el que tú caminas. Esto sería contrario a la doctrina que te ha dado mi Verdad[245].

Porque sucede muchas veces, al ver que muchos andan por el camino de abundantes penitencias, querer que todos pasen por el mismo camino, y, si ve que no caminan por él, se entristece y se escandaliza, pareciéndole que no obran

[245] Reanuda las enseñanzas sobre el lugar que debe ocupar la mortificación en la vida espiritual, que había sido el tema de la primera ilustración complementaria.

bien. Mira cuán engañado está quien así juzga, porque muchas veces sucederá que obrará mucho mejor el que a él le parece obra mal por hacer menos penitencia y será más virtuoso, aunque no haga tanta penitencia, que aquel que de él murmura. Por esto te dije antes que los que se alimentan en la mesa de la penitencia, si no tienen además una verdadera humildad y no han puesto su penitencia como principal afecto, sino como instrumento de virtud, muchas veces por esta murmuración comprometerán su misma perfección. No sean ignorantes; comprendan que la perfección no consiste solamente en macerar y en matar el cuerpo, sino en matar la propia voluntad perversa. Debéis desear, y quiero que tú desees, que todos vayan por este camino de la voluntad abnegada y sometida a mi dulce voluntad.

Esta es la doctrina de la luz; de aquella gloriosa luz con que el alma corre enamorada y vestida de mi Verdad. No que yo desprecie la penitencia, puesto que sirve para mortificar el cuerpo cuando quiere rebelarse contra el espíritu. Lo que no quiero, queridísima hija, es que tú la pongas por regla a nadie. No todos los cuerpos son iguales ni tienen la misma complexión fuerte, porque unos tienen naturaleza más fuerte que otros. Además, sucede con frecuencia que la penitencia empezada conviene dejarla por causas que sobrevienen. Ahora bien: si la hubieras tomado tú misma o la hubieras hecho tomar a otros como fundamento, la echaríais de menos, y seríais imperfectos y os faltaría la consolación y la virtud en el alma. Al veros privados de lo que amabais y en lo que habíais puesto vuestro principio, os parecería estar privados de mí. Y, al pareceros estar privados de mi bondad, caeríais en el tedio y en grandísima tristeza, amargura y confusión.

Perderíais así el ejercicio de esta oración ferviente, a la que os habíais acostumbrado cuando hacíais vuestras penitencias. Dejadas éstas, por muchas causas que pueden sobrevenir, no encontraríais en la oración el sabor que antes encontrabais, por haber puesto el fundamento principal del alma en la penitencia y no en el angustioso deseo; deseo, digo, de las virtudes verdaderas y operantes.

Puedes ver así cuantos males se seguirían de la penitencia tomada como fundamento de la perfección; obraríais como ignorantes, y caeríais en la murmuración para con mis siervos y en tedio y en amargura, y procuraríais hacer sólo acciones finitas y ofrecérmelas a mí, que soy bien infinito, cuando lo que os pido es deseo infinito.

Poned, pues, el fundamento en matar y abnegar la propia voluntad, y con esta voluntad sometida a la mía me daréis este dulce, hambriento e infinito deseo en busca de mi

honor y de la salud de las almas. Así os alimentaréis en la mesa del santo deseo, que no se escandaliza jamás ni de sí mismo ni del prójimo, sino que se alegra y sabe recoger los frutos de los diversos y variados movimientos que yo imprimo a cada alma.

No obran, por desgracia, así los miserables que no siguen esta doctrina, dulce y recto camino dado por mi Verdad; por el contrario, juzgan según su ceguera y corto entender y andan como frenéticos, y se privan del bien de la tierra y del bien del cielo. Y ya en esta vida, como en otra parte te dije, gustan las arras del infierno.

D) Resumen de las enseñanzas precedentes

[Cap. CV.] Acabo de decirte, querida hija, accediendo a tus deseos, de qué modo debes reprender a tu prójimo, si no quieres ser engañada del demonio ni de tu corto entender; que debes reprender de un modo general y no particularmente, de no interponerse una expresa revelación mía, y siempre con humildad, reprendiéndote a ti juntamente con ellos.

Te he dicho también y te repito que en modo alguno te es lícito juzgar de nadie, ni en común ni en particular, sobre las intenciones de mis siervos, te parezcan buenas o menos buenas. Y te he dicho la razón por la que tú no puedes juzgar y por la que, si juzgas, te engañarías en tus juicios. Compasión es lo que debéis tener tú y los demás y dejar a mí el juicio.

Te he dicho también la doctrina sobre la perfección y en qué debes poner el fundamento principal de la misma para quienes vinieren a ti a buscar consejo y que quisieran salir de las tinieblas del pecado mortal y seguir el camino de las virtudes; debes darles, por principio y fundamento, el afecto y el amor de la virtud en el conocimiento de sí mismos y de mi bondad en ellos [246]; que maten y abneguen su propia voluntad para que en nada se rebelen contra mí. Y que la penitencia les sea como instrumento y no constituya el principal objetivo, como he dicho, ya que no puede ser igual para todos, sino distinto, según la capacidad y posibilidad de cada uno, quién más, quiénes menos, según sus fuerzas.

Y, puesto que te dije no te era lícito reprender más que de un modo general, según el modo indicado, como así es en verdad, no quisiera, con todo, que, si vieras de un modo claro un defecto, no lo puedas corregir entre tú y él. Puedes ciertamente. Más todavía: si se obstinara en no corregirse,

---

[246] Frente al afán inmoderado de mortificación corporal, de penitencias sin discreción, opone este otro principio y fundamento: amor de las virtudes en el conocimiento propio y de la bondad de Dios en sí y matar la propia voluntad.

lo puedes manifestar a dos o tres. Y, si esto no aprovecha, darlo a conocer al Cuerpo místico de la santa Iglesia [247]. Pero lo que te he dicho es que no te es lícito juzgar por la simple apariencia o según tu apreciación personal. Aun viéndolo con tus propios ojos, no debes por esto cambiar de actitud. Si vieras claramente la verdad, sin duda posible o por expresa revelación mía, no debes reprender más que en la forma que te dije. Esta es para ti la regla más segura, a fin de que el demonio no pueda engañarte bajo capa de caridad con el prójimo.

Con esto, querida hija, acabo de declararte lo que en este punto es necesario para conservar y aumentar la perfección en tu alma.

E) Discreción de consolaciones

a) La alegría de la consolación, cuando ésta viene de Dios, va acompañada del deseo vehemente de la virtud, de la humildad y del amor ardiente

[Cap. CVI.] Te explicaré ahora lo que tú me has preguntado a propósito de la señal que doy a un alma para que puedas saber si la visita que recibe bajo forma de visión o de consolación procede realmente de mí o no.

Esta señal es la alegría que queda en el alma después de mi visita, y el hambre de la virtud, y especialmente el quedar ungida con la virtud de la verdadera humildad y abrasada en el fuego de la caridad divina.

Pero, ya que me has preguntado sobre el peligro de engañarse en la alegría misma (puesto que, de conocerlo, querrías atenerte a lo más seguro, es decir, a la señal de la virtud, que no puede ser engañada), te diré en qué puede estar el engaño y en qué conocerás si se trata o no de la verdadera alegría.

El engaño puede ser éste:

Quiero que sepas que todo lo que una criatura ama y desea poseer es para ella una fuente de alegría cuando llega a poseerlo, y cuanto más ama aquella cosa que tiene, menos ve y con menos prudencia se aplica a conocer de dónde le viene. Tan apegado tiene el gusto a esta consolación, que la misma alegría en poseer la cosa que ama no se lo deja ver ni pone cuidado en discernirlo.

Así, los que se deleitan grandemente y aman los consuelos espirituales, van en busca de las visiones y ponen su afecto más en el deleite del consuelo que en mí; a la manera que te dije de aquellos que estaban todavía en estado imperfecto, que se fijaban más en el don de las consolaciones

[247] Mt. 18,15-17.

que recibían de mí, que soy el dador, que en el afecto de caridad con que yo se las doy.

En esto puede estar el engaño: en su misma alegría, además de los otros engaños de los que te he hablado ampliamente en otra parte. ¿Cómo caen en él? Te lo diré. Después de haber concebido un gran amor por las consolaciones, cuando las han recibido en forma de visión o de otra manera, sienten gran alegría, porque poseen lo que tanto amaban y deseaban. Y algunas veces, aunque les viniera del demonio, sentirían igualmente aquella alegría. Se trataría entonces de aquella alegría que te dije que procede del demonio, que, si al principio causa alegría, acaba con tristeza, inquietud de conciencia y vacío del deseo de la virtud. Algunas veces, el alma tendrá esta alegría y acabará su oración sin que le haya desaparecido. Pero, si esta alegría no va acompañada de un deseo ardiente de la virtud, ungida de humildad y abrasada en el horno de mi divina caridad. aquella visita y consolación y visión que ha recibido es del demonio, no mía, a pesar de la apariencia de aquella alegría. Si no va unida esta alegría a este deseo de la virtud, como te he dicho, puedes considerarla manifiestamente una alegría nacida únicamente de este apego que ella tenía a su propia consolación espiritual; se goza porque posee lo que deseaba. Porque condición es del amor, de cualquier clase que sea, sentir alegría cuando se posee lo que se ama.

No te fíes, pues, de la sola alegría, aunque te durase mientras sientes la consolación y aún más. El amor ignorante de esta alegría no se percataría del engaño del demonio al no proceder con prudencia. Que, si procedes con prudencia, verás si esta alegría va unida o no con el deseo de la virtud, y así conocerás si procedía de mí o del demonio la visita recibida en tu espíritu.

Esta es la señal por la que podrás conocer cuándo soy yo quien visita al alma: si la alegría que en ti causa está unida o no con el deseo de la virtud. Esta es en realidad la señal que demuestra lo que es engaño y lo que no lo es. Lo que distingue la alegría dada por mí de la que te fuere dada por tu amor propio espiritual, es decir, por este amor y este apego que experimentas a tu propia consolación, es la siguiente: la alegría que procede de mí está unida a la voluntad de la virtud, mientras que la que viene del demonio es pura alegría, y el que la experimenta, acaba por constatar que no es más virtuoso que antes. Esta alegría procede del amor de la propia consolación.

b) Cómo proceden en estas ocasiones los que no están apegados y los que están apegados a la consolación

Quiero que sepas que no todos son engañados con esta alegría, sino solamente los imperfectos, que están pendientes del gusto y del consuelo, y se fijan más en el don que en mí, que soy el dador. Los que limpiamente, sin interés propio alguno, consideran solamente, abrasados de amor, el amor con que doy y no el don, y aprecian el don por mí, que se lo doy, y no por su propio consuelo, éstos no pueden ser engañados por esta alegría. Para ellos es ésta una señal cierta, cuando el demonio, queriendo engañarlos, se reviste, a veces, de forma luminosa para mostrarse a su espíritu, y produciendo en ellos al momento una alegría grande. Pero ellos, ya que no están apasionados por el amor de los consuelos espirituales, juzgando con prudencia, conocen con certeza su engaño al desaparecer muy pronto la alegría y verse sumergidos en tinieblas. Por esto se humillan con verdadero conocimiento de sí y desprecian toda consolación y abrazan estrechamente la doctrina de mi verdad. Confundido el demonio, no volverá jamás, o raras veces, en esta forma[248].

Pero aquellos que, por el contrario, viven pendientes del propio consuelo, algunas veces lo tendrán, y reconocerán su engaño del modo dicho al hallar la alegría sin la virtud, es decir, al ver que no salen de aquel trance con humildad y verdadera caridad, hambre de mi honra y de la salud de las almas.

Esto hace mi bondad proveyendo para todos vosotros, perfectos e imperfectos y en cualquier estado que estéis, para que no caigáis en ningún engaño, si queréis conservar en vosotros la luz de la inteligencia que os he dado con la pupila de la santísima fe, sin que os lo dejéis nublar por el demonio ni lo enturbiéis con vuestro amor propio. Porque, si vosotros no la apagáis, nadie la podrá apagar en vosotros.

§ 3. Conclusión

a) Cuánto agradan a Dios las súplicas fervientes

[Cap. CVII.] Acabo de declararte, hija queridísima, de modo completo tus dudas y de iluminar los ojos de tu inteligencia contra todos los engaños del demonio. He satisfecho tu deseo sobre lo que me preguntaste, porque no desprecio el deseo de mis siervos, antes bien doy al que me pide, y os invito a pedirme. Mucho me desagrada el que no llama a la puerta de la sabiduría de mi unigénito Hijo si-

[248] En el capítulo 9 del libro primero de la vida de la Santa escrita por el Beato Raimundo aparece claramente el origen autobiográfico de estas instrucciones sobre el discernimiento de la naturaleza de estas gracias de consolación interior.

guiendo su doctrina. Seguir esta doctrina es llamarme a mí, Padre Eterno, con la voz del santo deseo, con humildes y continuas oraciones.

Yo soy este Padre que os da el pan de la gracia por la puerta de mi dulce Verdad. Para probar vuestros deseos y vuestra perseverancia, hago algunas veces como si no os oyera. Pero os oigo y os doy lo que necesitáis. Soy yo quien os da el hambre y la voz con que clamáis a mí. Y, viendo vuestra constancia, satisfago vuestros deseos cuando son ordenados y dirigidos a mí.

A este llamarme os invitó mi Verdad cuando dijo: *Llamad y se os contestará, tocad la puerta y se os abrirá, pedid y se os dará* [249]. Y de este modo digo que quiero que obres. Jamás desmaye tu deseo en pedir mi favor. Ni bajes tu voz al clamar a mí para que haga misericordia con el mundo. No ceses de llamar a la puerta de mi Verdad, siguiendo sus huellas; deléitate en la cruz con El, comiendo el manjar del alma para gloria y alabanza de mi Nombre. Con ansiedad de corazón, no dejes de gemir [250] sobre el cadáver del Hijo del linaje humano, al que ves sumido en tanta miseria, que no hay lengua capaz de explicar. Por este gemido y clamor tuyos haré misericordia al mundo.

Esto es lo que yo pido a mis siervos y esto será para mí señal de que en verdad me amas. Yo no despreciaré sus deseos, como te he dicho».

b) Acción de gracias y peticiones de la Santa

[Cap. CVIII.] Entonces verdaderamente ebria y fuera de sí, privado el cuerpo de sus sentidos por la unión de amor hecha con su Creador, elevado su espíritu y contemplando los ojos de su inteligencia la Verdad eterna y enamorada de esta Verdad por haberla conocido, decía:

«¡Oh suma y eterna bondad de Dios! ¿Quién soy yo, miserable, para que tú, Sumo y Eterno Padre, me hayas manifestado tu verdad y los ocultos engaños del demonio y el del propio sentimiento en que yo y otros siervos tuyos podíamos caer durante la peregrinación de esta vida, a fin de que yo no sea engañada ni del demonio ni de mí misma?

¿Quién te movió? El amor. Porque tú me amaste, sin ser amado por mí [250a]. ¡Oh fuego de amor! Gracias sean da-

249 Mt. 7,7.

250 *Mugghiare* en el original, expresión hondamente patética del llanto y del dolor por la pérdida del hijo del linaje humano.

250a En el alma ardiente de Catalina se vuelven ascuas los conceptos, que en Santo Tomás parecen cernirse en la esfera serena, imperturbable, de la pura y fría luminosidad intelectual: «el amor de Dios es el que *infunde* y *crea* la bondad en las cosas» *(Suma Teológica*, I, q. 20, a. 2), «... en la raíz de toda obra divina aparece la misericordia, cuya virtud o influjo se prolonga en todo lo que se sigue» (ibid., q. 21, a. 4).

das a ti, Padre Eterno. Yo imperfecta y llena de tinieblas, y tú perfecto y todo luz, has querido manifestarme la perfección y el camino luminoso de la doctrina de tu unigénito Hijo. Yo estaba muerta, y me has resucitado. Enferma, y me has dado la medicina. No solamente la medicina de la Sangre, que diste al género humano enfermo por medio de tu Hijo, sino que me has dado una medicina contra una enfermedad oculta, desconocida a mí misma, enseñándome cómo yo no debo juzgar en modo alguno a ninguna criatura, y menos todavía a tus servidores, de los cuales yo, como ciega y enferma de esta enfermedad, bajo apariencia y color de tu honra y salud de las almas, me atreví a juzgar. Por esto, te doy gracias, suma y excelsa bondad, que, al manifestarme tu bondad sin engaño del demonio y mi propia pasión, me has dado a conocer mi enfermedad. Por esto quiero pedirte la gracia y la misericordia de que sea hoy el término y el fin de mi alejamiento de la doctrina que tu bondad ha querido darme a mí y a quienes la quieran seguir.

Sin ti nada se puede hacer. A ti, pues, recurro y me acojo, Padre Eterno, y no te pido por mí sola, ¡ oh Padre !, sino por todo el mundo, y singularmente por el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Que resplandezca en tus ministros esta verdad y doctrina dada por ti, Verdad Eterna, a mí, criatura miserable.

Te pido también especialmente por todos aquellos que me has concedido ame yo con particular amor, y de los que has hecho una sola cosa conmigo. Ellos serán mi consuelo, para gloria y alabanza de tu Nombre, si los veo correr por este dulce y recto camino con toda pureza y muertos a toda voluntad propia y al propio parecer sin ningún juicio o escándalo o murmuración de su prójimo. Te pido, amor dulcísimo, que ninguno de ellos me sea quitado de las manos por el demonio infernal, de modo que al fin de su vida lleguen a ti, Padre Eterno, que eres su fin.

Otra petición quiero hacerte en favor de estas dos columnas, estos dos padres que me has dado en la tierra [251] desde el principio de mi conversión hasta el día de hoy, para que guarden y enseñen a esta débil y miserable que soy yo. Únelos entre sí y de dos cuerpos haz un alma sola. Que no atiendan a otra cosa más que a cumplir en sí mismos y en los ministerios que en sus manos has puesto la gloria y alabanza de tu Nombre en la salvación de las almas. Que yo, indigna y miserable, esclava y no hija, tenga para con ellos la debida reverencia y santo temor por amor de ti y a honra

251 Alude a sus dos confesores: el P. Tomás de la Fuente, su primer confesor, y el Beato Raimundo de Capua.

tuya, para su paz y tranquilidad de espíritu y edificación del prójimo.

Estoy segura, Verdad Eterna, que no despreciarás mi deseo ni las peticiones que te hago, porque yo sé, por haberlo visto según te plugo manifestármelo, y más todavía por experiencia, que acoges los santos deseos. Yo, indigna sierva tuya, me esforzaré, en conformidad con la gracia que de ti reciba, en observar tu mandato y tu doctrina.

¡Oh Padre Eterno! Acuérdome de que me ofreciste, cuando me hablaste de los ministros de la santa Iglesia, que más en particular me hablarías en otra ocasión de las faltas que cometen hoy en día. Así, pues, te suplico me lo digas, si place a tu Bondad hablarme de ello, para que crezca en mí el dolor, la compasión y mi angustiado deseo por el bien de ellos, pues no olvido fuiste tú quien dijiste que con el sufrimiento, lágrimas, dolores, sudores y con la continua oración de tus siervos nos darías consuelo. reformando la santa Iglesia con santos y buenos pastores».

c) Exhortación de Dios a la oración continua

[Cap. CIX.] Entonces, el Dios Eterno, volviendo los ojos de su misericordia y no despreciando el deseo de esta alma, antes bien aceptando sus peticiones, y para satisfacer a la última que la había hecho acerca de lo que El le había prometido, le decía:

«¡Oh queridísima y amadísima hija! Yo satisfaré tu deseo en lo que me has pedido, con tal que de tu parte no cometas ningún error ni incurras en negligencia. Ambos, en efecto, serían más graves para ti y dignos de mayor reprensión ahora que antes, porque has conocido mejor mi Verdad. Sé, pues, solícita en ofrecer oraciones por todas las criaturas racionales y por todo el Cuerpo místico de la santa Iglesia y por aquellos que te he concedido amar con particular amor. No seas negligente en ofrecer oraciones y ejemplo de vida y santa doctrina, reprendiendo el vicio y exhortando a la virtud, según tus posibilidades.

En cuanto a estas dos columnas que te he dado, que en verdad lo son, y de las que tú me has hablado, procura ser tú un medio para dar a cada uno de ellos lo que necesita según su disposición y según lo que yo te dé, ya que sin mí nada podéis hacer, y yo cumpliré vuestros deseos. Mas ni tú ni ellos dejéis de esperar en mí, porque mi providencia no os faltará, y cada uno recibirá humildemente lo que está dispuesto a recibir, y que cada uno administre lo que en sus manos he puesto para administrar según su medida y conforme a lo que han recibido y recibirán aún de mi bondad».

PARTE III

Respuesta a la tercera petición. Reforma de la santa Iglesia

SUMARIO

Esta es la tercera petición. La salvación del mundo debe empezar por los que han sido puestos por Dios—para este mundo corrompido—como la luz y la sal. El Cuerpo místico de la Iglesia—los sacerdotes con la Jerarquía, en el lenguaje del «Diálogo»—necesitaba de modo apremiante en los tiempos de la Santa esta reforma.

El espíritu de fe permite aunar en un mismo corazón, el de Catalina, la reverencia sobrenatural debida a la dignidad y excelencia del sacerdocio con la máxima sinceridad y firmeza en ver y denunciar los pecados con que lo deturpan y el fin al que van a parar en conformidad con la santidad o maldad de vida de los que fueron investidos de tal misión.

Estos son los tres puntos que resumen toda la doctrina de esta tercera parte.

I. Excelencia de los sacerdotes.

A la santidad y grandeza del sacerdocio que han recibido—administradores de la Luz, de la Sangre, ungidos de Dios—debe corresponder la santidad de sus vidas—ángeles de la tierra, desinteresados, celosos...—y la reverencia de los fieles. Por la dignidad de sus funciones, Dios considera hechas a sí las ofensas que a ellos se les hacen. Sus pecados no justifican la irreverencia de los demás. Como el sol, dan luz y calor a las almas, tienen misión de ángeles...

II. Estado de los malos sacerdotes y religiosos.

a) *El fundamento de todos los males es también en ellos el amor propio. De ahí la soberbia, codicia...*
b) *Injustos para con Dios y para consigo mismos.*

c) *Sensuales, a pesar de exigirles el sacerdocio una pureza mayor que la de los ángeles, si fuera posible.*
d) *Los malos superiores; descripción del estado de los religiosos inobservantes.*
c) *Completa el desolado panorama del estado de sacerdotes, religiosos y prelados con la enumeración de vicios y abominaciones y la referencia pormenorizada de acontecimientos de la época.*

III. Fin de los buenos y malos sacerdotes.

Se presenta en dos párrafos el contraste de las postrimerías del sacerdote santo y del que fué infiel a su vocación.

A la exhortación de Dios a «llorar sobre estos muertos» corresponde la ferviente plegaria de la Santa por todos los que constituyen «el Cuerpo místico» de la santa Iglesia.

CAPITULO I

Excelencia y dignidad de los sacerdotes

§ 1. Administradores de la Luz y de la Sangre

[Cap. CX.] «Te respondo ahora a lo que me has preguntado acerca de los ministros de la santa Iglesia. Para que puedas conocer mejor la verdad, abre los ojos de tu entendimiento y considera su excelencia y en qué alta dignidad los he puesto. Las cosas se conocen mejor por sus contrarios. Por esto quiero manifestarte la dignidad de aquellos que administran virtuosamente el tesoro que en sus manos puse. Por ahí comprenderás mejor la desgracia de aquellos que hoy se alimentan en el seno de esta Esposa.»

Entonces aquella alma, por obediencia, se contemplaba en la Verdad, donde veía resplandecer las virtudes de los que en verdad las gustan.

Y Dios Eterno le decía:

«Hija queridísima, primeramente quiero hablarte de la dignidad en la que mi bondad los ha colocado, además del amor general que he tenido para con todas mis criaturas, creándoos a imagen y semejanza mía y creándoos de nuevo a todos a la vida de la gracia en la sangre de mi unigénito Hijo. Fuisteis elevados a tal dignidad por la unión que yo verifiqué de mi Deidad con la naturaleza humana, que en

esto aventajáis y sois superiores a los ángeles, pues yo tomé vuestra naturaleza humana y no la angélica. Así como te dije, yo, Dios, me he hecho hombre, y el hombre, Dios, por la unión de mi naturaleza divina con vuestra naturaleza humana.

Esta grandeza es un beneficio común a todas las criaturas racionales. Pero entre éstas he elegido a los que han de ser mis ministros por vuestra salud, para que por ellos os sea administrada la sangre de mi humilde e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito[1]. A éstos los he encargado yo de que administren el Sol, dándoles la luz de la ciencia, el calor de la divina caridad, el color unido con el calor y con la luz, es decir, la sangre y el cuerpo de mi Hijo.

Este cuerpo es verdaderamente un Sol, porque es una misma cosa conmigo; Sol verdadero, con tal unión, que uno no puede separarse ni dividirse del otro, de la misma manera que el sol no puede dividirse ni se puede separar su calor de la luz, ni la luz de su color, a causa de su perfecta unión.

Este Sol, sin que su esfera se rompa, es decir, sin que se divida, da luz a todo el mundo y a todos los que quieran recibir su calor. No hay inmundicia que pueda mancharlo y su luz está unida siempre con él, como te he dicho.

De esta manera, este Verbo, Hijo mío, con su sangre dulcísima, es Sol, Dios y hombre verdadero, porque es una misma cosa conmigo, y yo con El. Mi potencia no está separada de su sabiduría, ni el calor y fuego del Espíritu Santo lo está de mí, Padre, ni del Hijo, puesto que es una misma cosa con nosotros, porque el Espíritu Santo procede de mí, Padre, y del Hijo, y somos un mismo Sol.

Yo, Dios Eterno, soy este Sol, del que proceden el Hijo y el Espíritu Santo. Al Espíritu Santo se le atribuye el fuego; al Hijo, la sabiduría, en la cual mis ministros reciben luz de gracia para administrar esta luz con luz y con gratitud del beneficio recibido de mí, Padre Eterno, siguiendo la doctrina de esta sabiduría que es mi Hijo unigénito.

Esta es la luz que tiene íntimamente unido a sí en sí el color de vuestra humanidad. La luz de mi deidad está unida al color de vuestra humanidad.

Este color se hizo luminoso cuando se convirtió en impasible en virtud de mi naturaleza divina. Por este medio del Verbo encarnado, unido y amasado con la luz de mi deidad, naturaleza divina, y con el calor y fuego del Espíritu Santo, habéis recibido la luz. ¿A quién la he confiado

[1] La dignidad del sacerdote parte principalmente de habérsele conferido la administración de la sangre del Cordero inmaculado, Hijo de Dios, en el sacramento eucarístico. De aquí toma pie para hablar con profundidad y unción de las propiedades y beneficios del Sacramento.

para que la administre? A mis ministros en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para que tengáis vida, recibiendo de ellos el cuerpo de Jesucristo en manjar, y su sangre en bebida.

Te he dicho que este cuerpo es en verdad sol, de modo que no se os puede dar el cuerpo sin que se os dé la sangre, ni la sangre y el cuerpo sin el alma de este Verbo. Ni el alma ni el cuerpo sin mi deidad, porque la una no se puede separar de la otra, como en otra parte te dije. La naturaleza divina jamás se separó de la naturaleza humana. Ni la muerte ni ninguna otra cosa los podía separar. De este modo recibís toda esencia divina en este dulcísimo sacramento bajo la blancura del pan. Y como el sol no se puede dividir, tampoco se puede dividir el que es todo Dios y todo Hombre en esta blancura del pan. Supongamos que se partiese la hostia. Aunque fuera posible hacer de ella millares de pedacitos, en cada uno está todo Dios y todo hombre. A la manera del espejo, que se divide y se parte, sin que por esto se parta la imagen que en el espejo se representa. Así, al partir esta hostia, no se divide el que es todo Dios y todo hombre, sino que está todo en cada una de aquellas partes. Ni disminuye en sí mismo, como sucede con el fuego, según la siguiente comparación:

Si tuvieras en tus manos una luz y todo el mundo viniese a tomar su lumbre de la tuya, la luz no disminuiría aunque cada uno tenga la suya. Es cierto que unos reciben más y otros menos según la materia que presentan a la llama que reciben. Este ejemplo te lo hará comprender mejor:

Supongamos que son muchos los que llevan velas a encender. Si una fuese de una onza, otra de dos o de seis, o de una libra o aún de más, y fueran a aquella luz y encendieran sus velas, en cada una de ellas, tanto en la grande como en la pequeña, se vería toda la luz, esto es, el calor y el color y la luz misma. Sin embargo, tú dirías que es menor la de aquel que la lleva de una onza que la del que la lleva de una libra.

Lo mismo sucede con los que reciben este sacramento. Cada uno lleva, cuando va a recibirlo, la vela de su santo deseo. Esta vela está apagada y se enciende recibiendo este sacramento. Apagada digo, porque nada sois por vosotros mismos. Es cierto que os doy la materia con la que podéis alimentar en vosotros esta luz y recibirla. Esta materia en vosotros es el amor, porque yo por amor os crié, y por esto no podéis vivir sin amor.

Este ser que por amor os di ha recibido la disposición del santo bautismo en virtud de la sangre de este Verbo. De otro

modo no podríais participar de esta luz, antes bien seríais como vela sin el pabilo dentro, que no puede arder ni recibir en sí esta luz. Así vosotros, si no tuvierais en vuestra alma el pabilo que recibe esta luz, es decir, la santísima fe, y a la vez la gracia que recibís en el bautismo con el afecto de vuestra alma, que yo he creado para amar, hasta tal punto que sin amor no puede vivir. Mas su mismo alimento es el amor.

¿En dónde se enciende esta alma? En el fuego de mi divina caridad, amándome, temiéndome y siguiendo la doctrina de mi Verdad. Cierto es que se enciende más o menos, según dije, según la materia que trajere a este fuego. Porque, aunque todos tengáis una misma materia, a saber, que hayáis sido creados todos a imagen y semejanza mía, y tengáis la luz del santo bautismo los que sois cristianos, no obstante, cada uno puede crecer en amor y en virtud según le plazca y según mi gracia. No que cambiéis la forma que yo os di, sino que crecéis y aumentáis en el amor de las virtudes sirviéndoos del libre albedrío y en el afecto de caridad mientras disponéis de tiempo, ya que, pasado éste, no podréis.

Podéis, pues, crecer en el amor. Este amor es el que se acerca a recibir esta dulce y gloriosa luz, que mis ministros deben administrar y que yo os he dado como alimento; cuanto mayor sea el amor y más encendido el deseo que trajereis, mayor será la luz que recibiréis. No dejaréis de recibirla toda entera, como te he explicado en el ejemplo de los que llevan las velas, y que reciben la luz según el peso de la cera. En cada uno esta luz será completa y no dividida, porque no se la puede dividir, sea la que fuere la imperfección de los que la reciben y de los que la administran; mas vosotros participáis de esta luz de la gracia en este sacramento según las disposiciones del deseo con que os disponéis a recibirlo. Y quien se acercase a este dulce sacramento con culpa de pecado mortal, no recibiría de él la gracia aunque reciba realmente a todo Dios y a todo el hombre.

¿Sabes a qué se parece esta alma que le recibe indignamente? Se parece a la vela sobre la que ha caído agua, que no hace más que chirriar cuando se la acerca al fuego. En el momento que el fuego la penetra, se apaga en aquella vela y no queda allí más que humo. Así, esta alma trae consigo la vela que recibisteis en el santo bautismo. Luego echó el agua de la culpa dentro de su alma, que empapó el pabilo de la luz de la gracia bautismal. No habiéndose secado al fuego de la verdadera contrición por la confesión de su culpa, se acercó a la mesa del altar a recibir esta luz;

la recibió materialmente, pero no espiritualmente. Esta verdadera luz no permanece por la gracia en el alma que no está dispuesta como debería para este misterio, antes bien queda en el alma una mayor confusión, envuelta en tinieblas y con un pecado más grave todavía. No saca de este sacramento más fruto que remordimiento de conciencia, no por defecto de la luz inalterable, sino por culpa del agua que encontró en el alma. Esta agua es la que impide el afecto del alma para que pueda recibir esta luz.

Mira, pues, cómo esta luz, unida con el calor y el color, no se puede dividir, por pequeño que sea el deseo del que recibe este sacramento ni por falta alguna que hubiese en el alma del que lo recibe o del que lo administra. Es como el sol, que no se ensucia aunque su luz se pose sobre la inmundicia. Así, esta dulce luz en este sacramento por nada puede ensuciarse ni dividirse. No disminuye su luz ni se separa de su esfera aunque todo el mundo venga a participar de la luz y del calor de este Sol.

Asimismo, este Sol, el Verbo, Hijo mío unigénito, no se separa de mí, Padre Eterno, que también soy Sol, para que en el Cuerpo místico de la santa Iglesia sea administrado a quien quiera recibirlo. Permanece entero y lo recibís todo, Dios y hombre, como en el ejemplo de la luz. Que, si el mundo entero viniese a encender su vela a esta misma luz, todos lo tendrían entero, y, no obstante, entero permanecería.

a) Beneficios que consigo trae para el hombre la Sangre, cuya distribución ha puesto Dios en manos del sacerdote

[Cap. CXI.] Abre bien, querida hija, los ojos de tu inteligencia y contempla el abismo de mi caridad. ¿Puede haber una sola criatura cuyo corazón no se deshaga en amor al contemplar, entre los otros beneficios que habéis recibido de mí, el beneficio de este sacramento?

¿Con qué ojos, querida hija, debes tú y los demás considerar y tratar este misterio? No solamente con el tacto y la vista del cuerpo, ya que todos los sentidos son impotentes para ello[2].

Los ojos no ven más que la blancura del pan, no toca otra cosa la mano, el gusto no percibe más que el sabor del pan.

Los torpes sentidos del cuerpo se engañan, mas no los sentidos del alma, si ella quiere, es decir, si no se quita a sí misma la luz de la santísima fe con la infidelidad.

---

[2] Se percibe fácilmente en estas palabras el eco de la estrofa de Santo Tomás en el *Adorote devote:* «La vista, el tacto, el gusto, en ti se engañan...»

¿Quién gusta, ve y toca este sacramento? Los sentidos del alma. ¿Con qué ojos lo ve? Con los de la inteligencia, si en ellos tiene la pupila de la santísima fe. Estos ojos ven en aquella blancura a todo Dios, a todo el hombre; la naturaleza divina unida a la humana, el cuerpo, el alma y la sangre de Cristo; el alma unida al cuerpo y el cuerpo y el alma unidos con mi naturaleza divina sin separarse de mí, como, si te acuerdas, te lo manifesté casi al principio de tu vida; y no sólo a los ojos de tu inteligencia, sino hasta a los del cuerpo, aunque, por la grandeza de esta luz, los del cuerpo pronto perdieron la vista, y solamente pudieron ver los del entendimiento.

Te lo mostré para que entendieses y para fortalecerte contra los embates con que el demonio te atacaba en relación con este sacramento y para hacerte crecer en amor y en la luz de la santísima fe.

Recuerdas que, yendo por la mañana, al amanecer, a la iglesia para oír misa, después de haber sido antes atormentada por el demonio, te pusiste de pie ante el altar del crucifijo. El sacerdote había ido al altar de María. Y, estando allí considerando tus faltas, temiendo haberme ofendido por las tentaciones que te había traído el demonio y considerando el afecto de mi caridad, que, a pesar de creerte indigna de entrar en su santo templo, te había considerado digna de oír la misa, cuando llegó el momento de la consagración, levantaste los ojos hacia el sacerdote. Y, al decir las palabras de la consagración, me manifesté a ti, y viste salir de mi pecho una luz, como el rayo que sale del disco del sol sin apartarse de él. En esta luz venía una paloma, unidos el uno con el otro, y revoloteaba sobre la hostia en virtud de las palabras de la consagración pronunciadas por el ministro. Tus ojos corporales no pudieron soportar aquella luz. Y te quedó entonces sólo la posibilidad de ver con los ojos de la inteligencia, y allí viste y gustaste el abismo de la Trinidad, Dios y hombre verdadero escondido y encubierto bajo aquella blancura. Ni la luz ni la presencia del Verbo, que intelectualmente veías en esta blancura, impedían la blancura del pan. Uno no impedía al otro. Ni el ver a Dios y hombre en aquel pan, ni el pan se veía impedido por mí, es decir, que no perdía ni la blancura, ni el sabor, ni el poder ser tocado.

Este te fué mostrado por mi bondad. ¿Cómo pudiste verlo? Con los ojos de la inteligencia y la pupila de la santísima fe. Los ojos de la inteligencia son los que tienen capacidad de ver este misterio sin que puedan ser engañados. Con ellos, pues, debéis mirar este sacramento.

¿Quién lo toca? Las manos del amor. Con estas manos

se toca lo que los ojos han visto y conocido en este sacramento. Por la fe, son las manos del amor las que lo tocan, como queriéndose cerciorar de lo que por la fe ha visto y conocido por la inteligencia.

¿Quién lo gusta? El gusto del santo deseo. El gusto del cuerpo gusta el sabor del pan; el gusto del alma, es decir, el santo deseo, gusta al que es Dios y hombre.

Ya ves, pues, cómo se engañan los sentidos del cuerpo, mas no los del alma, antes bien por ellos queda cerciorada y esclarecida, porque los ojos de la inteligencia han visto con la pupila de la luz de la santísima fe. Porque lo ha visto y ha conocido, lo tocan las manos del amor, porque con amor y fe toca lo que ha visto.

Y con el gusto del alma, con su abrasado deseo, lo gusta; es decir, gusta mi encendida caridad, amor inefable. Con este amor la he hecho digna de recibir el misterio de este sacramento y la gracia que por él le viene. Mira, pues, cómo no solamente debéis recibir y ver este sacramento con los sentidos corporales, sino también con los espirituales, disponiendo los sentidos de vuestra alma con afecto de amor para ver, recibir y gustar este sacramento, como te he dicho.

b) Efectos en el alma de la participación del sacramento del cuerpo y de la sangre de Jesucristo

[Cap. CXII.] Admira, queridísima hija, la excelencia del alma que recibe como se debe este Pan de vida, manjar de los ángeles. Cuando recibe este sacramento, ella está en mí y yo en ella. Como el pez está en el mar y el mar dentro del pez, así yo estoy dentro de esta alma y el alma está en mí, mar pacífico. En esta alma permanece la gracia, porque, habiendo recibido este Pan de vida en gracia, ésta permanece en el alma. Consumidos los accidentes del pan, dejo en vosotros la huella de mi gracia, como el sello que se pone sobre la cera caliente. Separando y quitando el sello, queda en ella la huella de aquél [3].

De este modo, resta en el alma la virtud de este sacramento, es decir, os queda el calor de la divina caridad, clemencia del Espíritu Santo. Queda en vosotros la luz de la sabiduría de mi Hijo unigénito, que ilumina los ojos de vuestra inteligencia para que conozcáis y veáis la doctrina de mi Verdad y de esta misma sabiduría. El alma queda fuerte al participar de mi fortaleza y poder, haciéndola fuerte y potente contra su propia pasión sensitiva, contra el demonio y contra el mundo. De este modo queda la impronta, aunque el sello se quite, es decir, que, consumida

[3] Los Santos Padres usan esta misma comparación para explicar los efectos en el alma de la gracia santificante.

la materia, o los accidentes del pan, este Sol verdadero vuelve a su esfera; no porque se hubiese separado de ella, como te he dicho, sino que se había unido conmigo.

El abismo de mi caridad, para salud vuestra y para dárseos como alimento en esta vida, en la que sois peregrinos y caminantes, para que tengáis refrigerio y no perdáis la memoria del beneficio de la Sangre, os la da como alimento por mi divina disposición y providencia, socorriendo vuestras necesidades.

Juzga ahora cuán obligados estáis a devolverme amor, pues yo os amo tanto y soy suma y eterna bondad, digno de ser amado por vosotros.

§ 2. Los sacerdotes, ungidos de Dios

a) Son ángeles de la tierra

[Cap. CXIII.] ¡Oh hija queridísima! Si te he hablado así, es para que conozcas mejor la dignidad a la que he elevado a mis ministros y te duelas más de sus miserias. Si ellos consideraran esta dignidad, no yacerían en las tinieblas del pecado mortal ni ensuciarían la cara de su alma. No sólo no me ofenderían a mí y a su propia dignidad, sino que, aunque dieran su cuerpo a las llamas, no les parecería poder corresponder a tanta gracia y a tanto beneficio como han recibido, ya que no se puede llegar a mayor dignidad en esta vida.

Son mis ungidos y los llamo mis *Cristos* porque los he puesto para que me administraran a vosotros. Como flores perfumadas, los he colocado en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. El ángel no tiene esta dignidad. Sin embargo, la he dado a los hombres que yo he elegido por ministros míos y los he puesto para que fueran como ángeles. Deben ser ángeles terrestres en esta vida, porque realmente como ángeles deben ser [4].

En toda alma requiero pureza y caridad, amor para conmigo y para con el prójimo, al que debe ayudar en lo que pueda, ofreciendo por él oraciones y permaneciendo en la dilección de la caridad. Pero muchísimo más requiero yo en mis ministros pureza y amor para conmigo; y para con el prójimo, que administren el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo con fuego de caridad y hambre de la salud de las almas para gloria y alabanza de mi Nombre.

De la misma manera que ellos exigen limpieza en el cáliz con el que van a celebrar el sacrificio, así exijo yo la pureza y limpieza de su corazón, de su alma y de su mente [5].

[4] «Especialmente los ministros, que la suma Bondad llama «mis Cristos», deben ser ángeles y no hombres..., porque en verdad hacen oficio de ángeles» (*Carta 2, al sacerdote Andrés de Vitroni,* I, 6).

[5] Ellos quieren limpio el cáliz con que celebran. Yo quiero puro su

Quiero que su cuerpo, como instrumento del alma, se mantenga en una pureza perfecta. No quiero que se nutran y se revuelquen en el lodo de la inmundicia, ni se engrían orgullosamente buscando grandes prelacías, ni que sean crueles consigo mismos y con el prójimo, ya que no lo pueden ser consigo sin serlo, además, con el prójimo. Porque, si son crueles consigo mismos por el pecado, lo son también para con las almas de sus prójimos, porque no les dan ejemplo de vida ni procuran arrancar las almas de las manos del demonio ni administrarles el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo ni a mí, que soy verdadera luz, en los otros sacramentos de la santa Iglesia. Siendo crueles a sí mismos, lo son para con los demás.

b) Desinterés del sacerdote en la administración de lo que a él se le da generosa y gratuitamente

[Cap. CXIV.] Quiero que mis ministros sean generosos y no avaros; que por ambición y codicia no vendan la gracia del Espíritu Santo.

No deben obrar así, ni quiero que así obren. Antes bien, de lo que reciban de mi bondad, ya que liberal y gratuitamente lo reciben, de gracia y con corazón generoso, por amor de mi honra y salud de las almas, lo distribuyan caritativamente a quien con humildad se lo pida.

Y no deben reclamar nada como precio de lo que dan, porque ellos no lo compraron, sino que lo recibieron gratuitamente de mí para que os lo administren a vosotros. Pueden ciertamente y deben recibir limosna. Los fieles deben ayudarlos en lo que puedan en sus necesidades temporales, ya que mis ministros, por otra parte, los atienden y alimentan por la gracia y los dones espirituales, o sea por los santos sacramentos que he puesto en la santa Iglesia, a fin que os los administren para vuestra salud.

Tened entendido que, sin posible comparación, ellos os dan más a vosotros que vosotros a ellos. Porque no puede haber comparación de las cosas finitas y transitorias con las que los socorréis vosotros, conmigo, que soy infinito, que, por mi providencia y divina caridad, ellos os administran. Y no sólo por lo que se refiere a este misterio, sino en cualquier otro en el que se os proporcionen gracias espirituales por la oración o por algún otro medio. Con todos vuestros bienes temporales no correspondéis ni podréis corresponder nunca a lo que recibís espiritualmente de ellos.

---

corazón. «Pensad que así como vosotros exigís la limpieza del cáliz para llevarlo al altar, y que si fuese sucio no lo querríais, así pensad que Dios, suma y eterna verdad, exige vuestra alma limpia y pura de toda mancha de pecado mortal» (*Carta* 59, *al sacerdote Pedro de Semignano*, I, 331).

Lo que de vosotros reciben están obligados a distribuirlo en tres porciones y a hacer tres partes: una para sí mismos, otra para los pobres y otra para las necesidades de la Iglesia. Si de otra manera proceden, me ofenderían a mí.

[Cap. CXV.] Esto hacían estos dulces y gloriosos ministros, de los que quisiera mostrarte la excelencia, además de la dignidad que les di haciéndolos mis Cristos. Cuando ejercen virtuosamente esta dignidad, se revisten de este dulce y glorioso Sol que yo les he dado a administrar [6].

Mira al dulce Gregorio, Silvestre, los que les han precedido y sucedido, al primer pontífice Pedro, al que fueron dadas las llaves del reino de los cielos por mi Verdad cuando le dijo: *Pedro, yo te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo y todo lo que ligares en la tierra será ligado en el cielo* [7].

Atiende, queridísima hija, que manifestarte la excelencia de su virtud es manifestarte plenamente la dignidad a que he elevado a mis ministros.

§ 3. Las llaves de la Sangre, en manos del dulce Cristo en la tierra, y por él, en manos de los sacerdotes

La llave de la sangre de mi Hijo unigénito abrió la puerta de la vida eterna, que había permanecido cerrada largo tiempo por el pecado de Adán. Pero cuando yo os di mi Verdad, es decir, el Verbo de mi unigénito Hijo, sufriendo pasión y muerte, destruyó vuestra muerte y os bañó en su propia sangre, y así su sangre y su muerte, en virtud de mi naturaleza divina unida a la humana, abrió la puerta de la vida eterna.

¿A quién dejó las llaves de esta sangre? Al glorioso apóstol Pedro y a todos los que le sucedieron y le sucederán hasta el día del juicio; tienen y tendrán la misma autoridad que tuvo Pedro. Ningún pecado en que puedan caer disminuye esta autoridad ni quita nada a la perfección de la Sangre ni a ningún otro sacramento. Porque ya te dije que este Sol no se manchaba con ninguna inmundicia, ni pierde su luz por las tinieblas de pecado mortal que haya cometido el

[6] Un reciente traductor del *Diálogo* ha dicho que ciertos pasajes delatan una mano extraña, que los introdujo para *completar* y *acabar* la obra. «Los [capítulos CXV-CXVIII]—dice—me parecen particularmente retocados, con grande torpeza y una ausencia total de gusto». Confesamos sincera y humildemente, después de atentas lecturas de estos capítulos, comparados con numerosos pasajes del epistolario, que no acabamos de descubrir ni la torpeza de la mano que introdujo los retoque ni siquiera los retoques introducidos. La doctrina contenida en estos capítulos encaja perfectamente en el conjunto de la mentalidad de la Santa.

[7] Mt. 16,19.

que lo administra o el que lo recibe, porque su culpa en nada puede dañar a los sacramentos de la santa Iglesia ni disminuir su poder [7a]. En ellos, sí, disminuye la gracia y aumenta la culpa en quien indignamente lo administra o lo recibe.

Así, pues, *el Cristo en la tierra* tiene las llaves de la Sangre para darte a entender cómo los seglares deben respetar a mis ministros, buenos o malos, y cómo me hiere toda falta de reverencia contra ellos [8]. Te presenté el Cuerpo místico de la santa Iglesia en figura de bodega en la que estaba guardada la sangre de mi unigénito Hijo, por la que tienen valor todos los sacramentos y vida todas las virtudes. A la puerta de esta bodega estaba «Cristo en la tierra», al que se le había confiado administrar la Sangre y al que toca poner ministros que le ayuden a dispersarla a todo el cuerpo universal de la religión cristiana. El que era aceptado y ungido por El, éste era elegido por ministro mío, y otro no. De él procede todo el orden clerical, y El los pone a cada uno en su oficio para administrar esta gloriosa sangre. Y como El los ha puesto como coadjutores suyos, así le pertenece corregirlos de sus defectos, y así quiero que sea, pues por la excelencia y autoridad que yo le he dado los he sacado de la servidumbre y de la sujeción a señores temporales [9]. La ley civil nada tiene que ver con ellos para castigarlos; esto pertenece sólo a Aquel al que he puesto para que los mande y gobierne con leyes divinas.

Estos son mis ungidos; por esto dije en la Escritura: *No toquéis a mis Cristos* [10]. De modo que no puede venir a mayor ruina el que se atreve a castigarlos.

7a No era inoportuna esta precisión doctrinal en una época y en un país donde los fanáticos y apasionados «fraticelli» habían predicado y difundido el error contrario.

8 «¡Oh dulce Verbo, Hijo de Dios!, tú has dejado esta sangre en el cuerpo de la santa Iglesia; quieres que nos sea administrada por las manos de tu vicario. La bondad de Dios ha socorrido la necesidad del hombre, que por la ofensa a su Creador pierde todos los días este señorío (que le da la gracia). Por esto estableció este remedio de la santa confesión, que tiene valor sólo por la sangre del Cordero... Por esto es necio el que se aparta u obra en contra de este vicario, que tiene las llaves de la sangre de Cristo crucificado. Aunque fuese un demonio encarnado, jamás puedo levantarme contra él, sino humillarme y pedir la Sangre por misericordia» (*Carta* 28, *a Bernabó Visconti,* I, 149).

9 «Porque son sus ungidos, quiere reservarse para sí el hacerles justicia, o a quien El confíe. Ningún señor temporal ni ninguna ley civil puede entrometerse, so pena de caer en la muerte de su alma; porque Dios no lo quiere». «Este no demuestra amar a su Creador; por el contrario, demuestra odiarlo. Bien ignorante y miserable es el que, viéndose tan amado, él, a su vez, no ama. Y grande es la paciencia de Dios, que sufre tanta iniquidad» (*Carta* 254, *a Pedro de Tolomei,* IV, 62).

10 Ps. 104,15 (2 Reg. 1,14).

Por esto: a) Deben ser respetados no por sus cualidades personales, sino por reverencia de la Sangre, que administran. Dios considera hechas a sí las ofensas contra sus ministros

[Cap. CXVI.] Si me preguntases por qué te he dado a entender que la culpa de los que persiguen a la santa Iglesia es la más grande de cuantas se pueden cometer y por qué, a pesar de sus defectos, no quiero que mengüe la reverencia que hay que tener a los sacerdotes, te diría y te digo: porque la reverencia y respeto que se les tiene, no se tiene a ellos, sino a mí, en virtud de la Sangre, que yo les he dado a administrar. Si no fuera por esto, deberíais tenerles la misma reverencia que tenéis a los seglares y no más. Pero por este ministerio estáis obligados a tenerles reverencia y tenéis que ir necesariamente a ellos, no por ellos mismos, sino por el poder que les he dado, si queréis recibir los santos sacramentos de la Iglesia; pues, si pudiéndolos recibir los rehusarais, estaríais y moriríais en estado de condenación.

Así, pues, no es a ellos, sino a mí y a esta gloriosa sangre, que es una misma cosa conmigo por la unión de la naturaleza divina y de la humana, a quien tributáis vuestra reverencia.

Y de la misma manera que considero hecha a mí la reverencia, así también la irreverencia, pues ya te he dicho que no debéis reverenciarlos por ellos mismos, sino por la autoridad de que los he revestido. Por esto no se los puede ofender; ofendiéndolos a ellos, se me ofende a mí y no a ellos. Por esto lo he prohibido y he dicho que no quiero sean tocados mis Cristos. Nadie puede excusarse diciendo: «Yo no hago injuria ni me rebelo contra la santa Iglesia, sino contra los defectos de los malos pastores».

Este miente sobre su cabeza y no ve, cegado por su amor propio. Pues, aunque ve, finge no ver para ahogar el remordimiento de su conciencia. Si quisiera, vería que persigue a la Sangre y no a ellos. Para mí es la injuria, así como para mí es el respeto. Contra mí es también todo daño, escarnios, afrentas, oprobios y vituperios que a ellos se haga. Es decir, que considero hecho a mí lo que hacen a ellos, porque yo les dije y digo: «No quiero que pongáis vuestras manos en mis ungidos». Soy yo quien los ha de castigar y no ellos; mas los perversos demuestran la irreverencia que tienen a la Sangre y que en poco aprecian el tesoro que les he dado para la salud y vida de sus almas.

No podíais recibir cosa mayor. No podía daros más que darme, Dios y Hombre, todo entero, como alimento vuestro. Pero, si ya no me tributaban la debida reverencia en la persona de mis ministros, todavía la han disminuído persiguién-

dolos, viendo en ellos muchos pecados y defectos, como en otra parte te dije.

Si en verdad les hubieran tenido esta reverencia a ellos por amor a mí, ninguno de sus defectos habría sido motivo para dejársela de tener; porque la virtud de este sacramento no disminuye por ningún defecto, y, por lo mismo, no debe disminuir la reverencia que a ellos se les tiene, y cuando disminuye, con ello me ofenden a mí.

b) Razones de la mayor gravedad de este pecado de irreverencia y persecución de los ministros de Dios

Ante mí es más grave esta culpa que las demás por muchas razones. Pero te diré las tres principales.

La primera es porque lo que hacen contra ellos, lo hacen contra mí[11].

La segunda, porque quebrantan mi mandamiento al prohibir que los toquen. Desprecian la virtud de la Sangre que recibieron en el santo bautismo, desobedeciendo al hacer lo que les está prohibido. Se rebelan contra esta sangre, porque les niegan la reverencia debida y llegan a perseguirlos. Estos son como miembros podridos, cortados del Cuerpo místico de la santa Iglesia, y mientras estén obstinados en esta rebelión e irreverencia, si en ella mueren, llegan a la eterna condenación.

Es cierto que, llegando al último momento, si se humillan, reconocen su pecado y tienen el deseo de reconciliarse con su superior en caso que entonces no puedan, recibirán misericordia. Pero no se debe esperar a aquella hora, pues nadie está seguro de poderla conseguir.

La tercera razón de que su culpa sea más grave que las demás es porque pecan por pura malicia y deliberadamente. Reconocen que con buena conciencia no lo pueden hacer, y al hacerlo me ofenden. Es una ofensa con soberbia perversa, sin goce corporal, antes bien se consumen en el cuerpo y en el alma; se consume el alma por la privación de la gracia, y con frecuencia por el remordimiento de la conciencia. Los bienes temporales se gastan en servicio del demonio, y sus cuerpos quedan por ello muertos como animales.

---

[11] «Quien vaya contra esta Sangre o esté con los que le persiguen, es decir, que con injurias, escarnios y vilipendios persiguen la Esposa de Jesucristo, estos tales, si no se arrepienten, jamás participarán del fruto de la Sangre.

No les servirán de excusa con que encubrirse los pecados de los ministros de la Sangre, diciendo: «Nosotros perseguimos los pecados de los malos pastores». Porque nosotros, falsos cristianos, hemos llegado ya a un punto en que nos parece hacer cosa agradable a Dios persiguiendo a su Esposa. No, aunque los ministros sean demonios encarnados y llenos de muchas miserias, no por esto debemos ser nosotros facinerosos ni ejecutores de la justicia de Cristo» (*Carta* 254, *a Pedro de Tolomei,* IV, 63).

De manera que este pecado se comete propiamente contra mí, y sin el aliciente de provecho propio o de placer alguno, sino con malicia y humo de soberbia, que nace del amor propio sensitivo y de aquel temor perverso que tuvo Pilato cuando, por miedo a perder el cargo, mató a Cristo, mi Hijo unigénito. Así han hecho y hacen estos que maltratan a mis ministros.

Todos los otros pecados se cometen o por simplicidad, o por ignorancia, o por malicia cuando uno sabe que obra mal; pero por el afecto desordenado al deleite y placer que encuentra en este pecado o por algún provecho que de él le proviene, lo comete, y, cometiéndolo, hace daño y ofende a su alma, a mí y a su prójimo. A mí, porque no da gloria y alabanza a mi Nombre, y al prójimo, porque le priva de la caridad. De modo que los golpes de sus pecados llegan menos a mí que a sí mismo y este pecado me disgusta sobre todo por su daño. Pero, en el caso de que te hablaba, la ofensa me llega a mí directamente, sin intermediario alguno. Todos los otros pecados son cometidos con algún pretexto o por algún intermediario, pues, como te dije, todo bien y todo mal se hacen por medio del prójimo. El mal, por la privación de la caridad de Dios y del prójimo; el bien, por amor de caridad. Al ofender al prójimo, me ofenden a mí por su medio; pero, ya que entre mis criaturas racionales he elegido yo a mis ministros para ser mis ungidos, administradores del cuerpo y de la sangre de mi Hijo unigénito, carne humana vuestra unida con mi naturaleza divina, se sigue que al consagrar están en lugar de la persona de Cristo, mi Hijo. Por esto esta ofensa está hecha a este Verbo, y, siendo hecha a El, se hace a mí, porque somos una misma cosa.

Estos miserables persiguen la Sangre y se privan del tesoro y el fruto de la misma. Este pecado me ofende más como hecho a mí que a mis ministros, porque así como no considero el honor que se les rinde como de mis ministros, sino mío, de la misma manera, la persecución la reputo como hecha contra mí, esto es, contra esta gloriosa sangre, con la que somos una misma cosa. Y así te digo que, si todos los otros pecados que se han cometido estuvieran en un plato de balanza y este otro en el otro, ante mí pesa más éste solo que todos los demás, según te manifesté con objeto de que tuvieras materia de dolerte más por mi ofensa y por la condenación de estos miserables y para que con tu dolor y tu amargura y la de los otros siervos míos, por mi bondad y misericordia, disiparan tantas tinieblas como han envuelto a estos miembros cortados del Cuerpo místico de la santa Iglesia.

Apenas se encuentra quien se duela de la persecución que se hace a esta gloriosa y preciosa sangre. Encuentro más

abundantemente quienes me hieran de continuo con las saetas del amor desordenado y temor servil y por amor a la propia reputación, considerando, como ciegos que son, como honor lo que es vituperio, y como vituperio lo que es honor, es decir, el honor de humillarse al que es su cabeza. Con estos vicios persiguen la sangre de mi Hijo.

c) Los perseguidores de los sacerdotes son ministros del demonio

[Cap. CXVII.] Te dije que me hieren, y así es en verdad. En su intención me hieren con lo que pueden. No que yo pueda ser alcanzado ni herido por ellos. Soy como la piedra, que, cuando recibe un golpe, lo devuelve al que lo ha dado. Así, los golpes de sus ofensas pestilentes no me pueden dañar, antes vuelve a ellos la saeta envenenada del pecado. Este pecado les priva en esta vida de la gracia, perdiendo el fruto de la Sangre, y en la hora de la muerte, si no se corrigen por medio de la santa confesión y contrición del corazón, van a la condenación eterna, separados de mí y atados con el demonio, con el que han hecho alianza. Porque, en cuanto el alma es privada de la gracia, queda atada con el pecado, que es atadura de odio de la virtud y amor del vicio ; atadura que pusieron con el libre albedrío en manos del demonio, y con esto los ata, pues de otro modo con nada podrían ser atados.

Con estos lazos, los perseguidores de la Sangre se atan los unos a los otros, y, como miembros atados con el demonio, hacen su mismo oficio. Los demonios procuran pervertir mis criaturas y sacarlas de la gracia y reducirlas a la culpa del pecado mortal para hacerlas participantes del mismo mal que ellos padecen. Esto mismo hacen estos tales, ni más ni menos. Como miembros del demonio, van sublevando los hijos de la Esposa de Cristo, mi Hijo unigénito, desligándolos de los lazos de la caridad y atándolos consigo mismos con esta miserable atadura, privados del fruto de la Sangre. Lazo atado con el nudo de la soberbia y el amor de la propia reputación, con el nudo del temor servil. Porque, por temor de perder los cargos temporales, pierden la gracia y caen en la mayor confusión que puede darse, siendo privados de la dignidad de la Sangre. Está sellado este lazo con el sello de las tinieblas, ya que ellos no conocen ni se percatan en cuántos inconvenientes y miserias han caído ellos mismos y hacen caer a otros. No se enmiendan, porque no las conocen, sino que, como ciegos, se glorían de su propia ruina de alma y de cuerpo.

d) Exhortación a compadecer a los que ofenden y persiguen a los sacerdotes

¡Oh hija muy querida! Duélete infinitamente de ver tanta ceguera y miseria en estos que fueron lavados en la Sangre como tú y se nutrieron y alimentaron con esta Sangre en el pecho de la santa Iglesia, y, sin embargo, ahora, como rebeldes, por cobardía o con pretexto de corregir los defectos de mis ministros, que no quiero sean tocados por ellos, se han separado de este pecho. Debes llenarte de terror tú y los otros siervos míos cuando oyereis hacer mención de unión tan detestable. Tu lengua es impotente para decir cuánto lo abomino. Lo peor es que, bajo la capa de querer corregir los pecados de mis ministros, quieren encubrir sus defectos personales. No piensan que no hay capa capaz de ocultar a nadie ante mis ojos[12]. Podría ocultarse a los ojos de la criatura, pero no a los míos. Por más escondidas que estén, tengo presentes todas las cosas y ni una sola permanece oculta para mí. ¿Acaso no os amé yo y os conocí antes que fueseis?

Este es uno de los principales motivos por los cuales los desgraciados mundanos no se corrigen. No creen con la fe luminosa y viviente que yo les estoy viendo. Porque, si en verdad creyesen que yo veo sus defectos y que todo pecado es castigado como es remunerado todo bien, no cometerían tantas maldades, sino que se corregirían de lo que hacen y pedirían humildemente perdón a mi misericordia. Yo, por medio de la sangre de mi Hijo, se lo concedería. Mas ellos, como obstinados y reprobados por sus propios pecados, cayeron en la última ruina, fueron privados de la luz, y, como ciegos, se han hecho perseguidores de la Sangre. Ningún pecado que se viera en los ministros de la Sangre puede justificar esta persecución.

e) Los defectos y pecados de los sacerdotes no justifican la irreverencia y persecución contra sus personas

[Cap. CXVIII.] Algo te he dicho, queridísima hija, sobre la reverencia con que se debe tratar a mis ungidos a pesar de sus defectos. Porque la reverencia no se tributa ni se debe tributar a ellos por ellos mismos, sino por la autoridad que yo les he dado. Y, puesto que el misterio del Sacramento no puede disminuir ni menguar por los defectos que en ellos haya, tampoco debe disminuir la reverencia hacia ellos; no por ellos, sino por el tesoro de la Sangre.

En cuanto a los que obran de un modo distinto, te he manifestado suficientemente, para que más te duelas, cuán

[12] Véase nota anterior.

grave es en sí y desagradable a mí y de cuánto daño para ellos mismos la irreverencia y persecución de la Sangre, así como esta alianza que entre sí hacen contra mí al ponerse al servicio de los demonios. Este es el delito que te referí en particular de la persecución de la santa Iglesia.

Lo mismo te digo respecto a todos los cristianos en general que viven en pecado mortal, que equivale a despreciar la Sangre y privarse de la vida de la gracia. Todos me ofenden, pero me ofenden mucho más y es más grave la culpa de los que antes te he hablado en particular.

§ 4. Cualidades del sacerdote santo:

a) Tiene las cualidades y hace las funciones del sol en la vida sobrenatural; da luz y calor a las almas

[Cap. CXIX.] Ahora, para consolar un poco tu alma, mitigaré el dolor que te han causado las tinieblas de estos miserables mostrándote la vida santa de aquellos ministros míos que te dije tenían las cualidades del sol. Mitiga el hedor de los pecados de aquéllos con el perfume de las virtudes de éstos, y aquellas tinieblas, con esta luz. A esta luz comprenderás mejor las tinieblas y las faltas de aquellos malos ministros.

Abre los ojos de tu inteligencia y fíjalos en mí, Sol de justicia, y verás los gloriosos ministros que, habiendo administrado el Sol verdadero, tomaron la condición del sol[13]. Como te dije respecto a Pedro, príncipe de los apóstoles, que recibió en sus manos las llaves del reino del cielo, lo mismo te digo de los otros que en este jardín de la santa Iglesia han administrado la Luz, es decir, el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo, Sol unido y no separado de mí, y todos los sacramentos de la santa Iglesia, que tienen valor y dan vida en virtud de la Sangre.

Cada uno de ellos ha sido colocado en grado distinto para repartir la gracia del Espíritu Santo.

¿Con qué han administrado la gracia? Con la luz de la gracia que esta Luz verdadera les ha dado.

¿Está sola esta luz? No, porque no puede estarlo ni estar dividida. O se tiene toda entera, o no se tiene. El que está en pecado mortal, está, por lo mismo, privado de la luz de la gracia, y quien tiene la gracia, tiene iluminados los ojos de su inteligencia para conocerme a mí, que le he dado la gracia y la virtud con que la conserva. En esta luz conoce la

[13] Para Santa Catalina es normal, clarísima, la transición de la santidad objetiva del ministerio sacerdotal a la santidad subjetiva del hombre a que dicho ministerio se confía. «Habiendo administrado el Sol, toman las condiciones del Sol. Administran la Luz, y ellos están llenos de Luz. Y con ella, el calor en el seguimiento de la Verdad y el recuerdo ardiente de la Sangre».

miseria y la causa del pecado: el amor propio sensitivo. Por esto lo odia, y en este odio recibe el calor de la divina caridad en su alma, porque el afecto sigue siempre a la inteligencia; recibe el color de esta luz gloriosa, siguiendo la doctrina de mi dulce Verdad. Su memoria se llena por esto del recuerdo del beneficio de la Sangre.

Ves, pues, cómo no se puede recibir la luz sin que se reciba al mismo tiempo el calor y el color, porque todos están unidos entre sí y son una misma cosa. Por esta razón no se puede tener una sola potencia del alma dispuesta para recibirme a mí, verdadero Sol, sin que todas tres estén ordenadas y congregadas en mi Nombre; porque, luego que los ojos de la inteligencia se elevan con la luz de la fe por encima de lo sensible mirándose en mí, sigue inmediatamente el afecto, amando lo que el entendimiento vió y conoció. La memoria también se llena de lo que el afecto ama. Y en cuanto estas potencias están dispuestas, participan de mí, que soy Sol, iluminándolo todo con mi potencia, con la sabiduría de mi Hijo unigénito y con la clemencia del fuego del Espíritu Santo.

Entiende, por tanto, cómo éstos han tomado la condición del Sol, es decir, que, estando revestidas y llenas las potencias de su alma de mí, Sol verdadero, hacen lo que el sol hace.

El sol calienta y alumbra y con su calor hace germinar la tierra.

Así, estos mis dulces ministros, elegidos y ungidos y puestos en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para administrarme a mí, que soy Sol, es decir, el cuerpo, la sangre de mi unigénito Hijo, con los demás sacramentos que tienen vida por esta sangre, los administran exteriormente y los administran espiritualmente. Quiero decir que administran la luz en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Luz de ciencia sobrenatural con color de honesta y santa vida por el seguimiento de la doctrina de mi Verdad y dando el calor de la ardentísima caridad. Por la dispensación de este calor, iluminándolas con su ciencia, hacen fructificar las almas estériles. Con su vida santa y ordenada arrojan las tinieblas de los pecados mortales, de la infidelidad, y ordenan la vida de los que desordenadamente viven en las tinieblas del pecado y en la frialdad por la privación de la caridad. Tú ves, pues, cómo son soles, porque han tomado la condición del sol de mí, Sol verdadero, al hacerse una cosa conmigo por afecto de amor. y yo con ellos, como en otra parte te dije.

b) Diligencia de los santos sacerdotes y pontífices en extirpar los males de la Iglesia

Cada uno ha dado su luz en la santa Iglesia según la función en que yo le puse y para la que le elegí. Pedro, con la predicación y doctrina y, al final, con su sangre. Gregorio, con su ciencia de la Sagrada Escritura y el espejo de su vida santa. Silvestre, con sus luchas contra los infieles y, sobre todo, con las discusiones que sostuvo y pruebas que dió de la fe, de palabra y de obra, por la virtud que de mí recibía.

Si te fijas en Agustín, en el glorioso Tomás, en Jerónimo y en otros, verás cuánta luz han dado a esta Esposa, extirpando los errores y, puestos como lumbreras en el candelabro, con verdadera y perfecta humildad. Hambrientos de mi honor y de la salud de las almas, comían este manjar con gran deleite sobre la mesa de la santísima cruz.

Los mártires con su sangre, cuyo perfume se expandía en mi presencia y se mezclaba con el de las virtudes y con la luz de la ciencia, hacían fecunda esta Esposa y dilataban la fe. Los que vivían en las tinieblas venían a la luz y en ellos resplandecía la luz de la fe.

Los prelados, puestos en sus cargos por el Cristo en la tierra, me ofrecían sacrificio de justicia con santa y honesta vida. La perla de la justicia, con verdadera humildad y ardentísima caridad y luz de discreción, resplandecía en ellos y en sus sábditos. En ellos resplandecía principalmente, porque con toda justicia pagaban la deuda que conmigo tenían, es decir, daban gloria y alabanza a mi Nombre. Para consigo mismos tenían odio y aborrecimiento de su propia sensualidad, despreciando los vicios y abrazando las virtudes con mi caridad y el amor de su prójimo. Pisoteaban con mi gracia la soberbia y subían, como ángeles, a la mesa del altar. Con pureza de corazón y de cuerpo, con sinceridad de mente, celebraban su misa abrasados en el horno de la caridad. Y, puesto que, ante todo, se hacían justicia a sí mismos, eran también justos con los súbditos, queriéndoles ver vivir virtuosamente. Los corregían sin ningún temor servil, porque no se preocupaban de sí mismos, sino de mi honor y de la salud de las almas, como pastores buenos, seguidores del Buen Pastor, Verdad mía, que yo os di para que os gobernara a vosotros, sus ovejas, y quise que diese la vida por vosotros.

Estos han seguido sus huellas, y por esto corrigieron y no dejaron que por falta de corrección se pudrieran los miembros de este Cuerpo, antes bien con toda caridad, con el ungüento de la benignidad y con la aspereza del fuego, con la reprensión y la penitencia, quemaban las llagas del pecado,

poco o mucho según la gravedad del pecado mismo, y no se preocupaban de la muerte cuando corregían y decían la verdad.

Estos eran verdaderos jardineros, que, llenos de celo y de santo temor, arrancaban las espinas de los pecados mortales y plantaban en su lugar flores perfumadas de virtud[14]. Los súbditos vivían en santo y verdadero temor y crecían, como flores olorosas, en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Los que los corregían lo hacían sin ningún temor servil, porque no lo tenían y porque en ellos no había veneno de culpa de pecado, y por esto obraban con santa justicia, reprendiendo virilmente y sin ningún temor. Esta era la perla que pacificaba y daba luz en el espíritu de aquellos en quienes resplandecía. Ella los mantenía en un santo temor y hacía que estuvieran unidos sus corazones ; por esto quiero que sepas que por ningún otro motivo han sobrevenido tantas tinieblas y divisiones en el mundo entre seglares y religiosos, clérigos y pastores de la santa Iglesia, como porque ha faltado la luz de la justicia y han venido las tinieblas de la injusticia.

Ninguna función, ni civil ni divina, puede desempeñarse en estado de gracia sin la santa justicia, porque quien no se corrige a sí mismo y no corrige a los demás, hace como el miembro que ha empezado a gangrenarse. Si un mal médico pone en él solamente el ungüento y no cauteriza en seguida la llaga, todo el cuerpo se gangrena y se corrompe. Así los prelados y los superiores que tienen súbditos, si ven algún miembro de sus súbditos que empieza a corromperse por el pecado mortal, si le ponen sólo el ungüento de la lisonja sin la reprensión, jamás curará, sino que llegará a corromper a los otros miembros que le están unidos en un mismo cuerpo, es decir, a un mismo pastor[15]. Pero, si sabe ser verdadero y buen médico de aquellas almas, como eran aquellos gloriosos pastores de que te hablaba, no pondrá el ungüento sin el fuego de la reprensión, y, si este miembro se obstinase

---

14 «Sabed, hijos queridísimos, que el religioso que no vive según las reglas de la santa religión, con costumbres de religioso, sino lasciva y desordenadamente..., éste es flor pestilente y despide su mal olor en la presencia de Dios, de los ángeles y de los hombres... No obran así las flores perfumadas, es decir, los verdaderos religiosos, observantes de la orden...» (*Carta* 67, *al convento de monjes de Pessignano*, I, 382).

15 «¡No más ungüento, por amor de Dios! Echad mano un poco del cauterio, prendiendo fuego y quemando el vicio por espíritu de verdadera y santa justicia, sazonada siempre con misericordia», dice al arzobispo de Pisa (carta 243, IV, 16). «Ahora necesitamos un médico sin miedo que use el hierro de la santa y recta justicia, ya que se ha usado ya el ungüento tan excesivamente, que los miembros están casi todos podridos» (*Carta* 183, *al arzobispo de Otranto*, III, 147). Con estas o parecidas palabras reiteraba su petición de reforma de la Jerarquía, sacerdotes y religiosos a los pontífices Gregorio XI y Urbano VI. (Véase, por ejemplo, *Carta* 291, *a Urbano VI*, IV, 265).

en su mal obrar, lo cortará y lo separará de los demás para que no los corrompa con la culpa del pecado mortal.

No lo hacen así los pastores de hoy día. Antes bien hacen como si no vieran; ¿sabes por qué? Porque en ellos vive la raíz del amor propio y no arrojan fuera el perverso temor servil, sino que, por miedo de perder la posición, los bienes temporales o sus cargos, no corrigen. Obran como ciegos y desconocen cómo debe desempeñarse un cargo. Si comprendieran sólo que sólo se debe desempeñar con santa justicia, sabrían ser justos. Mas ellos están privados de la luz y no lo comprenden, y, creyendo poderlo ostentar con la injusticia, no reprenden los defectos de sus súbditos. Los ha engañado su propia pasión sensitiva y el apetito del cargo o de la prelatura.

No corrigen, además, porque en ellos hay estos mismos defectos o mayores y se sienten comprendidos en aquellos pecados. Por esto no tienen la audacia y la firmeza necesarias, y, atados por el temor servil, hacen como si no vieran. Y, si ven, no corrigen, sino que se dejan encadenar con palabras lisonjeras y con muchos obsequios, encontrando ellos mismos excusas para no castigarlos. En éstos se cumple la palabra que dijo mi Verdad en el santo Evangelio: *Estos son ciegos y guías de ciegos; si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo*[16].

No han obrado ni obran así los que han sido o son, si alguno hay, dulces ministros míos, de los que yo te dije que tenían las propiedades y la condición del sol. Son verdaderamente sol, como te he dicho, porque en ellos no hay tiniebla de pecado ni ignorancia, ya que siguen la doctrina de mi Verdad. No son tibios, porque arden en el horno de mi caridad y desprecian las grandezas, la posición social y delicias del mundo. Por esto no temen corregir. Quien no tiene apetencia de cargos o de prelaturas, no teme perderlos; por esto reprende virilmente. No tiene ningún temor de la culpa el que tiene la conciencia tranquila.

Sin embargo, en mis ungidos, mis Cristos, de los que te he hablado, esta perla de la justicia no estaba obscurecida, sino resplandeciente. Se abrazaban a la pobreza voluntaria y con humildad profunda buscaban lo más vil. Por esto no se preocupaban ni de escarnios, ni de oprobios, ni de detracciones de los hombres, ni de injurias, ni de penas, ni de tormentos. Eran blasfemados, y bendecían, y con verdadera paciencia sufrían, como ángeles en la tierra, y más que ángeles, no por naturaleza, sino por el misterio y gracia sobrenatural que se les ha dado para administrar el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo.

16 Mt. 15,14

c) El sacerdote tiene misión de ángel: guardar y guiar con santas inspiraciones

Y verdaderamente son ángeles, pues así como el ángel que os he dado tiene por misión el guardaros y suministraros las santas y buenas inspiraciones, así estos ministros míos eran ángeles, y así deberían serlo los que os ha dado mi bondad para vuestra custodia [17]. Aquéllos tenían constantemente fijos los ojos sobre sus súbditos, como verdaderos guardianes, sugiriendo a sus corazones inspiraciones santas y buenas. Por ellos ofrecían dulces y amorosos deseos en mi presencia con continua oración, con su predicación y con el ejemplo de su vida. Ves, pues, cómo son ángeles puestos por mi ardiente caridad como lumbreras en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para que os guarden, a fin de que vosotros, ciegos, tengáis guías que os conduzcan por el camino recto de la verdad, dándoos inspiraciones buenas con oración, ejemplo de vida y doctrina, como te he dicho.

¡Con cuánta humildad gobernaban y trataban con sus súbditos! ¡Con cuánta esperanza y fe viva, ya que no se preocupaban ni temían que a ellos o a sus súbditos les faltaran los bienes temporales, y por esto distribuían con largueza a los pobres los bienes de la santa Iglesia!

d) Fiados en la Providencia, los santos sacerdotes cumplen su deber sin temor servil alguno

Estos observaban plenamente lo que estaban obligados a hacer, es decir, a distribuir los bienes temporales para sus propias necesidades, a los pobres y en beneficio de la santa Iglesia. No las acumulaban, y no les quedaba, después de la muerte, abundancia de dinero; hasta algunos, por causa de su pobreza, lo que dejaron fueron deudas para la Iglesia. Todo esto era por la grandeza de su caridad y de la esperanza que habían puesto en la Providencia. Estaban privados del temor servil, y por esto no temían que nada les faltase ni en lo espiritual ni en lo temporal.

Esta es la señal de que la criatura espera en mí y no en sí misma, es decir, cuando no teme con temor servil. Mas los que esperan en sí mismos son los que temen y tienen miedo de su propia sombra y dudan de que venga a faltarles el cielo y la tierra. Con este temor y perversa esperanza que depositan en su corto saber viven con tanta y tan miserable solicitud de adquirir y conservar los bienes temporales, que

---

[17] «Hacen realmente oficio de ángeles. El ángel sirve a cada uno de distintas maneras, según el mandato de Dios; y nos han sido dados por su bondad para nuestra custodia; así los sacerdotes, puestos en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para administrarnos la sangre y el cuerpo de Cristo crucificado, Dios y hombre» (*Carta* 2, *al sacerdote Andrés de Vitroni,* I, 6).

parece que desprecian los espirituales o al menos no se preocupan de ellos.

Mas éstos, miserables infieles y soberbios, no piensan que yo soy el que proveo en todo lo que es de necesidad para el alma y para el cuerpo, aunque con la misma medida con que vosotros esperáis en mí, con esta misma os mesurará mi providencia [18]. Presuntuosos miserables, no consideran que yo soy el que soy y ellos son los que no son. De mi bondad han recibido su ser, así como toda gracia que se les ha dado además del ser. Pero *en vano trabaja el que guarda la ciudad si yo no la guardo* [19]. Vana será su fatiga si cree que por su trabajo la guarda o por su solicitud, pues yo sólo soy el que la guardo. Es cierto que quiero que en el tiempo, y usando el libre albedrío que os he dado con la luz de la razón, ejercitéis en la virtud el ser y las gracias que, además del ser, os he dado, ya que yo os creé sin vosotros, pero no os salvaré sin vosotros.

Yo os amé antes que vosotros fueseis. Esto vieron y comprendieron estos mis queridos siervos. Por esto me amaban inefablemente, y por este amor esperaban con tanta confianza en mí y nada temían. No temía Silvestre delante del emperador Constantino, disputando con aquellos doce jueces, en presencia de toda la turba, sino que con fe viva creía que estando yo con él, nadie podía estar contra él. Y así, todos los demás rechazaban todo temor, porque no estaban solos, sino acompañados. Permaneciendo en la dilección de la caridad, estaban en mí, y de mí recibían la luz de la sabiduría de mi unigénito Hijo, de mí recibían la potencia, siendo fuertes y potentes contra los príncipes y tiranos del mundo. De mí recibían el fuego del Espíritu Santo, participando de su clemencia y de su ardiente amor. Este amor estaba y está acompañado, para quien quiera participar de la luz de la fe, con la esperanza, la fortaleza, la verdadera paciencia y la perseverancia dilatada hasta el último momento de la muerte. De modo que no estaban solos, antes bien, acompañados, y por esto no temían.

Tan sólo teme el que se siente solo, que espera en sí mismo, privado de la caridad. Cualquier pequeña cosa le da miedo, porque está solo, privado como está de mí, que doy la suprema seguridad al alma que me posee por afecto de amor. Bien lo experimentaron estos gloriosos y queridos siervos míos, que nada los podía dañar, y, por el contrario, ellos podían castigar a los hombres y a los demonios, a los que sujetaban por la virtud y poder que yo obraba en ellos. Esto

18 Mc. 4,24.
19 Ps. 126,1.

sucedía porque yo correspondía al amor, fe y esperanza que habían depositado en mí.

Tu lengua no sería capaz de referir sus virtudes, ni los ojos de tu inteligencia, capaces de ver el fruto que éstos reciben en la vida perdurable y recibirá quien quiera seguir sus huellas. Son como piedras preciosas, y así están en mi presencia, porque yo he aceptado sus trabajos y premio la luz que derramaron y dieron con perfume de virtud en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Por esto los he colocado en la vida perdurable en altísima dignidad, y en mi visión tienen su beatitud y su gloria, porque dieron ejemplo de honesta y santa vida y administraron con luz la luz del cuerpo y de la sangre de mi unigénito Hijo y todos los demás sacramentos. Yo los amo muy singularmente, no sólo por la dignidad que les di, ya que son mis ungidos y mis ministros, sino también por el tesoro que he puesto en sus manos, y que ellos no enterraron por negligencia o ignorancia, sino que más bien reconocieron haberlo recibido de mí, y lo ejercitaron con solicitud y humildad profunda, con virtudes verdaderas y operantes. Los puse en tan alta excelencia para salud de las almas, y por esto jamás cesaban, como buenos pastores, de conducir las ovejas al redil de la santa Iglesia. Por afecto de amor y hambre de las almas, se exponían a la muerte para arrancarlas de las manos del demonio.

e) «Hacerse todo para todos para ganarlos a todos», regla pastoral del buen sacerdote

Ellos enfermaban, es decir, sabían hacerse débiles con los que eran débiles. Pues muchas veces, para que no cayeran en la desesperación y para darles mayor confianza en la manifestación de su debilidad, les decían: «Yo soy débil como tú». Lloraban con los que lloraban y dulcemente sabían dar a cada uno su manjar [20]. Conservaban a los buenos, gozándose de su virtud, y no los roía la envidia, sino que estaban llenos de dilatada caridad para con el prójimo y para con sus súbditos. A los que tenían algún defecto, les sacaban de él, haciéndose defectuosos y débiles con ellos, como antes he dicho, con verdadera y santa compasión, con la corrrección y penitencia de aquellos defectos. Haciendo por el amor la penitencia juntamente con ellos, es decir, que por el amor que les tenían sentían mayor pena al imponerles la penitencia que los que la recibían. Algunas veces, ellos mismos cumplían la penitencia impuesta, especialmente cuando advertían que al súbdito le parecía molesta y pesada, y con esto se la convertían en dulce y llevadera.

¡Oh queridos míos! Estos mis siervos se hacían súbditos

[20] Rom. 12,15.

siendo prelados, esclavos siendo señores, enfermos estando sanos y limpios de la enfermedad y lepra del pecado mortal. Siendo fuertes, aparecían como débiles; con los ignorantes y sencillos sabían hacerse sencillos; con los pequeños se hacían pequeños. Así obraban con todos con humilde caridad y sabían dar a cada uno su manjar correspondiente.

¿Qué los movía a ello? El hambre y deseo que habían concebido en mí de mi honor y de la salud de las almas. Corrían a comerlo sobre la mesa de la santísima cruz y no rehusaban trabajo ni rehuían fatiga. Llenos de celo por las almas y por el bien de la santa Iglesia y dilatación de la santa fe, se metían entre las espinas de muchas tribulaciones y se exponían a cualquier peligro con verdadera paciencia, despidiendo incienso oloroso de angustiados deseos y de humilde y continua oración. Con lágrimas y sudores ungían en el prójimo las llagas de la culpa de los pecados mortales, y las curaban totalmente si aquél recibía con humildad este ungüento.

§ 5. Resumen y exhortación a la reverencia y a la incesante oración por los sacerdotes

[Cap. CXX.] Te he mostrado, querida hija, una mínima parte de su excelencia. Una parte mínima digo, en comparación de lo que es en realidad. Te he hablado de la dignidad en la que los he puesto por haberles elegido y hecho ministros míos. Por esta dignidad y autoridad, no quiero que por ningún defecto suyo los toquen manos seculares. Y, si lo hacen, me ofenden miserablemente.

Quiero, pues, que se les tenga en la debida reverencia. No a ellos por ellos mismos, como te he dicho, sino por mí, por la autoridad que les he dado, por lo que esta reverencia no debe disminuir jamás aunque en ellos disminuya la virtud. Te he hablado de la virtud de estos ministros buenos que he puesto para administrar el Sol, es decir, el cuerpo y la sangre de mi Hijo, y los otros sacramentos.

Esta dignidad y reverencia se debe a los buenos y a los malos, pues todos tienen la misma función. Mas los perfectos tienen la condición del sol, y así es; iluminan y caldean, por la fuerza de su caridad, a sus prójimos, y con este calor hacen germinar las virtudes en las almas de sus súbditos. Te dije que eran ángeles, y es cierto. Pues os los he dado para que os guarden y os sugieran al corazón buenas inspiraciones con santas oraciones, doctrina de vida intachable y os sirvan administrándoos los santos sacramentos, lo mismo que hace el ángel, que os sirve, os guarda y os sugiere buenas y santas inspiraciones.

Mira, pues, además de la dignidad en la que los he pues-

to, las virtudes de las que están revestidos, y de las que todos deberían estarlo, y cuán dignos son de ser amados. Debéis tener en gran reverencia a estos queridos hijos, que por sus virtudes son sol puesto en medio del Cuerpo místico de la santa Iglesia. Si todo hombre virtuoso es digno de amor, mucho más éstos, por el ministerio que he puesto en sus manos. Así que, por su virtud y por la dignidad del Sacramento, los debéis amar. Odiad sólo los defectos de los que viven miserablemente; no para constituiros vosotros en sus jueces, pues no lo puedo permitir, porque son mis Cristos, sino que debéis amar y reverenciar la autoridad que les he dado.

Si un hombre sucio y mal vestido os presentara un gran tesoro que os devuelve la vida, por amor del tesoro y del señor que os lo mandase, vosotros no odiaríais al portador aunque estuviese andrajoso y sucio. Os desagradaría ciertamente, y procuraríais por amor de aquel señor que se adecentase y se vistiese correctamente. Del mismo modo estáis obligados a proceder, según el precepto de la caridad, y quiero que procedáis, con aquellos ministros míos poco ordenados, que, con inmundicia y cubiertos de vicios, desgarrados por la separación de la caridad, os traen los grandes tesoros, es decir, los sacramentos de la santa Iglesia, de los que recibís la vida de la gracia cuando a ellos os acercáis dignamente, sean los que fueren los defectos del ministro, por amor de mí, Dios Eterno, que os los mando, y por amor de la vida de la gracia que recibís en este gran tesoro, Dios y Hombre, o sea el cuerpo y la sangre de mi Hijo, unido con la naturaleza divina [21]. Deben desagradaros y debéis odiar sus defectos, procurando, con afecto de caridad y con la santa oración, vestirlos, y con lágrimas lavar su inmundicia, es decir, ponerlos en mi presencia con vuestras lágrimas y vuestro gran deseo de que yo, por mi bondad, los revista con el vestido de la caridad.

Vosotros sabéis muy bien que quiero darles mi gracia con tal que se dispongan a recibirla, y vosotros a pedirme por ellos. Yo no quiero que os administren el sol en tinieblas, ni que anden desnudos del vestido de la virtud, ni sucios vi-

[21] Aquí radica el secreto del impresionante contraste que en relación con los sacerdotes se descubre inmediatamente en Santa Catalina. Es difícil que se encuentren tan armónicamente hermanadas una reverencia tan profunda y convencida con una sinceridad tan absoluta y cruda. El antagonismo entre estas dos actitudes interiores no es más que aparente y superficial. En su entraña íntima reconocen una misma fuente soterraña. El mismo espíritu de fe y el mismo amor de fuego que venera en ellos: el carácter de administradores de la Sangre, de ángeles en la tierra, de revestidos de las condiciones del sol, descubre en su conducta la menor discordancia con la santidad de que el sacerdocio los ha revestido. Su identificación con la voluntad de Dios no les permite permanecer en silencio y en una cómoda pasividad recogida, mientras pueden hablar, escribir, sufrir, entregarse para remediarlo cuando sean «servidores indignos» del Gran Rey, que por ellos nos prodiga sus dones.

viendo deshonestamente. Por el contrario, los he puesto y os los he dado para que sean ángeles en la tierra y sol, como queda dicho. Si no lo son, debéis rogarme por ellos, no juzgarlos. El juicio dejádmelo a mí. Yo, por vuestras oraciones, usaré con ellos de misericordia, si se disponen rectamente [22]. Si no enmiendan su vida, su misma dignidad les servirá de ruina. Yo, Juez supremo, les haré sentir mi reprensión, y, si en el momento de la muerte no se enmiendan ni se acogen a la abundancia de mi misericordia, serán enviados al fuego eterno.

CAPITULO II

Estado de los malos sacerdotes y religiosos

§ 1. El principio y fundamento de todos los pecados y defectos de los malos sacerdotes es el amor propio

[Cap. CXXI.] Atiende ahora, hija queridísima, a lo que quiero decirte sobre su vida perversa, con objeto de que tú y los otros servidores míos tengáis mayores motivos de ofrecerme por ellos humildes y continuas oraciones.

A cualquier parte que vuelvas tu mirada, seculares y religiosos, clérigos y prelados, pequeños y grandes, jóvenes y viejos y gentes de todas clases, no verás más que ofensas. Todos exhalan hedor de pecado mortal. Hedor que no me daña a mí. Los daña a ellos mismos [23].

---

22 Luminosa norma de conducta: «Cuando no son lo que deberían los ministros de Dios, dejad a Dios el juicio sobre ellos; pedid por su santificación». La insistencia de Catalina sobre la «dignidad de los ministros» tiene su razón de ser en las varias herejías del tiempo que llegaron a negar la validez de los sacramentos administrados por sacerdotes en estado de pecado.

23 El cuadro es obscuro. La Santa, que gritaba: «¡Un poco de fuego; basta ya de ungüentos!», no atenúa las sombras ni difumina los duros contornos. Circunstancias históricas de distinta índole habían confluído en provocar una situación lamentable en el seno de la Iglesia. La «claustra», o peste negra de 1348, había despoblado los conventos y monasterios y, como las guerras, había relajado toda disciplina. Seglares y eclesiásticos parecían obsesionados por la idea de «vivir», de agotar las posibilidades de goce después de haber vivido la escalofriante y continua cercanía de la muerte. Los papas en Aviñón, el cisma de 1378, año en que Santa Catalina escribía el *Diálogo*... Pero la Santa, inmersa en la claridad de la fe, cree y confía; no ceja en sus lágrimas implorantes. «Dios hará misericordia».

No hay necesidad de buscar un autor particular que haya podido influir en el ánimo de Santa Catalina en orden al conocimiento profundo y no menos profundo aborrecimiento del estado deplorable en que se encontraba buena parte de la Jerarquía de este «Cuerpo místico de la Iglesia», administrador de la Sangre al cuerpo universal de la religión cristiana, porque, además de su vasto e íntimo conocimiento personal de esta lacerante realidad, entre el 1200 y el 1300, la literatura sobre tal argumento es vastísima, atizada por los enemigos de la Iglesia y de los «fraticelli», además de la polémica entre el clero secular y las órdenes mendicantes. Los «espirituales» han hecho buenos platos sobre este tema, como puede verse en los escritos de Angel Clareno y de Simón de Lascie: tiempos después se oían todavía los ecos

Te he hablado hasta ahora de la excelencia de mis ministros y de la virtud de los buenos a fin de dar refrigerio a tu alma y para que conozcas mejor, por el contraste, la miseria de estos miserables, y veas cuán dignos son de mayor reprensión y de sufrir más intolerables castigos, así como los elegidos y queridos míos son dignos de mayor premio y de brillar a mis ojos como piedras preciosas, porque ejercitan virtuosamente el tesoro que se les dió. Estos miserables hacen lo contrario. Por esto serán cruelmente castigados.

a) Del amor propio nacen la soberbia y el afán de riquezas

¿Sabes, hija queridísima, y considéralo con dolor y amargura de corazón, dónde han puesto éstos su principio y fundamento? En el amor propio, del que nace el árbol de la soberbia, con el retoño de la indiscreción, pues, como indiscretos, buscan para sí el honor y la gloria, codiciando las grandes prelaturas, adornando y cuidando delicadamente su cuerpo, y a mí me dan vituperio y ofensa [24]. Se apropian lo que no es suyo y me dan a mí lo que no es mío. A mí se me debe gloria y alabanza. A ellos, el odio de su sensualidad, nacido del verdadero conocimiento de sí mismos, considerándose indignos de tan gran ministerio como el que han recibido.

Mas ellos hacen todo lo contrario. Engreídos de soberbia, no se sacian de roer la tierra de las riquezas y deleites del mundo, tacaños, codiciosos y avaros para con el prójimo. Por esta miserable soberbia y avaricia, nacida del amor propio sensitivo, abandonan el cuidado de las almas. Sólo se ocupan de cosas materiales y procuran solícitamente poseerlas, y abandonan a las ovejas que confié en sus manos como rebaños sin pastor. No las apacientan ni las alimentan ni espiritual ni temporalmente.

Administran, es cierto, espiritualmente los sacramentos de la santa Iglesia (cuya virtud no pueden impedir ni disminuir los pecados de los ministros). Pero no apacientan con oraciones salidas del corazón, con hambre y deseo de vuestra salud, con vida santa y honesta. Y no apacientan a sus súbditos, necesitados de los bienes temporales, con los bienes, de los que te dije debían hacer tres partes: una, para

en las novelas de Sacchetti y de Pomponazzi a medida que iba en aumento el clamor que pedía «la reforma en la cabeza y en los miembros» (D'URSO, *Il pensiero di S. Caterina e le sue fonti:* Sapienza [1954] p. 361).

[24] Sería preciso reproducir aquí, entre otros muchos pasajes del epistolario, toda la carta 310 (IV, 369), a tres cardenales italianos que, después de la elección de Urbano VI, le abandonaron para sumarse a los cardenales cismáticos para elegir un antipapa. Es un comentario sobre el fondo de la lacerante realidad histórica de un dramatismo y elocuencia insuperables a estas breves líneas del *Diálogo*.

sus propias necesidades; la otra, para los pobres, y la otra, para utilidad de la Iglesia.

Estos hacen lo contrario. No sólo no dan los bienes que están obligados a dar a los pobres, sino que se apropian de lo ajeno con simonía y afán de lucro, vendiendo la gracia del Espíritu Santo. Los hay, a veces, tan desgraciados, que no dan al necesitado lo que yo gratuitamente les di si no se les llenan las manos y les hacen muchos regalos. Aman a sus súbditos en la medida que de ellos sacan algún provecho, y no más. Malgastan los bienes de la Iglesia sólo en ornamentos corporales y en vestir delicadamente. No como clérigos y religiosos, sino como señores y donceles de corte. Se afanan en tener hermosos caballos, abundantes vajillas de oro y plata para ornato de la casa, poseyendo lo que no deben poseer con mucha vanidad de corazón. Su corazón habla con vanidad desordenada y todo su deseo está puesto en banquetes. Comiendo y bebiendo desordenadamente, hacen un dios de su vientre; por esto caen muy pronto en la impureza y en la lascivia.

¡Ay de su miserable vida! Lo que el dulce Verbo, mi Hijo unigénito, conquistó con tanto sufrimiento en el leño de la santísima cruz, ellos lo malgastan con mujeres de mala vida.

b) El amor propio les hace no padres, sino devoradores de almas

Devoran las almas, compradas con la sangre de Cristo. Las devoran miserablemente de muchas y diversas maneras. De lo que pertenece a los pobres alimentan a sus propios hijos.

¡Oh templos del diablo! [25] Yo os puse para que fuerais ángeles en la tierra durante esta vida, y vosotros sois demonios, y habéis tomado para vosotros el oficio de los demonios. Los demonios dan las tinieblas que ellos en sí tienen y proporcionan torturantes dolores. Substraen las almas a la gracia con insidias y tentaciones para reducirlas a la culpa del pecado mortal, procurando hacerles todo el mal que pueden, aunque, si ella no quiere, ningún pecado puede entrar en el alma. Mas ellos hacen todo lo que está de su parte.

De la misma manera, estos miserables, indignos de ser llamados ministros míos, son demonios encarnados, porque por su culpa se han identificado con la voluntad del demonio. Hacen su mismo oficio, administrándome a mí, Luz verdadera, con las tinieblas del pecado mortal y administrando las tinieblas de su vida desordenada y perversa a sus súbdi-

[25] «Hoy día se ve todo lo contrario; no sólo no son templos de Dios, sino que se han convertido en establos y cuadra de cerdos y otros animales» (*Carta* 59, *al sacerdote Pedro de Semignano*, I, p. 331).

tos y a las demás criaturas racionales, con lo que son causa de confusión y aflicción en los espíritus de las criaturas, que los ven vivir desordenadamente. Más aún, son ocasión de sufrimiento y confusión de conciencia para aquellos a los que muchas veces substraen del estado de la gracia y del camino de la verdad, y, conduciéndolos a la culpa, los orientan por el camino de la mentira. Sin embargo, quien los siga no tiene excusa para su propia culpa. Ya que nadie puede ser obligado a cometer pecado mortal ni por estos demonios visibles ni por los invisibles, ya que nadie debe fijarse en su vida ni seguir sus ejemplos. Por el contrario, como os advirtió mi Verdad en el santo Evangelio, debéis hacer lo que ellos os dicen, es decir, la doctrina que os he dado en el Cuerpo místico de la santa Iglesia, contenida en la Sagrada Escritura, por medio de mis heraldos, los predicadores, que anuncian mi palabra. Mas no os fijéis en los castigos que merecen, ni sigáis su mala vida, ni os preocupéis de castigarlos vosotros, porque me ofenderíais a mí.

Dejadles a ellos su mala vida y tomad vosotros la doctrina. El castigo dejádmelo a mí, pues soy yo el dulce Dios Eterno, que recompenso todo bien y castigo toda culpa.

No dejarán de ser castigados por mí a causa de la dignidad que tienen por ser ministros míos, antes bien serán castigados, si no se enmiendan, más severamente que todos los demás, puesto que más recibieron de mi bondad. Ya que con tanta miseria me ofenden, dignos son de mayor castigo, Mira, pues, cómo son demonios, mientras que de mis elegidos te dije que eran ángeles en la tierra, pues hacían oficio de ángeles.

§ 2. El mal sacerdote es injusto con Dios y consigo mismo

[Cap. CXXII.] Te dije que en ellos resplandecía la piedra preciosa de la justicia. Debo decirte ahora que estos miserables desgraciados llevan en su pecho por broche la injusticia, que procede de su amor propio, y con él está unida. Por amor propio cometen injusticia para con sus almas y para conmigo a causa de las tinieblas de la indiscreción. No me dan gloria a mí, y para sí no tienen una vida santa y honesta, ni deseo de la salud de las almas, ni hambre de las virtudes. Por esto cometen injusticia para con sus súbditos y su prójimo y no corrigen los vicios.

Como ciegos, no los conocen, y, por el temor desordenado de desagradar a las criaturas, les dejan dormidos y hundidos en sus propias enfermedades. Pero no se percatan que, por agradar a las criaturas, les desagradan a ellas y me desagradan a mí, Creador vuestro. Quizá corrijan al-

guna vez a alguno de sus súbditos, pero será con objeto de justificarse con aquella pequeña reprensión. Pero dejarán de corregir al que esté en puesto elevado, aunque tenga mayores defectos que un inferior, por miedo de comprometer su propia situación o sus vidas. Reprenderán, sin embargo, al menor, porque ven que en nada los puede perjudicar ni quitar sus comodidades.

Estos que así proceden cometen injusticia, llevados del miserable amor propio de sí mismos. Es este amor propio el que ha infestado todo el mundo y el Cuerpo místico de la santa Iglesia y ha llenado de maleza el jardín de esta Esposa, plantando en ella flores podridas. Este jardín estuvo bien cultivado en el tiempo que estuvo a cargo de los verdaderos jardineros, es decir, mis santos ministros. Estuvo adornado de muchas y perfumadas flores, porque la vida de los súbditos, por mérito de los buenos pastores, no era perversa, sino virtuosa de honesta y santa vida.

Hoy no es así, sino todo lo contrario. Por culpa de los pastores malos son malos los súbditos. Llena está esta Esposa de muchas espinas de múltiples y variados pecados. No porque ella pueda ser manchada en sí por el pecado; quiero decir que la virtud de los sacramentos pueda disminuir. Pero los que se nutren al pecho de esta Esposa están emponzoñados en sus almas, cayendo de la dignidad en que yo los había puesto. Tampoco es que disminuya la dignidad en sí, sino por lo que a ellos se refiere. De ahí que, por sus defectos, se envilece la Sangre, es decir, que los seglares pierden la debida reverencia que debían tener para con ellos y por la Sangre. No deberían obrar así, y, si no les tienen el debido respeto, no es menor su pecado por los que pueda haber en los pastores. Mas estos desdichados son espejo de miseria, habiéndolos yo puesto para espejo de virtud.

§ 3. La sensualidad, que debería ser esclava, se constituye en señora de los sacerdotes indignos

[Cap. CXXIII.] ¿De dónde le viene al alma tanta corrupción? De su propia sensualidad.

Su amor propio ha constituído la sensualidad en señora y ha hecho esclava a la pobre alma, mientras que yo, con la sangre de mi Hijo, los hice libres el día en que toda la humanidad fué liberada y arrancada de la servidumbre y del poder del demonio. Toda criatura racional recibe este beneficio; pero a estos que yo he ungido los he liberado también de la servidumbre del mundo y los he puesto para que me sirvieran sólo a mí, Dios Eterno, para administrar los sacramentos de la santa Iglesia. Y tan libres los he hecho,

que no he querido ni quiero que pueda juzgarlos ningún señor temporal.

Y ¿sabes, mi querida hija, qué aprecio hacen ellos de tan gran beneficio como han recibido? Su gratitud consiste en perseguirme continuamente con tan diversos y abominables pecados, que tu lengua no los podría decir y desfallecerías si los oyeras. Sin embargo, algo te quiero decir, además de lo que te he dicho, para que tengas motivo de mayor llanto y compasión.

Deberían permanecer en la mesa de la cruz por su santo deseo y alimentarse allí del manjar de las almas en honra mía. Y, aunque toda criatura racional debe hacer esto, muchísimo más deberían hacerlo estos que yo he elegido para que os administraran el cuerpo y la sangre de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito; para que os dieran ejemplo de santa y buena vida y para que, aunque sea con trabajo propio, sigan mi verdad con grande y santo deseo, comiendo el manjar de vuestras almas. Ellos, sin embargo, tienen su mesa en las tabernas, y allí, jurando y perjurando públicamente con muchos delitos, como ciegos y sin luz de razón, se hacen animales por sus pecados y de hechos y de palabras viven en la lascivia.

No saben lo que es el Oficino divino, y, si alguna vez lo rezan con la lengua, su corazón está bien lejos de mí. Obran como truhanes y jugadores, y, después que han jugado su alma y la han puesto en las manos del demonio, juegan también los bienes de la Iglesia, y enajenan y malbaratan los bienes temporales que recibieron en virtud de la Sangre. Y así los pobres no perciben lo que se les debe y la Iglesia es despojada hasta de lo que le es necesario. Porque ellos se hicieron templo del diablo, no se preocupan de mi templo, y el adorno que deberían poner en el templo y en la iglesia por reverencia de la Sangre, lo ponen en sus propias casas.

Y, lo que es peor todavía, hacen como el esposo absorto en adornar a su esposa; así, estos demonios encarnados gastan los bienes de la iglesia en adornar a su cómplice diabólica[26], con la que viven inicua e inmundamente. Sin la menor vergüenza, las hacen ir, estar y venir, mientras que ellos, demonios miserables, están celebrando en el altar. Ni tienen el menor reparo en que esta desgraciada acuda con sus hijos de la mano a hacer la ofrenda entre los demás fieles.

¡Oh demonios, peores que los demonios! ¡Si al menos vuestras iniquidades estuvieran escondidas a los ojos de

[26] La palabra original es de una mayor energía y expresividad, «adornano la diavola sua», imposible de verter en su exactitud.

vuestros súbditos! Ocultándolas, aunque me ofendéis a mí y os dañáis a vosotros mismos, no dañaríais al prójimo como hacéis, poniendo a su vista vuestra mala vida, ya que con vuestro ejemplo sois causa y ocasión de que no salga de sus pecados, sino que caiga en otros semejantes y peores todavía de los que vosotros cometéis. ¿Es ésta la pureza que exijo yo a mi ministro cuando sube al altar para celebrar? Su pureza es ésta: se levanta por la mañana con el espíritu contaminado y corrompido su cuerpo por haberse arrastrado y pasado la noche en el inmundo pecado mortal; y ¿así va a celebrar? ¡Oh tabernáculo del demonio! ¿Dónde está la vigilia de la noche, con el oficio solemne y devoto?[27] ¿Dónde está la continua y devota oración? Durante el tiempo de la noche es cuando debes disponerte para el misterio que tienes que celebrar por la mañana con gran conocimiento de ti, reconociéndote y considerándote indigno de misterio tan grande, y con gran conocimiento de mí, que por mi bondad te he hecho digno de él, no por tus méritos, y te he hecho ministro para que lo dispenses a las demás criaturas.

a) Al sacerdote se le exige mayor pureza que al ángel; éste, si fuera posible, debería purificarse para subir al altar

[Cap. CXXIV.] Quiero que sepas, hija queridísima, que yo pido a vosotros y a ellos para este sacramento toda la pureza que sea posible a un hombre en esta vida.

En cuanto está de vuestra parte y de la suya, debéis procurar adquirirla continuamente. Debéis pensar que, si fuera posible que se purificase la naturaleza angélica, debería hacerlo para celebrar este misterio. Esto no es posible, porque no tiene necesidad de ser purificada, ya que en los ángeles no puede haber veneno de pecado. Pero digo esto para que veas cuánta pureza exijo de vosotros y de aquéllos en relación con este sacramento. De ellos muy especialmente.

Mas ellos hacen todo lo contrario, porque van a este misterio todos sucios e inmundos, y no sólo con la inmundicia y fragilidad a la que os inclina instintivamente vuestra naturaleza humana, por más que la razón, cuando quiere el libre albedrío, puede dominar esta rebelión. Mas ellos, miserables, no sólo no refrenan esta fragilidad, sino que obran mucho peor, cometiendo aquel maldito pecado contra naturaleza. Y como ciegos e idiotas, cegada la luz de su inteli-

---

[27] Alude a la obligación de las *vigilias*, es decir, de rezar el Oficio divino a horas determinadas de la noche, como se conserva todavía en los monasterios de las órdenes contemplativas.

gencia, no conocen la hediondez y abominación en la que están. Y este pecado no sólo me es aborrecible a mí, que soy suma y eterna pureza, y tan abominable que por este solo pecado se hundieron cinco ciudades por mi divino juicio, sino que desagrada a los mismos demonios, que estos miserables han constituído en señores suyos.

No porque a ellos les desagrade el mal o pueda complacerles algún bien, sino porque su naturaleza fué naturaleza angélica, y ésta siente asco y de suyo rehuye ver cometer pecado tan enorme. Ellos han arrojado antes la saeta envenenada con el veneno de la concupiscencia; pero, llegado el acto del pecado, huyen por el motivo que te he dicho.

Antes de la peste [28], yo te manifesté cuánto me desagrada y cuán corrompido estaba el mundo por este pecado. Y, elevándote sobre ti misma con santo deseo y con elevación de tu espíritu, te mostré el mundo entero, y casi en toda clase de gente podías ver este miserable pecado. Veías también los demonios cómo huían. Y tú sabes que fué tanta la pena que en tu espíritu experimentaste y el hedor que a ti llegaba, que te parecía morir. No veías lugar donde tú y los otros siervos míos pudierais poneros para que esta lepra no os contagiara, y veías que no podías estar ni entre pequeños ni grandes, ni viejos ni jóvenes, ni religiosos ni clérigos, ni prelados ni súbditos, ni señores ni siervos, que no estuvieran contaminados con esta maldición sus almas y sus cuerpos.

Te lo manifesté sólo en general, ya que no te mostré a los que, por excepción, no ha llegado este contagio, pues entre tantos malos me he reservado algunos buenos, que por su justicia contienen la mía para que no mande a las piedras que se revuelvan contra ellos, ni a la tierra que los trague, ni a los animales que los devoren, ni a los demonios que arrebaten sus almas y sus cuerpos.

---

[28] No se refiere a la «peste negra» de 1348, sino a la llamada «peste de los niños», veintiséis años después de la primera, por la cantidad de niños que en ella perecieron, y en la que perdió la Santa siete de sus sobrinos. (Véase TAURISANO, 313, nota 10.) Siena fué devastada, en efecto, por la implacable epidemia; se calcula que pereció un tercio de sus habitantes. Bartolommeo Benincasa, hermano de la Santa, volvió a su ciudad natal para morir en ella. Stéfano, otro hermano, murió hacia la misma época en Roma, donde la peste hizo seguidamente su aparición. La hermana de Catalina, Lisa, sucumbié, así como ocho nietos de Lapa que vivían con ella. Catalina amortajó por sí misma a estos pequeños cadáveres, diciendo para sí: «Estos por lo menos no los perderé». El mismo pensamiento cruzaba por su espíritu cuando escribía a Alessia Saracini: «Dios quiera que estos niños mueran si no han de llegar a ser hombres honrados» (JÖRGENSEN, *Santa Catalina de Siena* [Buenos Aires 1943] p. 214-215).

b) Esfuerzo de la bondad de Dios para ayudarles a salir del estado en que se ven hundidos los malos ministros

Por el contrario, voy buscando caminos y modos de poder usar con ellos de misericordia para que enmienden su vida, y pongo en medio de ellos a mis siervos, sanos y no leprosos, para que por ellos me supliquen. Si alguna vez doy a entender a mis siervos estos vicios detestables, lo hago con objeto de que sean más solícitos en buscar su salud, presentándolos ante mi presencia con mayor compasión, y para que con dolor de sus pecados y de mi ofensa me rueguen por ellos.

Así lo hice una vez contigo, como tú sabes y he dicho antes. Si te acuerdas cuando te hice experimentar una sola bocanada de este hedor, desfalleciste hasta tal punto, que no lo podías tolerar y decías: ¡Oh Padre Eterno!, ten misericordia de mí y de tus criaturas o separa mi alma del cuerpo, que ya no puedo más, o dame algún refrigerio y dime en qué lugar yo y los otros siervos tuyos podemos descansar para que esta lepra no pueda dañarnos ni tocar la pureza de nuestras almas y de nuestros cuerpos.

Te respondí, volviendo a ti los ojos de mi piedad: Hija mía, que vuestro descanso sea dar gloria y alabanza a mi Nombre y ofrecerme incienso de continua oración por estos pobres, caídos en tanta miseria, y que se hacen dignos, por sus pecados, del juicio divino. Vuestro lugar de reposo ha de ser Cristo crucificado, mi unigénito Hijo. En El debéis habitar y esconderos en la caverna de su costado, en la que gustaréis, por afecto de amor, en aquella naturaleza humana mi naturaleza divina. En aquel corazón abierto encontraréis mi caridad y la del prójimo [29], puesto que por honor de mí, Padre Eterno, y para cumplir la obediencia que yo le impuse por vuestra salud, corrió hasta la afrentosa muerte de la santísima cruz. Al ver y gustar este amor, seguiréis su doctrina, alimentándoos en la mesa de la cruz, es decir, sufriendo por caridad y con verdadera paciencia a vuestro prójimo y todas las penas, tormentos y trabajos de cualquier parte que os vengan. Sólo así huiréis y evitaréis esta lepra.

Este es el remedio que di y doy ahora a ti y a los demás. Pero con todo esto no se quitaba de tu alma el sentimiento de la hediondez, ni de tu inteligencia aquellas tinieblas. Pero mi providencia proveyó, porque al recibir en la comunión el cuerpo y la sangre de mi Hijo, Dios y Hombre, como lo recibís en el sacramento del altar, como señal de que era verdad lo que habíais visto, se te quitó aquella hediondez

[29] «Vete, escóndete todo en el costado de Cristo crucificado, y allí fija tu entendimiento en la consideración del secreto del corazón» (*Carta* 57, *a Pedro de Juan Venture*, I, p. 271).

con el olor percibido en el Sacramento, y aquellas tinieblas con la luz que en él se te daba, y de un modo admirable, como plugo a mi bondad, perduró durante muchos días en tu boca el olor y el gusto de la Sangre [30].

Ya ves, querida hija, cuán abominable me es este vicio en toda criatura. ¡Cuánto más me desagradará en estos que yo he segregado para que vivan en estado de continencia! Y entre estos que guardan continencia apartados del mundo, unos en la vida religiosa, otros como plantas arraigadas en el Cuerpo místico de la santa Iglesia, entre los cuales están mis ministros, no puedes imaginarte cuánto me desagrada este pecado. Mucho más ciertamente que en cualquier hombre que vive en el mundo y hasta en los que por otros títulos están obligados a observar continencia, porque mis ministros son lumbreras puestas en el candelabro y administradores en mi Nombre, que soy verdadero Sol, de la luz de virtud, de vida santa y honesta. Mas ellos no administran más que las tinieblas.

Y de tal manera están llenos de ellas, que de la santa Escritura, iluminada de sí, porque mis elegidos, con luz sobrenatural, la sacaron de mí, Luz verdadera, por la engreída soberbia de éstos y porque son inmundos y lascivos, no ven ni entienden más que la corteza y la letra, y la reciben sin sabor alguno, porque no está ordenado el gusto de su alma, sino más bien corrompido con el amor propio y la soberbia. Con el estómago lleno de inmundicia y del deseo de satisfacer sus deleites desordenados. Repletos de codicia y de avaricia, cometen públicamente y sin ninguna vergüenza sus pecados. Y en cuanto a la usura, prohibida por mí, serán muchos los miserables que la cometan.

§ 4. No saben ni pueden corregir en los demás los vicios que tienen en sí mismos

[Cap. CXXV.] ¿Cómo pueden éstos, llenos de tantos pecados, corregir, hacer justicia y reprender los pecados de sus súbditos? Imposible; sus propios pecados les quitan la valentía y el celo de la santa justicia, y, si lo hiciese alguna vez, sus súbditos, tan desgraciados como ellos, dirían: «Médico, cúrate antes a ti mismo, y luego cúrame y tomaré la medicina que tú me des. Tienes tú mayores vicios que yo, y ¿pretendes reprenderme?»

Mal hace el que reprende al súbdito solamente con pala-

[30] En esta experiencia mística, tan incidentalmente descubierta, pero que dejó de modo tan admirable en su boca el gusto y el olor de la Sangre y otros parecidos, hay que buscar el origen del sistema doctrinal y del mundo de vivencias intensísimas que se encierra en los secretos y en la vida de la Santa, en el concepto de SANGRE. (Véase *Introducción*.)

bras y no con buena y ordenada vida. No que no deba reprender el mal, tanto si él mismo es bueno como malo ; obra mal al no corregir con vida santa y honesta, y mucho peor obra el que no recibe humildemente la reprensión de cualquier manera que le fuese hecha, tanto si es bueno o malo el pastor que le corrige, y no enmienda su vida de pecado, ya que se hace daño a sí mismo y no a otro, y es él el que sufrirá el castigo de sus pecados.

Todos estos males, mi querida hija, provienen de no corregir quienes deben con buena y santa vida. Están cegados por su amor propio, en el cual radican todas sus iniquidades, y no piensan más que en cómo pueden satisfacer sus placeres desordenados, y esto lo mismo si son súbditos que pastores, clérigos o religiosos.

¡Qué dolor! ¿Dónde está, hija mía, la obediencia de los religiosos, que, puestos como ángeles en el estado de religión, son peores que demonios? Puestos para que anuncien mi palabra por su vida y su doctrina, y ellos gritan sólo sonidos de palabra, sin dar fruto en el corazón de los oyentes. Sus predicaciones van dirigidas más a agradar a los hombres y deleitar sus oídos que a honra mía. Por esto, más que de llevar una buena vida, se preocupan de hablar con elegancia.

Estos no siembran, en verdad, mi semilla, porque no se aplican a desarraigar los vicios y plantar las virtudes. Como no han quitado las espinas del huerto propio, no cuidan de arrancar las del huerto de su prójimo.

Todo su gusto está en adornar sus cuerpos y sus celdas y de vagar por las ciudades. Pero les sucede como al pez, que fuera del agua muere [31]. Así, estos religiosos de vida vana y deshonesta, fuera de su celda, mueren también. Se alejan de la celda, de la que debían haber hecho un cielo. Van por las calles buscando las casas de los parientes y de otros seglares según les gusta a ellos, súbditos miserables, y a los malos prelados que se lo permiten, en vez de atarles corto.

Y estos miserables pastores no se preocupan de ver a un fraile súbdito suyo en manos le los demonios, y aun, a veces, ellos mismos le meten en ellas. Pues alguna vez, sabiendo que son demonios encarnados, los mandan por los monasterios a visitar a aquellas que son también demonios encarnados. De este modo, los unos corrompen a los otros con muchos y sutiles engaños y astucias. Al principio, el demonio los engaña con pretexto de devoción, pero como su vida es lasciva y miserable, no puede durar mucho este color de la devoción. Pronto aparecen los frutos de semejantes devo-

[31] En sus cartas a religiosos esta enseñanza se repite bajo la misma gráfica imagen *(Carta* 36, *a ciertos novicios de la Orden de Santa María,* I, 208; *Carta* 37, *a Fr. Nicolás de Ghida,* I, 212).

ciones. En primer lugar brotan las flores malolientes de los pensamientos deshonestos con las hojas corrompidas de sus palabras, y con medios malvados satisfacen sus deseos. Los frutos que se siguen, bien los conoces, por haberlo visto varias veces, a saber, los hijos. Muchas veces llega a tanto el mal, que uno y otro dejan el estado religioso. El se convierte en un bellaco, y ella en una mujer pública.

a) Aversión por la soledad, vida común y observancia de la regla y votos

De todos estos males y de otros muchos son culpables los prelados, porque no tuvieron los ojos sobre sus súbditos, sino que les daban amplia libertad o ellos mismos los empujaban, haciendo como quien no ve sus miserias. Por esta negligencia y por la aversión del súbdito a la celda, por culpa de uno y de otro, este religioso cae en la muerte. Tu lengua no podría referir con cuántos vicios ni de cuántas abominables maneras me ofenden. Se han hecho armas del diablo y con su inmundicia envenenan dentro y fuera. Fuera, a los seglares, y dentro, a sus hermanos en religión. Están privados de la caridad fraterna, y todos quieren ser los primeros, y todos se preocupan de poseer. Con ello obran contra los mandamientos y contra sus propios votos.

Han hecho promesa de observar las reglas de la orden, y las quebrantan. Y no se contentan con no observarlas ellos, sino que, como lobos hambrientos, se echarán sobre los corderos que querrán ser observantes de la orden, burlándose ellos y escarneciéndolos. Creen los miserables que con las persecuciones, burlas y escarnios hechos a los religiosos buenos y observantes de la orden puedan cubrir sus propios defectos, y los ponen mucho más de manifiesto.

Todos estos males han caído sobre los jardines de las santas religiones. Santas, digo, porque en sí son como hechas y fundadas por el Espíritu Santo y porque la orden en sí no puede gastarse ni corromperse por los pecados de los súbditos. Y quien quisiera entrar en una orden, no debe fijarse en éstos, que son malos, sino navegar en los brazos de la orden misma, que ni está enferma ni puede enfermar guardando sus reglas hasta la muerte [32].

Te decía que todos estos males habían sobrevenido por los malos pastores, que no corrigen, y por los malos súbditos. A unos y otros les llega a parecer que los que observan rec-

[32] «La nave de la orden»: metáfora familiar a la Santa cuando trata de la vida religiosa. La prolonga y amplía, haciendo una aplicación perfecta de la figura a lo figurado; «los brazos de la orden» corresponden a los de los remeros, que se mueven todos a la vez, pero hacen andar la nave. La obediencia es el timón, la vela es la caridad», etc., etc. (Véase *Carta* 35, *a unos frailes de Monte Olivete*, I, 197.)

tamente las reglas, las quebrantan, porque no tienen sus mismas costumbres y no observan su modo de proceder, dispuesto y observado de cara a los seglares por deseo de complacer y de encubrir sus propios defectos.

No cumplen el primer voto, que es el de la obediencia en la observancia de la regla, de la que en otra parte te hablaré. También hacen voto de pobreza voluntaria y de ser continentes. ¿Cómo lo observan? Fíjate en lo que poseen y el dinero abundante que cada uno retiene para sí, separado de la caridad común, que los obliga a participar con sus hermanos de religión los bienes temporales y espirituales, como les impone el orden de la caridad y las reglas de la orden. Ellos no quieren más que engordar ellos mismos y engordar a sus animales. Una bestia engorda a otra, mientras su pobre hermano muere de frío y de hambre. Mas, yendo él bien forrado y teniendo buenas viandas, no se precupa del otro, ni con él quiere encontrarse en la mesa pobre del refectorio común. Todo su gusto estriba en poder estar donde pueda saciarse de exquisitos manjares y satisfacer su gula.

Les es imposible a estos tales observar el tercer voto de la castidad. Un estómago bien relleno no ayuda a hacer casto al espíritu. Por el contrario, caen en la lascivia con desordenadas concupiscencias, y van de mal en peor. Muchos de estos males les vienen por poseer bienes, porque, si no tuvieran que gastar, no vivirían tan desordenadamente y no tendrían amistades frívolas. Cuando no pueden hacer obsequios, no pueden tampoco conservar estos amores y amistades, fundadas únicamente en la apetencia de los obsequios o en el placer que uno obtiene del otro, y no sobre la perfecta caridad.

¡Oh miserables! ¡En qué miseria han caído, habiéndolos yo elevado a tan grande dignidad! Huyen del coro como si fuese un veneno. Y, si van, cantan sólo con la voz, porque su corazón está muy lejos de mí. Han tomado ya como una costumbre el subir al altar sin ninguna disposición, como si se tratase de ir a la mesa ordinaria.

b) Trato injusto de los súbditos, si son superiores

Todos estos males y muchos otros, de los que no te quiero hablar para no apestar tus oídos, provienen de los pecados de los malos pastores, que no corrigen ni castigan los defectos de los súbditos y no se preocupan ni tienen celo de la observancia de la orden, ya que ellos mismos no la observan. Todo lo que harán será abrumar, con las piedras de grandes obediencias, a los que las quieren observar, castigándolos por culpas que no han cometido. Lo hacen porque no resplandece en ellos

la piedra preciosa de la justicia, sino la de la injusticia. Por esto obran injustamente, dando penitencia y odiando al que merece gracia y benevolencia y dando amor, gusto y consideración, confiándoles cargos en la orden a los que, como ellos, son miembros del diablo. Mas, si no se corrigen, llegan con esta ceguera a las tinieblas de la condenación eterna, y tendrán que darme cuenta a mí, que soy Juez supremo, de las almas de sus súbditos. Mala cuenta la que pueden rendir, y por esto justamente recibirán de mí lo que han merecido.

§ 5. La soberbia

a) Les conduce a la lujuria, que profana su alma y su cuerpo, consagrados al servicio de la Sangre

[Cap. CXXVI.] Te he dicho, queridísima hija, sólo una mínima parte de la vida de estos que viven en el estado religioso de un modo tan miserable. Están en la orden con piel de oveja, pero son lobos rapaces. Volveré ahora a hablarte de los clérigos y ministros de la santa Iglesia, doliéndome contigo de sus defectos, además de los que te he referido, y de las tres columnas de vicios que ya alguna otra vez te mostré quejándome contigo de ellos, a saber: la inmundicia, la engreída soberbia y la codicia, por la que llegan a vender la gracia del Espíritu Santo, como te dije.

Estos tres vicios dependen el uno del otro, y el fundamento de estas tres columnas es el amor de sí mismos. Mientras estas columnas permanecen en pie y la fuerza del amor de las virtudes no las derribe, son suficientes para mantener al alma firme y obstinada en cualquier otro vicio, porque todos los vicios, como te he dicho, nacen del amor propio. Del amor propio nace el vicio principal de la soberbia, y el hombre soberbio está privado de la caridad. De la soberbia pasa a la impureza y a la codicia. Y de este modo se esclavizan ellos mismos con las cadenas del diablo.

Te digo ahora, querida hija: Mira con cuánta miseria e inmundicia ensucian su cuerpo y su inteligencia. Quiero decir algo más todavía para que conozcas mejor la fuente de mi misericordia y tengas mayor compasión de estos miserables.

Algunos hay que de tal manera se han convertido en demonios, que no sólo no tienen reverencia alguna al Sacramento ni aprecian la excelencia del estado en que los puso mi bondad, sino que, como enteramente olvidados de todo esto, por el amor que tienen puesto en alguna criatura, no pudiendo hacer de ellas lo que desean, se dan a encantamientos del demonio, y con el Sacramento, que les fué dado como manjar de vida, hacen hechizos para satisfacer sus misera-

bles y deshonestos pensamientos y su perversa voluntad y ponerlos en práctica[33]. Y atormentan las mismas ovejas que tenían que cuidar y apacentar en su cuerpo y en su alma, de estos y de muchos otros modos, que quiero pasar por alto para no afligirte más. Como ves, embaucan a estas ovejas mías descarriadas, haciéndoles perder la memoria e imponiéndoles la voluntad de hacer, a causa de lo que con ellas ha hecho aquel demonio encarnado, lo que ellas por sí mismas no querían; y por la resistencia que hacen en sí mismas, sus cuerpos sufren gravísimas penas. ¿Quién ha motivado estos y otros muchos males que tú sabes, y que no es necesario que te refiera? Su miserable y deshonesta vida.

¡Oh carísima hija! ¡A qué gran miseria hunden éstos la carne humana, que fué elevada por encima de todos los coros de los ángeles por la unión de mi naturaleza divina con vuestra naturaleza humana! ¡Oh hombre abominable y miserable; no hombre, sino animal, puesto que entregas tu carne ungida y consagrada a mí a las malas mujeres y aun a cosas peores! Esta carne tuya y la de toda la humanidad fué curada de la herida que Adán le había ocasionado con su pecado por el cuerpo llagado de mi unigénito Hijo en el leño de la santísima cruz. ¡Miserable! El te honró, y tú le deshonras. El ha curado tus llagas con su sangre y hasta os ha hecho ministros de ella, y tú le hieres con tus pecados lascivos y deshonestos. El Buen Pastor ha lavado a sus ovejas con su sangre, y tú ensucias las que son puras y haces lo posible para encenegarlas. Tú debes ser espejo de honestidad, y lo eres de deshonestidad. Todos los miembros de tu cuerpo los empleas para obrar lascivamente, y haces lo contrario que por ti ha hecho mi Verdad. Yo sufrí que le fueran vendados los ojos para iluminarte, y tú arrojas, con tus ojos lascivos, saetas envenenadas al alma y al corazón de aquellos en los que tan maliciosamente te fijas. Yo sufrí que le diesen a beber hiel y vinagre, y tú, como animal desordenado, te deleitas en tus comidas delicadas, haciendo un dios de tu vientre Hay palabras vanas y deshonestas en la boca, con la que estás obligado a amonestar a tu prójimo, a anunciar mi palabra y a rezar—con la boca y el corazón—el Oficio. Y yo de ella no percibo más que hediondeces, oyéndola jurar y perjurar como un perdido y blasfemarme algunas veces. Yo sufrí que le fueran atadas las manos para liberarte, a ti y a todo el linaje humano, de las ataduras de la culpa. Y las tuyas, ungidas y consagradas para administrar el

[33] Alusión a las artes mágicas, de ocultismo, en boga en aquella época, y a las que corresponden las prácticas espiritistas de la nuestra, y a las supersticiones de todos los tiempos.

santísimo sacramento, las empleas torpemente en tactos deshonestos.

Todas las obras, simbolizadas en las manos, están corrompidas y dirigidas al servicio del demonio. ¡Miserable! Yo te he colocado en tan alta dignidad, destinándote—a ti y a toda criatura racional—a mi exclusivo servicio.

Quise que le fueran traspasados los pies, haciendo para ti escalera de su cuerpo, y que le fuera abierto el costado para que pudieras ver lo más íntimo del corazón. Os lo he puesto como posada abierta, donde podáis ver y gustar el amor inefable que os tengo, encontrando y viendo mi naturaleza divina unida con vuestra naturaleza humana. Allí veis que la sangre que tú administras la puse como baño para lavar vuestra maldad. Y tú de tu corazón has hecho un templo del demonio. Tus afectos, simbolizados en los pies, no tienen otra cosa ni ofrecen en mi presencia más que corrupción y vituperio. Los pies de tus afectos no conducen al alma más que a lugares diabólicos.

Empleas todo tu cuerpo para herir el cuerpo de mi Hijo, haciendo lo contrario de lo que El ha hecho y de lo que tú y toda criatura estáis obligados a hacer. Todos tus miembros, como instrumentos desafinados, dan mal sonido, porque las tres potencias del alma están congregadas en nombre del demonio, cuando debías congregarlas en nombre mío.

Tu memoria debe estar llena de los beneficios que ha recibido de mí, y, sin embargo, está llena de deshonestidades y de muchos otros males. Los ojos de la inteligencia debías ponerlos con la luz de la fe en Cristo crucificado, mi Hijo unigénito, del que has sido hecho ministro, y tú los pones en las delicias, posición y riquezas del mundo con miserable vanidad. Tu afecto debe amarme a mí únicamente, sin interposición de medio alguno, y tú lo gastas miserablemente en amar a las criaturas y a tu cuerpo, y hasta a tus propios animales querrás más que a mí. ¿Qué me lo demuestra? La impaciencia que contra mí experimentas si te quito alguna cosa que mucho ames y el disgusto que tienes para con tu prójimo cuando recibes algún daño temporal de él; de modo que, odiándole e injuriándole, te apartas de mi caridad y de la suya. ¡Oh desgraciado! Has sido hecho ministro del fuego de mi divina caridad, y tú la pierdes por tus propios deleites desordenados y por un pequeño daño que recibas de tu prójimo.

¡Oh hija queridísima! Esta es una de aquellas tres columnas que te dije[34].

[31] Esta es la respuesta de Catalina al clamor de angustia del Padre: «*Peccavi, Domine, miserere mei:* Castiga, Señor, mis pecados; purifí-

b) Otras consecuencias de la soberbia en los sacerdotes indignos: la codicia y la vanidad

[Cap. CXXVII.] Ahora te hablaré de la segunda columna, es decir, de la avaricia.

Tú das con tanta tacañería lo que mi Hijo ha dado con tanta generosidad. Ves su cuerpo todo abierto en el leño de la cruz y su sangre esparcida por todas partes; y no ha comprado el fruto de su redención ni con oro ni con plata, sino con su propia sangre, con gran generosidad de amor. Ni redimió sólo una parte del mundo, sino todo el linaje humano, pasados, presentes y venideros. No os dió esta sangre sin haberos dado el fuego, ya que con fuego de amor os la dió. Ni el fuego ni la sangre sin mi naturaleza divina, porque la naturaleza divina estaba perfectamente unida con la humana. Y a ti, miserable, por pura generosidad de mi amor, te he hecho ministro de esta sangre. Y tú, sólo por ambición y codicia, te sientes tacaño de lo que mi Hijo ha conquistado en la cruz, o sea, de las almas conquistadas con tanto amor y de lo que te ha dado al hacerte administrador de la Sangre, hasta tal punto que por avaricia llegas a vender la gracia del Espíritu Santo, queriendo que tus súbditos te compren lo que tú has recibido como un don.

Tu avidez no está dispuesta a comer almas por amor mío, sino a devorar dinero. Tan tacaño te has vuelto para la caridad de lo que tú con tanta abundancia has recibido, que yo no quepo en ti por gracia, ni tu prójimo por amor. Los bienes temporales que recibes en virtud de esta sangre, los recibes con abundancia, y tú, avaro miserable, sólo eres bueno para ti y, como ladrón digno de la muerte eterna, te apropias lo que es de los pobres y de la santa Iglesia, lo malgastas lujuriosamente con mujeres y hombres deshonestos y con tus parientes y lo dilapidas en placeres y en mantener a tus propios hijos.

¡Miserables! ¿Dónde están los hijos de las reales y dulces virtudes que deberías tener? ¿Dónde la encendida caridad con que deberías cumplir tus ministerios? ¿Dónde el angustioso deseo de mi honor y de la salud de las almas? ¿Dónde el dolor torturante que deberías experimentar al

---

came, Bondad eterna, inefable Deidad. Escucha a tu sierva y no tomes en consideración la muchedumbre de mis iniquidades. Te ruego que endereces hacia ti el corazón y la voluntad de los ministros de la santa Iglesia, tu Esposa, para que te sigan a ti, Cordero desangrado, pobre, humilde y manso, por el camino de la santísima cruz según tu voluntad y no a su gusto. Que sean criaturas angélicas; ángeles de la tierra en esta vida, ya que han de administrar la sangre y el cuerpo de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado... Uneles, sumérgeles, piedad divina, en el mar de paz de tu bondad, de modo que no esperen a tener más tiempo (para santificarse), perdiendo el que tienen por el que no tienen...» (Orac. 1; TAURISANO, *Preghiere ed elevazioni* [Roma 1932] p. 70-71).

ver que el lobo infernal arrebata tus ovejas? No lo hay por ninguna parte, porque en tu estrecho corazón no hay amor ni para mí ni para ellos. Tú te quieres a ti exclusivamente con amor propio sensitivo, con el que te envenenas a ti y envenenas a los demás. Tú eres demonio infernal que las devora con amor desordenado. No apetece otra cosa tu paladar, y por esto no te preocupa que se las lleve el demonio invisible, porque tú, demonio visible, te has convertido en instrumento suyo para llevarlas al infierno. ¿A quién vistes y alimentas con lo que pertenece a la Iglesia? A ti y a los otros demonios juntamente contigo y a los animales, es decir, los lustrosos caballos que tienes para tu placer desordenado y no por necesidad. Sólo por necesidad deberías tenerlos, y no por placer. Estos placeres son para los mundanos. Los tuyos deben ser los pobres y los enfermos, visitándolos y socorriéndolos espiritual y temporalmente en sus necesidades, ya que no por otra cosa fuiste hecho ministro mío ni se te dió tan grande dignidad. Pero, porque te has convertido en animal, por esto te deleitas en los animales. Si pudieses ver los tormentos que te están preparados si no te enmiendas, no lo harías, sino que, al contrario, te dolerías de lo que hiciste en el tiempo pasado y te corregirías en el presente.

Ves, mi querida hija, cuántos motivos tengo de queja de estos miserables y cuánta magnanimidad he tenido yo con ellos, y ellos cuánta tacañería conmigo. ¿Qué más te diré? Algunos prestan con usura. No que tengan tienda abierta, como los usureros públicos, sino que con mañas sutiles venden el tiempo a su prójimo llevados de su codicia, lo cual no es lícito en modo alguno. Si se les hace algún regalo, por pequeño que sea, si lo reciben con la intención de que les sirva como precio del servicio que hicieron prestando su dinero, como cualquier otra cosa que recibieren por este tiempo de su préstamo, cometen usura. Y yo he puesto a este miserable para que lo prohiba a los seglares, mas él hace lo mismo y mucho más, porque, si alguno va a pedirle consejo sobre esta materia, teniendo él el mismo pecado, y porque ha perdido la luz de la razón, el consejo que le da es tenebroso y lleno de la pasión que tiene en su alma.

Estos y muchos otros pecados nacen de su corazón estrecho, codicioso y avaro. Puede decirse de él lo que dijo mi Verdad cuando entró en el templo y encontró a los que vendían y compraban, echándolos fuera con los azotes hechos con unas cuerdas: *De la casa de mi Padre, que es casa de oración, habéis hecho una cueva de ladrones*[35].

Tú ves, dulcísima hija, que así es en realidad: que de mi

[35] Mt. 21,13.

iglesia, que es lugar de oración, han hecho cueva de ladrones. Estos venden y compran y mercadean la gracia del Espíritu Santo. Por esto ves que quien quiere prelaturas y beneficios de la santa Iglesia, los compra con muchos regalos a los que ya son ricos de dinero y posesiones. No se preocupan estos últimos de que sean buenos o malos los que aspiran a estos beneficios. Para complacerlos y pagar de alguna manera los regalos recibidos, se ingenian para meter esta planta podrida en el jardín de la santa Iglesia, y a este fin dan buenos informes de ellos al Cristo en la tierra. Unos y otros obran con falsedad y engaño para con el Cristo en la tierra, cuando debían proceder con toda sinceridad y con toda verdad. Si el vicario de mi Hijo llega a conocimiento del pecado de unos o de otros, los debe castigar y quitarles el cargo que tienen, si no se corrigen y enmiendan su mala vida. Y al que intentaba comprar le estaría bien que le diese, en cambio de lo que pretendía, la cárcel, para que se corrija de su vicio y los demás tomen ejemplo y teman y ninguno se atreva jamás a hacerlo. Si Cristo en la tierra lo hace, cumple con su deber. Si no lo hace, no quedará sin castigo este pecado cuando tenga que dar cuenta de sus ovejas delante de mí.

Créeme, hija mía, que hoy esto no se hace, y por esta razón han venido sobre mi Iglesia tantos males y abominaciones. Cuando tienen que dar las prelaturas, no se indaga ni se investiga sobre la vida de los candidatos, si son buenos o malos. Y, si alguna vez lo hacen acerca de los que son malos como ellos, dan excelentes informes, porque en ellos hay los mismos pecados. Y en los candidatos no se fijan en otra cosa sino en la buena posición, buena presencia, riquezas y que hablen elegantemente; peor aún, alguien llegará a alegar alguna vez, en pleno consistorio, su belleza corporal. ¡Lenguaje diabólico! Consideran la belleza del cuerpo, cuando no se debería buscar más que el ornato y belleza de las virtudes. Deberían buscar a los pobres humildes, que por humildad rehuyen las prelaturas, mas ellos toman a los que con vanidad y engreída soberbia las andan buscando.

Se fijan en la ciencia. La ciencia en sí es buena y perfecta cuando se posee juntamente con una vida buena y honesta y con verdadera humildad.

Pero, si el que tiene la ciencia es soberbio, deshonesto y de vida depravada, es un veneno; de la Sagrada Escritura no entiende más que la letra. La entiende en tinieblas, porque ha perdido la luz de la razón y tiene ofuscados los ojos de su inteligencia. En esta luz, con luz sobrenatural fué declarada y entendida la santa Escritura, como en otra parte

te he dicho. Ves, pues, que la ciencia es buena en sí, pero no en aquel que no la usa del modo que debe. Antes al contrario, será para él fuego devorador si no corrige su vida.

Por esto deben fijarse más bien en el varón de buena y santa vida que en el sabio de malas costumbres. Ellos hacen lo contrario. Aun los que son buenos y virtuosos, si no tienen mucha ciencia, los consideran idiotas y los desprecian. Y, si son pobres, los evitan, porque de ellos nada pueden esperar.

Así que en mi casa, que debería ser casa de oración, y en la que debería resplandecer la piedra preciosa de la justicia y la luz de la ciencia con vida honesta y santa, y en la que debería percibirse el olor de la verdad, abunda la mentira. Deben practicar la pobreza voluntaria y con verdadera solicitud cuidar de las almas y arrancarlas de las manos del demonio. Ellos lo que apetecen son riquezas, y a tanto ha llegado su cuidado por las cosas temporales, que han abandonado del todo el cuidado de las espirituales. No piensan más que en el juego y en la diversión y en aumentar y multiplicar los bienes temporales. No se percatan los pobres que ésta es la manera de perderlas, porque, si ellos abundasen en virtud y tuviesen cuidado de las cosas espirituales como deben, abundarían también en las temporales. Muchas guerras ha tenido mi Esposa por este motivo que no habría tenido. Deben dejar que los muertos entierren a sus muertos y seguir ellos la doctrina de mi Verdad, cumplir en sí mi voluntad; es decir, hacer aquello por lo cual yo los puse. Ellos hacen todo lo contrario. Se entretienen en enterrar las cosas muertas y transitorias con afecto y solicitud desordenados. Se apropian el oficio de los hombres del mundo [36]. Esto me es muy desagradable y de gran daño para la santa Iglesia. Que las dejen a ellos y que un muerto entierre al otro; es decir, que gobiernen y cuiden de estas cosas los que han sido puestos para gobernar en lo temporal.

¿Por qué te dije que un muerto entierre al otro? [37] Aquí *muerto* se entiende de dos maneras. Una, cuando se administran y gobiernan las cosas temporales con culpa de pecado mortal, con afectos y solicitud desordenados; la otra, por-

---

[36] «Os invito—escribe a Gregorio XI—a tener hambre de almas... Aunque en verdad podáis decir, Santo Padre: «En conciencia debo conservar y recuperar lo que pertenece a la santa Iglesia»..., pero me parece debe procurarse conservar lo que es de más valor. El tesoro de la Iglesia es la sangre de Cristo, dada como precio de las almas; ya que el tesoro de la Sangre fué pagado no para proporcionar bienes terrenos, sino para la salvación del linaje humano. *Si estáis obligado a conquistar y conservar el tesoro y el señorío de las ciudades que la Iglesia ha perdido, mucho más obligado estáis en recuperar tantas ovejas, tesoro de la Iglesia, y con cuya pérdida tanto se empobrece*» (carta 209, III, 279).

[37] Mt. 8,22.

que es oficio del cuerpo tratar de las cosas materiales. Y el cuerpo es cosa muerta, que no tiene vida en sí sino en cuanto la recibe del alma; y tiene la vida solamente mientras el alma está en el cuerpo.

Deben, pues, estos mis ungidos, que deben vivir como ángeles, dejar las cosas muertas a los muertos y ellos gobernar las almas, que son cosas vivas y jamás mueren en cuanto al ser; deben gobernarlas, administrándoles los sacramentos, los dones y las gracias del Espíritu Santo, y apacentarlas con el manjar de una vida santa. De esta manera mi casa sería casa de oración, abundando en gracias y en virtudes de ellos. Y porque no lo hacen, sino todo lo contrario, puedo decir que ha sido hecha cueva de ladrones, porque ellos se han vuelto, por codicia, mercaderes ocupados en vender y comprar. Y ha sido hecha establo de animales, porque viven deshonestamente como animales. Por esto la han hecho como una cuadra, porque en ella yacen en el lodo de la deshonestidad, y así tienen a sus cómplices diabólicas en la Iglesia, como el esposo tiene a la esposa en su casa. Así que ves cuánto mal, y mucho más casi sin comparación, procede de estas columnas fétidas y corrompidas, es decir, la impureza y la avaricia.

c) En el sacerdote es mayor la obligación de la humildad y más grave y digno de castigo el pecado de la soberbia

[Cap. CXXVIII.] Quiero hablarte ahora de la tercera, es decir, de la soberbia.

Aunque te hablo de ella en último lugar, es la última y la primera a la vez, porque todos los vicios van mezclados con la soberbia, de la misma manera que las virtudes van todas sazonadas y reciben vida de la caridad.

La soberbia nace y se nutre del amor propio sensitivo, del que te dije era fundamento de estas tres columnas y de todos los pecados y maldades que cometen las criaturas. Porque quien se ama a sí mismo con amor desordenado, está privado de mi amor, porque no me ama. Y, no amándome, me ofende, porque no observa los mandamientos de la ley, es decir, el de amarme a mí sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. Esta es la razón por la que, amándose con amor sensitivo, no me sirven ni me aman, sino que sirven y aman al mundo; porque ni el amor sensitivo ni el mundo se conforman conmigo. No teniendo conformidad conmigo, necesariamente quien ama al mundo con amor sensitivo y sensualmente le sirve, me odia a mí. Y quien me ama a mí en verdad, odia al mundo. Por eso dijo mi Verdad que *nadie puede servir a dos señores*,

porque, si sirve al uno, deja descontento al otro[38]. Tú ves, pues, que el amor propio priva al alma de mi caridad y la reviste del vicio de la soberbia. Todo mal procede, pues, del principio del amor propio.

Puedo quejarme y lamentarme de este defecto en cualquiera de mis criaturas racionales, pero lo lamento particularmente en mis ungidos, que tienen el deber de ser humildes. Todos deben tener esta virtud de la humildad, que nutre la caridad, pero ellos han sido hechos ministros del humilde e inmaculado Cordero, mi unigénito Hijo. No se avergüenzan éstos, y toda la humanidad con ellos, de ensoberbecerse, viéndome a mí, Dios, humillado al hombre, dándoos el Verbo de mi Hijo en vuestra carne. Ven a este Verbo, por la obediencia que le impuse, ir y humillarse hasta la afrentosa muerte de la cruz. Tiene la cabeza inclinada para salvarte, la corona en la cabeza para adornarte, los brazos extendidos para abrazarte, y clavados los pies para estar contigo. Y tú, hombre miserable, que has sido hecho ministro de esta magnanimidad y de tan grande humildad, en vez de abrazar la cruz, la huyes y te abrazas con las inicuas e inmundas criaturas[39]. Deberías permanecer firme, siguiendo la doctrina de mi Verdad, fijos tu corazón y tu inteligencia en El, y te mueves como una hoja al viento. Cualquier cosa te arrastra. Es la prosperidad, te agitas con alegría desordenada. Es la adversidad, con impaciencia, y dejas aparecer por fuera el meollo de la soberbia, que es la impaciencia que llevas dentro. Porque así como la caridad tiene como meollo la paciencia, así la impaciencia es el meollo de la soberbia. Por esto, cualquier cosa los turba y los escandaliza a estos soberbios e iracundos.

Tanto me desagrada la soberbia, que la arrojé del cielo cuando el ángel se quiso ensoberbecer. La soberbia no sube al cielo, sino que cae en lo más profundo del infierno. Por esto dijo mi Verdad: *El que se ensalza, se engríe por la soberbia, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado*[40]. En cualquier clase de personas me desagrada la soberbia, pero mucho más en estos ministros, porque los he puesto en estado humilde para que administren al humilde Cordero, pero ellos hacen todo lo contrario. ¿Cómo no se

---

38 Mt. 6,24.

39 La santidad de Jesucristo no es una santidad estrictamente personal, privada. Es la santidad de la Cabeza, y, por consiguiente, el camino de la santidad de los miembros. Es algo más que un modelo que hay que ir copiando desde fuera para dentro. Es más bien bien una vida que hay en nosotros, participada en El, que hay que dejar salir de dentro para fuera. Por esto es tan impresionantemente vivo el contraste descrito aquí por Santa Catalina.

40 Lc. 14,11.

avergüenza de ensoberbecerse el sacerdote miserable, viéndome a mí humillado a vosotros, dándoos el Verbo de mi unigénito Hijo? Ellos han sido hechos sus ministros, y el Verbo que administran, por obediencia a mí, se humilló hasta la afrentosa muerte de la cruz. El tiene la cabeza coronada de espinas, y este miserable levanta la suya contra mí y contra el prójimo. De humilde cordero que debía ser, se ha hecho carnero que hiere con los cuernos de su soberbia a quienquiera que se le acerque.

¡Oh hombre desventurado! No consideras que no puedes escapar de mí. ¿Es éste el oficio que yo te di, el de herir con los cuernos de tu soberbia, haciéndome injuria a mí y a tu prójimo, y tratar con él sin derecho y sin razón? ¿Es ésta la mansedumbre con que debes acercarte a celebrar el misterio del cuerpo y la sangre de Jesucristo, mi Hijo? Te has convertido en un animal feroz, sin ningún temor de mí. Tú devoras a tu prójimo y estás en contra de él. Eres aceptador de personas. Favoreces a los que te sirven o te proporcionan algún provecho y a los que llevan tu misma vida y a los que deberías corregir y despreciar sus defectos; pero haces todo lo contrario, dándoles ejemplo para que hagan lo mismo que tú haces o peor. Si fueras bueno, lo harías. Mas, porque eres malo, no sabes reprender ni te desagrada su vida viciosa.

Desprecias a los humildes y a los virtuosos que son pobres. Tú les huyes. No lo deberías hacer, pero tienes tus razones para huirlos. Les huyes porque la hediondez de tu vicio no puede sufrir el olor de su virtud. Tienes a menos ver a mis pobres en el umbral de tu casa. Rehuyes el ir a visitarlos en sus necesidades. Los ves morir de hambre y no los socorres. Todo esto hacen los cuernos de la soberbia que hay en tu frente, que no quieren inclinarse a ejercitar un poco la humildad. ¿Por qué no se inclinan? Porque el amor propio que alimenta la soberbia no ha sido desarraigado de su interior. Por esto no quieren condescender ni repartir a los pobres ni bienes temporales ni espirituales si no les reportan algún lucro.

¡Oh maldita soberbia, fundada en el amor propio! ¿Cómo has podido cegar los ojos de su inteligencia de tal manera que creen que se aman y son compasivos consigo mismos, y en realidad son crueles? Pareciéndoles ganar, pierden. Pareciéndoles estar en delicias y en riquezas y en una gran posición, están en una gran pobreza y en miseria, porque se ven privados de la riqueza de la virtud. Han caído de la altura de la gracia a lo más hondo del pecado mortal. Les parece ver, y son ciegos, porque ni se conocen a sí ni me conocen a mí. No conocen su propio estado ni la dignidad

en la que yo los he puesto; no conocen la fragilidad del mundo ni su poca firmeza; porque, si la conocieran, no habrían hecho de él un dios. ¿Quién les ha quitado el conocimiento? La soberbia. Y de este modo se han convertido en demonios, habiéndolos escogido yo para ángeles y para que fueran ángeles en la tierra. Caen de lo más alto del cielo a lo más profundo de las tinieblas. Y tanto se han multiplicado las tinieblas y su iniquidad, que alguna vez caen en el pecado que te voy a decir.

Los hay que de tal manera se han transformado en demonios encarnados, que algunas veces fingen consagrar y no consagran por temor a mi juicio y para quitar de sí todo freno y temor en su mal obrar. Por la mañana se habrán levantado de la inmundicia después de haber comido y bebido desordenadamente. Deben, sin embargo, atender al servicio del pueblo. El recuerdo de sus iniquidades los detiene, ven que en buena conciencia no pueden celebrar. Les entra un poco de temor de mi juicio. No por odio del pecado, sino por el amor que se tienen a sí mismos. Mira, queridísima hija, cuán ciegos están. No recurren a la contrición del corazón y al aborrecimiento de su pecado con propósito de la enmienda. No encuentran más remedio que el de no consagrar, y, como ciegos, no ven que este segundo error y pecado es mayor que el primero, porque hace idólatra al pueblo, obligándole a adorar aquella hostia no consagrada, en lugar del cuerpo y sangre de Cristo, mi unigénito Hijo, Dios y Hombre verdadero, como si en realidad lo hubiera consagrado [41].

¿Ves cuán grande es esta abominación y cuánta la paciencia con que lo sufro? Si no se enmiendan, todas las gracias recibidas redundarán en su juicio y condenación.

Pero ¿qué deberá hacer el pueblo para no caer en este peligro? Debe orar con esta condición: si este ministro ha dicho las palabras que debe decir, creo verdaderamente que tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo y verdadero, dado a mí

---

[41] La Santa no habla de oídas o a humo de pajas. También esta página responde a hechos históricos vividos por Catalina. La cuenta en su *Leyenda menor* Caffarini. Se había extendido por la ciudad de Lucca su fama de santidad. Entre otras cosas maravillosas, de ella se decía que se alimentaba sólo con el manjar eucarístico. Habiendo caído enferma, llamaron a un sacerdote para que le diera la comunión. Para cerciorarse de la verdad de su ayuno, le trajo, con la solemnidad acostumbrada, una hostia sin consagrar. «Cuando oyó la campanilla, señal de que el sacerdote se acercaba, ella no se movió y permaneció impasible, ante la maravilla de todos.

El sacerdote se asomó a la cama. Ella no se levantó. El le dijo a grandes gritos: «¿Por qué no te levantas ni muestras la menor reverencia hacia el Sacramento?» Ella, envalentonada por aquellas palabras, respondió: «Más bien, ¿por qué no te avergüenzas de traerme una hostia sin consagrar y de exponer a la gente a un acto de idolatría?» (CAFFARINI, *Leggenda minore* [ed. Grottanelli. Bolonia 1863] p. 50; en ALVAREZ [Vergara 1926]

en manjar por el fuego de tu caridad inestimable y en memoria de tu dulcísima pasión y del gran beneficio de la sangre que con tan grande fuego de amor derramaste para lavar nuestras iniquidades[42]. Obrando así, la ceguera de aquellos pastores no les será causa de engaño, adorando una cosa por la otra. La culpa del pecado es sólo de aquel ministro miserable, aunque ellos de hecho hicieran lo que no se debe hacer.

¡Oh hija dulcísima! ¿Quién detiene la tierra para que no los trague? ¿Quién refrena mi poder para que no se queden inmóviles como estatuas delante del pueblo, para su confusión? Sólo mi misericordia. Yo me contengo, es decir, la misericordia contiene a mi divina justicia para vencerlos a fuerza de misericordia. Mas ellos, como demonios obstinados, no conocen ni ven mi misericordia. La soberbia los ha cegado hasta parecerles que estoy obligado de justicia a lo que de gracia les concedo.

d) Elección de candidatos ineptos para el sacerdocio

[Cap. CXXIX.] Te he dicho todo esto para darte más motivo de llanto y de amargura por su ceguera, viéndolos en estado de condenación, y para que tú conozcas mejor mi misericordia, y en esta misericordia pongas toda tu confianza y seguridad y presentes ante mi presencia estos ministros de la santa Iglesia y el mundo entero, pidiéndome misericordia para ellos. Y cuanto más por ellos me ofrezcas dolorosos y amorosos deseos, tanto más me demostrarás el amor que me tienes, porque el bien que a mí no me podéis hacer ni tú ni ninguno de mis siervos, debéis hacerlo y manifestarlo por medio de ellos; yo me dejaré plegar al deseo, a las lágrimas y a las oraciones de mis siervos y usaré de misericordia con mi Esposa, reformándola con buenos y santos pastores[43].

Reformada de este modo la Iglesia, con buenos pastores, por fuerza se corregirán los súbditos, porque de casi todos los males que los súbditos cometen tienen la culpa los pastores malos. Pues si éstos se enmendasen y en ellos resplandeciese la piedra preciosa de la justicia con honesta y santa vida, los súbditos no obrarían así. ¿Sabes qué su-

[42] Evidentemente, el consejo vale en las circunstancias descritas por la Santa. Es decir, cuando por el conocimiento de la depravada conducta del ministro hubiese motivos suficientes para creer que en realidad no tienen la intención de consagrar.

[43] El principio general de la caridad al prójimo tiene una aplicación principalísima y primordial a los sacerdotes; es la expresión del sumo desinterés en el amor y en la oración. Se pide especialmente por ellos porque a su santidad van tan estrechamente unidos los intereses de la gloria de Dios, la belleza de la Esposa de Cristo y la salvación de las almas.

cede por culpa de todo esto? Que el uno sigue las huellas del otro. Los súbditos no son obedientes porque, cuando el prelado era súbdito, no lo fué con su prelado respectivo. Por esto recibe de sus súbditos lo que en su tiempo él dió. Es mal pastor, porque fué mal súbdito. De todo esto y de todos los vicios es causa la soberbia, fundada en el amor propio. Ignorante y soberbio era cuando era súbdito, y mucho más ignorante y soberbio es ahora siendo prelado. Y es tanta su ignorancia y ceguera, que conferirá el oficio sacerdotal a hombres incultos que apenas saben leer y rezar su Oficio, y que a veces, por su ignorancia y por no saber bien las palabras sacramentales, no consagrarán. Por este motivo, comete el mismo pecado de no consagrar que aquel que por malicia no consagra, fingiendo decir las palabras de la consagración. Debiendo escoger hombres expertos y fundados en virtud, que sepan y entiendan lo que dicen, hacen éstos todo lo contrario, porque ni se fijan en lo que saben o en que tengan la edad prescrita, sino en su propio antojo. Hoy, al parecer, se escogen niños y no hombres maduros, y no toman en consideración que sean de honesta y santa vida, ni que conozcan la dignidad a la que son llamados, ni el altísimo ministerio que deben ejercer. Se preocupan más de multiplicar el número de sacerdotes que las virtudes de los mismos. Ciegos y guías de ciegos, no se percatan que de esto y de todas sus cosas les exigiré cuenta en la hora de la muerte. Después de haber consagrado sacerdotes tan ignorantes y de haberles confiado el cuidado de las almas, caen en la cuenta que no son capaces de cuidar de sí mismos[44].

e) Los malos superiores y prelados apagan en sí la voz de la conciencia

¿Cómo podrán éstos, que no conocen sus propios delitos, conocerlos y corregirlos en los demás? No puede ni quiere proceder contra sí mismo. Las ovejas que no tienen pastor que cuide de ellas o que las sepa guiar, fácilmente se descarrían y con frecuencia son devoradas y despedazadas por los lobos. Siendo mal pastor, no se preocupa de tener el perro que ladre cuando ve venir al lobo; mas lo tiene semejante a él mismo, y así estos ministros y pastores no tienen cuidado, ni tienen el perro de la conciencia que les ladre, ni el bastón de la santa justicia para corregir. Su conciencia no ladra ni contra ellos mismos ni contra las ovejas que se pierden. Estas no siguen por el camino

---

[44] Visión certera la de la Santa en un problema de tanta trascendencia como el de la selección de las vocaciones.

de la verdad, no observan mis mandamientos, y son devoradas por el lobo infernal.

Si les ladrase el perro de la conciencia y castigaran sobre sí sus vicios y los de sus ovejas, éstas se salvarían y tornarían al redil. Pero es pastor sin cayado y sin perro de la conciencia; por esto perecen sus ovejas y no se preocupan de ello. El perro de su conciencia se ha debilitado tanto, que no ladra, pues no está suficientemente alimentado. El alimento que debía darle es la sangre del Cordero, mi Hijo, porque en cuanto la memoria, verdadero vaso del alma, está llena de la Sangre, la conciencia se nutre de ella. Por la memoria de la Sangre se abrasa el alma en odio del vicio y amor de la virtud. Este odio y amor purifican el alma de la mancha del pecado mortal y dan tanto vigor a la conciencia, que es su guardiana, que en cuanto un enemigo del alma, es decir, el pecado, pretendiese entrar en ella, no ya el afecto, sino sólo el pensamiento, inmediatamente la conciencia ladra fuertemente como un perro; tanto, que despierta a la razón. No comete injusticia, porque quien tiene conciencia, tiene también justicia.

Mas estos perversos son indignos de ser llamados no ya ministros, sino criaturas racionales, porque se han convertido en animales por sus vicios. No tienen perro, porque por su debilidad puede decirse que no lo tienen, y tampoco tienen el cayado de la santa justicia. Sus propios defectos los han hecho tan tímidos, que una sombra les da miedo; no miedo santo, sino de temor servil. Deberían exponerse a la muerte para arrancar las almas de las manos del demonio, pero ellos se las entregan no proporcionándoles doctrina de buena y santa vida ni queriendo sufrir una palabra injuriosa por su salud.

f) Abominaciones a las que conduce el amor propio irrefrenado

Quizá se dé el caso de que el alma de un súbdito se encuentre envuelta en gravísimos pecados y tenga que pagar grandes deudas, y que por el amor desordenado que tiene a su familia, para no privarlos de nada, no esté en disposición de pagarlas. Serán muchos los que conozcan su mala vida y hasta el mismo sacerdote indigno, a cuyo conocimiento lo habrán hecho llegar para que, como médico que debe ser, cure aquella alma. El miserable irá para hacer lo que debe, y por una palabra injuriosa que se le diga o una mala mirada, ya no se preocupará más[45].

Otras veces le harán regalos, y por el don y el temor ser-

[45] Se trata posiblemente de algún otro caso histórico vivido por la Santa de un moribundo mal asistido por un mal sacerdote.

vil deja aquella alma en las manos del demonio y le dará el sacramento del cuerpo de Cristo, mi Hijo unigénito, Ve y sabe que aquella alma no está libre de las tinieblas del pecado mortal, y, sin embargo, para complacer a los hombres del mundo, por temor desordenado o por los regalos que de ellos ha recibido, le ha administrado los sacramentos y enterrado con gran pompa en la santa iglesia, cuando por ser como un animal y miembro cortado del cuerpo debería haberle arrojado fuera. ¿Cuál es la causa de todo esto? El amor propio y los cuernos de la soberbia, que, si él me amase sobre todas las cosas y amase al alma de este pobrecito y fuese humilde y sin temor, buscaría, por encima le todo, la salud de aquella alma.

Mira, pues, cuántos males se siguen de estos tres vicios, que te dije eran como tres columnas, de los que procedían los otros pecados: la soberbia, la avaricia y la impureza de sus inteligencias y de sus cuerpos. Tus oídos no podrían oír cuántos son los males que nacen de éstos, como otros tantos miembros del demonio. Y por su soberbia, deshonestidad y codicia llegan a hacer esto—tú misma conoces a quienes ha sucedido—. Hay almas tan simples, pero de buena fe, cuyo espíritu está turbado por el miedo de tener en el alma ciertos pecados y de estar poseídos del demonio. Acuden al sacerdote miserable con el objeto de que las libre. Acuden a que un demonio arroje al otro. El, como codicioso que es, recibe el don y, como deshonesto, lascivo, rudo y miserable, dice a aquellas pobres almas: «No hay más que un remedio para libraros de este mal». Y así las hará caer miserablemente con él.

¡Oh demonio y más que demonio! En todo te has hecho peor que el demonio. Muchos demonios tienen horror a tal pecado. Mas tú, que te has hecho peor que ellos, te revuelves en ellos como el cerdo en el lodo. ¡Oh animal inmundo! ¿Es esto lo que yo exijo de ti: que con la virtud de la Sangre, de la que te he hecho ministro, arrojes los demonios de las almas y de los cuerpos? Tú los metes dentro de ellos. ¿No ves que el hacha de la justicia divina está ya puesta en la raíz del árbol?

Cuando llegue la hora, todas estas iniquidades te serán pagadas con usura, si no te arrepientes y haces penitencia. No se tendrá consideración contigo porque seas sacerdote, antes serás castigado miserablemente, y sufrirás el castigo por ti y por ellos, y serás atormentado más cruelmente que los demás.

Te acordarás entonces de echar el demonio con el demonio de la concupiscencia.

¿Qué decir de este otro miserable que, aprovechando de

que una criatura acude a él para que le libre del pecado mortal en el que se encuentra encadenada, aprovecha la ocasión para encadenarla en otro más grave y hacerla caer con él? (Si te acuerdas, tú viste con tus propios ojos a quien esto sucedió [46].) Ciertamente, era éste un pastor sin el perro de la conciencia. Este tal no sólo ahoga la voz de su propia conciencia, sino también la conciencia de los demás. Yo los he puesto para que canten y salmodien por la noche el Oficio divino, y ellos se ingenian para cometer maldades y encantamientos, intentando atraer, por arte del demonio, las criaturas que tan miserablemente aman. Les parecerá a veces que lo consiguieron, pero son juguete de su propia ilusión.

¿Te he hecho acaso sacerdote para que gastes las noches en estas abominaciones? Ciertamente que no, sino para que las emplees en la vigilia y en la oración; para que a la mañana, bien dispuesto, celebres la santa misa y des perfume de virtud a todo el pueblo y no hediondez de pecado. Estás colocado en estado angélico para que puedas conversar con los ángeles por medio de la santa meditación en esta vida, y en la otra gustarme a mí, juntamente con ellos, en mi eterna visión. Mas tú te deleitas en ser demonio y conversas con ellos antes que llegue la hora de la muerte.

Los cuernos de tu soberbia te han herido en los ojos de la inteligencia la pupila de la santísima fe y has perdido la luz, y por esto no ves en cuánta miseria estás sumergido. En verdad no crees que toda culpa es castigada, y premiada toda obra buena, porque, si en verdad lo creyeses, no obrarías así y no llevarías semejante vida; al contrario, te causaría espanto sólo oír nombrar al demonio. Tú sigues su voluntad y te complaces en él y en sus obras. ¡Ciego, más que ciego! Yo quisiera que preguntases al demonio qué premio puede darte por el servicio que le prestas. Te respondería que te dará lo que para sí mismo tiene. No puede darte otra cosa más que los tormentos desgarradores y el fuego en que arden continuamente, y en el que cayeron por su soberbia desde lo más alto del cielo.

Tú, angel en la tierra, caes por tu soberbia, de la alteza de la dignidad sacerdotal y del tesoro de la virtud, en la pobreza de muchas miserias, y, si no te enmiendas, caerás hasta los más profundo del infiermo. Te has constituído en dios y has hecho señor al mundo y a ti mismo. Di, por tanto, al mundo con todos sus placeres, que has gozado en esta vida, y a tu propia sensualidad, con la que has usado de las cosas del mundo— cuando yo te puse en el estado sacerdotal para que las despreciases lo mismo que a ti y al mundo—; diles

[46] Aquí dice claramente que habla de hechos sucedidos a personas conocidas y tratadas por la Santa misma.

que respondan por ti en mi presencia de Juez supremo. Te contestarán que no te pueden ayudar y se burlarán de ti, diciendo: «Tú eres el que has de dar esta cuenta». Y quedarás confuso y avergonzado delante de mí y del mundo. Tú no ves todo este daño que te viene encima porque, como he dicho, te han cegado, con su arremetida, los cuernos de la soberbia. Pero lo verás en la hora de la muerte, cuando ya no podrás poner remedio por medio de ninguna virtud y de la esperanza en aquella dulce sangre de la que fuiste hecho ministro. Esto ni a ti ni a nadie será quitado jamás mientras queráis esperar en la Sangre y en mi misericordia, aunque nadie debe ser tan loco ni tú tan ciego que quiera llegar hasta este extremo.

Piensa que, en aquel último momento, el hombre que ha vivido inicuamente se ve acusado por el demonio, por el mundo y por su propia fragilidad. No intentan engañarle, como solían hacer en vida, haciéndole ver que hubo placer donde hubo amargura, ni perfección donde no hubo más que imperfección, ni luz en vez de tinieblas; por el contrario, le mostrarán la verdad tal como es en sí. Y en esto consiste la acusación. El perro de la conciencia, que estaba débil, empieza ahora a ladrar con tanta violencia, que arrastra casi al alma a la desesperación, aunque ninguno debe desesperar, sino confiar en la Sangre, sean los que sean los pecados que haya cometido, pues, sin comparación alguna, es mayor mi misericordia que recibís en la Sangre que todos los pecados que se cometen en el mundo. Que ninguno demore hacer penitencia, porque dura cosa es para el hombre encontrarse desarmado en el campo de batalla entre muchos enemigos.

g) Aseglarados, no aman, como esposa, su breviario

[Cap. CXXX.] ¡Oh hija queridísima! Estos miserables de los que te he hablado no tienen para consigo mismos ninguna consideración. Si la tuviesen, no caerían en tantos vicios, sino que vivirían como los que viven virtuosamente, que prefieren la muerte antes que ofenderme y manchar su alma o disminuir la dignidad en que yo los he puesto, sino que aumentan la dignidad y belleza de sus almas. No que la dignidad del sacerdote en sí pueda crecer por la virtud o menguar por algún pecado, como te he dicho. Pero las virtudes son un adorno y una dignidad para el alma encima de la belleza que el alma tiene desde su principio, cuando yo la creé a imagen y semejanza mía. Los que así viven, conocen la verdad de mi bondad, su belleza y dignidad, porque la soberbia y el amor propio no los han ofuscado ni quitado la luz de la

razón. Por no tener este amor propio, me aman a mí y desean la salud de las almas. Pero estos desgraciados, privados totalmente de la luz, van de vicio en vicio tranquilamente, hasta que caigan en el hoyo.

Del templo de su alma y de la santa Iglesia, que es un jardín, han hecho establo de animales. ¡Oh carísima hija! ¡Cuán abominable es en mi presencia que sus casas, que deberían ser hospedaje de mis siervos y de los pobres, tener en ellas como esposa a su breviario, y por hijos los libros de la santa Escritura, y deleitarse en ellos para exhortar a su prójimo a emprender una santa vida, las hayan convertido en guarida de personas inmundas y malvadas!

Su esposa no es el breviario. Más bien trata a esta esposa del breviario como a adúltera[47]. Es un demonio en cuerpo de mujer la que inmundamente vive con él. Sus libros los constituyen la manada de sus hijos, y sin ninguna vergüenza se deleita con los hijos que ha tenido con tanta deshonestidad y maldad.

Las pascuas y días solemnes, en los que debería dar gloria y alabanza a mi Nombre con el Oficio divino y ofrecerme el incienso de humildes y devotas acciones, los pasa en el juego y entretenimiento con estas criaturas del demonio y se divierte con los seglares cazando, como si fuese un seglar más o un señor de corte.

¡Oh hombre miserable, a qué estado has llegado! Lo que tú debes cazar son las almas para gloria y alabanza de mi Nombre y estar en el jardín de la santa Iglesia, y no andar de caza por los bosques. Pero te has hecho bestia; dentro de ti tienes los animales de muchos pecados mortales. Por esto eres cazador de bestias y el huerto de tu alma está lleno de maleza y de espinas, porque has tomado el gusto de ir por lugares desiertos buscando las bestias salvajes. Avergüénzate y considera tus pecados. Motivo tienes para avergonzarte a cualquier parte que te vuelvas. Pero tú no te avergüenzas, porque has perdido el santo y verdadero temor de mí. Como la mujer pública, que ha perdido el pudor, te vanagloriarás de tener inmejorable posición en el mundo, de tener mucha familia y muchos hijos.

Y, si no los tienes, procuras tenerlos para que sean tus herederos. Eres salteador y ladrón, porque tú sabes perfectamente que no les puedes dejar tus bienes; tus herederos son los pobres y la santa Iglesia.

---

47 Difícilmente se podría expresar más feliz y exactamente el afecto del buen sacerdote para con el breviario. Cuando no es la esposa queridísima, ¿no habrá algún amor «adúltero», desordenado, en el corazón del sacerdote? Según Jörgensen, llama *esposa* al breviario porque se pasea con él debajo del brazo. Sospechamos, y en el texto aparecen con claridad, razones mucho más profundas.

¡Oh demonio encarnado, espíritu sin luz! Buscas lo que no debes buscar. Te precias y vanaglorias de lo que debería ser para ti motivo de confusión y de vergüenza delante de mí, que veo lo más íntimo de tu corazón, y delante de las criaturas. Estás ciego en verdad, y los cuernos de tu soberbia no te permiten ver tu misma ceguera [48].

¡Oh queridísima hija! Yo te he puesto sobre el puente de la doctrina de mi verdad para que os sirviera a vosotros, peregrinos, y os administrara los sacramentos de la santa Iglesia, mas él permanece en el río miserable debajo del puente y en el río de los placeres y miserias del mundo. Allí ejerce su ministerio, sin percatarse de que le llega la ola que le arrastra a la muerte y se va con los demonios, señores suyos, a los que ha servido y de los que se ha dejado guiar, sin recato alguno, por el camino del río. Si no se enmienda, llegará a la condenación eterna, con tan gran reprensión y reproche, que tu lengua no sería capaz de referirlo. Y él, por su oficio de sacerdote, mucho más que cualquier otro seglar. Por donde una misma culpa es más castigada en él que en otro que hubiera permanecido en el mundo. Y en el momento de la muerte, sus enemigos le acusarán más terriblemente, como te he dicho.

CAPITULO III

Fin de los buenos y de los malos sacerdotes

§ 1. Muerte de los sacerdotes justos

a) No pueden acusarles en aquella hora el mundo, el cuerpo, la conciencia, el demonio...

[Cap. CXXXI.] Puesto que te he dicho cómo el mundo, los demonios y la propia sensualidad los acusan, y así es en verdad, quiero hablarte ahora más extensamente acerca de estos miserables para que les tengas mayor compasión; verás cuán diferentes son los combates que sufre el alma del justo de la del pecador, y cuán diferente es su muerte, y en cuánta paz está el alma del justo, mayor o menor según la perfección de su alma.

Quiero ante todo que sepas que todos las penas que las criaturas recionales sufren arrancan de la voluntad. Si, en

[48] Si los detalles concretos de este cuadro pertenecen a un período felizmente superado en la historia de la Iglesia, la pasión por la santidad del sacerdote que palpita, como un rescoldo vivo, en estas páginas de Santa Catalina, es tan perenne como el mismo espíritu de amor a la Iglesia de la Santa. Este es de todos los tiempos. ¡Ojalá prendiera esta pasión en muchas almas de hoy.

efecto, su voluntad fuese ordenada y puesta totalmente de acuerdo con la mía, no sufrirían pena alguna. No es que se vean libres de todo trabajo, sino que para la voluntad, que sufre voluntariamente por mi amor, no le es sufrimiento, porque lo soporta con gusto viendo que es voluntad mía. Y por el santo odio que tienen de sí mismos declaran la guerra al mundo, al demonio y a la propia sensualidad. Llegada la hora de la muerte, la reciben en paz, porque sus enemigos han sido ya derrotados durante la vida.

El mundo no puede acusar a esta alma, porque ella conoció sus engaños, y por esto renunció al mundo y a todos sus placeres.

No le acusan su frágil sensualidad y su cuerpo, porque los tuvo sujetos con el freno de la razón, mortificando la carne con la penitencia, con la vigilia y con la oración humilde y continuada. Mató a la voluntad sensitiva con odio y aborrecimiento del pecado y amor de la virtud, sin contemplaciones para con el cuerpo. Esta compasión y ternura que hay entre el alma y el cuerpo es lo que naturalmente hace parecer aborrecible el morir, porque naturalmente el hombre teme la muerte.

Pero en el justo, la virtud sobrepasa la naturaleza, es decir, apaga y sobrepasa el temor natural con el odio santo y el deseo de llegar a su fin, y por esta causa esta ternura natural no le da ninguna guerra. La conciencia está tranquila, porque durante la vida supo guardar bien, ladrando cuando pasaban los enemigos que querían asaltar la ciudad del alma. De la misma manera que el perro que está junto a la puerta, al avistar los enemigos, ladra, y ladrando despierta a los guardias. Así, este perro de la conciencia despertó al guarda de la razón, y la razón, junto con el libre albedrío, conoció, con la luz de la inteligencia, quién era amigo o enemigo[49].

Al amigo, es decir, a las virtudes y a los santos pensamientos del corazón, la razón y el libre albedrío dieron entrada con afecto y amistad, ejercitándolas con grande solicitud. Al enemigo, o sea, al pecado y a los malos pensamien-

---

[49] «Estando tan bien provisto el jardín, quiero que en la puerta por guardián pongáis el perro de la conciencia; que esté atado a la puerta, a fin que, si viniesen los enemigos y estuviesen dormidos los ojos de la inteligencia, el perro ladre. A los ladridos del remordimiento de la conciencia se despiertan los ojos, salen al encuentro de los enemigos con el odio y aborrecimiento, e inmediatamente defiende y se prepara con las armas del amor. Hay que darle de comer a este perro para que esté siempre alerta; y su comida no es más que el odio y el amor en el recipiente de la verdadera humildad y tenido con la mano de la verdadera paciencia» (*Carta* 22, *al abad Martín de Passignano*, I, 112) Metáfora familiar a la Santa y frecuente en sus cartas.

tos, los rechazaron con odio y disgusto. La luz de la razón y la mano del libre albedrío, manejando la espada del odio y del amor, hirieron a sus enemigos. Por esto a la hora de la muerte no los remuerde la conciencia, porque hizo bien la guardia, y por esto está quieta y tranquila.

Es cierto que, por humildad y porque en el momento de la muerte está más dispuesto para apreciar el tesoro del tiempo y las piedras preciosas de las virtudes, el alma se acusa a sí misma, pareciéndole que las ha aprovechado muy poco. Pero ésta no es una pena aflictiva, sino que más bien la enriquece, porque hace que el alma se recoja toda en sí misma y se ponga delante de la sangre del humilde e inmaculado Cordero, Hijo mío. Y no vuelve la mirada atrás para contemplar sus virtudes pasadas, porque no quiere ni puede esperar en sus virtudes, sino sólo en la Sangre, en la que ha encontrado mi misericordia. Así como vivió con la memoria de la Sangre, en la hora de la muerte se embriaga y se anega en la Sangre.

¿Por qué no pueden acusarle los demonios? Porque en vida supo vencer su malicia con sabiduría. Se llegan a ella para ver si pueden obtener algo; se acercan en forma horrible, con feísimo aspecto y con muchas y diversas fantasías, para infundirle miedo. Pero como en el alma no hay veneno de pecado, su aspecto no les causa el temor y espanto que proporcionaría a otro que haya vivido inicuamente en el mundo.

Viendo los demonios que el alma ha entrado en la Sangre con ardentísima caridad, no pueden sufrir su vista. Se alejan de ella para arrojarle sus saetas. Su guerra y sus gritos ni hieren a esta alma, porque ha empezado ya a gustar la vida eterna, como te dije en otra parte. Los ojos de su inteligencia, que tienen la pupila de la luz de la santísima fe, me ven a mí, su infinito y eterno bien, que espera conseguir por gracia, y no como deuda de justicia, por el poder de la sangre de mi Hijo. Por esto extiende los brazos de la esperanza y lo estrecha con las manos del amor, entrando en posesión de este bien aun antes de llegar a él, según antes te dije [50]. Inmediatamente pasa, anegada en la Sangre, por la puerta estrecha del Verbo y llega a mí, mar pacífico, que somos una misma cosa, porque yo y mi Verdad, mi Hijo unigénito, no somos más que una cosa.

---

[50] ¡Cómo permite vislumbrar la felicidad definitiva y saborearla de antemano este extender los brazos de la esperanza hacia Cristo y «estrecharlo», aun antes de entrar en su posesión, «con las manos del amor»!

b) Alegría y esperanza del buen sacerdote ante la eternidad que se le acerca

¡Cuánta alegría experimenta el alma que tan dulcemente se ve llegar a este punto y que empieza a gustar el bien de la naturaleza angélica! Como ha vivido en la caridad con su prójimo, así participa del bien de todos los que en verdad gustan del mismo bien con verdadera caridad de los unos para con los otros. Esto reciben todos los que tan dulcemente llegan a este punto. Pero mucho más aquellos ministros míos de los que te dije habían vivido como ángeles, puesto que en esta vida vivieron con más conocimiento y con mayor hambre del honor de mi Nombre y salud de las almas. No hablo simplemente de la luz de las virtudes, que, en general, todo el mundo puede tener, sino que éstos, junto con la luz de la vida virtuosa, que es luz sobrenatural, tuvieron la luz de la ciencia santa, por la que conocieron más mi Verdad. Y quien más conoce, más ama, y quien más ama, más recibe. Vuestro mérito será medido con la medida del amor [51].

Y si me preguntases: Otro que no haya tenido ciencia, ¿puede llegar a este amor?, te respondería: Puede llegar ciertamente, pero excepcionalmente y no como norma general. Yo te hablo de lo que generalmente sucede.

Mis ministros reciben todavía mayor dignidad por su condición de sacerdotes, porque a ellos propiamente les fué dado el oficio de comer almas por honra mía. Y, aunque todos deben amar a sus prójimos, a éstos se les dió el administrar la Sangre y gobernar las almas. Si lo han hecho con solicitud y con afecto de virtud, son premiados más éstos que los demás.

¡Oh cuán bienaventurada es su alma, cuando llegan a la hora de la muerte, por haber sido pregoneros y defensores de la fe para con su prójimo! La encarnaron en el meollo de su alma, y con esta fe ven en mí el lugar que les corresponde. Han vivido en la esperanza y no han esperado más que en mi providencia, sin esperar en sí mismos ni esperar en su propio saber. Por haber perdido toda esperanza en sí mismos, no han puesto su amor ni en las criaturas ni en el mundo. Han vivido pobremente, y por esto extienden los brazos de su esperanza hacia mí.

Su corazón ha sido un vaso que llevaba mi Nombre con encendida caridad. Y lo anunciaban a su prójimo con el ejemplo de buena y santa vida, y ahora este corazón se levanta con amor inefable y con gran amor me abraza a mí, que soy su fin. Me presenta la perla de la justicia, porque

---

[51] Las virtudes teologales vitalmente ensambladas entre sí. Lo que en el tiempo fué la fe como base de la caridad sobrenatural, será en la eternidad la visión directa en relación con el amor beatificante.

siempre la tuvo ante sus ojos, haciendo justicia a todos y pagando discretamente lo que a cada uno era debido. A mí me tributa justicia con verdadera humildad, dando alabanza y gloria a mi Nombre, porque reconoce haber recibido de mí la gracia de vivir con conciencia pura y santa. Para consigo mismo sólo tiene indignación, considerándose indigno de recibir y de haber recibido tanta gracia.

Su conciencia me da buen testimonio, y yo le doy justamente la corona de la justicia adornada con las perlas de las virtudes, esto es, del fruto que la caridad sacó de las virtudes.

¡Oh ángel en la tierra! Bienaventurado tú, que no has sido ingrato a los beneficios recibidos de mí ni has cometido negligencia ni ignorancia, sino que lleno de celo, con verdadera luz, has tenido siempre abiertos los ojos sobre tus súbditos, y, como fiel y viril pastor, has seguido la doctrina del pastor bueno y verdadero, Cristo, dulce Jesús, mi Hijo unigénito. Por esto pasas, en verdad, por El, bañado y anegado en su Sangre, con el rebaño de tus ovejas, que en gran número has conducido, por medio de tu santa palabra y por tu ejemplo, a la vida perdurable, y a otras muchas has dejado viviendo en estado de gracia.

¡Oh hija queridísima! A éstos no los daña la visión del demonio, ni su obscuridad y aspecto; por horrible que sea, no les causa ningún daño ni temor por la visión de mí, a quien ven por amor y por el amor que me tienen. No les puede causar temor, porque en ellos no hay temor servil, sino sólo un temor santo. Por esto no temen sus engaños, porque con la luz sobrenatural y la de las santas Escrituras los conocen, de modo que no les producen ni obscuridad ni turbación de espíritu.

Así pasan gloriosamente, bañados en la Sangre, con hambre de la salud de las almas, todos abrasados en la caridad del prójimo, por la puerta del Verbo y se sumergen en mí. Mi bondad coloca a cada uno de ellos en el lugar que le corresponde y los mide con la medida del amor que a mí me tuvieron.

§ 2. Muerte de los malos sacerdotes

a) Los acusan el demonio, su conciencia...

[Cap. CXXXII.] ¡Oh queridísima hija! Por muy grande que sea la alegría de éstos, mucho mayor es la miseria de estos desgraciados pastores de los que te he hablado[52]. ¡Cuán terrible y obscura es su muerte! Porque en el momento supremo, como te dije, los demonios los acusan; con tanto terror y tinieblas les muestran su propia figura, que tú

[52] El contraste es estridente, de una eficacia literaria insuperable.

sabes que es tan terrible, que el alma preferiría pasar todas las penas posibles en esta vida antes que verlo en su propia forma.

Añade a esto el aguijón de la propia conciencia. Los placeres desordenados y la propia sensualidad, a la que constituyó en señora, sometiéndola, como esclava, a la propia inteligencia, le acusan sin piedad, porque conoce entonces la verdad de lo que antes no conocía. Se le sigue de ahí una gran confusión por su error, ya que en la vida vivió como infiel y no fiel a mí, puesto que el amor propio veló la pupila de la santísima fe. El demonio le acusa por esta infidelidad para hacerle caer en la desesperación.

¡Cuán dura les es esta batalla por estar sin las armas de la caridad, puesto que, como miembros del diablo, están totalmente desprovistos de ella! Por esto no tienen luz sobrenatural ni la de la ciencia, porque no la comprendieron; los cuernos de la soberbia no les permitieron ver la dulzura de su meollo; y ¿qué pueden hacer ahora en este terrible combate?

No se nutrieron tampoco con la esperanza, porque no han esperado en mí ni en la Sangre, de la que los hice ministros. Sólo esperaron en sí mismos, en su posición y en los placeres del mundo. Y no veían estos miserables demonios encarnados que todo se les había dado en préstamo y que, como deudores, se verían obligados a dar cuenta de todo. Ahora se encuentran desnudos y sin ninguna virtud, y a cualquier parte a la que se vuelven no oyen otra cosa más que improperios, con gran confusión suya.

Los acusan sus propias injusticias. Por esto su conciencia no se atreve a pedir más que justicia, y te digo que es tan grande esta vergüenza y confusión, que, si durante su vida no tuvieron la costumbre de esperar en mi misericordia, todos desesperarían; aunque dejar esto para el último momento es gran presunción por causa de sus pecados. Porque el que peca fiado en el brazo de la misericordia, no se puede decir, en verdad, que espera en la misericordia; más que esperanza es presunción. Mas, si éste se acoge a la misericordia y si, al llegar al último extremo de la muerte, reconoce sus pecados, descarga su conciencia en una santa confesión, desaparece la presunción, que ya no me ofende, y les queda la misericordia. A esta misericordia pueden acogerse con la esperanza, si ellos quieren. Si no fuera por esto, todos desesperarían, y, desesperados, irían con los demonios a la condenación eterna.

b) Desesperanza de la misericordia divina

Esto hace mi misericordia. Los hace esperar durante su vida en ella, no para que con esta esperanza me ofendan, sino para que se dilaten en la caridad por la consideración de mi bondad. Mas ellos la usan para todo lo contrario, porque me ofenden apoyados en la esperanza que han puesto en mi misericordia. Y, a pesar de todo, los conservo todavía en la esperanza de esta misericordia para que tengan a qué asirse en el extremo de la muerte y no desfallezcan, cayendo en la desesperación, cuando sean juzgados, porque me desagrada mucho más y a ellos les causa mayor daño este pecado de la desesperación que todos los otros que hayan cometido. Y la razón es ésta: en los otros pecados hay siempre algún gusto de la propia sensualidad que los arrastra, y algunas veces se arrepienten de ello, y por este arrepentimiento reciben misericordia. Pero al pecado de la desesperación no es la fragilidad lo que los empuja, pues no hay en él deleite ni gusto alguno, sino un sufrimiento intolerable. Y, además, en la desesperación desprecian mi misericordia, creyendo mayor su pecado que mi bondad y misericordia [53]. Por esto, caídos en este pecado, no se arrepienten ni sienten en verdad dolor de mi ofensa como deberían. Se duelen sólo de su castigo, pero no por la ofensa hecha a mí, y por esto se condenan.

¿Ves cómo este solo pecado es el que le conduce al infierno y cómo en el infierno es atormentado por este y por todos los otros pecados cometidos? Si se hubiera dolido y arrepentido de la ofensa hecha a mí y hubiera esperado en la misericordia, hubiera obtenido misericordia, porque, como ya te dije, sin comparación alguna es mayor esta misericordia mía que todos los pecados que la criatura pueda cometer. Por esto me desagrada tanto que consideren mayores que ella sus propios pecados. Y éste es el pecado que no se perdona ni aquí ni allí. Yo quisiera verles esperar en mi perdón en el momento de la muerte, ya que han vivido en el desorden y tanto me desagrada su desesperación.

Por esto mismo, durante su vida uso de este dulce engaño, es decir, el de hacerles esperar largamente en mi misericordia, porque cuando se han alimentado de esta esperanza, al llegar a la muerte, no se encuentran tan fuertemente inclinados a abandonarla por duras que sean las acusaciones que oyen como harían de no haberse ejercitado en esta virtud.

Todo esto les proporciona el fuego y el abismo de mi

---

[53] De nuevo el pecado de Judas; el único que puede cerrar, para la miseria humana, los brazos de la misericordia.

inestimable caridad. Mas ellos lo han recibido y usado con las tinieblas del amor propio, del que ha procedido todo pecado, y, en verdad, no han conocido esta misericordia. Por esto puedo considerar su esperanza en mi dulce misericordia como una gran presunción. He aquí una acusación nueva que su conciencia levanta contra ellos en presencia de los demonios. Les echa en cara que el tiempo y la largueza de mi misericordia, en la que esperaban, debían haberles servido para crecer en caridad y en amor de las virtudes y emplear virtuosamente el tiempo que yo por amor les di. Mas ellos me ofendían miserablemente con este mismo tiempo y con la presuntuosa esperanza en mi misericordia.

¡Oh ciego, doblemente ciego! Tú enterraste la perla, el talento que puse en tus manos para que negociases con ellos. Tú, presuntuoso, no quisiste cumplir mi voluntad, antes bien ocultaste mis dones bajo la tierra del amor desordenado de ti mismo, que ahora te devuelve fruto de muerte. ¡Desgraciado de ti, cuán grande es la pena que en este momento último de tu vida empiezas a recibir! No se te ocultan tus propias miserias, porque el gusano de la conciencia ahora no duerme; te despedaza. Los demonios gritan en torno tuyo y te dan el premio con que ellos suelen pagar a sus siervos: confusión y reproche. Y, para que en el momento de la muerte no te escapes de sus manos, quieren llevarte a la desesperación. Por esto te hunden en la confusión, para que luego te den lo que ellos tienen para sí mismos y padezcas junto con ellos.

¡Oh miserable! La dignidad en que yo te puse, ahora se te presenta resplandeciente como es, y por vergüenza tuya, reconociendo que la has tenido y que has usado con tanta tiniebla de pecado los bienes de la santa Iglesia, te recuerda que eres ladrón y deudor, pues debías pagar la deuda de estos bienes a los pobres y a la santa Iglesia. Entonces tu conciencia te recuerda que lo has malversado y gastado con malas mujeres, y has sustentado a tus propios hijos y enriquecido a tus parientes, y lo has tragado tú mismo para adorno de la casa y en comprar vajilla de plata, cuando debías vivir en pobreza voluntaria.

c) La acusación del breviario omitido y del injusto desempeño de sus cargos

La conciencia te recuerda también que dejabas el Oficio divino, sin preocuparte demasiado del pecado mortal que cometías. Y, si lo rezabas, era con la boca, pues tu corazón estaba muy lejos de mí. ¿Y tus súbditos? ¿Y la caridad y el hambre que debías tener de sus almas? ¿Y el deber de alimentarlas en la virtud? ¿El ejemplo que debías

darles y la mano de la misericordia y de la justicia con que debías corregirlos? Por no haber hecho nada de esto, tu conciencia te acusa ante la presencia horrible de los demonios. Y si como prelado has dado injustamente las prelaturas y el cuidado de las almas a alguno de tus súbditos, es decir, que no te fijabas a quién lo dabas, ahora te lo presenta como acusación tu conciencia. No debías darla ni por palabras lisonjeras, ni para agradar a las criaturas, ni por regalos, sino fijándote sólo en la virtud para mi honra y salud de las almas. Ahora se te acusa por no haberlo hecho así, y, para mayor pena tuya y confusión, ves en tu propia conciencia, y a la luz de la inteligencia, lo que hiciste sin deberlo hacer y lo que no hiciste estando obligado a hacerlo.

d) Contraste del paso a la eternidad del sacerdote santo y del mal sacerdote

Y quiero que sepas, queridísima hija, que así como resalta más la blancura con el contraste con lo negro, y lo negro al lado de lo blanco, que no separados uno del otro, así sucede con estos miserables. A éstos en particular y a todos en general, en la hora de la muerte, cuando el alma empieza a ver mejor sus males y el justo su bienaventuranza, se presenta ante los ojos de este miserable su vida llena de pecados. No hay ninguna necesidad que otros se lo pongan ante los ojos, porque su conciencia tiene muy presentes los pecados que ha cometido y las virtudes que debía practicar. ¿Por qué también las virtudes? Para mayor vergüenza suya. Porque, colocada la virtud al lado del vicio, por la primera conoce mejor el segundo, y cuanto más la conoce, más se avergüenza de ello. Por sus vicios conoce mejor la perfección de la virtud y siente mayor dolor, porque comprende haber estado en su vida alejado de toda obra virtuosa. En el conocimiento que tienen de la virtud y del vicio ven perfectamente la felicidad que el hombre virtuoso obtiene por sus actos de virtud. Y la pena que del pecado proviene al que ha vivido en él.

Le doy este conocimiento no para que caiga en la desesperación, sino con objeto de que consiga un perfecto conocimiento de sí y vergüenza de su pecado, pero con esperanza, para que con esta vergüenza y conocimiento se arrepienta de sus pecados y aplaque mi ira pidiendo humildemente que le perdone. Para el virtuoso es causa de un aumento en su alegría y en el conocimiento de mi caridad, porque a mi gracia atribuye el haber seguido las virtudes y la doctrina de mi verdad. A mí lo atribuye, no a sí mismo, y por esto se alegra en mí. En este verdadero co-

nocimiento gusta y recibe su dulce fin, según en otra parte te he dicho.

Así, el justo, que ha vivido con ardentísima caridad, se alegra, y el malo, hundido en las tinieblas, se ve avergonzado en el castigo. Al justo, las tinieblas y la visión de los demonios no le dañan ni los teme, porque sólo el pecador los debe temer y puede recibir algún daño de ellos. Los que han vivido lascivamente y hundidos en iniquidades, éstos son los que temen y sufren por la presencia de los demonios. No hasta la desesperación, si él no quiere, pero sí por la reprensión, los remordimientos de la conciencia y el miedo de su horrible aspecto.

Ve, pues, queridísima hija, cuán diferente es el paso penoso de la muerte y el combate que en aquella hora tienen los unos y los otros y cuán diferente su fin. Lo que te he dicho y he manifestado a los ojos de tu inteligencia no es más que una partecita insignificante, en comparación de lo que es en sí la pena que uno recibe y la felicidad que recibe otro. Tan insignificante, que es como nada. ¡Qué ceguera la del hombre, y especialmente la de estos miserables! Por haber recibido mucho más de mí y haber sido más iluminados en la santa Escritura, era mayor su obligación, y por esto es ahora mayor su confusión. Porque tuvieron un conocimiento más claro durante su vida a través de la Sagrada Escritura, más claramente ven a la hora de la muerte los grandes pecados que han cometido, y por esto son mayores los tormentos que padecen en comparación de los de los demás, así como los justos, por su parte, reciben mayor premio. Les sucede a éstos como al mal cristiano, que recibe en el infierno mayor castigo que un pagano, porque tuvo la luz de la fe y renunció a ella, y el pagano no la tuvo. Así, estos ministros perversos recibirán mayor castigo por un mismo pecado cometido por ellos y por los otros cristianos, a causa del ministerio que les di en la administración del Sol del santo Sacramento. Ellos tuvieron la luz de la ciencia para discernir la verdad para ellos y para otros, si la hubieran querido. Con justicia ahora son castigados con mayores penas.

Estos miserables, sin embargo, no se percatan. Si tuvieran la menor consideración de su propio estado, no caerían en tantos males. Serían lo que tienen que ser y son en verdad. Todos están corrompidos, viviendo peor ellos que los seglares en su estado. Con sus vicios deturpan la cara de su alma, y corrompen a sus súbditos, y chupan la sangre de mi Esposa, la santa Iglesia. Sus pecados la hacen palidecer; el amor y el afecto de la caridad que deben tener a esta Esposa lo tienen para sí mismos, y no piensan

más que en despojarla[54], sacando de ella las prelaturas y las grandes rentas, cuando sólo deberían pensar en buscar almas. Por su mala vida, los seglares les pierden la reverencia y desobedecen a la santa Iglesia, aunque no deberían hacerlo y no es excusa para su pecado la maldad de los ministros.

§ 3. Conclusión

a) Resumen

[Cap. CXXXIII.] Muchos otros excesos podría contarte, pero no quiero apestar más tus oídos. Te he referido esto para satisfacer tu deseo y para que seas más solícita en ofrecer dulces, amorosos y amargos deseos por ellos en mi presencia. Te he hablado de la excelencia en la que los he puesto y del tesoro que se os administra por sus manos, es decir, del santo Sacramento, Dios y Hombre verdadero, por medio de la comparación del sol, para que tú vieses que por sus vicios no disminuye el poder de este sacramento, y por esto tampoco quiero que disminuya la reverencia para con ellos. Te he manifestado la excelencia de mis ministros virtuosos, en los que resplandecía la perla de las virtudes y de la santa justicia. Y también cuánto me desagradaba la ofensa de los que persiguen a la santa Iglesia y su irreverencia para con la Sangre, puesto que la persecución que les hacen la considero hecha a la Sangre y no a ellos. Yo he prohibido que toquen a mis Cristos.

Acabo de referirte su afrentosa vida, y cuán miserablemente viven, y cuánta pena y confusión tienen en la hora de la muerte, y cuán cruelmente—más que los demás—se ven atormentados después de la muerte. He cumplido lo que te prometí, refiriéndote algo de su vida, y te he dado satisfacción de lo que me pedías.

Te repito ahora que por muchos que fueran sus pecados y aún más, no quiero que ningún seglar se entrometa en castigarlos. Y, si lo hiciera, no quedará sin castigo su pecado, si no lo castigan ellos en sí mismos con la contrición del corazón y la debida enmienda. Unos y otros son demonios encarnados, y, con permisión de la divina justicia, un demonio castiga al otro y uno ofende al otro. El seglar no tiene excusa en los pecados del prelado, ni el prelado en los pecados del seglar.

---

[54] La palabra original, *piluccare*—popular toscana—, sugiere la idea del racimo en el que se pica o picotea.

b) Exhortación a «llorar sobre estos muertos»

Ahora te invito, mi querida hija, y a todos mis otros siervos a llorar sobre estos muertos y a permanecer como ovejas en el jardín de la santa Iglesia, apacentándoos en el santo deseo y continuas oraciones, ofreciéndomelas a mí por ellos, puesto que quiero hacer misericordia con el mundo. No os retraigáis de este pasto ni por injurias que recibáis ni por prosperidad, es decir, que no quiero que levantéis vuestra cabeza ni por impaciencia ni por alegría desordenada, sino que humildemente estéis atentos a mi honra, a la salvación de las almas y a la reforma de la santa Iglesia. Esto será para mí señal de que tú y los demás en verdad me amáis. Sabes bien que te manifesté que quería que tú y los demás fueseis ovejas que os apacentarais siempre en el jardín de la santa Iglesia, sufriendo con paciencia hasta la muerte. Si así lo hacéis, colmaré tus deseos».

c) Oración de la Santa. Acción de gracias. Alabanza al Amor infinito. Súplica por la santidad de los sacerdotes

[Cap. CXXXIV.] Esta alma entonces, como ebria, angustiada y encendida de amor, herido el corazón con mucha amargura, se dirigía a la suma y eterna Bondad, diciendo: «¡Oh Dios Eterno, oh Luz sobre toda otra luz, ya que de ti sale toda luz! ¡Oh fuego sobre todo fuego, puesto que tú eres el único fuego que arde y no se consume! Consumes todo pecado y amor propio que encuentras en el alma, pero no la consumes con aflicción, sino que la enriqueces de amor insaciable. Saciándola, no se sacia, sino que hambrea siempre. Cuanto más te tiene, más te busca, y cuanto más te busca y te desea, más te encuentra y gusta de ti, sumo y eterno Fuego, abismo de caridad.

¡Oh sumo y eterno Bien! ¿Quién te ha movido a ti, Dios infinito, a iluminarme a mí, criatura tuya, finita, con la luz de tu verdad? Tú mismo, fuego de amor, eres la causa, porque es siempre el amor el que te obliga a crearnos a imagen y semejanza tuya, a tener misericordia de nosotros, dando gracias infinitas y desmesuradas a tus criaturas racionales. ¡Oh Bondad sobre toda bondad! Tú solo eres el que eres, sumamente bueno, y tú fuiste el que nos dió el Verbo de tu unigénito Hijo para tratar con nosotros, que somos corrupción y tinieblas. ¿Cuál fué la causa de esto? El amor. Porque nos amaste antes que fuésemos. ¡Oh Bondad, oh eterna Grandeza! Te rebajaste y te hiciste pequeño para hacer grande al hombre. A cualquier parte donde me vuelvo, no encuentro más que abismo y fuego de tu caridad.

¿Y seré yo la miserable criatura que pueda resistir a las

gracias, y a la encendida caridad que has demostrado, y al encendido amor que en particular me demuestras, además de la caridad que tienes para con todas las criaturas? No. Solamente tú, dulcísimo y amoroso Padre, sabrás agradecer por mí, es decir, que el afecto de tu misma caridad te dará las gracias, porque yo soy la que no soy. Y, si yo dijese ser algo por mí misma, mentiría, sería mendaz e hija del demonio, que es padre de las mentiras. Tú solo eres el que es, y el ser y toda gracia dada sobre el ser procede de ti, que me lo diste y me lo das por amor, sin que tenga yo a ella ningún derecho.

¡Oh Padre dulcísimo! Cuando el género humano yacía enfermo por el pecado de Adán, tú le enviaste el Médico del dulce y amoroso Verbo, tu Hijo, y ahora, estando yo enferma por mi negligencia y mucha ignorancia, tú, suavísimo y dulcísimo Médico, Dios Eterno, me has dado una suave medicina dulce y amarga a la vez para que sane y me levante de mi enfermedad. Suave, porque me la has manifestado con tu suavidad y tu caridad. Dulce sobre toda dulzura, porque has iluminado los ojos de mi inteligencia con la luz de la santísima fe. En esta luz, según quisiste manifestármelo, conocí la excelencia y la gracia dada al género humano, entregándote, Dios y Hombre, en el Cuerpo místico de la santa Iglesia y en la dignidad de tus ministros, que pusiste para que nos lo administren.

Yo deseaba que cumplieses la promesa que me hiciste. Y tú me diste mucho más al darme lo que yo no sabía pedir. Por esto reconozco, en verdad, que el corazón del hombre no sabe pedir ni desear todo lo que tú das. Por esto comprendo que tú eres el que eres, infinito y eterno bien, y nosotros los que no somos. Y, porque eres infinito y nosotros finitos, tú das lo que la criatura racional no sabe ni puede desear. La medida de su deseo jamás iguala la medida según la que tú sabes, puedes y quieres satisfacer al alma y saciarla con cosas que ella no te pide. Y menos sabe pedir la dulzura y suavidad con que se las concedes.

Yo he recibido luz de tu grandeza y caridad por el amor que me has manifestado que tienes a todo el linaje humano, y particularmente a tus ungidos, que deben ser ángeles en la tierra. Me has manifestado la virtud y felicidad de estos tus ungidos que han vivido como lumbreras resplandecientes con la perla de la justicia en la santa Iglesia. Por esto he conocido mejor el pecado de los que tan miserablemente viven y he concebido dolor grandísimo de tu ofensa y del daño de todo el mundo, ya que hacen daño al mundo entero, siendo espejo de miseria, cuando debían ser espejo de virtud. Y, porque tú me has manifestado a mí, que soy una

miserable criatura, causa e instrumento de muchos pacados, y conmigo te has lamentado de sus iniquidades, he experimentado un dolor intolerable.

Tú, amor inestimable, me lo has manifestado, y me has dado a la vez la medicina dulce y amarga para que me levante totalmente de la enfermedad, de la ignorancia y de la negligencia y con celo y angustioso deseo recurra a ti, conociéndome a mí y conociendo tu bondad y las ofensas que se te hacen por toda clase de personas, especialmente por tus ministros, para que yo deje correr tu infinita bondad, sacada del conocimiento de un río de lágrimas, sobre mí, infeliz, y sobre estos muertos, que tan miserablemente viven.

Y no quiero, ¡oh fuego inefable, dilección de caridad, Padre Eterno!, que mi deseo se canse jamás de desear tu honor y la salvación de las almas; que no se cansen mis ojos, y te pido la gracia que se conviertan en dos ríos de agua que salga de ti, mar pacífico. Gracias, gracias sean dadas a ti, Padre, que, satisfaciendo los deseos que te manifesté acerca de lo que yo no conocía ni sabía pedir, me has invitado, dándome materia de llanto y para ofrecer dulces y amorosos y torturantes deseos ante ti con humilde y continua oración.

Te pido ahora misericordia para el mundo y para tu Iglesia. Te ruego que cumplas lo que me haces pedir. ¡Ay de mí, miserable y afligida, que soy causa de tanto mal! No tardes más en tener misericordia con el mundo. Condesciende y satisface el deseo de tus siervos. ¡Ay de mí! Tú eres el que los hace gritar. Entonces oye su voz. Dijo tu Verdad que nosotros llamásemos y se nos respondería, tocáramos a la puerta y se nos abriría, pidiéramos y se nos daría [55]. ¡Oh Padre Eterno!, tus siervos llaman a tu misericordia! Respóndeles, pues sé muy bien que te es propio el tener misericordia. Por esto no puedes negársela a quien te la pida. Llaman a la puerta de tu Verdad, porque en tu Verdad, Hijo tuyo unigénito, conocen el amor inefable que tienes para el hombre. Por esto llaman a la puerta. El fuego de tu caridad no puede permitirte que no abras a quien llama con perseverancia.

Abre, pues; rompe y desmenuza los corazones endurecidos de tus criaturas.

No lo hagas por ellos, que no te llaman, sino por tu infinita bondad y por el amor de tus siervos, que por ellos claman a ti. Concédeselo, Padre Eterno, porque ves que están a la puerta de tu Verdad y piden. Y ¿qué piden? La sangre de esta puerta, Verdad tuya. En esta sangre has lavado las iniquidades y has quitado la mancha del pecado de Adán.

---

55 Lc. 11,9.

La sangre es nuestra, porque de ella hiciste baño para nosotros [56]. No puedes, no quieres negarla a quien en verdad te la pide. Da, pues, a tus criaturas el fruto de la Sangre. Pon en la balanza el precio de la sangre de tu Hijo para que los demonios infernales no se lleven a tus ovejas. Tú eres Pastor bueno, que nos diste el Buen Pastor, tu único Hijo, que por tu obediencia dió la vida por sus ovejas e hizo baño para nosotros de su propia sangre. Esta es la sangre que, como hambrientos, te piden en esta puerta tus siervos. Por esta sangre te piden que tengas misericordia con el mundo y vuelva a florecer la Iglesia santa con flores perfumadas de buenos y santos pastores, cuyo olor ahogue la hediondez de las flores malvadas y podridas.

Tú dijiste, Padre Eterno, que por el amor que tienes a las criaturas racionales, con la oración de tus siervos y su paciencia en sufrir trabajos sin culpa propia, usarías de misericordia con el mundo y reformarías tu Iglesia, y así nos darías consuelo. No tardes, pues, en volver los ojos de tu misericordia. Responde, ya que deseas responder, antes que nosotros te llamemos, con la voz de tu misericordia.

Abre la puerta de tu inestimable caridad, que nos diste por la puerta del Verbo. Sí; yo sé que tú abres antes que nosotros llamemos, porque tus siervos llaman a tu puerta y claman a ti buscando tu honra y la salud de las almas con el afecto y amor que tú mismo les das. Dales, pues, el pan de vida, es decir, el fruto de la sangre de tu unigénito Hijo, que te piden para gloria y alabanza de tu Nombre y por la salvación de las almas. ¿No redundará en gloria y alabanza de tu Nombre el salvar tantas criaturas tuyas más que dejarlas obstinadas y hundidas en su endurecimiento? Todo es posible para ti, Padre Eterno. Y, aunque nos criaste sin nosotros, no quieres salvarnos sin nuestra cooperación. Por esto, te suplico que fuerces su voluntad y los dispongas a querer lo que ellos no quieren. Te lo pido por tu infinita misericordia. Tú nos creaste de la nada. ¡Ahora, pues, que somos, ten misericordia de nosotros! Repara estos vasos que tú creaste y formaste a imagen y semejanza tuya y refórmalos en tu gracia por la misericordia y sangre de tu Hijo».

---

[56] «Así quiero, carísimo Padre, que dulcemente nos aneguemos y bañemos en la sangre de Cristo crucificado para que lo amargo nos parezca dulce, y ligeros los grandes pesos...» (*Carta* 25, *a Fr. Tomás de la Fuente, O. P.*, I, 128).

Arrojarse, anegarse, bañarse, ahogarse, perderse totalmente en la Sangre, es el tema de toda la carta 124, pura llama, al rector de la Misericordia, de Siena (II, 307-314).

[57] Inútil pretender subrayar la sublimidad de este himno al Amor. Corremos el peligro de diluir en comentarios pobres la suprema tension de su espíritu—cuya «naturaleza es fuego», como decía de sí misma—en este vuelo audaz hacia las cumbres del Amor infinito. Mejor, mucho mejor releerlo despacio y saborearlo uniéndonos a su gratitud y a su plegaria.

PARTE IV

Respuesta a la cuarta petición. Providencia de Dios para con el hombre

SUMARIO

El «caso particular», objeto de la cuarta petición de Santa Catalina, da pie, en la respuesta de Dios, a la construcción de un tratado denso y sabrosísimo sobre la divina Providencia. La anécdota histórica se convierte en núcleo y motivo para una exposición amplia, completa, de la doctrina sobre el gobierno providente y paternal de Dios sobre todas sus criaturas racionales.

La construcción del tratado que constituye esta cuarta parte del Diálogo es sencilla, clara.

Baste la simple enumeración de los puntos principales en que lógicamente puede dividirse.

La providencia de Dios sobre el hombre aparece con diáfana claridad.

I. En la creación, especialmente en la creación del alma humana a imagen y semejanza de la Trinidad Beatísima.

II. En la redención y en el modo de llevarla a cabo.

III. En el alimento de la Eucaristía.

IV. En la esperanza de salvación que a ningún hombre se niega.

V. A través de cuanto—adverso o próspero—sucede al hombre por designios altísimos de Dios, que a nadie deben escandalizar.

VI. En el caso particular objeto de la petición y sufrimiento de la Santa, a pesar de las apariencias y circunstancias que lo rodearon. Sólo la ceguera del hombre puede impedirle descubrir la bondad y el amor de esta providencia hasta en las adversidades y en lo que Dios hace por los pecadores.

VII. En cuanto al cuerpo y en cuanto al alma; cuando accidentalmente priva al alma del sacramento de la Eucaristía y cuando, por providencia extraordinaria, lo concede.

VIII. En la conducta de Dios con los pecadores: remordimiento, perdón a través de las oraciones de sus siervos.

IX. En la conducta de Dios con los imperfectos a fin de que adelanten en la virtud. El alma es una ciudad caída en manos enemigas liberada, probada con la privación de las criaturas, a las que está apegada, y del consuelo espiritual.

X. En la conducta de Dios con los perfectos. Consolidación y aumento de su perfección. Pruebas para acrecentar la humildad. Providencia en darles y en privarlos de las gracias extraordinarias de unión con Dios.

XI. En la enseñanza de Cristo para hacer a sus siervos pescadores de hombres con el reclamo de su alma perfectamente acordada, como tenía Jesucristo.

XII. En la conducta de Dios para el hombre en la tierra a través del prójimo, del que necesita, por la desigual distribución de bienes. Especial providencia —por medios ordinarios o extraordinarios—para con los desprovistos de bienes terrenos. Por falta de fe en esta providencia surge en el alma la ambición, que le arrastra a la soberbia y a mil pecados y pesares. Por el contrario, los voluntariamente pobres, todo lo poseen y tienen todas las virtudes, a imitación de Jesús, desposado con la pobreza. Apología de la santa pobreza.

También aquí una oración—breve y vehemente—de la Santa es el epílogo que su alma pone a la exposición de las manifestaciones de la divina Providencia.

§ 1. Creación. El alma humana, imagen de la Trinidad

[Cap. CXXXV.] Entonces, el sumo y eterno Padre, con inefable benignidad, volvió los ojos de su clemencia hacia ella, como queriéndole manifestar que su providencia jamás falta en nada al hombre con tal que él la acepte. Quejándose dulcemente del hombre, decía:

«¡Oh hija muy querida! Yo quiero usar de misericordia con el mundo, como otras veces te he dicho, y socorrer en toda necesidad a mi criatura racional. Pero el hombre, ignorante, convierte en muerte lo que yo le doy para vida, haciéndose cruel consigo mismo. Yo siempre le proveo [1], y te

[1] A lo largo de toda esta parte, que los editores del *Diálogo* titulan

hago saber que todo lo que al hombre doy es efecto de esta suma providencia.

Mi providencia lo creó. Al mirarla en mí mismo, me enamoré de la belleza de mi criatura, y me plugo crearla a imagen y semejanza mía según designios admirables. Le di la memoria para que retuviese mis beneficios, haciéndole participar de mi *poder* de Eterno Padre. Le di la inteligencia para que en la *sabiduría* de mi unigénito Hijo entendiese y conociese mi voluntad de Eterno Padre y dador, con tanto fuego de amor, de todas las gracias. Le di la voluntad para amar y a fin que participase de la *clemencia* del Espíritu Santo y amase lo que el entendimiento vió y conoció. Esto hizo mi dulce providencia tan sólo para que mi criatura fuese capaz de alcanzar su fin: conocerme, gustar y gozar de mi Bondad en mi eterna visión.

El cielo estaba cerrado por la culpa de Adán, que no supo conocer su dignidad ni ver con cuánta providencia y amor inefable yo le había creado. Porque no la conoció, cayó en la desobediencia. Y de la desobediencia, a la inmundicia, con soberbia y complacencia hacia la mujer, prefiriendo más bien agradar y complacer a su compañera que cumplir mi mandato. Aunque no creyó lo que ella le decía, prefirió transgredir mi obediencia antes que entristecerla.

Por esta desobediencia vinieron y han venido después todos los males. Todos habéis contraído este veneno. En otra parte te hablaré de cuán peligroso es la desobediencia y cuán recomendable la obediencia.

Para vencer a esta muerte, hija carísima, yo, con gran providencia y prudencia, proveí al hombre, dándole el Verbo de mi unigénito Hijo para socorrer vuestra necesidad.

Digo con prudencia porque con el cebo de vuestra humanidad y el anzuelo de mi divinidad sorprendí al demonio, que no pudo conocer mi Verdad. Esta Verdad, Verbo encarnado, vino a consumir y destruir la mentira con que había engañado al hombre. Por esto decía que usé de gran prudencia y providencia.

§ 2. Redención

Piensa, hija carísima, que no la podía usar mayor que daros el Verbo de mi unigénito Hijo. A El le impuse la pesada obediencia para quitar el veneno que por la desobediencia se había introducido en el linaje humano. El, como enamorado y verdadero obediente, corrió a la afrentosa muerte de la santísima cruz y con la muerte os dió la vida. No en virtud de la humanidad, sino en virtud de la divinidad, que por mi

---

Tratado de la Providencia, el texto original italiano juega con el verbo *proveer* en todas sus formas y tiempos, como expresión activa, eficiente, de la *providencia* de Dios sobre la criatura racional.

providencia unió a la naturaleza humana a fin de que pudiera satisfacer por la culpa hecha contra mí, bien infinito, que requería satisfacción infinita. La naturaleza humana, que había cometido la ofensa, era finita, y debía estar unida con algo infinito para que pudiera dar satisfacción infinita a mí, que soy infinito. Y para que esta naturaleza humana en su pasado, presente y porvenir, por muchos que sean los pecados cometidos por el hombre, encontrara satisfacción perfecta cuando quisiera volver a mí, durante el tiempo de su vida unió la naturaleza divina con vuestra naturaleza humana, por cuya unión habéis recibido satisfacción perfecta. Esta es la obra de mi providencia: que una obra finita, ya que finita era la pena de la cruz en el Verbo, os proporcionara un fruto infinito en virtud de la Divinidad.

Esta infinita y eterna providencia mía de Dios, vuestro Padre, Eterna Trinidad, decretó volver a vestir de nuevo al hombre con el vestido de la inocencia, que había perdido, quedando desnudo de toda virtud y pereciendo de hambre y muriendo de frío en la peregrinación de esta vida. El hombre estaba sometido a toda miseria. Estaba cerrada la puerta del cielo y había perdido toda esperanza de entrar en él. De poderla tener, esta esperanza habría sido para él un consuelo en esta vida. Se veía privado de ella y estaba sumergido en inmensa aflicción.

Mas yo, Providencia suma, quise proveer a esta necesidad. No obligado por vuestra justicia ni por vuestras virtudes, sino sólo por mi Bondad, os di vestido por medio de este dulce y amoroso Verbo, Hijo mío. El, despojándose de la vida, os revistió de inocencia y de gracia. Inocencia y gracia que recibís en el santo bautismo en virtud de la Sangre, que os lava la mancha del pecado original en que sois concebidos, contrayéndolo de vuestros padres. Y mi providencia proveyó, y no con penas corporales, como en la circuncisión del Antiguo Testamento, sino con la dulzura del santo bautismo. Así ha sido revestido el hombre.

También le he proporcionado calor al revelaros mi Hijo unigénito, en las heridas de su cuerpo, el fuego de mi caridad, que estaba oculto bajo la ceniza de vuestra humanidad. ¿No debe encender esto el frío corazón del hombre, si es que no está obstinado, ciego por su amor propio y sin ver que le amo tan inefablemente?

§ 3. El alimento de la Eucaristía

Mi providencia le ha dado comida para confortarle, mientras es caminante y peregrino en esta vida, en la debilidad causada por culpa de sus enemigos, aunque ninguno le puede dañar si él no quiere. Está alla-

nado el camino con la sangre de mi Verdad para que pueda llegar al fin para el cual yo le creé.

Y ¿qué comida es ésta? Como en otra parte te dije, es el cuerpo y la sangre de Cristo crucificado, Dios y Hombre, manjar de los ángeles y alimento de vida. Manjar que sacia al hambriento que gusta de este pan, pero no al que no tiene hambre. Porque es manjar que quiere ser tomado con la boca del santo deseo y gustado por amor. Mira, pues, cómo mi providencia lo ha dispuesto todo para confortar al hombre.

§ 4. La esperanza de la salvación

a) A ninguno se niega

[Cap. CXXXVI.] También di al hombre el refrigerio de la esperanza.

Siempre que con la luz de la santísima fe mira el precio de la sangre que por él he pagado, ésta le da esperanza firme y seguridad de salvación. En los oprobios de Cristo crucificado le restituí la honra. Ya que con todos los miembros de su cuerpo me ofende, Cristo bendito, mi dulcísimo Hijo, ha sufrido gravísimos tormentos en todo su cuerpo. Con su obediencia ha expiado vuestra desobediencia. De su obediencia habéis recibido todos la gracia, como por la desobediencia contrajisteis la culpa.

Esto os ha concedido mi providencia. Ella desde el principio del mundo hasta el día de hoy ha provisto y proveerá hasta el menor detalle en todas las necesidades y a la salud del hombre de muchas y diversas maneras, según que yo, justo y verdadero Médico, veo las exigencias de vuestra enfermedad o la necesidad para devolverle una perfecta salud o conservarle en ella. Mi providencia jamás faltará a quien quiera recibirla y a los que perfectamente esperan en mí. Quien en mí espera, toca la puerta y llama en verdad, y no sólo con palabras, sino con amor y con la luz de la santísima fe. Estos gustarán de mí en mi providencia; no aquellos que sólo llaman con el sonido de la palabra, diciendo: *Señor, Señor*[2]. Te digo que, si éstos no me llaman en virtud de algo más, no los reconocerá mi misericordia, sino mi justicia. Por esto te digo que mi providencia no faltará a quien en verdad espera en mí. Faltará para el que desespera de mí o espera sólo en sí mismo.

---

[2] Mt. 7,21.

b) La esperanza en Dios y la esperanza en el mundo son incompatibles: «Nadie puede servir a dos señores»

Sabes que no se puede poner la esperanza en dos cosas contrarias. Esto quiere deciros mi Verdad en el santo Evangelio cuando dijo: *Nadie puede servir a dos señores. Si sirve a uno, tiene descontento a otro*[3]. El servir no es sin esperanza, porque el criado que sirve, lo hace con la esperanza de agradar al señor o con la esperanza de la recompensa y del provecho que de aquí le vendrá. Por esto no podría servir al enemigo de su señor, porque no podría servirle sin alguna esperanza, y, esperando en él, se vería privado de lo que espera de su señor propio.

Considera, hija queridísima, que esto mismo sucede con el alma. O me sirve y espera en mí, o sirve al mundo y espera en él y en sí misma. Quien sirve al mundo fuera de mí es porque ama la propia satisfacción, de cuyo amor y servicio espera obtener deleite, placer y utilidad sensual. Pero por tener puesta la esperanza en cosa finita, vana y transitoria, por esto lo pierde y no llega a conseguir lo que deseaba. El que espera en sí y en el mundo, no espera en mí, porque el mundo, es decir, los deseos mundanos del hombre, me son odiosos; y tan abominables me fueron, que entregué mi unigénito Hijo a la afrentosa muerte de la cruz. El mundo no es compatible conmigo, ni yo con el mundo. Mas el alma que perfectamente espera en mí y me sirve con todo el corazón y con todo su afecto, necesariamente, por la razón dicha, deja de esperar en sí misma y en el mundo. No pone su esperanza en la propia fragilidad.

c) Grados de perfección de esta esperanza

Esta esperanza verdadera es más o menos perfecta según la perfección del amor que el alma me tiene; pero, perfecta o imperfecta su esperanza, el alma gusta de mi providencia. La gusta más perfectamente el que sirve y espera complacerme sólo a mí que aquellos que sirven con la esperanza del premio o por el gusto que en mí encuentran.

Los primeros son los que se hallan en el último estado de su perfección, según te conté[4]. Estos de que te hablo ahora son los segundos y terceros, que van con la esperanza del gusto y utilidad; y son los imperfectos, de los que te hablé en los estados del alma.

Sin embargo, ni a perfectos ni imperfectos les faltará jamás mi providencia mientras no presuman ni esperen en sí mismos. Este presumir y esperar en sí nace del amor pro-

[3] Mt. 6,24.
[4] Ayudará a comprender la correlación de los estados interiores del alma con los estados de las lágrimas, que en el texto, por la alteración

pio, y por esto ofusca los ojos de la inteligencia, quitando de ella la luz de la santísima fe. Por no andar con la luz de la razón, el hombre no conoce mi providencia. No que él no la experimente, porque nadie hay, ni justo ni pecador, al que yo no provea, porque toda cosa ha sido hecha y creada por mi bondad. Yo soy el que soy y ninguna cosa ha sido hecha sin mí, más que el pecado, que no es. Así, éstos son favorecidos de mi providencia, pero no se percatan de ello. No la conocen, y, no conociéndola, no la aman, y por esto no reciben de ella fruto de gracia. Ven torcido todo lo que es recto y, como ciegos, confunden las tinieblas con la luz. Por haber puesto la esperanza y su servidumbre en las tinieblas, caen en la murmuración y la impaciencia.

¿Cómo pueden ser tan locos? ¿Cómo pueden creer, mi querida hija. que yo, suma y eterna Bondad, pueda querer más que su bien en las cosas pequeñas que diariamente permito para su salud, cuando pueden experimentar que yo no quiero más que su satisfacción en las cosas grandes? A pesar de toda su ceguera, ¿no podrían ver, con esta pequeña luz natural que poseen, mi bondad y el beneficio de mi providencia? ¿Cómo pueden dejar de descubrirla en la primera creación y en la segunda, operada por la Sangre? Es algo tan claro y manifiesto, que no lo pueden negar. Luego desfallecen y temen su propia sombra, porque no ejercitan virtuosamente esta luz natural. El hombre, insensato, no ve que mi misericordia no ha dejado un solo instante de proveer al mundo y a cada uno en particular según sus necesidades. Y, puesto que en este mundo nada está definitivamente fijo, sino que cambia incesantemente,

de las numeraciones de orden. queda un tanto confuso, el siguiente esquema del P. HURTAUD (*Le Dialogue*, II, p. 154):

ESTADOS INTERIORES DEL ALMA (*Estado de pecado.*)	ESTADOS DE LAS LAGRIMAS
1) Principio de retorno a Dios por temor al castigo.	1) Lágrimas de los mundanos por la pérdida de los bienes terrenos.
2) Retorno a Dios por el dolor del pecado, con apego a las consolaciones espirituales	2) Lágrimas de los siervos, dominados por el temor servil y a causa del castigo merecido.
3) Servicio de Dios por puro amor y paciencia en todas las pruebas.	3) Lágrimas de los servidores mercenarios, que lloran por el pecado, pero también por la pérdida de las consolaciones.
4) Unión con Dios por el sentimiento continuo de su presencia, con alegría en el sufrimiento y ardiente deseo de estar unido con Dios indisolublemente en la visión de su esencia	4) Lágrimas de los perfectos por las ofensas a Dios y pérdida de las almas.
	5) Lágrimas de los muy perfectos, que lloran, además, por su destino, que los priva de la vista de Dios y de la unión definitiva con El.

hasta el día en que llegará a fijarse en el estado definitivo que le aguarda, yo proveo a todas sus necesidades en tiempo oportuno.

§ 5. La providencia de Dios

a) Abarca todos los tiempos

[Cap. CXXXVII.] Mi providencia se manifestó de una manera general por la ley de Moisés en el Antiguo Testamento y por los otros profetas. Debes saber que, antes de la venida del Verbo, mi Hijo unigénito, el pueblo judío no estaba sin profetas que la confortaran con sus vaticinios y le dieran la esperanza de que mi Verdad, Profeta de los profetas, los sacaría de la servidumbre y los haría libres, abriéndoles con su sangre el cielo, que tanto tiempo había estado cerrado. Después de la venida de mi dulce y amoroso Verbo, ningún profeta se levantó entre ellos para certificarles que ya había venido el que esperaban: no había ya necesidad de que le anunciaran los profetas. Ellos, sin embargo, por su ceguera, ni le conocieron ni le conocen todavía.

Después de los profetas, mi providencia os envió el Verbo, que fué vuestro mediador entre mí, Dios Eterno, y vosotros. Después de El, los apóstoles, mártires, doctores y confesores, como te dije en otra parte. Todo lo ha hecho mi providencia, y así proveerá hasta lo último.

Esta providencia es general, pues atañe a toda criatura racional que quiera aceptar sus dones.

Pero mi providencia se manifiesta también de una manera particular cuando os da la vida o la muerte por cualquier modo que sea: hambre, sed, pérdida de posición en el mundo, desnudez, frío, calor, injurias, escarnios o afrentas. Todo esto permito que les suceda a los hombres. No que yo sea culpable de la mala voluntad de aquel que los perjudica o injuria, sino que el tiempo y el ser que tiene lo recibe de mí. Yo no le di el ser para que me ofendiese a mí y a su prójimo, sino para que me sirviese a mí y a él con amor de caridad. Yo permito estos actos o bien para probar la virtud de la paciencia en el alma de aquel que lo recibe, o para que a sí mismo se conozca con humildad.

b) Contra toda apariencia, la providencia de Dios todo lo dispone por amor

Algunas veces, permito que todo el mundo esté contrario al justo y que hasta su muerte sea causa de admiración y sorpresa para todos. Les parecerá injusto ver perecer a un hombre recto ahogado o devorado por los animales o entre los escombros de su propia casa. ¡Cómo parecen fuera

de juicio estas cosas a los ojos que no tienen en sí la luz de la santísima fe, pero no a los de aquel que la tiene! Este, en efecto, en su amor ha conocido ya y ha gustado mi providencia en las cosas grandes. Por esto ve y está convencido que esto lo destino también providencialmente para procurar la salvación del hombre. Por esto lo respeta todo y no se escandaliza ni en mis obras ni en las de su prójimo, sino que todo lo sufre con verdadera paciencia.

A ninguna criatura se le priva de mi providencia, porque todas las cosas están invadidas por ella. Le parecerá algunas veces al hombre que es crueldad el que yo mande granizo, o tempestades, o rayos sobre mis criaturas, como juzgando que yo no he velado por su salud.

Y lo he hecho para librarle de la muerte eterna, aunque no lo comprenda o le parezca todo lo contrario. Los mundanos en todo quieren condenar mis obras y entenderlas conforme a su bajo entendimiento.

c) La providencia de Dios en el gobierno del mundo

[Cap. CXXXVIII.] Quiero que veas, queridísima hija, con cuánta paciencia debo soportar a mis criaturas, creadas con tanta dulzura de amor a mi imagen y semejanza. Abre los ojos de tu inteligencia y fíjate en mí. Considera este caso particular, en el que, si te acuerdas, me pediste que interviniera, y en el que intervine restableciendo a este hombre a su estado, sin peligro de muerte. Lo que en este caso sucedió, sucede también en los otros».

Abriendo aquella alma entonces los ojos de la inteligencia, con luz de la santísima fe hacia la divina Majestad, con angustiado deseo avivado por las palabras anteriores, en las que conocía mejor la verdad de su dulce providencia por obedecer a su mandato, contemplaba el abismo de su caridad. Veía cómo El era suma y eterna Bondad y cómo sólo por amor nos había creado y conquistado con la sangre de su Hijo y con este mismo amor daba todo lo que daba o permitía: tribulaciones, o consuelos, o cualquier otra cosa. Todo lo disponía el amor y el deseo de proveer a la salvación del hombre, sin mezcla de ningún otro fin. He aquí la verdad revelada claramente en la Sangre, esparcida con tanto fuego de amor.

Entonces decía el sumo y eterno Padre: «Estos son como ciegos a causa de su amor propio y de todo se escandalizan y contra todo se sublevan. Yo te voy a hablar ahora de ellos en particular y en general, continuando lo que te decía. Ellos echan a mala parte y consideran hecho para daño y ruina suyos o con intención de odio todo lo que hago sólo

por amor y por su bien, para evitarles las penas eternas, para aumento de su mérito y para darles la vida eterna[5]. ¿Por qué, pues, se quejan de mí? Porque no esperan en mí, sino en sí mismos. Ya te he dicho que por esto caen en las tinieblas, por falta de conocimiento. Por esto aborrecen lo que tendrían que reverenciar. Como soberbios, se atreven a juzgar de mis ocultos juicios, que son todos rectos. Pero hacen como el ciego, que con el tacto de sus manos, o a veces con el sabor o con el sonido de la voz, quiere juzgar el bien y el mal según su bajo, torpe y limitado saber, y no quieren atenerse a mí, que soy verdadera luz y el que los nutre espiritual y corporalmente, ya que sin mí nada pueden tener. Y, si alguna vez alguna criatura los sirve, yo soy el que le ha dado la voluntad y la posibilidad, la aptitud y el saber hacerlo. Pero ellos, necios, quieren regirse por el tacto, que se engaña, porque no tiene luz para discernir el color. Los engaña el gusto, porque no ve el animal inmundo que acaba de posarse sobre la comida. El oído se engaña en el deleite del sonido, porque no ve el que canta, sin desconfiar de esta dulzura, que puede dar la muerte.

Así obran estos que, como ciegos, perdida la luz de la razón, palpando con la mano del apetito sensitivo, les parecen buenos los placeres del mundo. No ven y no advierten que todos ellos son como un paño tejido con muchas espinas, miserias y grandes afanes; tanto, que el corazón que las posee fuera de mí se hace insoportable a sí mismo.

A la boca del deseo, que los ama desordenadamente, le parecen dulces y suaves para tomar, pero encima está el animal inmundo de muchos pecados mortales, que hacen inmunda el alma y la apartan de mi semejanza y le quitan la vida de la gracia. De modo que, si ellos no van con la luz de la santísima fe a purificarla en la Sangre, recibirán

[5] «Debemos ver y comprender en verdad con la luz de la fe que Dios es suma y eterna Bondad, y no puede querer otra cosa que nuestro bien, porque su voluntad es que seamos santificados en El. Todo lo que El nos da o permite es para este fin. Y de esto, por tentados que estuviéramos de ponerlo en tela de juicio, no podemos dudar, si paramos mientes en la sangre del humilde e inmaculado Cordero, ya que Cristo traspasado, atormentado y afligido por la sed en la cruz nos demuestra que el sumo y eterno Padre nos ama de modo inestimable... *¿Cómo puede la suma Bondad hacer más que bien? No puede... El, que nos ha amado antes que pudiéramos amarle nosotros y por amor nos hizo a su imagen y semejanza...*», etc. (*Carta* 13, *a Manco Bindi*, I, 66). Yo llamaría a éste el dogma de Santa Catalina. En los casos concretos más dispares que aparecen en su epistolario, el recurso a *su dogma* es inevitable y decisivo. Sea la que fuere la desgracia de que debe consolar, el suceso adverso sobre el que hay que arrojar el foco potente de la luz de la fe, Santa Catalina dirá siempre: Dios es Amor, *el Amor*, y nos ama inefablemente. No va a desmentir los designios de su amor infinito sobre la criatura (creación por amor, antes que le quisiéramos; redención de Sangre, derramada con tanto fuego de amor; eucaristía...) por una circunstancia momentáneamente dolorosa. Nada sucede a espaldas de Dios, al margen del Amor. El sabe por qué lo hace... *Y es siempre por amor.*

muerte eterna. El oído es el amor propio de sí mismos, que les hace parecer dulce el sonido de los placeres del mundo. ¿Por qué les parece así? Porque el alma corre detrás del amor de la propia sensualidad. Porque no ve, le engaña el sonido, y porque lo sigue con deleite desordenado, se encuentra caído en la fosa, atado con la culpa, golpeado por sus enemigos. Por la ceguera del amor propio y de la confianza en sí mismo y en su propio saber no acude a mí, que soy su guía y su camino. Este camino os fué dado por el Verbo de mi Hijo, que dijo: *Yo soy camino, verdad y vida*[6]. Y también es luz. Quien va por él no puede ser engañado ni andar en tinieblas. Nadie puede venir a mí sino por El, porque es una misma cosa conmigo. Ya te dije que de El había hecho puente para que todos pudierais llegar a vuestro fin, y con todo esto, no se fían de mí, que no quiero más que su santificación. Con este fin exclusivo, mi amor inmenso les da y permite toda cosa, mas ellos se escandalizan de mí. Los sufro con paciencia, porque los amé sin ser amado por ellos. Me persiguen, sin dejar sus rebeliones, odio, murmuración e infidelidad, metiéndose a investigar, según su ceguera, mis ocultos juicios, todos justos e inspirados en el amor. Porque no se conocen a sí mismos, juzgan falsamente: que quien no se conoce, no me puede conocer ni entender mis juicios.

§ 6. Providencia de Dios en un caso particular sucedido a la Santa, a pesar de la desgracia aparente

[Cap. CXXXIX.] ¿Quieres que te muestre, hija, cómo se engaña el mundo al juzgar mis designios? Abre los ojos de tu inteligencia y fíjate en mí. Tú verás en mí este caso particular que te dije te contaría. Por él podrás juzgar sobre los demás.

Por obedecer al sumo y eterno Padre, aquella alma entonces le miraba con angustiado deseo, y Dios Eterno le mostraba la condenación de aquel al que había sucedido este caso, diciendo: «Quiero que sepas que para librar aquella alma de la eterna condenación en que tú veías que estaba permití este caso, con objeto de que con su sangre consiguiera la vida mediante la sangre de mi Verdad, mi Hijo unigénito»[7].

---

[6] Io. 14,6.

[7] En la carta a su director (272, IV, 189) dice solamente que por escrito no puede contarle el caso particular, que constituye su cuarta petición. Lo hará de viva voz, «si Dios no le hace la gracia de que el alma se separe de este cuerpo miserable antes que le vea».

¿Qué caso fué éste?

Los comentadores del *Diálogo* ni están de acuerdo en señalarlo, ni los más profundos conocedores de la historia de Santa Catalina y su época, como el P. Taurisano, se atreven a afirmar con toda seguridad que se trata de uno u otro de los acontecimientos históricos conocidos

Yo no había olvidado la reverencia y el amor que ella tenía a María, la dulcísima Madre de mi unigénito Hijo [8]. A la cual por reverencia del Verbo ha concedido mi bondad que todos los que la veneran, justos o pecadores, jamás sean devorados ni arrebatados por el demonio infernal. María es como un cebo puesto por mi bondad para prender a las criaturas racionales.

Y así, por misericordia, permití lo que la mala voluntad de los hombres tiene por crueldad. No pueden verlo de otra manera a causa del amor propio, que les ha quitado la luz, y por esto no pueden conocer mi Verdad. Mas, si ellos quisieran quitarse esta nube, la conocerían y la amarían y todo lo considerarían con reverencia y en el tiempo de la cosecha percibirían el fruto de sus fatigas.

No dudes, hija mía, que yo cumpliré tus deseos y los de mis siervos tocando a lo que me pides. Yo soy vuestro Dios, premiador de todo trabajo, que cumplo los santos deseos siempre que halle quien con verdad llame a la puerta de mi misericordia, con verdadera luz para que no yerre ni falte en la esperanza de mi providencia.

§ 7. a) Cortedad de los hombres para juzgar de los designios de la Providencia y del amor de Dios revelados en el Antiguo y el Nuevo Testamento

[Cap. CXL.] Después de hablarte de este caso particular, vuelvo a hablarte de la providencia general.

Tú no puedes imaginarte cuán grande es la ignorancia del hombre. Procede sin juicio y sin ningún conocimiento por habérselo quitado esperando en sí y confiando en su propio saber. ¡Oh hombre necio! ¿No ves que tu saber no proviene de ti, sino de mi bondad, que

---

al que cuadren a la perfección las circunstancias descritas en el *Diálogo*.

Puede descartarse la opinión del P. HURTAUD *(Le Dialogue,* II, p. 160) —que también era la del P. Taurisano en la primera edición del *Diálogo*—, que identifica este caso con el suplicio de Nicolás de Toldo de Perugia, que la Santa cuenta, en un puro estremecimiento, en la carta 273 (IV, p. 197). Las palabras «que, sin peligro de muerte, fué repuesto en su estado», ni pueden ser interpretadas en sentido espiritual ni mucho menos como expresión de una amarga ironía, habida cuenta del resultado final del «caso Nicolás de Toldo».

¿Se referiría a la conversión de Nanni de Vanni, liberado por la Santa del pecado y de la pena de muerte? El Beato Raimundo, que estuvo presente en el primer contacto de Nanni con Santa Catalina, dice que era tan astuto—*di tanta furberia*—, «que, si hubiera podido, habría engañado al mismo Dios». Cuenta muy extensamente y pormenorizada esta conversión en el vol. 2, cap. 7, n. 235 s., p. 296 (ed. TINAGLI; en ALVAREZ, p. 186 s.).

[8] Una de sus cartas, la 15, está dirigida a Consiglio, *judío*, rico prestamista de Siena. La carta es *breve*. El encabezamiento es distinto de todas las demás: «Alabado sea Jesucristo crucificado, Hijo de la gloriosa Virgen María», y en su transcurso nombra con grande afecto *cinco veces* a Nuestra Señora. Posiblemente habría manifestado él disposiciones favorables a la conversión. «No hagas resistencia al Espíritu Santo, que te llama, ni desprecies el amor que te tiene María...» (I, p. 78).

provee a tus necesidades? ¿Quién te demuestra esto? Lo que tú mismo en ti experimentas. A veces quieres hacer una cosa que no puedes ni sabes hacer. Algunas veces sabrás y no podrás, otras podrás y no sabrás hacerla. Otras veces no tendrás tiempo, y cuando lo tengas, te faltará la voluntad.

Todo esto te lo he dado para proveer a tu salud, para que conozcas que tú por ti mismo no eres y tengas motivo para humillarte y no ensoberbecerte. En todas las cosas hallas mudanza y privaciones porque no están en tu poder [9]. Sólo mi gracia es firme y estable, que no te puede ser quitada ni cambia como tú mismo no la abandones, vuelvas al pecado o tú mismo la hagas cambiar.

¿Cómo, pues, puedes levantar tu cabeza contra mi bondad? No puedes si quieres obrar según razón, como no puedes esperar en ti ni apoyarte en tu saber. ¿Por qué te has hecho como un animal irracional, no viendo que todo cambia menos mi gracia? ¿Por qué no confías en mí, que soy tu Creador? Porque confías en ti. ¿Es que acaso yo no soy fiel y leal contigo? Lo soy sin duda alguna, y lo sabes muy bien, porque lo experimentas a cada paso.

¡Oh dulcísima y queridísima hija! El hombre no fué leal ni fiel conmigo, quebrantando la obediencia que le había impuesto. Por esto vino a caer en la muerte. Yo, sin embargo, le soy fiel, reservándole la felicidad para la que le había creado con voluntad de darle el sumo y eterno bien. Y para realizar esta verdad mía uní mi deidad, suma alteza, con la bajeza de vuestra humanidad. Con la sangre de mi unigénito Hijo fué reconquistado y restituído a la gracia. El lo sabe, pues, por experiencia. No obstante, parece que siguen creyendo que no soy suficientemente poderoso para poderles socorrer, ni suficientemente fuerte para ayudarlos y defenderlos de sus enemigos, sabio para iluminarles los ojos de su inteligencia, ni clemente para ofrecerles todo lo que necesitan para su salud, ni rico para enriquecerlos, ni bello para darles belleza, ni que tengan en mí alimento con que darles de comer, ni vestido para vestirlos. Sus obras me dicen claramente que no lo creen. Si lo creyesen, sus buenas y santas obras lo darían fácilmente a entender.

Continuamente pueden saber por experiencia propia que soy fuerte, porque les conservo el ser y los defiendo de sus enemigos. Ven que nadie puede rebelarse contra mi poder

[9] «... ni la vida, ni la salud, ni las riquezas, ni el honor, ni la posición, ni el mando son vuestros. Si lo fueran, podríais poseerlos a vuestro antojo. Pero uno está enfermo, cuando quiere salud; quiere vivir, y muere; ser rico, y es pobre; o señor, y es hecho vasallo. Todo esto porque no son cosas suyas; y no las puede tener más que cuando agrada a Aquel que se las presta» (*Carta* 235, *al rey de Francia*, III, p. 423).

y fortaleza. Si no lo ven, es sólo porque no quieren verlo. He ordenado el mundo y lo gobierno con mi sabiduría; con tanto orden, que nada os falta y nadie os puede quitar lo que tenéis. En todo os he proveído: para el alma y para el cuerpo. Y no precisado a ello por vuestra voluntad, porque no existíais, sino sólo por mi clemencia. Obligado en todo caso por mí mismo, hice el cielo y la tierra, el mar y el firmamento. El cielo, para que se moviese sobre vosotros. El aire, para que respiraseis. El fuego y el agua, para templar entre sí los elementos contrarios. El sol, para que no estuvierais en tinieblas. Todo está hecho y ordenado para socorrer a las necesidades del hombre. El cielo, adornado de aves; la tierra produce frutos y muchos animales para sustento del hombre; el mar, provisto de peces. Todo hecho con grandísimo orden y providencia.

Después que creé todas las cosas buenas y perfectas, hice al hombre a mi imagen y semejanza y le coloqué en este jardín. Por el pecado de Adán dió espinas este jardín, que al principio daba flores perfumadas y puras de inocencia y de grandísima fragancia. Todo estaba sujeto al hombre. Por la culpa y desobediencia cometida, la rebeldía entró en sí mismo y en todas las criaturas. El jardín se convirtió en maleza. El jardín del mundo y el jardín del hombre, que es otro mundo.

¡Nueva intervención de mi providencia! Envié al mundo mi Verdad, Verbo encarnado, con objeto de que destruyera esta selvatiquez, arrancase las espinas del pecado original y lo convirtiera de nuevo en jardín regado con la sangre de Cristo crucificado, plantando en él los siete dones del Espíritu Santo, quitando el pecado mortal. Esto se hizo no durante la vida de mi unigénito Hijo, sino después de su muerte [10].

Así fué figurado en el Antiguo Testamento cuando se le suplicó a Eliseo que resucitase a aquel joven [11].

No fué Eliseo, sino que envió a Jieci con su bastón, diciéndole que lo pusiese sobre el muchacho. Habiendo ido Jieci y hecho lo que Eliseo le había dicho, no resucitó. Viendo Eliseo que no había resucitado, fué él en persona y se extendió sobre el muchacho en todos sus miembros, soplán-

[10] «¡Oh alta y eterna Trinidad, Trinidad eterna, Deidad amor! Nosotros somos árboles de muerte, y tú eres árbol de vida... Como ebrio de amor y loco por tu criatura, viendo que este árbol no podía dar fruto más que de muerte, porque se había despojado de ti, Vida, le diste el remedio con aquel mismo amor con que le habías creado, injertando tu deidad en el árbol muerto de nuestra humanidad. ¡Oh dulce y suave injerto! Tú, suma dulzura, te has dignado unirte con nuestra amargura. ¿Quién te obligó a ello, habiéndote ofendido tanto esta criatura, a la que querías devolver la vida? Sólo el amor...», etc. (Oración 14; *Preghiere ed elevazioni*, p. 140-142).

[11] 2 Reg. 4,29.

dole siete veces en la boca. El muchacho respiró siete veces en señal de que había resucitado.

Esta figura simboliza a Moisés, al que yo envié con el báculo de la ley sobre el cadáver del linaje humano. Mas esta ley no podía devolverle la vida.

Tuve que enviar al Verbo, figurado en Eliseo, y El se conformó con este hijo muerto por la unión de la naturaleza divina con vuestra naturaleza humana. Con todos los miembros se unió esta naturaleza divina, es decir, con mi potencia, con la sabiduría de mi Hijo y con la clemencia del Espíritu Santo, todo Yo, Dios, abismo de la Trinidad, conformado y unido con vuestra naturaleza humana.

Después de esa unión hizo todavía otra este dulce y amoroso Verbo, corriendo, como enamorado, a la afrentosa muerte de la cruz. Se extendió en ella. Y después de esta unión dió los siete dones del Espíritu Santo a este hijo muerto, alentando en la boca del deseo del alma y quitándole la muerte; en el santo bautismo él respira en señal de que vive, arrojando fuera de sí los siete pecados mortales. De este modo es hecho jardín, adornado de dulces y suaves frutos. Es cierto que el hortelano de este jardín, el libre albedrío, puede dejar que se torne de nuevo salvaje o cultivarle, según le plazca. Si él siembra el veneno del amor propio, del que nacen los siete principales pecados y todos los demás que proceden de éstos, arroja de él los siete dones del Espíritu Santo y se priva de toda virtud. Ya no hay fortaleza en él, porque se ha debilitado; no hay templanza ni prudencia, porque ha perdido la luz de que usaba la razón. No hay fe, esperanza ni justicia, porque se ha vuelto injusto. Espera en sí mismo y con fe muerta cree en sí mismo. Se fía de las criaturas y no de mí, su Creador. No tiene caridad ni piedad alguna, porque se la quitó con el amor de la propia fragilidad. Es cruel consigo mismo. Por esto no puede tener piedad con su prójimo. Está privado de todo bien y ha caído en el mal sumo.

¿Por qué medio volverá a tener la vida? Por este mismo Eliseo, Verbo encarnado, unigénito Hijo mío. ¿De qué modo? Que el hortelano arranque estas espinas con verdadero aborrecimiento—que, si no las odia, jamás las arrancará—y corra con amor a conformarse con la doctrina de mi Verdad, regándola con la Sangre. Esta sangre es la que sobre su cabeza deja caer el ministro en la confesión hecha con contrición de corazón y disgusto de la culpa, con ánimo de satisfacer y propósito de no ofenderme más.

Sólo así puede renovar este jardín del alma mientras vive, pues, terminada esta vida, ya no tiene remedio, como te he dicho en otras partes.

b) Ceguera en no ver la providencia de Dios en las adversidades

[Cap. CXLI.] Ya ves que con mi providencia reparé este otro mundo que es el hombre.

Al primero no se le impidió que produjese espinas de muchas tribulaciones y que el hombre hallase rebelión en las cosas. No se hizo esto sin providencia ni sin miras a vuestro bien, sino con mucha providencia y para vuestra utilidad, para quitar al hombre la esperanza del mundo y hacerle correr hacia mí, que soy su fin. Para que, por lo menos con la importunidad de las molestias, levante a mí su afecto y su corazón.

Pero es tan torpe el hombre en el conocimiento de la verdad y tan frágil en su inclinación a los deleites del mundo, que con todas estas fatigas y espinas que encuentra parece no querer levantarse ni procurar volver a su patria. ¿Qué sería, hija mía, si en el mundo encontrase deleite perfecto y reposo, sin pena alguna? Es, pues, mi providencia la que permite y hace que en el mundo germinen tribulaciones para probar en ellos la virtud y para que puede premiarles la fuerza y violencia que a sí mismos se hagan. Todo ha ordenado y dispuesto con gran sabiduría mi providencia.

Yo he dado al hombre muchas cosas, porque soy rico y se las puedo dar. Mis riquezas son infinitas, pero todo está hecho por mí, y sin mí nada existe. Si quiere belleza, yo soy la belleza. Si quiere bondad, yo soy la bondad, porque soy sumamente bueno. Yo la sabiduría. Yo la benignidad. Yo la piedad. Yo justo y misericordioso Dios. Yo generoso y no avaro. Yo soy el que da al que pide, abro a quien llama en verdad y respondo al que a mí clama. No soy ingrato, sino agradecido, y premio a quien por mí se fatiga y trabaja por la gloria y alabanza de mi Nombre. Yo soy el gozo que sumerjo en gozo sumo al alma que se viste de mi voluntad. Yo soy aquella providencia suprema que jamás falta a mis siervos que esperan en mí ni en las cosas del cuerpo ni en las del alma.

¿Cómo, pues, el hombre, que ve que sustento el gusano dentro del leño seco, que apaciento a los animales del mar, a todos los animales de la tierra y los pájaros del cielo; que envío sobre las plantas el sol y el rocío que empape la tierra; cómo, digo, puede creer que no le sustente a él, que es mi criatura, hecha a mi imagen y semejanza? Y, puesto que todo esto está hecho por mi bondad y puesto a su servicio, a cualquier parte que se vuelva, en cuanto a lo temporal o a lo espiritual, no halla más que el fuego y el abismo de mi caridad con máxima, dulce, verdadera y perfecta providencia [12].

[12] «¡La bondad de Dios al servicio de la criatura!» ¿Quién no re-

Pero él no lo ve, porque se ha privado de la luz, y por no verlo se escandaliza. Restringe y limita la caridad para con su prójimo y piensa con avaricia en el día de mañana, cosa que mi Verdad prohibió con aquellas palabras: *No queráis pensar en el día de mañana; a cada día le basta su cuidado*[13], reprendiéndoos de vuestra infidelidad y mostrándoos mi providencia y la brevedad del tiempo: *No queráis pensar en el día de mañana*. Como si dijera mi Verdad: «No penséis en aquello que no estáis seguros si tendréis. Os basta el día de hoy». Y os enseña a pedir, primero, el reino de los cielos, es decir, una santa y buena vida, que de estas cosas mínimas, yo, vuestro Padre, que está en el cielo, bien sé que las necesitáis, y por esto las crié y mando a la tierra que os dé sus frutos. Mas este miserable, cuya desconfianza conmigo ha estrechado el corazón y las manos en la caridad del prójimo, no ha leído esta doctrina que le ha dado el Verbo, mi Verdad. Porque no sigue sus huellas, se hace insoportable a sí mismo. De este fiarse en sí mismo y no esperar en mí le nace todo mal. Se constituyen jueces de la voluntad de los hombres, sin ver que soy yo quien los tiene que juzgar, no él. No entiende ni echa a buena parte mi voluntad sino cuando se encuentra en alguna prosperidad, deleite o placer del mundo.

c) La providencia de Dios, al servicio de buenos y pecadores

En cuanto le falta esto, por haber puesto allí todo su afecto y toda su esperanza, ya no le parece experimentar mi providencia ni ver mi bondad por ninguna parte. Le parece estar privado de todo bien. Cegado por su propia pasión, no descubre la riqueza en las contrariedades ni el fruto de la verdadera paciencia. Al contrario, le son causa de muerte, y él de antemano gusta ya en esta vida las arras del infierno.

A pesar de todo esto, mi bondad no deja de proveerle y de mandar a la tierra que dé sus frutos lo mismo al pecador que al justo; mando el sol y la lluvia sobre sus campos, y muchas veces recibirá el pecador más que el justo.

Esto hace mi bondad para dar más a manos llenas las riquezas espirituales al alma del justo, que por mi amor se ha despojado de las temporales, ha renunciado al mundo, a todas sus delicias y a su propia voluntad. Estos son los que enriquecen su alma dilatándose en el abismo de mi caridad, en el que pierden todo cuidado de sí mismos, hasta no preocuparse ni de las riquezas mundanas ni de sus propias personas. Entonces me constituyo en su proveedor en lo espiri-

---

cuerda la maravillosa contemplación ignaciana para alcanzar amor?

13 Mt. 6,34.

tual y en lo temporal. Tengo con ellos, además de la general, una particular providencia. Mi Clemencia, el Espíritu Santo, se hace su servidor. Te acuerdas de haber leído en la vida de los Santos Padres que, habiendo caído enfermo aquel solitario, hombre santísimo, que todo lo había dejado para gloria y alabanza de mi Nombre, cómo proveyó mi Clemencia y mandó un ángel para que le atendiese en su necesidad. Estaba socorrido el cuerpo en sus necesidades y el alma la tenía sumergida en una alegría admirable y en la dulzura del trato con el ángel.

El Espíritu Santo es para ellos como una madre, que los nutre al pecho de mi divina caridad. Los hace libres, señores, arrancándoles de la servidumbre del amor propio. Que donde hay el fuego de mi caridad no puede haber el agua de este amor propio que apague en el alma aquel dulce fuego. Este servidor del Espíritu Santo que mi providencia les ha dado, los viste, los alimenta, los embriaga de dulzura y de la riqueza suprema. Porque todo lo dejaron, lo encuentran todo; porque se despojaron totalmente de sí, se encuentran vestidos de mí; en todo se hicieron siervos por humildad. Por esto son señores, dominando el mundo y la propia sensualidad. Porque se hicieron ciegos en su propio parecer, gozan de perfectísima luz. Por desconfiar de sí, se ven coronados de fe viva y de cumplida esperanza. Gustan vida eterna, privados de toda pena y amargura de aflicción. Todo lo echan a buena parte, porque en todo juzgan mi voluntad, que con la luz de la fe ven que no es otra sino la de vuestra santificación. Y por esto, su paciencia es inalterable.

¡Cuán feliz es esta alma! Estando todavía en el cuerpo mortal, gusta ya de los bienes inmortales! Todo lo recibe con veneración y respeto. Tanto aprecia la mano derecha como la izquierda, la tribulación como la consolación, el hambre y la sed como la comida y la bebida; tanto el frío, el calor y la desnudez como el vestido, la vida y la muerte; el honor como el vituperio, la aflicción como el consuelo. En todo permanece firme, sólido y estable, porque está fundado sobre piedra viva [14]. Ha conocido y ha visto, con la luz de la fe y con firme esperanza, que todo lo doy con un mismo amor y con la misma intención e interés de vuestra salud y que en todo yo proveo. En los grandes trabajos doy gran fortaleza y no impongo peso mayor del que

[14] Nada hay tan positivo como la indiferencia frente a lo que no es Dios a que llega el alma cuando su amor está totalmente centrado y ordenado en Dios. Sólo el nombre es negativo. En realidad, amor e indiferencia, en el sentido de este párrafo de Santa Catalina, no son más que cara y cruz de una misma e idéntica realidad. Sólo puede tener este dominio y estar por encima de todas las cosas el que ama a Dios por encima de todas ellas y en todas y cada una de ellas.

se puede soportar, con tal de que se disponga a llevarlo por amor a mí. En la Sangre se os ha manifestado claramente que yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y que por esta vida suya le doy lo que le doy.

Esto ha visto el alma despojada de sí y se goza en lo que ve y siente en sí o en otro. No piensa que puedan faltarle las cosas pequeñas cuando con la luz de la fe se ha cerciorado de mi providencia en las cosas grandes, de las que te hablé al principio de este tratado. ¡Cuán gloriosa es esta luz de la santísima fe, con la que ve, conoció y conoce mi Verdad! Esta luz la recibe de su servidor, el Espíritu Santo, que yo le di: luz sobrenatural que por mi bondad consigue el alma ejercitando la luz natural que yo le he dado.

§ 8. Providencia

a) En cuanto al cuerpo y en cuanto al alma

[Cap. CXLII.] ¿Sabes, carísima hija, cómo proveo yo a las necesidades de mis siervos que esperan en mí? De dos modos. Toda la providencia de que uso con mis criaturas es respecto al alma o al cuerpo. Todo lo que obra mi providencia en relación con el cuerpo está hecho en servicio del alma, para hacerla crecer en la luz de la fe, hacerla esperar en mí y perder toda confianza de sí misma; para que vea y conozca que yo soy el que soy, que puedo y quiero socorrerla en sus necesidades.

Para la vida del alma, tú ves que le he dado los sacramentos de la santa Iglesia, que son su comida. No el pan, que es manjar grosero y corporal. Ella es incorpórea, y por esto vive de mi palabra. Mi Verdad dice en el Evangelio: *No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de mí*[15]; es decir, vive de seguir espiritualmente, con rectitud de intención, la doctrina de esta mi Palabra encarnada, que con los santos sacramentos da vida en virtud de su sangre.

De modo que los sacramentos son espirituales y dados al alma aunque esan administrados por medio del cuerpo. No darían la vida de la gracia al alma si ésta no los recibiese con un sincero y santo deseo; y este deseo reside en el alma, no en el cuerpo. Por esto te dije que los sacramentos eran espirituales y que se daban al alma, porque es incorpórea, aunque se administren por medio del cuerpo. Es el deseo del alma el que los recibe.

[15] **Mt. 4,4**

b) En la privación accidental del Sacramento y providencia en concederlo a veces por medios extraordinarios. Hechos sucedidos a la Santa

A veces, para aumentar su hambre y santo deseo, se los haré desear y de momento no podrá recibirlos. Al no poder, crece su hambre, y en esta hambre el conocimiento de sí, considerándose indigna por humildad, y entonces la dispongo mejor, proveyendo muchas veces de distintos modos para darle este sacramento. Tú sabes que es así si te acuerdas que tú misma lo has oído y lo sabes por experiencia propia. La clemencia del Espíritu Santo, que mi bondad les ha dado y que se ha hecho su servidor, inspirará a algún ministro mío que les administre este manjar. Empujado por el fuego de mi caridad, es decir, por el Espíritu Santo, la conciencia del sacerdote siente remordimiento y se dispone a calmar el hambre y satisfacer el deseo de aquella alma. Algunas veces lo demoraré hasta el extremo, y cuando hubiere perdido toda esperanza conseguirá lo que desea. ¿No podía obrar así mi providencia desde el principio? Ciertamente; pero si obra así es para aumentar la fe de esta alma, para que jamás deje de esperar en mi bondad, para hacerla circunspecta y prudente y para que imprudentemente no vuelva atrás, disminuyendo el hambre de su deseo. Por esto la hago esperar.

¿Te acuerdas de aquella alma que había ido al templo con hambre grande de comulgar?[16] Cuando el ministro subía al altar y ella pidió el cuerpo de Cristo, Dios y hombre, éste le contestó que no quería administrársela. Esto aumentó en ella el llanto y el deseo. Y en él, cuando llegó el ofrecimiento del cáliz, creció el remordimiento del la conciencia, movido por el Espíritu Santo, servidor que proveía a aquella alma. Y, como proveía y obraba dentro de aquel corazón, lo manifestó hacia fuera, haciéndole decir al que le ayudaba la misa: «Pregúntale si quiere comulgar, que se la daré de buen grado». Y, si ella tenía una brizna de fe y de amor, creció con tantísima abundancia y con tal deseo, que le parecía iba a quedar su cuerpo sin vida. Lo permití para hacerla crecer y para quitarle todo amor propio, infidelidad y esperanza que pudiera tener en sí misma. En esta ocasión mi providencia hizo intervenir a la criatura. En otra ocasión este servidor, que es el Espíritu Santo, proveyó por sí, como muchas veces y a muchas personas ha sucedido y sucede todos

[16] Empieza aquí una emocionada evocación de recuerdos personales acerca de lo que para la Santa fué un auténtico e íntimo martirio, dadas las costumbres de la época y el hambre que le consumía de la sagrada comunión. Remitimos al lector a la *Biografía* de la Santa, escrita por su director, Beato Raimundo de Capua (II, c. 12: en ALVAREZ, p. 245 A.).

los días a mis siervos. Pero, entre todos casos, dos admirables quiero recordarte para dilatación de tu fe y encomio de mi providencia.

Acuérdate de haber oído de aquella alma que, estando en el templo de mi santa Iglesia el día de la conversión del glorioso apóstol Pablo, mi dulce heraldo, con gran deseo de llegar a este sacramento, Pan de vida, manjar de los ángeles dado a vosotros los hombres, pidió a todos los sacerdotes que salieran a celebrar, y todos ellos, por disposición mía, se lo negaron. Quise que conociera que, cuando le fallaban todos los hombres, no le fallaba yo, su Creador, y en la última misa usé esta dulce estratagema para que se embriagara de mi providencia. La estratagema fué ésta: ella había manifestado deseo de comulgar, mas el que ayudaba la misa no quiso advertirlo al sacerdote. Viendo que no le decían que no, esperaba con gran deseo poder comulgar. Acabada la misa, y no habiendo podido comulgar, creció en gran manera su hambre y su deseo, considerándose con verdadera humildad indigna, reprendiendo su presunción por haberse atrevido a acercarse a tan gran misterio. Yo, que ensalzo a los humildes, acepté el deseo de aquella alma, dándole, en el abismo de la Trinidad, conocimiento de mí, Dios Eterno, iluminando los ojos de su inteligencia en mi potencia, Padre de la sabiduría, en mi unigénito Hijo y en la clamencia del Espíritu Santo, que somos una misma cosa. Se unió a mí aquella alma con tanta vehemencia, que el cuerpo quedaba suspendido sobre la tierra, porque, como te dije en el estado unitivo del alma, era más perfecta la unión que el alma por afecto de amor tenía conmigo que con su propio cuerpo. En este inmenso abismo fuí yo quien le di, para calmar su deseo, la santa comunión. Como prueba de que en verdad había sido satisfecho su deseo, durante muchos días sintió de modo admirable en su gusto corporal el sabor y el olor de la sangre y del cuerpo de Cristo crucificado, mi Verdad. Todo ello vino a renovarla en la luz de mi providencia, que se le había dado a gustar tan dulcemente.

Esta intervención providencial fué visible sólo para ella, pero invisible a los ojos de todos los demás.

Pero en el segundo caso fué testigo también el sacerdote que intervino en el suceso [17].

Estaba aquella alma con deseo grande de oír la misa y de comulgar. Por estar enferma no había podido ir a la iglesia a la hora conveniente. Sin embargo, llegó, aunque tarde, en

---

[17] Fué el mismo Raimundo de Capua. Y es él mismo el que lo cuenta minuciosa e ingenuamente en el l. 2, c. 12, n. 318, p. 390 s.: en ALVAREZ, p. 249.

el momento en que el sacerdote consagraba. El ministro se encontraba en un extremo del templo; ella permanecía en el otro extremo para obedecer a los que le habían prohibido colocarse más adelante[18]. Deshecha en lágrimas, decía: «¡Oh miserable alma mía! ¿No ves cuánta gracia has recibido pudiendo estar en el templo santo de Dios y ver al ministro del Sacramento, siendo digna de estar en el infierno por tus pecados?» El deseo, sin embargo, no se aquietaba. Cuanto más se hundía ella en el valle de la humildad, tanto más arriba se veía levantada, dándole a conocer mi bondad que con fe y esperanza confiase que el Espíritu Santo, su servidor, saciase su hambre.

Yo entonces le di lo que deseaba de un modo que ella no habría sabido desear. El modo fué éste: que cuando, para comulgar, el sacerdote partió la hostia, saltó una partícula, que por mi disposición y poder se fué del altar hacia el extremo de la iglesia donde ella se encontraba. Ella creía que no era cosa visible, sino invisible. Una vez hubo comulgado, pensó con grande y encendido deseo que le habría sucedido como otras veces, es decir, que había satisfecho yo su deseo de un modo invisible.

No lo creía así el sacerdote, porque, no hallando aquella partícula de la hostia, se afligía con dolor intolerable. Hasta que el Espíritu Santo, servidor de mi clemencia, le dió a entender quién la había recibido, aunque siguió dudando hasta que ella misma no le cercioró.

¿No podía yo quitarle el impedimento corporal para que hubiera ido a tiempo y hubiera podido recibir el Sacramento de las manos del sacerdote? Sin duda alguna. Pero quise dar a entender a aquella alma que, por medio de las criaturas o sin este medio, en cualquier estado y tiempo, de cualquier modo que lo desee y en forma que no puede desear, yo puedo y quiero satisfacer sus deseos por caminos maravillosos.

Esto te baste, hija carísima, sobre mi providencia para con las almas hambrientas de este dulce Sacramento. Y como en éste, en todos los demás, según sus necesidades. Te diré todavía alguna cosa para enseñarte cómo obro dentro del alma, sin que mi providencia se sirva del cuerpo o de medios exteriores. Aunque, hablándote de los estados del alma, algo te dije, te repetiré ahora algunas cosas.

---

[18] El confesor Fr. Tomás de la Fuente le había prohibido que se colocara en la iglesia cerca del altar para que sus gemidos y suspiros no fueran motivo de molestia a los fieles.

§ 9. Providencia para con los pecadores. Esfuerzos de Dios para atraerles a la gracia: remordimiento, perdón, las oraciones de sus siervos

[Cap. CXLIII.] El alma puede estar en pecado mortal o en gracia de Dios, y en este estado es imperfecta o perfecta. En cualquiera de estos tres estados le concedo mi providencia, pero de modo distinto según los designios de mi gran sabiduría y según las necesidades que en ella veo.

A los que viven en pecado mortal, los despierto con remordimientos de conciencia y con congoja que experimentan en su corazón por modos desconocidos y diversos. Son tantos estos modos, que tu lengua no los podría decir. Por esto muchas veces salen del pecado mortal para evitar este sufrimiento interior.

Algunas veces—porque de vuestras espinas quiero sacar la rosa—, habiendo concebido el corazón del hombre amor al pecado mortal o a alguna criatura contra mi voluntad, hago que le falten el lugar o el tiempo para realizar su propósito. Por cansancio de la aflicción del corazón y por no poder satisfacer su deseo desordenado, vuelve sobre sí mismo con compunción del corazón y remordimiento de conciencia y arroja de sí su amor vano. Con razón se le puede llamar vano, pues, creyendo poner su afecto en cosa que lo merecía, cuando llega a experimentarlo, ve que no era nada. Es cierto que algo es la criatura que amaba con amor miserable, pero él nada sacaba de ella, porque el pecado es nada. Y de esta nada de la culpa, espina que punza el alma, saco yo esta rosa, que sirve para su salud.

¿Quién me obliga a hacerlo? No él, que no me busca ni pide mi ayuda y providencia, estando como está en pecado, placeres, riquezas, honores del mundo. El amor es el que me obliga, porque yo os amé sin que vosotros me amarais a mí. Yo os amo inefablemente, y este amor es el que me obliga a hacerlo. Las oraciones de mis siervos, que por el amor que el Espíritu Santo, clemencia mía, servidor suyo, les da para mí y para su prójimo, buscan con inestimable caridad la salud del prójimo, procurando aplacar mi ira y atar las manos de mi divina justicia, que el hombre malvado merece descargue sobre él. Estas lágrimas humildes y continuas oraciones me hacen fuerza. Y a ellos, ¿quién los hace clamar? Mi providencia, con la que proveo a la necesidad de aquel muerto; escrito está: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

Enamórate, hija, de mi providencia. Si abres los ojos de tu inteligencia y de tu cuerpo, verás que estos desgraciados, hundidos en tanta miseria y hedor de muerte, obscuros y envueltos en tinieblas por la privación de la luz, van can-

tando y riendo, gastando su tiempo en vanidades, delicias y grandes deshonestidades. Lascivos, bebedores y comedores hasta hacer un dios de su vientre, con odio, con rencor, con soberbia y con toda clase de maldades, sin conocer el estado en que se hallan. Siguen el camino que va derecho a la muerte eterna, si en vida no se corrigen, y van cantando.

¿No se consideraría gran necedad y locura si el que va condenado a la muerte y es conducido al suplicio fuese cantando y bailando, dando señales de alegría? Esta misma necedad es la de estos miserables, y mayor todavía sin comparación alguna, pues es mucho mayor daño y pena la muerte del alma que la del cuerpo. Estos pierden la vida de la gracia, y aquél la vida corporal; éste tiene pena finita, y éstos otros pena infinita si mueren en estado de condenación. ¡Y van cantando, ciegos más que ciegos, necios y locos sobre toda necedad y locura!

Mientras tanto, mis siervos permanecen en su llanto, aflicción de cuerpo y contrición de corazón, en vigilia y oración continua, con suspiros y lamentos, mortificando su carne para darles a ellos la salud. ¡Y los malos se burlan de ellos!

Mas las burlas caen sobre sus propias cabezas, tornando el castigo de la culpa sobre quien debe tornar, y el fruto de los trabajos sufridos por amor a mí se da a los que mi bondad ha hecho que pudieran merecerlo. Yo soy vuestro Dios justo, que da a cada uno según lo que merece. Pero mis siervos no desmayan en su camino por las burlas, persecuciones e ingratitudes que con ellos se cometan, antes bien crecen con mayor celo y deseo. ¿Quién hace que con tanta hambre llamen a la puerta de mi misericordia? Mi providencia, que provee y cuida juntamente de la salud de estos miserables y del aumento de la virtud y del fruto de la caridad en mis siervos,

Infinitos son los caminos de mi providencia para el alma del pecador a fin de arrancarle de la culpa del pecado mortal. Ahora te hablaré brevemente de lo que mi providencia hace con aquellos que se han levantado ya del pecado, pero son imperfectos todavía.

§ 10. Providencia para con los imperfectos a fin de que adelanten en la virtud

a) El alma es una ciudad rodeada de enemigos

[Cap. CXLIV.] ¿Sabes, queridísima hija, de qué medios me valgo para arrancar al alma de su imperfección?

Con frecuencia la libro con una múltiple variedad de pensamientos que la obsesionan y con sequedad de espíritu. A ella le parecerá que está totalmente abandonada de mí y como in-

sensible. Ni en el mundo le parece estar, y, en efecto, no está en él. Pero le parece no estar tampoco en mí, puesto que no tiene sentimiento alguno, salvo que su voluntad no quiera ofenderme.

Yo no permito que ningún enemigo pueda abrir esta puerta de la libre voluntad. Puedo permitir a los demonios y a sus otros enemigos que golpeen las otras puertas, mas no ésta, que es la principal y que guarda la ciudad del alma. Es cierto también que en la puerta he puesto la guardia del libre albedrío para que pueda decir *sí* o *no*, según le plazca.

Muchas son las puertas que tiene esta ciudad. De una de ellas ya te he dicho que es impenetrable, si el alma quiere resistir, y es la que guarda a las otras. Las principales son tres: memoria, entendimiento y voluntad. Si la voluntad consiente, entra en el alma el enemigo del amor propio y todos los otros enemigos que le siguen. Inmediatamente el entendimiento se llena de tinieblas, enemigas de la luz, y la memoria de odio, enemigo del amor del prójimo, al acordarse de las injurias recibidas. Recuerda, asimismo, deleites y placeres del mundo, tantos y tan diversos como los pecados mismos, contrarios a las virtudes.

Abiertas estas puertas, se abren inmediatamente los portillos[19] de los sentidos del cuerpo, instrumentos y órganos que corresponden a las facultades del alma. El afecto desordenado del hombre que ha abierto sus puertas corresponde a estos órganos. Por esto todos los sonidos son desafinados, es decir, contaminadas todas sus operaciones. Los ojos no suministran más que muerte, porque se emplean en ver cosa muerta, mirando desordenadamente lo que no deben con vanidad de corazón, ligereza, maneras y miradas deshonestas, causa de su muerte propia y de los demás.

¡Oh alma desdichada! ¡Yo que te di todo esto para que miraras al cielo y todas las otras cosas y la belleza de mis criaturas y mis misterios, y tú miras el lodo y la miseria, y de ello recibes la muerte!

Los oídos se deleitan en cosas deshonestas y en oír acciones del prójimo para juzgarlas, cuando yo se los di para que oyese mi palabra y atendiese a las necesidades ajenas. Le di la lengua para que anuncie mi palabra y confiese sus pecados, para que la emplee en la salud de las almas, y ella la usa para blasfemarme a mí, que soy su Creador; para la ruina del prójimo, nutriéndose de sus carnes, murmurando y juzgando las buenas acciones como malas, y las

---

[19] *Sportello*, la puerta chica abierta en una puerta mayor. Más adelante amplía esta comparación.

malas como buenas; blasfemando, levantando falsos testimonios, diciendo palabras lascivas en peligro propio y ajeno, profiriendo injurias, que, como espada, atraviesan los corazones del prójimo, y provocándolos a ira. ¡Cuántos males, homicidios, deshonestidades, ira, rencor y pérdida de tiempo por culpa de este miembro del cuerpo!

El olfato peca, a su vez, por el placer desmedido que busca para sí. El gusto, con glotonería insaciable, con desordenado apetito de muchos y variados manjares, no piensa más que en llenar su vientre. Su alma no se percata de ello. Mas ella es la que ha abierto la puerta, con este desordenado apetito de comer, que levanta la pasión en la carne frágil y con desordenado deseo se corrompe a sí misma. Las manos pecan, robando las cosas del prójimo y con sucios y miserables tocamientos, habiendo sido hechas para servir al prójimo enfermo, socorriéndole con limosnas en su necesidad. Los pies le fueron dados para que sirvan y lleven el cuerpo a lugares santos y provechosos para sí y para su prójimo, para gloria y alabanza de mi Nombre, y él los emplea para conducir su cuerpo a lugares abominables de muchas y diversas maneras, para oír novedades y en paseos perjudiciales, corrompiendo con sus abominaciones a otras personas según los caprichos de su miserable y desordenada voluntad.

b) Providencia en las pruebas y enemigos que asedian la ciudad del alma

Te he dicho todo esto, queridísima hija, para ofrecerte motivo de llanto, viendo que ha llegado a tanta miseria la noble ciudad del alma, y para que veas cuánto mal procede de la puerta principal de la voluntad, en la que no permito que entren los enemigos del alma, como he dicho. Cierto que permito que los enemigos llamen a las otras puertas. Permito que la inteligencia se vea agitada con tinieblas, y que le parezca que la memoria está totalmente privada de mi recuerdo, y hasta, a veces, que todos los sentidos del cuerpo se vean agitados por mil combates distintos. Llegará a parecerle, al mirar, tocar, oír u oler las cosas santas, que todas son vanas, deshonestas y corrompidas. Mas todo esto no puede causarle la muerte, porque yo no quiero su muerte, a no ser que fuera él tan necio, que abriese la puerta de la voluntad. Permito a los enemigos que estén fuera, no que entren dentro; que dentro no pueden entrar, si la propia voluntad no les abre la puerta.

¿Por qué dejo a esta alma en tanta aflicción y rodeada de tantos enemigos? No ciertamente con intención de que sucumba y pierda la riqueza de la gracia. Lo hago para mani-

festarle mi providencia, para que se fíe de mí y no de sí misma; se levante de la negligencia y con gran cuidado se refugie en mí, que soy su defensor. Soy Padre benigno que procuro su salud para que sea humilde y vea que por sí no es y reconozca que el ser y toda gracia, además del ser, los recibe de mí, que soy su vida.

¿Cómo conoce el alma esta vida y reconoce mi providencia en estas batallas? Sintiéndose liberada, ya que yo no la abandono un instante en esta lucha. Los auxilios de mi providencia van y vienen según veo que los necesita. A veces, le parecerá estar en el infierno. Y, sin hacer nada de su parte, de pronto se verá libre y como si gustara de la vida eterna. El alma permanece serena. Le parece que todo lo que ve le habla a gritos de Dios, inflamado todo él en el amoroso fuego por la consideración que el alma hace de mi providencia al verse salida de este gran piélago. Lo ve sin esfuerzo suyo, porque la luz le vino de improviso, sin poner nada de su parte, sino sólo por mi inestimable caridad, que quiso proveer a su necesidad en el tiempo oportuno, cuando le parecía que no podía más.

¿Por qué, cuando se ejercitaba en la oración y en los demás ejercicios necesarios, no la escuché, enviándole luz y quitándole las tinieblas? Por que, siendo todavía imperfecta, no creyese que era fruto de su ejercicio lo que en realidad no lo era. Ves, pues, cómo el imperfecto llega a la perfección en las batallas, porque en ellas conoce experimentalmente mi providencia. De aquí en adelante creerán en ella, pues la prueba los cercioró. Así conciben el amor perfecto, porque han conocido mi bondad en la providencia divina. Así salen del amor imperfecto.

Empleo todavía otra santa estratagema para sacarlos de la imperfección: hago nacer en ellos, además del amor general, un amor espiritual particular hacia las criaturas. Esto los obliga a ejercitar su virtud y a salid de su imperfección. Les hace despojar el corazón de todo amor sensible que pudieran todavía tener para su padre, madre, hermana o hermanos y de toda sensualidad. No los quieren ya más que por mí. Y con este amor ordenado que les he dado echan fuera el amor desordenado con que antes amaban las criaturas. De este modo, este amor quita la imperfección.

c) Providencia en las pruebas, que tienden a purificar su amor imperfecto

Todavía tiene otro afecto este amor: les sirve de prueba para conocer si en realidad me aman o no perfectamente a mí y a la criatura que les inspiré. Para esto se lo di. para que pudiese probar y conocer la perfección de su

amor. Si no la conociera, ni le disgustaría lo que en este amor pudiera haber de propio ni se complacería en lo que pudiera haber de mío. Así lo conoce, aunque todavía está en un estado imperfecto, y no hay duda alguna que, siendo imperfecto el amor que me tiene, es imperfecto también el que tiene a la criatura racional, porque la perfección de la caridad del prójimo depende de la perfección de la que me tenga a mí. Con la misma medida perfecta o imperfecta con que me ama, amo yo a la criatura. ¿Cómo le conducen las criaturas, en las que ha puesto su amor, a este conocimiento? De muchas maneras. Con que quieran abrir los ojos de su inteligencia, no tardarán en verlo y experimentarlo. Pero por haberte hablado ya de ello en otra parte, lo haré ahora brevemente.

El alma experimenta pena al ver que aquella persona a la que ama con especial amor la ama menos, la busca menos y la ve acudir con más frecuencia a otros que a ella. Esta pena que experimenta la hace venir en conocimiento de sí misma. Si quiere caminar con luz y prudencia, como debe, con amor más perfecto amará aquel medio puesto por mí, porque con el conocimiento de sí misma y el odio que concebirá de su pena sensible se librará de la imperfección y llegará a la perfección de su amor. Siendo más perfecta, tendrá amor mayor y más perfecto, no sólo para todos en general, sino en particular para esta criatura puesta como medio por mi bondad, que ha servido para espolearla, con odio de sí misma y amor de las virtudes, en la peregrinación de esta vida; a no ser que fuera tan ignorante, que pierda el tiempo por la pena que le ha causado, por la confusión y tedio de espíritu y tristeza del corazón que se le han seguido y abandonara sus ejercicios habituales. Peligrosa cosa esta, pues sería para su ruina y su muerte lo que yo le di para vida.

No debe obrar así, sino que con celo y con humildad, considerándose indigno de lo que desea, o sea de tener la consolación que deseaba, vea con luz que la virtud, por la cual principalmente debe amar, no ha disminuído en él, si permanece con hambre y deseo de sufrir toda pena, por cualquier parte que le venga, para gloria y alabanza de mi Nombre [20]. De este modo cumplirá mi voluntad, percibiendo el fruto de la perfección, que fué la única intención al permitir los combates y el medio puesto como cualquier otra cosa para que venga a la luz de la perfección.

De este modo obra mi providencia con los imperfectos y en tantos otros que la lengua no podría contar.

---

[20] Sapientísima norma de conducta para el tiempo de la desolación.

§ 11. Providencia para con los perfectos

a) Consolidación y aumento de su perfección

[Cap. CXLV.] Te hablaré ahora de los perfectos y de las disposiciones de mi providencia para conservar, probar y acrecentar constantemente su perfección. Nadie hay en este mundo tan perfecto que no pueda elevarse a una perfección mayor. Por esto uso, entre otros, del medio que voy a explicarte. Dijo mi Verdad: *Yo soy la Vid verdadera, y vosotros los sarmientos. Mi Padre es el labrador*[21].

El que está en El, que es la verdadera Vid, porque procede de mí, Padre, y sigue su doctrina, da fruto. Y para que vuestro fruto crezca y sea perfecto, yo os podo con muchas tribulaciones, infamias, injurias, escarnios, ultrajes y vituperios; con hambre y sed, con malos tratos de hechos y de obras, según place a mi bondad permitirlo para cada uno según sus juicios. La tribulación es una señal que demuestra la caridad perfecta del alma o la imperfección en que se encuentra todavía. En la injuria y trabajos que permito a mis siervos se prueba la paciencia y crece el fuego de la caridad en el alma por medio de la compasión que tiene para con el que le injuria, ya que se duele más de la ofensa hecha a mí y el daño que se hace a sí mismo el que le injuria que de la misma injuria que le hacen.

Esto hacen los que han llegado a gran perfección, y así crecen en ella y con esta intención lo permito, no por otra cosa. Dejo en ellos un aguijón de hambre de la salud de las almas con el que día y noche llaman a la puerta de mi misericordia, olvidándose de sí mismos, como te dije al hablar del estado de los perfectos. Y cuanto más abandonan el cuidado de sí mismos, más me hallan a mí.

¿En dónde me buscan? En mi Verdad, siguiendo con perfección mi dulce doctrina. Han leído en este mi dulce y glorioso libro, en el que han encontrado que por cumplir mi voluntad, y para demostrarles cuánto amaba mi honra y a todo el género humano, corrió con dolor y oprobio a la mesa de la santísima cruz, en la que comió con sufrimiento el manjar del género humano. Con su sufrimiento y a través de su amor al hombre me demostró a mí cuánto amaba mi honra.

Digo que estos hijos queridos, llegados a un estado muy perfecto con perseverancia, con vigilias humildes y continuas oraciones, me demuestran que en verdad me quieren y que se han esmerado mucho en seguir esta santa doctrina de mi Verdad con penas y fatigas soportadas por la salud de su prójimo, ya que no tienen otro medio más que éste para demostrarme el amor que me tienen.

---

21 Io. 15,1.

Pero, aun cuando hubiese otros con los que me pudieran demostrar este amor, la criatura racional sigue siendo el principal medio, puesto que, como en otra parte te dije, todo bien y toda acción se verifican por medio del prójimo. Ningún bien se puede hacer sino en relación con mi caridad y con la del prójimo, y si no se hace con relación a ninguna de estas dos, no puede ser verdadero bien aunque sus actos fuesen virtuosos. De la misma manera, el mal también se hace por este medio, por la privación de la caridad.

Ya ves que, en este medio que os he puesto, el justo demuestra su perfección y el amor puro que me tiene, procurando siempre la salud de su prójimo aunque sea sufriendo mucho. Los purifico también con muchas tribulaciones, para que den mejor y más suave fruto. Gran fragancia es la que hasta mí hacen llegar los frutos de su paciencia.

¡Oh cuán suave y dulce es este fruto y de cuánto provecho para el alma que sufre sin pecar! Si ella lo pudiese ver, no habría nadie que con gran celo y alegría no desease padecer. Para darles este gran tesoro dispone mi providencia poner sobre sus hombros el peso de muchos trabajos para que la virtud de la paciencia no se enmohezca en ellos. De modo que, cuando venga el tiempo en que debe dar prueba de la misma, no se encuentre enmohecida, por no haberla practicado, con el orín de la impaciencia, que consume al alma.

b) Providencia en las pruebas de la humildad de los perfectos; privación de las gracias extraordinarias de unión de que gozan frecuentemente

A veces empleo un agradable artificio para conservarlos en la humildad. Adormezco en ellos su sentimiento, hasta parecer que ni la voluntad ni el sentido experimentan dolor por la adversidad, como en uno que está durmiendo, aunque no muerto. Es el sentimiento sensual el que duerme en el alma perfecta, pero no está muerto. En el momento en que dejara de ejercitarse en la virtud y disminuyera el fuego del santo deseo, se despertaría en ellos la pasión más fuerte que nunca. Por tanto, que nadie se fíe por perfecto que sea. Le es indispensable permanecer en mi santo temor, que muchos por fiarse caen miserablemente, y de otra suerte no habrían caído. Por esto digo que parece que el sentimiento duerme, sufriendo y soportando grandes penas como si nada llevaran. Pero he aquí que una cosa insignificante, de la que después ella misma se burlará, le hace volver en sí misma de tal manera, que queda estupefacta. Esto hace mi providencia para que crezca y vuelva al valle de la humildad. Entonces, prudente, se levanta sobre sí misma, sin per-

donarse nada, sino que con odio y dureza castiga su sentimiento, que equivale a hacerlo dormir más perfectamente.

Otras veces, mi providencia deja a mis grandes servidores sometidos a un aguijón, como hice con el dulce apóstol Pablo, vaso de elección [22]. El había recibido la doctrina de la Verdad en el abismo de mí, Padre Eterno, y, no obstante, dejé en él el aguijón y la rebelión de su carne.

¿No estaba, acaso, en mis manos el impedir esta rebelión en Pablo y en todos aquellos a quienes yo se lo dejé? Ciertamente. ¿Por qué entonces obra así mi providencia? Para hacerles merecer, para conservarlos en el conocimiento de sí mismos, que los conduce a la verdadera humildad. Para que tengan piedad y no sean crueles para con su prójimo y le compadezcan en sus trabajos. Mucha mayor compasión tienen a los que sufren cuando sufren ellos que si nada les pasa. Crecen en el amor y corren hacia mí, ungidos de humildad y encendidos en el horno de mi caridad. Por estos medios y otros muchos llegan a la unión perfecta, como te dije; a tanta unión y conocimiento de mi bondad, que, viviendo en su cuerpo mortal, gustan el bien de los inmortales. Estando todavía en la cárcel del cuerpo, les parece ya estar fuera de ella. Puesto que de mí ha conocido mucho, mucho me ama. Y porque me ama mucho, mucho sufre. De ahí que quien crece en amor crece también en dolor.

¿Qué penas y dolores son los que les quedan?

No ya el pesar por las injurias que les hicieren, ni por sufrimientos corporales, ni molestias del demonio, ni por ninguna otra cosa que propiamente a ellos les puedan acaecer. Sufren tan sólo por las ofensas hechas a mí—viendo y comprendiendo que yo soy digno de ser amado y servido— y por el daño de las almas, a las que ven andar en las tinieblas del mundo y permanecer en tanta ceguera. En la unión que ha verificado el alma conmigo por afecto de amor contempló y conoció en mí cuán inefablemente amo a mi criatura. Al ver que reflejaba mi imagen, se enamoró de su belleza por amor a mí. Por esto siente dolor intolerable cuando los ve alejarse de mi bondad. Tan grandes son estas penas, que disminuyen y hacen desaparecer en ellos toda otra pena, como si no existiesen o no llegaran a tocarlos.

Mi providencia no los abandona. Me manifiesto a ellos y les hago ver en mí, con grande amargura, las iniquidades y miserias del mundo y la condenación de las almas en general y en particular, según place a mi bondad, con objeto de hacerles crecer en el amor y en el sufrimiento; para que, aguijoneados por el fuego del deseo, clamen a mí con firme esperanza y con la luz de la santísima fe pidan que mi auxi-

[22] Act. 9,15.

lio venga a socorrer todas sus necesidades. A la vez, mi divina providencia viene en auxilio del mundo y de ellos, dejándome hacer fuerza por los dolorosos, dulces y angustiosos deseos de mis siervos y nutriendo en ellos un mayor conocimiento y una más perfecta unión conmigo.

Mira, pues, los múltiples y diversos caminos de mi providencia para con éstos, que, siendo perfectos, mientras viven pueden siempre crecer en perfección y adquirir méritos. Por esto los purifico de todo amor propio desordenado, lo mismo espiritual que temporal; los podo con muchas tribulaciones, para que den mayor y más perfecto fruto. El dolor intenso que experimentan al ver que se me ofende y que se priva de la gracia a las almas, ahoga en sí todo otro sentimiento inferior a éste. Y todos los trabajos que puedan venirles en esta vida los tienen como nada. Por esto el mismo caso hacen de la tribulación que del consuelo, porque lo que buscan no son sus gustos. No me aman con amor mercenario, por gusto propio, sino que buscan la gloria y la alabanza de mi Nombre.

Ves, pues, queridísima hija, cómo a toda criatura racional se extiende mi providencia en todas partes y con modos admirables, no conocidos por los hombres, envueltos en tinieblas, ya que las tinieblas no pueden comprender la luz. Sólo aquellos que tienen luz pueden conocerlas perfecta o imperfectamente según la perfección de la luz de que disponen. Luz que el alma adquiere en el conocimiento de sí, y del que saca odio vehemente de las tinieblas.

§ 12. Providencia en las enseñanzas de Cristo

a) Para hacer de sus siervos pescadores de hombres

[Cap. CXLI.] Te he hablado de mi providencia tanto general como particular. No has visto más que una gota, que es nada en comparación del mar. Te he dicho, hablándote de los sacramentos, cómo obra mi providencia para acrecentar vuestra hambre y cómo me gustan íntimamente cuando por medio del Espíritu Santo reciben mi gracia: al inicuo, para reducirlo al estado de gracia; al imperfecto, para hacerle llegar a la perfección, y al perfecto, ya que siempre podéis mejorar, para aumentar y hacer crecer en perfección. Y, en fin, para que lleguen a ser buenos y perfectos intermediarios entre mí y los que me han declarado la guerra, pues ya te dije que por medio de mis siervos usaría de misericordia con el mundo y que reformaría a mi Esposa por los muchos trabajos que padeciesen.

Estos servidores pueden verdaderamente ser llamados otro Cristo crucificado, porque tomaron su oficio. Vino El,

como mediador, para poner término a esta guerra y reconciliarme con el hombre con sus sufrimientos y su ignominiosa muerte de cruz. También éstos viven atormentados, haciéndose medianeros con la oración, con la predicación y la buena y santa vida, ejemplo para los demás. Relucen en ellos las piedras preciosas de las virtudes, soportando con paciencia los defectos del prójimo. Estos son los anzuelos con que se pesca a las almas. Son los que echan las redes a la derecha y no a la izquierda, como dijo mi Verdad a Pedro y a los otros discípulos después de la resurrección. Porque la mano izquierda del amor propio está muerta en ellos, y viva la mano derecha de un verdadero, puro, dulce y divino amor, con el que echan las redes del santo deseo en mí, océano de paz. Juntando el relato de esta pesca antes de la resurrección y la de después de la resurrección, verás que, sacando las redes, cerrando su deseo en el conocimiento de sí mismos, cogen tanta abundancia de peces de almas, que deben llamar a los compañeros para que los ayuden a sacar las redes, porque solos no pueden. Para coger y echar las redes necesitaban ser verdaderamente humildes, llamando al prójimo, pidiéndole por caridad que los ayudase a sacar fuera estos peces de las almas.

Y que esto es verdad, lo ves en mis siervos y por propia experiencia. Es tan grande el peso de las almas cogidas en la red de su santo deseo, que necesitan compañía, y quisieran que toda criatura racional los ayudase, porque con humildad se consideran incapaces. Te dije que llamaban a la humildad y a la caridad del prójimo para ayudarlos a sacar estos peces. Arrastrando las redes, sacan una gran abundancia de peces, aunque sean muchos los que se escapan de ellas por sus propios pecados. La red del deseo los tiene bien cogidos, porque el alma, hambrienta de mi honor, no se contenta con pocos, los quiere todos: los buenos, para que la ayuden a recoger su red y para que se conserven y crezcan en perfección; los imperfectos, porque quiere se perfeccionen; los malos, porque desea sean buenos, y los infieles, envueltos en tinieblas, para que vuelvan a la luz del santo bautismo. Los quiere todos, de cualquier estado y condición, porque todos los ve en mí, creados por mi bondad con tanto fuego de amor y reconquistados por la sangre de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito. A todos los coge en las redes de su santo deseo. Aunque muchos de ellos se escapan, perdiendo la gracia por sus pecados, infieles, o en estado de pecado mortal, como te he dicho. No es que todos éstos no tengan cabida en aquel deseo por la oración continua, pues, aunque un alma se aleje de mí y del amor que me debe y del trato que debía tener con mis siervos, no por

esto disminuye en ellos ni debe disminuir el amor que les tienen. De este modo echan esta dulce red a la derecha.

¡Oh dulcísima hija! Considera lo que hizo el glorioso apóstol Pedro cuando, según cuentan los Evangelios, le mandó mi Verdad arrojar al mar sus redes. Pedro respondió que en vano se había fatigado toda la noche y que no había pescado nada, pero añadió: *Sin embargo, con tu mandato y con tu palabra, las echaré*[23]. Habiéndolas echado, pescó tal cantidad, que no sólo no pudo sacarlas fuera, sino que llamó a los demás discípulos para que vinieran a ayudarle.

Te digo que en esta figura, aunque en verdad es un hecho real, pero figura para ti por lo que te he dicho, verás retratado tu propio caso. Te hago saber que todos los misterios y acciones de mi Verdad en el mundo con sus discípulos o sin ellos eran otras tantas figuras de lo que pasa en las almas de mis siervos y en toda clase de gentes para que en cualquier circunstancia podáis tener una regla y una doctrina, mirándoos en ella con la luz de la razón. Torpes o finos de ingenio. Los de poca o mucha inteligencia, todos pueden tomar parte, con tal que quieran.

Te dije que Pedro, por mandato del Verbo, echó la red. Fué obediente, creyendo con fe viva que los podía coger. Por esto cogió tantos, mientras que no había pescado ninguno en toda la noche. ¿Sabes cuál es el tiempo de la noche? Es la noche obscura del pecado mortal, cuando el alma está privada de la gracia. Durante esta noche, el alma nada coge, porque echa su afecto no en el mar vivo, sino en el muerto, en el que encuentra el pecado, que no es nada. En vano se fatiga con grandes e intolerables penas, sin provecho alguno. Se hace mártir del demonio y de Cristo crucificado. Pero en cuanto nace el día, en que ella sale de la culpa y vuelve al estado de gracia, aparecen en su mente los mandamientos de la ley, con los que yo le ordeno eche esta red, confiada en la palabra de mi Verbo, amándome sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. Entonces por obediencia, con la luz de la fe, con esperanza firme, la echa en su nombre, siguiendo la doctrina y las huellas de este dulce y amoroso Verbo y de sus discípulos.

Te lo he explicado ya cómo la llena y a quiénes llama, y no hay necesidad de volver sobre ello.

---

23 Lc. 5,5-7.

b) El reclamo del apóstol es la santidad de su alma, perfectamente acordada. Así lo hizo Cristo en su redención

[Cap. CXLII.] Esto te he dicho para que con la luz de la inteligencia comprendas con cuánta providencia esta mi Verdad, durante el tiempo que estuvo entre vosotros, obró todos sus actos y sus misterios y para que sepas qué te conviene hacer y qué debe hacer el alma que está en este perfectísimo estado. Advierte que la perfección de sus actos depende de la mayor prontitud y de la luz más perfecta, perdida ya toda esperanza en sí mismo y puesta totalmente en mí, su Creador, con que se disponga a obedecer esta palabra. La echa más perfectamente el que obedece observando los mandamientos y consejos espiritualmente y de hecho, que el que observa sólo los mandamientos y el espíritu de los consejos. Si no observase ni en espíritu siquiera los consejos, no observaría tampoco los mandamientos, porque están íntimamente unidos entre sí, como más ampliamente te dije en otra parte. Así que pesca perfectamente si perfectamente echa la red. Los perfectos, de los que te he hablado, pescan con abundencia y con gran perfección.

¡Qué bien han concertado todos sus sentidos gracias a la buena y dulce guardia que el libre albedrío hace en la puerta de la voluntad! Todos sus sentidos dan un sonido suavísimo, que sale de dentro de la ciudad del alma, puesto que las puertas están a la vez cerradas y abiertas. Cerrada está la voluntad al amor propio y abierta al deseo y amor de mi honra y del prójimo. El entendimiento está cerrado a las delicias y vanidades y miserias del mundo, que no son más que la noche que envuelve en tinieblas a la inteligencia que las mira desordenadamente, y está abierto a la luz de mi Verdad. La memoria está cerrada al recuerdo del mundo y a la memoria sensual de sí misma y abierta para recibir y conservar el recuerdo de mis beneficios.

El afecto del alma experimenta entonces una gran alegría y emite un sonido—templadas y concertadas las cuerdas con prudencia y luz, todas al unísono—, es decir, a gloria y alabanza de mi Nombre. A este mismo son al que están concertadas las grandes cuerdas de las potencias del alma, lo están las pequeñas de los sentidos e instrumentos del cuerpo. Del mismo modo que te dije, hablándote de los malos, que en ellos todas sonaban a muerte abiertas las puertas a sus enemigos, así éstos suenan a vida recibiendo en sí a los amigos de las virtudes verdaderas y reales acompañados de los instrumentos de santas y buenas obras.

Cada miembro ejerce la función que se le ha dado, cada uno perfecto en su grado. El ojo, viendo; los oídos, oyendo; el olfato, oliendo; el gusto, gustando; la lengua, hablando;

las manos, tocando y obrando; y los pies, caminando. Todos están concertados en un mismo sonido de servir al prójimo para gloria y alabanza de mi Nombre y servir al alma con buenas, santas y virtuosas obras, obedientes como órganos afinados y acordes con las indicaciones del alma. Me son agradables a mí, a la naturaleza angélica y a los bienaventurados, que les esperan con grande gozo y alegría para participar mutuamente de su felicidad. Agradable es también al mundo. Quiera el mundo o no, no pueden evitar los hombres malvados el experimentar el agrado de este sonido, antes bien muchos quedan prendidos en este anzuelo y salen de la muerte para venir a la vida.

Todos los santos han cogido a las almas con este instrumento. El primero que dejó oír este sonido de vida fué el dulce y amoroso Verbo cuando tomó vuestra humanidad. Con esta humanidad unida a la divinidad, emitiendo un dulce sonido sobre la cruz, prendió al Hijo del género humano, cogió al demonio, al que quitó el señorío que por el pecado había ejercido durante tanto tiempo. Todos vosotros aprendéis de este Maestro a emitir este sonido. De El aprendieron los apóstoles, sembrando su palabra por todo el mundo; los mártires, y confesores, y doctores, y vírgenes; todos cogían las almas con su sonido. Mira a la gloriosa virgen Ursula, que tan dulcemente tocó su instrumento, que vírgenes solamente arrastró once mil, y luego a muchísimos más de toda clase.

Y así todos los otros, quién de una, quién de otra manera. ¿Cuál es la causa de esto? Mi infinita providencia, que les ha dado los instrumentos, el medio y el modo con que puedan tañer. Todo lo que les doy o permito en esta vida, les sirve de medio para perfeccionar este instrumento, si ellos lo quieren reconocer y no se privan de la luz con que ven, con la nube del amor propio del placer y de su propio parecer.

§ 13. Providencia a través del prójimo

a) La providencial distribución desigual de los bienes los obliga a depender unos de otros

[Cap. CXLVIII.] Dilátese, hija, tu corazón y abre los ojos de tu inteligencia con la luz de la fe para ver con cuánto amor y providencia he creado y ordenado al hombre para que goce en mí, sumo y eterno Bien. He proveído en todo, como te dije, en el alma y en el cuerpo, a los imperfectos y perfectos, a los buenos y malos, espiritual y temporalmente, en el cielo y en la tierra, en esta vida mortal y en la inmortal.

En esta vida mortal, mientras peregrináis, os ato con los

lazos de la caridad, quiera o no quiera el hombre. Si su voluntad le desata de la caridad para con el prójimo, le encadena la necesidad para que efectiva y afectivamente uséis de la caridad. Si por vuestras iniquidades la perdéis *en afecto*, por necesidad debéis tenerla en *efecto*. Proveí no dando a uno lo que está repartido entre todos y es necesario para la vida del hombre. A unos di una cosa, a otros otra, para que os vieseis obligados a recurrir los unos a los otros. ¿No ves cómo el artesano recurre al obrero, y el obrero al artesano, porque mutuamente se necesitan, al no saber hacer uno lo que sabe hacer el otro? Así, el clérigo y el religioso necesitan del seglar, y el seglar del religioso. No pueden prescindir el uno del otro. Y así en todo lo demás.

Y ¿no podía darlo yo todo a uno mismo? Ciertamente. Pero mi providencia quiso que uno se humillase al otro y se viera obligado a usar a la vez de las obras y del afecto de la caridad. He querido manifestar en ellos mi magnificencia, bondad y providencia; mas ellos se dejan arrastrar a las tinieblas de su propia fragilidad.

Deben avergonzaros los miembros de vuestro cuerpo, porque usan de caridad entre sí y vosotros no. Si la cabeza sufre, le socorre la mano, y si el dedo, con ser tan pequeño, está enfermo, la cabeza, aunque sea una parte mayor y más noble del cuerpo que las demás, no rehusa socorrerle, antes bien le socorre con la vista, el oído, con el habla y con todo lo que tiene. Y esto mismo hacen todos los demás miembros. El orgulloso no obra así, sino que cuando ve al pobre, miembro suyo, enfermo o necesitado, no le socorre, no ya con sus bienes, sino que ni con una palabra siquiera. Con menosprecio y enfado vuelve la cara a otra parte. Abunda en riquezas, y le deja morir de hambre, sin ver que por su miseria y crueldad son pura hediondez en mi presencia; hediondez que llega a lo más profundo del infierno. Pero mi providencia socorre a este pobre que así es despreciado, y, a causa de su pobreza, yo le daré riqueza suma. El otro será castigado con gran afrenta por mi Verdad si no se enmienda en conformidad con lo que dice el santo Evangelio: *Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estuve desnudo, y no me vestisteis; en cárcel, y no me visitasteis*[24].

De nada les servirá en aquel momento su excusa: «Jamás te vi así. Si te hubiera visto, te habría ayudado». Sabe muy bien este miserable, como así lo dijo mi Hijo, que lo que hacía a esos pobrecitos, a El lo hacía. Por esto justamente se le dará castigo eterno en compañía de los demo-

[24] Mt. 25,42 s.

ños. Advierte, pues, cómo en la tierra yo lo he dispuesto todo para que no vayan al eterno dolor.

b) Hasta entre los bienaventurados y entre los ángeles hay una providencia, participación mística de la felicidad de cada uno

Si levantas todavía más tu mirada, en mí, vida durable, en la naturaleza angélica y en los que ya viven en esta vida sin fin, conseguida en virtud de la sangre del Cordero, verás que yo he dispuesto ordenadamente su caridad. No he querido que cada uno gozase en particular del bien que de mí tiene en esta vida bienaventurada sin que los otros puedan participar en ella. No lo he querido así, sino que es tan ordenada y perfecta su caridad, que el grande gusta del bien del pequeño, y el pequeño del del grande. Pequeño en cuanto a medida; no que el pequeño no esté tan lleno como el grande, sino que cada uno en su medida, como te dije en otra parte.

¡Oh cuán de hermanos es esta caridad y cómo los une conmigo y los unos con los demás! Llenos de santo temor y de veneración, reconocen que de mí la reciben. Viéndolo, se anegan en mí, y en mí ven y conocen la dignidad en que yo los he puesto. El ángel se comunica con el hombre, es decir, con las almas de los bienaventurados, y los bienaventurados con los ángeles; hundidos en este afecto de la caridad, se gozan de su bien mutuo, exultan en mí con júbilo y alegría sin posible tristeza, dulce sin ninguna amargura, porque mientras vivieron y en su muerte me gustaron a mí, por afecto de amor, en la caridad del prójimo.

¿Quién ha ordenado así la caridad? Mi sabiduría con admirable y dulce providencia. Porque, si vuelves tu mirada al purgatorio, también allí encontrarás mi dulce e inestimable providencia en aquellas pobres almas, que por ignorancia malgastaron su tiempo, y que ahora, separadas del cuerpo, no disponen ya de tiempo para poder merecer. Por lo cual mi providencia se sirve de vosotros, que estáis todavía en esta vida mortal y disponéis de tiempo para emplearlo en su provecho, es decir, que con las limosnas y el Oficio divino que por ellos hagáis decir a mis ministros, con ayunos y oraciones hechos en estado de gracia, abreviáis el tiempo de su pena mediante mi misericordia. ¡Oh dulce providencia!

Te he dicho todo esto que mi providencia hace por vuestra salud en el interior de vuestras almas para hacerte enamorar y vestirte con la luz de la fe y de la esperanza firme en mi providencia, para que *te arrojes fuera de ti misma* y en todo cuanto hagas esperes en mí sin ningún temor servil.

c) Providencia especial para con los desprovistos de bienes terrenos

[Cap. CXLIX.] Quiero decirte ahora una parte insignificante de las infinitas maneras que tiene mi providencia de atender las necesidades corporales de los siervos míos que esperan en mí. Todos son ayudados, más o menos perfectamente según ellos son perfectos o imperfectos, despojados de sí mismos y del mundo. Mi providencia jamás falta a mis pobres, pobres en espíritu y de voluntad, es decir, de intención[25]. No digo pobres sin más, porque muchos son pobres y no lo quisieran ser, y éstos son ricos en cuanto a su voluntal y mendigos que no esperan en mí ni sufren voluntariamente la pobreza en que yo los he puesto para remedio de su alma; la riqueza les habría dañado y habría sido su perdición. Mis siervos son pobres, pero no mendigos. El mendigo no tiene con frecuencia lo que necesita y pasa gran necesidad. Pero el pobre, si no nada en la abundancia, tiene siempre lo suficiente en sus necesidades. Mi providencia no los abandona jamás mientras esperan en mí. Y hasta algunas veces permite que lleguen hasta el último extremo para que vean y conozcan mejor que yo puedo y quiero socorrerlos, se enamoren de mi providencia y abracen la esposa de la verdadera pobreza. Por esto su servidor, el Espíritu Santo, Clemencia mía, al ver que no tienen lo necesario para el cuerpo, enciende el deseo de socorrerlos en el corazón de aquellos que pueden hacerlo y acuden a ayudarlos en sus necesidades. Toda la vida de estos dulces pobrecitos míos se gobierna de este modo, con el cuidado que para con ellos inspiro a los siervos del mundo. Es cierto que, para probarles la paciencia en la fe y la perseverancia, permito a veces que se les ultraje, se les injurie y ofenda, y, sin embargo, este mismo que los injuria se ve forzado por mi clemencia a darles limosna y socorrerlos en lo que necesitan. Esta es la providencia general que uso con mis pobres.

d) Dios cuida de ellos hasta por medios extraordinarios

Pero algunas veces la usaré con los grandes amigos míos directamente por mí mismo, prescindiendo del medio de las criaturas. Tú misma lo has experimentado, y así lo has oído contar de tu glorioso Padre Santo Domingo, que en el principio de la Orden, estando los frailes en necesidad, llegada la hora de comer y no teniendo nada, mi querido siervo Domingo, esperando con la luz de la fe que no faltaría mi providencia,

[25] Simplemente «pobres» los que lo son bien en contra de su voluntad. El cariñoso diminutivo, encarnado en el santo desposado con Madona Pobreza, de «poverelli» lo reserva la Santa en el original italiano a los que, además, lo son de corazón.

dijo: «Hijos, sentaos a la mesa». Los frailes obedecieron a su mandato y se sentaron a la mesa. Entonces yo, que socorro siempre a quien espera en mí, mandé dos ángeles con pan blanquísimo y con tanta abundancia, que tuvieron para muchas veces. Esta fué providencia sin medio humano, sino sólo por la clemencia del Espíritu Santo [26].

Otras veces proveo multiplicando una pequeña cantidad que no bastaba, como tú sabes sucedió con aquella dulce virgen Santa Inés [27]. Esta me sirvió, desde su infancia hasta la muerte, con verdadera humildad, con firme esperanza, sin preocuparse con inquietud de sí o de su familia. Con fe viva y por mandato de María, ella, pobre y sin ningún bien temporal, se dispuso a levantar el monasterio. Sabes que era un lugar de pecadoras. Y no pensó: ¿Cómo podré hacerlo?, sino que con toda solicitud en su trabajo, con mi providencia, lo convirtió en lugar santo, monasterio destinado a religiosas. En él congregó en el principio hasta dieciocho vírgenes, sin que tuvieran más que lo que yo les proporcionaba. Una vez, entre otras, permití que estuvieran sin pan y que se mantuvieran durante tres días sólo de hierba. Si me preguntaras: ¿Por qué obraste así, habiéndome dicho antes que jamás faltas a tus siervos que esperan en ti y que se hallan en necesidad? Parece que en este caso les faltó lo necesario, ya que el cuerpo generalmente no vive de hierba y no suele bastar al que no es muy perfecto. En este caso, si Inés lo era, no habían llegado las otras a esta perfección. Te respondería que lo hice y lo permití para embriagarla de mi providencia y para que las otras, que eran todavía imperfectas, en el milagro que luego vino tuvieran materia para poner el principio y fundamento de su perfección en la luz de la santísima fe. En las hierbas o en cualquier otra materia, cuando ocurren casos semejantes, encierro propiedades, para que el cuerpo humano pueda vivir mejor con aquel poco de hierba, y a veces sin comida, que antes cuando tenían pan y otros manjares destinados por sí a sostener la vida del hombre. Tú sabes que es así por haberlo experimentado en ti misma.

Digo que otras veces proveo multiplicando una pequeña cantidad. Estando Santa Inés en las circunstancias que te he dicho, volvía los ojos de su espíritu con luz de la fe y decía: «Padre y Señor mío, Esposo eterno, ¿me has hecho traer estas hijas de las casas de su padres para que perezcan de hambre? Provee, Señor, a su necesidad». Yo era el que le

---

[26] Los biógrafos del Santo recuerdan, por lo menos, dos episodios que encajan perfectamente con esta alusión de Santa Catalina. El más característico, el contado por la Beata Cecilia Cesarini, y sucedido en San Sixto Vecchio (cf. TAURISANO, *Il Dialogo*, p. 426, nota 4).

[27] En la *Carta* 58, *a la priora del monasterio de Montepulciano* (I, 326), hace Catalina el elogio de esta Santa Inés de Montepulciano (1268-1317), dominica.

hacía pedir, deseando probar su fe, y me era agradable su humilde oración. Extendí mi providencia satisfaciendo lo que en su corazón me pedía, y por inspiración mía hice que un siervo mío les llevase cinco panecitos. Se lo manifesté a Inés en su mente, y ella, volviéndose a las hermanas, les dijo: «Id, hijas mías; atended a quien llama en el torno y tomad aquel pan». Lo tomaron y se sentaron a la mesa. Y le di tanto poder en el partir el pan, que todas quedaron satisfechas, y recogieron tanto de lo que quedó sobre la mesa, que tuvieron para otra vez cumplidamente.

Estas son las providencias que uso con mis siervos que son pobres voluntarios. No sólo voluntariamente, sino por espíritu, puesto que, sin la intención espiritual, de nada les valdría. También los filósofos, por amor de la ciencia y el deseo de aprenderla, despreciaban las riquezas y se hacían pobres voluntariamente. Sabían con luz puramente natural que el amor de las riquezas era un obstáculo que no les permitiría alcanzar su fin; pero como esta pobreza no era espiritual, deseada para la gloria y alabanza de mi nombre, no obtenían con ella ni la vida de la gracia ni la perfección, sino la muerte eterna.

[Cap. CL.] Mira, hija carísima, cuánta vergüenza es para los miserables tan ávidos de riquezas no seguir el conocimiento que la misma luz natural les proporciona para conseguir el sumo y eterno bien. Lo hacen estos filósofos por amor de la ciencia. Comprendiendo que les era un impedimento, las despreciaban; y éstos, de las riquezas hacen un dios, y lo demuestran en que sienten más perder las riquezas y bienes temporales que cuando me pierden a mí, que soy suma y eterna riqueza.

e) Por falta de fe en esta providencia surge en el alma la ambición, que le arrastra a la soberbia y a mil pecados y desgracias

Si lo consideras bien, verás que todo mal procede de este desordenado deseo y afición a las riquezas. De aquí nace la soberbia, queriendo ser más que los demás; la injusticia para sí y para los otros; la avaricia, que por afán de dinero no duda en robar a un hermano ni en quitar lo que en la Iglesia ha adquirido con la sangre del Verbo, Hijo mío unigénito. De ella procede el mercadear con los cuerpos de su prójimo y, con el tiempo, por la usura, como hacen los prestamistas, que, a fuer de ladrones, venden lo que no es suyo. Y la glotonería de manjares abundantes, que se toman sin moderación y producen deshonestidades. Si no tuviesen que gastar, muchas veces no tendrían conversaciones tan despreciables. ¡Cuántos homicidios, odio y rencor para con el prójimo y crueldad, con in-

fidelidad para conmigo, presumiendo de sí mismos como si lo hubieran adquirido por mérito propio! Al no comprender que no lo adquieren por su mérito, sino por el mío, pierden la esperanza en mí y la ponen sólo en sus riquezas. Pero su esperanza es vana. Cuando menos se percatan, les fallan: o las pierden en esta vida, por disposición mía y provecho suyo, o las pierden a la hora de la muerte. Entonces conocen que aquella esperanza era vana y no firme y estable. Empobrecen y matan al alma, hacen al hombre cruel consigo mismo, le quitan la dignidad de lo infinito y le hacen finito; es decir, que su deseo, que debería estar unido a mí, que soy Bien infinito, lo une y lo pone, por afecto de amor, en la cosa finita. Pierde entonces el gusto y el sabor de la virtud y el olor de la pobreza. Pierde el dominio de sí mismo, haciéndose esclavo de las riquezas. No se puede saciar, porque ama cosas que son menos que él, ya que todas las cosas creadas han sido hechas por amor del hombre, para que le sirvan y no para que se haga él su esclavo. El hombre me debe servir a mí, que soy su fin.

¡A cuántos peligros se expone el hombre y a cuántos trabajos en el mar y en la tierra para conquistar riquezas, para volver luego a su ciudad con comodidades y buena posición, sin preocuparse ni de conquistar las virtudes ni de sufrir algo para tenerlas, siendo como son las riquezas del alma! Están todos ellos inmersos, corazón y afecto, que deberían servirme a mí, en las riquezas. Cargan su propia conciencia con muchas ganancias ilícitas. Mira a cuánta miseria llegan y de quién se han hecho esclavos. No de algo firme y estable, sino mudable, pues hoy son ricos y mañana son pobres. Ora están encumbrados, ora caídos; ora son temidos y reverenciados por el mundo por sus riquezas, ora objeto de sus burlas por haberlas perdido, y entonces son tratados con vergüenza y afrenta, sin compasión alguna, porque se hacían estimar y eran amados por las riquezas y no por las virtudes que tuviesen. Que, si se hubieran hecho estimar y hubieran sido amados por las virtudes que hubiesen tenido, no dejarían de ser respetados y amados aunque hubiesen perdido los bienes temporales, pero no la riqueza de las virtudes.

¡Qué pesos tan graves son ésos para su conciencia! Tan pesados en este camino de su peregrinar, que no pueden correr ni pasar por la puerta estrecha.

Así os lo dijo mi Verdad en el santo Evangelio: *Es más difícil que un rico entre en la vida eterna que pase un camello por el ojo de una aguja*[28]. Estos son los que con afecto desordenado y miserable poseen o ambicionan la riqueza;

[28] Mc. 10,25

porque son muchos los que, siendo pobres, como te dije, por su afecto desordenado poseen en su voluntad el mundo entero, si lo pudieran poseer.

No pueden pasar por la puerta, porque es estrecha y baja. Por esto, si no arrojan su carga al suelo y no estrechan su afecto a las cosas del mundo y bajan la cabeza por humildad, no podrán pasar. No tienen otra puerta que los conduzca a la vida sino ésta. Tienen, sí, la puerta grande, que los lleva a la eterna condenación, y, como ciegos, no parece vean su ruina y que ya en esta vida empiezan a gustar las arras del infierno. Porque de todas maneras reciben pena y aflicción deseando poseer más de lo que pueden poseer. Sufren cuando no lo tienen y, si lo pierden, lo pierden con dolor. El dolor que por ello experimentan es a la medida del amor con que las poseían. Pierden la caridad del prójimo y no cuidan de adquirir ninguna virtud.

¡Oh podredumbre del mundo! No lo digo por las cosas del mundo, porque todas las hice buenas y perfectas, sino por el amor desordenado con que las posee o las busca. No podría referir tu lengua, hija mía, cuántos son los males que todos los días proceden y experimentan por esta causa. Lo peor es que no quieren ver ni conocer su daño.

f) Por el contrario, los pobres de espíritu todo lo poseen y llegan a todas las virtudes

[Cap. CLI.] Algo te he dicho ya sobre la pobreza con el fin de que conozcas mejor el tesoro de la pobreza voluntaria y espiritual. ¿Quién la conoce? Estos queridos pobrecitos siervos míos, que para poder andar este camino y entrar por la puerta estrecha han arrojado al suelo el peso de las riquezas. Algunos las arrojan espiritualmente y de hecho. Y éstos son los que observan los mandamientos y los consejos de obra y en espíritu. Otros observan sólo el espíritu de los consejos despojándose del afecto de la riqueza, pues no las poseen con amor desordenado, sino con orden y santo temor, más en calidad de administradores a los pobres que de amos. Este estado es bueno, mas el primero es perfecto, más meritorio y con menos impedimento para la virtud y en el que se ve resplandecer más claramente mi providencia, sobre la cual, junto con la pobreza, terminaré de hablarte. En uno y en otro estado han inclinado mis siervos su cabeza, haciéndose pequeños con verdadera humildad. Y, puesto que ya en otra parte te hablé del segundo, trataré ahora sólo del primero.

Te he manifestado y dicho cómo todo mal y pena en esta vida y en la otra proceden del amor de las riquezas. Por el contrario, te digo ahora que todo bien, paz, descanso y tran-

quilidad nacen de la pobreza. Fíjate hasta en el aspecto de los pobres verdaderos. ¡Con cuánta alegría y gozo viven, sin entristecerse más que por mis ofensas! Y esta tristeza no aflige, sino que enriquece al alma. Por la pobreza han adquirido la riqueza suprema [29]. Por haber dejado las tinieblas han encontrado luz perfectísima. Por abandonar la tristeza del mundo poseen la alegría. A cambio de los bienes mortales encuentran los inmortales y reciben el máximo consuelo. Las fatigas y los trabajos les son refrigerio. Tratan con justicia y caridad fraterna a toda criatura racional, pues no hacen acepción de personas.

En ellos resplandece la virtud de la santísima fe y verdadera esperanza. En ellos arde el fuego de la divina caridad. Por su fe en mí, suma y eterna riqueza, no pusieron su esperanza en el mundo y en toda riqueza vana y se abrazaron a la esposa de la verdadera pobreza junto con sus siervas. ¿Sabes cuáles son las siervas de la pobreza. El aborrecimiento y desprecio de sí mismos, y también la verdadera humildad. Estas son las que sirven y nutren el afecto de la pobreza en el alma. Con esta fe y esperanza, encendidos en el fuego de la caridad, desdeñaban y desdeñan mis siervos verdaderos las riquezas y su propio sentimiento [30]. Así el glorioso apóstol Mateo dejó las suyas, abandonando el banco y siguiendo a mi Verdad, que os enseñó cómo amar y seguir esta pobreza.

g) El ejemplo de Jesucristo, pobre voluntario, desposado con la santa pobreza

No os la enseña sólo con palabras, sino con el ejemplo, desde su nacimiento hasta el último momento de su vida. Se desposó por vosotros con esta esposa de la verdadera pobreza, siendo El suma riqueza, por la unión de la

[29] «El humilde desprecia la riqueza..., porque ve que la pobreza voluntaria de las cosas del mundo enriquece el alma... Ved, pues, que por amor a la verdadera riqueza desprecia la riqueza vana y busca la pobreza y la toma por esposa por amor de Cristo crucificado, cuya vida no fué otra cosa más que pobreza» (*Carta* 67, *a los monjes de Pasignano*, I, 385).

[30] Pobreza, humildad y obediencia tienen siempre su razón suprema en el amor. Así fué en Jesucristo y así es en sus miembros. No es, pues, de admirar que estén tan ligadas entre sí y repercuta la una en la otra de modo tan eficaz e inmediato. En la carta 75, enviada a dos monasterios, el de agustinas de San Cayo, en Florencia, y el de benedictinas en San Sovino, trata admirablemente este tema: «No dudo —les dice— que, si sois verdaderas amantes del Esposo eterno, seguiréis sus huellas. ¿Sabéis qué camino fué el suyo? Pobreza voluntaria, obediencia... Por esto vosotras, esposas suyas, debéis seguir el camino de aquella pobreza. Sabed que así lo habéis prometido, y así os pido lo cumpláis hasta la muerte por amor a Cristo crucificado; de otra suerte no seríais esposas, sino adúlteras, al amar alguna cosa fuera de Dios. En tanto es adúltera la esposa en cuanto ama a otro más que al esposo... Después de la pobreza y la humildad, sigue la obediencia. Cuanto más pobre es la esposa voluntariamente y de corazón y más renuncia a las riquezas y posición del mundo, tanto más obediente se muestra» (II, 8 s.).

naturaleza divina, y por esto es una cosa conmigo, que soy suma riqueza y una misma cosa con El. Si quieres verle humillado en gran pobreza, considera a Dios hecho hombre, vestido con la vileza de vuestra humanidad. Verás a este dulce y amoroso Verbo nacer en un establo, estando María, su madre, de viaje, para mostraros a vosotros, peregrinos, que debéis permanecer siempre en el establo del conocimiento de vosotros mismos, donde me encontraréis a mí, nacido por la gracia dentro de vuestras almas.

Tú le ves allí, en medio de los animales y en tanta pobreza, que María no tiene con qué cubrirlo. Siendo el tiempo muy frío, se calentaba con el aliento de los animales y con el heno en el que estaba recostado. Siendo fuego de caridad, quiere sufrir frío en su humanidad durante su vida. Mientras vivió en el mundo, quiso sufrir estando con los discípulos y sin ellos. Por esto, alguna vez, por el hambre que tenían, desgranaban los discípulos las espigas y comían los granos, y al final de su vida, desnudo y azotado en la columna y sediento en el leño de la cruz, con tanto pobreza, que le faltan la tierra y el leño; sin tener dónde reclinar su cabeza, la reclina sobre su hombro. Como ebrio de amor, os da, para que sea baño para vosotros, su propia sangre, derramada por todas las partes del cuerpo abierto de este Cordero.

Sumergido en la miseria, os da la gran riqueza. Clavado en el leño estrecho de la cruz, expande su magnanimidad a toda criatura racional. Gustando la amargura de la hiel, os da perfectísima dulzura. Estando en tristeza, os ofrece consuelo. Estando cosido y clavado en la cruz, os suelta de las ataduras del pecado mortal. Habiéndose hecho siervo, os hace libres y os arranca de la servidumbre del demonio. Vendido, os compra con su sangre. Entregándose a la muerte, os da la vida.

Ciertamente os ha dado, pues, una regla de amor manifestándoos el mayor amor que os pudiera manifestar, dando la vida pos vosotros, enemigos suyos y míos, sumo y eterno Padre. Esto no lo reconoce el hombre ignorante, que tanto me ofende y menosprecia precio semejante. Os ha dado regla de verdadera humildad, humillándose El hasta la afrentosa muerte de la cruz, y de abatimiento, sufriendo los mayores oprobios y ultrajes; de verdadera pobreza, pudiendo decir la Escritura, lamentándose en su persona: *Las raposas tienen cuevas, y las aves nidos, mas el Hijo de la virgen no tiene dónde reclinar su cabeza*[31].

¿Quién comprende estas lecciones? El que tiene la luz de la santísima fe. Y ¿quién posee esta luz? Los pobres de es-

[31] Lc. 9,58.

píritu, que se han desposado con esta reina de la pobreza, alejando de sí las riquezas, que les daban tinieblas e infidelidad.

h) Apología de la santa pobreza

Esta reina de la pobreza posee un reino en el que nunca hay guerra, sino siempre paz y tranquilidad. Abunda en justicia, porque la causa de la injusticia no está en ella. Las murallas de su ciudad son fuertes, porque el fundamento no está edificado sobre tierra ni sobre arena, que cualquier vientecillo las echa al suelo, sino sobre la piedra viva, Cristo, dulce Jesús, mi unigénito Hijo. En ella hay luz sin tinieblas. Hay fuego sin frío, porque la madre de esta reina de la pobreza es el abismo de una caridad. El ornato de esta ciudad es la piedad de la misericordia, porque ha echado fuera el tirano de la riqueza, que obraba con crueldad. En ella hay benevolencia para con todos los ciudadanos, es decir, hay la caridad del prójimo. En ella hay la perseverancia magnánima junto con la prudencia. Porque no gobierna su ciudad imprudentemente, sino con mucha prudencia y solícita guardia. El alma que se desposa con esta dulce reina de la pobreza se hace señora de todas estas riquezas y no puede serlo de lo uno sin que lo sea de lo otro.

¡Ay si la muerte del apetito de las riquezas se apodera del alma! Entonces se ve separada de aquel bien y se encuentra fuera de la ciudad en suma pobreza; mas, si es leal y fiel a esta esposa, para toda la eternidad le proporciona sus riquezas.

Para apreciar tanta excelencia no hay más que la luz de la fe. Esta esposa reviste a su esposo de pureza, despojándolo de la riqueza, que lo llenaba de inmundicia. Le aparta de las malas conversaciones y le lleva a las buenas. Le quita la mancha de la negligencia, arrojando los cuidados del mundo y de las riquezas. Quita la amargura y deja la dulzura. Corta las espinas y queda la rosa. Vacía el estómago del alma de los malos humores, del amor desordenado, y lo deja ligero. Y después que lo tiene limpio lo llena del manjar de las virtudes, que dan grandísima suavidad. Ella le pone los criados, que son el odio y amor, para que purifiquen el lugar en que tiene que vivir. El odio del vicio y de la propia sensualidad barre el alma, y el amor de las virtudes la adorna. Quita toda zozobra al privarla del amor servil y le da plena seguridad con santo temor.

Todas las virtudes, todas las gracias y placeres y gustos que el alma pueda desear, y más de lo que pueda desear, las encuentra el alma que toma por esposa a esta reina de la pobreza. No teme las intrigas, porque no hay quien le

pueda hacer guerra. No teme el hambre ni la escasez, porque la fe vió y esperó en mí, su Creador, del que procede toda riqueza y providencia con que siempre la alimento y sustento. ¿Se halló jamás un verdadero siervo mío desposado con la pobreza que pereciese de hambre? No por cierto; pero sí ha sucedido que entre los que abundan en riquezas, confiando en ellas y no en mí, los ha habido que perecieron. Jamás entre estos que no perdieron la esperanza, y a los que yo proveo como Padre benigno y piadoso. Y ¡con cuánta alegría y confianza vienen a mí habiendo conocido con la luz de la fe que desde el principio hasta el fin del mundo he tenido, tengo y tendré en todas las cosas espirituales y temporales especial providencia! Permito que sufran ciertamente, como te dije, para hacerles crecer en la fe y en la esperanza y premiarles sus trabajos, pero jamás les faltaré en cosas necesarias. En todas ellas hallan el abismo delicioso de mi providencia, gustan la leche de la divina dulzura, y por esto no temen la amargura de la muerte, sino que con angustiado deseo corren como muertos a su propio sentimiento y al apetito de las riquezas, abrazados con la esposa de la pobreza, enamorados y vivos en mi voluntad, a sufrir calor, frío y desnudez, hambre y sed, baldones y afrentas, y hasta la muerte, con deseo de dar la vida por amor de la Vida, de mí, que soy su vida, y su sangre por amor de la Sangre.

¡Mira a mis pobres, los apóstoles y los gloriosos mártires Pedro, Pablo, Esteban y Lorenzo! Este no parecía estar sobre las ascuas, sino sobre flores de grandísimo deleite. Como si se burlase del tirano, le decía: «Ya estoy asado de esta parte; vuélveme y empieza a comer». Con el fuego grande de la divina caridad apagaba el pequeño fuego de su sensualidad. A Esteban, las piedras le parecían rosas, a causa del amor con el que se había desposado con la verdadera y santa pobreza. Había dejado el mundo para gloria y alabanza de mi Nombre y la había tomado por esposa con la luz de la santísima fe con firme esperanza y obediencia pronta. Obedientes a los mandamientos y a los consejos que les dió mi Verdad, no sólo en espíritu, sino también en la práctica.

Desean la muerte, y la vida les causa disgusto e impaciencia. No por el deseo de huir del trabajo y de la fatiga, sino para unirse conmigo, que soy su fin. Y ¿por qué no temen la muerte, que todo hombre naturalmente teme? Porque la esposa que él ha tomado le ha dado toda seguridad, privándole del amor de sí y de las riquezas. Por esto, con la virtud pisotea el amor natural y recibe esta luz y amor divino, que es sobrenatural. ¿Cómo podrá el que está en este

estado dolerse de su muerte, si desea dejar la vida y le cuesta soportarla cuando ve que se prolonga? ¿Podrá dolerse de dejar las delicias y riquezas del mundo que ha despreciado con toda su alma? No será mucho su sentimiento, pues quien no ama no siente, y más bien se alegra cuando pierde lo que odia. Así que, por cualquier parte que lo consideres, hallas en ellos la paz perfecta, tranquilidad y todo bien. Mientras que en los miserables que poseen con amor desordenado encuentras sumo mal e intolerables penas, aun cuando a veces por fuera las apariencias demostraran lo contrario; pero en verdad es así.

¿Quién no habría juzgado que el pobre Lázaro estuviera en la mayor miseria, y el rico condenado en gran alegría y descanso?[32] Y, sin embargo, ni era ni fué así. Mayor pena sufría aquel rico con sus riquezas que el pobre Lázaro cubierto de lepra. Porque en aquél estaba viva la voluntad sensual, de la que procede toda pena, y en Lázaro estaba muerta. La tenía viva en mí. En el trabajo le daba refrigerio y consolación. Cuando fué echado fuera por los hombres, principalmente por aquel rico condenado, sin ser cuidado ni lavado por ellos, proveía yo que un irracional lamiese sus llagas. Y cuando terminaron sus vidas, veis con la luz de la fe a Lázaro en la vida eterna, y al rico en el infierno.

Así que los ricos viven en tristeza, y mis dulces pobres en alegría. Yo los tengo a mi pecho, dándoles la leche de abundantes consolaciones. Porque lo dejaron todo, lo poseen todo. El Espíritu Santo se hace nodriza de sus almas y de sus cuerpos en cualquier estado que estén. Y aun hago que los animales los provean de diversas maneras según sus necesidades. Para un enfermo solitario haré que otro salga de su celda y vaya a visitarle y socorrerle. Tú misma sabes que muchas veces te sucedió que yo te sacaba de la celda para que atendieses a las necesidades de los que lo necesitaban. Atrás experimentaste en ti misma esta providencia, siendo tú la que eras atendida en alguna necesidad. Cuando faltaba la criatura, no fataba yo, tu Criador. En todas las maneras proveo a vuestras necesidades.

¿De dónde procede, por ejemplo, que el hombre que disfruta de las riquezas, entre tantos regalos del cuerpo, esté siempre enfermizo, y que, en cuanto se desprecia a sí mismo, abrazando la pobreza, teniendo apenas vestido para cubrirse, esté fuerte y sano? Le parece que ya nada le hace daño, ni el frío, ni el calor, ni los manjares groseros. De mi providencia. Ella lo ha tomado a su cuidado, porque lo dejó todo.

---

[32] Lc 16,19 s

Mira, pues, hija muy querida, de cuán gran descanso y deleite gozan estos mis queridos pobrecitos.

§ 14. Conclusión

a) Resumen

[Cap. CLII.] Te he dado una idea, bien pequeña por cierto, de mi providencia para con toda clase de personas, mostrándote cómo desde el principio que creé el primer mundo y este otro mundo en pequeño del hombre, dándole el ser, criándole a imagen y semejanza mía, hasta el último momento, le envuelve mi providencia [33]. Todo lo que ha hecho y hace esta mi providencia es con el fin de procurar vuestra salud, porque yo quiero vuestra santificación. Todo cuanto os doy no tiene más finalidad que ésta.

Esto no lo advierten los hombres perversos del mundo, que se han privado de la luz. Te he dicho que se escandalizan en mí precisamente porque no comprenden. Sin embargo, yo los soporto con paciencia, esperándolos hasta el último momento, procurando siempre socorrer su necesidad, como te dije, a los pecadores como a los justos, en todas las cosas temporales y espirituales. Te he hablado de la imperfección de las riquezas y te he dicho breves palabras de la miseria a que conducen al que las posee con afecto desordenado, y también de la excelencia de la pobreza; de la riqueza que da al alma que la elige por esposa acompañada de la hermana de la humildad. De esta humildad, junto con la obediencia, te hablaré más adelante.

También te he manifestado cuán agradable me es y cuánto amor le tengo y con cuánta providencia atiendo a sus necesidades. Todo te lo he dicho en recomendación de esta virtud y de la santísima fe, con la que llegó a estado tan excelso, para hacerte crecer en la fe y en la esperanza y hacerte llamar a la puerta de mi misericordia. Manténte en la fe viva, que yo cumpliré tu deseo y el de mis siervos si perseveráis firmemente hasta la muerte; pero confórtate y alégrate en mí, que soy tu defensor y consolador.

He aquí satisfechos tus deseos de que te hablara de la providencia con la que yo socorro las necesidades de mis criaturas. Como veis, no desprecio vuestros santos y sinceros deseos».

b) Oración de la Santa

[Cap. CLIII.] Entonces aquella alma, como ebria, enamorada de la santa pobreza, dilataba su corazón en la grandeza suma y eterna. Se sentía transformada en el abismo de aquella providencia suma e inefable. Estando en el cuerpo, se veía

---

33 Los dos mundos son el universo y el «microcosmos» del hombre, hecho en su pequeñez a imagen y semejanza de Dios.

fuera de él por la enajenación y arrebato que en ella había producido el fuego de la caridad divina[34]. Tenía los ojos de su inteligencia fijos en la majestad de Dios y decía al sumo y eterno Padre.

«¡Oh Padre Eterno! ¡Oh fuego y abismo de caridad! ¡Oh eterna Belleza! ¡Oh eterna Sabiduría! ¡Oh eterna Bondad! ¡Oh eterna Clemencia, oh Esperanza, oh Refugio de los pecadores, oh Generosidad inestimable, oh eterno e infinito Bien, oh Loco de amor! ¿Necesitas, acaso, de tu criatura? Sin embargo, así lo parece, porque obras de tal manera como si sin ella no pudieses vivir, siendo así que tú eres vida y que todo tiene vida por ti, y sin ti nada vive. ¿Cómo has enloquecido de esta manera? Te enamoraste de tu hechura, te complaciste y te deleitaste con ella en ti mismo, y quedaste ebrio de su salud. Ella te huye, y tú la vas buscando. Ella se aleja, y tú te acercas. Ya más cerca de ella no podías llegar al vestirte de su humanidad[35]. Y yo, ¿qué diré? Gritaré como Jeremías: *¡Ah, ah!*[36] No sé decir otra cosa; porque la lengua, finita, no puede expresar el afecto del alma que te desea infinitamente. Me parece poder decir las palabras de Pablo: *Ni la lengua puede expresar, ni los oídos oír, ni el ojo ver, ni pensar el corazón lo que vi...*[37] ¿Qué viste? Vi los arcanos de Dios. Pero ¿qué digo? Nada puedo decir, porque los sentidos son torpes[38]. Diré solamente que mi alma ha gustado y ha visto el abismo de la suma y eterna Providencia.

Te doy gracias, sumo y eterno Padre, por la bondad desmesurada que me has manifestado a mí, miserable e indigna de toda gracia...

---

31 En la última carta escrita por la Santa al Beato Raimundo de Capua, de hija y de madre a la vez; de humilde dirigida, por una parte, y de prudente y madura consejera, por otra, intenta explicar este estar «fuera del cuerpo», distinto de aquella vez en la que *realmente* creyó «haber muerto». «... me pareció como si el alma hubiese abandonado el cuerpo, pues en aquel momento mi alma gustó el bien y la felicidad de los inmortales, gozándolo en su compañía... Me parecía no estar en el cuerpo, pues veía mi cuerpo como si fuese de otro... Me percaté de no poder mover la lengua ni ningún otro miembro, como si fuese un cuerpo sin vida. Dejé, pues, el cuerpo como estaba, y la inteligencia estaba fija en el abismo de la Trinidad. La memoria, llena del recuerdo de las necesidades de la santa Iglesia y de todo el pueblo cristiano, y gritaba en su presencia...» (V, 314).

35 Transida toda ella de la luz y del fuego de Dios, las palabras de Catalina brotan con un ardor y una vehemencia y una autenticidad sobrecogedoras. Desnudas de todo artificio literario, llevan el signo supremo de la belleza y de la poesía: esta íntima y alta poesía del Amor estremeciendo todas las fibras de un corazón de barro.

36 Ier. 1,6.

37 1 Cor. 2,9 y 2 Cor. 12,4.

38 Experimenta la Santa la torturante impotencia de la expresión que debería encerrar toda la luz que le arde y le abrasa dentro. *Arcana Dei:* lo *oculto* de Dios, el *abismo* de su providencia...

P A R T E V

De la obediencia. Apéndice

SUMARIO

A las cuatro peticiones iniciales añade la Santa en el curso del Diálogo *no sólo alguna petición que se refiere a la ampliación de puntos doctrinales levemente esbozados, como son las enseñanzas complementarias al fin de la segunda parte, sino que cuando, según el esquema inicial, debería cerrarse el* Diálogo, *por haber satisfecho Dios aquellas cuatro peticiones, insiste Santa Catalina en una quinta petición sobre un punto sólo muy incidentalmente tratado en la descripción del estado de los religiosos inobservantes, en la tercera parte, sobre la reforma de la santa Iglesia: la obediencia.*

Puede considerarse en la construcción del libro como un apéndice, aunque tanto en la doctrina, forma literaria, etc., forma evidentemente un todo con las partes precedentes.

El tema de la obediencia se desarrolla así:

I. Origen de la obediencia; *la de Jesucristo, impuesta por el Padre. Toda obediencia arranca de ésta.*

II. La obediencia común *de los mandamientos. Sin este freno van los hombres de pecado en pecado.*

III. Por amor a Dios, algunos se ligan a una especial obediencia *en la vida religiosa o fuera de ella. Por ella llegan a la perfección, que no consiste, sin embargo, en el hecho de entrar en la vida religiosa, sino en practicar en ella las virtudes. El obediente todo lo tiene en su orden, pues el Espíritu Santo inspiró a los fundadores la constitución de cada orden según el espíritu propio. Las Ordenes de Santo Domingo y San Francisco.*

IV. Los religiosos frente a la obediencia.

a) Los obedientes. *La humildad, disposición previa del verdadero obediente. La fe le hace descubrir los males que le vendrían de la desobediencia. Señorea su sensualidad y descubre a sus enemigos.*

Virtudes del obediente. Recibe de Dios el ciento por uno.

b) Los desobedientes. *Males que les sobrevienen. Arbol con frutos de muerte. Evitan la vida común. Males en esta vida y en la otra.*

c) Los tibios en la obediencia. *Cómo salir de esta tibieza. Himno a la virtud de la obediencia, que es una apología escondida de esta virtud, y exhortación a practicarla.*

V. La práctica de la obediencia fuera de la vida religiosa. *El mérito, sin embargo, lo mide Dios por el amor con que se obedece. Cuánto agrada a Dios esta virtud. Ejemplos de la* Vita Patrum.

Un resumen parcial ha ido recapitulando invariablemente los puntos de doctrina principales a lo largo del libro. Al cerrarse éste, siguiendo el mismo método, un resumen general da una visión de conjunto.

La acción de gracias de Santa Catalina, que también ha ido intercalándose en las pausas normales del Diálogo, *coloca, en las páginas que cierran el libro, acentos de nuevo ardor, de fuego acumulado de desbordante caridad.*

INTRODUCCION

Petición de la Santa y respuesta de Dios

Mas, porque veo que cumples los santos deseos y tu Verdad no puede mentir, deseo que me hables todavía de la virtud de la obediencia y de su excelencia, como tú, Padre Eterno, me lo prometiste, para que me enamore de esta virtud y jamás de la obediencia me aparte. Quiera tu Bondad infinita hablarme de su perfección, en dónde la puedo encontrar, qué me la puede quitar y qué puede darme la señal clara de que la poseo o estoy desprovista de ella.

[Cap. CLIV.] Entonces, el sumo, eterno y piadoso Padre volvió los ojos de su misericordia y clemencia hacia ella y decía:

«¡Oh queridísima y dulcísima hija! Los santos deseos y las peticiones justas deben ser oídas. Por esto yo, Suma Verdad, cumpliré la promesa que te hice y satisfaré tu deseo. Me preguntas: ¿En dónde encontraré la obediencia? ¿Cuál es la causa de perderla y la señal de tenerla o no? [1]

[1] «No recuerdo haber desobedecido nunca», manifestó Santa Catalina al fraile que le asistía en sus últimos momentos (BEATO RAIMUN-

CAPITULO I

El origen de la virtud de la obediencia está en Jesucristo

Yo te respondo que la hallarás cumplidamente en el dulce y amoroso Verbo, mi Hijo unigénito. Fué tan pronta en El esta virtud, que para cumplirla corrió a la afrentosa muerte de la cruz [2]. ¿Quién te la puede quitar? Fíjate en el primer hombre y verás lo que le impidió cumplir la obediencia impuesta por mí, Padre Eterno: la soberbia, nacida del amor propio y producida por la complacencia de su compañera [2a]. Esta fué la causa que le hizo perder la perfección de la obediencia y le dió la desobediencia. Por esto le quité la vida de la gracia y le di la muerte; perdió la inocencia y cayó en la inmundicia y en gran miseria. Y no sólo él, sino que en ellos cayó todo el género humano, como te dije.

La señal de que posees esta virtud es la paciencia. Por el contrario, la impaciencia te demuestra que no la tienes.

A medida que te hable de esta virtud, verás que ciertamente es así, pero atiende; la obediencia se observa de dos maneras. Una es más perfecta que la otra, aunque no están separadas, sino unidas, como te dije hablando de los mandamientos y de los consejos. Una es buena y perfecta y la otra es muy perfecta. Nadie puede llegar a la vida eterna sino obedeciendo, y sin la obediencia nadie entrará en ella, porque su puerta fué abierta con la llave de la obediencia y cerrada con la desobediencia de Adán. Yo, movido de mi bondad infinita, viendo que el hombre, al que tanto amaba, no volvía a mí, que soy su fin, tomé la llave de la obedien-

---

DO DE CAPUA, l. 1, c. 9, n. 80, p. 115: en ALVAREZ, p. 51). La decisión y energía de su recia personalidad, esta «virilidad» que tanto recomendaba y que distingue su perfil espiritual de modo tan inconfundible, podría hacer pensar en una conducta independiente en sus iniciativas y en todo su modo de ser. Como «mantellata», tenía una priora y un director, que venía a ser el maestro, y además quiso someterse perfectamente al confesor durante toda su vida. Es el mejor preámbulo y su mejor recomendación al empezar a hablar de la obediencia. En la *Carta* 84, *a los frailes de Monte Olivete*, se encuentra un esquema elemental de toda esta interesante parte del *Diálogo* (II, 66-79).

[2] Recordamos la idea—fundamental en esta última parte—, aparecida repetidamente a lo largo del *Diálogo:* toda la obra de la redención constituye la *obediencia* impuesta por el Padre a Jesucristo. Idea estrictamente evangélica: *No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió* (Io. 6,38); *Yo hago siempre lo que a El le agrada* (Io. 8,29); *Mi comida es hacer la voluntad del Padre* (Io. 4,34).

[2a] Los artículos 1 y 2 de la cuestión 163 de la 2-2 contienen la sólida demostración dogmática de lo que afirma aquí Santa Catalina: la causa del primer pecado fué la soberbia, que condujo a Adán a la desobediencia.

cia y la puse en manos de mi dulce y amoroso Verbo, mi Verdad, y El, como portero, abrió las puertas del cielo. Sin esta llave y sin este portero, que es Verdad mía, nadie puede entrar. Por esto dijo El en el santo Evangelio: *Nadie puede venir a mi Padre sino por mí* [3]. Os dejó esta dulce llave de la obediencia cuando volvió a mí triunfante en el cielo, abandonando el trato de los hombres, el día de la Ascensión. Como sabes, la dejó a su vicario, Cristo en la tierra, al que todos estáis obligados a obedecer hasta la muerte. El que está fuera de su obediencia, está en estado de condenación, como te dije en otro lugar.

Quiero ahora que veas y conozcas esta excelentísima virtud en el humilde e inmaculado Cordero y de dónde procede. ¿Por qué fué tan obediente este Verbo? Por el amor que tuvo a mi honra y a vuestra salud. ¿De dónde procedía este amor en El? De la luz de la clara visión con la que su alma veía deslumbrantemente la esencia divina y la Trinidad eterna, y así me veía siempre a mí, Dios Eterno. Esta visión obraba en El aquella fidelidad perfectísima que en vosotros, aunque imperfectamente, obra la luz de la santísima fe. El fué fiel a mí, su Padre Eterno, y por esto corrió con luz gloriosa, como enamorado, por el camino de la obediencia.

Pero el amor nunca va solo, sino acompañado siempre del cortejo de todas las demás virtudes verdaderas y operantes, ya que todas tienen vida por la caridad, aunque en Jesucristo estuviesen las virtudes en grado muy superior al vuestro. Entre estas virtudes está la paciencia, meollo de la caridad y clara señal de que el alma está en gracia y me ama de verdad. La madre de la caridad le ha dado por hermana a la virtud de la obediencia. Obediencia y paciencia van siempre unidas entre sí, pues no se pierde nunca la una sin perder la otra. O las tienes ambas o no tienes ninguna.

La obediencia tiene una nodriza: la humildad [4]. Es obediente el que es humilde, y humilde en la medida en que es obediente. Esta humildad es nodriza y sostenedora de la caridad. Su propia leche alimenta la virtud de la obediencia. El vestido que le da esta nodriza es el desprecio de sí misma, los oprobios, escarnios, ultrajes, dispuesto de sí mismo y deseo de agradarme. ¿En dónde encuentra este vestido? En Cristo, dulce Jesús, Hijo mío unigénito. ¿Quién se abatió más que El, que estuvo lleno de oprobios, burlas y afrentas? Se despreció a sí mismo para agradarme a mí.

---

[3] Io. 14,6.

[4] «¡Animo, hijos míos! Obedientes hasta la muerte con virtudes reales y verdaderas. Pensad que, cuando más humildes seáis, seréis más obedientes, y que de la obediencia nace la humildad, y de la humildad, la obediencia, y ambas nacen del canal de la ardentísima caridad. Esta, a su vez, del costado de Cristo crucificado» (*Carta* 36, *a unos novicios de la Orden de Santa María*, I, 208).

Y ¿quién fué más paciente que El? Ni un grito ni una queja. Con toda paciencia abrazó las injurias y como un enamorado llevó a perfecto cumplimiento la obediencia que yo, su Padre, le había impuesto.

En El, pues, la encontraréis cumplidamente. El os dejó esta regla y doctrina, que primero observó en sí mismo. Ella os da la vida, porque es el camino. El camino es El; por esto dijo que El era *camino, verdad y vida*[5] y que quien andaba por ella, andaba en la luz. Quien anda en la luz, no puede tropezar ni ser herido sin que él se dé cuenta, porque ha quitado de sí las tinieblas del amor propio, por las que caía en la desobediencia, que es su compañera. Pues, como te he dicho, la compañera y la fuente de la obediencia es la humildad. Así te dije y te digo ahora que la desobediencia procede de la soberbia, que nace del amor propio de sí mismo, privándose de la humildad.

La hermana dada por el amor propio a la desobediencia es la impaciencia y la misma soberbia la alimenta; con tinieblas de infidelidad corre por el camino tenebroso, que le da muerte eterna.

Todos[5 bis] debéis leer en este glorioso libro, donde encontraréis escrita esta y toda otra virtud[6].

---

[5] Io. 14,6.

[5 bis] «*Todos* debéis leer en este libro». Y los superiores, ¿a quién deben obedecer y cómo pueden imitar a Cristo crucificado en la práctica de la virtud de la obediencia, cuyo encendido elogio hace la Santa en toda esta parte? «*Mandar es obedecer a Dios,* sobrellevando el peso del cargo que El impone...» (*Carta* 30, *a la abadesa del monasterio de Santa Marta,* I, 172). «*Tú, abadesa, obediente a la Orden;* vosotras, súbditas, obedientes a la orden y a vuestra abadesa» (*Carta* 75, *al monasterio de San Cayo,* II, 9). Con buena formación tomista, señala una norma objetiva, a la que el superior, venciendo gustos, caprichos, sentimientos e intereses personales, deberá someter su juicio y su mandato con espíritu sobrenatural y por amor: la gloria de Dios, la santidad de las almas por los cauces del espíritu de la orden...

[6] Aparecida una vez la figura de Jesucristo-*libro,* quien conozca el estilo de Santa Catalina, puede tener la seguridad que en alguna otra ocasión habrá de reaparecer desarrollada y ampliada. Más quizá: puede ser la afirmación escueta, incidental, de lo que a lo largo de su epistolario precedente habría sido aplicado y explicado con profusión. «Verdaderamente (el crucifijo) es como un libro escrito, en el cual cualquiera, aún ignorante y ciega, puede leer. Su primer párrafo es odio y amor; amor a la gloria del Padre y odio del pecado» (*Carta* 225, *a Fr. Lazzarino de Pisa,* III, 381).

«Nos ha dado (el Padre) el libro escrito, el Verbo, Hijo de Dios, que fué escrito sobre el leño de la cruz, no con tinta, sino con sangre, con los párrafos de las dulcísimas y sacratísimas llagas de Cristo. ¿Quién será el idiota torpe de tan poco entendimiento que no lo sepa leer?» (*Carta* 309, *a Juan de Parma,* IV, 363). El tema de Jesucristo-libro no podía ser más oportuno. Este joven había consultado a la Santa acerca de cierto libro cuya lectura le había turbado. Burlamacchi supone que se trata de alguno de los muchos de Ramón Lull que por aquel tiempo había hecho examinar Gregorio XI (FERRETTI, IV, 367). La Santa le dice: «Estoy segura que, si leéis en este dulce libro, este otro, que tanto os ha turbado, no os proporcionará pena alguna».

CAPITULO II

De la obediencia común de los mandamientos

[Cap. CLV.] Después que te he mostrado dónde puedes hallar esta virtud de la obediencia, de dónde viene, cuál es su compañera y quién la alimenta, te hablaré de los obedientes y de los desobedientes a la vez, de la obediencia en general y particular; es decir, de la de los mandamientos y la de los consejos.

Toda vuestra fe está fundada en la obediencia, pues en ella demostráis si sois fieles o no. Mi Verdad os ha impuesto a todos de un modo general los mandamientos de la ley. El principal es amarme a mí sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos. Estos mandamientos están tan trabados entre sí, que no se puede observar uno sin que se observen todos, ni quebrantar uno solo que no dejen de cumplirse todos. El que observa estos dos, observa todos los demás. Es fiel a mí y a su prójimo. Me ama a mí y tiene la caridad de mi criatura. Por esto es obediente, se hace súbdito de los mandamientos de la ley y de las criaturas por mí. Sufre con humildad y paciencia todo trabajo y detracción del prójimo.

§ 1. La obediencia es llave con que Jesucristo abrió la puerta del cielo. Sólo con ella podrán abrirla los seguidores de Jesucristo

Es tan grande la excelencia de esta obediencia, que por ella habéis recibido todos la gracia, de la misma manera que por la desobediencia os ha venido a todos la muerte. Pero no bastaría que ella estuviese sólo en el Verbo y no en vosotros. Ya te dije que era una llave que abría el cielo y que esta llave la puso en las manos de su vicario. Este vicario la pone en manos de cada uno recibido el santo bautismo, en el que promete renunciar al demonio, al mundo, a sus pompas y placeres. Cuando promete obedecer, recibe la llave [7] de la obediencia, de modo que cada uno en particular la tiene y es la misma llave del Verbo.

Si el hombre no se deja conducir por la luz de la fe y por la mano del amor hasta abrir con esta llave la puerta del cielo, jamás entrará dentro a pesar de haber sido abierta por el Verbo. Os creé ciertamente sin vosotros, que no me lo

[7] Otra metáfora, desarrollada y enriquecida a continuación con elementos muy femeninos algunos de ellos—la llave atada al cordón ciñendo al cuerpo—y originales todos.

pedisteis, y os amé antes que fueseis, pero no os salvaré sin vosotros.

Te conviene, pues, llevar en la mano esta llave, andar y no sentarte. Andar por el camino y doctrina de mi Verdad y no sentarte, poniendo tu afecto en la cosa finita, como hacen los hombres necios, que siguen al hombre viejo, su primer padre, y hacen lo que él hizo, que arrojó la llave de la obediencia al lodo de la inmundicia, machacándola con el martillo de la soberbia y dejándola enmohecer con el orín del amor propio. Mas vino el Verbo, mi unigénito Hijo. Tomó en su mano esta llave de la obediencia y la purificó en el fuego de la divina caridad. La sacó del lodo lavándola con su sangre. La enderezó con el cuchillo de la justicia, batiendo vuestras maldades sobre el yunque de su propio cuerpo. La forjó de nuevo tan perfectamente, que, siempre que el hombre la eche a perder por su libre albedrío, mediante mi gracia y con estos mismos instrumentos la puede reparar.

¡Oh hombre ciego, doblemente ciego, que después que has echado a perder la llave de la obediencia no te cuidas de repararla! ¿Crees, acaso, que la desobediencia, que te cerró el cielo, te lo va a abrir? ¿Crees que la soberbia, que cayó de allí, te subirá a él? ¿Crees poder ir a las bodas con el vestido desgarrado y sucio? ¿Piensas andar quedándote sentado y estando atado con los lazos del pecado mortal y poder abrir la puerta del cielo sin su llave? Ni lo imagines siquiera, que te engañarías. Es necesario que te desates. Sal del pecado mortal por la santa confesión, contrición de corazón, satisfacción y propósito de no ofenderme más. Entonces te despojarás del vestido feo y sucio, correrás con el vestido nupcial, con la luz y con la llave de la obediencia en la mano, a abrir la puerta. Ata, ata esta llave con el cordón de la virtud y desprecio de ti y del mundo. Atala al agrado de mí, tu Creador, del que debes hacer como un cíngulo y ceñirte con él para que no la pierdas.

Debes saber, hija mía, que son muchos los que toman esta llave de la obediencia. A la luz de la fe han visto que no pueden de otra manera escapar de la condenación eterna. Pero la llevan de la mano, sin el cíngulo ceñido y sin el cordón atado a él; es decir, no se visten perfectamente del deseo de agradarme, sino que más bien buscan agradarse a sí mismos. No le han atado el cordón de la humildad deseando ser despreciados. Más bien se deleitan en las alabanzas de los hombres. Estos están expuestos a perder la llave. Basta que sobrevenga un pequeño trabajo o una tribulación espiritual o corporal. Si no tienen mucho cuidado, muchas veces, al aflojar la mano del santo deseo, la per-

derán. Cierto que mientras vivan, si quieren, la pueden reencontrar; mas, si no quieren, no la encontrarán jamás. ¿Quién les dará a entender que la han perdido? La impaciencia, porque la paciencia iba unida con la obediencia. Al no ser pacientes, demuestra que la obediencia no está ya en el alma.

¡Cuán dulce y gloriosa es esta virtud, en la que están todas las demás! La caridad la ha concebido y la ha dado a luz. En ella está fundada la piedra de la santísima fe. Es como una reina, y quien la tiene por esposa, no siente ni experimenta mal alguno, antes bien disfruta de una paz y de una quietud inalterables. No pueden dañarle las olas del mar tempestuoso, porque no llegan al meollo del alma. No siente odio cuando le injurian, porque quiere obedecer y sabe que se le manda perdonar. No sufre con que no se realicen sus deseos, porque la obediencia la ha ordenado a desearme exclusivamente a mí, que puedo y sé y quiero satisfacer sus deseos. Le ha despojado de las alegrías del mundo. Y así en todas las cosas, que sería interminable enumerar, encuentra paz y sosiego por haber tomado por esposa a esta reina de la obediencia que yo le di como llave.

¡Oh obediencia, que navegas sin trabajo y llegas sin peligro al puerto de la salud! Tú te conformas con el Verbo de mi Hijo unigénito. Subes a la nave de la santísima cruz dispuesta a sufrir antes que quebrantar la obediencia del Verbo y apartarte de su doctrina. Te haces de ella una mesa, en la que comes el alimento de las almas, permaneciendo en la caridad del prójimo. Tú estás ungida con la verdadera humildad, y por esto no apeteces los bienes del prójimo fuera de mi voluntad. Eres recta, sin doblez, porque haces recto el corazón y no fingido, amando con sinceridad y no fingidamente a mis criaturas. Eres una aurora que trae consigo la luz de la divina gracia. Eres sol que calienta, porque jamás estás sin el calor de la caridad. Tú haces germinar la tierra, haciendo que produzca sus frutos para sí y para el prójimo los instrumentos de las potencias del alma y los sentidos del cuerpo. Eres toda alegre, porque no turba tu semblante la impaciencia, sino que lo tienes siempre afable por la paciencia, siempre serena por la fortaleza. Eres grande con perseverancia magnánima y en tu grandeza llegas del cielo a la tierra, porque con ella se abre el cielo. Tú eres una perla escondida, ignorada, pisoteada por el mundo, que te abates a ti misma y te sometes a las criaturas. Tan grande es tu poderío, que nadie puede enseñorearse de ti, porque has salido de la podredumbre mortal de la propia sensualidad, que te quitaba tu dignidad. Muerto este

enemigo por el odio y desagrado del propio merecer, recobraste la libertad.

§ 2. Sin el freno de la obediencia, los hombres van de pecado en pecado

[Cap. CLVI.] Te digo, mi querida hija, que todas estas cosas ha hecho mi bondad y providencia, que hizo que el Verbo compusiese, como queda dicho, esta llave de esta obediencia. Mas los hombres por desgracia, privados de toda virtud, hacen todo lo contrario.

Como animales desenfrenados, sin el freno de la obediencia corren de mal en peor, de pecado en pecado, de miseria en miseria, de tiniebla en tiniebla y de muerte en muerte, hasta que llegan al abismo final de la muerte con el gusano de la conciencia, que los atormenta continuamente. Ciertamente pueden someterse de nuevo a la obediencia; pueden de nuevo querer obedecer a los mandamientos de la ley, aprovechar el tiempo y arrepentirse de su pasada desobediencia. Esto, sin embargo, les resulta muy difícil por la larga costumbre de pecar, y, aunque puedan, que nadie se fíe y demore el tomar esta llave de la obediencia hasta el momento de la muerte. Todos deben esperar mientras disponen del tiempo, pero no deben fiarse de que lo tengan para enmendar su vida.

¿Cuál es la causa de tantos males y de tanta ceguera de estos que no conocen este tesoro? La nube del amor propio y de la soberbia miserable, por las que se han apartado de la obediencia y caído en la desobediencia. No siendo obedientes, no son pacientes, como he dicho, y en la impaciencia sufren penas intolerables. La desobediencia los ha puesto fuera del camino de la verdad y los lleva por el camino de la mentira. Los hace esclavos y amigos del demonio, y con él, si no se corrigen, por su desobediencia irán al eterno suplicio. Los hijos queridos observadores de la ley y obedientes, por el contrario, gozan y exultan en mi eterna visión con el humilde e inmaculado Cordero, Hacedor, Cumplidor y Dador de la ley.

Observándola, en esta vida han pregustado ya la paz y en la otra reciben la par perfectísima de la que se visten. Donde hay paz no hay guerra. Hay todo bien sin mal alguno, seguridad sin ningún temor, riqueza sin pobreza, saciedad sin hastío, hambre sin pena, luz sin tinieblas. Un bien infinito y no finito, participado juntamente con todos los que ya gustan de él.

¿Quién le ha llevado a tanto bien? La sangre del Cordero, por cuya virtud la llave de la obediencia pierde el orín a fin de que pueda abrir la puerta. La obediencia, en

virtud de la Sangre, es la que te abre esta puerta. ¡Oh necios y locos! No tardéis más en salir del lodo de las inmundicias; no hagáis como el cerdo, que se revuelve en el lodo. Vosotros lo hacéis en el lodo de la carnalidad.

Dejad las injusticias, homicidios, odios y rencores; detracciones, murmuraciones, juicios y crueldad para con vuestro prójimo; hurtos y traiciones con placeres y deleites desordenados del mundo. Cortad los cuernos de la soberbia, apagando el odio que tenéis en el corazón para con el que os injurió. Cotejad las injurias que me hacéis a mí y a vuestro prójimo con las que se os hacen a vosotros, y hallaréis que, en comparación de las que me hacéis a mí y al prójimo, son nada las que recibís. Bien veis que, perseverando en el odio, me ofendéis a mí, porque quebrantáis mi mandamiento y hacéis injuria al prójimo, privándole de la caridad. Se os mandó que me amarais a mí sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos.

¿Hay alguna glosa que enseñe: Si él te injuria, no le ames? No. Es claro y terminante el mandamiento que os dió mi Verdad, y que El observó y cumplió terminantemente. De esta misma manera debéis observarlo vosotros, pues al no observarlo os dañáis a vosotros mismos, hacéis injuria a vuestra alma, privándola de la vida de la gracia.

Tomad, pues, tomad la llave de la obediencia con la luz de la fe. No andéis más con tanta ceguera y frialdad, antes con fuego de amor perseverad en esta obediencia, para que, junto con los verdaderos observadores de la ley, gustéis la vida eterna.

CAPITULO III

Obediencia especial a la que por amor a Dios se ligan los que quieren servirle mejor

[Cap. CLVII.] Hay algunos, queridísima hija, que ponen todo su esfuerzo en atizar el dulce y amoroso fuego de amor de esta obediencia y del odio de la sensualidad que siempre la acompaña. Este odio y este amor aumentan en ellos hasta no contentarse con la obediencia común a los mandamientos de la ley, sino que quieren someterse a la obediencia particular, que lleva a la gran perfección. Estos se hacen observantes de los consejos en espíritu y de hecho. Desean, para matar en todo su propia voluntad, atarse más corto. Y se atan al yugo de la obediencia en el estado religioso, o fuera del estado religioso se atan a alguna criatura, sometiéndole

su voluntad para ir más expeditos al cielo. Estos son los que te dije que elegían la obediencia más perfecta.

Te he hablado de la obediencia general. Mas, como sé que deseas que te hable de esta obediencia más particular y perfecta, voy a hablarte de ella. Sin embargo, no se sale de la primera, la perfecciona. Te he dicho ya que están tan unidas entre sí, que no pueden separarse. Te dije dónde se encuentra y de dónde procede la obediencia común y qué nos priva de ella. Voy a hablarte de la obediencia particular siguiendo el mismo orden.

§ 1. Por esta obediencia llegan a la perfección, que no está en el hecho de entrar en la vida religiosa, sino en practicar en ella las virtudes

[Cap. CLVIII.] El alma que con amor ha tomado el yugo de la obediencia de los mandamientos, siguiendo la doctrina de mi Verdad, ejercitándose en esta virtud general de la obediencia, llegará a la segunda con aquella misma luz de fe que llegó a la primera. Porque con la luz de la santísima fe conocerá en la sangre de mi humilde Cordero, mi Verdad, el amor inefable que le tengo, su propia fragilidad, que no corresponde a este amor con la perfección que debía.

Con esta luz va buscando de qué manera y en qué lugar podría pagarme mejor su deuda y pisotear su propia fragilidad y matar la voluntad; considerándolo a la luz de la fe, ha encontrado el lugar, es decir, el estado religioso, obra del Espíritu Santo, ofrecido como una nave a las almas que quieren correr a esta perfección y conducirlas al puerto de salud [8]. El patrón de esta nave es el mismo Espíritu Santo, que jamás falta, por muchos que sean los pecados de los súbditos religiosos transgresores de las reglas de su orden. Este no hará tropezar la nave. Es él el que tropieza. Es verdad que puede fluctuar alguna vez por los pecados del que lleva el timón, es decir, de los malos y miserables pastores, prelados, puestos por el patrón de esta nave. Es tan agradable esta nave, que tu lengua no es capaz de decirlo.

Digo, pues, que esta alma, una vez que el fuego de su deseo ha crecido y por el odio santo, a la luz de la fe, ha encontrado el lugar, el alma penetra en esta nave. En ella está como muerto [9], si es un verdadero obediente, es decir,

[8] «No podrías navegar en el mar tempestuoso de esta tenebrosa vida sin la nave de la santa obediencia, en la que has entrado. Sin ella no llegarías al puerto de la vida duradera, donde has de unirte con el Esposo eterno... Levanta el palo de la santísima cruz con la vela de su obediencia...» (*Carta* 220, *a sor Magdalena de Aleja,* III, 357).

[9] *Perinde ac cadaver.* Tenemos información—dice San Ignacio de Loyola al P. Antonio Soldevila— que V. R. guarda mal la promesa que hizo... de obedecer como una cosa muerta...» (carta 144: BAC. *Obras completas,* en un solo tomo, p. 941). «La obediencia es un holocausto en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, se ofrece en el

si ha observado perfectamente la obediencia general. Y si en ella entra imperfecto, no quiere decir que no pueda llegar a la perfección; al contrario, llegará a ella si se ejercita en la virtud de la obediencia. Más todavía: la mayor parte de los que entran son imperfectos. Unos entran precisamente para perfeccionarse. Otros, por ligereza infantil. Otros, por temor, por presiones o inducidos por halagos. Todo está en que luego se ejerciten en la virtud y perseveren hasta la muerte. No se les puede juzgar por el hecho de entrar, sino por su perseverancia. Muchos parecían perfectos cuando entraron en su orden, pero volvieron la cabeza atrás y permanecieron en la orden con mucha imperfección. De modo que no se los debe juzgar por el hecho y el modo de entrar en la nave—esto depende de mí, que llamo de muy distintas maneras—, sino sólo por el afecto del que persevera en ella verdaderamente obediente.

§ 2. El religioso obediente lo tiene todo en su orden, que es como una nave provista de todo

Esta nave es rica. No tiene que preocuparse el súbdito de lo que pueda faltarle ni en cuanto a lo espiritual ni en cuanto a lo temporal. Si él es verdadero obediente y observador de la orden, por él proveerá el Patrón, que es el Espíritu Santo. Como sabes y te dije hablándote de mi providencia, mis siervos, aunque sean pobres, no son mendigos. Así éstos, pues los socorro en sus necesidades. Bien lo experimentaban y experimentan los que eran y son observadores de su orden. Por esto veis que, en los tiempos en que las órdenes florecían con flores de virtud, con verdadera pobreza y caridad fraterna, jamás les faltó nada en lo temporal. Tenían más de lo que su necesidad requería. Pero, porque en ellas ha entrado la fetidez del amor propio, viviendo cada uno por sí, y falta la obediencia, viene a faltarles hasta lo necesario. Y cuanto más poseen, más miserables son. Justa cosa es que hasta en las cosas más pequeñas experimenten qué fruto les da la desobediencia. Si fueran obedientes, observarían el voto de la pobreza, no tendrían nada propio ni vivirían cada uno por su cuenta.

§ 3. El Espíritu Santo inspiró la constitución de cada orden según el espíritu propio de sus fundadores

En esta nave se encuentra el tesoro de las santas reglas, establecidas con tanta sabiduría y tanta luz por los que fueron hechos templos del Espíritu Santo. Considera a Benito con cuánta discreción organizó su Orden. Considera

fuego de la caridad a su Criador y Señor..., pues es una resignación entera de sí mismo por la cual se desposee de sí todo...» (SAN IGNACIO, *Carta* 83, *a los PP. y HH. de Portugal:* ibid., p. 838).

a Francisco con qué perfección, con qué perfume de pobreza, con qué virtud ordenó la nave de la suya. Cómo la supo dirigir por el camino de la alta perfección. Es cierto que fué él el primero en practicarla, dándoles a sus hijos por esposa la verdadera y santa pobreza, que primero había tomado para sí abrazándose con la humildad. Menospreciándose a sí mismo, no deseaba agradar a ninguna criatura al margen de mi voluntad, sino más bien deseaba ser despreciado por el mundo. Maceraba su cuerpo y mataba su voluntad. Se vestía de los oprobios, penas y vituperios por amor del dulce Cordero, con el cual se había unido y clavado, por afecto de amor, sobre la cruz. Tanto que por singular gracia aparecieron en su cuerpo las llagas de mi Verdad, dejando traslucir en el vaso del cuerpo lo que llevaba en el afecto de su alma. De este modo les abrió el camino.

a) El espíritu de San Francisco en su fundación

Pero me dirás: ¿No se fundaron acaso todas las otras órdenes religiosas sobre este mismo fundamento de la pobreza? Sí, pero no es la pobreza lo principal en todas ellas, aunque todas estén fundadas en ella [10]. Sucede en esto como en las virtudes. Todas tienen vida por la caridad, y, sin embargo, como en otra parte te dije, una es más propia de uno y otra de otro a pesar de poseerlas todas en la caridad. Lo que es propio de Francisco, pobre, es la verdadera pobreza. De ella hizo su amor la pieza principal de su nave, en la que hizo reinar una disciplina severa de gente perfecta y no común. Quería pocos y buenos. Pocos, digo, porque no son muchos los que eligen esta perfección. Mas por sus defectos, he aquí que su número se ha aumentado y han disminuído sus virtudes. No por culpa de la nave, sino por culpa de los súbditos desobedientes y de los malos superiores.

b) El espíritu de la Orden de Santo Domingo

Considera ahora la nave de tu Padre Domingo, querido hijo mío, y verás cómo dispuso la suya con orden perfecto y no quiso que atendieran a otra cosa más que a mi honor y a la salud de las almas con la luz de la ciencia. ¡Quiso que esta antorcha fuese el principio de su acción, sin renunciar a la pobreza verdadera y voluntaria! La tuvo por el contrario, y en señal de que la tenía y le desagradaba lo contrario dejó en testamento a sus hijos la herencia de su maldición si llegan a poseer o fuesen dueños de alguna cosa en particular o en co-

10 El fundamento común a todas las familias religiosas no desdibuja el perfil peculiar impreso por sus fundadores, guiados por el Espíritu Santo.

mún, como prueba de que había escogido por esposa suya la reina de la pobreza.

Pero tomó la luz de la ciencia como objeto más propio suyo para extirpar los errores que se habían levantado en aquel tiempo. Tomó el oficio del Verbo, mi unigénito Hijo. Realmente, parecía un apóstol sembrando en el mundo la verdad y la luz de mi palabra. ahuyentando las tinieblas y trayendo la luz. Fué una luz que yo di al mundo por medio de María. Lo puse en el Cuerpo místico de la santa Iglesia para extirpar las herejías.

¿Por qué dije «por medio de María»? Porque María le dió el hábito [11]. Fué mi bondad la que puso en las manos de ella este encargo. ¿Sobre qué mesa hace comer a sus hijos esta luz de la ciencia? En la mesa de la cruz. Sobre la cruz está preparada la mesa del santo deseo, en la que se comen las almas para honra mía. No quiso que sus hijos se ocuparan de otra cosa más que de estar sobre esta mesa, de buscar con la luz de la ciencia sólo la gloria y alabanza de mi Nombre y la salvación de las almas. Y para que no se preocupen de otra cosa les quitó el cuidado de las cosas temporales y quiso que fueran pobres. Jamás le faltó la fe temiendo alguna vez que les faltara lo necesario, porque estaba revestido de la fe y con firme esperanza confiaba en mi providencia.

Quiere que sean obedientes y hagan lo que tienen que hacer. Y, porque el vivir en torpezas ofusca los ojos de la inteligencia y hasta a veces debilita la vista corporal. no quiso que les faltara esta luz y se vieran impedidos en la adquisición de la luz perfecta de la ciencia. Por esto les impuso el tercer voto, de la continencia, y quiso que todos lo observaran con estricta obediencia. Es cierto que hoy en día este voto se observa mal y que hasta la luz de la ciencia convierten en tinieblas con las tinieblas de su soberbia. No que esta luz en sí pueda obscurecerse; son sus almas las que están en tinieblas.

Donde hay soberbia no puede haber obediencia, y ya te dije que el hombre es humilde en cuanto es obediente, y obediente en cuanto es humilde. Y en cuanto quebranta el voto de la obediencia, rara vez dejará de quebrantar el de la continencia y el de la pobreza.

---

[11] Alude aquí Santa Catalina a la visión que dió origen al actual hábito de la Orden de Predicadores. Reginaldo de Orleáns, gravemente enfermo, fué curado milagrosamente por la Virgen, quien en su aparición le mostró la forma y color del hábito para la Orden.

«En medio de los ardores de la calentura, la Reina del cielo y Madre de misericordia, siempre Virgen María, se le apareció visiblemente y, ungiendo sus ojos, oídos, narices, boca, pecho, manos y pies con cierto bálsamo que traía, le dijo estas palabras: «Unjo tus pies con óleo santo como preparación del Evangelio de la paz». Y le mostró el hábito completo de la Orden» (BEATO JORDÁN DE SAJONIA, *Orígenes de la Orden de Predicadores*, c. 35: BAC, *Santo Domingo de Guzmán*, p. 186).

Domingo, pues, ha dispuesto su nave queriendo que estuviera asegurada con el triple cordaje de la obediencia, continencia y pobreza. La hizo toda *real*[12], no atándola en su obediencia a culpa de pecado mortal. Iluminado por mí, verdadera Luz, con su providencia proveyó a los menos perfectos, ya que, aunque todos los que observan las reglas de la Orden estén en estado de perfección, sin embargo, mientras viven, uno es más perfecto que otro. Pero, perfectos o menos perfectos, todos están a gusto en esta nave.

Quiso asemejarse a mi Verdad, dando a entender que no quería la muerte del pecador, sino que se convirtiese y viviese. La quiso amplia, toda gozosa y perfumada, jardín agradabilísimo.

Pero estos miserables que en lugar de obedecer las reglas las quebrantan, la han convertido en jardín inculto y salvaje, en el que se percibe poco perfume de virtud, luz de ciencia, por culpa de los que se nutren a los pechos de la Orden. No digo «por culpa de la Orden», porque de por sí está llena de toda delicia. No sucedía así en sus principios, cuando era como una flor. Había entonces en ella hombres de gran perfección. Parecían un San Pablo; con tanta luz en sus ojos, que no se les ponían delante tinieblas de error que no disipasen.

Mira al glorioso Tomás, cuya noble inteligencia contemplaba mi Verdad, en la que adquiría por mi gracia luz sobrenatural y ciencia infusa. La obtuvo más por medio de la oración que por estudio humano. Fué una antorcha muy resplandeciente que iluminó su Orden y todo el Cuerpo místico de la santa Iglesia, ahuyentando las tinieblas de las herejías.

Mira a Pedro, virgen y mártir[13], que con su sangre dió luz entre las tinieblas de muchas herejías, a las que tuvo tanto odio, que por combatirlas dió la vida. Y mientras vivió no hacía otra cosa más que orar, predicar, disputar con los herejes y confesar, anunciando la verdad y propagando la fe sin temor alguno. La confesó no sólo en vida, sino hasta en

---

[12] El calificativo de *reale* dado por Santa Catalina a la Orden dominicana es diversamente traducido e interpretado. HURTAUD (II, p. 275) lo traduce por *regio, royale*. Guigues (563) por *real*, ajustándose, quizá, a la traducción latina del *Diálogo*: «Ipse valde *realiter* ordinavit». En esta segunda hipótesis significaría, dice Guigues, «que ordenó su nave con un gran sentido de la realidad». La idea es cierta. ¿Pero no es, acaso, excesivamente nuevo, de hoy, el concepto para aplicarlo a una expresión de la Santa?

La idea de *regio*, por otra parte, parece apoyada por la descripción que sigue un poco más adelante de la Orden como un jardín amplio, deleitoso, perfumado...

[13] San Pedro de Verona, mártir dominico (1254). «Cuando Catalina fué llamada a Florencia en 1374 por el capítulo general para dar razón de sí, vió en el famoso «Capellone degli Spagnoli» (en Santa María Novella) los maravillosos frescos de Andrés de Bonaito, que representan el triunfo sobre la herejía, la gloria de Santo Tomás y el martirio de San Pedro mártir» (TAURISANO, p. 464, nota 40).

su misma muerte. En el último instante, como le faltasen la voz y la tinta, después de haber recibido el golpe de la espada, mojó el dedo con su sangre, y, faltándole también el papel, se inclina y escribe en la tierra la profesión de su fe: «Credo in Deum». Su corazón ardía en el horno de mi caridad, y por esto no demoró sus pasos volviendo la cabeza atrás, sabiendo por revelación mía que debía morir, sino que, como verdadero caballero, sin temor servil, se presentó en el campo de batalla.

Así te podría contar de muchos que, aunque no padecieron realmente el martirio, lo abrazaron en su afecto con el mismo Santo Domingo. ¡Qué buenos labradores envió este Padre a su viña para extirpar las espinas de los vicios y plantar las virtudes!

En verdad, Domingo y Francisco fueron las dos columnas de la santa Iglesia: Francisco en su pobreza, Domingo con la ciencia.

CAPITULO IV

Los religiosos frente a la obediencia

§ 1. Los obedientes

[Cap. CLIX.] Te he hablado ya de los lugares en que se encuentra la obediencia, o sea las naves que el Espíritu Santo ha hecho construir por medio de estos patrones. Por esto pude decirte que el Espíritu Santo era el Patrón de estas naves fundadas con la luz de la santísima fe; luz que les hace ver que mi Clemencia es el verdadero piloto. Y te he mostrado la perfección de estos lugares u órdenes.

Ahora te hablaré de la obediencia y de la desobediencia de los que están en esta nave, hablando en general de todas las órdenes, no de ninguna orden en particular, haciéndote ver al mismo tiempo el pecado del desobediente y la virtud del obediente para que conozcas mejor el uno por el otro y sepas qué hay que hacer cuando alguien quiere entrar en esa nave.

a) La humildad, disposición previa del verdadero obediente

¿Cómo debe proceder el que quiere entrar en la perfecta obediencia particular? Debe poseer la luz de la santísima fe, con la que conozca que debe matar la propia voluntad con el cuchillo del odio de toda propia pasión sensitiva y tomando la esposa que le dará la caridad. Quiero decir la esposa de la

verdadera y pronta obediencia con la hermana de la paciencia y la nodriza de la humildad. Si no tuviese esta nodriza, la obediencia perecería de hambre, porque en el alma donde no hay esta virtud modesta de la humildad, la obediencia muere pronto.

La humildad no está sola, sino que tiene consigo la sirvienta de la modestia. del desprecio del mundo y de sí misma, que hace que el alma se tenga en poco y no apetezca honores, sino afrentas. Muerto de esta manera, debe entrar en la nave de la orden el que tenga edad para ello. De cualquier manera que entre en la nave, porque ya te dije que los llamaba de distintas maneras, debe adquirir y conservar en sí esta perfección, tomando pronta y alegremente la llave de la obediencia de la orden. Esta llave abre el postigo que hay en la puerta del cielo, como sucede en las puertas que tienen postigo. Estos perfectos abren el postigo pasando de la llave gruesa de la obediencia general, que abre la puerta del cielo, a esta otra llave más pequeña, que abre el postigo bajo y estrecho por el que ellos pasan. No está separado, con todo, de la puerta, sino que está en ella, como sucede en la puerta material. Esta llave deben conservarla siempre una vez que la han tomado y no apartarla de ellos.

b) La fe les hace descubrir los males que de la desobediencia les provendrían

Y, porque los verdaderos obedientes han visto con la luz de la fe que con la carga de las riquezas y el peso de su voluntad no podrían pasar por este postigo sin gran fatiga y con peligro de perder la vida, ni andar con la cabeza alta sin riesgo de rompérsela, porque, quieran o no quieran, conviene bajar la cabeza [14], arrojan al carga de las riquezas y de la propia voluntad, observando el voto de la pobreza voluntaria y no quieren poseer, porque ven con la luz de la fe en qué ruina vendrían a parar. Faltarían a la obediencia por no observar el voto hecho de pobreza voluntaria.

De ahí vendría la soberbia, que les hace llevar alta la cabeza de su voluntad. Y, debiendo alguna vez obedecer, no la inclinan con humildad, sino con soberbia, bajando la cabeza a la fuerza. Esta fuerza rompe la cabeza a la voluntad, cumpliendo lo que le mandan con desagrado de la orden y de su prelado. Poco a poco, se ven caídos también en el otro voto, quebrantando la continencia. Porque el que no tiene ordenado su apetito ni se ha despojado de los bienes

[14] «A ellas (las súbditas) les ruego, de parte de Aquel que cargó con todas nuestras miserias, que se inclinen para pasar por la puerta estrecha de la santa obediencia a fin que la soberbia de su propia voluntad no les rompa la cabeza» (*Carta* 30, *al monasterio de Santa Marta, en Siena,* I, 173).

temporales, halla quienes le den conversación y encuentra amigos abundantes que le quieren por su propio provecho. De estas conversaciones pasan a las amistades íntimas. Regalan sus cuerpos con deleites, porque no tienen la nodriza de la humildad y carecen de su hermana, el menosprecio de sí mismos. Viven en placeres, regalada y delicadamente, no como religiosos, en vigilias y oración, sino como señores. Estas y otras muchas cosas les suceden y hacen porque tienen qué gastar; que, si no lo tuvieran, no les sucedería, y caen en la inmundicia de cuerpo y de espíritu. Si algunas veces, por vergüenza o por no tener ocasión, se abstienen corporalmente, no se abstienen en su espíritu. Porque es imposible que los que viven en muchas conversaciones, en regalos del cuerpo y comen desordenadamente y sin vigilias ni oración conserven su mente pura.

Por esto, el perfecto obediente ve desde lejos, con la luz de la santísima fe, el mal y daño que le vendría en poseer bienes temporales y caminar con el peso de la propia voluntad. Ve muy bien que le conviene pasar por este postigo, y que ha de pasarlo con muerte y no con vida, y que no hay para abrirlo más que la llave de la obediencia. ¿Por qué te dije que lo debe pasar? Porque, si no sale de la nave de la orden, quiera o no, deberá someterse a la obediencia estrecha de su superior.

c) El obediente señorea su sensualidad y descubre a todos sus enemigos

Por esto, el perfecto obediente se levanta sobre sí y señorea su propia sensualidad. Dominando sus propios sentimientos con fe viva, introduce en la casa de su alma al odio como un servidor que eche fuera al enemigo del amor propio, porque no quiere que sea ofendida su esposa, la santa obediencia, que le dió la madre—la caridad—, y a la que se unió con el anillo de la fe. Por esto echa fuera al enemigo y pone dentro la compañera y nodriza de la caridad, esposa suya. El odio ha echado fuera al enemigo, y el amor de la obediencia introduce los amigos de su esposa la obediencia, que son las virtudes verdaderas y reales, las costumbres y observancias de la orden. Por lo cual esta dulce esposa entra en el alma con la hermana de la paciencia y con la nodriza de la humildad, acompañada de la poca estima y desprecio de sí misma. Una vez que ya ha entrado, está en paz y tiene tranquilidad, porque ha arrojado afuera a sus enemigos. Está en el jardín de la verdadera continencia con el sol de la inteligencia, y en ella la pupila de la fe, proponiéndose por objeto de su visión mi Verdad, porque el objeto de la inteligencia es la verdad. Tiene en él

el calor, que calienta a todos sus compañeros y siervos suyos, porque observa las reglas de su orden con fuego de amor.

¿Cuáles son los enemigos de fuera? El principal es el amor propio, que produce soberbia, enemigo de la caridad y de la humildad. La impaciencia, contraria a la paciencia; la desobediencia, a la obediencia; la infidelidad, a la fe; la presunción y confianza en sí mismo no concuerda con la esperanza verdadera que el alma debe tener en mí. La injusticia no concuerda con la justicia, ni la necedad con la prudencia, ni la destemplanza con la templanza, ni el quebrantar los estatutos de la orden con la observancia de la misma, ni las malas conversaciones de los que viven perversamente con las buenas de los demás.

Estos son sus crueles enemigos. Mas hay también la ira, que pugna contra la benevolencia; la crueldad, contra la piedad; la iracundia, contra la benignidad; el odio de las virtudes, contra el amor de las mismas; la inmundicia, contra la pureza; la negligencia, contra la solicitud; la ignorancia, contra el conocimiento, y el mucho dormir, contra las vigilias y continuas oraciones.

d) Virtudes y ganancias del obediente

Cuando el religioso, a la luz de la fe, ha conocido que éstos son sus enemigos, que iban a contaminar a su esposa, la santa obediencia, manda que los eche fuera y que el amor haga entrar a sus amigos. De ahí que el odio mate con su espada la perversa voluntad propia. Esta perversa voluntad, que, alimentada con el amor propio, da la vida a todos estos enemigos de la verdadera obediencia. Cortad la cabeza al enemigo principal que sostiene a los demás, y queda libre y en paz y sin ningún enemigo; nada hay en ella que pueda darle amargura o tristeza.

¿Qué combate tendrá el verdadero obediente? ¿Pueden darle guerra las injurias? No, porque es paciente, y la paciencia es hermana de la obediencia. ¿Le son pesadas las cargas de la orden? No, porque la obediencia le ha hecho observante. ¿Le entristece la dureza de la obediencia? No, porque ha pisoteado su voluntad y no quiere investigar ni juzgar la voluntad de su superior, antes bien a la luz de la fe descubre en él mi voluntad, creyendo en verdad que mi clemencia le hace mandar o no según conviene a la salud de las almas. ¿Considera humillantes las ocupaciones más bajas de la orden o sufrir las afrentas, improperios, escarnios o menosprecios que se le pudiesen hacer o decir y el ser menospreciado? No, porque él ha concebido amor a la abyección y menosprecio de sí mismo con odio perfectísimo;

antes se alegra con paciencia y se regocija con su esposa, la verdadera obediencia.

No se entristece más que por las ofensas que ve que se hacen a mí, su Creador. Su trato es con los que me temen en verdad. Y, si se trata también con aquellos con los que están separados de mi voluntad, no lo hace por conformidad con sus defectos, sino para sacarles de su miseria. Por caridad de hermano, el bien que él tiene quisiera comunicarlo a este otro, viendo que sería para mayor gloria y alabanza de mi Nombre que fueran muchos los observantes de la orden que no uno solo. Por esto se esfuerza en atraer a la observancia a los religiosos y seglares con la palabra y la oración. Por todos los medios busca sacarlos de las tinieblas del pecado mortal.

Trate con justos o con pecadores, las conversaciones del verdadero obediente son siempre buenas y perfectas por el afecto ordenado y grandeza de su caridad. De su celda ha hecho un cielo, gozándose de hablar y tratar conmigo, sumo y eterno Padre, con afecto de amor, huyendo de la ociosidad con su humilde y continua oración. Cuando los malos pensamientos le asaltan, sugeridos por el demonio, no se echa en la cama de la negligencia, abrazando la ociosidad, ni se pone a escudriñar los pensamientos que se le ocurren y sus propias ideas. Huye la ociosidad. Se domina, se levanta sobre su propio sentimiento y con verdadera humildad y paciencia sobrelleva estas pruebas del espíritu; resiste con la vigilia y humilde oración, fijando los ojos de su inteligencia en mí y viendo con la luz de la fe que yo soy su defensor y que puedo y quiero defenderle, que abro los brazos de mi benignidad y que lo permito para que sea más solícito en huir de sí y venir a mí. Si la oración mental le parece difícil por estas tinieblas que obscurecen su espíritu y le fatiga, vuelve a la vocal o a sus ocupaciones manuales para evitar con estos medios la ociosidad.

Esclarecido por mí, ve que sólo por amor lo he permitido, y así alza la cabeza la verdadera humildad, considerándose indigno de la paz y tranquilidad de espíritu que gozan otros siervos míos y se tiene por merecedor de las penas que sufre. Como ya se humilló a sí mismo con odio y afrenta propios, no le parece que pueda saciarse de penas mientras no le falte la esperanza en mi providencia, sino que con fe y con la llave de la obediencia pasa este mar tempestuoso en la nave de la orden y habita su celda, huyendo la ociosidad.

El obediente quiere ser el primero en entrar al coro y el último en salir. Y cuando ve a otro más obediente y solícito que él, siente una santa envidia, como si le robara aquella virtud, aunque sin querer que disminuya en el otro, puesto

que, si lo quisiese, estaría separado de la caridad de su prójimo. El obediente no deja de acudir al refectorio. Acude asiduamente y se goza de estar en la mesa con los hermanos pobres. Y en señal de que le agrada, para quitar las ocasiones de no acudir, aleja de sí todos los bienes temporales, observando con perfección el voto de pobreza; con tanta perfección, que aun de lo necesario para el cuerpo se despoja. Su celda está llena del perfume de la pobreza y no de rico ajuar. No sufre pensando que puedan venirle ladrones para robárselo o que el orín o la polilla echen a perder sus vestidos. Si recibe algún don, no piensa en guardarlo para sí, sino que lo participa con sus hermanos, sin inquietud para el día de mañana. Socorre su necesidad en el día de hoy y piensa sólo en el reino de los cielos y en la verdadera obediencia y cómo observarla mejor. Y, puesto que por el camino de la humildad se conserva mejor, se somete al pequeño como al grande, al pobre como al rico. Se hace siervo de todos, no rehusando labor alguna, sino sirviéndolos a todos caritativamente. El obediente no quiere obedecer a su manera eligiendo tiempos y lugares, sino según lo prescriben la orden o su prelado.

Todo esto lo hace sin pena ni hastío de espíritu; el verdadero obediente es perfecto. Con esta llave en la mano, pasa por el postigo estrecho de la orden holgadamente y sin violencia, porque ha observado y observa el voto de pobreza voluntaria, de continencia verdadera y de perfecta obediencia. Abate el orgullo de la soberbia e inclina humildemente la cabeza a la obediencia. Por esto no rompe su cabeza por la impaciencia; antes bien, es paciente con fortaleza y larga perseverancia, que son las amigas de la obediencia. Supera el asedio de los demonios mortificando y macerando su carne, despojándola de las delicias y placeres, para vestirla de las fatigas de la orden con fe y sin desdén. Como el niño que olvida las duras correcciones de su padre o los reproches que se le hubieren hecho, así éste, como niño, olvida las injurias, los trabajos o correcciones que en la orden pudiese recibir de parte de su superior, y, si éste le llama, vuelve a él humildemente, sin pasión de odio, de ira o de rencor, sino con mansedumbre y benevolencia.

Estos son aquellos párvulos de los que mi Verdad dijo a los discípulos cuando discutían entre sí sobre cuál de ellos sería el mayor. Llamando a uno de estos pequeños, dijo: *Dejad que los pequeños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos, y quien no se humillare como uno de estos pequeñitos*, es decir, que no se ponga en sus disposiciones, *no entrará en el reino de los cielos* [15]. Por esto, quien

[15] Mc. 10,14.

se humilla, carísima hija, será ensalzado, y el que se ensalza, será humillado [16]. Esto mismo dijo mi Verdad.

Ahora bien, justamente estos párvulos míos, que por amor se han humillado y se han hecho súbditos con verdadera y santa obediencia, sin oponerse a lo que manda la orden o su superior, son ensalzados por mí, sumo y eterno Padre, junto con los ciudadanos de la vida bienaventurada, donde son premiados por todos sus trabajos y ya en esta vida gustan la vida eterna.

e) En el obediente tiene cumplimiento la promesa evangélica: «Reciben el ciento por uno en este mundo, y la eternidad feliz en el otro»

[Cap. CLX.] Se cumple en ellos lo que dijo en el santo Evangelio mi dulce y amoroso Verbo, Hijo mío unigénito, cuando respondió a Pedro, que le había preguntado: *Maestro, nosotros lo hemos dejado todo por tu amor, y aun a nosotros mismos, y te hemos seguido a ti; ¿qué nos darás?* [17] Mi Verdad respondió: *Os daré el ciento por uno y la vida eterna* [18]. Como si dijera: «Has hecho bien, Pedro, dejándolo todo, porque de otro modo no podrías seguirme, y yo, ya en esta vida, te daré el ciento por uno de lo que has dejado». ¿Cuál es, carísima hija, este ciento por uno, al que sigue luego la vida eterna? ¿Qué quiso entender y decir mi Verdad? ¿Los bienes temporales? Propiamente no, aunque algunas veces he multiplicado al limosnero los bienes temporales. Entonces, ¿de cuáles? De la voluntad, que por uno que dé recibe ciento.

Y ¿por qué ciento? Porque ciento es número perfecto, y a él no se le puede añadir más si no vuelves a empezar por el uno. Así, la caridad es perfectísima, por encima de las demás virtudes, de modo que no se puede subir a virtud más perfecta. Puedes volver a empezar ciertamente por el conocimiento de tí mismo, aumentar hasta cien en tus méritos, mas siempre llegas a este mismo número. Este es este ciento dado a los que dieron el uno de su voluntad no sólo en la obediencia general, sino en la particular. Con este céntuplo tendréis también vida eterna. Sólo la caridad es la que, como señora, penetra, trayendo consigo el fruto de todas las virtudes, en mí, vida durable, en quien gustan vida eterna, porque yo mismo soy esta vida eterna. He dicho el fruto de estas virtudes, no ellas mismas, porque quedan fuera. No entra la fe, porque ven por experiencia y en esencia lo que creyeron por la fe. Ni la esperanza, ya que están en posesión de lo que esperaron. Y así todas las demás vir-

[16] Mt. 23,12.
[17] Mt. 19,27.
[18] Mt. 19,29.

tudes. Sólo la caridad entra como una reina y me posee a mí, que soy su posesor.

Mira, pues, cómo estos párvulos reciben el ciento por uno, y con él la vida eterna, por haber recibido aquí el fuego de mi divina caridad, simbolizada en el centenar. Habiendo recibido de mí este ciento, están en admirable alegría de corazón. Porque en la caridad no cabe tristeza, sino alegría; dilata el corazón y le hace generoso, sin doblez ni avaricia. El alma traspasada por esta dulce saeta no manifiesta en su cara o en sus palabras cosas distintas de lo que tiene en el corazón. No sirve a su prójimo por interés o fingidamente, porque la caridad es abierta a toda criatura. Por esto el alma que la posee no cae en la pena ni en la aflicción ni abandona la obediencia; es obediente hasta la muerte.

§ 2. Los desobedientes

a) Males que les sobrevienen

[Cap. CLXI.] Es muy distinta la muerte del miserable desobediente que está en la nave de la orden con tanta pena para sí y para los otros, que ya en esta vida gusta las arras del infierno. Siempre triste, con confusión de espíritu y remordimiento de conciencia. Con disgusto de la orden y de su superior. Es insoportable para sí mismo. ¡Qué triste espectáculo, hija mía, ver al que ha tomado la llave de la obediencia de la orden hecho esclavo de la desobediencia, constituyéndola en señora con la compañera de la impaciencia, y ambas alimentadas por la soberbia y el propio parecer, que nacen del amor propio! En éste todo sucede al revés de lo que te he dicho respecto al verdadero obediente.

¿Cómo puede estar este miserable más que en penas estando privado de la caridad? A la fuerza debe inclinar la cabeza de su voluntad, y la soberbia se la hace levantar. Todos sus deseos están en desacuerdo con los de la orden. Esta le manda la obediencia, él ama la desobediencia. La orden le manda la pobreza voluntaria, y tú, desobediente, la huyes poseyendo y deseando riquezas. La orden quiere continencia y castidad, y tú buscas la inmundicia.

Quebrantando estos tres votos religiosos, hija mía, cae en la ruina y en tan miserables defectos, que su aspecto no es ya el de un religioso, sino de un demonio encarnado, como en otra parte te dije más ampliamente; mas no dejaré de decirte alguna cosa más sobre su engaño y sobre el fruto que sacan de la desobediencia para que te sirva de recomendación y encomio de la obediencia.

A este miserable le engaña el amor propio, porque los ojos de su inteligencia se han fijado con fe muerta en el placer de la propia sensualidad y en las cosas del mundo. Ha

dejado el mundo con el cuerpo, pero permanece en él con el afecto. La obediencia se le antoja pesada, y para evitar su peso desobedece, viniendo a caer en la misma fatiga, puesto que, o a la fuerza o por amor, tiene que obedecer. Le sería mucho mejor y menos fatiga obedecer con amor que sin amor.

¡Cómo se engaña! Nadie le engaña, sino que es él el que se engaña a sí mismo. Queriendo agradarse, se desagrada al desagradarle las mismas obras que hace por la obediencia impuesta. Quiere vivir en grandes deleites y tener la vida eterna en esta vida, y la orden quiere que sea peregrino y a cada paso se lo da a entender, porque, cuando goza de descanso en alguna parte en donde permanecería con gusto y contentamiento, le manda que se mude a otra. En el traslado sufre, porque su voluntad estaba viva y quería lo contrario. Y, si no obedece, queda sujeto a sufrir la corrección y mortificación que prescribe la orden; y así vive en continuo tormento.

Ves, pues, cómo se engaña a sí mismo; queriendo huir del trabajo, cae en él. Su ceguera le impide conocer el camino de la verdadera obediencia, camino de verdad, fundado en el obediente Cordero, Hijo mío unigénito, que vino a quitar el sufrimiento a los verdaderos obedientes. Mas él va por el camino de la mentira, pensando encontrar placer en él, y sólo encuentra dolor y amargura. ¿Quién le guía? El amor que tiene a su pasión de desobedecer.

Como necio, quiere navegar en este mar tempestuoso confiado en los brazos de su miserable saber, y no quiere navegar en los brazos de la orden y de su superior. Está ciertamente en la nave de la orden con el cuerpo, pero no con su espíritu. Con su deseo ha salido ya, no observando las reglas y usanzas de la orden ni los tres votos que en su profesión prometió observar. Está en un mar tempestuoso, sacudido por muchos vientos peligrosos contrarios a la nave. Y en ella está sólo por el hábito que lleva sobre su cuerpo, pero no en el corazón. Este no es un fraile, sino un hombre vestido de fraile; hombre con apariencia de tal, pero en realidad es peor que un animal por la vida que lleva. Y ¿no ve que es mayor fatiga querer navegar con sus propios brazos que en los de otro? ¿No ve que está en peligro de muerte eterna, como la vela arrebatada de la nave por el viento, puesto que al morir no tendrá ya remedio? No es que no lo vea, sino que se engaña miserablemente. Con la nube del amor propio, del que le ha venido la desobediencia, se ha privado de la luz, que no le permite ver su desgracia.

b) El desobediente, árbol con frutos de muerte

¿Qué fruto produce el árbol de este miserable? Fruto de muerte, porque ha plantado la raíz de su afecto en la soberbia que ha sacado del placer y del amor propio de sí mismo. Por este motivo, todo nace ya corrompido. Las flores, las hojas, los frutos y las ramas de este árbol, todo está podrido. Están podridas las tres ramas que tiene este árbol, es decir, la obediencia, la pobreza y la continencia; tres ramas contenidas en el tronco del afecto, mal plantado como he dicho. Las hojas, o sea las palabras que produce este árbol, están tan corrompidas, que no saldrían ni siquiera de la boca del seglar más perverso. Si ha de anunciar mi palabra, procura hacerlo con elegancia, no con sencillez, más preocupado de su grandilocuencia que de apacentar las almas con esta semilla de mi palabra.

Huelen mal las flores de este árbol; son fétidas. Son los diversos pensamientos que voluntariamente acoge con deleite y complacencia, no huyendo de los lugares ni de las ocasiones que se los hacen venir. Por el contrario, las busca por la complacencia del pecador, fruto que le mata, quitándola la vida de la gracia y dándole la muerte eterna. Y ¿qué hedor es el que despide este fruto nacido de aquella flor? El hedor de la desobediencia. Con su pensamiento quiere investigar y echar a mala parte la voluntad de sus superiores. Exhalan también impureza, deleitándose en muchas conversaciones con personas con apariencia de devotas. ¡Oh miserable!, ¿no te percatas que, bajo la apariencia de esta devoción, saldrás con un escuadrón de hijos? Esto te da tu desobediencia. No has tenido los hijos de las virtudes, como el verdadero obediente. Procura engañar a su superior cuando no le permite lo que querría su perversa voluntad, ocultándola bajo las hojas de palabras lisonjeras y ásperas, hablando con irreverencia y con desdén. No soporta a su hermano ni sufre una pequeña palabra de reprensión que se le diga. Saca inmediatamente fuera el fruto envenenado de la impaciencia, ira y odio hacia su hermano, llevando a mala parte lo que el otro hizo para su bien. Y con este escándalo sufre en el alma y en el cuerpo.

¿Por qué le desagrada su hermano? Porque busca su complacencia sensual. Huye de la celda como si fuese un veneno porque se ha salido ya de la celda de su propio conocimiento, por lo que ha venido a caer en la desobediencia y no puede ya permanecer en la celda. No se deja ver en el refectorio, como si fuese enemigo suyo mientras tiene que gastar. Si no lo tiene, va sólo por necesidad.

Hacen bien los obedientes que quieren observar el voto de la pobreza, y así no tener qué gastar, de modo que el

dinero les pudiese apartar de esta suave mesa del refectorio común, donde el obediente alimenta en paz y en quietud el alma y el cuerpo. No piensa en prevenirse ni proveerse, como el miserable, al que ir al refectorio común se le hace amargo, y por esto lo huye.

Es siempre el último en entrar al coro y el primero en querer salir. Con sus labios se me acerca, pero se aleja con el corazón. Por miedo a la penitencia evita todo lo que puede el capítulo. Es su enemigo mortal, y, si no le queda más remedio, está lleno de vergüenza y confusión; vergüenza y confusión que no tuvo de cometer pecados mortales. ¿Cuál es la causa de esto? La desobediencia. No guarda ni vigilias ni hace oración, no sólo mental, sino que muchas veces deja hasta el Oficio, a que está obligado, No tiene caridad fraterna, porque él se ama sólo a sí mismo, no con amor racional, sino de bestia. Tantos son los males que caen sobre la cabeza del desobediente y tantos y tan dolorosos son sus frutos, que tu lengua no los podría referir.

c) Males para el desobediente en esta vida y en la otra

¡Oh desobediencia, que despojas el alma de toda virtud y la vistes de todo vicio! ¡Oh desobediencia, que privas al alma de la luz de la obediencia, le quitas la paz y le das la guerra, le quitas la vida y le das la muerte, haciéndola salir de la nave de las observancias de la orden! La anegas en el mar, haciéndola navegar sobre sus propios brazos y no sobre los de la orden. La vistes de toda miseria y la haces morir de hambre al quitarle el alimento del mérito de la obediencia. Le das continua amargura y la privas de todo gusto de dulzura y de todo bien y la llenas de todo mal. En esta vida le haces llevar las arras de los terribles tormentos de la otra vida. Y, si no se corrige, antes de que las velas se desprendan de la nave por la muerte, tú, desobediencia, conduces al alma a la condenación eterna junto con los demonios, que cayeron del cielo porque fueron rebeldes a mí.

Así tú, desobediente, porque has sido rebelde a la obediencia y has arrojado de ti la llave con que debías abrir la puerta del cielo. Con la llave de la desobediencia has abierto el infierno.

§ 3. Los tibios en la obediencia. Necesidad y medios de salir de la tibieza en la vida de obediencia

[Cap. CLXII.] ¡Oh hija carísima! ¡Cuántos en el día de hoy que viven de este modo en esta nave! Muchos, y bien pocos los verdaderos obedientes, que hacen lo contrario. Es cierto que entre los perfectos y estos miserables están aquellos que viven en la orden de un modo

cualquiera. No son perfectos, como deberían ser, ni son malos; conservando su conciencia sin pecado mortal, viven en la tibieza y frialdad de corazón. Estos, si no se ejercitan virtuosamente en la observancia de la orden, están expuestos a grandes peligros. Por esto han de tener mucho cuidado y no dormirse y salir de su tibieza. Si en ella permanecen, están muy próximos a caer. Y, si no caen, vivirán con sus opiniones y gustos humanos, con apariencia de religión, procurando más observar las ceremonias exteriores de la orden que el espíritu de la orden. Y muchas veces por su poca luz estarán en peligro de juzgar a los que observan las reglas más perfectamente que ellos y observan quizás con menor perfección las ceremonias, que ellos observan casi exclusivamente.

De todos modos, les es siempre perjudicial permanecer en esta obediencia común, ya que esta frialdad hace que su obediencia sea pesada y penosa. Al corazón frío se le hace costoso sufrir, y por esto sufre con tan poco fruto. Van contra el estado de perfección, en el que han entrado y que deberían observar. Y, aunque hagan menos daño que los otros de los que te he hablado, lo hacen, sin embargo; porque éstos no salieron del mundo para andar con la llave general de la obediencia, sino para abrir el cielo con la llave de la obediencia de la orden. Esta llave deben tenerla atada con el cordón de la abyección, menospreciándose a sí mismos, y con el cíngulo de la humildad, y tenerla muy estrecha en la mano del amor ardiente.

Debes saber, queridísima hija, que éstos pueden llegar a una gran perfección si quieren, porque están más cerca de ella que los otros miserables. Pero en otro aspecto tienen éstos mayor dificultad en su gracia para levantarse de su imperfección que el malvado de su miseria. ¿Sabes por qué? Porque en el malo aparece con toda claridad que obra mal, y la conciencia se lo dice. El amor propio le ha debilitado, y no se esfuerza en salir de aquella culpa, que gracias a la luz natural reconoce. Si alguien le preguntase: ¿No obras mal, acaso, al obrar así?, diría: Sí, pero es tanta mi fragilidad, que me parece imposible salir del pecado. Cierto; no dice la verdad, porque con mi ayuda, si quiere, puede salir. Sin embargo, reconoce que obra mal, y por este conocimiento le es posible salir, si quiere.

Pero estos tibios, que por una parte no cometen graves pecados ni por otra grandes obras buenas, no reconocen la frialdad de su estado ni dudan siquiera. Al no reconocerla, no se preocupan de salir de ella ni de que alguien se lo diga. Y si alguien les advierte, dada la frialdad de su corazón, permanecen atados a su vieja costumbre.

¿Qué medio puede haber para hacer levantar a éstos? Que con odio de su propia complacencia y reputación quiten la leña del conocimiento de sí mismos y la metan en el fuego de mi divina caridad. Que se desposen de nuevo, como si entonces entraran en la orden, con la verdadera obediencia, poniéndose el anillo de la santísima fe, y no permanezcan dormidos más en este estado, que me es muy desagradable y perjudicial para ellos. Con todo derecho se les podrían aplicar aquellas palabras: *Malditos los tibios, al menos fuerais fríos o calientes. Si no os corregís, seréis vomitados de mi boca*[19]. Si no salen de la tibieza, se exponen a caer, y, si caen, serán reprobados por mí. Preferiría que fuerais fríos; es decir, más quisiera que os hubierais quedado en el mundo en la obediencia general, que es como hielo en comparación con el fuego de los verdaderos obedientes. Por esto dije: ¡Ojalá fueseis fríos!

Te he aclarado esta palabra para que no creyeras equivocadamente que yo prefiero que estén en el hielo del pecado mortal que en la tibieza de la imperfección. No; que no puedo querer la culpa del pecado, puesto que en mí no hay este veneno; antes bien, me desagrada tanto en el hombre, que no quise dejarlo pasar sin castigo. Y, no siendo el hombre capaz de pagar el castigo merecido por la culpa, mandé el Verbo de mi unigénito Hijo. El con la obediencia lo destruyó sobre su propio cuerpo.

Levántense, pues, con santos ejercicios, vigilias, humildes y continuas oraciones. Mírense en el espejo de su orden y en los patronos de esta nave; hombres como ellos, alimentados de un mismo manjar, nacidos de la misma manera. Yo soy ahora el mismo Dios de entonces. No ha disminuído mi poder, ni mi voluntad, ni el deseo de vuestra salud, ni mi sabiduría en daros luz para que conozcáis mi bondad. Pueden, pues, si quieren, con tal que abran los ojos de su inteligencia, quitándose la nube del amor propio, y corran con esta luz con los perfectos obedientes. De esta manera llegarán, que de otra no. Aquí tienen el remedio.

[Cap. CLXIII.] Este es el remedio eficaz que emplea el verdadero obediente, y cada día con mayor celo a la luz de la fe, para aumentar su obediencia por el deseo que tiene de afrentas y de que el superior le imponga duros mandatos. La virtud de la obediencia y su hermana la paciencia no dejan enmohecer la virtud de la obediencia y la de la paciencia, su hermana, para que en el momento en que tengan que emplearlas no les falten ni les resulte costoso. Por

---

19 Apoc. 3,15.16.

esto se ejercita en el deseo santo de someterse y no pierde ocasión, porque tiene hambre de obedecer. Es una esposa solícita que no puede estar ociosa.

CAPITULO V

Himno de la Santa a la virtud de la obediencia y exhortación de Dios Padre a practicarla

¡Oh deleitable obediencia, oh obediencia agradable, obediencia suave, obediencia iluminativa, ya que disipaste las tinieblas del amor propio! Obediencia que vivificas, dando la vida de la gracia al alma que te ha elegido por esposa y se privó de la propia voluntad, que daba guerra y muerte al alma. Eres generosa, haciéndote súbdita de toda criatura racional. Eres benigna y piadosa; con benignidad y mansedumbre llevas cualquier peso por grande que sea, porque ves acompañada de la fortaleza y de la verdadera paciencia. Estás coronada con la corona de la perseverancia y no desfalleces ante las importunidades del superior, ni por graves que fueren los pesos que indiscretamente cargo sobre ti. Mas con la luz de la fe, todo lo sufres. Estás tan ligada con la humildad, que no hay criatura que pueda arrancarla de la mano del santo deseo del alma que te posee.

¿Qué podremos decir, hija queridísima, de esta excelente virtud? Diremos que es un bien sin mal ninguno. Está escondida en la nave, de modo que no la puede dañar ningún viento contrario. Hace navegar al alma sobre los brazos de la orden y del superior y no sobre los suyos, porque el verdadero obediente no debe dar cuentas a sí mismo, sino al superior, del que es súbdito.

Enamórate, hija muy querida, de esta gloriosa virtud. ¿Quieres ser agradecida a los beneficios recibidos de mí, Padre Eterno? Sé obediente, porque la obediencia demuestra que eres agradecida, ya que procede de la caridad. Demuestra que no eres ignorante, porque procede del conocimiento de la verdad. Es un bien conocido en el Verbo, el cual os enseñó el camino de la obediencia, dándoosla por regla haciéndose El obediente hasta la afrentosa muerte de la cruz. En su obediencia, que fué la llave que abrió el cielo, está fundada la obediencia general dada a todos y esta obediencia particular, como te dije al principio de este tratado.

Esta obediencia da al alma una luz que revela si me es fiel a mí y si es fiel a la orden y a su superior. En esta luz de

la santísima fe se ha olvidado de sí mismo, no buscándose a sí por sí mismo, porque la obediencia adquirida con la luz de la fe ha dado a entender que está muerto a su voluntad y a todo propio sentimiento. No se ocupa de las cosas que no le pertenecen; esto lo hace el desobediente, que siempre quiere investigar y juzgar según su obscuro parecer la voluntad que le manda, y no su perversa voluntad, causa de su muerte.

El verdadero obediente, con la luz de la fe juzga siempre en bien la voluntad de su superior, puesto que no busca su propia voluntad, sino que inclina su cabeza con verdadera y santa obediencia para alimentar a su alma. Y esta virtud crece en el alma en la medida en que crece la luz de la santísima fe, porque la caridad, que ha dado a luz la virtud de la obediencia, procede de la luz de la fe. Con esta luz, el alma se conoce a sí misma, me ama a mí y se humilla. Cuanto más ama y más se humilla, más obediente es. La obediencia con su hermana la paciencia revelan si en verdad el alma está vestida del vestido nupcial de la caridad, con el que entráis a la vida eterna.

Por esto, la obediencia abre el cielo y queda fuera. Y la caridad, que fué quien dió esta llave, entra dentro con el fruto de la obediencia. Las demás virtudes, como te dije, quedan fuera y ésta entra, pero la obediencia tiene esta misión de serviros de llave; la desobediencia del primer hombre cerró las puertas del cielo, y la obediencia del humilde, fiel e inmaculado Cordero, mi unigénito Hijo, abrió de nuevo la vida eterna, que tanto tiempo había estado cerrada.

[Cap. CLXIV.] Os la dejó por regla y doctrina, dándoosla como llave con la que pudieseis abrir y llegar a vuestro fin. Os la dejó como mandato en la obediencia general. Mas, si deseáis caminar a la perfección, os la aconsejo, exhortándoos a pasar por la puerta estrecha de la vida religiosa.

CAPITULO VI

La práctica de la obediencia fuera de la vida religiosa

§ 1. Diferencias con relación a la obediencia en religión. El mérito se mide por el amor con que se obedece

Hay igualmente otros que no pertenecen a ninguna orden y que, sin embargo, están en la nave de la perfección. Siguen los consejos fuera de la vida religiosa. Han repudiado los bienes y pompas del mundo en espíritu y de hecho y observan continencia. Unos permanecen vírgenes.

y los que no lo son guardan continencia. Observan obediencia, como en otra parte te dije, sometiéndose a alguna criatura, a la que se esfuerzan en obedecer con perfecta obediencia hasta la muerte.

Si me preguntases: ¿Cuál de ellos tiene mayor mérito, los que están en la vida religiosa o éstos? Yo te respondo: El mérito de la obediencia no se mide por el acto exterior o por el lugar o por la persona a quien se obedece, bueno o malo, secular o religioso, sino según el amor con que se obedece. Esta es la medida de su mérito.

Al verdadero obediente no daña la imperfección del superior malo, antes bien algunas veces le ayuda, porque con la dureza y las cargas pesadas indiscretamente puestas por la obediencia adquiere y crece en esta virtud y en su hermana la paciencia. Tampoco le perjudica el lugar imperfecto, y le llamo imperfecto porque el estado de perfección es más perfecto, más firme y más estable que ningún otro. Llamo imperfecto el lugar de estos que tienen la llave pequeña de la obediencia, observando los consejos fuera del estado religioso, pero no la llamo así ni considero su obediencia de menos mérito, porque toda obediencia, como toda virtud, se mide por el amor.

Es verdad que en muchas otras cosas es de mayor mérito la obediencia en el estado religioso, ya por el voto que hace en manos de su superior, ya porque también está obligado a sufrir más, y por esto la obediencia se ve más probada en el estado religioso que fuera de él, ya que todo acto corporal está atado a este yugo, y no puede soltarse cuando quiera sin culpa de pecado mortal por estar aprobada la orden por la santa Iglesia y haber emitido él el voto.

En éstos no es así; se han ligado voluntariamente, por amor, a la obediencia, pero no con voto solemne; de modo que sin culpa de pecado mortal podría dejar la obediencia de esta criatura teniendo motivos legítimos y no haciéndolo por culpa propia. Pues, si por su culpa dejara esta obediencia, no lo haría sin falta muy grave, aunque no por estar obligado precisamente a esta obediencia [20].

¿Sabes la diferencia que hay de uno a otro? La que hay entre el que quita lo ajeno y el que reclama una cosa que había prestado con amor y con intención de no pedirla, pero sin hacer escritura que le obligue positivamente. El reli-

---

[20] Nótese la distinción—advierte HURTAUD, II, 312— : una falta *muy grave que no es pecado mortal.* Toda falta por venial que sea, si es deliberada, es una ofensa grave, y muy grave, contra Dios Nuestro Señor, en el sentido de su importancia trascendente y de lo que supone en el alma inundada de gracias y de luz de Dios. Este es el lenguaje de los santos de todos los tiempos y de los teólogos de la Edad Media. Hoy, la identificación del pecado *venial* y falta *ligera,* falta *grave* y pecado *grave* y pecado *mortal*, ha venido a disminuir, por desgracia, este delicado y fino sentido del pecado.

gioso hace donación de su voluntad con escritura pública, renunciando a sí mismo en manos del prelado y prometiendo observar obediencia, continencia y pobreza voluntaria. El prelado, a su vez, le promete, si los observa hasta la muerte, darle la vida eterna. Así, pues, esta obediencia es más perfecta en cuanto a su observancia, en cuanto al lugar y en cuanto al modo. La otra, menos perfecta. La primera es más segura, y cuando el súbdito cae está en mejor situación para levantarse, porque tiene más ayuda. La otra es menos segura y más incierta y más expuesta, si cae, a volver atrás, porque no se siente ligado por el voto hecho en la profesión. lo mismo que el religioso antes de profesar, que puede salirse y después no. Pero el mérito, te lo he dicho y te lo repito ahora, se da en la medida del amor del verdadero obediente, para que cada uno, en cualquier estado que esté, pueda tener mérito cumplido si ha obrado sólo por amor.

A unos llamo a un estado, a otros a otro, según las disposiciones de cada uno, pero todos son recompensados según la medida del amor. Si el seglar ama más que el religioso, más recibe, y así el religioso más que el seglar, y lo mismo en todos los demás.

§ 2. Cuánto agrada a Dios esta virtud. Ejemplos de la «Vita Patrum»

[Cap. CLXV.] A todos os he puesto en la viña de la obediencia a trabajar de diversas maneras. A cada uno se le dará el premio según la medida del amor y no según las obras o el tiempo. No recibirá más el que viene temprano que el que llega tarde, como se contiene en el santo Evangelio. Poniendo mi Verdad el ejemplo de los que estaban ociosos y fueron puestos por el señor a trabajar en su viña, dice que dió lo mismo a los que habían ido al rayar el alba que a los de la hora de prima, de tercia, de sexta, de nona o vísperas[21], dando a entender mi Verdad que seréis recompensados no según el tiempo ni la hora, sino según la medida del amor. Muchos se han puesto a trabajar en esta viña desde su infancia. Otros entran en ella más tarde, y otros en su vejez. Este último trabajará a veces con tanto fuego de amor viendo la brevedad del tiempo, que alcanzará a los que empezaron desde la infancia y han caminado con paso lento. Así, pues, el alma recibe lo que ha merecido según el amor de la obediencia con el que llena su vaso en mí, que soy mar pacífico.

Muchos hay tan prontos en la obediencia y que la tienen tan encarnada en su propia alma, que no sólo no se

---

[21] Mt. 20,1 s.

entretienen en buscar razones del porqué se les ha mandado, sino que con la luz de la fe interpretan la intención de su superior apenas han salido las palabras de su boca. Por esto el verdadero obediente obedece más a la intención que a la palabra, juzgando que la voluntad del superior está en mi voluntad y que le manda a él por disposición y voluntad mía. Por esto te dije que obedecía más a la intención que a la palabra. Obedece también a la palabra, porque antes obedeció con el afecto a la voluntad del superior viendo con la luz de la fe y juzgando mi voluntad en la suya.

Bien demostró que obedecía ante todo con el afecto aquel de quien se lee en la *Vita Patrum* que, habiéndole impuesto su superior una obediencia, a pesar de haber empezado en su escritura una «o», no se permitió terminarla, sino que corrió inmediatamente a lo que la obediencia le llamaba. Para demostrar cuán agradable me era, mi Clemencia se encargó de completar la letra con escritura de oro.

Me es tan agradable esta gloriosa virtud, que en ninguna otra lo he manifestado con tantas señales y testimonios de milagros como en ella, porque procede de la luz de la fe.

Para demostrar cuánto me agrada, hago que la tierra obedezca al obediente, los animales se le sometan, el agua le sostenga. En cuanto a la tierra, acuérdate de lo que has leído de aquel discípulo que, habiendo recibido de su superior un leño seco, diciéndole por obediencia que lo debía plantar en la tierra y regarlo todos los días, él, obediente, por espíritu de la fe, no empezó a decir: ¿Cómo es posible esto? Mas, sin querer saber de la posibilidad de lo que le mandaban, obedeció. Por el mérito de la obediencia y de la fe, el leño seco reverdeció e hizo fruto, en señal de que aquella alma había sido arrancada de la sequedad de la desobediencia y, reverdecida, daba fruto de obediencia. De ahí que el fruto de este árbol fuera llamado por los Santos Padres el fruto de la obediencia.

También los animales irracionales. Así aquel discípulo que por obediencia, por la pureza y mérito de su virtud, cogió un dragón y lo llevó a su superior. Este, como verdadero médico, para que no cayese en vanagloria y para probar su paciencia, le echó de su presencia, reprochándole así: «Tú, como bestia, has traído atada otra bestia».

También el fuego, si te acuerdas. Así en la Sagrada Escritura encuentras que muchos, por no quebrantar mi obediencia y para obedecerme prontamente, echados al fuego, éste no los dañaba, como a aquellos tres niños que estaban en el horno, y otros muchos que se podrían referir.

El agua sostuvo a Mauro yendo por obediencia a librar a aquel discípulo que se estaba ahogando. El no pensó por

su cuenta, sino que a la luz de la fe no pensaba más que en cumplir el mandato de su prelado. Camina por el agua como por la tierra y salva el discípulo.

En todas estas cosas, si abres los ojos de tu inteligencia, encontrarás que te he manifestado la excelencia de esta virtud. Se debe dejar todo por la obediencia. Si estuvieras arrebatada en alta contemplación y unión de espíritu conmigo, de modo que tu cuerpo estuviera suspendido sobre la tierra, si te fuera impuesta la obediencia, deberías esforzarte para cumplirla inmediatamente, si te fuera posible, ya que hablo en general y no para un caso particular, que no hace ley. Piensa que no debes abandonar la oración en el tiempo señalado para ella si no es por caridad o por obediencia. Te lo digo para que veas cuán pronto quiero que sea en mis siervos y cuán agradable me es.

El obediente merece, haga lo que haga; si come, es la obediencia la que come; si duerme, si se va, si se queda, si ayuna, si vela, todo lo hace la obediencia. Si sirve al prójimo, si está en el coro, en el refectorio, en la celda, ¿quién le guía o le hace estar allí? La obediencia con la luz de la santísima fe, con la cual queda como muerto a toda propia voluntad, humillado y con menosprecio de sí mismo en los brazos de su orden y del superior. Con esta obediencia descansa en la nave y se deja guiar por su superior, y así atraviesa el mar tempestuoso de esta vida con gran bonanza, mente serena y tranquilidad de corazón, porque la obediencia con la fe disipó toda tiniebla. Está firme y seguro, porque ha perdido la debilidad y el temor al despojarse de la propia voluntad, de la que proviene toda debilidad y todo temor desordenado.

¿Qué come y qué bebe esta esposa de la obediencia?

Come el conocimiento de sí mismo y de mí al conocer que por sí mismo no es, conocer sus defectos y conocerme a mí, que soy el que soy, en quien gusta y come mi Verdad después de haberla conocido en mi Verdad, Verbo encarnado. Y ¿qué bebe? Sangre; en la Sangre, el Verbo, le he mostrado mi Verdad y el amor inefable que le tengo. En esa sangre demuestra la obediencia que por vosotros le impuse yo, su Padre Eterno. Y por esto se embriaga en ella. Una vez ebria de la Sangre y de la obediencia del Verbo, se pierde a sí misma y todo parecer y saber propios. Me posee a mí por gracia, gustándome por amor con la luz de la fe en la santa obediencia.

Su vida entera es un himno de paz, y en la muerte recibe lo que su superior le prometió en la profesión, es decir, la vida eterna, visión de paz y de suma y eterna tranquilidad y reposo, bien inestimable que nadie puede justipreciar ni

estimar en lo que vale, porque es infinito. Este bien infinito no puede ser comprendido por algo menor que él, lo mismo que el vaso metido en el mar, que no puede abarcar el mar entero, sino sólo la cantidad de agua que contiene en sí. Sólo el mar se contiene a sí mismo. De la misma manera, yo, Mar de paz, soy el único que me comprendo, me abarco y me estimo justamente. De esta estimación y comprensión me gozo en mí mismo. Este es el gozo y el bien que tengo en mí, y del que os hago participar a vosotros, a cada uno según su medida. Lleno al alma y no la dejo vacía, dándole bienaventuranza perfecta, comprender y conocer de mi bondad lo que yo le doy a conocer.

El obediente, pues, con la luz de la fe en la Verdad, encendido en el horno de la caridad, ungido con humildad, embriagado de la Sangre, con la hermana de la paciencia y con el menosprecio de sí mismo, con fortaleza y constante perseverancia y con todas las demás virtudes, mejor dicho, con el fruto de las virtudes, alcanza su fin en mí, que soy su Creador.

CAPITULO VII

Conclusión

§ 1. Resumen de todo el libro del «Diálogo»

[Cap. CLXVI.] He aquí, muy amada y queridísima hija, satisfecho tu deseo, del principio al fin, acerca de la obediencia.

Si bien te acuerdas, me hiciste desde el principio, con angustiado deseo que yo mismo te daba para que me lo pidieses a fin de aumentar el fuego de mi caridad en tu alma, cuatro peticiones:

Una para ti misma. A ella he satisfecho, iluminándote con mi Verdad y dándote a entender cómo puedes conocerla según tu deseo, mostrándote que en el conocimiento de ti y de mí, y con la luz de la fe, podías llegar al conocimiento de la Verdad.

En segundo lugar me pediste que tuviese misericordia con el mundo.

La tercera fué por el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Tú me rogaste que disipase las tinieblas y la persecución, queriendo que castigase en ti sus iniquidades. En este punto te declaré que ninguna pena que se padezca en tiempo finito puede satisfacer por la culpa cometida contra mí, que soy bien infinito. No puede satisfacer más que si va uni-

da con el deseo del alma y la contrición del corazón. Ya te he dicho cómo. Te he manifestado, además, que quiero usar de misericordia con el mundo, manifestándote que la misericordia es algo propio mío. Sólo por misericordia y por el amor inestimable que tuve al hombre mandé el Verbo de mi unigénito Hijo, al que para dártelo a entender claramente te presenté bajo la figura de un puente que llega del cielo a la tierra por la unión de mi naturaleza divina con vuestra naturaleza humana.

También te mostré, para iluminarte mejor sobre mi Verdad, cómo al puente se subía por tres escalones, es decir, con las tres potencias del alma. De este Verbo y de este puente te he enseñado los tres escalones, figurados en los pies, en el costado y en la boca; el estado imperfecto, el estado perfecto y el estado perfectísimo, en el que el alma llega a la excelencia del amor unitivo.

En cada uno de estos estados te he dado a entender claramente qué es lo que quita la imperfección y hace llegar al alma a la perfección, por qué camino se va y los engaños ocultos del demonio y del amor propio espiritual de sí mismo.

Te he hablado, a propósito de estos tres estados, de las tres acusaciones de mi clemencia; una, durante esta vida; la segunda, en el momento de la muerte para los que mueren sin esperanza, en pecado mortal, que son los que te dije, al referirte su desgracia, andaban debajo del puente, por el camino del demonio, y la tercera, en el momento del juicio universal. Algo te he dicho de las penas de los condenados y de la gloria de los bienaventurados cuando cada uno reciba de nuevo la propiedad de su cuerpo.

Te he prometido también, y te lo prometo otra vez ahora, que por los muchos sufrimientos de mis siervos reformaré a mi Esposa. Yo os he invitado a sufrir; contigo me he lamentado de sus iniquidades y te he mostrado la excelencia de los ministros y la reverencia con que quiero los traten los seglares, y cómo por sus defectos no debe disminuir esta reverencia, y cuán agradable me es lo contrario. Te hablé de la virtud de los que viven como ángeles, tocando también alguna cosa a este propósito de la excelencia del Sacramento.

Hablando sobre los tres estados del alma, tú quisiste saber sobre los estados de las lágrimas y de dónde proceden. Yo te lo referí, relacionándolos con los estados del alma. Te he dicho que todas las lágrimas surgen de la fuente del corazón y te he explicado el porqué. Te hablé de cuatro estados de lágrimas y de otra quinta que causa la muerte.

He respondido a tu cuarta petición: que yo proveyese

en cierto caso particular. Y yo proveí, como tú sabes. A propósito de esto, te he explicado mi providencia en general y en particular desde el principio de la creación del mundo hasta el fin, manifestándote cómo todo lo hizo y lo hace mi providencia divina, dando y permitiéndolo todo, tribulaciones, consolaciones espirituales y temporales. Todo está dispuesto por vuestro bien para que seáis santificados en mí y mi Verdad se cumpla en vosotros. Esta verdad es la siguiente: que yo os creé para que tuvierais vida eterna, y esta verdad os ha sido revelada por medio de la sangre del Verbo, mi Hijo unigénito.

Yo, en fin, he satisfecho tu deseo y he cumplido lo que te prometí, hablándote de la perfección de la obediencia y de la imperfección de la desobediencia, de dónde procede y qué cosa os la puede quitar. La he comparado a una llave necesaria para todos, y así es. Te he hablado de la obediencia particular, de los perfectos y de los imperfectos, de los que viven en estado religioso o la practican fuera de este estado; de la paz que da la obediencia y de la guerra que trae la desobediencia y cómo se engaña el desobediente, dándote a comprender cómo la muerte entró en el mundo por la desobediencia de Adán.

§ 2. Exhortación final de Dios a la Santa

Ahora yo, Padre Eterno, suma y eterna Verdad, concluyo diciéndote que en la obediencia del Verbo, unigénito Hijo mío, tenéis la vida, y así como todos contrajisteis la muerte por el primer hombre viejo, así todos los que quieran llevar la llave de la obediencia contraéis la vida por el hombre nuevo, Cristo, dulce Jesús, del cual os he hecho puente, porque estaba interrumpido el camino del cielo. Pasando por este dulce y recto camino, Verdad resplandeciente, con la llave de la obediencia, pasáis sin que puedan dañaros las tinieblas del mundo, y al fin con la llave del Verbo abrís el cielo.

Os exhorto ahora al llanto a ti y a los otros siervos míos. Por vuestras lágrimas, por vuestra humilde y continua oración, quiero usar de misericordia con el mundo. Corre muerta por este camino de la verdad para que no seas reprendida de haber andado lentamente, porque se te va a exigir ahora más que antes por habérteme manifestado a mí mismo en mi Verdad.

Procura no salir de la celda del conocimiento de ti. Conserva y aprovecha en ella el tesoro que te he dado. Tesoro que es doctrina de verdad fundada sobre la piedra viva de Cristo, dulce Jesús, vestida de luz, que disipa las tinieblas. Vístete de verdad de esta luz, dilectísima y dulcísima hija».

§ 3. Acción de gracias de Santa Catalina

[Cap. CLXVII.] Entonces aquella alma, habiendo visto con los ojos de su inteligencia y habiendo conocido con la luz de la santísima fe la verdad y la excelencia de la obediencia por haberlo escuchado en su espíritu y gustado en su amor, con angustiado deseo fijaba su mirada en la Majestad divina, a la que daba gracias diciendo:

«Gracias, gracias a ti, Padre Eterno, que no me has despreciado a mí, que soy tu hechura, ni has apartado tus ojos de mí, ni menospreciaste mis deseos. Tú, Luz, no has tenido en cuenta mis tinieblas; tú, Vida, no has tenido en cuenta que soy muerte, ni tú, Médico, te has apartado de mí por mis graves enfermedades. Siendo pureza eterna, me atendiste a mí, que estoy llena del lodo de muchas miserias. Tú, que eres infinito, te rebajaste hasta mí, que soy finita. Tú, Sabiduría, a mí, que soy necedad.

Por todos estos y otros infinitos males y pecados que hay en mí, tu Sabiduría, tu Bondad, tu Clemencia y tu Bien infinito no me ha despreciado, sino que me ha dado luz en tu luz. En la Sabiduría he conocido la verdad, en tu Clemencia he encontrado la caridad y amor del prójimo. ¿Quién te ha obligado a ello? No mis virtudes, sino sólo tu caridad. Que este mismo amor te fuerza a iluminar los ojos de mi inteligencia con la luz de la fe para que yo conozca tu verdad manifestada en mí. Haz que mi memoria sea capaz de retener tus beneficios y arda la voluntad en el fuego de tu caridad. Que este fuego haga derramar sangre a mi cuerpo y con esta sangre derramada por amor de la Sangre y con la llave de la obediencia abra yo la puerta del cielo. Esto mismo te pido de todo corazón para toda criatura racional en común y en particular y por el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Confieso y no lo niego que tú me amaste antes que yo fuese y que me amas inefablemente, como loco enamorado de la criatura.

¡Oh Trinidad Eterna, oh Deidad, cuya naturaleza divina dió valor a la sangre de tu Hijo!

Tú, Trinidad Eterna, eres mar profundo, en el que cuanto más penetro, más descubro, y cuanto más descubro, más te busco.

Hartas insaciablemente, porque el alma en tu abismo se sacia sin saciarse nunca y le queda siempre más hambre de ti, sed de ti, Trinidad Eterna, deseando verte con la luz en tu misma luz. Como desea el ciervo la fuente del agua viva [22], así mi alma desea salir de la cárcel del cuerpo tenebroso y verte a ti en verdad. ¿Por cuánto tiempo estará escondido a mis ojos tu rostro?

[22] Ps. 41.2.

¡Oh Trinidad Eterna, fuego y abismo de caridad! Disipa para siempre la nube de mi cuerpo. El conocimiento que de ti me has dado en tu verdad me constriñe a desear dejar ya la pesadez de mi cuerpo y dar la vida para gloria y alabanza de tu Nombre, porque he gustado y he visto con la luz de la inteligencia en tu luz tu abismo, Trinidad Eterna, y la belleza de tu criatura. Contemplándome en ti, vi que era imagen tuya al hacerme participante del poder tuyo, Padre Eterno, y en mi inteligencia, de tu sabiduría, que es propia de tu unigénito Hijo. El Espíritu Santo, que procede de ti y de tu Hijo, me ha dado la voluntad, por la que tengo capacidad de amar. Tú, Trinidad Eterna, eres el Hacedor, y yo la hechura. En la re-creación que de mí hiciste en la sangre de tu Hijo he conocido que estabas enamorado de la belleza de tu hechura.

¡Oh abismo, oh deidad eterna, oh mar profundo! ¿Podías dar algo más que darte a ti mismo? Eres fuego que siempre arde y no se consume. Eres fuego que consume en tu calor todo amor propio del alma. Eres fuego que quita toda frialdad. Tú alumbras. Con tu luz me has hecho conocer la verdad. Tú eres esta luz sobre toda luz que da luz sobrenatural a los ojos de la inteligencia; en tanta abundancia y perfección, que aclaras la luz de la fe, en la que veo que mi alma es vida, y en esta luz te recibe a ti, que eres luz.

En la luz de la fe adquiero la sabiduría en la sabiduría del Verbo de tu Hijo. En la luz de la fe soy fuerte, tenaz y perseverante. En la luz de la fe espero, y por ella no desfallezco en el camino. Esta luz me enseña el camino, y sin ella andaría en tinieblas. Por esto te pedí, Padre Eterno, que me iluminases con la luz de la santísima fe.

Esta luz es realmente un mar, porque sustenta al alma en ti, mar pacífico, Trinidad Eterna. En él el agua no está turbia y el alma no teme, porque conoce la verdad; tan clara, que deja ver las cosas ocultas; por esto, donde abunda la luz de tu fe, el alma encuentra la certidumbre de lo que cree. Es un espejo, ¡oh Trinidad Eterna!, puesto que en él me haces conocer. Para mirarme en él lo tengo con la mano del amor [23]. Yo me veo en ti, pues soy tu criatura, y te veo en mí, por la unión que realizaste de tu divinidad con nuestra humanidad.

En esta luz te conozco a ti, santo e infinito Bien; Bien sobre todo bien, Bien feliz, Bien incomprensible, Bien inestimable. Belleza sobre toda belleza. Sabiduría sobre toda sabiduría, porque tú eres la Sabiduría misma. Tú, manjar de

---

[23] En el arrebato de su vuelo místico florece en el lenguaje de Santa Catalina una imagen típicamente femenina sobrenaturalizada, divinizada: ¡se mira en la Trinidad Beatísima como en un espejo que sostiene con la mano del amor!

los ángeles, dado con fuego de amor a los hombres. Tú, vestido que cubre toda desnudez. Sacias el hambre en tu dulzura.

Dulce, sin mezcla de amargura.

¡Oh Trinidad Eterna! En la luz que me diste, recibida con la luz de la santísima fe, he conocido, por tu bondad en declarármelo de muchas y admirables maneras, el camino de la gran perfección para que te sirva con luz y no con tinieblas, sea espejo de buena y santa vida y me eleve de mi vida miserable, ya que por culpa mía te he servido siempre en tinieblas. No he conocido tu verdad, y por esto no la he amado.

¿Por qué no te conocí? Porque no te vi con la gloriosa luz de la santísima fe. La nube del amor propio ofuscó los ojos de mi inteligencia. Y tú, Trinidad Eterna, con tu luz disipaste las tinieblas. ¿Quién podrá llegar a tu altura para darte gracias por don tan desmesurado e inmensos beneficios que me has dado? La doctrina de verdad que me has comunicado es una gracia especial que has querido añadir a las que das a todas las criaturas. Quisiste condescender con mi necesidad y con la de otras criaturas, que en esta doctrina se mirarán como en un espejo.

Correspóndete tú mismo, Señor; tú que lo diste sé también el que corresponda y pague, infundiéndome la luz de tu gracia para que con esta luz yo te dé gracias. Vísteme, vísteme de ti, Verdad Eterna, a fin de que yo viva esta vida mortal con verdadera obediencia y con la luz de la santísima fe, con la que parece que ahora de nuevo embriagas mi alma.

DEO GRATIAS, AMEN

«Aquí termina el libro compuesto por la bendita virgen, fiel esposa y sierva de Jesucristo, Catalina de Siena, dictado en abstracción de sus sentidos, vestida con el hábito de Santo Domingo. Amén».

A P E N D I C E

Oraciones y elevaciones de Santa Catalina de Siena

ORACIONES [1]

I. Al Espíritu Santo [2]

Espíritu Santo, ven a mi corazón;
atráelo a ti por tu poder,
dame caridad con temor,
guárdeme Cristo de todo mal pensamiento
y enciéndeme con tu santísimo amor.
Que toda pena me parezca ligera,
santo mi Padre, y dulce mi Señor.
Ayúdame en todas mis necesidades.
Cristo, amor; Cristo, amor.

II. Al hacer el voto de virginidad [3]

¡Oh beatísima y santísima Virgen!, que fuiste la primera entre todas las mujeres en consagrar con voto perpetuo

[1] Las oraciones que constituyen la primera parte de este apéndice han sido espigadas por el P. Taurisano *(Preghiere ed elevazioni,* 2.ª ed., Roma 1932) de entre las páginas de la *Biografía* del Beato Raimundo de Capua y del *Suplemento* a esta *Biografía,* de Fr. Tomás Caffarini.

[2] Oración escrita, según el testimonio de Caffarini, de propia mano por Santa Catalina. En alguna habitación del castillo de la Rocca de Tentennano halló casualmente un tarrito del bermellón del que usaban los miniaturistas para iluminar los códices; con su pluma, y..., «según debemos pensar—dice—, por inspiración divina», escribió esta oración al Espíritu Santo. Fué en 1377 (Jörgensen, p. 326). El P. Grion cree poder negar la autenticidad de la misma por alguna incertidumbre en los textos que nos la han conservado. Y por ser la única «fórmula» trinitaria en Santa Catalina que no conserva claramente distintas las tres prerrogativas que atribuye a las tres divinas personas: el poder, al Padre; la sabiduría, al Hijo; la bondad, al Espíritu Santo (Grion, p. 174-177). Realmente, ¿son suficientemente sólidas estas razones para anular la larga tradición en favor de su autenticidad?

[3] Ante una imagen de la Virgen, en la casa de su padre, el tintorero de Fontebranda, Catalina, niña aún, consagra a Dios su virginidad. El Beato Raimundo de Capua en la *Biografía* de la Santa (I, c. 3: en Alvarez, p. 16) nos ha conservado la oración hecha por ella en esta ocasión. Desde entonces, Catalina se esforzará únicamente en agradar a Jesucristo, su Esposo, y en hacer su voluntad.

tu virginidad a Dios, y por esto te concedió ser Madre de su unigénito Hijo. Pido a tu inefable piedad que, no teniendo en cuenta mis pecados y defectos, te dignes concederme gracia tan grande y me des por Esposo al que deseo con toda mi alma: el sacratísimo Hijo único de Dios y tuyo, mi Señor Jesucristo.

III. Para vencer una tentación [4]

¡Mi dulcísimo Esposo! Tú sabes que jamás quise otro Esposo más que tú. Por esto te ruego que me socorras, que venza estas tentaciones en tu santo nombre. No te pido que me las quites, sino que pueda vencerlas.

IV. Después de la victoria [5]

—Dulcísimo Señor mío, ¿en dónde estabas tú cuando mi corazón se veía lleno de tanta deshonestidad?

(Jesús le respondió:)

—Yo estaba en tu corazón!

V. Sufrir y morir por Jesús [6]

¡Oh Caridad inestimable, oh primera Verdad! Sólo me sentiré plenamente satisfecha cuando reciba la gracia de sufrir grandes tormentos por ti y por tu gloria.

Señor, si en mi deseo de sufrir encuentras algo que pueda decirse mío por andar mezclado con cualquier sombra de vanidad y de amor propio, te suplico vivamente que lo aniquiles, y yo estoy dispuesta a destruirlo y desarraigarlo con toda prontitud de mi corazón.

---

[4] Poco antes de vestir el hábito austero, blanco y negro, de «mantellata», «un día que oraba ante una imagen de Jesús crucificado—dice el Beato Raimundo—, presentósele el demonio con un vestido de seda en la mano en ademán de querer vestírselo. Lo desechó ella con desdén e hizo la señal de la cruz. El demonio desapareció, pero le dejó adentro la tentación de adornarse. Turbada Catalina, y acordándose de su voto de virginidad», dijo esta oración a su Esposo (BEATO RAIMUNDO, *Biografía*, III, c. 6: en ALVAREZ, p. 320 s.).

[5] Una vez «mantellata», las tentaciones arreciaban de modo incoercible. Sufrió y luchó larga y denodadamente. Sólo con la aceptación generosa del sufrimiento por todo el tiempo que plugiera a Dios renació la calma en su espíritu. En esta ocasión hizo—según la *Biografía* (I, c. 11: en ALVAREZ, p. 75)—esta oración.

[6] Fray Nicolás di Bindo da Cascina había ido a Siena—cuenta Caffarini—por asuntos de la Orden, y, deseoso de conocer a Catalina, rogó a su confesor que le acompañase a Fontebranda. La Santa estaba absorta en oración, insensible... De sus labios oyeron las encendidas palabras de esta oración (*Suplemento* a la *Biografía*, de CAFFARINI, IV: en ALVAREZ, p. 374).

VI. Deseos de muerte [7]

Señor, amor mío, Esposo mío y Esposo de mi alma, ¿por qué no me liberas de la servidumbre de este cuerpo miserable? ¿Por qué la muerte no me arranca del mundo ahora que tú enciendes en mi corazón este vehemente deseo de verte pronto y contemplarte cara a cara por toda la eternidad? ¡Cuán inmensa es la grandeza de tu dulzura y de tu misericordia! ¿Por qué en este momento no me invitas con las suaves palabras con que invitaste a tu reino a tu santísima Madre?

VII. La pureza [8]

Señor, no me maravillo de los pecados de los hombres... Tú has herido mi corazón con tu perfectísima caridad y lo has guardado con la custodia de la pureza. ¡Oh si los cegados sensuales y lascivos pudiesen saborear la dulzura y suavidad de tu santo amor! Estoy segura que detestarían inmediatamente y experimentarían náuseas horrendas y hastío de los abominables placeres carnales y correrían ansiosos y sedientos a la fuente de tu suavidad.

Mas ¿por qué no corren detrás de tus olores?

(Esperada en silencio la respuesta del Señor, continuaba:)

Te entiendo, Verdad Eterna. Si consideraran atentamente y tuvieran presentes en su memoria los inmensos beneficios que todos los días les haces, se dejarían arrastrar fácilmente por la dulzura inefable de tu amor y se les vería correr con ansiedad de deseo a deleitarse en la fragancia de tantas dulzuras tuyas.

(Más tarde:)

¡Oh miserable alma mía! ¿Te atreverás acaso a levantar con soberbia tu frente contra tu Dios? Deseo, y mil veces desearía, entrar ahora mismo en el infierno, y no creo suficiente un infierno solo para castigar mi infinita miseria.

Señor, no llego a comprender lo que digo. Permaneceré pendiente siempre con el pensamiento de la delicada promesa que me hiciste al asegurarme que me querías toda

---

[7] Las circunstancias en que esta oración fué pronunciada por la Santa las cuenta también CAFFARINI (o. c., p. 374 s.): «Fué un día el confesor de Catalina a cierta casa donde suponía que estaría la Bienaventurada, y la halló toda abrasada de Dios, suspirando y sin poder decir palabra, ni menos conversar con las personas presentes. Mostraba deseos de irse, pero, como no tenía permiso del confesor, se quedó por obediencia, y, no pudiendo resistir más la grandeza del dolor y del amor, cayó desfallecida delante de todos».

[8] «Por largo tiempo, al caer la tarde, se sentía todos los días arrastrada hacia Dios con una fuerza irresistible que la abrasaba y levantaba (CAFFARINI, o. c., p. 378). Durante estos éxtasis, que duraban largo tiempo, se la oía hablar, en el tono de esta oración, con Dios Nuestro Señor».

conforme y conformada contigo, y que para esto ibas a imprimir en mi cuerpo tus dulcísimas llagas.

VIII. Por los pecadores y por los discípulos [9]

¡Oh Eterno Padre!, no puedes ignorar que estos miserables pecadores son criaturas tuyas y que te pertenecen por el título supremo de la creación.

¡Oh Hijo, oh Rey bendito! No puedes negar que sean tuyos estos desgraciados, puesto que por ti mismo los conquistaste por el título incontrastable de la redención. Escúchame, ¡oh Hijo obedientísimo!; escúchame y muéstrate propicio a mis plegarias. Presentándome al Eterno Padre con la prenda de tu sangre y de tu pasión en mis manos, no podrá alejarme de sí sin antes atender a mis ruegos.

Ayúdame, ¡oh Eterno Espíritu Santo!; por abominables que sean, por mucha que sea la enormidad de sus pecados, también te pertenecen, porque los hiciste tuyos al admitirlos a la participación de tu bondad.

(A estas instancias de Catalina respondía el Señor: «¿Por qué levantas hasta el trono de mi adorable Trinidad estos clamores?» Replicaba Catalina:)

Señor, tú sabes por qué clamo a ti con audaz confianza. Tú eres el que, inspirándome compasión y amor, me obligas a levantar mi clamor hasta tu trono. En lo mismo que tú me dices, veo indicio cierto de que estás resuelto y dispuesto ya a escucharme. Cuando vuelves a mí tus benignos ojos, descubro, revestidos de esta tu luz, mis hijos e hijas espirituales, mis hermanos y hermanas y todos aquellos que de día en día te conquisto con el deseo, desplegado ante ti en la oración, de verlos fieles a ti en todo tiempo.

Vuelvo la mirada a otra parte, y veo las almas de innumerables pecadores perdidas, y al verlo se me parte o más bien se me dilata el corazón con la fuerza de este amargo pesar. Vencida de este modo por la compasión, no puedo menos de llorar su miseria, como si yo misma me encontrase hundida en el fango de sus culpas.

Señor, me brindas una bebida de leche que, en el momento de probarla, era desagradable y amarga, inspirándome compasión por la desgracia de los pecadores, pero confortándome al mismo tiempo con la dulce y sabrosa leche de tus consolaciones. En el curso de tu vida mortal llevaste el peso de dos cruces, llevando sobre tus espaldas la pesada

[9] «Muy a menudo—se lee igualmente en el *Suplemento* de Caffarini—, llorando mucho, pedía al Señor por la conversión de los pecadores, e invocaba entonces de especial manera las tres personas de la Santísima Trinidad», como en esta oración (Caffarini, o. c., p. 387).

cruz de nuestros pecados. Del mismo modo, para que yo me conformase perfectamente contigo, me cargaste con el peso de dos cruces: una me abate el cuerpo con la enfermedad y otras angustias, la otra me traspasa el alma dolorida por la perdición y ceguera de tantos miserables pecadores obstinados.

IX. Vivir sufriendo y amando [10]

¡Oh ojo eterno! Tú eres el ojo que ilumina a todas las almas que vienen a este mundo. Tú eres quien ilumina a todos tus santos, y éstos se asemejan a los que no tienen en la frente más que un solo ojo. Tú, Señor, me haces enloquecer. Ayer me mostraste, como si lo tuviera próximo y ya preparado y casi ya puesto encima de mí, el vestido de la gloria, de modo que creía estar ya admitida en el número de los que ya gustan de ti; pero tú, en contra de lo que esperaba, la retiraste de mí. ¡Oh infeliz de mí! ¿Quién me librará de la servidumbre de la ley del pecado?

Te ruego, Señor, con toda insistencia que te dignes, finalmente, separarme y desprenderme de cualquier criatura. ¡Cuántas veces y con cuánta confianza he repetido esta súplica! Sin embargo, no te plugo hasta ahora hacer lo que tan ardientemente deseabas al decirme que jamás me negarás las gracias que te pida y que espero obtener. Porque tú sabes bien que nada te pediré sino aquello que por interna inspiración tuya me des a conocer ser tu voluntad que te pida, ya que es firme y constante mi propósito de no pedirte jamás nada en la oración si antes, cerciorada por los medios que te son propios, no he conocido que mi voluntad es grata y acepta a tu beneplácito.

Ahora comprendo bien, Señor mío, que lo que tú quieres es refrenar mi deseo, demasiado ardiente e inquieto, de ver mi alma separada cuanto antes de la cárcel de esta muerte continua. Hágase según tu voluntad.

Haz que viva siempre acongojada y cargada con males continuos y tribulaciones, de modo que experimente y sienta en mi cuerpo la acerbidad de toda suerte posible de penas.

Siento un vivo dolor en mis costados, pero no me quejo de este sufrimiento. Mi anhelo más ardiente es sufrir penas y dolores mucho mayores, y quisiera que de día en día aumentaran en mi cuerpo.

---

[10] Oyeron de labios de Santa Catalina esta oración su confesor y otras muchas personas presentes a uno de sus arrobamientos (Caffarini, o. c., p. 383).

X. Cómo corresponder a la gracia [11]

¡Oh Padre, oh Eterna Verdad! Tú haces oír y levantas tu voz sobre mi cabeza con el trueno dilatado de la amabilísima seguridad con que confirmabas la confianza de tu querido Pablo, sobrecogido de temor, diciéndole: Suficientísima y sobreabundante a tu necesidad presente te es mi gracia. ¡Oh Padre! ¿Por qué no cambias de lenguaje y dices más bien: Tú, vaso de miseria y de iniquidad, seas arrojada ahora en el abismo profundo del infierno? ¡Oh Padre Eterno, oh Amor Eterno! ¿Por qué no levantas sobre mi cabeza la voz y la palabra de tal condenación, habiendo transgredido con enormes desobediencias tus santos mandamientos? Me mandaste que no me alimentase más que en la mesa que tú me preparaste en la cruz, y, sin embargo, ningún cuidado he tenido en cumplir tu mandamiento, por mí torpemente quebrantado. No me maravilla que consolases a Pablo, llamado por ti vaso de elección, con aquella promesa de tu gracia suficientísima para darle fuerza para superar las molestias que le afligían. Lo que me maravilla es que repitas en alta voz estas mismas palabras y promesas sobre mí, que me reconozco despreciadora de tus mandamientos y rebelde descarada contra toda tu ley. Mas, ya que, con misericordia liberalísima, nos das tu gracia a los transgresores y rebeldes, enséñame, ¡oh Padre Eterno!, qué deseas que hagamos para conservar inviolable tu gracia y tu benevolencia y jamás dejemos de corresponder a ellas.

(Después de una pausa, continúa:)

Me das a entender tu voluntad de que jamás olvidemos que tu penetrante mirada ve y percibe todos nuestros actos. Que jamás nos tomemos la libertad de juzgar mal de cualquier criatura por maligna y perversa que pueda parecernos. Nuestro juicio debe pararse en considerar que todo nos sucede por disposición y permisión de tu voluntad, cuya equidad no es fácil comprender. Obrando de tal manera, no nos indignaremos con criatura alguna que fuere ingrata con nosotros.

Pero si el mal, las persecuciones y las calumnias, por los designios de tu voluntad, ¡oh Eterno Padre!, nos abruman, y nos prohibes, por otra parte, juzgar torcidamente de cualquiera que injustamente nos ofenda, muchos podrán creer que eres tú el autor del pecado y que a ti deba imputarse el pecado mismo. Pero yo sé muy bien que tú no eres

[11] «Fué otra vez el confesor con otro religioso a verla hacia la tarde, y la halló, como de ordinario, en éxtasis, y, poniéndose a escuchar, le oyeron pronunciar estas palabras...» (Caffarini, o. c., p. 384).

autor de la intención maligna del pecador, aunque seas causa última de su obrar, porque aquella operación no es perversa y viciosa en sí misma, en cuanto viene de ti, sino que la infección de aquel acto externo deriva de la mente depravada de quien no piensa en ti ni obra según tus rectísimos fines. Con todo esto me enseñas, dándome estos sapientísimos consejos, que, si quiero conformarme con tu voluntad, no debo escandalizarme por cosa alguna desagradable o penosa que me suceda, porque, si permites la malicia humana, es para exaltar tu omnipotencia, que sabe y puede recabar bienes notabilísimos de nuestro mal. La intención de éstos solamente a ti es conocida. Tú mandas que no juzguemos, sino que compadezcamos su fragilidad y, si es posible, se interprete en buen sentido la intención del que peca. No eres tú, ciertamente, la causa ni el autor de la perversidad y malicia encerrada en la intención, pero tú solo puedes ser su Juez competente.

XI. A LA BELLEZA ETERNA [12]

¡Oh amadísimo Joven, oh Verbo encarnado! ¿Qué has hecho? Señor, así lo quiero yo. Señor, cuando vuelves hacia mí tu mirada de benignidad, descubro tu imagen impresa y copiada en mí. Me mandas que en esto haga como los hombres del mundo, que, al llegar la noche o al ir a descansar, se quitan los vestidos pomposos, llevados con fastuosidad durante todo el día. Pero no quieres en lo restante que me adapte a sus costumbres, porque ellos por la mañana los toman de nuevo y con ellos se adornan con el mismo aire de vanidad. Todo lo contrario me mandas hacer a mí, es decir, que ya no busque más los vestidos que por la noche me quito para volvérmelos a poner a la mañana siguiente. Señor, no me pides cosas pequeñas; comprendo ser tu voluntad que sufra yo todos los trabajos que deberían sufrir mis hijos espirituales, de la misma manera que tú sufriste las penas y fatigas que nosotros merecimos.

Señor, enséñame un motivo tan eficaz y poderoso, que mueva y obligue casi a un alma a estar siempre unida a ti, sin que jamás pueda separarse. Señor, te he prometido muchas veces amarte sin cesar, pero no es posible que te ame si no me previene tu amor, que tan generoso se manifiesta para conmigo. Sin embargo, me esforzaré y pondré todos los medios que mi espíritu y mi ingenio me proporcionen para hacer lo poco de que sea capaz. Señor, yo te doy gra-

[12] El mismo Caffarini es quien nos transmite esta hermosa plegaria a la Belleza eterna, dicha por la Santa en circunstancias similares a las anteriores (CAFFARINI, o. c., p. 390).

cias infinitas, porque he recibido de tu bondad todo lo que he deseado y pedido. ¿Quién te ha inducido y persuadido a mostrarte tan benigno conmigo, dándome tantas gracias, como si no advirtieses y no conocieses lo que estabas haciendo y a quién dispensabas tantos bienes? Porque ¿quién soy yo? El que me favorezcas y me prevengas con la abundancia de tus gracias no se debe a mí, sino sólo a tu misericordia infinita. Lo reconozco plenamente, porque todo lo que de ti recibo es puro y gratuito don tuyo; nada bueno encuentro en mí, ni posibilidad de hacer algo bueno o digno de alabanza, si tú antes no me infundes la luz y no me enciendes con el ardor de tu santa caridad.

(Después de una pausa:)

Señor, no permitas que vuelvan a sus casas vacíos y en ayunas; antes que se vayan, difunde tus gracias en sus almas. Señor, yo no sosegaré nunca; noche y día, sin descansar, levantaré la voz diciendo: Señor, danos las virtudes verdaderas. Y, aunque me sean particularmente queridos, no me preocupa si no entra en tus designios difundir en sus corazones, mientras vivan en este mundo, las dulzuras que me has comunicado en tu trato familiar conmigo. Me basta que tú te des y te comuniques a ellos. No he olvidado, sin embargo, lo que en otra ocasión me dijiste: que nadie podía conseguirte y poseerte si antes no se perdía y se negaba a sí mismo.

(Luego, con grande alegría:)

¡Oh amor!, tú eres lo más dulce que existe; tú nos haces gustar una parte insignificante de los bienes y de los goces que esperamos gozar, con saciedad jamás harta, en la vida eterna.

(Después de una breve pausa, conmovida de nuevo por la plenitud de su gozo:)

¡Oh Eterna Belleza! ¿Por cuántos siglos permaneciste desconocida y escondida para el mundo! ¡Oh Eterna Caridad, oh Amor! Yo te quiero amar con todas las fuerzas de mi corazón, con afecto veraz y constante; pero dame todavía el consuelo de que vea despedazados los corazones de todos los aquí presentes con la fuerza de tu santo amor. Señor, confieso que soy mala, y por esto indigna de impetrar de ti gracias de tanto valor, pero lloro confundida de mi miseria, y me ofrezco dispuesta a hacer lo que hizo la humanidad de Cristo, asumida también ella de la masa de Adán y amasada con ella. Quiero que ilumines a estos mis queridos hijos. Señor, abate el muro que se interpone entre ti y ellos para que te amen sin estorbo de ningún género.

XII. No sólo de pan [13]

¡Oh superdulcísimo Esposo mío! ¿Por qué me alejas de ti? Si he ofendido a tu Majestad, aquí está este miserable cuerpo mío para que a tus pies sea castigado, en lo que yo te ayudaré gustosamente; pero no permitas que me vea afligida con pena tan dura de verme separada de ti, amantísimo Esposo mío, por cualquier motivo y aunque sea por poco tiempo.

¿Qué tengo que ver yo con aquella comida? Yo tengo que comer lo que no saben estos cuya compañía me impones ahora. ¿Es que de sólo pan vive el hombre? O ¿no vive todo viador de la palabra que sale de tu boca? Como tú sabes mejor que yo, he huído de toda humana conversación para que pudiese encontrarte a ti, Dios mío y Señor mío. Ahora, pues, que por tu misericordia te he encontrado y que por tu dignación y gracia especialísima te poseo, ¿deberé dejar este tesoro incomparable y mezclarme de nuevo con las angustias y vacilaciones humanas y que de nuevo crezca mi ignorancia y, deslizándome poco a poco, termine réproba en tu presencia? Lejos, Señor, de la inmensa perfección de tu bondad infinita el ordenarme a mí o a cualquier otro que el alma se separe de ti.

XIII. Por el padre moribundo [14]

¡Oh amantísimo Señor! ¿Cómo podré sufrir que el alma del que por tu designio me engendró y me nutrió con tanta diligencia y tantos consuelos me ha dado en toda su vida sea atormentada en fuego tan vivo y tan cruel? Te suplico y te ruego por todas tus bondades que no dejes salir de su cuerpo a aquella alma hasta que de una o de otra manera haya quedado limpia, y quede por ello totalmente libre del fuego del purgatorio.

XIV. Por «suor Palmerina», enemiga suya [15]

Señor mío, ¿acaso he nacido yo, miserable, para ser ocasión de que las almas, creadas a tu imagen, vayan al fue-

13 Oración pronunciada con ocasión de haberle indicado el Señor que dejase el coloquio fervoroso con El para acudir a la mesa con los suyos (Beato Raimundo de Capua, *Biografía* II, c. 1: en Alvarez, p. 87).

14 Estando su padre, Jacopo de Benincasa, gravemente enfermo en agosto de 1368, la Santa, comprendiendo que era voluntad de Dios el que pasase a la eternidad, le pide que le libre de las penas del purgatorio (Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, II, c. 7: en Alvarez, p. 171).

15 Es conocido, por el testimonio del Beato Raimundo *(Biografía*, II, c. 6: en Alvarez, p. 111), la antipatía, rayana ya al odio, que

go eterno? O ¿quieres, en verdad, permitir que sea ocasión de condenación eterna para esta hermana mía, para la que debía ser instrumento de salvación? Lejos, Señor mío, de la grandeza de tus misericordias cosa tan horrible. Lejos de tus eternas bondades el permitir algo tan doloroso. Mejor habría sido, quizá, el que yo no hubiera nacido que no que por culpa mía, en cualquier forma, se condenen las almas conquistadas con tu sangre.

Miserable de mí, ¿son éstas las promesas que por tu generosidad me hiciste cuando me dijiste que sería fecunda, según mi deseo, para la salvación de las almas de mi prójimo? ¿Son éstos, acaso, los frutos de salvación que deben producir por mí, como instrumento tuyo, el que por mí mi hermana perezca eternamente? Porque son indudablemente mis pecados la causa de todo y no merezco por mis obras otro fruto más que éste. Pero no por esto dejaré de implorar tus misericordias y no cesaré de rogar a tu infinita bondad hasta que los males que yo he merecido se conviertan en bien y mi hermana se libre de la muerte eterna.

Señor mío, no me levantaré ni me iré de aquí, como no sea muerta, hasta que no tengas misericordia, como te he pedido, de mi hermana. Castiga sobre mí su pecado, sea el que sea... Ya que soy yo la razón de su mal, yo debo ser castigada y no ella.

(Y añadía:)

Misericordiosísimo Señor, por toda tu bondad y por toda tu misericordia, te ruego que no permitas que el alma de mi hermana salga del cuerpo hasta que reciba tu gracia y tu misericordia. ¿Qué más debo decir?

XV. Con ocasión de una grave calumnia [16]

¡Omnipotentísimo Señor y amadísimo Esposo mío! Tú sabes cuán delicada es la fama de toda virgen y qué fácil es manchar la honestidad de tu esposa. (Por esto quisiste que tu gloriosísima Madre tuviese un esposo legal.) Sabes también que todo esto lo ha inventado el padre de la mentira

---

tuvo siempre para Santa Catalina una compañera «mantellata»: sor Palmerina. «Cuando Catalina supo que estaba a las puertas de la muerte sin haber podido recibir los Sacramentos, se encerró en su cuarto y se puso a conjurar con fervor a su Esposo que no permitiera que por su causa se perdiera aquella alma».

[16] Otra «mantellata» de «lengua suelta y pestilencial» contrajo la lepra. A los cuidados delicados de Catalina correspondió con una calumnia contra la honestidad. «Si bien su corazón sufría mucho con tan afrentosa calumnia, no asistía con menos amor a quien la había inventado. Cuando volvía a su cuarto, se refugiaba en la oración y su alma desahogaba su pena...» (Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, II, c. 4: en Alvarez, p. 118).

para retraerme del servicio comenzado por tu amor. Ayúdame, pues, Señor Dios mío, que conoces mi inocencia, y no permitas que la serpiente antigua, abatida y vencida por tu pasión, pueda nada contra mí.

(El Señor se le apareció teniendo una corona de oro adornada con piedras preciosas en la mano derecha, y en la izquierda, una corona de espinas, y le habló así:)

Sepas, carísima hija mía, que es necesario que en ocasiones o en tiempos distintos seas coronada con estas dos coronas. Elige, pues, la que prefieras; es decir, o ser coronada con esta de espinas en el curso de esta vida, y te reservaré la otra preciosa para la vida perdurable, o si prefieres, toma esta preciosa ahora, y te guardaré esta de espinas para después de la muerte.

(Entonces respondió:)

Señor mío, hace ya mucho tiempo que renuncié a mi voluntad y decidí seguir la tuya. Por lo cual no me corresponde a mí elegir cosa alguna. Pero ya que deseas que responda, te digo que elijo conformarme siempre en esta vida a tu beatísima pasión y, para mi alivio, abrazarme siempre al sufrimiento por amor tuyo.

(Después que Jesucristo le hizo besar su costado:)

¡Oh Señor de inefable misericordia! ¡Cuán dulce eres para los que te aman, cuán suave para los que te gustan, pero mucho más suave para los que beben de ti!

XVI. Por la conversión de un pecador [17]

¡Señor mío amantísimo! No sé quién podrá evitar la condenación eterna si tienes en cuenta nuestras iniquidades. ¡Oh Señor mío! Creo firmemente que bajaste al vientre de la purísima Virgen María y que sufriste por nosotros muerte cruel no para castigar nuestras iniquidades, sino para perdonarlas. Me manifiestas a mí, Señor, los pecados de un hombre y sobre ti, Dueño mío, has llevado todos los pecados. No he venido para disputar contigo sobre la justicia de esto, sino que he venido a pedir tu misericordia, ¡oh Señor mío!, y tu clemencia infinita. Si te acuerdas, ¡oh mi Señor!,

[17] Este era Andrea di Naddino. Entregado a todos los vicios, en sus últimos momentos, no quería ni oír hablar de arrepentimiento y penitencia. Había llegado a pisotear el crucifijo y a arrojar al fuego una imagen de la Virgen. Todos los esfuerzos de sacerdotes y familiares resultaban en vano. Fray Tomás de la Fuente, al que habían acudido los parientes como confesor de Catalina, rogó a ésta que pidiera su conversión. La ferviente oración de la Santa, que nos transmite el Beato Raimundo de Capua, arrancó de Dios el gran milagro (Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, II, c. 7: en Alvarez, p. 175).

me dijiste que querías que fuese motivo de salvación para muchas almas. No me queda en este mundo más consuelo que el de saber que mis prójimos se convierten a ti. Sólo por este motivo puedo soportar y sufro con paciencia no estar del todo unida a ti. Si no me concedes, pues, esta alegría, ¿para qué es necesaria ya mi vida en este mundo? No me apartes de ti, dulce Señor; devuélveme a mi hermano, caído en la obstinación y en la ceguera de su espíritu.

XVII. Por dos condenados a muerte [18]

¡Oh Señor santísimo! ¿Por qué dejas y permites que tus criaturas, hechas a tu imagen y semejanza y redimidas con tu preciosa sangre, sean vejadas tan cruelmente por los demonios con tantos desprecios y tormentos corporales?

Tú iluminaste, Señor, al ladrón crucificado junto a ti, y él, aun sufriendo justo castigo por sus pecados, te confesó cuando tus apóstoles dudaban, y pudo oír aquella dulcísima voz: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Esto hiciste para que todos los demás tuvieran esperanza en el perdón.

Tú no despreciaste ni abandonaste a San Pedro, que te había negado, sino que lo miraste con clemencia después de su negación. Tú no rechazaste a María la pecadora, sino que, perdonándole, la trajiste a ti.

No rechazaste a Mateo, publicano, ni a la cananea, ni al príncipe de los publicanos llamado Zaqueo. sino que los llamaste a ti con mucha clemencia. Por esto, confiadamente recurro a ti para que con diligente solicitud socorras a estas almas.

XVIII. Por la madre, en peligro de perdición [19]

¡Oh Señor mío! ¿Dónde están las promesas que me hiciste al decirme que ninguno de mi casa se condenaría?

Tú sabes también que me prometiste no llevar a mi madre de este mundo al otro hasta que no estuviera conforme con tu voluntad. Y ahora sé que ha fallecido sin los sacramentos de la Iglesia.

Te ruego por tus misericordias que no permitas que quede defraudada en mis deseos, ni me alejaré jamás de aquí si no me devuelves viva a mi madre.

---

[18] Esta oración fué el eco que encontraron en el alma de Catalina, a la sazón en casa de Alessia Saracini, las horrendas blasfemias de dos condenados a muerte que eran conducidos en un carro al suplicio. Antes de ser ajusticiados, se reconciliaron con Dios (Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, II, c. 7, p. 179).

[19] Monna Lapa no se resignaba a morir y a dejar a los suyos. Rehusaba los Sacramentos. Catalina, su hija, imploraba así de Dios la gracia para su madre (Beato Raimundo de Capua, *Biografía*, II, c. 8, p. 193).

XIX. Para hacer cesar el milagro del vino [20]

¡Oh Señor mío! ¿Por qué castigas así a tu sierva? He sido hecha oprobio ante todo el mundo. Todos tus siervos pueden vivir entre la gente menos yo.

Yo no te pedí jamás este nuevo vino, sino que, como tú sabes, hace ya mucho tiempo que me he privado de beberlo, y ahora por causa de este vino me he convertido en motivo de escándalo para el pueblo.

Te ruego, Señor mío, que lo hagas cesar, a fin de que también termine y no siga propagándose esta fama, divulgada por el pueblo, en torno mío.

ELEVACIONES [21]

I. Por el sumo pontífice [22]

¡Oh Deidad, Deidad, inefable Deidad! ¡Oh suma Bondad, que sólo por amor me has hecho a imagen y semejanza tuya, no diciendo cuando creaste al hombre: «Sea hecho», como dijiste al hacer las demás criaturas, sino: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra,* ¡oh amor inefable!, para significar que en esta creación consentía toda la Trinidad! Y le has dado al hombre la forma de la Trinidad, Deidad Eterna, en las potencias de su alma, dándole la memoria para conformarle a ti, Padre Eterno, que, como Padre, tienes y conservas todas las cosas en ti. Así le has dado la memoria para que tenga y conserve lo que el entendimiento ve, entiende y conoce de ti, Bondad infinita, parti-

[20] Milagro minuciosamente contado por el Beato Raimundo (*Biografía,* II, c. 11, p. 243). Fué tal el revuelo que el vino milagrosamente conseguido provocó, que los obreros dejaban sus trabajos al ver a Catalina, le salían al encuentro y decían: «He aquí la que no bebe vino y ha llenado todo un tonel de vino milagroso». Cuando ella lo supo, quedó desolada y derramaba ante Dios sus lágrimas y oraciones para que cesara el escándalo».

[21] Bajo este título de *Elevaciones* se publican estas oraciones de Santa Catalina de Siena, pronunciadas todas ellas después de la sagrada comunión en forma de ascensiones o contemplaciones. El P. Taurisano las recoge de dos códices, uno de Siena y el otro de Viena (descubiertos por el Prof. Duprè-Theseider); de la edición de 1500, de Aldo Manuzio, y de la de Gigli, en 1707, en ambas como apéndice al *Diálogo.* Es la colección llamada oficial de las oraciones de Santa Catalina.

[22] Hizo esta oración en Aviñón habiéndole el papa Gregorio XI enviado a decir que, por la mañana principalmente, rogase a Dios por él, y fué recogida y escrita por Tomás Petram, abreviador entonces de este Padre Santo y luego secretario del papa Urbano VI. «Fué hecha—dice Taurisano, p. 62—ciertamente en los primeros días de agosto de 1376. La oración de Catalina principalmente y su acción personal sobre el papa Gregorio XI vencieron, por fin, sus vacilaciones y la fuerte oposición de las presiones políticas para su retorno a Roma; partió de Aviñón el 13 de septiembre de aquel mismo año de 1376».

cipando también así de la sabiduría de tu Hijo unigénito. Le has dado la voluntad, clemencia dulce del Espíritu Santo, que se levanta llena de tu amor, como si fuera una mano que toma lo que el entendimiento conoce de tu inefable Bondad. Con la voluntad y las manos vigorosas del amor llena la memoria del afecto de ti.

Gracias, gracias sean dadas a ti, alta y eterna Deidad, por tanto amor como nos has demostrado dándonos tan dulce forma y poder en nuestra alma, es decir, inteligencia para conocerte, memoria para acordarse de ti y conservarte dentro de sí, y la voluntad y amor para amarte a ti sobre todas las cosas. Cosa razonable es que, conociéndote a ti, Bondad infinita, te ame, y sea este amor tan fuerte, que ni el demonio ni ninguna criatura racional se lo puede quitar si él no quiere. Con razón debe avergonzarse el hombre que no te ama al verse tan amado de ti.

¡Oh Deidad eterna! Yo veo en ti amor inestimable, puesto que caídos, por nuestra miseria y fragilidad, en la fealdad del pecado, desobedeciéndote nuestro primer padre a ti, alto y eterno Padre, veo que fué el amor el que te obligó a posar los ojos de tu piedad sobre nosotros, *míseros miserables*. Por esto enviaste el Verbo de tu unigénito Hijo, Verbo, Palabra encarnada, velado por la miseria de nuestra carne, vestido de nuestra mortalidad. Y tú, Jesucristo, Reconciliador, Reformador y Redentor nuestro, te has hecho mediador, Verbo, Amor; y has hecho una gran paz de la gran guerra levantada por el hombre contra Dios. Has castigado nuestras iniquidades y la desobediencia de Adán sobre tu cuerpo, haciéndote obediente hasta la afrentosa muerte de la cruz. Sobre la cruz, Amor, dulce Jesús, satisficiste a la vez por la injuria hecha a tu Padre y por nuestra culpa, tomando sobre ti mismo venganza de la injuria hecha al Padre.

* * *

Por cualquier parte a donde me vuelva, no encuentro más que amor inefable. Y no hay excusa posible para no amarte, porque tu solo, Dios y Hombre, eres el que me ha amado, sin antes haber sido amado por mí, ya que yo no existía y tú me hiciste. Todo lo que yo quiero amar y que tenga ser en sí, lo encuentro en ti, menos el pecado, que no tiene ser en ti, y por esto no es digno de ser amado. Si queremos amar a Dios, tenemos tu inefable Deidad; si queremos amar al hombre, tú eres hombre y puedo conocerte a ti, Pureza inestimable; si quiero amar al Señor, tú eres el que ha pagado el precio de tu sangre para sacarnos de la esclavitud del pecado. Tú eres Señor, Padre y Hermano

nuestro por tu benignidad y desmesurada caridad, Deidad Eterna. El Verbo, Hijo tuyo, conociendo y cumpliendo tu voluntad, quiso derramar su preciosa sangre por nuestra miseria en el árbol saludable de la santísima cruz.

Tú, Deidad, suma Sabiduría; yo, ignorante, miserable criatura. Tú, suma y eterna Bondad; yo, miserable criatura. Yo, muerte, y tú, Vida; yo, tinieblas, y tú, Luz; yo, necedad, y tú, sabiduría; tú, Infinito, y yo, finita; yo, enferma, y tú, Médico; yo, frágil pecadora, que jamás te ama; tú, Belleza purísima, y yo, vilísima criatura. Tú, por amor inefable, me sacaste de ti, y a todos nosotros nos atraes a ti por pura bondad tuya y no por obligación, si queremos dejarnos arrastrar a ti y nuestra voluntad no se rebela contra la tuya.

¡Ay de mí! Pequé, Señor; ten misericordia de mí. No mires, Bondad Eterna, nuestras miserias, que por culpa nuestra hemos cometido, apartándonos de tu desmesurada bondad y alejándose nuestras almas de su propio objeto. Pero te ruego por tu infinita misericordia que abras los ojos de tu suma clemencia y piedad y mires a tu única Esposa. Abre los ojos de tu vicario en la tierra para que no te ame a ti por sí, ni a sí mismo por ti, sino que te ame a ti por ti y a sí mismo por ti, porque, cuando te ama a ti *por sí*, todos perecemos, ya que en él están nuestra vida y nuestra muerte y tiene él el cuidado de recogernos a nosotros, ovejas que perecemos. Si se ama a sí mismo *por ti* y a ti *por ti*, vivimos, porque del Buen Pastor recibimos ejemplo de vida.

¡Oh suma e inefable Deidad! He pecado y no soy digna de rogarte a ti, pero tú eres potente para hacerme digna de ello. Castiga, Señor mío, mis pecados y no te fijes en mis miserias. Un cuerpo tengo, y éste te doy y ofrezco; he aquí mi carne, he aquí mi sangre. Abranse sus venas, destrúyanse, sepárense mis huesos por aquellos por los que te pido. Si es tu voluntad, tritura mis huesos y mis tuétanos por tu vicario en la tierra, único esposo de tu Esposa, por el cual te ruego te dignes escucharme; que este tu vicario considere tu voluntad, la ame y la cumpla para que no perezcamos. Dale un corazón nuevo, que crezca continuamente en gracia, fuerte para levantar el pendón de la santísima cruz, a fin que los infieles puedan participar, como nosotros, del fruto de la pasión, la sangre de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado.

Eterna, inefable y alta Deidad. Pequé, Señor; ten piedad de mí.

(Después de una pausa:)

¡Oh Deidad. Deidad, eterna Deidad! Yo confieso y no niego que tú eres Mar pacífico, donde se apacienta y se

nutre el alma que descansa en ti por amor y por unión de amor, conformando su voluntad con la tuya, alta y eterna Voluntad, que no quiere otra cosa más que nuestra santificación. Y el alma que esto ve, se despoja de su voluntad y se viste de la tuya.

¡Oh dulcísimo Amor! Esto me parece me manifiestas y que es señal verdadera de los que están en ti, el que sigan tu voluntad a tu manera y no a la suya. Esta es una señal inmejorable. Que estén revestidos de tu voluntad, que en los acontecimientos sepan ver tu voluntad y no la de las criaturas racionales y no se alegren más en las cosas prósperas que en las adversas, juzgando que tu voluntad se las ha dado movido sólo por el amor. Prósperas o adversas, las ama todas como creadas por tí, porque son todas bellas y, por tanto, dignas de amor, menos el pecado, que de ti no tiene ser, y por esto no es digno de ser amado. Y yo pequé, mísera miserable, amando el pecado. Pequé, Señor; ten compasión de mí.

* * *

Castiga, Señor mío, mis pecados; purifícame, Bondad Eterna, inefable Deidad. Escucha a tu sierva y no mires la muchedumbre de mis iniquidades. Te ruego que endereces a ti el corazón y la voluntad de los ministros de la santa Iglesia, Esposa tuya; que te sigan a ti, Cordero sacrificado, pobre, humilde y manso, por el camino de la santísima cruz a tu manera y no a la suya. Que sean criaturas angélicas; ángeles terrestres en esta vida, porque deben administrar la sangre y el cuerpo de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado; no sean brutos animales, porque los animales no tienen razón en sí mismos, y éstos se harían indignos de tenerla. Unelos y báñalos, Piedad divina, en el mar tranquilo de tu bondad, y no esperen ya por más tiempo, perdiendo el que tienen, en espera del que no tienen.

Pequé, Señor: ten piedad de mí. Escucha a tu sierva. Yo, miserable, te pido que escuches mi voz, que clama a ti, Padre piadosísimo. También te ruego por todos los hijos que me has dado, y que amo con particular amor por tu inestimable caridad, suma, eterna e inefable Deidad. Amén.

II. Por la Iglesia y el pontífice [23]

¡Oh Padre omnipotente, Dios Eterno! ¡Oh inestimable y dulcísima Caridad! Yo veo en ti, y lo llevo en el corazón,

[23] «Hizo esta oración en Génova para apartar al papa Gregorio del propósito de volverse atrás—a Aviñón—después de haberse deliberado en el consistorio el que volviese a Roma». Es Caffarini quien cuenta

que eres el Camino, la Verdad, la Vida, por quien es necesario que pase todo hombre que quiera venir a ti; Camino, Verdad y Vida que tu amor inefable da por medio del verdadero conocimiento de la sabiduría de tu Hijo unigénito, Señor Nuestro Jesucristo.

Tú eres aquel Dios Eterno incomprensible que, estando muerto el linaje humano por la miseria de su fragilidad, nos enviaste el verdadero Dios y Señor Nuestro Jesucristo vestido con nuestra carne mortal. Y has querido que viniese no con placeres y pompas de este mundo transitorio, sino con angustia, pobreza y tormentos, conociendo y cumpliendo tu voluntad por nuestra redención, despreciando los peligros del mundo y los obstáculos del enemigo para vencer la muerte con la muerte, haciéndose obediente hasta la afrentosísima muerte de cruz.

* * *

¡Oh Amor incomprensible! Tú eres el mismo que envías con angustias y peligros a tu vicario a reconquistar los hijos que han muerto por haberse alejado de la obediencia de la santa madre Iglesia, única Esposa tuya, como mandaste a tu querido Hijo, Salvador nuestro, a librar a los hijos muertos de la pena de la desobediencia y de la muerte del pecado. Mas los hombres, frágiles criaturas tuyas, con perverso y presuntuoso juicio y con amor carnal, juzgan lo contrario, y, empujados por el enemigo, impiden tu voluntad y el fruto de su salvación alejando a tu vicario en la tierra del cumplimiento de su fecunda misión.

¡Oh Amor Eterno! Estos no temen la muerte del alma, sino la del cuerpo, y juzgan según su sentido y amor propio y no según tu verdadero juicio y la profunda sabiduría de tu Majestad. Tú has sido puesto por regla nuestra y eres la puerta por la que es necesario pasar, y por esto debemos gozarnos en las fatigas y angustias, puesto que para esto hemos nacido. El mundo y nuestra carne muy miserable no producen más que frutos de amargura por tu admirable providencia para que no nos gocemos en ellos ni en ellos esperemos, y nos gloriemos sólo en los frutos de salvación y en tus dones celestiales.

Debe, pues, alegrarse ciertamente tu vicario, cumpliendo tu voluntad y siguiendo el camino de justicia de Jesucristo, ya que El abrió sus venas y destrozó por nosotros su santísimo cuerpo y dió su sangre para lavar nuestros pecados y

---

que en este alto del viaje, ante las pésimas noticias de Roma y de Florencia, arreció la presión de los cardenales franceses para hacerle desistir del retorno a Roma. El papa fué a ver a Catalina, y salió lleno de valentía del coloquio son la Santa.

conquistar nuestra salud con su inefable piedad. Y ha dado las llaves a tu vicario para atar y desatar nuestras almas a fin que cumpliese tu voluntad y siguiese tus huellas. Por esto ruego humildemente a tu santísima clemencia que de tal modo lo purifiques, que su corazón arda en el santo deseo de recuperar los miembros perdidos y que los recupere con la ayuda de tu altísimo poder. Y, si su tardanza, ¡oh Amor Eterno!, te desagrada, castígala en mi cuerpo, que te lo ofrezco y lo rindo ante ti para que, según los designios de tu voluntad, lo castigues con los azotes y lo destruyas.

Señor, pequé, ten misericordia de mí. Tú, Dios Eterno, te enamoraste de tu hechura por gracia inefable y por tu clemencia. Y por esto mandas a tu vicario que la recupere cuando perece. Por todo lo cual, yo, indigna y miserable pecadora, te doy gracias. ¡Oh infinita Bondad y Caridad inestimable, Dios verdadero! Avergüéncese el hombre, hijo de Adán, al que sólo por amor has reconquistado con la muerte de tu Hijo, de no hacer siempre tu voluntad, no deseando, como no deseas, otra cosa más que nuestra santificación.

Haz, Dios Eterno, que por divina caridad te has hecho hombre y por amor te has unido con nosotros, que tu vicario cumpla sólo tu voluntad, ya que le mandas administrar las gracias espirituales para nuestra santificación y recuperar los hijos perdidos. Que no preste oídos a los consejos de la carne, que juzga según el sentido humano y el amor propio, y no se atemorice por ninguna adversidad aunque todo le faltara, menos tú, sumo Dios.

No consideres los pecados de la que a ti clama, antes escucha a tu sierva por la clemencia de tu inestimable caridad. Tú, al alejarte de nosotros, no nos has dejado huérfanos, sino que nos has dejado a tu vicario, que nos da el bautismo del Espíritu Santo, y no sólo una vez (con el bautismo del agua somos, sí, lavados una vez solamente), sino que nos lava constantemente por su santo poder y nos purifica de nuestros pecados. Tú has venido a nosotros cargado con nuestros improperios, y nosotros, alejándonos de ti, juzgamos según la carne y el amor propio. Estás demacrado porque el hombre, tu criatura, hace estériles tus gracias, despojando a tu única Esposa. Haz, pues, Piedad Eterna, que tu Vicario sea devorador de las almas, ardiendo en santo deseo de tu honor y acercándose a ti solamente, porque tú eres alta y eterna Bondad. Que restablezca a tu Esposa limpia de nuestras enfermedades con su saludable consejo y obras virtuosas.

Todavía te pido, Dios Eterno, que reformes la vida de estos siervos tuyos; que te sigan a ti, sólo Dios, con cora-

zón simple y voluntad perfecta. No mires la miseria de la que por ellos te ruego y plántalos en el jardín de tu voluntad. Te bendigo, ¡oh Padre Eterno!, para que tú bendigas a estos siervos tuyos; que por ti se desprecien a sí mismos y sigan la pureza única de tu voluntad, la sola eterna y perpetua. Por todos ellos te doy gracias. Amén.

III. En la fiesta de la Conversión de San Pablo [24]

¡Oh Trinidad Eterna!, una Deidad, una en esencia y trina en personas. Tú eres una vid con tres sarmientos, si es lícito que pueda compararte así. Tú has hecho al hombre a tu imagen y semejanza para que él, por las tres potencias que tiene en un alma, se asemeje a tu trinidad y a tu unidad. Has hecho que esta semejanza fuese mayor todavía al hacer que por la memoria se asemejase y se uniese al Padre, al que se atribuye el poder; por la inteligencia se asemejase y se uniese al Hijo, al que se atribuye la sabiduría, y por la voluntad se asemejase y se uniese al Espíritu Santo, al que se atribuye la clemencia, que es el amor del Padre y del Hijo.

Tú, ¡oh San Pablo!, consideraste bien esto, y has sabido en verdad de dónde venías y adónde ibas, porque has conocido tu principio y tu fin y por qué camino ibas a tu fin; y así has unido las tres potencias de tu alma a las tres divinas personas. Has unido la memoria al Padre, acordándote perfectamente de que es El el principio, del cual proceden todas las cosas; no solamente las cosas creadas, sino también, a su modo, estas personas divinas, y así en modo alguno has dudado de que El es el principio.

Tú has unido la potencia de la inteligencia al Hijo, Verbo, comprendiendo perfectamente todo el orden, que reduce todas las cosas criadas a su fin, que es su mismo principio, ordenado por la sabiduría del Verbo. Y para que esto más manifiestamente apareciese, el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros, para que, siendo *Verdad*, por sus obras se hiciese Camino para que pudiéramos ir a la vida, para la que habíamos sido creados, y de la que nos veíamos privados. Has unido la voluntad al Espíritu Santo, amando perfectamente a aquel amor y a aquella clemencia, que comprendías ser la causa de toda la creación y de todas las gracias dadas a ti sin mérito precedente.

Y sabías que todo esto lo ha hecho la divina clemencia sólo para hacerte feliz y bienaventurado. Por esto, tú en

---

24 Oración hecha por Santa Catalina, recogida por Fr. Raimundo, su confesor, mientras ella estaba en éxtasis después de la comunión el día de la Conversión de San Pablo.

este día, después que por el Verbo fuiste convertido del error a la verdad, y puesto que has recibido el don de ser arrebatado al cielo, donde viste la esencia divina y las tres personas, una vez despojado de aquella visión y vuelto a tu cuerpo y a los sentidos, quedaste revestido sólo de la visión del Verbo encarnado. En esta visión considerabas atentamente que este Verbo encarnado, a través de continuos sufrimientos, ha restaurado el honor del Padre y merecido nuestra salvación, y por esto te volviste sediento, deseoso de sufrir trabajos, para confesar, olvidado de todo lo demás, que no sabías otra cosa sino Jesucristo, y éste crucificado.

Y porque en el Padre y en el Espíritu Santo no puede caber pena, parece como si te hubieras olvidado de aquellas personas, y dices que conoces sólo el Hijo, y que éste sufrió penas amarguísimas, añadiendo: «y éste crucificado».

IV. Por la santa Iglesia [25]

¡Oh poder del Padre Eterno!, ayúdame. Sabiduría del Hijo, ilumina los ojos de mi entendimiento; dulce clemencia del Espíritu Santo, inflama y une mi corazón al tuyo. Confieso, Dios Eterno, que tu poder es fuerte y capaz de liberar a la Iglesia y a tu pueblo, sacarlo de las manos del demonio y hacer cesar la persecución contra la santa Iglesia y darme la victoria y fortaleza contra mis enemigos. Confieso que la sabiduría de tu Hijo, una cosa contigo, puede iluminar los ojos de mi inteligencia y las de tu pueblo y disipar las tinieblas de tu dulce Esposa. También confieso, dulce y eterna bondad de Dios, que la clemencia del Espíritu Santo y caridad tuya quiere inflamar y unir a ti mi corazón y los corazones de todas las criaturas racionales. Te apremio, pues, puesto que puedes, sabes y quieres, poder del Eterno Padre, sabiduría de tu unigénito Hijo, por su preciosa sangre, y clemencia del Espíritu Santo, fuego y abismo de caridad, que tuvo a este Hijo tuyo cosido y clavado en la cruz, que tengas misericordia del mundo y envíes el calor de la caridad con paz y unión a la santa Iglesia. No quiero que tardes más; te ruego que tu infinita bondad te obligue a volver los ojos de tu bondad sobre tu santa Esposa.

---

[25] Cuando estaba en la Rocca de Tentennano, 26 de octubre de 1377.

V. En la fiesta de Santo Tomás Apóstol [26]

¡Oh Deidad, eterna Deidad, Amor verdadero!, que por la unión de la humanidad de tu Verbo, Nuestro Señor Jesucristo, con tu omnipotente Deidad nos has dado a nosotros, que íbamos perdidos, la luz de la santísima fe, pupila de los ojos de nuestra inteligencia, con la que vemos y conocemos el verdadero objeto del alma, es decir, tu inestimable Deidad; y has hecho de tu Hijo nuestro sacrificio, inmolado a ti por nosotros, poniéndole como piedra angular y firmísima columna de la estabilidad de la santa madre Iglesia, única Esposa tuya. Dispusiste hace mucho tiempo renovar la Iglesia con plantas nuevas y más fecundas. Nadie pudo torcer tu santísima voluntad, que es eterna e inmutable.

No mires nuestros pecados, por los que me reconozco indigna de recurrir a ti. Quita hoy con tu clementísima piedad todos nuestros pecados por la virtud de este santo apóstol Tomás. Purifica mi alma, Amor mío, Dios sumo, y oye a tu sierva que a ti clama. Y, aunque eres fuego que siempre arde, tu fuego no consume jamás las cosas que te son gratas y consumes siempre todo lo que posee el alma fuera de ti. Arde con el fuego de tu espíritu y consume y desarraiga de cuajo todo amor y afecto de la carne, de los corazones de estas plantas tiernas que te has dignado injertar en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. Transfiéreles de los afectos mundanos al jardín de tu amor y dales un corazón nuevo con conocimiento verdadero de tu voluntad para que desprecien el mundo, a sí mismos y al amor propio y, llenos del verdadero fervor de tu caridad, y celosos de la fe y de las virtudes por ti, y abandonando los falaces deseos y pompas de este mundo frágil, te sigan solamente a ti por ti con pureza limpísima y ferviente caridad.

* * *

Restaurador de nuestra salud, haz que este nuevo esposo de tu Iglesia (Urbano VI) sea siempre conducido por tu consejo y solamente promueva, acepte y escuche a los que son limpios y puros. Haz que estas otras plantas tuyas, recientísimas, así como los ángeles están en tu presencia en el cielo, así estén ellos con corazón simple y obras intachables delante de todos en la gloria y delante de Nuestro

---

[26] Hecha en Roma el 21 de diciembre de 1378. En ella hay claras alusiones a los cardenales rebeldes separados de Urbano VI—ramas viejas y estériles—y a los 26 nuevos cardenales elegidos el 18 de septiembre, plantas tiernas injertadas en el Cuerpo místico de la Iglesia con la esperanza ilusionada de sus flores y de sus frutos de santidad.

Señor, tu Vicario en la tierra, para reforma de esta santa Iglesia, según los designios de tu corazón. Considérense como recién injertados en el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, del que ha cortado, con admirable providencia y sin ayuda humana, las ramas superfluas y estériles, y como nacidos juntamente con Cristo, recién nacido, para dar abundante fruto de virtud [27].

Que en tu Iglesia den igualmente abundante fruto con su ejemplo y costumbres virtuosas. Como los retoños recién injertados producen flores más fragantes y frutos más sabrosos por disposición natural dada por ti, así ellos, cortados los movimientos de todo afecto carnal por celestial don tuyo, con el que regaste a los santos apóstoles con el rocío del Espíritu Santo, se injerten en ellos virtudes nuevas, que para ti den suavidad de perfume y amenidad a esta santa Iglesia con actos virtuosos y obras fecundas a fin de que en ellos sea reformada tu Esposa.

¡Oh Amor Eterno! Purifica a este vicario tuyo para que dé buen ejemplo de pureza e inocencia a los demás. Guarde tu rebaño con tu gracia, instruya al pueblo sometido a él y atraiga también a los infieles con celestial disciplina; ofrezca los frutos de salud eterna a tu incomprensible Majestad, por todo lo cual, para que te dignes escucharme, yo, miserable, te doy gracias a ti, suma Verdad, Dios verdadero.

VI. En la fiesta de la Cátedra de San Pedro [28]

A ti, ¡oh Médico celestial y Amor inestimable de mi alma!, envío mis suspiros; a ti acudo, ¡oh Trinidad eterna e infinita!, yo, finita, en el Cuerpo místico de la Santa Iglesia, para que quites toda mancha de mi alma por tu gracia y para que por los méritos de esta nave tuya que nos conduce, es decir, de San Pedro, no tardes más en socorrer a tu Esposa, que espera tu auxilio con el fuego de la caridad y profundidad del abismo de la eterna Sabiduría. No desprecies los deseos de tus siervos, antes bien conduce esta nave, ¡oh Hacedor de la paz!, y orienta hacia ti a tus siervos, para que, disipadas las tinieblas, aparezca la luz de los que están plantados en tu Iglesia, movidos del puro deseo de la salud de las almas.

* * *

Bendita sea la atadura que tú, Padre dulcísimo, me has dado para que con ella pudiéramos atar las manos de tu

[27] Alusión a la próxima fiesta de Navidad.
[28] Día 18 de enero de 1379, estando en Roma

justicia; la humilde y fiel oración, los ardientes deseos de tus siervos, por medio de los cuales prometes tener misericordia del mundo. Te doy gracias, ¡oh alta y eterna Deidad!, porque prometes dar pronto refrigerio a tu Esposa. Yo entraré de nuevo en este jardín y no saldré jamás hasta que cumplas tus promesas, que jamás dejaron de cumplirse. Aniquila hoy, pues, nuestros pecados, ¡oh Dios verdadero!, y lava la cara de nuestras almas con la sangre de tu unigénito Hijo, derramada por nosotros, para que así, muertos en nosotros mismos, vivos en El, hagamos intercambio de su pasión con alma limpia y ánimo íntegro. Escúchanos todavía, ya que te pedimos por el guardián de esta Cátedra tuya, cuya fiesta celebramos, es decir, por tu vicario, para que tú le hagas como quieres que sea el sucesor de este viejecito Pedro [29] y le des lo que necesita para el gobierno de esta Iglesia.

* * *

Te recuerdo que has prometido satisfacer pronto mis deseos. Con mayor confianza, pues, puedo pedirte, ¡oh Dios mío!, que no tardes más en cumplir tus promesas. Y vosotros, hijos dulcísimos, es tiempo ya de que afrontéis la fatiga por la Iglesia de Cristo, madre verdadera de nuestra fe, por lo que os exhorto que, una vez plantados en esta Iglesia, seáis las columnas que la sostengan. Y, junto con todos los que trabajamos en este jardín de la fe saludable, con el fervor de la oración y las obras, echado fuera el amor propio y toda negligencia, cumplamos perfectamente la voluntad de Dios Eterno, que nos llamó para nuestra salud y la de los otros, y por la unión de la santa Iglesia, en la que está la salvación de nuestras almas. Amén.

VII. Los caminos del Señor [30]

¡Oh Amor inestimable, oh Amor dulce, Fuego eterno! Tú eres el fuego que siempre arde. ¡Oh alta, eterna Trinidad! Tú eres recto, sin torcedura alguna; eres puro, sin ninguna doblez, y eres generoso, sin ninguna ficción; vuelve los ojos de tu misericordia sobre tus criaturas. Reconozco que es propio tuyo tener misericordia. Y que a cualquier parte donde me vuelvo no encuentro más que tu misericordia. Por esto corro y clamo delante de tu misericordia para que quieras usar de misericordia con el mundo.

[29] Como a San Pablo le llama en el *Diálogo* «Paoluccio», con un diminutivo familiar todo ternura dice aquí de San Pedro: «questo tuo vecchiarello Pietro».
[30] En Roma, el domingo 13 de febrero de 1379.

Tú quieres, Padre Eterno, que te sirvamos según tu voluntad, y por diversos caminos guías a tus siervos para darnos a entender que en modo alguno podemos ni debemos juzgar de la intención de la criatura en los actos que vemos por fuera, sino que en todos debemos juzgar sólo tu voluntad, especialmente cuando se trata de siervos tuyos unidos y transformados en esta voluntad. El alma se goza viendo que, por infinitos modos y caminos distintos, todos corren por el camino del fuego de tu caridad, ya que de otra suerte no seguirían en verdad la Verdad tuya. Por esto vemos a algunos correr por el camino de la penitencia fundados en la mortificación de su cuerpo. Otros, fundados en la humildad y en matar la voluntad propia; otros, en una fe viva; otros, en misericordia, y otros, dilatados en la caridad del prójimo, despreocupados totalmente de sí mismos. Con la visión de todas estas cosas se enriquece el alma que ha ejercitado su luz natural con solicitud y ha adquirido la luz sobrenatural, con la que ve la generosidad desmesurada de tu bondad. ¡Oh!, éstos van por el camino real. En todo ven tu voluntad, y por esto en todas las obras de tus criaturas juzgan y descubren tu voluntad y no la de las criaturas mismas. Estos han entendido bien y recibido la doctrina de tu Verdad cuando dijo: *No queráis juzgar según las apariencias.*

* * *

¡Oh Verdad Eterna! ¿Cuál es tu doctrina y cuál es el camino por el cual tú quieres que andemos y por el que nos conviene ir al Padre? No sé ver otro camino sino el que tú has enlosado con las virtudes verdaderas y operantes del fuego de tu caridad. Tú, Verbo Eterno, lo has allanado con tu sangre. Este es el camino. En ninguna otra cosa estriba nuestro pecado sino en amar lo que tú odiaste y en odiar lo que tú amaste. Confieso, Dios Eterno, que yo siempre amé lo que tú odias y odié lo que tú amas. Mas hoy clamo delante de tu misericordia para que me des a seguir tu Verdad con corazón puro; dame fuego de abismo de caridad, dame continua hambre de sufrir penas y tormentos. Da a mis ojos, Padre Eterno, fuentes de lágrimas, con las que incline tu misericordia sobre el mundo entero, y particularmente sobre tu Esposa.

¡Oh inestimable y dulcísima Caridad! Este es el jardín fundado en tu sangre y regado con la sangre de tus mártires, que virilmente corrieron detrás del olor de tu sangre. Sé tú, pues, el que lo guarde. Y ¿quién podrá ir contra la ciudad que tú guardas? Abrasa nuestros corazones e inmérgelos en esta sangre para que mejor puedan conseguir

hambre de tu amor y salud de las almas. Pequé, pequé, Señor, ten piedad de mí.

¡Oh Deidad Eterna! ¿Qué diremos de ti? ¿Qué juicio nos formaremos de ti? Diremos y juzgaremos que tú eres nuestro dulce Dios, que no quiere otra cosa más que nuestra santificación. Esto se nos ha manifestado hasta la evidencia en la sangre de tu Hijo, el cual por nuestra salud corrió, como enamorado, a la afrentosa muerte de la santísima cruz. Avergüéncese el hombre de levantar orgulloso su cabeza viéndote a ti, Dios altísimo, humillado hasta el lodo de nuestra humanidad.

¡Oh Deidad Eterna!, cuán propia te es la misericordia. Tan propia te es que tus siervos la pueden provocar en vez de la justicia que el mundo merece por sus pecados. Tu misericordia nos ha creado; ella nos rescató de la muerte eterna; tu misericordia nos rige y contiene tu justicia para que no mande a la tierra que se abra y nos trague, y a los animales que nos devoren, antes bien todas las cosas nos sirven y la tierra nos da sus frutos. Todo esto hace tu misericordia. Tu misericordia nos conserva y prolonga nuestra vida, dándonos tiempo para que podamos retornar y reconciliarnos contigo.

* * *

¡Oh misericordioso y piadoso Padre! ¿Quién frena la naturaleza angélica para que no tome venganza del hombre, enemigo tuyo? Tu misericordia. Por misericordia nos concedes los grandes consuelos para que nos veamos obligados a amar, ya que el corazón está hecho para el amor. Esta misericordia nos da y permite las penas y aflicciones para que aprendamos a conocernos a nosotros mismos y conquistemos la virtud modesta de la verdadera humildad y para que tengas motivo para premiar a los que virilmente hayan combatido sufriendo con verdadera paciencia. Por misericordia conservaste las cicatrices de las llagas en el cuerpo de tu Hijo para que con ellas pida misericordia por nosotros delante de tu majestad. Por misericordia te has dignado manifestarme a mí, miserable, cómo en modo alguno podemos juzgar la intención de la criatura racional, puesto que tú la conduces por caminos infinitamente diversos, dándomelo a entender por lo que a mí misma me pasa y por lo que te doy infinitas gracias.

Tu misericordia no quiso que el Cordero inmaculado reconquistase el género humano solamente con una gota de su sangre o con el sufrimiento de un solo miembro, sino con pena y sangre de todo su cuerpo para que satisficiese por todo el linaje humano, que te había ofendido. Tus cria-

turas te ofenden, quién con las manos, quién con los pies, quién con su cabeza, quién con los otros miembros del cuerpo; el linaje humano te había ofendido con todos los miembros del cuerpo. Y, puesto que toda culpa se comete con la voluntad (ya que sin voluntad no habría culpa), y esta voluntad mueve y abarca todo el cuerpo, por lo que todo el cuerpo del hombre te ofende, por esto quisiste satisfacer por medio de todo el cuerpo y sangre de tu Hijo para que expiase plenamente por todos en virtud de la infinita naturaleza divina, unida con la finita naturaleza humana. Nuestra humanidad sufrió el castigo en el Verbo, y la Deidad aceptó el sacrificio.

¡Oh Verbo Eterno, Hijo de Dios! ¿Por qué quisiste tener tan perfecta contrición de la culpa, puesto que en ti no hubo veneno de pecado? Veo, Amor inestimable, que tú quisiste satisfacer en tu Cuerpo y en tu espíritu, como el hombre en su cuerpo y en su espíritu te había ofendido y había cometido el pecado. Pequé, Señor, ten piedad de mí.

VIII. Después de la sagrada comunión[31]

¡Oh Trinidad Eterna, Trinidad Eterna; oh Fuego y Abismo de caridad! ¡Oh Loco de tu criatura! ¡Oh Verdad Eterna! ¡Oh Fuego Eterno! ¡Oh eterna Sabiduría! ¿Vino al mundo sola tu Sabiduría? No, porque no estuvo la Sabiduría sin el Poder, ni el Poder sin la Clemencia. No viniste, pues, sola, ¡oh Sabiduría!, sino toda la Divinidad.

¡Oh Trinidad Eterna, Loco de amor! ¿Qué provecho se te seguía de nuestra redención? Ninguno, puesto que no tienes necesidad de nosotros y eres nuestro Dios. ¿Para quién se siguió este provecho? Solamente para el hombre. ¡Oh inestimable Caridad! Así como te nos diste todo Dios y todo hombre, así te quedaste todo en manjar para que mientras seamos peregrinos en esta vida no desfallezcamos de fatiga, sino que seamos fortalecidos por ti, Manjar celestial. ¡Oh Hombre mercenario! ¿Qué te dejó tu Dios? Te dejó todo sí, Dios y hombre, envuelto en la blancura del pan. ¡Oh Fuego de amor! ¿No bastaba la creación, por la que nos habías hecho a imagen y a semejanza tuya, y habernos *recreado* a la gracia en la sangre de tu Hijo, sin dársenos en comida todo tú, Dios, esencia divina?

¿Quién te obligó a ello? Nada más que tu caridad, como Loco de amor que eres. Y así como no nos enviaste y nos diste para nuestra redención solamente el Verbo, así no nos has dejado sólo a El en manjar, sino que, como Loco de

[31] Al día siguiente de haber proferido la oración que precede (14 febrero 1379).

amor de tu criatura, nos has dado toda tu esencia divina. Y como no te has quedado sólo para ser nuestro manjar, así no vives sólo dentro del alma que se ha abandonado toda por amor de ti y sólo desea y busca la gloria y alabanza de tu Nombre, no buscándote a ti por sí mismo, porque tú eres suma y eterna Bondad, digno de ser amado y servido de tus criaturas, ni al prójimo por sí mismo, sino por ti, para darte gloria. Por lo cual vemos que a éstos no te das tú solo, sino que los haces fuertes con tu *potencia* contra los combates del demonio, contra las injurias de las criaturas, contra la rebelión de la propia carne y contra toda angustia y tribulación de cualquier parte que les venga; tú los iluminas con la *sabiduría* de tu Hijo para que se conozcan a sí y conozcan tu verdad y los engaños ocultos del demonio. Y abrasas sus corazones con el fuego del Espíritu Santo y con el deseo de amarte y seguirte en verdad, a cada uno más o menos según la medida del amor con que vengan a ti y según ejercite cada uno la luz natural que les has dado.

Gracias, gracias sean dadas a ti, sumo y eterno Padre, que, como Loco enamorado de tu misma hechura, manifiestas hoy en qué modo puede reformarse tu Esposa, la santa Iglesia, y te suplico que como has proveído, de una parte, a iluminar los ojos de la inteligencia sobre esta necesidad, proveas también, por otra, disponiendo a los ministros, y principalmente a tu vicario, para que sigan la luz que les has infundido y les infundirás.

¡Oh Trinidad Eterna! Yo he pecado todo el tiempo de mi vida. ¡Oh miserable alma mía! ¿Tuviste alguna vez memoria de tu Dios? Ciertamente, no, pues, si la hubieras tenido, habrías ardido en el fuego de su caridad. Da, Dios Eterno, salud al enfermo y vida al muerto y danos voz para que clamemos a ti con tu voz: «Misericordia para el mundo y reforma para la santa Iglesia». Escucha tu voz con la que a ti clamamos. Y si, en general, clamo a ti por todo el mundo, lo hago especialmente por tu vicario, y por sus columnas, y por todos aquellos que me has dado para que ame con singular amor. Aunque yo esté enferma, quiero verlos sanos, y, aunque yo sea imperfecta por mis defectos, quiero verlos a ellos perfectos, y, aunque yo esté muerta, quiero verlos vivos en tu gracia.

* * *

¡Oh inestimable Fuego y Amor de caridad! ¿De dónde tanta humildad y misericordia, por la que tú, ¡oh Dios!, has querido conformarte con la criatura racional, tanto por la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana

como por la *recreación*, con la que nos has hecho a imagen y semejanza tuya, y por la unión y sentimiento de ti que das al alma que te ama y te sirve con corazón limpio y generoso? No es por nuestra bondad, ya que somos demonios encarnados y enemigos de ti, sino únicamente por el fuego de tu caridad. Avergüéncese el hombre de no vivir continuamente en ti con todo el corazón, cuando tú, alta y eterna Trinidad, por tantas maneras habitas en nosotros. ¡Miserable alma mía! ¿Por qué jamás tuviste memoria de tu Dios, pues no has entregado inmediatamente tu corazón al ejercicio de las verdaderas virtudes? Pequé, Señor; ten piedad de mí.

Tú, Deidad Eterna, eres Vida, y yo muerte; tú, Sabiduría, y yo, necedad; tú, Luz, y yo, tinieblas; tú, Infinito, y yo, finita; tú, suma Rectitud, y yo, miserable tortuosidad; tú, Médico, y yo, enferma. Y ¿quién podrá llegar a ti, suma Altura, Deidad Eterna, y darte gracias por tantos infinitos beneficios como nos has dado? Tú mismo llegarás con la luz que infundirás en quien quiere recibirla, y con tu ligadura atarás al que se deje atar y no ofrezca resistencia a tu voluntad.

* * *

No tardes, benignísimo Padre. Vuelve los ojos de tu misericordia sobre el mundo. Más glorificado serás dándoles luz que si permanecen en la ceguera y tinieblas del pecado mortal, aunque de todo sacas gloria y alabanza para tu Nombre. Por esto vemos que en los pecadores resplandece tu gloria, por la misericordia con que evitas que la espada de tu justicia caiga sobre ellos y dándoles tiempo para que se conviertan. En el infierno resplandece tu gloria por la justicia que se cumple en los condenados, y aun tienes con ellos misericordia, pues no tienen tanto castigo como merecieron. Por esta misericordia y justicia resulta para tu Nombre gloria y alabanza. Pero *quiero* ver la gloria y alabanza de tu Nombre en tus criaturas, que sigan tu voluntad, para que lleguen al fin por el cual las criaste. Y *quiero* que tu vicario sea otro tú. Porque tiene mucha mayor necesidad de perfecta luz que los demás, ya que él de lo suyo tiene que darnos a todos nosotros.

Dame, benignísimo y piadoso Padre, tu dulce y eterna bendición.

IX. La luz de Dios [32]

¡Deidad Eterna, oh alta Deidad Eterna, Amor inestimable! En tu Luz he visto la luz. En tu Luz he conocido. En tu Luz se conoce la razón de la luz y la razón de las tinieblas, es decir, tú eres la razón de toda luz y nosotros somos la razón de las tinieblas. En tu Luz conoce el alma las obras que hace en ella la luz y lo que en ella es obra de las tinieblas.

Admirables son tus obras, Trinidad Eterna. En tu Luz se conocen, porque proceden de ti, que eres Luz. Hoy tu Verdad con luz admirable demuestra la razón de las tinieblas, es decir, el fétido vestido de la propia voluntad, y manifiesta el medio con que esta luz se conoce, es decir, el vestido de tu dulce voluntad. Admirable cosa esta, que, mientras estamos en las tinieblas, conozcamos la luz; en las cosas finitas, conozcamos las infinitas; estando en la muerte, conozcamos la vida.

Tu Verdad demuestra que, si el alma quiere revestirse de tu voluntad, debe despojarse de la suya, como cuando el hombre lleva el vestido al revés. ¿Cómo se despoja? Con la luz que se adquiere ejercitando la luz recibida en el santo bautismo con la mano del libre albedrío, porque en la luz ha visto la luz. Y ¿de dónde recibe el alma esta luz? Sólo de ti, Luz verdadera, que te nos has revelado bajo los velos de nuestra humanidad. ¿Qué recibe el alma vestida de esta luz? Se queda libre de las tinieblas, del hambre, de la sed y de la muerte, puesto que con el hambre de las virtudes echa fuera el hambre de la propia voluntad; con la sed de tu honra echa la sed de su honra y con la vida de tu gracia ha echado fuera la muerte de la culpa y de su perversa voluntad. ¡Oh fétido vestido de nuestra voluntad! Tú no cubres, antes desnudas al alma. ¡Oh voluntad despojada, oh arras de la vida eterna! Tú eres fiel hasta la muerte no al mundo, sino a tu dulcísimo Creador. Tú atas el alma a El, porque en todo te has soltado de ti misma.

---

[32] De esta elevación, recogida de labios de la Santa al día siguiente de la anterior—martes 15 de febrero de 1379—, dice el P. Taurisano, p. 105: «Estas elevaciones de la Santa de Siena presentan un marcadísimo carácter doctrinal. La presente elevación teológica sobre la luz divina parece una glosa de aquella frase de Santo Tomás: *todo conocimiento de la verdad es como una irradiación de la inteligencia de Dios* (1-2, q. 98, a. 2).

En el orden filosófico por medio de la razón natural, en el teológico por la fe y en la visión beatífica por medio del *lumen gloriae* conocemos siempre en la luz de Dios, participada y adquirida de formas diversas. También nuestra responsabilidad moral está vinculada a otra luz, que podemos preterir y traicionar hasta el pecado en la vida presente. El pensamiento de la Santa se mueve libremente como un águila sobre estas alturas maravillosas.

¿En qué conoce el alma que está perfectamente libre de sí misma? Cuando para servir a Dios no busca tiempo ni lugar a su gusto, sino al tuyo. Este es el vestido luminoso. En verdad es como el sol; porque así como el sol ilumina, calienta y hace germinar la tierra, así esta luz verdadera calienta el alma que la posee en el fuego de su caridad. La ilumina porque con la luz le hace conocer la verdad en la luz de su sabiduría. Y la hace fecunda, mientras vive en esta tierra mortal, con frutos de las virtudes reales y operantes. ¿Por qué razón no se despoja el alma de sí? Por la privación de la luz. Porque no ha conocido ni ejercitado la luz principal que has dado a toda criatura racional. ¿Por qué no la ha conocido? Porque se han ofuscado los ojos de la inteligencia con la culpa, con la cual ha ligado la voluntad, que es la que comete toda culpa.

¡Oh ignorante alma mía! Y ¿cómo no percibes la hediondez de la culpa? ¿Cómo no llega a ti el perfume de la virtud y de la gracia? Porque estás privada de la luz. Pequé, Señor; ten piedad de mí. ¡Oh Dios Eterno! En tu luz he visto cuán conforme a ti has hecho a tu criatura. La has puesto como dentro de un círculo, que por cualquier parte que vaya se encuentra dentro de él. Si me vuelvo para conocer con tu luz el ser que nos has dado, lo veo conforme a tu imagen y semejanza, participando de ti, Trinidad Eterna, en las tres potencias del alma.

Si me fijo en el Verbo, por el que somos recreados a la vida de la gracia, te veo conformado con nosotros, y nosotros conformados contigo, por la unión que tú, Dios Eterno, has realizado con el hombre. Y, si me vuelvo al alma iluminada por ti, Luz verdadera, veo que habita en ti, siguiendo la doctrina de tu verdad por el camino común, y más en particular por medio de las virtudes particulares, probadas por el amor que el alma ha concebido por ti en tu luz. Tú eres el mismo Amor. Por esto el alma que por amor sigue la doctrina de tu Verdad se hace otro tú por amor; ésta, despojada de su voluntad, se reviste de la tuya, de tal manera que no busca ni desea sino lo que tú pides y quieres del alma. Tú estás enamorado de esta alma, y el alma lo está de ti, mas tú la amas gratuitamente, puesto que la amaste antes que fuese, y ella te ama por deber de justicia. Ella ha conocido que no te puede amar gratuitamente como tú la amas, porque está obligada a ti, y no tú con ella. Y ha visto que este amor desinteresado que no puede tener contigo debe tenerlo para con su prójimo, amándolo por gracia y por deuda al mismo tiempo. Por gracia, no buscando ser retribuído, ni de cara al provecho que del prójimo pueda recibir, sino sólo por amor.

Por deuda, en cuanto que tú lo mandas, y él está obligado a obedecer.

Si considero cuán grande es la conformidad contigo, que verificas en el alma cuando se levanta con luz de la inteligencia, adquirida en ti, Luz verdadera, y con el amor puesto en ti, mirándose en la luz de tu Verdad, veo que tú, siendo Dios inmortal, le das a conocer los bienes inmortales y se los haces gustar en el afecto de su caridad. Tú, que eres la Luz, le haces participar de la Luz contigo. Tú, que eres Fuego. le haces participante contigo del Fuego, y en tu Fuego unes su voluntad con la tuya, y la suya con la tuya. Tú, Sabiduría, le das sabiduría para discernir y conocer tu Verdad. Tú, que eres Fortaleza, le das fortaleza, y tan firme la haces, que ni demonio ni criatura alguna puede quitarte su fortaleza si él no quiere. Y jamás querrá mientras lleve el vestido de tu voluntad, porque únicamente su voluntad propia es la que le hace débil. Tú, Infinito, la haces infinita por la conformidad que has verificado con ella por gracia en esta vida mientras peregrina, y en la vida perdurable, en tu eterna visión. Allí está tan perfectamente conformada contigo, que el libre albedrío está atado de modo que no la puede separar de ti.

* * *

Así, pues, confieso que tu Verdad dice verdad. Que en todo, la criatura está conformada contigo, y tú con ella, por la gracia. Tú no le das parte dela gracia, sino toda. ¿Por qué digo toda? Porque nada le falta para su salud, con mayor o menor perfeccionamiento según ella quiere ejercitar en la luz la luz natural que tú le diste. ¿Qué más diré? Sólo que tú, Dios, te has hecho hombre, y el hombre, Dios. ¿Cuál fué el motivo de tanta conformidad? La luz. En ella conoció el hombre tu voluntad; conociéndola, se despoja de la suya, que lo envuelve en tinieblas y le proporciona la desnudez y la muerte; vestido de la tuya, está revestido de ti por gracia, por luz, por fuego y por unión. Tú eres la razón de todo bien, y la perversa voluntad propia es la razón de todo mal, porque con ella el alma está revestida del amor propio. Y de tanto mal es causa, que con las tinieblas le hace salir fuera del círculo de la luz de la santísima fe, en el cual, por cualquier parte que se volviese, te encontraba a ti. Y ¿a qué se encuentra conforme y a qué se halla unida salida de la Luz? Se encuentra, en verdad, hecha conforme a las bestias, que no tienen razón. Sigue la ley perversa y la doctrina de los demonios visibles e invisibles.

Confieso, Dios Eterno, alta y eterna Deidad, y no lo niego, que yo soy esta miserable, causa de todo mal, porque

no he ejercitado la luz en tu luz para conocer lo que te agrada a ti y es perjudicial a mí; el malvado y fétido vestido de la propia perversa voluntad. Y no he conocido tu dulce voluntad, de la que debía revestirme. Pequé, pequé, Señor; ten piedad de mí.

* * *

Tú, Dios Eterno, alta y eterna Deidad, en tu luz haces ver la luz. Por esto te suplico humildemente que infundas esta luz en toda criatura racional, pero singularmente en nuestro dulce padre, vicario tuyo, en la medida en que lo necesite hasta que de él hagas otro tú. Da luz a los que están envueltos en tinieblas para que en tu luz conozcan y amen la verdad. Te pido también con singular solicitud por todos los que me has dado para que los ame con singular amor, que sean plenamente iluminados con tu luz y se quite de ellos toda imperfección, para que en verdad trabajen en tu jardín, en el que tú les has puesto a trabajar. Castiga y venga sus culpas y su imperfección sobre mí, ya que soy yo la causa de ellas. Pequé, Señor; ten piedad de mí.

Gracias, gracias sean dadas a ti, alta y eterna Trinidad, que en tu luz has dado refrigerio a mi alma por la conformidad contigo que he visto en nosotros, tus criaturas. Yo soy la que no soy y tú eres el que eres. Tú mismo, pues, date gracias, concediéndome a mí el que pueda alabarte. Tu voluntad te obligue a tener misericordia con el mundo, a socorrer con tu ayuda divina a tu vicario y a tu dulce Esposa. Pequé, Señor; ten piedad de mí.

Alta y eterna Deidad, dame tu santa bendición. Amén.

X. La misericordia de Dios [33]

¡Oh alta, eterna Trinidad, Amor inestimable! Si tú me llamas hija, yo te llamo a ti sumo y eterno Padre. Y así como tú te me das a ti mismo en la comunión del cuerpo y de la sangre de tu unigénito Hijo, donde se te me das todo Dios y todo hombre, así, Amor inestimable, te pido que me hagas comulgar con el Cuerpo místico de la santa Iglesia y el cuerpo universal de la religión cristiana, porque en el fuego de tu caridad he conocido que deseas que el alma se deleite en este manjar.

Tú, Dios Eterno, me viste y me conociste en ti, y porque me viste en tu luz, enamorado de tu criatura, la sacaste de ti

[33] El viernes de la misma semana, 18 de febrero de 1379, después de comulgar, vuelve a abismarse Catalina en el seno infinito de la Misericordia y de la Bondad. Antes de terminar su plegaria, pide a Dios por el sacerdote que le ha dado la sagrada comunión.

y la creaste a imagen y semejanza suya. Yo, sin embargo, criatura tuya, no te conocía a ti en mí, sino en cuanto yo veía en mí tu imagen y semejanza. Mas para que viese y conociese en mí y llegáramos así a un perfecto conocimiento tuyo, te uniste con nosotros, bajando de la altura de tu Deidad hasta lo más bajo del lodo de nuestra humanidad, ya que la bajeza de mi inteligencia no podía comprender ni mirar tu altura. Y para que con mi pequeñez pudiese ver tu grandeza, tú te hiciste pequeño, encerrando la grandeza de tu Deidad en la pequeñez de nuestra humanidad. Así te has manifestado a nosotros en el Verbo de tu unigénito Hijo. Así te he conocido, Abismo de caridad, en mí. En este Verbo, alta y eterna Deidad, Amor inestimable, te manifestaste y manifestaste tu verdad a nosotros por medio de tu sangre. Porque entonces vimos tu poder, que pudo lavarnos de nuestras culpas en esta sangre. Y nos manifestaste tu Sabiduría, con la que, con el cebo de nuestra humanidad cubriendo el anzuelo de la Deidad, cogiste al demonio y le quitaste el dominio que tenía sobre nosotros. Esta sangre nos muestra también tu amor y tu caridad, puesto que sólo por fuego de amor nos conquistaste, sin tener ninguna necesidad de nosotros. De este modo, nos ha sido manifestada también tu verdad: que nos creaste para darnos vida eterna. Esta verdad hemos conocido por medio del Verbo, porque antes no podíamos conocerla por haber entenebrecido los ojos de nuestra inteligencia con el velo de la culpa.

* * *

Avergüénzate, avergüénzate, criatura ciega, tan exaltada y honrada por tu Dios, de no conocer que Dios por su inestimable caridad haya descendido de la altura de su Deidad hasta la hondura del lodo de tu humanidad para que le conocieses a El en ti. Pequé, Señor; ten piedad de mí. ¡Oh cosa admirable, que, conociendo a tu criatura antes que existiese y previendo que cometería la culpa y no seguiría tu verdad, sin embargo, la creaste!

¡Oh Amor inestimable! ¡Oh Amor inestimable! ¿Qué le dices tú, alma mía? A ti, Padre Eterno, me dirijo. A ti te suplico, benignísimo Dios, que nos comuniques a nosotros y a todos tus siervos el fuego de tu caridad y dispongas a tus criaturas a recibir el fruto de las oraciones y de la doctrina, que se expanden y deben expandirse por tu luz y por tu caridad. Tu Verdad dijo: *Buscad, y hallaréis; pedid, y se os dará; llamad, y se os abrirá.* Yo llamo a la puerta de tu Verdad, busco y grito en presencia de tu majestad y pido a los oídos de tu clemencia misericordia para el mundo entero,

y particularmente por la santa Iglesia, porque en la doctrina del Verbo he conocido que quieres que continuamente me alimente de este manjar. Y, puesto que tú así lo quieres, Amor mío, no me dejes morir de hambre. ¡Oh alma mía! ¿Qué haces? ¿No sabes que eres vista constantemente por Dios? Sabe que a sus ojos jamás puedes esconderte, porque nada le es oculto. Aunque alguna vez puedas esconderte a los ojos de la criatura, jamás podrás hacerlo a los ojos del Creador. Pon, pues, término a tus iniquidades y despiértate a ti misma.

* * *

Pequé, Señor: ten piedad de mí. Es ya tiempo de levantarse del sueño. Tú, Trinidad Eterna, quieres que nos despertemos, y, si no lo hacemos en el tiempo de prosperidad, nos mandas adversidades, y, como médico perfecto, con el fuego de la tribulación quemas la llaga cuando para nada sirve el ungüento de los consuelos y la prosperidad. ¡Oh Padre Eterno, oh Caridad increada! Estoy llena de admiración, porque en tu luz he conocido que me viste y conociste a mí y todas las demás criaturas racionales en general y en particular. Antes que nos dieras el ser, tú viste al primer hombre, Adán, y conociste la culpa que se seguiría por su desobediencia. En él en particular y en todos los otros en general que debían venir después de él. Y conociste que la culpa impediría tu Verdad y que impediría a la criatura que tu Verdad se cumpliese en ella, es decir, que no pudiese llegar al fin por el que le habías creado. Viste también, Padre Eterno, la pena que le esperaba a tu Hijo para restituir el género humano a la gracia y para que se realizara tu verdad en nosotros. En tu luz he conocido todas las cosas que previste.

* * *

¿Cómo, pues, Padre Eterno, criaste a esta criatura tuya? Esto me llena de estupefacción. Realmente veo, como tú me das a entender, que no lo hiciste por ningún otro motivo sino porque con tu luz te viste obligado, por el fuego de tu caridad, a darnos el ser, no obstante las iniquidades que contra ti íbamos a cometer, Eterno Padre. El fuego, pues, fué el que te obligó. ¡Oh Amor inefable! Aunque en tu luz viste todas las iniquidades que tu criatura cometería contra tu infinita bondad, tú hiciste como si no lo vieras, antes fijaste la mirada en la belleza de tu criatura, de la que tú, como loco y ebrio de amor, te enamoraste, y por amor la sacaste de ti, dándole el ser a imagen y semejanza tuya.

Tú, Verdad Eterna, me has dado a entender tu Verdad;

que fué el amor el que te obligó a crearla. Aunque vieses que te ofendería, no quiso tu caridad fijar la mirada en esto, sino que, apartando tus ojos de esta ofensa que te haría, los fijaste solamente en la belleza de tu criatura. Si te hubieras fijado principalmente en aquella ofensa, te habrías olvidado del amor que tenías al crear el hombre. No que te estuviera escondido, sino que fijaste la mirada en el amor, porque no eres otra cosa más que fuego de amor, loco de tu misma hechura, y yo, por mis defectos, jamás te he conocido. Pero concédeme la gracia, dulcísimo Amor, que mi cuerpo pueda derramar su sangre para honra y gloria de tu Nombre y que no esté ya más revestida de mí misma.

Recibe, Padre Eterno, a este que me ha dado a comulgar el precioso cuerpo y sangre de tu Hijo. Despójalo de sí, libéralo de sí mismo y vístelo con tu eterna voluntad. Atalo contigo con nudo que jamás se suelte para que sea una planta fragante en el jardín de tu santa Iglesia. Dame, benignísimo Padre, tu dulce y eterna bendición y en la sangre de tu Hijo lava la faz de nuestras almas. Amor, Amor, te pido la muerte. Amén.

XI. Ley de Dios y voluntad humana [34]

Confieso, Dios Eterno, alta y eterna Trinidad, que tú me ves y me conoces. Esto he visto en tu luz. Confieso, Dios Eterno, y veo que tú ves la necesidad de tu Esposa y la buena voluntad de tu vicario. Mas ¿qué le impide ponerlo por obra? En tu luz he visto que conoces estas cosas, ya que nada está escondido a tus ojos. En esa luz veo que previste el remedio que luego diste a tu hijo muerto, el género humano, el Verbo de tu Hijo unigénito.

Viste también el otro remedio para este muerto, o sea, el de dejar las cicatrices de sus llagas en el cuerpo del Verbo para que continuamente clamase misericordia delante de ti. En tu luz he visto que las conservaste por fuego de amor, y ni ellas ni el color de la sangre son impedimento para el cuerpo glorificado. Viste también en ti mismo que, después de la enfermedad de la que tú nos libraste, el hombre volvería a caer en pecado por su propia culpa, y nos diste el remedio del sacramento de la Penitencia, en la cual el ministro vierte, sobre la faz del alma, la sangre del humilde Cordero. Así como viste el principal remedio para reconciliarnos contigo en el Verbo, así viste todos estos otros remedios necesarios para la salud del hombre. En tu luz conozco que

---

[34] En pleno carnaval romano, domingo 20 de febrero de 1379.

previste todas estas cosas antes que sucedieran. En esta luz lo veo, pues sin ella andaría en tinieblas.

* * *

¡Oh dulcísimo Amor! Tú viste en ti la necesidad de la santa Iglesia y el remedio que necesita, y se lo has dado, es decir, la oración de tus siervos, con los cuales quieres que se haga un muro en el que se apoye la santa Iglesia. A estos siervos la clemencia del Espíritu Santo da los encendidos deseos de la reforma de esta misma Iglesia tuya. Veo también que consideraste nuestra ley perversa, que siempre está dispuesta a rebelarse contra tu voluntad, y viste que nosotros la seguiríamos. Realmente veo que tú viste la fragilidad de esta nuestra naturaleza humana cuán débil, frágil y miserable es. Mas tú, Proveedor sumo, que en todo has tenido providencia de tu criatura; tú, Remediador óptimo, que en todo nos has dado remedio, nos diste la roca y fortaleza de la voluntad, uniéndola con la debilidad de la carne. Y esta voluntad es tan fuerte, que ni el demonio ni ninguna criatura la puede vencer si nosotros no queremos, es decir, si no consiente el libre albedrío, en cuyas manos está esta fortaleza.

* * *

¡Oh Bondad infinita! ¿De dónde le viene tanta fortaleza a la voluntad de tu criatura? De ti, suma y eterna Fortaleza. Por esto veo que participa de la fortaleza de tu voluntad, porque de la tuya nos diste la nuestra. Y en esto comprendemos que nuestra voluntad es tan fuerte en la medida que sigue la tuya, y débil a medida que se aparta, porque de tu voluntad creaste la nuestra, y, permaneciendo en la tuya, es fuerte. Todas estas cosas he visto en tu luz. En nuestra voluntad, Padre Eterno, demuestras la fortaleza de la tuya. Si en un miembro tan pequeño has puesto tanta fortaleza, ¡cuán grande juzgaremos la tuya, que eres Creador y Gobernador de todas las cosas!

Una cosa veo en tu luz: parece que esta voluntad libre que nos has dado es fortalecida con la luz de la fe, puesto que con esta luz conoce en la tuya tu voluntad eterna, que no quiere más que nuestra santificación. Por esto, la luz crece y fortalece la voluntad, y ésta, alimentada con la luz de la santa fe, da vida a las obras del hombre. Y así, no puede haber ni verdadera voluntad ni fe viva sin las obras. Esta luz alimenta y hace crecer el fuego del alma, porque no puede gustar el fuego de tu caridad si la luz no le manifiesta tu amor y dilección para con nosotros. Tú, luz, eres materia

del fuego, porque lo haces crecer en el alma, como la leña aumenta y hace crecer el fuego material. Tú, luz, eres lo que hace crecer la caridad en el alma, porque le manifiestas tu divina bondad, y la caridad hace crecer tu presencia en el alma, porque desea conocer a su Dios y tú quieres satisfacerle.

* * *

¡Oh Proveedor óptimo! Tú no has querido que el hombre estuviera en tinieblas ni en guerra. Por esto le has provisto de la luz de la fe, que nos muestra el camino y nos da la paz y tranquilidad. Esta luz no deja morir al alma de hambre, ni la tiene desnuda, ni la deja ser pobre, porque la alimenta con el manjar de la gracia, haciéndole gustar, en el afecto de tu caridad, el manjar de las almas, y la viste con el vestido nupcial de la perfecta caridad y de tu voluntad eterna, y le revela las eternas riquezas.

Pequé, Señor; ten piedad de mí. Porque las tinieblas de la ley perversa, que siempre he seguido, han ofuscado los ojos de mi inteligencia, y por esto no te he conocido a ti, luz verdadera. Y, sin embargo, ha querido tu Caridad iluminarme sobre ti, Luz verdadera. ¡Oh Dios Eterno, oh Amor inestimable! La criatura está toda ella amasada contigo, y tú con ella, por la creación, por la fortaleza de la voluntad, por el fuego con que tú la creaste, por la luz *natural* que le has dado, por la que te ve a ti, Luz verdadera, si la ejercita con hambre de las virtudes verdaderas y operantes para gloria y alabanza de tu Nombre.

¡Oh Luz sobre toda luz! ¡Oh Bondad sobre toda bondad! ¡Oh Sabiduría sobre toda sabiduría! ¡Oh Fuego que aventajas todo fuego, porque tú solo eres el que eres y nadie es sino en cuanto tiene el ser de ti!

* * *

¡Oh ciega, oh miserable alma mía!, indigna de que contigo y con los otros siervos de Dios se haga un muro para ayudar a la santa Iglesia, sino de estar en el vientre de un animal, porque siempre hiciste obras de animales. Gracias, gracias sean dadas a ti, Dios Eterno, que, no obstante mis iniquidades, te has dignado elegirme para este laboreo. Te suplico, pues, que ya que inspiras en las mentes de tus siervos los angustiosos y encendidos deseos por la reforma de tu Esposa y les haces clamar con continua oración, escuches su clamor. Mantén firme y aumenta la buena voluntad de tu vicario y se cumpla en él la verdadera perfección, como tú se lo pides.

Esto mismo te lo pido por todas las criaturas racionales, principalmente por los que has puesto sobre mis espaldas, los cuales yo, como débil e impotente, te devuelvo a ti. No quiero que mis pecados les sean impedimento, puesto que yo he seguido siempre la ley perversa. Mas yo deseo y te ruego que te sigan con verdadera perfección para que merezcan ser escuchadas las plegarias que te hacen y deben hacerte por todo el mundo y por la santa Iglesia.

Pequé, Señor; ten piedad de mí. Perdona, Padre. Perdóname, miserable e ingrata a las infinitas gracias recibidas de ti. Confieso que tu bondad me ha conservado como esposa, aunque siempre te haya sido infiel por mis defectos. Pequé, Señor; ten piedad de mí.

XII. La piedad de Dios para con el hombre [35]

¡Oh Dios Eterno, oh Dios Eterno! Ten piedad de nosotros. Dices, alta y eterna Trinidad, que te es propia la misericordia, y ésta es producida por la piedad, y no puede estar separada de ella, puesto que por piedad tienes misericordia de nosotros. Así lo confieso, porque solamente por compasión diste el Verbo de tu Hijo a la muerte por nuestra redención, y esta piedad procedía de la fuente del amor con el que habías hecho a tu criatura; y por lo mucho que la querías, cuando ella perdió el vestido de la inocencia, te moviste a revestirla con tu gracia, volviéndola al estado de antes. No le quitaste, sin embargo, la posibilidad de pecar, pero le conservaste el libre albedrío y la ley perversa que se rebela contra el espíritu. Si sigue esta ley, viene a caer en el pecado. Si tú, Dios Eterno, tienes tanta piedad, ¿por qué el hombre es tan cruel consigo mismo? No puede tener mayor crueldad que matarse a sí mismo con la culpa del pecado mortal. Tiene compasión sólo de su sensualidad, y con esta compasión es cruel contra su alma y contra el cuerpo, puesto que el cuerpo del condenado será castigado juntamente con el alma. Veo que esto no procede más que de estar privado de la luz, porque no ha conocido tu piedad para con nosotros, por lo que das a entender que tu piedad de nada le serviría al hombre sin la suya; creaste al hombre sin él, pero sin él no quieres salvarle. Quieres, misericordioso y piadoso Padre, que el hombre considere tu desmesurada piedad para con nosotros, y así aprenda a ser compasivo, primero, consigo mismo, y después para con su prójimo. Como dice el glo-

[35] Martes de carnaval, 22 de febrero de 1379. Es conmovedora—en su contraste violento con la orgía callejera del Carnaval en Roma—el acento de amor apasionado en esta oración por el hombre, por la Iglesia, por el papa...

rioso Pablo: *Toda caridad empieza por sí mismo;* por esto quieres que el alma considere tu piedad, para que deje su crueldad y tome el manjar que tiene que nutrirle y darle vida.

* * *

¡Oh Dios Eterno, oh Fuego y Abismo de caridad! Tus ojos están sobre nosotros. Y para que tu criatura vea que es así, es decir, que sobre nosotros has posado los ojos de tu piedad y tu misericordia antes que los ojos de tu justicia según nuestras obras, tú le has dado los ojos de la inteligencia para que pueda verlo. Por lo que aparece claramente que todo mal nos viene de estar privados de la luz y todo bien sigue a la luz, porque no se puede amar lo que no se conoce, y nada se conoce sin la luz.

¡Oh Dios Eterno, oh piadoso y misericordioso Padre! Ten piedad y misericordia de nosotros, porque estamos ciegos, sin luz alguna, y principalmente yo, mísera miserable. Siempre he sido cruel conmigo misma. Con los mismos ojos de piedad con que nos miraste para crearnos a nosotros y todas las cosas, mira las necesidades del mundo y ven en su ayuda. Tú nos diste el ser de la nada; ilumina, pues, este ser, que es tuyo, Tú nos diste, en el tiempo de la necesidad, la luz de los apóstoles; resucita ahora, en este tiempo que tanta necesidad tenemos de la luz, un Pablo que ilumine el mundo entero.

Con el velo de tu misericordia ocultas y cubres los ojos de la justicia y abres los ojos de la piedad. Atate a ti mismo con el vínculo de la caridad y aplaca con él tu ira.

¡Oh dulce y suave Luz, oh principio y fundamento de nuestra salud! Con tu luz viste nuestra necesidad; en ella vemos nosotros tu eterna bondad, y, conociéndola, la amamos. ¡Oh unión y atadura de ti, Creador, con la criatura y de la criatura contigo, que eres el Creador! Con los lazos de tu caridad la has atado y con tu luz le has dado luz. Por esto, si abre los ojos de la inteligencia con voluntad de conocerte, ella te conoce, porque tu luz entra en todas las almas que abren la puerta de la voluntad. Porque está en el umbral del alma, y en cuanto se le abre, entra dentro, como el sol que llama a la ventana cerrada, y en cuanto se la abre, entra en casa. Es indispensable que el alma tenga deseo de conocerte y que este deseo abra los ojos de su inteligencia, y entonces tú, verdadero sol, entras en el alma y la iluminas. Y, una vez entrado, ¿qué haces, Luz de piedad, dentro del alma? Arrojas de ella las tinieblas y le das la luz, quitas la humedad del amor propio y dejas el fuego de tu caridad. Haces libre el corazón, porque en tu luz ha conocido cuánta

libertad nos has dado arrancándonos de la servidumbre del demonio, en la cual el linaje humano había caído por su crueldad. Por esto odia la causa de la crueldad, esto es, la compasión para con la sensualidad propia, y, por lo mismo, se vuelve compasiva con la razón, y cruel contra la sensualidad, cerrando las potencias del alma. Cierra la memoria a las miserias del mundo y a los vanos deleites apartando voluntariamente de ellas el recuerdo y la abre a tus beneficios rumiándolos con diligencia. Cierra la voluntad de modo que no ame nada fuera de ti, sino que te ame a ti sobre todas las cosas, y todas ellas en ti según tu voluntad. Solamente quiere seguirte a ti.

Entonces realmente tiene piedad consigo. Y, como la tiene consigo, la tiene también con su prójimo, dispuesto a dar la vida del cuerpo por la salud de las almas. En todo ejercita la piedad con prudencia, porque ha visto con cuánta prudencia has obrado en nosotros todos tus misterios. Tú, Luz, haces el corazón sincero y sin doblez, amplio y no encogido, tanto que cabe en él toda criatura racional por afecto de caridad. Con ordenada caridad busca la salud de todos, y, puesto que la luz no está sin prudencia ni sabiduría, dispone su cuerpo para la muerte, para la salud de las almas de su prójimo. Mas no comete culpa, porque no le es lícito al hombre cometer la más leve falta ni para salvar el mundo entero, si fuera posible, porque por utilidad de la criatura, que por sí misma es nada, no se debe ofender al Creador, que es todo Bien. Por las necesidades corporales del prójimo da los bienes temporales. Tan abierto está este corazón, que no finge en el trato con ninguna persona, sino que todos le comprenden, porque no demuestra una cosa en su cara y en sus palabras, teniendo otras en su interior. Este demuestra realmente estar despojado del vestido viejo, y vestido con el nuevo de su voluntad. Nuestra crueldad, Padre Eterno, proviene de que no vemos la piedad que has tenido con nuestras almas comprándolas con la preciosa sangre de tu unigénito Hijo.

* * *

Vuelve, vuelve, misericordioso Padre, los ojos de tu piedad sobre tu Esposa y sobre tu vicario. Escóndele bajo las alas de tu misericordia para que los malvados soberbios no le puedan dañar. A mí concédeme la gracia que pueda derramar mi sangre y entierre el tuétano de mis huesos en este jardín de la santa Iglesia. Si pienso en ti, veo que nada está escondido a tus ojos. No ven esto los mundanos, ofuscados por la nube del amor propio. Si lo vieran, no serían tan crueles con sus propias almas, sino que se harían compasi-

vos con tu propia compasión. Por esto les es necesaria la luz que ahora te pido con toda el alma des a toda criatura racional. En el Verbo empleaste la piedad y la justicia. Justicia sobre su cuerpo y piedad sobre tus criaturas.

¡Oh Bondad infinita! ¿Cómo no se derrite el corazón del hombre y cómo no sale el mío por mi boca? Porque la nube ha ofuscado los ojos de mi inteligencia hasta el punto que no te deja, alma mía, ver esta inefable piedad. ¿Qué padre hubo que por un esclavo diese muerte a su propio hijo? Sólo tú, Padre Eterno. Nuestra carne, de la que revestiste el Verbo, sufrió, y nosotros recibimos el fruto de su dolor. Si queremos seguir tu piedad, debemos ir por el camino que tú voluntariamente seguiste. A ti, Verdad Eterna, te pido que hagas justicia conmigo, que soy cruel para con mi alma y compasiva para con mi propia sensualidad.

Pequé, Señor; ten piedad de mí. ¡Oh compasiva crueldad, que pisoteas la sensualidad en este tiempo finito para poder exaltar el alma por toda la eternidad. ¿De dónde procede la paciencia? ¿De dónde la fe, la esperanza y la caridad? De esta compasión, de esta piedad que da a luz la misericordia. ¿Quién suelta el alma de sí misma y la ata a ti? Esta piedad conquistada con la luz. ¡Oh piedad, que eres como un ungüento! Tú apagas la ira y la crueldad en el alma. Esta piedad, Padre piadoso, es la que te pido para todas tus criaturas, y especialmente para los que me has dado para que los ame con singular amor. Hazles piadosos para que usen de esta perfecta piedad y perfecta crueldad en matar su voluntad perversa.

Esta compasiva crueldad es la que tú, Verdad, nos enseñaste, diciendo: *El que viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas y hasta a su alma, no puede ser mi discípulo*. Cosa difícil parece esta última. Las otras suelen hacerlas, a veces, los mismos servidores del mundo. Aunque no por amor de la virtud, no les resulta, sin embargo, difícil. Más difícil es para el hombre salir de su propia naturaleza que seguirla. Nuestra naturaleza es racional, y por esto debemos seguir la razón.

* * *

¡Oh Verdad Eterna! Tú eres perfume sobre todo perfume. Tú, generosidad sobre toda generosidad. Tú, piedad sobre toda piedad. Tú, justicia sobre toda justicia. Más aún: eres fuente de justicia, que das a cada uno según sus obras. Por esto justamente permites que el malvado se haga insoportable a sí mismo, puesto que desea lo que es menos que él al desear los placeres mundanos y las riquezas, puesto

que todas las cosas criadas son menos que el hombre, hechas para su servicio, no para hacerse él servidor de las mismas. Sólo tú eres mayor que nosotros, y por esto debemos desearte, buscarte y servirte. Justamente haces gustar al justo vida eterna en esta vida con paz y tranquilidad de su alma, porque ha puesto su afecto en ti, que eres verdadera y suma tranquilidad, y a aquellos que voluntariamente han corrido por esta vida mortal con justicia y con misericordia les das vida eterna.

Tú eres eterna e infinita Bondad, que por nadie puede ser comprendido ni plenamente conocido sino en cuanto tú se lo des a conocer. Y se lo das en la medida en que nosotros disponemos el vaso de nuestra alma para recibirlo. ¡Oh Amor dulcísimo! No te amé jamás en todo el tiempo de mi vida. Te encomiendo a mis hijos que has puesto sobre mis espaldas para que los despierte yo, que siempre duermo. Despiértalos tú, Padre piadoso y benigno, para que los ojos de su inteligencia te vean siempre a ti. Pequé, Señor; ten piedad de mí. Dios, ven en nuestra ayuda. Señor, apresúrate a socorrernos. Amén.

XIII. Debilidad y fortaleza [36]

¡Oh Trinidad Eterna, oh alta y eterna Trinidad! Tú, Trinidad Eterna, nos diste el dulce y amoroso Verbo. ¡Oh dulce y amoroso Verbo, Hijo de Dios! Como nuestra naturaleza es débil e inclinada a todo mal, así la tuya es fuerte y dispuesta a todo bien. El hombre es débil, porque ha recibido la naturaleza débil de su padre, ya que el padre no puede dar al hijo otra naturaleza que la que él tiene. Y está inclinado al mal por la rebelión de su carne frágil, recibida de su padre. Nuestra naturaleza es débil e inclinada a todo mal, porque todos descendemos y hemos sido engendrados del primer padre, Adán; salidos de una misma masa. Nuestro primer padre vino a ser débil porque se apartó de ti, suma fortaleza, Padre Eterno. Porque se rebeló contra ti, encontró la rebelión en sí mismo, y, alejándose de tu suma Bondad y Fortaleza, se encontró débil e inclinado a todo mal.

¡Oh Verbo Eterno, Hijo de Dios! Tu naturaleza es fuerte e inclinada a todo bien, porque la has recibido de tu eterno y omnipotente Padre. El te ha dado su naturaleza, es decir, la Deidad. Ningún mal ha habido nunca ni puede haber en ti, porque la naturaleza que recibiste de la Deidad no tiene defecto alguno.

[36] Día 1 de marzo de 1379, en Roma.

Tú, pues, dulce Verbo, has fortalecido nuestra débil naturaleza por la unión que has verificado en nosotros. Por esta unión se ve fortalecida nuestra naturaleza, puesto que, en virtud de tu sangre, se quita esta debilidad en el santo bautismo. Y cuando llegamos a la edad de la discreción somos fortalecidos con tu doctrina, puesto que el hombre que la siga en verdad, vistiéndose perfectamente de ella, se hace tan fuerte y dispuesto al bien, que casi llega a perder la rebelión de la carne contra el espíritu. Porque aquella alma está perfectamente unida a tu doctrina, y el cuerpo con el alma, por esta unión quiere seguir el cuerpo el deseo del alma, y llega a tanto, que las mismas cosas que antes le proporcionaban placer, es decir, las miserias y deleites del mundo, ahora totalmente le desagradan, y lo que antes solía parecerle difícil y duro, esto es, el seguir la virtud, le resulta ahora dulce y agradable. Bien es verdad, pues, que tú, Verbo Eterno, quitaste la debilidad de nuestra naturaleza con la fortaleza de tu naturaleza divina, que tú recibiste del Padre. Y esta fortaleza nos la has dado a nosotros por medio de la Sangre y de la doctrina.

* * *

¡Oh eterna Sangre!, eterna digo porque estás unida con la naturaleza divina. El hombre que con luz ha conocido tu fortaleza se aparta de su debilidad. Esta luz no se adquiere nunca sin el odio de la propia sensualidad, porque sin este odio más bien llega a perderse la misma luz natural. ¡Oh Sangre dulce! Tú fortaleces al alma, la iluminas; por ti se hace angélica. La proteges con el fuego de tu caridad, de tal manera que se olvida totalmente de sí y nada puede ver más que a ti y hasta la misma carne frágil percibe el olor de la virtud, mientras que el cuerpo, junto con el alma, parece que clamen a ti en todas sus obras. Esto se verifica mientras permanece en el santo deseo, aumentándolo continuamente. En cuanto afloja en él, la rebelión de la carne resucita más viva que nunca.

¡Oh doctrina de verdad!, que tanta fortaleza das al alma que se reviste de ti, que en nada desfallece, ni en la adversidad ni en el dolor, antes consigue grandes victorias en todo combate mientras te sigue a ti, que procediste de la suma Fortaleza! Si no te siguiese, de nada le valdría tu misma fortaleza. Miserable de mí, que nunca te he seguido a ti, verdadera doctrina, por lo que tan débil soy, que en la más pequeña tribulación desfallezco. Pequé, Señor: ten piedad de mí.

XIV. El injerto [37]

¡Oh alta, oh eterna Trinidad! Trinidad Eterna, Deidad amor, nosotros somos árboles de muerte, y tú eres Arbol de vida. ¡Oh Deidad Eterna! ¿Qué es ver en tu luz el árbol puro de la débil criatura, sacado de ti, Pureza suma, con pura inocencia y unida y plantada en la humanidad, que formaste del barro de la tierra? Has hecho a este árbol libre y le has dado ramas, es decir, las potencias del alma: la memoria, el entendimiento y la voluntad. ¿Qué fruto has puesto en la memoria? El de recordar. En el entendimiento, fruto de discernir, y en la voluntad, fruto de amar. ¡Oh árbol hecho con tanta pureza por tu Creador! Pero este árbol, porque se apartó de la inocencia por la desobediencia, cayó, y de árbol de vida se convirtió en árbol de muerte. Por esto no producía más frutos qué frutos de muerte. Por esto, tú, alta y eterna Trinidad, como ebrio de amor y loco de tu criatura, viendo que este árbol no podía dar más que frutos de muerte, porque estaba separado de ti, que eres la Vida, con aquel mismo amor que le habías creado, injertaste tu Deidad en el árbol muerto de nuestra humanidad.

¡Oh dulce y suave Injerto! Tu suma Dulzura se ha dignado unirse con nuestra amargura. Tú, Esplendor, con las tinieblas; tú, Sabiduría, con la necedad; tú, Vida, con la muerte, y tú, Infinito, con nosotros, finitos. ¿Quién te obliga a ello para darles la vida, habiéndote esta misma criatura injuriado tanto? Solamente el amor, como he dicho. De ahí que por este injerto se vence la muerte. ¿Bastó a tu Caridad haber verificado con ella esta unión? No. Por esto, tú, Verbo Eterno, regaste este árbol con tu sangre. Esta sangre, por su calor, lo hace germinar si el hombre con su libre albedrío se injerta a sí mismo en ti y contigo une y ata su corazón y su afecto, ligando y vendando este injerto con la venda de la caridad y siguiendo tu doctrina. Porque al Padre ni podemos ni debemos seguirle, puesto que en Él no cabe dolor. Luego debemos conformarnos e injertarnos en ti, siguiéndote por el camino del sufrimiento, de la cruz y de los santos deseos. Por ti, Vida, producimos fruto de vida si permanecemos injertados en ti. Nos creaste sin nosotros, pero no quieres salvarnos sin nosotros.

Cuando estamos injertados en ti, entonces las ramas que has dado a nuestro árbol dan sus frutos. La memoria se llena del recuerdo continuado de tus beneficios. La inteligencia se mira en ti como en un espejo para conocer perfectamente tu verdad y tu voluntad. Y la voluntad quiere

[37] Día 3 de marzo de 1379, en Roma.

amar y seguir lo que la inteligencia ha visto y conocido. Así, una rama ofrece frutos a la otra. Por el conocimiento que el hombre tiene de ti, se conoce mejor y se odia a sí mismo, es decir, odia la propia sensualidad.

* * *

¡Oh Amor, inestimable Amor! Admirables son las obras hechas en tu criatura racional. Y, si tú, Dios Eterno, en el tiempo en que el hombre era árbol de muerte lo convertiste en árbol de vida injertándote a ti, Vida, en el hombre—aunque muchos por sus efectos no produzcan más que frutos de muerte, porque no se injertan en ti, Vida Eterna—, así ahora puedes proveer a la salud del mundo entero, que hoy veo que no se injerta en ti, sino que, por el contrario, todos permanecen en su muerte de la propia sensualidad y ninguno viene a la fuente de la Sangre para regar su árbol. ¡Oh, entre nosotros está la Vida Eterna, desconocida por nosotros, ignorantes criaturas! ¡Oh miserable, oh ciega alma mía! ¿Dónde está el clamor, dónde las lágrimas que debes derramar en la presencia de tu Dios, que te invita continuamente? ¿Dónde está el dolor de corazón de los árboles plantados en la muerte? ¿Dónde los angustiosos deseos en presencia de tu piedad? No están en mí, porque todavía no me he perdido a mí misma; que, si me hubiera perdido a mí y hubiera buscado sólo la gloria de Dios y la alabanza de su nombre, me saldría el corazón por la boca y se desharían los tuétanos de mis huesos. Pero yo no he producido más que frutos de muerte, porque no me he injertado en ti.

¡Cuán grande es la luz, cuánta la dignidad que recibe el alma injertada en ti! ¡Oh desmesurada generosidad! La memoria nos dice que estamos obligados a quererte, a seguir la doctrina y las huellas de tu unigénito Hijo. Mas sin la luz de la fe no podemos seguir esta doctrina ni las huellas de Cristo; porque la inteligencia se fija y contempla en esta luz para conocer, y luego la voluntad ama lo que el entendimiento ha visto y conocido; así, una rama ofrece fruto de vida a la otra. ¿De dónde sacas, ¡oh árbol!, estos frutos de vida, siendo como eres estéril y muerto? Del árbol de la vida; que, si no estuvieses injertado en este otro, ningún fruto podrías producir por tu virtud, *porque eres nada*.

* * *

¡Oh Verdad Eterna, Amor inestimable! Así como produciste para nosotros frutos de fuego, de amor, de luz, de

obediencia pronta, por la que corriste, como enamorado, hasta la afrentosa muerte de cruz, y nos diste estos frutos en virtud del injerto de tu Deidad en nuestra humanidad y por el injerto que hiciste de tu Cuerpo en el árbol de la cruz, así el alma, injertada en ti de verdad, no atiende a otra cosa sino a tu honra y a la salud de las almas; se vuelve fiel, prudente y paciente.

* * *

Avergüénzate, ¡oh hombre!, avergüénzate, ya que por tus defectos te privas de tanto bien y te haces digno de tanto mal. Tu bien no le es a Dios de ningún provecho, ni le daña tu mal. Se complace ciertamente en que su hechura produzca frutos de vida, para que por ellos reciba fruto infinito y llegue al fin por el cual nos ha creado a todos.

Pequé, Señor, ten piedad de mí. Unenos, Verdad Eterna, e injerta en mí a los que me diste para que yo amase con singular amor, a fin que produzcan frutos de vida. Veo, Bondad infinita, que así como tú mandas el rocío de la luz sobrenatural en el alma unida a ti, dándole paz y tranquilidad de conciencia, así con el rocío de tus siervos apartarás la guerra y las tinieblas y darás paz y luz a tu Esposa. Así te lo suplico, piadoso, benigno y dulce Dios. Pequé, Señor, ten piedad de mí.

XV. En la fiesta de la Anunciación [38]

¡Oh María, María, templo de la Trinidad! ¡Oh María, portadora del fuego! María, ofrecedora de misericordia. María, conquistadora del linaje humano, porque, sufriendo tu carne en el Verbo, fué reconquistado el mundo. Cristo redimió con su pasión, y tú con el dolor de tu cuerpo y de tu espíritu.

¡Oh María, mar pacífico; María, dadora de paz; María, tierra fructífera! Tú, María, eres la planta joven de la que hemos obtenido la flor fragante del Verbo, unigénito Hijo de Dios, porque en ti, tierra fecunda, fué sembrado este Verbo. Tú eres la tierra y la planta. ¡Oh María, carro de fuego! Tú trajiste el fuego escondido y velado bajo las cenizas de tu humanidad. ¡Oh María, vaso de humildad, en

38 Día 25 de marzo. «Es, sin duda, una de las elevaciones más bellas entre todas las suyas, tanto por la doctrina como por la ternura filial con la gran Madre de Dios y por su forma literaria» (Taurisano, p. 146). Admira la seguridad de su intuición, adentrándose en el consejo de la Trinidad Beatísima para decretar la redención del linaje humano, y su doctrina sobre la naturaleza del Verbo encarnado, de exquisita expresividad y admirable precisión teológica.

el que está y arde la luz del verdadero conocimiento, con la que te levantaste por encima de ti misma y agradaste por esto al Padre Eterno, y El te arrebató y te atrajo a sí, amándote con singular amor! Con esta luz y fuego de tu caridad y con el aceite de tu humildad atrajiste e inclinaste a su divinidad a venir a ti, aunque antes fué atraído para venir hasta nosotros por el fuego ardentísimo de su inestimable caridad.

* * *

¡Oh María!, porque tú tuviste esta luz, no fuiste necia, sino prudente. Y prudentemente quisiste saber del ángel cómo sería posible lo que te anunciaba. ¿No sabías que todo era posible a Dios omnipotente? Sin duda alguna. Entonces, ¿por qué decías: *Quoniam virum non cognosco?* No porque te faltase la fe, sino por tu profunda humildad y por considerar tu indignidad. No porque dudases de que esto fuera posible a Dios. María, ¿te conturbaste en la palabra del ángel por miedo? No parece, si lo considero a tu luz, que te turbases por miedo, aunque manifestases admiración y turbación. Entonces, ¿de qué te maravillas? De la grande bondad de Dios, que tú veías, y, considerándote a ti misma, te reconocías indigna de tanta gracia, y quedabas estupefacta. Quedaste admirada y estupefacta, pues, por la consideración de tu indignidad y debilidad y de la gracia inefable de Dios. Así, preguntando tú con prudencia, demuestras tu profunda humildad. Y no tuviste temor, sino admiración, de la desmesurada bondad y caridad de Dios por la bajeza y pequeñez de tu virtud.

* * *

En este día, ¡oh María!, has sido hecha libro en el cual está escrita nuestra regla. En ti se ha escrito hoy la Sabiduría del Eterno Padre. En ti se manifiesta hoy la fortaleza y la libertad del hombre. Digo que se manifiesta la dignidad del hombre porque, si pienso en ti, María, veo que, por la mano del Espíritu Santo, ha escrito en ti la Trinidad, formando en ti el Verbo encarnado, Hijo unigénito de Dios. Nos la escribió la Sabiduría del Padre, es decir, el Verbo. Nos la ha escrito el Poder, puesto que fué poderoso para realizar este gran misterio. Y nos la ha escrito la Clemencia de este Espíritu Santo, que sólo por gracia y clemencia divina ordenó y realizó tan gran misterio. Si considero tu gran consejo, Trinidad Eterna, veo que en tu luz viste la dignidad y nobleza del linaje humano. Por esto, así como el amor te obligó a sacar el hombre de ti, así este mismo amor

te obligó a conquistarlo una vez se había perdido. Bien demuestra que amaste al hombre antes que fuese cuando quisiste sacarlo de ti sólo por amor. Pero mayor amor le demuestras dándote a ti mismo, encerrándote hoy en la vil morada de su humanidad. ¿Qué más podías darle que darte a ti mismo? En verdad podías decirle: ¿Qué más he podido o debido hacer por ti que no lo haya hecho? Lo que tu Sabiduría vió en aquel grande y eterno consejo que debías hacer por la salud del hombre, tu Clemencia lo quiso y tu Poder lo ha realizado hoy. De modo que en el consejo de nuestra salvación obraron de consuno tu Poder, tu Sabiduría y tu Clemencia.

* * *

¡Oh Trinidad Eterna! En aquel consejo, tu gran misericordia quería tener misericordia de tu hechura. Tú, Trinidad Eterna, querías realizar en él tu verdad de darle vida eterna, ya que para esto le habías creado, para que participase y gozase de ti. A esto se oponía tu justicia, alegando en el gran consejo que, si te es propia la misericordia, también lo es la justicia, que permanece para siempre. Y, puesto que tu justicia ningún mal deja sin castigo, lo mismo que sin premio ninguna obra buena, no se podía salvar, porque no podía satisfacer por su pecado. ¿Qué modo encontraste, Trinidad Eterna, para que se cumpliese tu Verdad y tuvieses misericordia con el hombre, satisfaciendo a la vez tu justicia? ¿Qué remedio nos has dado? He aquí el remedio: dispusiste darnos el Verbo de tu unigénito Hijo y que tomase la masa de nuestra carne, que te había ofendido, para que, sufriendo El en nuestra humanidad, se satisficiese a tu justicia no en virtud de la humanidad, sino en virtud de la Deidad unida con ella. Y así se hizo, y se cumplió tu Verdad y quedó satisfecha la justicia y la misericordia.

* * *

¡Oh María! Yo veo que este Verbo que se te ha dado está en ti. Y, sin embargo, no está separado del Padre, lo mismo que la palabra que el hombre tiene en la inteligencia, aunque la profiera hacia fuera y la comunique a nosotros, no se separa, con todo, de su corazón. En esto aparece la dignidad del hombre, por el que Dios ha obrado tantas y tan admirables cosas. En ti, ¡oh María!, se demuestra también hoy la fortaleza y la libertad del hombre, porque, después de la deliberación de tan gran consejo, te fué enviado el ángel a anunciarte el misterio del consejo divino y recabar tu voluntad. Y no descendió en tu vientre

el Hijo de Dios hasta que diese el consentimiento tu voluntad. Esperaba en la puerta de tu voluntad para que tú le abrieses, ya que quería venir a ti. Jamás habría entrado si tú no le hubieras abierto, diciendo: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.*

Claramente se manifiesta, pues, en ti la fortaleza y la libertad de la voluntad y que sin ella ningún bien ni ningún mal se puede hacer. No hay demonio ni criatura que pueda obligarla al pecado mortal si ella no quiere. Como tampoco puede ser obligada a obrar bien alguno si ella se resiste, puesto que la voluntad del hombre es libre, y nadie, mientras no quiera, la puede obligar a mal o a bien. Llamaba, ¡oh María!, a tu puerta la Deidad Eterna; mas, si tú no hubieses abierto la puerta de tu voluntad, Dios no se habría encarnado en ti.

Avergüénzate, alma mía, viendo que Dios hoy ha hecho parentesco contigo en María. Hoy se te revela que, aunque hayas sido hecha sin ti, no serás salvada sin ti; hoy llama Dios a la puerta de la voluntad de María y espera que le abra.

¡Oh María, dulcísimo amor mío! En ti está escrito el Verbo, del que hemos recibido la doctrina de la vida. Tú eres la mesa que nos ofrece esta doctrina, y veo que este Verbo, apenas escrito en ti con la cruz del santo deseo, apenas es concebido, se le injerta y une el deseo de morir por la salud de las almas, por las que se había encarnado.

¡Gran cruz le hace llevar durante tanto tiempo aquel deseo que El hubiera querido se hubiera realizado muy pronto!

A ti recurro, María, y te ofrezco mi petición por la dulce Esposa de Cristo, dulcísimo Hijo tuyo, y por su vicario en la tierra para que le sea dada la luz y con discreción sepa reformar la santa Iglesia. Que se unan entre sí las gentes y que el corazón del pueblo se conforme con el de él y que jamás se levante contra su cabeza. Me parece como si tú, Dios Eterno, hubieses hecho de él un yunque que todo el mundo golpea de palabra y de obra cuanto puede.

También te pido por los que has puesto en mi deseo y amo con singular amor para que arda su corazón, de modo que no sean carbones apagados, sino encendidos y hechos fuego en tu caridad y en el amor del prójimo, de modo que en el tiempo de la necesidad tengan sus naves bien provistas para ellos y para los demás. Te pido también por los que me has dado, aunque yo no sea para ellos ocasión de ningún bien, sino de todo mal, porque no soy para ellos espejo de virtud, sino de mucha ignorancia y negligencia.

Mas hoy te pido con audacia, ya que es el día de las

gracias, y sé que a ti, María, nada se te ha de negar. ¡Oh María! Hoy tu tierra nos ha germinado el Salvador. Pequé, Señor, todo el tiempo de mi vida. Pequé, Señor, ten piedad de mí, dulcísimo e inestimable amor.

¡Oh María! Bendita seas entre todas las mujeres por todos los siglos, que hoy nos has dado parte de tu harina. Hoy la Deidad se ha unido y amasado con nuestra humanidad tan fuertemente, que jamás se pudo separar ya esta unión ni por la muerte ni por nuestra ingratitud, antes bien siempre estuvo unida a la Deidad, hasta con el cuerpo en el sepulcro y con el alma en el limbo, y al mismo tiempo con el alma y con el cuerpo en Cristo. De tal manera fué contraído este parentesco, que así como jamás fué separado, así jamás lo será por toda la eternidad. Amén.

XVI. Sobre la pasión de Jesucristo [39]

¡Oh Dios Eterno, alta y eterna Grandeza! Tú eres grande, mas yo soy pequeña. Mi bajeza no puede alcanzar tu altura sino en cuanto el afecto, el entendimiento y la memoria se levantan sobre la bajeza de mi humanidad y con la luz que en tu luz me has dado te conocen. Pero, si yo miro a tu alteza, toda ascensión que mi alma puede hacer hacia ti es como una noche obscura en comparación con la luz del sol, o como la luz de la luna en parangón con el sol mismo, porque yo, bajeza mortal, no puedo alcanzar tu grandeza inmortal. Aunque puedo gustar de ti por los efectos de tu amor, no puedo verte en tu esencia. Tú has dicho que el hombre que no vive de fe, es decir, que vive en su sensualidad y voluntad, no puede verte en el afecto de tu caridad. Y si, viviendo razonablemente, te puede ver, todavía no puede hacerlo en la esencia mientras vive en este cuerpo mortal. Es bien cierto, pues, que su bajeza no puede llegar a tu altura, sino gustar y verte en espejo, y esta visión va acompañada de la caridad, porque puedo ver perfectamente los efectos de tu caridad, pero no la esencia, como he dicho. Y ¿cuándo he podido alcanzar el efecto de tu caridad, a la que mientras vivo en el cuerpo mortal no puedo llegar como los bienaventurados? Cuando llegó el tiempo y vino la plenitud del tiempo sagrado, que es tiempo acep-

[39] En la presente elevación sobre la pasión de Jesucristo, dicha por la Santa con mucha probabilidad el domingo de Pasión—27 de marzo de 1379—, es oportuno subrayar dos particularidades: una, en íntima consonancia con la «mentalidad» y la doctrina espiritual de Catalina, es la visión de conjunto, profundamente dogmática, que ella tiene de la pasión de Jesucristo, y que le conmueve de modo especial, sin perderse en la corteza de las descripciones pormenorizadas de los hechos exteriores. Otra particularidad es la personificación que en el ímpetu de su vuelo hace de la «pasión» misma.

table. ¿Cuándo conoce mi alma la llegada de este tiempo? Cuando vino el gran Médico del mundo, es decir, tu Hijo unigénito. Cuando el Esposo se unió con la esposa, es decir, la dignidad del Verbo con nuestra humanidad, por medio de María, la cual te vistió, Esposo Eterno, de su humanidad. Pero este amor y unión estaban tan escondidos, que pocos los conocían. Por esto, el alma no consideraba bien tu alteza. El alma con tu luz vino a perfecto conocimiento del afecto de tu caridad en la pasión de este Verbo, porque entonces el fuego, escondido bajo nuestras cenizas, empezó a manifestarse amplia y plenamente, abriendo su cuerpo santísimo en el leño de la cruz para que el afecto del alma fuera atraído a las cosas altas y los ojos de la inteligencia se fijasen en el fuego.

Tú, Verbo Eterno, has querido ser levantado en alto, demostrando en tu sangre tu amor, tu misericordia y tu magnanimidad. En esta sangre nos has manifestado también cuánto te pesa la culpa del hombre. En esta sangre has lavado la cara de tu esposa, es decir, del alma, con la cual te has unido por la unión de la naturaleza divina con nuestra naturaleza humana. Estando desnuda, la vestiste, y con tu muerte le has dado vida.

* * *

¡Oh deseada pasión! Mas tú, Verdad Eterna, dices que no la desea ni la ama quien se ama a sí mismo, sino quien está despojado de sí y está vestido de ti, viendo con luz en tu luz y conociendo la altura de tu caridad. ¡Oh agradable y tranquila pasión!, que con tranquilidad de paz haces correr las almas sobre las olas del mar tempestuoso; ¡oh deleitable y muy dulce pasión, oh riqueza del alma, oh refrigerio de los afligidos, oh alimento para los hambrientos, oh puerto y paraíso para el alma, oh verdadera alegría, oh gloria y bienaventuranza nuestra! El alma se gloría en ti y en ti adquiere su fruto.

¿Quién es el que se gloría en ti? No el que ha sometido la luz de la razón al afecto sensitivo, porque éste no ve sino tierra. ¡Oh pasión!, que quitas toda enfermedad, siempre que el enfermo quiera ser curado, ya que tu don no nos ha quitado la libertad. Tú, pasión, devuelves también la vida al que ha muerto si el alma cae enferma por las tentaciones del demonio. Tú la liberas si está perseguida por el mundo o combatida por su propia fragilidad. Tú eres su refugio, porque el alma ha conocido en ti no solamente las obras del Verbo en la pasión, que son finitas, sino que ha gustado la altura de la caridad divina. Por esto, por ti, pasión, quie-

re considerar y conocer la verdad y embriagarse y consumarse en la caridad de Dios por tu enfermedad. Enfermedad que parece sólo enfermedad de nuestra humanidad, pero cuya alteza es grandísima por el misterio que por ella se realiza en virtud de la Deidad. La humanidad apela a la altura de esta Deidad, y así llega a su fin, porque de otra manera no podría. ¡Oh pasión! El alma que descansa en ti está muerta en cuanto a la sensualidad, y por esto gusta el afecto de tu caridad.

* * *

¡Oh cuán dulce y suave es esta dulzura que el alma gusta debajo de esta corteza, donde ha encontrado la luz y el fuego de la caridad, viendo la unión admirable de la divinidad realizada en nuestra humanidad! Ve separarse la humanidad y no la Deidad. Considera, alma mía, y verás al Verbo en nuestra humanidad, que es como una nube. Pero la Deidad no sufre lesión alguna por la nube o por las tinieblas de nuestra humanidad, sino que detrás está escondido el sol y el resplandor divino, como el cielo sereno se esconde alguna vez detrás de las nubes. Y ¿qué nos muestra a nosotros esto? Porque la pena, finita en el cuerpo del Verbo, permaneció siendo Deidad. Y después de la resurrección hizo resplandecer la humanidad, que había quedado como obscurecida, y la hizo inmortal, habiendo sido antes mortal. Tú, pasión, pues, muestras la doctrina que la criatura racional debe seguir. Por esto yerran los que quieren seguir los deleites más que las penas, puesto que nadie llega al Padre sino por el Hijo y no podemos seguirte a ti, Verdad, si no te gustamos en el sufrimiento. Y, aunque el alma no quiere sufrir, debe pasarlo a la fuerza; pero, si se dispone a sufrir con el sol de la luz, entonces no sufre fatiga alguna. Del mismo modo que la Deidad en el Verbo en modo alguno sufrió, porque quiso voluntariamente sufrir aquellos trabajos. Así, pues, claramente manifiestas que, después del tiempo aceptable de la pasión del Verbo, el alma puede conocer, con la luz de la gracia, el afecto de tu caridad. Y con esta luz, en el tiempo finito, llegamos a conocer tu esencia en el tiempo infinito. De ahí que por la infinidad de tu pasión conocemos tu Alteza, no porque tus misterios sean ínfimos, antes bien son sublimes; ínfimos, digo, por la pasión de la ínfima humanidad.

* * *

¡Oh dulce y Eterno Dios, infinita sublimidad! Ya que en nosotros no podíamos elevar el afecto, que era ínfimo,

con la luz de la inteligencia hasta tu altura por culpa de las tinieblas del pecado, tú, Médico sumo, nos has dado el Verbo con el cebo de la humanidad. Has cogido en él al hombre y has cogido al demonio, no en virtud de la humanidad, sino de la divinidad. Haciéndote pequeño, has hecho grande al hombre. Saturado de oprobios, le has llenado de bienaventuranza. Sufriendo hambre, le has saciado en los efectos de tu caridad. Despojándote de la vida, lo has vestido de la gracia. Cubierto de vergüenza, a él le has dado el honor. Obscurecido tú en cuanto a la humanidad, le has dado a él la luz. Extendido tú sobre la cruz, le has abrazado y has hecho una caverna en tu costado en la que pudiese tener refugio contra sus enemigos. En esta caverna puede conocer tu caridad, puesto que con ella demuestras que has querido dar cuanto podías. Allí ha encontrado el baño, en el que ha lavado la cara de su alma de la lepra de sus pecados.

¡Oh deleitable amor, oh fuego, oh abismo de caridad, oh altura incomprensible! Cuanto más considero tu altura en la pasión del Verbo, tanto más se avergüenza mi alma, mísera miserable, por no haberte conocido nunca, y esto por haber estado siempre viva al afecto de la sensualidad y muerta a la razón. Mas plegue hoy a la altura de tu caridad iluminar los ojos de mi inteligencia y de los que me has dado por hijos y de todas las criaturas racionales.

* * *

¡Oh Deidad, Amor mío! Una cosa te pido. Cuando el mundo estaba enfermo, tú le mandaste a tu unigénito Hijo como Médico, y lo hiciste sólo por amor. Ahora veo el mundo totalmente hundido en la muerte, y en muerte tan grande, que mi alma desfallece ante esta visión. ¿Qué medio usarás ahora para resucitar otra vez a este muerto, siendo tú, Dios, impasible y teniendo que venir ya no para reconquistar el mundo, sino para juzgarlo? ¿Cómo se le devolverá la vida a este muerto? No creo, ¡oh infinita Bondad!, que te falten medios. Antes confieso que ni le faltan a tu amor, ni se ha debilitado tu poder, ni se ha disminuído tu sabiduría. Y, puesto que quieres, puedes y sabes enviar el remedio que hace falta, te suplico que, si agrada a tu bondad, me manifiestes este remedio, ya que mi alma está dispuesta a tomarlo virilmente.

* * *

Es verdad que tu Hijo no ha de volver ya sino con majestad para juzgar; pero, según veo, tú llamas Cristos a tus

siervos, y por este medio quieres quitar la muerte y dar la vida al mundo. ¿De qué manera? Que éstos caminen virilmente por el camino del Verbo con celo y con encendido deseo, procurando tu honra y la salud de las almas, sufriendo, por tanto, pacientemente penas, tormentos, oprobios y ultrajes de cualquiera parte que les venga. Con estas penas finitas quieres dar refrigerio a su deseo infinito, es decir, escuchar sus ruegos y satisfacer sus deseos. Mas, si sufriesen sólo corporalmente sin este deseo, no sería bastante ni para ellos ni para los demás, de la misma manera que la pasión del Verbo sin la virtud de la Deidad no habría podido satisfacer por la salud del género humano.

¡Oh remediador óptimo! Danos, pues, de estos Cristos, que vivan continuamente en vigilias, en lágrimas, en oraciones por la salud del mundo. Tú los llamas Cristos tuyos porque están conformados con tu unigénito Hijo.

¡Oh Eterno Padre! Concédenos que no seamos ignorantes, ciegos o fríos ni esté tan obscurecida nuestra mirada, que no nos veamos a nosotros mismos. Sino danos a conocer tu voluntad. Pequé, Señor; ten piedad de mí.

* * *

Te doy gracias; te doy gracias, porque has dado refrigerio a mi alma tanto por el conocimiento que me has dado de cómo puedo conocer la altura de tu caridad, estando todavía en el cuerpo mortal, como por el remedio que veo ordenado por ti para liberar al mundo de la muerte. No duermas, pues, más, alma mía miserable, ya que has dormido todo el tiempo de tu vida. ¡Oh amor inestimable! El sufrimiento corporal de tus siervos tendrá poder por virtud del deseo de sus almas, y su deseo valdrá en virtud del deseo de tu caridad. ¡Oh miserable alma mía!, que no abrazas la luz, sino las tinieblas. ¡Levántate, levántate ya de las tinieblas; despiértate, abre los ojos de la inteligencia y mira el abismo de tu divina caridad! Si no ves, no puedes amar. Cuanto más verás, tanto más amarás, y amando seguirás su voluntad y te vestirás con ella. Pequé, Señor; ten piedad de mí.

XVII. En la Pascua de Resurrección [40]

¡Oh Resurrección nuestra, oh Resurrección nuestra, oh alta y eterna Trinidad! Desentraña mi alma, ¡oh Redentor y Resurrección nuestra! ¡Oh Trinidad Eterna, oh Fuego que

[40] No coinciden las indicaciones de los autores sobre la fecha exacta de esta elevación. Su tema dice claramente que nació del gozo íntimo del alma de Catalina, inmersa en la contemplación de Cristo resucitado

continuamente ardes, que nunca te apagas, ni faltas, ni puedes disminuir aunque todo el mundo venga a buscar aquí tu fuego. ¡Oh Luz que da luz y en cuya luz vemos! En tu luz veo, y sin ella, nada puedo ver. Porque tú eres el que eres, mas yo soy la que no soy. En esta misma luz conozco mi necesidad y la necesidad de tu Iglesia y de todo el mundo. Y, porque en la luz conozco, te pido que desentrañes mi alma por la salud del mundo entero. No porque pueda por mí misma producir algún fruto, sino por la virtud de tu caridad, que es obradora de todos los bienes. Por esto, el alma obra la salvación para sí misma y es de provecho para su prójimo en el abismo de tu caridad, como tu Deidad, alta y eterna Trinidad, ha obrado en nuestra humanidad, es decir, con el instrumento de nuestra humanidad. Tu Deidad con obra finita ha obrado por nosotros, por medio de nuestra humanidad, y ha conseguido provecho infinito para la humanidad, no en virtud de la humanidad, sino de tu divinidad. Por esta virtud, ¡oh Trinidad Eterna!, parecen ser creadas todas las cosas que tienen ser, y todo poder o toda virtud espiritual o temporal que tiene el hombre sale de ti. Es cierto que has querido que el hombre se fatigue obrando en estas cosas con el libre albedrío.

* * *

¡Oh Trinidad Eterna, oh Trinidad Eterna! En tu luz se conoce que tú eres aquel sumo y eterno jardín que en sí encierra flores y frutos. Porque eres flor de gloria que se da gloria a sí mismo, te das también a ti mismo fruto. Por esto no puedes recibirlo de nadie más, porque, si pudieses recibirlo de algún otro, ya no serías eterno y omnipotente Dios. Porque el que te diese esto no procedería de ti. Pero tú eres gloria y fruto para ti mismo, y los frutos que te da tu criatura provienen de ti y de ti recibe el poderlos dar.

* * *

En el jardín de tu seno estaba encerrado el hombre, ¡oh Padre Eterno! Tú lo sacaste de tu mente santa como una flor con tres potencias en el alma, y en cada una de ellas has puesto una planta para que pudiésemos fructificar en tu jardín, volviendo a ti con el fruto que tú les has dado. Y tú vuelves al alma llenándola de tu bienaventuranza, en la que ella se encuentra como el pez en el mar, y el mar en el pez. Tú le has dado la memoria para que pudiese retener tus beneficios y produjese la flor de gloria a tu nombre y provecho y utilidad para sí. Le has dado también la inteligencia para

que comprendiese tu verdad y voluntad (que sólo busca nuestra santificación) para que germinase flores de gloria y luego fruto de virtud. Le has dado la voluntad para que pudiese amar lo que la inteligencia ha visto y retiene la memoria. Si me fijo en ti, Luz, ¡oh Eterna Trinidad!, veo que el hombre perdió esta flor, es decir, la gracia, por el pecado cometido, y ya no estaba en disposición de darte gloria y conseguir el fin para el que la habías creado, por lo cual, y por culpa del pecado, no obtenías tú la gloria por el modo que había ordenado tu Verdad. Tu jardín estaba cerrado, y no podíamos obtener sus frutos. Hiciste portero al Verbo, es decir, tu Unigénito, en cuyas manos pusiste la llave de la Deidad y de la humanidad, ambas unidas a fin que abrieran la puerta de tu gracia; porque la Deidad no podía abrir sin la humanidad, puesto que la humanidad la había cerrado por el pecado del primer hombre. Ni la simple humanidad la podía abrir sin la Deidad, porque su operación habría sido finita, y la ofensa había sido cometida contra el Bien infinito; y a la culpa debía seguir la pena, de modo que ninguno de los dos medios por separado eran suficientes.

¡Oh dulce Portero, oh sublime Cordero! Tú eres el hortelano que, habiendo abierto las puertas del jardín celestial, es decir, del paraíso, nos ofrece las flores y los frutos de la Eterna Deidad. Ahora conozco ciertamente que has dicho la verdad cuando en forma de peregrino te apareciste en el camino a tus dos discípulos, diciéndoles que era necesario que Cristo padeciese y que por el camino de la cruz entrase en su gloria, mostrándoles que así había sido profetizado por Moisés, Elías, Isaías y David, y los demás que habían profetizado de ti. Y les declaraste las Escrituras, mas ellos no te entendían, porque su entendimiento estaba ofuscado. Mas tú te entendías a ti mismo. ¿Cuál era tu gloria, oh dulce y amoroso Verbo? Eras tú mismo. Para que entrases en ti mismo era necesario que padecieses. Amén.

XVIII. Sobre el sacramento de la Eucaristía [41]

¡Oh Deidad Eterna, oh alta y eterna Deidad! ¡Oh sumo y eterno Padre, oh Fuego que siempre ardes! Tú, Padre Eterno, alta y eterna Trinidad, eres fuego inestimable de caridad. ¡Oh Deidad, Deidad! ¿Qué revelan tu bondad y tu grandeza? El don que has dado al hombre. Y ¿qué don le has dado? Todo tú, Dios, Trinidad Eterna. Y ¿en qué se lo has dado? En el establo, habitación de animales, es decir, de los pecados mortales, para demostrar a qué había llegado el

[41] Año 1379. «Esta oración hizo Catalina en Roma, en abstracción, según costumbre».

hombre por la culpa. Así que te has dado todo tú, Dios, conformándote con nuestra humanidad.

¡Oh Dios Eterno, oh Dios Eterno! Tú dices que me fije en ti, alta y eterna Deidad, y, mirando en ti, quieres que me conozca a mí para que conozca mejor mi bajeza por tu alteza y tu grandeza por mi pequeñez. Mas yo veo que, si antes no me despojo de mí mismo, de la propia voluntad perversa, yo no te puedo ver. Por esto, antes me has dado la doctrina, para que me despoje de mi voluntad conociéndome a mí. En este conocimiento te encuentro y te conozco, y por este conocimiento se despoja más perfectamente de sí misma el alma y se viste de tu voluntad. Por esto quieres que se eleve con luz para conocerse a sí en ti. ¡Oh Fuego que siempre ardes en el alma, que en ti se conoce a sí misma! A cualquier parte donde se vuelve, en las cosas mínimas encuentra tu grandeza, es decir, en las criaturas y en todas las cosas creadas, porque en todas ve tu potencia, tu sabiduría y tu clemencia. Si tú no hubieses podido, sabido o querido, no las habrías revelado. Pudiste, supiste y quisiste, y por esto lo creaste todo. ¡Miserable y ciega alma mía!, jamás te conociste en él por no haberte despojado de tu perversa voluntad ni haberte revestido de la suya.

* * *

Y ¿cómo quieres, dulcísimo Amor, que yo me mire en ti? Quieres que mire la creación por la gracia, en la que me hiciste a imagen y semejanza tuya, con la que tú, suma y eterna Pureza, te has unido con el lodo de nuestra humanidad obligado por el fuego de tu caridad. Y con este fuego, tú mismo te has dado para nosotros en manjar. Y ¿qué manjar es éste? Manjar de los ángeles, suma y eterna Pureza, y por esto exiges y quieres tanta pureza en el alma que te recibe en este dulcísimo sacramento, que, si fuese posible que la naturaleza angélica se purificase (no tiene ciertamente esta necesidad), debería purificarse para acercarse a tan gran misterio. ¿Cómo se purifica el alma? En el fuego de tu caridad y lavando su cara en la sangre de tu unigénito Hijo.

¡Oh miserable alma mía! ¿Cómo te acercas a tan gran misterio sin esta purificación? Avergüénzate, digna de habitar con las bestias y con los demonios, porque tus obras han sido siempre obras de bestias y has seguido la voluntad del demonio. Tú, Bondad Eterna, quieres que mire en ti y vea que tú me amas, y que me amas de balde, para que con este mismo amor ame yo toda criatura racional. Por esto quieres que del mismo modo ame y sirva a mi prójimo, socorriéndole espiritual y temporalmente cuanto me sea posible, sin ninguna esperanza de propia utilidad o gusto, y no quieres que

me retraiga de hacer el bien por su ingratitud, persecución o infamias que de él pudiese recibir.

¿Qué haré, pues, para que yo vea? Me despojaré de mi fétido vestido y con la luz de la santísima fe me miraré en ti y me vestiré de tu eterna voluntad. Con esta luz conoceré que tú, Trinidad Eterna, nos eres *mesa, comida* y *servidor*. Tú, Padre Eterno, eres la *mesa*, que nos da la comida del Cordero de tu unigénito Hijo. Eres para nosotros *manjar* suavísimo, tanto por su doctrina, que nos nutre de su voluntad, como por el Sacramento que recibimos en la sagrada comunión, el cual nos alimenta y conforta mientras somos peregrinos y caminantes en esta vida. El Espíritu Santo es, con toda razón, *servidor*, porque nos administra esta doctrina, iluminando con ella los ojos de nuestra inteligencia e inspirándonos que la sigamos. Nos muestra también la caridad del prójimo y el hambre del manjar de las almas y de la salud del mundo entero para honra de ti, Padre. De aquí vemos que las almas iluminadas en ti, Luz verdadera, no dejan pasar un momento sin que coman este suave manjar para honra tuya.

Amor inestimable, en ti nos haces ver la necesidad del mundo, y principalmente de la santa Iglesia, y el amor que le tienes, porque está fundada en la sangre de tu Hijo y en ésta me he refugiado. Manifiestas también el amor que tienes a tu vicario haciéndolo ministro de esta sangre. Pero yo me miraré en ti para hacerme pura. Así purificada, clamaré delante de tu misericordia, a fin de que vuelvas los ojos de tu piedad sobre las necesidades de tu Esposa e ilumines y fortalezcas a tu vicario. Ilumina también de modo perfectísimo a tus siervos para que sepan aconsejar recta y sinceramente y dispónles a seguir la luz que infundirás en mí.

* * *

Tú, alta y eterna Sabiduría, no has hecho al alma sola. Antes bien, has querido acompañarla con las tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad. Y están tan unidas entre sí, que lo que quiera una, siguen las otras. Si la memoria se esfuerza en ver tus beneficios y tu desmesurada bondad, inmediatamente el entendimiento los quiere entender y la voluntad amarlos para seguir tu voluntad.

¿Por qué no la has hecho sola? No quieres que esté sola sin el amor de ti y dilección del prójimo. Entonces está perfectamente unida cuando así está acompañada. Está hecha una cosa contigo, y también con su prójimo, por un don de amor y afecto de caridad. Y así puede decirse con San Pablo: *Muchos corren en el estadio, pero uno solo consigue el premio;* es decir, la caridad. Pero cuando el alma está acom-

pañada de la culpa permanece sola, porque está separada de ti, que eres todo Bien; separada de ti, está separada también de la caridad del prójimo y acompañada con la culpa, que es nada. Pequé, Señor; ten piedad de mí, que jamás supe conocerme en ti, y tu luz es la que hace ver todo lo bueno que se conoce.

En tu naturaleza, Deidad Eterna, conoceré mi naturaleza. Y ¿cuál es mi naturaleza, Amor inestimable? *Es el fuego*. Porque tú no eres sino fuego de amor, y de esta naturaleza has dado al hombre, puesto que por fuego de amor le has creado, y así a todas las otras criaturas creaste por amor. ¡Oh hombre ingrato! ¿Qué naturaleza te ha dado Dios? Su propia naturaleza. ¿No te avergüenzas de arrojar de ti cosa tan noble con la culpa del pecado mortal?

¡Oh Trinidad Eterna! Mi dulce Amor; tú, que eres luz, danos luz. Tú, suma Fortaleza, fortalécenos. Se disuelva hoy, Dios Eterno, nuestra nube para que perfectamente conozcamos y sigamos tu verdad con corazón limpio y sencillo. Dios, ven en nuestra ayuda. Señor, apresúrate a socorrernos. Amén.

XIX. La imagen de la Trinidad en el hombre [42]

¡Oh hombre ingrato! ¡Oh alta y eterna Deidad! ¡Oh incomprensible e inestimable Amor! Tú dices, Padre Eterno, que el hombre que sabe mirarse te encuentra a ti en sí porque él es criado a tu imagen. Tiene la memoria para retenerte a ti y retener tus beneficios, participando en esto de tu poder, participando de la sabiduría de tu uingénito Hijo, Señor Nuestro Jesucristo, y tiene la voluntad para amarte a ti, participando de la clemencia del Espíritu Santo. Y así, no solamente creaste al hombre a tu imagen y semejanza, sino que también en ti hay de algún modo una semejanza suya. Y así, tú estás en él y él en ti.

No te he conocido a ti, ¡oh Dios!, en mí, ni a mí en ti, Dios Eterno. Esta es toda la ignorancia de los hombres necios que te ofenden, porque, si supieran esto, no podrían dejar de amar a Dios. Esta ignorancia procede de la privación de la luz de la gracia, y esta privación, a su vez, de la nube del amor propio sensual. Tan grande es la unión que hay entre uno y otros, que cuando no se aman se apartan de su propia naturaleza.

[42] En la octava de la fiesta de Santo Domingo, 12 de agosto de 1379.

XX. La Verdad Eterna [43]

¡Oh Verdad, Verdad! Y ¿quién soy yo para que tú me des tu verdad? Yo soy la que no soy. Tu Verdad es, pues, la que hace, y habla, y obra todas las cosas, porque yo no soy. Tu Verdad es la que brinda la verdad, y sólo con tu Verdad digo la verdad. Tu Verdad Eterna ofrece la verdad de maneras distintas a diversas criaturas, y no está separada de ti; antes bien, tú eres la misma Verdad.

Tú, Deidad Eterna, Hijo de Dios, viniste de Dios para cumplir la verdad del Padre Eterno, y nadie puede tener verdad si no es de ti, que eres la Verdad. Cualquiera que quiera tener tu verdad, es necesario que no le falte tu Verdad; de otra suerte, no podría poseer la verdad. Y ésta no puede tener ningún defecto. De este modo la poseen los bienaventurados, los cuales de un modo perfecto y sin defecto ven tú Verdad por tu visión eterna que poseen, participando de tu visión, con la que te ves a ti mismo. Puesto que tú eres la misma Luz, con la cual eres visto por tu criatura. Ni entre ti y el que te ve hay ningún intermediario que te represente al que te ve. Así, pues, cuando los bienaventurados te participan, participan de la luz y del medio por el cual tú eres visto; y porque tú mismo eres siempre aquella misma luz, este mismo medio y el mismo objeto, participados por ellos en la unión que contigo tienen, por esto resulta una misma cosa de tu visión y de la visión de tu criatura en ti. A pesar de que uno vea más perfectamente que otro, esto obedece a la diversidad de los que te reciben y no porque haya diversidad en tu visión. Así como el alma que está en esta vida en estado de gracia recibe tu verdad con la luz de la fe, con la cual ve que las cosas que tu Iglesia nos predica son verdaderas, y, no obstante, diversas almas, según la diversidad de sus disposiciones, reciben de diversos modos esta verdad, con mayor o menor perfección, y no por esto es diversificada la fe, sino que es una misma en todos, así en los bienaventurados la visión es una misma aunque sea recibida más o menos perfectamente por diversas criaturas.

XXI. Los perseguidores de la cruz [44]

¡Oh Deidad, Amor Deidad! ¿Qué puedo decir yo de tu Verdad? Tú, Verdad, habla de la Verdad, porque yo no sé

[43] Año 1379. Como es diversa para los cristianos la participación de la luz de la fe, sin que la fe sea distinta para unos que para otros, así la diversidad en la participación de la visión de Dios no hace diversa aquella visión, substancialmente idéntica para todos.
[44] Año 1379.

hablar de la verdad, sino solamente de las tinieblas, porque yo no he seguido el fruto de tu cruz, sino que he conocido y seguido sólo las tinieblas. Confieso que quien conoce las tinieblas, conoce la luz. Mas yo no he obrado así; antes bien, he seguido las tinieblas, y, sin embargo, no las he conocido perfectamente. Habla, pues, tú de tu Verdad, de tu cruz, y te oiré.

* * *

Tú dices que algunos son perseguidores del fruto de tu cruz, que eres tú mismo. Tú, ¡oh Verbo unigénito de Dios!, que por el amor desmesurado y la caridad que nos tuviste te injertaste, como fruto de dos árboles, en primer lugar con la naturaleza humana, para manifestarnos la Verdad invisible del Eterno Padre, cuya Verdad eres tú mismo. El segundo injerto lo hiciste con tu cuerpo en el árbol de la santísima cruz, en el cual no te sostuvieron los clavos ni cosa alguna, sino el amor desmesurado que nos tuviste. Y todo esto hiciste para manifestar la verdad de la voluntad del Padre, que no quiere más que nuestra salud. De este injerto se produjo tu sangre, la que por la unión de la naturaleza divina nos ha dado vida a nosotros. Por la virtud de esta sangre somos limpiados del pecado por medio de tus sacramentos, puestos por ti en la bodega de la santa Iglesia, de la que has entregado las llaves y la custodia a tu vicario principal en la tierra.

* * *

Todas estas cosas no son conocidas ni comprendidas por los hombres sino mediante tu luz, con la cual iluminas la parte más noble del alma, es decir, la inteligencia. Esta luz es la luz de la fe que concedes a todos los cristianos cuando, mediante el sacramento del bautismo, les infundes la luz de tu fe y de tu gracia. Con esta luz se les quita el pecado original que habíamos contraído. Y nos das luz suficiente para que pueda llevarnos hasta el último fin de la bienaventuranza, a no ser que nosotros, por la maldad del amor propio sensitivo, ceguemos nuestros ojos, que tu gracia ha iluminado en el santo bautismo. Nos cegamos cuando sobre nuestros ojos ponemos la nube de la frialdad y la humedad del amor propio, y entonces no te conocemos a ti ni ningún verdadero bien. Al bien lo llamamos mal, y al mal bien, y nos hacemos ignorantísimos e ingratos.

Y mucho peor nos sucede a nosotros después de haber conocido la verdad, cuando perdemos la luz, que antes de haberla recibido. Porque es peor un falso cristiano que un infiel y peores cosas se le siguen, menos en el sentido de

que éste puede recibir más fácilmente el remedio de su enfermedad por alguna luz de fe que le quede.

Estos tales, Señor mío, son los perseguidores del fruto de tu cruz, es decir, de tu sangre, puesto que no te siguen a ti, Cristo crucificado; antes bien, te persiguen a ti y a tu sangre; y especialmente los que son rebeldes al que has puesto por guardián, que tiene las llaves de la bodega, en la que has puesto tu preciosa sangre y la sangre de todos los mártires (aunque la sangre de los mártires no valga sino en virtud de la tuya). Esta rebelión, así como todo pecado, proviene de que han perdido la luz de tu verdad, que se adquiere por tu fe. Por esto, los filósofos, aunque supieran muchas verdades sobre tus criaturas, sin embargo, porque no tuvieron tu fe, no pudieron salvarse.

XXII. Los misterios divinos [45]

¡Oh Deidad Eterna! Disuelve el vínculo de mi cuerpo para que pueda ver la verdad, porque ahora la memoria no puede comprenderte, ni la inteligencia entenderte, ni el afecto amarte como conviene. ¡Oh naturaleza divina, que resucitas los muertos y tú sola das vida y quisiste unir en ti la naturaleza humana muerta para darle la vida! ¡Oh Verbo Eterno! Tú uniste contigo de tal modo la naturaleza mortal, que no fué posible que se separase en modo alguno. Por esto, en la cruz, la naturaleza mortal sufría las penas, mas la naturaleza divina daba vida, y por esto eras a la vez bienaventurado y doliente. Ni siquiera en el sepulcro pudo separarse una naturaleza de la otra.

¡Oh Padre Eterno! Tú dices que vestiste el Verbo con nuestra naturaleza para que nuestra naturaleza te glorificase en El por nosotros. ¡Oh inefable Misericordia! Quisiste castigar a tu Hijo propio y natural por la culpa del hijo adoptivo. Y sufrió no solamente la pena de la cruz en el cuerpo, sino el torturante deseo en el espíritu. ¡Oh Padre Eterno! ¡Cuán profundos e inefables son tus juicios! El hombre necio no los entiende; antes bien, los hombres necios juzgan tus hechos y los de tus siervos según la corteza y no según el abismo de tu caridad y según la abundancia de la caridad que has infundido en tus siervos. ¡Oh hombre ignorante y bestial! Puesto que Dios te ha hecho hombre, ¿por qué te haces a ti mismo bestia? Y no solamente bestia, sino una nada, y juzgas bestialmente. ¿No sabes tú que los que así obran son enviados a las penas eternas del infierno? En estas penas, el hombre vuelve a la nada, si no en cuanto al

[45] «Oración hecha el día 16 de agosto de 1379 en Roma».

ser, sí en cuanto a la gracia, que llena el ser de la naturaleza. Y la cosa que está privada de su perfección puede llamarse la nada.

XXIII. Por el sumo pontífice [46]

¡Oh sumo Dios, Amor inestimable, Fuego Eterno, que iluminas las inteligencias de los hombres y consumes lo que en el alma hay contrario a ti! Caliéntala con el fuego de todo el amor que hay en ti. Veo en ti que aquel mismo amor que te obligó a sacar amor de ti para las criaturas con el conocimiento de ti, a alabanza y gloria de tu nombre, te obligó también que te vistieses de nuestra humanidad y nos redujeses a nosotros, errantes, a ti, y que hoy te ha hecho mostrarte a nosotros, ¡oh Amador nuestro!, en primer lugar, haciéndote pasible y observador de esta ley para ejemplo de nuestra humildad. Avergüéncese, pues, el hombre, hechura tuya, por la dureza de su corazón y por no ser observador de esta ley, cuando tú, Dios nuestro, la observas. Tú nos has manifestado hoy la ceniza de nuestra mortalidad en ti para que por ti nos conozcamos a nosotros en la ceniza. Y te has manifestado pasible, pagando las arras y renovándonos a nosotros mismos en el amor de tu santísima pasión para que por tu ejemplo suframos de buena gana los sufrimientos que nos correspondan. Se disuelva, pues, toda alma en tu amor, ¡oh Hacedor mío y Dios verdadero!, porque tú has sacado al hombre de ti para que te conociese, amase y te sirviese a ti solo, y nosotros, ingratos a tan gran beneficio tuyo, nos atrevemos a apartarnos de ti.

* * *

¡Oh Majestad Eterna! Desposa contigo hoy también por tu clemencia a nuestras almas con el anillo de tu caridad, ya que contigo deben desposarse si reconocen tus beneficios, es decir, por la ley por la que los haces participantes de tu eternidad. También hoy has dado a mi alma el perdón de los pecados por tu vicario, manifestándome su poder, que es tuyo. Tú, que has hecho al hombre sin contar con él, no le salvas sin él. Porque tú, que me has sacado de ti y me has hecho sin mí, no me has salvado hoy sin mí, sino que por mis ruegos y mi confesión me has liberado de las ataduras de los pecados por la gracia de tu vicario en la tierra. Por lo cual, yo, indigna sierva tuva, te doy gracias. A ti clamo hoy,

[46] «Oración hecha en Roma el día de la Circuncisión (1 de enero de 1380), a instancia de un cardenal de la Orden de Predicadores, para que Dios quebrantara y convirtiese el corazón de los enemigos de la santa Iglesia».

Amor mío, Dios Eterno, para que uses de misericordia con este mundo y que le des tu luz para conocer a este vicario tuyo con pureza de fe, con la cual te pido quieras vestirle, Dios mío, y darle la luz a fin de que todo el mundo le siga. Dale la luz sobrenatural; puesto que le has dotado a este vicario tuyo de un corazón viril, sea sazonado con tu santa humildad. No dejaré nunca de llamar a la puerta de tu benignidad, Amor mío, para que le exaltes. Manifiesta, pues, en él tu virtud para que su corazón viril arda siempre en tu santo deseo y sea sazonado con tu humildad; y con benignidad, caridad, pureza y tu sabiduría proceda en todos sus actos y atraiga a sí al mundo entero. Dale conocimiento de tu verdad para que se conozca a sí mismo en sí lo que era y a ti en sí por tu gracia.

* * *

Ilumina también a sus adversarios, que con corazón duro hacen resistencia al Espíritu Santo y son contrarios a tu omnipotencia. Llama a la puerta de sus almas, puesto que no pueden salvarse sin ti, para que sean convertidos a ti, Dios mío. Invítalos, despiértalos, ¡oh Amor inestimable! Que tu caridad los obligue en este día de gracias a que muera su dureza. Sean, pues, reducidos a ti para que no perezcan; y, puesto que te han ofendido, Dios de suma clemencia, castiga sus pecados en mí. Ahí tienes mi cuerpo, que reconozco recibido de ti, y a ti lo ofrezco. Que sea un yunque, para que en él sean destrozadas sus culpas. Puesto que veo que has dotado naturalmente a tu vicario de corazón viril, humildemente te suplico que infundas en los ojos de su inteligencia la luz sobrenatural, ya que semejante corazón es inclinado a la soberbia si no le añades esta luz adquirida por puro afecto de virtud. Sea cortado también todo amor propio de tus enemigos, y de tu vicario, y de todos nosotros para que los podamos perdonar cuando tú hayas doblegado su dureza y se humillen y obedezcan a este Señor nuestro. Te ofrezco mi vida de ahora en adelante cuando a ti plazca y te la doy para tu gloria, rogándote todavía con humildad, por la virtud de tu pasión, que limpies y barras todos los vicios antiguos de tu Esposa como le has limpiado y barrido de las antiguas e infructuosas plantas que en ella había.

Dios verdadero, sé muy bien que golpearás hasta que sea cortado el leño torcido de la dureza de tus enemigos y quede, finalmente, enderezado; pero apresúrate, ¡oh Trinidad Eterna!, porque a ti no te es difícil cambiar cualquier cosa, pues todas las has hecho de la nada y puedes limpiarlas de todo vicio. Te recomiendo también a tus hijos y te ofrezco también a tu Divina Majestad a este que hoy ha socorrido mi

necesidad para que te ame y tú te des a él y que hoy le renueves por dentro y por fuera, que enderezca sus actos según tu beneplácito y te dignes escucharle. Te doy gracias; seas bendito por todos los siglos. Amén.

XXIV. La última oración [47]

¡Oh Dios Eterno, oh Maestro bueno!, que has hecho y formado el vaso del cuerpo de tu criatura con el barro de la tierra! ¡Oh dulcísimo Amor! Lo has formado con cosa tan vil y has puesto dentro tesoro tan grande como es el alma, que lleva tu imagen, Dios Eterno. Tú, Maestro bueno, dulce Amor mío, eres el Maestro que hace y deshace, quebrantas y reconstruyes este vaso según gusta a tu Bondad. A ti, Padre Eterno, yo, miserable, ofrezco de nuevo mi vida por tu dulce Esposa. Cuantas veces plazca a tu voluntad, sácame del cuerpo y vuélveme al cuerpo cada vez con pena mayor con tal que yo vea la reforma de esta dulce Esposa de la santa Iglesia. Te pido, ¡oh Dios Eterno!, por esta Esposa.

Te recomiendo también a mis queridísimos hijos y te ruego, Sumo y Eterno Padre, que, si fuera del agrado de tu misericordia y bondad, me saques de este vaso del cuerpo y no me hagas ya volver a él, y no los dejes huérfanos, sino visítalos con tu gracia y hazlos vivir muertos con verdadera y perfectísima luz. Atalos entre sí con el vínculo dulce de la caridad para que mueran enajenados de amor de esta dulce Esposa.

Y te ruego, Padre Eterno, que ninguno de ellos me sea quitado de las manos y que nos perdones todas nuestars iniquidades. Y a mí perdóname la mucha ignorancia y grande negligencia que he tenido en tu Iglesia por no haber hecho lo que podía y debía hacer. Pequé, Señor; ten piedad de mí.

Te ofrezco y te recomiendo a mis queridísimos hijos, puesto que ellos son mi alma. Si place a tu bondad de dejarme todavía en este vaso, tú, Médico supremo, cúralo y cuídalo, porque está todo quebrantado. Danos, Padre Eterno, danos tu dulce bendición. Amén.

---

47 La rúbrica de uno de los códices que nos transmiten esta oración precisa así las circunstancias históricas en que fué pronunciada por Santa Catalina: «Estas son ciertas palabras que esta bendita virgen Catalina, orando, dijo después de la terrible caída en la enfermedad que tuvo la noche del lunes después de la domínica de Sexagésima, cuando fué llorada amargamente como muerta por toda la familia». «Después de este accidente, su cuerpo no estuvo ya más sano, sino que fué agravándose continuamente hasta la muerte».

DOCUMENTO ESPIRITUAL[48]

Dijo la santa Madre, hablando de sí como de otra persona, que en el principio de su iluminación puso por fundamento de toda su vida, contra el amor propio, la piedra del conocimiento de sí misma, que ella distinguía en las tres pequeñas piedras siguientes:

La primera era la consideración de la creación, en cuanto no había ser alguno que lo tuviera de sí mismo, sino en cuanto dependía del Creador tanto en la creación como en la conservación, y que todo lo hizo el Creador gratuitamente.

La segunda era la consideración de la redención, es decir, el Redentor restauró con su sangre el ser destruído, por su puro y ferviente amor, no merecido por el hombre.

La tercera era la consideración de las propias culpas cometidas después del bautismo y la gracia recibida, por cuyas culpas, habiendo merecido la condenación eterna, se admiraba de la eterna bondad de Dios por no haber mandado a la tierra que la tragara.

De estas tres consideraciones nacía en ella un odio contra sí misma, y nada deseaba según su propio querer, sino según la voluntad de Dios, que conocía no quería más que su bien. De esto se seguía que toda tribulación y tentación le servía de contento y de alegría, no sólo porque le venían por voluntad de Dios, sino también por verse castigada. Por esto dijo que le eran sumamente desagradables las cosas en las que antes se deleitaba y que encontraba gran placer en lo que antes le desagradaba. De ahí que las caricias de su madre, en las que antes tanto se deleitaba, ahora las huía como espada y veneno, abrazando con gusto los improperios y las injurias. Aceptaba también, a la vez que aborrecía, las tentaciones del demonio; las aceptaba en cuanto le daban trabajo y las aborrecía en cuanto le daban delectaciones sensibles.

Después de todo esto, se encendió en ella un deseo grandísimo de pureza, y, orando continuamente al Señor por muchos meses para que le fuera concedida una pureza perfecta, finalmente, apareciéndosele el Señor, le dijo: «Hija queridísima, si quieres tener la pureza que deseas, es necesario que procures estar perfectamente unida a mí, que soy la suma Pureza, y la obtendrás si observas estas tres cosas:

La primera, si, estando orientada totalmente con la in-

---

[48] «Empieza la narración de una doctrina o documento espiritual hecho en el año del Señor 1377, el día 7 de enero, por Fr. Guillermo de Inglaterra, maestro por ciencia y santidad de vida. Esta doctrina y documento lo obtuvo entonces de la bienaventurada Madre la virgen Catalina de Siena de su propia boca, y lo puso por escrito como sigue»:

tención hacia mí, me tienes solamente a mí por fin tuyo en todas tus obras y me tienes siempre delante de tus ojos.

La segunda, si, renegando totalmente de tu propia voluntad y no mirando a la vez ninguna criatura, en todo lo que te suceda miras sólo a la mía, que quiere tu santificación, puesto que yo no quiero ni permito cosa alguna si no es por tu bien. Si consideras esto atentamente, por nada te entristecerás ni te enojarás contra nadie, ni por breve tiempo, sino que más bien te considerarás obligada con quien te injurie. Además, no juzgarás cosa alguna que manifiestamente no conozcas ser pecado. y aun entonces te indignarás contra el vicio y compadecerás a la criatura.

La tercera es pecado, si juzgas las acciones de mis siervos según tu gusto, no según mi juicio, porque sabes que yo he dicho: *En la casa de mi Padre hay muchas mansiones*, porque la mansión de la gloria corresponde al mérito de la vida. Y como son muchas las mansiones del cielo, así son muchos los caminos que llevan a él. No quiero, por tanto, que tú juzgues en modo alguno a mis siervos, sino que tengas en suma reverencia todas sus acciones, mientras no sean expresamente contra mi doctrina. Si observas estas tres cosas, estarás ordenada en ti misma y hacia mí mediante la primera, y hacia el prójimo, lo mismo bueno que malo, por la segunda y tercera. De esta manera no saldrás por el pecado fuera del orden de las virtudes y, por consiguiente, conservarás perfectamente la pureza, obrando en esto mi gracia.

Dijo todavía, para mayor claridad de las cosas anteriores, que el amor propio es causa de todos los males y la ruina de todo bien. Y que el amor propio es de dos maneras, es decir, amor propio sensitivo y amor propio espiritual. El primero es causa de todos los pecados, tanto sensuales como de los demás que son manifiestos, que se cometen por afecto de las cosas terrenas o de las criaturas, es decir, cuando por su amor se desprecia y se quebranta el mandamiento del Creador. El segundo amor propio, llamado espiritual, es el que, después del desprecio de las cosas terrenas, de todas las criaturas y hasta de sus propios sentimientos, hace, no obstante, que el hombre esté tan pegado al propio apetito y al propio parecer, que no quiere servir a Dios ni caminar por su camino, sino según su propio apetito y sentimiento. Por lo cual, puesto que Dios quiere que el hombre esté sin voluntad propia, no puede éste absolutamente ni mantenerse en el camino de Dios; antes bien, caerá necesariamente, porque se adhiere más a su propia voluntad que a la divina. Tales son los que quieren elegir el estado y el ejercicio conforme al propio parecer y no según son llamados por Dios y según el consejo de hombres discretos.

Tales son también los que se aficionan demasiado a algún ejercicio espiritual, en el que casi ponen su fin, y por esto sucede que, si no lo pueden practicar, caen luego en desesperación y lo abandonan todo. Pueden también contarse entre éstos los que aman demasiado las consolaciones y dulzuras espirituales, que, en cuanto les faltan, se desesperan pronto. El verdadero amor espiritual ama solamente a Dios, y por Dios la salud de las almas. De todas las otras cosas se sirve en orden a este fin, y no se preocupa de cuáles sean los medios, con tal de que el fin sea el honor de Dios y la salud del prójimo. Quien posee, pues, el verdadero amor espiritual, debe juzgar y tomar todas las cosas según la voluntad de Dios y no según la de los hombres. Y cuando queda privada de alguna consolación espiritual debe pensar en seguida: «Esto me sucede por disposición divina, por permisión de Dios, que en todas las adversidades que me manda no busca ni quiere otra cosa más que mi santificación». Y con este pensamiento se le harán dulces todas las amarguras.

A esto, el dicho siervo de Dios, Fr. Guillermo, añadió las siguientes palabras: «Si esta doctrina fuese promulgada y comunicada a toda nuestra Orden, creo que se haría un gran bien».

La misma Madre nuestra, es decir, la bienaventurada Catalina, pidió al Salvador la soledad, y El le dijo: «Muchos están en la celda, y, sin embargo, están fuera de ella. Yo quiero que tu celda sea el conocimiento de ti misma y de tus pecados». De esta celda jamás salió Catalina. Y así debe hacer todo siervo de Dios, puesto que de esta manera, esté donde esté, estará en la celda. *Deo gratias*.

INDICES

INDICE DE CAPITULOS

INDICE ESCRITURISTICO

INDICE ONOMÁSTICO

INDICE DE IDEAS

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE
LAS «OBRAS DE SANTA CATALINA DE
SIENA», DE LA BIBLIOTECA DE AU-
TORES CRISTIANOS, EL DÍA 27
DE DICIEMBRE DE 1955, FIES-
TA DE SAN JUAN EVAN-
GELISTA, EN LA IM-
PRENTA SÁEZ,
BUEN SUCESO,
NÚMERO 14,
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA, 6.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. D. GAETANO CICOGNANI, Nuncio de Su Santidad en España. 1955. LXXVI + 1583 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 7 mapas.—90 pesetas tela, 130 piel.

2 SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 2.ª ed. 1950. XVI+800 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.

3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 2.ª ed. 1951. XII+1799 págs. en papel biblia.—95 pesetas tela, 135 piel.

4 SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 2.ª ed. 1949. XL+887 págs., con profusión de grabados. (Agotada. Se prepara la 3.ª edición.)

5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI+1355 págs, con grabados. 50 pesetas tela, 90 piel.

6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1955. XLVIII+755 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI y último (49).

7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los Dres. D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del excelentísimo y Rvmo. Sr. Dr. Fr. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, obispo de Túy. 5.ª ed. 1954. XLVIII + 1092 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, Arzobispo de Valladolid. 3.ª ed. 1952. XXXVI+978 págs., con grabados de la *Vida de la Virgen*, de Durero.—70 pesetas tela, 110 piel.

9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1946. XVI+847 págs.—40 pesetas tela, 80 piel. Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

10 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 2.ª ed. 1950. XII+822 páginas, con grabados.—50 pesetas tela. 90 piel.—Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 3.ª edición. 1955. VIII + 740 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 953 págs. Tomo II: VIII + 869 págs. — (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1953. Re-

impresión. XXIV+1592+122* págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 4 mapas.—En tela, 80 pesetas: en piel, a dos tintas, 130.

15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones. revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 3.ª ed. 1955. XXXVI + 1400 págs., con grabados.—90 pesetas tela, 130 piel.

16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1952. Reimpresión. XVI+971 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales.* 2.ª ed. 1953. LXXII+924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 2.ª ed. 1953. XLVIII+924 págs.—Cada tomo, 60 pesetas tela, 100 piel.

19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1947. XII + 798 págs.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos IV (28), V (36) y VI (49).

20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DÍAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del excelentísimo y Rvmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII+1162 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SEIJAS Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI+1047 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 955 págs., con profusión de grabados.—(Agotada. Se prepara la 2.ª edición.)

23 OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV+1515 págs., con grabados. Agotada. Véase núm. 110 de este catálogo.)

24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII+881 págs.—35 pesetas tela, 75 piel.

25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 3.ª ed., en un solo volumen. 1953. XVI+2057 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—90 pesetas tela, 130 piel.

27 LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 2.ª ed., con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI+482 páginas.—40 pesetas tela, 80 piel.

28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1947. VIII+975 págs. 45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

29 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general*, por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P. y *Tratado de Dios Uno.* Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del Padre Fr. FRANCISCO MUÑIZ, O. P. 1947. XVI+238*+1055 págs., con grabados.

55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos II (41), III (56), IV (126), V (122), IX (142), X (134) y XII (131).

30 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPANAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1948. XVI+899 págs. Agotada en tela; 85 pesetas piel.—Publicados los tomos V (39); VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra al *Blanquerna* del P. RAFAEL GINARD BAUÇÁ, T. O. R. 1948. XX+1147 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 95 piel.

32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 2.ª ed. 1954. XXXII + 65* + 760 págs., con profusión de grabados y 7 mapas.—75 pesetas tela, 115 piel.

33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía* y *Epistolario*. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, Obispo de Vich. 1948. XLIV+898 págs. en papel biblia, con grabados. 50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo,* por el Prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. VIII+192 págs., con 304 láminas.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen I: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. XXXVI+915 págs.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicado el volumen 2.° (55).

36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII+754 págs.—40 pesetas tela, 80 piel.—Publicado el tomo VI (49).

37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 1948. XXXII + 984 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios* y *Espejo de ilustres personas*; FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XII+700 págs. en papel biblia.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 1948. XVI+943 páginas, con grabados.—Agotada en tela; 85 pesetas piel.—Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII+451 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—Agotada.

41 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad,* en latín y castellano; versión del Padre Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 2.ª ed. 1953. XX+594 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicados los tomos III (56), IV (126), V (122), IX (142), X (134) y XII (131).

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio.* 1948. XX+755 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

43 NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-

Cantera.) 1948. VIII + 622 págs. en papel biblia, con 6 mapas.—Agotada en tela; 70 pesetas piel.

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión;* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos;* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual;* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948 XVI + 837 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el tomo III y último (46).

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1306 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.

46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios;* FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster»;* FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de la vida perfecta* y *Esclavitud mariana;* FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen;* FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 868 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.

47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por JOSÉ CAMÓN AZNAR. 1949. VIII + 106 págs., con 303 láminas.—60 pesetas tela, 100 piel.

48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo.* 1949. XVI + 768 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1949. VIII + 48* + 779 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.

50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. GERARDO ENRIQUE DE VEGA, Fr. EMILIANO LÓPEZ y Fr. TORIBIO DE CASTRO, O. S. A. 1949. XII + 943 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña.* 1949. XXVIII + 1002 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: ESCRITOS POLÍTICOS: *Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista.* 1950. XXXII + 1061 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. 1950. XX + 945 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VIII (69), IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano,* por el P. BERNARDINO LLORCA, S. I. 2. ed. 1955. XXXII + 961 págs., con grabados.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos II (104) y IV (76).

55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 2.º y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1950. XXIV + 1226 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

56 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo III: *Tratado de los Angeles.* Texto en latín y castellano. Versión del P. Fray RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. AURELIANO MARTÍNEZ, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1950. XVI + 943 págs., con grabados. — 50 pesetas tela, 90 piel. — Publicados los tomos IV (126), V (122), IX (142), X (134) y XII (131).

57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: ESCRITOS POLÍTICOS: *El matrimonio real: Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional. Desenlace. Ultimos escritos políticos.*

1950. XXXII + 1053 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el tomo VIII (66).

58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fray ISIDORO RODRÍGUEZ, O. F. M., y D. JOSÉ GUILLÉN, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 84* + 825 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.

59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo*. Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. Introducción biobibliográfica del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1950. VIII + 1159 págs. en papel biblia.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos II (72) y III (112).

60 CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis*, por el P. JOSÉ HELLÍN, S. I. 1950. XXVIII + 928 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De sacra Scriptura*, por los PP. MIGUEL NICOLÁU y JOAQUÍN SALAVÉRRI, S. I. 3.ª ed. 1955. XX + 1191 págs. — 90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (90), III (62) y IV (73).

62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariologia. De gratia Christi. De virtutibus infusis*, por los PP. JESÚS SOLANO, JOSÉ A. DE ALDAMA y SEVERINO GONZÁLEZ, S. I. 2.ª ed. 1953. XXIV + 902 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicado el tomo IV (73).

63 SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. JOSÉ HERRERA y VEREMUNDO PARDO, C. M. 2.ª ed. 1955. XVI + 976 págs. en papel biblia, con profusión de grabados.—85 pesetas tela, 125 piel.

64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio*, por el Prof. FRANCISCO J. SÁNCHEZ CANTÓN. 1950. VIII + 124 págs., con 255 láminas.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicado el tomo III (47).

65 PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papías. El Pastor de Hermas.* Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 1130 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.

66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Misceláneas. Primeros escritos. Poesías. Indices*. 1950. XVI + 1014 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.

67 ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. LUIS CORTÉS, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Prof. SANTIAGO MONTERO DÍAZ, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX + 88* + 563 págs.—55 pesetas tela, 95 piel.

68 EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana en dos volúmenes *Missarum sollemnia*, del P. JUNGMANN, S. I. 2.ª ed. 1952. XXVIII + 1264 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.

69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1951. VIII + 921 págs.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos IX (79), X (95), XI (99), XII (121) y XIII (139).

70 COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. JOSÉ M. BOVER, S. I. 2.ª ed. 1955. VIII + 334 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

71 TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. D. GREGORIO ALASTRUEY. 2.ª ed. 1952. XL + 426 págs., con grabados.—45 pesetas tela, 85 piel

72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo II: *Evangelios de San Marcos y San Lucas*. Versión castellana, introducción y notas del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1954. Reimpresión. XVI + 881 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicado el tomo III y último (112).

73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV: *De sacramentis. De novissimis*, por los PP. JOSÉ A. DE

ALDAMA, FRANCISCO DE P. SOLÁ, SEVERINO GONZÁLEZ y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 2.ª ed. 1953. XXIV+1110 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I: *Bibliografía teresiana*, por el P. OTILIO DEL NIÑO JESÚS, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa*, por el P. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. *Libro de la Vida*, escrito por la SANTA. Edición revisada y preparada por los PP. EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESÚS. 1951. XII+904 págs. en papel biblia.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicado el tomo II (120).

75 ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII+1185 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel.

76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV y último: *Edad Moderna. La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo*, por el P. FRANCISCO JAVIER MONTALBÁN, S. I. Revisada y completada por los PP. BERNARDINO LLORCA y RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. Reimpresión. XII+851 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

77 SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars.* 1955. Reimpresión. XXIV + 851 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos II (80), III (81), IV (83) y V (87).

78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I: *Obras dedicadas al pueblo en general.* Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1952. XVI+1033, págs. en papel biblia.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (113).

79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX: *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelagianos. Actas del proceso contra Pelagio.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA y Fr. GREGORIO ERCE, O. R. S. A. 1952. XII + 799 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicados los tomos X (95) XI (99), XII (121) y XIII (139).

80 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. II: *Prima secundae.* 1955. Reimp. XX + 848 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos III (81), IV (83) y V (87).

81 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. III: *Secunda secundae.* 1952. XXVIII+1230 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos IV (83) y V (87).

82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I: *Monologio. Proslogio. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Edición en latín y castellano, con extensa y documentada introducción general, preparada por el P. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1952. XVI+897 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (100).

83 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. IV: *Tertia pars.* 1952. XX+798 págs.—80 ptas. tela, 120 piel.—Publicado el tomo V (87).

84 LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por el P. FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P. Introducción general del P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII+831 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

85 EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII+921 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

86 OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica. Transcripción, introducciones y notas de los PP. CÁNDIDO DE DALMASES e IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I. 1952. XVI+80*+1075 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

87 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. V: *Supplementum Indices.* 1952. XX+652+389* págs.—90 pesetas tela, 130 piel

88 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV.* 1952. XL+754 págs., con grabados.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II y último (118).

89 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo I: *Epistolario. Escritos menores.* Biografía, introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la

Pontificia Universidad de Salamanca. 1952. XL + 1120 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo II (103).

90 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis,* por los PP. José M. Dalmáu y José F. Sagüés, S. I. 2.ª ed. 1955. XXIV + 1066 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).

91 LA EVOLUCION MISTICA, por el P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero, O. P. 1952. LXIV + 804 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

92 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III y último: *Theodicea. Ethica,* por los PP. José Hellín e Ireneo González, S. I. 1952. XXIV + 924 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

93 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. F. Regatillo y M. Zalba, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis,* por el P. Marcelino Zalba, S. I. 1952. XXVIII + 965 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (106) y III y último (117).

94 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe, con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia y su naturaleza. La creación y las criaturas.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. Jesús M. Pla, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. Jesús Azagra y Fr. Mateo Febrer, O. P. Introducción general por el P. Fr. José M. de Garganta, O. P. 1952. XVI + 712 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (102).

95 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Amador del Fueyo, O. S. A. XII + 943 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos XI (99), XII (121) y XIII (139).

96 OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas.* Introducción biográfica, versión y notas del P. Fr. Santos Santamarta, O. S. A. 1952. XII + 665 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

97 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo I: *Adviento y Navidad. El juicio final. La misión del Precursor. El testimonio de Juan a los judíos. Predicación del Bautista. Presentación y purificación en el templo. El Dulce Nombre de Jesús.* 1953. LXXII + 931 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos II (119), III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

98 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Philosophiam. Logica. Critica. Metaphysica generalis,* por los PP. Leovigildo Salcedo y Jesús Iturrioz, S. I. 1953. XXIV + 893 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos II (137) y III y último (92).

99 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI: *Cartas (2.°).* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Lope Cilleruelo, O. S. A. 1953. VIII + 1100 págs. — 70 pesetas tela, 110 piel. — Publicado el tomo XII (121) y XIII (139).

100 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II y último: *De la concepción virginal y del pecado original. De la procesión del Espíritu Santo. Cartas dogmáticas. Concordia de la presciencia divina, predestinación y gracia divina con el libre albedrío. Oraciones y meditaciones. Cartas.* Edición en latín y castellano, preparada por el Padre Fr. Julián Alameda, O. S. B. 1953. XVI + 804 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

101 CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER. Unica publicación castellana completa según la edición crítica de «Monumenta Historica Soc. Iesu» (1944-1945), anotadas por el P. Félix Zubillaga, S. I., redactor de «Mon. Hist. Soc. Iesu». 1953. XVI + 578 págs. 60 pesetas tela, 100 piel.

102 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe con el texto crítico de la leonina. Tomo II: *Libros III y IV: Dios, fin último y gobernador supremo. Misterios divinos y postrimerías.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. Jesús M. Pla, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP Fr. José

M. Martínez y Fr. Jesús M. Pla, O. P. 1953. XVI+960 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

103 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo II: *Sermones. Pláticas espirituales.* Introducciones y notas del Dr. D. Luis Sala Balust, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1953. XX+1424 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

104 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo II: *Edad Media: La cristiandad en el mundo europeo y feudal.* por el P. Ricardo García Villoslada, S. I. 1953. XII+1006 págs.—75 pesetas tela, 115 piel Publicado el tomo IV (76).

105 CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA. *Introducción fisicoquímica y matemática,* por el P. José M.ª Riaza, S. I. 1953. XXXII+756 páginas, con profusión de grabados y 16 láminas.—75 pesetas tela, 115 piel.

106 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. Eduardo F. Regatillo y Marcelino Zalba, S. I. Tomo II: *Theologia moralis specialis: De mandatis Dei et Ecclesiae,* por el P. Marcelino Zalba, S. I. 1953. XX+1104 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicado el tomo III y último (117).

107 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo VIII: *Pentecostés* (4.º). *La parábola de los invitados a la boda. La curación del hijo del régulo. El perdón de las ofensas. El tributo al César. Resurrección de la hija de Jairo. Cristo Rey. La última venida de Cristo.* 1953. LXXII + 1368 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

108 TEOLOGIA DE SAN JOSE, por el P. Fr. Bonifacio Llamera, O. P., con la *Suma de los dones de San José,* de Fr. Isidoro Isolano, O. P., en edición bilingüe. 1953. XXVIII+663 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

109 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabildo catedral de Ginebra.* Edición preparada por el P. Francisco de la Hoz, S. D. B. 1953. XX+800 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicado el tomo II y último (127).

110 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo I: *Vida de San Bernardo,* por Pedro Ribadeneira, S. I. *Introducción general. Sermones de tiempo, de santos y varios. Sentencias.* Edición preparada por el P. Gregorio Díez, O. S. B. 1953. XXXVI+1188 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicado el tomo II y último (130).

111 OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT. *Cartas. El amor de la Sabiduría eterna. Carta a los Amigos de la Cruz. El secreto de María. El secreto admirable del Santísimo Rosario. Tratado de la verdadera devoción. Escritos destinados a los misioneros de la Compañía de María y a las Hijas de la Sabiduría. Preparación para la muerte. Cánticos.* Edición preparada por los PP. Nazario Pérez (†) y Camilo María Abad, S. I. 1954. XXVIII+984 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

112 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. Juan de Maldonado, S. I. Tomo III y último: *Evangelio de San Juan.* Versión castellana, introducción y notas del P. Luis María Jiménez Font, S. I. 1954. VIII+1064 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

113 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo II y último: *Obras dedicadas al clero en particular.* Edición crítica. Introducciones, versión del italiano, notas e índices del P. Andrés Goy, C. SS. R. 1954. XXIV+941 páginas en papel biblia.—75 pesetas tela, 115 piel.

114 TEOLOGIA DE LA PERFECCION CRISTIANA, por el P. Antonio Royo Marín, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Dr. Fr. Albino G Menéndez-Reigada, obispo de Córdoba. 2.ª ed. 1955, XL + 904 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

115 SAN BENITO. *Su vida y su Regla,* por los PP. García M. Colombás, León M. Sansegundo y Odilón M. Cunill, monjes de Montserrat. 1954. XX+760 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

116 PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS (s. II). Edición bilingüe, preparada por D. Daniel Ruiz Bueno, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1954. VIII+1006 páginas en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel.

117 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. Eduardo F. Regatillo y Marcelino Zalba, S. I. Tomo III y último: *Theologia moralis specialis: De sacramentis. De delictis et poenis,* por el P. Eduar-

do F. Regatillo, S. I. 1954. XVI+1000 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

118 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. Jesús Solano, S. I. Tomo II y último: *Hasta el fin de la época patrística.* 1954. XX+1012 págs., con grabados.—85 pesetas tela, 125 piel.

119 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo II: *Epifanía a Cuaresma: La Sagrada Familia. El milagro de las bodas de Caná. La curación del leproso y la fe del centurión. Jesús calma la tempestad. La cizaña en medio del trigo. Parábola del grano de mostaza y de la levadura. Los obreros enviados a la viña. La parábola del sembrador. El anuncio de la pasión y el ciego de Jericó.* 1954. XL + 1275 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos III (123), IV (129), V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

120 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo II: *Camino de perfección. Moradas del castillo interior. Cuentas de conciencia. Apuntaciones. Meditaciones sobre los Cantares. Exclamaciones. Libro de las Fundaciones. Constituciones. Visita de descalzas. Avisos. Desafío espiritual. Vejamen. Poesías. Ordenanzas de una cofradía.* Edición preparada y revisada por el P. Efrén de la Madre de Dios, O. C. D. 1954. XX + 1046 páginas en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel.

121 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XII: *Del bien del matrimonio. Sobre la santa virginidad. Del bien de la viudez. De la continencia. Sobre la paciencia. El combate cristiano. Sobre la mentira. Contra la mentira. Del trabajo de los monjes. El sermón de la montaña.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. Félix García, Fr. Lope Cilleruelo y Fr. Ramiro Flórez, O. S. A. 1954. XVI + 995 págs. — 75 pesetas tela, 115 piel. Publicado el tomo XIII (139).

122 SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Tomo V: *Tratado de los hábitos y virtudes en general,* en latín y castellano; versión, introducciones y apéndices del P. Fr. Teófilo Urdánoz, O. P. *Tratado de los vicios y pecados,* en latín y castellano; versión del P. Fr. Cándido Aniz, O. P., e introducciones y apéndices del P. Fr. Pedro Lumbreras, O. P. 1954. XX + 975 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos IX (142), X (134) y XII (131).

123 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera Oria, obispo de Málaga. Tomo III: *Cuaresma y tiempo de Pasión: Las tentaciones de Jesús en el desierto. La transfiguración. Curación del endemoniado ciego y mudo. La multiplicación de los panes. Los fariseos acusan a Cristo. La entrada en Jerusalén.* 1954. XXXII + 1210 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicados los tomos IV (129), V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

124 SINOPSIS CONCORDADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS. Nueva versión del original griego, con notas críticas, por el P. Juan Leal, S. I. 1954. XX + 353 págs.—55 pesetas tela, 95 piel.

125 LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS, por los Dres. Engelberto Kirschbaum, Eduardo Junyent y José Vives. 1954. XVI + 616 págs., con 127 láminas.—90 pesetas tela, 130 piel.

126 SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Tomo IV: *Tratado de la bienaventuranza y de los actos humanos,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. Teófilo Urdánoz, O. P. *Tratado de las pasiones,* en latín y castellano; versión e introducciones de los PP. Fr. Manuel Ubeda y Fr. Fernando Soria, O. P. 1954. XX + 1032 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos V (122), IX (142), X (134) y XII (131).

127 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo II y último: *Tratado del amor de Dios. Constituciones y Directorio espiritual. Fragmentos del epistolario. Ramillete de cartas enteras.* Edición preparada por el P. Francisco de la Hoz, S. D. B. 1954 XXIV + 982 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

128 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo IV: *Documentos marianos,* por el P. Hilario Marín, S. I. 1954. XXXII + 892 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.

129 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. Angel Herrera

ORIA, obispo de Málaga. Tomo IV: *Ciclo pascual: La resurrección del Señor. «¡Señor mío y Dios mío!» El Buen Pastor. «Vuestra tristeza se volverá en gozo». La promesa del Paráclito. «Pedid y recibiréis». Persecución y martirio.* 1954. XXIV + 1275 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos V (133), VI (138), VII (140) y VIII (107).

130 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo II y último: *Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Sobre la consideración. De las costumbres y oficios de los obispos. Sobre la conversión. Del amor de Dios. Del precepto y de la dispensa. Apología. De la excelencia de la Nueva Milicia. De los grados de la humildad y de la soberbia. De la gracia y del libre albedrío. Sobre algunas cuestiones propuestas por Hugo de San Víctor. Contra los errores de Pedro Abelardo. Vida de San Malaquías. Cartas.* Edición preparada por el P. GREGORIO DÍEZ, O. S. B. 1955. XVI + 1260 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

131 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo XII: *Tratado de la vida de Cristo,* en latín y castellano. Versión e introducciones del P. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1955. XVI + 684 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

132 HISTORIA DE LA LITURGIA, por MONS. MARIO RIGHETTI, abad mitrado de la Pontificia Colegiata de Nuestra Señora del Remedio (Génova). Tomo I: *Introducción general. El año litúrgico. El Breviario.* Edición preparada por D. CORNELIO URTASUN, prof. de Liturgia en el Seminario Metropolitano de Valencia. 1955. XX + 1343 págs. en papel biblia, con grabados.—95 pesetas tela, 135 piel.

133 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo V: *Pentecostés (1.º): La venida del Espíritu Santo. La Santísima Trinidad. «Sed misericordiosos». La gran cena. La oveja perdida. La pesca milagrosa.* 1955. XXIV + 1100 págs.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo VI (138), VII (140) y VIII (107).

134 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo X: *Tratado sobre la templanza.* Versión e introducciones del P. Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P. *Tratado sobre la profecía.* Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. *Tratado de los distintos géneros de vida y estados de perfección.* Versión del P. Fr. JESÚS GARCÍA ALVAREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. 1955. XX + 887 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo XII (131).

135 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN JUAN BOSCO. *Memorias del Oratorio. Ideario pedagógico. Ascética al alcance de todos. Extractos de artículos y discursos. Vidas de Domingo Savio y Miguel Magone. Epistolario.* Edición preparada por el P. RODOLFO FIERRO, S. D. B. 1955. XXIV + 890 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

136 DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo I: *Documentos bíblicos,* por SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Doctor D. Leopoldo Eijo Garay, patriarca de las Indias Occidentales y obispo de Madrid-Alcalá. 1955. XXXII + 705 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.—Publicado el tomo IV (128).

137 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *Cosmologia, Psychologia,* por los PP. JOSÉ HELLÍN y FERNANDO M. PALMÉS, S. I. 1955. XX + 845 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo III y último (92).

138 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VI: *Pentecostés (2.º). Reconciliación fraterna. Segunda multiplicación de los panes. Lobos con piel de oveja. El mayordomo infiel. Llanto sobre Jerusalén. El fariseo y el publicano. El sordomudo.* 1955. XXIV + 1301 páginas.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicados los tomos VII (140) y VIII (107).

139 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIII: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (1-35). Texto en latín y castellano. Versión, introducción y notas del P. TEÓFILO PRIETO, O. S. A. 1955. VIII + 800 páginas.—75 pesetas tela, 115 piel.

140 LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VII: *Pentecostés* (3.º): *El buen samaritano. Los diez leprosos. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia...» Resurrección del hijo de la viuda. La curación del hidrópico. El más grande y primer mandamiento. El paralítico de Cafarnaúm.* 1955. XXIV + 1244 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.—Publicado el tomo VIII (107).

141 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo I: *Homilías sobre San Mateo (1-45)*. Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1955. XVI + 864 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel.

142 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe. Tomo IX: *Tratados de la religión, de las virtudes sociales y de la fortaleza*. Versión bajo la dirección del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. Introducciones y apéndices del P. Fr. PEDRO LUMBRERAS, O. P. 1955. XX + 906 págs.— 80 pesetas tela, 120 piel.—Publicados los tomos X (134) y XII (131).

143 OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA. *El Diálogo*. Edición preparada por D. ANGEL MORTA. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, obispo de Salamanca. 1955. XXXII + 660 p6gs.—70 pesetas tela, 110 piel.

DE PROXIMA APARICION Y EN PREPARACION

HISTORIA DE LA LITURGIA. Tomo II y último.
TEOLOGIA DE LA SALVACION, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P.
OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. Tomo II.
SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo XV.
OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Tomo III y último.
OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA. Tomo III y último.
HISTORIA DE LA IGLESIA. Tomo III. (Aparecidos ya el I, el II y el IV y último.)
OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIV.

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de enero de 1956.

La BAC viene publicando, al menos, doce volúmenes nuevos cada año.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.




SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.